

# Antigüedades de los Judíos

Flavio Josefo



de

Lectulandia

En esta primera parte de su historia completa del pueblo judío (la segunda es *Guerras de los judíos*) Josefo hace una recopilación histórica completa del devenir del pueblo hebreo desde la creación del mundo hasta la época de Nerón. Divide su narración en veinte libros, cada uno de ellos estructurado en capítulos temáticos que cubren bien un período determinado o un hecho concreto:

Los diez primeros libros siguen el relato histórico del Antiguo Testamento. Van desde la creación del mundo, pasando por las épocas de los patriarcas, jueces, y reyes de Israel, hasta la caída y destrucción de Jerusalén, la cautividad de los judíos en Babilonia, y la caída de Babilonia en manos de Medos y Persas. Aunque en este caso los acontecimientos que narra Josefo son bien conocidos a través del relato bíblico, lo importante son los hechos y detalles que Josefo añade sacados de la tradición judía, y que no figuran en el texto de la Biblia. Cubre los años del 0 al 539 a. C. aprox.

El libro once abarca el período arranca en el primer año de Ciro y abarca desde reconstrucción del Templo en Jerusalén hasta a la época de Alejandro Magno. A partir de aquí el relato de Josefo se vuelve mucho más interesante y valioso desde el punto de vista histórico, en tanto que narra hechos y detalles de un período de la historia judía no registrados en el texto bíblico. Años 540 a 329 a. C. aprox.

Los libros del doce al diecisiete van desde la muerte de Alejandro Magno, pasando por el período de los Macabeos y la conquista y dominación romana, hasta Censo de Quirino. Años 340 a. C. al 6 d. C. aprox.

Y finalmente, los libros del dieciocho al veinte, cubren la época de los emperadores romanos Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, de los tetrarcas Herodes y Filipo, del gobernador romano Poncio Pilatos, de Agripa y Festo. Son los más interesantes desde el punto de vista cristiano, puesto que son los que contienen propiamente el testimonio histórico de Josefo referente a Juan el Bautista, a Jesús, a los apóstoles y los orígenes del cristianismo. Veamos algunos ejemplos:

En el Libro XVIII, Capítulo 3.3, dice acerca de Jesús: Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilatos lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la

agrupación de los cristianos. En el Capítulo 5.2 de ese mismo libro cuenta la historia y ejecución de Juan el Bautista: Algunos judíos creyeron que el ejército de Herodes había perecido por la ira de Dios, sufriendo el condigno castigo por haber muerto a Juan, llamado el Bautista. Herodes lo hizo matar, a pesar de ser un hombre justo que predicaba la práctica de la virtud, incitando a vivir con justicia mutua y con piedad hacia Dios, para así poder recibir el bautismo fue encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero, de la que hemos hablado antes, y allí fue muerto.

Y en el Libro XX Capítulo 9.1, se menciona de nuevo a Jesús al relatar la muerte de Jacobo su hermano: Siendo Anán de este carácter, aprovechándose de la oportunidad, pues Festo había fallecido y Albino todavía estaba en camino, reunió el sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús que se llamó Cristo, su nombre era Jacobo, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores a la ley y los condenó a ser apedreados.

Aunque el llamado Testimonio Flaviano ha sido muy debatido y cuestionado por los críticos del cristianismo, alegando razones filológicas para afirmar que no era texto original de Josefo sino que fue introducido posteriormente, lo cierto es que figura en todos los códices o manuscritos que se conocen del texto de Josefo. Y las más recientes investigaciones filológicas al respecto hacen que cada vez sean más los eruditos que se suman a considerarlo como auténtico.

La antigua edición publicada en traducción del sacerdote valenciano Juan Martín Cordero (1531-1584), aunque era, sin duda, una obra magistral de traducción, debido a la antigüedad de su vocabulario y formas gramaticales, dificultaba mucho su lectura y comprensión a los lectores del Siglo XXI.

El valor especial y particular de la presente edición de Antigüedades de los Judíos, aparte de ofrecer una versión íntegra del texto en un español actualizado, consiste en las extensas introducciones del Dr. Alfonso Roper, destinadas a informar al lector sobre el valor y debate histórico de la obra y a explicarle de que manera estudiarla y sacar un mejor partido de la misma; en los centenares de notas explicativas y aclaratorias a pie de página; y de manera especial en el extenso índice analítico de personajes, hechos y temas, incluido al final, que hacen de la misma una obra de referencia del más alto nivel.

**Lectulandia**

Flavio Josefo

# **Antigüedades de los judíos**

ePub r1.0

Titivillus 15.06.2017

Título original: Ἰουδαϊκὴ ἀρχαιολογία  
Flavio Josefo, 94  
Traducción: Juan Martín Cordero  
Revisión y edición: Alfonso Ropero Berzosa

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN

## Josefo como historiador

La lectura de cualquier obra de historia, y mayormente si es antigua, lleva aparejada una doble pregunta: «¿Hasta qué punto podemos confiar en la información que nos da?» «¿Hasta dónde es imparcial su presentación?» En el caso de Josefo la respuesta a estas preguntas es extremadamente compleja. En muchos casos es evidente que su precisión histórica depende de la precisión de sus fuentes y de su espíritu crítico.<sup>[1]</sup> Por lo que sabemos, Josefo dedicó a las *Antigüedades de los judíos* la mayor parte de su trabajo durante veinte años. Es una de las producciones individuales más extensas de la literatura antigua. Aristócrata, combatiente en la gran rebelión judía, hizo las paces con Vespasiano y llegó a ser un favorito de la familia imperial Flavia, de la que tomó su nombre adoptivo, afincado en Roma después de la destrucción de Jerusalén, escribió en griego para el mundo grecorromano en defensa de su pasado y de sus tradiciones. En veinte largos libros Josefo relata para aquellos que no están familiarizados con la Biblia, y la ignorancia del mundo clásico respecto a los judíos era muy grande, la historia del pasado judío. Y como todo historiador siempre escribe desde una situación definida y un tiempo concreto, siempre hay que tener en cuenta que Josefo escribió en el contexto de los años difíciles de la postguerra judeo-romana que había exacerbado la enemistad contra lo judío. En Roma existían fuertes sentimientos contra Judea y contra los judíos. El pueblo romano abominaba las «supersticiones» judaicas. Por eso Martín Goodman, en oposición a criterios anteriores, señala que «debería dársele crédito a Josefo por su valiente posición al defender el derecho que debían tener los judíos romanos de practicar su religión a pesar del entorno profundamente hostil [...] La longitud y la meticulosidad de las *Antigüedades* son testimonio suficiente para mostrar la seriedad con la que cumplió su papel. Si los judíos de Roma le hubieran estado agradecidos por sus esfuerzos como deberían haber estado, Josefo no hubiera vivido los años de su vejez como un hombre solitario»<sup>[2]</sup>. «El hombre a quien los judíos más odiaron durante su propia vida como traidor a su país, se convirtió en defensor de su pasado».<sup>[3]</sup>

En la primera parte de la obra la fuente principal de Josefo fue la versión griega del Antiguo Testamento conocida por Septuaginta, pero además obtuvo datos del cúmulo de tradiciones de que prescindían los versados en la ley. También emplea materiales profanos, usando a Heródoto, por ejemplo, para la historia de Ciro, y muchas fuentes romanas para la última parte. Otra de las fuentes que Josefo utilizó con mayor frecuencia es Nicolás de Damasco, sabio griego que jugó un papel considerable en la diplomacia y la política del Próximo Oriente bajo Augusto.

Escribió una Historia universal en ciento cuarenta y cuatro libros, que trata de los asirios, lidios, griegos, medos y persas. Se concentra en el reino de Herodes el Grande y su tiempo. Josefo utilizó ampliamente esta Historia, tanto para el Libro I de su *Guerra de los judíos* y para las *Antigüedades*, especialmente en los Libros XIII-XVII, pero también en otros lugares. Los libros restantes están basados en fuentes contemporáneas y su experiencia personal. Gracias a su actividad literaria hoy tenemos noticias sobre este período que no se pueden encontrar en ninguna otra parte, en especial los detalles sobre la familia de Herodes, el gobierno de Poncio Pilato, la arquitectura del Templo tan espléndidamente restaurado por Herodes, el carácter de los sumos sacerdotes de Jerusalén durante los períodos helenístico y romano. En todo esto y mucho más Josefo sigue siendo la principal fuente escrita que disponemos, pese al descubrimiento moderno de los documentos de Qumrán y otros escritos encontrados cerca del Mar Muerto.

El estudio detenido de su obra muestra que Josefo tenía una mente crítica y que no copiaba sin más ni más a sus fuentes, sino que las rehace y las acomoda dentro de su relato a la luz de sus conocimientos. En los libros XVIII y XIX la historia deriva hacia Roma y es una fuente importante sobre Calígula y Claudio. Son especialmente valiosos los muchos documentos relativos a la posición legal de los judíos en el Imperio romano. Este trabajo representa la proximidad mayor a la labor de investigación sistemática de archivo que ofrece el mundo antiguo.

Respecto a los relatos bíblicos de la creación del mundo hasta el exilio de Babilonia, en general Josefo los utiliza sin cuestionar la autoridad o la precisión del texto. En algunos casos, trata de dar explicaciones racionalistas de los textos difíciles. En otros reconoce que no todos podrían estar de acuerdo con su interpretación. Parece que trata de comunicar a sus lectores lo que él considera como esencial del mensaje bíblico. Termina el relato de Daniel, al que considera uno de los grandes profetas, como sigue: «Yo he escrito estos datos así como los encontré y leí, pero si alguien quiere interpretarlos de otra manera, mantenga su discrepancia sin que yo se lo reproche» (*Ant* 10.281). Si Josefo hubiera sido un pensador en vez de ser un estudioso, habría seguido el camino señalado por las especulaciones apocalípticas de épocas posteriores hacia bases ahistóricas. «Por fortuna era un historiador en vez de ser un filósofo».<sup>[4]</sup>

Aparentemente Josefo fue olvidado entre los judíos durante varios siglos. Sus lectores se contaron de preferencia entre los paganos y los cristianos. Sus escritos fueron consultados con frecuencia por autores cristianos a partir del siglo segundo, algunos hasta piensan que Lucas lo usó como fuente para los Hechos de los Apóstoles. Gracias a esta recepción cristiana las obras de Josefo han sobrevivido como pocas de aquella época, casi como si se tratara de un Padre de la Iglesia. De hecho San Jerónimo le incluye en su galería de hombres ilustres del cristianismo. Durante la Edad Media fue el autor antiguo más leído en Europa, junto con la Biblia y San Agustín.

## Josefo y el cristianismo

La suerte de Josefo entre los cristianos contrasta con la que tuvo entre sus correligionarios, que parecen ignorarlo por completo. No es citado ni utilizado en las fuentes rabínicas, que, por otra parte, rara vez adquieren una dimensión histórica. Josefo no es un traidor ni un héroe, simplemente es ignorado. Los cristianos, sin embargo, casi desde un principio toman a Josefo como un autor cercano, «propio», modelo de historiador. San Jerónimo le llama el «Tito Livio griego». Eusebio de Cesarea, fundador de la historia cristiana, basa su cronología en la de Josefo, de modo que la cronología de la historia judía se convierte en matriz cronológica de la Historia Universal. Como escribe Pierre Vidal-Naquet, el Occidente latino ha leído y tratado la obra del cronista judío de la misma forma que un texto sagrado.<sup>[5]</sup>

En los días de la Reforma del siglo XVI, el texto de Josefo se adaptará a las guerras de la religión de la época. Frente al papado imperial de Roma, los protestantes se identifican con los judíos víctimas del Imperio romano. Esto por lo que respecta a las Guerras judaicas. Por lo que se refiere a *Antigüedades de los judíos* se considera un libro «preferible a todas las demás historias, si exceptuamos las Sagradas Escrituras». En los albores del siglo XVIII, la primera historia de los judíos de la época moderna, obra del protestante Jacques Basnage de Beauval, se presenta como una simple continuación de la obra de Josefo, cuyas excelencias proclama. Un gran especialista en Josefo de confesión anglicana, escribe que en Inglaterra, «durante un cierto período de tiempo, no había ninguna familia que no tuviese dos libros: la Biblia y Josefo en la vieja traducción de William Whiston». Por reacción, los católicos serán mucho menos entusiastas de los escritos de Josefo después de la Reforma y la Contrarreforma. Un ilustre erudito jesuita dirá en 1707 que «Josefo será siempre el quinto evangelio de los protestantes».

### *Testimonium Flavianum*

El así llamado *Testimonium Flavianum* es un corto pasaje de las *Antigüedades* donde Josefo habla de Jesús en términos sospechosamente elogiosos para un judío fariseo ortodoxo como él. Desde hace un par de siglos ha dado lugar a controversias muy vivas. La bibliografía es inmensa y sigue aumentando. Los críticos del siglo XIX lo proclamaron sin vacilar falsificación cristiana, pero los filólogos de hoy no están tan seguros. En la versión griega dice así: «Vivió por esa época Jesús, un hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre. Porque fue hacedor de hechos portentosos, maestro de hombres que aceptan con gusto la verdad. Atrajo a muchos judíos y a muchos de origen griego. Era el Mesías. Cuando Pilato, tras escuchar la acusación que contra él formularon los principales de entre nosotros, lo condenó a ser



crucificado, aquellos que lo habían amado al principio no dejaron de hacerlo. Porque al tercer día se les manifestó vivo de nuevo, habiendo profetizado los divinos profetas estas y otras maravillas acerca de él. Y hasta el día de hoy no ha desaparecido la tribu de los cristianos»<sup>[6]</sup>.

Desde luego es difícil concebir que Josefo después de llamar a Jesús «un hombre sabio», añada en clave de fe implícita en su divinidad: «si es que se le puede llamar un hombre»; o que diga que era el Mesías, y que resucitó después de muerto. Un judío tan ferviente como Josefo no habría hecho estas afirmaciones. Pero esto no quiere decir que Josefo no escribiera nada del *Testimonium*. Lo que debió ocurrir fue que un escriba cristiano trató de adaptar el pasaje en cuestión a los puntos de vista cristianos insertando unas cuantas palabras en lo escrito por Josefo. La colocación del relato dentro de la narración general apoya este supuesto, es el tercero de una serie de cinco relatos breves sueltos que tratan de disturbios, cuatro de los cuales fueron causados por judíos. Se ha dicho acertadamente que en el curso de sus investigaciones en los archivos romanos, Josefo se encontró con los expedientes relativos a estos disturbios e hizo de ellos la base de su relato. Se ha dicho también, tal vez demasiado caprichosamente, que en el caso de Jesús el expediente contenía el informe de Poncio Pilato sobre la crucifixión. En su forma original este relato puede haber contenido palabras ofensivas para Jesús, que el escriba cristiano creyó conveniente suprimir, sustituidas por el ahora problemático testimonio de Josefo.<sup>[7]</sup>

La interpolación del supuesto escriba cristiano seguramente no fue un invento creado de la nada, sino una especie de glosa favorable a su punto de vista. Probablemente auténtico es el relato que hace de la muerte de Jesús, responsabilizando a los saduceos, a quienes se refiere como «los primeros entre nosotros». Sabido es que Josefo, en cuanto fariseo, mantenía contra los saduceos —la clase aristocrática y de la alta jerarquía sacerdotal—, un enfrentamiento radical, y por eso no duda en atribuirles lo que los Evangelistas atribuyen al pueblo judío en general, con sus gobernantes en cabeza.

La expresión «era el Mesías» no significa necesariamente una confesión de fe personal de Josefo, por lo que no se puede descartar que hiciera una referencia histórica a las pretensiones mesiánicas de Jesús, sin que él apoyara tal pretensión, o sea, que Josefo se refiere a la mesianidad de Jesús sin comprometerse personalmente. De esto casi no se puede dudar.

En 1927 el profesor Schlomo Pines, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, anunció el descubrimiento de un manuscrito árabe del historiador melquita Agapio, del siglo X, en el que el controvertido *Testimonium Flavianum* queda expresado de una manera apropiada para un judío. Dice así: «Por este tiempo vivió un hombre sabio llamado Jesús, y su conducta era buena, y era sabido que era virtuoso. Muchos de entre los judíos y de las otras naciones se hicieron discípulos suyos. Pilato lo condenó a ser crucificado y a morir. Pero los que habían venido a ser sus discípulos no abandonaron el discipulado. Informaron que se les había aparecido tres días

después de su crucifixión y que estaba vivo. Por ello, quizá fue el Mesías, acerca de quien los profetas han dicho maravillas. Y la tribu de los cristianos, así llamada por él, no ha desaparecido hasta el día de hoy».<sup>[8]</sup>

No se puede descartar que, efectivamente, Josefo hiciera una referencia a las pretensiones mesiánicas de Jesús, ni está fuera de lugar decir que conocía algunos escritos del Nuevo Testamento, pues parece demostrado que conocía relativamente bien el cristianismo y que incluso en las *Antigüedades* se recogen diversos intentos de interpretación de las Escrituras contrarias a las del cristianismo. En algunos círculos cristianos primitivos corrió el rumor de la conversión de Josefo al cristianismo, negada en su día por Orígenes: «Josefo no cree que Jesús sea el Mesías»<sup>[9]</sup>. Convicción que perdura en la actualidad con total unanimidad. Aún con todo, como ya dijimos anteriormente, Josefo gozó de un lugar privilegiado en la literatura cristiana.

## Historia y teología en el Antiguo Testamento

La misma pregunta que formulamos en relación a Josefo podemos hacerla en relación a los escritos bíblicos, tan fuertemente castigados por la alta crítica de los dos últimos siglos. «¿Hasta qué punto podemos confiar en la información que nos ofrecen?».

Todo lo que sabemos de la primitiva historia de Israel, de su gente y de su fe, se deriva de la Biblia y fuera de ella es poco lo que podemos saber. La arqueología no siempre confirma la tradición bíblica. Esto ha llevado al escepticismo a muchos estudiosos. A veces se publican obras eruditas tendentes a demostrar la ahistoricidad de los relatos bíblicos. Por ejemplo, el reciente estudio de Israel Finkelstein y Neil Aher Silberman.<sup>[10]</sup> En él dicen que la gran saga de los patriarcas, desde Abraham al hijo de Jacob, no tiene fundamento histórico. El relato de los patriarcas no es más que la «prehistoria piadosa» del pueblo judío, escrita en el siglo VII antes de Cristo para cumplir con la ambición territorial del reino de Judá. Los críticos decimonónicos fueron los primeros en introducir la sospecha que bajo los relatos bíblicos sólo había mitos de carácter astrológico (los doce patriarcas como los doce signos del zodiaco), o leyendas originariamente politeístas, sin fundamento en la realidad de los hechos acontecidos. Ni hubo tales patriarcas, ni un Moisés legislador, ni la salida de Egipto, ni la conquista de Canaán, ni nada que pueda ser considerado fiablemente histórico, hasta el período reciente del reinado de David.

Es cierto que el interés de los autores inspirados no es estrictamente histórico, tal como se entiende en la actualidad, sino teológico: historia sagrada. Para la historia profana de Israel existían otros libros que el mismo texto sagrado se encarga de mencionar, y que hoy están perdidos<sup>[11]</sup>. Los acontecimientos se eligen y se narran

con fines didácticos o catequísticos, según un esquema que se repite a lo largo de la narración: obediencia, apostasía, castigo, arrepentimiento, liberación y repetición del ciclo. El autor sagrado quiere mostrar que el fracaso del pueblo de Israel siempre es debido al pecado y al abandono de Dios por los ídolos. Cuando el culto a Dios ocupa su lugar Israel florece y se impone a sus adversidades y muchos enemigos. El resultado de esta manera de proceder hace que tengamos menos una historia de Israel que un comentario sobre la adoración a Yahvé. Así, por ejemplo, el texto bíblico dedica escasa atención al reinado de Omri, que fundó una gran dinastía en el reino septentrional, y que resume en ocho versículos, a pesar de lo cual las inscripciones asirias reconocen su grandeza hasta el extremo de que llaman Beth-Omri al reino de Israel.

Pero esto no quiere decir que la historia sagrada de la Biblia no descansa sobre hechos fiables de la historia profana y que no haya de ser tomada con rigor y seriedad histórica. Uno de los grandes logros del estudio moderno del antiguo Testamento ha sido mostrarnos el «sentir histórico» de los escritores bíblicos, único en su clase y en su tiempo. Hoy sabemos mejor que nunca que no hay otro pueblo que desde su juventud nómada se haya ocupado tan diligentemente en la cuestión de su propio origen y que ofrezca tan cuidadosamente el conocimiento de las migraciones de su propia protohistoria, y que se haya preocupado de atestiguar con documentos dignos de confianza, la época en que se hizo sedentario. El pensamiento histórico ha pertenecido a las formas más elementales del modo israelita de entender la existencia<sup>[12]</sup>. «Ningún otro pueblo de la antigüedad tuvo tradiciones que se le puedan comparar. Verdaderamente, por la riqueza de los detalles, la belleza literaria y la profundidad teológica no tienen paralelo entre las de su género en toda la historia»<sup>[13]</sup>.

Un historiador secular como Shotwell puede escribir: «La historia sagrada y la profana son por naturaleza incomparables, porque el autor de una es Dios y el de otra el hombre, ahora bien, no puede otorgarse más alto tributo al valor histórico del Antiguo Testamento que la comprobación de que, considerado sobre la base profana de ser obra del hombre, sigue siendo una de las más grandes producciones de la historia de la historia, una obra maestra de tradición nacional, de perspectiva y aspiración, producida por un pueblo pobre, hostilizado, semibárbaro, desgarrado por las rivalidades y barrido por la conquista, la cual retiene todavía el encanto inmortal del arte genuino y atrae universalmente el interés humano»<sup>[14]</sup>.

En estas cuestiones que afectan a la historia antigua uno tiene la sensación de que los especialistas son mucho más exigentes con los textos bíblicos que con el resto de textos históricos de la antigüedad a nuestra disposición, pidiendo un nivel de verificación imposible en estos casos.

Cuando estudiamos historia, por más incontrovertible que se revista de credenciales académicas, hemos de tener en cuenta que se trata de un conocimiento precario, parcial, sometido a constantes revisiones. Nada es definitivo en historia. Si

ya las modas y prejuicios entorpecen la investigación científica en general, en el caso de la historia y resto de las ciencias sociales se complica con la falta de evidencias y la ductibilidad del acontecer humano. En relación a la particular historia de Israel tenemos el agravante de sentirnos implicados en ella, bien positiva o negativamente, pues dado su carácter de libro sagrado, que más que recrear el pasado ha contribuido a forjar el presente cultural y religioso de Occidente, vivo y activo en el cristianismo, y mediante él en una vasta área geográfica. No sentimos el mismo peso intelectual o religioso ante la historia de los sumerios o de los hititas, pero la historia de Israel, en lo que ha contribuido a la tradición judeocristiana de nuestra cultura occidental, provoca en el estudioso una reacción previa, determinada por la experiencia que haya tenido con el contenido de esa tradición, de manera que el rechazo de ciertos elementos de esa tradición, su «desmitificación», no sea quizá sino el rechazo y la desmitificación de elementos de poder vigentes amparados y cobijados en esa tradición.

## Los Patriarcas

En el caso de los patriarcas es difícil encontrar huellas arqueológicas de su paso, debido a la naturaleza nómada de su estilo de vida. «Pero si no ha habido prueba física incontrovertible de que los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob fueron seres humanos reales, existen abundantes indicios para apoyar la conclusión de que hay verdad histórica sustancial en la narración sobre los patriarcas. El descubrimiento de altares y documentos —cartas, códigos de leyes y contratos civiles— de otros pueblos que fueron contemporáneos y vecinos revela mucho acerca de las estructuras sociales, los usos y las costumbres en Mesopotamia, Siria y Canaán y Egipto durante el segundo milenio a. C., y la historia de los patriarcas según la relata la Biblia está llena de detalles que coinciden con los datos arqueológicos»<sup>[15]</sup>.

Los hallazgos sacados a la luz por las excavaciones arqueológicas han puesto a disposición de los especialistas un material que ha iluminado de una manera increíble la edad patriarcal, llevando a una nueva apreciación de la naturaleza de los relatos bíblicos. Muchas cosas quedarán oscuras, pero «puede decirse lo suficiente para asegurar que las tradiciones patriarcales están firmemente ancladas en la historia»<sup>[16]</sup>. Hasta los detalles de las andanzas patriarcales tienen sabor de autenticidad. Podemos acometer la tarea de reconstruir las vidas de Abraham, Isaac y Jacob con la confiada creencia de que fueron verdaderos individuos históricos concretos.<sup>[17]</sup> Especialistas como Albright y Schreiner no dudan en afirmar que a la luz de la ciencia arqueológica en el ámbito del antiguo Oriente Próximo, se puede concluir que Abraham, Isaac y Jacob fueron personajes reales en su día, ya que sus relatos son perfectamente verosímiles. «En su conjunto el marco del Génesis es histórico y no

hay razón para dudar de la exactitud general de los detalles biográficos y de los retratos que nos hacen revivir a los patriarcas con un realismo que no se conoce en ningún personaje extrabíblico en toda la amplia literatura del Próximo Oriente antiguo» (W. Albright). Para C. S. Lewis, crítico de literatura, los críticos se dejaron llevar por sutilezas, semejante a los que saben descubrir un pequeño helecho en un granito y dejar pasar inadvertido un elefante a pocos metros de distancia (On Fern Seed and Elephants). O, en palabras de Cristo, a veces la preocupación por colar mosquitos puede llevar a tragarse los camellos.

Existe una significativa correlación entre los patriarcas y ciertos personajes que aparecen entre los siglos XIX y XVIII a. C. en la región de Siria y Palestina, conocidos por las fuentes egipcias. Los nombres de estos grupos son muy parecidos a los de los patriarcas citados en el antiguo Testamento. Por su lenguaje y onomástica serían semitas relacionados con los amorreos, pastores originarios de Mesopotamia, de donde, según la Escritura, procede Abraham.

Mesopotamia, la llanura entre dos ríos, albergaba también dos pueblos, uno semita, el acadio, que vivía en el norte; otro el sumerio, no semita, que habitaba en el sur. Entre sus ciudades más antiguas tenemos Aacad, Erec, Ur y Babel o Babilonia. Las excavaciones de Ur, en el sur, han dejado al descubierto calles enteras de tiempo de Abraham, templos y tablillas inscritas con los himnos que se entonaban en ellos.

Aunque falte consenso entre los especialistas, la mayoría sitúa a Abraham entre los siglos XIX y XVII a. C. Sabemos que en el siglo XVII toda la región de Ur, famosa por su relativa fertilidad, fue escenario de saqueos y pillajes, debido a un cambio de régimen político, causado por el derrumbe del imperio de Hammurabi. En casos así, era obvio que los nómadas migraran hacia otras comarcas donde vivir al menos en paz. Dentro de esas migraciones pueden situarse muy bien las de Abraham, que inicia su marcha hasta la tierra de Canaán, después de una indudable experiencia religiosa que le marcó de por vida.

El clan del patriarca primero se dirigió a Harán, en el norte, probable origen de su padre Taré, donde murió y recibió sepultura. Esta ruta, que transcurría a lo largo del Éufrates, aseguraba el suministro de agua tanto para su gente como para sus rebaños. Harán era a la vez el punto de partida de las rutas de las caravanas que conducían a los países occidentales. Abraham no era un simple nómada errante, las referencias bíblicas indican que poseía notables riquezas y prestigio. Es muy verosímil que esta riqueza estuviese representada por una gran caravana cuando salió de Harán<sup>[18]</sup>.

Miembro del clan de Taré, Abraham debió ser durante un tiempo adorador de Sin, divinidad protectora de Harán, también conocida por Nannar, diosa lunar. La Escritura se hace eco del pasado politeísta de los ancestros de Israel cuando se refiere «a los dioses a los cuales servían vuestros padres cuando estaban al otro lado del río» (Jos. 24:15). Estando en la ciudad paterna de Harán, escuchó la voz divina que le llamaba a dejar su tierra y su parentela y encaminarse a la tierra que le mostraría (Gn. 12:1). Para el patriarca se trataba de un dios totalmente desconocido que además

rompía sus esquemas politeístas. Por su parte, Dios sabía muy bien cuán difícil era tal separación.

¿Puso esta primera experiencia con Dios a Abraham en relación expresa con la unicidad de Dios? Difícilmente, pues su bagaje religioso tradicionalmente politeísta le imposibilitaba llegar sin más a una fe monoteísta explícita. Sin embargo, fiado en esa voz, Abraham se sintió impulsado a romper con las tradiciones religiosas de su clan y convertirse así en apóstata de fe de sus mayores. Puesto en marcha se arriesgaba a quedarse sin protección de los dioses, asociados a lugares concretos. Los antiguos creían que cada divinidad ejercía su tutela en una determinada región. Abraham renunció a esa seguridad brindada por los dioses de su patria y de su tierra y se puso en manos de la nueva divinidad que le llamaba y «salió sin saber a dónde iba» (*Hb.* 11:8). Es difícil evaluar la heroicidad de tal decisión sin conocer el contexto religioso-cultural de su gesta. Por eso es justamente reclamado como «padre de la fe».

La cuestión del heredero de Abraham que materializara la promesa divina de una descendencia innumerable, refleja con exactitud las costumbres de la época. Al verse sin hijos, Abraham piensa que su siervo Eliezer será su heredero, literalmente «hijo de herencia», en hebreo *ben meshek*. El pensamiento de que el siervo herede las riquezas del señor, refleja las leyes de Nuzi,<sup>[19]</sup> cuyas tablillas fueron descubiertas por la arqueología y dadas a la luz pública en 1925. Según estas leyes una pareja sin hijos podía adoptar como hijo a un sirviente fiel, que ostentaría los derechos legales y recibir la herencia de sus padres adoptivos como recompensa por sus cuidados y el enterramiento en caso de fallecimiento. Las costumbres maritales de Nuzi, lo mismo que el código de Hammurabi, proveían también que si la esposa de un nombre casado no tenía hijos, el hijo de una criada podía ser reconocido como legítimo heredero; situación típica en el caso de Abraham, propia de las viejas costumbres de Mesopotamia, que nos remiten a un tiempo antiguo y a tradiciones históricas fidedignas.

## Los hebreos en Egipto

Empujados por el hambre los hijos de Jacob buscaron la seguridad de Egipto para ellos y sus rebaños de ganado. Su estancia debió ser bastante larga para que los hijos nacidos durante ese período recibieran nombres egipcios. La historia atestigua que en aquel tiempo Egipto estaba dominado por los hicsos, hordas nómadas que, procedente de Asia Menor (Turquía actual), comenzaron a migrar hacia el sur y acabaron adueñándose de Egipto. Mientras conservaron el poder, dieron cobijo a cuantos clanes beduinos mostraban deseos de instalarse en el delta del Nilo. La afluencia de extranjeros restaba fuerza a los nativos, lo cual interesaba políticamente a la dinastía

foránea de los hicsos. Todo lo cual encaja con lo que la tradición bíblica dice sobre los hijos de Jacob. Bien recibidos por los hicsos en calidad de huéspedes, terminaron siendo esclavos bajo una nueva dinastía de origen egipcio: la famosa XVIII dinastía.

Pero hay otros datos que corroboran la tradición bíblica. Según algunos documentos recuperados por los arqueólogos durante gran parte del segundo milenio a. C., Egipto tuvo un trato sin precedentes con los extranjeros; algunos de estos contactos eran con tribus semitas cuya manera de vivir, según la describen los egipcios, corresponde a la de los israelitas descritos en la Biblia. La tierra pantanosa del delta propiamente dicho era un buen lugar para apacentar el ganado, y en sus lindes casi siempre crecían los granos en abundancia. Un escriba egipcio de fines del siglo XIII a. C. hace referencia a «dejar que las tribus beduinas de Edom pasen la fortaleza de Merneptah», que refleja la actitud de los dignatarios egipcios durante ese período: la permisión a los nómadas de entrar en la región oriental de Egipto, «para mantenerse vivos y para mantener vivo su ganado»<sup>[20]</sup>. Las relaciones entre los egipcios y los tribus semitas fueron pacíficas hasta que un faraón les obligó a participar en la reconstrucción de las ciudades de Pitom y Ramsén, situadas en la delta oriental del Nilo y mencionadas en los textos egipcios del siglo XIII a. C. En este punto la tradición bíblica es antigua y tiene fundamento histórico. No se entiende cómo la tradición israelita habría podido introducir estos nombres en una época tardía, cuando tales ciudades no desempeñaban ya ningún papel para los egipcios.

Cuando Tutmosis III subió al trono en 1490 a. C., extendió al este los límites del dominio egipcio, gracias al caballo, el carro de guerra y la necesidad de expansión estratégica que les dejaron los hicsos. Pues comprendiendo que la situación de Egipto sería peligrosa mientras no hubieran aniquilado en sus puertas al enemigo aún temible, los faraones egipcios del Imperio Nuevo (XVIII dinastía), invadieron Canaán donde todo un sistema de fortalezas defendía los restos del reino hicsos o sus vasallos. Con el tiempo el dominio egipcio llegó hasta el valle del Éufrates, con lo que convirtió en provincia egipcia casi todo Canaán y parte de Siria. En esta época fue cuando hizo su primera aparición en los documentos escritos el nombre de Canaán. Los soldados del faraón, según un escriba del reinado de Tutmosis, se llevaron a su patria todo lo bueno que encontraron en los pueblos subyugados: oro, plata, piedras preciosas, vino, ganado, carros de guerra y cautivos empleados como esclavos. Esta práctica continuó bajo los sucesivos faraones durante 300 años siguientes. Algunos de estos cautivos cananeos pudieron haber sido los antepasados de los esclavos a quienes Moisés sacó de Egipto, entre la multitud de los que se unieron a los hebreos: «También fue con ellos una gran multitud de toda clase de gente, y sus ovejas y ganado en gran número» (*Ex. 12:38*)<sup>[21]</sup>.

## La figura de Moisés

Es un hecho incontrovertible que sólo en la Biblia están descritas la vida y los hechos de Moisés. Los documentos extrabíblicos, como las inscripciones asirias y palestinas, las tablillas cuneiformes o los textos egipcios, no hablan de él para nada. Fue sobre todo al fin del siglo pasado y al principio del actual cuando la existencia de Moisés se consideró no sólo con escepticismo, sino que —no raras veces— se negó sin más. Las investigaciones veterotestamentarias de los últimos decenios han logrado, por el contrario, asegurar de modo concorde la historicidad de Moisés. Esto, sin embargo, no significa enteramente que hay hayan quedado resueltos todos los problemas precedentes. Tanto que hoy muchos autores se preguntan si Moisés ha de verse, no como personaje histórico, sino como símbolo para configurar en torno a él la identidad de aquel pueblo en ciernes.

Para el conocido profesor Martin Noth, la figura de Moisés fue introducida en las tradiciones tribales de los hebreos en un tiempo muy posterior de los hechos<sup>[22]</sup>, sin embargo, como en su día respondieron Natan Soderblom y John Bright, si Moisés no existió sería preciso inventarlo. Si se negara la historicidad de Moisés, esto significaría que habría que colocar otro personaje de similares características en su lugar. Sólo una gran personalidad religiosa, como indudablemente lúe Moisés, puede explicar satisfactoriamente la existencia de la nación y de la religión israelita. No es necesario jugar a esta reconstrucción de la historia, pues lo difícil hoy es negar el carácter histórico de la figura de Moisés.

La misma onomástica revela la verdad de su existencia, pues es difícil de imaginar en una época posterior. Moisés es un nombre egipcio, no hebreo. El nombre de Moisés en hebreo es Mosheh, porque la «s» es fruto de la traducción del nombre de Mosheh a su equivalente griego. Mosheh se asemeja a Mashah que en hebreo significa «sacar» —para la Biblia es el origen del nombre—, no obstante hay que recordar que Moisés fue sacado de las aguas por una princesa egipcia, la cual no le pondría un nombre hebreo, sino egipcio, y significa «nacido de» o «hijo de»<sup>[23]</sup>. Con diversas formas ortográficas aparece como elemento en los nombres de varios faraones egipcios, entre ellos Tut-mosis, cuyo nombre quiere decir «el hijo del dios Thot»; Ptah-mosis, «el hijo del dios Ptah»; e incluso Ramsés, alusión del nombre que quiere decir «el hijo del dios Ra». Otros israelitas mencionados en la Biblia llevan nombres egipcios: Finnes y Ofni, lo mismo que Merar y posiblemente Aarón. Esto nos lleva a un problema añadido: la puesta en cuestión de la nacionalidad judía de Moisés. Sigmund Freud fue el primero en defender que Moisés no era judío sino egipcio, miembro de la casa real, estrechamente vinculado al faraón Akenatón<sup>[24]</sup>. Lo cual es negado por la mayoría de los especialistas.

## **El Éxodo y el Sinaí**



Ningún documento egipcio habla del éxodo israelita, quizás porque los hebreos carecían de importancia a los ojos de los magnificentes señores egipcios del Imperio Nuevo o, simplemente, como veremos a continuación, porque el éxodo israelita se produjo en un turbulento período de la historia egipcia, en el cual la salida de los hebreos no fue el acontecimiento más serio ni más grave. Si se pudiera demostrar que los esclavos y prisioneros llamados apiru de los que se habla en las tablillas de Amarna, eran los hebreos, tendríamos una noticia referente a ellos en las fuentes del Imperio Nuevo, pero esta hipótesis es rechazada por muchos historiadores.

«Sin duda es verosímil que los hebreos debieran huir finalmente de una dura opresión en tierras extranjeras; una opresión que podía, por ejemplo, ser reflejo de las cargas que imponían unas enormes empresas de construcción».<sup>[25]</sup>

La fecha de la salida de Egipto también permanece en la incertidumbre histórica. La mayoría de los estudiosos se inclinan por la época del faraón Ramsés II, hacia el final del siglo XIII a. C., pero es un dato que sigue siendo problemático a la luz de los datos aportados por la cronología bíblica tomada en su sentido literal.<sup>[26]</sup>

Esta fecha tiene a su favor la correlación entre los textos del libro de Éxodo y la historia de Ramsés II. Él, en efecto, emprendió el programa de construcciones más ambicioso que hubiera visto Egipto desde los días de los constructores de pirámides, un milenio y medio antes. Entre sus muchas construcciones mandó construir Pi Ramsés («la casa de Ramsés», la Ramasés bíblica), quizá cerca de la actual Qantir, una magnífica residencia que le permitía vigilar más de cerca la turbulenta Asia. Tanto la Biblia como los documentos egipcios corroboran la teoría de que gran parte del trabajo realizado en el reinado de Ramsés fue hecho por trabajadores forzados. A su muerte le sucedió su hijo Meneftah, que fue cuando Egipto tuvo que hacer frente al grave peligro de los asaltos de los llamados «pueblos del mar». Los vasallos de Egipto, alentados por la fuerte amenaza que estos temibles guerreros levantaban sobre el país, intentaban sacudirse el yugo por todas partes. Probablemente fue en tiempos de Meneftah cuando los hebreos salieron de Egipto.<sup>[27]</sup> En verdad este período parece haber sido oportuno para la fuga de un pueblo sometido. Aunque la Biblia, como es natural, no menciona las tribulaciones del faraón con los invasores «pueblos del mar» y las subsiguientes sublevaciones de sus vasallos, sabemos que en el turbulento cuarto de siglo entre 1225 o 1200 a. C., muchos extranjeros que habían estado esclavizados en Egipto lograron huir de sus aturdidos amos.

Es cierto que ningún arqueólogo ha podido descubrir la ruta exacta del Éxodo ni localizar los sitios de los principales incidentes de este viaje. Pero la investigación moderna confirma que la tradición bíblica de la huida y de los episodios que la siguieron es fundamentalmente verdadera y probablemente ocurrieron hacia finales del siglo XIII a. C. en alguna parte de la península del Sinaí o tal vez en el desierto de Arabia. Los esclavos fugitivos eran un problema frecuente para los egipcios, que solían perseguirlos en el desierto. «Por más que se empeñen los arqueólogos no pueden encontrar las huellas de los israelitas en las arenas del desierto».<sup>[28]</sup>

Al hacer sus planes, es de imaginar que Moisés tenía información secreta sobre los caminos mejores, o menos peligrosos, que debían seguir. La ruta más corta de Egipto a Canaán habría sido el sendero que subía por la costa cananea, la que usaban los mercaderes. Pero había buenas razones para evitar la costa: en el camino se levantaban ciudades fortificadas, guarnecidas por soldados que podían impedir el paso de los fugitivos. Así que en lugar de esa arriesgada ruta, «Dios los condujo rodeando por el camino del desierto, que está cerca del mar Rojo». Los historiadores modernos están seguros de que no es una alusión al mar Rojo señalado en los mapas de nuestros días. Han descubierto que esta manera de escribir el nombre se debe a un error en que incurrieron los traductores griegos del siglo III a. C. El texto debería decir «mar de las Cañas», que es como tradujo Lutero en el siglo XVI la versión de la Biblia en alemán, partiendo del texto hebreo. La geografía confirma la traducción de Lutero, pues el mar Rojo se encuentra tan al sur del delta del Nilo que los egipcios, empleando rápidos caballos y carros de guerra, les habrían dado alcance mucho antes de la famosa división de las aguas del mar. Es mucho más probable que haya ocurrido algo semejante a este fenómeno en la región del actual canal de Suez.

Caminando por el desierto llegaron al monte Sinaí, también llamado Horeb, que bien pudiera tratarse de un pico de 2.285 metros de altura llamado hoy Jebel Musa (montaña de Moisés), situado en el extremo sur de la península del Sinaí. La identificación es bastante tardía respecto a los eventos narrados en la Biblia. Se le empezó a vincular con Moisés durante el reino de Constantino, en el siglo IV, cuya madre, Elena, eligió el Jebel Musa para construir una capilla en conmemoración de la zarza ardiente. Las propuestas alternativas de localización del Sinaí responden más a prejuicios racionalistas que a fundadas razones históricas o geográficas. Así, una teoría difícilmente conciliable con la enseñanza de la Biblia, sitúa el Sinaí en el Golfo de Acabá, en la región volcánica del norte de Arabia (Madíán), y todo porque se toma Éxodo 18:19 («Todo el monte Sinaí humeaba, porque el SEÑOR había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera»), en un sentido puramente naturalista, queriendo leer entre líneas una referencia a actividades volcánicas, asociadas por la mente primitiva a la existencia de un dios. En la península del Sinaí no hoy volcanes todo lo contrario de Arabia, que cuenta con cierto número de ellos. Una tradición árabe asocia el solitario volcán Tadra con el monte de Moisés. Otra señala uno más cercano a Petra. Cuando este volcán está activo su luz puede verse a cientos de kilómetros de distancia, lo que podría explicar de una manera puramente natural, la extraordinaria conducción divina de Israel, indicada por la columna de fuego que guiaba a Moisés en línea directa desde el mar Rojo. Todas estas explicaciones de carácter natural, que recurren a los fenómenos de la naturaleza para explicar los sucesos extraordinarios que la Biblia adscribe a la acción divina, conducen a un callejón sin salida que reducen la idea Dios a la evolución de un concepto primitivo propio de pueblos semicivilizados que explican las fuerzas de la naturaleza en términos religiosos,

atribuyendo a Dios lo que nosotros atribuimos a leyes científicas o a la misma naturaleza de las cosas. De este modo muchos críticos racionalistas sostienen que el Yahvé hebreo era originalmente un dios de la montaña de fuego adorado por las tribus nómadas del desierto. El problema de esta localización volcánica del Sinaí en Arabia es que está a considerable distancia de Egipto, lo cual contradice, de plano, la historia bíblica.

Otro problema relacionado con la ubicación del pueblo hebreo en la península del Sinaí durante su peregrinación en el desierto, reside en la existencia de minas de cobre y turquesas próximas a la punta de lanza que forma la península, conocidas y explotadas por los egipcios desde la I dinastía, ya que representaban una fuente fundamental para el aprovisionamiento en metales de Egipto. Allí eran enviadas cuadrillas de esclavos sometidas al control de los soldados. Esto lleva al profesor Stephen Caiger a considerar bastante improbable la estancia de Israel en la península del Sinaí durante cuarenta años, dado la presencia de obreros y soldados egipcios. Desde un punto de vista estratégico sería el último lugar elegido para esconderse. Un papiro descubierto en 1930 que contiene el mapa más antiguo del mundo, nos muestra la ruta faraónica a través del desierto desde Egipto hasta las minas. No es muy probable, pues, que los israelitas huidos de Egipto, permanecieran en un lugar tan transitado por sus enemigos. La objeción no es insuperable. Según el Dr. John Bright, no es necesario suponer que una marcha en dirección a las minas, en cuyas proximidades se sitúa el monte de Sinaí, habría de llevar a los hebreos a un choque con las tropas egipcias, ya que los egipcios no tenían guarnición permanente en las minas. Los hebreos pudieron pasar sin ser molestados, excepto en los períodos intermitentes en que los equipos mineros estaban trabajando.<sup>[29]</sup>

La localización geográfica del Sinaí es una cuestión de poca importancia comparada con lo que sucedió allí, y aquí, como escribe el T H. Robinson, podemos alcanzar conclusiones que están confirmadas no sólo por las narraciones disponibles, sino por todo el curso político y religioso de la historia de Israel. Fue allí donde por primera vez las tribus se combinaron en una unidad singular y donde comenzó la idea de Israel como nación.<sup>[30]</sup>

## El Tabernáculo

Además de la palabra «tabernáculo», *mishkan* en hebreo, el texto bíblico utiliza ciento treinta veces la expresión «tienda de la reunión», *ohel moed* en hebreo, en alusión a un tipo de santuario mucho más sencillo, una tienda pequeña situada fuera del campamento (*Ex.* 33:7-11), antecedente de la gran tienda o tabernáculo situado en el centro del campamento. Cuando Moisés entraba en la tienda de la reunión la nube se posaba sobre ella, indicando la presencia de Dios. Entrar en la tienda era para

Moisés semejante a resguardarse en la hendidura de la peña (*Ex.* 33:22-23).

Moisés está solo en la tienda. El pueblo fuera. La nube, signo de la presencia de Dios, aparece siglos más tarde en la inauguración del Templo construido por Salomón (*I Ry.* 8:10). Cuando leemos con atención la descripción del Tabernáculo y las prescripciones que le rodean, observamos que para Israel el Tabernáculo significaba la perpetuación simbólica del monte santo. De algún modo, que podríamos llamar sacramental, el monte Sinaí, con todo lo que significa y recuerda sobre a Dios y su Alianza, permanece y acompaña a Israel en la figura del Tabernáculo. El pueblo deja atrás el monte Sinaí, pero el Tabernáculo, cuya imagen simboliza, perpetúa la relación con la «montaña de Dios» y su significado religioso, lo que a su vez nos muestra la importancia de los eventos de Sinaí para la historia de Israel. Entre el Sinaí y el Tabernáculo se establece una conexión de significados tendentes a reforzar el recuerdo de los acontecimientos que dieron origen al pueblo y a la religión de Israel.

El Tabernáculo es móvil, acorde a la condición del pueblo peregrino en ese momento. Una vez que Israel deja atrás el monte Sinaí no tiene que regresar en peregrinación para experimentar la presencia y guía de Dios, sino que ésta le acompaña dondequiera que va. «Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas; pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba» (*Ex.* 40:36-37; *Nm.* 9:15-23). Un Dios peregrino para un pueblo peregrino, cuya movilidad salva a Israel de caer en la veneración de lugares y centros sagrados que no sean los indicados por Dios en su Palabra. El Tabernáculo, la Nube, fueron signos de parte de Dios a Israel para que éste no sintiera la tentación de creerse abandonado por Dios —al llevar la vida errante de los primeros años<sup>[31]</sup>— y evitara el peligro de confundirse con falsas imágenes.

Nadie del pueblo podía acercarse al monte Sinaí, bajo pena de muerte, era un lugar sagrado por excelencia, objeto de graves prohibiciones. Sólo Moisés estaba autorizado para entrar. «Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, no toquéis sus límites; cualquiera que toque el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá... Dijo el SEÑOR a Moisés: Sube ante el SEÑOR, tú y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis desde lejos. Pero Moisés sólo se acercara al SEÑOR; y ellos no se acerquen, ni suba el pueblo con él» (*Ex.* 19:12-13; 24:1-2). En el caso del Tabernáculo las mismas prohibiciones continúan; sólo que en este caso los sacerdotes ocupan el lugar de Moisés. A ellos, y sólo a ellos, les está permitido el acceso al Tabernáculo para cumplir sus deberes religiosos, pero el pueblo tiene que mantenerse alejado. «Todo extraño que se acerque, morirá» (*Nm.* 1:51; 3:10). Los levitas, como guardianes sagrados del santuario, acampan alrededor del Tabernáculo para impedir que nadie transgrediera los límites.

Con esta serie de prescripciones, se pretende formar en Israel la conciencia de lo sagrado de Dios, de modo que el pueblo reflexione seriamente sobre la tremenda e

inaccesible majestad divina y la importancia de sus leyes y mandamientos. Con la venida de Jesucristo, el concepto de Dios, que a lo largo de la historia ha ido adquiriendo nuevos matices, conforme a una revelación progresiva, se consuma la Alianza y se saltan todas las barreras, leyes, prescripciones y mandamientos que aún mantenían aparte a Dios de su pueblo, creando una barrera ceremonial entre ambos. Las palabras del Pacto del Sinaí, donde Dios se compromete a ser el Dios de Israel, y éste el pueblo de Dios (*Ex.* 6:7; 19:1-8), resuenan con nueva fuerza en los labios de Cristo. Dios se acerca de tal modo al hombre, que no sólo planta su tienda en medio del mundo, sino que se reviste de forma humana y con ello enseña la total proximidad que Dios anhela; la humanidad es asumida por la divinidad para que aquélla llegue a la participación más profunda de la naturaleza divina (*II Pd.* 1:4). Con Cristo amanece un nuevo y sorprendente concepto de Dios en la tierra.

## Los hebreos en el desierto

Desde el punto de vista histórico la peregrinación y estancia de cuarenta años en el desierto es un período de tiempo que está casi vacío. Sólo se nos han transmitido algunos episodios del primer año y algunos más del último. Unos y otros están vinculados a nombres de lugar, a pesar de que es imposible fijar el itinerario preciso de la peregrinación desde Egipto hasta la Tierra Prometida, todo ello en virtud de la perspectiva teológica de la historia del autor bíblico, a la que hicimos referencia al principio.

El conjunto de las peripecias vividas a lo largo de la travesía por el desierto no se nos representa como una gesta o epopeya de glorificación nacional, sino todo lo contrario. Lo cual no deja de ser una garantía de autenticidad.

En el desierto se consumó la elección de Dios y de su alianza con Israel. Pero fue a la vez un lugar de prueba. El pueblo cayó una y otra vez en el pecado del descontento: murmurar siempre y exigir, en vez de andar confiado en pos de Dios y alabar su nombre. «¿Hasta cuando me va a despreciar este pueblo? ¿Hasta cuándo van a desconfiar de mí, con todas las señales que he hecho entre ellos?» (*Nm.* 14:11; *Dt.* 1:32). El éxodo de los israelitas y su peregrinaje por el desierto se presenta como una lista interminable de quejas y sublevaciones contra Dios y su siervo Moisés. «La historia de las demás religiones no tiene paralelo alguno con esta mala voluntad de un pueblo elegido de cara a sus divinidades protectoras» (C. Spicq). Por supuesto que se dieron circunstancias atenuantes: hambre, fatiga, sol abrasador, serpientes, pruebas todas ellas duras de soportar, pero Dios no cesó de acompañarle y de multiplicar sus intervenciones protectoras. Pero el pecado de aquella generación fue precisamente no tenerlas en cuenta, a pesar de haberse beneficiado de ellos no un día o algunos meses, sino durante cuarenta años. Es un largo período de tiempo que se indica como prueba

de que la experiencia de la infidelidad del pueblo es decisiva y no cabe esperanza de que mejore.

## La legislación mosaica

En el Sinaí se efectúa Alianza o Pacto (*berit* = alianza, lazo o cadena; obligación o fuerza) entre Dios e Israel, cuyo núcleo central es el llamado Decálogo. Tras el descubrimiento del famoso código de Hammurabi, legislador de Mesopotamia que vivió unos cuatro siglos antes que Moisés, se observaron en él claros paralelismos con la legislación mosaica, llegando a decir que el «código» hebreo se inspiró en el babilónico. No obstante, tal supuesto hoy se pone en entredicho porque ulteriores descubrimientos han evidenciado que otras legislaciones de la antigüedad ofrecen preceptos del todo afines a los recogidos en el decálogo. El código hitita descubierto entre las ruinas de Boghaskoy (Turquía), se supone que fue redactado en torno al año 1450 a. C. Por tanto, posterior al de Hammurabi, pero anterior al mosaico. En las dos tablillas descubiertas figura un cuerpo de unas 200 leyes que engarzan con las tradiciones mesopotámicas así como con las sinaíticas.

Un estudio comparado de estas legislaciones muestra cómo en el Medio Oriente antiguo casi todas las normativas se inspiran en criterios parecidos. Ello explica su afinidad. Siendo así, nada extraña que el decálogo acuse el influjo de esas legislaciones. Hoy se supone que, aun sin influenciarle ninguna en concreto, las tiene a todas presentes a la hora de configurar la normativa por la que ha de regirse su pueblo. Sin embargo, como escribe Antonio Salas, sería falso reducir el decálogo a un simple plagio de otras legislaciones. «En la alianza sinaítica se fijaron las bases para que, en el futuro, aquel pueblo en marcha pudiera adoptar un comportamiento donde se valorara no sólo la observancia de los preceptos, sino la actitud de cuantos se comprometían a regularse por ellos. Ninguna otra legislación antigua —hasta donde alcanzan nuestros conocimientos— se interesa por las actitudes de los creyentes. La mosaica sí». [32]

La alianza sinaítica está en línea de continuidad con las promesas hechas por Dios a Abraham, ahora extendidas a todo Israel, exigiendo de todos la misma obediencia.

Los mandamientos, estatutos y decretos regulan las condiciones de la vida que conducen a la promesa o bendición o al castigo y maldición, según se cumplan o se desatiendan. Dios da su Ley a su pueblo, al pueblo que Él ha elegido, para enseñarle sus deberes y mostrarle qué tipo de conducta espera de él. La promulgación de la Ley no obedece a la voluntad dictatorial de Dios como Señor y Soberano de sus criaturas, sino a la oferta de un camino de vida y felicidad eternas. «No temas a Yahvé tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando, tú, tu hijo, y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, para que tus días sean prolongados. Oye,

pues, oh Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien» (*Dt.* 6:2-3).

Como bien ha visto Félix Asensio, hay un evidente paralelismo entre la promulgación de la Ley en el Sinaí y el mandamiento dado a Adán en el Paraíso. En ambos casos se trata de obedecer para disfrutar de la promesa divina. La obediencia o la desobediencia a Yahvé es el punto de arranque de la vida o la muerte del hombre (*Dt.* 30:15-18). «Orientada hacia la “posesión” de la tierra prometida, tierra de “vida” y de “bien-prosperidad”, Israel se encuentra con la “ley-voluntad” de su Dios. Una condición que cumplir, como un día en el Paraíso frente al “árbol de la vida”, de su cumplimiento depende la posesión de la tierra, que es promesa de vida, de expansión nacional, de bendición divina desbordada e incontenible, de arraigo permanente en la tierra del yahvismo, de seguridad en la existencia como pueblo».<sup>[33]</sup>

La Ley, Torá en hebreo, es algo más que un cuerpo legislativo, significa «instrucción» o «guía», revelando así que el conjunto de leyes dado a Israel nunca se concibieron como una lista de los deberes y una carga para el pueblo, sino como el camino que corresponde seguir a un pueblo santo que ama a su Señor. La forma de la alianza en el Sinaí tiene un doble faceta, en la que, como dice James Plastaras, no se ha meditado suficientemente, llevados por la polémica antifarisea del Nuevo Testamento. En el Sinaí encontramos el «evangelio» en el mismo prólogo de promulgación de la Ley: «Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy el Yahvé tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre» (*Ex.* 20:1-2). Aquí, en el encabezamiento de la Ley, aparece con claridad la salvación liberadora de Dios, a la que corresponde un código de libertad, que es el Decálogo. Es decir, que en la antigua dispensación encontramos la Ley o estipulaciones y condiciones de la alianza, pero una Ley vinculada al «Evangelio» que se manifestará plenamente en la encarnación del Hijo de Dios.<sup>[34]</sup>

## La conquista de Canaán

Para la conquista y reparto de la tierra prometida, Canaán, tenemos dos libros estrechamente relacionados: Josué y Jueces; el primero narra la conquista, el segundo los problemas del asentamiento en constante hostigamiento de los restos cananeos y de los vecinos enemigos. La cronología de ambos es difícil de determinar, así como la armonía de la historia que narran. Basados en ello los críticos bíblicos aseguran que «la marcha triunfal del invencible guerreo [Josué] que va conquistando sucesivamente el centro, el sur y el norte del país no corresponde a la realidad»; e Israel en su conjunto «no se parece en nada a un ejército invasor. Son unos pobres desheredados, unos fugitivos que se han escapado de Egipto bajo la guía de Moisés».<sup>[35]</sup> Según estos críticos, la historia narrada en el libro de Josué es una visión teologizada de los hechos, en la que se magnifica al máximo toda hazaña para realzar

el poder de Dios. Si el libro de Josué da la impresión de la casi total subyugación de país, el libro de los Jueces cuenta detalladamente que la ocupación de Canaán no fue completa desde el principio y que los cananeos no fueron desalojados totalmente, sino después de un largo proceso de varios siglos.

Según el libro de Números (caps. 13-14), las tribus israelitas tras un intento fallido de penetrar por el sur, dieron un gran rodeo hasta fijar sus tiendas en el monte Nebo, ubicado al otro lado del Jordán. Desde allí Josué dio comienzo a una guerra de invasión que se prolongó casi un siglo. Y no hay razones para dudar que, tal como dice la Biblia, se trató de una cruenta guerra de conquista. «Aunque no podemos reconstruir la carrera militar de Josué, no hay razones para dudar de que desempeñó un papel dirigente destacado en estas campañas».<sup>[36]</sup>

Los arqueólogos han encontrado numerosas señales de que a fines del siglo XIII a. C., varias ciudades cananeas, entre ellas Laquís, Btsamés, Hazor y Lais, fueron destruidas por fuego, lo cual concuerda con la llegada de Josué a Canaán y el testimonio de la destrucción de las ciudades cananeas. Lo que sabemos de la cultura y con la religión cananea también coincide con el relato bíblico de las luchas hebreas contra los cultos locales y el ambiente politeísta. A lo largo del siglo XII a. C., Palestina fue el escenario de las disputas de dos tradiciones religiosas y dos pueblos, que armoniza y confirma el hundimiento del poder egipcio sobre el lugar.

Uno entre muchos detalles que confirma la historicidad de los hechos, es el caso de Débora y de su enfrentamiento con el ejército cananeo de Sísara, que «reunió todos sus carros, 900 carros de hierro» (*Juec.* 4:13), mientras que en Israel «no se veía lanza ni escudo», desigualdad de armamentos basada en la realidad debido a que Israel aún no había adquirido la tecnología de la Edad de Hierro.

La civilización cananea, afortunadamente para los israelitas, no era ni fuerte ni original; estaba fragmentada en pequeñas ciudades-Estado, y sin la presencia de las guarniciones militares egipcias que antes estaban asentadas en aquella zona. Aunque Egipto se movilizó muy pronto para afirmar de nuevo su autoridad, no lo pudo hacer de una manera permanente y el imperio llegó rápidamente a su fin. El mayor peligro para Israel procedía del campo religioso. Los israelitas se sentían fuertemente inclinados a abrazar el culto de los baales locales, o sea, las divinidades que aparecen en la literatura de Ugarit, como por ejemplo la divinidad agrícola Dagan, «señor e inventor del trigo y del arado».

La lengua que hoy llamamos hebrea se formó precisamente en esta época, en contacto con los cananeos. El estilo poético que aparece en las primeras partes de la Biblia, como por ejemplo en el cántico de Débora (*Juec.* 5), es muy parecido a la poesía usada en Ugarit, y algunos de los aforismos de los Proverbios pueden parangonarse con las expresiones de la sabiduría fenicia.<sup>[37]</sup>



## Los jueces y Samuel

Los israelitas que habían penetrado en Canaán se hallaban diseminados en determinados puntos centrales, con peligro de ser absorbidos por los habitantes de la región, más cultos y más refinados. Para defenderse militar y culturalmente Josué invitó a las tribus en Siquén a renovar la alianza del Sinaí y a unirse en una liga o confederación tribal, sentando así las bases para la unificación nacional, basada por completo en criterios religiosos: la fe en Yahvé.

En este contexto apareció la figura de determinados caudillos que salvaron la situación en momentos de peligro para la confederación. La figura de Débora, Gedeón y de Sansón dominan esta época. Se les conoce por el nombre de jueces.

Los jueces, en hebreo *sofet*, no lo eran en el sentido exclusivo y legal de la palabra, tienen que ver con los sufetas fenicios, consejeros que no administran únicamente justicia, sino que también gobiernan. Tampoco eran patriarcas ni reyes, sino una nueva especie de caudillos de transición llenos de carisma, cuya autoridad no era cuestionada, porque actuaban a instancias e impulsos del espíritu de Dios. Los jueces eran, en el sentido pleno de la palabra, personajes carismáticos. Por eso la función de juez no era hereditaria, ni siquiera vitalicia. Cesaba tan pronto se cumplía el propósito para el que eran llamados por Dios. No hay línea de sucesión porque cada uno de ellos aparece como salvador extraordinario enviado por Yahvé. La serie de los jueces es discontinua, no está unida como la cadena de una sucesión dinástica.

A veces la influencia del juez sólo se extendía sobre una tribu; a veces, sobre varias. «No todos los jueces tuvieron idéntica fisonomía. Alguno (Gedeón) se lanzó a cumplir su misión a impulsos de una profunda experiencia de vocación divina; otro (Jefté) fue un bandolero que supo cómo sacar ventaja; otro (Sansón) fue un simpático embustero, cuya fuerza proverbial y picarescas aventuras llegaron a ser legendarias. Ninguno, al menos que sepamos, condujo a todo Israel a la batalla. Todos, sin embargo, parecen haber poseído algo en común: ser hombres que, destacando en tiempo de peligro, unieron a los clanes contra el enemigo, en virtud de ciertas cualidades personales, que sus compatriotas interpretaban como signo de que el espíritu de Yahvé estaba en ellos».<sup>[38]</sup>

En el momento más bajo del sometimiento de las tribus al poder filisteo, aparece la figura sobresaliente de Samuel, juez, sacerdote y profeta al mismo tiempo, criado en el santuario de Silo, eje político-religioso de todo el territorio en los días de Elí. Samuel es el último de los jueces y el profeta más grande de toda la historia de Israel después de Moisés. Reunió en torno a sí un grupo profético sobre el que ejercía una enorme influencia (*I Sam.* 10:5-13; 19:18-24).

Samuel confiaba plenamente en la dirección divina, y estaba dispuesto a seguir el tradicional régimen político de la teocracia, o gobierno divino en la confederación tribal. Temía que la elección de un rey, como muchos de sus contemporáneos exigían,

comprometiera el protagonismo exclusivo de Yahvé, el único Rey y Señor de Israel. Samuel se esforzó por conservar ese régimen que, pese a su validez en el pasado, se encontraba en una vía muerta de cara al futuro, pues las circunstancias habían cambiado considerablemente. Por eso, al final tuvo que ceder y aceptar la instauración de la monarquía. Con esta decisión la historia de Israel tomó un nuevo rumbo.

## **De la federación tribal a la monarquía**

El período de los jueces tiene todos los visos de ser un régimen transitorio, mientras culminaba la sedentarización de las tribus; fue el paso obligatorio del gobierno tribal edificado sobre bases religiosas de carácter carismático a la regencia monárquica, también cimentada en principio sobre el carisma de los primeros reyes. La fe de Israel no fundó su razón de ser en el éxito político sino en la primacía de su alianza con Dios. Al fallar en este aspecto religioso, fallaba en el resto.

En un mundo como el del Próximo Oriente, que giraba en torno al concepto del gobierno de un rey, la actitud de los israelitas del tiempo de los jueces destaca en un claro contraste. La aversión por la autoridad y el sentimiento fuertemente desarrollado en los nómadas de los derechos individuales, impidieron una completa adaptación de los israelitas a las instituciones políticas locales cananeas, que reflejaban el influjo egipcio con su insistencia en la divinidad del faraón, «hijo de Dios». Los israelitas, movidos no sólo por su herencia nómada sino, principalmente, por su fe religiosa, no podían avenirse con la idea de la sacralidad del poder regio. El problema no era la aceptación de linajes dinásticos, sino que éstos llevaran aparejada indisolublemente la creencia en la naturaleza sobrehumana y semidivina de los reyes y el culto de los mismos como representantes de la divinidad (Mesopotamia) o como encarnación de la misma (Egipto), lo cual repugna frontalmente a la fe de Israel.

Por eso, durante toda su historia siguieron siendo un pueblo ajeno a los sistemas convencionales del Próximo Oriente y su apreciación de la monarquía fue siempre ambivalente, dependiendo de su carisma y relación con el Dios de Israel.

Para los primeros israelitas, acostumbrados a la vida nómada, independiente y confiada en sí misma, el poder político era un concepto doméstico que residía en el patriarca como cabeza de la unidad familiar, grande o pequeña. Pero ya en los días de los jueces se vio que este sistema tan primitivo y propio de una sociedad simple no era suficiente para responder a los nuevos problemas de la vida sedentaria en confrontación con vecinos poderosos.

En cambiando el modo de vida material en Canaán, Israel cambió también su estructura política. Habían dejado de ser nómadas y en lugar de habitar en tiendas lo hacían en casas de piedra. Adquirieron el arte de la cerámica y la agricultura.

Aceptaron el principio de la propiedad privada, aunque el espíritu de la familia patriarcal, en la que todos los bienes se poseían en común y cada hombre estaba estrechamente ligado con el resto de los miembros de su clan, siguió influyendo sobre sus actividades sociales y económicas, cada vez más prósperas. El israelita antiguo tenía poco a lo que llamar suyo. El rebaño que constituía su riqueza pertenecía al grupo, no al individuo, desarrollando así un fuerte sentido de personalidad corporativa, de modo que podía referirse a toda la comunidad como si se tratase de un solo hombre. Afincados en Canaán, con tierras propias dedicadas al cultivo como medio de vida, era del todo necesario protegerlas para protegerse a sí mismas, sus hogares, sus alimentos, sus negocios, en una palabra, intereses creados, que hacían imperiosa la necesidad de un gobierno fuerte.

Poco a poco, debido principalmente a la presencia amenazante de los belicosos filisteos,<sup>[39]</sup> equipados con armas de hierro de larga tradición militar, y bien organizados, los israelitas creyeron que había llegado el momento de unirse en torno a un monarca. Para muchos fieles, con Samuel a la cabeza, la figura del rey (*melek* en hebreo) parecía comprometer los derechos inalienables del Dios de Israel. La palabra *melek* hacía referencia a los reyezuelos de las ciudades conquistadas, y los israelitas pensaban que no era digna de sí mismos ni de Dios, a quien raramente aplican el título de «rey».

La monarquía, pues, no surgió directamente de los impulsos genuinos de la fe en Yahvé, sino en respuesta al reto del mundo circundante y como acomodación a él. Y cuando comienza, como señala Zimmerli, lo hace por derroteros propios, en línea de continuidad con los jueces-salvadores, a quienes el espíritu de Dios invade e impulsa.<sup>[40]</sup>

Ahora bien, el juicio sobre el origen y expresión de la monarquía israelita no puede ser negativo, pues de hecho logró para los israelitas el respeto de sus vecinos y un lugar formidable entre las potencias internacionales de sus días, desarrollando a la vez un fuerte espíritu religioso y cultural. Por eso, como escribe Antonio Salas, «la monarquía bíblica no puede ser considerada un simple fenómeno histórico, pues incide frontalmente en la trayectoria religiosa del pueblo. Tanto que éste sólo logró formular en ella sus convicciones de fe. Durante la azarosa época de los jueces le resultó imposible fijar cuanta inquietud religiosa fue acumulando en su fase de trashumancia. La monarquía conllevó, pues, la consecución de unos objetivos largamente acariciados. Más que un lujo, era necesidad».<sup>[41]</sup>

La monarquía fomentó el arte de escribir a partir de los anales de la corte, hasta abarcar la prosa y la poesía. Ambas de asombrosa plenitud y profundidad literaria. Como creadores literarios, los israelitas de la época tuvieron pocos iguales en el mundo antiguo.

## De Saúl a la división del reino

Saúl, ungido por Samuel, inaugura en Israel la nueva forma de gobierno monárquica. Durante su reinado, Saúl contuvo las incursiones de los extranjeros, principalmente de los filisteos, y con ello aseguró la posesión de la tierra. Según los investigadores hay un alto grado de exactitud histórica en los libros bíblicos que narran las crónicas de los reyes. Los historiadores están bastante seguros de que los israelitas tenían un rey hacia el año 1000 a. C., aunque pueden no estar seguros de cuánto tiempo reinó.

Originario de Gibeá, también llamada Gibeá de Saúl (la colina de Saúl) (*I Sam.* 11:4), un poco al sur de Jerusalén, Saúl estableció en el lugar una fortaleza, cuyos cimientos han sido desenterrados por los arqueólogos. Con el tiempo, Saúl tuvo a su mando dos tenientes de tiempo completo: su hijo Jonatán y su primo Abner; lo cual es interpretado por algunos expertos como indicio de que Saúl tenían un ejército permanente, señal de una monarquía pujante.

La proclamación de Saúl como rey de Israel es el primer acto como cuerpo político de los israelitas, manifestación de la democracia tribal en acción, aquí los reyes de Israel se diferencian del resto de los reyes del Próximo Oriente. En estos países la realeza era más antigua que la escritura, así que no había documentos para demostrar que había tenido un comienzo. Su fin era inconcebible y los súbditos reales consideraban que la institución había sido prescrita por la divinidad, por cual era sagrada y no se podía impugnar. Los aspirantes a reyes podían impugnar a quienes ocupaban el trono, pero la realeza como tal se consideraba una cosa sobre la que no cabía discutir. El dogma de la naturaleza divina del poder real dejaba fuera toda crítica humana de su conducta. En cambio, para los israelitas la realeza era una institución que habían buscado deliberadamente. «Según racionalizaban la situación los israelitas, lo que habían pedido al Señor que les diera, podían pedirle que se los quitara; aquello en lo habían tenido voz para aclamar, podían también darlo por terminado».<sup>[42]</sup>

Saúl lúe la figura de transición que logró la adhesión de las doce tribus de Israel. Apoyado por la mayoría del pueblo ganó en seguida una sorprendente victoria militar; atajó las invasiones de los moabitas, los edomitas y los ammonitas, cuyos reinos se extendían al este de los israelitas; expulsó a los merodeadores que llegaban del desierto y echó de los territorios israelitas a los filisteos. En su vejez fue atormentado por la melancolía y la locura,<sup>[43]</sup> lleno de celos por la popularidad creciente de David.

El final llegó a Saúl poco después de arrojar a David de su lado. Quizás tres o cuatro años, durante los cuales la guerra con los filisteos fue descuidada. Saúl, obsesionado con eliminar a David, no estaba en condiciones de proseguirla. Murió en un enfrentamiento, con sus eternos rivales, que tenía perdido antes de comenzar.

Valeroso le hizo cara sin retroceder, herido en la batalla, se quitó la vida para evitar el fin ignominioso del cautiverio.

David le sucedió en el poder, al frente de Israel. Amado por su pueblo, su reinado de 40 años estuvo lleno de éxitos. A pesar de eso, los indicios arqueológicos del reinado de David son escasos, pero los historiadores han hallado pruebas materiales de que ciertos acontecimientos en los que intervinieron Saúl y David ocurrieron donde lo indica la Biblia.

David fue el primero en hacer de Jerusalén la capital de Israel. El lugar era casi perfecto. La ciudad se hallaba en las montañas, en territorio neutral ocupado por los jebuseos, rama de un clan cananeo y estaba más o menos en el centro de las doce tribus y cerca de la frontera que dividía las tierras ocupadas por la tribu de Judá, a la que pertenecía, de los territorios de la tribu de Benjamín, que era la de Saúl.

David llevó a la ciudad el Arca de la Alianza y la emplazó en un santuario de la montaña. Sometió a sus vecinos inmediatos y convirtió en provincias a los reinos de Moab y Edom, donde instaló guarniciones israelitas. Mediante la combinación de guarniciones y vasallos que pagaban tributos en los territorios que rodeaban a la Tierra Prometida, David tuvo un imperio que se extendía desde la península de Sinaí al este, casi hasta el río Éufrates. Por primera vez los israelitas tenían un Estado integrado y reconocido por las otras potencias. Su sucesor, Salomón, amplió y mejoró el imperio, organizó la administración, dividiendo el reino en circunscripciones fiscales y estableciendo impuestos y prestaciones personales, entabló relaciones diplomáticas con otros soberanos, se casó con la hija de un faraón, acordó un tratado comercial con el rey en un rito, concertó negocios con Arabia y creó una flota mercante.

Todo esto implicaba un cambio cultural y religioso considerable. De la cultura agrícola, el pueblo de Israel pasó a la cultura urbana artesanal y comercial. Florecieron las ciudades, apareció una aristocracia y una burocracia basadas en el poder y la riquezas. El precio de la gloria de la monarquía fue la sumisión a una autoridad centralizada. Las prerrogativas de la tribu y de su jefe paternal fueron suplantadas por una corte real alejada e impersonal. La sacralización de la figura del rey, su aparición, rodeado siempre del esplendor de la majestad real quedaba muy lejos del trato de Saúl y de David con el pueblo.

Igualmente significativo fue el hecho de que la nueva estructura fiscal que sostenía el esplendor material de la corte produjo una sociedad que toleraba las faltas de equidad entre el poderoso y el humilde, entre el rico y el pobre. Los nuevos ricos acumulaban campos y más campos, y tanto en la ciudad como en las aldeas, los que se han arruinado tienen que vender hasta la heredad de sus padres, formando un proletario miserable, desconocido anteriormente, a medida que aumentaba la grandeza y fastuosidad de la monarquía y la corte palaciega, aumentaban las cargas del pueblo. Además de aportar provisiones, el pueblo tenía que trabajar forzosamente en las obras reales. «Todo esto constituía un paralelo irónico y angustioso de una

experiencia que los israelitas consideraban la más dolorosa de su historia: algunos de los capataces israelitas de las cuadrillas de trabajo azotaban a los que tenían a su cargo con tan pocos miramientos como lo habían hecho los odiados capataces de Egipto en los tiempos de Moisés».<sup>[44]</sup>

Resulta, por tanto, perfectamente lógico que al final del reinado de Salomón los profetas intervengan de parte de Dios para denunciar esta situación de injusticia. En el momento crítico del descontento con la monarquía, los profetas se encuentran en el bando de los enemigos de la misma, aunque esto todavía no signifique un rechazo absoluto de la institución.

El ideal de Salomón fue el absolutismo de los faraones egipcios o de los reyes tirios, continuado por su hijo y sucesor, Roboam, que exasperó el creciente descontento del pueblo con nuevas cargas, originando así la división del reino entre el norte y el sur, que no volvería a unirse jamás políticamente. La corriente profética vio en ello la confirmación de sus temores frente a la monarquía. Cuando el pueblo dice angustiadamente «No tenemos rey», Oseas responde: «Y el rey, ¿qué haría por nosotros? Hablan sólo palabras; juran en vano y hacen alianzas. Pisotean el derecho» (Os. 10:3-4). Por eso, los profetas, «esos intrépidos luchadores de la grandeza de Yahvé, colaboraron para acabar con esta situación que se desmoronaba ya por sí sola, con el propósito de poder llevar por fin a su pueblo al reconocimiento de los absolutos derechos de la soberanía de Yahvé».<sup>[45]</sup>

El caso más notable del alejamiento monárquico del ideal religioso y social del pueblo de Israel es el del rey Ajab, ilustrado gráficamente por la polémica en torno a la viña de Nabot. El rey quería adquirirla, pero Nabot se negaba a venderla, pues era la heredad que Dios había dado a sus padres. Aunque desairado, el rey no se atrevió a más, plegándose a las viejas tradiciones. En cambio, la reina Jezabel, fenicia, hija del rey de Sidón, familiarizada con el despotismo de los soberanos paganos, logró con malas artes la vida y la viña de Nabot (1 Rey. 21). La monarquía ya no representaba el espíritu de Yahvé sino el espíritu del mundo entorno. A partir de ese momento se cristaliza la esperanza del Reino de Dios, que el Evangelio predica como mensaje central de Jesucristo, que Él proclama y cumple en su persona y en la de sus seguidores, los pobres, los limpios de corazón, los que esperan en Dios y viven conforme a su Palabra.

ALFONSO ROPERO, PH. D.

# LIBRO I

*De la creación del mundo a la muerte de Isaac*

## Prefacio

1. No todos los que emprenden la tarea de escribir la historia lo hacen por la misma razón, sino por diversos motivos que difieren en los distintos autores. Algunos se dedican a esta rama de la ciencia para exhibir su habilidad en el arte de las letras y para lograr reputación de elocuentes. Otros se proponen favorecer a los personajes que intervienen en la historia, y para hacerlo no ahorran esfuerzos; antes bien, exceden en la tarea su propia capacidad. Otros, en fin, escriben la historia por imperio de las circunstancias, porque ellos mismos están involucrados en los sucesos y no pueden abstenerse de relatarlos a la posteridad. Y no son pocos los que se ven incitados a sacar los hechos a la luz del día, exponiéndolos al interés público, debido a la gran importancia de los acontecimientos. De las diversas razones que mueven a los historiadores a escribir sus libros, debo declarar que las mías son las dos mencionadas en último término. Como yo estuve mezclado personalmente en la guerra que sostuvieron los judíos con los romanos, y conocí sus alternativas y supe en qué terminó, me he sentido obligado a relatar su historia cuando vi que otros escritores que lo habían hecho antes habían falsificado la verdad<sup>[1]</sup>.

2. Me tomé el trabajo de escribir esta obra pensando que todos los griegos la encontrarían digna de estudio; porque contendrá nuestras antigüedades, y la constitución de nuestras cosas públicas, tal como las presentan las escrituras hebreas. Ya me había propuesto anteriormente, cuando historié la guerra de los judíos, explicar el origen de los judíos, las vicisitudes por que pasaron y quién fue el legislador que les enseñó la religión y la observancia de otras virtudes. Así como las guerras que libraron antiguamente, antes de verse envueltos sin quererlo en la última contienda con los romanos. Como sería un trabajo muy amplio, lo dividí en varias partes, con su comienzo y su fin. Con el correr del tiempo, como suele suceder con los que acometen grandes empresas, me fatigué y reduje el ritmo de mi labor. Encontraba, por otra parte, pesada la tarea de trasladar nuestra historia a un idioma extranjero a cuyo manejo estamos poco acostumbrados.

Muchas personas que deseaban conocer nuestra historia me animaron a seguir adelante, sobre todo Epafrodito, gran amante de las ciencias pero especialmente de la historia. También él conoció las grandes empresas y las mudanzas de la suerte, revelando siempre una gran fortaleza de ánimo y un espíritu virtuoso. Cedí a sus instancias, que acostumbra a ejercer con los que poseen alguna capacidad útil y digna, para mancomunar esfuerzos; avergonzado de permitir que mi pereza pesara más en mi espíritu que el placer de trabajar de lleno en un estudio útil, reanudé con más ímpetu mi labor. Aparte de estas razones no dejé de meditar detenidamente en algunas otras, como ser la de que nuestros antepasados deseaban difundir aquellos hechos y de que no pocos griegos se interesaban mucho en las cosas de nuestra nación.



3. Averigüé de ese modo que el rey Ptolomeo II<sup>[2]</sup> era muy dado a la sabiduría y a los libros, y estaba empeñado en obtener una traducción al griego de nuestra ley y de nuestra organización política allí estipulada. El pontífice Eleazar, par de nuestros más altos dignatarios, no deseaba dar al rey esa facilidad, y se la habría negado, si no fuera porque sabía que en nuestro pueblo regía la norma de no impedir que otros conozcan lo que nosotros consideramos valioso. Pensé, por lo tanto, que bien podía imitar la generosidad de nuestro sumo pontífice y considerar que tal vez haya otros muchos estudiosos como el rey, quien no recibió todos nuestros escritos juntos. Los traductores que fueron enviados a Alejandría sólo le dieron los libros de la ley, habiendo muchos otros en nuestras sagradas escrituras. Libros que contienen la historia de un lapso de cinco mil años, durante los cuales ocurrieron muchos episodios extraños, muchas alternativas guerreras, las hazañas de nuestros grandes jefes y los profundos cambios de nuestra organización política. Los que estudien detenidamente esa historia verán que todas las cosas les salen bien, hasta un extremo increíble, y que Dios les propone la recompensa de la felicidad, sólo a los que cumplen su voluntad y no se aventuran a violar sus buenas leyes; y que cuando los hombres incurrían en apostasía de la estricta observancia de las leyes, lo que antes era posible se vuelve imposible, y todas las cosas buenas que acometen se tornan en plagas insanables. Exhorto a todos los que lean estos libros a que pongan sus pensamientos en Dios y analicen la intención de nuestro legislador, y vean si no interpretó su naturaleza de manera digna, si no se asignó siempre acciones que fundamentaron su fuerza, si no libró sus escritos de las fábulas indignas inventadas por otros, aunque dado el largo tiempo transcurrido, podría haber convalidado esas mentiras impunemente; porque vivió hace dos mil años, lapso durante el cual los poetas no han sido tan rigurosos en determinar las generaciones ni siquiera de sus dioses, cuanto menos las acciones de los hombres, o sus leyes.

En mi historia describiré detalladamente las constancias de nuestros anales, en su orden cronológico; porque he prometido hacerlo en toda esta obra, y sin añadir nada de lo que contienen, ni quitarles tampoco nada.

4. Pero como toda nuestra organización deriva de la sabiduría de nuestro legislador Moisés, es ineludible que comience por decir algo a su respecto, aunque muy brevemente. De lo contrario los lectores podrán decir que mi trabajo, destinado a ser una reseña de leyes y acontecimientos históricos, contiene mucha filosofía. Conviene saber que él consideraba imprescindible tomar en consideración la naturaleza divina para todo aquel que quiera conducirse bien en la vida y legislar para sus semejantes; y observando los actos de Dios, imitar su modelo hasta donde pueda caber la imitación en la naturaleza humana y empeñarse en seguirla. Sin ello ningún legislador puede actuar con criterio justo ni promoverá lo que escriba el desarrollo de las virtudes, lo que sólo se logra enseñando que Dios es padre y señor de todas las cosas y ve todas las cosas y concede la felicidad a todos los que observan sus dictados. En cambio a los que no siguen la senda de la virtud los hunde en las

máximas calamidades. Cuando Moisés quiso instituir su doctrina a sus conciudadanos, no comenzó a establecer sus leyes como lo hacían otros legisladores, mediante contratos y otros convenios mutuos, sino haciéndoles elevar su pensamiento hacia Dios y su creación del mundo, y persuadiéndolos que los hombres somos la más perfecta de sus creaciones terrestres. Habiéndolos hecho someterse a la religión, le fue fácil persuadirlos de otras cosas. Los otros legisladores se ajustaron a las fábulas y atribuyeron los más vergonzosos pecados humanos a los dioses, proveyendo de buenas excusas para sus vicios a los hombres más perversos; nuestro legislador, en cambio, después de demostrar la pureza de la virtud de Dios, consideró que el hombre debía empeñarse con todas sus fuerzas en participar de ella. E impuso los más severos castigos a los que no lo admitían ni lo creían. Insto a los lectores quieran examinar esta obra bajo este punto de vista. Podrán comprobar que no hay nada de absurdo ni en la majestad de Dios ni en el amor que profesa a la humanidad. Porque todas las cosas se refieren a la naturaleza del universo; nuestro legislador dice algunas cosas sabiamente pero de modo enigmático y otras envueltas en dignas alegorías, pero cuando es necesario las explica concretamente y con toda claridad. Y los que tengan tendencia a conocer las causas de todas las cosas, hallarán una teoría filosófica muy particular cuya explicación me abstendré de dar en este momento, pero si Dios me permite lo haré al terminar esta obra. Voy a dedicarme ahora a la historia, cuya redacción he emprendido, después de mencionar lo que dice Moisés sobre la creación del mundo, la que encontramos relatada en las sagradas escrituras de la siguiente manera.

# CAPÍTULO I<sup>[3]</sup>

*La creación del mundo. El paraíso. El pecado original. Expulsión de Adán y Eva*

1. Al principio Dios creó el cielo y la tierra. Pero como la tierra no se veía sino que estaba cubierta de espesas tinieblas y un, aire recorría la superficie, ordenó Dios que se hiciera la luz. Hecha la luz, consideró la mole en su totalidad y separó la luz de las tinieblas, y a las tinieblas las llamó noche y a la luz día; y al comienzo de la luz y a la hora del descanso los llamó tarde y mañana. Y éste fue el primer día que existió. Moisés dijo que era un día. Podría dar ahora mismo la razón; pero como he prometido presentar las causas de todas las cosas en un libro aparte, postergaré hasta entonces la explicación. Luego, en el segundo día superpuso el cielo sobre todo el universo, lo separó de las demás cosas y determinó que se mantuviera colocado por sí mismo. Lo rodeó de un cristal, para suministrar la humedad y las lluvias a la tierra y provocar la fecundidad. Al tercer día ordenó que apareciera la tierra seca, rodeada por el mar. El mismo día hizo que brotaran de la tierra las plantas y las semillas. El cuarto día adorné el cielo con el sol, la luna y los demás astros, y les señaló sus movimientos y sus cursos, para que indicaran las vicisitudes del tiempo y las tempestades. El quinto día produjo a los animales que nadan y los que vuelan, los primeros en los mares, los segundos, en el aire; y los clasificó en especies, y los juntó para que procrearan y aumentaran sus géneros y se multiplicaran. El sexto día creó a los animales cuadrúpedos, a los que dividió en machos y hembras; el mismo día hizo al hombre. En seis días hizo el mundo con todo lo que contiene, y dice Moisés que el séptimo día fue de descanso y de suspensión de esa labor. Por eso ese día nos abstenemos de trabajar y lo llamamos sabat, palabra que significa descanso en lengua hebrea.

2. Después del séptimo día Moisés comienza a hablar en términos de interpretación filosófica y dice acerca de la formación del hombre, que Dios tomó tierra del suelo, hizo al hombre y le insufló espíritu y alma. A este hombre lo llamé Adán, que en lengua hebrea significa roja, porque fue hecho de tierra roja macerada. Porque ésta es auténtica tierra virgen. Y Dios presentó a Adán a los animales, que hizo machos y hembras en sus respectivas especies, y a los que dio los nombres que aún ahora llevan<sup>[4]</sup>. Viendo que Adán carecía de sociedad, que no tenía compañera hembra (que ninguna había sido creada), y que él observaba extrañado a los demás animales, que eran machos y hembras, lo durmió, le sacó una costilla y con ella formó a la mujer. Adán la conoció y supo que había sido sacada de él mismo. Ishá se dice a la mujer en lengua hebrea; pero el nombre de esa mujer fue Eva, que significa madre de todos los vivientes.

3. Cuenta luego que Dios plantó un paraíso en el oriente, lleno de árboles florecidos; entre ellos se encontraba el árbol de la vida, y el de la ciencia, con el que se conocería lo bueno y lo malo. Y que cuando introdujo en el paraíso a Adán con su mujer, les ordenó que cuidaran las plantas. El jardín estaba regado por un río, que corría alrededor de toda la tierra y estaba dividido en cuatro partes. Fisón (que significa multitud), penetra en la India y desemboca en el mar, y es llamado por los griegos Ganges. También el Éufrates y el Tigris desembocan en el mar Rojo. La palabra Éufrates, o Fora, significa dispersión o flor; Tigris o Diglat, lo que es veloz con angustia. Geón, que corre por Egipto, significa lo que sale por el este, y es el que los griegos llaman Nilo.

4. Dios ordenó que Adán y su esposa comieran el fruto de todas las plantas, pero que se abstuvieran del árbol de la ciencia; y les previno que si lo tocaban se acarrearían la destrucción. Pero mientras todos los demás animales hablaban el mismo idioma en aquellos tiempos, la serpiente, que vivía con Adán y su mujer, les envidiaba que fueran felices viviendo en obediencia de los mandamientos de Dios. Y suponiendo que si los desobedecieran se acarrearían calamidades, indujo a la mujer maliciosamente a probar el fruto del árbol de la ciencia, diciéndole que en ese árbol residía el conocimiento del bien y el mal, y que si lo alcanzaran vivirían una vida feliz, a la par de los dioses; por este medio convenció a la mujer que desobedeciera la orden de Dios. Cuando ella probó el fruto del árbol, y lo encontró delicioso, persuadió a Adán a que lo hiciera él también. Advirtieron entonces que estaban desnudos; se avergonzaron e inventaron la forma de cubrirse. Porque el árbol les había aguzado el entendimiento. Y se cubrieron con hojas de higuera. Atándose las por delante creyeron ser más felices que antes por haber descubierto lo que les hacía falta. Cuando llegó Dios al jardín, Adán, a quien antes le agradaba conversar con él, consciente ahora de su mal proceder, se ocultó. Dios le preguntó, asombrado, a qué se debía su conducta. Por qué él, a quien siempre le gustaba la conversación, ahora la eludía. Como no contestara nada, sabedor de que había violado la orden de Dios, le dijo Dios:

—Yo había decretado que vosotros vivierais felices, sin preocupaciones, sin cuidados y sin aflicciones; y que todo lo que es sirviera y pudiera proporcionaros placer creciera por mi providencia, sin trabajos ni esfuerzos por parte de vosotros; porque trabajos y esfuerzos os llevarían a la senectud y la vida ya no duraría mucho. Has abusado de mi buena voluntad y desobedecido mis órdenes; porque tu silencio no es señal de virtud sino de mala conciencia.

Adán se disculpó de su pecado, rogó a Dios que no se enojara con él y acusó a su mujer de ser la culpable de lo sucedido, diciendo que lo había engañado. La mujer a su vez acusó a la serpiente. Pero Dios, por haber seguido el consejo de su mujer, aplicó a Adán un castigo, diciéndole que en lo sucesivo la tierra no le daría espontáneamente sus frutos; cuando trabajara fatigosamente le daría algunos negándole otros. A Eva la hizo sujeta a los dolores del parto, porque había persuadido

a Adán con los mismos argumentos con que la serpiente la había engañado a produciéndole una situación calamitosa. A la serpiente le quité la palabra, de ira por su malicioso comportamiento con Adán. Le inyectó además, veneno bajo la lengua, declarándola amiga de los hombres, a los que indicó que le lanzaran los golpes la cabeza, porque era donde residían sus perversos designios hacia los hombres y de ese modo podían herirla más fácilmente de muerte; la privó, además, de los pies, destinándola a arrastrarse por el suelo. Decretadas estas penas, Dios trasladó a Adán y Eva a otro sitio.

## CAPÍTULO II

### *La posteridad de Adán. Caín y Abel. Los descendientes de Set*

1. Tuvieron dos hijos varones. Al mayor lo llamaron Caín (palabra que para ser interpretada denotaría posesión). Al segundo Abel (vocablo que significa duelo). También tuvieron hijas. Los dos hermanos tenían distintas modalidades. Abel, el menor, creía en la justicia, y que Dios estaba presente en todos sus actos; por eso era virtuoso. Su oficio era el de pastor. Caín en cambio no sólo era perverso en todas las cosas sino también codicioso. Prefirió primeramente arar la tierra, y luego mató a su hermano en la siguiente ocasión. Habiendo determinado ofrecer un sacrificio a Dios, Caín llevó productos agrícolas y fruta de los árboles, y Abel leche y los primeros frutos de sus rebaños. Dios se regocijó más con este último sacrificio, porque era más honrado con lo que crecía espontáneamente en la naturaleza, que con lo que era un producto forzado de la invención de un hombre avaro. Indignado Caín porque Dios había preferido a Abel mató a su hermano y escondió el cadáver, creyendo que no sería descubierto. Pero Dios, que sabía lo que había pasado, fue hacia Caín y le preguntó dónde estaba su hermano, a quien no veía desde hacía varios días, y siempre los había observado conversando juntos. Caín vaciló, no sabiendo qué contestar a Dios. Primero dijo que él también estaba angustiado por su desaparición, pero presionado por Dios que lo interrogaba con insistencia, dijo que él no era ni el preceptor ni el guardián de su hermano, ni el observador de sus actos. Dios replicó condenando a Caín por haber asesinado a su hermano. «Es extraño, le dijo, que no sepas qué fue de un hombre a quien tú mismo eliminaste.» Por haberle ofrecido sacrificios rogándole que no extremara su ira no lo castigó y sólo lo maldijo a él y a su posteridad hasta la séptima generación; y lo expulsó con su mujer de aquella región. Como él temiera ser víctima de las fieras y perecer, le ordenó que desechara esas tristes sospechas y que recorriera la tierra sin temer ningún daño de las fieras; y poniéndole una señal para que fuera reconocido, lo mandó partir.

2. Después de haber recorrido Caín con su mujer muchos países, edificó una ciudad llamada Nod, que es una localidad de este nombre, y allí estableció su morada, y procrearon hijos. Pero él no había aceptado su castigo para corregirse sino para aumentar su maldad; porque sólo buscaba sus propios placeres, aunque con ello ofendiera al prójimo. Incrementó sus posesiones domésticas y su riqueza pecuniaria mediante la rapiña y la violencia; e invitó a sus familiares a que se entregaran a la lujuria y al latrocinio y se convirtió en conductor de hombres por las sendas de la depravación. Alteró la simplicidad de la primitiva vida de los hombres creando las medidas y las pesas; la vida inocente y generosa del hombre cuando ignoraba esas cosas se convirtió en un mundo de astucia y artería. Comenzó por trazar límites a la tierra, edificó una ciudad y la fortificó rodeándola de muros y obligó a su familia a

que se concentrara en ella. Y llamó a la ciudad Enoc, nombre de su hijo mayor Enoc. Luego Jared fue el hijo de Enoc; y el hijo de éste Marel; y el hijo de éste Matusalén; y el hijo de éste Lamec, quien tuvo setenta y siete hijos con sus dos esposas, Sila y Ada. Uno de los hijos de Ada fue Jobel, que levantó tiendas y prefirió la vida pastoral. Jubal, su hermano de la misma madre, se dedicó a la música, e inventó el salterio y la cítara. Tobel, uno de los hijos de la otra esposa, superaba a todos los hombres en fuerza y se destacó en las actividades militares; de ese modo trataba de lograr lo que producía placer corporal; e inventó en primer lugar el arte de acicalar metales. Lamec fue también el padre de una hija llamada Noema; y como era entendido en la ciencia de la revelación divina, y supo que sería castigado por haber matado Caín a su hermano, llamó a sus esposas y se lo comunicó. Todavía en vida de Adán la descendencia de Caín, por sucesión e imitación, se fue haciendo cada vez más perversa y fueron muriendo uno tras otro cada cual más malo que el anterior; eran violentos en la guerra y apasionados para los robos. Alguno podía ser contenido para el asesinato, pero todos eran de conducta desenfrenada, injustos y ofensivos.<sup>[5]</sup>

3. Adán, que fue el primer hombre y hecho de tierra (porque ahora debemos hablar de él), después del asesinato de Abel y la consiguiente huída de Caín, se entregó empeñosamente a procrear, poseído por un vehemente deseo de engendrar hijos. Tenía doscientos treinta años; después vivió otros setecientos años y murió.<sup>[6]</sup> Tuvo muchos otros hijos, entre ellos Set. Los demás sería fastidioso nombrarlos; sólo voy a referirme a los que salieron de Set. Cuando Set creció y llegó a la edad en que supo discernir lo que era justo, se volvió un hombre virtuoso y así como él fue un hombre de excelentes cualidades los hijos que dejó imitaron sus virtudes. Vivieron felices en la misma tierra, sin disensiones y sin sufrir infortunios hasta el día de su muerte. Fueron también los inventores de esa especie particular de sabiduría relativa a los cuerpos celestes y su orden. Y para que sus invenciones no se perdieran antes de ser ampliamente difundidas, como según la predicción de Adán todas las cosas serían destruidas primero por el fuego y luego por la violencia de una gran cantidad de agua, construyeron dos columnas, una de ladrillos y otra de piedra, e inscribieron en ellas sus invenciones; si la de ladrillos era derribada por la inundación, quedaría la de piedra para exhibir al mundo sus descubrimientos, y le informaría que había otra columna de ladrillos. Hasta el día de hoy han quedado en la tierra de Siriad.

## CAPÍTULO III

### *El diluvio. Salvación de Noé en el Arca. Cronología de los patriarcas*

1. La posteridad de Set siguió durante siete generaciones considerando a Dios como señor del universo y observando una conducta virtuosa; pero con el tiempo se corrompieron, abandonaron las prácticas de sus antepasados y no cumplieron con las honras señaladas para ser rendidas a Dios ni se preocuparon de ser justos con los hombres. El mismo celo que antes demostraban para ser virtuosos lo demostraban ahora doblemente para ser perversos, y se acarrearón la enemistad de Dios. Muchos ángeles de Dios convivieron con mujeres y engendraron hijos injuriosos que despreciaban el bien, confiados en sus propias fuerzas; porque según la tradición estos hombres cometían actos similares a los de aquellos que los griegos llaman gigantes. Noé se sintió inquieto por su conducta y trató de convencerlos de que la mejoraran. Viendo que no cedían a sus instancias, y que seguían esclavizados a sus perversas voluptuosidades, y temiendo que lo mataran a él, su esposa, sus hijos<sup>[7]</sup> y los consortes de sus hijos, se alejó de aquella tierra.

2. Dios tenía predilección por él, por su virtud; y no sólo condenó a los otros por su maldad, sino que determinó perder a todo el género humano y reemplazarlo por otro libre de maldad, al que limitaría la edad; los años de vida ya no serían tanto como antes sino solamente ciento veinte. Para eso convirtió la tierra firme en un mar y de ese modo los destruyó. Sólo Noé se salvó; porque Dios le indicó el siguiente medio: le dijo que construyera un arca de cuatro pisos de altura<sup>[8]</sup> trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto. Entró en el arca Noé con su esposa, sus hijos y las esposas de éstos, y no sólo lo cargó de provisiones para sus necesidades, sino que también hizo entrar a todas las especies de seres vivos, cada macho con su hembra, para preservar las especies. De otras clases hizo entrar de a siete de cada una.<sup>[9]</sup> El arca tenía paredes sólidas y un techo y estaba reforzado con vigas cruzadas para que no pudiera hundirse, ni dominado por la violencia de las aguas. Así se salvaron Noé y su familia. Noé era el décimo descendiente de Adán, hijo de Lamec<sup>[10]</sup>, cuyo padre era Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared; Jared era hijo de Maruel quien, con muchas de sus hermanas, era hijo de Cainás, hijo de Enoc. Y Enoc fue hijo de Set, hijo de Adán.

3. Esa calamidad ocurrió en el sexacentésimo año de la edad de Noé, en el segundo mes que los macedonios llaman dius y los hebreos marjeshvan; así era como contaban el año en Egipto. Pero Moisés señaló que nisán, que es xanticus, debía ser el primer mes de sus fiestas, porque ese mes fue cuando salieron los hebreos de Egipto; luego con ese mes comienza el año, con todas las solemnidades que observan para honrar a Dios, aunque se mantiene el orden primitivo de los meses para las compras y



las ventas y otras actividades corrientes. Dice él que la inundación comenzó el vigésimo séptimo día<sup>[11]</sup> del nombrado mes, a dos mil seiscientos cincuenta y seis años de Adán, el primer hombre. En los libros sagrados figuran estos datos, que fueron anotados con gran exactitud porque los hombres de aquella época anotaban cuidadosamente el nacimiento y la muerte de los hombres ilustres.

4. Adán engendró a Set cuando tenía doscientos treinta años, y vivió novecientos treinta. Set engendró a Enec a los doscientos cinco años; cuando había vivido novecientos doce años entregó la capitanía a su hijo Cainás, a quien tuvo a los ciento diecinueve años. Cainás vivió novecientos diez años y tuvo a su hijo Malael, que nació a los ciento diecisiete años. Malael murió a los ochocientos noventa y cinco años dejando a su hijo Jared, a quien engendró cuando tenía ciento sesenta y cinco. Jared vivió novecientos sesenta y dos<sup>[12]</sup>, y le siguió su hijo Enoc, que nació cuando su padre tenía ciento sesenta y dos. Después de vivir trescientos sesenta y cinco años se fue con Dios; por esta razón no registraron la fecha de su muerte. Matusalén, hijo de Enoc, nacido cuando éste tenía ciento sesenta y cinco años, tuvo un hijo, Lamec, a los ciento ochenta y siete años; a él le entregó la capitanía después de retenerla novecientos sesenta y nueve años. Lamec, cuando hubo gobernado setecientos setenta y siete años, nombró a su hijo Noé como gobernante del pueblo; Noé nació cuando Lamec tenía ciento ochenta y dos años y había conservado el gobierno durante novecientos cincuenta años. Estos años reunidos completan la suma indicada. No averigüemos la muerte de esos hombres (porque extendían sus vidas juntos con sus hijos y sus nietos), y sólo observemos su nacimiento.

5. Cuando Dios dio la señal y comenzó a llover, el agua cayó durante cuarenta días, hasta que llegó a tener quince codos de altura sobre la tierra; por esta razón no se salvaron más, porque no había sitio para volar. Cuando cesó la lluvia, las aguas sólo comenzaron a bajar ciento cincuenta días después, o sea el decimoséptimo día del séptimo mes. El arca quedó reposando sobre la cima de una montaña de Armenia. Cuando Noé lo advirtió, la abrió y viendo un pedazo de tierra concibió esperanzas de pronta liberación. Unos días más tarde, habiendo bajado las aguas en mayor grado, Noé envió un cuervo para averiguar si había otras partes de la tierra que habían quedado libres del agua y si podía salir sin peligro del arca. Pero el cuervo no volvió. Siete días después envió una paloma<sup>[13]</sup>, para explorar el estado de la tierra; volvió cubierta de barro y trayendo una rama de olivo en el pico; de este modo Noé supo que la tierra se había librado del diluvio. Se quedó en el arca otros siete días y luego hizo salir a los animales. Y salió también él con su familia, y ofrecieron sacrificios a Dios y festejaron. Los armenios llaman a ese sitio aporateion, o desembarcadero, y hasta hoy en día muestran sus habitantes en él los restos del arca.

6. El diluvio y el arca les mencionan todos los que escribieron las historias bárbaras, entre ellos Beroso el caldeo. Cuando describe las circunstancias del diluvio expresa lo siguiente: «Dicen que todavía queda una parte de ese barco en Armenia, en el monte Cordión; y que hay gente que se lleva trozos de betún para usarlos como

amuletos contra la mala suerte». Lo mismo dicen Jerónimo el egipcio, que escribió sobre las antigüedades de los fenicios, y Manaseas, y muchos otros. Nicolás de Damasco, en su nonagésimo sexto libro, incluye un relato particular al respecto, en estos términos: «Hay una gran montaña en Armenia, sobre Minias, llamada Baris, en la cual se dice que se salvaron muchos de los que huyeron del diluvio; y dicen que uno que viajaba en un arca tocó tierra en su cima; y que los restos de la madera se conservaron durante mucho tiempo; este último debe de haber sido el hombre a quien se refiere Moisés, el legislador de los judíos».

7. Temeroso Noé de que Dios, que había resuelto destruir al género humano, inundara algún año la tierra, ofreció sacrificios y rogó a Dios que las cosas siguieran en lo sucesivo como antes, y que no pronunciara nunca más una sentencia tan grande como aquélla, que pusiera en peligro a toda la creación. Habiendo castigado a los malos, que su bondad perdonase a los restantes y a los que hasta entonces había creído conveniente librar de la calamidad. De lo contrario los últimos serían más desdichados que los primeros, condenados a sufrir una suerte peor, si no se les permitía librarse completamente del peligro. Es decir, en el caso de que estuvieran reservados para ser aniquilados en otro diluvio. Porque estarían aterrorizados por el recuerdo del primero y amenazados por un segundo. Rogó asimismo a Dios que aceptara sus sacrificios y garantizara que la tierra jamás volvería a ser objeto de una ira tan grande, que los hombres podrían seguir cultivando alegremente la tierra, levantar ciudades y habitarlas felices. Y que no fueran privados de todas las cosas buenas de que gozaban antes del diluvio. Y que alcanzaran la edad a que llegaban los hombres de antes.

8. Ante las preces de Noé Dios, que lo apreciaba por ser un hombre justo, le concedió sus pedidos y le dijo que no era él quien había desencadenado la destrucción de un mundo corrompido, que los perversos habían provocado la venganza por su maldad; que no había traído hombres al mundo con el propósito de ser aniquilados, porque era de más alta sabiduría no darles vida desde un principio, que dársela para después destruirla.

—Pero las ofensas —dijo—, que infirieron a mi santidad y virtud, me obligaron a castigarlos. No obstante postergaré los castigos, movido por tus súplicas. Y si alguna vez envío a la tierra grandes lluvias, tempestuosas, no os alarméis por su prolongada duración. El agua no volverá a cubrir la tierra. Os exijo, sin embargo, que os abstengáis de derramar sangre humana, y que no cometáis crímenes; y que castigéis a los que lo hagan. Os doy permiso para usar a vuestro gusto a todos los demás animales, y como os indique vuestro apetito. Porque yo os he hecho amos y señores de todos ellos, tanto de los que caminan por la tierra, como los que nadan en el agua y los que vuelan en el aire, salvo su sangre, porque en ella está la vida. Y os daré una señal de que he dejado a un lado mi ira, mediante mi arco. (Porque se decidió que el arco iris era el arco de Dios.)

Después de formular esta promesa, Dios se retiró.

9. Noé vivió feliz trescientos cincuenta años después del diluvio y murió, habiendo vivido novecientos cincuenta años. Que nadie piense, al comparar la vida de los antiguos con la nuestra, y con los pocos años que ahora existimos, que lo que hemos dicho sea falso, o deducir de nuestra vida breve que ninguno de los antiguos vivió tanto; porque ellos eran queridos por Dios y hechos por Dios mismo, y como sus alimentos eran más propios para la prolongación de la vida, bien pudieron haber vivido esa cantidad de años. Además Dios les concedió más tiempo de vida por sus virtudes y por el buen uso que hicieron de ella para realizar descubrimientos astronómicos y geográficos, que si no vivieran seiscientos años no podrían predecirlo (la periodicidad de los astros). Pongo por testigos de lo que digo a todos los que han escrito sobre las antigüedades, tanto griegos como bárbaros; están de acuerdo hasta Manetón, que escribió la historia de Egipto, Beroso, que clasificó los monumentos caldeos, Moc, Hestieo, y además Jerónimo el egipcio y los que compusieron la historia fenicia. También Hesiodo, Hecateo, Helánico y Acusilao; y también Eforo y Nicolao dicen que los antiguos vivían mil años. Sobre esto que cada cual piense lo que le parezca mejor.

## CAPÍTULO IV

### *La descendencia de Noé. La Torre de Babel. Confusión de las lenguas*

1. Los hijos de Noé fueron tres, Sem, Jafet y Cam, nacidos caen años antes del diluvio. Fueron los primeros en descender de las montañas a las llanuras donde fijaron su residencia, y persuadieron a los demás, que temían los terrenos bajos por el peligro de inundación, y no querían bajar de las alturas, a que siguieran su ejemplo. La llanura donde vivieron primero se llamaba Senaar. Dios les ordenó además que enviaran colonias a ocupar otras regiones, que no fomentaran entre sí las disidencias y que cultivaran gran parte de la tierra y gozaran ampliamente de sus frutos; pero como estaban muy mal enseñados desobedecieron a Dios y cayeron en nuevas calamidades y tuvieron que conocer por experiencia el pecado en que habían incurrido. Cuando florecieron en una multitud de jóvenes, Dios les reiteró el consejo de que enviaran colonias. Ellos suponiendo que la vida cómoda de que gozaban no provenía del favor de Dios sino de sus propias fuerzas, no obedecieron. Y añadieron a la desobediencia la sospecha de que les ordenaban separarse en colonias porque estando divididos los podrían oprimir más fácilmente.

2. El que les incitó a semejante desprecio de Dios fue Nebrodes, nieto de Cam, hijo de Noé, un hombre audaz y de mucha fuerza en los brazos, quien los persuadió de que no adjudicaran a Dios la causa de su felicidad, porque sólo se la debían a su propio valor. Paulatinamente convirtió el gobierno en una tiranía, viendo que la única forma de quitar a los hombres el temor a Dios era el de atarlos cada vez más a su propia dominación. Afirmó que si Dios se proponía ahogar al mundo de nuevo, haría construir una torre tan alta que las aguas jamás la alcanzarían, y al mismo tiempo se vengaría de Dios por haber aniquilado a sus antepasados. La multitud estuvo dispuesta a seguir los dictados de Nebredes y a considerar una cobardía someterse a Dios. Y levantaron la torre; trabajaron sin pausa ni descanso, y como eran muchos los brazos que intervenían comenzó a levantarse rápidamente, más rápido de lo que sería de esperar. Pero era tan gruesa y tan fuerte, que por su gran altura parecía menos de lo que era. Estaba construida de ladrillos cocidos, unidos con betún para que no pasara el agua. Cuando Dios los vio trabajar como locos decidió no destruirlos por completo, ya que no habían aprendido nada de la destrucción de los pecadores anteriores; provocó, en cambio, la confusión entre ellos haciéndolos hablar en distintas lenguas para que no se entendieran entre sí. El lugar donde edificaron la torre se llamó Babilonia, por la confusión de las lenguas; porque en hebreo babel significa confusión. La Sibila también hace mención de la torre y de la confusión de las lenguas, al decir: «Cuando los hombres hablaban todos el mismo idioma algunos de ellos edificaron una torre de gran altura, como si quisieran por 4% ascender al cielo, pero los dioses enviaron tormentas de viento y derribaron la torre, e hicieron hablar a

cada uno un idioma distinto. Por eso se llamó aquella ciudad Babilonia». En cuanto a la llanura de Senaar del campo de Babilonia, Hestio la nombra al decir que «los sacerdotes que fueron salvados tomaron los vasos sagrados de Júpiter Enialio y se fueron a Senaar de Babilonia».

# CAPÍTULO V

## *Dispersión por todo el mundo de la posteridad de Noé*

1 Después de eso se dispersaron, según sus lenguas, e instalaron colonias en todas partes. Cada colonia ocupó las tierras a las que habían llegado y a las que Dios los había conducido, de tal modo que todo el continente se llenó de colonias, tanto las tierras Mediterráneas como las marítimas. Muchos atravesaron el mar en barcos y habitaron las islas. Algunas naciones conservan el nombre que les dieron sus primitivos fundadores, otras lo perdieron otras introdujeron algunos cambios para hacerlos más comprensibles por sus habitantes. Fueron los griegos los autores de estos cambios, porque en los siglos posteriores se hicieron poderosos y reivindicaron para sí la gloria de la antigüedad y aplicaron nombres a las naciones que sonaran bien y que ellos pudieran entenderlos mejor y les dieron formas concordantes de gobierno, o si fueran pueblos que procedían de ellos mismos.

# CAPÍTULO VI

## *Los pueblos derivados de los hijos de Noé. Origen de los hebreos*

1. Los primeros que ocuparon las tierras les dieron nombres honraban a los nietos de Noé. Jafet, el hijo de Noé, tuvo, siete hijos. Se instalaron en las tierras que comenzaban en las montañas Tauro y Amán y que se extendían por Asia hasta el río Tanais, y por Europa hasta Cádiz, y llamaron a las tierras con sus propios nombres. Gomar fundó las que los griegos llaman ahora de los gálatas pero que antes se llamaban de los gomarenses. Magog fundó a los que se llamaron magogas, pero que los griegos denominan escitas. En cuanto a Javán y Mades, hijos de Jafet, de Mades derivan los madeos, que los griegos llaman medos; de Javán deriva Jonia. Tobel fundó a los tobelos, que ahora se llaman iberos. Los mosquenos fueron fundados por Mosoc; ahora son los capadocios. Todavía queda una huella de las antiguas denominaciones; porque todavía ahora existe una ciudad llamada Mazaca, que puede informar a los que sean capaces de entenderlo que así se llamó en un tiempo toda la nación. Tiras llamó a los que gobernó tirios; los griegos les cambiaron el nombre por el de tracios. De los tres hijos de Gomar, Ascanaxo fundó a los ascanaxos, que ahora los griegos llaman reginos. Rifate fundó a los rifateos, llamados ahora paflagones; y Tigrame, a los tigrameos, que ahora, por resolución de los griegos, se llaman frigios. De los tres hijos de Jayán, hijo de Jafet, Elisas dio nombre a los eliseos, que eran sus súbditos; ahora son los eolios. Tarso dio nombre a los tarsos, que así se llamaba antiguamente Cilicia; la prueba está en que la ciudad más noble que tienen, y que es metrópoli además, se llama Tarso, habiéndole cambiado la theta por la tau. Ceteim poseyó la isla de Cetim (ahora se llama Chipre). De ahí que todas las islas, y la mayor parte de la costa marítima, sean llamadas Cetim por los hebreos. Una de las ciudades de Chipre pudo conservar su nombre; la llaman Citio los que cambiaron por el griego, nombre que no discrepa mucho del de Cetim<sup>[14]</sup>. Muchas naciones poseyeron los hijos y los nietos de Jafet. Después de establecer algo que los griegos quizá no sepan, explicaré lo que he pasado por alto. Porque los nombres se escriben aquí a la manera de los griegos, para satisfacción de los lectores. En la lengua de nuestra tierra no se pronuncian así; los nombres siempre tienen la misma forma y la misma terminación. El nombre que aquí pronunciamos Noes, es Noé, y conserva la misma terminación en todos los casos.

2 Los hijos de Cam poseyeron la tierra de Siria y Amán las montañas del Líbano, ocupando todas las tierras hasta la obsta del mar y del océano. Algunos de sus nombres desaparecieron completamente; otros fueron cambiados, con otra pronunciación difícil de identificar. Algunos, sin embargo, se conservan sin variaciones. De los cuatro hijos de Cam el tiempo no alteró el nombre de Cus; porque

los etíopes, sobre los cuales reinó, se minan ellos mismos y así les dicen todos los habitantes del Asia, cogeos. La memoria de los mestres también se conserva en su nombre; porque todos los que habitamos en este país llamamos a Egipto Mestre y a los egipcios mestreos. Fut fue el fundador de Libia, y llamó por su nombre futeos a sus habitantes. Hay un río en la región de Maurón que se llama así; por eso muchos historiadores griegos nombran ese río y sus adyacencias con el nombre de Fut. Pero el nombre que tiene ahora lo lleva por uno de los hijos de Mestram, llamado Libios. Diremos ahora por qué llama así el África. Canaán, el cuarto hijo de Cam, habitó la región llamada ahora Judea, y le puso su propio nombre, Canaán. Los hijos de Cam tuvieron hijos a su vez. Cus tuvo seis. Sabas fundó a los sabeos, Evilas a los evileos, que hoy se llaman getulos, Sabatas a los sabatenos, que los griegos llaman astabaros, Sabacatas a los sabavatenos, Ragmo a los ragmeos; éste tuvo dos hijos, uno de ellos, Judadas, estableció la familia de los judadeos, pueblo de los etíopes occidentales, y les dio su nombre. Lo mismo que sabas con los sabeos. Pero Nebrodes, hijo de Cus, se instaló como tirano en Babilonia, de lo que ya hemos informado. Los hijos de Mestram, que eran ocho, poseyeron la región que va de Gaza a Egipto, pero sólo quedó el nombre de uno de ellos, Filistinos; los griegos llaman a esa parte de la región Palestina. De los demás, Ludim, Enemim, Labim (el único que colonizó Libia lpuso a las tierras su nombre), Nedem, Fetrosim, Ceslem y Geftorim, no sabemos nada, fuera de sus nombres. Porque la guerra de Etiopía, que luego describiremos, ocasionó la destrucción de esas ciudades. Los hijos de Canaán fueron éstos: Sidonio, edificó una ciudad con su nombre en Fenicia; los griegos la que siguen llamando Sidón, Amatio habitó en Amate, que todavía ahora llaman Amatia sus habitantes, aunque los macedonios, la denominaron Epifanía, en recuerdo de un antepasado. Aradio poseyó la isla de Arado. Aruceo poseyó Arce, que está en el Líbano. De los otros siete, Ceteo, Jebuseo, Amorreo, Gergeseo, Eveo, Sineo y Samareo, nuestras sagradas escrituras no dicen nada, fuera de nombrarlos, porque los hebreos derribaron sus ciudades y ésa fue la causa de sus calamidades.

3. Noé, cuando después del diluvio la naturaleza se restituyó a su anterior condición, se dedicó a la agricultura; plantó viñas, y cuando maduró la uva la recogió en su estación, hizo vino, ofreció sacrificios y festejó. Y habiéndose embriagado, quedó dormido, desnudo de manera indecorosa. Su hijo menor lo vio y riendo lo mostró a sus hermanos; ellos cubrieron la desnudez de su padre. Cuando Noé lo supo, oró por la prosperidad de sus dos hijos mayores; a Cam no lo maldijo, por su parentesco sanguíneo, pero maldijo a su descendencia, y como los restantes eludieron la maldición, Dios la infligió en los hijos de Canaán. De este asunto hablaré a continuación.

4. Sem, el tercer hijo de Noé, tuvo cinco hijos, que habitaron las tierras del Asia que comienzan en el Éufrates y llegan al océano Índico. Elam dejó a los elamitas, antepasados de los persas. Asur vivió en la ciudad de Nínive, y llamó a sus súbditos asirios; fue la nación más afortunada. Arfaxad dio nombre a los arfaxadeos, que son



ahora los caldeos. Aram originó a los arameos, a quienes los griegos llaman sirios. Lud fundó a los ludos, que ahora son llamados lidos. De los cuatro hijos de Aram, Us fundó la Traconita y Damasco, entre Palestina y Celesiria. Ul fundó a Armenia; Geter a los bactrianos; Mes a los mesaneos, región que ahora se llama Espasina Carax. Arfaxad fue padre de Salas, y éste de Héber, de cuyo nombre se llamó originalmente hebreos a los judíos. Héber engendró a Juctas y a Falec, llamado así porque nació cuando se desparramaron las naciones en sus respectivas tierras. Porque Falec en hebreo significa división. Juctas, uno de los hijos de Héber, tuvo los siguientes hijos: Elmodad, Salef, Azermot, Ires, Adoram, Ezel, Declas, Ebal, Abimael, Sabeo, Ofir, Evilates y Jobab. Habitaron junto al río Cofen, un río de la India, y en una parte de la Aria adyacente. Y con esto será suficiente en cuanto a los hijos de Sem.

5. Ahora hablaré de los hebreos. Falec, hijo de Héber, engendró a Ragav, cuyo hijo fue Serug, a quien le nació Nacor; hijo de éste fue Tare, que fue el padre de Abraham, que fue por lo tanto el décimo después de Noé; nació doscientos noventa y dos años después del diluvio. Porque Tare engendró a Abraham a los setenta años. Nacor engendró a Arán cuando tenía ciento veinte años. Nacor nació por Serug cuando éste tenía ciento treinta y dos. Ragav tuvo a Serug a los ciento treinta. A la misma edad tuvo Falec a Ragav. Héber procreó a Falce a los ciento treinta y cuatro; y él fue engendrado por Salas cuando tenía ciento treinta, y éste por Arfaxad a los ciento treinta y cinco. Arfaxad fue hijo de Sem, y nació doce años después del diluvio. Abraham tuvo dos hermanos, Nacor y Arán; de ellos Arán dejó un hijo, Lot, y dos hijas, Sara y Melca, y murió en una ciudad de Caldea llamada Ur, donde todavía puede verse su monumento. Los dos hermanos se casaron con sus sobrinas; Nacor con Melca y Abraham con Sara.

Como Tare odiaba a Caldea, por la muerte de Arán, todos emigraron a Caran, en Mesopotamia. Allí murió Tare y fue sepultado después de haber vivido doscientos cinco años; porque la vida del hombre había disminuido gradualmente haciéndose más corta, hasta el nacimiento de Moisés; después el término de la existencia humana fue de ciento veinte años, según determinó Dios que fuera la duración de la vida de Moisés. Nacor tuvo con Melca ocho hijos: Ux, Baux, Matuel, Cazam, Asav, Feldas, Ieldaf y Batuel. Todos hijos legítimos de Nacor, porque Tabeo, Gaam Tavau y Macas fueron hijos de Ruma, su concubina. Pero Batuel tuvo una hija Rebeca y un hijo Labán.

## CAPÍTULO VII

### *Abraham se instala en la tierra de Cancún*

1. Como Abraham no tenía hijos adoptó a Lot, hijo de su hermano Arán y hermano de su esposa Sara, y abandonó la tierra de Caldea. A los setenta y cinco años de edad y por orden de Dios se trasladó a Canaán, donde residió y dejó la tierra a sus descendientes. Era un hombre muy inteligente, entendía todas las cosas y sabía convencer a los que lo escuchaban, y no se equivocaba en sus opiniones. Por eso comenzó a concebir una idea más elevada de la virtud que los demás hombres, y la noción que en aquel entonces tenían acerca de Dios; porque él fue el primero en declarar que hay un solo Dios, creador del universo; y que si los demás seres contribuían en algo a la felicidad de los hombres, lo hacían en virtud del papel que tenían señalado por disposición divina y no por su propio poder. Estas opiniones le fueron inspiradas por los fenómenos naturales que observaba en la tierra y en el mar, como también en el sol, la luna y los demás cuerpos celestes.

—Si estos cuerpos —decía— tuvieran poder propio, cuidarían de cumplir ordenadamente sus movimientos; faltándoles ese poder, es indudable que colaboran en nuestro beneficio no por su propia capacidad sino como subordinados del que los manda y a quien debemos ofrecer nuestras honras y nuestro agradecimiento.

Cuando los caldeos y otros pobladores de la Mesopotamia se levantaron contra él por sus doctrinas, creyó conveniente abandonar la región. Y por orden y con la ayuda de Dios fue a vivir a la tierra de Canaán, donde una vez instalado erigió un altar y ofreció un sacrificio a Dios.

2. Beroso menciona a nuestro padre Abraham, sin nombrarlo, cuando dice: «En la décima generación después del diluvio hubo entre los caldeos un hombre justo y grande, y entendido en la ciencia del cielo.» Hecateo hizo algo más que nombrarlo; dejó todo un libro sobre él. Nicolás de Damasco, en el cuarto libro de su historia, dice: «Abraham reinó en Damasco, siendo forastero, y habiendo llegado con un ejército de una tierra situada más allá de Babilonia que él llamaba Caldea. Poco tiempo después se trasladó con su familia a la tierra llamada entonces Canaán y que ahora se llama Judea. Fue cuando su posteridad se multiplicó y se convirtió en una multitud; en cuanto a esa posteridad, relatamos su historia en otro libro. El nombre de Abraham sigue siendo famoso en Damasco, donde hay una aldea que se llama en su honor Residencia de Abraham».

## CAPÍTULO VIII

### *Hambre en Canaán. Abraham se traslada a Egipto y enseña a los egipcios*

1. Cuando invadió el hambre a la tierra de Canaán y Abraham averiguó que los egipcios estaban en buena situación, se dispuso a trasladarse allí para participar de su abundancia y escuchar la opinión de sus sacerdotes sobre los dioses, y luego seguirlos si los conceptos de ellos fueran mejores que los suyos, o convertirlos si los de él resultaran más verdaderos. Como tenía que llevar consigo a Sara y temía la intemperancia de los egipcios con respecto a las mujeres y de que el rey lo matase por la gran belleza de su mujer, recurrió al expediente de hacerse pasar por su hermano, y la instruyó para que dijera lo mismo, asegurándole que sería en su beneficio.

Cuando llegó a Egipto sucedió lo que Abraham había sospechado; la fama de la belleza de su mujer se había extendido por todas partes. El faraón, rey de Egipto, no se conformó con lo que le informaron, quiso verla personalmente, preparándose de antemano a gozarla. Pero Dios detuvo sus injustos deseos, enviándole una peste y una rebelión contra su gobierno. Cuando preguntó a los sacerdotes cómo se podría librar de las calamidades, le respondieron que su desdicha se debía a la ira de Dios, por haber querido abusar de la esposa del extranjero. Dominado por el temor, preguntó a Sara quién era y con quién había venido. Cuando supo la verdad pidió disculpas a Abraham; creyendo que la mujer era su hermana y no su esposa, había querido emparentar con él casándose con la mujer y no abusar de ella incitado por la lujuria. Le dio grandes riquezas y lo relacionó con los egipcios más eruditos, con quienes Abraham conversó, destacando y aumentando su virtud y su reputación.

2. Los egipcios tenían anteriormente diversas costumbres, y se despreciaban mutuamente sus ritos sagrados, odiándose y ridiculizándose entre sí. Abraham conferenció con cada uno de ellos refutando las razones que daban en abono de sus respectivas prácticas, y demostrando que esas razones eran vanas y carentes de verdad. Todos lo admiraban como a un hombre sabio, ingenioso y perspicaz cuando hablaba de cualquier tema; y no sólo para pensarlo sino también para explicarlo y lograr el consentimiento de los que lo escuchaban. Les enseñó aritmética y la ciencia de la astronomía; porque antes de la llegada de Abraham a Egipto no conocían esas disciplinas, que llegó de Caldea a Egipto y de ahí pasó a los griegos.

3. En cuanto Abraham volvió a Canaán dividió su tierra con Lot, debido a las disensiones de los pastores sobre las tierras de pastoreo, dejando a Lot la opción de elegir la parte que quisiese; y él se quedó con la parte restante, que eran las tierras más bajas situadas al pie de las montañas. Vivió en Hebrón, ciudad siete años más antigua que la de Tanis en Egipto. Lot poseyó la tierra de la llanura y el río Jordán, no lejos de la ciudad de Sodoma, que era entonces una buena ciudad y se encuentra ahora destruida por la ira de Dios, por la causa que luego señalaré en su lugar

oportuno.

# CAPÍTULO IX

## *Guerra de los sodomitas con los asirios*

1. En aquellos tiempos en que los asirios imperaban en Asia, Sodoma gozaba de una situación floreciente tanto en riquezas como en abundancia de juventud. Eran cinco los reyes que dominaban en la región, Balas, Barsas, Senabar, Simobor y el rey Balenón, y cada rey comandaba sus propias tropas.

Los asirios les hicieron la guerra dividiendo su ejército en cuatro partes. Cada parte tenía su jefe y después de entablada la batalla los asirios fueron los vencedores e impusieron gabelas a los reyes sodomitas. Durante doce años se sometieron y pagaron el tributo, pero el año decimotercero se rebelaron. El ejército asirio volvió a atacarlos a las órdenes de Amarapside, Ariocho, Codolamor y Tadal. Estos jefes arrasaron a Siria y vencieron a los descendientes de los gigantes. Cuando llegaron a las tierras de Sodoma instalaron el campamento en el valle llamado Pozos de Betún, porque en aquel tiempo era un lugar lleno de pozos (fréata). Ahora, desaparecida la ciudad de Sodoma, el valle se transformó en un lago que se llama Asfaltites. De este lago volveremos a hablar más adelante. Entablada la lucha de los sodomitas con los asirios la batalla se hizo encarnizada; muchos murieron y los demás fueron tomados cautivos, entre ellos Lot, que había acudido en auxilio de los sodomitas.

# CAPÍTULO X

*Abraham vence a los asirios, pone en libertad a los prisioneros y recupera el botín*

1. Cuando Abraham se enteró de la calamidad que les había ocurrido, temió por Lot, su pariente, y se compadeció de los sodomitas, que eran sus amigos y vecinos. Consideró conveniente prestarles ayuda y partió sin demora; marchó rápidamente y a la quinta noche atacó a los asirios cerca del Dan (que así se llama la otra rama del Jordán), y sorprendiéndolos de improviso, desprevenidos e inermes, mató a los que estaban durmiendo y puso en fuga a los que no se habían, acostado aún, pero que estaban demasiado embriagados para luchar. Abraham los persiguió y al día siguiente los ahuyentó hacia Soba, lugar perteneciente a Damasco.

De este modo demostró que la victoria no depende del número, sino de la rapidez y el valor de los soldados, que pueden dominar grandes multitudes; Abraham venció a un ejército tan grande con sólo trescientos dieciocho de sus sirvientes y tres amigos. Todos los que huyeron regresaron a sus hogares ignominiosamente.

2. Abraham libertó a los cautivos tomados por los asirios, salvó también a su pariente Lot y volvió en paz a su casa. El rey de Sodoma se encontró con él en un sitio llamado Campo real, donde lo recibió el rey de la ciudad de Solima, Melquisédec. Este nombre significa «rey justo»; y lo era, en opinión de todos. Por esa razón lo hicieron sacerdote de Dios. Y a Solima luego la llamaron Jerusalén.

Melquisédec abasteció generosamente al ejército de Abraham dándole abundantes provisiones. Y mientras se hallaban festejando lo elogió y alabó a Dios por haber sometido al enemigo a sus manos. Abraham le dio la décima parte del botín y él la aceptó; el rey de Sodoma, por su parte, insistió en que Abraham retuviera el botín para sí; pero le rogó que le devolviera los hombres que había salvado de los asirios, porque eran de él. Abraham no quiso tomar del botín más que las provisiones para sus sirvientes, pero ofreció una parte a sus amigos que lo habían ayudado en la batalla. El primero se llamaba Escol, el segundo Ener y el tercero Mambres.

3. Dios encomió su virtud, pero le dijo:

—No debes renunciar a la recompensa que merece tu hazaña.

—¿Qué ventaja me dará esa recompensa —respondió él—, si nadie la gozará en lo futuro? (Porque no tenía hijos).

Dios le prometió que tendría un hijo y que su posteridad sería muy numerosa, tanto como el número de estrellas. Y él ofreció un sacrificio a Dios, de acuerdo con sus órdenes. El sacrificio fue de esta manera: tomó una becerro de tres años, una cabra de tres años, un carnero igualmente de tres años, una tórtola y un palomino, y los dividió en dos, menos las aves. Luego, antes de que erigiera el ara y mientras volaban las aves de rapiña sedientas de sangre, oyó una voz divina que le anunció que

su posteridad tendría vecinos enemigos durante su permanencia en Egipto, que se prolongaría cuatrocientos años; en ese lapso sufriría penas, pero luego vencería a sus enemigos, triunfaría en la guerra contra los cananeos y tomaría posesión de sus tierras y sus ciudades.

4. Abraham vivía cerca del roble llamado Ogiges (un sitio que pertenecía a Canaán, no lejos de la ciudad de Hebrón). Preocupado por la esterilidad de su mujer, rogó a Dios que le concediera descendencia masculina. Dios le dijo que tuviera ánimo, que a todos los dones que le había acordado desde que lo sacó de Mesopotamia, agregaría el de darle hijos. Sara, de acuerdo con las órdenes de Dios, le llevó a la cama a una sierva llamada Agar, de ascendencia egipcia, para que le diera hijos. Cuando ésta estuvo embarazada miró con desprecio a Sara, como si el poder estuviera destinado a pasar a las manos de su prole. Abraham la entregó a Sara para que la castigara y la mujer optó por huir y rogó a Dios que se compadeciera de ella.

En el desierto le salió al encuentro un ángel de Dios y le ordenó que volviera a la casa de sus amos; si se sometía a su prudente consejo, viviría mejor en lo sucesivo. Porque el motivo de su actual desgracia era su ingratitud y su arrogancia frente a su ama.

Si desobedecía a Dios y persistía en seguir su camino, perecería; pero si volvía sería madre de un hijo que reinaría en la región. Volvió y obtuvo el perdón de sus amos y poco tiempo después nació Ismael, que significa oído por Dios, porque Dios escuchó los ruegos de su madre.

5. Abraham tenía ochenta y seis años cuando nació el hijo que hemos dicho. A los noventa y nueve Dios se le apareció y le prometió que tendría otro hijo con Sara, y le ordenó que le pusiera de nombre Isaac; anunciándole que de su hijo saldrían grandes naciones y reyes, que por medio de guerras obtendrían toda la tierra de Canaán, desde Sidón hasta Egipto. Pero le prescribió que, para que su posteridad no se mezclara con otras, deberían circuncidarse a los ocho días de haber nacido. La causa de la circuncisión la explicaré en otro lugar<sup>[15]</sup>.

Preguntado por Abraham si Ismael viviría, Dios le informó que sería longevo y padre de grandes multitudes. Después de agradecer a Dios por sus favores Abraham se circuncidó, así como todos los que estaban con él y el niño Ismael, que tenía a la sazón trece años en tanto que él contaba noventa y nueve.

# CAPÍTULO XI

## *Cólera de Dios por los pecados de los sodomitas. Destrucción de Sodoma. Las hijas de Lot*

1. Por aquella época los sodomitas, a causa de su gran riqueza, se volvieron orgullosos, injustos con los hombres e impíos en la religión, olvidando los beneficios recibidos; odiaban a los forasteros y se entregaban a costumbres repudiables. Dios se sintió ofendido y decidió castigar su insolencia, y no solamente derribarles la ciudad, sino también, devastar los campos para que no creciera ningún producto de la tierra.

2. Cuando Dios decretó la suerte de los sodomitas, Abraham (que estaba sentado a la puerta de su casa, junto al roble de Mambre), vio tres ángeles, y creyendo que serían forasteros, se levantó, los saludó y les ofreció su hospitalidad. Aceptaron y enseguida ordenó que se hicieran panes de harina flor, mató un becerro, lo asó y se lo llevó a sus huéspedes, que estaban sentados debajo del árbol. Ellos hicieron que comían y le preguntaron de paso dónde estaba Sara. Respondió que estaba dentro de la casa; le dijeron entonces que volverían posteriormente y que para ese entonces Sara sería madre. La mujer al oírlos sonrió y dijo que era imposible que ella engendrara hijos porque era nonagenaria y su marido tenía cien años. Ellos no disimularon más y manifestaron que eran ángeles de Dios; uno de ellos había sido enviado para anunciarles un hijo y los otros dos para derribar a Sodoma.

3. Oyendo esto, Abraham se sintió apenado por los sodomitas; se levantó y rogó a Dios por ellos, pidiéndole que no destruyera a los buenos junto con los ímprobos. Dios repuso que no había buenos entre los sodomitas, y que si hubiese diez perdonaría a todos el castigo de sus pecados. Abraham guardó silencio y los ángeles fueron a la ciudad de Sodoma donde Lot les pidió que aceptaran albergarse en su casa; porque era generoso con los forasteros y había aprendido a imitar la bondad de Abraham. Los sodomitas, al ver a los adolescentes de extraordinaria belleza que se habían alojado en la casa de Lot, decidieron gozar de ellos por la fuerza; Lot los exhortó a contenerse y a no ofrecer un espectáculo inconveniente a los extranjeros, que eran sus huéspedes; y que si no podían dominarse, les daría a su hija para satisfacer su lujuria.

Pero no cedieron.

4. Dios, iracundo por su audacia y su impudicia, quitó la vista a esos hombres para que no pudieran hallar la entrada de la casa de Lot, y condenó a Sodoma a la destrucción total. Lot, informado por Dios de que los sodomitas serían destruidos, partió de la ciudad con su mujer y sus hijas (que eran dos y eran vírgenes); en cuanto a los dos hombres con quienes estaban prometidas se burlaron de Lot y de sus palabras. Dios lanzó sus rayos sobre la ciudad y la hizo arder con todos sus habitantes, y devastó por el fuego los campos, como dije antes cuando escribí sobre la



guerra de los judíos.

La mujer de Lot, que se dio vuelta llena de curiosidad para ver lo que ocurría a la ciudad, a pesar de que Dios lo había prohibido, fue convertida en una estatua de sal (yo la he visto; todavía está). Lot y sus hijas huyeron a un pequeño lugar intacto, rodeado por el fuego, y allí se instalaron. Se llama todavía ahora Zoar, palabra que en hebreo significa pequeñez. Allí llevó una vida miserable, porque no tenía compañera y escaseaban las provisiones.

5. Creyendo las vírgenes que se había extinguido todo el género humano, tuvieron contacto con el padre, pero tomando la precaución de que éste no se enterare. Lo hicieron con el propósito de que no desapareciese completamente la humanidad. Tuvieron hijos; el de la mayor se llamó Moab, que significa «del padre». El de la menor se llamó Amón, que significa «hijo del género». El primero fue el padre de los moabitas, que son ahora una gran nación; el segundo de los amonitas. Ambas naciones habitan en la Celesiria. Y así fue como Lot salió de entre los sodomitas.

## CAPÍTULO XII

### *Los árabes, descendientes de Ismael, hijo de Abraham*

1. Abraham partió hacia Gerar, en Palestina, llevando consigo a Sara como si fuera su hermana, usando la misma simulación que la vez anterior. Temía a Abimélec, el rey de aquella tierra, que también se enamoró de Sara y se propuso corromperla. Pero una grave enfermedad que le envió Dios le impidió satisfacer su lujuria. Cuando sus médicos desesperaban de curarlo se durmió y recibió en sueños la advertencia de que no debía inferir agravio a la esposa de su huésped.

Cuando se recobró dijo a sus amigos que Dios le había enviado aquella enfermedad para vindicar a su huésped, a cuya esposa se había propuesto violar. (Porque no era su hermana, sino su legítima esposa.) Dios le había prometido concederle en adelante su favor, si libraba a aquel hombre de preocupación por la castidad de su esposa. Dicho esto, y por consejo de sus amigos, mandó llamar a Abraham y lo exhortó a que no temiera que a su cónyuge le pasara ninguna contrariedad; porque Dios se había ocupado y por su providencia recuperaba a su mujer sin que hubiese sufrido ninguna ofensa. Apeló a Dios y a la conciencia de la mujer y dijo que no se habría sentido tentado de gozarla, si hubiese sabido que era su esposa. Como creyó que era su hermana, no había cometido nada injusto.

Le suplicó que no le guardara rencor y le hiciera recuperar el favor de Dios. Si quería seguir con él, obtendría todo lo que necesitara y en abundancia; si decidía marcharse, lo despediría honrosamente y le daría todas las provisiones que había ido a buscar a su casa. A esto Abraham le respondió que no había mentado respecto al parentesco de su esposa (porque era hija de su hermano); y que no se consideraba seguro cuando viajaba con su esposa sin recurrir a ese subterfugio; añadió que él no le había causado la enfermedad, porque sólo había buscado su propia seguridad. Y le dijo que estaba dispuesto a quedarse con él. Abimélec le concedió tierras y dinero, y ambos convinieron en vivir juntos sin engaños. Prestaron juramento junto a un pozo llamado Bersube, que significa El pozo del juramento. Así lo llama aún hoy la población del lugar.

2. Poco tiempo después Abraham tuvo un hijo de Sara, como le había predicho Dios, y le puso de nombre Isaac, que significa risa. Así lo llamaron porque Sara se había reído cuando Dios le dijo que pariría; no esperaba tener prole a su edad. Sara tenía noventa años y Abraham cien. El hijo nació al año siguiente, y fue circuncidado al octavo día, y desde entonces los judíos acostumbran a circuncidar a sus hijos dentro de ese término. Los árabes a los trece años, porque Ismael, generador de su pueblo, hijo de Abraham y su concubina, fue circuncidado a esa edad. De lo cual daré ahora una explicación detallada.

3. Sara amó al principio a Ismael, nacido de su sierva Agar, con el cariño que

hubiese dispensado a su propio hijo, porque estaba destinado a ser el sucesor en el gobierno. Pero cuando dio a luz a Isaac, no quiso que Ismael se educara junto con el niño, porque era mayor y podía perjudicarlo cuando muriera el padre. Persuadió a Abraham que lo mandara con su madre a un país lejano.

Al principio no accedió al pedido de Sara, pensando que era una medida inhumana despedir a un niño y una mujer carentes de recursos, pero al final consintió (porque Dios estaba conforme con lo que Sara había resuelto); entregó a Ismael a su madre, porque todavía no sabía andar solo, y le mandó que se llevara una botella de agua y una rebanada de pan y se fuera, guiada por la necesidad.

Marchó hasta que se encontró en mala situación por falta de provisiones; cuando estaba por terminarse el agua dejó al niño, que estaba por expirar, al pie de un abeto, y siguió andando sola para no presenciar su muerte. Pero un ángel de Dios le salió al encuentro, le indicó una fuente próxima y le ordenó que cuidara al niño y lo criara porque su salvación sería la felicidad de ella. Ella tuvo fe en la predicción y luego se encontró con unos pastores que la ayudaron a librarse de sus penurias.

4. Cuando el niño creció y llegó a la edad adulta se casó con una mujer oriunda de Egipto (de donde era también su madre). Con la cual tuvo Ismael doce hijos: Nabaiot, Cedar, Abdel, Masan, Idumas, Masmás, Masa, Codad, Temán, Jetur, Nafés y Cedmas. Habitaron las tierras que se extienden entre el Éufrates y el mar Rojo, y llamaron a la región Nabatea. Son árabes y sus tribus llevan sus nombres, por su propia virtud y por la dignidad de su padre Abraham.

## CAPÍTULO XIII

### *Dios ordena el sacrificio de Isaac*

1. Abraham amaba mucho a Isaac, porque era su unigénito y le había sido dado por Dios en los límites de la senectud. El niño a su vez se ganaba la benevolencia y el amor paternos practicando todas las virtudes, cumpliendo con su deber hacia sus padres y observando piadosamente la adoración de Dios. Abraham también cifraba su felicidad en la esperanza de que a su muerte dejaría a su hijo en situación próspera, y la obtuvo por la voluntad de Dios. Queriendo probar la piedad de Abraham, Dios se le apareció y le enumeró todos los beneficios que le había concedido; le recordó que lo había hecho superior a sus enemigos y que el nacimiento de su hijo Isaac, motivo principal de su presente felicidad, se lo debía a él; y le dijo que quería que le ofreciera a su hijo como sacrificio y víctima. Le ordenó que lo llevara al monte Morio, que levantara un altar y lo ofreciera en holocausto; ésa sería la mejor manera de manifestar su piedad, anteponiendo a la salvación de su hijo lo que era grato a Dios.

2. Abraham juzgó que no era justo desobedecer a Dios y que estaba obligado a servirlo en todas las circunstancias de la vida, porque todos los seres vivos gozaban de la vida por su providencia y sus dones. Ocultando la orden de Dios y sus propósitos de sacrificar a su hijo a su mujer y sus siervos, para que no le impidieran obedecer a Dios, tomó a Isaac con dos siervos y cargando en un asno lo necesario para el sacrificio partió hacia la montaña.

Los siervos marcharon con él dos días; al tercer día, cuando vio delante de sí a la montaña, dejó en el campo a los siervos que lo acompañaban y siguió adelante con su hijo. Era la montaña en la cual el rey David levantó después el Templo. Llevaba todo lo necesario para el sacrificio menos el animal que había de ser ofrendado. Isaac tenía veinticinco años de edad. Y cuando estaba construyendo el ara preguntó a su padre qué sacrificio ofrecerían, ya que faltaba la víctima para el holocausto. Le contestó que Dios proveería la víctima, porque él tenía el poder de suministrar todo lo que el hombre necesita y de privar de lo que tienen a los que se creen seguros; por eso si Dios quería que le fuera propicio el sacrificio proveería él mismo la víctima.

3. Cuando estuvo preparado el altar y Abraham depositó la leña y todo estuvo listo, habló de este modo a su hijo:

—¡Oh, hijo! Muchos votos hice a Dios para que tú nacieras. Cuando viniste al mundo te eduqué con los mayores cuidados, no habiendo nada que te fuera útil que no me empeñara en conseguir, y nada que me hiciera más feliz que la idea de verte hecho un hombre y de dejarte a mi muerte como sucesor de mis dominios. Pero como fue voluntad de Dios que yo fuera tu padre, y ahora es su voluntad que renuncie a ti, acepta con valor tu consagración.

Porque te cedo a Dios, que ha considerado conveniente reclamarme esta prueba

de veneración por los beneficios que me ha concedido, siendo mi sostenedor y mi defensor. Como has nacido morirás ahora, no de la manera ordinaria, sino enviado a Dios, padre de todos los hombres, por tu propio padre, por la vía ritual del sacrificio. Sin duda te considera digno de irte del mundo no por enfermedad ni por guerra ni por ninguna de las otras maneras corrientes, sino recibiendo tu alma en solemne sacrificio, para ponerte junto a sí; y allí serás mi apoyo y el sostenedor de mi vejez. Para eso principalmente te crié, y tú ahora harás que Dios sea mi consuelo en tu lugar<sup>[16]</sup>.

4. Isaac (que era de ánimo generoso, como hijo de su padre), quedó muy satisfecho del sermón y dijo que no habría merecido haber nacido si rechazase la decisión de Dios y de su padre y no se adaptase rápidamente a su gusto; sería injusto desobedecerlo aunque lo hubiese resuelto únicamente su padre. Y se dirigió inmediatamente al altar para ser sacrificado.

El hecho se habría consumado si Dios no se hubiera opuesto; llamando en voz alta a Abraham por su nombre, le prohibió que matara a su hijo. Y le dijo que no era por deseo de sangre humana que le había mandado matar a su hijo, ni quería apartarlo de aquel a quien había hecho su padre, sino para explorar su ánimo y saber si obedecería la orden. Conociendo ahora la prontitud y disposición de su piedad, se alegraba de haberle concedido sus favores y no dejaría de velar por él y por toda su descendencia. Su hijo viviría muchos años y después de gozar de una existencia feliz dejaría una fuerza potente a una posteridad grande y legítima. Le predijo asimismo que su familia crearía numerosas naciones y que los patriarcas dejarían una fama eterna. Su posteridad obtendría la tierra de Canaán y concitaría la envidia de todos los hombres.

Dicho esto, Dios hizo aparecer de pronto un carnero para el sacrificio. Habiendo recibido la promesa de tantos grandes favores, Abraham e Isaac se abrazaron, y después de hacer el sacrificio volvieron a reunirse con Sara y vivieron felices todos juntos, asistidos por Dios en todo lo que necesitaban.

# CAPÍTULO XIV

## *Muerte de Sara*

1. Sara murió poco después, habiendo vivido ciento veintisiete años. La sepultaron en Hebrón; los cananeos les cedieron un sepulcro público, pero Abraham compró la tierra por cuatrocientos siclos a un tal Efraím, un habitante de Hebrón. Allí edificó Abraham su monumento y el de sus descendientes.

## CAPÍTULO XV

### *Los trogloditas, descendientes de Abraham y Cetura*

1. Después Abraham se casó con Cetura, con la que tuvo seis hijos, hombres de trabajo y de agudo ingenio: Zambrán, Jazar, Madán, Madián, Josubac y Suc. Los hijos de Suc fueron Sabatán y Dadán. Los de éste Latusim, Asuris y Luames. Los hijos de Madián fueron: Efas, Ofrés, Anoc, Ebidas y Eldas. Para todos sus hijos y nietos Abraham instaló colonias ocupando las tierras trogloditas y la región de la *Arabia feliz*, que se extendía hasta el mar Rojo. Ofrés hizo la guerra a Libia y la conquistó, y sus nietos, que la habitaron, pusieron su nombre al país y lo llamaron África.

Lo que acabo de relatar lo atestigua Alejandro Polyhistor, quien dice: «El profeta Cleodemo, llamado también Malcus, en la historia que escribió de los judíos, dice, de acuerdo con el relato de Moisés, su legislador, que Abraham tuvo muchos hijos con Cetura; y nombra a tres de ellos: Afer, Surim y Jafrán. Agrega que de Surim salió el nombre de Asiria, y de los otros dos, Afer y Jafrán, los de la ciudad de Afra y de la tierra del África. Porque esos hombres ayudaron a Hércules cuando peleó contra Libia y Anteo. Y dice que Hércules se casó con la hija de Afra y tuvo con ella un hijo, Didoro; hijo de éste fue Sofón, de donde sale el nombre del pueblo bárbaro de los sofáceos».

# CAPÍTULO XVI

## *Enlace de Isaac con Rebeca*

1. Cuando Abraham resolvió tomar por esposa para su hijo Isaac, que tenía cuarenta años de edad, a Rebeca, nieta de su hermano Nacor, envió a hacer los esponsales al más anciano de sus sirvientes, después de haberlo obligado a darle la máxima garantía de fidelidad. El juramento se hizo de la siguiente manera: cada cual puso la mano debajo del muslo del otro, y ambos invocaron a Dios como testigo de lo que debían hacer. Y mandó con 61 a sus amigos como obsequio objetos que por ser raros o nunca vistos en aquella tierra eran de valor inestimable.

El viaje insumió al sirviente mucho tiempo, porque era difícil transitar por la Mesopotamia, en invierno por el espesor del cieno, y en verano por la falta de agua y por los ladrones que infestaban el lugar y contra los cuales los viajeros debían precaverse. Finalmente llegó a Carra. Antes de entrar en la ciudad se encontró con una gran cantidad de doncellas que iban a buscar agua y rogó a Dios que Rebeca, aquella a la que su amo le había enviado a pedir para su hijo, estuviese entre ellas, y que la señal para reconocerla, fuese que las demás le negasen agua y ella se la diese.

2. Con ese propósito se acercó a la fuente y pidió a las doncellas que le dieran agua para beber. Todas se negaron, con la excusa de que la necesitaban para sus casas y no podían disponer de la menor cantidad; sólo una reprochó a las demás su falta de hospitalidad, y les preguntó cómo podrían compartir la vida de los hombres si se negaban a compartir con ese hombre un poco de agua. Y se la ofreció gentilmente para beber.

El criado pensó que su misión tendría éxito, pero deseando conocer la verdad, la alabó por su generosidad y su humanidad, porque no había vacilado en dar agua al que la necesitaba, aunque le costaba trabajo sacarla. Y le preguntó quiénes eran sus padres, felicitándolos por tener una hija como ella.

—Sin duda estarás casada, a satisfacción de ellos —le dijo—, con un buen esposo a quien darás hijos legítimos.

Rebeca no desdeñó responder a su pregunta, y le dijo quién era su familia.

—Mi nombre es Rebeca —dijo—. Mi padre se llamaba Batuel, pero ya ha muerto<sup>[17]</sup>. Mi hermano es Labán, que junto con mi madre atiende todos los asuntos de mi familia y cuida mi virginidad.

Al oírlo el criado se alegró mucho por el episodio y vio que era Dios quien había dirigido sus pasos. Sacando los brazaletes que había llevado, y otros adornos propios de una virgen, se los dio a la muchacha como agradecimiento y recompensa por su amabilidad, diciéndole que era justo que se los diera porque había sido más amable que las demás. Como se acercaba la noche y no podía seguir viaje, le pidió que le



permitiera pernoctar en su casa. Sacando sus preciosos adornos para mujeres, le dijo que no los confiaría a nadie mejor que a ellos; y que sin duda por ser tan humanitarios su madre y su hermano no quedarían desconformes con él, porque no sería una carga y pagaría el alojamiento y los gastos de su propio peculio.

Replicó ella que había acertado en cuanto a la humanidad de sus padres, pero que no aceptarían dinero y lo hospedarían completamente gratis. Pero primero era necesario que le pidiera licencia a su hermano Labán para llevarlo a su casa.

3. Hecho lo cual la muchacha condujo al forastero. Los criados de Labán se hicieron cargo de los camellos y a él Labán lo llevó a comer. Después de la cena les dijo, a él y a la madre de la joven:

—Abraham es hijo de Tare, y pariente de vosotros, porque Nacor, mujer, el abuelo de estos hijos, era hermano de Abraham, de padre y madre. Él me envió porque desea tomar a esta doncella como esposa de su hijo. Es su hijo legítimo y su único heredero. Podría conseguir a la mujer más opulenta de aquella tierra, pero no quiere que su hijo se case con ninguna de ellas, sino que contraiga enlace honorablemente con una de su raza. Fue por voluntad de Dios que encontré a tu hija y su casa; porque cuando estaba cerca de la ciudad vi una cantidad de doncellas que iban a la fuente, y rogué que pudiese encontrarme con esta virgen, lo cual así sucedió. Debéis, por lo tanto, confirmar el matrimonio, cuyos esponsales han sido hechos de antemano por decisión divina; y honrar a Abraham, que me envió con tanto empeño.

Comprendiendo que era la voluntad de Dios, enviaron a la joven de acuerdo con las condiciones pedidas. Isaac casó con ella y recibió la herencia; porque los hijos de Cetura se habían instalado en sus propias colonias.

# CAPÍTULO XVII

## *Muerte de Abraham*

1. Poco tiempo después murió Abraham. Fue un hombre de virtudes incomparables, favorecido por Dios por su gran piedad. El total de su vida fue de ciento setenta y cinco años; fue sepultado en Hebrón, junto con su esposa Sara, por sus hijos Isaac e Ismael.

## CAPÍTULO XVIII

*Esaú y Jacob, hijos de Isaac. Matrimonio de Esaú. Isaac bendice a Jacob*

1. La mujer de Isaac quedó embarazada (después de la muerte de Abraham), y como el vientre adquiriera un volumen inusitado, Isaac, inquieto, preguntó por ella a Dios. Éste le contestó que Rebeca pariría gemelos<sup>[18]</sup>; y que las naciones tomarían el nombre de sus hijos. Y que el que saliera segundo sería superior al primero. No mucho tiempo después, como predijera Dios, nacieron gemelos; el mayor era áspero y velloso de la cabeza a los pies, pero el menor lo tomó del calcañar cuando estaban naciendo. El padre amaba al mayor, que por su pilosidad fue llamado Esaú o Seir, porque en hebreo se dice *seir* al pelo. Jacob, el menor, era más amado por la madre.

2. Como había hambre en el país, Isaac quiso trasladarse a Egipto, pero por orden de Dios se trasladó a Gerar, donde el rey Abimélec lo recibió, porque Abraham había vivido en un tiempo con él y había sido su amigo.

Al principio lo trató amablemente, pero luego sintió envidia al ver que Dios lo ayudaba y lo favorecía, y lo alejó de su lado. Advirtiéndolo Isaac que la envidia había cambiado al rey, se retiró a un sitio llamado *El Val*, no lejos de Gerar. Comenzó a abrir un pozo pero lo atacaron unos pastores para impedir que lo hiciera. No queriendo luchar, se retiró y abrió otro pozo; otros pastores de Abimélec lo hostigaron a su vez. Dejó también el segundo pozo y se retiró, y de ese modo se ganó la tranquilidad gracias a su conducta prudente.

Finalmente, el rey lo autorizó a abrir un pozo sin sufrir inconvenientes. Le puso de nombre Rejovot, que significa *amplio espacio*. De los pozos anteriores uno se llamaba Escón, que significa *altercado*, el otro Sitena, que significa *enemistad*. Los asuntos de Isaac crecieron en potencia y magnitud. Abimélec creyó que Isaac le guardaba rencor por la mutua desconfianza que había entre los dos y porque Isaac se retiró ocultando su enemistad. Temió que su anterior amistad con Isaac no fuera eficaz si éste se proponía vengarse de las ofensas. Fue, por tanto, a renovar la amistad con él llevando consigo a uno de sus generales, llamado Ficol. Después de obtener lo que quería, gracias a la bondad de Isaac, que prefería la amistad que Abimélec le había demostrado anteriormente a él y a su padre, a su ira posterior, se volvió a su casa.

3. Cuando Esaú, el hijo preferido de Isaac, llegó a los cuarenta años, se casó con Ada, hija de Helón, y con Alibama, hija de Esebón, poderosos señores de los cananeos; realizó los matrimonios por su propia autoridad, sin consultar a su padre. Si hubiese preguntado a Isaac, éste no habría consentido los enlaces, porque no estaba conforme en contraer alianzas con los habitantes de esas tierras. Pero no queriendo molestar a su hijo, ordenándole abandonar a sus esposas, prefirió guardar silencio.

4. Cuando llegó a viejo y quedó privado de la vista, llamó a Esaú y le dijo que además de su ceguera, su senectud le impedía rendir culto a Dios; y le ordenó que fuera a cazar todos los venados que pudiera y que luego le preparase una cena. Podría entonces suplicar a Dios que ayudara a su hijo y lo sostuviera durante toda su vida. Añadió que no sabía a ciencia cierta la fecha de su muerte, y que deseaba obtener de antemano, con sus oraciones, la benevolencia divina para él.

5. Esaú salió a cazar. Pero Rebeca, creyendo que era mejor implorar el favor de Dios para Jacob, contrariando la voluntad de Isaac le ordenó que matara unos cabritos y preparara un guisado. Jacob obedeció a su madre, siguiendo sus instrucciones. Cuando estuvo listo el guisado, se cubrió los brazos con la piel de un cabrito para que su padre, por el vello, creyera que era Esaú. Eran mellizos, iguales en todo y diferentes sólo en este detalle. Lo hizo por temor de que su padre, antes de hacer las imploraciones, descubriera su superchería y lo maldijera. Le llevó la vianda e Isaac, reconociéndolo por la voz, llamó a su hijo.

Éste le dio la mano, cubierta con la piel de cabrito. Cuando Isaac la tocó dijo

—Tu voz parece la voz de Jacob, pero por el espesor de tu vello veo que eres Esaú.

6. Sin sospechar el engaño comió el guisado y se entregó a rogar e interceder ante Dios.

Y dijo:

—¡Señor de todos los tiempos y creador de todas las cosas! Tú fuiste el que concedió a mi padre abundancia de cosas buenas, y me diste todo lo que tengo, y prometiste a mi posteridad ser su ayuda y su sostén y concederle favores más grandes aún. Confirma ahora tus promesas y no me abandones, porque en mi presente condición te necesito más que nunca. Concede tu gracia a mi hijo, evítale todos los males. Concédete una vida feliz y la posesión de todo lo bueno que tú puedes acordar. Hazlo temible para sus enemigos y honrado y amado por sus amigos.

7. Esto es lo que pidió Isaac a Dios, creyendo que sus ruegos eran para Esaú. Apenas había terminado cuando volvió Esaú de la caza. Cuando Isaac advirtió el error, guardó silencio. Pero Esaú le pidió que le hiciera compartir la bendición que le había dado a su hermano; el padre se negó, porque todas las oraciones las había volcado sobre Jacob. Esaú lloró por el error. Su padre, apenado por su llanto, le dijo que sería superior en la caza y fuerte de cuerpo y en el ejercicio de las armas, en todo lo cual obtendría gloria eterna, él y después de él su posteridad. Pero que debería servir a su hermano.

8. Jacob temía que su hermano lo castigara por el engaño de la bendición paterna; su madre lo libró del peligro convenciendo a Isaac que tomara esposa para Jacob en la Mesopotamia, entre los miembros de su familia.

## CAPÍTULO XIX

### *El sueño de Jacob. Raquel. Jacob huye a la Mesopotamia*

1. Jacob fue enviado a la Mesopotamia por su madre para que se casara con la hija de su hermano Labán, matrimonio autorizado por Isaac en atención a los deseos de su esposa. Viajó por las tierras de Canaán y como odiaba a sus habitantes no se alojó en la casa de ninguno de ellos; antes bien se tendió al aire libre apoyando la cabeza en un montón de piedras reunidas. Vio entonces en sueños una escalera que iba de la tierra al cielo, y personas que descendían de la escalera y que parecían superiores a los seres humanos. Finalmente, apareció Dios mismo sobre ella, claramente visible. Y llamándolo por su nombre le habló de esta manera:

2. Jacob, no es propio que tú, hijo de un buen padre y nieto de un abuelo que ganó reputación por sus grandes virtudes, te desalientes por tu actual situación; debes esperar tiempos mejores, porque con mi ayuda tendrás todas las cosas buenas en abundancia; yo traje a Abraham hasta aquí desde la Mesopotamia, cuando fue desterrado por sus parientes, e hice de tu padre un hombre feliz. No menor será la felicidad que te concederé a ti. Levanta el ánimo y prosigue este viaje con mi guía, porque el matrimonio que buscas con tanto empeño será consumado. Y tendrás buenos hijos cuyos descendientes serán multitudes innumerables; y dejarán lo que tengan a una posteridad más numerosa aún, y a ellos y su posteridad les doy el dominio de esta tierra, y su posteridad llenará toda la tierra y el mar que ilumina el sol. No temas ningún peligro, ni al trabajo que deberás cumplir; yo velaré ahora por lo que debes hacer, y mucho más en lo futuro.

3. Éstas fueron las predicciones que Dios hizo a Jacob, quien se alegró de lo que había visto y oído y echó aceite en las piedras, porque en ellas le habían sido hechas las predicciones de tantos grandes favores. Hizo, además, el voto de que ofrecería un sacrificio sobre ellas, si vivía y volvía sano y salvo; y en tal caso daría a Dios el diezmo de lo que hubiese adquirido. Consideró también que aquél era un lugar de honor, y lo llamó Bezel, lo que en la lengua de los griegos significa *casa de Dios*.

4. Prosiguió viaje hacia la Mesopotamia y llegó finalmente a Carra. Se encontró en los suburbios con pastores, adolescentes y muchachas, sentados junto a un pozo, y se quedó con ellos como si deseara tomar agua. Comenzó a hablar con ellos y les preguntó si conocían a un tal Labán y si aún vivía. Todos respondieron que lo conocían (porque no era una persona sin importancia para que hubiese alguno que lo ignorara), y que su hija solía pacer con ellos el rebaño de su padre. Y se extrañaron de que aún no hubiese llegado.

—Por su intermedio —dijeron— podrás averiguar mayores detalles sobre su familia.

Cuando decían esto llegó la doncella con otros pastores. Le señalaron a Jacob

diciéndole que era un forastero que preguntaba por su padre. Contenta como una criatura por la llegada de Jacob, le preguntó quién era, de dónde venía y qué le hacía falta. Y le dijo que ojalá pudieran darle todo lo que necesitaba<sup>[19]</sup>.

5. Jacob quedó cautivado no tanto por la comprobación de su parentesco ni por la benevolencia con que lo recibía, como por el sentimiento de amor que le provocó la doncella y la sorpresa que experimentó ante su belleza, tan deslumbrante que pocas mujeres de su edad podían ostentar. Y dijo:

—Si tú eres la hija de Labán, existe un parentesco anterior a tu nacimiento y al mío. Abraham fue hijo de Tare, como Arán y Nacor. Tu abuelo Batuel fue hijo de Nacor. Mi padre, Isaac, de Abraham y Sara, hija de Arán. Pero hay otro lazo de parentesco más próximo entre nosotros dos, porque mi madre, Rebeca, es hermana de tu padre Labán, de padre y madre. Luego tú y yo somos primos hermanos. Vine ahora a saludaros y a renovar nuestra relación.

Ante estos recuerdos la doncella (como suelen hacer las adolescentes), se echó a llorar y abrazó a Jacob, porque había oído hablar a su padre de Rebeca y sabía que sus padres la apreciaban. Lo abrazó y le dijo que su llegada sería un gran placer para su padre y para toda su familia, los que siempre hablaban de su madre y la recordaban mucho. Luego le rogó que fuera a ver a su padre; ella lo conduciría, porque no era justo privarlo más tiempo de ese gran placer.

6. Dicho esto lo llevó a presencia de Labán. Recibido por su tío, se sintió seguro y entre amigos, y les produjo mucho placer con su presencia inesperada. Pocos días después Labán le dijo que no podía expresar en palabras la alegría que le había ocasionado su llegada, pero quería saber el motivo de su visita, y por qué había dejado a sus ancianos padres, que necesitaban de sus cuidados; y le dijo que le daría toda la ayuda que fuera necesario.

Jacob le explicó el motivo de su viaje, diciéndole que Isaac tenía dos hijos mellizos, él y Esaú; que éste, habiendo perdido las bendiciones de su padre, que por la sabiduría de su madre habían recaído en él, quiso matarlo, por haber sido privado del reino que le daría Dios, y de los beneficios implorados por su padre. Por eso se había ido, siguiendo las instrucciones de su madre.

—Porque —dijo—, todos somos hermanos, pero mi madre aprecia más una alianza con ustedes que con cualquier familia de aquella tierra. Confié para mi peregrinación en la protección de Dios y en la tuya y por eso me considero seguro en las actuales circunstancias.

7. Labán prometió ayudarlo amistosamente, en homenaje de sus antepasados y sobre todo en obsequio de su madre, a la que demostraría su afecto, aún estando ausente, rodeando de atenciones a su hijo. Porque lo nombraría principal pastor de su rebaño, con toda la autoridad necesaria. Y cuando quisiera volver a reunirse con sus padres, les enviaría obsequios dignos de su estrecho parentesco.

Jacob escuchó sus palabras con mucha alegría y le dijo que con gusto aceptaría todas las labores que quisiera encomendarle mientras estuviese con ellos, pero que

quería a Raquel por esposa, como recompensa por esas labores, porque ése fue el propósito de su viaje (y porque amaba a la doncella). Labán aceptó complacido la propuesta y consintió en darle la doncella porque dijo que no podría encontrar otro yerno mejor que él. Pero le anunció que se la daría por esposa si se quedaba cierto tiempo a vivir con ellos, porque no quería que su hija fuera a vivir entre los cananeos; ya estaba bastante arrepentido de la alianza que había hecho anteriormente su hermana.

Jacob consintió, conviniendo en que se quedaría siete años. Resolvió servir este tiempo a su suegro, para que así, conociendo su virtud; supiera qué clase de hombre era. Labán aceptó las condiciones y transcurrido el tiempo señalado, preparó la ceremonia nupcial. Cuando llegó la noche, sin que Jacob lo advirtiera Labán le puso en la cama a su otra hija, que era mayor que Raquel y de rostro no tan agraciado. Por el vino que habían bebido y la oscuridad Jacob no advirtió con quién se acostaba.

Cuando llegó la luz del día conoció el engaño y reprochó a Labán su proceder injusto. Labán le pidió perdón y alegó que no le había dado a Lía por maldad, sino obligado por la necesidad. Sin embargo nada le impediría casarse también con Raquel; si le servía otros siete años le daría la doncella que amaba. Jacob accedió a la condición, porque su amor por la muchacha no le permitía hacer otra cosa. Y después de otro lapso de siete años, tomó a Raquel en matrimonio.

8. Las dos hermanas tenían cada cual una criada, que les había dado el padre. La de Lía era Zelfa y la de Raquel, Bala; no eran esclavas, sino sometidas a sus amas. Lea sufría por el amor que su marido demostraba a su hermana; pensó que si le diera hijos sería más apreciada, y en este sentido rogó continuamente a Dios. Dio a luz un hijo, y su esposo se reconcilió con ella; Lía le puso el nombre de Rubén, porque Dios había tenido misericordia dándole un hijo; esto es lo que significaba el nombre. Después de cierto tiempo tuvo tres hijos más; Simeón, nombre que significa que Dios había escuchado sus ruegos; Leví, el confirmador de su amistad, y luego Judá, que significa acción de gracias.

Raquel, temiendo que la fertilidad de Lía haría disminuir su parte del amor de Jacob, le dio como concubina a su criada Bala; con ella tuvo Jacob un hijo llamado Dan, nombre que en griego podría interpretarse como reivindicación de Dios. Luego nació Neftalí, «conquistado con dolo», porque Raquel había contendido con la fecundidad de su hermana mediante el dolo.

Pero Lía siguió el mismo sistema, y usó del mismo artificio contra su hermana: dio a su marido a su criada Zelfa como concubina. Tuvo un hijo cuyo nombre fue Gad, que puede interpretarse como ventura. Después de él nació Aser, que sería «el que da dicha», porque había aumentado la dicha de Lía.

Rubén, el hijo mayor de Lía, trajo mandrágoras a su madre. Cuando Raquel las vio le pidió que se las diera, porque ansiaba comerlas. Su hermana se las negó, diciéndole que se conformara con haberla privado de los favores de su marido. Raquel, para aliviar la animosidad de su hermana, le propuso cederle esa noche a su

marido para que se acostara con ella. Aceptó Lía el favor, y aquella noche Jacob durmió con ella, por gracia de Raquel. Luego dio a luz a estos hijos: Isacar, que significa nacido por merced, y Zabulón, o prueba de la benevolencia hacia ella; y una hija, Dina. Un tiempo después Raquel tuvo un hijo llamado José, que significa que habría un agregado.

9. Jacob apacentó el rebaño de su suegro durante veinte años. Pasado este tiempo le pidió permiso para irse a su casa con sus esposas. Como su suegro se lo negara, decidió marcharse secretamente y consultó la opinión de sus mujeres sobre el viaje. Ellas se declararon conformes.

Raquel se llevó consigo las imágenes de los dioses que según sus leyes adoraban en esa tierra y se fugó con su hermana, los hijos de ambas, las criadas y todo lo que poseían. Jacob se llevó además la mitad del ganado, sin decir nada a Labán. La razón de que Raquel se llevase los ídolos, aunque Jacob le había enseñado a despreciar esos cultos, fue que, en caso de que fueran perseguidos y alcanzados por su padre, podría acudir a los ídolos para lograr su perdón.

10. Tres días después, al enterarse de que Jacob había partido con sus hijas, Labán se sintió muy indignado y los persiguió llevando consigo un grupo de hombres; al séptimo día los alcanzó, encontrándolos cuando estaban descansando en una loma. No discutió con ellos porque era la caída de la tarde; pero Dios se le apareció en sueños y le advirtió que debía recibir a su yerno y sus hijas pacíficamente; que no se dejara llevar por la ira e hiciera un pacto con Jacob. Y le previno que si juzgando que eran un grupo reducido los atacaba violentamente, él estaría de parte de ellos. Advertido de ese modo por Dios, Labán llamó a Jacob al día siguiente para tratar con él y le relató el sueño que había tenido. Cuando aquél se acercó confiado le reprochó su proceder, diciendo que lo había mantenido cuando era pobre y le había dado todo lo que necesitaba.

—Te di —dijo—, mis hijas en matrimonio, y supuse que de este modo aumentaría tu afecto; pero tú no tuviste consideración ni por el parentesco que me une con tu madre ni por el que contrajimos luego nosotros; ni por las esposas con quienes te casaste, ni por los hijos de los que soy abuelo. Me trataste como si fuera tu enemigo, llevándote mi ganado y convenciendo a mis hijas que huyeran del lado de su padre; y llevándote las sagradas imágenes paternas que adoraron mis antepasados y a las que yo honré con el mismo culto. Y todo esto lo has hecho siendo mi pariente, hijo de mi hermana y esposo de mis hijas, y después de haber sido tratado por mí con hospitalidad y de haber comido en mi mesa.

Dicho esto por Labán, Jacob se defendió diciendo que él no era el único en quien Dios había implantado el amor a la patria y que era razonable que después de tanto tiempo quisiera volver a su tierra.

—En cuanto a la rapiña de que me acusas —dijo—, cualquiera que lo juzgase encontraría que fuiste tú quien me trató con injusticia. En lugar de las gracias que debiera haber recibido de ti por cuidarte y aumentarte el ganado, me reprochas sin



razón por haberme llevado apenas una pequeña parte. En cuanto a tus hijas has de saber que no es con malas artes que me han seguido en mi regreso a mi hogar, sino por el amor que las esposas sienten naturalmente por sus maridos. Y no me siguen tanto a mí como a sus hijos.

De este modo se justificó para rechazar la acusación de haber actuado injustamente. Luego añadió sus propias quejas y acusaciones contra Labán, diciendo que era el hijo de su hermana y que le había dado sus hijas en matrimonio, pero que lo había agotado haciéndolo trabajar para él veinte años. Los que tuvo que trabajar para casarse con sus hijas fueron pasables, pero los que agregó luego fueron peores que si hubiesen sido inferidos a un enemigo.

Porque en realidad Labán había tratado muy mal a Jacob; como viera que Dios estaba con él en todo lo que deseaba, le prometía que del ganado nuevo que naciera, le corresponderían a veces los blancos y otras veces los negros; pero cuando los que debían pasar a poder de Jacob eran numerosos, no cumplía su palabra y le decía que se los entregaría al año siguiente, porque le envidiaba la cantidad de sus posesiones. Le prometía siempre en la creencia de que no habría una producción tan grande. Y cuando nacía el ganado lo engañaba.

11. En cuanto a las imágenes sagradas, Jacob lo invitó a que lo registrara. Labán aceptó y cuando Raquel lo supo las puso en la silla del camello en que viajaba, y se sentó encima. Luego dijo que la menstruación le impedía levantarse. Labán dejó de buscar, porque no suponía que su hija se acercaría a los ídolos estando en ese estado. Hizo un pacto con Jacob, sellado con juramento, de que no le guardaría rencor por lo acontecido; y Jacob aceptó y prometió amar a las hijas de Labán. Hicieron los juramentos en unas montañas en las que levantaron una columna de forma de altar. Por eso aquella colina se llama Galaad, y por eso aquella tierra se sigue llamando aún hoy la tierra de Galaad. Después de festejar el pacto, Labán se volvió a su casa.

## CAPÍTULO XX

### *Jacob vuelve a Canaán. Su encuentro con Esaú*

1. Cuando Jacob se dirigía a la tierra de Canaán vio ante él en el camino unos ángeles de Dios que le dieron buenas referencias de su futuro; al sitio en que aparecieron lo llamó *Campamento de Dios*. Deseando saber cuáles eran las intenciones que tenía su hermano a su respecto, envió mensajeros para que lo averiguaran con exactitud, temiendo que subsistiera la antigua enemistad. Les encargó que dijeran a Esaú que Jacob no había creído conveniente vivir con él cuando estaba enojado y por eso se había ido de la región, pero que ahora, suponiendo que el tiempo transcurrido había modificado las cosas, volvía a su hogar trayendo consigo a sus esposas y sus hijos y los bienes que había adquirido. Se entregaba en sus manos, con todo lo que era más caro para él. Su mayor placer sería compartir con su hermano todo lo que Dios le había dado.

Los mensajeros transmitieron el mensaje y Esaú, muy contento, le salió al encuentro con cuatrocientos hombres. Cuando Jacob supo que se aproximaba con tanta gente armada, tuvo miedo. Se encomendó a Dios y arbitró los recursos necesarios para salvarse él y los suyos si los atacaban violentamente. Dividió a su comitiva en dos partes; envió la primera delante y ordenó a la otra que lo siguiera muy de cerca. De tal modo si el enemigo dominaba a la primera se refugiaría en la segunda. Hecho esto envió presentes a su hermano, consistentes en animales de carga y numerosos cuadrúpedos de todas clases que serían muy estimados por sus destinatarios debido a su rareza. Los envió separados por ciertos intervalos entre sí, para que fueran llegando continuamente y parecieran más numerosos. Esperaba aplacar la cólera de Esaú con los presentes, si aún estaba irritado. Dio asimismo instrucciones a los mensajeros de que le hablaran en términos amables.

2. Hechos todos estos preparativos de día, Jacob se puso en marcha de noche con su comitiva. Después de cruzar el río Jaboc, Jacob quedó rezagado. Tropezó con un espectro que lo provocó, luchó con él y lo venció. El espectro alzó la voz y habló, diciéndole que se alegrara por lo que le había sucedido porque no era una victoria fácil la que había obtenido: había vencido a un ángel divino y debía considerar la victoria como un presagio de la gran felicidad que le esperaba. Su descendencia jamás fracasaría y nadie sería bastante fuerte para vencerla. Le ordenó además que en lo sucesivo se llamara Israel, palabra que en hebreo significa «el que luchó con el ángel divino».

Estas promesas fueron formuladas a ruego de Jacob, que cuando supo que era un ángel de Dios le pidió que le aclarara su futuro. Pronunciadas sus palabras el espectro desapareció. Jacob quedó complacido por todo lo ocurrido y llamó a aquel sitio Fanuel, que significa «el rostro de Dios». Como de la lucha le quedara dolorido el

nervio ancho, se abstuvo después de comer ese nervio. Y por eso nosotros no lo comemos hoy en día.

3. Cuando Jacob supo que su hermano estaba cerca envió delante a sus mujeres, cada cual con su criada, para que vieran de lejos la pelea de los hombres, si éste era el designio de Esaú. Luego se dirigió a su hermano Esaú y le hizo una reverencia. Esaú, que no abrigaba malas intenciones, le devolvió el saludo, y le preguntó quiénes eran esas mujeres y esos niños. Cuando averiguó lo que deseaba saber, le pidió que fueran con él a la casa de su padre. Pero Jacob se excusó pretextando que los animales estaban cansados, y Esaú se volvió a Saira, que así se llamaba el lugar donde vivía. Le había puesto ese nombre, «hirsuto», por su hirsuta cabellera.

# CAPÍTULO XXI

## *El rapto de Dina*

1. Jacob llegó a un sitio que todavía ahora se llama Skenas (Tiendas) y de ahí se trasladó a la ciudad de Siquem, que era de los cananeos. Los siquemitas celebraban una festividad solemne y Dina, la única hija de Jacob, fue a la ciudad a ver los atavíos de las mujeres. Cuando la vio Siquem, hijo del rey Emor, la raptó y la violó. Pero enamorado de la joven, rogó a su padre que le pidiera a la joven en matrimonio. El padre consintió y fue a ver a Jacob para pedirle que su hijo tomara a Dina en legítimo connubio. Jacob juzgó que la ley le prohibía casar a su hija con un extranjero, pero no podía negarse a un personaje de tan alta jerarquía, y le pidió permiso para consultar el caso. El rey partió, esperando que Jacob accedería al enlace.

Jacob informó a sus hijos de la violación de su hermana y del pedido de Emor. Y les pidió que le dieran un consejo. Nadie supo decir nada, salvo Simeón y Leví, hermanos de madre de la muchacha, que convinieron en la siguiente resolución: como los siquemitas estaban de fiesta, los atacarían de noche cuando se hallaran dormidos, matarían a todos los hombres incluso al rey y su hijo, y respetarían a las mujeres. Esto lo hicieron sin el consentimiento de su padre, y rescataron a su hermana.

2. Cuando Jacob, estupefacto ante la magnitud de aquellos actos, reprochaba a sus hijos por haberlos cometidos, se le apareció Dios y le ordenó que recuperara el ánimo, que purificara las tiendas y ofreciera los sacrificios que había prometido cuando fue a Mesopotamia y vio la visión. Cuando estaba purificando a su gente, encontró los dioses de Labán (no sabía que Raquel los había robado). Los escondió enterrándolos al pie de una encina; luego partió de allí y ofreció sacrificio en Bezel, donde había visto el sueño cuando se dirigía a Mesopotamia.

3. De allí siguió viaje y llegó a Efrata, donde sepultó a Raquel que murió de parto. Fue la única de los parientes de Jacob que no tuvo la honra de ser sepultada en Hebrón. Después de cumplir un largo período de luto, dio al hijo que había nacido el nombre de Benjamín, por el dolor que le había causado a la madre<sup>[20]</sup>. Éstos fueron los hijos de Jacob, doce varones y una mujer. De ellos ocho eran legítimos, seis de Lía y dos de Raquel; y cuatro de las criadas, dos de cada una. Los nombres ya han sido dichos anteriormente.

## CAPÍTULO XXII

### *Muerte de Rebeca y de Isaac*

1. De allí Jacob se trasladó a Hebrón, ciudad situada en Canaán; allí residía Isaac. Vivieron un tiempo juntos. A Rebeca Jacob no la encontró viva. Isaac murió al poco tiempo de regresar su hijo y fue enterrado por sus hijos junto a su mujer, en Hebrón, donde tenían el sepulcro de sus antepasados. Isaac fue un hombre amado por Dios, y recibió los favores de la providencia divina después de su padre Abraham. Vivió muchísimos años; después de vivir virtuosamente ciento ochenta y cinco años, murió<sup>[21]</sup>.

## **LIBRO II**

*Abarca un lapso de doscientos veinte años*

# CAPÍTULO I

*Esaú y Jacob se reparten sus dominios. Esaú se queda con la Idumea y Jacob con Canaán*

1. Después de la muerte de Isaac sus hijos se repartieron sus dominios, sin retener lo que habían recibido antes. Esaú se trasladó de la ciudad de Hebrón, que dejó a su hermano, a la de Seir, desde donde gobernó a Idumea, país al que puso su propio sobrenombre. Lo llamaban Edom por la siguiente causa: Un día que volvía muy hambriento de cazar (era un niño aún), se encontró con su hermano que preparaba un potaje de lentejas, de un color rojo oscuro. Se sintió incitado a comerlo y le rogó a su hermano que le diera una parte; éste, aprovechando el hambre de su hermano, lo obligó a cederle en cambio la primogenitura<sup>[22]</sup>. Impulsado por el hambre, aquél así lo hizo, bajo juramento. De ahí que, debido al color rojo del potaje lo llamaran en broma Edom, que es como se dice rojo en hebreo. Y éste fue el nombre que puso al país. Pero los griegos le dieron una pronunciación más agradable, llamándolo Idumea.

2. Tuvo cinco hijos, de los cuales Jaús, Jeglom y Coreo lo fueron de una de sus esposas llamada Alibama; de los restantes, Elifas fue engendrado por Ada, y Ragüel por Basemat; éstos fueron los hijos de Esaú. Elifas tuvo cinco hijos legítimos, Temán, Omán, Sofar, Gotam y Cenés; Amalec no era legítimo, sino hijo de una concubina llamada Tamna. Vivió en una parte de la Idumea denominada Gobolitis, la que por Amalec se llamó Amalecitia. Idumea era una tierra muy grande y conservó ese nombre para el conjunto, mientras sus distintas partes llevaban el nombre de sus habitantes.

## CAPÍTULO II

### *Prosperidad de Jacob. Los sueños de José*

1. Jacob alcanzó una felicidad tan grande que difícilmente algún otro hombre la habrá igualado. Era el más rico de los habitantes de su tierra, y fue envidiado y admirado además porque tenía hijos virtuosos, sin defectos, laboriosos y aptos y de aguda inteligencia. Dios le concedió su providencia y cuidó su dicha, acordándole grandes beneficios aun en las condiciones que parecían las más penosas y preparó la salida de nuestros antepasados de Egipto, por medio de Jacob y sus descendientes. Fue de la siguiente manera: José, hijo de Raquel, era al que más amaba de todos sus hijos, por la belleza de su cuerpo y las virtudes de su alma (porque era superior a todos en sabiduría). El afecto de su padre y los sueños que vio y que contó a su padre y sus hermanos, y que predecían su felicidad futura, provocaron la envidia y el odio de sus hermanos. La naturaleza humana es proclive a envidiar la prosperidad ajena, incluso la de los parientes más próximos. Las visiones que vio en sueños fueron las siguientes:

2. José fue enviado con sus hermanos a recoger el fruto de la tierra, cuando vio una visión en un sueño, pero muy distinta de las apariciones habituales que suelen presentarse en los sueños. Cuando despertó la contó a sus hermanos, para que interpretaran su presagio. Les dijo que había visto la noche anterior que su manojó permanecía inmóvil en el mismo sitio donde lo había dejado mientras los manojos de sus hermanos corrían a inclinarse delante del suyo, como sirvientes ante el amo. Comprendiendo que el sueño pronosticaba para José poder y riquezas y la supremacía sobre ellos, se abstuvieron de interpretar el sueño, como si no lo entendieran<sup>[23]</sup>. Rogaron que no se cumplieran sus presagios y aborrecieron aún más a su hermano.

3. Pero Dios, oponiéndose a su envidia, envió a José otra visión mucho más maravillosa que la primera; José vio que el sol y la luna y las demás estrellas bajaban a la tierra y se prosternaban ante él. Contó el sueño a su padre, en presencia de sus hermanos, de los que no sospechaba ningún mal, para que interpretara su significado.

A Jacob le agradó el sueño, porque pensando en el presagio que contenía, cuyo significado acertó sabiamente, se alegró por los grandes anuncios que pronosticaba y que anticipaban la felicidad de su hijo y el advenimiento de un futuro en el que, con la bendición de Dios, sería honrado y considerado digno de adoración por sus padres y hermanos. Porque supuso que la luna y el sol representaban a la madre y al padre: la primera era la que hacía crecer y nutría todas las cosas, el segundo era el que les daba forma y fuerza. Y que las estrellas eran los hermanos, puesto que eran en número de once, lo mismo que las estrellas que reciben su poder del sol y la luna.

4. Ésta fue la interpretación, no desacertada, que hizo Jacob del sueño; pero el



presagio causó gran pesar a los hermanos de José. Lo sintieron como si fuera un extraño el que recibiría las cosas buenas contenidas en el sueño, y no un hermano con el que podrían compartir todos los bienes. Estando unidos por el parentesco del nacimiento serían también partícipes de la felicidad.

Resolvieron matar a su hermano, y confirmándose en su resolución, en cuanto recogieron la cosecha se trasladaron a Siquem (tierra apta para el pastoreo). Allí llevaron a pacer a sus rebaños, sin comunicar a su padre el sitio a donde iban. Jacob, que no sabía dónde estaban sus hijos ni tenía noticias de los rebaños, temiendo por ellos envió a José con el encargo de que averiguara lo que ocurría y le trajera la información.

## CAPÍTULO III

### *Los hermanos de José tramán su muerte*

1. Cuando los hermanos lo vieron venir se alegraron, no por la llegada de un pariente y un enviado de su padre, sino por la presencia de un enemigo que la voluntad de Dios ponía en sus manos. Resolvieron no dejar pasar la oportunidad y matarlo. Rubén, el mayor, al verlos dispuestos a cumplir sus propósitos, trató de refrenarlos, haciéndoles ver que cometerían un acto inhumano e impío, repudiable a los ojos de Dios y de los hombres; lo sería si no fuera un pariente de ellos, y lo era mucho más tratándose de un hermano. Ese acto perverso y repudiable causaría un gran dolor a su padre y una tremenda pena a su madre, que lloraría la pérdida de su hijo muerto de una manera contraria a todas las leyes naturales<sup>[24]</sup>.

Les rogó por lo tanto que por su propia conciencia comprendieran el error que cometerían con la muerte de un hijo tan bueno y tan joven; y que temieran a Dios, que era espectador y testigo de sus designios contra su hermano. Si abandonaban sus propósitos y se entregaban al arrepentimiento y la penitencia los amaría; pero si ejecutaban el acto propuesto, el asesinato de su hermano, les infligiría toda clase de castigos, porque habrían profanado su voluntad omnipresente que ve todo lo que sucede, sea en las ciudades o en el desierto. Porque en todas partes donde se encuentren los hombres deben suponer que también se encuentra Dios. Añadió que sus conciencias serían sus peores enemigos si llevaban a cabo la perversa empresa; la conciencia no se puede eludir jamás, ya sea una conciencia buena o la que les tocaría llevar en su interior si mataran a su hermano.

Añadió que aparte de lo dicho no era justo matar a un hermano, aunque los hubiese ofendido. Que es una buena acción olvidar los actos de los parientes próximos, aunque parezcan injuriosos. Que José no les había hecho ningún daño, y que su poca edad debía moverlos a misericordia y a cuidarlo y protegerlo. Que la causa por la que querían matarlo hacía el acto más perverso aún, porque lo harían por envidiarle su futura prosperidad, de la cual participarían con él, mientras él la gozase, por partes iguales, ya que no eran ajenos sino parientes cercanos. Porque lo que Dios concediera a José podían considerarlo como que era concedido para ellos también. Y que no olvidaran que la ira de Dios sería mayor si mataban al que Dios había juzgado digno de la prosperidad esperada; al matarlo, impedían a Dios que se la otorgase.

2. Estas y otras cosas dijo Rubén, rogándoles y tratando de impedirles que mataran a su hermano. Pero cuando vio que sus palabras no conmovían a sus hermanos y que éstos se aprestaban a cumplir su propósito, les aconsejó que para aliviar la perversidad del acto eligieran otro medio para llevarlo a cabo; porque si a pesar de sus exhortaciones, con las que trataba de disuadirlos de cumplir la venganza,

insistían en matar a su hermano, la culpa sería menor si seguían el consejo que ahora les daría, para que hicieran lo que deseaban de una manera menos violenta. Les pidió que no mataran a su hermano con sus propias manos, y que más bien lo arrojaran a la cisterna que había en el desierto, y lo dejaran morir allí; de ese modo no se mancharían las manos con su sangre. Los jóvenes aceptaron rápidamente el consejo. Rubén tomó una cuerda, ató al niño y lo descendió suavemente al pozo, que no tenía nada de agua. Hecho esto, siguió su camino buscando pastos para el ganado.

3. Judá, otro de los hijos de Jacob, al ver unos árabes, descendientes de Ismael, que conducían a Egipto especias y productos de Siria de la tierra de Galaad<sup>[25]</sup>, después de irse Rubén aconsejó a sus hermanos que sacaran a José del pozo y lo vendieran a los árabes; porque si moría entre extraños a mucha distancia de allí, ellos se librarían de la responsabilidad de esa acción brutal.

Así lo resolvieron; sacaron a José de la cisterna y lo vendieron a los mercaderes por veinte minas. Tenía diecisiete años. Rubén volvió por la noche sin decir nada a sus hermanos, para sacar a José del pozo: como sus llamadas no obtuvieran respuesta, temió que lo hubiesen matado después de haberse ido. Se quejó a sus hermanos y cuando le contaron lo que habían hecho, Rubén dejó de lamentarse.

4. Después que los hermanos vendieron a José meditaron sobre la manera de eludir las sospechas de su padre. Le habían quitado la túnica que llevaba puesta (cuando lo descendieron al pozo), y pensaron conveniente desgarrarla y empaparla en sangre de cabra, y luego llevársela a su padre para hacerle creer que había sido devorado por las fieras.

Así lo hicieron y se presentaron ante el anciano, que ya había tenido conocimiento de la desgracia de su hijo<sup>[26]</sup>. Le dijeron que no habían visto a José ni sabían qué desgracia le había pasado, pero que habían encontrado su túnica ensangrentada y rota, sospechando, si ésa era su túnica, que había caído en las garras de las fieras. Jacob, que había concebido la esperanza de que lo hubiesen vendido como esclavo, abandonó la esperanza, porque la túnica, que era la que llevaba puesta cuando lo envió a buscar a sus hermanos, era prueba de que estaba muerto.

Lloró la muerte del niño como si no tuviera más que un hijo, y sin hallar consuelo en los demás. Envuelto en una arpillera y presa de gran aflicción, no lo aliviaron los consuelos de sus hijos y no se aplacó su dolor durante mucho tiempo.

## CAPÍTULO IV

### *José en la casa de Putifar. La castidad de José*

1. Los mercaderes vendieron a José a Putifar, un egipcio que era jefe de los cocineros del rey Faraón y que lo trató con mucha amabilidad y le dio la educación y los alimentos correspondientes a hombres libres y no a esclavos. Además, lo nombró administrador de sus bienes. Gozando de todas estas ventajas, José no abandonó, sin embargo, con motivo de su cambio de posición, las virtudes que poseía anteriormente, demostrando que la prudencia puede fiscalizar las inseguras pasiones de la vida cuando se la posee realmente, y cuando no es solamente apariencia impuesta por una prosperidad pasajera.

2. Cuando la esposa de su amo se enamoró de él, por la belleza de su cuerpo y su habilidad para manejar las cosas, la mujer pensó que con sólo decírselo lo haría acostarse con ella, considerando una gran dicha el que su ama quisiera divertirse con él. (Ella pensaba en su condición de esclavo, y no en su moralidad, que siguió siendo la misma después de su cambio de condición.) Le comunicó, por lo tanto, sus inclinaciones y lo invitó a satisfacerlas. Pero él rechazó sus ruegos, considerando que sería injusto ceder a sus instancias e inferir una ofensa al que lo había comprado y le había concedido tantos favores. La invitó, en cambio, a refrenar su pasión, haciéndole ver la imposibilidad de conseguir sus deseos, los que podría dominar al saber que no lograría complacerlos. Estaba dispuesto a sufrir cualquier contratiempo antes que cometer ese delito. Porque aunque un esclavo, como él, no debía contrariar a su ama, podía ser disculpado en un caso como aquél. La negativa inesperada de José exacerbó la pasión de su ama. Acosada dolorosamente por su perversa pasión, trató de satisfacerla haciendo una nueva tentativa.

3. Cuando llegó una fiesta pública a la que solían asistir las mujeres, dijo a su esposo que estaba enferma, para quedarse sola y renovar sus ruegos con José. Volvió a suplicarle con palabras más dulces, diciéndole que haría bien en ceder a su primer pedido y no contradecirla, por el respeto que debía a su dignidad y considerando la vehemencia de su pasión que la había obligado, aunque era el ama, a humillar su majestad; ahora podía, siguiendo una conducta más prudente, enmendar su anterior error. Ahora volvía a hacerle las mismas solicitudes y con más pasión, porque había pretendido estar enferma sólo porque prefería su compañía a la solemnidad del festival. Si se había negado anteriormente por no creer en la seriedad de sus ruegos, le daba ahora la seguridad, repitiendo su pedido, de que no trataba de engañarlo<sup>[27]</sup>. Si se sometía a sus deseos no sólo seguiría gozando de las ventajas que hasta entonces había adquirido, sino que las aumentaría más aún. Pero si la rechazaba y prefería conservar su reputación de castidad, sólo debía esperar odio y venganza de parte de

ella. No ganaría nada con su conducta, porque ella lo acusaría ante su marido de que había atentado contra su honor. Y Putifar escucharía sus palabras antes que las de él, aunque las de él fueran más verídicas que las de ella.

4. Ni las lágrimas y la elocuencia de la mujer, ni la piedad, pudieron persuadirlo que abandonara su castidad, ni pudo el miedo obligarlo a ceder a sus intenciones y sus amenazas. Prefirió sufrir los peores castigos a gozar de sus actuales ventajas haciendo lo que su conciencia sabía que por ello merecería justicieramente la muerte. Le dijo que siendo ella una mujer casada sólo debía cohabitar con su marido; estas razones eran de mayor peso que el breve placer de un regodeo lujurioso del que luego se arrepentiría, con un arrepentimiento que no corregiría el error cometido. Le habló también del miedo que sentiría de ser sorprendidos. Que las ventajas del secreto eran pocas, y que sólo mientras no se conociera su perversidad podrían sentirse algo tranquilos. En cambio, la compañía de su esposo podía gozarla sin sobresaltos. Añadió que la compañía de su esposo le daba la ventaja de poseer una conciencia limpia, ante Dios y ante los hombres. Y que actuaría mejor en su condición de ama haciéndole sentir su autoridad y conservando su castidad que complicándose avergonzada en una perversidad de la que serían secretamente culpables. Es mejor gozar de una vida limpia, sabiendo que lo es, que del secreto de una vida de prácticas malignas.

5. Diciendo estas y otras cosas José trató de refrenar la violenta pasión de la mujer, y retrotraer sus sentimientos a los límites de la razón. Pero ella sintió cada vez más vehementes sus deseos, y desesperada de convencerlo le puso las manos encima para obligarlo por la fuerza. José salió corriendo de la cámara, dejando en sus manos la capa; la mujer, temiendo que delatara a su marido su lujuria y sintiéndose herida por la ofensa que le había inferido, trató de anticiparse acusándolo ante Putifar y vengándose de ese modo de su orgullo y su desdén.

Compungida y confusa, aparentó hipócritamente que su enojo y su pesar, que sentía por haber sido desdeñada, eran por haber sido atacada su castidad. Cuando volvió su esposo y le preguntó la causa de su disgusto, lanzó su acusación contra José diciendo:

—Será preciso que mueras, esposo, si no castigas al perverso esclavo que intentó violar tu lecho, que olvidando quién era cuando vino a nuestra casa no supo asumir una conducta modesta, y no recordó los favores recibidos de tu generosidad; debe de ser un hombre realmente ingrato el que no se conduce en todas las cosas con el mayor respeto hacia nosotros. Este hombre se propuso abusar de tu esposa, y aprovechó tu ausencia con motivo del festival. Ahora se ve claramente que su modestia, la que aparentó al principio, se debió solamente al temor que tenía por ti, y no a una virtud natural. Esto se debe a que recibió honores superiores a los que merecía y esperaba, y dedujo que si era digno de que le confiaras la administración y el manejo de tu familia, y fuera preferido a los más antiguos de tus sirvientes, podía también poner las manos en tu mujer.

Cuando terminó su elocución le mostró la capa, como si hubiese quedado en su poder cuando trató de forzarla. Putifar no podía dejar de creer lo que le decían las palabras y las lágrimas de su mujer, y lo que él mismo veía, y seducido por su amor a su mujer no se detuvo a investigar la verdad. Seguro de que su esposa era una mujer púdica, condenó a José por perverso y lo envió a la prisión de los malhechores. Y se formó una opinión más elevada de su mujer, de cuya modestia y castidad había recibido el mejor testimonio.

## CAPÍTULO V

*En la cárcel. Los sueños del copero y del panadero. Las visiones del Faraón*

1. José, encomendando todas sus cosas a Dios, no trató de defenderse ni de relatar la verdad de lo sucedido, y aceptó silenciosamente el cautiverio, creyendo firmemente que Dios, que sabía la causa de su contrariedad y la verdad de los hechos, sería más fuerte que los hombres que lo castigaban. No tardó en recibir una prueba de la providencia divina. El guardián de la cárcel, advirtiendo la diligencia y la fidelidad con las que cumplía los encargos que le daba, e impresionado, asimismo, por la dignidad que reflejaba su semblante, le aligeró las cadenas, haciendo su calamidad más llevadera, y le acordó una dieta mejor que la del resto de los presos.

Los demás prisioneros, terminadas sus pesadas labores, solían conversar entre sí, como es habitual entre los que comparten el mismo sufrimiento, y preguntarse las causas que a cada uno de ellos los habían llevado a la prisión. Entre ellos estaba el copero del rey, a quien éste apreciaba y luego lo había encarcelado en un momento de enojo. Este hombre estaba en la misma cadena que José y se hizo muy amigo de él. Después (al advertir que José era más inteligente que los demás), le contó un sueño que había tenido y le pidió que se lo interpretara, quejándose de que aparte de las penas que debía sobrellevar a causa del rey, Dios le había añadido las que le producían sus sueños.

2. Y le dijo que había visto en sueños tres racimos de uvas colgando en tres ramas de una vid, grandes y maduros para ser recogidos; y que él los exprimió dentro de una copa que el rey sostenía en la mano. Después de colar el vino se lo dio a beber al rey, quien lo recibió amablemente. Esto era lo que había visto, dijo, y quería que José, si entendía algo de esas cosas, le dijera qué pronosticaba su visión.

José le respondió que no se desanimara y conservara la esperanza de que dentro de tres días lo pondrían en libertad, porque el rey requeriría sus servicios y lo repondría en su antiguo cargo. Le hizo saber que el fruto de la vid era un bien que Dios concedía a los hombres; el vino es ofrecido a Dios, es el compromiso de fidelidad y confianza entre los hombres, pone fin a las disputas, aleja el dolor y la pasión y alegra las mentes.

—Me dices que exprimiste con tus manos, el vino de tres racimos de uvas y que el rey lo recibió; has de saber, entonces, que la visión te favorece; predice la liberación de tu presente cautiverio dentro de un número de días igual al de los racimos de los que sacaste las uvas en tu sueño. Pero recuerda la prosperidad que te he pronosticado, y cuando la compruebes por la experiencia y tengas autoridad, no te olvides que quien te la anunció sigue en la prisión, donde me dejarás cuando vayas a donde te anuncio. No estoy preso por ningún crimen; he sido condenado a sufrir el castigo de los malhechores por mi virtud y sobriedad, y porque no quise ofender al

que me trajo esta desgracia, ni aun siendo para mi propio placer.

El copero, como es natural, se alegró al oír esa interpretación de su sueño, y esperó que se cumpliera lo que le había presagiado.

3. Pero había otro servidor del rey, jefe de panaderos, que estaba en la prisión con el copero. Alentado por la interpretación de José del sueño del copero, quiso que José le interpretara el suyo (porque había tenido uno la noche anterior), y le dijera lo que significaban las visiones que se le habían presentado. Eran las siguientes:

—Me parecía —dijo—, que llevaba en la cabeza tres canastas, dos llenas de hogazas y la tercera llena de dulces y otras viandas, como las que suelen prepararse para los reyes; pero las aves venían y se lo comían todo, sin hacer caso de mis esfuerzos por ahuyentarlas.

El panadero esperaba una predicción semejante a la del copero. Pero José, después de reflexionar sobre el sentido del sueño, le dijo que de buena gana hubiera preferido ser intérprete de buenas noticias y no de las que el sueño declaraba; pero que sólo tenía dos días de vida (que era lo que significaban las canastas), y que al tercer día sería crucificado y devorado por las aves, sin poder evitarlo. Ambos sueños se cumplieron tal como José lo había predicho; al tercer día, cuando el rey celebró su cumpleaños, hizo crucificar al panadero y libertó al copero y lo repuso en su cargo anterior.

4. Después de sufrir José dos años de encierro, sin que el copero lo ayudara, porque había olvidado su promesa, Dios lo libró de la cárcel arbitrando el siguiente medio: El rey Faraón había visto en sueños dos visiones en una misma noche, junto con las interpretaciones de ambas; pero olvidó las interpretaciones, reteniendo solamente las visiones. Preocupado por lo que había visto (que le parecía triste), al día siguiente reunió a los más grandes sabios de Egipto para que le interpretaran los sueños. Como ellos vacilaran en hacerlo, el rey se sintió más perturbado aún.

Fue entonces cuando el copero del rey, viendo la confusión de Faraón, recordó a José y su inteligencia para entender los sueños. Habló de él a Faraón contándole el sueño que había tenido en la cárcel y de qué modo se cumplió su predicción. Añadió que el jefe de los panaderos había sido crucificado el mismo día de su liberación, también de acuerdo con la interpretación de su sueño hecha por José.

Le informó que José había sido enviado a la cárcel por Putifar, el jefe de los cocineros, por ser esclavo, pero que pertenecía a la clase más noble de los hebreos, y era hijo de un padre ilustre.

—Si quieres mandarlo llamar, sin parar mientes en su actual desgracia, conocerás el significado de tus sueños.

El rey ordenó que condujeran a José a su presencia, y así lo hicieron los enviados, después de ocuparse por indicación del rey de atenderlo y acicalarlo.

5. El rey lo tomó de la mano y le dijo:

—¡Joven! Uno de mis sirvientes me dio óptimas referencias sobre tu gran inteligencia. Me dijo que tú eras actualmente la persona a quien mejor podía



consultar sobre mis sueños. Concédeme el mismo favor que otorgaste a mi sirviente, y dime cuáles son los acontecimientos que pronostican mis visiones. Quiero que no me ocultes nada por miedo, que no me adules con mentiras o diciéndome cosas que me agraden, aunque la verdad tenga aspecto horrible. En mi sueño me pareció ver marchando junto al río unas vacas gordas, muy grandes, en número de siete, que iban del río hacia los pantanos; otro número igual de vacas fue a su encuentro procedente de los pantanos; eran vacas muy delgadas y feas y se comieron a las gordas y grandes, pero no mejoraron de aspecto y siguieron siendo consumidas por el hambre. Después de esa visión desperté, pero preocupado por lo que pudiera significar mi sueño me volví a dormir y vi otro sueño, más extraordinario que el anterior, que me preocupó y atemorizó aún más: vi siete espigas que crecían en una misma caña, dobladas por el peso de los granos y maduras para la siega; y cerca de ellas vi otras siete espigas, magras y marchitas por falta de lluvia, que con gran estupefacción mía devoraron a las que estaban maduras.

6. José respondió:

—Este sueño, ¡oh, rey! aunque se presentó bajo dos formas, se refiere a un mismo acontecimiento; las vacas, animales hechos para el arado y el trabajo, que viste devoradas por las otras más débiles, y las espigas comidas por las más estropeadas predicen hambre en Egipto, por falta de productos de la tierra, que seguirá a un lapso de igual número de años de prosperidad. La abundancia de los años de fertilidad será consumida durante el mismo número de años de escasez, y esa escasez de provisiones necesarias será difícil de subsanar. Es prueba de ello el que las vacas feas que devoraron a las de mejor clase, no quedaron con ello satisfechas. Pero Dios anticipa lo que ocurrirá a los hombres no para apenarlos sino para que, sabiendo de antemano lo que pasará, puedan adoptar con prudencia las medidas más convenientes. Si dispones con cuidado de las cosechas abundantes que precederán al hambre, lograrás que la calamidad siguiente no sea tan sentida por los egipcios.

7. El rey se maravilló de la discreción y la sabiduría de José; y le preguntó de qué modo podría disponer de las cosechas abundantes de los años buenos que precederían al hambre, para hacer tolerable el período de austeridad. José agregó entonces el siguiente consejo: Que escatimara las cosechas buenas y no permitiera a los egipcios derrocharlas, guardando los sobrantes para satisfacer las necesidades de la época de escasez. También le exhortó a que retirara el trigo a los agricultores y les diera sólo lo suficiente para su alimentación.

El rey, admirado no sólo por la interpretación de José, sino también por el consejo que le había dado, le encargó que se ocupara del trigo, dándole poder para hacer todo lo que creyera beneficioso para el pueblo de Egipto y para el rey, convencido de que el mismo que había ideado el recurso sería el más indicado para ponerlo en acción. Con el poder que le había conferido el rey, y autorizado para usar el sello real y vestir de púrpura, recorrió en su carroza todo el país de Egipto y recogió el trigo de los agricultores, dejando a cada cual lo suficiente para semilla y alimentación, pero sin

decir a nadie la razón de que procediera de este modo.

## CAPÍTULO VI

*José, después de haberse hecho famoso en Egipto, somete a sus hermanos*

1. José cumplió treinta años de edad, gozando de grandes honores de parte del rey, que por su prodigiosa sabiduría lo llamaba *Psotomfanej*, palabra que significa «descubridor de secretos». Se casó con una mujer de alta alcurnia, la hija de Potifera, uno de los sacerdotes de Heliópolis; era una virgen llamada Asenet. Tuvo con ella hijos antes de que llegara la escasez: Manasés, el mayor, nombre que significa «olvido», porque su actual felicidad le había hecho olvidar su desventura anterior, y Efraím el menor, nombre que significaba «restituidor» porque le había sido devuelta la libertad de sus antepasados.

Después de haber pasado Egipto siete años de abundancia, de acuerdo con la interpretación de los sueños hecha por José, al octavo año llegó el hambre; y como la desgracia cayó sobre ellos sin que la conocieran de antemano, se afligieron mucho y se reunieron ante las puertas del palacio real. El rey llamó a José, que distribuyó trigo, convirtiéndose en el reconocido salvador del pueblo. Pero no sólo abrió el mercado del trigo para los del país; todos los extranjeros tuvieron libertad para comprarlo. José quería que todos los hombres, que eran parientes entre sí, recibieran ayuda de los que vivían en la prosperidad.

2. Cuando Jacob supo que el mercado estaba abierto para los extranjeros, envió a todos sus hijos a Egipto a comprar trigo, porque la tierra de Canaán sufría terriblemente por el hambre; (la calamidad había invadido a todo el continente). Sólo retuvo a Benjamín, hijo de Raquel y hermano de José de la misma madre.

Los hijos de Jacob llegaron a Egipto y se dirigieron a José para pedirle que les permitiera comprar trigo; porque nada se hacía sin su aprobación, y hasta el homenaje que se tributaba al rey sólo era provechoso cuando se honraba también a José. José reconoció a sus hermanos, mientras que ellos no lo reconocieron a él, porque era muy joven cuando lo dejaron, y ahora había alcanzado una edad mucho mayor y las facciones de su rostro habían cambiado. Además la gran dignidad que revestía no les permitía ni sospechar siquiera que pudiera ser él.

José los puso a prueba para tantear sus sentimientos; se negó a venderles trigo diciendo que habían ido a espiar los asuntos del rey: y que procedían de distintos países, habiéndose reunido para simular que eran parientes; porque no era posible que un particular hubiese criado tantos hijos, y de tan hermosa prestancia; ni los mismos reyes podían dar a tantos hijos una educación como la de ellos. Esto lo dijo para averiguar qué había sido de su padre después de su partida, y la suerte que había corrido su hermano Benjamín; porque temía que hubiesen hecho víctima a Benjamín de la misma perfidia que habían cometido con él.

3. Los hermanos, llenos de terror y confusión, creyeron que los amenazaba un

gran peligro; pero sin pensar en su hermano José se defendieron rechazando con firmeza la acusación, Rubén habló en nombre de todos.

—No hemos venido —dijo—, con ningún propósito avieso, ni para perjudicar los asuntos del rey; sólo queríamos precavernos pensando encontrar en tu generosidad un refugio contra la miseria que aflige, a nuestro país, porque supimos que habías resuelto vender trigo, no solamente a tus compatriotas, sino también a los extranjeros y que habías decidido permitir que ese trigo sirviera para satisfacer a todos los necesitados. De que somos hermanos, y de la misma sangre, lo dicen claramente los rasgos característicos de nuestros rostros que no son muy distintos entre sí. Nuestro padre se llama Jacob, un hebreo que tuvo doce hijos con cuatro esposas. Cuando los doce vivían, formábamos una familia feliz; pero cuando murió uno de nuestros hermanos, llamado José, nuestras cosas empeoraron, porque mi padre, sin poder evitarlo, lo lloró durante mucho tiempo y nosotros sufrimos doblemente, por la pérdida de nuestro hermano y por la aflicción de nuestro anciano padre.

Ahora vinimos a comprar trigo, después de dejar la atención de nuestro padre y de nuestra familia al cuidado de nuestro hermano menor, Benjamín. Si mandas a comprobarlo a nuestra casa, podrás averiguar que no hemos incurrido en ninguna falsedad en nuestras palabras.

4. De este modo trató Rubén de inspirar en José una opinión más favorable a su respecto. Después de enterarse de que su padre vivía y que sus hermanos no habían matado a su hermano, los envió temporariamente a la, cárcel, para estudiar detenidamente el caso cuando tuviera más tiempo. Al tercer día los mandó llamar y les dijo:

—Vosotros afirmáis insistentemente que no habéis venido a perjudicar los negocios del rey, y que sois hermanos e hijos del padre que habéis nombrado; pues bien, para comprobar la verdad de lo que decís me dejaréis aquí a uno de vosotros, que no sufrirá ningún daño; llevaréis el trigo a vuestro padre y cuando volváis traeréis con vosotros al hermano que decís que habéis dejado en vuestra casa; de ese modo me convenceréis de la verdad de vuestras palabras.

Con esto la pena de los hermanos aumentó; lloraron, se lamentaron, recordando la desdichada historia de José, diciendo que esa desgracia era el castigo que Dios les infligía. Rubén los reprochó largamente por su tardío arrepentimiento, que no beneficiaba a José. Y los exhortó a sobrellevar con paciencia los sufrimientos, porque era un castigo de Dios. De este modo hablaron entre sí, sin imaginarse que José entendía su idioma. Ante las palabras de Rubén todos sintieron una honda tristeza y se arrepintieron por su acción, como culpables del hecho cometido y por el que Dios los castigaba con justicia.

Cuando José los vio afligidos de ese modo, se sintió conmovido hasta las lágrimas, y no queriendo que lo vieran llorar, se retiró. Un rato más tarde volvió y reteniendo a Simón como garantía de que sus hermanos volverían, les mandó tomar el trigo que habían comprado y que se marcharan. A su mayordomo le ordenó

privadamente que pusiera en cada uno de los sacos el dinero que habían traído para comprar el trigo, y los despidiera; aquél hizo lo que le ordenó.

5. Cuando los hijos de Jacob llegaron a la tierra de Canaán contaron a su padre lo que les había ocurrido en Egipto; que fueron sospechados de haber ido a espiar al rey, y que cuando dijeron que eran hermanos y habían dejado a su undécimo hermano acompañando al padre de ellos, no les habían creído; añadieron que habían dejado a Simón en poder del gobernador hasta que Benjamín fuera a atestiguar la verdad de sus manifestaciones.

Rogaron a su padre que no temiera nada y enviara a su hermano con ellos.

Jacob quedó desconforme con lo que habían hecho sus hijos; sintió dolorosamente la detención de Simón y juzgó que sería una tontería entregar también a Benjamín. No cedió a los ruegos de Rubén, que le ofreció sus propios hijos para que en represalia, el abuelo los matara si le ocurría algo a Benjamín en el viaje. Turbados y sin saber qué hacer, un nuevo accidente los alteró todavía más, y fue cuando hallaron el dinero escondido en los sacos de trigo.

Pero el trigo que compraron se terminó y como el hambre seguía apretando, Jacob, obligado por la necesidad, resolvió enviar a Benjamín con sus hermanos, ya que no podían volver a Egipto si no lo llevaban como lo habían prometido. Como la miseria era cada día mayor y sus hijos le rogaban, no le quedó otro recurso que adoptar en aquellas circunstancias. Judas, que solía ser de carácter audaz, le dijo que no temiera por su hijo, ni pensara en nada malo, porque nada le pasaría que no hubiese sido dispuesto por Dios, y que si debía ocurrirle algo lo mismo le pasaría aunque se quedase en su casa. No debía condenarlos a una destrucción manifiesta, ni privarlos de la abundancia de alimentos que podían obtener del faraón, debido a su irrazonable temor por Benjamín; debía, en cambio, preocuparse por Simón; impidiendo el viaje de Benjamín podía ocasionar la muerte de Simón. Lo exhortó a confiar en Dios. Y añadió que si no traía a su hijo sano y salvo, moriría con él.

Jacob quedó finalmente convencido; les entregó a Benjamín, y les dio el doble del precio del trigo. Envío también obsequios a José, frutos de la tierra de Canaán, bálsamos, resinas, trementina y miel. Tanto ellos como su padre derramaron muchas lágrimas al partir. El deseo del padre era que volvieran sanos y salvos del viaje; y el de los hijos el de encontrar al padre gozando de buena salud y no pesaroso y dolorido por ellos. La aflicción duró todo un día; finalmente el anciano quedó en su casa, agotado por el dolor, y ellos partieron a Egipto, tratando de mitigar las penas de sus actuales desgracias con la esperanza de una suerte mejor para lo futuro.

6. No bien llegaron a Egipto fueron conducidos a presencia de José. Y allí los asaltó otro temor, el de ser acusados de haber engañado a José, por el dinero del trigo. Dieron al mayordomo de José una extensa explicación, diciéndole que cuando llegaron a su casa encontraron el dinero en las bolsas, y que ahora lo habían traído de vuelta. El mayordomo replicó que no sabía de qué hablaban. Esas palabras los libraron del temor. Luego, el mayordomo dejó en libertad a Simón, le puso una

hermosa capa y le permitió que se reuniera con sus hermanos; en ese momento llegó José, volviendo de asistir al rey. Le ofrecieron los obsequios que traían y cuando José les preguntó por su padre le respondieron que lo habían dejado bien.

Enterado de ese modo de que estaba vivo, y como viera a Benjamín, les preguntó si éste era su hermano menor. Le dijeron que sí, y José respondió que Dios era su protector. Pero como se le llenaron los ojos de lágrimas por la emoción, se retiró para que no lo vieran llorar. Luego los invitó a cenar, y, ellos se sentaron en el mismo orden que acostumbraban a observar en la mesa de su padre. Aunque trató amablemente a todos, envió a Benjamín una ración doble de la que recibieron los demás comensales.

7. Cuando se acostaron a dormir, después de la cena, José ordenó a su mayordomo que les diera las medidas de trigo, y que volviera a esconderles el precio en los sacos; y que en la bolsa de Benjamín pusiera la copa de plata en la que a José le gustaba beber. Lo cual tenía por objeto poner a prueba a sus hermanos y comprobar si defenderían a Benjamín cuando éste fuera acusado de haber robado la copa y se hallase en peligro, o si lo abandonarían y basándose en su propia inocencia volverían a la casa de su padre sin él.

Los sirvientes cumplieron las órdenes recibidas, y los hijos de Jacob, sin sospechar nada, se pusieron en marcha llevando consigo a Simón y sintiéndose doblemente felices, porque también volvía con ellos Benjamín, a quien llevaban de vuelta a su padre, como le habían prometido.

De pronto los rodeó un pelotón de soldados a caballo, acompañados por el sirviente de José, el mismo que había puesto la copa en el saco de Benjamín. Alarmados por el inesperado ataque, les preguntaron a qué se debía que asaltaran de ese modo a un grupo de hombres que poco antes habían sido considerados por su amo dignos de una honorable y hospitalaria recepción. Los hombres respondieron llamándolos malvados y diciéndoles que habían olvidado el trato amable y hospitalario de José, no vacilando en perjudicarlo; se habían llevado la copa con la que José tan amistosamente había brindado por ellos, sin considerar su amistad, como tampoco el peligro que correrían si fueran apresados. Los amenazaron con el castigo, porque aunque habían escapado burlando al sirviente de servicio, no habían escapado al conocimiento de Dios.

—¡Y todavía preguntáis por qué os hemos detenido, y fingís no saber nada! Pero ya lo sabréis cuando recibáis vuestro castigo.

Estas y otras cosas les dijo el sirviente, a manera de reproche. Pero como ellos no sabían nada de lo que decía, lo tomaron a risa. Y se sorprendieron del lenguaje abusivo que usaba el criado, que se permitía acusar a los que poco antes habían devuelto el dinero del trigo que hallaron en sus sacos, en lugar de quedarse con él, aunque nadie lo sabía, y que estaban muy lejos de querer inferir ningún agravio a José, voluntariamente. Pero pensando que si los revisaran quedarían mejor justificados que con las negativas, les ordenaron que así lo hicieran, y que si alguno

de ellos resultara culpable de robo, los castigaran a todos. Conscientes de que no habían cometido ningún crimen, hablaban con la seguridad de que no corrían ningún peligro.

Los sirvientes convinieron en registrarlos, pero dijeron que el castigo sólo debería alcanzar al que fuera hallado culpable del robo. Los registraron, dejando a Benjamín para el final, porque sabían que en su saco habían ocultado la copa. Revisaron a los demás sólo para demostrar que eran rigurosos. Todos quedaron tranquilos en cuanto a su propia seguridad y solamente les quedó el temor por Benjamín, pero con la certeza al mismo tiempo de que también él sería hallado inocente. Y reprocharon a sus perseguidores por haberles estorbado el viaje. Pero no bien comenzaron a revisar la bolsa de Benjamín encontraron la copa. Los hermanos empezaron entonces a gemir y a lamentarse; se desgarraron las ropas, lloraron por el castigo que su hermano sufriría por el robo, y por la decepción de su padre, Quien habían prometido que traerían a Benjamín sano y salvo. Aumentaba su pesar el hecho de que ese triste accidente se había producido, desgraciadamente, en el momento preciso en que se creían libres de riesgos; se proclamaron culpables de la desdicha de su hermano, lo mismo que de la pena de su padre, porque habían obligado a su padre a que enviara a Benjamín con ellos.

8. Los soldados condujeron a Benjamín a presencia de José, seguidos por sus hermanos. Cuando José vio a Benjamín arrestado y a sus hermanos con ropas de duelo, les dijo:

—¿Qué idea, hombres viles y despreciables, os habéis formado de mi amabilidad y de la providencia de Dios, para cometer desvergonzadamente este atentado contra vuestro benefactor, que os atendió con tanta hospitalidad?

Los hermanos se confesaron culpables para salvar a Benjamín, y recordaron de nuevo la perversa acción que habían cometido con José. Manifestaron que él era ahora más feliz que ellos, si estaba muerto, porque se había librado de las miserias de la vida, y si estaba vivo porque podía gozar viendo la venganza de Dios tomada contra ellos. Añadieron que eran una calamidad para su padre, porque al anterior dolor por José le agregaban ahora el nuevo pesar por Benjamín. Rubén los amonestó enérgicamente, pero José les mandó que se retiraran, porque, dijo, ellos no habían incurrido en ningún delito, y él se limitaría a castigar al muchacho, al que no podía dejar en libertad porque no era lógico libertar al culpable por consideración a los inocentes. Como tampoco era justo castigar a todos porque uno sólo hubiera robado.

Cuando les prometió finalmente darles permiso para partir, sin ser molestados, los hermanos se sintieron consternados y no atinaron a decir nada. Pero Judá, que había convencido al padre de que les permitiera llevar al muchacho, y que era además un hombre audaz y activo, resolvió arriesgarse a lograr la salvación de su hermano.

—Es verdad, ¡oh gobernador! —dijo—, que hemos sido muy perversos contigo, y que por eso merecemos castigo. Es justo que todos lo suframos, aunque el robo haya sido cometido por uno de nosotros, el más joven de todos; no obstante nos queda

alguna esperanza, que nos impide entregarnos a la desesperación, y que se basa en tu amabilidad de prometernos que saldríamos bien librados del presente peligro. Te rogamos que no te fijes en nosotros ni en el gran crimen de que somos culpables, y que con tu excelente carácter te inspires más bien en tu virtud que en el odio que nos profesas; pasión ésta que sólo abrigan los que son de baja índole, porque de ella sacan su fuerza, y no sólo en las grandes ocasiones sino también en las ocasiones menudas. Domina, señor, esa pasión, y no te dejes subyugar por ella, ni permitas que aniquile a los que no reclaman su salvación sino que la desean aceptar libremente de ti. No sería la primera vez que nos la darías; la vez pasada cuando vinimos a comprar trigo, nos diste gran cantidad de alimentos y permiso para que lleváramos a nuestra familia todo lo que necesitábamos para no morirnos de hambre. No hay ninguna diferencia entre no descuidar a los hombres que se mueren por falta de lo necesario y no castigar a los que parecen delincuentes y han tenido la desdicha de perder la ventaja de la gloriosa protección que recibieron de ti. Sería el mismo favor concedido de distinta manera; salvarías a los que diste de comer, y con tu bondad conservarías la vida a las almas que no quisiste ver sufrir por el hambre, siendo simultáneamente una acción grande y maravillosa mantenernos vivos con el trigo y concedernos el perdón de lo que ahora nos aflige y que nos permitiría seguir con vida. Estoy dispuesto a creer que Dios quiso darte la oportunidad de mostrar tu virtuosa disposición, produciéndonos esta desdicha para que sea evidente que eres capaz de olvidar las ofensas que te fueron inferidas; y para que puedan apreciar tu bondad los demás, aparte de los que necesitan de tu ayuda. Si es justo asistir a los afligidos por falta de alimentos, es más glorioso aún salvar a los que merecen castigo por ofensas cometidas contra ti. Porque si es encomiable perdonar a los culpables de pequeños delitos, que ocasionan pérdidas a una persona, y es loable el que las olvida, contener la pasión de la cólera ante crímenes que ponen la vida de los culpables en las manos de las víctimas, es poseer la excelente naturaleza de Dios mismo. A decir verdad yo, si nouviéramos un padre que nos hizo ver, con motivo de la muerte de José, el dolor que aflige a un padre cuando pierde un hijo, no habría dicho una sola palabra para salvar nuestras vidas; es decir, ni una sola que no fuera la de destacar tu excelente carácter para preservar incluso a aquellos que no tienen quien los llore a su muerte; nos entregaríamos, en cambio, preparados a sufrir lo que tú dispusieras. Pero ahora (porque no pedimos misericordia para nosotros, aunque tendríamos que morir siendo jóvenes, y antes de haber gozado de la vida), ten consideración por nuestro padre, compadécete de su vejez, en cuyo nombre te hacemos estas súplicas. Te rogamos que nos des estas vidas que nuestra perversidad puso a merced de tu castigo; y te lo pedimos en nombre del que no es perverso, porque no por ser nuestro padre es por lo que somos perversos. Nuestro padre es un buen hombre, y no merece que su dolor sea puesto a prueba de este modo; ahora mismo está afligido por nuestra ausencia. Y cuando se entere de nuestra muerte, y por la causa de ella, morirá indefectiblemente; la detestable forma de nuestra ruina acelerará su fin, lo matará, le producirá una muerte miserable, lo hará



apresurarse a abandonar este mundo, lo sumirá en un estado de insensibilidad, antes de que la triste historia de nuestro fin se difunda por el mundo. Considera las cosas de este modo, aunque nuestra maldad provoque ahora en ti un justo deseo de castigarla, y perdónala por nuestro padre. Que tu conmiseración por él pese más en tu voluntad que nuestro delito. Considera la vejez de nuestro padre, quien, si nosotros morimos, quedará muy solo mientras viva, y no tardará en morir él también. Concede esa gracia a la palabra padre, y con eso honrarás al que te dio la vida y a ti mismo que también llevas ese nombre. De ese modo Dios, padre de todas las cosas, te protegerá, por haber tenido piedad por nuestro padre, y considerando lo afligido que estaría si perdiera a sus hijos. Te toca a ti concedernos lo que Dios nos dio, estando en tu poder quitárnoslo, y ser de ese modo semejante a él en caridad. Es preferible que el que puede dar o quitar, use su poder con misericordia. Está en tus manos destruir, olvidar que tienes ese poder y considerar que sólo tienes fuerza para proteger. Y cuanto más se extiende ese último poder tanto más crece la reputación del que lo ejerce. Perdonando a nuestro hermano lo que desdichadamente cometió, nos protegerás a todos; nosotros no podemos pensar en seguir viviendo si él muere, porque no osaríamos presentarnos ante nuestro padre sin nuestro hermano. Tenemos que quedarnos a compartir con él la misma suerte. Te rogamos, ¡oh, gobernador!, que si condenas a nuestro hermano a muerte, nos castigues junto con él, como cómplices de su crimen. No sería razonable dejar que nos matemos de dolor por la muerte de nuestro hermano; debemos morir como igualmente culpables de su crimen. Sólo te haré esta consideración, y luego no diré una sola palabra más: nuestro hermano cometió su falta siendo joven, sin poseer una conciencia madura de su conducta; y es natural que los hombres perdonen a los jóvenes. Con esto termino, sin añadir nada, lo que tengo que decir; en caso de que nos condenes, que esa omisión haya sido la causa de tu exceso de severidad. En caso de que nos dejes libres, que la medida corresponda a tu bondad, de la que tienes conciencia en tu fuero interno. Nos librarás de una condena, no solamente para protegernos sino para concedernos un favor que nos dará mayor justificación; con ello habrás hecho más por nuestra liberación que lo que nosotros mismos pudiéramos hacer. Si, en cambio, resuelves matarlo, quisiera que me mates a mí en su lugar, y a él lo devuelvas a su padre; o si te place retenerlo como esclavo, yo soy más apto para trabajar para ti como esclavo; como puedes ver, estoy mejor preparado para cualquiera de estas dos penas.

Dispuesto a soportarlo todo con tal de salvar a su hermano, Judas se arrojó a los pies de José, tratando empeñosamente de aplacar su enojo. Los demás hermanos también se tiraron a sus pies, llorando y ofreciéndose para morir y salvar la vida de Benjamín.

9. José, dominado por la emoción e incapaz de seguir fingiendo enojo, ordenó a todos los presentes que salieran para darse a conocer a sus hermanos cuando estuvieran solos. Todos se retiraron y José se dio a conocer a sus hermanos, diciendo:

—Alabo vuestra virtud y vuestra bondad para con nuestro hermano. Veo que sois

mejores de lo que esperaba por lo que hicisteis conmigo. La verdad es que hice todo esto para probar vuestro amor fraternal. Creo, por lo tanto, que no sois perversos por naturaleza, por lo que hicisteis en mi caso, sino que todo ocurrió de acuerdo con la voluntad de Dios, que por este medio trató de que gozáramos las cosas buenas que tenemos; y, si continúa en buena disposición, por las que tendremos en adelante. Como por eso sé que nuestro padre se encuentra sano y salvo, mejor de lo que esperaba, y como os veo tan bien dispuestos hacia nuestro hermano, olvidaré la culpa que hayáis podido tener en vuestra acción contra mí, dejaré de odiaros por esa maldad que cometisteis y por el contrario os daré las gracias por haber colaborado con las intenciones de Dios para llevar las cosas al estado actual. Os pido que vosotros también lo olvidéis, ya que vuestra imprudencia llegó a un fin tan feliz, y dejéis de sentir os incómodos y avergonzados. No permitáis que ahora os apenen vuestras malas inclinaciones de antes y el acerbo remordimiento que las siguió, porque esas intenciones fueron frustradas. Seguid vuestro camino, celebrando lo que ocurrió por la divina providencia, y decídselo a vuestro padre, para que no se preocupe por vosotros y me prive de la parte más grata de mi felicidad, es decir, que no se muera antes de que yo lo vea y de que goce las cosas buenas que ahora nos alegran. Traed a vuestro padre, y a sus esposas e hijos y todos sus parientes, e instalad aquí vuestras moradas. Porque no es propio que las personas que me son más queridas vivan lejos de mí, ahora que mis asuntos son tan prósperos, y sobre todo cuando todavía tienen que sobrellevar otros cinco años de hambre.

Dicho esto José abrazó a sus hermanos, que lloraban conmovidos. Pero la generosa bondad de su hermano no les dejaba lugar al temor de que fueran castigados por lo que habían tramado y hecho contra él. Luego celebraron un banquete. Cuando el rey se enteró de que los hermanos de José habían ido a verlo, se alegró mucho, como si fuera un acontecimiento de su propia familia; les dio carros llenos de trigo, oro y plata para que los llevaran a su padre. Recibieron otros presentes de José, para llevarlos a su padre y como regalos para ellos, siendo mayores los de Benjamín. Luego partieron.

## CAPÍTULO VII

### *El traslado, a causa del hambre, del padre de José con toda su familia*

1. En cuanto Jacob se enteró, al regreso de sus hijos, de las noticias sobre José, de que no sólo había escapado a la muerte, por la que todavía Jacob llevaba luto, sino que vivía feliz, rodeado de esplendor y gobernando a Egipto, junto con el rey que le había encargado casi todas las cosas, no consideró increíble lo que le decían, juzgando la grandeza de la obra de Dios y su bondad para con él, aunque esa bondad había sido intermitente en los últimos tiempos, e inmediata y fervorosamente se preparó para ir a reunirse con José.

2. Cuando llegó al pozo del juramento, ofreció sacrificio a Dios. Luego se sintió temeroso de que la felicidad que reinaba en Egipto tentara a su posteridad a quedarse allí, y no pensara volver a la tierra de Canaán para poseerla como Dios les había prometido; temió también que su descenso a Egipto no contara con la voluntad de Dios y que su familia fuera por eso destruida; le preocupaba, sobre todo, la idea de abandonar esta vida sin haber visto a José. Revolviendo esas dudas en su mente se quedó dormido.

3. Dios se le apareció y lo llamó dos veces por su nombre; él preguntó quién era, y Dios le dijo:

—No es justo, Jacob, que no reconozcas al Dios que siempre protegió y apoyó a tus antepasados y luego a ti mismo; cuando tu padre te privó de este dominio, yo te lo di, y fue por mi bondad que, habiendo ido solo a Mesopotamia, hayas obtenidos buenas esposas, volviendo con muchos hijos y riquezas. Toda tu familia fue también protegida por mi providencia. Y fui yo quien condujo a tu hijo José, a quien dabas por perdido, a la felicidad y la prosperidad. Yo lo hice señor de Egipto, con poca diferencia del propio rey. Por eso vengo ahora a guiarte en este viaje; y predigo que morirás en los brazos de José. Y te informo que tu posteridad gozará durante muchos años de autoridad y gloria, y que la instalaré en la tierra que le prometí.

4. Animado por su sueño, Jacob fue más alegremente a Egipto, con sus hijos y todas sus pertenencias. Eran en total setenta. Pensé que sería mejor no anotar los nombres de esa familia, sobre todo por su difícil pronunciación. Pero en general creo que es necesario mencionarlos, para refutar a los que creen que no procedemos originalmente de Mesopotamia, sino que somos egipcios. Jacob tuvo doce hijos, uno de los cuales, fue antes que ellos a Egipto. Vamos a anotar los nombres de los hijos y nietos de Jacob. Rubén tuvo cuatro hijos: Anoc, Fal, Asarón y Carmis. Simeón tuvo seis: Jamuel, Jamín, Jaod, Jaquín, Soar y Saúl. Leví tuvo tres hijos: Gersón, Caaz y Maranir. Judá tuvo tres hijos: Salas, Farés y Zaras, y dos nietos de Farés: Esrón y Amir. Isacar tuvo cuatro hijos: Tulas, Fúa, Jasub y Samarón. Zabulón llevó consigo tres hijos: Sarad, Elón y Jalel. Todos ellos descendientes de Lía, de quien fue también

su hija Dina. Son treinta y tres. Raquel tuvo dos hijos, uno de los cuales, José, tuvo dos también, Manasés y Efraím. El otro, Benjamín; tuvo diez: Bolosor, Bacar, Asabel, Gerar, Naemán, Jes, Ros, Momfis, Optais y Arad. Estos catorce, unidos a los treinta y tres anteriormente nombrados, suman cuarenta y siete.

Fue la posteridad legítima de Jacob. Tuvo además con Bala, la criada de Raquel, a Dan y Neftalí, el último de los cuales tuvo cuatro hijos que lo siguieron: Jesel, Gunis, Isares y Selim. Dan tuvo un solo hijo, Usis. Añadiendo éstos a los enumerados antes se completa la cantidad de cincuenta y cuatro. Gad y Aser fueron los hijos de Zelfa, la criada de Lía. Gad llevó consigo a sus siete hijos, Safonía, Augis, Sunis, Asabón, Erin, Eredes y Ariel. Aser tuvo una hija, Sara, y seis hijos cuyos nombres eran Jomnes, Isus, Isuis, Baris, Abaro y Melkiel. Si agregamos éstos, que son dieciséis, a los cincuenta y cuatro anteriores, llegamos al antes mencionado número de setenta, en el que no se incluye a Jacob.

5. Cuando José supo que venía su padre, porque su hermano Judá llegó antes y le anunció su arribo, salió a recibirlo, y se encontraron en Herópolis. Jacob se sintió desfallecer ante la grande e inesperada alegría. José lo reanimó, aunque él mismo tampoco pudo resistir la impresión, y el placer del encuentro estuvo a punto de provocarle el mismo efecto que a su padre. Pero logró dominarse mejor que éste. Luego rogó a Jacob que marchara lentamente y él, llevando consigo a cinco de sus hermanos, se adelantó a prisa para anunciar al rey la llegada de Jacob y su familia. El rey se alegró por la grata noticia y pidió a José que le dijera qué clase de vida les gustaba llevar a sus hermanos, para encomendarles las mismas ocupaciones. José le dijo que eran buenos pastores, y no estaban acostumbrados a hacer ninguna otra cosa fuera de esa tarea. Luego dispuso que no se separaran y vivieran juntos, y cuidaran de su padre; también determinó que para ser aceptables por los egipcios, no se dedicaran a ninguna de sus actividades. A los egipcios les estaba prohibido ocuparse en labores de pastoreo.

6. Jacob se presentó ante el rey y lo saludó y le deseó prosperidad a su gobierno. Faraón le preguntó qué edad tenía; cuando le respondió que tenía ciento treinta años, se admiró de su longevidad. Jacob añadió que no había vivido tanto como sus antepasados, y el rey le dio permiso para residir con sus hijos en Heliópolis. Porque en esta ciudad tenían sus prados los pastores del rey.

7. El hambre aumentó entre los egipcios. El grave flagelo se hizo más opresivo; el río no desbordó porque no había llegado a su anterior altura, ni Dios les mandó lluvia. Tampoco hicieron acopio de provisiones, porque ignoraban lo que debían hacer. José les vendió trigo por dinero. Cuando les faltó el dinero, compraron trigo con el ganado, y con los esclavos, y los que tenían algún pequeño terreno lo cedieron para adquirir comida; de ese modo el rey se convirtió en dueño de todas sus cosas. Tuvieron que ser trasladados unos a un sitio, otros a otro, para que la posesión del país quedara firmemente en las manos del rey; excepto las tierras de los sacerdotes, que siguieron en su poder.

El hambre los convirtió realmente en esclavos, de cuerpo y alma; finalmente los obligó a procurarse el sustento por medios deshonrosos. Pero cuando terminó la miseria, y el río desbordó y cubrió la tierra, y ésta dio abundantes frutos, José fue a todas las ciudades, reunió en cada una al pueblo y les devolvió la tierra que, por su propio consentimiento, debía ser de propiedad exclusiva del rey y para su exclusivo provecho. Los exhortó a considerarla como propiedad de cada cual, y a que se dedicaran con entusiasmo a la agricultura y pagaran como tributo al rey la quinta parte de los frutos de la tierra que el rey, siendo suya, les devolvía. Todos se alegraron al verse inesperadamente dueños de sus tierras, y cumplieron con diligencia lo que les mandaron. De este modo aumentó el ascendiente de José sobre los egipcios, y el cariño que sentían por el rey. La ley de pagar la quinta parte como tributo se mantuvo hasta el último de los reyes.

# CAPÍTULO VIII

## *Muerte de Jacob y de José*

1 Después de vivir diecisiete años en Egipto, Jacob cayó enfermo y murió en presencia de sus hijos; pero antes hizo sus plegarias por su prosperidad y les anunció proféticamente que todos ellos vivirían en la tierra de Canaán. Lo cual sucedió muchos años después. En cuanto a José, lo elogió por haber olvidado la maldad de sus hermanos, y haber sido generoso con ellos, dándoles favores que ni siquiera concedían los benefactores. Ordenó luego a sus hijos que admitieran a los hijos de José, Efraím y Manasés, entre los suyos, y dividieran en común entre ellos la tierra de Canaán, sobre lo cual hablaremos más tarde.

Pero pidió que lo enterraran en Hebrón. Murió después de haber vivido sólo tres años menos de ciento cincuenta, no habiendo estado por debajo de ninguno de sus antepasados en su devoción a Dios. Obtuvo la recompensa que corresponde a los que son buenos como él. Con permiso del rey José condujo el cadáver de Jacob a Hebrón, y allí lo sepultó con gran pompa. Sus hermanos no quisieron al principio volver con él, porque temían que, muerto el padre, los castigaría por sus conspiraciones contra él, ya que había desaparecido aquel por quien los había tratado tan bien. Pero José los convenció de que no temieran nada ni desconfiaran de él. Los llevó consigo, les dio grandes propiedades y nunca dejó de preocuparse por ellos.

2. José murió a los ciento diez años, habiendo sido un hombre de admirable virtud; condujo todos sus asuntos con prudencia. Usó su autoridad con moderación, causando la felicidad de los egipcios, aun cuando procedía de otro país y en las terribles circunstancias que ya hemos relatado. Con el tiempo sus hermanos murieron, después de haber vivido felices en Egipto. Los descendientes de estos hombres un tiempo después condujeron sus cuerpos a Hebrón y allí los inhumaron. En cuanto a los restos de José lo llevaron después a la tierra de Canaán, cuando los hebreos salieron de Egipto, porque José lo había hecho prometer con juramento. Pero lo que a cada uno de esos hombres ocurrió, y con qué medios tomaron posesión de la tierra de Canaán, se verá luego, después que haya explicado por qué dejaron la tierra de Egipto.

## CAPÍTULO IX

### *Las aflicciones que sufren los hebreos en Egipto durante cuatrocientos años*

1. Sucedió que los egipcios se volvieron voluptuosos y holgazanes, hasta la exageración, y se entregaron a otros placeres, en particular el amor al lucro. Se sintieron entonces descontentos de los hebreos y envidiosos de su prosperidad. Cuando vieron que la nación de los israelitas florecía, y éstos se volvían eminentes y poseían abundantes riquezas, que habían adquirido por sus virtudes y su inclinación natural al trabajo, pensaron que su progreso redundaría en perjuicio de los egipcios. Habiendo olvidado con el transcurso del tiempo los beneficios que recibieron de José, sobre todo porque la corona había pasado a otra familia, sometieron a crueles abusos a los israelitas, e idearon muchos medios para angustiarlos. Les ordenaron abrir un gran número de canales para el río, construir muros para las ciudades y terraplenes para contener el río y evitar el estancamiento de las aguas cuando aquél desbordaba de las orillas; también les mandaron levantar pirámides y con todos esos trabajos los agotaron, viéndose obligados los israelitas a aprender toda clase de artes mecánicas y a acostumbrarse a realizar labores pesadas. En estas tribulaciones pasaron cuatrocientos años; porque ambos bandos se esforzaban empeñosamente, los egipcios en destruir a los israelitas y los israelitas en resistir y aguantar hasta el fin.

2. Estando de este modo las cosas, se produjo un acontecimiento que excitó aún más a los egipcios en su deseo de exterminar a nuestra nación. Uno de los escribas sagrados, hombres que son muy astutos para predecir los acontecimientos futuros, dijo al rey que por aquella época nacería un niño israelita que, cuando fuera hombre, derribaría el dominio de los egipcios y exaltaría a los israelitas. Superaría a todos los hombres en virtudes y obtendría una gloria que perduraría por todos los siglos. El rey tuvo tanto miedo que, de acuerdo con la opinión de ese hombre, ordenó que mataran a todos los niños que les nacieran a los israelitas, arrojándolos al río; dispuso, además, que las parteras egipcias vigilaran a las mujeres hebreas y observaran a los recién nacidos, porque quería que cumplieran esas funciones con las mujeres hebreas las parteras que, por ser compatriotas del rey, no infringirían sus órdenes<sup>[28]</sup>. Mandó también que los padres que desobedecieran y trataran de salvar la vida de un niño fueran muertos ellos y sus familias.

Fue una gran pesadumbre para los afectados, no sólo porque los privaban de sus hijos y porque siendo sus padres debían colaborar en la destrucción de sus propias criaturas, sino también porque aquella medida conduciría al exterminio de toda la nación. Ésta era la desdichada situación.

Pero nadie puede oponerse a los designios de Dios, ni aunque imagine diez mil recursos sutiles; porque ese niño que había pronosticado el sagrado escriba, fue

criado y ocultado a la vista de los observadores nombrados por el rey. El que lo había pronosticado no se equivocó en las consecuencias de ese hecho, que ocurrieron de la siguiente manera.

3. Un hombre llamado Amram, de la más noble alcurnia de los hebreos, temió que su nación se extinguiese por la falta de varones. Estaba, además, inquieto porque su mujer se hallaba embarazada, y no sabía qué medidas tomar. Recurrió con súplicas a Dios; le rogó que tuviera compasión de los hombres que no habían transgredido de ningún modo la ley de su culto, que los librara de la desgracia que los afligía e hiciera fracasar las esperanzas de sus enemigos de destruir a su nación.

Dios se compadeció de él y se dejó conmover por sus súplicas. Se le presentó en sueños y lo exhortó a no desesperar de sus futuros favores. Le dijo que no había olvidado su devoción para con él, y que siempre los recompensaría, como anteriormente había concedido sus favores a sus antepasados haciéndolos crecer de un pequeño grupo hasta una gran multitud. Le recordó que cuando Abraham fue sólo de la Mesopotamia a Canaán, le había concedido todas las felicidades en muchos aspectos, y haciendo además, que su mujer, que había sido estéril, pudiera concebir y le diera hijos. A Ismael y a su posteridad les dejó el país de Arabia, a los hijos de Cetura, el país de los trogloditas, y a Isaac, la tierra de Canaán.

—Con mi ayuda —añadió—, cumplió grandes hazañas en la guerra, la cual, a menos que seas impío, debes recordar. En cuanto a Jacob, fue famoso incluso entre los extranjeros, por la grandeza y la prosperidad con las que vivió y que dejó a sus hijos, los que llegaron a Egipto siendo no más de setenta almas, mientras que vosotros sois ahora más de seiscientos mil. Has de saber por lo tanto que os daré a todos vosotros lo que os sea útil, y a ti particularmente lo que te hará famoso. Porque ese niño por el que, temerosos de su nacimiento, los egipcios condenaron a muerte a los niños israelitas, será tu hijo, y será ocultado de los que vigilan para destruirlo; después de ser criado de manera sorprendente, salvará a la nación hebrea de la desgracia que la aflige en Egipto. Su memoria será famosa mientras dure el mundo; no sólo entre los hebreos, sino también entre los extranjeros. Todo lo cual será consecuencia del favor que te dispensaré a ti y a tu posteridad. Tu hijo tendrá otro hermano que obtendrá mi sacerdocio, el que pasará a su posteridad después de él hasta el fin del mundo.

4. Después de que la visión le hubiese informado de estas cosas, Amram despertó y se lo contó a Joquebed, su esposa. Aumentó entonces el temor de los dos, por la predicción contenida en el sueño de Amram; les preocupaba, no solamente el niño, sino también la gran felicidad que le esperaba. Pero los dolores de parto de la madre fueron de tal naturaleza que permitieron confirmar lo que Dios había anticipado, porque no se enteraron los que estaban encargados de vigilarla, debido a que los dolores fueron suaves, no la atacaron con violencia. Durante tres meses nutrieron a la criatura privadamente; después Amram, temiendo ser descubierto y caer en el desagrado del rey, con lo que morirían ambos, él y su hijo, quedando sin ningún



efecto la promesa de Dios, resolvió confiar a Dios el cuidado y la salvación del niño antes que hacerla depender de su propia ocultación, por demás insegura. Estaba convencido de que Dios procuraría de algún modo la salvación del niño, para asegurar la exactitud de sus propias predicciones.

Hicieron una arquilla de fibras de papiro con la forma de una cuna, de un tamaño suficiente para que pudiera caber un niño sin mucha estrechez. La untaron con betún, que impediría la entrada del agua por entre las juntas, pusieron en ella al niño y depositándola en el agua la abandonaron al cuidado de Dios. El río recibió al niño y lo llevó a flote. Miriam, la hermana de la criatura, se paseó por la orilla, frente a la arquilla, como le había ordenado su madre, para ver hacia dónde sería llevada. Dios demostró que la sabiduría humana no es nada, y que todo lo que el Ser Supremo quiere cumplir se realiza finalmente. Aquellos que por su propia seguridad condenan a muerte a los demás y se empeñan en lograrlo, fracasan en su propósito, mientras que otros, de manera sorprendente, se salvan y alcanzan la prosperidad en medio de sus propias calamidades; son aquellos, desde luego, cuyo peligro surge por mandato de Dios. Esa providencia se reveló en el caso de este niño, demostrando el poder de Dios.

5. Termutis era la hija del rey. Estaba pasando el rato en la orilla del río, cuando vio una cuna arrastrada por la corriente. Envió a alguien que sabía nadar con orden de traerle la cuna. Cuando los enviados volvieron y la princesa vio al niño se enamoró de él, porque era grande y bello. Dios había puesto tanto esmero en la formación de Moisés que hizo que lo consideraran digno de ser criado y atendido aquellos mismos que, temiendo su nacimiento, habían tomado la fatal resolución de destruir al resto de la nación hebrea.

Termutis ordenó que buscaran una mujer para dar el pecho al niño; pero la criatura se negó a aceptarlo, volviendo la cabeza, e hizo lo mismo con otras mujeres que le trajeron. Miriam estaba presente, fingiendo que no había ido de propósito, sino que se había detenido accidentalmente para contemplar a la criatura. Dirigiéndose a Termutis, le dijo:

—Será en vano, ¡oh, reina!, que llames para alimentar al niño mujeres que no son de su parentesco. Pero si haces traer una mujer hebrea, es posible que el niño admita el pecho de una mujer de su propia raza.

Termutis encontró razonable el consejo y le ordenó que buscara y trajera una mujer hebrea que amamantara. Miriam trajo entonces a su madre, a quien nadie conocía allí. El niño aceptó alegremente el pecho y se prendió fuertemente de él. Y así fue como, a pedido de la reina, la nutrición del niño se encomendó a su propia madre.

6. Después Termutis le impuso el nombre de Mouses, recordando su extracción del río, porque los egipcios llaman *Mo* al agua, y *Uses* a lo que es *salvado de ella*. Uniendo las dos palabras formaron el nombre que le dieron. Y de acuerdo con la predicción de Dios fue, por su gran inteligencia y su desdén por las dificultades, el

más ilustre de los hebreos. (Porque Abraham fue su antepasado de la séptima generación. Moisés era hijo de Amram, que era hijo de Caat, cuyo padre Leví era hijo de Jacob, que era hijo de Isaac, el hijo de Abraham.)

La inteligencia de Moisés no era la de su edad, sino muy superior a su término medio. Reveló una rapidez de aprehensión mayor de la habitual, presagiando grandes acciones para cuando llegara a ser hombre. Dios le dio también una estatura que a los tres años ya era maravillosa. En cuanto a su belleza, nadie dejaba de asombrarse por la hermosura de su rostro cuando lo veía. Frecuentemente sucedía que la gente que se cruzaba con él cuando lo llevaban por el camino volviera la cabeza para seguir mirándolo; dejaban lo que estaban haciendo y se quedaban un rato largo contemplándolo. Porque la belleza del niño era tan notable y natural por muchos conceptos que detenía a los espectadores obligándolos a mirarlo largo rato.

7. Advirtiéndolo Termutis lo notable que era el niño, lo adoptó como hijo porque ella no los tenía. Un día se lo llevó a su padre y le dijo que pensaba hacer de él el sucesor del rey, si Dios quería que no tuviese un hijo propio.

—He criado un niño —dijo—, de forma divina y de mente generosa. Y como lo he recibido por la merced del río, de manera maravillosa, he creído conveniente adoptarlo como hijo y heredero de tu trono.

Diciendo esto puso al niño en los brazos de su padre, quien lo oprimió sobre su pecho y, para subrayar las palabras de su hija, le puso amablemente su corona en la cabeza. Pero Moisés la arrojó al suelo y con ademanes pueriles la hizo rodar y la pisó, lo que pareció traer un mal presagio para el reino de Egipto.

Cuando lo vio el sagrado escriba (el mismo que había pronosticado que su nacimiento derribaría el dominio del reino), hizo una violenta tentativa para matarlo, y con voz terrible exclamó:

—Éste, ¡oh, rey!, es el niño de quien Dios nos previno que si lo matáramos nos libraríamos del peligro. Ahora él mismo confirma la predicción, atropellando tu autoridad y pisoteando tu corona. Elimínalo, y libra a los egipcios del miedo que tienen por su causa; y quita a los hebreos las esperanzas de ser animados por él.

Pero Termutis se lo impidió y le arrebató el niño de las manos. El rey no se apresuró a matarlo, porque Dios protegió a Moisés induciendo al rey a salvarle la vida. Fue luego educado con gran esmero. Los hebreos pusieron en él sus esperanzas en la certeza de que haría grandes cosas. Los egipcios, en cambio, desconfiaban del resultado que daría su educación. Pero se abstuvieron de matarlo porque si Moisés era muerto no quedaría ninguno, ni pariente ni adoptado, que pudiera pretender la corona con beneficio para ellos.

# CAPÍTULO X

## *Moisés hace la guerra a los etíopes*

1. Cuando Moisés llegó a la edad madura hizo manifiesta su virtud a los egipcios: demostró que había nacido para abatirlos y exaltar a los israelitas. La ocasión de que se valió fue la siguiente: los etíopes, que eran vecinos de los egipcios, hicieron una incursión en su tierra, de la que se apoderaron llevándose los efectos de los egipcios. Éstos, indignados, salieron a atacarlos para vengar las ofensas recibidas. Pero vencidos en la batalla, algunos fueron asesinados y los restantes huyeron vergonzosamente y se salvaron.

Los etíopes los persiguieron; considerando que sería una cobardía no someter a todo Egipto se extendieron por el país y lo subyugaron. Después de haber probado los frutos de la tierra ya no cejaron en la prosecución de la guerra, y como las zonas más próximas no tuvieron valor al principio para pelear con ellos, fueron hasta Menfis, y hasta el mismo mar, mientras ninguna de las ciudades les hacía oposición.

Los egipcios, apesadumbrados y oprimidos, echaron mano a sus oráculos y profecías, y por consejo de Dios resolvieron tomar como aliado a Moisés el hebreo, para que los ayudara. El rey ordenó a su hija que lo enviara, para nombrarlo general de su ejército. Después de hacer jurar al rey que no le haría ningún daño, Termutis se lo confió al rey, segura de que su ayuda sería de gran beneficio para todos. Y reprochó a los sacerdotes que antes habían reclamado de los egipcios que lo mataran y ahora no se avergonzaban de rogarle su ayuda.

2. Moisés, persuadido por Termutis y el rey, asumió animosamente la misión. Los sagrados escribas de ambas naciones se sintieron satisfechos; los egipcios porque pensaban que con el valor de Moisés vencerían a sus enemigos y en la misma acción sería muerto Moisés; y los hebreos porque podrían escapar de los egipcios, cuando Moisés fuera su general.

Moisés se adelantó al enemigo y condujo su ejército contra él, antes de que se enterara de que iba a atacarlo. No marchó por el río, sino por tierra, dando en esta ocasión una magnífica prueba de su sagacidad. Habían llegado a un sitio por donde no se podía pasar porque estaba lleno de serpientes, peculiaridad de esa región que no presentan otros lugares. Las serpientes eran numerosísimas, peores que las de otras partes en fuerza y maldad; de aspecto terrible, algunas surgían del suelo sin ser vistas, y hasta volaban por el aire, y de ese modo atacaban imprevistamente a los hombres ocasionando grandes daños. Moisés ideó una extraordinaria estratagema para sacar al ejército sano y salvo. Hizo unos canastos de corteza de papiros, los llenó de ibis y los llevó consigo; estos animales son los más grandes enemigos de las serpientes, que huyen cuando aquéllos se acercan; los ibis las cazan y devoran, como hacen los ciervos. Los ibis son animales mansos, enemigos únicamente de los reptiles. Pero no

diré nada más de los ibis, porque los griegos los conocen muy bien.

En cuanto Moisés llegó a la tierra donde se criaban las serpientes, dejó en libertad a los ibis, y por este medio repelió el ataque de los reptiles, usándolo antes de que el ejército llegara a aquel punto<sup>[29]</sup>. Hecho esto, pudo caer sobre los etíopes antes de lo que éstos esperaban. Les presentó batalla y los venció, quitándoles la esperanza de triunfar contra los egipcios. Prosiguió luego derribando sus ciudades e hizo una gran matanza de etíopes.

Después de que los egipcios tomaron el gusto al buen éxito, gracias a los recursos de Moisés, se sintieron infatigables y los etíopes se vieron amenazados con la esclavitud y la destrucción total. Por último éstos se retiraron a Saba, ciudad real de Etiopía, a la que después Cambises dio el nombre de su hermana, Meroé. Hubo que sitiar la plaza con grandes dificultades, porque el Nilo que la rodea completamente, y los otros ríos Astap y Astabora, cuyo cruce era difícil de intentar, hacían imposible el ataque. La ciudad, situada en el centro, era como una isla. Estaba rodeada de una fuerte muralla y protegida por los ríos. Grandes terraplenes entre la muralla y los ríos impedían que las aguas la inundaran, aunque se desbordaban con gran violencia. Y aunque el enemigo cruzara los ríos, los terraplenes hacían casi imposible tomar la ciudad.

Moisés estaba inquieto por la inactividad del ejército (porque el enemigo no se animaba a presentar batalla), cuando sucedió el siguiente episodio: Tarbis, la hija del rey de Etiopía, vio a Moisés conduciendo las tropas hasta la muralla y peleando con gran valor. Admirada por la sutileza de sus acometidas, y comprendiendo que él era el autor de los triunfos de los egipcios, que antes desesperaban de recobrar la libertad, y el causante del gran peligro en que se hallaban los etíopes, que antes se jactaban de sus grandes victorias, se enamoró profundamente de él. Impulsada por su pasión, le envió al más fiel de sus sirvientes para tratar con él de su matrimonio. Moisés aceptó la oferta, con la condición de que se rindiera la ciudad; y le aseguró con juramento que la tomaría por esposa y que después de tomar la ciudad no quebrantaría su promesa. Hecho el trato, se cumplió inmediatamente. Derrotados los etíopes, Moisés dio gracias a Dios, realizó el enlace y condujo a los egipcios de vuelta a su patria.

# CAPÍTULO XI

## *Moisés huye de Egipto a Madián*

1. Después de haber sido salvados por Moisés los egipcios le cobraron odio y conspiraron ansiosamente contra él porque sospechaban que se aprovecharía de su triunfo para provocar un levantamiento y producir cambios en Egipto. Y dijeron al rey que había que matarlo. El rey también abrigaba intenciones similares, envidioso de su gloriosa expedición al frente de su ejército, y temeroso de que lo derribara. Instigado por sus sagrados escribas, se manifestó dispuesto a decidir la muerte de Moisés. Cuando éste se enteró de lo que se tramaba contra él, se alejó en secreto. Como los caminos públicos estaban vigilados, huyó por el desierto, por donde sus enemigos no sospecharían que pudiera viajar. Aunque carecía de alimentos siguió adelante arrostrando valerosamente todas las dificultades. Llegó a la ciudad de Madián, a orillas del mar Rojo, llamada así por uno de los hijos de Abraham y Cetura. Se sentó junto a un pozo a descansar de la pesada jornada y de la aflicción que sufría. No estaba lejos de la ciudad; era mediodía, y tuvo una oportunidad, ofrecida por las costumbres del país, de hacer algo que le hizo revelar sus cualidades y que le dio base para mejorar su situación.

2. Como aquel país tenía poca agua, los pastores solían sacarla de los pozos antes de que vinieran otros, para que sus rebaños no sufrieran sed y para que los otros no la gastaran. Al pozo donde él estaba llegaron siete hermanas, que eran vírgenes, hijas de Ragüel, un sacerdote considerado por el pueblo digno de gran honor. Esas doncellas cuidaban los rebaños de su padre, lo que era costumbre en el país y habitual entre los trogloditas. Fueron las primeras en venir y sacaron, en cubetas hechas especialmente para el agua, la cantidad que necesitaban sus animales. Pero llegaron los pastores y echaron a las doncellas, para disponer del agua en beneficio de ellos. Moisés juzgó que sería censurable dejar sufrir a las mozas esa injusticia, y echó a los hombres, prestando ayuda apropiada a las mujeres. Después de recibir este favor, las jóvenes volvieron a su casa y contaron a su padre que habían sido ofendidas por los pastores y ayudadas por un extranjero, y le rogaron que no dejara pasar sin recompensa su generosa acción. El padre apoyó el deseo de sus hijas de recompensar a su bienhechor, y les ordenó que trajeran a Moisés a su presencia, para premiarlo como merecía. Cuando llegó Moisés se refirió a lo que sus hijas le habían relatado sobre su intervención y su ayuda. Añadió que admiraba su virtud y le aseguró que había dado asistencia a personas que no eran insensibles a los favores y que deseaban devolverle su gentileza y sobrepasar la medida de su generosidad. Lo hizo entonces su hijo, dándole una de sus hijas en matrimonio. Y lo nombró guardián y superintendente de su ganado, que desde antiguo constituía toda la riqueza de los bárbaros.

## CAPÍTULO XII

### *La zarza ardiente y la vara de Moisés*

1. Obtenidos esos beneficios de Jetro (que era uno de los nombres de Ragüel), Moisés se quedó a vivir con ellos y cuidó sus rebaños. Poco tiempo después, un día que los estaba apacentando junto a la montaña llamada Sinaí, llevó los rebaños más lejos que de costumbre. Aquélla era la montaña más alta del lugar y la mejor para apacentar, porque tenía una hierba excelente; pero nunca subían hasta allí los pastores, porque decían que allí moraba Dios. Ocurriole entonces a Moisés un prodigio maravilloso; se incendió una zarza, pero el fuego no consumía las hojas verdes ni las flores, ni tampoco, las ramas, aunque las llamas eran grandes y fuertes. Moisés se asustó ante aquel extraño espectáculo, pero se sintió más sorprendido aún cuando el fuego emitió una voz, que lo llamó por el nombre y pronunció palabras, advirtiéndole la temeridad que había cometido aventurándose a subir a un sitio al que ningún hombre había ido, porque era un sitio sagrado. Y le aconsejó que se alejase del fuego y se conformase con lo que había visto. Aunque era un hombre virtuoso y descendía de antepasados ilustres, debía en lo sucesivo reprimir su curiosidad. Le predijo que obtendría gloria y honores entre los hombres, porque tenía la bendición de Dios. Le ordenó que volviera confiado a Egipto, donde sería el jefe y el conductor de los hebreos y salvaría a su pueblo de sus sufrimientos.

—Porque —dijo— habitarán la tierra dichosa que habitó su antepasado Abraham, y gozarán de todas las cosas buenas. Y tú con tu prudencia los conducirás hacia ellas.

Pero le ordenó que cuando sacara a los hebreos de Egipto volviera a aquel sitio, a ofrecer sacrificios y agradecimientos. Éste fue el divino oráculo que partió del fuego.

2. Moisés quedó atónito por lo que veía, y mucho más por lo que había oído. Y dijo:

—Creo, señor, que sería una gran locura para alguien que, como yo, te venera, desconfiar de tu poder, que también se manifestó a mis progenitores. Pero sigo dudando de que yo, que soy un particular y sin capacidad, pueda persuadir a mis compatriotas que abandonen el país que ahora habitan, y me sigan al país al que yo los conduciré. Y si pudiera persuadirlos, no sé de qué modo podré obligar a Faraón que les permita partir, ya que ellos aumentan sus riquezas y su prosperidad con el trabajo y las tareas que les hace realizar.

3. Pero Dios lo exhortó a que tuviera valor en todas las ocasiones y le prometió estar con él y asistirlo en sus palabras cuando tuviera que persuadir a los hombres, y en sus hechos cuando tuviera que actuar. Le ordenó que como prenda de confianza arrojara su vara al suelo, la cual, cuando así lo hizo, se arrastró y se transformó en una serpiente, se enrolló, irguió la cabeza, pronta a defenderse de quien la atacara, y luego se transformó nuevamente en una vara como antes.

Luego Dios ordenó a Moisés que se pusiera la mano derecha en el pecho. Obedeció, y cuando la sacó estaba blanca, del color de la tiza; pero luego recuperó su color habitual. A una orden de Dios, tomó un poco de agua y la derramó en el suelo, y vio que su color era el de la sangre. Ante el asombro que Moisés manifestó por los milagros. Dios lo exhortó a que tuviera ánimo y estuviera seguro de que él sería su gran apoyo. Le ordenó que usara esos signos para hacer que los hombres creyeran «que yo te mando, y que haces todo eso de acuerdo con mis órdenes. Te ordeno, pues, que vuelvas deprisa a Egipto, viajando día y noche, sin perder más tiempo. Para que no duren más la esclavitud de los hebreos y sus sufrimientos».

4. Habiendo visto y oído esos milagros, que le garantizaban la verdad de las promesas de Dios, Moisés ya no pudo dudar y le rogó que le concediera ese poder cuando estuviera en Egipto. Le rogó que le permitiera conocer su nombre; ya que lo había concedido que lo viera y le hablara, que le dijera también cómo llamarlo; así en el momento de hacer los sacrificios podría invocarlo para presidir la ceremonia. Dios entonces le dijo su santo nombre, que nunca había sido comunicado a ningún hombre; por lo tanto no sería leal por mi parte que dijera nada más al respecto<sup>[30]</sup>. Esos signos acompañaron a Moisés, no sólo entonces, sino siempre. A todos los signos les atribuía la firme confirmación del fuego de la zarza. Creyendo que Dios le daría el don de su ayuda, tuvo la esperanza de que podría librar a su nación, y acarrear calamidades a los egipcios.

## CAPÍTULO XII

### *Moisés y Aarón se presentan ante el rey*

1. Cuando Moisés supo que el rey Faraón, de cuyo reino había huido, había muerto, pidió permiso a Ragüel para ir a Egipto, en beneficio de su pueblo. Se llevó consigo a Séfora, la hija de Ragüel, con la que se había casado, y a los hijos que tuvo con ella, Gersón y Eleazar, y se apresuró a trasladarse a Egipto. El primero de estos nombres, Gersón, significa en lengua hebrea *en país extraño*; y Eleazar que *con la ayuda del Dios de sus padres*, había huido de Egipto.

Cuando se acercaba a las fronteras de Egipto, su hermano Aarón le salió al encuentro por orden de Dios. Moisés le refirió lo que le había pasado en la montaña y las órdenes que había recibido de Dios. Siguieron andando y a medida que avanzaban salían a recibirlos los principales de los judíos, que se habían enterado de su llegada. Moisés les informó de los signos que había visto, y como no le creyeran los tuvo que repetir para que los vieran ellos también. Frente a este espectáculo sorprendente e inesperado, se animaron y concibieron la esperanza de su total liberación, convencidos ahora de que Dios velaba por ellos.

2. Moisés supo entonces que los hebreos obedecerían todo lo que él les mandase, según lo prometieron, porque amaban la libertad. Se presentó ante el rey, que hacía poco se había hecho cargo del gobierno, y le habló de todo lo que Moisés había hecho por el bien de los egipcios, cuando los dominaban los etíopes que habían arruinado el país; le recordó que él había sido el comandante de los egipcios y había trabajado por ellos como si fuera su propio pueblo. Le informó de los peligros que había corrido durante la expedición, añadiendo que no había recibido el agradecimiento que merecía. También le contó claramente lo que le había ocurrido en el Sinaí, y lo que Dios le había dicho. Y le habló de los signos que le había dado Dios para confirmarle la autoridad de las órdenes impartidas. Finalmente le exhortó a creer lo que le había dicho y a no oponerse a la voluntad de Dios.

3. Como el rey ridiculizara a Moisés, le hizo ver los signos que le fueron dados en el Sinaí. El rey se enojó, lo trató de malvado y lo acusó de haber huido de su esclavitud en Egipto para volver ahora a sorprenderlo con trucos engañosos y milagros de artes mágicas. Diciendo esto ordenó a los sacerdotes que le hicieran ver idénticos milagros, porque los egipcios eran hábiles en esas prácticas; él no era la única persona que las sabía, y si pretendía que eran divinas, añadió, sólo sería creído por los ignorantes. Los sacerdotes arrojaron sus varas, que se transformaron en serpientes. Pero Moisés no se amilanó y dijo:

—No desprecio, oh rey, la sabiduría de los griegos, pero afirmo que lo que yo hago es superior a lo que ellos hacen con artes mágicas y triquiñuelas, porque el poder divino es superior al humano. Pero voy a demostrar que lo que yo hago no son



producciones de la magia ni de las artes de imitación, sino apariciones que surgen por la providencia y el poder de Dios.

Diciendo esto arrojó al suelo su vara y le ordenó que se convirtiera en una serpiente. La vara obedeció, recorrió la estancia y devoró las varas de los egipcios, que parecían dragones, hasta que los consumió enteramente. Luego recuperó su forma anterior y Moisés la tomó de nuevo en su mano.

4. El rey no se sintió más conmovido que antes y dijo, muy enojado, que no ganaría nada con su astucia y sus habilidades contra los egipcios. Ordenó al que era capataz principal de los hebreos que no les diera descanso en sus tareas, y los sometiera a una opresión mayor aún que antes. Éste, que antes les daba paja para hacer los ladrillos, decidió no darles más ese material y los hizo trabajar duramente de día haciendo ladrillos y de noche untando paja.

Cuando vieron duplicado el trabajo que debían hacer, los hebreos echaron la culpa a Moisés, porque su trabajo y sus desdichas se hicieron mayores aún. Pero Moisés no dejó que decayera su valor por las amenazas del rey; ni desmayó en su celo por las quejas de los hebreos. Las soportó resueltamente y usó todo su empeño para libertar a sus compatriotas. Fue de nuevo a ver al rey y trató de convencerlo de que permitiera a los hebreos trasladarse hasta el monte Sinaí para poder ofrecer sacrificios a Dios, quien así se lo había ordenado; que no contradijera los designios de Dios, apreciara en cambio sus favores por sobre todas las cosas, permitiera a los hebreos partir y no obstruyera los mandamientos divinos ocasionando su propio castigo. Las más severas aflicciones surgen de todas partes contra aquellos que provocan la ira divina; ya no tienen ni tierra, ni aire, ni amigos; ni son los frutos del vientre como deben ser y todas las cosas son para ellos adversas e inamistosas. Los egipcios, añadió, lo sabrían por experiencia propia, mientras que el pueblo hebreo lo mismo saldría de su país sin su consentimiento.

# CAPÍTULO XIV

## *Las diez plagas que asuelan a los egipcios*

1. Como el rey despreciara las palabras de Moisés y no les prestara ninguna atención, cayeron dolorosas plagas sobre los egipcios, las que describiré una por una, porque ninguna nación sufrió nunca esa clase de azotes y porque quiero demostrar que Moisés no dejó de cumplir una sola de las cosas que había anunciado; conviene que la humanidad aprenda la lección de que no se debe hacer nada que disguste a Dios, para no provocar su ira.

A una orden de Dios en el río egipcio corrió agua sangrienta, la que no podía ser bebida, no teniendo los egipcios otra fuente. El agua no sólo tenía color de sangre sino que provocaba en quien se aventuraba a beberla grandes dolores y amargos tormentos. Así era el río para los egipcios, pero era dulce y potable para los hebreos, y en nada diferente de lo que solía ser habitualmente. Como el rey no supiera qué hacer en estas sorprendentes circunstancias, y temió por los egipcios, dio permiso a los hebreos para que se fueran. Pero cuando la plaga cesó, cambio de nuevo de opinión y les impidió que partieran.

2. Cuando Dios vio que era ingrato, y que después de cesar la calamidad ya no se mostraba razonable envió otra plaga a los egipcios. Una multitud innumerable de ranas consumió el fruto de la tierra. El río también estaba lleno de ellas, y el agua se corrompió con la sangre de los animales muertos. El país se transformó en un sucio lodazal, en el que nacían y morían las ranas. Arruinaron las vasijas en las casas, invadieron los alimentos y las bebidas y aparecieron en gran número en las camas. Producían un hedor desagradable cuando nacían y cuando morían.

Viendo a los egipcios oprimidos por esa miseria, el rey ordenó a Moisés que sacara a los hebreos y se fuera con ellos. La multitud de ranas desapareció, y la tierra y el río volvieron a su estado natural anterior. Pero no bien quedó el país libre de la plaga, Faraón se olvidó de su causa y retuvo a los hebreos. Como si quisiera experimentar nuevas calamidades, se negó a que Moisés y su pueblo partieran; había dado el permiso por miedo y no por consideración.

3. Por lo tanto Dios castigó su falsedad con otra plaga, añadida a la anterior. A los egipcios se les criaron en el cuerpo innumerables cantidades de piojos; los malvados perecieron, porque fueron incapaces de destruir las sabandijas ni con lavados ni con unturas. La terrible sentencia inquietó al rey de Egipto, por el miedo de que su pueblo fuera destruido de esa manera detestable. Se vio obligado a contener su maldad y dio permiso a los hebreos para que se fueran. Pero cuando la plaga cesó, exigió que dejaran a sus mujeres y sus hijos como rehenes de su retorno.

Con esta medida provocó el enojo más vehemente de Dios porque pretendió imponerse a su providencia como si fuera sólo Moisés, y no Dios, el que castigaba a

los egipcios por los hebreos. Por eso llenó el país con varias clases de criaturas pestilentes de variadas características, que nunca había visto anteriormente el ojo humano. Los hombres perecían y la tierra se vio privada de labradores para su cultivo. Los que escapaban a su destrucción eran muertos por una enfermedad que tuvieron que sufrir los hombres.

4. Como Faraón ni aún entonces cedió al deseo de Dios, porque permitió que los maridos llevaran a sus mujeres, pero insistió en que dejaran a los hijos, Dios resolvió castigar su maldad con varias otras clases de calamidades, peores que las que ya lo habían afligido anteriormente. A los egipcios les salieron en el cuerpo terribles diviesos que formaban llagas y los consumían interiormente. Gran parte de los egipcios pereció de esta manera. Como el flagelo no hiciera entrar en razón al rey, cayó un granizo del cielo, un granizo como jamás lo había conocido el clima de Egipto, ni era parecido a las lluvias de invierno de otras partes; era más grande que el que conocen los que viven en las regiones del norte y del noroeste. El granizo cayó en plena primavera y desgajó las ramas cargadas de frutos<sup>[31]</sup>. Después una manga de langostas consumió la semilla que no había sido herida por el granizo, con lo que los egipcios perdieron todas las esperanzas de obtener frutos de la tierra.

5. Se diría que las anteriores calamidades serían suficientes para hacer prudente al que sólo fuera tonto, y no perverso, y de hacerle ver con sensatez lo que le convenía. Pero Faraón, guiado no tanto por su locura como por su maldad, aunque vio el motivo de sus miserias, volvió a oponerse a Dios, renunciando a la causa de la virtud. Ordenó a Moisés que se llevara a los hebreos con sus mujeres y sus hijos, pero dejando el ganado, porque el ganado de los egipcios había sido destruido. Moisés le dijo que su deseo era injusto, porque tenían que ofrecer sacrificios a Dios con ese ganado. Entretanto se extendió sobre Egipto una densa oscuridad en la que no había la menor claridad. Los egipcios no podían ver, ni respirar por la densidad del aire; murieron miserablemente y aterrorizados por el temor de que los tragara la nube de oscuridad. Cuando después de tres días con sus noches se disipó la niebla, y como Faraón todavía no se arrepentía ni dejaba marchar a los hebreos, Moisés fue a verlo y le dijo:

—¿Hasta cuándo desobedecerás el mandamiento de Dios? Porque él te ordena que dejes salir a los hebreos. Y ésta es la única forma de que os veáis libres de las calamidades que ahora sufrís.

El rey, furioso por estas palabras, lo amenazó con cortarle la cabeza si volvía a molestarlo al respecto. Moisés respondió que no volvería a hablarle del asunto, porque sería el rey mismo, lo mismo que los principales de los egipcios, los que pedirían que los hebreos se fueran.

Dicho esto se retiró.

6. Dios señaló que con una plaga más obligaría a los egipcios a dejar salir a los hebreos y mandó a Moisés a decir al pueblo que preparara un sacrificio el décimo día del mes de xanticus, para el día catorce (mes que los egipcios llaman farmuti y los hebreos nisán; pero los macedonios le dicen xánticus), y que se llevara a los hebreos

con todas sus pertenencias. Por consiguiente preparó a los hebreos para partir, los dividió en tribus y los tuvo reunidos en un mismo sitio.

Llegó el día decimocuarto y estaban todos listos para partir. Ofrecieron el sacrificio, purificaron sus casas con la sangre, usando para ello hisopos. Después de cenar quemaron el resto de la carne y se dispusieron a partir. Por eso seguimos ofreciendo todavía ahora ese sacrificio del mismo modo, y llamamos a la fiesta Pascua, que significa *el paso al otro lado*, porque ese día Dios nos pasó al otro lado, y envió la plaga a los egipcios. Porque aquella noche cayó sobre los egipcios la destrucción del primogénito, y muchos egipcios que vivían cerca del palacio del rey persuadieron a Faraón de que dejara salir a los hebreos. Éste llamó a Moisés y le ordenó que se fueran los hebreos, suponiendo que en cuanto hubieran salido de Egipto, el país se vería libre de sus miserias. Honraron asimismo a los hebreos con obsequios, algunos para que se marcharan más rápidamente y otros por la vecindad y la amistad que los había unido.

# CAPÍTULO XV

*Los hebreos, conducidos por Moisés, salen de Egipto*

1. Y los hebreos se fueron de Egipto, mientras los egipcios lloraban y se arrepentían de haberlos tratado tan duramente. Se dirigieron por Letópolis, un sitio desierto a la sazón, pero que fue donde luego se edificó Babilonia, cuando Cambises asoló a Egipto. Marcharon apresuradamente y al tercer día llegaron a un sitio llamado Baalsefón, junto al mar Rojo. Como no contaban con alimentos producidos por la tierra, porque era un desierto, comieron hogazas amasadas con harina y calentadas a fuego lento. Las consumieron durante treinta días, porque lo que llevaron de Egipto no les alcanzó para más tiempo, aunque sólo dieron a cada cual lo suficiente para servir sus necesidades y no para saciarlo. Es por esto que, en recuerdo de aquella escasez, celebramos durante ocho días la fiesta que se llama del pan sin levadura.

La multitud de los emigrantes, incluyendo mujeres y niños, no era fácil de contar, pero los que estaban en edad de pelear eran seiscientos mil.

2. Salieron de Egipto en el mes de xánticus, el decimoquinto día de la luna, cuatrocientos treinta años después de la llegada de nuestro antepasado Abraham a Canaán y doscientos quince años después del traslado de Jacob a Egipto. Fue el octogésimo año de la edad de Moisés; Aarón tenía tres años más. También se llevaron consigo los huesos de José, como él había encargado a sus hijos que hicieran.

3. Pero los egipcios no tardaron en arrepentirse de haber dejado salir a los hebreos; el rey estaba sumamente preocupado, pensando que aquello había sido posible sólo por las artes mágicas de Moisés.

Y resolvió ir a buscarlos. Tomaron las armas y demás implementos bélicos y los persiguieron para traerlos de vuelta en cuanto los alcanzaran; ya no tendrían motivo para invocar a Dios, porque les habían permitido salir. Creyeron que los dominarían fácilmente porque no tenían armas, y estarían cansados del viaje.

Apresuraron, pues, la persecución, preguntando en el camino a todos los que encontraban hacia qué lado habían ido. Esa tierra era realmente difícil de transitar, no solamente para los ejércitos, sino también para personas aisladas. Moisés los llevó por ese camino para que en caso de que los egipcios se arrepintieran y decidieran perseguirlos, soportaran el castigo de su maldad y de la violación de sus promesas. También los llevó por ese camino para que los filisteos, cuyo país estaba cerca de Egipto, no se enteraran de su partida, porque odiaban a los hebreos por una antigua enemistad.

Por eso Moisés no condujo a la multitud por el camino que llevaba a la tierra de los filisteos, sino por el desierto, por donde después de un viaje largo y penoso, entrarían en la tierra de Canaán.

Otra razón fue la de que Dios le había ordenado que llevara al pueblo al monte

Sinaí, para ofrecerle sacrificios.

Cuando los egipcios alcanzaron a los hebreos se prepararon para pelear con ellos, y valiéndose de su mayor número los empujaron hacia un sitio estrecho; los perseguidores tenían seiscientos carros y eran cincuenta mil hombres a caballo y doscientos mil a pie, todos armados. Ocuparon todos los pasos por donde suponían que los hebreos podrían huir, encerrándolos entre precipicios inaccesibles y el mar; había una cadena de montañas que terminaba en el mar, y que era infranqueable por lo escabrosa e inadecuada para huir. Aprovechando que las montañas estaban cerradas por el mar, colocaron al ejército en las grietas de las montañas para impedir a los hebreos el paso a la llanura.

4. Los hebreos no pudieron sostenerse, porque estaban sitiados y sin provisiones, y no vieron la posibilidad de escapar. Aunque hubiesen pensado en pelear, no tenían armas, y creían que serían totalmente destruidos, a menos que se entregaran voluntariamente a los egipcios.

Culparon de la difícil situación a Moisés, olvidando todas las señales que Dios les había dado para recuperar la libertad, y llegaron hasta el punto de arrojar piedras al profeta, mientras él los animaba prometiéndoles la liberación. Finalmente resolvieron entregarse a los egipcios.

No había más que dolor y lamentos entre las mujeres y los niños, que sólo veían ante ellos la destrucción, rodeados como estaban por las montañas, el mar y los enemigos, y sin encontrar la forma de eludirlos.

5. Pero Moisés, aunque la multitud lo miraba furiosa, no abandonó sus cuidados por ella, despreciando todos los peligros, con la confianza de que Dios, si le había hecho dar los pasos tomados hasta entonces para recobrar la libertad predicha, no permitiría que los subyugaran los enemigos ni para esclavizarlos ni para darles muerte. Moisés habló a la multitud de esta manera:

—No es justo que desconfiemos de los hombres que hasta ahora han manejado bien nuestras cosas, como si no fueran los mismos de antes; y es una locura desesperar ahora de la providencia de Dios, por cuyo poder y con mi intermedio se realizaron todas las cosas que prometió para libraros de la esclavitud, y aunque vosotros no las esperabais. En esta gran aflicción, en la que ahora nos encontramos, debemos esperar que Dios nos socorrerá, ya que él hizo que nos veamos encerrados en este espacio estrecho, y que nos libraré de las dificultades que parecen insuperables y de las que ni vosotros ni vuestros enemigos creéis que os podréis librar, y que demostrará al mismo tiempo su poder y su providencia con nosotros. Dios no acuerda su ayuda a los que favorece en dificultades pequeñas, sino en aquellos casos en los que no se ve la posibilidad de que la acción humana logre mejorar la situación. Confiad, por lo tanto, en ese protector, capaz de hacer grandes cosas y demostrar que la poderosa fuerza que ahora os ataca es realmente débil, y no os asustéis ante el ejército egipcio. Ni desesperéis de ser salvados porque el mar delante y la montaña detrás no os den oportunidad de huir, porque si Dios lo quiere

esa misma montaña puede transformarse para vosotros en tierra llana y el mar en terreno seco.

## CAPÍTULO XVI

*El mar se divide ante los hebreos perseguidos por los egipcios, dándoles oportunidad para escapar*

1. Dicho esto Moisés los condujo hacia el mar, mientras los egipcios, que estaban a la vista, los observaban. Fatigados por la persecución, los egipcios consideraron conveniente suspender la lucha hasta el otro día. Cuando llegaron a la orilla del mar, Moisés tomó su vara y suplicó a Dios que acudiera en su ayuda.

—Tú no ignoras, ¡oh, señor! —dijo—, que está fuera de las fuerzas y las posibilidades humanas eludir las dificultades en que ahora nos hallamos, y debe ser obra tuya procurar la salvación de este pueblo que dejó a Egipto por tu orden. Desesperamos de recibir cualquier otra ayuda o recurso, y sólo nos queda la esperanza que depositamos en ti, y de tu providencia confiamos recibir el medio para escapar. Que llegue pronto el socorro que pondrá de manifiesto tu poder. Eleva el ánimo de este pueblo y hazle esperar la salvación, porque está profundamente hundido en el desconsuelo. Estamos en un sitio extraño, pero no deja de ser un sitio que tú posees; el mar es tuyo, las montañas que nos rodean son tuyas. Si tú lo ordenas las montañas se abrirán, y el mar, si tú se lo mandas, se transformará en tierra seca. Y hasta podríamos escapar volando por el aire, si tú resolvieras que éste fuera el medio de salvación.

2. Después de hablar de este modo a Dios, Moisés golpeó el mar con la vara; al recibir el golpe se partió en dos y recogiendo las aguas quedó la tierra seca, como un camino, para que huyeran los hebreos. Viendo Moisés esa demostración de Dios y de que el mar había dejado su lugar a la tierra firme, entró primero y ordenó a los hebreos que lo siguieran por el camino divino y se regocijaron por el peligro que corrían los enemigos que los seguían; y dio gracias a Dios por la sorprendente salvación que les mandaba.

3. Los hebreos no se detuvieron; avanzaron con firmeza, guiados por la presencia entre ellos de Dios. Los egipcios creyeron al principio que lo hacían distraídos y marchaban a ciegas hacia una destrucción segura. Pero cuando los vieron recorrer un gran trecho sin sufrir ningún daño y sin encontrar obstáculos ni dificultades en su marcha, se apresuraron a perseguirlos, pensando que el mar se mantendría sereno también para ellos. Con la caballería a la cabeza, penetraron en el mar. Los hebreos, mientras aquéllos perdían tiempo colocándose las armaduras, se adelantaron y escaparon, llegando indemnes a la otra orilla.

Los otros se sintieron animados y los persiguieron, creyendo que tampoco a ellos les sucedería ningún daño. Pero los egipcios no sabían que habían entrado en un camino hecho únicamente para los hebreos y no para otros; un camino hecho para la salvación de los que estaban en peligro y no para los que estaban empeñados en la



destrucción de los demás. Por eso no bien estuvo en él la totalidad del ejército egipcio, el mar volvió a su sitio, descendieron las aguas impulsadas por el viento y envolvieron a los egipcios. Abundantes lluvias bajaron asimismo del cielo, con terribles truenos y relámpagos y descargas de fuego. No faltó nada de lo que Dios suele usar para indicar su ira; una noche oscura y lúgubre los rodeó y perecieron todos los hombres, no quedando ni uno solo que pudiera llevar la información de la calamidad al resto de los egipcios.

4. Los hebreos no pudieron contener su gozo ante su maravillosa liberación y la destrucción de sus enemigos; se creyeron firmemente a salvo, porque aquellos que los hubieran obligado a volver a la esclavitud habían sido destruidos, y vieron que Dios era evidentemente su protector. De este modo escaparon los hebreos al peligro y como vieron que sus enemigos habían sido castigados con una pena de la que no había memoria entre los hombres, se pasaron toda la noche cantando himnos y regocijándose. Moisés compuso una canción a Dios, en versos hexámetros, expresando sus alabanzas y agradeciéndole su bondad.

5. En cuanto a mí, relaté todas las partes de esta historia tal como las hallé en los libros sagrados. Que a nadie le extrañe la rareza de la narración, y no piense si la senda que se abrió ante esos hombres de la antigüedad, libres de la maldad de las edades modernas, fue obra de la voluntad de Dios o fruto del azar. Porque ante los acompañantes de Alejandro, rey de Macedonia, que vivió comparativamente hace poco tiempo, el mar de Panfilia se retiró y les abrió paso, cuando no tenían otro camino por donde ir, y eso ocurrió cuando fue la voluntad de Dios destruir la monarquía de los persas. El hecho lo reconocen como auténtico todos los que han escrito sobre las acciones de Alejandro. Pero de estos acontecimientos que cada cual resuelva a su gusto.

6. Al día siguiente Moisés reunió las armas de los egipcios, que fueron llevados al campo de los hebreos por la corriente del mar, impulsada por la fuerza del viento. Y conjeturó que también aquello había ocurrido por la providencia divina, para que no carecieran de armas. Después de ordenar a los hebreos que las tomaran, los guió hacia el monte Sinaí, para ofrecer sacrificios a Dios, y dar ofrendas por la salvación de la multitud, como se lo habían indicado de antemano.

# LIBRO III

*Abarca un intervalo de dos años*

# CAPÍTULO I

*Moisés lleva al pueblo al monte Sinaí, después de experimentar numerosos sufrimientos en el viaje*

1. Después de obtener esa maravillosa liberación, los hebreos se encontraron con el problema del campo, que era completamente desierto y no daba ningún sustento. Había también muy poca agua, que era insuficiente para los hombres y no alcanzaba para dar de beber al ganado. La tierra estaba reseca y no tenía humedad que permitiera nutrir vegetales. Se vieron obligados a viajar por ese campo, porque no había otro por el que pudieran hacerlo.

Habían llevado consigo agua de la tierra por donde habían viajado antes, como les ordenó que hicieran su conductor. Pero cuando se hubo consumido, se vieron obligados a sacar agua de pozos, penosamente, por la dureza de la tierra. Además el agua que encontraron era amarga, no potable, y escasa.

Siguieron viajando y llegaron al atardecer a un sitio llamado Mar, nombre éste que tenía por la mala calidad de sus aguas, porque *mar* significa amargo. Llegaron allí afligidos por el cansancio del viaje y la falta de alimentos, que para ese entonces ya era completa.

Había allí una fuente, que los indujo a acampar en ese sitio, y que aunque no era bastante para satisfacer a un ejército tan grande, les dio algún ánimo el haberla hallado en ese sitio del desierto, sobre todo porque se habían enterado por los que habían ido a investigar, que si seguían más adelante no encontrarían nada. Pero aquella agua era amarga y no potable para los hombres, e intolerable para los animales.

2. Moisés vio que el pueblo estaba decaído y que las palabras no serían eficaces en esas circunstancias; porque no se trataba de un ejército corriente de hombres, que podía oponer fortaleza masculina a la necesidad que los agobiaba. La multitud de los niños, y también de las mujeres, demasiado débiles para ser persuadidos por la razón, entorpecían el valor de los hombres. Moisés se vio por eso en grandes dificultades y tuvo que cargar con las calamidades de todos. Porque todos corrieron hacia él, a pedirle socorro. Las mujeres pedían por sus niños, los hombres por las mujeres, que no los abandonara y buscara algún medio de salvarlos.

Moisés comenzó a rogar a Dios que cambiara la condición del agua y la hiciera buena para beber. Acordado por Dios ese favor, tomó la punta del palo que encontró tirado a sus pies y lo dividió por la mitad, prolongando la sección a todo lo largo<sup>[32]</sup>. Luego lo dejó caer en el pozo, asegurando a los hebreos que Dios había accedido a sus ruegos, prometiendo volver el agua tal como ellos querían que fuera, siempre que obedecieran los que les iba a mandar; pero no de manera remisa o negligente. Cuando

le preguntaron qué era lo que debían hacer para que mejorara el agua, ordenó al más fuerte de los que estaban a su lado, que sacara agua del pozo. Y les dijo que cuando hubieran sacado la mayor parte del agua, el resto sería potable. Trabajaron tanto hasta que el agua, agitada y purificada quedó apropiada para beber<sup>[33]</sup>.

3. Luego partieron de allí y llegaron a Elis, sitio que desde lejos parecía bueno, porque había un bosquecillo de palmeras; pero cuando estuvieron cerca vieron que era un mal sitio, porque las palmeras eran sólo setenta, y eran árboles mal crecidos, rastreros, por falta de agua. Toda la tierra estaba seca; de los manantiales, de los que había doce, no llegaba la humedad suficiente para hacerla útil. Más que fuentes eran sitios húmedos de los que no brotaba agua y que no podían regar suficientemente los árboles.

Cavaron en la arena, pero no hallaron agua. Las pocas gotas que podían recoger en las manos eran inservibles por el barro. Los árboles eran demasiado flojos para producir frutos, por falta de agua que los vivificara. La multitud echó la culpa a su conductor y formuló graves quejas contra él. Dijo que a él le debían la miserable situación en que se hallaban y la adversidad que estaban experimentando; porque para ese entonces ya habían viajado durante treinta días<sup>[34]</sup> 1 y se habían agotado todas las provisiones que llevaran consigo; como no encontraban alivio, se hallaban desalentados. Al fijar su atención únicamente en su desgracia actual, no recordaban las mercedes que habían recibido de Dios, ni las que les diera la sabiduría de Moisés. Muy enojados con su conductor sentían fervorosas intenciones de apedrearlo, como responsable directo de sus desdichas<sup>[35]</sup>.

4. En cuanto a Moisés, mientras la multitud estaba amargada e irritada con él, confiaba animosamente en Dios y tenía conciencia de la atención con que había cuidado a su pueblo. Se puso en medio de ellos, aunque todos gritaban en su contra y tenían piedras en las manos para arrojárselas. Era de muy agradable presencia y sabía persuadirlos con sus discursos; comenzó a mitigar su enojo y los exhortó a no preocuparse excesivamente por sus actuales adversidades, no fueran a sufrir con ellas por haber dejado que se les fueran de la memoria los beneficios que antes les habían sido otorgados; y les pidió que de ningún modo, debido a sus presentes infortunios, arrojaran de la memoria los grandes y maravillosos favores y dones que habían obtenido de Dios, y que esperaran en cambio la salvación de sus problemas de los que ahora no podían desprenderse, por medio de la divina providencia que los vigilaba. Siendo posible que Dios estuviese poniendo a prueba su virtud, ejercitándoles la paciencia con esas adversidades, para apreciar su fortaleza y la memoria que conservaban de su anterior maravillosa actuación en su beneficio y para ver si se acordarían de ello cuando estuvieran sufriendo miserias. Les dijo que al parecer no eran buenos hombres, ni en paciencia ni en recordar lo que les habían hecho con tanto éxito, a veces despreciando a Dios y sus mandamientos, siendo que por esos mandamientos habían salido de la tierra de Egipto, y a veces portándose mal con él, que era el siervo de Dios y eso que nunca los había engañado, ni en lo que les

había dicho ni por lo que les había mandado hacer por orden de Dios. También les recordó todo lo que anteriormente había pasado; que los egipcios habían sido destruidos cuando trataron de detenerlos, contra la orden de Dios, que un mismo río fue sangre para los otros, inapta para beber, y para ellos dulce y potable, que ellos pasaron por un camino nuevo abierto en el mar, el que se alejó a mucha distancia de ellos, y que de ese modo se salvaron y vieron luego destruidos a sus enemigos, y que cuando se encontraron carentes de armas Dios se las suministró en gran cantidad. De este modo les recordó todas las oportunidades en las que cada vez que parecía que iban a ser destruidos Dios acudía a salvarlos de manera asombrosa; y que conservaba el mismo poder, y que ni aun ahora debían desesperar de su providencia.<sup>[36]</sup>

Los exhortó por lo tanto a seguir tranquilos, y a que consideraran que la ayuda, aunque no viniese enseguida, no vendría demasiado tarde, si se presentaba antes de que sufrieran grandes desdichas. Que debían razonar que Dios no demoraba su ayuda porque no tuviese miramientos con ellos, sino porque primero quería probar su fortaleza y el placer con que tomaban su libertad, para averiguar si tenían el alma suficientemente grande como para soportar la falta de alimentos y la escasez de agua; o si preferían ser esclavos, como los animales son esclavos de los que les dan de comer generosamente, pero sólo para hacerlos más útiles para servirlos. En cuanto a él, no le preocupaba su propia seguridad, porque si moría injustamente, no lo consideraría una aflicción; más se preocupaba por ellos, por temor de que al arrojarle piedras a él los juzgaran como condenando a Dios mismo.

5. De este modo Moisés apaciguó al pueblo y la contuvo de apedrearlo y le hizo arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer. Como le pareció que la necesidad que sufrían hacía menos injustificable su pasión, pensó que debía apelar a Dios con oraciones y súplicas. Subió a una altura y pidió a Dios algún socorro para el pueblo, y alguna forma de librarlo de la necesidad que sufría, porque en él, y sólo en él, estaba su esperanza de salvación; y le pidió que perdonara lo que la necesidad había obligado a hacer al pueblo, porque estaba en la naturaleza de la humanidad ser difícil de satisfacer y quejarse ante la adversidad. Dios prometió que se ocuparía y les daría el socorro que pedían. Oyendo esto Moisés bajó a reunirse con la multitud; cuando lo vieron alegre ante las promesas que había recibido de Dios, se les cambió la expresión del rostro, que de triste se volvió jubilosa. Moisés se situó entre ellos y les dijo que venía a traerles la salvación de Dios de sus actuales desventuras.

En efecto, poco después llegó volando desde el mar una gran cantidad de codornices, aves que abundan más en ese golfo árabe que en otra parte; cuando estuvieron sobre ellos, fatigadas por su laborioso vuelo y volando siempre muy cerca de la tierra, cayeron entre los hebreos; éstos las cogieron y satisficieron con ellas su hambre, y supusieron que ése era el medio empleado por Dios para proveerles alimentos. Moisés agradeció a Dios por prestarles su asistencia más rápidamente de lo que les había prometido.

6. Después de ese primer suministro de alimentos, les envió otro. Cuando Moisés

levantaba sus brazos para orar, cayó un rocío. Moisés vio que era pegajoso en las manos y supuso que era otra comida que Dios les mandaba, y lo probó; y viendo que el pueblo no sabía lo que era y pensaba que era la nieve que habitualmente cae en esa época del año<sup>[37]</sup>, les dijo que ese rocío no había caído del cielo de la forma que ellos se imaginaban, sino para su preservación y sustento. Lo probó y les dio un poco para que pudieran comprobar lo que les había dicho. Imitaron a su conductor y les agradó el alimento, porque era dulce como la miel, de agradable gusto, pero de cuerpo como el del bedelio; se trataba de una especia dulce, igual por su tamaño a la semilla del coriandro. Lo reunieron activamente. Pero les habían ordenado recogerlo en cantidades iguales, un gomer por día para cada uno, porque ese alimento no vendría en cantidades demasiado pequeñas, para que los débiles no dejaran de tomar su parte a causa de que los fuertes recogieran demasiado.

De todos modos los fuertes que tomaban una cantidad mayor de la señalada, no obtenían más que los otros, sólo se cansaban más en el trabajo de recogerlo, porque no hallaron más que un gomer cada uno; el excedente no les sirvió, porque se pudrió por los gusanos y porque era amargo. ¡Qué alimento maravilloso y divino! También suplía la necesidad de otros alimentos al que los comía. Todavía ahora llueve el maná del cielo en ese sitio, en el que Moisés obtuvo que Dios lo enviara al pueblo para su sustento.

Los hebreos lo llamaron *maná*, por la partícula *man*, que en nuestra lengua equivale a la pregunta *¿Qué es esto?* Los hebreos se alegraron mucho con lo que les habían mandado del cielo. Usaron ese alimento cuarenta años, mientras estuvieron en el desierto.

7. Cuando se fueron de allí, se trasladaron a Rafidín, sufriendo sed en extremo. En los días anteriores habían obtenido agua en algunas pequeñas fuentes, pero ahora encontraron la tierra completamente seca y se encontraron en muy mala situación. Se volvieron de nuevo con su enojo contra Moisés, quien al principio eludió la furia de la multitud y luego oró a Dios, rogándole que si les había dado alimentos cuando lo necesitaban grandemente, les diera ahora agua, porque el favor de darles de comer no tenía valor si no tenían agua para beber.

Dios no tardó en darles el agua; prometió a Moisés que les conseguiría una fuente con abundancia de agua en un sitio donde no esperaban hallar ninguna. Le ordenó que golpeará con su vara la roca que veía a sus pies, y que recibiera de allí toda la que pedían; porque él se había ocupado de que el agua les llegara sin trabajo ni sufrimientos. Recibida la orden de Dios Moisés volvió al pueblo que lo esperaba, y todos confiaron en él porque lo vieron llegar apresuradamente de su eminencia.

No bien llegó les dijo que Dios los libraría de sus actuales inconvenientes y les había acordado un inesperado favor; y les informó que de aquella roca brotaría para ellos un río. Sorprendidos ante estas palabras, creyeron que tendrían que partir la roca a pedazos, fatigados como estaban por la sed y el viaje.

Pero Moisés abrió un pasaje con sólo golpear la roca con su vara, y de ahí manó

el agua, clara y abundante. Estupefactos ante aquel maravilloso resultado, sintieron satisfecha la sed, por así decirlo, con sólo ver el agua. Y bebieron el agua, que encontraron grata y dulce, como un verdadero presente de Dios. El pueblo sintió también admiración por la manera como Moisés era honrado por Dios; y agradecieron a Dios con sacrificios por su providencia hacia ellos. Esa Escritura que hay en el Templo nos informa de qué modo Dios anunció a Moisés que saldría el agua de la roca.

## CAPÍTULO II

*Los amalecitas y las naciones vecinas hacen guerra a los hebreos y son derrotados, perdiendo gran parte de su ejército*

1. El nombre de los hebreos ya había comenzado a ser conocido en todas partes, llegando hasta el extranjero los rumores de sus actividades. Lo cual hizo concebir no poco miedo a los habitantes de los países. Se enviaron embajadores, exhortándose recíprocamente a defenderse, y a empeñarse en destruir a aquellos hombres. Los que indujeron a los demás a hacerlo fueron los que habitaban en Goboltis y Petra. Se llamaban los amalecitas, y eran la nación más guerrera de todas las que vivían en los alrededores. Sus reyes se exhortaron entre sí y también a los vecinos a hacer la guerra a los hebreos diciéndoles que un ejército de extranjeros que habían huido de la esclavitud en Egipto, aguardaba para exterminarlos; que ese ejército, por prudencia y por seguridad, no debía ser descuidado, sino aplastado antes de que se hiciera más fuerte y prosperara. Que había que anticiparse a iniciar las hostilidades, porque sería indolencia no hacerlo.

«Debemos vengarnos por lo que hicieron en el desierto, pero no podremos hacerlo cuando hayan puesto sus manos sobre nuestras ciudades y nuestras posesiones. Los que se empeñan en aplastar un poder que surge, son más sabios que los que tratan de detener su progreso cuando se vuelve poderoso; porque estos últimos sólo parecen enojarse ante el florecimiento de los otros, en tanto que los anteriores no dan tiempo a sus enemigos a que puedan serles perjudiciales».

Después de enviar las embajadas a las naciones vecinas y unas a las otras, resolvieron atacar a los hebreos en batalla.

2. El proceder de esos pueblos causó perplejidad y preocupación a Moisés, que no esperaba sus aprestos bélicos. Cuando los países estuvieron listos para combatir, y la multitud de los hebreos se vio obligada a probar la suerte de la guerra, se hallaron en un gran desorden, carentes de todo, y tuvieron que pelear con hombres que estaban bien preparados para ello. Por eso Moisés comenzó a animarlos, a exhortarlos a templar los corazones, y a confiar en la ayuda de Dios, con la cual habían adelantado hasta encontrarse en libertad, y a esperar la victoria sobre los que estaban prontos a pelear con ellos para privarlos de esa bendición. Debían suponer, les dijo, que su ejército era numeroso, que no les faltaba nada, ni armas, ni dinero, ni provisiones, ni ninguna de esas otras ventajas que cuando los hombres las poseen pelean intrépidamente. Y que debían considerar que tenían todas esas ventajas en la asistencia divina.

También debían suponer que el ejército del enemigo era pequeño, desarmado, débil y carente de esas conveniencias que ellos sabían que son necesarias cuando es la voluntad de Dios que sean derrotados. Que la asistencia de Dios era valiosa ya lo



sabían por experiencia, lo habían conocido en numerosas pruebas; y todas ellas más terribles que la guerra, que sólo es contra hombres, mientras que aquéllas eran el hambre y la sed, cosas realmente por su propia naturaleza insuperables; y también contra montañas, y ese mar que no les permitía huir. Sin embargo todas esas dificultades habían sido vencidas por la graciosa amabilidad de Dios para con ellos. Los exhortó a ser valientes en la ocasión y a considerar que toda su prosperidad dependía de su actual victoria sobre el enemigo.

3. Con estas palabras Moisés animó a la multitud, y luego reunió a los principales de las tribus y a sus jefes, separada y conjuntamente. A los jóvenes les encargó que obedecieran a los mayores, y a los mayores a obedecer a los conductores. El pueblo se sintió exaltado y estuvo dispuesto a probar la fortuna en la batalla, esperando que de ese modo se vería libre al fin de sus miserias. Más aún, pidieron a Moisés que los llevara inmediatamente contra sus enemigos sin la menor demora, porque ningún atraso podría obstaculizar su presente resolución. Moisés agrupó a los que eran aptos para la guerra en diferentes tropas; y los puso a las órdenes de Josué hijo de Nun, de la tribu de Efraím, hombre de gran valor y paciencia para el trabajo y de gran capacidad para entender y para hablar lo que era apropiado; muy serio en su adoración a Dios y, verdaderamente como Moisés, maestro de piedad. Destinó una pequeña parte de los hombres armados para que se apostaran junto al agua y cuidaran a los niños, las mujeres y el campamento. Toda la noche se prepararon para la guerra; tomaron las armas, las que estaban bien hechas, y prestaron atención a sus comandantes, listos para correr a la lucha en cuanto Moisés diera la voz de orden. Moisés también se quedó despierto, enseñando a Josué a ordenar el campo.

Al despuntar el día, Moisés volvió a llamar a Josué y lo exhortó a realizar la hazaña que los hombres esperaban de un hombre de su reputación y a ganar gloria con la expedición, ante la opinión de esos hombres, con sus proezas en la batalla. Hizo escuchar también una exhortación especial a los principales de los hebreos, y alentó a todo el ejército reunido delante de él. Animados de ese modo los hombres, con su acción y su palabra, se retiró a una montaña, encomendando el ejército a Dios y a Josué.

4. Los ejércitos se trabaron en lucha; llegaron a combatir cuerpo a cuerpo, revelando por ambas partes gran actividad y animándose unos a otros. Cuando Moisés tendía los brazos al cielo, los hebreos dominaban a los amalecitas. Pero como no podía mantener todo el tiempo los brazos extendidos (cuando bajaba los brazos su pueblo llevaba la peor parte), dijo a su hermano Aarón y a Ur, el marido de su hermana Miriam, que se pusieran uno a cada lado y le sostuvieran las manos para que pudiera mantener los brazos extendidos a pesar del cansancio.

Con esto los hebreos vencieron a los amalecitas, los que habrían perecido todos si la llegada de la noche no hubiera obligado a los hebreos a desistir de seguir matándolos. Así obtuvieron nuestros antepasados una victoria muy señalada y oportuna; no sólo dominaron a los que peleaban contra ellos, sino que además

aterrorizaron a las naciones vecinas y obtuvieron una grande y espléndida ventaja. Porque cuando tomaron el campamento de los enemigos, conquistaron un botín para el pueblo y para sus familias privadas, siendo que hasta entonces no tenían abundancia de nada y ni siquiera de los alimentos necesarios.

La referida batalla, una vez triunfantes, fue también motivo de su prosperidad, no sólo para el presente sino también para las edades futuras. Porque no sólo esclavizaron el cuerpo de sus enemigos, sino que subyugaron también sus mentes y, después de esa batalla, se hicieron terribles para todos los que vivían alrededor de ellos. Adquirieron además una vasta cantidad de riquezas, porque quedó en el campamento del enemigo una gran porción de plata y oro; también vasijas de bronce, de las que usaban las familias, muchos utensilios, bordados, de dos clases, es decir, de los que estaban tejidos y de los que eran adornos de sus armaduras, y otras cosas que servían para uso de las familias y para el moblaje de las habitaciones. También obtuvieron la presa del ganado y de todo lo que suele seguir por el campo a los campamentos cuando se trasladan de un sitio a otro<sup>[38]</sup>. Los hebreos se valoraron por su valentía y reclamaron el mérito de su valor. Y se acostumbraron perpetuamente a sobrellevar penurias, con las que juzgaban que todas las dificultades pueden ser superadas. Éstas fueron las consecuencias de la batalla.

5. Al día siguiente Moisés despojó los cuerpos de sus enemigos y reunió los armamentos de los que habían huido, y entregó recompensas a los que se habían destacado en la acción.

Y recomendó sumamente a Josué, el general del ejército, con el testimonio de todos los hombres, por las grandes acciones que había realizado.

Ningún hebreo fue muerto, y las muertes del ejército enemigo fueron demasiado grandes para ser enumeradas. Moisés ofreció sacrificios de agradecimiento a Dios, y levantó un altar al que llamó Dios conquistador. Anticipó además que los amalecitas serían completamente destruidos y que en adelante no quedaría ninguno, porque habían peleado contra los hebreos, cuando éstos se hallaban en el desierto y afligidos. Luego obsequió una fiesta al ejército.

De este modo libraron su primera batalla con los que se aventuraron a oponerse a ellos, después de su salida de Egipto. Cuando Moisés celebró el festival de la victoria, permitió a los hebreos que descansasen unos días, y luego los hizo formar en orden de batalla, porque ahora tenía muchos soldados en armadura liviana. Avanzando gradualmente, llegaron al monte Sinaí, tres meses después de haber salido de Egipto; era la montaña donde, como hemos relatado anteriormente, habían ocurrido la visión de la zarza y las demás apariciones milagrosas<sup>[39]</sup>.

## CAPÍTULO III

*Moisés recibe amablemente a su suegro Jetro, cuando va a visitarlo al monte Sinaí.*

1. Cuando Ragüel<sup>[40]</sup>, el suegro de Moisés, supo el próspero estado de sus asuntos, fue alegremente a su encuentro y dio una buena acogida a Moisés, a Séfora, su mujer, y a sus hijos<sup>[41]</sup>. Moisés se alegró sobremanera de su llegada. Después de ofrecer sacrificios hizo una fiesta para la multitud junto a la zarza que había visto anteriormente; todos participaron con sus familias. Aarón y su familia se reunieron con Ragüel y cantaron himnos a Dios, como autor y procurador de su liberación y su libertad. También elogiaron a su conductor, por cuya virtud les habían salido todas las cosas tan bien. Ragüel hizo grandes elogios a toda la multitud por el agradecimiento que testimoniaba a Moisés. Y admiró a Moisés por su fortaleza, y la humanidad que había demostrado en la salvación de sus amigos.

## CAPÍTULO IV

*Ragüel sugiere a Moisés que ordene al pueblo, nombrando Jefes y capitanes.  
Moisés acepta el consejo de su suegro*

1. Al día siguiente Ragüel vio a Moisés rodeado por una multitud de asuntos. (Porque él dilucidaba las diferencias de los que se las sometían, yendo todos a verlo a él porque suponían que sólo obtendrían justicia si él era el árbitro; los que perdían sus causas no pensaban mal porque consideraban que las habían perdido justamente, y no con parcialidad.) Ragüel no dijo nada en ese momento, para no estorbar a los que hacían uso de la virtud de su conductor. Pero luego llevó a Moisés aparte y cuando estuvieron solos le instruyó sobre lo que debía hacer; le aconsejó que dejara las causas menores a otros, y él se ocupara sólo de las grandes, y de la seguridad del pueblo; porque podrían encontrarse otros hebreos aptos para juzgar causas, pero nadie más que Moisés podía ocuparse de la seguridad de tantas decenas de miles.

—No seas impasible ante tu propia virtud —le dijo—, y ante lo que has hecho administrando a las órdenes de Dios para la salvación del pueblo. Deja, pues, que otros juzguen las causas comunes, y tú resérvate únicamente para la atención de Dios. Busca métodos de preservar a la multitud de su actual aflicción. Usa el método que te sugiero para los asuntos humanos; pasa revista al ito y nombra jefes selectos sobre decenas de miles, y luego sobre miles; luego divídelos en grupos de quinientos, luego de cien, y luego de cincuenta. Nombra capitanes para cada uno de esos grupos, que podrán distinguirlos en grupos de treinta y mantenerlos en orden. Finalmente enuméralos en grupos de veinte y de diez. Que cada número tenga un comandante, para ser designados por el número que dirijan; pero hombres probos que la multitud apruebe como buenos y justos. Y que esos jefes decidan las controversias que surjan entre ellos. Y si se produce alguna causa grande, que la traigan ante los jefes de mayor dignidad; y si surge alguna dificultad grande que ni aun ellos pueden resolverla, que te la envíen a ti. De ese modo habrá dos ventajas: los hebreos tendrán justicia y tú podrás servir constantemente a Dios y procurar de él que sea más favorable a su pueblo.

2. Ésta fue la admonición de Ragüel; Moisés recibió amablemente su consejo, y actuó de acuerdo con su sugestión. No ocultó quién había ideado el método, ni pretendió que fuera de su invención. Informó a la multitud quién había sido. Y nombró a Ragüel en los libros que escribió, como la persona que había creado esa ordenación del pueblo, considerando justo dar un testimonio verdadero a las personas valiosas, aunque pudiese haber obtenido reputación adjudicándose las invenciones de otros hombres. De ahí podemos conocer la virtuosa disposición de Moisés. Pero a esta disposición tendremos ocasión apropiada para referirnos en otras partes de estos libros.

# CAPÍTULO V

## *Moisés sube al monte Sinaí y recibe leyes de Dios, y las entrega a los hebreos*

1. Moisés reunió a la multitud y anunció que se iría al monte Sinaí, a conversar con Dios, y a recibir de él cierto oráculo que traería consigo. Les ordenó que plantaran sus tiendas cerca de la montaña, prefiriendo la habitación próxima a Dios, y no la lejana. Dicho esto ascendió al monte Sinaí, que es la montaña más alta de esa tierra, y no sólo es difícil de escalar para los hombres por su enorme altura, sino también por la escabrosidad de sus precipicios. No se puede mirarla sin sentir los ojos doloridos. Además era terrible e inaccesible por el rumor de que Dios moraba en ella.

Los hebreos levantaron sus tiendas, como Moisés les había ordenado, y tomaron posesión de la falda de la montaña, y aguardaron con el ánimo elevado a que Moisés volviera de su encuentro con Dios trayendo promesas de las buenas cosas que les había propuesto. Hicieron un banquete y aguardaron a su conductor, y se mantuvieron puros, entre otras cosas, en no juntarse con sus mujeres durante tres días, como les ordenara anteriormente. Y rogaron a Dios que recibiera favorablemente a Moisés en su conversación con él; y que les concediera dones con los cuales pudieran vivir bien. Hicieron también comidas más abundantes, y adornaron a sus mujeres e hijos con ropas más decentes que de costumbre.

2. Pasaron dos días en esas fiestas, pero el tercer día, antes de que saliera el sol, se tendió sobre todo el campamento de los hebreos una nube tal como nadie la había visto anteriormente y rodeó el sitio donde habían plantado las tiendas. Mientras todo el resto del aire estaba limpio, a ese sitio llegaron fuertes vientos que levantaron grandes chubascos, los que se transformaron en una poderosa tempestad. Había unos relámpagos terribles que espantaban la vista. Truenos y rayos caían, declarando que Dios estaba presente de manera benigna para aquellos con los que Moisés quería que fuera benigno.

Respecto a estos hechos, mis lectores pueden pensar lo que a cada cual le plazca. Yo tengo que contar esta historia, tal como figura en los libros sagrados. Ese espectáculo, y los sorprendentes ruidos que herían los oídos, perturbaron a los hebreos en sumo grado, porque no estaban acostumbrados a ellos. Luego el rumor extendido de que Dios habitaba habitualmente en aquella montaña, les impresionó grandemente, y se encerraron apesadumbrados en sus tiendas, suponiendo que Moisés sería destruido por la ira divina y esperando igual destrucción para ellos.

3. Estando dominados por esos temores, apareció Moisés jubiloso y muy exaltado. Cuando lo vieron perdieron el miedo y concibieron mayores esperanzas para lo futuro. También el aire, después de aparecer Moisés, se limpió de todo su desorden anterior.

Moisés congregó al pueblo para que oyera lo que Dios le dijera. Una vez

reunidos, subió a una eminencia desde la cual pudieran oírlo, y dijo:

—Hebreos, Dios me recibió amablemente como lo había hecho antes. Y sugirió un método feliz de vida para vosotros y un orden de gobierno político, y está ahora presente en este campamento. Os encargo por eso, por él y por sus obras, y por lo que hemos hecho con su intermedio, que no deis poco valor a lo que voy a deciros, porque los mandamientos que ahora os entrego no son la palabra de un hombre; si consideráis la gran importancia de las cosas mismas, comprenderéis la grandeza de aquel que los instituyó, y que no desdeñó comunicármelos para nuestro común beneficio. Porque no debe suponerse que el autor de esas instituciones es simplemente Moisés, el hijo de Amram y Joquebed, sino de aquel que obligó al Nilo a llevar sangre por vosotros, el que domó la altivez de los egipcios con varias clases de sentencias, el que nos abrió un camino por el mar, el que ideó un medio para enviarnos alimentos del cielo cuando nos afligía su falta, el que hizo salir agua de una roca, cuando era poca la que teníamos, el que hizo que Adán compartiera los frutos de la tierra y del mar, el que dio los medios para que Noé escapara al diluvio, el que hizo que nuestro antepasado Abraham, peregrino nómada, se convirtiera en el heredero de Canaán, el que hizo que Isaac naciera de padres muy viejos, el que hizo que Jacob se viera adornado de doce hijos virtuosos, el que hizo que José fuera el poderoso señor de los egipcios. Es él quien os envía estas instrucciones, siendo yo su intérprete. Que sean venerables para vosotros. Sustentadlas con más firmeza que a vuestras mujeres e hijos. Porque si las seguís llevaréis una vida feliz, gozaréis de los frutos de la tierra, veréis tranquilo el mar y los frutos del vientre nacerán completos, como lo exige la naturaleza. Seréis, además, terribles para vuestros enemigos. He sido recibido ante Dios y he oído su voz incorruptible, porque es grande su preocupación por vuestra nación y su permanencia.

4. Dicho esto condujo a los hebreos, con sus mujeres e hijos, tan cerca de la montaña, que pudieron oír a Dios mismo que les hablaba sobre los preceptos que debían practicar, para que la energía de lo que debía decir no sufriera daño al ser pronunciada por la lengua de un hombre, que sólo podía ofrecerla a su comprensión de manera imperfecta. Todos oyeron una voz que les llegaba de arriba, de tal modo que no se les escapó ni una sola de las palabras, que Moisés escribió en dos tablas, y que no nos es permitido anotar directamente; pero vamos a declarar su importancia.

5. El primer mandamiento nos enseña que no hay más que un Dios, y que sólo a él debemos adorar. El segundo nos ordena no hacer ninguna imagen de animal para adorarla<sup>[42]</sup>. El tercero, que no debemos jurar por Dios falsamente. El cuarto, que debemos guardar el séptimo día, descansando de toda clase de trabajo. El quinto que debemos honrar a nuestros padres. El sexto que debemos abstenernos de matar. El séptimo, que no debemos cometer adulterio. El octavo, que no debemos ser culpables de robo.

El noveno, que no debemos prestar falso testimonio. El décimo, que no debemos cobijar deseos de lo que sea de otros.

6. La multitud se regocijó al oír a Dios mismo dar los preceptos de los cuales les había hablado Moisés, y la congregación se disolvió. Pero durante los días siguientes fueron a la tienda de Moisés pidiéndole que les trajera otras leyes de Dios. Moisés anotó esas leyes y luego les informó de qué manera debían desempeñarse en todos los casos. A estas leyes me referiré a su debido tiempo. Pero la mayoría la reservaré para otro libro, donde daré de ellas una clara explicación.

7. Al llegar las cosas a este punto, Moisés subió de nuevo al monte Sinaí, anunciándolo de antemano. Ascendió en presencia de todos; y como estuviera ausente mucho tiempo (porque permaneció allí cuarenta días), se apoderó el temor de los hebreos de que le hubiera ocurrido algún daño. No había nada tan triste y que tanto les perturbara, como la idea de que Moisés hubiera perecido. Hubo una variante en los sentimientos hacia él; algunos decían que había caído entre fieras, siendo de esta opinión en su mayoría los que estaban mal dispuestos hacia él; otros decían que había partido y se había ido con Dios; pero los más prudentes se dejaban guiar por la razón y no encontraban satisfacción en ninguna de estas opiniones, pensando que si sucedía a veces que los hombres cayeran entre las fieras y perecieran, también era posible que por su virtud hubiese partido y se hubiese ido con Dios. Permanecieron por lo tanto tranquilos a la espera de los acontecimientos. Pero les dolía mucho la suposición de que hubiesen perdido a un gobernador y protector, que no podrían nunca recobrar; ni esta sospecha les daba autorización para esperar ningún hecho confortante sobre aquel hombre, ni podían reprimir su preocupación y melancolía. No obstante el campamento no se movió de su lugar, porque Moisés les había ordenado que permanecieran allí.

8. Cuando pasaron los cuarenta días, con otras tantas noches, Moisés regresó, no habiendo probado bocado de ninguna comida indicada habitualmente para la alimentación de los hombres. Su aparición llenó al ejército de alegría, y él les declaró los cuidados que Dios sentía por ellos, y con qué conducta de vida podrían vivir felices; les dijo que durante esos días de su ausencia le había sugerido que hiciera construir un tabernáculo para él, al que descendería cuando viniera a reunirse con ellos, y de qué modo «deberemos conducirlo con nosotros cuando nos vayamos de este sitio. Ya no habrá necesidad de subir al monte Sinaí, porque él vendrá a ocupar su tabernáculo y estará presente durante nuestras oraciones». También dijo que el tabernáculo debía ser de las medidas y de la construcción que le había indicado, y que había que poner manos a la obra y hacerlo con diligencia.

Dicho esto les mostró las dos tablas, con los diez mandamientos grabados en ellas, cinco en cada tabla<sup>[43]</sup>; la escritura era de la mano de Dios.

## CAPÍTULO VI

*El tabernáculo que Moisés construye en el desierto en honor de Dios, y que sirve de templo*

1. Jubilosos por lo que habían visto y oído a su conductor, los israelitas no fueron remisos en demostrar sus habilidades; trajeron plata, oro y bronce, maderas de las mejores clases, que no se arruinarían por la putrefacción, pelo de camellos, cueros de carnero, algunos de ellos teñidos de azul, otros de rojo. Unos trajeron la flor para el color púrpura, otros para el blanco, y lana, teñida con las flores nombradas, y lino fino, y piedras preciosas, que los que usaban adornos costosos engastaban en monturas de oro. Llevaron también gran cantidad de especias.

Con estos materiales Moisés construyó el tabernáculo, que no difería en nada de un templo móvil y ambulante. Reunidas con gran diligencia todas esas cosas, porque todos tenían la ambición de hacer más de lo que podían, nombró los arquitectos para la obra, por orden de Dios, que fueron por cierto los mismos que el pueblo habría elegido si les hubiesen encargado la elección. Sus nombres figuran en los libros sagrados; eran Beseleel, hijo de Uri, de la tribu de Judá, nieto de Miriam, la hermana del conductor, y Eliab hijo de Isamac, de la tribu de Dan.

El pueblo prosiguió la tarea que había emprendido con tanta actividad que Moisés se vio obligado a contenerlos, proclamando que lo que habían traído era suficiente, según informaban los artífices. Se entregaron entonces a la construcción del tabernáculo. Moisés les informó, de acuerdo con las directivas de Dios, las medidas que debía tener, y su tamaño; y cuántos vasos debía contener para uso de los sacrificios. También las mujeres querían hacer su parte, con respecto a las vestimentas de los sacerdotes y de otras cosas, que harían falta, tanto para los ornamentos como para el mismo servicio divino. Preparadas todas las cosas, el oro, la plata, el bronce, los tejidos, Moisés, que había anunciado anticipadamente que se haría una fiesta, ofreciéndose sacrificios de acuerdo con la capacidad de cada cual, erigió el tabernáculo. Midió el atrio abierto, de cincuenta codos de ancho y cien de largo, puso columnas de bronce, de cinco codos de altura, veinte en cada uno de los costados más largos, y diez columnas en el ancho posterior. Todas las columnas tenían un anillo. Los capiteles eran de plata, pero las bases de bronce; parecían puntas de lanza y eran de bronce, fijas en el suelo. Pasaron cuerdas por los anillos, atados por la otra punta a clavos de bronce de un codo de largo, clavados en el suelo junto a cada columna, para sostener el tabernáculo y evitar que lo sacudiesen los vientos. Una cortina de lino fino y suave rodeaba todas las columnas, y colgaba libremente de los capiteles; envolvía todo el espacio y parecía una pared que lo rodeara.

Así fue la estructura de tres costados del recinto. El cuarto, que tenía cincuenta codos de longitud, era el frente del conjunto; veinte codos eran para la abertura de las



entradas, donde había dos columnas de cada lado, pareciendo puertas abiertas; estaban hechas totalmente de plata, pulidas, excepto las bases que eran de bronce. A cada lado de la entrada tres columnas, insertadas en la base cóncava del portal, con el que hacían juego. Rodeándolas había una cortina de lino fino. En el portal mismo, de veinte codos de largo y cinco de altura, la cortina era de púrpura, rojo y azul, lino fino y bordado con muchas y diversas clases de figuras, excepto figuras de animales. Dentro del portal estaba la jofaina de bronce para la purificación, con una base debajo, del mismo metal, donde el sacerdote pudiera lavarse las manos y rociarse los pies. Ésa fue la construcción ornamental del recinto que rodeaba el atrio del tabernáculo, y que estaba expuesto al aire libre.

2. En cuanto al tabernáculo mismo, Moisés lo ubicó en el centro de ese atrio, dando frente al este, de modo que recibiera los primeros rayos del sol. Su longitud, una vez instalado, era de treinta codos, y su ancho de doce. Una de las paredes daba al sud y la otra estaba expuesta al norte, quedando el oeste en la parte posterior. Fue necesario que su altura fuera igual a su ancho. Había también columnas de madera, veinte a cada lado; estaban talladas de forma rectangular, de un codo y medio de ancho y cuatro dedos de espesor; tenían colocadas de ambos lados finas placas de plata en dos lados, el de dentro y el de fuera; cada una de ellas tenía dos espigas de plata insertadas en la base, habiendo en cada base un receptáculo para recibir las espigas.

Las columnas de la pared del oeste eran seis. Las espigas y los quicios, exactamente fijados unos en otros, de modo que las juntas fueran invisibles, parecían una sola pared unida, cubierta de oro, por dentro y por fuera. El número de columnas era el mismo en los lados opuestos; había veinte en cada lado. Cada una de ellas tenía un espesor de un tercio de palmo, y de ese modo formaban los treinta codos entre ellos. Pero en la pared posterior, donde las seis columnas sólo sumaban nueve codos, hicieron otras dos columnas, de un codo, y las pusieron en las esquinas, haciéndolas igualmente finas como las otras<sup>[44]</sup>.

Todas las columnas tenían anillos de oro en la cara externa, como si se hubieran arraigado en las columnas, y formaban una fila por la que pasaron varillas forradas de oro, de cinco codos de largo cada una, las que unían las columnas pasando la cabeza de un varilla dentro de la otra, como las espigas insertas una en otra. En la pared de atrás sólo había una fila de varillas que pasaba por todas las columnas, en cuya fila entraban las puntas de las varillas de los costados de la pared más larga, machihembrados firmemente para que el tabernáculo no se moviera, ni sacudido por el viento ni por otros medios, y para que permaneciera continuamente quieto e inmóvil.

3. En cuanto a la parte interior, Moisés la dividió a lo largo en tres porciones. A diez codos del extremo más secreto Moisés situó cuatro columnas, hechas de igual manera que las otras y con la misma base, y colocadas a poca distancia una de otra. El espacio al que rodeaban estas columnas era el *lugar más sagrado*. El resto del

espacio era el *tabernáculo*, abierto para los sacerdotes.

Esta proporción de las medidas del tabernáculo resultaron ser una imitación de la organización del mundo; porque esa tercera parte que estaba dentro de las cuatro columnas, en la que no podían entrar los sacerdotes era, por así decir, un cielo, reservado a Dios. El espacio de los veinte codos era, por así decir, mar y tierra, accesible a los hombres; por eso esta parte estaba reservada a los sacerdotes.

Al frente, donde se hizo la entrada, pusieron columnas de oro, sobre bases de bronce, en número de siete; luego tendieron sobre el tabernáculo velos de lino fino, de color púrpura, rojo y azul, y bordados. El primer velo tenía diez codos por lado, y lo extendieron sobre las columnas que dividían el templo, ocultando el sitio más sagrado; ese velo hacía que esa parte no fuera visible para nadie. Todo el templo se llamaba *el lugar sagrado*, pero esa parte que estaba dentro de las cuatro columnas, en la que no podía entrar nadie, se llamaba el *sanctasanctórum*.

El velo era muy hermoso, bordado con las flores que produce la tierra<sup>[45]</sup>, y llevaba tejidas todas las variedades que pudieran ser ornamentales, exceptuando formas de animales. Había otro velo cubriendo las cinco columnas de la entrada. Era como el anterior en su tamaño, textura y color. En la esquina de cada columna un anillo lo sostenía de arriba abajo hasta la mitad de las columnas siendo la otra mitad una entrada para los sacerdotes que se deslizaban debajo de él. Sobre aquél había un velo de lino, del mismo largo que el anterior; se corría hacia un lado o hacia el otro por medio de cuerdas, cuyas anillas, fijadas en el tejido del velo y en las cuerdas, servían para correrlo y descorrerlo y para sostenerlo en las esquinas, de modo que una vez corrido no estorbaba la vista del santuario, sobre todo en los días solemnes. En otros días, especialmente cuando el tiempo amenazaba nevar, se extendía, suministrando al velo una cubierta de diversos colores. De ahí deriva nuestra costumbre de colocar sobre la entrada, después de la construcción del templo, un hermoso velo de lino.

Las otras diez cortinas tenían cuatro codos de ancho y veintiocho de largo, con broches de oro, para unir una cortina con otra, lo que hacían tan exactamente que parecían una sola cortina entera. Estaban extendidas sobre el templo y cubrían toda la parte superior y partes de las paredes, a los costados y por detrás, hasta un codo del suelo. Había otras cortinas del mismo ancho, pero una más en número, y más largas, porque tenían treinta codos de largo; estaban tejidas con pelo, con la misma delicadeza que las de lana, y caían flojamente hasta el suelo, pareciendo en el portal un frente triangular con una elevación; la undécima cortina era usada precisamente con ese objeto.

Encima de aquéllas había otras cortinas hechas de piel, que daban cubierta y protección a las hiladas, pero cuando hacía calor y llovía. Era grande la sorpresa de los que veían esas cortinas desde lejos, porque no se diferenciaban en nada del color del cielo. Las que estaban hechas de pelo y de piel llegaban hasta abajo como el velo del portal, y protegían contra el calor del sol y contra los daños que pudiera ocasionar

la lluvia. De ese modo fue erigido el tabernáculo.

4. También hicieron un arca, consagrada a Dios, de madera fuerte que no se pudría. La llamaban, en nuestro idioma, *erón*. Fue construida de este modo: Su largo era de cinco palmos, y su ancho y alto de tres palmos cada uno. Estaba toda recubierta de oro, por dentro y por fuera, de modo que no se veía la madera. Tenía además una cubierta, unida por medio de goznes de oro, y de una manera extraordinaria; la cubierta era pareja por todas partes, y no presentaba eminencias que ocultaran su exacta unión. Había además dos anillas de oro en cada uno de sus tablas más largas, que pasaban por toda la madera; corrían por ellas varillas de oro que se extendían por todo el largo de cada tabla, para que por medio de ellas se pudiera moverla y sacarla, cuando llegara la ocasión. Porque no era conducida en un carro por bestias de carga, sino en los hombros de los sacerdotes.

Sobre la cubierta había dos imágenes, que los hebreos llaman *querubim*. Son seres alados, pero su forma no es parecida a ninguna de las criaturas que hayan visto los hombres, aunque Moisés dijo que él había visto seres como éstos junto al trono de Dios. En esta arca puso las dos tablas que tenían escritos los diez mandamientos, cinco en cada una, dos y medio de cada lado. El arca la instaló en el santuario.

5. En el templo sagrado puso una mesa, como las de Delfos. Su largo era de dos codos, su ancho de un codo y su altura de tres palmos. Tenía patas, cuyas partes inferiores eran completas, como las que los dorios ponían en las camas, y las superiores de forma cuadrada. La mesa tenía un hueco en cada extremo, y una cornisa de cuatro dedos que la rodeaba como una espiral, por arriba y por abajo. En cada una de las patas había un anillo, cerca de la cubierta, por la que pasaban varas de madera dorada, para sacar la mesa cuando hacía falta, habiendo una cavidad donde se unía con los anillos. Porque no eran anillos enteros; antes de redondearse terminaban en agudas puntas, una de las cuales se insertaba en la parte prominente de la mesa y la otra en la pata; por ahí era conducida cuando viajaban.

En esa mesa, que se hallaba al norte del templo, no lejos de la parte más sagrada, había doce hogazas de pan ázimo, seis en cada pila, una sobre otra. Estaban hechas con dos décimas partes de la harina más pura; la décima parte es una medida de los hebreos, y contiene siete *cotylae* atenienses. Encima de las hogazas había dos redomas llenas de incienso. Cada siete días cambiaban hogazas, el día que nosotros llamamos el *sabat*; porque al séptimo día le decimos el *sabat*. Pero de esas hogazas volveremos a hablar en otro sitio.

6. Por encima de la mesa, cerca de la pared del sud, había un candelabro de oro fundido; hueco por dentro, pesaba cien minas, peso que los hebreos llaman *cincars*. Traducido al griego significa *talento*. Tenía sus borlas, sus lirios, sus granadas y sus cuencos (adornos que sumaban en total setenta); de ese modo la caña se elevaba desde una sola base y se desparramaba en tantos brazos como el número de planetas, incluyendo la luna. Terminaba en siete cabezas, puestas en fila, una al lado de la otra. Esos brazos llevaban siete lámparas, imitando el número de planetas, que miraban

hacia el este y hacia el sud, estando el candelabro en posición oblicua.

7. Entre el candelabro y la mesa que, como dijimos, estaban dentro del santuario, se hallaba el altar del incienso, hecho de madera, pero de la misma madera con que habían hecho los vasos anteriores, que no podía pudrirse. Estaba completamente revestido con una placa de oro. Su ancho en cada lado era de un codo, pero su altura el doble. Encima había una reja de oro, extendida sobre el altar, con una corona de oro que la rodeaba y a la que correspondían anillos y varas, por medio de los cuales los sacerdotes lo conducían cuando viajaban.

Delante de este tabernáculo erigieron un altar de bronce, pero hecho de madera por dentro, de cinco codos por lado y tres de alto, adornado igualmente con láminas de bronce brillantes como el oro. Tenía también un hogar de malla, porque como no tenía base para recibirla, el suelo recibía el fuego del hogar. Junto al altar estaban los tazones, las redomas, los incensarios, las calderas, hechas de oro. Los otros vasos, para los sacrificios, eran de bronce. Ésta era la construcción del tabernáculo; y éstos son los vasos que le correspondían.

## CAPÍTULO VII

### *Las vestimentas de los sacerdotes y del sumo sacerdote*

1. Había vestimentas especiales señaladas para los sacerdotes, tanto para los que ellos llaman *caneas*, como para el *anarabac*<sup>[46]</sup>, o sumo sacerdote. Cuando el sacerdote se dirige a hacer el sacrificio, se purifica con la purificación que prescribe la ley. En primer lugar se pone lo que se llama el *macanase*, que significa algo que se ata fuertemente. Es un calzón hecho de lino finamente retorcido y se pone sobre las partes privadas, introduciéndole las piernas como si fuera un pantalón; pero está cortado hacia la mitad y termina en los muslos, donde se ata fuertemente.

2. Encima se coloca una vestimenta de lino, hecha de fino lino torcido; se llama *quetomene*, que significa lino, porque al lino le decimos *quetón*. Esta vestimenta llega hasta los pies, y se ajusta al cuerpo. Tiene mangas fuertemente atadas a los brazos, está atada al pecho un poco más arriba de los codos, mediante un cinturón que a menudo lo rodea sobresaliendo cuatro dedos, pero está hecho con un tejido flojo que parece una piel de serpiente. Tiene bordadas flores rojas, púrpuras y azules, con lino finamente retorcido; la urdimbre es nada más que lino fino. Comienzan las vueltas en el pecho, y después de varias de ellas se ata y cuelga desde allí hasta las rodillas. El sacerdote se presenta de este modo con un aspecto agradable. Pero cuando está obligado a asistir un ofrecimiento de sacrificios, y cumplir con los servicios señalados, no se ve estorbado en sus movimientos, lo tira a la izquierda y se lo echa sobre el hombro. Moisés llamaba ese cinturón *abanez*, pero nosotros aprendimos de los babilonios a llamarlo *emián*, que es como ellos lo llaman.

Esta vestimenta no tiene partes sueltas ni vacías, y sólo una estrecha abertura para el cuello; se ata con unas cintas que cuelgan del borde, sobre el pecho y la espalda, y se ajusta sobre cada hombro; se llama *masabazanes*.

3. En la cabeza lleva una gorra, que no tiene forma cónica ni rodea toda la cabeza, pero la cubre hasta más de la mitad; se llama *masnemftes*. Está hecha de manera que parece una corona, de gruesas fajas, pero la contextura es de lino; está cosida después de dar varias vueltas. Además un trozo de fino lino cubre la gorra por la parte superior, y llega hacia abajo por la frente, y tapa las costuras de las fajas, que sería indecente que se vieran. Se adhiere fuertemente en la parte sólida de la cabeza, y queda fijada con tanta firmeza que no se puede caer durante el sagrado servicio de los sacrificios. Con esto les hemos indicado cuál era el ropaje de la generalidad de los sacerdotes.

4. El sumo sacerdote se adornaba con las mismas vestimentas que hemos descrito, sin descontar ninguna; sólo que encima se ponía un ropaje de color azul. Es un manto también largo, que llega hasta los pies. En nuestro idioma se llama *meeir*, y se ata con

un cinturón, bordado con los mismos colores y flores de los demás, y entretejido con hilos de oro. Del borde inferior de este manto cuelgan flecos, del color de la granada, con campanillas doradas, en una hermosa combinación; una granada entre dos campanillas, y entre dos granadas una campanilla. Este vestido no estaba compuesto de dos piezas, ni estaba cosido en los hombros y los costados; era una sola vestimenta larga, tejida de tal modo que le quedara una abertura en el cuello, la que no era oblicua, sino partida a lo largo del pecho y la espalda. Llevaba cosido un reborde, para que la abertura no pareciera demasiado indecente. También estaba partida por donde salían los brazos.

5. Aparte de esa prenda el sumo sacerdote se ponía otra, que se llamaba *efod*, y era parecida al *epomis* de los griegos. Se hacía de la siguiente manera. La tejían hasta un espesor de un codo, de varios colores, con oro entretejido y bordados, dejando el centro del pecho descubierto. Tenía mangas, y no se diferenciaba de una chaqueta corta. Pero en el sitio vacío de esta prenda se insertaba una pieza del tamaño de un palmo, bordada con oro y los demás colores del efod, y que se llama *esen*, lo que en griego significa *oráculo*. Esta pieza llenaba exactamente el espacio vacío del efod, al que iba unida por anillos de oro en todas las esquinas, iguales a los anexados al efod, y atado con una cinta azul. Para que el espacio entre los anillos no quedara vacío lo llenaban con puntadas de cintas azules. Había también dos sardónices en los hombros del efod, para asegurarlos como si fueran botones, haciendo correr los dos bordes hasta los sardónices para poder abrocharlos. Llevaban grabados los nombres de los hijos de Jacob en nuestra lengua y con nuestro alfabeto; seis en cada lado de las piedras, estando los nombres de los hijos mayores en el hombro derecho. Había también doce piedras en el peto, de tamaño y belleza extraordinarios. Eran un ornamento que no podía ser comprado por los hombres, por su inmenso valor. Estas piedras estaban en tres filas, de a cuatro por fila, y se insertaban en el peto, engastadas en monturas de oro, fijadas en el peto de tal modo que no se podían caer. Las primeras tres piedras eran un sardónice, un topacio y una esmeralda. La segunda fila contenía un carbúnculo, un jaspe y un zafiro. El primero de la tercera fila era un ligurio, el siguiente una amatista y el tercero un ágata, que era el noveno del total. El primero de la cuarta fila era un crisolito, el siguiente un ónix y el último de todos un berilo.

Estas piedras llevaban grabados los nombres de los hijos de Jacob, a los que consideramos los jefes de nuestras tribus, teniendo cada piedra el honor de un nombre, en el orden de su nacimiento. Y como los anillos eran demasiado débiles para soportar el peso de las piedras, ponían otros dos anillos de tamaño mayor, al borde de esa parte del peto que llega al cuello, y los insertaban en la misma contextura del peto, para recibir cadenas finamente labradas que los conectaban con bandas de oro sobre los hombros; las extremidades se doblaban hacia atrás y penetraban en el anillo, en la parte posterior prominente del efod. Todo lo cual era para seguridad del peto, para que no se saliera de su sitio. Había también un cinturón

cosido al peto, con los colores mencionados y entretejido con oro, que después de dar una vuelta se ataba sobre la costura y quedaba colgando. También había lazos de oro que recibían los flecos en cada extremo del cinturón y lo contenían enteramente.

6. La mitra del sumo sacerdote era la misma que hemos descrito anteriormente, y estaba formada del mismo modo que la de todos los sacerdotes; pero encima llevaba otra, con fajas bordadas de azul, rodeada de una tiara de oro pulido, de tres filas, una encima de otra; de la tiara salía una copa de oro parecida a la hierba que nosotros llamamos *sácaro*, pero que los griegos entendidos en botánica llaman *hiosciamo*. Por si alguien vio la hierba pero no sabe su nombre, o conoce el nombre pero no sabe distinguirla, daré una descripción de la hierba. Tiene a menudo más de tres palmos de altura; su raíz es parecida a la del nabo (y el que la compare con ella no se equivocará), pero sus hojas son como las de la menta. De sus ramas sale un cáliz que penetra en la rama, y la rodea una túnica, que se desprende naturalmente cuando cambia, para producir el fruto. El cáliz es del tamaño del hueso del dedo meñique, pero en la extensión de su apertura es como una copa. Lo voy a describir para los que no lo conocen.

Imaginemos una esfera dividida en dos partes, redonda abajo pero con otro segmento que crece de abajo arriba hasta formar una circunferencia. Supongamos que se va estrechando poco a poco, y que la cavidad de esa parte se achica y luego se ensancha de nuevo gradualmente hacia el borde, como las ranuras que vemos en el ombligo de una granada. La recubre una túnica hemisférica, que parece torneada, y que sube hacia arriba por los gajos que, como dije, crecen como en las granadas, sólo que son agudos y terminan únicamente en púas. Este manto del cáliz preserva el fruto, que es como la semilla de la hierba *sideritis*: deja salir una flor que puede parecerse a la de la amapola. Con el modelo de esta planta se hacía la corona, que iba desde la parte posterior de la cabeza hasta las sienes; pero el *efielis*, que así puede llamarse el cáliz, no cubría la frente, que estaba cubierta por una placa de oro con la inscripción del nombre de Dios en caracteres sagrados. Éstos fueron los ornamentos del sumo sacerdote.

7. Uno podría sorprenderse por la mala voluntad que nos tienen los hombres que la explican afirmando que es porque despreciamos la deidad que ellos pretenden honrar. Porque si alguien considerase la hechura del tabernáculo, y observase las vestimentas del sumo sacerdote, y de los vasos que empleamos en nuestros servicios sagrados, descubriría que nuestro legislador fue un hombre divino y que somos injustamente reprochados. Porque si lo miraran sin prejuicio, y juzgaran rectamente estas cosas, hallarían que todas están hechas imitando el universo. Cuando Moisés dividió el tabernáculo en tres partes, y señaló dos para los sacerdotes, como sitio accesible y común, significó con ello la tierra y el mar, que son de acceso general para todos; pero dejó aparte la tercera división para Dios, porque el cielo es inaccesible para el hombre. Y cuando ordenó que se colocaran doce hogazas en una mesa, significó con ellas el año, dividido en otros tantos meses. Dividiendo el

candelabro en setenta partes, indicó secretamente el *decani*, o las setenta divisiones de los planetas. En cuanto a las siete lámparas del candelabro, se refieren al curso de los planetas que son de ese número.

También las redomas, compuestas de cuatro cosas, declaran los cuatro elementos; el lino es apropiado para denotar la tierra, porque crece en la tierra; la púrpura significa el mar, porque de ese color se tiñe con la sangre de un marisco marino. El azul es adecuado para señalar el aire y el rojo indica naturalmente el fuego. Las vestimentas del sumo sacerdote, por el lino de que están hechas, señalan la tierra; el azul denota el cielo, siendo como relámpagos sus granadas y semejando a los truenos el sonido de las campanillas.

En cuanto al efod, enseña que Dios hizo el universo con cuatro elementos; el oro entretejido supongo que se refiere al esplendor con que se iluminan todas las cosas. Señaló también que se colocara el peto en el centro del efod, para semejar la tierra, que ocupa el centro del mundo. El cinturón que rodea el cuerpo del sumo sacerdote, significa el océano, que corre en redondo e incluye el universo. Cada sardónice nos declara al sol y a la luna, me refiero a los que hacen de botones en los hombros del sumo sacerdote. En cuanto a las doce piedras, ya sea que las interpretemos como que son los meses o los signos de igual número de ese círculo que los griegos llaman el zodiaco, no nos equivocaremos en su sentido.

La mitra, de color azul, me parece que significa el cielo. ¿De qué otro modo se podría inscribir en ella el nombre de Dios? Está adornada con una corona, de oro, por el esplendor con que Dios se regocija. Basta esta explicación por el momento, ya que en el curso de mi narración tendré a menudo y en muchas ocasiones la oportunidad de extenderme sobre las virtudes de nuestro legislador.



# CAPÍTULO VIII

## *El sacerdocio de Aarón. Consagración del tabernáculo*

1. Cuando se concluyó de construir el tabernáculo que ha sido descrito, sin haber sido consagradas todavía las ofrendas, Dios se apareció a Moisés y le ordenó que adjudicara el sumo sacerdocio a su hermano Aarón, porque el mejor de todos ellos por su virtud merecía ese honor. Moisés reunió a la multitud, le dio un informe sobre la virtud de Aarón y su buena voluntad para con todos y de los peligros que había corrido por ellos. El pueblo testimonió su conformidad, y se mostró dispuesto a recibirlo, Moisés dijo:

—Esta obra, israelitas, ha llegado a su fin, de la manera más aceptable para Dios, y de acuerdo con nuestra capacidad. Ahora, como debemos recibir a Dios en este tabernáculo, nos hará falta ante todo alguien que oficie por nosotros, y haga el servicio de los sacrificios y de las oraciones que habrá que elevar. Si la elección de esa persona se me hubiera dejado a mí, yo me habría creído digno de ese honor, porque todos los hombres están naturalmente encariñados consigo mismos, y porque tengo conciencia de que he hecho mucho por vuestra liberación. Pero Dios mismo determinó que Aarón es digno de ese honor, y lo eligió para ser su sacerdote, sabiendo que es la persona más justa de todos vosotros. De modo que él se pondrá las vestimentas consagradas a Dios; él se ocupará de los altares, y de hacer provisión para los sacrificios. Y es él quien elevará sus oraciones a Dios, que las escuchará de buena gana, no sólo porque él es solícito para su nación, sino también porque las recibirá como ofrecidas por alguien que él mismo eligió para ese menester.

Los hebreos estuvieron satisfechos con sus palabras, y dieron su aprobación al que Dios había ordenado. Porque Aarón era de todos ellos el que más merecía ese honor, por sus propios valores, sus dones y profecías, y la virtud de su hermano. Tenía a la sazón cuatro hijos, Nabad, Abió, Eleazar e Itamar. Moisés le mandó que usara todos los elementos sobrantes de la construcción del tabernáculo, para cubrir el mismo tabernáculo, el candelabro, el altar del incienso y los otros vasos, de modo que no sufrieran daño cuando viajaran, por la lluvia o la tierra. Reunida la multitud de nuevo, ordenó que ofrecieran medio siclo cada uno como oblación a Dios. El siclo es una moneda de los hebreos y equivale a cuatro dracmas atenienses. Obedecieron inmediatamente la orden de Moisés, siendo el número de los que ofrecieron seiscientos cinco mil quinientos cincuenta. El dinero que trajeron los hombres que eran libres, fue donado por los que tenían más de veinte años y menos de cincuenta. Lo que se recolectó se empleó para los usos del tabernáculo.

2. Moisés purificó el tabernáculo e hizo lo mismo con los sacerdotes, de la siguiente manera: Ordenó que tomaran quinientos siclos de mirra selecta, igual cantidad de casia y la mitad de ese peso de canela y cálamo (una clase de especia

dulce), que lo machacaran, lo mojaran con un *hin* de aceite de oliva (el *hin* es una medida de nuestra tierra, y contiene dos congios atenienses), que lo mezclaran y lo pusieran a hervir; luego que lo prepararan según el arte de la perfumería y formaran un unguento de aroma suave. Luego untó a los sacerdotes y a todo el tabernáculo y los purificó. También había muchas clases de especias dulces que pertenecían al tabernáculo, y que eran de mucho precio y fueron llevados al altar dorado del incienso; no describo su naturaleza para no cansar a mis lectores. Pero el incienso había que ofrecerlo dos veces por día, antes de la salida del sol y a la puesta del sol. Debían conservar también aceite purificado para las lámparas, tres de las cuales debían alumbrar todo el día, en el candelero sagrado, ante Dios, y el resto debía ser encendido por la tarde.

3. Cuando todo terminó, Beseleel y Eliab revelaron ser los obreros más hábiles, porque inventaron obras más finas que lo que habían hecho otros antes que ellos. Tenían gran aptitud para imaginar cosas que antes no se conocían. De los dos Beseleel fue considerado el mejor. El tiempo que emplearon en la obra fue de siete meses; y con ellos se cumplió el primer año de su salida de Egipto. Pero al comenzar el segundo año en el mes de xántico, como lo llaman los macedonios, y nisán, como lo llaman los hebreos, en la luna nueva, consagraron el tabernáculo y todos sus vasos que ya he descrito.

4. Dios se mostró satisfecho con la obra de los hebreos, y no dejó que su trabajo fuera en vano; ni desdeñó usar lo que habían hecho, y bajó a habitar con ellos instalándose en la casa santa. Llegó de la siguiente manera; el cielo estaba claro, y sólo sobre el tabernáculo había una niebla, rodeándolo; pero no era de las espesas y gruesas que se ven en invierno, ni tampoco tan delgada como para que se pudieran distinguir las cosas a través de ella. Desprendía un rocío dulce que revelaba la presencia de Dios a los que la deseaban y la creían.

5. Después de acordar a los obreros honrosos regalos como los que merecían recibir los que habían trabajado tan bien, Moisés ofreció en el atrio abierto del tabernáculo, como Dios le había ordenado, el sacrificio de un toro, un carnero y un cabrito, propiciatorio por los pecados. En mi escrito sobre los sacrificios diré cómo los hacemos, e informaré en qué casos Moisés nos ordenó ofrecer un holocausto y en qué casos la ley nos permite comerlo.

6. Después roció a Aarón, y a sus hijos y sus vestimentas con la sangre de los animales sacrificados, y los purificó con agua de manantial y unguento, para entregarlos como sacerdotes de Dios. De este modo los consagró a ellos y sus ropas durante siete días. Lo mismo hizo con el tabernáculo y los vasos que le pertenecían, con aceite primeramente incensado, como he dicho, y con la sangre de toros y carneros, matados uno por día, uno de cada clase. El octavo día lo señaló como fiesta para el pueblo, y mandó ofrecer sacrificios, cada cual según sus posibilidades. Todos compitieron entre sí, queriendo sobrepasar a los demás en los sacrificios que llevaban; de ese modo cumplieron el mandato de Moisés. Pero cuando los sacrificios

estaban sobre el altar, de pronto se encendió espontáneamente un fuego, que pareció el de un relámpago, y consumió todo lo que había en el altar.

7. Aarón sufrió una gran aflicción, considerado como hombre y padre, pero la sobrellevó con gran fortaleza. Porque tenía realmente una gran firmeza de alma para los accidentes, y pensó que esa calamidad le había caído encima por la voluntad de Dios. Porque tenía cuatro hijos, como dije antes, y los dos mayores, Nabad y Abió, no habían llevado los sacrificios que Moisés les había ordenado, sino los que acostumbraban a ofrecer antes, y fueron muertos por el fuego. Cuando el fuego cayó sobre ellos y comenzó a quemarlos, nadie pudo apagarlo. De esta manera murieron.

Moisés ordenó a su padre y a sus hermanos que sacaran los cuerpos del campamento, y los sepultaran con magnificencia<sup>[47]</sup>. La multitud los lloró, muy afligida por su muerte que tan inesperadamente les había caído. Pero Moisés rogó a sus hermanos y su padre que no se atribularan por ellos, y que prefirieran el honor de Dios, ante su dolor, pues Aarón ya se había puesto las vestimentas sagradas.

8. Moisés rehusó todo el honor que la multitud estaba dispuesta a conferirle, y sólo atendió al servicio de Dios. No volvió a subir al monte Sinaí; iba al tabernáculo y traía las respuestas de Dios a lo que le rogaba. Su ropa seguía siendo la de un particular; y en todas las demás circunstancias se conducía como un hombre del pueblo. No quería distinguirse de la multitud a la que hacía saber que no hacía otra cosa más que atenderla. También registró por escrito la forma del gobierno por la que se regían, y las leyes por cuya obediencia llevarían una existencia para agradar a Dios y no disputarían entre ellos. Las leyes que ordenó fueron las que Dios le había sugerido. Ahora me referiré a esa forma de gobierno, y a estas leyes.

9. Voy a tratar ahora de algo que antes omití sobre la vestimenta del sumo sacerdote. Porque Moisés no dejó lugar a las malas prácticas de los impostores, si alguno de esa clase tratara de abusar de la autoridad divina, porque dejó a la voluntad de Dios la decisión de estar presente o ausente de los sacrificios que se le ofrecieran. Y quería que lo supieran no sólo los hebreos sino también los extranjeros que estaban allí. De las piedras de que antes les hablé, que lleva el sumo sacerdote en los hombros, y que son sardónicas (creo innecesario describirlas, porque todos las conocen), una de ellas relucía cuando Dios estaba presente en los sacrificios; era la que hacía de botón en el hombro derecho. De ella salían rayos brillantes que podían ver aun los que estaban lejos y que no eran esplendores naturales de la piedra. Este hecho debe de parecer maravilloso a los que no se entregan a la filosofía de despreciar las cosas divinas.

Y diré algo que es más maravilloso aún: Dios anunciaba de antemano, por medio de esas doce piedras que el sumo sacerdote lleva en el pecho, insertadas en el peto, cuándo saldrían victoriosos de una batalla. Antes de que el ejército se pusiera en marcha salía de ellos un esplendor tan grande que todo el pueblo sabía que Dios estaba con él para ayudarlo. De ahí que los griegos, que veneraron nuestras leyes porque no pudieron contradecir este hecho, llamaron al peto *oráculo*.

El peto, y la sardónice, dejaron de brillar doscientos años antes de que yo compusiera este libro, porque a Dios le desagradó la transgresión de sus leyes. De esto hablaremos más adelante, en ocasión más indicada. Ahora proseguiré mi narración.

10. Consagrado el tabernáculo y establecido el orden regular para los sacerdotes, la multitud juzgó que ahora Dios moraba con ellos y se entregó a ofrecer sacrificios y preces a Dios, por haber sido librados de todo mal y por cobijar esperanzadas perspectivas de mejores tiempos a partir de ese momento. También ofrecieron donaciones a Dios, algunas comunes a toda la nación y otras particulares, tribu por tribu.

Los jefes de las tribus se reunieron de a dos y trajeron cada grupo un carro y una yunta de bueyes. Seis, en total, conducían el tabernáculo cuando viajaban. Además cada jefe de tribu trajo una escudilla, un cargador y una cuchara de diez daricos llena de incienso. El cargador y la escudilla eran de plata y juntos pesaban doscientos siclos, pero la escudilla no tenía más que setenta siclos; y estaban llenos de harina fina mezclada con aceite, del que usaban en el altar para los sacrificios. También llevaron un becerro, un carnero de un año, para el holocausto, y una cabra para el perdón de los pecados. Todos los jefes de las tribus trajeron asimismo otros sacrificios, llamados *ofrendas de paz*, cada día dos toros, cinco carneros, un cordero de un año, y cabritos. Los jefes de las tribus sacrificaron durante doce días, uno cada día.

Moisés no volvió a subir al monte Sinaí, pero penetraba en el tabernáculo y Dios le informaba lo que debían hacer y las leyes que había que emitir; leyes que eran preferibles a las que ideaba el entendimiento humano, y fueron observadas firmemente en todos los tiempos futuros, consideradas como dones de Dios; los hebreos no transgredieron ninguna de ellas, ni por tentación de lujuria en tiempos de paz, ni por angustia ante los acontecimientos en tiempo de guerra.

Pero aquí no diré nada más sobre ellas, porque he resuelto redactar otro libro referente a nuestras leyes.

# CAPÍTULO IX

## *La naturaleza de nuestros sacrificios de ofrenda*

1. Ahora, no obstante, mencionaré algunas de nuestras leyes, las que se refieren a las purificaciones, y oficios sagrados similares, ya que accidentalmente llegué a este tema de los sacrificios.

Los sacrificios son de dos clases, los que ofrecen los particulares y los del pueblo en general. Se hacen de dos maneras diferentes; en la primera lo que se mata se quema, en holocausto, y por eso se le da este nombre; la otra es una oferta de agradecimiento, y se destina para festín de los que sacrifican.

Me referiré a la primera. Supongamos que un particular ofrece un holocausto; debe matar un toro, un cordero o un cabrito, estos últimos de menos de un año; los toros se permite sacrificarlos de más edad. Todos los sacrificios de holocausto deben ser machos. Una vez muertos, el sacerdote salpica la sangre alrededor del altar; luego se lavan los cuerpos, se dividen en partes, se salan y se colocan en el altar, mientras se apilan unos sobre otros los trozos de madera y arde el fuego. Luego se lavan las patas de los sacrificios y las entrañas, cuidadosamente, y se agregan al resto para ser expurgados por el fuego. El sacerdote recibe los pellejos. Ésta es la forma de ofrecer un holocausto.

2. Los que hacen ofrendas de agradecimiento, sacrifican en realidad los mismos animales, pero tienen que ser inmaculados y de más de un año; pueden elegir machos o hembras. También salpican el altar con la sangre, pero ponen en el altar los riñones, los redaños, toda la grasa, el lóbulo del hígado y las nalgas del cordero; luego, dando al sacerdote el pecho y la espalda derecha, los oferentes comen durante dos días el resto de la carne. Lo que queda lo queman. Los sacrificios por pecados son ofrecidos de la misma manera que los de agradecimiento. Pero los que no pueden comprar sacrificios completos, ofrecen dos palomas, o tórtolas, con la primera de las cuales hacen el holocausto a Dios, y la otra la dan para alimento de los sacerdotes. Pero de la ofrenda de esos animales trataré detalladamente en el escrito sobre los sacrificios.

Cuando una persona incurre en pecado por ignorancia ofrece una oveja o una chivita, de la misma edad; los sacerdotes rocían la sangre en el altar, no de la manera anterior, sino en los rincones. Luego transportan al altar los riñones y el resto de la grasa, junto con el lóbulo del hígado, mientras los sacerdotes se llevan los pellejos y la carne, y lo gastan en el lugar santo el mismo día. Porque la ley no les permite dejarla para el día siguiente. Pero si alguien peca, y tiene conciencia de haber pecado, pero nadie se lo puede probar, ofrece un carnero, como le ordena la ley; la carne se la comen los sacerdotes como la anterior, en el sitio sagrado, el mismo día. Cuando los gobernantes ofrecen sacrificios por sus pecados, traen las mismas ofrendas que los particulares; pero difieren en que el toro o el cabrito deben ser machos.

3. La ley exige, tanto para los sacrificios públicos como para los privados, que se lleve asimismo harina finísima; por un cordero la medida de una décima parte, por un carnero, dos, y por un toro, tres. La consagran en el altar, después de mezclarla con aceite. Porque también traen aceite los que sacrifican, para un toro la mitad de un hin, para un carnero la tercera parte de la misma medida y un cuarto para un cordero. El hin es una antigua medida hebrea, y es el equivalente de dos congios atenienses. Traen la misma cantidad de aceite que de vino, y echan el vino por el altar; pero si alguien no ofrece un sacrificio completo de animales, y trae harina flor sólo como voto, arroja un puñado sobre el altar como primicia, mientras los sacerdotes toman el resto del alimento, ya sea hervido, o mezclado con aceite, pero hecho en tortas de pan. Pero cualquier cosa que ofrezca el sacerdote mismo, tiene que ser necesariamente quemado por completo. La ley nos prohíbe sacrificar un animal al mismo tiempo que su madre; y en otros casos hasta el octavo día de su nacimiento. Hay otros sacrificios señalados para eludir las enfermedades, o para otras ocasiones, en los que las ofrendas de carne son consumidas junto con los animales sacrificados, de los que no es legítimo dejar ninguna parte para el día siguiente y del que sólo los sacerdotes deben tomar su parte.

# CAPÍTULO X

*Acerca de los festivales, y de cómo debe observarse cada uno de sus días*

1. La ley exige que al comienzo y al final de cada día se mate un corderito de un año, costeadado con los gastos públicos; pero el séptimo día, que es llamado el *sabat*, se matan dos y se sacrifican de la misma manera.<sup>[48]</sup> Con la luna nueva se realiza el sacrificio diario y se matan además dos toros, siete corderos de menos de un año y un cabrito, para expiación de los pecados; esto es, cuando se ha pecado por ignorancia.

2. Pero el séptimo mes, que los macedonios llaman *hyperbereteo*, hacen un agregado a los que nombramos y sacrifican un toro, un carnero, siete corderos y un cabrito, por los pecados.

3. El décimo día del mismo mes lunar, hacen un festín que dura hasta la noche; ese día sacrifican un toro, dos carneros, siete corderos y un cabrito, por los pecados. Traen además dos cabritos, uno de los cuales es enviado vivo hacia el desierto, fuera de los límites del campamento, como chivo emisario y para expiar los pecados de toda la multitud; el otro es llevado a un sitio muy limpio dentro de los límites del campamento donde es quemado con la piel, sin lavado de ninguna clase. Junto con el chivo queman un toro, traído no por el pueblo sino por el sumo sacerdote, por su cuenta; toro del que, una vez muerto, transporta la sangre al lugar santo, junto con la sangre del cabrito, y salpica el techo con los dedos siete veces, lo mismo que el pavimento, y luego el sitio más sagrado y alrededor del altar dorado. Finalmente la lleva al patio abierto y salpica alrededor del gran altar. Aparte de esto se colocan las extremidades, los riñones y la grasa, con el lóbulo del hígado, en el altar. El sumo sacerdote presenta del mismo modo un carnero a Dios como holocausto. El decimoquinto día del mismo mes, cuando comienza la estación del invierno, la ley nos ordena instalar tabernáculos en todas las casas, para preservarnos del frío de esa época del año; y también que cuando lleguemos a nuestro país, a la ciudad que entonces tendremos por metrópoli, porque en ella edificaremos el templo, y que cuando celebremos un festival de ocho días, ofreciendo holocaustos y sacrificando ofrendas de agradecimiento, llevemos en las manos una rama de mirto y sauce, y un ramo de la palmera con el agregado de la cidra. Y que el holocausto del primero de esos días sea un sacrificio de treinta toros, catorce corderos y quince carneros, con el agregado de un cabrito, como expiación de pecados; los días siguientes el mismo número de corderos y de carneros, con los cabritos; pero disminuyendo los toros en uno por día hasta que sólo sean siete. El octavo día se abandona todo el trabajo y entonces, como dijimos antes, se sacrifica a Dios un toro, un carnero y siete corderos, con un cabrito para expiación de pecados. Ésta es la solemnidad habitual de los hebreos, que cumplen cuando instalan los tabernáculos.

4. El mes de xántico, que nosotros llamamos nisán y es el comienzo de nuestro año, el decimocuarto día del mes lunar, cuando el sol se halla en Aries (porque en este mes fue cuando fuimos libertados de la esclavitud de Egipto), la ley ordena que todos los años matemos el mismo sacrificio que como les dije antes habíamos matado al salir de Egipto, y que llamamos la pascua; celebramos, pues, la pascua en compañía, sin dejar nada de lo que sacrificamos para el día siguiente.

La fiesta del pan ácimo sucede al de la pascua y cae el decimoquinto día del mes y continúa durante siete días, durante los cuales nos alimentamos de pan ácimo. Cada uno de estos días se matan dos toros, un carnero y siete corderos. Los carneros se queman enteramente, además del cabrito que se añade al resto, para los pecados; porque el propósito es que sea una fiesta para el sacerdote durante todos esos días.

5. El segundo día del pan ácimo, que es el decimosexto del mes, se participa por primera vez de los frutos de la tierra, porque antes de ese día no se tocan. Se considera apropiado honrar a Dios, de quien se obtiene una abundante provisión, ofreciendo la primicia de la cebada de la siguiente manera: se toma un puñado de espigas, se secan y se machacan, separando la cebada del afrecho; luego se lleva una décima parte al altar, ante Dios, y arrojando un puñado al fuego, se deja el resto para uso del sacerdote. Después de esto se puede recoger la cosecha, pública o privadamente. Con esta participación de las primicias de la tierra se sacrifica un cordero, como holocausto a Dios.

6. Transcurridas una semana de semanas después del sacrificio (semana que contiene cuarenta y nueve días), el quincuagésimo día, que es pentecostés pero que los hebreos llaman *asarla*, que significa también pentecostés, se trae ante Dios una hogaza, hecha con harina de trigo, de dos décimas partes, con levadura, y dos corderos para sacrificar; una vez que han sido presentados a Dios son preparados para la cena de los sacerdotes, no siendo permitido dejar nada para el día siguiente. También se matan tres bueyes para holocausto, y dos carneros, y catorce corderos con dos cabritos por los pecados.

No hay un solo festival sin ofrendas de holocaustos; y se permite también descansar en cada uno de ellos. Concordantemente la ley determina las clases de sacrificios que deben hacerse en cada festival, y el descanso absoluto que en cada uno de ellos debe tomarse. Los sacrificios se hacen para celebrar festines.

7. Aparte de las cargas comunes, el pueblo suministra pan horneado sin levadura de veinticuatro décimas de harina. De los cuales dos montones son horneados y tomados la víspera del sabbat, pero son llevados al sitio sacro durante la mañana del sabbat y colocados en la mesa sacra, de a seis por montón, una hogaza apoyada en la otra. Les ponen encima dos copas doradas llenas de incienso, y ahí quedan hasta el sabbat siguiente; se ponen entonces otras hogazas en su lugar, mientras las hogazas se entregan a los sacerdotes para su alimento y el incienso es quemado en ese fuego sagrado en el que se queman todas las ofrendas; y otro incienso se pone sobre las hogazas en lugar del anterior.



El sacerdote también de su propio cargo ofrece sacrificios, dos veces por día. Hechos de harina mezclada con aceite y cocidos a fuego lento. La cantidad es de una décima de harina; trae al fuego la mitad por la mañana y la otra mitad por la noche. Más adelante daré un informe más detallado de estos sacrificios; pero creo que por ahora he establecido lo suficiente a su respecto.

# CAPÍTULO XI

## *De las purificaciones*

1. Moisés apartó a la tribu de Leví de toda comunicación con el resto del pueblo, separándola para que fuera una tribu santa; la purificó con agua, tomada de manantiales perpetuos, y con sacrificios como los que solían ofrecerse a Dios en ocasiones similares. Le entregó el tabernáculo y el vaso sagrado y las demás cortinas que fueron hechas para cubrir el tabernáculo, para que pudiera ministrar con la guía de los sacerdotes que ya habían sido consagrados a Dios.

2. Determinó también lo relativo a los animales; cuáles de ellos podían ser usados como alimentos, y de cuáles debían abstenerse. Estas cuestiones, cuando esta obra me dé oportunidad, serán más ampliamente explicadas; agregando las causas que movieron a Moisés a permitirnos que empleáramos algunos de ellos como alimentos y a ordenarnos que nos abstuviéramos de otros. Pero nos prohibió completamente que usáramos como alimento la sangre, la que consideró que contiene el alma y el espíritu. También nos prohibió comer carne de animales muertos por sí mismos, y el redaña y la grasa de cabras, ovejas y toros.

3. Ordenó también que aquellos cuyos cuerpos sufrieran de lepra, y los que tuviesen gonorrea, no entraran en la ciudad; más aún, alejó a las mujeres, cuando tenían sus purgaciones naturales, hasta el séptimo día, después de lo cual las consideraba puras y les permitía volver. La ley permite también a los que han asistido a funerales que vuelvan cuando ha pasado el mismo número de días. Pero si alguien continúa después de ese lapso en estado de polución, la ley señala la ofrenda de dos corderos como sacrificio; uno de los cuales debe ser purificado por el fuego mientras que el otro lo toman para ellos los sacerdotes. Del mismo modo sacrifican los que han tenido gonorrea. El que derrama el semen, durmiendo, si se sumerge en agua fría tiene el mismo derecho que el que se ha acompañado legítimamente con su esposa.

En cuanto a los leprosos, no les permitió entrar en la ciudad de ningún modo, ni vivir con los demás, como si fueran efectivamente personas muertas; pero si alguno obtenía, por oración a Dios, el restablecimiento de su enfermedad y recuperaba su estado de salud, daba gracias a Dios con varias clases de sacrificios, acerca de los cuales hablaremos luego.

4. Por eso uno no puede menos que sonreír ante aquellos que afirman que Moisés estaba afectado de lepra cuando salió de Egipto, y que se hizo conductor de los que por igual razón abandonaron el país, llevándolos al país de Canaán. Porque si hubiese sido cierto, Moisés no habría hecho esas leyes para su propio deshonor, siendo más probable que se hubiera opuesto a su aprobación si otros hubiesen tratado de introducirlas; hay leprosos en muchos países que sin embargo son honrados, y no sólo libres de reproches y exclusión; los hubo que fueron grandes jefes de ejércitos y

se les confiaron altas funciones en la comunidad, y tuvieron el privilegio de entrar en sitios sagrados y en templos.

De modo que nada impedía que si Moisés o la multitud que estaba con él hubiesen estado sujetos a esa desgracia en el estado de la piel, que hiciese el legislador leyes favorables a los leprosos en lugar de dificultades. Por consiguiente es claro que es sólo por violentos prejuicios que afirman esas cosas de nosotros.

En cuanto a Moisés, estaba exento de ese mal, del que también estimando cosa feliz que los hombres fueran prudentes en lo que estaba libre el pueblo, e hizo las leyes con referencia a otros que asuntos del matrimonio, y que era provechoso para las ciudades lo sufrían, por el honor de Dios. Que cada cual juzgue este asunto y las familias que los hijos se supieran legítimos. También rece acuerdo con su criterio.

5. En cuanto a las mujeres, a las que habían dado a luz un niño les prohibió entrar en el templo y tocar los sacrificios antes de que pasaran cuarenta días. Moisés decía que la madre no podía entrar hasta el doble de aquel número de días. También prohibió que un hombre se acostara con su mujer cuando estaba profanada por su natural purgación; del mismo modo, acostarse con la esposa del padre y con las tías, hermanas y nueras lo señaló como ejemplo de abominable vileza. Después del lapso señalado, podían entrar a ofrecer sacrificios, que los sacerdotes consagraban a Dios.

## CAPÍTULO XII

### *Diversas leyes*

1. En cuanto al adulterio, Moisés lo prohibió completamente, estimando cosa feliz que los hombres fueran prudentes en los asuntos del matrimonio, y que era provechoso para las ciudades y las familias que los hijos se supieran legítimos. También repudió el incesto de los hombres con sus madres como uno de los crímenes más grandes; del mismo modo, acostarse con la esposa del padre y con las tías, hermanas y nueras lo señaló como ejemplo de abominable vileza. También prohibió que un hombre se acostara con su mujer cuando estaba profanada por su natural purgación; y que se juntara con bestias, y que aspirara a acostarse con hombres, todo lo cual era perseguir placeres ilegítimos. A los culpables de esa conducta insolente ordenó castigarlos con la muerte.

2. En cuanto a los sacerdotes, les prescribió doble grado de pureza; porque les prohibió todo lo anterior y no les permitió casarse con ramera. También les prohibió casarse con esclavas o con cautivas, y con las que se ganan la vida con el comercio de engaños o con posadas; y también con mujeres separadas por cualquier causa de sus maridos. Más aún; consideró inapropiado para el sumo sacerdote casarse hasta con una viuda, aunque se lo permitió a los sacerdotes, y sólo lo autorizó a contraer enlace con una virgen y a retenerla. Tampoco puede el sumo sacerdote acercarse a un muerto, aunque a los demás no se les prohíbe acercarse a sus hermanos o padres o hijos muertos. Los sacerdotes no deben tener ningún defecto físico.

Ordenó que el sacerdote que adoleciese de alguna mácula obtuviera su parte de alimentos, pero le prohibió subir al altar o entrar en la casa santa. También les ordenó que no sólo observaran pureza en sus sagrados ministerios sino también en su conversación diaria, la que debía ser intachable. Por eso los que visten los ropajes sacerdotales son hombres sin mancha y eminentes por su pureza y sobriedad. No se les permite beber vino mientras lleven la ropa. Además deben ofrecer sacrificios sanos, que no tengan ningún defecto.

3. Moisés les dio todos esos preceptos, que fueron observados mientras vivió. Pero aunque vivió en el desierto proveyó no obstante la manera de que observaran las mismas leyes cuando hubiesen tomado la tierra de Canaán. Dispuso entonces que cada siete años, la tierra descansara y no fuera arada ni sembrada, lo mismo que había prescrito a los hombres que descansaran del trabajo cada siete días. Y ordenó que en esa oportunidad lo que crezca espontáneamente en la tierra perteneciera en común a todos los que quisieran emplearlo, sin hacer distinción entre compatriotas y extranjeros, y que hicieran lo mismo después de un lapso de siete veces siete años, o sea en un total de cincuenta años.

El quincuagésimo año es llamado por los hebreos el jubileo, y en él los deudores

quedan libres de sus deudas, y recobran la libertad los esclavos que se convirtieron en tales, aunque eran del mismo linaje, como castigo por haber transgredido alguna de las leyes cuya pena no era la capital. Ese año se restituye asimismo la tierra a sus anteriores poseedores, de la siguiente manera: cuando llega al jubileo, palabra que significa libertad, el que vendió la tierra y el que la compró se reúnen y calculan, por una parte, los frutos recogidos, y por la otra los gastos invertidos. Si los frutos recogidos superan a los gastos, el que la vendió recupera la tierra; pero si los gastos resultan ser mayores que los frutos, el poseedor actual recibe del anterior dueño la diferencia faltante, y le deja la tierra. Si el fruto recibido resulta igual a los gastos el actual poseedor la cede a su anterior propietario.

Moisés quería aplicar la misma ley a las casas que eran vendidas en las aldeas; pero hizo una ley diferente para las que eran vendidas en una ciudad. Porque si el vendedor conservaba el dinero del comprador dentro del año, estaba obligado a devolverlo; pero si transcurría un año entero, el comprador gozaba de lo que había comprado.

Ésa fue la formación de las leyes que Moisés aprendió de Dios, cuando tenían el campamento al pie del monte Sinaí, y las entregó por escrito a los hebreos.

4. Cuando el establecimiento de las leyes parecía haber quedado concluido, Moisés consideró oportuno pasar revista al ejército, pensando que era conveniente arreglar los asuntos de la guerra. Encargó a los jefes de las tribus, exceptuando la tribu de Leví, que registraran el número exacto de los que eran aptos para ir a la guerra; los levitas eran santos y libres de todas esas cargas. Después de numerar a la gente, se halló que había seiscientos mil en condiciones de guerrear, de veinte a cincuenta años de edad, aparte de otros tres mil seiscientos cincuenta. En lugar de Leví Moisés incluyó a Manasés, hijo de José, entre los jefes de tribus, y a Efraím en lugar de José. Había sido, como conté anteriormente, un pedido hecho por Jacob a José, de que le diera sus hijos para adoptarlos como propios.

5. Instalado el tabernáculo, lo recibieron en medio del campo, armando sus tiendas tres tribus a cada lado, y abriendo caminos por el centro de esas tiendas. Era como un mercado bien ordenado; todas las cosas estaban bien arregladas y preparadas para vender. En los puestos había toda clase de artículos; parecía una ciudad que a veces se traslada y a veces queda fija.

Los sacerdotes ocupaban el primer lugar junto al tabernáculo; venían luego los levitas, cuyos varones de más de treinta días de edad habían sido contados y sumaban veintitrés mil ochocientos ochenta. Durante el tiempo en el que la nube permanecía sobre el tabernáculo, juzgaban conveniente quedarse en el mismo sitio, suponiendo que Dios habitaba allí entre ellos; pero cuando se alejaba, ellos también se desplazaban.

6. Moisés fue además el creador de un modelo de trompeta, que estaba hecha de plata. Su descripción es la siguiente: De largo tenía poco menos de un codo. Estaba compuesta de un tubo angosto, algo más delgado que una flauta pero suficientemente

ancho como para que pasara el aliento de la boca de un hombre. Terminaba en forma de campana, como las trompetas comunes. Se llamaba en lengua hebrea *asosrá*. Hicieron dos, una de las cuales se hacía sonar cuando había que reunir a la multitud en congregación. Cuando la primera daba la señal, los jefes de las tribus debían juntarse para cambiar ideas sobre los asuntos de su competencia. Pero cuando daban la señal con las dos, era para llamar a la multitud a que se reuniera.

Cuando se trasladaba el tabernáculo, se procedía con el siguiente orden solemne: A la primera alarma de la trompeta, los que tenían sus tiendas hacia el este se preparaban para el traslado; cuando se daba la segunda señal, hacían lo mismo los que estaban del lado sud. En un lugar vecino se desarmaba el tabernáculo y se transportaba entre seis tribus que iban delante y otras seis que seguían detrás, rodeando los levitas al tabernáculo. Cuando sonaba la tercera señal se ponían en movimiento los que tenían sus tiendas hacia el oeste, y a la cuarta señal hacían lo mismo los del norte.

También empleaban las trompetas en los oficios sagrados, cuando conducían los sacrificios al altar, tanto el día del sabbat como en el descanso de las fiestas.

Y entonces fue cuando Moisés ofreció el sacrificio que llamaron *pascua*, en el desierto; fue el primero que ofreció después de la salida de Egipto.

## CAPÍTULO XIII

*Moisés parte del monte Sinaí conduciendo al pueblo hasta las fronteras de los cananeos*

1. Poco después levantó el campamento alejándose del monte Sinaí; después de pasar por varias etapas, de las que hablaremos luego, llegó a un lugar llamado *Esermot*, donde la multitud comenzó de nuevo a amotinarse y a culpar a Moisés por lo que había sufrido en los viajes; decían que los había persuadido de que abandonaran un buen país, el que perdieron, y ahora, en lugar de encontrarse en la situación feliz que les había prometido, vagaban en condiciones miserables y escaseándose el agua; y si el maná dejara de caer, perecerían todos de hambre.

Sin embargo, mientras todos pronunciaban palabras amargas contra aquel hombre, uno de ellos los exhortó a no ser desconsiderados con Moisés y a que no olvidaran las grandes penurias que había pasado en beneficio de ellos; y a que no desearan de recibir la asistencia de Dios. La multitud se volvió más indócil aún y más rebelde contra Moisés que antes. Aunque era vilmente injuriado por ellos Moisés los alentó, prometiéndoles que trataría de conseguir una gran cantidad de carne, y no sólo para unos días sino para muchos días.

La gente no quiso creerlo y cuando uno de ellos le preguntó de dónde sacaría la abundancia que prometía, Moisés replicó:

Ni yo ni Dios, aunque escuchamos frases oprobiosas, dejaremos de trabajar por vosotros; pronto lo veréis.

No bien lo dijo todo el campo se llenó de codornices; el pueblo las rodeó y recogió una gran cantidad de ellas. No obstante Dios no tardó en castigar a los hebreos por su insolencia y los reproches que les habían lanzado, porque no pocos de ellos murieron.

Y hasta hoy en día ese sitio conserva el recuerdo de esa destrucción; se llama *Cabrotabá*, que significa los sepulcros de la concupiscencia.

## CAPÍTULO XIV

*Moisés envía a varias personas a explorar la tierra de los cananeos, y el tamaño de sus ciudades. Ante el informe de los enviados la multitud cae en la desesperación y resuelve apedrear a Moisés y regresar a Egipto servir a los egipcios.*

1. Moisés condujo a los hebreos a un sitio llamado *Faranx*, próximo a la frontera de los cananeos, y en el que era difícil permanecer. Al llegar allí congregó a la multitud y colocándose en medio de ellos, dijo:

—De una de las dos cosas que Dios determinó concedernos, la libertad y la posesión de un país feliz, ya sois poseedores, por la gracia de Dios; la otra pronto la obtendréis. Porque hemos acampado cerca de las fronteras de Canaán, y nada podrá impedirnos su adquisición cuando finalmente caigamos sobre ella; ningún *rey* y ninguna ciudad, y ni siquiera la humanidad entera si se uniera para eso. Pongamos, pues, manos a la obra, porque los cananeos no nos entregarán su tierra sin pelear, y tendremos que arrancársela con grandes luchas guerreras. Enviemos espías para observar las cosas buenas de la tierra y la fuerza que poseen. Pero sobre todo unamos los pensamientos y honremos a Dios que por sobre todas las cosas es nuestra ayuda y asistencia.

2. Dicho esto por Moisés, la multitud lo recompensó con señales de acatamiento; eligieron doce espías entre los hombres más eminentes, uno de cada tribu, que atravesando todo el país de Canaán, desde las fronteras con Egipto, llegaron a la ciudad de Amaté y hasta el monte Líbano. Habiendo averiguado la naturaleza del país y de sus habitantes, volvieron después de los cuarenta días que invirtieron en la operación. Trajeron consigo los frutos que producía la tierra, cuya excelencia destacaron, e informaron la gran cantidad de cosas buenas que producía el país y que dieron motivo para que la multitud se enardeciera y deseara ir a la guerra.

Pero luego los aterrizaron de nuevo al referirse a las grandes dificultades que ofrecería la conquista, y al decirles que los ríos eran tan grandes y profundos que no podían ser atravesados, que las colinas eran tan altas que no se podía viajar por ellas y que las ciudades estaban protegidas por murallas y fortificaciones. También dijeron que habían encontrado en Hebrón a los descendientes de los gigantes. Cuando los espías enviados a observar la tierra de Canaán advirtieron que todas esas dificultades eran mayores que todas las que habían hallado desde su salida de Egipto, asustaron a la multitud.

3. Por las informaciones recibidas supusieron que sería imposible tomar posesión del país. La congregación se disolvió pero los hombres, con sus mujeres y niños, siguieron lamentándose, como si Dios realmente no los asistiese y les diera solamente promesas. Volvieron a culpar a Moisés y levantaron una grito contra él y su hermano



Aarón, el sumo sacerdote. Pasaron aquella noche muy mal, lanzándoles invectivas, y a la mañana siguiente se congregaron apresuradamente con el propósito de apedrear a Moisés y Aarón y retornar a Egipto.

4. Entre los espías se hallaban Josué hijo de Nun, de la tribu de Efraím, y Caleb, de la tribu de Judá, quienes, temiendo las consecuencias, penetraron en medio de la multitud y la acallaron incitándolos a que tuvieran valor, y a que no condenaran a Dios, acusándolo de haberles mentido, ni prestaran oídos a aquellos que los habían amedrentado diciendo lo que no era cierto acerca de los cananeos, y escucharan en cambio a aquellos que los animaban instándolos a tener esperanzas en el buen éxito. Dijeron que podrían tomar posesión de la felicidad prometida, porque ni la altura de las montañas, ni la profundidad de los ríos impedirían que lo intentaran los hombres de verdadero valor, sobre todo cuando Dios se ocuparía de antemano de cuidarlos y asistirlos.

—Vamos, pues —dijeron—, a atacar al enemigo, sin pensar en derrotas, confiando en la conducción de Dios y siguiendo a nuestros jefes.

Con estas exhortaciones los dos hombres lograron apaciguar la ira de la multitud. Moisés y Aarón cayeron a tierra y rogaron a Dios, no por ellos, sino que pusiera término a lo que el pueblo hacía imprudentemente y le aquietara las ideas desordenadas por su actual apasionamiento.

También esta vez apareció la nube y se mantuvo por encima del tabernáculo, expresando que estaba con ellos la presencia de Dios.

## CAPÍTULO XV

*Moisés queda disgustado y predice que continuarán en el desierto cuarenta años, durante los cuales no volverán a Egipto ni tomarán posesión de Canaán.*

1. Moisés se acercó animosamente a la multitud y le informó que Dios, sacudido por sus injurias, la castigaría, no con la pena que merecían sus pecados sino con la que aplican los padres a sus hijos para corregirlos. Cuando estaba, dijo, en el tabernáculo, llorando por la destrucción que caería sobre ellos, Dios le recordó lo que había hecho por ellos y los beneficios que de él habían recibido, y que sin embargo habían sido tan ingratos con él; que habían sido inducidos por el miedo de los espías a pensar que sus palabras eran más veraces que la promesa divina. Por eso, aunque no los destruiría por completo a todos, ni exterminaría enteramente a la nación, a la que por cierto había honrado más que a cualquier otra parte de la humanidad, no les permitiría tomar posesión de la tierra de Canaán, ni gozar de su felicidad, y los haría en cambio errar en el desierto, viviendo sin habitación fija y sin ciudad, durante cuarenta años, como castigo por su trasgresión. «Pero como había prometido dar el país a nuestros hijos, los haría poseedores a ellos de esas cosas buenas de que vosotros mismos os habéis despojado debido a vuestras incontenidas pasiones.»

2. Después de haberles hablado Moisés de ese modo, siguiendo las indicaciones de Dios, la multitud cayó en gran aflicción; rogaron a Moisés que tratara de reconciliarlos con Dios y que no los dejara seguir errando en el desierto, concediéndoles ciudades. Moisés respondió que Dios no accedería a la tentativa, porque su determinación no había sido tomada con ligereza, como hacen los hombres, y era en cambio una decisión bien meditada.

No dejaremos de creer que Moisés, que era un solo hombre, apaciguó a tantos millares de personas iracundas, y las convirtió en gente de carácter suave; es que Dios estaba con él, y le preparó el camino para que pudiera persuadir a la multitud. Como muchas veces habían sido desobedientes, ahora comprendían que esa desobediencia no era conveniente para ellos, y que ahora por esa causa sufrirían calamidades.

3. Pero ese hombre fue admirable por su virtud, y fuerte para hacer que los hombres dieran crédito a lo que les decía, no solamente durante su vida, pero ni aun ahora hay un solo hebreo que no se comporte como si Moisés estuviera presente y pronto para castigarlo si comete un acto incorrecto, violando las leyes que ordenó, aunque pudiera disimular sus trasgresiones. Hay muchas otras pruebas de que su poder era más que humano, porque hubo quienes llegaron de allende el Éufrates, lo que es una jornada de cuatro meses, para venerar nuestro Templo; no obstante, y a pesar de sus ofrendas, no pudieron participar de sus propios sacrificios, porque Moisés lo prohibió, porque no pertenecían a nuestras leyes ni estaban en relación con nosotros por las costumbres de nuestros antepasados.

Algunos de ellos no ofrecieron sacrificios, otros dejaron sus sacrificios en imperfectas condiciones, muchos ni siquiera pudieron entrar en el Templo, y se volvieron como vinieron, prefiriendo la sumisión a las leyes de Moisés antes que la satisfacción de sus propias inclinaciones; y no porque tuvieran temor de que alguien los condenara, sino temiendo únicamente a su propia conciencia.

Es así que esa legislación, que aparece como divina, hizo que este hombre fuera estimado como superior a su propia naturaleza humana. Más aún; un poco antes de esta última guerra, cuando Claudio era emperador de los romanos e Ismael nuestro sumo sacerdote, y cuando un hambre muy grande nos había asaltado, hasta el punto que una décima se vendía por cuatro dracmas; y cuando no menos de setenta coros de harina fueron llevados al Templo en la fiesta del pan ácimo (o sea treinta y un medimnos sicilianos o cuarenta y uno atenienses), ninguno de los sacerdotes comió ni una migaja aunque el país sufría una desgracia tan grande. Fue por temor a la ley, y por esa cólera que Dios conserva contra los actos de perversidad, aun cuando nadie pueda acusar a los actores.

Por eso no debe asombrarnos lo que entonces se hizo, ya que hasta el día de hoy los escritos que dejó Moisés tienen tanta fuerza, que aun hasta los que nos odian confiesan que fue Dios el que estableció esa reglamentación, y que fue por medio de Moisés y su virtud.

Pero estas cosas que cada cual las tome como mejor le parezca.

# LIBRO IV

*Abarca un lapso de treinta y ocho años*

# CAPÍTULO I

*La lucha de los hebreos con los cananeos, sin el consentimiento de Moisés, y su derrota.*

1. La vida de los hebreos en el desierto fue tan ingrata y penosa y tanto los inquietaba que, aunque Dios les había prohibido enredarse con los cananeos, no pudieron ser convencidos de que obedecieran las palabras de Moisés y permanecieran tranquilos. Creyendo que podrían derrotar al enemigo, aun sin su aprobación, lo acusaron de mantenerlos de propósito en situación angustiosa para que tuvieran que recurrir constantemente a su ayuda. Resolvieron, por lo tanto, pelear con los cananeos, diciendo que Dios les daría su asistencia no por la intercesión de Moisés sino porque había tomado a su cargo el cuidado de toda la nación en atención a sus antepasados cuyos asuntos había tomado bajo su dirección y que si antes les había dado la libertad por sus virtudes, ahora los ayudaría cuando habían decidido luchar por ella.

Dijeron también que tenían por sí mismos suficientes condiciones para conquistar al enemigo, aunque Moisés tuviera el propósito de alejar a Dios de ellos; que de todos modos era conveniente para ellos dirigir sus propios destinos, y no regocijarse por su liberación de los sufrimientos que habían padecido con los egipcios para soportar la tiranía de Moisés y ser engañados, y vivir de acuerdo con sus deseos, como si Dios hubiese profetizado lo que a nosotros respecta por ser amable con él, como si no fueran ellos la posteridad de Abraham, a quien Dios hizo el único autor de todo lo que sabemos y de quien aún debemos continuar aprendiendo.

Sería una medida prudente oponerse a sus arrogantes pretensiones, depositar la confianza en Dios, resolver tomar posesión de la tierra prometida y no prestar oídos a quien, con la pretensión de la divina autoridad, les había prohibido hacerlo.

Considerando el estado de zozobra en que se hallaban, y de que en aquellos sitios desiertos sólo podía empeorar su situación, resolvieron combatir con los cananeos, sometiéndose sólo a Dios, su comandante supremo, y sin esperar la ayuda de su legislador.

2. Tomada esta resolución, que consideraron la mejor, avanzaron contra el enemigo. Pero éste no se desanimó ni por el ataque ni por la gran multitud que lo realizaba, y los recibieron valerosamente. Muchos hebreos fueron muertos, y el resto del ejército, después del desorden en que cayeron las tropas, fue perseguido y huyó de manera vergonzosa a su campamento.

La inesperada desgracia los desalentó, y ya no esperaron nada bueno de su acción, porque el desastre les había venido por la ira de Dios ante su conducta de ir imprudentemente a la guerra sin su aprobación.

3. Cuando Moisés vio la profunda aflicción en que habían caído a causa de la derrota, y temiendo que el enemigo se sintiera animado por la victoria y tentado a

buscar una gloria mayor aún y los atacara, resolvió que convenía retirar el ejército hasta el desierto, a mayor distancia de los cananeos. La multitud se entregó de nuevo a su conducción porque comprendió que sin su guía sus asuntos no marcharían bien. Moisés hizo desplazar al ejército internándose más en el desierto, para dejarlo descansar allí y no permitirle combatir de nuevo a los cananeos antes de que Dios les diera una oportunidad más favorable.

## CAPÍTULO II

### *La sedición de Coré y de la multitud, contra Moisés y su hermano, con motivo del sacerdocio*

1. Ocurrió con los judíos lo que suele suceder con los grandes ejércitos, y sobre todo en casos de mal éxito: son difíciles de complacer y de gobernar. Eran seiscientos mil, y no se sometían fácilmente a sus gobernantes, ni aun en caso de prosperidad; debido a la aflicción que sufrían y a las calamidades que soportaban, se mostraron más furiosos que de costumbre, entre ellos y contra su jefe. Fueron presa de una sedición de la que no hay ejemplo ni entre los griegos ni entre los bárbaros y que los ponía en peligro de ser destruidos completamente.

Fueron, no obstante, salvados por Moisés, que no quiso acordarse de que casi fue apedreado por ellos. Tampoco dejó Dios de evitar su ruina; a pesar de las injurias que habían inferido a su legislador y a las leyes, y a la desobediencia de los mandamientos que les había enviado por medio de Moisés, los libró de terribles calamidades que, sin su cuidado providencial, les había acarreado la sedición.

Explicaré primero la causa por la que surgió la sedición y luego relataré la sedición misma, así como las ordenanzas de gobierno que dictó Moisés cuando hubo terminado.

2. Coré, un hebreo de importancia, tanto por su familia como por sus riquezas, y que también sabía hablar muy bien y persuadir al pueblo con sus discursos, vio que Moisés revestía una dignidad excesivamente grande. Disgustado por eso y envidioso (era de la misma tribu de Moisés y pariente de él), se sintió particularmente ofendido porque pensó que a él le correspondía con más derecho aquel puesto de honor, por las grandes riquezas que poseía y porque no era inferior a Moisés por su nacimiento.

Levantó por lo tanto una grita contra él entre los levitas, que eran de la misma tribu, y especialmente entre sus parientes, diciendo que era una cosa triste que tuvieran que tolerar a Moisés mientras éste trazaba y recorría el camino de su propia gloria, que obtenía con malas artes y con la pretensión de recibir órdenes de Dios.

Contrariando las leyes había dado el sacerdocio a Aarón, no por el voto general de la multitud sino por su propio sufragio, adjudicando dignidades de manera tiránica a quien él quería. Añadió que ese modo disimulado de imponerse sobre ellos era más difícil de soportar que si lo hubiese hecho abiertamente, por la fuerza porque no sólo se había apoderado de su poder sin el consentimiento de la multitud sino también cuando estaban desprevenidos e ignorando sus planes contra ellos. Porque el que tiene conciencia de que merece alguna dignidad, trata de conseguirla por la persuasión, y no por arrogantes métodos de violencia. Los que creen imposible obtener esos honores con justicia, aparentan bondad y fingen que no hacen uso de la fuerza, y se vuelven perversamente poderosos valiéndose de recursos taimados.

Corresponde a la multitud castigar a esos hombres, aunque disimulen sus designios, y no permitirles que se hagan fuertes antes de proclamarse abiertamente enemigos.

—¿Por qué razón —añadió—, acordó Moisés el sacerdocio a Aarón y sus hijos? Si Dios determinó conceder ese honor a un hombre de la tribu de Leví, yo soy más digno de obtenerlo que él, siendo igual a Moisés por mi familia, y superior a él en riquezas y en edad. Y si Dios acordó concederlo a la tribu mayor, le correspondería con más justicia a la tribu de Rubén; y lo recibirían Datán, Abiram y Falaes, porque son los más ancianos de la tribu, y poderosos además por sus grandes riquezas.

3. Diciendo esto Coré se proponía aparecer como interesado en el bienestar público, pero en realidad trataba de que la multitud le transfiriera a él esa dignidad. Con propósitos malignos pero con palabras plausibles habló a los de su tribu; sus palabras llegaron luego gradualmente hasta un número mayor de personas y luego todo el ejército las repitió con los agregados que cada cual añadía a los escándalos arrojados contra Aarón.

Los que conspiraban con Coré, en número de doscientos cincuenta, eran hombres principales que estaban ansiosos de quitar al hermano de Moisés al sacerdocio y hacerlo caer en desgracia. La multitud fue inducida a la rebelión y trató de apedrear a Moisés, reuniéndose en asamblea, en confusión y desorden. Tumultuosamente alzaron una grito frente al tabernáculo de Dios, pidiendo procesar al tirano y librar al pueblo de la esclavitud a la que, con el pretexto de que eran mandamientos divinos, los sometía con órdenes violentas. Porque si hubiese sido Dios el que eligiese un hombre para cumplir las funciones de sacerdote, habría elevado a esa dignidad a alguna persona merecedora, y no a uno que era inferior a muchos otros; si hubiese juzgado conveniente designar a Aarón, le habría permitido a la multitud que lo hiciera, y no habría dejado esa tarea a cargo de su propio hermano.

4. Aunque Moisés había visto de antemano las calumnias de Coré y advertido que el pueblo estaba irritado, no obstante no se asustó; animosamente, sabiendo que lo había aconsejado bien en sus asuntos, y que su hermano había sido nombrado para compartir el sacerdocio por orden de Dios y no como un favor personal de él, se dirigió a la asamblea y sin decir nada a la multitud habló con la voz más alta que pudo, dirigiéndose a Coré. Como era muy hábil para hacer discursos, y poseía, entre otros, el talento natural de conmover a la multitud con sus arengas, dijo:

—Tú, Coré, y los que están contigo —y señaló a los doscientos cincuenta hombres—, parecéis dignos de ese honor; yo creo que todos los hombres del pueblo son merecedores de esa dignidad, aunque no sean tan ricos o tan grandes como vosotros. No he dado el oficio a mi hermano porque sea superior a otros en riquezas, ya que tú nos superas a ambos en la grandeza de tu opulencia; ni tampoco porque sea de familia eminente, ya que Dios, al darnos un antepasado común, hizo iguales a nuestras familias. Tampoco fue por afecto fraternal, como otro pudiera haber hecho con justicia; porque si no hubiese acordado ese honor por consideración a Dios y sus leyes, por cierto que no me habría pasado por alto yo mismo, dándoselo a otro, ya que



soy un pariente más próximo de mí mismo que de mi hermano y teniendo más intimidad conmigo mismo que con él; no habría sido prudente por mi parte exponerme a los peligros de ofender concediendo el feliz empleo a otro. Pero yo estoy por encima de esas bajas prácticas. Dios no lo hubiera consentido, viéndose de ese modo despreciado, ni hubiera permitido que vosotros ignorarais lo que debíais hacer para complacerlo; hubiera elegido él mismo a quien debiera cumplir el sagrado ministerio, librándoos a vosotros de ese cuidado. No fue algo que yo pretenda dar si no es de acuerdo con la determinación de Dios.

»Propongo por lo tanto que sea disputado por los que desean obtenerlo, pidiendo solamente que se permita ofrecerse como candidato al que ha sido preferido y lo obtuvo hasta ahora. Prefiero vuestra tranquilidad y que lleguéis sin sedición al honorable cargo, aunque en verdad él lo haya obtenido con vuestra aprobación; porque si bien Dios fue el dador, no ofendemos cuando pensamos que lo aceptamos con su visto bueno; y sería impiedad no tomar el honorable empleo cuando lo ofrece. Al contrario; sería muy irrazonable rehusarlo cuando Dios considera conveniente que alguien lo retenga por todos los tiempos y se lo entrega seguro y firme.

»Pero dejemos que él mismo juzgue de nuevo quién quiere que le ofrezca sacrificios y tenga la dirección de las cosas de la religión. Porque es absurdo que Coré, que ambiciona ese honor, prive a Dios del poder de otorgarlo a quien quiera. Suspended, por lo tanto, la sedición y los disturbios y que mañana por la mañana todos los que deseen el sacerdocio traigan un incensario y vengán aquí con incienso y fuego. Deja, Coré, la decisión a Dios, y aguarda a ver de qué lado se inclinará, pero no trates de ser más grande que Dios. Ven tú también, para que esta competencia por el cargo reciba su determinación. Y supongo que podemos admitir que Aarón se ofrezca en la elección, ya que es del mismo linaje que tú, y no hizo nada en su sacerdocio que pueda hacerlo excluir.

»Venid, por lo tanto todos juntos, y ofreced el incienso ante el pueblo; y cuando lo ofrezcáis, aquel cuyo sacrificio acepte Dios será ordenado para el sacerdocio y estará libre de las actuales calumnias formuladas contra Aarón, de que obtuvo el favor por ser mi hermano.»

## CAPÍTULO III

*Los sediciosos son destruidos por la voluntad de Dios. Aarón, el hermano de Moisés, retiene el sacerdocio*

1. Después de estas palabras de Moisés la multitud abandonó la conducta turbulenta a que se había entregado y las sospechas contra Moisés y comentó lo que había dicho, porque la propuesta era buena y el pueblo así lo consideró. Con tal motivo disolvieron la asamblea. Pero al día siguiente se congregaron para presenciar el sacrificio y la determinación que se haría entre los candidatos al sacerdocio.

La reunión resultó turbulenta; toda la multitud esperaba con gran expectación lo que habría de suceder. A algunos les hubiera agradado que Moisés fuese condenado por malas prácticas, pero los más inteligentes deseaban librarse cuanto antes del desorden y la perturbación, porque temían que si la sedición continuaba se destruiría el orden de la organización del campamento. Pero el grueso del pueblo se complacía en gritar contra sus gobernantes, y cambiando entre sí opiniones sobre las arengas de los oradores alteraban la tranquilidad pública.

Moisés envió mensajeros a buscar a Abiram y Datán, ordenándoles que acudieran a la asamblea y aguardaran los oficios sagrados que se llevarían a cabo. Respondieron al mensajero que no obedecerían la orden, y que no tolerarían la conducta de Moisés, que se estaba volviendo demasiado grande para ellos merced a sus malas prácticas. Al conocer su respuesta, Moisés dispuso que los jefes del pueblo lo siguieran y se dirigieron a la facción de Datán, sin pensar en temer nada al dirigirse hacia esa gente insolente. No hicieron oposición y fueron con él.

Pero Datán y sus asociados, cuando supieron que Moisés y los principales del pueblo se dirigían hacia ellos, salieron con sus esposas e hijos y se quedaron delante de sus tiendas, a la espera de lo que Moisés haría. Se hicieron rodear por los sirvientes para que los defendieran en el caso de que Moisés usara la fuerza contra ellos.

2. Moisés se aproximó, alzó los brazos al cielo y dijo con voz bien alta para que lo oyera la multitud:

—¡Oh, señor de todos los seres que están en el cielo, en la tierra y en el mar! Tú eres el más auténtico testigo de lo que hice, y de que todo fue hecho por tu orden; tú que fuiste quien nos dio asistencia cuando intentábamos cualquier cosa y que te mostraste misericordioso con los hebreos en todas sus angustias, acércate y escucha lo que digo, ya que nada, ni acción ni pensamiento escapa a tu conocimiento, y no desdeñes decir la verdad para vindicarme, sin considerar las ingratas imputaciones de estos hombres. Lo que ocurrió antes de que yo naciera tú bien lo sabes, no por referencias sino por haberlo visto y presenciado; en cuanto a lo que se hizo últimamente, y de lo que estos hombres, aunque lo conocen perfectamente, pretenden

sospechar, te pongo a ti de testigo. Viviendo una vida privada tranquila, abandoné todas las cosas buenas de que por mi diligencia, y por tu consejo, gozaba con mi suegro Ragüel, y me entregué a este pueblo y soporté numerosas penurias por él. Pasé al principio por muchos trabajos, para obtener su libertad, y ahora para preservarlos. Y siempre me mostré dispuesto a ayudarlos en todas sus desgracias.

»Ahora, sospechado por esos mismos hombres que deben su ser a mi actividad, ven tú, como es razonable esperarlo de ti, tú, que te mostraste primeramente en el monte Sinaí, y me hiciste oír tu voz, y ver los distintos milagros que ese sitio me deparó; tú que me mandaste ir a Egipto a declarar tu voluntad a este pueblo; tú, que perturbaste la situación feliz de los egipcios y nos diste oportunidad de huir de nuestra esclavitud e hiciste el dominio del faraón inferior a mi dominio; tú qué hiciste del mar tierra seca para nosotros, cuando no sabíamos hacia dónde encaminarnos, y anonadaste a los egipcios con esas olas destructivas que se habían separado para nosotros; tú que nos otorgaste la seguridad de las armas cuando estábamos desnudos; tú, que hiciste que de las fuentes corrompidas brotase agua apropiada para beber, y nos suministraste agua que venía de las rocas cuando más falta nos hacía; tú que nos salvaste la vida con lo que era alimento del mar, cuando nos faltaron los frutos de la tierra; tú que nos mandaste un alimento del cielo que nunca se había visto anteriormente; tú que nos sugeriste el conocimiento de tus leyes y nos señalaste la forma de gobierno; ven tú, ¡oh, señor de todo el mundo!, y como juez y testigo que no puede ser sobornado, revela que nunca acepté de ningún hebreo ninguna donación contraria a la justicia, nunca condené a un pobre que debía ser absuelto, para favorecer a un rico, y nunca traté de dañar a la comunidad. Ahora me acusan de lo que está más lejos de mis intenciones, de haber dado el sacerdocio a Aarón no por tu orden sino por favorecerlo; demuestra ahora que todas las cosas son administradas por tu providencia, y que nada sucede por casualidad, sino que todo es gobernado por tu voluntad y logra de ese modo su fin; demuestra asimismo que tú proteges a los que hacen bien a los hebreos; demuéstralo con el castigo de Abiram y Datán, que te condenan como un ser insensible y dominado por mis ideas.

»Lo harás infligiendo un castigo a estos hombres, que tan imprudentemente atacan tu gloria, castigo que los retire del mundo, no de manera ordinaria sino de tal modo que sea visible que no murieron como todos. Que se abra la tierra que pisan y los consuma con sus familias y sus bienes. Lo cual será demostración de tu poder para todos los hombres; y el método de su sufrimiento será un ejemplo para enseñar prudencia a los que abrigan sentimientos profanos hacia ti. Y será la prueba de que soy un fiel intérprete de tus preceptos. Pero si las calumnias que han lanzado contra mí son verdades, evita a estos hombres todo accidente y haz caer sobre mí la destrucción que impiqué contra ellos.

»Después que hayas infligido el castigo a los que procuraron tratar injustamente con el pueblo, otorga a éste concordia y paz. Salva a esta multitud que sigue tus mandamientos y líbralos de daños, y no permitas que compartan el castigo de los que

han pecado. Como tú sabes, no es justo que por la perversidad de esos hombres sufra castigo toda la corporación de los israelitas.»

3. Después que Moisés dijera estas palabras, con lágrimas en los ojos, estremeciose de pronto la tierra, ocasionando una agitación semejante a la que produce el viento en las olas del mar. El pueblo se asustó. La tierra se hundió debajo de las tiendas arrastrando consigo todo lo que estimaban los sediciosos, que así perecieron tan enteramente que no quedaron ni huellas de que hubiese habido hombres en aquel sitio. La tierra se abrió debajo de ellos volviendo a cerrarse y quedando entera como antes, tanto que nadie que la vio después notó que hubiese pasado allí un accidente como el que había ocurrido.

Así murieron esos hombres, siendo su muerte una demostración del poder de Dios. Realmente cualquiera lo lamentaría, no sólo por la calamidad que les había caído y que merece nuestra conmiseración, sino también porque sus parientes quedaron complacidos por su desgracia. Porque olvidaron el parentesco que los unía y ante el triste accidente aprobaron la sentencia que había recaído sobre ellos; y como consideraron a la gente que rodeaba a Datán como hombres pestilentes, juzgaron que habían muerto como tales y no sintieron pesar por ellos.

4. Moisés llamó a los que competían por el sacerdocio para realizar una prueba que determinaría quién sería sacerdote; aquel cuyo sacrificio sería más grato a Dios sería ordenado para el oficio.

Asistieron doscientos cincuenta hombres, que fueron realmente honrados por el pueblo, no solamente por el poder de sus antepasados sino también por ellos mismos en lo que superaban a los demás. También Aarón y Coré se adelantaron y todos ellos ofrecieron incienso ante el tabernáculo, en los incensarios que habían llevado consigo. Inmediatamente se produjo una llamarada tan grande que nadie había visto jamás nada igual, ni hecho por la mano del hombre, ni en las erupciones de la tierra causadas por fuegos subterráneos, ni en los incendios que estallan espontáneamente en los bosques, cuando se agitan los árboles rozándose unos con otros; era un fuego brillantísimo, de llama terrible, como los que arden por orden de Dios. Envuelta por la erupción toda la compañía, incluso Coré, fueron destruidos, tan completamente que no quedaron restos de sus cuerpos. El único que se salvó fue Aarón, que ni siquiera fue dañado por el fuego, porque Dios había enviado el fuego para quemar únicamente a los que debían ser quemados.

Después de la destrucción de aquellos hombres, Moisés quiso que el recuerdo de la sentencia fuera transmitido a la posteridad, para que la conocieran las generaciones futuras. Ordenó a Eleazar, el hijo de Aarón, que pusiera sus incensarios junto al altar de bronce, para que fueran un recuerdo para la posteridad de lo que sufrieron aquellos hombres, por suponer que se podía eludir el poder de Dios. Y Aarón ya no fue considerado como que desempeñaba el sacerdocio por el favor de Moisés, sino por el juicio público de Dios. Y él y sus hijos gozaron pacíficamente ese honor.

## CAPÍTULO IV

### *La permanencia de los hebreos en el desierto durante treinta y ocho años*

1. No obstante la sedición, lejos de cesar después de esa destrucción, se hizo más fuerte volviéndose cada vez más intolerable. El motivo de su empeoramiento fue de tal naturaleza que parecía que la calamidad no terminaría nunca, que duraría mucho tiempo. Creyendo los hombres que nada sucedía sin la providencia de Dios, dieron en pensar que aquellas cosas sólo habían ocurrido por el favor de Dios hacia Moisés; y le echaron la culpa de que Dios estuviera tan enojado y afirmaron que aquello había sucedido no tanto por la perversidad de los que fueron castigados como porque Moisés se empeñó en que lo fueran; y de que aquellos hombres habían sido destruidos sin haber pecado, y sólo porque habían sido celosos del culto divino, y también de que aquel que había sido causa de que el número del pueblo disminuyese, con la destrucción de tantos hombres, y de los mejores de todos, además de haber escapado a todo castigo había dado ahora el sacerdocio a su hermano con tanta firmeza que ya nadie podía disputárselo.

Porque indudablemente ya nadie podría aspirar a ocuparlo, después de haber visto perecer miserablemente a los primeros que lo intentaron. Además, los parientes de los que fueron destruidos instaron empeñosamente a la multitud a abatir la arrogancia de Moisés, aduciendo que sería mejor para todos si lo hacían.

2. Enterado del tumulto que promovía la multitud, Moisés, temeroso de que intentaran alguna otra innovación, cuya consecuencia podría ser alguna terrible y lamentable calamidad, convocó a congregación a la multitud y escuchó pacientemente los alegatos que formulaban, sin refutarlos para no excitar a la multitud. Sólo pidió a los jefes de las tribus que trajeran sus varas, con los nombres de las tribus inscriptos en ellas, y anunció que correspondería el sacerdocio a la vara en la que Dios dejara una señal. Aceptado este temperamento todos trajeron las varas, incluso Aarón, que puso en la suya el nombre de la tribu de Levi<sup>[49]</sup>. Moisés depositó las varas en el tabernáculo de Dios.

Al día siguiente las sacó y fueron reconocidas por los que las habían traído, así como por la multitud. Vieron que todas las demás varas estaban tal como Moisés las había recibido, pero en la de Aarón habían brotado pimpollos, ramas y frutos maduros de almendras, porque la vara era de un árbol de almendro. El pueblo quedó tan asombrado ante aquel espectáculo extraordinario, que aunque sentía hacia Moisés y Aarón cierto grado de odio, dejó a un lado esa aversión y comenzó a admirar el juicio de Dios; y todos aplaudieron lo que Dios había decretado y permitieron que Aarón gozara pacíficamente el sacerdocio.

De ese modo Dios ordenó a su sacerdote tres veces; y éste retuvo el honor sin

posteriores contratiempos. Y esta sedición de los hebreos, que había sido grande y duradera, quedó finalmente solucionada.

3. Como la tribu de Leví había sido exceptuada de la guerra y de las expediciones bélicas y destinada al servicio divino, para que sus miembros no pasaran necesidades y tuvieran que buscarse la vida descuidando el templo, Moisés ordenó a los hebreos, de acuerdo con la voluntad de Dios, que cuando entraran en posesión de la tierra de Canaán asignaran a los levitas cuarenta y ocho ciudades, buenas y limpias, y les permitieran usufructuar de sus suburbios hasta el límite de dos mil codos desde las murallas de la ciudad. Mandó, además, que el pueblo pagara a los levitas y a los sacerdotes un diezmo de su producción anual de frutos de la tierra. Esto es lo que la tribu recibe de la multitud; pero creo necesario anotar lo que se paga en total, especialmente a los sacerdotes.

4. Ordenó a los levitas que cedieran a los sacerdotes trece de sus cuarenta y ocho ciudades<sup>[50]</sup>, y que les apartaran la décima parte del diezmo que reciben anualmente del pueblo. Dispuso también que era justo ofrecer a Dios las primicias de toda la producción de la tierra, y que debían dar a los sacerdotes, para que pudieran comerlo con sus familias en la ciudad santa, el primogénito de los cuadrúpedos señalados para los sacrificios, si era macho.

Los dueños de los primogénitos no indicados para sacrificios por las leyes de nuestro país, deben entregar en su lugar un siclo y medio; por el primogénito de un hombre, cinco siclos. También les corresponde la primicia de la esquila de las ovejas; y los que cuecen pan de maíz y hacen hogazas deben darles un poco de lo que han hecho. Además los que han hecho un voto sagrado, me refiero a los llamados *nazarenos*, que se dejan crecer el cabello y no usan vino, cuando consagran el pelo y ofrecen sacrificios, deben donar sus rizos a los sacerdotes<sup>[51]</sup>.

También los que se dedican a Dios como exvoto, que es lo que los griegos llaman ofrenda, cuando quieren librarse de ese servicio deben dejar dinero para los sacerdotes; treinta siclos las mujeres y cincuenta los hombres. Para los que sean demasiado pobres para abonar esa suma, los sacerdotes podrán determinar la cantidad que les parezca apropiada.

Los que matan en su casa animales para un festival privado, no religioso, están obligados a llevar a los sacerdotes el cuajar y la mejilla, y la espalda derecha del sacrificio.

Con esto Moisés arbitró la manera de que los sacerdotes estén abundantemente mantenidos, aparte de lo que obtienen de las ofrendas por pecados, que el pueblo les da, como he dicho en el libro anterior. Ordenó, asimismo, que de todo lo que les dan a los sacerdotes participen lo mismo que ellos sus sirvientes, hijas y esposas, exceptuando lo que reciben de los sacrificios ofrecidos por pecados; porque de éstos sólo pueden comer los varones de las familias de los sacerdotes, y únicamente en el templo, y el mismo día que son ofrecidos.

5. Hechas estas reglamentaciones, después de terminada la sedición, Moisés se

trasladó, con todo el ejército, hasta las fronteras de Idumea. De allí envió embajadores al rey de los idumeos pidiéndole que le diera paso por su país y convino en enviarle los rehenes que quisiera como garantía contra toda ofensa. También le pidió que diera libertad a su ejército para comprar provisiones; y si insistía le pagaría por el agua que beberían.

Al rey no le satisfizo la embajada de Moisés; no dio paso al ejército y llevó a su pueblo armado a enfrentar a Moisés y estorbarle su propósito en el caso de que intentara pasar por la fuerza.

Moisés consultó por el oráculo a Dios, quien no le ordenó entrar en guerra. Moisés retiró sus fuerzas e hizo un rodeo viajando por el desierto.

6. Fue entonces cuando Miriam, la hermana de Moisés, llegó a su fin, habiendo completado el cuadragésimo año de su salida de Egipto el primer día del mes lunar de xántico. Le hicieron un funeral público, con grandes gastos. Fue enterrada en cierta montaña que se llama *Sin*.

Después de guardar duelo durante treinta días, Moisés purificó al pueblo de la siguiente manera: tomó una vaca que no había sido usada para el arado o para labranza, que estaba sana en todas sus partes y de color totalmente rojo, y la llevó a cierta distancia del campo, a un sitio perfectamente limpio. La vaca fue muerta por el sumo sacerdote quien salpicó la sangre, con los dedos, siete veces frente al tabernáculo de Dios; luego la vaca fue quemada entera con su piel y sus entrañas, echando en el fuego madera de cedro, hisopo y lana escarlata. Luego un hombre limpio recogió las cenizas y las depositó en un sitio perfectamente limpio.

Después, cuando una persona quedaba profanada por un cadáver, echaban un poco de esas cenizas en agua de manantial, con hisopo, y sumergiendo parte de las cenizas la rociaban al tercero y séptimo día, y con eso quedaba limpia. Moisés ordenó que hicieran lo mismo cuando las tribus llegaran a su tierra.

7. Finalizada la purificación descrita, que el conductor realizó por el duelo de su hermana, hizo marchar al ejército por el desierto, a través de Arabia. Al llegar a un sitio que los árabes consideraban su metrópoli, un lugar rodeado de altas montañas que antes se llamaba Arce y lleva ahora el nombre de Petra, Aarón subió sobre una de las montañas, porque Moisés le había dicho de antemano que moriría, y quedó frente a todo el ejército, por la pendiente de la ladera.

Se quitó el ropaje sacerdotal y lo entregó a su hijo Eleazar, a quien pertenecía el sacerdocio por ser el mayor, y falleció mientras la multitud lo miraba. Murió el mismo año en el que perdió a su hermana, habiendo vivido en total ciento veintitrés años. Fue el primer día de ese mes lunar que los atenienses llaman *hecatombeon*, los macedonios *lous* y los hebreos *ab*.

## CAPÍTULO V

*Moisés vence a los amorreos Sicón y Og, destruyéndoles todo el ejército, y luego divide la tierra entre dos y media tribus de los hebreos*

1. El pueblo guardó duelo por Aarón durante treinta días; terminado el duelo, Moisés retiró al ejército de aquel sitio y llegó al río Arno, el que saliendo de las montañas, corre atravesando el desierto y cae en el lago Asphaltites. Constituía el límite entre el país de los moabitas y el de los amorreos. Se trata de una tierra fructífera, suficiente para mantener un gran número de hombres con las cosas buenas que produce.

Moisés envió mensajeros a Sicón, rey del país, pidiéndole permiso para pasar, con las seguridades que quisiera pedirle. Le prometió que no serían ofendidos, ni el país que Sicón gobernaba ni sus habitantes, y que compraría las provisiones a un precio conveniente para el rey, incluyendo, si lo quería, el agua.

Sicón rechazó la oferta y puso a su ejército en pie de guerra, preparándose para impedirles el paso por el Arno.

2. Viendo Moisés que el rey amorreo estaba dispuesto a entrar en hostilidades, decidió que no debía tolerar el insulto; y resuelto a arrancar a los hebreos de su temperamento indolente y prevenir los desórdenes resultantes, que habían motivado la anterior sedición (y todavía no estaban del todo apaciguados), preguntó a Dios si le daba permiso para pelear. Acordado el permiso, y habiéndole Dios prometido la victoria, se sintió muy animado y dispuesto a entrar en batalla.

Alentó a los soldados, instándolos a que tomaran gusto a la pelea, ahora que Dios les había dado la venia para combatir. Recibida la misión, que ansiaban hacía mucho tiempo, los hombres revistieron los armamentos y pusieron manos a la obra sin demora. El rey de los amorreos no las tuvo todas consigo cuando los hebreos estuvieron listos para el ataque; tuvo miedo, y su ejército, que antes había demostrado mucho valor, se volvió temeroso y no pudo hacer frente a los hebreos ni resistir su primera embestida.

Huyeron, creyendo que podrían escapar protegiéndose en sus ciudades, que eran fuertes; pero no sacaron ninguna ventaja huyendo hacia ellas, porque no bien los hebreos los vieron ceder terreno inmediatamente los siguieron pisándoles los talones. Una vez rotas las filas los aterrorizaron grandemente, desprendiéndose algunos de ellos para correr a las ciudades.

Los hebreos los siguieron vivamente persistiendo obstinadamente en la tarea que habían emprendido; y como eran muy hábiles en el manejo de la honda y muy diestros para arrojar flechas, o cualquier otra cosa parecida, y como sólo llevaban armamento ligero, lo que los hacía veloces para la persecución, alcanzaron al enemigo. A los que estaban más lejos y no podían llegar hasta ellos, los alcanzaban con sus hondas o sus arcos, y los mataron en gran número. Los enemigos que



escaparon a la matanza quedaron gravemente heridos, y muchos sufrieron más por la sed que por los elementos bélicos; porque era verano y corrieron en desorden al río por el deseo de beber. Allí fueron rodeados por los hebreos, que los atacaron con dardos y flechas e hicieron una matanza. El rey Sicón también fue muerto.

Los hebreos despojaron los cadáveres recogiendo el botín. La tierra que tomaron abundaba en frutos, y el ejército la recorrió sin temor, alimentando al ganado y se apoderaron de las ciudades sin que nadie pudiera detenerlos, ya que todos los hombres combatientes habían perecido.

Ésta fue la destrucción que alcanzó a los amorreos, que no eran sagaces en los designios ni valerosos en la acción. Los hebreos tomaron posesión de su tierra, que es un país situado entre tres ríos y parece una isla. El río Arno es su límite sud, el Jabaco determina el lado norte (este río, al derramarse en el Jordán, pierde su nombre y toma el otro), y el Jordán corre por todo el costado oeste.

3. Cuando las cosas llegaron a este estado, Og, el rey de Galaad y Gaulanitis, cayó sobre los israelitas. Llevó consigo un ejército y acudió apresuradamente en ayuda de su amigo Sicón. Aunque ya lo encontró muerto, decidió no obstante pelear con los hebreos, suponiendo que sería demasiado para ellos y deseando probar su valor.

Sus esperanzas fallaron y fue muerto en la batalla y destruido su ejército. Moisés atravesó el río Jabaco e invadió el reino de Og. Derribó las ciudades y mató a todos sus habitantes, que superaban en riquezas a todos los hombres de esa parte del continente, debido a la bondad de la tierra y la abundancia de sus frutos. Muy pocos hombres había iguales a Og, en el tamaño de su cuerpo y la belleza de su aspecto. Era, además, un hombre de gran habilidad, hábil en el uso de sus manos, y sus proezas armonizaban con el enorme tamaño y la hermosa apariencia de su cuerpo. Los hombres pudieron adivinar fácilmente su fuerza y magnitud, cuando tomaron su cama en Rabat, la ciudad real de los amonitas; estaba hecha de hierro y tenía cuatro codos de ancho y un codo más del doble de largo.

Su caída no sólo mejoró la situación actual de los hebreos, sino que su muerte fue para ellos motivo de nuevos triunfos, porque tomaron las sesenta ciudades, rodeadas de excelentes murallas, que le estaban sometidas, y cobraron en general y en particular una buena presa.

# CAPÍTULO VI

## *El profeta Balaam y la apostasía de Zambrías*

1. Moisés condujo su ejército al Jordán e instaló el campamento en la gran planicie que se hallaba frente a Jericó. Esta ciudad gozaba de una situación muy buena y era muy adecuada para producir palmeras y bálsamos. Los israelitas comenzaron a sentirse muy orgullosos de sí mismos y muy ansiosos de pelear. Moisés, después de haber ofrecido durante varios días sacrificios de agradecimiento a Dios y fiestas al pueblo, envió una expedición de hombres armados a arrasarse el país de los madianitas y tomar sus ciudades. La ocasión con que decidió hacerles la guerra fue la siguiente:

2. Cuando Balac, rey de los moabitas, que por sus antepasados tenía parentesco y asociación con los madianitas, vio el gran crecimiento de los israelitas, tuvo miedo, por el peligro que corrían él y su reino, porque ignoraba que los hebreos, habiéndoles Dios prohibido ir más lejos, no tocarían a ningún otro país y se limitarían a la posesión del país de Canaán. Con más apresuramiento que sabiduría Balac resolvió hacer la tentativa de atacarlos con palabras; no creyó prudente combatir con ellos, después de sus grandes triunfos, y de su propiedad que había aumentado hasta con los malos éxitos, y pensó tratar de impedir que siguieran prosperando. Decidió, pues, enviar embajadores a los madianitas para conversar con ellos al respecto.

Los madianitas, sabiendo que junto al Éufrates vivía un tal Balaam, que era uno de los más grandes profetas de la época y era amigo de ellos, envió a varios de sus honorables príncipes junto con los embajadores de Balac, para rogar al profeta que fuera a imprecicar maldiciones para la destrucción de los israelitas. Balaam recibió a los embajadores y los trató muy amablemente y después de haber cenado inquirió cuál era la voluntad de Dios acerca del asunto para el que le pedían los madianitas que fuera a su país. Como Dios se opusiera a su partida, volvió a reunirse con los embajadores y les dijo que él satisfaría con mucho gusto su pedido, pero Dios se oponía a sus intenciones, ese Dios que lo había exaltado hasta la reputación que poseía por la verdad de sus predicciones; porque ese ejército, que le pedían que fuera a maldecir, gozaba del favor de Dios. Por lo tanto les aconsejaba que volvieran a su tierra y que no persistieran en su enemistad con los israelitas. Después de darles su respuesta, despidió a los embajadores.

3. Los madianitas, cediendo a las sinceras instancias y fervientes ruegos de Balac, enviaron otros embajadores a Balaam quien, deseando satisfacerlos, volvió a interrogar a Dios; disgustado por esta prueba, le ordenó que no contradijera a los embajadores. Balaam no se imaginó que Dios le había dado esa orden para engañarlo, y se fue con los embajadores; pero cuando el ángel divino le salió al paso en un pasaje angosto y lo cercó con paredes por los dos lados, la burra que montaba comprendió que era un espíritu divino el que les había salido al paso, y arrojó a

Balaam contra una de las paredes, sin cuidarse de los golpes que Balaam le aplicó cuando se sintió lanzado contra la pared.

Perturbada por el ángel y por los golpes, la burra cayó al suelo, y por la voluntad de Dios hizo uso de una voz de hombre y se quejó contra Balaam, acusándolo de maltratarla injustamente; sin tener motivo para castigarla, le dijo, por sus anteriores servicios, ahora la apaleaba sin entender que era la providencia de Dios que le estorbaba para que no fuera a realizar lo que se proponía.

Balaam quedó perplejo por la voz de la burra, que era la voz de un hombre; entonces se le apareció claramente el ángel y le reprochó los golpes que había aplicado a la burra y le informó que el animal no había cometido ninguna falta y que él había ido a interrumpirle el viaje que era contrario a la voluntad de Dios.

Balaam se asustó y se dispuso a regresar; pero Dios lo incitó a proseguir su camino, pero agregando la orden de que no dijera nada más que lo que él le sugeriría.

4. Recibido ese encargo de Dios, Balaam se presentó ante Balac. El rey lo atendió magníficamente y le pidió que se trasladara a una de las montañas a observar la situación del campamento hebreo. Balac también fue a la montaña llevando consigo al profeta y un cortejo real. La montaña se hallaba por encima de los hebreos y a una distancia de sesenta estadios del campamento. Después de observarlos, Balaam pidió al rey que levantara siete altares y le llevara otros tantos toros y carneros. El rey satisfizo su deseo. Balaam mató los sacrificios y los ofreció en holocausto. Como observara la señal de una fuga, dijo:

—Dichoso este pueblo a quien Dios otorgó la posesión de innumerables cosas buenas, y le concede su providencia para asistirlo y guiarlo. No habrá ninguna nación en la humanidad a la que no seáis considerados superiores en virtud y en la celosa observancia de las mejores reglas de vida, libres de perversidad. Reglas excelentes que dejaréis a vuestros hijos, por la consideración que Dios os guarda y la provisión de cosas que os harán más felices que cualquier otro pueblo que se encuentra bajo el sol. Vosotros retendréis la tierra a la que él os mandó, la que estará siempre a las órdenes de vuestros hijos, y tanto esta tierra como el mundo entero y los mares se llenarán de vuestra gloria. Seréis suficientemente numerosos como para proveer al mundo en general, y a cada región en particular, de habitantes de vuestra estirpe. Y eso aunque sea extraño, ¡oh, bendito ejército!, que hayáis salido tantos de un solo padre. Realmente la tierra de Canaán podrá conteneros ahora que sois relativamente pocos; pero sabed que todo el mundo es propuesto para ser el lugar de vuestra residencia permanente.

»La multitud de vuestra posteridad vivirá tanto en las islas como en el continente, y en mayor número que el de las estrellas del cielo. Y cuando hayáis llegado a ser tantos, Dios no dejará de cuidaros, os suministrará en abundancia todas las cosas buenas en tiempo de paz y la victoria y la dominación en tiempo de guerra.

»Que los hijos de vuestros enemigos se sientan tentados de luchar con vosotros, y que les sea duro llegar a las armas y asaltaros en combate, porque no volverán

victoriosos ni su retorno será placentero para sus esposas y sus hijos. A ese alto grado de valor seréis elevados por la providencia de Dios, que puede disminuir la afluencia de unos y suplir las necesidades de otros».

5. Así habló Balaam por inspiración, porque no podía hacerlo por su propio poder sino movido por el espíritu divino. Pero Balac quedó disgustado, afirmando que había violado el compromiso, según el cual había ido, invitado por él y sus confederados y con la promesa de grandes obsequios, para maldecir a sus enemigos, y él en cambio los había encomiado, diciendo que eran los más felices de los hombres. A esto replicó Balaam:

—Si consideras justicieramente este asunto, ¡oh, Balac!, comprenderás que no está en nuestro poder callar o decir algo cuando hemos sido tomados por el espíritu de Dios. Porque él nos pone en la boca las palabras que quiere y frases de las que nosotros no tenemos conciencia. Bien recuerdo los ruegos con los cuales vosotros y los madianitas me trajeron jubilosamente hasta aquí, y por los cuales emprendí este viaje. Rogué que me fuera permitido no defraudar vuestros deseos; pero Dios es más fuerte que las intenciones que tuve de servirlos; porque aquellos que han asumido la tarea de predecir los hechos de la humanidad de acuerdo con sus propias capacidades, se ven completamente incapacitados para hacerlo, o de abstenerse de pronunciar lo que Dios les sugiere, o de hacer violencia a su voluntad, porque cuando él nos previene o entra en nosotros, nada de lo que decimos es nuestro. Yo no me propuse elogiar a ese ejército, ni enumerar las diversas cosas buenas que Dios se propone hacer a su raza, pero como Dios estaba tan inclinado en su favor y tan dispuesto a concederles una vida feliz y gloria eterna, me sugirió la declaración de esas cosas. Mas ahora, como mi deseo es cumplir contigo y con los madianitas, cuyos ruegos no es decente que rechace, erijamos otros altares y ofrezcamos de nuevo los mismos sacrificios de antes, para que yo vea si puedo persuadir a Dios de que me permita atar a esos hombres con maldiciones.

Balac estuvo de acuerdo, pero Dios no consintió, ni con el segundo sacrificio, que maldijera a los israelitas. Volvió a sacrificar por tercera vez, después de hacer levantar nuevos altares, pero ni aun entonces lanzó maldiciones contra los israelitas. Balaam cayó de cara al suelo, y predijo las calamidades que caerían sobre los reyes de las naciones y las ciudades más eminentes, muchas de las cuales no estaban desde hacía mucho tiempo ni siquiera habitadas. Hechos que luego ocurrieron entre los distintos pueblos referidos, en los tiempos pasados y en los actuales, hasta llegar a mis propios tiempos, tanto por mar como por tierra. Del cumplimiento de todas las predicciones que formuló se puede fácilmente comprender que las restantes también se cumplirán en lo futuro.

6. Muy enojado por el hecho de que los israelitas no hubiesen sido maldecidos, Balac despachó a Balaam sin considerarlo digno de nada más. Cuando ya estaba por pasar el Éufrates, envió a buscar a Balac y los príncipes madianitas, y les habló de la siguiente manera

—¡Oh, Balac, y vosotros los madianitas que estáis presentes! Me siento obligado, aun sin la voluntad de Dios, a daros satisfacción. Es verdad que no puede caer sobre los hebreos la destrucción completa, ni por medio de guerras, ni por plagas, ni por la escasez de frutos de la tierra, ni puede llegar a ser su ruina total ningún otro accidente inesperado. Porque la providencia de Dios se preocupa de preservarlos de esas desgracias y no permitirá que les caiga ninguna calamidad que los haga perecer.

»Pero pequeñas desgracias, y por poco tiempo, y por las que parezca que han caído, puede acaecerles. Sólo que después de ellas florecerán de nuevo, para terror de los que les han aportado desdichas. De modo que si os proponéis obtener alguna victoria sobre ellos por un corto espacio de tiempo, lo conseguiréis siguiendo mis indicaciones. Elegid las más hermosas de vuestras hijas, las que sean más eminentes por su belleza y apropiadas para doblegar y conquistar la modestia de los que las miran, preparadlas bien vestidas y adornadas, lo mejor que podáis, y enviadlas a las proximidades del campamento israelita, encargándoles que cuando los jóvenes hebreos requieran su compañía, se la concedan.

»Cuando vean que están enamorados de ellas, que se despidan para irse, y si les piden que se queden, que no les den consentimiento hasta que no los hayan persuadido de que abandonen la obediencia a sus leyes y el culto al Dios que las estableció y adoren a los dioses de los madianitas y los moabitas; de este modo Dios se enojará con ellos.»

Después de darles este consejo, Balaam se fue.

7. Los madianitas enviaron a sus hijas, como Balaam les había exhortado a hacerlo, y los jóvenes hebreos se sintieron atraídos por su belleza y fueron a hablar con ellas, rogándoles que no les escatimaran el gozo de su hermosura ni les negaran la conversación. Las hijas de los madianitas recibieron sus palabras de buen grado y consintieron al pedido, quedándose con ellos; pero cuando lograron enamorarlos y la inclinación de los jóvenes hacia ellas se había hecho madura, comenzaron a hablar de retirarse.

Los hombres se sintieron grandemente desconsolados e instaron a las mujeres a que no se fueran y les rogaron que se quedaran y fueran sus esposas, prometiéndoles que serían dueñas de todo lo que poseían. Esta promesa la afirmaron con juramento poniendo a Dios de árbitro de su ofrecimiento; lo dijeron con lágrimas en los ojos y todas las demás señales de afecto, para despertar su compasión demostrándoles lo desdichados que serían sin ellas.

Las mujeres, en cuanto notaron que los habían hecho sus esclavos, conquistándolos con su conversación, comenzaron a hablar de la siguiente manera:

8. —¡Oh, jóvenes ilustres! Nosotros poseemos nuestras casas, llenas de cosas buenas, junto con el natural afecto de nuestros padres y amigos. No hemos venido a conversar con vosotros porque nos falten esas cosas, ni hemos admitido la invitación con el propósito de prostituir por lucro la belleza de nuestros cuerpos; accedimos a vuestro pedido considerándoos hombres valientes y dignos, y para poder trataros con

los honores que exige la hospitalidad. Ahora, ante vuestras afirmaciones de que sentís un gran afecto por nosotras y os perturba la idea de que nos vayamos, no nos negaremos a vuestros ruegos, y si pudiéramos recibir las seguridades de vuestra buena voluntad que considerásemos suficientes, tendríamos mucho gusto de vivir con vosotros en calidad de esposas; pero tememos que con el tiempo os canséis de nuestra compañía, nos maltratéis y nos enviéis ignominiosamente de vuelta a las casas de nuestros padres.

Los jóvenes afirmaron que les darían todas las seguridades que quisieran y no les discutieron nada de lo que dijeron, tan grande era la pasión que sentían.

—Si ésta es vuestra decisión —respondieron ellas—, como vosotros usáis costumbres y formas de vida que son completamente diferentes de las de todos los hombres, tanto que vuestros alimentos son propios solamente de vosotros y vuestras bebidas no son comunes a las demás, ha de ser absolutamente necesario, si queréis que seamos vuestras esposas, que también vosotros adoréis a nuestros dioses. No puede haber ninguna otra prueba del cariño que afirmáis sentir y prometéis para lo futuro que ésta, la de que adoréis los mismos dioses que nosotros. ¿Puede alguien quejarse razonablemente de que al haber llegado a este país adoréis sus dioses? Sobre todo siendo nuestros dioses comunes a todos los hombres, y el vuestro uno que no pertenece a nadie más que a vosotros.

Añadieron que debían adoptar los métodos de culto de todos los demás, o buscar otro mundo en el que pudieran vivir para ellos mismos, de acuerdo con sus leyes.

9. Inducidos por el cariño que sentían hacia aquellas mujeres, los jóvenes juzgaron que habían hablado muy bien y se rindieron a sus indicaciones, trasgrediendo las leyes paternas y aceptando que había muchos dioses, a los que resolvieron ofrecer sacrificios de acuerdo con las leyes de la tierra. Saborearon encantados sus extraños alimentos e hicieron todo lo que las mujeres les mandaban, aunque contradecían sus propias leyes.

La transgresión se extendió a todo el ejército de los jóvenes, los que cayeron en una sedición mucho peor que la anterior, y en el peligro de la abolición de todas sus instituciones. Porque después de tomar el gusto a aquellas extrañas costumbres, cayeron en una insaciable inclinación hacia ellas, y aunque algunos de los hombres principales eran ilustres por las virtudes de sus padres, se corrompieron junto con todos los restantes.

10. Incluso Zambrías, el jefe de la tribu de Simón, buscó la compañía de Cosbia, una mujer madianita hija de Sur, hombre de autoridad en aquel país. Solicitado por su mujer a que abandonara la ley de Moisés y siguiera aquellas a las que ella estaba acostumbrada, satisfizo su deseo, sacrificando de manera distinta a la suya y tomando una mujer extranjera por esposa.

En ese estado de cosas, Moisés, temeroso de que las cosas empeoraran aún más, congregó al pueblo y no acusó a nadie por su nombre para no hacer desesperar a los que, ocultándose en mentiras, podían arrepentirse. Sólo dijo que no habían observado

una conducta digna de ellos mismo ni de sus padres, al preferir el placer a Dios y a vivir de acuerdo con su voluntad; que era conveniente que cambiaran de rumbo mientras las cosas se hallaban aún en buen estado, y que no creyeran que era fuerte el que hacía violencia a sus leyes sino el que resistía a la lujuria. Dijo además que no era razonable que después de haber hecho una vida sobria en el desierto se portaran descabelladamente ahora que estaban en la prosperidad, y que no debían perder, ahora que tenían abundancia, lo que habían ganado cuando tenían poco. Y les rogó que corrigieran a los jóvenes y los hicieran arrepentirse de lo que habían hecho.

11. Pero Zambrías se levantó y dijo:

—Tú, Moisés, puedes usar libremente las leyes a las que tienes tanto cariño y que afirmaste sobre la ingenuidad de esta gente; de lo contrario, no siendo por este carácter que tienen, ya habrías averiguado, mediante más de un castigo, que no es fácil imponerse a los hebreos. Pero no me obligarás a que sea tu partidario en tus órdenes tiránicas, porque hasta ahora no has hecho otra cosa más que imponernos la esclavitud y lograr dominio, con el pretexto de las leyes y de Dios, mientras nos privabas de las dulzuras de la vida, que consisten en actuar de acuerdo con nuestra propia voluntad, derecho de los hombres libres y de los que no tienen amo que los mande. Serías más duro con los hebreos que los mismos egipcios, al pretender castigar de acuerdo con tus leyes.

»Cada cual se conduce como mejor le place; tú eres el que merece castigo, por pretender abolir lo que cada cual sabe que es lo mejor para él, y tratas de que tu sola opinión tenga más fuerza que la de todos los demás. Lo que hago ahora, y que creo que es lo correcto, no negaré que lo hago de acuerdo con mis propios sentimientos. Desposé, como tú dices correctamente, a una mujer extranjera, y lo hago como hombre libre, y no intento por cierto disimularlo. Admito también que ofrezco sacrificios a los dioses a quienes tú no consideras digno sacrificar.

»Creo justo inquirir la verdad preguntando a muchos, y no vivir bajo la tiranía para sufrir que todas las esperanzas de la vida dependan de un solo hombre. Nadie podrá vanagloriarse de que tiene más autoridad sobre mis acciones que yo mismo.»

12. Después que Zambrías hubo dicho esas cosas, sobre los hechos que perversamente él y otros habían cometido, el pueblo guardó silencio, por temor de lo que pudiera ocurrirles, y porque vieron que su legislador no quería seguir presentando ante el pueblo la insolencia de aquel hombre ni discutir abiertamente con él, para evitar que otros muchos imitaran su lenguaje imprudente perturbando a la multitud. Enseguida fue disuelta la asamblea.

Aquella perniciosa tentativa habría ido más lejos si Zambrías no hubiese sido muerto. Lo cual ocurrió de la siguiente manera: Finees, un hombre mejor que el resto de los jóvenes y que por su padre superaba a sus contemporáneos en dignidad (porque era hijo de Eleazar, el sumo sacerdote, y nieto del hermano de Moisés), grandemente perturbado por lo que Zambrías había hecho, resolvió seriamente castigarlo, antes de que su indigna conducta creciera por la impunidad, y para impedir

que la transgresión avanzara, lo que sucedería si los cabecillas no eran castigados. Era intrépido de alma y fuerte de cuerpo, y cuando adoptaba una resolución peligrosa no la postergaba hasta dominarla, y obtuvo una victoria completa. Penetró en la tienda de Zambrías y lo mató con su lanza, y junto con él mató también a Cosbia.

Después de eso todos aquellos jóvenes que respetaban la virtud y querían hacer una acción gloriosa, imitaron la audacia de Finees, y mataron a todos los que fueron hallados culpables del mismo crimen que Zambrías. Muchos de los transgresores murieron por la valiente actitud de los jóvenes; los restantes murieron a causa de una plaga, enfermedad que Dios mismo les mandó. Todos sus parientes que, en lugar de impedirles que realizaran esas perversas acciones, los convencieron de que las prosiguieran, fueron considerados por Dios como cómplices, y murieron. Murieron no menos de catorce mil del ejército<sup>[52]</sup>.

13. Ésa fue la causa de que Moisés se viera inducido a enviar un ejército a destruir a los madianitas. De esa expedición hablaremos luego, después de haber relatado lo que hemos omitido. Porque es justo no pasar por encima del debido encomio a nuestro legislador, por su conducta en este asunto.

Balaam fue enviado por los madianitas para maldecir a los hebreos, y al ser estorbado para hacerlo por la providencia divina les sugirió aquel consejo, con cuyo ardid nuestros enemigos casi corrompieron a toda la multitud de los hebreos, hasta el punto de que algunos de ellos se vieron hondamente afectados por sus opiniones; no obstante Moisés le hizo el gran honor de registrar por escrito sus profecías. Estando en su mano pretender para sí esa gloria y hacer creer a los hombres que esas predicciones eran suyas, no habiendo nadie que pudiera atestiguar lo contrario, le acordó su testimonio y le hizo el honor de mencionarlo con ese motivo. Pero que cada cual piense al respecto lo que le plazca.



## CAPÍTULO VII

### *Los hebreos pelean con los madianitas, y los vencen*

1. Moisés envió un ejército sobre el 'país madianita, por las causas arriba mencionadas, con un total de doce mil hombres, los que tomó en igual número de cada tribu. Nombró comandante a Finees, de quien hemos hablado anteriormente, diciendo que era el que había guardado la ley de los hebreos, castigando a Zambrías cuando la transgredió.

Viendo los madianitas que venían los hebreos y que caerían de pronto sobre ellos, reunieron el ejército, fortificaron las entradas del país y aguardaron la llegada del enemigo. Cuando llegaron se trabaron en lucha, cayendo una inmensa multitud de los madianitas, tantos que no pudieron ser contados. Entre ellos cayeron todos sus reyes, en número de cinco, a saber: Oeo, Sur, Robees, Ures y Recem. La ciudad que lleva el nombre de este último es la principal de toda Arabia y todavía ahora la nación árabe la llama Arecem, por el nombre de su *rey* fundador; los griegos la llaman Petra.

Derrotado el enemigo, los hebreos saquearon el país, tomando un gran botín, y destruyeron a los hombres que lo habitaban, junto con las mujeres. Sólo dejaron a las vírgenes, como Moisés lo ordenara a Finees, quien regresó trayendo un ejército que no había sufrido ningún daño y un gran botín: cincuenta y dos mil reses, setenta y cinco mil seiscientas ovejas, sesenta mil asnos y una inmensa cantidad de objetos de oro y plata que los madianitas empleaban en sus hogares; porque eran tan ricos que llegaban a ser lujosos. También tomaron cautivas a treinta y dos mil vírgenes.

Moisés dividió el botín en partes, y dio una cincuentava parte a Eleazar y los dos sacerdotes y otra cincuentava parte a los levitas, distribuyendo el resto entre el pueblo. Después de esto vivieron felices, habiendo obtenido abundantes cosas buenas por su valor y sin que hubiera desgracias que los afligieran o les perturbara el goce de su felicidad.

2. Pero Moisés se había vuelto viejo y nombró sucesor a Josué, para recibir directivas de Dios como profeta y como comandante del ejército, cuando les hiciese falta. Lo cual hizo por orden de Dios, que dispuso que le fuera encomendado el cuidado de la cosa pública. Josué había sido instruido en todo lo concerniente al estudio de las leyes, habiendo sido Dios mismo y Moisés sus instructores.

3. Fue entonces cuando las dos tribus de Gad y de Rubén y media tribu de Manasés, que poseían una gran cantidad de ganado así como muchas otras cosas de prosperidad, después de reunirse en asamblea fueron a ver a Moisés y le pidieron que les diera, como parte particular de ellos, la tierra de los amorreos, que habían tomado por derecho de guerra, porque era fructífera y buena para el pastoreo del ganado. Moisés, suponiendo que temían pelear con los cananeos y usaban la preocupación por el ganado como una bonita excusa para eludir la guerra, los llamó cobardes y les dijo

que habían buscado únicamente una excusa decente para cubrir su cobardía, que se proponían vivir con lujo y holgorio, mientras los restantes trabajaban fatigosamente para obtener la tierra que querían poseer, y que no querían marchar con ellos y sobrellevar los esfuerzos que faltaban y que eran los de pasar el Jordán y dominar a los enemigos que Dios les había señalado para obtener sus tierras.

Las tribus, al ver el enojo de Moisés y comprender que tenía un justo motivo para sentirse disgustado por su pedido, se disculparon y dijeron que no lo habían formulado por temor al peligro, ni por pereza, sino para dejar la presa que les tocó en lugar seguro y encontrarse más libres y dispuestos a afrontar las dificultades y librar batallas. Añadieron que después de levantar ciudades, en las que pudieran poner a cubierto a sus hijos, sus esposas y sus pertenencias, si sedas acordaba, irían con todo el resto del ejército.

Ante esas palabras Moisés quedó satisfecho. Llamó a Eleazar el sumo sacerdote y a Josué, y a los jefes de las tribus y los autorizó a poseer la tierra de los amorreos; pero con la condición de que participaran con sus parientes en la guerra, hasta que todas las cosas quedaran establecidas. Con esta condición tomaron posesión del país y edificaron ciudades fuertes, en las que instalaron a sus hijos y sus esposas y todo lo que poseían y que podía ser un impedimento en la actividad de sus futuras marchas.

4. Moisés edificó las diez ciudades que integrarían el número de cuarenta y ocho, tres de las cuales las asignó para que aquellos que habían matado a alguna persona involuntariamente pudieran asilarse en ellas, y señaló para su destierro el mismo lapso que el de la vida del sumo sacerdote bajo quien ocurrieron las muertes y la huida, permitiendo el retorno de los matadores después de la muerte del sumo pontífice. Durante el destierro los parientes de los que fueron muertos podían, por esta ley, matar al homicida, si lo sorprendían fuera de los límites de la ciudad a la que había huido, aunque este permiso no se le concedía a ninguna otra persona. Las ciudades apartadas para servir de refugio eran éstas: Bosora, en los límites de Arabia; Arimán, en el país de Galaad, y Gaulana, en la tierra de Batanea. Habría también, por orden de Moisés, otras tres ciudades destinadas a la residencia de los fugitivos de las ciudades de los levitas, pero no antes de que entraran en posesión de la tierra de Canaán.

5. Fue entonces cuando los principales de la tribu de Manasés fueron a ver a Moisés, y le informaron que había muerto un hombre eminente de su tribu, llamado Holofantes, que no había dejado hijos pero sí hijas; y le preguntaron si las hijas podían heredar su tierra.

Moisés respondió que si se casaban dentro de la tribu, podrían mantener su patrimonio; pero que si se daban en matrimonio a hombres de otras tribus, deberían dejar la herencia en la tribu del padre. Y fue entonces cuando Moisés ordenó que la herencia de cada cual debía continuar en su respectiva tribu.

## CAPÍTULO VIII

*Sobre la política establecida por Moisés, y de cómo el legislador desaparece del mundo*

1. Completados los cuarenta años, dentro de los treinta días siguientes Moisés reunió a la congregación junto al Jordán, en un sitio lleno de palmeras, donde se levanta actualmente la ciudad de Abila. Reunido el pueblo le habló de la siguiente manera:

2. —Israelitas y soldados que me acompañasteis en esta larga e inquieta jornada: Puesto que es la voluntad de Dios, y así lo exige mi edad de ciento veinte años, que abandone la vida; y como Dios me prohibió que os apadrinara o asistiera en la tarea que queda por realizar allende el Jordán, he creído razonable no abandonar ni aun ahora mis esfuerzos en pro de vuestra felicidad, y hacer en cambio todo lo posible para procuraros el goce eterno de las cosas buenas, y para mí un momento imperecedero como autor de vuestra prosperidad. Permitidme que os sugiera de qué modo podréis ser felices y dejar una posesión próspera eterna a vuestros hijos después de vosotros, y luego irme del mundo. Merezco que me creáis por las grandes cosas que he hecho por vosotros y porque las almas cuando están a punto de abandonar los cuerpos hablan con la más sincera libertad. ¡Hijos de Israel! Hay una sola fuente de felicidad para toda la humanidad: el favor de Dios. Porque sólo él es capaz de dar cosas buenas a los que las merecen, y de privar de ellas a los que pecan contra él. Si os comportáis de acuerdo con su voluntad, y de acuerdo con lo que yo, que conozco muy bien su pensamiento, os exhorto a que hagáis, seréis estimados y bendecidos por él, y admirados por todos los hombres, y jamás sufriréis desdichas ni dejaréis de ser felices. Así conservaréis la posesión de las cosas buenas que ahora poseéis y obtendréis rápidamente aquellas que ahora os faltan; sólo tenéis que ser obedientes con aquel a quien Dios querrá que sigáis. No prefiráis ninguna otra organización de gobierno a las leyes que os han sido dadas; no descuidéis la forma de culto divino que tenéis actualmente, ni la cambiéis por ninguna otra. Si así lo hacéis, seréis los hombres más valientes sobrellevando las fatigas de la guerra, y no seréis fácilmente conquistados por ninguno de vuestros enemigos. Porque mientras Dios se encuentre presente para asistirlos, es de esperar que podáis desdeñar la oposición de toda la humanidad. Y grandes recompensas os traerá la virtud, si la conserváis durante toda la vida. La virtud es ella misma el primero y principal de los bienes, que después concede abundancia de otros; vuestro ejercicio de la virtud os hará vivir felices y más gloriosos que lo que puedan ser los pueblos forasteros, procurándoos indisputada reputación y prosperidad.

»Podréis obtener esas bendiciones si obedecéis y observáis las leyes que os he ordenado, por mandato divino, y meditáis sobre la sabiduría que contienen. Me alejo de vosotros, regocijándome con las cosas buenas de que gozáis; y os recomiendo la

sabia conducción de vuestra ley, el decoroso orden de vuestra organización política y las virtudes de vuestros comandantes, que atenderán a lo que es mejor para vosotros. Y que Dios, que ha sido hasta ahora vuestro conductor, y por cuya voluntad os he sido útil, no ponga punto final a su providencia para con vosotros, y que gocéis de su cuidado mientras deseéis tenerlo de protector, en vuestro ejercicio de la virtud. Vuestro sumo sacerdote, Eleazar, lo mismo que Josué, con el senado y los jefes de vuestras tribus, se pondrán a la cabeza de vosotros para sugeriros los mejores consejos, siguiendo los cuales continuaréis siendo felices. Prestadles oído sin reservas, sabiendo que el que sabe ser gobernado sabrá también gobernar cuando sea llamado a hacerlo.

»Y no penséis que la libertad consiste en oponeros a las directivas que vuestros gobernantes consideran conveniente daros, como hacéis ahora, que sólo destináis la libertad a ofender a vuestros benefactores. Si podéis evitar este error en lo futuro, vuestros asuntos estarán en mejores condiciones que hasta ahora. No pongáis en esas cosas el grado de pasión que a menudo habéis puesto cuando os sentíais coléricos conmigo; porque vos sabéis que he estado en peligro de morir a vuestras manos más veces que a las de nuestros enemigos. Si ahora os lo recuerdo no es para reprocharos, porque no lo considero apropiado, ni me voy del mundo para traéroslo a la memoria y dejaros ofendidos conmigo, ya que cuando sufrí esas injusticias vuestras no estaba enojado con vosotros, sino para que seáis más prudentes en lo sucesivo y para haceros ver que es por vuestra seguridad. Quiero decir que no debéis ser injuriosos con los que os dirigen, aunque os hayáis vuelto ricos, como lo seréis en alto grado cuando hayáis pasado el Jordán y estéis en posesión de la tierra de Canaán. Porque si impulsados por vuestras riquezas llegáis hasta el extremo de menospreciar y descuidar la virtud, habréis perdido el favor de Dios. Y cuando lo hayáis hecho, seréis vencidos en la guerra, y vuestros enemigos os quitarán de nuevo la tierra que poseáis, con grandes reproches hacia vuestra conducta. Seréis dispersados por todo el mundo, y llenaréis como esclavos mar y tierra. Después de sufrir esa experiencia os arrepentiréis, recordando las leyes que violasteis cuando sea demasiado tarde. Por eso quiero aconsejaros, si os proponéis cuidar esas leyes, que no dejéis ningún enemigo vivo después de haberlos vencido, y que consideréis conveniente para vosotros destruirlos a todos, para que no ocurra que si los dejáis vivos probéis sus costumbres y corrompáis vuestras instituciones. Os exhorto asimismo a derribar sus altares y sus bosques y todos los templos que tengan, y a que destruyáis su memoria por el fuego, porque sólo por este medio podrá garantizarse la seguridad de vuestra feliz organización. Y para evitar vuestra ignorancia de la virtud, y la degeneración de vuestra naturaleza hacia el vicio, os he ordenado leyes, por sugestión divina, y una forma de gobierno que es tan buena, que si la observáis regularmente seréis considerados los más dichosos de los hombres.»

3. Dichas estas palabras, les dio las leyes y la constitución del gobierno, escritas en un libro. El pueblo se deshizo en lágrimas y parecía conmovido por la sensación

de que les haría mucha falta su conductor, porque recordaban la cantidad de peligros porque había pasado y los cuidados que había tomado para evitarlos. Se sintieron desesperados ante la idea de lo que les sobrevendría después de su muerte, y pensaban que jamás tendrían otro gobernante como él; temían que cuando muriese Moisés, que solía interceder por ellos, Dios se cuidaría menos de ellos. También se sintieron arrepentidos y pesarosos por lo que le habían dicho en el desierto cuando estaban coléricos, tanto que todo el pueblo rompió a llorar con tanta amargura que no había palabras para confortarlos en su aflicción. Moisés los consoló distrayéndolos del pensamiento de que era digno de que lloraran por él, y los exhortó a que mantuvieran la forma de gobierno que les había dado. Luego la congregación fue disuelta.

4. Por consiguiente comenzaré ahora por describir esa forma de gobierno que responde a la dignidad y la virtud de Moisés, e informaré a los que lean estas antigüedades cómo era nuestra organización original, procediendo luego a continuar con las restantes historias. Esa organización se conserva escrita, tal como él la dejó.

No agregaremos ningún adorno, ni nada que no sea lo que Moisés nos dejó. Sólo innovaremos lo necesario para recopilar las distintas clases de leyes en un sistema regular, porque las dejó escritas tal como habían sido accidentalmente desparramadas en su entrega, y tal como, a su requerimiento, las recibía de Dios. Por eso he creído conveniente formular de antemano la observación, para que no me culpen mis propios compatriotas de haber inferido alguna ofensa.

Una parte de nuestra constitución comprende las leyes que corresponden a nuestro estado político. En cuanto a las leyes que Moisés dejó relativas a nuestras relaciones recíprocas, las he reservado para una exposición sobre nuestra forma de vida que me he propuesto escribir, con la ayuda de Dios, después de haber concluido la obra en que ahora estoy empeñado.

5. Cuando hayáis entrado en posesión de la tierra de Canán y tengáis ocasión de gozar de sus buenas cosas, y cuando hayáis decidido posteriormente construir ciudades, si hacéis lo que es grato a Dios gozaréis de una segura situación de bienestar. Levantaréis entonces una ciudad santa en la tierra de Canán, situada en el lugar más agradable por su bondad y sus cualidades, y será la que Dios elija por sí mismo por revelación profética. Haréis un templo en ella, y un altar, erigido no con piedra labrada sino con la que se recoge al azar, las que blanqueadas con almirez tendrán una hermosa apariencia, grata a la vista. El ascenso hacia el altar no será por gradas, sino por cuesta de tierra elevada. Y no habrá altar ni templo en ninguna otra ciudad; porque Dios es uno solo y la nación de los hebreos, una sola.

6. El que blasfeme contra Dios, será apedreado y colgado de un árbol todo ese día, y será luego sepultado de manera ignominiosa y oscura.

7. Los que vivan en los confines de la tierra que posean los hebreos acudirán a la ciudad donde se encuentre el templo, tres veces por año, para dar gracias a Dios por sus anteriores beneficios y rogarle por los que necesiten en adelante; de este modo

mantendrán una amistosa correspondencia con todos los demás, reuniéndose y comiendo juntos; porque es bueno que aquellos que son del mismo linaje y viven bajo las mismas leyes, no sean desconocidos entre sí. Ese conocimiento será mantenido conversando juntos, viéndose y hablando unos con otros y renovando los recuerdos de esta unión. Porque si no conversan continuamente parecerán extraños entre sí.

8. Sacaréis una décima parte de vuestros frutos, aparte del que habréis asignado para darlo a los sacerdotes y los levitas, el que podréis vender en el país, pero será para ser usado en las fiestas y sacrificios que se celebren en la ciudad santa. Porque es conveniente que gocéis los frutos de la tierra que Dios os da en posesión, para honor del donante.

9. No ofreceréis sacrificios con las remuneraciones de las mujeres prostitutas, porque a la divinidad no le agrada nada que salga de esas ofensas a la naturaleza, de las que ninguna es tan mala como la prostitución del cuerpo<sup>[53]</sup>. De igual modo nadie podrá emplear el precio de la cobertura de un perro, de los empleados en la caza o para cuidar ovejas, para ofrecer con él sacrificios a Dios.

10. Que nadie blasfeme contra los dioses estimados como tales por otras ciudades; y nadie podrá robar lo que pertenezca a los templos ajenos, ni retirar las donaciones dedicadas a ningún dios.

11. Que ninguno de vosotros use ropa hecha de lana y lino, destinada únicamente para los sacerdotes.

12. Cuando la multitud se reúna cada siete años en la ciudad santa para ofrecer sacrificios en la fiesta de los tabernáculos, el sumo sacerdote subirá a una plataforma alta, para que pueda ser oído por todos, y leerá las leyes al pueblo; no se impedirá escucharlo a las mujeres y a los niños, ni tampoco a los sirvientes. Es bueno que esas leyes queden grabadas en el alma y conservadas en la memoria indeleblemente, porque de este modo nadie será culpable de pecado al no poder alegar ignorancia de lo que las leyes mandan. También tendrán las leyes gran autoridad para predecir lo que sufrirán los que las violan y para imprimir en el alma, escuchando su lectura, lo que mandan hacer. Y que siempre las tengan presentes los que las desprecien y violen causando su propia desgracia. Que también los niños aprendan las leyes, siendo lo primero y lo mejor que se deberá enseñarles y que será la causa de su futura felicidad.

13. Todos deberán conmemorar ante Dios los beneficios que les otorgó al sacarlos de la tierra de Egipto, dos veces por día, al comenzar el día y al llegar la hora del sueño, porque la gratitud es por su propia naturaleza una cosa buena y sirve no sólo como retribución por lo pasado, sino también como invitación de futuros favores. Incribirán también en las puertas de sus casas las principales bendiciones que recibieron de Dios, y mostrarán el mismo recuerdo en sus brazos; llevarán, asimismo, en la frente y en el brazo los milagros que declaran el poder de Dios y su buena voluntad hacia ellos, para que la disposición de Dios a bendecirlos aparezca en todas partes claramente visible.

14. En cada ciudad habrá siete hombres para juzgar, serán los más celosos en el ejercicio de la virtud y la justicia. Cada juez tendrá asignados dos agentes de la tribu de Leví. Serán tenidos en gran honor aquellos que sean elegidos para juzgar en las diversas ciudades; a nadie le será permitido vilipendiar en su presencia a nadie, ni tratarlo con insolencia, siendo natural que el respeto hacia los que ocupan altos cargos entre los hombres procure el temor y el respeto hacia Dios. Les será permitido a los que juzgan determinar de acuerdo con lo que crean justo, a menos que alguien pueda demostrar que han recibido soborno, para pervertir la justicia, o pueda alegar alguna otra acusación contra ellos por la que pueda suponerse que han dictado una sentencia injusta; porque no es propio que las causas sean determinadas por consideraciones de lucro, o por la dignidad de los litigantes, debiendo los jueces estimar antes que ninguna otra cosa aquello que es justo. De lo contrario Dios parecería despreciado y estimado inferior a aquellos que por el temor a su poder ocasionaron la sentencia injusta; porque la justicia es el poder de Dios. El que complace a los que tienen gran dignidad los supone más poderosos que Dios mismo. Pero si los jueces son incapaces de dictar una sentencia justa en las causas que les presentar, (lo que no es poco frecuente en las cosas humanas), que envíen la causa sin determinarla a la ciudad santa, y que allí la determinen como les parezca bien el sumo sacerdote, el profeta y el sanedrín.

15. No debe darse crédito a un solo testigo; tienen que ser tres, o por lo menos dos, y sólo aquellos cuyo testimonio esté confirmado por la corrección de su vida. No se admitirá el testimonio de las mujeres, por su veleidad y la audacia de su sexo. Tampoco se permitirá dar testimonio a los sirvientes, por la villanía de su alma; ya que es probable que no digan la verdad, por esperanza de lucro o temor al castigo. El que sea sospechado de haber prestado falso testimonio, sufrirá, cuando sea convicto, el mismo castigo que debía haber sufrido aquel contra quien declaró.

16. Si se comete un crimen en cualquier parte y no se encuentra al autor, ni hay sospechas de que alguien lo haya odiado y matado, se hará una investigación diligente en busca del hombre, ofreciéndose recompensas a quien lo descubra; si no se obtiene ninguna información, se reunirán los magistrados y el senado de las ciudades próximas al sitio donde se cometió el crimen, y medirán la distancia que haya desde el sitio donde yaza el cadáver. Luego el magistrado de la ciudad más cercana comprará una ternera y la llevará a un valle, a un sitio donde no haya tierra arada ni árboles plantados y cortará los nervios de la ternera; luego el sacerdote y los levitas, y el senado de la ciudad tomarán agua y se lavarán las manos sobre la cabeza del animal, y declararán abiertamente que sus manos son inocentes del crimen, que no lo han hecho ellos mismos ni ayudado al que lo hizo. Rogarán asimismo a Dios que sea misericordioso con ellos y que no vuelva a cometerse en esa tierra un hecho horrible como aquél.

17. El gobierno de los mejores es el mejor régimen, lo mismo que la forma de vida que de él deriva; no tengáis nunca inclinación hacia ninguna otra forma de

gobierno, amad ese régimen, observad las leyes de vuestros gobernantes y gobernad todas vuestras acciones de acuerdo con ellas; porque no necesitáis otro supremo gobernante más que Dios. Pero si deseareis un rey, que sea uno de vuestra propia nación, que sea siempre, perpetuamente, cuidadoso de la justicia y de otras virtudes, que se someta a las leyes y estime los mandamientos de Dios como su más alta sabiduría. Pero que no haga nada sin el sumo sacerdote y el voto de los senadores; que no posea un gran número de esposas, ni persiga abundancia de riquezas, ni multitud de caballos, por lo que pueda volverse demasiado orgulloso para someterse a las leyes. Y si se aficiona a esas cosas, restringidlo, para que no se vuelva tan poderoso que su estado se haga incompatible con vuestro bienestar.

18. No será legal modificar las fronteras, ni las nuestras ni las de aquellos con quienes estamos en paz. Tened cuidado de no retirar los mojones que son, por así decirlo, un límite divino e inmovible de derechos hecho por Dios mismo para durar siempre; porque pasar de los límites y ganar terreno a costa de otros, es motivo de guerras y sediciones; los que modifican fronteras no están lejos de intentar la subversión de las leyes.

19. El que siembre un lote de tierra, cuyos árboles produzcan frutos antes del cuarto año, no deberá llevar las primicias a Dios, ni usar esos frutos él mismo, porque no se han producido en su estación apropiada; porque cuando la naturaleza hace un esfuerzo intempestivo el fruto no es apropiado para Dios, ni para uso de su dueño, quien deberá juntar todo lo que creció el cuarto año, que es la estación propia. Después de recogido deberá llevarlo a la ciudad santa y gastarlo, junto con el diezmo de sus restantes frutos, celebrando festines con sus amigos, con los huérfanos y con las viudas. Pero el fruto del quinto año será suyo y podrá usarlo como le plazca.

20. No sembraréis con semilla un lote de terreno plantado con vides, porque es suficiente que nutra esta planta sin que deba ser fatigado además por el arado. Araréis vuestras tierras con bueyes, y no obligaréis a otros animales a unirse con ellos en el mismo yugo; labraréis vuestros campos con animales que sean de la misma especie. Las semillas también deberán ser puras, sin mezclas, y no estarán compuestas de dos o tres clases; porque a la naturaleza no le agrada la unión de las cosas que no son de la misma clase, ni deberéis vosotros permitir que engendren juntos animales de distinta clase. Hay razones para temer que esa injuria antinatural se extienda de los animales de distintas clases a los hombres; a esto pueden conducir las faltas cometidas con sujetos insignificantes. No debe permitirse que por imitación se introduzca la más mínima subversión en la constitución. Las leyes no deben descuidar ni aun las cosas chicas, y deben estar ellas mismas por encima de todo reproche.

21. Los que cosechan y recogen el maíz cosechado, no recogerán las arrebañaduras; dejarán algunos puñados para los que estén apurados por las necesidades de la vida, para que puedan servirles de sustento y proveer a su subsistencia. Lo mismo cuando recojan la uva; dejarán algunos racimos para los



pobres, y dejarán pasar algo de los frutos de los olivos, cuando los recojan, dejándolos para que los compartan los que no los tengan; porque la ventaja que obtendrán los dueños recogiendo todo no será tan grande como la que obtendrán de la gratitud de los pobres. Y si vosotros no os preocupáis solamente de vuestro propio beneficio sino también de mantener a los demás, Dios hará que la tierra sea más eficaz para producir y hacer crecer sus frutos. No pondréis bozal a los bueyes cuando desgranar el maíz en la era; porque no es justo privar del fruto a nuestros colaboradores que trabajan para su producción. No prohibiréis tocar la fruta de los árboles a los que pasan, cuando está madura, y les daréis permiso para llenarse con lo que vosotros poseáis, ya sean de vuestro país o extranjeros, demostrando que os agrada tener la oportunidad de darles una parte de vuestra fruta cuando está madura; pero no será legal que se la lleven.

Los que recogen las uvas y las conducen a los lagares que no impidan comer de ellas a los que encuentren en el camino; porque es injusto impedir, por envidia, a los que así lo deseen, que participen de las cosas buenas que llegan al mundo según la voluntad de Dios, cuando la estación está en su apogeo y transcurre rápidamente como agrada a Dios. Más aún; si alguien se retrae, por timidez, de tocar los frutos, habrá que animarlo a que los tome. Me refiero tanto a los israelitas, que tienen algo así como un derecho de propiedad y de participación por el origen común, como a los hombres llegados de otros países, a quienes se permitirá participar como huéspedes de los frutos que Dios ha dado en su estación propicia. No deberá considerarse como derrochado inútilmente, lo que cada cual concede por amabilidad a los demás, ya que Dios otorga cosas buenas a los hombres, no solamente para que ellos recojan los beneficios, sino también para que las den a otros generosamente. Por ese medio quiere dar a conocer a los demás su especial gentileza para con el pueblo de Israel, a quien acuerda libremente felicidad mientras la comparta abundantemente, por sus grandes sobrantes, incluso con los extraños.

Pero el que realice actos contrarios a esta ley será azotado con cuarenta golpes menos uno, por el verdugo público. Sufrirá este castigo, uno de los ignominiosos para un hombre libre, por ser tan esclavo para el lucro como para echar un baldón en su propia dignidad. Porque es correcto que vosotros, que habéis tenido la experiencia de las aflicciones en Egipto y en el desierto, hagáis provisión para los que se encuentran en iguales circunstancias, y que al haber obtenido ahora la abundancia, por la merced y la providencia de Dios, distribuyáis una parte con la misma simpatía a los que tienen necesidad.

22. Aparte de los dos diezmos, que como os he dicho, deberéis pagar todos los años, uno para los levitas y el otro para las fiestas, deberéis aportar cada tres años un tercer diezmo para ser distribuido entre los necesitados, las mujeres viudas y los niños huérfanos. En cuanto a los frutos maduros, se conducirán los primeros que se recojan al templo, y después de bendecir a Dios por la tierra que los produjo, y que él dio en posesión, y después de ofrecer los sacrificios que la ley ordena, se entregarán

las primicias a los sacerdotes. Después que todos lo hayan hecho, trayendo el diezmo de todo lo que poseen, junto con las primicias que corresponden a los levitas y para las fiestas, antes de volver a sus hogares se detendrán frente a la casa santa y darán gracias a Dios por haberlos librado del injurioso tratamiento que recibieron en Egipto y dado un país bueno, grande, cuyos frutos les permite gozar. Después de haber atestiguado públicamente que abonaron los diezmos, de acuerdo con la ley de Moisés, rogarán a Dios que sea siempre misericordioso y propicio con ellos, y siga siendo así con todos los hebreos, preservándoles las cosas buenas que les había dado y añadiendo lo que aún estaba en su poder otorgarles.

23. Los hebreos desposarán, a la edad conveniente, vírgenes que sean libres y nacidas de buenos padres. Los que no se casen con una virgen que no corrompan a la mujer de otro hombre ni la quiten a su anterior marido.

Los hombres libres no se casarán con esclavas, aunque su afecto los induzca fuertemente a hacerlo, porque es decente, y conveniente para la dignidad de las personas, saber gobernar el afecto.

Nadie se casará con una prostituta, cuyas ofrendas matrimoniales, proviniendo de la prostitución de su cuerpo, Dios no recibirá.

Para que los hijos sean libres y virtuosos, no deberán nacer de uniones vergonzosas ni ser frutos de pasiones ilegítimas.

Si alguien se casa con una mujer creyéndola virgen, y luego comprueba que no lo es, que la demande, acusándola y empleando las indicaciones probatorias que posea, y que defiendan a la mujer el padre o el hermano o el pariente que les siga. Si la mujer obtiene una sentencia favorable, de que no fue culpable, que viva con el marido que la acusó, quien carecerá de todo poder para rechazarla en lo sucesivo, salvo si le da motivos muy grandes de sospecha y de tal índole que no puedan ser denegados. El que formule acusaciones calumniosas contra su mujer de manera impúdica y temeraria, será castigado recibiendo cuarenta azotes menos uno, y deberá pagar cincuenta siclos al padre de su mujer. Si la mujer es convicta de haber sido corrompida, y si es del pueblo común, será apedreada, porque no supo preservar su virginidad hasta estar legítimamente casada; si fuera hija de un sacerdote será quemada viva.

Si un hombre tiene dos esposas y respeta mucho y es muy amable con una de ellas, por su cariño hacia ella, o por la belleza de la mujer, o por cualquier otra razón, en tanto que estima menos a la otra, y si el hijo de la que es amada es menor por su nacimiento que otro hijo nacido de la otra mujer, y trata de obtener el derecho de primogenitura valiéndose de la amabilidad de su padre hacia su madre, con lo que lograría una parte doble del caudal de su padre (porque esa doble porción es la que le asigné en las leyes), no le será permitido; porque es injusto que el mayor por su nacimiento sea privado de lo que le corresponde en la disposición de la hacienda del padre, porque su madre no sea considerada con equidad por aquél.

Si un hombre seduce a una mujer casada con otro, contando con el

consentimiento de ella, se les dará muerte a ambos, porque los dos son igualmente culpables: el hombre por haber persuadido a la mujer de que se someta voluntariamente a la acción más impura prefiriéndola al matrimonio legítimo, la mujer porque fue persuadida de que cediera a la seducción, ya sea por placer o por lucro. Pero si un hombre se encuentra con una mujer cuando está sola y la viola, no habiendo nadie que pueda acudir en su ayuda, se dará muerte al hombre solamente. El que seduzca a una virgen no desposada, que se case con ella; si el padre de la mujer no quiere que sea su esposo, el hombre pagará cincuenta siclos como reparación del ultraje. El que quiera divorciarse de su mujer por cualquier causa, y entre hombres hay muchas causas de éstas, que dé garantías por escrito de que jamás volverá a usarla como esposa; de este modo ella estará en libertad de contraer matrimonio con otro hombre, aunque no podrá hacerlo hasta que no se decrete el divorcio. Pero si es maltratada por el nuevo esposo también, o si éste muere y el primer esposo quisiera desposarla de nuevo, no será legal que vuelva con él.

Si el esposo de una mujer muere y la deja sin hijos, que se case con ella el hermano del marido, que le ponga al hijo que les nazca el nombre del hermano y lo eduque como heredero de su patrimonio; este procedimiento será beneficioso para el pueblo, porque de este modo no fracasarán las familias y la hacienda continuará entre los parientes. Y será un consuelo para las mujeres casarse con los familiares más próximos de sus anteriores maridos. Pero si el hermano no quisiera tomarla en matrimonio, la mujer se presentará ante el senado y protestará públicamente de que el hermano, no quiere admitirla como esposa, ofendiendo la memoria de su difunto hermano, ya que ella desea continuar en la familia y engendrarle hijos. Después de interrogar al hermano sobre la causa de que se oponga al enlace, sea buena o mala la razón que aduzca, el asunto deberá terminar del siguiente modo: la mujer desatará las sandalias del hermano y escupirá a éste en la cara, diciendo que merece ese reproche por parte de ella por haber injuriado la memoria del difunto. El hombre se retirará del senado, cargando toda la vida con el reproche de la mujer.

Luego ella podrá casarse con quien le plazca de entre los que lapidan en matrimonio.

Si un hombre toma cautiva a una virgen, o a una mujer que estuvo casada, y se propone casarse con ella, no se le permitirá llevarla a su cama, ni vivir con ella como esposo, antes de que la mujer se haga afeitar la cabeza, se ponga ropa de luto y llore a sus parientes y amigos muertos en la batalla. De este modo dará salida a su dolor, después de lo cual podrá ocuparse de la fiesta y del matrimonio. Es bueno que el que toma una mujer para tener hijos con ella complazca sus inclinaciones, y no persiga meramente su propio placer sin considerar lo que puede ser agradable para ella. Pasados los treinta días de duelo, lapso que basta a las personas prudentes para llorar a los amigos más queridos, podrán llevar adelante el matrimonio. En el caso de que después de haber satisfecho su lujuria el hombre se sienta demasiado orgulloso para retenerla como esposa, no tendrá atribuciones para hacerla esclava, y ella podrá ir a

donde quiera con el derecho de una mujer libre.

24. A los jóvenes que desprecien a sus padres y los ofendan en lugar de honrarlos, ya sea porque se avergüencen de ellos o se crean más sabios que ellos, primeramente los padres los amonestarán de palabra (ya que por naturaleza tienen autoridad suficiente para ser sus jueces), y les dirán que han cohabitado no por gusto ni para aumentar sus riquezas, uniendo sus patrimonios, sino para tener hijos que los cuiden en la vejez y les provean sus necesidades. Les dirán también:

—Cuando tú naciste te recibimos con alegría, dimos las gracias a Dios por ti y te educamos con todo cuidado sin ahorrarnos nada que pudiera ser útil para tu seguridad y para tu instrucción, en lo que fuera más excelente. Ahora, como es razonable perdonar los pecados de los jóvenes, suspende las muchas pruebas de desprecio que nos diste, refórmate y pórtate en lo sucesivo con más prudencia, considerando que a Dios le disgustan los que son insolentes con sus padres, porque él es el padre de toda la humanidad y parece cargar en parte el deshonor que recae sobre los que llevan el mismo nombre cuando no son retribuidos debidamente por sus hijos. Sobre éstos la ley aplica el castigo inexorablemente. ¡Que no conozcas nunca ese castigo!

Si la insolencia de los jóvenes se cura por este medio, éstos eludirán el reproche que merecen por sus anteriores errores; el legislador habrá demostrado su bondad y los padres quedarán contentos por no haber visto castigados a un hijo o una hija. Pero si esas palabras y las instrucciones de corrección que contienen resultan inútiles, las leyes se volverán implacables enemigos de la insolencia con la que trataron a sus padres. Sus mismos padres los llevarán entonces fuera de la ciudad, seguidos por una multitud, y allí serán apedreados. Después de ser expuestos ante la multitud durante un día entero, serán sepultados durante la noche. Así es como enterramos a todos los que la ley condena a muerte, por cualquier causa. Nuestros enemigos que caigan en la lucha también serán enterrados; ningún cuerpo muerto deberá quedar sobre la tierra, ni sufrir mayores castigos que los que exige la justicia.

25. Nadie prestará a ningún hebreo con usura, ni usura de lo que se come, o bebe, porque no es justo sacar ventaja de la desgracia de un compatriota; el que lo ayude en sus necesidades se considerará pagado con su gratitud y con la recompensa que recibirá de Dios por su humanidad.

26. Los que hayan pedido prestado plata o cualquier clase de ruta, seca o fresca, cuando sus asuntos, con la bendición de Dios, marchen bien, deberán devolver lo prestado con placer, como si lo hubiesen recibido en depósito con el compromiso de restituirlo cuando fuera necesario. Pero si alguien fuera desvergonzado y no lo devolviera, el prestador no irá a la casa del prestatario a tomar una prenda por sí mismo antes de que se dicte sentencia sobre el asunto; pero requerirá la prenda, y el deudor deberá llevarla por sí mismo, sin la menor oposición hacia el que viene a verlo con la protección de la ley. Si el que da la prenda es rico, el acreedor la retendrá hasta que le sea pagado su préstamo; pero si es pobre, la tomará y la devolverá antes de la puesta del sol, especialmente si la prenda es ropa de vestir, para que el deudor

pueda usarla como cobertor para dormir. Dios demuestra naturalmente misericordia por los pobres. No será legítimo tomar como prenda una piedra de molino ni cualquier utensilio que le pertenezca, para que el deudor no se vea privado de los instrumentos con que se procura el alimento y quede desamparado en sus necesidades.

27. La muerte será el castigo por robar a un hombre; pero el que haya hurtado oro o plata, pagará el doble. El que mate a un hombre que le roba en su casa, será considerado inocente, aunque el hombre sólo haya estado escalando la pared. El que robe ganado pagará el cuádruple de la pérdida; excepto cuando se trate de un toro, por el que el ladrón pagará el quíntuple. El que sea pobre y no pueda pagar la multa que se le imponga, será sirviente de aquel a quien haya sido sentenciado a pagar.

28. El que sea vendido a alguien de su propia nación le servirá seis años, y al séptimo saldrá libre. Pero si hubiese tenido un hijo con una mujer sierva de la casa de su comprador, y si por su buena voluntad hacia su amo y su natural afecto hacia su mujer y su hijo, quisiera seguir sirviéndole, será declarado libre sólo a la llegada del año del jubileo, que es cada quincuagésimo año; entonces se llevará consigo a su mujer y su hijo, que también serán libres.

29. El que encuentre oro o plata en el camino averiguará quién lo perdió, anunciando el lugar donde lo halló, y se lo devolverá, por considerar que no es justo obtener ventaja de la pérdida de otro. La misma regla se observará con el ganado que se encuentre extraviado en un lugar solitario. Si no se descubre al dueño, el que hizo el hallazgo se lo guardará para sí, apelando a Dios de que no hurtó lo que pertenece a otro.

30. No es legítimo pasar frente a un animal en desgracia, que en un temporal haya caído en el cieno, sin tratar de ayudarlo, compadeciéndose de su pena.

31. Es también un deber indicar el camino a los que no lo conocen, evitando, por hacer una broma, estorbar las ventajas de otras personas indicándoles un camino equivocado.

32. De igual manera, nadie deberá ofender a los ciegos o a los lelos.

33. En una pelea entre hombres en la que no se usen instrumentos de hierro, el que haya sido castigado será vengado inmediatamente infligiendo el mismo castigo al que lo castigó. Pero si el herido es conducido a su casa, donde yace enfermo varios días y luego muere, el que lo hirió no podrá escapar al castigo; si el castigado escapa a la muerte, pero tiene grandes gastos para su curación, el heridor abonará todos los gastos ocasionados durante todo el tiempo que dure la enfermedad y lo que se haya pagado al médico.

El que patee a una mujer embarazada, haciéndola abortar, pagará en dinero la multa que determinen los jueces, por haber disminuido la multitud destruyendo lo que la mujer llevaba en su seno; también dará dinero al esposo de la mujer el que la haya pateado. Pero si muere del golpe, será castigado con la muerte, porque la ley juzga equitativo pagar vida por vida.

34. Ningún israelita tendrá en su poder venenos que causen la muerte o produzcan otros daños; el que fuera sorprendido con alguno será condenado a muerte, debiendo sufrir el mismo infortunio que el acusado ocasionaría a aquel para quien había preparado el veneno.

35. El que mutile a otro sufrirá la misma mutilación, debiendo privársele del mismo miembro del que él privó al otro, a menos que el mutilado acepte dinero en cambio; porque ley instituye a la víctima como juez del valor de lo que sufrió y le permite estimarlo, a menos que prefiera ser más severo.

36. El que posea un buey que da cornadas deberá matarlo; si el animal acuerna a, alguien en la era deberá ser muerto a pedradas y su carne no se considerará apta para ser usada como alimento. Si se comprueba que el dueño conocía la costumbre del animal y no tomaba medidas para contenerlo, aquél recibirá también la muerte por haber sido el causante de que el buey diese muerte a un hombre. Si el buey hubiese matado a un siervo o una sierva, será apedreado y el dueño del buey pagará treinta siclos al amo del muerto. Si fuese un toro el que de ese modo hubiese sido golpeado y muerto, ambos bueyes, el que atacó y el que fue muerto, serán vendidos, dividiéndose sus dueños el precio de la venta.

37. El que cave un pozo o un hoyo deberá cuidarse de cubrirlo con tablas y mantenerlo cerrado, no para impedir que saquen agua sino para que no haya peligro de que alguien caiga dentro de él. Si un animal cayese en un pozo o un hoyo abierto que no hubiese sido tapado y muriera, el dueño del pozo pagará el precio correspondiente al dueño del animal. Rodeando el coronamiento de las casas deberá haber un almenaje, que impedirá que la gente caiga y se mate.

38. El que reciba algo en custodia de otra persona lo cuidará como un depósito sagrado y divino y no imaginará ningún recurso para privar de esa cosa al que se la ha confiado, sea hombre o mujer, y ni aunque gane con ello una inmensa suma de oro, y aunque nadie pueda comprobárselo, porque la conciencia del hombre, que sabe lo que posee, debe obligarlo en todos los casos a actuar correctamente. La conciencia será su testigo y lo hará siempre portarse de tal manera que le procure el encomio de la gente, pero que piense sobre todo en Dios, de quien no puede ocultarse ningún hombre perverso. Pero si el depositario de la cosa la perdiera, sin que hubiera engaño de su parte, se presentará ante los siete jueces y jurará por Dios que no perdió nada voluntariamente, o con torcida intención, y que no usó nada de la cosa perdida, con lo que se lo dejará ir sin culpa; pero el que hiciera uso de la más mínima parte de lo que se le hubiese entregado en custodia y lo hubiese perdido, será condenado a pagar todo lo que recibió. Del mismo modo que con los depósitos, serán abominados los que defrauden a los que hagan por ellos algún trabajo corporal. Y recordemos siempre que no debemos defraudar el salario de los pobres, considerando que Dios les asignó esos salarios en lugar de tierra y otras posesiones. Más aún, esos pagos no deberán ser de ningún modo demorados y serán abonados el mismo día, puesto que Dios no desea privar al trabajador del uso inmediato de aquello por lo que ha trabajado.

39. Los hijos no serán castigados por las faltas de los padres; más bien por sus virtudes se les acordará conmiseración en lugar de odio por haber nacido de padres malos. Tampoco deberemos imputar los pecados de los hijos a los padres, puesto que hay jóvenes que se entregan a muchas prácticas distintas de las que les han sido enseñadas, por su altanero repudio de esas enseñanzas.

40. Los que se hagan eunucos serán detestados; deberéis eludir toda conversación con aquellos que se hayan privado de la masculinidad y del fruto de la generación que Dios dio a los hombres para multiplicar su especie. Ésos deberán ser echados, como si hubiesen matado a sus hijos, ya que de antemano perdieron lo que se los procuraría. Porque es evidente que sus almas se han vuelto afeminadas y ellos transfundieron la afeminación a sus cuerpos. Del mismo modo trataréis a los que son de naturaleza monstruosa cuando los miráis; tampoco es legítimo castrar ni a los hombres ni a ningún otro animal.

41. Éstas serán vuestras leyes políticas en tiempo de paz. Dios tendrá la misericordia de preservar esta excelente constitución libre de toda perturbación. Que jamás llegue la hora de que sea reformada o modificada en sentido contrario. Pero como debe necesariamente ocurrir que la humanidad caiga en conflictos y peligros, ya sea involuntaria o intencionadamente, habrá que hacer varios reglamentos al respecto, de tal modo que estando informados de antemano de lo que debe hacerse, tengáis saludables consejos preparados para cuando los necesitéis y no os veáis obligados a buscarlos y caer por imprevisión en circunstancias peligrosas. Sed un pueblo laborioso, ejercitad vuestras almas en acciones virtuosas y poseed y heredad la tierra sin guerras, y que no os haga la guerra ningún extranjero, afligiéndoos, ni se produzca ninguna sedición interior, por la que podáis cometer actos contrarios a vuestros padres y perder las leyes que establecieron. Continúad observando las leyes que Dios aprobó y os entregó. Que todas las operaciones bélicas, ya sea las que se produzcan ahora, en vuestro tiempo, o luego en los tiempos de vuestra posteridad, se cumplan fuera de vuestras fronteras. Cuando estéis a punto de entrar en guerra, enviad embajadores y heraldos a vuestros voluntarios enemigos, porque es justo hacer uso de la palabra con ellos antes de llegar a las armas de guerra, y aseguradles que aunque poseéis un ejército numeroso, con caballos y armas, y por encima un Dios misericordioso con vosotros y dispuesto a asistirlos, no obstante deseáis que no os obliguen a pelear con ellos ni quitarles lo que tienen y que será sin duda vuestra ganancia, pero que ellos tendrán razones para querer que no nos lo apropiemos. Si os escuchan, será propio que mantengáis con ellos la paz; pero si confían en sus fuerzas, suponiéndolas superiores a las vuestras y se niegan a haceros justicia, conducid vuestro ejército contra ellos, usando a Dios como comandante supremo vuestro pero nombrando un teniente bajo su mando, el más valiente de los vuestros; porque muchos comandantes, aparte de ser un obstáculo en las acciones que deben ser emprendidas súbitamente, son una desventaja para los que deben emplearlos.

Conducid un ejército puro, de hombres selectos, compuesto por los que tengan el

cuerpo extraordinariamente fuerte y el alma intrépida, y apartad a los timoratos, para que no huyan en el momento de la acción dando ventaja al enemigo. Dad también licencia a los que construyeron recientemente sus casas y las habitaron menos de un año, y a los que plantaron sus viñedos y todavía no compartieron sus frutos, para que se queden en sus tierras, lo mismo que a los que se desposaron, o contrajeron últimamente enlace con sus esposas, no sea que sintiendo el afecto que no gozaron mucho en sus vidas, se reserven para saborearlo y se vuelvan voluntariamente cobardes (a causa de sus esposas).

42. Cuando arméis vuestras tiendas, tened cuidado de no hacer nada que sea cruel. Cuando estéis empeñados en un asedio y os haga falta madera para las máquinas bélicas, no arraséis la tierra cortando los árboles frutales; respetadlos, considerando que fueron hechos en beneficio de los hombres, y que si pudieran hablar se quejarían justamente contra vosotros; porque sin ser motivo de guerra son tratados injustamente y sufren, y si pudieran se trasladarían a otro país.

Cuando hayáis derrotado al enemigo en la batalla, matad a los que combatieron contra vosotros, pero dejad a los demás vivos para que os paguen tributo, exceptuando a la nación de los cananeos, porque a este pueblo deberéis destruirlo enteramente.

43. Tened cuidado, especialmente en las batallas, de que ninguna mujer use ropas de hombre y ningún hombre ropas de mujer.

44. Ésa fue la forma de gobierno que Moisés nos dejó. Entregó también las leyes escritas cuarenta años antes, acerca de las cuales hablaremos en otro libro. En los días siguientes (porque los reunía continuamente en asamblea), les dio bendiciones, y envió maldiciones a los que no vivieran de acuerdo con las leyes, transgrediendo los deberes que les habían señalado para observar. Luego leyó una canción poética, compuesta con versos hexámetros, y la dejó en el libro santo. Contiene una predicción de lo que pasaría después. Todas las cosas sucedieron de conformidad y nos siguen pasando, no habiéndose apartado absolutamente nada de la verdad.

Entregó los libros a los sacerdotes junto con el arca, en la que también puso los diez mandamientos escritos en dos tablas. También les entregó los tabernáculos, y exhortó al pueblo a que, una vez conquistado el país e instalados en él, no olvidaran las ofensas de los amalecitas y les hicieran la guerra, infligiéndoles el castigo por el daño que les habían hecho cuando se hallaban en el desierto; y a que después de tomar posesión de la tierra de los cananeos y destruir a la multitud de sus habitantes, como deberían hacer, erigieran un altar dando frente a la salida del sol, no lejos de la ciudad de los siquemitas, entre dos montañas, la de Garizim a la derecha y la llamada Gibal a la izquierda; y a que el ejército fuera dividido, quedando seis tribus en cada una de las dos montañas, y con ellos los levitas y los sacerdotes. Primero orarían los de la montaña Garizim por la bendición de los que eran diligentes en la adoración de Dios y la observancia de sus leyes, y de los que no habían rechazado lo que les dijera Moisés; y los demás responderían con murmullos favorables. Cuando estos últimos



pronunciaran las mismas oraciones, los anteriores aprobarían. Luego serían declaradas maldiciones sobre los que transgredieran las leyes, respondiéndose alternativamente a manera de confirmación de lo dicho.

Moisés les escribió las bendiciones y las maldiciones, para que las aprendieran tan bien que jamás las olvidaran con el correr del tiempo. Cuando estuvo preparado para morir, escribió las bendiciones y maldiciones a cada lado del altar, donde esta vez también estaba el pueblo; luego sacrificó y ofreció holocaustos, aunque después de ese día nunca ofrecieron en él ningún otro sacrificio, porque no era legítimo hacerlo<sup>[54]</sup>.

Éstas son las leyes de Moisés; y la nación hebrea sigue viviendo de acuerdo con ellas.

45. Al día siguiente Moisés congregó al pueblo, con las mujeres y los niños, estando presentes también los esclavos, para que se comprometieran con juramento a observar las leyes, y para que después de considerar debidamente el sentido que tenían de Dios, no fueran a creer que otra cosa era preferible a las leyes y las transgredieran, ni por favorecer a un pariente, ni por temor a terceros, ni por ningún otro motivo. En caso de que alguien de su sangre, o toda una ciudad, tratara de confundir o disolver la constitución de su gobierno, deberían combatirlos, todos juntos y cada persona en particular; después de conquistarlos, derribarían la ciudad hasta los cimientos y si fuera posible no dejarían la menor huella de semejante locura. Si no fueran capaces de tomar esa venganza, demostrarían de todos modos que lo que habían hecho era contrarió a sus deseos.

Y la multitud se comprometió con juramento a hacerlo.

46. También les enseñó Moisés cómo serían más aceptables para Dios sus sacrificios; y de qué manera deberían ir a la guerra guiándose por las piedras<sup>[55]</sup>, como he expresado anteriormente. También Josué profetizó estando Moisés presente. Enseguida Moisés recapituló todo lo que había hecho por el cuidado del pueblo, en las guerras y en la paz, habiéndoles dado una excelente forma de gobierno, y les predijo, como Dios le había declarado, que si transgredían la institución de la adoración a Dios, sufrirían las siguientes desgracias: su país se llenaría de armas de guerra de sus enemigos, sus ciudades serían derribadas y su templo incendiado; ellos serían vendidos como esclavos a otros hombres que no se compadecerían de sus aflicciones; y se arrepentirían, cuando el arrepentimiento no les aliviaría los sufrimientos.

—No obstante —agregó—, el Dios que fundó vuestra nación devolverá las ciudades a vuestros ciudadanos, con el templo, y vosotros perderéis estas ventajas no una vez, sino a menudo.

47. Después de haber exhortado a Josué a organizar una expedición contra los cananeos, ayudado por Dios en todas sus empresas, añadió

—Como debo ir a reunirme con mis antepasados, y Dios dispuso que hoy fuera el día de mi partida, le daré las gracias mientras todavía estoy vivo y con vosotros,

porque él ejerció su providencia con vosotros, y ella no sólo nos libró de las miserias en que estábamos sino que nos otorgó prosperidad; asimismo me asistió en la tarea que emprendí y en todas las obras que realicé por vosotros para mejorar vuestra condición, y se mostró favorable con nosotros en todas las ocasiones; mejor dicho fue él quien manejó desde el principio nuestros asuntos, llevándolos a un fin feliz, usándome como vicario general bajo sus órdenes y como ministro en los asuntos en los que quería beneficiaros. Por eso creo apropiado bendecir el poder divino que os cuidará en los tiempos venideros, con el objeto de pagar la deuda que tengo con él y dejaros a vosotros el recuerdo de que debemos adorarlo y honrarlo y cumplir las leyes que son el don más excelso de todos los que hasta ahora nos ha dado y de los que, si sigue favoreciéndoos, os dará en lo futuro. Un legislador humano es sin duda un terrible enemigo cuando sus leyes son ofendidas y despreciadas; pero no experimentéis jamás el desagrado de Dios, descuidando las leyes que creó y os dio.

48. Después de estas palabras de Moisés, dichas al final de su vida, y cuando les predijo lo que a cada tribu ocurriría y añadió su bendición, la multitud se deshizo en lágrimas, y hasta las mujeres, golpeándose el pecho, expresaron la honda preocupación que les causaba su inminente muerte. Los niños también lloraron, tanto más intensamente cuanto que no podían contener su dolor, con lo que expresaban que aun a su edad apreciaban su virtud y sus grandes hazañas. Jóvenes y viejos parecían rivalizar en sus manifestaciones de dolor. Los viejos penaban porque se verían privados de un gran protector, y se lamentaban por su situación futura. Los jóvenes penaban no solamente por eso, sino también porque se verían abandonados por él antes de haber gustado bastante de su virtud. Se puede adivinar el dolor y las lamentaciones de la multitud, por lo que le pasó al mismo legislador, aunque siempre estaba persuadido de que no debía abatirse al acercarse el momento de su muerte, ya que debía correrse esa suerte porque era la voluntad de Dios y la ley de la naturaleza, pero la actitud del pueblo lo agobió de tal modo que se echó a llorar.

Luego se dirigió al lugar donde debía desaparecer de su vista, seguido por toda la multitud que lloraba; Moisés hizo seña con la mano a los que estaban más alejados indicándoles que se detuvieran, mientras exhortaba a los que estaban cerca a que no hicieran tan lamentable su partida. Pensaron entonces que debían acordarle ese favor, dejándolo partir como él quisiera, y se contuvieron, aunque siguieron llorando entre sí. Lo acompañaron el senado, Eleazar el sumo sacerdote y Josué su comandante.

Cuando llegaron al monte llamado Abarim, (que es una montaña muy alta, situada frente a Jericó, ofreciendo al que estaba sobre ella una vista de la mayor parte de la excelente tierra de Canaán), despidió al senado; y cuando iba a abrazar a Eleazar y Josué, y mientras seguía conversando con ellos, de pronto se formó sobre él una nube y Moisés desapareció en un valle; aunque él escribió en los libros sagrados que murió, lo que hizo por temor de que se aventuraran a decir que por su extraordinaria virtud se había ido con Dios.

49. Moisés vivió en total ciento veinte años, una tercera parte de los cuales,

menos un mes, fue el gobernante del pueblo. Murió el último mes del año, llamado por los macedonios *distro* y por nosotros *adar*, el primer día del mes. Fue superior a todos los hombres en inteligencia, e hizo el mejor uso de lo que esa inteligencia le indicaba. Tenía una manera muy grata de hablar y dirigirse a la multitud, y en cuanto a sus otras cualidades, sabía dominar ampliamente sus pasiones, como si apenas las tuviera en su alma, y las conocía sólo de nombre y más bien por advertirlas en los demás que en sí mismo. Fue además un general de ejército de los que se ven pocos, y un profeta como no se conoció ningún otro, hasta el punto de que cualquier cosa que decía era la voz de Dios mismo la que hablaba.

El pueblo lo lloró treinta días. Jamás sufrieron los hebreos una pena tan honda como la que sintieron por la muerte de Moisés; no sólo lo querían aquellos que habían experimentado su conducción sino todos los que utilizaron las leyes que dejó y que le dio la extraordinaria virtud que poseía.

Con lo cual considero que es bastante para expresar de qué modo se produjo la muerte de Moisés.

# LIBRO V

*Abarca un lapso de cuatrocientos setenta y seis años*

# CAPÍTULO I

*Josué, comandante de los hebreos, hace la guerra a los cananeos, los vence, los destruye y divide la tierra por sorteo entre las tribus de Israel*

1. Después que Moisés fue sacado de entre los hombres, de la forma que ya hemos descrito, y cuando concluyeron todas las solemnidades correspondientes al duelo y el dolor de su muerte, Josué ordenó a la multitud que se aprestara para una expedición. Envió espías a Jericó a averiguar de qué fuerzas disponían y cuáles eran sus intenciones; y puso en orden el campamento, disponiéndose a pasar el Jordán en la estación propicia.

Luego citó a los dirigentes de la tribu de Rubén y a los gobernantes de la tribu de Gad y de Manasés, la mitad de la cual había sido autorizada para instalarse en la tierra de los amorreos, que era la séptima parte del país de Canaán, y les recordó lo que habían prometido a Moisés y los exhortó a que por el cuidado que Moisés les había dado, que nunca se fatigaba de ocuparse de ellos, ni siquiera cuando se estaba muriendo, y por el bienestar del pueblo, que se prepararan y realizaran rápidamente lo que habían prometido. Y tomando cincuenta mil hombres que los siguieron marchó de Abila al Jordán, sesenta estadios.

2. Inmediatamente después de instalar el campamento volvieron los espías, conociendo exactamente la situación general de los cananeos. Al principio, antes de ser descubiertos, pudieron ver sin molestias toda la ciudad de Jericó, notando qué partes de las murallas eran fuertes y cuáles no lo eran, y si eran realmente seguras, y qué puertas eran tan débiles que podrían permitir la entrada del ejército. Aquellos que los vieron creyeron que eran simplemente forasteros, que solían ser curiosos y observaban las cosas de la ciudad, y no los supusieron enemigos. Pero luego se retiraron a una posada, próxima a las murallas, donde comieron, y cuando estaban considerando la forma de regresar, el rey, que estaba cenando, fue informado de que habían llegado ciertas personas del campamento de los hebreos para ver la ciudad como espías, y que estaban en la posada de Rahab, tratando de no ser descubiertos. El rey mandó inmediatamente gente con orden de arrestarlos y llevarlos a su presencia, para hacerlos torturar y averiguar qué asuntos los habían llevado.

Cuando Rahab se enteró de la llegada de los mensajeros escondió a los espías bajo unos haces de lino que había puesto a secar en el techo de la casa, y dijo a los mensajeros enviados por el rey que unos forasteros desconocidos habían cenado con ella poco antes de la puesta del sol y se habían ido; y que si eran peligrosos para la ciudad, o para el rey, podían fácilmente ser apresados.

Los mensajeros, engañados por la mujer y sin sospechar nada, siguieron su camino sin ocuparse de registrar la posada y tomaron por los caminos por los que creyeron más probable que se hubiesen marchado los espías, y sobre todo los que

conducían al río; pero no tuvieron ninguna noticia de ellos, y abandonaron la persecución.

Pasado el tumulto, Rahab hizo bajar a los hombres y les pidió que cuando tomaran posesión de Canaán y estuvieran en condiciones de hacer algo por ella, que no olvidaran el peligro que había corrido para salvarlos. Porque si hubiese sido sorprendida ocultándolos no habría escapado a una muerte terrible, con toda su familia. Les pidió que se fueran pero que antes le juraran que la salvarían a ella y su familia, cuando tomaran la ciudad y destruyeran a todos sus habitantes, como lo habían decretado. Porque se había sentido asegurada por los milagros divinos de que se había enterado.

Los espías reconocieron que le debían las gracias por lo que había hecho y juraron recompensarle su amabilidad no sólo con palabras, sino con hechos. Le recomendaron que cuando viera que la ciudad estaba por ser tomada reuniera sus cosas y su familia en la posada para mayor seguridad, y colgara unos hilos rojos delante de las puertas, para que el comandante de los hebreos pudiera reconocer la casa y se ocupara de que no le hicieran daño.

—Porque —añadieron—, le informaremos de lo sucedido, de que te preocupaste de salvarnos. Pero si alguno de tus parientes cayera en la batalla, no nos culpes a nosotros. Y rogamus que Dios, por quien hemos jurado, no se disguste con nosotros, de que hemos violado nuestro juramento.

Hecho ese convenio los hombres partieron, descendiendo por la pared por medio de una cuerda, y huyeron. Volvieron al campamento y contaron al pueblo lo que habían hecho en su viaje a la ciudad. Josué relató a Eleazar, el sumo sacerdote, y al senado, lo que los espías habían jurado a Rahab, quienes confirmaron el juramento.

3. Josué, el comandante, estaba preocupado por el paso del Jordán, porque el río tenía una corriente muy fuerte y no podía ser atravesado por medio de puentes, que nunca habían sido tendidos sobre él. Sospechaba que si trataba de tender un puente los enemigos no lo dejarían terminarlo, y barcas no tenían. Dios había prometido disponer el río de tal modo que pudieran pasarlo, retirando la mayor parte de las aguas.

Dos días más tarde Josué hizo pasar al ejército y toda la multitud de la siguiente manera: Primero avanzaron los sacerdotes, con el arca; luego los levitas conduciendo el tabernáculo y los vasos de los sacrificios; después les siguió la multitud, por tribus, llevando a las mujeres y los niños en el centro, para que no los arrastrara la corriente.

No bien entraron los sacerdotes el río apareció fácil de vadear; se redujo la profundidad de las aguas y se vio la arena en el fondo. La corriente no era ni tan fuerte ni tan rápida como para arrastrar a nadie. Todos pasaron el río sin temor, encontrándolo tal como Dios había predicho que lo pondría. Los sacerdotes se quedaron inmóviles en el centro del río hasta que pasó la multitud y llegó sana y salva a la orilla. Después salieron ellos también, dejando que las aguas corrieran de nuevo libremente como antes.

Cuando hubieron salido todos los hebreos, el río volvió a subir y recuperó su magnitud anterior<sup>[56]</sup>.

4. Los hebreos avanzaron cincuenta estadios más e instalaron el campamento a diez estadios de Jericó. Josué erigió un altar con las piedras que los jefes de las tribus, por orden del profeta, habían sacado de la profundidad, para que fuera un recuerdo del retroceso del río y para ofrecer en él sacrificios a Dios. En aquel sitio celebraron la pascua, y consiguieron en abundancia todas las cosas que querían, porque cosecharon el grano de los cananeos, que estaba a punto, y tomaron otras cosas como botín, porque ya no recibieron más el maná, que había sido anteriormente su alimento y que habían comido durante cuarenta años.

5. Mientras hacían eso los israelitas, los cananeos no los atacaron; permanecieron quietos dentro de sus murallas, y Josué resolvió ponerles sitio. El primer día de la fiesta<sup>[57]</sup> los sacerdotes condujeron el arca, rodeada por un grupo de hombres armados, para hacerle guardia. Los sacerdotes iban delante, soplando las siete trompetas, y exhortando al ejército a que tuviera valor y marchara alrededor de la ciudad, seguido por el senado. Después de hacer sonar las trompetas, que fue sólo eso lo que hicieron, los sacerdotes volvieron al campamento. Después de hacer lo mismo durante seis días, al séptimo Josué congregó a los hombres armados y al pueblo y les dijo la buena nueva de que ahora tomarían la ciudad, porque ese día Dios se la entregaría con la caída de las murallas, lo que ocurriría espontáneamente, sin que los hombres hicieran nada.

Sin embargo les encargó que mataran a todos los que aprisionaran, y no se abstuvieran de matar a sus enemigos ni por debilidad ni por lástima, y que no se entregaran al saqueo desviándose de perseguir a sus enemigos cuando huyeran; y que destruyeran todos los animales y no se llevaran nada para su ventaja personal.

Les mandó también que reunieran todo lo que fuera de plata y oro, para apartarlo y ofrecerlo como primicia a Dios, por el éxito obtenido en la primera ciudad conquistada<sup>[58]</sup>. Y que dejaran vivos únicamente a Rahab y su familia, por el juramento que le habían hecho los espías.

6. Dicho esto, y después de poner en orden al ejército, lo condujo contra la ciudad. Volvieron a marchar en derredor de ella, con el arca a la cabeza, y los sacerdotes animando al pueblo a obrar con fervor. Dieron siete vueltas a la ciudad y permanecieron un instante inmóviles y luego las murallas se derrumbaron sin que los hebreos les hubiesen aplicado ningún instrumento guerrero ni ninguna otra fuerza.

7. Entraron en Jericó y mataron a todos los hombres que encontraron y que seguían sorprendidos y atemorizados al ver caer las murallas; habían perdido todo el valor y no se pudieron defender. Fueron muertos, degollados, algunos en los caminos, otros apresados en sus casas. Nada ni nadie les dio ayuda y perecieron todos, incluso las mujeres y los niños. No escapó ni uno solo y la ciudad se llenó de cadáveres.

Luego prendieron fuego a la ciudad y el campo que la rodeaba; sólo dejaron vivos a Rahab y su familia que se habían refugiado en la posada. La condujeron a presencia

de Josué quien le dijo que le debían las gracias por haber protegido a los espías. Añadió que no sería inferior el beneficio que le haría, e inmediatamente le dio unas tierras y siempre la tuvo en gran estima.

8. Las partes que escaparon al fuego las arrasó hasta los cimientos; y echó una maldición sobre sus habitantes; si alguno quería reedificarla poniendo los cimientos sobre las murallas, que se viera privado de su primogénito, y al terminarla que perdiera a su hijo menor. Pero de lo que aconteció luego hablaremos más tarde.

9. Había una inmensa cantidad de plata y oro, y además de bronce, que fue retirado todo junto de la ciudad sin que nadie transgrediera el decreto ni hurtara nada para su beneficio particular. El botín Josué lo entregó a los sacerdotes para depositarlo junto con los demás tesoros. Y de este modo pereció Jericó.

10. Pero hubo un tal Acar hijo de Zebedía, de la tribu de Judá, que encontró una prenda real tejida completamente con oro, una pieza de plata que pesaba cincuenta siclos y otra de oro de doscientos siclos, y pensando que era injusto que el botín que él, corriendo algunos peligros, había recogido, tuviera que entregarlo para ser ofrecido a Dios, que no lo necesitaba, mientras que el que lo necesitaba tenía que entregarlo, abrió un pozo profundo en su tienda y los guardó allí, suponiendo que no sólo quedaría escondido de sus camaradas sino también de Dios.

11. El sitio donde Josué había establecido el campamento se llamaba Galgalá, que significa libertad; porque desde que habían pasado el Jordán se consideraban libres de las miserias que habían sufrido con los egipcios y en el desierto.

12. Pocos días después de la calamidad que había assolado a Jericó Josué envió tres mil hombres armados a tomar Ana, ciudad situada más allá de Jericó. Pero a la vista del pueblo de Ana fueron rechazados, perdiendo treinta y seis hombres. Cuando lo supieron los israelitas quedaron muy tristes y sumamente desconsolados, no tanto por los hombres que habían sido destruidos, aunque eran buenos hombres, y merecían su estima, como por la desesperación que les causaba. Porque cuando creían que ya estaban en posesión del país y que el ejército saldría de las batallas sin sufrir pérdidas, como Dios les había prometido de antemano, inesperadamente veían al enemigo audaz por el buen éxito. Se pusieron sacos sobre la ropa y pasaron todo el día llorando y lamentándose, sin pensar en comer y tomándose muy a pecho lo ocurrido.

13. Viendo Josué al ejército afligido y lleno de malos presagios para toda la expedición, usó libertad con Dios y dijo:

—No hemos llegado hasta aquí por nuestra precipitación, por habernos considerado capaces de someter esta tierra con nuestras armas, sino por instigación de Moisés tu siervo, porque tú prometiste, con muchos signos, que nos darías la posesión de esta tierra y que harías nuestro ejército siempre superior en la guerra a nuestros enemigos. Varios triunfos ya hemos logrado, concordantes con tus promesas; pero como ahora hemos fracasado, perdiendo unos hombres de nuestro ejército, nos sentimos pesarosos, temiendo que no podamos esperar lo que tú nos has prometido, y



que Moisés nos predijo. Y nuestra futura expectación nos perturba más aún porque hemos sufrido ese desastre en nuestra primera tentativa. Líbranos, señor, de esas sospechas, porque tú puedes hallar remedio al desorden dándonos la victoria, lo que nos quitará el pesar que padecemos ahora y evitará nuestra desconfianza en lo porvenir.

14. Josué presentó este pedido a Dios postrado sobre su rostro. Dios le contestó que se levantara y purificara a su hueste de la contaminación que le había entrado. Porque habían sido robados desvergonzadamente objetos consagrados a él. Ésa era la causa de la derrota que sufrieron, agregó. Que buscaran y castigaran al ofensor, y él volvería a preocuparse de que obtuvieran la victoria sobre sus enemigos.

Josué lo comunicó al pueblo. Llamó a Eleazar, el sumo sacerdote, a las autoridades, y echó suertes, tribu por tribu. La suerte señaló que la mala acción había sido cometida por uno de la tribu de Judá. Volvió a sortear entre sus diversas familias y se halló que la mala acción correspondía a la familia de Acar. Hecha la investigación hombre por hombre, tomaron a Acar, que, después de ser reducido por Dios a un terrible rigor, no pudo negar el hecho. Confesó el robo y entregó lo que había tomado. Inmediatamente fue muerto y condenado a ser sepultado de noche y vergonzosamente, como correspondía a un malhechor condenado<sup>[59]</sup>.

15. Purificada de este modo la hueste, Josué la condujo contra Ana. Tendió de noche una emboscada alrededor de la ciudad y atacó al enemigo no bien fue de día. El enemigo avanzó audazmente contra los israelitas, animado por su victoria anterior. Josué fingió una retirada y los llevó de ese modo a gran distancia de la ciudad, haciéndoles creer que los perseguían y que se repetía el caso de la batalla anterior. De pronto Josué ordenó a sus fuerzas que se volvieran e hicieran frente al enemigo. Hizo entonces la señal convenida a los que estaban emboscados, incitándolos a pelear. Éstos corrieron a la ciudad, cuyos habitantes, perplejos, se hallaban en las murallas, contemplando a los que se acercaban a las puertas. Tomaron la ciudad y mataron a todos los que encontraron. Josué obligó a los que lo habían seguido a librar una batalla cuerpo a cuerpo, los derrotó y los puso en fuga. El enemigo corrió a la ciudad, creyendo que no había sido tocada; cuando vieron que había sido tomada y que ardía, con sus esposas e hijos, se desparramaron por el campo, incapaces de defenderse porque no tenían quién los sostuviera.

Después del desastre sufrido por Ana, los israelitas tomaron gran número de niños, mujeres y sirvientes, y una inmensa cantidad de diversos efectos. Los hebreos tomaron también rebaños de ganado y una gran suma de dinero, porque era un país rico. Cuando llegó Josué a Galgalá, dividió el botín entre los soldados.

16. Los gabaonitas, que vivían muy cerca de Jerusalén, cuando vieron las desdichas de los habitantes de Jericó y de Ana y sospechando que les tocaría a ellos la misma triste calamidad, no creyeron conveniente pedir misericordia a Josué, porque pensaron que poca conmiseración podrían encontrar en el que hacía la guerra y podía destruir todo el país de los cananeos, e invitaron en cambio a los ceferitas y al

pueblo de Cariatiarima, que eran sus ve cipos, a coaligarse contra ellos diciéndoles que no podrían eludir el peligro en que se hallaban si los israelitas se anticipaban y los atacaban. Cuando los convencieron resolvieron tratar de escapar a las fuerzas israelitas.

De acuerdo con el convenio que pactaron, enviaron delegados a Josué para proponerle un pacto de amistad con él, eligiendo a los ciudadanos mejor conceptuados y más capaces de hacer lo que beneficiara a la multitud.

Los embajadores creyeron que sería peligroso confesarse cananeos, y supusieron que con este recurso evitarían el peligro, o sea diciendo que no tenían ninguna relación con los cananeos y vivían a mucha distancia de ellos. Añadieron que habían hecho un largo viaje, atraídos por la reputación de su virtud. Como prueba de la verdad de sus palabras, le mostraron la ropa que llevaban puesta, que era nueva cuando salieron y ahora estaba muy gastada por el largo tiempo del viaje. Porque realmente se había puesto ropa rota de propósito para hacerle creer lo que decían. Rodeados por el pueblo, declararon que eran enviados por el pueblo de Gabaón y las ciudades circunvecinas, que estaban muy alejadas de aquel sitio, para hacer con ellos un pacto de amistad, en las condiciones que eran habituales de sus antepasados. Porque cuando supieron, añadieron, que por el favor de Dios y sus mercedes entrarían en posesión de la tierra de Canaán, que les había sido concedida, se alegraron mucho y deseaban ser incluidos en el número de sus ciudadanos. Así dijeron los embajadores, y mostrando las señales de su largo viaje, rogaron a los hebreos que hicieran con ellos un pacto de amistad.

Creyendo sus palabras, y de que no eran de la nación de los cananeos, Josué hizo amistad con ellos. Eleazar, el sumo pontífice, y el senado, les juraron que los considerarían amigos y asociados y que no harían nada que fuera injusto contra ellos; y la multitud asintió al juramento que les hacían.

Obtenido lo que querían, engañando a los israelitas, los hombres se volvieron. Pero cuando Josué condujo su ejército al campo, al pie de las montañas de esa parte de Canaán, supo que los gabaonitas vivían cerca de Jerusalén y que eran del linaje de los cananeos. Envió a llamar a sus gobernadores y les reprochó el engaño que le habían hecho. Ellos alegaron en su defensa que no tenían otra manera de salvarse y se vieron obligados a acudir a ese recurso. Josué, citó a Eleazar, el sumo pontífice, y al senado, que consideraron justo hacerlos servidores públicos, para no violar el juramento que les habían hecho, y les dieron esa orden.

Ése fue el medio de que se valieron esos hombres para salir sanos y salvos de la calamidad que iba a ocurrirles.

17. El rey de Jerusalén, indignado por la actitud de los gabaonitas de pasarse a Josué, invitó a los reyes de las naciones vecinas a unirse para hacerles la guerra juntos. Cuando los gabaonitas vieron que esos reyes, que eran cuatro además del rey de Jerusalén, se proponían atacarlos, y advirtieron que habían instalado el campamento junto a una fuente, cerca de la ciudad a la que se preparaban para

asediar, pidieron ayuda a Josué. Porque temían ser destruidos por aquellos cananeos y suponían que serían salvados por aquellos que habían ido a destruir a los cananeos merced al pacto de amistad que con ellos habían hecho.

Josué se apresuró a acudir con todo su ejército en su ayuda, y marchando día y noche, a la mañana cayeron sobre el enemigo cuando iba al asedio y después de derrotarlo lo persiguió cuesta abajo por las lomas.

Aquel sitio se llama Bezorón; allí también supo que Dios lo había asistido, lo que declaró con truenos y relámpagos, como por la caída de granizo más grande que el habitual. Además sucedió que el día se prolongó, y la noche no llegó demasiado rápido para no ser un obstáculo al fervor con que los hebreos perseguían al enemigo; de ese modo Josué pudo apresar a los reyes, que se habían escondido en una cueva de Maceda, y les dio muerte. El hecho de que el día se hubiese prolongado, siendo más largo que de costumbre, figura en los libros guardados en el Templo.

18. Vencidos los reyes que iban a hacer la guerra a los gabaonitas, Josué volvió a la parte montañosa de Canaán, y después de hacer una gran matanza de ese pueblo tomó el botín y regresó al campamento de Galgalá. Se extendió entonces una gran fama entre los pueblos de los alrededores, acerca del valor de los hebreos, y los que se enteraron de la gran cantidad de hombres que habían matado sintieron gran temor. Los reyes que vivían alrededor del monte Líbano, que eran cananeos, organizaron una expedición. Los cananeos que vivían en la llanura, reunidos con los filisteos, establecieron campamento en Berota, ciudad de la alta Galilea, próxima a Cedasa, que es también localidad de la Galilea.

El número total de los que componían el ejército era de trescientos mil infantes y diez mil jinetes, con veinte mil carros. La multitud del enemigo asustó a Josué y a los israelitas, y en lugar de tener amplias esperanzas en el buen éxito, se sintieron supersticiosamente atemorizados por el terror que los había asaltado.

Dios entonces les reconvino por el temor que tenían, y les preguntó si querían una ayuda mayor aún que la que podía darles, y les prometió que vencerían al enemigo y les encomendó que inutilizaran los caballos del enemigo y les quemaran los carros.

Con estas promesas de Dios Josué se sintió lleno de valor y salió de pronto a enfrentar al enemigo, y después de cinco días de marcha se encontró con él y le ofreció batalla. Hubo una lucha terrible y fueron muertos tantos que nadie lo quería creer. Luego los persiguió un trecho largo, destruyendo a todo el ejército enemigo, salvo algunos pocos. Todos los reyes cayeron en la batalla. Cuando no hubo más hombres para matar, Josué mató los caballos y quemó los carros y pasó por todo el país sin oposición, no atreviéndose nadie a darle batalla. Pero él siguió adelante, tomando las ciudades por asedio y matando a todos los que tomaba.

19. Transcurrió el quinto año y ya no quedaba ningún cananeo, salvo los que se habían retirado a sitios de gran resistencia.

Josué retiró su campamento a la región montañosa, y depositó el tabernáculo en la ciudad de Siló, porque parecía un lugar apropiado debido a la belleza de su posición,

hasta que pudieran edificar un templo. De ahí se trasladó a Siquem, con todo el pueblo, y erigió un altar en el sitio que Moisés había indicado de antemano. Luego dividió al ejército, dejando una mitad en el monte Garizim y la otra en el monte Gibal, donde estaba el altar. También dejó allí a la tribu de Leví y a los sacerdotes. Después de sacrificar y declarar las maldiciones, y dejarlas grabadas en el altar, volvieron a Siló<sup>[60]</sup>.

20. Josué se hizo viejo, y vio que las ciudades de los cananeos no eran fáciles de tomar, no sólo porque estaban situadas en sitios muy resguardados, sino por la fortaleza de las murallas, construidas alrededor de la fortaleza natural de los lugares donde se hallaban las ciudades, que parecían capaces de repeler al enemigo que las asediara y hacerle desesperar de tomarlas. Porque cuando los cananeos supieron que los israelitas habían salido de Egipto para destruirlos se dedicaron a hacer más fuertes sus ciudades.

Josué congregó al pueblo en Siló, y cuando todos se reunieron, apresuradamente y con gran celo, les hizo observar los grandes éxitos que habían logrado hasta entonces y las cosas gloriosas que habían hecho, dignas de aquel Dios que los había capacitado para hacerlas y de la virtud de las leyes que observaban. Advirtió también que treinta y uno de los reyes que se habían aventurado a darles batalla habían sido vencidos, y que todos los ejércitos que habían luchado contra ellos, por grandes y confiados en su poder que hubiesen sido, fueron completamente destruidos, hasta el punto de que no quedaba ni uno de sus descendientes. En cuanto a las ciudades, como algunas habían sido tomadas pero quedaban otras que debían ser tomadas con el tiempo, mediante largos asedios, por la fortaleza de las murallas y la confianza que éstas inspiraban a sus habitantes, consideraba razonable que las tribus que habían ido con ellos desde el otro lado del Jordán, participando de los peligros que corrieron, siendo de su propia estirpe, que fueran despedidos y enviados a sus casas, agradeciéndoselos por las penurias que sufrieron junto con ellos. Y creía igualmente razonable que enviaran un hombre de cada tribu<sup>[61]</sup> de los que hubiesen demostrado una extraordinaria virtud, para medir fielmente la tierra y que sin engaños ni falsedades informaran sobre su real magnitud.

21. Después de hacer esa propuesta, Josué halló que la multitud la aprobaba. Envió por lo tanto hombres a medir la tierra y mandó con ellos a varios geómetras, que no podrían dejar fácilmente de conocer la verdad por su habilidad en el arte. Les encargó asimismo que estimaran las medidas de las partes del país que eran más fértiles y de las que no eran tan buenas. Porque así es el país de Canaán; hay grandes llanuras, excelentes para dar frutos, y que comparadas con otras partes del país pueden parecer sumamente fértiles, pero comparadas con los campos que rodean a Jericó, y con los que pertenecen a Jerusalén, parecerán sin ninguna utilidad. Y aunque la tierra de este último pueblo tiene poca extensión y es, además, en su mayor parte, montañosa, sin embargo no desmerece de otras partes por su excelente calidad y belleza. Por cuya razón Josué consideraba que la tierra destinada a las tribus debería

ser dividida estimando su calidad, más que su extensión, porque podía suceder que un arpende de una clase de tierra valiera por mil de otra clase. Los hombres que fueron enviados, y que eran en número de diez, recorrieron toda la tierra estimándola, y al séptimo mes regresaron a la ciudad de Siló, donde Josué había instalado el tabernáculo.

22. Junto con Eleazar, el senado y los jefes de las tribus, Josué distribuyó la tierra entre las nueve tribus y la mitad de la tribu de Manasés, señalando las dimensiones de acuerdo con la extensión de cada tribu. Sortearon y en el sorteo le tocó a Judá la mitad superior de Judea, llegando hasta Jerusalén, y extendiéndose a lo ancho hasta el lago de Sodoma. En el lote de esta tribu estaban las ciudades de Ascalón y de Gaza.

El lote de Simeón, que fue el segundo, incluyó las partes de Idumea que limitaba con Egipto y Arabia. A la tribu de Benjamín le tocó en suerte un lote que a lo largo iba del río Jordán hasta el mar, y a lo ancho estaba limitado por Jerusalén y Bezel. Era el lote más estrecho de todos, debido a la calidad de la tierra, porque incluía a Jericó y la ciudad de Jerusalén. A la tribu de Efraím le tocó en suerte la tierra que se extiende desde el río Jordán hasta Gazara, y a lo ancho desde Bezel hasta su fin en la gran llanura.

La media tribu de Manasés recibió la tierra que va desde el Jordán hasta la ciudad de Dora, y en el ancho hasta Bezana, que ahora se llama Escitópolis. Después le tocó a Isacar, cuyos límites fueron en longitud el monte Carmelo y el río, y en el ancho el monte Tabor. El lote de la tribu de Zabulón incluyó la tierra que pueda llegar hasta el lago Genezaret y la que pertenece al Carmelo y el mar. La tribu de Aser obtuvo la parte que se llamó el Valle, porque lo era, toda la parte que se encuentra frente a Sidón. La ciudad de Arce, llamada también Actipus, estaba en esa parte.

Los neftalitas recibieron las partes orientales, hasta la ciudad de Damasco y la alta Galilea, el monte Líbano y los manantiales del Jordán que salen de ese monte; es decir, de la parte cuyos límites son los de la vecina ciudad de Arce. La parte de los danitas comprendía toda la región del valle que corresponde a la puesta del sol y estaba limitada por Azot y Dora; también recibieron Jamnia y Geta, desde Acarón hasta la montaña donde comenzaba la tribu de Judá.

23. De ese modo dividió Josué a las seis naciones que llevaban los nombres de los hijos de Canaán, con sus tierras, para ser poseídas por las nueve tribus y media. Porque Moisés le había prevenido y ya había distribuido la tierra de los amorreos, que también tenía el nombre de uno de los hijos de Canaán, entre las dos tribus y media restantes, como hemos visto anteriormente. De las partes de Sidón, como las de los aruceos, los amateos y los aradianos, todavía no dispusieron.

24. Impedido Josué por su edad de realizar lo que se había propuesto y como los que le sucedieron en el gobierno se cuidaron poco de lo que era ventajoso para el pueblo, encargó a cada tribu que no dejaran ni el recuerdo de la raza de los cananeos en la tierra que les había sido dividida por sorteo; porque Moisés les había asegurado de antemano que podrían descansar satisfechos de que su seguridad y la observancia

de sus leyes dependía enteramente de ello. Les ordenó además que entregaran treinta y ocho ciudades a los levitas, porque ya habían recibido diez en la tierra de los amorreos, tres de las cuales asignó a los que huyeran de un homicidio, para habitarlas; porque tuvo buen cuidado de que no se descuidara nada de lo que Moisés había ordenado. Esas ciudades eran Hebrón, de la tribu de Judá, Siquem, de la de Efraím, y Cedasa, localidad de la alta Galilea, de la de Neftalí.

También distribuyó el resto del botín, que era muy grande, con lo que se vieron en posesión de grandes riquezas, todos juntos y cada uno en particular, consistentes en oro, plata, vestidos y otros muebles, aparte de gran cantidad de ganado cuyo número no se podía determinar.

25. Terminada esta operación, congregó al ejército y habló de este modo a aquellas tribus que se habían establecido en la tierra de los amorreos al otro lado del Jordán (de los cuales cincuenta mil hombres se habían armado para marchar con ellos a la guerra)

—Ya que ese Dios que es el padre y señor de la nación hebrea nos dio en posesión esta tierra, y prometió mantenernos para siempre en el goce de su propiedad, y ya que vosotros os habéis ofrecido celosamente a ayudarnos cuando nos hacía falta vuestra ayuda, de acuerdo en todas las ocasiones con las órdenes de Dios, es justo ahora que terminaron nuestras dificultades que se os permita gozar de un descanso y que no abusemos más de vuestro celo para ayudarnos, de modo que si volvemos a necesitarla podamos contar con ella en ocasiones futuras y que el exceso de fatiga no sea motivo para que seáis más remisos en ayudarnos en otra oportunidad. Os damos, por lo tanto, las gracias, por los peligros que habéis corrido con nosotros; y no lo hacemos solamente ahora sino que siempre estaremos dispuestos a recordaros como amigos y a tener en cuenta las ventajas que obtuvimos y la diligencia con que habéis pospuesto el goce de vuestra felicidad por nosotros y habéis trabajado por lo que ahora, por la voluntad de Dios, hemos obtenido, resolviendo no gozar de vuestra propia prosperidad hasta que no nos hayáis prestado esa asistencia.

»No obstante, al uniros a nosotros habéis obtenido grandes riquezas y llevaréis a vuestros hogares abundante botín, de oro y de plata, y lo que es más que todo eso, nuestra buena voluntad para con vosotros y la disposición para devolveros vuestra amabilidad en cualquier caso en que lo deseéis, porque vosotros no habéis omitido nada de lo que Moisés os requirió de antemano ni lo habéis despreciado después de haber muerto; nada, pues, puede disminuir la gratitud que os debemos. Por eso os despedimos jubilosamente enviándoos a vuestras heredades; y os rogamos dar por sentado que no hay límites entre nuestras íntimas relaciones y que no imaginéis que porque se interponga el río entre nosotros sois por eso de diferente raza que la nuestra y dejáis de ser hebreos, porque todos somos de la posteridad de Abraham, nosotros los que habitamos aquí y vosotros los que habitáis allí; el mismo Dios trajo al mundo a nuestros antepasados y a los vuestros, y nosotros debemos observar su culto y la forma de gobierno que él nos ordenó, muy cuidadosamente, porque mientras

continuéis cumpliendo esas leyes Dios se mostrará misericordioso con vosotros y os asistirá. Pero si imitáis a las otras naciones y abandonáis esas leyes, rechazará a vuestra nación.»

Dicho esto saludó a las autoridades uno por uno y a toda la multitud en común y mientras él permanecía en su sitio el pueblo acompañó a las tribus en su viaje, no sin lágrimas en los ojos, separándose luego con gran pena.

26. Después de pasar el río la tribu de Rubén y la de Gad y la parte de la de Manasés que los siguió, levantaron un altar en las orillas del Jordán, como monumento para la posteridad y señal de parentesco con los que habitarían al otro lado.

Pero cuando los del otro lado supieron que aquellos a quienes habían despedido habían levantado un altar, al no saber con qué intención lo habían construido supusieron que había sido para hacer una innovación e introducir dioses extraños. Creyendo los informes difamatorios, en lugar de estar inclinados a rechazarlos, tomaron las armas para ir a vengarse de los que habían erigido el altar. Se dispusieron a cruzar el río para castigarlos por la subversión de las leyes de su país, pensando que no debían guardarles consideración por su parentesco ni su dignidad y que sólo debían consideración a la voluntad de Dios y el modo con que él quería que se le rindiera culto.

Pero Josué, con Eleazar, el sumo pontífice, y el senado, los contuvieron, y los persuadieron de que primero hicieran una requisitoria verbal acerca de sus intenciones, y si encontraban que eran malas sólo entonces procedieran a hacerles la guerra. Enviaron, entonces, como delegados a Finees, el hijo de Eleazar, y otras diez personas de gran estima entre los hebreos, para que les preguntaran qué se habían propuesto al edificar un altar en la orilla después de haber pasado el río.

No bien los embajadores cruzaron el río y llegaron hasta ellos, fue congregada la multitud y Finees les dijo que la ofensa que habían cometido era demasiado horrible para ser castigada únicamente con palabras, ni para ser corregida en lo futuro solamente.

—Pero —añadió—, no hemos acudido a las armas para castigaros inmediatamente por la horrible transgresión en consideración a nuestro parentesco y a la posibilidad de que el hecho tuviese una explicación satisfactoria. Preferimos enviarles esta embajada para indagar las verdaderas razones que os han movido a erigir el altar y no aparecer apresurados en recurrir a la guerra sin conocer previamente si hay razones justificadas, y proceder a castigaros después si no las hubiere y la acusación fuese exacta. Porque se nos hace difícil creer que vosotros, que conocéis la voluntad de Dios, que habéis escuchado las leyes que él mismo nos dio, al separaros de nosotros para instalaros en vuestro patrimonio, obtenido en el sorteo por la gracia de Dios y la providencia que ejerce con vosotros, hayáis podido olvidarlo, abandonar el arca y el altar que es propio de nosotros, para introducir dioses extraños e imitar las malas prácticas de los cananeos. Pero quedaréis libres de culpa si os

arrepentís ahora y no seguís adelante con esa locura y ofrecéis la debida reverencia y recordáis las leyes de vuestro país. Pero si persistís en el pecado, no escatimaremos esfuerzos para proteger nuestras leyes, y pasaremos el Jordán para defenderlas, y defender también a Dios, y os consideraremos iguales a los cananeos y os destruiremos como los hemos destruido a ellos. Porque no debéis imaginaros que al cruzar el río quedasteis fuera del alcance del poder de Dios. En cualquier parte donde os halléis estaréis en sitios que le pertenecen, y es imposible eludir su poder y el castigo que por eso aplica a los hombres. Y si creéis que vuestra instalación en este lado puede impedirlos ser razonables, nada se opondría a que dividamos de nuevo la tierra, dejando esta parte para el pastoreo de las ovejas; pero como este crimen es reciente haréis bien en volver prudentemente a vuestros deberes. Os rogamos por vuestros hijos y mujeres que no nos obliguéis a castigaros. Tomad, por lo tanto, en esta asamblea, las medidas necesarias, teniendo en cuenta que de ellas dependen vuestra seguridad y la seguridad de vuestros seres queridos, y creed que es mejor para vosotros ser conquistados con palabras que insistir en vuestros propósitos y sufrir las consecuencias de la guerra.

27. Después de este discurso de Finees, los directores de la asamblea y toda la multitud comenzaron a disculparse de la acusación, diciendo que no habían renunciado al parentesco que los unía y que no habían levantado el altar para introducir innovaciones; que reconocían un solo Dios común a todos los hebreos, y al altar de bronce erigido delante del tabernáculo en el cual ofrecerían los sacrificios.

—En cuanto al altar que levantamos aquí —siguieron diciendo—, y que dio motivo a las sospechas, no lo hemos erigido para adorar ante él, sino como signo y testimonio de nuestro eterno parentesco con vosotros, y como precaución necesaria para nuestra prudente conducta y para continuar con las leyes de nuestro país, y no como medio para transgredirlas, como vosotros habéis sospechado. Ponemos a Dios como auténtico testigo nuestro de que éste fue el motivo por el cual edificamos el altar. Os rogamos por lo tanto que modifiquéis la mala opinión que os habéis formado de nosotros y no nos imputéis lo que a cualquier descendiente de Abraham le habría hecho merecedor de la muerte por intentar introducir nuevos ritos, diferentes de nuestras prácticas habituales.

28. Oída esa respuesta, que Finees les alabó, éste regresó y explicó a Josué, delante de todo el pueblo, cuál había sido la contestación obtenida. Josué se alegró de no tener que ponerlos en pie de guerra ni conducirlos a derramar sangre y combatir con hombres de su propia estirpe. Ofreció en consecuencia sacrificios dando gracias a Dios. Luego Josué disolvió la gran asamblea del pueblo, enviándolos a sus respectivas heredades, mientras él establecía su residencia en Siquem.

Veinte años después, siendo muy viejo, envió a buscar a los de mayor dignidad de las distintas ciudades, a las autoridades, al senado y a todo el pueblo común que podía estar presente. Una vez reunidos, les recordó todos los beneficios que Dios les había otorgado, que no podían ser sino muchos, ya que de su baja condición habían subido



a un grado tan alto de gloria y abundancia, y les exhortó a que tomaran nota de las intenciones de Dios que habían sido tan favorables para ellos. Les dijo que la divinidad seguiría concediéndoles su amistad sólo por la piedad de ellos. Y que era apropiado que él, Josué, ahora que estaba por abandonar la vida, les dejara esa exhortación y les expresara su deseo de que recordaran sus recomendaciones.

29. Después de estas palabras Josué murió, habiendo vivido ciento diez años, cuarenta de ellos junto con Moisés, para aprender con él conocimientos ventajosos. Después de la muerte de Moisés fue comandante durante veinticinco años.

Fue un hombre a quien no le faltó ni sabiduría ni elocuencia para expresarse; se destacó en ambas virtudes. Fue de gran valor y magnanimidad, en la acción y en el peligro, muy sagaz para buscar la paz del pueblo y de grandes cualidades en todos los momentos.

Fue sepultado en la ciudad de Tamna, de la tribu de Efraím. En la misma época murió Eleazar, el sumo sacerdote, dejando el sumo sacerdocio a su hijo Finees. Su monumento y su sepulcro están en la ciudad de Gabata.

## CAPÍTULO II

*Después de la muerte de Josué los israelitas transgreden las leyes de su país.  
Estalla una sedición. Destrucción de la tribu de Benjamín*

1. Después de la muerte de éstos (Josué y Eleazar), Finees profetizó que de acuerdo con la voluntad de Dios debían encomendar el gobierno a la tribu de Judá, la que destruiría la raza de los cananeos. Porque a la sazón el pueblo estaba preocupado por conocer cuál era la voluntad de Dios. Judá contó con la ayuda de la tribu de Simeón, con la condición de que cuando fueran muertos los cananeos atribuidos a la tribu de Judá, harían lo mismo con los que estaban en la parte de Simeón.

2. Pero la situación de los cananeos era en aquel entonces floreciente, y esperaron a los israelitas con un gran ejército en la ciudad de Bezek, habiendo puesto el gobierno en las manos de Adonibezek, nombre que significa señor de Bezek, porque adoni en hebreo significa señor<sup>[62]</sup>.

Los cananeos esperaban que la muerte de Josué hubiese sido un gran golpe para los israelitas. Pero cuando entraron en batalla con ellos, es decir, con las dos tribus arriba mencionadas, los hebreos lucharon gloriosamente y mataron a más de diez mil cananeos, poniendo en fuga a los restantes; los persiguieron y apresaron a Adonibezek quien, cuando le cortaron los dedos de las manos y los pies, dijo:

—Por lo que veo era imposible que pudiera escapar siempre de Dios, y ahora tengo que sufrir lo que no vacilé en infligir a setenta y dos reyes.

Lo condujeron vivo hasta Jerusalén y cuando murió lo sepultaron y prosiguieron tomando ciudades. Después de conquistar la mayor parte de ellas, pusieron sitio a Jerusalén. Tomaron la parte baja de la ciudad, después de un tiempo considerable, y mataron a todos los habitantes. Pero la parte alta de la ciudad no podía ser tomada sin grandes dificultades, debido a la fortaleza de sus murallas y la naturaleza del lugar.

3. Por esta razón trasladaron el campamento a Hebrón, la que tomaron matando a todos los habitantes. Quedaba todavía la raza de los gigantes; tenían un cuerpo tan grande y un rostro tan distinto de los demás hombres, que asombraban con su presencia e impresionaban con su voz. Los huesos de esos hombres todavía se exhiben ahora, diferentes a los de todos los demás hombres.

Los israelitas dieron la ciudad a los levitas como recompensa extraordinaria, con los suburbios de dos mil codos. Pero las tierras que les correspondían las entregaron como donación a Caleb, de acuerdo con las órdenes de Moisés. Caleb era uno de los espías que Moisés había enviado a la tierra de Canaán. También entregaron tierras para habitar a los descendientes de Jetro, el madianita, suegro de Moisés, los que habían dejado su país para seguirlos y acompañarlos en el desierto.

4. Las tribus de Judá y Simeón tomaron las ciudades de la parte montañosa de

Canaán, así como Ascalón y Azot de las que estaban cerca del mar. Pero Gaza y Acarón escaparon, porque, estando en una región llana, y poseyendo gran número de carros, hostigaron dolorosamente a los atacantes.

Cuando estas tribus se hicieron muy ricas con la guerra, se retiraron a sus ciudades, dejando las armas.

5. Los benjaminitas, a quienes pertenecía Jerusalén, permitieron a sus habitantes pagarles tributo. Dejaron, entonces, unos de matar, otros de correr riesgos, y tuvieron tiempo para dedicarse al cultivo de la tierra. Las demás tribus imitaron a la de Benjamín e hicieron lo mismo; contentándose con el tributo que les pagaban, dejaron a los cananeos vivir en paz.

6. La tribu de Efraím, que había sitiado a Bezel, no hacía ningún progreso ni realizaba nada digno del tiempo y las penurias que pasaban instalados delante de la ciudad; pero persistieron en mantener el sitio, aun a costa de grandes contratiempos. Al cabo de cierto tiempo apresaron a un ciudadano que fue hacia ellos a buscar lo que necesitaba, y le dieron seguridades de que si entregaba la ciudad lo protegerían a él y su familia. El hombre juró que con esas condiciones pondría la ciudad en sus manos. Efectivamente, el que traicionó la ciudad fue protegido, él y su familia. Los israelitas mataron a todos los habitantes y retuvieron la ciudad.

7. Luego los israelitas dejaron de seguir peleando con sus enemigos y se dedicaron a cultivar la tierra, lo que les produjo grandes riquezas; descuidaron la disciplina y se entregaron al lujo y los placeres. También dejaron de cuidar celosamente las leyes que pertenecían a su forma de gobierno.

Dios se indignó y les hizo notar en primer término que contrariando sus indicaciones habían perdonado la vida a los cananeos, y luego esos cananeos, cuando llegara el momento oportuno, los explotarían bárbaramente. Pero los israelitas, aunque pesarosos por las admoniciones de Dios, seguían desganados para hacer la guerra; obtenían grandes tributos de los cananeos y entregados a la lujuria, estaban poco dispuestos a correr riesgos. Por eso también permitieron que la aristocracia se corrompiera y no formaron el senado ni nombraron las otras magistraturas que les señalaban las leyes; sólo se dedicaban a cultivar los campos para obtener riquezas. Esa gran indolencia provocó una terrible sedición y llegaron hasta el punto de pelear entre sí, en la siguiente ocasión.

8. Vivía allí un levita, un hombre de familia vulgar, que pertenecía a la tribu de Efraím, quien contrajo matrimonio con una mujer de Betlem, localidad perteneciente a la tribu de Judá. El hombre estaba muy enamorado de su esposa y subyugado por su belleza. Pero tenía la desdicha de no ser correspondido por la mujer, que lo odiaba, con lo que encendía aún más su pasión. Ambos reñían continuamente hasta que la mujer, disgustada por las perpetuas querellas, abandonó a su marido y se fue a reunir con sus padres al cuarto mes<sup>[63]</sup>.

El marido, inquieto por su partida, fue a ver a sus suegros, arregló la disputa y se reconcilió con su mujer; tratado amablemente por los padres de su esposa, se quedó

con ellos cuatro días. Al quinto día resolvió regresar a su casa y partió al anochecer, porque los padres de ella no querían separarse de su hija, y demoraron la partida hasta el final del día.

Tenían un criado, que los siguió, y un asno en el que montó la esposa. Cuando estaban cerca de Jerusalén, después de haber recorrido treinta estadios, el criado les aconsejó que se alojaran en alguna posada, para evitar que les pasara alguna desgracia si viajaban de noche, sobre todo porque estaban cerca del enemigo y en aquella época había razones para sospechar hasta de los amigos. Al marido no le gustó el consejo ni quiso hospedarse entre extranjeros, porque la ciudad pertenecía a los cananeos, y juzgó preferible viajar veinte estadios más y alojarse en alguna ciudad israelita.

De este modo llegaron a Gaba, una ciudad de la tribu de Benjamín, cuando comenzaba a oscurecer. Nadie de los que vivían en la plaza del mercado los invitó a alojarse en su casa, pero un anciano del campo, que era de la tribu de Efraím pero residía en Gaba, le preguntó de dónde era y por qué había llegado a la ciudad tan tarde y por qué buscaba provisiones para cenar siendo de noche.

El hombre respondió que era levita y volvía a su casa llevando a su esposa de la casa de sus padres, y le dijo que su casa estaba en la tribu de Efraím. El anciano, tanto por su parentesco como porque vivían en la misma tribu, y también porque se habían encontrado accidentalmente, los llevó a alojarlos en su casa.

Ciertos jóvenes de los habitantes de Gaba, que habían visto a la mujer en la plaza y admirado su belleza, cuando supieron que se alojaba en la casa del viejo, llegaron hasta la puerta, despreciando la debilidad y el reducido número de la familia del anciano. Éste les pidió que se fueran y no hicieran ofensa ni abuso. Los jóvenes le respondieron que les entregara a la extranjera y no le harían a él ningún daño.

El viejo alegó que el levita era pariente de él y que cometerían una acción malvada si se dejaban dominar por sus deseos y ofendían las leyes; los jóvenes despreciaron su justa admonición, riendo y bromeando. Y lo amenazaron con matarlo si se interponía en sus inclinaciones.

El anciano se encontró en mala situación pero no quiso abandonar a sus huéspedes y entregarlos al abuso; y les dio su propia hija, diciéndoles que sería una violación menor de la ley satisfacer su lujuria con ella que abusar de sus huéspedes. De este modo pensaba evitar la ofensa a sus huéspedes.

Los jóvenes no cejaron en su empeño de que les entregase a la extranjera; el anciano les rogó que no perpetraran esa injusticia. Pero los jóvenes la tomaron por la fuerza, y dominados por la violencia de sus inclinaciones la retiraron de la casa y después de satisfacer con ella sus deseos durante toda la noche la abandonaron al rayar el alba.

La mujer volvió a la casa donde había sido recibida, muy afligida por lo que le había ocurrido y muy apenada por sus sufrimientos. No osando mirar a su marido a la cara, porque suponía que jamás la perdonaría por lo que había hecho, cayó al suelo y

expiró.

Creyendo el marido que su esposa estaba dormida, la levantó y resolvió hablarle y confortarla, ya que no se había expuesto voluntariamente a la lujuria de aquellos hombres, sino que había sido sacada a la fuerza de la casa. Pero en cuanto advirtió que estaba muerta, actuó con toda la grandeza que su desgracia le permitía. Depositó a la difunta sobre el asno y la condujo a su casa; allí la desmembró, dividiéndola en doce partes y envió un trozo a cada tribu, encargando a los que condujeron los trozos que informaran a las tribus quiénes habían sido los causantes de su muerte y la violencia de que habían hecho objeto a la mujer.

9. El pueblo se sintió muy perturbado por lo que veía y oía, porque nunca había sucedido nada semejante. Se reunió en Siló, lleno de una grande y justa indignación, y congregándose delante del tabernáculo resolvió inmediatamente tomar las armas y tratar a los habitantes de Gaba como enemigos. Pero el senado los contuvo, persuadiéndolos de que no debían precipitarse a hacer la guerra a los que eran de su misma nación, y que antes debían hablarles acerca de la acusación que se les había formulado. Porque la ley decía que ni aun contra extranjeros que apareciesen como ofensores debían tomarse las armas sin enviarles antes una embajada procurando de ese modo averiguar si se arrepentían o no<sup>[64]</sup>.

Los exhortaron, por consiguiente, a obedecer las leyes, esto es, a mandar preguntar a los habitantes de Gaba si estaban dispuestos a entregar a los ofensores y si aceptarían su castigo. Si despreciaban a los enviados, entonces tomarían las armas para castigarlos.

Enviaron delegados a los habitantes de Gaba acusando a los jóvenes del crimen cometido con la mujer del levita, y les pidieron que entregaran a los que habían cometido lo que era contrario a las leyes, para que pudieran ser castigados, porque merecían la muerte por su acción. Los habitantes de Gaba se negaron a entregar a los jóvenes y consideraron que era reprochable ceder, por temor a la guerra, a las demandas de otros hombres; no querían ser inferiores a nadie en la guerra, ni en el número ni en el valor. El resto de la tribu comenzó a hacer grandes preparativos para ir a la guerra, porque eran tan insolentes que estaban dispuestos a repeler la fuerza con la fuerza.

10. Enterados los israelitas de lo que habían resuelto los de Gaba, juraron que nadie daría a su hija en matrimonio a un benjaminita, y decidieron hacerles la guerra con más furia que la que según sabían habían empleado nuestros antepasados para combatir a los cananeos; enviaron contra ellos un ejército de cuatrocientos mil hombres. El ejército de los benjaminitas era de veinticinco mil seiscientos hombres. De estos, quinientos eran muy hábiles para arrojar piedras con honda con la mano izquierda, tanto que al entablarse la batalla los benjaminitas derrotaron a los israelitas, de los que cayeron dos mil hombres; probablemente habrían matado más si la llegada de la noche no hubiese interrumpido la batalla. Los benjaminitas regresaron a la ciudad llenos de júbilo mientras los israelitas volvieron a sus campamentos

asustados por lo ocurrido.

Al día siguiente, al reanudarse la pelea, los benjaminitas volvieron a derrotar a los israelitas, matando a dieciocho mil. El resto abandonó el campo temeroso de que la matanza fuera mayor. Volvieron a Bezel, ciudad próxima al campamento, y ayunaron al día siguiente. Por intermedio de Finees, el sumo sacerdote, pidieron a Dios que cesara su cólera contra ellos y se declarara satisfecho con esas dos derrotas, dándoles la victoria y el poder para derrotar a sus enemigos. Dios les prometió hacerlo mediante la profecía de Finees.

11. Luego dividieron al ejército en dos partes, una de las cuales tendió de noche una emboscada cerca de la ciudad de Gaba y la otra atacó a los benjaminitas. Enseguida emprendieron la retirada, perseguidos por los benjaminitas; los hebreos retrocedían lentamente, para sacar al adversario completamente de la ciudad. Los viejos y los jóvenes que habían sido dejados en la ciudad por ser demasiado débiles para combatir, salieron junto con los combatientes, deseosos de rendir al enemigo.

Pero cuando estaban a gran distancia de la ciudad los hebreos dejaron de huir, se volvieron y presentaron batalla, e hicieron la señal convenida con los que habían quedado emboscados, los cuales salieron y cayeron con gran estrépito sobre el enemigo.

En cuanto advirtieron que habían sido engañados, no supieron qué hacer; empujados hacia una hondonada que había en un valle fueron atacados por las fuerzas de los hebreos que los rodearon y mataron a todos menos a seiscientos que formando un grupo compacto, se abrieron paso a través del enemigo y huyeron a las montañas vecinas, donde se quedaron. El resto, unos veinticinco mil, fueron muertos.

Los israelitas prendieron fuego a Gaba, mataron a las mujeres y a los hombres menores de edad, y luego hicieron lo mismo con las demás ciudades de los benjaminitas. Estaban tan arrebatados por la ira que enviaron doce mil hombres con orden de destruir la ciudad de Jabis, de Galaditis, que no los había ayudado a combatir a los benjaminitas. Los enviados mataron a los guerreros, con sus mujeres e hijos, exceptuando cuatrocientas vírgenes. A ese extremo llegaron en su cólera, porque no sólo tenían que vengar los sufrimientos de la esposa del levita, sino también la matanza de sus soldados.

12. No obstante, luego se arrepintieron de la calamidad que habían hecho caer sobre los benjaminitas, y señalaron con ese motivo un día de ayuno, aunque juzgaban que esos hombres habían sufrido un justo castigo por haber violado las leyes. Y enviaron a buscar a los seiscientos que habían escapado, y que se habían instalado en una roca llamada Roa, en el desierto.

Los embajadores se lamentaron por el desastre que no sólo había herido a los benjaminitas sino también a ellos mismos, por la destrucción de sus parientes, y los persuadieron de que tuvieran paciencia y fueran a unirse con ellos y no dieran motivo para el exterminio total de la tribu de Benjamín.

—Os autorizamos —les dijeron—, para que toméis toda la tierra de Benjamín

para vosotros, y todo el botín que podáis llevar con vosotros.

Los hombres reconocieron que lo sucedido había ocurrido de acuerdo con la decisión de Dios, y por la maldad de ellos; aceptaron la invitación y regresaron a su tribu. Los israelitas les dieron a las cuatrocientas vírgenes de Jabís de Galaad, para que las tomaran por esposas. Luego deliberaron acerca de los doscientos restantes, para ver la manera de darles esposas con las que tuvieran hijos. Y aunque antes de comenzar la guerra habían jurado no dar a sus hijas para esposas a ningún benjaminita, alguien aconsejó que no hicieron caso del juramento, porque no había sido hecho juiciosa y deliberadamente, sino en un raptó de pasión. Jamás harían nada contra Dios, pero como se trataba de salvar una tribu entera amenazada de extinción, consideraron que el perjurio era un acto triste y peligroso cuando se cometía con mala intención, pero no cuando se hacía por necesidad.

El senado expresó su temor ante la sola mención de la palabra perjurio, pero una persona les dijo que podía indicarles la manera de suministrar esposas a los benjaminitas, sin dejar de cumplir el juramento. Preguntado sobre cuál era su propuesta, respondió:

—Cuando nos encontramos en Siló tres veces por año, nuestras esposas e hijas nos acompañan. Que los benjaminitas rapten y se casen con las mujeres que puedan conseguir, y nosotros ni los incitaremos ni se lo prohibiremos. Si los padres lo toman a mal y piden el castigo de los raptóres, les diremos que la culpa es de ellos por no haber vigilado a sus hijas, y que no deben exagerar el enojo contra los benjaminitas, porque ese enojo ya había ido demasiado lejos.

Los israelitas fueron persuadidos de que siguieran ese consejo, resolviéndose permitir a los benjaminitas que robaran sus esposas. Cuando llegó el festival, los doscientos benjaminitas se emboscaron frente a la ciudad, en grupos de dos y tres, y aguardaron la llegada de las vírgenes, en los viñedos y en otros lugares donde podían esconderse.

Las vírgenes se aproximaron jugando despreocupadamente, sin sospechar lo que les esperaba; los emboscados en el camino se levantaron y se apoderaron de ellas. De este modo los benjaminitas consiguieron esposas y se dedicaron a la agricultura, tratando de recuperar su antigua prosperidad.

Así fue como la tribu de Benjamín, que corrió peligro de ser exterminada totalmente, se salvó por la sabiduría de los israelitas. Luego florecieron y se multiplicaron hasta llegar a ser una multitud, y alcanzaron la felicidad. Éste fue el fin de esa guerra.

## CAPÍTULO III

*Los israelitas, después de esa desgracia, se vuelven perversos y sirven a los asirios. Dios los salva por medio de Otoniel, quien gobierna durante cuarenta años*

1. Sucedió que la tribu de Dan sufrió lo mismo que la de Benjamín. Fue del siguiente modo:

Cuando los israelitas abandonaron el ejercicio de las armas y se dedicaron a la labranza, los cananeos los miraron con desprecio y reunieron un ejército, no en previsión de contratiempos, sino para poder tratar mal a los hebreos cuando quisieran y vivir mejor en lo futuro en sus ciudades. Prepararon carros, reunieron soldados, las ciudades se combinaron y quitaron a la tribu de Judá las ciudades de Ascalón y Acarón, y muchas otras que se hallaban en la llanura. Obligaron a los danitas a huir a la región montañosa, sin dejarles la menor porción de la llanura donde pudieran poner el pie.

Como entonces los danitas no podían combatirlos y no tenían suficiente territorio, enviaron cinco hombres al interior para buscar territorio al que pudieran trasladar su residencia. Los hombres llegaron hasta la vecindad del monte Líbano y los manantiales del Jordán inferior, en la gran planicie de Sidón, a un día de viaje de la ciudad. Después de observar la tierra y encontrándola buena y muy fértil, la hicieron conocer a la tribu y luego realizaron una expedición con el ejército y edificaron la ciudad de Dan, nombre del hijo de Jacob y de la tribu.

2. Pero los israelitas se volvieron tan indolentes y poco dispuestos a molestarse, que sufrieron cada vez mayores desdichas, las que en parte provenían también de su menosprecio del culto divino. Porque después de haberse apartado de la normalidad de su gobierno político se dedicaron a vivir de acuerdo con sus placeres y su voluntad, hasta que su conducta se llenó con las mismas malas prácticas de los cananeos.

Dios por lo tanto se indignó y a causa de su lujuria los israelitas perdieron la situación de felicidad que habían conseguido con mucho trabajo. Cusartes, rey de los asirios, les hizo la guerra, perdieron en la batalla muchos soldados y fueron sitiados y tomados por la fuerza. Algunos, impulsados por el miedo, se sometieron voluntariamente y aunque el tributo que les impusieron fue mayor de lo que podían afrontar, lo pagaron y durante ocho años sobrellevaron toda clase de opresiones. Al cabo de ese tiempo fueron libertados de la siguiente manera.

3. Había un hombre llamado Otoniel, hijo de Cenez, de la tribu de Judá, un hombre activo y de gran valor. Recibió una admonición de Dios indicándole que no abandonara a los israelitas en la desdichada situación en que se hallaban, y que se empeñara audazmente en conseguir su libertad. Otoniel consiguió reunir un grupo



que lo ayudara en la peligrosa empresa (y pocos fueron los que, por vergüenza ante la situación o por el deseo de cambiarla, pudieron ser convencidos de que lo secundaran), y en primer lugar destruyó la guarnición que Cusartes les había impuesto. Cuando vieron que no había fracasado en su primera tentativa, otros hombres del pueblo se unieron en su ayuda.

Entablaron batalla con los asirios, los hicieron retroceder y los obligaron a pasar el Éufrates. Luego Otoniel, que había dado pruebas de su valor, recibió de la multitud autoridad para juzgar al pueblo. Después de gobernarlos durante cuarenta años, murió.

## CAPÍTULO IV

*Nuestro pueblo sirve a los moabitas durante dieciocho años, y es luego librado de la esclavitud por Ehud, quien gobierna durante ochenta años*

1. Muerto Otoniel, los asuntos de los israelitas cayeron de nuevo en el desorden; no rendían a Dios los honores debidos ni obedecían las leyes. Sus aflicciones fueron aumentando hasta que Eglón, rey de los moabitas, concibió por ellos un desprecio tan grande, a causa de los desórdenes de su política gubernamental, que les hizo la guerra y los venció después en varias batallas. Sometió a los más valientes, subyugó a todo el ejército y les ordenó pagar tributo.

Eglón se hizo edificar un palacio real en Jericó<sup>[65]</sup> y no omitió ningún medio para oprimirlos. Los redujo a la pobreza durante dieciocho años. Pero cuando Dios se compadeció de los israelitas por sus aflicciones y las súplicas que le hacían los libró de la dura esclavitud a que habían sido sometidos por los moabitas. La liberación se la otorgó de la siguiente manera.

2. En la tribu de Benjamín había un joven llamado Ehud, hijo de Gera, un hombre de gran valor en empresas audaces, y de cuerpo robusto hecho para tareas duras, y muy hábil en el uso de su mano izquierda en la que residía toda su fuerza. Ehud vivía en Jericó, y se hizo familiar con Eglón, obteniendo su favor por medio de presentes y ganándose su buena voluntad y la estima de los que rodeaban al rey. Cierta vez que llevó presentes al rey, acompañado de dos criados, se guardó secretamente una daga en el muslo derecho. Era verano, a mediodía; los guardias no vigilaban bien, por el calor y porque estaban comiendo. El joven ofreció los presentes al rey, que se hallaba en una pequeña salita convenientemente resguardada del calor, y entró a conversar con él. Estaban solos porque el rey había despedido a los sirvientes.

El rey estaba sentado en su trono y Ehud sintió temor de errar el golpe y no herirlo mortalmente. Le dijo que tenía que informarle de un sueño por orden de Dios. El rey se levantó gozoso para escuchar el sueño y Ehud le asestó una puñalada en el corazón, después de lo cual, dejando el puñal en el cuerpo del rey, salió y cerró la puerta. Los sirvientes guardaron silencio, creyendo que el rey se había acostado a dormir.

3. Ehud informó privadamente al pueblo de Jericó de lo que había hecho, y lo exhortó a recuperar la libertad. El pueblo le hizo caso de buen grado y se levantó en armas, enviando mensajeros a todo el país para invitarlos a hacer sonar trompetas en cuernos de cabrío, que era nuestra acostumbrada manera de reunir al pueblo.

Los sirvientes de Eglón ignoraron durante un buen rato la desgracia que a éste le había ocurrido; pero hacia el anochecer, temiendo que le hubiese pasado algo, penetraron en la sala y lo hallaron muerto. Se produjo un gran alboroto en el que

nadie sabía lo que debía hacer. Antes de que pudieran ser reunidos los guardias, los israelitas cayeron sobre ellos, matando a algunos inmediatamente y poniendo en fuga a otros, que huyeron para salvarse hacia el país de Moab. Eran más de diez mil.

Los israelitas tomaron por el vado del Jordán y los persiguieron y los mataron sin que escapara ninguno, siendo muchos de ellos muertos en el mismo vado.

De este modo los israelitas se libertaron de la esclavitud de los moabitas. Ehud fue elevado a la dignidad de gobernante de toda la multitud, y murió después de gobernar ochenta años<sup>[66]</sup>. Era un hombre digno de encomio, aparte de lo que había hecho.

Después de su muerte fue elegido gobernador Sanagar, hijo de Anat, pero murió al primer año de su gobierno.

## CAPÍTULO V

*Los cananeos esclavizan a los israelitas durante veinte años, después de los cuales éstos son libertados por Barac y Débora, que los gobiernan durante cuarenta años*

1. Los israelitas, que no aprendieron nada de sus anteriores infortunios para corregir su conducta, y no adoraron a Dios ni obedecieron las leyes, fueron esclavizados por Jabín, rey de los cananeos, cuando sólo habían obtenido un corto respiro después de la esclavitud con los moabitas.

Jabín salió de Asor, ciudad situada junto al lago Semeconitis, con trescientos mil hombres a pie, diez mil a caballo y no menos de tres mil carros. El comandante del ejército era Sisara, el hombre que gozaba del principal favor del rey. Derrotó a los israelitas y les ordenó pagar tributo.

2. Sobrellevaron la pesada carga durante veinte años, sin sacar bastante experiencia de sus desgracias. Dios quiso domeñar su obstinación e ingratitud para con él. Cuando finalmente se arrepintieron y aprendieron que sus contratiempos provenían de su desdén por las leyes, pidieron a Débora, una profetisa (cuyo nombre en hebreo significa abeja), que rogara a Dios que se apiadara de ellos y no los abandonara, y no permitiera que los exterminaran los cananeos. Dios les concedió la salvación, y les eligió como general a Barac, de la tribu de Neftalí. (Barac en hebreo significa relámpago.)

3. Débora mandó llamar a Barac y le ordenó que eligiera diez mil jóvenes para marchar contra el enemigo, porque Dios había dicho que ese número sería suficiente y les había prometido la victoria. Barac respondió que no sería general del ejército a menos que ella, Débora, fuera con él.

Débora, indignada, respondió:

—Tú, Barac, delegas despectivamente la autoridad que Dios te dio en una mujer; pero yo no la rechazo.

Reunieron diez mil hombres e instalaron el campamento en el monte Tabor, donde por orden del rey, Sísara les hizo frente instalando el campamento no lejos del enemigo.

Los israelitas y el mismo Barac se asustaron ante la magnitud del enemigo y habrían decidido retirarse si Débora no se lo hubiese impedido, ordenándoles presentar batalla al enemigo ese mismo día; porque era su deber conquistarlo, y para ello contaban con la asistencia de Dios.

4. Comenzó la batalla y cuando entraron a pelear cuerpo a cuerpo llegó del cielo una gran tormenta con abundante lluvia y granizo; el viento sopló la lluvia sobre el rostro de los cananeos y les oscureció de tal modo la vista que no pudieron obtener ningún beneficio de sus hondas y sus flechas. El frío del aire no permitió tampoco a

los soldados emplear las espadas. La tormenta en cambio no incomodó mucho a los israelitas, porque estaba a sus espaldas.

Ante la certeza de que Dios los asistía, los israelitas cobraron tanto valor que se lanzaron sobre el enemigo y mataron un gran número de sus hombres. Algunos cayeron a manos de los israelitas, otros fueron derribados por sus propios caballos, que se desbandaron, y no pocos fueron muertos por sus propios carros.

Finalmente, Sísara, cuando se vio derrotado, huyó y llegó hasta la casa de una mujer cinea llamada Jael y le pidió que lo ocultara. La mujer lo recibió y cuando le pidió algo para beber le dio leche agria de la que tomó tanta que se quedó dormido. Estando dormido, Jael tomó una estaca de hierro y con un martillo se la clavó en la sien hasta el suelo.

Poco después llegó Barac y la mujer le mostró a Sisara clavado al suelo. De ese modo esa victoria fue ganada por una mujer, como lo predijo Débora. Barac peleó luego con Jabín en Asor y cuando se encontró con él lo mató. Caído el general, Barac arrasó la ciudad y fue comandante de los israelitas durante cuarenta años<sup>[67]</sup>.

## CAPÍTULO VI

*Los madianitas y otras naciones luchan con los israelitas y los derrotan y sojuzgan a su país durante siete años. Los israelitas son libertados por Gedeón, que gobierna a la multitud durante siete años*

1. Cuando murieron Barac y Débora, lo que ocurrió casi al mismo tiempo, los madianitas llamaron en su ayuda a los amalecitas y a los árabes e hicieron la guerra a los israelitas; vencieron a sus adversarios, devastaron los frutos de la tierra y se llevaron el botín recogido.

Como repitieron lo mismo durante siete años, los israelitas se retiraron a las montañas, abandonando la llanura. Abrieron cuevas subterráneas y cavernas y guardaron lo que habían podido salvar de las manos del enemigo. Porque los madianitas hacían excursiones en la época de la cosecha, pero los dejaban arar la tierra en invierno, para que los israelitas hicieran el trabajo y ellos recogieran los frutos.

Se produjo una escasez de alimentos y sobrevino el hambre, y los israelitas acudieron a suplicar a Dios que los salvara.

2. Gedeón, hijo de Joas, uno de los principales de la tribu de Manasés, llevaba en secreto sus haces de trigo y los sacudía en el lugar, porque por temor a sus enemigos no los sacudía abiertamente en la era. En cierto momento se le apareció alguien con la forma de un joven, y le dijo que Gedeón era un hombre feliz y amado de Dios.

—¡Buena prueba del favor de Dios —replicó inmediatamente Gedeón— es ésta de que me vea obligado a usar el lagar en lugar de la era!

Pero la aparición lo exhortó a que tuviera ánimos e hiciera la tentativa de recuperar la libertad. Gedeón respondió que le era imposible hacerlo, porque la tribu a que pertenecía era poco numerosa, y porque él era demasiado joven y carente de importancia para pensar en grandes acciones.

El otro le prometió entonces que Dios le suministraría lo que le faltara, y daría la victoria a los israelitas, conducidos por él.

3. Gedeón relató el episodio a varios jóvenes, que le creyeron, e inmediatamente se reunió un ejército de diez mil hombres listo para la lucha. Dios se apareció en sueños a Gedeón y le dijo que la humanidad era demasiado egoísta y enemiga de los que se destacaban por su virtud, y que en lugar de adjudicar la victoria a Dios, se imaginaban que la obtenían por sus propias fuerzas, porque eran un gran ejército capaz de derrotar al enemigo. Para que apreciaran que la debían a su ayuda, le aconsejó que a mediodía, con la violencia de la lucha, llevara al ejército hacia el río y observara a los hombres que bebían. Si se echaban de rodillas y bebían eran hombres de valor; los que bebieran desordenadamente, sería porque temían al enemigo.

Gedeón hizo lo que Dios le había sugerido. Trescientos hombres bebieron el agua

en las manos desordenadamente, y Dios le ordenó que tomara a esos hombres y atacara al enemigo. Gedeón instaló el campamento junto al río Jordán, preparándose para cruzarlo al día siguiente.

4. Pero Gedeón sentía un gran temor, porque Dios le había anticipado que debería caer sobre el enemigo por la noche. Deseando liberarlo del temor, Dios le ordenó que tomara uno de sus soldados y se acercara a las tiendas de los madianitas; de ese modo aumentaría su valor y su audacia. Gedeón obedeció y salió con su criado Furá; al acercarse a una de las tiendas descubrió que sus ocupantes estaban despiertos y hablaban. Uno de los soldados relataba a su compañero un sueño que había tenido, tan claramente que Gedeón alcanzó a oírlo. El sueño era el siguiente: El soldado vio una torta de cebada, tan vil que ningún hombre la comería, la que rodando por el campamento derribó la tienda real y las tiendas de todos los soldados.

El otro soldado le dijo que ese sueño significaba la destrucción del ejército y explicó en qué razones se basaba para afirmarlo, y que eran éstas. La semilla llamada cebada era considerada la más vil de todas las semillas, y los israelitas eran el pueblo más vil de todos los de Asia, como la semilla de cebada. Los que parecían ser grandes de los israelitas eran Gedeón y su ejército.

—Si tú dices —concluyó—, que viste a la torta derribando nuestras tiendas, me temo que Dios haya concedido la victoria a Gedeón sobre nosotros.

5. Al oír Gedeón el relato del sueño, se sintió animado y lleno de esperanzas. Ordenó a sus hombres que se armaran y les contó la visión de sus enemigos. También los soldados sintieron aumentar su valor y se dispusieron a cumplir lo que les mandara.

Gedeón dividió al ejército en tres partes, cada una de cien hombres, y lo sacó durante la cuarta guardia de la noche; todos ellos llevaban cántaros vacíos con antorchas encendidas dentro de ellos para que su ataque no fuera descubierto por el enemigo. Cada cual llevaba además en la mano un cuerno de cabrío, para usarlo como trompeta.

El campamento enemigo ocupaba una gran extensión, porque tenían gran número de camellos; divididos en naciones se habían reunido en un solo círculo. Cuando los hebreos se acercaron al enemigo, al recibir la señal y cumpliendo las órdenes recibidas hicieron sonar los cuernos, rompieron los cántaros y cayeron sobre el enemigo con las antorchas a los gritos de: «¡Victoria para Gedeón, con la asistencia de Dios!».

Los hombres del otro bando, que estaban durmiendo (porque era de noche, como había dicho Dios), se desbandaron aterrorizados. Algunos de ellos fueron muertos por los israelitas, pero la mayoría por ellos mismos. Como hablaban distintas lenguas, al producirse el desorden se mataron entre sí, tomando cada grupo a los demás por enemigos. De este modo se produjo una gran matanza. Cuando la noticia de la victoria de Gedeón llegó hasta los israelitas, éstos tomaron las armas y persiguieron al enemigo y lo alcanzaron en un valle rodeado de torrentes, del que no podía pasar.

Lo rodearon y mataron a todos los soldados, junto con sus reyes Oreb y Zebul.

Los capitanes que quedaron se llevaron a los soldados restantes, que eran unos dieciocho mil, e instalaron el campamento a mucha distancia de los israelitas. Pero Gedeón no escatimó sus esfuerzos y los persiguió con todo el ejército, les dio batalla, destruyó todo el ejército enemigo y tomó prisioneros a sus jefes restantes, Zebes y Salmana. En esta batalla fueron muertos unos ciento veinte mil hombres de los madianitas y sus aliados árabes. Los hebreos tomaron un gran botín de oro, plata, ropas, camellos y asnos. Cuando Gedeón volvió a su tierra de Efrán, mató a los reyes de los madianitas.

6. La tribu de Efraím quedó tan disgustada por los triunfos de Gedeón que resolvió hacerle la guerra, acusándolo de no haberles avisado que haría una expedición contra sus enemigos. Gedeón, que era un hombre reposado y sobresalía en todas las virtudes, argumentó que no había llevado el ataque contra el enemigo sin avisarles por su propia resolución, sino por orden de Dios, y que la victoria les pertenecía tanto a ellos como a los combatientes. Apaciguando de este modo las pasiones, benefició a los hebreos más que con el buen éxito que había obtenido frente al enemigo, porque evitó la sedición que amenazaba producirse. Sin embargo, esa tribu sufrió luego el castigo por haber ofendido a Gedeón, de lo que informaremos a su tiempo.

7. Gedeón quiso rechazar el gobierno, pero fue persuadido de que lo aceptara y lo retuvo durante cuarenta años, impartiendo justicia al pueblo, que le sometía sus diferencias y acataba sus decisiones. Cuando murió fue sepultado en su pueblo, Efrán.



## CAPÍTULO VII

*Sobre la guerra que libran durante mucho tiempo con sus vecinos los jueces que suceden a Gedeón*

1. Gedeón tuvo setenta hijos legítimos, porque casó con varias esposas, y uno bastardo con su concubina Drumá. Este último, que se llamaba Abimélec, después de la muerte de su padre se retiró a Siquem a reunirse con los parientes de su madre, que vivían allí. Obtuvo dinero de gente famosa por sus numerosas tropelías y volvió a la casa de su padre, donde mató a todos sus hermanos, menos a Joatam, quien tuvo la suerte de escapar y salvarse.

Abimélec se hizo dueño y señor y gobernó tiránicamente, haciendo lo que quería y no lo que mandaban las leyes, y siendo más severo aún con los que defendían la justicia.

2. En cierta ocasión en que se realizaba un festival público en Siquem y se había reunido la multitud, Joatam, el hermano de Abimélec, de quien habíamos dicho que había logrado escapar, subió al monte Garizim, que dominaba la ciudad de Siquem, para que lo oyera la multitud y les pidió que lo escucharan y meditaran sobre lo que iba a decirles. Cuando hubieron guardado silencio, les habló diciéndoles que un día que los árboles tuvieron voz humana se reunieron en asamblea y expresaron su deseo de que la higuera los gobernara. La higuera se negó porque prefería gozar el honor que le daban sus frutos y no el que recibiría de otros. Los árboles no abandonaron su propósito de nombrar un gobernante, y creyeron conveniente ofrecer ese honor a la vid. Elegida la vid, ésta se disculpó y rechazó el gobierno con las mismas palabras que había empleado la higuera. Después de haber hecho lo mismo el olivo, se lo pidieron al espino (que es una especie de madera buena para hacer fuego), quien prometió hacerse cargo del gobierno y ejercerlo con celo, pero siempre que se mantuvieran bajo su sombra; y si se complotaban, el principio del fuego que residía en él los destruiría. Añadió Joatam que no les había contado un cuento para reír, porque después de haber gozado de tantas bendiciones con Gedeón, toleraban a Abimélec que los dominaba y lo habían ayudado a matar a sus hermanos. Terminó diciendo que Abimélec no era mejor que el fuego.

Dicho esto se marchó y vivió en las montañas tres años, temiendo la persecución de Abimélec.

3. Poco después del festival, los siquemitas, arrepentidos de haber matado a los hijos de Gedeón, expulsaron a Abimélec de la ciudad y de la tribu. Abimélec pensó entonces de qué manera podría dañar a la ciudad.

Llegó la época de la vendimia y el pueblo no quiso salir a recoger los frutos, por temor a las represalias de Abimélec. Sucedió que arribó a la ciudad un jefe llamado Gaal, quien se alojó en la ciudad con sus parientes y sus soldados. Los siquemitas le

pidieron que les facilitara una guardia hasta después de la vendimia; el hombre accedió y el pueblo salió precedido por Gaal al frente de sus soldados.

Recogieron el fruto sin inconvenientes, y cuando se reunieron a cenar en varios grupos se animaron a maldecir abiertamente a Abimélec. Los magistrados tendieron celadas alrededor de la ciudad y apresaron y mataron a muchos de los hombres de Abimélec.

4. Pero Zebul, uno de los magistrados de Siquem, estaba en buenas relaciones con Abimélec y le envió mensajeros, informándole que Gaal había soliviantado al pueblo contra él, y lo incitó a tender emboscadas frente a la ciudad. Zebul convencería a Gaal de que saliera a hacerle frente, y así estaría en condiciones de vengarse, después de lo cual haría reconciliar a Abimélec con la ciudad.

Abimélec tendió las celadas y aguardó personalmente junto a las mismas. Gaal se encontraba en los suburbios sin tomar mayores precauciones. Zebul estaba con él. De pronto vio venir hacia él hombres armados y se lo advirtió a Zebul. Replicó éste que eran las sombras de las rocas. Pero cuando estuvieron más cerca Gaal comprendió cuál era la realidad y afirmó que no eran sombras sino hombres emboscados.

—¿Tú no reprochaste a Abimélec por ser cobarde? —dijo entonces Zebul—. ¿Por qué no demuestras ahora tu valentía y sales a pelear con ellos?

Gaal, alterado, salió y presentó batalla a Abimélec, cayendo algunos de sus hombres, después de lo cual huyó hacia la ciudad llevándose a los restantes.

Pero Zebul manejó las cosas de tal modo que la ciudad expulsó a Gaal, acusándolo de cobardía ante los soldados de Abimélec<sup>[68]</sup>. Cuando éste supo que los siquemitas volverían a salir a cosechar la uva, preparó emboscadas delante de la ciudad y cuando salieron una tercera parte del ejército tomó posesión de las puertas, para impedir que volvieran a entrar los ciudadanos, mientras el resto perseguía a los que se habían diseminado, habiendo por lo tanto matanzas en todas partes.

Arrasada la ciudad hasta los cimientos, porque no estaba en condiciones de sostener un sitio, hizo desparramar sal sobre las ruinas y avanzó con su ejército hasta que todos los siquemitas quedaron muertos. Los que se desparramaron por el campo y lograron huir, se reunieron en una fuerte roca<sup>[69]</sup>, se instalaron en ella y se dispusieron a levantar una muralla alrededor. Enterado Abimélec de sus propósitos impidió que lo cumplieran. Dirigióse hacia ellos con sus fuerzas e hizo depositar alrededor del lugar haces de madera seca, algunos de los cuales los llevó él mismo para animar a sus soldados. Después pegaron fuego a los haces que rodeaban la roca, arrojando encima todo lo que pudiera inflamarse fácilmente. De este modo se formó una gran hoguera y nadie pudo escapar de la roca; murieron todos los hombres con sus mujeres e hijos, siendo en total los hombres unos mil quinientos<sup>[70]</sup> y también numerosos los demás.

Ésa fue la calamidad que cayó sobre los siquemitas. El pesar causado por su suerte habría sido más grande de lo que fue si aquella no hubiese estado justificada como castigo por haber traído tantos infortunios sobre una persona que tanto bien les

hizo.

5. Abimélec atemorizó a los israelitas con la desgracia de los siquemitas y adquirió una autoridad mayor de la que tenía. Su violencia ya no tuvo límites, como no fuera la destrucción total. Marchó hacia Tebas y tomó la ciudad por sorpresa; como la multitud corriera a refugiarse en una gran torre que tenía la ciudad, se dispuso a sitiarse.

Mientras corría furiosamente junto a la puerta, una mujer le arrojó a la cabeza un trozo de rueda de molino, y Abimélec cayó y pidió a su escudero que lo matara para que no se dijera que lo había ultimado una mujer. Así lo hizo el escudero.

Abimélec recibió la muerte en castigo por la maldad que había cometido con sus hermanos y la insolente barbaridad perpetrada contra los siquemitas. En cuanto a la calamidad sufrida por los siquemitas, fue de acuerdo con la predicción de Joatam. El ejército que acompañaba a Abimélec, después de la caída de éste se dispersó, yéndose cada cual a su hogar.

6. Tomó entonces el gobierno el galadita Jair, que era de la tribu de Manasés. Hombre dichoso en varios aspectos, lo era sobre todo por sus hijos, que tenían buen carácter. Eran treinta, muy hábiles para montar, y a ellos les confiaron el gobierno de las ciudades de Galaad. Jair gobernó veintidós años y murió viejo, siendo sepultado en Camón, ciudad de Galaad.

7. Los asuntos de los hebreos fueron luego manejados de manera insegura y amenazaban terminar en desorden, y en el desprecio de Dios y de las leyes. Los amonitas y los filisteos los menospreciaron y arrasaron la comarca con un gran ejército. Después de tomar toda la Perea, su insolencia llegó al extremo de cruzar el río para apoderarse de todo el resto.

Los hebreos, escarmentados por las calamidades que habían sufrido, se dedicaron a suplicar a Dios, llevándole sacrificios y pidiéndole que no fuera demasiado severo con ellos y aceptara sus ruegos y les retirara su cólera. Dios se volvió más misericordioso con ellos y se dispuso a asistirlos.

8. Cuando los amonitas organizaron una expedición hacia la tierra de Galaad, los habitantes de la comarca les hicieron frente en la montaña, pero pidieron que les nombraran un comandante. Había un hombre llamado Jefté, poderoso por la virtud de su padre y por el ejército que mantenía con sus propias expensas. Los israelitas enviaron a verlo y le rogaron que fuera a ayudarlos, prometiéndole en cambio la jefatura vitalicia sobre ellos. Jefté no accedió a sus ruegos; los acusó de no haber ido a ayudarlo a él cuando fue tratado con injusticia, abiertamente, por sus hermanos. Lo habían excluido por no tener la misma madre, sino una madre extraña, una mujer que el cariño de su padre había traído a vivir con ellos, y eso lo hicieron por desprecio de su capacidad. Jefté vivió desde entonces en la comarca de Galaad y recibía a todos los que iban a juntarse con él, de cualquier parte que fuera, y les pagaba sueldos. Presionado para que aceptara la jefatura, con el juramento de que le asegurarían el gobierno para toda la vida, los condujo finalmente a la guerra.

9. Jefte se hizo cargo inmediatamente de sus funciones, situó a su ejército frente a la ciudad de Masfate y envió un mensaje al amonita, protestando por su injusta ocupación de la tierra. El rey respondió con otro mensaje, protestando por la salida de los israelitas de Egipto y ordenándoles que desocuparan la tierra de los amorreos y se la entregaran a él, por haber pertenecido originalmente a sus antepasados.

Jefte contestó que su queja contra sus antepasados por la tierra de los amorreos no era justa, y que más bien debían agradecerles por haberles dejado la de los amonitas, ya que Moisés pudo haberla tomado. Y añadió que no renunciaría a la tierra que les pertenecía, la que Dios había obtenido para ellos y en la que ahora vivían desde hacía trescientos años, y que en cambio pelearía por ella.

10. Después de darles esa respuesta, despidió a los embajadores. Impetró la victoria e hizo voto de que realizaría sacrificios sagrados y de que si volvía sano y salvo a su hogar, ofrecería en sacrificio la primera criatura viva que le saliera al encuentro; luego entabló batalla con el enemigo y obtuvo una gran victoria, persiguiéndolo hasta la ciudad de Maliate y dando muerte a sus soldados. Pasó luego a la tierra de los amonitas y derribó muchas de sus ciudades, tomando botín y libertando a su pueblo de la esclavitud que estaban sufriendo desde hacía dieciocho años.

Pero al volver a su casa experimentó una desgracia que no condecía con las grandes acciones realizadas. Porque salió a recibirlo su hija, hija única y virgen. Jefte lamentó dolorosamente su pesar y reprochó a su hija por haberse apresurado a salir a su encuentro, porque había hecho voto de sacrificarla a Dios.

La suerte que tendría que tocarle no fue sin embargo desagradable para ella, porque moriría con motivo del triunfo de su padre y de la libertad de sus conciudadanos. Sólo pidió a su padre que le diera dos meses para llorar su juventud con sus conciudadanos. Al cabo de ese tiempo, consentiría en que hiciera con ella lo que mandaba su voto.

Pasado el lapso mencionado Jefte sacrificó a su hija en holocausto, haciendo una ofrenda que no estaba de acuerdo con la ley ni era aceptable para Dios; tampoco había considerado la opinión que se formaría la posteridad.

11. La tribu de Efraím le hizo la guerra porque no los había llevado consigo en la expedición contra los amonitas y se había apoderado para él solo del botín y de la gloria. A lo que respondió, en primer lugar, que ellos no ignoraban que su comarca le había hecho oposición y que cuando fueron invitados no acudieron en su ayuda, aunque debieron haber ido rápidamente aun antes de ser invitados. Y en segundo término que se portaban injustamente, porque no tuvieron valor para pelear con el enemigo y en cambio venían a toda prisa a luchar contra sus propios parientes. Y los amenazó de que, si no obraban con más prudencia, con la ayuda de Dios les daría el castigo merecido.

No pudiendo convencerlos, peleó contra ellos con las fuerzas que había enviado desde Galaad e hizo entre ellos una gran matanza. Una vez derrotados, los persiguió y

los aprisionó en los pasos del Jordán con una parte del ejército que había enviado de antemano, y mató unos cuarenta y dos mil.

12. Jefté murió después de gobernar seis años, y fue sepultado en su pueblo, Sebea, del país de Galaad.

13. Muerto Jefté, tomó el gobierno Apsán, que era de la tribu de Judá y de la ciudad de Betlem. Tuvo sesenta hijos, treinta varones y el resto mujeres. Dejó a todos vivos, y casados. No hizo nada en los siete años de su gobierno que merezca ser registrado o recordado. Murió viejo y fue enterrado en su pueblo.

14. Muerto Apsán, tampoco hizo nada notable Eleón, de la tribu de Sabulón, que lo siguió en el gobierno durante diez años.

15. Abdón, hijo de Hilel, de la tribu de Efraím y nacido en la ciudad de Piratón, fue ordenado gobernador supremo después de Eleón. Sólo consta que fue feliz por sus hijos. Los asuntos públicos fueron tan pacíficos y seguros que tampoco él tuvo ocasión de realizar acciones gloriosas. Tuvo cuarenta hijos y treinta nietos y marchaba con gran pompa con los setenta, que eran todos hábiles jinetes. Los dejó todos vivos al morir. Falleció a edad avanzada y recibió un magnífico sepelio en Piratón.

## CAPÍTULO VIII

### *Sobre la fuerza de Sansón y las desventuras que ocasiona a los filisteos*

1. Después de la muerte de Abdón los filisteos dominaron a los israelitas y recibieron tributo de los vencidos durante cuarenta años. De su infortunio fueron libertados de la siguiente manera.

2. Había un hombre llamado Manoc, que era uno de los más notables dantas, y sin disputa el principal de su comarca. Tenía una esposa celebrada por su hermosura y superior a sus contemporáneos. Manoc no tenía hijos. Preocupado por su deseo de posteridad, rogaba a Dios, cuando paseaba con su mujer por los suburbios, en una gran llanura que había, que les diera hijos legítimos para sucederlos.

Manoc amaba a su mujer hasta la locura y por eso era inmensamente celoso. Una vez que la mujer estaba sola vio ante sí una aparición; era un ángel de Dios que parecía un hombre apuesto y alto, y le trajo la buena noticia de que daría a luz un hijo, nacido por la providencia de Dios; sería bueno y fuerte y por él, cuando llegara a la edad viril, sufrirían aflicciones los filisteos. Le exhortó a que no le cortaran el cabello y que sólo bebiera agua (porque Dios lo había ordenado). Dado el mensaje, el ángel se fue, habiéndose presentado por la voluntad de Dios.

3. Cuando volvió a su casa su marido, la mujer le informó lo que le había dicho el ángel. Demostró tanta admiración por la belleza y la estatura del joven que se le había aparecido que el hombre quedó pasmado, fuera de sí por los celos y presa de gran excitación por la sospecha. Queriendo la mujer quitar a su marido su injusto pesar, rogó a Dios que le enviara el ángel de nuevo para que lo viera su esposo.

Por el favor de Dios volvió el ángel cuando ambos estaban en los suburbios, y se le apareció a la mujer estando sola. La mujer le pidió que se quedara hasta que llegara su esposo. Concedida la petición, la mujer fue a buscar a Manoc.

Cuando vio al ángel sintió de nuevo las sospechas y le pidió que le repitiera todo lo que había dicho a su mujer. Respondió el ángel que era suficiente con que sólo ella lo supiera, y Manoc le pidió entonces que él dijera su nombre, para que así, cuando naciera el niño, pudieran darle las gracias y entregarle un obsequio.

El ángel replicó que no quería regalos, porque no les había llevado la buena nueva del nacimiento de un hijo por interés. Y cuando Manoc le rogó que se quedara a compartir su hospitalidad no consintió. Pero accedió, a instancias de Manoc, a quedarse hasta que le diera por lo menos una prueba de su hospitalidad.

Manoc mató un corderito y ordenó a su mujer que lo hirviera. Cuando estuvo listo el ángel lo ayudó a disponer las hogazas y la carne, pero sin los vasos, sobre una roca. Hecho esto, tocó la carne con la varilla que tenía en la mano; salió una llama que consumió la carne junto con las hogazas. El ángel ascendió al cielo por el humo, como si fuera un vehículo, a la vista de ellos.

Manoc temía que correrían peligro por haber visto a Dios, pero su mujer lo animó, diciéndole que Dios se había aparecido a ellos para favorecerlos.

4. La mujer quedó embarazada y observó cuidadosamente las instrucciones que le habían dado. Llamaron al niño, cuando nació, Sansón, que significa fuerte. El niño creció con rapidez, siendo evidente que sería profeta por la moderación de su dieta y el crecimiento de su cabello.

5. Un día que fue con sus padres a Tamna, ciudad de los filisteos, donde se desarrollaba un gran festival, se enamoró de una doncella de la comarca y pidió a sus padres que se la consiguieran para esposa. Los padres se negaron porque no era del linaje de Israel. Pero como el matrimonio era cosa de Dios, que se proponía hacerlo servir en beneficio de los hebreos, Sansón los convenció de que trataran de lograr que la doncella se casara con él.

Sansón iba continuamente a ver a los padres de ella, y una vez se encontró con un león; aunque estaba desarmado, lo esperó y lo estranguló con las manos y arrojó la bestia en una parte arbolada del campo, a un lado del camino.

6. Otro día que se dirigía a ver a la joven, se encontró con una colmena instalada en el pecho del león; tomó tres panales y se los dio a su amada, con los demás regalos que le llevaba.

El pueblo de Tamna, temeroso de su fuerza, cuando se hizo la fiesta de la boda (porque Sansón los invitó a todos), le dio treinta jóvenes de los más fuertes de la ciudad con el pretexto de que le hicieran compañía, pero en realidad para vigilarlo y evitar que ocasionara contratiempos. Mientras estaban bebiendo y entreteniéndose dijo Sansón, como era habitual en esos casos:

—Les voy a proponer un enigma que podrán solucionar en el plazo de siete días. Si aciertan, como premio a su sabiduría les daré una camisa y un vestido a cada uno.

Ambiciosos de obtener fama de sabios y ganar al mismo tiempo el premio, le pidieron que les propusiera el enigma. Sansón les dijo que «un gran devorador que era violento por sí mismo produjo en su seno un alimento dulce».

Como no pudieran solucionar el acertijo, tres días después p; dieron a la doncella que se lo averiguara a su esposo y se lo comunicara a ellos, amenazándola con quemarla si no lo hacía. La mujer rogó a su esposo que se lo dijera y Sansón se negó al principio, pero ante la insistencia de su esposa que lloró y declaró que su negativa era prueba de su falta de afecto, le contó que había matado un león encontrando luego en su pecho las colmenas, de las cuales le había llevado los tres panales.

Sin sospechar ningún engaño se lo reveló todo, y la mujer informó a los que querían saberlo. Al séptimo día, en el que debían responder al enigma, se reunieron antes de la puesta del sol y le dijeron:

—No hay nada tan violento como un león para los que se encuentran con él, ni tan dulce como la miel para los que la usan.

A lo que Sansón respondió:

—No hay nada tan traicionero como una mujer, porque ésa fue la persona que les

descubrió mi interpretación.

De acuerdo con lo prometido les dio los regalos, que sacó previamente a los ascalonitas, filisteos también, a quienes encontró en el camino. Pero se divorció de su mujer, y la mujer despreciando su enojo se casó con el compañero de Sansón, que había sido el que anteriormente los había unido.

7. Ofendido por el injurioso tratamiento, Sansón resolvió castigar junto con ella a todos los filisteos. Siendo verano y estando los frutos de la tierra casi maduros para la cosecha, tomó trescientos zorros y atándoles antorchas encendidas en la cola los echó sobre los campos de los filisteos. De ese modo se echaron a perder todos los frutos de los campos.

Enterados los filisteos de que aquello había sido obra de Sansón, y sabiendo por qué lo había hecho, enviaron a sus magistrados a Tamna y quemaron a su exesposa y sus parientes, por haber sido los causantes de su desgracia.

8. Después de matar muchos filisteos en la llanura, Sansón se alojó en Eta, que era un peñasco fortificado de la tribu de Judá. Los filisteos hicieron una expedición contra esa tribu. Pero el pueblo de Judá dijo que no era justo que los castigaran a ellos, que pagaban tributo, por las ofensas de Sansón. A lo que respondieron los filisteos que si no querían ser inculcados debían entregar a Sansón.

Deseosos de librarse de la acusación fueron al peñasco con tres mil hombres armados y se quejaron ante Sansón de los audaces insultos que había inferido a los filisteos, que eran hombres capaces de acarrear desgracias a toda la nación de los hebreos. Le dijeron que habían ido a prenderlo para entregarlo a los filisteos y le pidieron que lo aceptara voluntariamente.

Cuando le dieron seguridades, con juramento, de que no le harían ningún daño y se limitarían a entregarlo a sus enemigos, descendió de la roca y se puso en las manos de sus compatriotas. Lo ataron con dos cuerdas y lo condujeron para entregarlo a los filisteos. Cuando llegaron a cierto lugar, que es ahora llamado Siagón, por la gran hazaña que allí realizó Sansón, aunque antes no tenía ningún nombre, los filisteos, que habían acampado cerca de allí, les salieron al encuentro jubilosos y gritando, como si hubiesen hecho una gran proeza obteniendo lo que querían.

Pero Sansón rompió las cuerdas y apoderándose de una quijada de asno que encontró tirada a sus pies, cayó sobre el enemigo y mató mil de ellos golpeándolos con la quijada, y puso en fuga desordenada a los restantes.

9. Después de la matanza, Sansón se sintió orgulloso y no declaró que aquello había ocurrido por la asistencia de Dios sino por su propio valor y se jactó de que por miedo al verlo usar la quijada cayeron algunos y huyeron los demás.

Luego sintió sed y juzgó que el valor humano no es nada y dio testimonio de que todo debía ser adjudicado a Dios y le rogó que no se enojara por lo que había dicho ni lo entregara a sus enemigos, y que le prestara ayuda en su aflicción y lo librara de la desgracia que lo agobiaba. Movidado por sus ruegos, Dios le hizo salir una abundante fuente de agua dulce de una roca. Por eso Sansón llamó a ese sitio Siagón (La



quijada), y así se sigue llamando actualmente.

10. Después de esa pelea Sansón despreció a los filisteos y se fue a Gaza alojándose en una posada. Cuando los gobernantes de Gaza se enteraron de su llegada apostaron hombres emboscados en las puertas para que no pudiera escapar sin ser visto. Sansón, que conocía las medidas tomadas contra él, se levantó a medianoche, corrió hacia las puertas, las arrancó con sus postes, vigas y demás partes de madera y llevándolo todo sobre los hombros lo condujo hasta las montañas que se encuentran sobre Hebrón y allí lo depositó.

11. Pero finalmente transgredió las leyes de su país alterando su norma de vida e imitando las extrañas costumbres de los extranjeros. Éste fue el comienzo de su desgracia. Se enamoró de una mujer que era una prostituta filisteas. Se llamaba Dalila, y Sansón vivió con ella. Los que gobernaban a los filisteos fueron a verla y mediante promesas la indujeron a que sonsacara a Sansón la causa de la fuerza que lo hacía inconquistable por sus enemigos.

Cuando se hallaban conversando y bebiendo, la mujer fingió sentirse admirada por sus acciones y trató de averiguar sutilmente de qué medios se valía para superar a todos en fuerza. Sansón, para engañarla, porque aún no había perdido la sensatez, le dijo que si lo ataban con siete pámpanos todavía flexibles, sería más débil que cualquier otro hombre.

La mujer no dijo nada más pero comunicó las palabras de Sansón a los gobernantes de los filisteos y escondió a varios soldados filisteos en su casa. Cuando Sansón, estando bebido, se durmió, Dalila lo ató lo más fuertemente posible con los pámpanos. Enseguida lo despertó y le dijo que los filisteos lo atacaban. Sansón rompió las ligaduras y se dispuso a defenderse, como si realmente lo atacaran.

La mujer, en su constante conversación con Sansón, fingió ofenderse por su falta de confianza en su cariño, como si ella no supiera guardar los secretos que él quisiera ocultar. Sin embargo Sansón la engañó de nuevo, diciéndole que si lo ataban con siete cuerdas perdería la fuerza. Como tampoco esta vez obtuviera ningún resultado, insistió por tercera vez. Sansón le dijo que había que trenzarle el cabello. Tampoco esta vez descubrió la mujer la verdad.

Finalmente, ante las súplicas de Dalila, Sansón quiso complacerla (porque estaba destinado a sufrir desgracias), y le dijo que Dios lo había cuidado, que él había nacido bajo su providencia.

—Por eso debo dejarme crecer el cabello, porque Dios me ordenó que jamás me lo cortara. Mi fuerza depende del largo de mi cabello.

Enterada del secreto, Dalila le cortó el cabello y lo entregó a sus enemigos cuando ya no tenía suficientes fuerzas para defenderse de sus ataques. Los filisteos le sacaron los ojos, lo ataron y se lo llevaron.

12. Pero con el tiempo el cabello de Sansón creció de nuevo. Hubo una vez una fiesta de la que participaron los gobernantes de los filisteos y los personajes más importantes. (El salón donde se realizaba la fiesta tenía el techo sostenido por dos

columnas.) Mandaron traer a Sansón para insultarlo. Considerando que la mayor de sus desgracias sería no poder vengarse de los insultos, Sansón convenció al muchacho que lo conducía de la mano, diciéndole que estaba cansado y quería descansar, y le pidió que lo condujera hasta las columnas.

No bien llegó a tocarlas, las empujó con fuerza, derrumbó la casa al derribar las columnas, matándose los tres mil hombres que estaban dentro y Sansón con ellos. Así fue el fin de ese hombre, que gobernó a los israelitas durante veinte años.

Merece ser admirado por su valor y su fuerza y la grandeza de su muerte. Su odio a sus enemigos era tanto que prefirió morir con ellos. En cuanto a que fue engañado por una mujer, eso es propio de la naturaleza humana, demasiado débil para resistir las tentaciones del pecado. Pero es preciso dar fe de que en todos los demás aspectos fue un hombre de extraordinaria virtud.

Sus parientes retiraron su cuerpo y lo sepultaron en Sarasat, su tierra, junto con el resto de su familia.

## CAPÍTULO IX

*En, gobernador de los israelitas. Boaz se casa con Rut, naciendo de ellos Obed, el abuelo de David*

1. Después de la muerte de Sansón, Eli, el sumo sacerdote, fue gobernador de los israelitas. En su tiempo el hambre azotó al país, y Elimélec, de Betlem, ciudad de la tribu de Judá, no pudiendo mantener a su familia en las desastrosas condiciones imperantes, tomó a su mujer Noemí y a los hijos que había tenido con ella, Celión y Malón, y se trasladó a la tierra de Moab. Habiendo prosperado sus asuntos, tomó esposas para sus hijos a las mujeres moabitas Orfa, para Celión, y Rut, para Malón.

Pero en el lapso de diez años murieron primero Elimélec y poco después sus dos hijos. Noemí, dolorida por sus desgracias y encontrando difícil la vida solitaria, después de haber muerto sus seres queridos por quienes había abandonado a su patria, volvió a ella, porque le habían informado que ahora se encontraba en situación floreciente. Pero sus nueras no quisieron separarse de ella y se dispusieron a partir con su suegra. Noemí insistió en que se quedaran, se casaran y fueran más felices en su nuevo matrimonio que con sus hijos y tuvieran prosperidad también en las demás cosas. Estando ella en tan mala situación, no podía llevarlas consigo para que compartieran la inseguridad con que regresaba a su hogar.

Orfa obedeció y se quedó, pero Rut se fue con Noemí, deseosa de compartir con ella la suerte que le tocara.

2. Cuando Rut llegó a Betlem con su suegra, fue atendida por Boaz, un pariente de Elimélec. Sus conciudadanos llamaron a Noemí por su nombre, y ella les dijo:

—Mejor sería que me llamaran Mara.

Noemí significa en hebreo felicidad, y Mara, dolor. Era la época de la cosecha y Rut, con permiso de su suegra, salió a recoger, para que pudieran guardar una cantidad de trigo para alimentarse. Sucedió que Rut se pasó al campo de Boaz y cuando éste llegó poco después preguntó por ella a sus sirvientes. Enterado de quién era la abrazó cordialmente, por el afecto que sentía hacia su suegra y por el recuerdo del hijo de ésta.

Y le dio permiso para que recogiera todo lo que pudiera y se lo llevara a su casa. También encargó a su criado que no le impidieran llevarse nada, y le ordenó que le dieran de comer y de beber junto con los segadores. Todo el trigo que recibió lo guardó para su suegra, a quien le llevó las gavillas cuando volvió por la noche.

Noemí le había guardado una parte de los alimentos que sus vecinos le habían obsequiado. Rut contó a su suegra todo lo que Boaz le había dicho; y cuando Noemí le dijo que era un pariente y probablemente un hombre muy piadoso que haría provisiones para ella, Rut volvió a salir los días siguientes a recoger junto con las criadas de Boaz.

3. Pocos días después de haber sido aventada la cebada, Boaz se durmió en su era. Informada Noemí de esa circunstancia, hizo que Rut se acostara junto a él, porque pensó que sería ventajoso para ellas que hablara con la joven. Y le mandó que se tendiera a sus pies, lo que ella así hizo porque no creyó propio de su deber oponerse a las órdenes de su suegra.

Primero se acostó sin que Boaz lo supiera, porque dormía profundamente. Pero a medianoche despertó y al ver una mujer acostada a su lado le preguntó quién era. Ella le dijo su nombre y pidió que aquel a quien tenía por señor la perdonara.

Boaz no dijo nada, pero a la mañana siguiente, antes de que los sirvientes comenzaran sus tareas, la despertó y le ordenó que tomara toda la cebada que pudiera cargar y se la llevara a su suegra, antes de que alguien viera que se había acostado a su lado, porque era prudente evitar los reproches que pudieran suscitarse, sobre todo no habiendo hecho nada malo.

En cuanto al punto principal que era su objetivo, el asunto quedaría suspendido.

—El que es tu pariente más próximo debe ser interrogado si quiere tomarte por esposa. Si dice que sí, tendrás que seguirlo. Pero si te rechaza, yo te desposaré de acuerdo con la ley.

Cuando informó a su suegra, ambas se alegraron, porque tenían la esperanza de que Boaz las cuidaría. A mediodía Boaz bajó a la ciudad y reunió al senado y mandó llamar a Rut y a su pariente. Cuando éste llegó le preguntó Boaz:

—¿No retienes tú la herencia de Elimélec y guardas a sus hijos?

El pariente admitió que la retenía, y que lo había hecho de acuerdo con lo que permitían las leyes, porque era el pariente más próximo. Dijo entonces Boaz:

—No debes recordar las leyes a medias, sino cumplirlas en todo lo que mandan. Vino la viuda de Malón y tú tienes que casarte con ella, de acuerdo con las leyes, si quieres retener sus campos.

El hombre cedió entonces los campos y la mujer a Boaz, que también era pariente de los difuntos, alegando que él tenía esposa e hijos.

Boaz puso al senado de testigo, y ordenó a la mujer que desatara el zapato al hombre y le escupiera en la cara, de acuerdo con la ley. Hecho esto Boaz se casó con Rut y al cabo de un año tuvieron un hijo.

Noemí lo crió ella misma y por consejo de las mujeres lo llamó Obed, porque le serviría de sustento en su vejez, y Obed en hebreo significa sirviente.

Obed fue padre de Isaí, y éste de David, que fue rey y dejó sus dominios a sus hijos durante veintiuna generaciones. Me vi obligado a relatar la historia de Rut porque me propuse demostrar el poder de Dios, quien sin dificultad puede elevar a los que son de padres ordinarios a la dignidad y el esplendor a los que subió a David a pesar de su procedencia humilde.

# CAPÍTULO X

## *Samuel predice la calamidad que sufrieron los hijos de Eli*

1. Las cosas de los hebreos se hallaban en mala situación e hicieron la guerra a los filisteos. Fue de la siguiente manera: El sumo pontífice Eli tenía dos hijos, Ofnis y Fineés, que cometieron actos de injusticia contra los hombres y de impiedad con Dios y no se abstuvieron de ninguna clase de maldad. Algunas de las donaciones las retiraban porque les pertenecían por su honorable cargo; otras las tomaban por la violencia. También incurrían en impureza con las mujeres que acudían a adorar a Dios, obligando a algunas a ceder a su lujuria por la fuerza, y seduciendo a otras con obsequios. Su conducta no difería nada de la tiranía.

Estas maldades provocaron la indignación de su padre, que esperaba ver caer de pronto el castigo de Dios por lo que hacían. También la multitud se sentía apenada. Y cuando Dios predijo la calamidad que caería sobre los hijos de Eli, comunicándolo a Eli y al profeta Samuel, que todavía era un niño, el padre demostró abiertamente su pesar por la destrucción de sus hijos.

2. Primero terminaré con lo que tengo que decir sobre el profeta Samuel y luego seguiré narrando la historia de los hijos de Eli y de los infortunios que acarrearón sobre todo el pueblo de los hebreos.

El levita Elcana, hombre de mediana condición que residía en Armata, ciudad de la tribu de Efraím, tenía dos esposas, Ana y Fenana. La última le había dado hijos, pero él amaba más a la otra aunque era estéril. Elcana se trasladó con sus dos mujeres a la ciudad de Siló a sacrificar, porque allí se había instalado el tabernáculo, como dijimos anteriormente. Después de sacrificar distribuyó en el festival porciones de la carne a sus esposas e hijos, y cuando Ana vio a los hijos de la otra sentados alrededor de su madre se echó a llorar por su esterilidad y su soledad. Sin que pudieran dominar su dolor los consuelos de su marido, se dirigió al tabernáculo a rogar a Dios que le diera prole y la hiciera madre, e hizo voto de que consagraría al servicio de Dios, el primer hijo que concibiera, el que no haría una vida como la de un hombre corriente.

Como prolongara indefinidamente sus oraciones, Eli, que estaba delante del tabernáculo, creyendo que estaba trastornada por el vino, le ordenó que se retirara. Ella le respondió que sólo había bebido agua y que estaba apesadumbrada porque no tenía hijos y rogaba a Dios que se los diera. Él le dijo que tuviera ánimo, que Dios le daría hijos.

3. Volvió a reunirse con su marido llena de esperanzas y comió alegremente. Cuando regresaron a su pueblo se encontró embarazada. Nació un hijo al que llamaron Samuel, que podría traducirse por «pedido a Dios». Luego fueron al tabernáculo a ofrecer sacrificios por el nacimiento del niño, y llevaron consigo sus diezmos. Pero la mujer recordó el voto que había hecho sobre su hijo, y se lo entregó

a Eli para que lo dedicara a Dios y para que fuera profeta.

Por consiguiente le dejaron crecer el cabello y sólo bebió agua. Samuel vivió y creció en el templo. Pero Elcana tuvo con Ana otros hijos, y tres hijas.

4. Cuando Samuel tuvo doce años de edad comenzó a profetizar. Una vez que estaba durmiendo Dios lo llamó por su nombre; creyendo que lo había llamado el sumo sacerdote, se dirigió hacia Eli, pero éste le dijo que no lo había llamado. Dios repitió el llamado tres veces y Eli comprendió entonces y le dijo:

—Tampoco te llamé esta vez, Samuel. Es Dios quien te llama. Respóndele, diciendo aquí estoy.

Cuando Samuel oyó nuevamente a Dios, le pidió que hablara y le comunicara los oráculos que quisiera decirle, porque no dejaría de cumplir cualquier ministerio que le encomendara. Dios replicó:

—Si estás aquí, entérate de las desgracias que afligirán a los israelitas, tan grandes que no pueden ser descritas con palabras y que no hay fe que las crea. Los hijos de Eli morirán el mismo día y el sacerdocio será transferido a la familia de Eleazar, porque Eli amó a sus hijos más que a mi culto, y hasta un punto inconveniente para ellos.

Eli obligó al profeta con juramento a comunicarle el mensaje, porque el profeta no quería afligirlo diciéndoselo, y tuvo entonces la certeza de la perdición de sus hijos. Por su parte la gloria de Samuel fue siempre en aumento, comprobándose que todo lo que profetizaba se cumplía.

# CAPÍTULO XI

## *Los filisteos derrotan a los hebreos y se apoderan del arca. Muerte de Eli*

1. En aquel tiempo los filisteos hicieron la guerra a los israelitas, instalando el campamento en la ciudad de Afee. Poco después se presentaron los israelitas, y al día siguiente entablaron combate. Los filisteos obtuvieron la victoria y mataron más de cuatro mil hebreos, persiguiendo al resto de la multitud hasta su campamento.

2. Temiendo los hebreos lo peor, llamaron al senado y al sumo sacerdote y pidieron que trajeran el arca de Dios, porque, estando en formación con el arca entre ellos, serían difíciles de vencer. No pensaban que aquel que los había condenado a sufrir esa calamidad era más grande que el arca y que sólo por él se honraba al arca.

Trajeron el arca y con él a los hijos del sumo sacerdote, a quienes su padre les había dicho que si pretendían sobrevivir a la toma del arca no volvieran a presentarse ante él. Fineés ya oficiaba a la sazón como sumo sacerdote, porque su padre había renunciado al cargo en su favor, por su avanzada edad.

Los hebreos se sintieron llenos de valor, suponiendo que con la llegada del arca serían difíciles de vencer por el enemigo. También el enemigo se sintió preocupado, temerosos por la llegada del arca de los israelitas. Pero el resultado no fue como lo preveían ambos bandos. Entablada la batalla la victoria que esperaban los hebreos fue ganada por los filisteos, y la derrota que temían los filisteos, le tocó a los israelitas, quienes comprobaron que habían confiado en vano en el arca. En cuanto se trabó la lucha cuerpo a cuerpo fueron derrotados y perdieron unos treinta mil hombres, entre los cuales se hallaban los hijos del sumo sacerdote. Y el arca fue tomada por el enemigo.

3. Cuando llegó a Siló la noticia de la derrota con la captura del arca (un joven benjaminita, que había combatido, actuó como mensajero), la ciudad se llenó de lamentos. Eli, el sumo sacerdote, que se hallaba sentado en un trono alto junto a una de las puertas, oyó el llanto y los gritos y pensó que había ocurrido algo extraño a su familia. Mandó llamar al mensajero y al enterarse de lo que había pasado en la batalla, no se sintió muy perturbado por sus hijos ni por la suerte del ejército, ya que sabía de antemano, por la revelación divina, lo que debía ocurrir; pero cuando supo que el enemigo se había llevado el arca, sufrió un gran dolor, porque era lo contrario de lo que había esperado, se cayó del trono y murió. Había vivido noventa y ocho años, durante cuarenta de los cuales retuvo el gobierno.

4. Aquel mismo día murió también la esposa de su hijo Finees que no pudo sobrevivir a la desgracia de la muerte de su esposo, noticia que le dieron cuando estaba con dolores de parto. Dio a luz, sin embargo, un niño de siete meses, que vivió, y a quien pusieron de nombre Jocab, que significa desgracia, porque el ejército había sufrido un desgraciado revés.

5. Eli fue el primero de la familia de Itamar, segundo hijo de Aarón, que obtuvo el gobierno; al principio desempeñó el sumo sacerdocio la familia de Eleazar, transmitiéndose el honroso cargo de padres a hijos. Eleazar se lo confirió a su hijo Fineés, luego tomó el honor su hijo Abiezer, quien se lo entregó a su hijo, llamado Boco, quien a su vez lo transmitió a su hijo Ozis. Luego ocupó el cargo Eli, de quien hemos estado hablando, y después la posteridad de él hasta el reinado de Salomón, en cuya ocasión lo reasumió la posteridad de Eleazar.



# LIBRO VI

*Comprende un lapso de treinta y dos años*

# CAPÍTULO I

*Los filisteos y su tierra sufren calamidades, por la ira de Dios, a causa de haberse llevado cautiva el arca. La devuelven a los hebreos*

1. Cuando los filisteos capturaron el arca de los hebreos, como dije poco antes, la llevaron a la ciudad de Azot, y la pusieron junto a su dios, que se llamaba Dagón, como parte del botín. Pero cuando entraron a la mañana siguiente en el templo, para adorar a su dios, lo encontraron adorando a su vez al arca: estaba tirado en el suelo, como si se hubiese caído de su pedestal. Muy preocupados, lo levantaron y lo colocaron de nuevo en su sitio. Y cada vez que entraban hallaban a Dagón tendido en el suelo, en actitud de adorar al arca<sup>[71]</sup>. Los filisteos quedaron sumamente preocupados y confusos.

Finalmente Dios envió una enfermedad destructora a la ciudad y la comarca de Azot; muchos fueron víctima de la disentería o flujo, mal doloroso que mataba de golpe. Antes de que el alma pudiera, como es habitual en las muertes sencillas, separarse del cuerpo, a los atacados se les revolvían las entrañas, vomitaban todo lo que habían comido y quedaban completamente putrefactos por la enfermedad.

En cuanto a los frutos del campo salió de la tierra una gran cantidad de ratones que no perdonaron ni las plantas ni los frutos. Mientras el pueblo de Azot sufría estas calamidades insostenibles, comprendió que era a causa del arca y que la victoria obtenida y el apresamiento del arca no habían sido beneficios para ellos. Enviaron un mensaje al pueblo de Ascalón, pidiéndole que les recibiera el arca.

El pedido del pueblo de Azot no fue desagradable para el pueblo de Ascalón, que resolvió acordarle ese favor. Pero después de recibir el arca sufrieron las mismas consecuencias desdichadas, porque el arca trajo consigo el desastre que ya había experimentado el pueblo de Azot<sup>[72]</sup>.

Los de Ascalón enviaron el arca a otros pueblos. Tampoco allí quedó mucho tiempo, porque al ser atacado por idénticos males, fue cada pueblo enviándolo a la ciudad vecina. De ese modo el arca recorrió las cinco ciudades de los filisteos.

2. Agotados por las calamidades, y escarmentados de recibir el arca porque debían pagarle tan caro, buscaron finalmente algún medio para librarse de ella. Los gobernadores de las cinco ciudades, Gita, Acarón, Ascalón, Gaza y Azot, se reunieron y discutieron lo que convenía hacer. Al principio pensaron enviar de vuelta el arca a su pueblo, admitiendo que Dios había vengado su causa, que las desdichas las producía el arca y caían por ella y con ella sobre las ciudades. Otros, sin embargo, opinaron que no debían dejarse engañar, adjudicando al arca la causa de sus males, porque no podía tener ese poder y esa fuerza. Si Dios hubiese tenido tanta consideración por el arca, no habría permitido que cayera en las manos de los

hombres. Exhortaron, por lo tanto, a los demás, a sufrir con paciencia su suerte, y admitir que la causa era nada más que la naturaleza, que en ciertos cambios del tiempo producía esas mutaciones en el cuerpo de los hombres, en la tierra, en las plantas y en todas las cosas que crecen en la tierra<sup>[73]</sup>.

Pero la opinión que prevaleció fue la de aquellos que se habían distinguido anteriormente por su comprensión y su prudencia y que en las presentes circunstancias parecían expresar el consejo más apropiado. Esos hombres dijeron que no creían justo ni enviar el arca de vuelta ni conservarla; lo que había que hacer era dedicar cinco imágenes de oro, una por cada ciudad, como ofrenda de gracias a Dios<sup>[74]</sup>, por haberles salvado la vida cuando estaban por perderla por esa enfermedad que no estaba en sus manos combatir.

Propusieron igualmente que hicieran cinco ratones de oro como aquellos que les habían devorado y destruido los campos, que los pusieran en una bolsa y depositaran ésta sobre el arca. Que hicieran, asimismo, un carro nuevo, y le uncieran vacas lecheras, pero encerrando a los becerros para que no siguieran y estorbaran a sus madres y las hicieran volver. Luego deberían conducir el carro con las vacas lecheras hasta un cruce de caminos y dejarlo allí para que las vacas tomaran el camino que quisieran. Si seguían por el que llevaba a la tierra de los hebreos, darían por sentado que el arca había sido la causa de sus desdichas, pero si tomaban por otro camino, deducirían que el arca no tenía la fuerza que le habían atribuido.

3. Resolvieron aceptar como prudentes las palabras de esos hombres, e hicieron lo que habían indicado. Llevaron el carro a un cruce de tres caminos y lo dejaron. La junta de vacas tomó el camino correcto, como si alguien la guiara, mientras los jefes filisteos la seguían deseosos de averiguar dónde se detendría o a donde se dirigiría.

Había una aldea de la tribu de Judá que se llamaba Bezamé, y hacia ella se dirigieron las vacas; y aunque delante de ellas había una amplia y buena llanura, no siguieron andando y detuvieron allí el carro. Los aldeanos se alegraron sobremanera al verlo. Era verano y todos los habitantes de la aldea estaban en los campos recogiendo la cosecha. En cuanto vieron el arca abandonaron la tarea y corrieron alegremente hacia el carro. Bajaron el arca con los vasos que contenían las imágenes y los ratones y lo colocaron en una roca de la llanura. Después de ofrecer un espléndido sacrificio a Dios y de celebrar un festín, hicieron un holocausto con el carro y las vacas.

Viendo esto los príncipes de los filisteos, se volvieron a su tierra.

4. Pero luego cayó la ira de Dios sobre la aldea de Bezamé y provocó la muerte de setenta personas que, no siendo sacerdotes, e indignos por lo tanto de tocar el arca, se habían acercado a ella<sup>[75]</sup>. Los aldeanos lloraron por los caídos, con los lamentos que eran de esperarse por la gran desgracia que les había mandado Dios, llorando cada cual por sus parientes.

Como reconocieron que eran indignos de que el arca morara con ellos, enviaron mensajeros al senado público de los israelitas para informar que los filisteos habían

devuelto el arca. Cuando el senado lo supo, la hizo trasladar a Cariatiarima, ciudad situada en la vecindad de Bezamé, en la que vivía un hombre llamado Aminadab, levita de nacimiento<sup>[76]</sup>, muy encomiado por su vida recta y piadosa. A su casa llevaron el arca, considerándola digna de que Dios habite en ella porque en ella vivía un hombre recto.

Sus hijos cumplieron el servicio divino, y fueron sus principales cuidadores durante veinte años, tiempo que estuvo en Cariatiarima, habiendo permanecido sólo cuatro meses en poder de los filisteos<sup>[77]</sup>.

## CAPÍTULO II

*La expedición de los filisteos contra los hebreos, y la victoria de éstos bajo el mando del profeta Samuel, que fue su general*

1. Mientras el arca estuvo en la ciudad de Cariatiarima todo el pueblo se dedicó a ofrecer continuamente oraciones y sacrificios a Dios, demostrando celo y empeño en su adoración. Viendo el profeta Samuel que estaban muy dispuestos a cumplir con su deber, pensó que aquél era el momento oportuno para hablarles sobre la recuperación de la libertad y las bendiciones que ésta traía consigo. Para eso usó las palabras que consideró más apropiadas para excitar su inclinación y para convencerlos que lo intentaran.

—Israelitas —dijo—. Los filisteos siguen siendo vuestros enconados enemigos, pero Dios comienza a seros favorable. Corresponde que no sólo deseéis la libertad sino que adoptéis los métodos adecuados para obtenerla. No debéis conformaros con la tendencia a libraros de vuestros amos y señores, mientras continuáis haciendo lo que os mantendrá en la esclavitud. Sed justos, por lo tanto, y expulsad la maldad de vuestras almas, y con vuestra adoración suplicad a la divina majestad con todo el corazón y perseverad en su culto. Si lo hacéis gozaréis de prosperidad, os veréis libres de la esclavitud y obtendréis la victoria frente a vuestros enemigos, bendiciones que no podréis alcanzar ni por las armas de la guerra ni por la fuerza de vuestros cuerpos ni por el número de combatientes; Dios no prometió conceder aquellas bendiciones por estos medios, sino por la bondad y la rectitud. Si sois virtuosos y justos yo os garantizaré la realización de las promesas de Dios.

La multitud aclamó su discurso y aceptó complacida su exhortación y prometió someterse a la voluntad de Dios. Samuel los reunió entonces en una ciudad llamada Masfate, que en hebreo significa atalaya. Allí sacaron agua e hicieron libaciones a Dios, ayunaron todo el día y se entregaron a la oración.

2. La asamblea no pasó inadvertida a los filisteos. Cuando supieron que se había reunido una compañía tan grande, cayeron sobre los hebreos con un gran ejército, con la esperanza de asaltarlos inesperadamente y sin preparación. Los hebreos se asustaron y se desbandaron llenos de terror. Corrieron a ver a Samuel y le dijeron que tenían el alma abatida, por el temor y por la última derrota que habían sufrido.

—Por eso queremos permanecer quietos, para no excitar el poder de nuestros enemigos. Tú nos trajiste aquí para ofrecer oraciones y sacrificios y prestar juramento, y entre tanto nuestros enemigos organizaron una expedición contra nosotros, estando nosotros desnudos y desarmados. Nuestra única esperanza es la de que, por tus medios, y con la asistencia de Dios, consigas con nuestros ruegos que nos libre de los filisteos.

Samuel les pidió que tuvieran ánimo y les prometió que Dios les ayudaría. Tomó

un cordero de leche, lo sacrificó en beneficio de la multitud y rogó a Dios que mantuviera sobre ellos su mano protectora cuando lucharan con los filisteos y que no los abandonase ni permitiese que sufriesen un nuevo descalabro.

Dios escuchó sus ruegos, aceptando su sacrificio con intención propicia y buena disposición para asistirlos, y les garantizó la victoria y poder sobre sus enemigos. Mientras se hallaba todavía el sacrificio en el altar, no habiendo sido consumido enteramente por el fuego sagrado, el ejército enemigo salió de su campamento y fue puesto en orden de batalla. Tenían la esperanza de salir triunfadores, porque los judíos serían tomados en circunstancias desfavorables, sin armas y desordenados.

Pero las cosas ocurrieron de tal manera que nadie lo creería aunque hubiesen sido pronosticadas. En primer lugar Dios perturbó al enemigo con un terremoto, y sacudió la tierra bajo sus pies de tal manera que la hizo temblar e hizo tambalear a los hombres; algunos no pudieron sostenerse en pie y cayeron al suelo; abriendo grietas hizo caer a otros en los pozos. Luego produjo entre ellos terribles truenos y relámpagos vivísimos que los rodeaban amenazando quemarles los rostros. Hizo que las armas les temblaran tanto en las manos que se les cayeron y huyeron desarmados a sus casas<sup>[78]</sup>. Samuel y la multitud los persiguieron hasta un pueblo llamado Correa. Allí Samuel puso una piedra como límite de su victoria y de la huída del enemigo, y la llamó la «piedra del poder», en señal del poder que Dios le había dado contra sus enemigos.

3. Después de este golpe los filisteos no volvieron a hacer expediciones contra los israelitas y permanecieron quietos, por miedo y por el recuerdo de lo que les había ocurrido.

Todo el valor que tenían los filisteos contra los hebreos, después de la victoria fue transferido a los hebreos. Samuel hizo además una expedición contra los filisteos y mató a muchos de ellos y humilló completamente su orgullo y les quitó esa comarca que, cuando habían sido triunfadores en la batalla, les habían quitado a los judíos; era la comarca que se extiende desde las fronteras de Gita hasta la ciudad de Acarón. Pero el resto de los cananeos estaba a la sazón en términos amistosos con los israelitas.

## CAPÍTULO III

*Samuel, por su avanzada edad, no puede ocuparse de los asuntos públicos, y los confía a sus hijos. Ante la mala administración de éstos, la multitud se indigna y pide un rey. Disgusto de Samuel*

1. El profeta Samuel, después de ordenar los asuntos del pueblo de manera conveniente, señaló una ciudad para cada distrito y ordenó que se presentaran en esas ciudades para ventilar las controversias que se suscitaran. Samuel las visitaba dos veces por año, administrando justicia. Así mantuvo el orden mucho tiempo.

2. Pero luego sintió el peso de los años y ya no pudo hacer lo que solía. Entregó por lo tanto el gobierno y el cuidado de la multitud a sus hijos, el mayor de los cuales se llamaba Joel y el menor Abia. Les ordenó que residieran y juzgaran al pueblo, uno en la ciudad de Bezel y otro en la de Bersabé<sup>[79]</sup>, y dividió al pueblo en distritos que estarían bajo la jurisdicción de cada uno de ellos.

Estos hombres constituyen un ejemplo evidente y una prueba de que a veces los hijos no tienen el mismo carácter que sus padres; a veces son buenos y prudentes, aunque hayan nacido de padres malos; éstos se mostraron malos, siendo hijos de padres buenos. Apartándose de la buena senda de su padre, tomaron un camino contrario, pervirtieron la justicia por el sucio lucro de los presentes y los sobornos y tomaron sus determinaciones no de acuerdo con la verdad sino del interés. Se entregaron al lujo, a una vida costosa, y de ese modo en primer término practicaban lo que era contrario a la voluntad de Dios, y en segundo término lo que era contrario a la voluntad de su padre el profeta, que se había preocupado mucho y había tomado cuidadosas medidas para que la multitud fuera virtuosa.

3. El pueblo se sintió muy intranquilo ante la injuria que a su constitución y gobierno inferían los hijos del profeta, y acudieron a verlo a la ciudad de Armata, donde entonces vivía, comunicándole las transgresiones de sus hijos. Como él estaba viejo, le dijeron, y demasiado impedido por su edad para vigilar las cosas como antes, le rogaban y pedían que nombrara un rey para gobernar la nación y vengarlos de los filisteos, que debían ser castigados por sus anteriores opresiones.

Esas palabras afligieron grandemente a Samuel, por su natural amor a la justicia y su aversión al gobierno real. Tenía mucho afecto a la aristocracia, que hacía a los hombres que la empleaban de una feliz disposición divina. Preocupado y atormentado por lo que le habían dicho, no pudo comer ni dormir. Permaneció toda la noche despierto, revolviendo diversas ideas en su mente relativas al problema<sup>[80]</sup>.

4. Estando en esa situación Dios se le apareció y lo consoló diciéndole que no debía inquietarse por los deseos de la multitud, porque no era a él, sino a Dios, a quien despreciaban con toda insolencia, negándose a que fuera su único rey. Añadió

que esas cosas las habían estado urdiendo desde el mismo día en que salieron de Egipto. Pero que no tardarían mucho en arrepentirse de lo que habían hecho, arrepentimiento que no podría impedir los acontecimientos futuros.

Serían bastante reprochados y confundidos por su desdén y su conducta ingrata hacia Dios y el profético oficio de Samuel.

—Te ordeno, por lo tanto —terminó diciendo—, que les elijas un rey, el que yo te indicaré de antemano, después de enumerarles las desdichas que les acarrearán un gobierno real, haciéndoles ver claramente el gran cambio que se apresuran a pedir.

5. Samuel llamó a los judíos a la mañana siguiente y les anunció que nombraría un rey; pero primero les describiría lo que les esperaba, el tratamiento que recibirían de los reyes y los agravios con que tendrían que luchar.

—Porque debéis saber —dijo—, que en primer lugar os quitarán a vuestros hijos, y a unos los harán conductores de sus carrozas, a otros jinetes y guardias personales del rey; otros serán mensajeros, capitanes de milicias y capitanes de centurias. Los convertirán en artífices y armeros, tendrán que hacer carros e instrumentos, labrar la tierra de los reyes y cuidar sus campos y cavar sus viñedos. Tendrán que hacer todo lo que les manden, como si fueran esclavos comprados con dinero. Nombrarán a vuestras hijas reposteras, cocineras y panaderas, y ellas estarán obligadas a hacer todo el trabajo que realizan las esclavas por temor a los azotes y los tormentos. Además se apoderarán de vuestras posesiones y se las darán a sus eunucos y sus guardianes, y entregarán vuestros rebaños a sus sirvientes. Y para decirlo todo en pocas palabras, vosotros y los vuestros seréis siervos de vuestro rey, en nada superiores a los esclavos. Cuando sufráis estas desdichas, recordaréis entonces lo que ahora os digo. Os arrepentiréis de lo que habéis hecho y rogaréis a Dios que se apiade de vosotros y os libre de los reyes; pero Dios no aceptará vuestros ruegos, os abandonará y dejará que sufráis el castigo merecido por vuestra perversa conducta.

6. La multitud cometió la tontería de prestar oídos sordos a sus predicciones y fue demasiado antojadiza para dejarse disuadir de una determinación que había tomado con tanta imprudencia. Rechazando las palabras de Samuel insistieron perentoriamente en su decisión y le pidieron que nombrara inmediatamente un rey y no se preocupara por lo que pudiera suceder después. Porque ellos necesitaban alguien que los llevara a la batalla y los vengara de sus enemigos, y si los países vecinos tenían reyes no era ningún absurdo que ellos tuvieran el suyo.

Viendo Samuel que su admonición no los había apartado de sus propósitos y que se afirmaban en su resolución, dijo:

—Idos por ahora a vuestras casas. Os mandaré llamar oportunamente, cuando haya averiguado a quién quiere Dios daros como rey.



## CAPÍTULO IV

*Sobre el nombramiento, por orden de Dios, de un rey para los israelitas llamado Saúl*

1. Había un hombre de la tribu de Benjamín que era de buena familia y de virtuosa disposición; se llamaba Cis. Tenía un hijo, joven, apuesto, alto, pero cuya inteligencia era superior a sus cualidades visibles. Su nombre era Saúl. Cis tenía unas asnas de buena clase que se habían extraviado alejándose del prado donde pastaban. Como le gustaban esos animales más que todos los restantes que poseía, envió a su hijo con un criado a buscar a las asnas.

Después de buscarlas por toda la tribu pasó a otras tribus y como no las hallara resolvió regresar a su casa, para no preocupar a su padre sobre su propia suerte. Pero el criado que iba con él le dijo que como estaban cerca de la ciudad de Armata, donde moraba un auténtico profeta, le aconsejaba que fuera a verlo para averiguar lo que había ocurrido con las asnas.

Replicó Saúl que no tenían nada para darle como recompensa por la profecía, porque se le había terminado la provisión de dinero. Respondió el criado que a él le quedaba aún un cuarto de siclo y que podían dárselo al profeta, ignorando ambos que el profeta no recibía esas recompensas.

Fueron, pues, a verlo; cuando estaban frente a las puertas de la ciudad se encontraron con unas mozas que iban a buscar agua y les preguntaron dónde vivía el profeta. Las mozas les indicaron la casa y les recomendaron que se apresuraran a llegar antes de que se sentara a comer, porque tenía muchos invitados, y solía sentarse a la mesa antes que sus huéspedes. Samuel había convidado a mucha gente a comer con él por esa misma razón, porque Dios, a quien todos los días le había rogado que le anticipara a quién quería hacer rey, el día anterior le había dicho que le enviaría un joven de la tribu de Benjamín a esa hora del día; y Samuel se había sentado en la terraza de la casa esperando que llegara el momento indicado. Llegado ese momento, descendió para ir a comer y se encontró con Saúl, y Dios le reveló que era ése el hombre que los gobernaría.

Saúl se acercó a Samuel y lo saludó, y le pidió que le informara cuál era la casa del profeta, porque él, Saúl, era forastero y no la conocía. Samuel le respondió que él era el profeta y lo invitó a comer, asegurándole que las asnas que había ido a buscar habían sido halladas, y que a él le había sido adjudicada la más grande de las buenas cosas.

—Señor —respondió Saúl—, soy demasiado insignificante para aspirar a esas cosas, y pertenezco a una tribu demasiado pequeña para que de ella salgan reyes, y a una de las familias más chicas. Pero tú me lo dices en broma y me tomas como objeto de risa, hablándome de asuntos importantes que no están en proporción con mi

origen.

Pero el profeta lo condujo a la fiesta y lo hizo sentar a la mesa, a él y a su criado, a la cabecera de los demás invitados, que eran en número de setenta<sup>[81]</sup>; y ordenó a los criados que sirvieran a Saúl una porción real. Cuando llegó la hora de dormir, todos se levantaron y cada cual se retiró a su casa, pero Saúl se quedó con el profeta, él y su criado, y durmieron en la casa de él.

2. No bien despuntó el día Samuel despertó a Saúl y lo condujo a su casa. Al salir de la ciudad, le pidió que hiciera adelantarse al criado porque tenía algo que decirle sin que hubiera nadie delante. Saúl alejó al sirviente. El profeta Samuel tomó entonces un vaso de aceite, lo derramó sobre la cabeza del joven, lo besó y dijo:

—Serás rey ordenado por Dios contra los filisteos, y para vengar los sufrimientos que infligieron a los hebreos. La prueba será la que ahora te diré. En cuanto te hayas marchado de aquí encontrarás en el camino a tres hombres que se dirigirán a adorar a Dios en Bezel<sup>[82]</sup>. El primero llevará tres hogazas de pan, el segundo un cabrito<sup>[83]</sup> y el tercero, que irá detrás, una botella de vino. Esos tres hombres te saludarán, y te hablarán amablemente y te darán dos de las hogazas, que tú aceptarás. De allí irás a un sitio llamado el sepulcro de Raquel, donde una persona<sup>[84]</sup> que encontrarás te dirá que tus asnas fueron halladas. Luego, cuando llegues a Gabata verás una compañía de profetas y serás arrebatado por el espíritu divino y profetizarás junto con ellos hasta que todos los que te vean queden atónitos y admirados y digan: «¿A qué se debe que al hijo de Cis le haya tocado un honor tan grande?»<sup>[85]</sup> Después de comprobar estas señales, sabrás que Dios está contigo. Luego podrás saludar a tu padre y tus parientes. Y cuando mande a buscarte a Galgala, vendrás, para que podamos hacer nuestras ofrendas de agradecimiento a Dios por sus bendiciones.

Habiéndole dicho esas palabras, anticipándole los sucesos, Samuel despachó al joven. Y todas las cosas ocurrieron tal como lo había profetizado Samuel.

3. En cuanto Saúl llegó a la casa de su pariente Abner, a quien por cierto amaba más que a todos sus restantes familiares, éste le preguntó acerca de su viaje y de los accidentes que tuvo en su transcurso. Saúl no le ocultó nada, ni su llegada a la casa de Samuel, ni que éste le había anunciado el hallazgo de las asnas. Pero no le dijo nada del reinado ni de lo que al mismo concernía, porque pensó que provocaría envidias y por otra parte tampoco sería creído fácilmente. No juzgó prudente comunicarle esas cosas, aunque era muy amigo de él y lo amaba más que a todos los demás parientes, teniendo en cuenta, me imagino, lo que es la naturaleza humana, y pensando que nadie, ni aun el más íntimo amigo, mantiene incommovible su amistad cuando Dios promueve a un hombre a una gran prosperidad; es, por el contrario, avieso y envidioso del que llega a un puesto eminente.

4. Luego Samuel reunió al pueblo en la ciudad de Masfate, y le habló en los siguientes términos, diciendo que lo hacía por orden de Dios. Comenzó por recordarles que Dios les había conseguido la libertad, sometiendo al enemigo. Pero ellos, olvidando sus beneficios, lo rechazaron como rey, sin considerar que sería más

ventajoso ser comandados por el mejor de los seres. Porque siendo Dios el mejor de los seres, preferían un hombre para rey. Los reyes tratan a sus súbditos como bestias, de acuerdo con la violencia de su voluntad e inclinación y sus restantes pasiones exasperadas por la lujuria del poder, y no se empeñan en proteger a la raza humana como obra suya y creación suya, mientras que Dios, por esa misma razón, lo haría con mucha atención.

—Pero —concluyó—, ya que habéis tomado esa resolución, y se impuso el trato ofensivo que habéis dado a Dios, agrupaos por tribus y cetros y tirad a la suerte.

5. Así lo hicieron los hebreos y la suerte recayó en la tribu de Benjamín. Cuando sortearon entre las familias de la tribu le tocó a la llamada Matri. Luego echaron suertes entre los miembros de esa familia, y resultó elegido rey Saúl hijo de Cis.

Cuando el joven lo supo, se anticipó y alejándose de allí se ocultó<sup>[86]</sup>. Supongo que habrá sido para que no pensaran que aceptaba voluntariamente el gobierno. Demostró, por el contrario, mucho dominio de sí mismo y modestia. Mientras la mayor parte del pueblo no cabía en sí de gozo, el hombre elegido no mostró ninguna de esas emociones al ser nombrado señor de tantos y de tribus tan grandes. Huyó y se escondió de la vista de aquellos sobre quienes había de reinar, y los obligó a que lo buscaran muy perturbados.

Viendo al pueblo acongojado por la desaparición de Saúl, Samuel pidió a Dios que le indicara el sitio donde se había escondido. Envió entonces a buscarlo y cuando lo trajeron lo pusieron en medio de la multitud. Y él era más alto que todos y tenía una estatura majestuosa.

6. Dijo entonces el profeta:

—Dios os da a este hombre para que sea vuestro rey. Ved su altura, mayor que la de cualquier otro, y qué digno es del mando.

El pueblo lo aclamó gritando «¡Viva el rey!» El profeta escribió en un libro lo que había de pasar en lo futuro, lo leyó delante del rey y depositó el libro en el tabernáculo de Dios, para testimonio de las generaciones venideras de lo que él había predicho. Luego despidió a la multitud y se trasladó a la ciudad de Armata, que era su pueblo.

Saúl se fue a Gabata, el lugar donde había nacido. Muchos hombres buenos lo acompañaron, rindiéndole los respetos debidos a un rey; pero la mayoría eran hombres malos, que fingían despreciarlo, se reían de los demás, no le llevaban presentes ni trataban de complacerlo ni con su afecto, ni simplemente con palabras.

# CAPÍTULO V

*Saúl ayuda a los galaditas. Popularidad del rey. Confirmación de Saúl.  
Reproches de Samuel*

1. Un mes después la guerra que Saúl sostuvo con Naas, el rey de los amonitas, le granjeó el respeto de todo el pueblo, porque Naas había ocasionado grandes perjuicios a los judíos que vivían al otro lado del Jordán atacándolos con un ejército numeroso y aguerrido. Redujo a la esclavitud a las ciudades, no solamente sometiénolas por la fuerza, sino debilitándolas con sutileza y astucia para que luego no pudieran librarse de la esclavitud; hizo sacar el ojo derecho a los que se rendían bajo palabra o eran tomados prisioneros en la acción, porque de ese modo al quedar tapado el ojo izquierdo por el escudo se volvían inútiles para la guerra.

Después de haber tratado de ese modo a los que vivían al otro lado del Jordán, el rey de los amonitas condujo su ejército contra los que se llamaban los galaditas. Instaló el campamento frente a la capital de sus enemigos, que era la ciudad de Jabis, y les envió embajadores, ofreciéndoles la alternativa de que se dejaran saltar el ojo derecho o sufrir un asedio y ver derribadas sus ciudades. Les daba a elegir entre perder un pequeño miembro del cuerpo o perecer en su totalidad.

Los galaditas, atemorizados por la oferta, no se animaron a responder en ningún sentido, ni de que se rendirían ni de que pelearían. Solamente le pidieron siete días de tregua, para que pudieran enviar emisarios a sus compatriotas y pedirles ayuda. Si acudían a ayudarlos, pelearían, pero si la ayuda fuera imposible de obtener se entregarían para sufrir lo que quisiera infligirles.

2. Menospreciando a la multitud de los galaditas y la respuesta que le dieron, les concedió la tregua permitiéndoles que enviaran a pedir ayuda a quien quisieran. Inmediatamente mandaron emisarios a todas las ciudades israelitas informándoles de la amenaza de Naas y del desasosiego en que se hallaban. Todos rompieron a llorar y a lamentarse, ante las noticias que traían los embajadores de Jabis. Pero el terror no les permitía hacer nada más.

Cuando los mensajeros llegaron hasta la ciudad del rey Saúl y relataron el peligro en que se hallaban los habitantes de Jabis, el pueblo sufrió la misma aflicción que el de las demás ciudades. Al volver Saúl de la labranza a la ciudad encontró a sus compatriotas llorando; les preguntó la causa y se enteró de la tristeza y la confusión que los afligía. Saúl se sintió arrebatado por la furia divina y despachó a los emisarios de los habitantes de Jabis prometiéndoles que iría a ayudarlos al cabo de tres días, y que derrotaría al enemigo antes, de la salida del sol para que al salir éste se viera que habían triunfado y se habían librado del temor que ahora los sobrecogía. Pero ordenó a varios de ellos que se quedaran para conducirlo a Jabis.

3. Deseando inducir al pueblo a que enfrentara a los amonitas por el miedo de lo

que perderían si no peleaban, y para que pudieran reunirse lo más rápidamente, cortó los nervios de sus bueyes y amenazó hacer lo mismo a todos los que no se presentaran al día siguiente con sus armas junto al Jordán, para seguirlo a él y al profeta Samuel a donde quisieran conducirlos<sup>[87]</sup>.

Asustados por la amenaza, los israelitas se reunieron el día señalado. La multitud fue contada en la ciudad de Bezek, siendo setecientos mil, sin incluir a los de la tribu de Judá, que sumaban setenta mil. Atravesaron el Jordán y marcharon durante toda la noche, una distancia de treinta estadios, llegando a Jabis antes del alba. Saúl dividió el ejército en tres compañías y cayó sobre el enemigo repentina e inesperadamente por tres costados a la vez. Trabada la batalla, mataron un gran número de amonitas, entre ellos al rey Naas<sup>[88]</sup>.

La gloriosa acción de Saúl fue relatada con grandes elogios a todos los hebreos, y Saúl conquistó una magnífica reputación por su valor. Aunque había antes algunos que lo despreciaban, ahora cambiaron de opinión y lo honraron y lo estimaron como el mejor de los hombres. Porque no se conformó con salvar a los habitantes de Jabis, sino que realizó una expedición a la tierra de los amonitas y la arrasó, tomando un valioso botín. Regresó a su patria con más gloria que antes. El pueblo se sintió muy satisfecho con las hazañas de Saúl y se alegró de haberlo nombrado rey, y volviéndose con gritos de protesta contra aquellos que habían afirmado que no sería útil para los asuntos del pueblo, pidieron su castigo, diciendo lo que suelen decir las multitudes en casos semejantes, cuando les sonrío la prosperidad, contra los que habían despreciado a los autores de sus triunfos.

Pero Saúl, aunque recibió amablemente el afecto y la buena voluntad de esos hombres, juró que ese día no permitiría matar a ninguno de sus compatriotas, porque sería absurdo mezclar la victoria que Dios les había concedido con la sangre y la matanza de los que eran de la misma raza que ellos; y los instó a celebrar el triunfo con ánimo amistoso.

4. Habiéndoles dicho Samuel que debían confirmar el reinado de Saúl con una segunda ordenación, se congregaron todos en la ciudad de Galgala. El profeta ungió a Saúl con el óleo santo, en presencia de la multitud, y lo declaró rey por segunda vez.

De este modo el gobierno de los hebreos se convirtió en un gobierno real; porque en los tiempos de Moisés y de su discípulo Josué, que fue el general de los hebreos, mantuvieron el régimen de la aristocracia, pero después de la muerte de Josué, y durante dieciocho años, la multitud no tuvo forma estable de gobierno, y vivió en la anarquía. Luego tornaron a su forma anterior de gobierno, confiando la autoridad para juzgarlos al que era el mejor y más valeroso guerrero; por eso fue llamado ese lapso de su gobierno el de los jueces.

5. Luego el profeta Samuel convocó otra asamblea y dijo:

—En nombre de Dios todopoderoso, que trajo al mundo esos excelentes hermanos que fueron Moisés y Aarón, que libertó a nuestros padres del yugo egipcio y de la esclavitud que sufrían en su tierra, os adjuro solemnemente a que no habléis

solamente por el deseo de agradarme, ni suprimáis nada por temor, ni os dejéis llevar por ninguna otra pasión, y digáis si alguna vez he cometido algún acto cruel o injusto, o si he sido guiado por el lucro o la codicia, o por la intención de agradar a terceros. Declarad si alguna vez he tomado un buey o una oveja o algo semejante, aunque siendo para mi sustento se considera que no es acción censurable, o si he tomado algún asno para mi uso en perjuicio de cualquiera. Acusadme de esos crímenes, ahora que estamos en presencia de vuestro rey.

Todos respondieron a gritos que nunca había hecho nada de eso, y que siempre había comandado a la nación con santidad y justicia.

6. Ante el testimonio de su rectitud que prestaba el pueblo, prosiguió diciendo Samuel:

—Ya que aseguráis que no podéis acusarme de nada malo, escuchad entonces lo que ahora os diré con entera libertad. Vosotros habéis cometido un gran acto de impiedad contra Dios pidiendo que os nombraran un rey. Debéis recordar que vuestro abuelo Jacob se trasladó a Egipto a causa del hambre, acompañado únicamente de setenta almas de nuestra familia, y su posteridad se multiplicó hasta sumar muchas decenas de miles. Los egipcios los redujeron a la esclavitud y los oprimieron duramente, y Dios mismo, respondiendo a los ruegos de nuestros padres, envió a Moisés y Aarón, que eran hermanos, y les dio poder para librar a la multitud de sus desgracias, lo cual hicieron sin ningún rey. Ellos nos trajeron a este país que ahora poseéis. Y cuando gozabais los beneficios concedidos por Dios, traicionasteis su culto y religión; y eso que cuando os hallasteis en las manos de vuestros enemigos os libró de ellas, primero haciéndoos superiores a los asirios y sus fuerzas, luego permitiéndoos derrotar a los amonitas y los moabitas y finalmente a los filisteos. Todos estos triunfos los habéis logrado bajo el mando de Jefté y Gedeón. ¿Qué delirio os ha poseído ahora para que queráis alejaros de Dios y vivir bajo el dominio de un rey? He ordenado rey al que Dios eligió para vosotros; y aunque podría manifestaros claramente el enojo de Dios por vuestra elección de un gobierno real, le rogaré que él mismo os lo declare por medio de extrañas señales. Ninguno de vosotros ha visto antes una tormenta de invierno en la época de la cosecha; pues bien, rogaré a Dios que os la haga ver ahora.

No bien hubo dicho estas palabras cuando Dios produjo grandes señales, con rayos y truenos y granizo, confirmando la verdad de todo lo que había manifestado el profeta. Estupefactos y aterrorizados confesaron que habían pecado y que habían caído en el pecado por ignorancia. Y rogaron al profeta, que era para ellos como un padre bueno y amable, que volviera a Dios misericordioso y lo hiciese perdonarles los pecados, los que habían añadido a las ofensas y transgresiones cometidas contra él.

Samuel les prometió entonces que rogaría a Dios, pidiéndole que les perdonara esos pecados. Pero les aconsejó que fueran virtuosos y buenos y que no olvidaran nunca las desdichas que habían sufrido cada vez que se apartaban de la virtud. Y que

recordaran los extraños signos que Dios les había hecho ver y que tuvieran siempre presente el código de Moisés si querían ser protegidos y vivir felices con su rey. Si volvían a descuidar esas cosas, añadió, ellos y su rey sufrirían grandes castigos de Dios.

Hecha esta profecía a los hebreos Samuel los despidió, después de haber confirmado el reinado de Saúl por segunda vez.

# CAPÍTULO VI

## *Los filisteos realizan otra expedición contra los hebreos, y son derrotados*

1. Saúl seleccionó tres mil hombres de la multitud, destinando dos mil para que formaran su guardia personal y residieran en la ciudad de Bezel, y los otros mil para la guardia personal de su hijo Jonatás, a quien envió a Gabaón; éste puso sitio a una guarnición filisteo, cerca de Galgala y la tomó. Porque los filisteos de Gabaón habían derrotado a los judíos, les habían secuestrado las armas y puesto guarniciones en los sitios más fuertes de la región, prohibiéndoles portar ningún instrumento de hierro ni usar el hierro para nada en ningún caso. Por esta razón cuando los labradores tenían que afilar sus herramientas, ya sea palas o rejas de arado, o cualquier otro instrumento agrícola, tenían que acudir a los filisteos.

Cuando los filisteos se enteraron del exterminio de su guarnición montaron en cólera, y considerándolo una terrible ofensa salieron a hacer la guerra a los judíos con trescientos mil hombres de a pie, y treinta mil carros y seis mil caballos<sup>[89]</sup>, e instalaron el campamento en la ciudad de Macma. Informado Saúl, rey de los hebreos, bajó a la ciudad de Galgala y lanzó una proclama a todo el país instando al pueblo a esforzarse por recuperar la libertad y a hacer la guerra a los filisteos, despreciando sus fuerzas y considerándolos no tan grandes como para no intentar combatir con ellos.

Al ver el pueblo que rodeaba a Saúl que los filisteos eran muy numerosos se sintió consternado; muchos se escindieron en cuevas y en cavernas subterráneas, pero la mayor parte huyó hacia el otro lado del Jordán, a las tierras de Gad y de Rubén<sup>[90]</sup>.

2. Saúl mandó a llamar al profeta para consultarlo acerca de la guerra y de los asuntos públicos. El profeta le ordenó que lo aguardara y preparara sacrificios, anunciándole que él iría dentro de siete días, para ofrecer sacrificios el séptimo día y luego entablar batalla con el enemigo.

Saúl esperó la llegada del profeta, pero no cumplió sus órdenes; viendo que tardaba en venir, y que sus soldados desertaban, ofreció por sí mismo los sacrificios. Luego, al enterarse de que llegaba Samuel, salió a recibirlo. El profeta le dijo que había hecho mal en desobedecer las órdenes que le había enviado; el plazo se lo había indicado de acuerdo con la voluntad de Dios y Saúl se había apresurado a hacer mal los sacrificios que Samuel se proponía ofrecer por la multitud. Saúl se defendió aduciendo que había aguardado los días que Samuel le señaló, y que se había anticipado a ofrecer los sacrificios impelido por la necesidad en que se hallaba y porque los soldados se marchaban, atemorizados por la presencia del enemigo en Macma y por los rumores de que se aprestaba a atacarlos en Galgala.

—Si te hubieses conducido como un hombre virtuoso —replicó Samuel—, sin



desobedecer mis órdenes, ni soslayar las órdenes que Dios me sugirió acerca del presente estado de cosas, ni actuar con más premura de la que las circunstancias exigían, te habría sido dado reinar mucho tiempo, y a tus descendientes después de ti.

Ofendido por lo que había acontecido, Samuel regresó a su casa. Saúl, por su parte, en compañía de su hijo Jonatás, avanzó sobre la ciudad de Gabaón, con sólo seiscientos hombres, la mayor parte de los cuales carecía de armas a causa de la escasez de hierro y artífices que supieran trabajarlo. Porque ya hemos dicho que los filisteos no les habían permitido que poseyeran hierro, ni que hubiera artesanos de esa especialidad.

Los filisteos dividieron sus fuerzas en tres compañías y tomando otros tantos caminos devastaron el país de los hebreos, en presencia del rey Saúl y su hijo Jonatás, que no pudieron hacer nada para defenderlo porque sólo disponían de seiscientos hombres.

Saúl y su hijo y el sumo pontífice Aquías, que era descendiente del sumo pontífice Eli, contemplaban apesadumbrados desde una alta loma la devastación de su país. El hijo de Saúl convino con su escudero en que irían privadamente al campo enemigo a provocar el desorden. El escudero le prometió seguirlo a donde lo llevara, aunque le costara la vida.

Jonatás, con la ayuda del mozo, descendió de la loma y se dirigió hacia donde se hallaba el enemigo. El campamento filisteo estaba sobre un precipicio que tenía tres picos terminados en una extremidad pequeña pero larga y aguda y con una roca que los rodeaba como si fueran líneas hechas para prevenir los ataques del enemigo<sup>[91]</sup>. Sucedió que habían descuidado la guardia exterior del campamento, por la seguridad que ofrecía el sitio y porque consideraban completamente imposible no sólo que alguien subiera al campamento por aquel lado sino que pudiera acercarse a él.

En cuanto hubo llegado al campamento Jonatás animó a su escudero diciéndole:

—Vamos a atacar al enemigo; y si cuando nos vean nos ordenan que subamos, ten por seguro que es una señal de victoria. Pero si no dicen nada, si no se proponen invitarnos a subir, nos volveremos.

Cuando estaban cerca del campamento, poco después del alba, y los filisteos los vieron, dijeron entre ellos: «Los hebreos están saliendo de las cuevas», y dirigiéndose a Jonatás y su escudero les gritaron

—Vamos, subid, así podremos daros el castigo que merecéis, por vuestra temeridad de atacarnos.

El hijo de Saúl aceptó la invitación, como signo de victoria, salió del sitio donde había sido visto por el enemigo y cambiando de dirección se encaminó hacia la roca que estaba sin guardias por tratarse de un punto fuerte inaccesible. De ahí subieron trepando con mucho trabajo y dificultades y venciendo los obstáculos naturales del lugar hasta que estuvieron en posición de luchar con el enemigo. Cayeron sobre él cuando estaba durmiendo y mataron unos veinte hombres, provocando tanta sorpresa y desorden que muchos filisteos arrojaron las armas y huyeron. En su mayor parte.

3. Los centinelas de Saúl informaron al rey que había confusión en el campamento de los filisteos. Saúl preguntó si se había ido alguien del ejército y cuando supo que su hijo y el escudero de éste se hallaban ausentes, pidió al sumo sacerdote que se pusiera las vestimentas de su alto sacerdocio y profetizara el éxito que tendrían. El sumo sacerdote dijo que obtendrían la victoria y dominarían al enemigo.

Saúl salió entonces contra los filisteos y los atacó mientras se mataban entre sí. Los que antes se habían ocultado en las cavernas y las grutas, al enterarse de que Saúl triunfaba, corrieron a unirse a sus filas. Cuando el número de sus fuerzas ascendió a unos diez mil hombres, emprendió la persecución del enemigo, que se desparramó por todo el país. Pero luego incurrió en un acto lamentable que merece ser muy censurado. Ya sea por ignorancia, o por la alegría de la victoria tan extrañamente obtenida, lo que suele suceder con las personas afortunadas, que en ese momento no razonan, deseando vengarse e imponer el debido castigo a los filisteos, lanzó una maldición contra todo hebreo «que abandonase la matanza del enemigo o su persecución y tomase alimentos antes de que llegara la noche».

El hijo de Saúl, que estaba en un bosque perteneciente a la tribu de Efraím donde había numerosos panales, y no había oído la maldición de su padre ni la aprobación que le dio la multitud, partió un trozo de panal y comió la miel<sup>[92]</sup>. En ese momento fue informado del anatema con que su padre les había prohibido que probaran bocado antes de la puesta del sol. Jonatás dejó de comer y dijo que su padre había hecho mal, porque si los hombres comieran algo perseguirían al enemigo con más vigor y decisión y matarían mayor número de filisteos.

4. Después de exterminar unos diez mil filisteos, se entregaron a saquear el campamento enemigo, cuando ya era entrada la noche. Tomaron gran botín, así como ganado, al que mataron y comieron con la sangre. Los escribas comunicaron al rey que la multitud pecaba contra Dios, sacrificando y comiendo antes de haber lavado perfectamente la sangre y limpiado la carne<sup>[93]</sup>. Saúl ordenó que se colocara en medio de la multitud una gran roca, y proclamó que mataran sobre ella los sacrificios y que no comieran la carne con la sangre, porque no era aceptado por Dios. El pueblo hizo lo que el rey ordenaba, y Saúl erigió en ese sitio un altar y ofreció holocaustos a Dios.

Fue el primer altar levantado por Saúl.

5. Saúl deseaba conducir a sus hombres al campo enemigo antes del amanecer, para saquearlo; a los soldados no les faltaba voluntad para seguirlo, y estaban muy dispuestos a cumplir sus órdenes. El rey llamó entonces a Aquitob, el sumo sacerdote, y le pidió que indagara si Dios le concedería el favor y el permiso de atacar el campamento enemigo para destruir a los que se hallaran en él. El sacerdote le informó que Dios no respondía.

—Debe de haber alguna causa —replicó Saúl—. Poco antes nos declaró todo lo que deseábamos saber de antemano, y hasta nos previno sin que le preguntáramos. Si ahora se niega a contestar, es porque hay algún pecado escondido entre nosotros que

motiva su silencio. Juro por Dios mismo, que aunque el culpable del pecado resulte ser mi propio hijo Jonatás, lo mataré, y apaciguaré de ese modo la ira de Dios, y lo castigaré como si fuera un extraño y no un pariente.

La multitud aprobó a gritos su decisión; Saúl la reunió a un lado quedando él con su hijo al otro lado y ordenó buscar al culpable por sorteo; el sorteo señaló a Jonatás. Preguntado por su padre qué pecado había cometido y qué hecho de su vida consideraba que podía ser motivo de culpa o profanación, respondió:

—Padre, lo único que hice fue que ayer, ignorando tu maldición y juramento, probé la miel de un panal mientras perseguía al enemigo.

Saúl juró que lo mataría, prefiriendo el cumplimiento de su promesa a todos los lazos de nacimiento y naturaleza. Jonatás no se alteró ante la amenaza de muerte, y ofreciéndose generosa e intrépidamente, dijo:

—No deseo que me perdones, padre; la muerte será para mí muy aceptable procediendo de tu piedad y después de una gloriosa victoria. Tengo el gran consuelo de dejar a los hebreos victoriosos contra los filisteos.

Todo el pueblo, afligido y pesaroso por la suerte de Jonatás, juró que no lo dejaría morir, a él que era el autor de su triunfo. De esta manera lo sacaron del peligro en que se hallaba por la anatema de su padre, y rogaron a Dios que perdonara al joven su pecado.

6. Habiendo matado unos sesenta mil enemigos, Saúl regresó a su casa y tuvo un reinado feliz. Luchó con los países vecinos y sometió a los amonitas, los moabitas, los filisteos, los idumeos y los amalecitas y venció al rey de Soba. Tuvo tres hijos, Jonatás, Jesús y Melquiso, y dos hijas, Meroba y Mico. Abner, el hijo de su tío, fue capitán de su ejército. El tío se llamaba Nero. Éste y Cis, el padre de Saúl, eran hermanos. Saúl poseyó gran número de carros y jinetes; volvió siempre triunfante de todas las guerras que acometió y llevó los asuntos de los hebreos a un alto grado de éxito y prosperidad, haciéndolos superiores a las demás naciones. Su guardia personal estaba formada por los jóvenes de mayor talla y apostura.

## CAPITULO VII

### *La guerra de Saúl contra los amalecitas, y su conquista*

1. Samuel fue a ver a Saúl y le dijo que Dios lo había enviado a recordarle que lo había preferido a todos los demás y lo había ordenado rey, y que por eso debía obedecerle y someterse a su autoridad, considerando que aunque tenía el dominio de las demás tribus, Dios tenía el dominio sobre él y sobre todas las cosas. Le manifestó por lo tanto que Dios le había dicho lo siguiente.

—Como los amalecitas habían inferido a los hebreos grandes ofensas cuando éstos estaban en el desierto y se dirigían, después de salir de Egipto, a la tierra que ahora era de ellos, te ordeno, por lo tanto, que los castigues haciéndoles la guerra, y que después de someterlos no dejes ni a uno solo vivo; los matarás a todos, comenzando por las mujeres y los niños, como castigo por el daño que hicieron a nuestros antepasados. No perdonarás nada, ni asnos ni otros animales, ni dejarás ninguno de ellos para tu ventaja y posesión; los dedicarás universalmente a Dios, para borrar completamente, en obediencia a las órdenes de Moisés, el nombre de Amalec.

2. Saúl prometió cumplir todo lo que le habían ordenado; y juzgando que mostraría mejor su obediencia a Dios, no solamente haciendo la guerra a los amalecitas, sino actuando con decisión y rapidez, reunió sin demora sus fuerzas y después de contarlas en Galgala halló que eran cuatrocientos mil israelitas, además de la tribu de Judá, que contenía treinta mil. Saúl irrumpió en la tierra de los amalecitas, tendió varias emboscadas junto al río, para herirlos no solamente en la lucha abierta sino también caerles encima inesperadamente en los caminos y rodearlos y matarlos.

Entablada la batalla, derrotó al enemigo, lo persiguió y lo destruyó. Obtenida la victoria en esta empresa, como Dios lo había predicho, puso sitio a las ciudades amalecitas, las tomó por la fuerza, en parte con máquinas de guerra y en parte con minas subterráneas y en parte levantando muros en el exterior. A algunos los mataron de hambre; a otros los dominaron por otros métodos. Luego se dedicó a matar a las mujeres y los niños, juzgando que no cometía un acto bárbaro e inhumano, primero, porque eran enemigos, y segundo, porque lo hacía por orden de Dios, a quien era peligroso desobedecer<sup>[94]</sup>.

Tomó en cambio, prisionero a Agag, el rey enemigo, por cuya belleza y estatura sintió tanta admiración que lo consideró digno de ser perdonado. Pero no lo hizo de acuerdo con la voluntad de Dios sino cediendo a impulsos humanos, y dejándose conmovir por una inoportuna conmiseración en un punto que no podía decidir por sí mismo, porque Dios odiaba a la nación de los amalecitas hasta el extremo de que había ordenado a Samuel que no tuviera piedad ni siquiera de los niños a quienes más compadecemos por naturaleza. Pero Saúl salvó al rey, autor de todas las desdichas de

los hebreos, como si prefiriera la buena apariencia del enemigo al recuerdo de lo que Dios le había mandado.

La multitud incurrió en la misma culpa, lo mismo que Saúl, porque salvaron los rebaños y las manadas y los tomaron como botín, habiendo ordenado Dios que no fueran perdonados. Se llevaron también el resto de las riquezas, y destruyeron lo que no valía la pena de llevarse.

3. Después de conquistar a todos los pueblos instalados desde Pelusio, en Egipto, hasta el mar Rojo, devastó el territorio enemigo, pero no tocó a los siquemitas, aunque vivían en el mismo centro de la tierra de Madián. Porque antes de la batalla Saúl envió a decirles que se fueran para no compartir la suerte de los amalecitas, porque eran parientes de Ragüel, el suegro de Moisés.

4. Saúl regresó jubiloso a su casa, por el acto religioso que había cumplido y la conquista de sus enemigos, y como si no hubiera descuidado nada de lo que le había ordenado el profeta cuando partió a combatir contra los amalecitas, y como si hubiese observado puntualmente todo lo que debía hacer. Pero Dios estaba enojado porque había perdonado la vida al rey de Amalec, y porque la multitud se había apoderado del ganado como botín, actos realizados sin su permiso. Consideraba intolerable que hubiesen dominado y conquistado al enemigo con el poder que él les había dado, para ser luego despreciado y desobedecido con una grosería que un simple rey humano no toleraría. Dijo por lo tanto al profeta Samuel que estaba arrepentido por haber ungido rey a Saúl, quien no obedecía lo que le mandaba y se dejaba guiar por sus propias inclinaciones. Samuel se sintió conturbado y rogó toda la noche a Dios que se compadeciera de Saúl y le retirara su enojo. Dios no le concedió el perdón que el profeta pedía, porque no creyó prudente perdonar esa clase de pecados contra sus órdenes, ya que las ofensas crecían con la indulgencia de los ofendidos; buscando la gloria de ser considerados amables y bondadosos, sin quererlo producen otros pecados.

Rechazada por Dios la intercesión del profeta y viendo éste que no modificaría su decisión, Samuel fue al alba a ver a Saúl en Galgala. El rey corrió a su encuentro, lo abrazó y le dijo:

—Doy gracias a Dios que me dio la victoria, porque he cumplido todas sus órdenes.

—¿Cómo es que oigo balar ovejas —replicó Samuel—, y mugir ganado mayor en el campamento?

Saúl respondió que el pueblo había reservado los animales para los sacrificios, pero que la nación de los amalecitas había sido totalmente destruida, de acuerdo con las órdenes recibidas, no quedando un solo hombre vivo, excepto el rey, a quien había traído, y sobre cuya suerte decidirían juntos.

Samuel respondió que a Dios no le satisfacían los sacrificios sino los hombres buenos y virtuosos, o sea los que obedecían su voluntad y sus leyes y consideraban que nada de lo que hacían estaba bien hecho más que cuando lo hacían de acuerdo

con las órdenes de Dios. Y que se juzgaba ofendido no cuando alguien dejaba de hacer un sacrificio sino cuando lo desobedecía. De aquellos que no lo obedecían ni cumplían con ese deber que era la única adoración verdadera y aceptable, no recibía de buen grado sus ofrendas, aunque los sacrificios fueran más numerosos y gruesos que nunca, y los presentes más lujosos, así fueran de oro y plata; los rechazaría, considerándolos más bien señales de perversidad que de piedad.

Añadió que sólo se complacía con aquellos que pensaban únicamente en cumplir las órdenes de Dios, cualesquiera que fueran, y preferían la muerte antes que transgredir alguna de sus órdenes. Y que ni siquiera les requería un sacrificio. Pero cuando lo hacían, aunque fuera una ofrenda magra, lo aceptaba como honra de pobreza con más agrado que las ofrendas procedentes de los hombres más ricos.

—Has de saber, por consiguiente —concluyó— que has provocado la ira de Dios, porque despreciaste y descuidaste lo que te mandó. ¿Cómo crees que Dios respetará un sacrificio de aquello que destinó a la destrucción? A menos que supongas que es lo mismo ofrecerlo a Dios como sacrificio que destruirlo. Debes por lo tanto esperar que te sea quitado el reino y esta autoridad de la que has abusado con tu insolente conducta hasta el extremo de desatender a ese Dios que la concedió.

Saúl admitió entonces que había actuado injustamente, y no negó que había pecado, porque había transgredido las órdenes del profeta. Pero agregó que sólo por temor a los soldados no les había prohibido tomar el botín.

—Perdóname —dijo—, y sé misericordioso conmigo, y en lo sucesivo me cuidaré de no volver a pecar.

Rogó finalmente al profeta que volviera con él para hacer sus ofrendas de agradecimiento a Dios. Pero Samuel se dispuso a regresar a su casa, porque comprendió que Dios no aceptaría su reconciliación con él.

5. Ansioso Saúl de retener a Samuel lo tomó de la capa, y por la vehemencia con que Samuel partió con un movimiento violento, la capa se rasgó. El profeta declaró entonces que de la misma manera le sería arrancado el reino del que se haría cargo un hombre bueno y justo, y que Dios se mantenía en lo que había resuelto, porque ser mudable y cambiante en las determinaciones era propio de las pasiones humanas pero no del poder divino.

Saúl repuso que había sido perverso, pero que lo hecho no podía deshacerse. Y le pidió que lo honrara acompañándolo a adorar a Dios, para que los viera la multitud. Samuel le concedió ese favor y ambos fueron a adorar a Dios. Agag, el rey de los amalecitas, fue llevado a su presencia y cuando le preguntó si sería amarga la muerte, Samuel respondió:

—Del mismo modo que tantas madres hebreas, sumidas en el dolor por tu causa, lloraron la muerte de sus hijos, así también llorará tu madre la tuya.

Ordenó que le dieran muerte inmediatamente en Galgala, y se retiró a la ciudad de Ramata.

## CAPÍTULO VIII

*A raíz de la transgresión por parte de Saúl de las órdenes del profeta, Samuel, de acuerdo con lo que le mandara Dios, ordena privadamente como rey a otro hombre, llamado David*

1. Consciente Saúl de la desdichada situación en que había caído, incurriendo en la enemistad de Dios, se trasladó a su palacio real de Gabaa, nombre que significaba colina, y a partir de ese día no volvió a presentarse delante del profeta. Samuel se dolió por él, pero Dios le dijo que no se preocupara más por Saúl y que tomara el óleo santo y fuera a ver en Betlem a Isaí hijo de Obed, y ungiera al que él le señalaría como futuro rey.

Samuel expresó su temor de que al enterarse Saúl lo matara, por algún medio privado o abiertamente. Dios le prometió hacerlo llegar sano y salvo y Samuel se dirigió hacia la mencionada ciudad. Allí recibió el saludo de sus habitantes, y cuando le preguntaron el motivo de su visita respondió que había ido a ofrecer sacrificios a Dios. Después de cumplir los sacrificios llamó a Isaí y sus hijos para que participaran del festín sacro. Viendo al hijo mayor de Isaí juzgó por su alta estatura y su apostura que ése debía de ser el futuro rey. Pero Samuel se equivocó sobre los propósitos de Dios, porque al preguntarle si debía ungir al joven, a quien admiraba y juzgaba digno de ser rey, Dios le respondió que los hombres no veían del mismo modo que Dios. — Tú respetas la favorable apariencia de ese joven y por eso lo consideras digno de ser rey, yo en cambio propongo el trono no como recompensa de la belleza física sino de la virtud del alma, y busco a alguno que reúna esta condición. Es decir, alguno cuya belleza resida en su piedad, su justicia, su fortaleza y su obediencia; porque esto es lo que significa la apostura del alma.

Ante estas palabras de Dios, Samuel pidió a Isaí que le presentara a todos sus hijos. Isaí llamó a sus cinco hijos restantes, de los cuales Eliab era el mayor, Aminadab el segundo, Samal el tercero, Nataniel el cuarto, Rael el quinto y Asán el sexto. Samuel vio que ninguno de los cinco era inferior en aspecto al mayor y preguntó a Dios a cuál de ellos había elegido. Dios respondió que no era ninguno de ellos, y Samuel preguntó a Isaí si no tenía más hijos. Contestó Isaí que tenía otro, llamado David, pero que era pastor y estaba cuidando a las ovejas. Samuel le ordenó que lo llamara inmediatamente, porque mientras faltara alguno no podía dar comienzo a la fiesta.

Cuando llegó David vio que era pálido, de vista aguda y de aspecto generoso y correcto. Éste, se dijo Samuel, es el que a Dios le place darnos para rey. Sentose a la mesa poniendo al joven a su lado, junto con Isaí y sus otros hijos. Luego tomó aceite, lo puso delante de David, y se lo echó encima, diciéndole al oído que Dios lo había elegido para ser rey, y que debía ser justo y obediente a sus mandamientos, para que

su reinado fuese duradero y su dinastía tuviese gran esplendor y ganase celebridad en todo el mundo. Le anunció que derrotaría a los filisteos y que saldría siempre triunfador de todas las guerras que hiciera contra cualquier nación, sobreviviendo en todas las luchas. Su fama sería gloriosa durante toda su vida y luego dejaría esa gloria a su posteridad.

2. Después de estas exhortaciones Samuel partió. El poder divino dejó a Saúl y pasó a David, quien, con ese traslado a su persona del espíritu divino, comenzó a profetizar. En cuanto a Saúl, fue presa de una extraña y diabólica enfermedad que le provocaba sofocaciones amenazando ahogarlo. Los médicos<sup>[95]</sup> señalaron como único remedio que le buscaran alguna persona capaz de adormecerle las pasiones cantando y tocando el arpa, cuando observara que los demonios comenzaban a perturbarlo.

Saúl ordenó sin demora que buscaran esa persona. Un transeúnte informó que había visto en la ciudad de Betlem a un joven, hijo de Isaí, todavía un niño por su edad, pero bello y apuesto y digno en otros aspectos de consideración, que era muy hábil para tocar el arpa y sabía cantar himnos, además de ser un buen soldado en la guerra.

Saúl mandó recado a Isaí pidiéndole que retirara a David del cuidado de los rebaños y se lo enviara, porque se lo habían encomendado por su apostura y su valor, y quería verlo.

Isaí envió a su hijo, dándole presentes para que los entregara a Saúl. Cuando llegó, Saúl lo recibió complacido y lo nombró su escudero.

Le cobró mucha estima porque sabía aplacarle su pasión; era el único médico que, tocando el arpa y recitando himnos, lograba dominarle los trastornos que le producían los ataques de los demonios y lo tranquilizaba, normalizándole las ideas.

Saúl mandó pedir a Isaí, el padre del joven, que le dejara a David, porque le encantaba su presencia y su compañía. Isaí, no pudiendo negarse al pedido de Saúl, concedió su permiso.



## CAPÍTULO IX

*Los filisteos realizan otra expedición contra los hebreos, bajo el reinado de Saúl, y son derrotados por David que mata a Goliat en combate singular*

1. Poco después los filisteos volvieron a reunirse, y habiendo formado un gran ejército hicieron la guerra a los israelitas. Se apoderaron de un sitio ubicado entre Soco y Azeca e instalaron en él su campamento. Saúl movilizó su ejército para hacerles frente y estableció el campamento en una loma, obligando a los filisteos a abandonar el de ellos y trasladarlo a otra loma, enfrente de aquella que había ocupado Saúl<sup>[96]</sup>, de modo que los dos ejércitos quedaron separados por el valle que corría entre ambas colinas.

Del campo de los filisteos descendió un hombre llamado Goliat, de la ciudad de Gita. Era un hombre de enorme estatura (tenía cuatro codos y un palmo, y armas que estaban en proporción con el tamaño de su cuerpo, una coraza que pesaba cinco mil siclos, un yelmo y grebas de bronce del tamaño necesario para cubrir las piernas de un hombre de ese tamaño prodigioso. La lanza no la llevaba como un arma liviana en la mano derecha, sino cargada al hombro. Tenía además un venablo que pesaba seiscientos siclos, y lo seguían varios escuderos)<sup>[97]</sup>.

El susodicho Goliat se detuvo entre ambos ejércitos, que estaban en tren de combate, y gritó, dirigiéndose a Saúl y los hebreos:

—Os libraré de la batalla y de los peligros. No es necesario que vuestro ejército caiga y sufra. ¿Para qué? Enviadme un hombre de los vuestros que pelee conmigo, y el que gane obtendrá la recompensa de ser el triunfador y decidirá la guerra. Los vencidos servirán a los vencedores. Es mejor y más prudente ganar con el riesgo de un solo hombre que con el de todos.

Dicho esto se retiró a su campamento, pero al día siguiente volvió y repitió su desafío con las mismas palabras, e hizo lo mismo durante cuarenta días seguidos. Saúl y su ejército quedaron aterrorizados, y aunque estaban en formación de batalla no entablaron la lucha.

2. Cuando estalló la guerra entre los hebreos y los filisteos, Saúl envió a David a la casa de su padre Isaí, conformándose con retener a los otros tres hijos que le había enviado para asistirlo y compartir los peligros de la guerra. David volvió a apacentar las ovejas y los rebaños; poco después regresó al campo de los hebreos, enviado por su padre para llevar alimentos a sus hermanos y a averiguar cómo se encontraban. Cuando estaba hablando con sus hermanos oyó al filisteo, que había salido de nuevo a renovar su desafío, y a reprochar y ultrajar al ejército hebreo, diciendo que no había ninguno entre ellos con suficiente valor para hacerle frente. David se sintió indignado y anunció a sus hermanos que estaba dispuesto a aceptar el reto y luchar en combate

singular con aquel adversario.

Eliab, el hermano mayor, lo reprendió, afirmando que hablaba con demasiada imprudencia para su edad, y le ordenó que volviera a su casa. Confundido por las palabras de su hermano, se alejó, pero hablando con unos soldados repitió que estaba dispuesto a aceptar el desafío del filisteo. Los soldados comunicaron al rey la resolución del joven y Saúl lo mandó llamar y le preguntó qué era lo que tenía que decir.

—No te sientas abatido, ¡oh, rey!, ni temas nada; yo aplastaré la insolencia del adversario. Bajaré a combatir con él y lo traeré conmigo, alto y grande como es, para que haga de hazmerreír y tu ejército se llene de gloria cuando se advierta que fue muerto por alguien que no es hombre aún, ni sirve para pelear, ni se le puede confiar el mando de un ejército ni la dirección de una batalla; por alguien que parece un niño, y que en realidad no tiene más edad que la de un niño.

3. Saúl se maravilló ante la audacia de David, pero no se animó a confiar en su capacidad, en razón de su edad. Sólo dijo que sería demasiado débil para pelear con un hombre ducho en el arte de la guerra.

—Emprenderé esta acción —repuso David—, confiando en que Dios estará conmigo, porque ya otras veces recibí su ayuda. Una vez perseguí y cogí un león que había asaltado mis rebaños llevándose un cordero. Le arranqué el cordero de la boca y cuando me saltó furiosamente encima lo tomé por la cola<sup>[98]</sup> y lo maté golpeándolo contra el suelo. Del mismo modo me vengué en otra oportunidad de un oso. Este adversario nuestro no es más que una fiera como aquéllas; hace un rato reprochó a nuestro ejército y blasfemó de nuestro Dios, que lo dominará con mi poder.

4. Saúl rogó entonces a Dios que el final de la contienda no fuera ingrato a la audacia y la decisión del joven. Y le dijo:

—Ve y lucha.

Le puso en el pecho su coraza, le ajustó en la cintura su espada, le colocó el yelmo en la cabeza y lo despachó. Pero David se sintió sobrecargado con la armadura, a la que no estaba acostumbrado y que le impedía caminar.

—Quédate tú con la armadura, ¡oh, rey! —dijo—, que sabes usarla. Dame tu venia para pelear como siervo tuyo y a mi manera.

Dejó la armadura, tomó su cayado, recogió cinco piedras del arroyo, que guardó en la bolsa, y con la honda en la mano derecha se dirigió al encuentro de Goliat. El adversario lo miró con desprecio y lo hizo objeto de bromas, diciéndole que no llevaba las armas que se usan para pelear con un hombre, sino las que se emplean para ahuyentar a los perros.

—¿Es que me tomas por un perro?

—No —replicó David—, por un perro, no. Eres menos que un perro.

Estas palabras provocaron el enojo de Goliat, que lo maldijo en nombre de Dios y lo amenazó con hacer que le comieran la carne las bestias de la tierra y las aves del cielo. A lo que David respondió:

—Vienes a mi encuentro armado de espada, lanza y coraza, y yo tengo a Dios como único escudo; él te destruirá a ti y a todo tu ejército por medio de mis manos. Porque hoy te cortaré la cabeza y arrojaré a los perros las restantes partes de tu cuerpo, y todo el mundo sabrá que Dios es el protector de los hebreos. Nuestras armas y nuestra fuerza están en su providencia, y sin la asistencia de Dios todos los armamentos son inútiles.

Retardado por el peso de su armadura, el filisteo, aunque quiso avanzar apresuradamente contra David, tuvo que hacerlo con toda lentitud, despreciándolo y seguro de que lo mataría porque estaba desarmado y era un niño.

5. Pero el joven hizo frente a su antagonista acompañado por un asistente invisible, que no era otro que Dios. Tomando una de las piedras que había recogido del arroyo y guardado en su bolsa, y ajustándola a la honda, la disparó contra el filisteo. La piedra le dio en la frente y se hundió en el cerebro; Goliat quedó aturdido y cayó de bruces. David corrió, subió sobre el cuerpo de su adversario y con la propia espada de éste, ya que él no llevaba ninguna, le cortó la cabeza.

Al caer Goliat los filisteos quedaron derrotados y huyeron; porque al ver postrado a su campeón tuvieron miedo y resolvieron abandonarlo todo, entregándose a una ignominiosa e indecente fuga.

Saúl y el ejército de los hebreos se lanzaron contra ellos y mataron un gran número y persiguieron al resto hasta las fronteras de Gita y las puertas de Ascalón. Quedaron treinta mil filisteos muertos y el doble de heridos<sup>[99]</sup>. Saúl regresó a su campamento, destrozó sus fortificaciones y las quemó. David arrastró la cabeza de Goliat hasta su tienda, pero dedicó su espada a Dios.

# CAPÍTULO X

*Saúl envidia a David por su gloriosa victoria y aprovecha la promesa que le hace de darle su hija en matrimonio para tenderle una celada, poniendo como condición de que debe llevarle seiscientas cabezas de filisteos*

1. Las mujeres fueron la causa de la envidia y el odio que Saúl concibió hacia David. Porque salieron al encuentro del ejército victorioso con címbalos y tambores y grandes demostraciones de júbilo y cantando. Decían las esposas que Saúl había matado miles de filisteos, y las vírgenes respondían que David había matado decenas de millares<sup>[100]</sup>.

Cuando Saúl las oyó cantar y advirtió que le adjudicaban la parte menor de los elogios, atribuyendo al joven el mayor número, de decenas de millares, pensó que después de ese aplauso a aquél sólo le faltaría ser rey, y comenzó a temer y sospechar de David. Lo retiró del cargo que tenía anteriormente, el de escudero, que le pareció demasiado próximo a su persona, y lo nombró capitán de una milicia; le dio otro puesto que era mejor pero más seguro para Saúl, porque se proponía enviarlo a luchar contra el enemigo esperando que en aquellos peligrosos encuentros perdiera la vida.

2. Pero David tenía a Dios que lo acompañaba a todas partes, y por consiguiente prosperó mucho en todas sus empresas; era tanto su buen éxito que la hija de Saúl, que era virgen, se enamoró de él, de una manera tan visible que no lo pudo ocultar y su padre se enteró.

Saúl lo supo complacido, proponiéndose aprovechar esa oportunidad para tender una celada a David. Declaró a los que le habían informado del afecto de su hija que gustosamente daría la doncella a David en matrimonio. Y agregó:

—Me comprometo a casar a mi hija con él si me trae seiscientas cabezas de enemigos<sup>[101]</sup>. Cuando trate de buscar la gloria aceptando una acción tan peligrosa como increíble, morirá a manos de los filisteos, quedando realizados mis planes a su respecto tal como los pensé, porque me veré libre de él haciéndolo matar, no por mi mano, sino por mano ajena.

Ordenó a sus sirvientes que tantearan de qué modo respondería David ante la propuesta de contraer matrimonio con la joven. Los sirvientes comenzaron a hablar con David, diciéndole que el rey Saúl lo amaba, lo mismo que el pueblo, y que el rey quería emparentar con él mediante el enlace de su hija. A lo que respondió David

—¿Os parece cosa sencilla ser el yerno del rey? Pues, a mí, no, sobre todo siendo de familia baja, sin gloria ni honor.

Enterado Saúl de la respuesta de David, dijo:

—Díganle que no quiero dinero, ni dote, lo que sería más bien vender a mi hija que darla en matrimonio; sólo deseo tener un yerno que posea fortaleza y toda clase

de virtudes, y esas virtudes las veo en él; no quiero que me dé, por casarse con mi hija, ni oro ni plata, ni que me traiga esas riquezas de la casa de su padre; sólo quiero venganza contra los filisteos. Seiscientas cabezas de filisteos serían un presente mucho más deseable y más glorioso; prefiero recibir ese obsequio y no la dote acostumbrada, vale decir, prefiero que mi hija se case con un hombre de esas cualidades y que pueda ofrecer el testimonio de haber vencido a sus enemigos.

3. Cuando las palabras de Saúl llegaron a los oídos de David, éste se sintió complacido y supuso que Saúl deseaba realmente emparentar con él. Sin pensarlo más, ni detenerse a considerar si la propuesta era posible y si ofrecía o no dificultades, él y sus compañeros salieron inmediatamente contra el enemigo para cumplir la condición del matrimonio.

Y como era Dios el que hacía todas las cosas posibles y fáciles para David, mató a muchos y cortando la cabeza a seiscientos de ellos se las llevó al rey y le pidió permiso para casarse con su hija.

No pudiendo eludir sus compromisos, y juzgando que sería una bajeza aparecer como embustero por haber prometido a su hija, o como traicionero, por proponer cosas imposibles para que lo mataran, le dio en matrimonio a su hija, que se llamaba Mical.

## CAPÍTULO XI

*David escapa a las trampas que le tiende Saúl gracias al afecto y los cuidados de Jonatás y los recursos de su esposa Mical. Su entrevista con el profeta Samuel*

1. Saúl no estaba dispuesto a continuar mucho tiempo en esa situación. Viendo que David gozaba de la estima de Dios y de la multitud, tuvo miedo, y no pudiendo ocultar su temor referente a cosas importantes como eran su reino y su vida, porque perder uno u otra sería igualmente terrible, resolvió hacer matar a David y encomendó la tarea a su hijo Jonatás y a sus más fieles servidores.

Sorprendido Jonatás por el cambio que había experimentado su padre con respecto a David, cambio tan completo que después de demostrarle tanta benevolencia había pasado a dar la orden de matarlo, y como estimaba al joven y lo respetaba por sus virtudes, le informó de la misión secreta que le había encomendado su padre y de las intenciones que abrigaba hacia él. Le aconsejó que tuviera cuidado y se ausentara al día siguiente y que él iría a saludar a su padre y si lo encontraba en disposición favorable hablaría con él para averiguar la causa de su disgusto. Le diría que no había motivo para ello, y que por un delito menor no debía matar a un hombre que tanto había hecho por la multitud y lo había beneficiado a él mismo con hazañas que bien merecían el perdón, aunque hubiese sido culpable de los mayores crímenes. Luego —concluyó—, te informaré la decisión de mi padre.

David aceptó el ventajoso consejo, y no se presentó ante el rey.

2. Al día siguiente Jonatás fue a ver a Saúl y encontrándolo en buen estado de ánimo comenzó a hablarle de David.

—Padre, ¿qué acción injusta, grande o chica, cometió David para que nos ordenes matar a un hombre que fue ventajoso para tu conservación y más aún para castigar a los filisteos? Un hombre que libró al pueblo hebreo de burla y reproche, soportados durante cuarenta días seguidos, que fue el único de suficiente valor para aceptar el reto del adversario, y que luego trajo las cabezas enemigas que le indicaste y recibió como premio el enlace con mi hermana. Su muerte sería dolorosa para nosotros, no sólo por sus virtudes sino por nuestro parentesco, porque tu hija sufrirá con su muerte y se verá obligada a experimentar el estado de viudez antes de haber gozado de la vida conyugal. Considera todo esto, y cambia tu decisión por otra más misericordiosa, para no perjudicar a un hombre que en primer lugar nos hizo la gran merced de devolverte la salud. Cuando un espíritu malo y los demonios se habían apoderado de ti, los expulsó y procuró descanso a tu alma libertándola de sus incursiones; y en segundo lugar nos vengó de nuestros enemigos. Sería una acción vergonzosa olvidar estos beneficios.

Saúl se apaciguó con estas palabras y juró a su hijo que no haría ningún daño a

David; así es como un discurso justo suele apagar el enojo y los temores.

Jonatás mandó a buscar a David y le dio buenas noticias de su padre, diciéndole que estaba salvado. Y llevó a David a presencia de su padre, continuando David con el rey como antes.

3. Fue en aquel entonces cuando, al hacer los filisteos una nueva expedición contra los hebreos, Saúl mandó a David a combatirlos con el ejército. David les dio batalla y mató muchos de ellos y volvió victorioso junto al rey. Pero Saúl no lo recibió como esperaba, porque estaba pesaroso por su prosperidad y pensaba que después de su gloriosa actuación sería más peligroso que antes. Como el espíritu diabólico volvió a hacer presa de él, y lo enfermó y perturbó, llamó a David a la alcoba donde yacía y teniendo una lanza en la mano le ordenó que lo apaciguara tocando el arpa y cantando himnos.

Mientras David cumplía la orden, Saúl alzó el brazo y le arrojó con gran fuerza la lanza; David lo advirtió a tiempo y la eludió y huyó a su casa, donde permaneció todo el día.

4. Por la noche el rey envió oficiales con el encargo de vigilarlo y evitar que huyera sigilosamente, y hacerlo comparecer luego a la sala de justicia donde sería condenado a muerte<sup>[102]</sup>.

Enterada Mical, la esposa de David e hija del rey, de los designios de su padre, fue a ver a su esposo, inquieta por el peligro que corría y preocupada también por su propia suerte, porque no podría seguir viviendo si se veía privada de su marido.

—Que el sol no te encuentre aquí cuando salga de nuevo —le dijo—, porque será la última vez que te vea. Huye al amparo de la noche y que Dios la prolongue para ti. Porque has de saber que si mi padre te encuentra, eres hombre muerto.

Mical lo hizo descender por la ventana con la ayuda de una cuerda y logró salvarlo. Luego preparó la cama como para un enfermo, y puso debajo de las cobijas el hígado de una cabra. Cuando, al romper el alba, su padre envió a buscar a David, dijo a los mensajeros que David no se había sentido bien toda la noche y les mostró la cama cubierta, haciéndoles creer, por los latidos del hígado que hacía mover las cobijas, que David estaba acostado y respiraba como un asmático.

Los mensajeros informaron a Saúl que David se había sentido mal toda la noche y el rey ordenó que lo llevaran como estaba para hacerlo matar. Volvieron los mensajeros y al levantar las cobijas descubrieron la artimaña de la mujer; inmediatamente se lo comunicaron al rey.

Saúl se quejó ante Mical de que había salvado a su enemigo y ella inventó una plausible defensa para justificarse. Dijo que David la había amenazado de muerte y tuvo que ayudarlo para salvarse. Agregó que tenía que perdonarla por haberlo ayudado, ya que no lo había hecho por su propia voluntad sino por necesidad.

—Supongo —terminó—, que te interesará más la vida de tu hija que la muerte de tu enemigo.

Saúl perdonó a la joven. David, por su parte, habiéndose librado del peligro, fue a

Rama a ver al profeta Samuel y le relató las celadas que le había tendido el rey; le dijo que había estado a punto de ser muerto cuando Saúl le arrojó la lanza, aunque no había cometido ningún crimen, ni había sido cobarde peleando con el enemigo y en cambio había salido siempre triunfante, con la ayuda de Dios. Lo cual era precisamente la causa del odio de Saúl.

5. Enterado el profeta del proceder injusto del rey, partió de la ciudad de Ramata llevando a David consigo; fueron a un sitio llamado Galbaat, donde se instalaron. Cuando Saúl supo que David estaba con el profeta, envió soldados con orden de prenderlo y conducirlo a su presencia.

Los soldados llegaron hasta donde se hallaba Samuel y se encontraron con una congregación de profetas; se apoderó entonces de ellos el espíritu divino y comenzaron a profetizar. Al saberlo Saúl envió a otros soldados, que arrebatados por el mismo impulso profetizaron de igual modo que los anteriores; envió entonces a un tercer grupo, que también profetizó como los otros. Enojado Saúl resolvió ir personalmente, pero cuando estaba cerca y aún antes de que lo viera, el profeta Samuel lo hizo profetizar a él también. Cuando se acercó Saúl estaba tan posesionado del espíritu divino, que quitándose la ropa cayó al suelo y quedó prosternado todo el día y toda la noche delante de Samuel y de David.

6. David fue a ver a Jonatás, hijo de Saúl, y se lamentó de las celadas que le tendía su padre. Aunque no era culpable de ningún delito ni lo había ofendido en nada, estaba empeñado en hacerlo matar. Jonatás lo exhortó a que no diera crédito a sus sospechas ni a las calumnias de los que llevaran esos informes, y que confiara en él y tuviera valor. Su padre no abrigaba, sin duda, ese propósito, porque de otro modo se lo habría dicho, para pedirle su opinión, como lo consultaba siempre en todas las cosas para actuar de acuerdo con él.

David le juró que era cierto, y le pidió que le creyera y buscara los medios de salvarlo, en lugar de rechazar lo que con gran sinceridad le había dicho, y esperar para creerlo a verlo muerto o enterarse por informes de terceros del asesinato de su amigo. La razón de que su padre no se lo hubiese dicho era que conocía la amistad y el afecto que los unía.

7. Cuando Jonatás comprobó que no podía convencer a David de las buenas intenciones de Saúl, le preguntó qué podía hacer por él.

—Sé —respondió David— que tú quieres complacerme en todo, y darme lo que deseo. Mañana hay luna nueva, y ese día acostumbro a cenar con el rey. Si te parece bien saldré de la ciudad y me esconderé. Si Saúl te pregunta por mí dile que me fui a Betlem, mi ciudad, a participar de un festival de mi tribu, y agrega que tú me diste permiso para ir. Si te dice, como es habitual entre amigos: «¡Que tenga buen viaje!», sabrás que no abriga contra mí intenciones perversas u hostiles, pero si responde otra cosa será un signo seguro de sus designios adversos. Luego me informarás de las intenciones de tu padre como prueba de tu compasión y tu amistad, por cuya instancia aceptaste las seguridades de mi afecto y me garantizaste las tuyas, que son las de un



amo hacia su siervo. Pero si descubres en mí alguna maldad, protege a tu padre y mátame tú mismo.

8. Jonatás se indignó ante estas últimas palabras, y le prometió hacer lo que quería e informarle si las respuestas de su padre contenían alguna enemistad contra él. Y para que confiara en él firmemente lo llevó al aire libre, bajo el cielo del campo, y le juró que no omitiría nada que pudiera tender a la protección de David.

—Apelo a ese Dios —dijo—, que como ves se encuentra en todas partes y conoce mis intenciones, antes de que las explique con palabras, y lo tomo como testigo de este trato que hago contigo, de que no dejaré de hacer frecuentes pruebas de los propósitos de mi padre, hasta que averigüe si hay alguna asechanza en lo más recóndito de su alma. Y cuando lo sepa, no te lo ocultaré, te lo diré, sea buena o mala su inclinación. Dios sabe con qué fervor le ruego que esté siempre contigo; está contigo ahora y no te abandonará, y te hará superior a tus enemigos, aunque mi padre sea uno de ellos, o yo mismo. Recuerda únicamente estas palabras; y si me sucediera alguna desgracia, protege la vida de mis hijos y lo que yo ahora hago por ti hazlo a tu vez por ellos.

Después de prestar el juramento, despidió a David, pidiéndole que fuera a cierto lugar de la llanura donde solía hacer sus ejercicios. En cuanto supiera los propósitos de su padre, iría a reunirse con él llevando un solo criado.

—Si disparo tres flechas al blanco —dijo—, y ordeno al criado que vaya a buscarlas, porque estarán delante de él, sabrás que no hay nada que temer de parte de mi padre; pero si me oyes decir lo contrario, es porque debes esperar lo contrario del rey. De todos modos quedarás a salvo por mi intermedio y no sufrirás ningún daño. Pero no olvides lo que te he pedido para cuando estés en la prosperidad, y sé atento con mis hijos.

Recibidas estas seguridades de Jonatás, David se dirigió al sitio indicado.

9. Al día siguiente, que era de luna nueva, el rey se purificó, de acuerdo con la costumbre, y se fue a cenar. Vio sentados a la mesa a su derecha a su hijo Jonatás y a su izquierda a Abner, capitán de su ejército; el asiento de David estaba vacío. El rey no dijo nada, pensando que no se había purificado después de haber estado con su esposa, y no podía venir. Pero al día siguiente, cuando vio que tampoco se había hecho presente el segundo día del mes, preguntó a su hijo Jonatás por qué el hijo de Isaí no había concurrido a la cena y la fiesta ni el día anterior ni ese día.

De acuerdo con lo convenido, Jonatás respondió que se había ido a su ciudad, al festival de su tribu, con permiso de él. Añadió que lo había invitado al sacrificio.

—Si me das permiso —dijo—, iré, porque tú conoces el afecto que le tengo.

Y entonces Jonatás supo que Saúl odiaba a David y conoció claramente cuál era su estado de ánimo. Saúl no pudo contener su ira y reprochó a Jonatás; lo llamó hijo de descarriada y enemigo, y le dijo que era socio de David y su asistente, y que con su conducta demostraba una falta de consideración hacia él mismo, y hacia su madre, y que no quería convencerse de que mientras David estuviera vivo correría peligro el

reinado. Luego ordenó que fuera a buscarlo para que sufriera su castigo.

—¿Qué hizo para que quieras castigarlo? —preguntó Jonatás.

Saúl ya no se conformó con las palabras para expresar su indignación; apoderándose de su lanza la lanzó sobre Jonatás para matarlo. No pudo lograrlo porque se lo impidieron sus amigos, pero reveló claramente que odiaba a David y deseaba eliminarlo, hasta el punto de que casi había matado a su propio hijo.

10. El hijo del rey se levantó apresuradamente de la mesa, sin poder probar bocado, y lloró toda la noche de pesar, tanto por haber estado a punto de perder la vida como porque la muerte de David estaba resuelta. Al rayar el alba salió a la llanura que había delante de la ciudad, como si fuera a realizar sus ejercicios, pero en realidad para informar a su amigo sobre los propósitos de su padre, como le había prometido. Después de hacer lo que habían arreglado, despidió a su criado, ordenándole que volviera a la ciudad, y se dirigió al desierto a buscar a David y hablar con él.

Apareció David y cayó a los pies de Jonatás, haciéndole reverencias y llamándolo salvador de su vida. Jonatás lo hizo levantar y ambos se confundieron en un abrazo, y derramando lágrimas lloraron por su juventud, por la amistad de la que los privaría la envidia y por la separación que era ahora inminente y que les parecía peor que la muerte. Recuperándose finalmente de sus lamentaciones y exhortándose mutuamente a recordar los juramentos, se separaron.

## CAPÍTULO XII

*David huye a reunirse con Agimélec y luego con el rey de los filisteos y de los moabitas. Y Saúl mata a Agimélec y su familia*

1. David huyó del rey y del peligro de muerte y llegó a la ciudad de Naba; allí fue a ver al sacerdote Agimélec, quien al verlo solo, sin amigos ni sirvientes, se extrañó y le preguntó la causa de que nadie lo acompañara. David respondió que el rey le había encomendado una misión secreta, y que había ordenado a sus criados que lo esperaran en un sitio que nombró.

Luego le pidió que lo proveyera de alimentos, diciéndole que si lo hacía, cumpliría un acto de amistad y lo ayudaría en su misión. Obtenido lo que pidió, le preguntó si tenía armas, una espada o una lanza. Estaba presente un siervo de Saúl, sirio de nacimiento, llamado Doeg, que cuidaba las mulas del rey. El sumo sacerdote repuso que no tenía armas.

—Pero —agregó—, aquí está la espada de Goliat, la que después de matar al filisteo dedicaste a Dios.

2. Recibida la espada, David huyó del país de los hebreos y pasó al de los filisteos, en el que reinaba Anco. Cuando los criados del rey lo vieron informaron a éste que aquél era el David que había matado muchas «decenas de miles» de filisteos. David tuvo miedo de que el rey lo hiciera matar, sufriendo a sus manos una suerte peor que la que había evitado escapando de los dominios de Saúl. Fingió estar loco y rabioso, dejando caer la saliva de la boca y simulando otros síntomas delante del rey de Gita para convencerlo de su enfermedad. El rey se enojó con sus criados por haberle llevado un insano y ordenó que expulsaran inmediatamente a David.

3. De este modo escapó David de Gita y llegó hasta la tribu de Judá y se escondió en una cueva junto a la ciudad de Adulam. Envió un recado a sus hermanos, informándoles dónde estaba, y ellos fueron a reunirse con él con todos sus parientes. Muchos otros que estaban necesitados o temían al rey Saúl fueron a juntarse con ellos y formaron un cuerpo declarando que estaban dispuestos a cumplir las órdenes de David. Eran unos cuatrocientos.

David cobró ánimos, con esa fuerza que había ido a ayudarlo. Partió y fue a ver al rey de los moabitas, pidiéndole que albergara a sus padres mientras sus asuntos siguieran en el estado incierto en que se hallaban. El rey le concedió ese favor y atendió muy respetuosamente a los padres de David todo el tiempo que estuvieron con él.

4. Luego David obedeció la orden del profeta de salir del desierto y trasladarse al territorio de la tribu de Judá. Llegó a la ciudad de Sara y allí se quedó. Cuando Saúl supo que David había sido visto con una multitud, sintió gran desconcierto y preocupación. Sabiendo que era audaz y valiente, sospechó que acontecería algo

extraordinario que haría llorar a Saúl y lo pondría en apuros. Reunió a sus amigos y comandantes y a la tribu de la que procedía, en la colina donde estaba su palacio. Sentado en un sitio llamado Arura y rodeado de sus cortesanos y dignatarios y su guardia personal, les habló de esta manera:

—Vosotros que sois hombres de mi tribu, supongo que recordaréis los beneficios que os he dado; a algunos de vosotros os he hecho dueños de tierras, os he nombrado comandantes y concedido puestos de honor. Os pregunto ahora si esperáis que el hijo de Isaí os haga donaciones mayores. Porque yo sé que todos vosotros os inclináis hacia él; incluso mi propio hijo Jonatás es de esa opinión, y os persuade a que la compartáis. No ignoro los juramentos y convenios concertados entre él y David, y de que Jonatás es consejero y asistente de los que conspiran contra mí; vosotros no estáis comprometidos, pero guardáis silencio y permanecéis a la expectativa de lo que ocurra.

Nadie contestó a la palabras del rey, excepto Doeg, el sirio, el que alimentaba las mulas, quien dijo que había visto a David cuando fue a ver al sumo sacerdote Agimélec en Naba, por cuyas profecías averiguó los hechos de lo futuro. Añadió que había recibido de él alimentos y la espada de Goliat, y fue conducido con seguridad a donde quería ir.

5. Saúl mandó a buscar al sumo sacerdote y toda su parentela, y le dijo:

—¿Qué cosa terrible o ingrata te he hecho para que recibieras al hijo de Isaí y le dieras víveres y armas, mientras él conspira para arrebatarme el trono? Además, ¿por qué le hiciste oráculos sobre lo futuro? No podías ignorar que huyó de mí y que odia a mi familia.

El sumo sacerdote no negó lo que había hecho; confesó con franqueza que le había suministrado esas cosas, no para complacer a David, sino a Saúl.

—Yo no sabía —dijo—, que era tu adversario; pensé que era tu fidelísimo siervo y capitán de una milicia de tus soldados, y lo que es más aún, tu yerno y tu pariente. Nadie confiere estos favores a un adversario, sino a quien estima digno del mayor respeto y buena voluntad. Tampoco fue la primera vez que le había profetizado; lo hice otras veces, a menudo, lo mismo que ahora. Me dijo que tú lo habías enviado con mucha prisa a cumplir una misión, y pensé que si no lo proveía de lo que deseaba, atentaría contra ti y no contra él. Por lo tanto, no pienses mal de mí, y no sospeches de lo que yo consideré un acto de humanidad, a causa de lo que ahora te dicen sobre las tentativas de David, porque yo lo hice por servir a tu amigo, tu yerno y tu capitán de milicia, y no a tu adversario.

6. Las palabras del sumo sacerdote no persuadieron a Saúl; su miedo era tan grande que no pudo dar crédito a una disculpa que era justa. Ordenó a los hombres armados que lo rodeaban que lo mataran a él y a toda su familia. Como no se animaron a tocar al sumo sacerdote, temiendo más desobedecer a Dios que al rey, ordenó a Doeg el sirio que le diera muerte. Doeg se hizo ayudar por otros hombres tan perversos como él y mató a Agimélec y sus familias, que eran en total trescientas

ochenta y cinco personas. Saúl envió luego emisarios a Naba, la ciudad de los sacerdotes, con orden de matar a todos los que se encontraran en ella, sin perdonar a mujeres ni niños, de ninguna edad, y de incendiar la ciudad. Sólo un hijo de Agimélec, llamado Abiatar, logró escapar.

Estas cosas ocurrieron tal como las había predicho Dios al sumo sacerdote Eli, cuando le dijo que su posteridad sería destruida, por la transgresión de sus dos hijos.

7. La conducta del rey Saúl, al cometer un crimen tan bárbaro, asesinando a toda la familia de la dignidad del sumo pontífice, sin tener conmiseración por los niños, ni respeto por los ancianos, y arrasando la ciudad que Dios había elegido para propiedad y mantenimiento de los sacerdotes y profetas que en ella vivían, y la había destinado como única ciudad asignada para la educación de esos hombres, hace comprender y considerar la disposición de los hombres que cuando son de baja condición y carecen de poder para dar rienda suelta a su genio y sus gustos, se muestran equitativos y moderados, y sólo persiguen lo que es justo, y se empeñan en ese sentido con su pensamiento y su acción. Entonces creen que Dios está presente en todos los actos de su vida, y que no sólo los ve sino que conoce sus pensamientos, de los que surgen las acciones.

Pero en cuanto adquieren poder y autoridad abandonan todos esos conceptos, y como si no fueran más que actores de teatro, se quitan los disfraces y se vuelven audaces e insolentes y desprecian las leyes humanas y divinas. Y precisamente lo hacen cuando más necesitan ser piadosos y justos, porque están más que nadie expuestos a la envidia y todo lo que piensan y dicen es observado por todos los hombres.

Se vuelven insolentes en sus actos, como si Dios ya no los viera, o temiera su poder. Y ya sea que se aterroricen por los rumores, o que odien por inclinación, o que amen sin razón, todo les parece legítimo, firme, auténtico, y grato a los hombres y a Dios. En cuanto a lo que vendrá después, poco les preocupa.

Premian con honores a los que les prestan servicios, y luego les envidian la fama; los elevan a grandes dignidades y luego no sólo se las quitan sino que les quitan también la vida, con acusaciones perversas que por su naturaleza extravagante son increíbles.

Castigan a los hombres no por las acciones que merecen condenación, sino basados en calumnias y acusaciones sin examen, y haciendo extensivo el castigo no sólo a los que lo merecen sino a todos los que puedan matar. Estas reflexiones nos parecen claramente confirmadas por el ejemplo de Saúl hijo de Cis, primer rey que gobernó después de la aristocracia y el gobierno de los jueces, quien mató a trescientos sacerdotes y profetas por sospechar de Agimélec, con la maldad adicional de arrasarles la ciudad, como si quisiera destruir el templo, los sacerdotes y los profetas sin dejar ni siquiera el lugar que pudiera producir otros.

8. Abiatar hijo de Agimélec, el único que se salvó de la familia de sacerdotes asesinados por Saúl, huyó, se reunió con David y le informó de la calamidad que

había caído sobre su familia y de la muerte de su padre.

David respondió que cuando vio a Doeg sospechó lo que podría ocurrir, pensando que sin duda acusaría falsamente al sumo sacerdote ante el rey, y se culpó de haber sido el causante de la desgracia. Pero le pidió que se quedara a vivir con él, porque allí estaría mejor oculto que en cualquier otra parte.

## CAPÍTULO XIII

*David tiene dos veces la oportunidad de matar a Saúl, y no lo hace. Muerte de Samuel y Nabal*

1. Por aquel entonces David fue informado de que los filisteos habían hecho una incursión en el país de Keilá y lo habían saqueado, y se ofreció a luchar contra ellos, si Dios, al ser consultado por el profeta, le otorgaba la victoria. El profeta le dijo que Dios había dado una señal de victoria y David atacó a los filisteos con su compañía, derramándoles mucha sangre y retirándose con el botín. Se quedó con los habitantes de Keilá hasta que recogieron el trigo y los frutos.

El rey Saúl se enteró de que David se hallaba con los hombres de Keilá, porque los hechos y el gran triunfo obtenido no quedaron confinados al sitio de la acción; se difundieron y llegaron al conocimiento de otras personas hasta que el episodio y el nombre de su autor fueron llevados a oídos del rey.

Saúl se alegró de saber que David estaba en Keilá.

—Dios lo puso en mis manos —dijo—, ya que lo obligó a ir a una ciudad que tiene muros, puertas y cerrojos.

Ordenó que todo el pueblo corriera a Keilá, y que después de sitiarse y tomarla, mataran a David. Pero David se anticipó; habiendo sabido por Dios que si se quedaba en la ciudad, los habitantes de Keilá lo entregarían a Saúl, tomó sus cuatrocientos hombres y se retiró a un desierto que se hallaba junto a una ciudad llamada Engadi. Enterado el rey de que había huido de Keila, abandonó la expedición.

2. David se fue luego de allí y se trasladó a cierto lugar llamado Cena (La Nueva), perteneciente a Zifene; allí fue a verlo Jonatás hijo de Saúl, lo saludó y lo exhortó a tener ánimo y esperanza en lo porvenir y no desalentarse por las presentes circunstancias, porque él sería rey y tendría a sus órdenes a todas las fuerzas hebreas. Pero añadió que esa dicha suele venir con grandes trabajos y penas. Luego renovó los juramentos de confianza y fidelidad mutua y puso a Dios de testigo de las execraciones que se había lanzado a sí mismo para el caso de que transgrediera el pacto y cambiara de conducta por otra contraria. Jonatás lo dejó luego, más tranquilo en sus inquietudes y temores, y regresó a su casa.

Los hombres de Zifene, para complacer a Saúl, le informaron que David se hallaba entre ellos y que si se trasladaba a la ciudad se lo entregarían; si el rey ocupaba los caminos de Zifene, David no podría huir a ningún otro pueblo.

El rey elogió su fidelidad, manifestando que les quedaba agradecido por la información que le habían dado de su enemigo; y les prometió que no pasaría mucho tiempo sin que les recompensara su amabilidad. Mandó un grupo de hombres para buscar a David y registrar el desierto, y aseguró que él los seguiría personalmente.

Los zifenos se adelantaron al rey para cazar a David, y se empeñaron no sólo en

demostrar su buena voluntad a Saúl, informándole dónde estaba su enemigo, sino para evidenciarlo más claramente entregándolo en sus manos. Pero esos hombres fracasaron en sus malos propósitos tanto más injustos cuanto que no hubieran corrido ningún riesgo por no hacer esas revelaciones a Saúl; no obstante acusaron falsamente y prometieron traicionar a un hombre amado por Dios, que era buscado injustamente para ser muerto y que podía haber seguido oculto, y todo para halagar al rey y esperar su recompensa. Cuando David se enteró de las malignas intenciones de los zifenos y de que se acercaba Saúl, abandonó los desfiladeros de esa comarca y huyó a las grandes rocas del desierto de Maon.

3. Saúl se apresuró a perseguirlo; estando en marcha se enteró que David había salido de los desfiladeros de Zifene y se dirigía hacia el otro lado de la roca. Pero la noticia de que los filisteos habían realizado otra incursión en el país de los hebreos desvió a Saúl de la persecución cuando David estaba a punto de ser apresado; tuvo que volverse para hacer frente a los filisteos, que eran el enemigo hereditario y juzgaba más necesario vengarse de ellos que apresar a un enemigo personal y permitir el saqueo de su país.

4. De ese modo David escapó inesperadamente al peligro en que se hallaba, y llegó a los desfiladeros de Engadi. Expulsados los filisteos, Saúl recibió la información de que David se encontraba dentro de los límites de Engadi. Tomó entonces tres mil hombres armados selectos y se apresuró a trasladarse hasta allí. Cuando ya estaba cerca vio una cueva profunda y vacía junto al camino, con una gran abertura, ancha y larga, que era precisamente donde se ocultaban David y sus cuatrocientos hombres.

Teniendo necesidad de aliviar el cuerpo, entró solo en la cueva. Uno de los compañeros de David lo vio y dijo a David que por la providencia de Dios tenía ahora oportunidad de vengarse de su adversario, y le aconsejó que le cortara la cabeza y se librara de sus preocupaciones y su vida errante. David se levantó pero cortó solamente la falda de la vestimenta que llevaba puesta Saúl; luego, habiendo cambiado inmediatamente de opinión, declaró que no era justo matar al que era su amo, y a quien Dios había considerado digno de ocupar el trono; aunque abrigaba malas intenciones hacia él, no quería responderle de la misma manera.

Después que Saúl salió de la cueva David corrió hasta la entrada y le gritó que lo escuchara. El rey se volvió y David, de acuerdo con la costumbre, se prosternó ante él de cara al suelo y dijo:

—No debes, ¡oh, rey!, prestar oídos a los perversos y a los que inventan calumnias, ni complacerlos hasta el punto de creer lo que dicen, ni abrigar sospechas de los que son tus mejores amigos, sino juzgar la disposición de los hombres por sus actos, porque la calumnia engaña a los hombres, pero las acciones son una clara demostración de sus buenos sentimientos. Las palabras, por su propia naturaleza, pueden ser verdaderas o falsas, pero las acciones de los hombres exponen abiertamente sus verdaderas intenciones. Guiándote por ellas bien podrás creerme, y



creer en mi respeto hacia ti y tu casa, y no dar crédito a los que fraguan acusaciones atribuyéndome propósitos que jamás he tenido, ni es posible que se realicen; por eso quieres quitarme la vida, y sin darme respiro ni de día ni de noche tratas injustamente de acorralarme para darme muerte. ¿Cómo has llegado a concebir la falsa idea de que yo quiero matarte? ¿Cómo no ha de ser un crimen de impiedad contra Dios, buscar la pérdida y juzgar adversario al hombre que hoy te tuvo en su poder y pudo vengarse y castigarte, y no lo hizo? No aproveché la oportunidad que tú en mi caso no hubieras dejado pasar, porque cuando te corté un trozo del vestido lo mismo podría haberte cortado la cabeza.

David le mostró el trozo del vestido como prueba de que le estaba diciendo la verdad.

—Yo me abstuve de tomar una justa venganza, pero tú no tienes reparos en perseguirme con tu odio injusto. Que Dios haga justicia y resuelva sobre nuestras respectivas conductas.

Asombrado Saúl ante su extraña salvación, e impresionado grandemente por la moderación y la generosidad del joven, se echó a llorar. David hizo lo mismo, y el rey le dijo que él tenía motivos para llorar.

—Tú fuiste bueno conmigo, y yo te he devuelto mal por bien.

Hoy demostraste poseer la virtud de los antiguos que determinaron que el hombre debe salvar a su enemigo cuando lo sorprende en un lugar desierto. Ahora estoy convencido de que Dios reserva el trono para ti, y de que obtendrás el mando de todos los hebreos. Asegúrame con juramento que no extirparás a mi familia, y que por el recuerdo del mal que te hice no destruirás a mi posteridad, y que en cambio salvarás y protegerás a mi casa.

David se lo juró como lo deseaba, y envió a Saúl de vuelta a su reino. Mientras que él y sus acompañantes se dirigieron a los desfiladeros de Masterón.

5. Por aquel entonces murió el profeta Samuel. Fue un hombre que gozó entre los hebreos de un respeto extraordinario. El aprecio de su virtud y el afecto que lo rodeaba se revelaron en el duelo que guardó el pueblo por él durante mucho tiempo, en la solemnidad y el pesar que se manifestaron en los funerales y en la observancia de todo el rito fúnebre.

Lo sepultaron en Armata, su ciudad natal, y lo lloraron muchos días. No fue el pesar público con el que se lamenta la muerte de un extranjero; cada cual la sintió profundamente como si fuera la de un pariente personal.

Fue un hombre justo, de carácter amable y por eso muy querido por Dios. Gobernó y presidió al pueblo, solo, después de la muerte del sumo pontífice Eli, durante doce años, y luego dieciocho junto con el rey Saúl. Y con esto damos por terminada la historia de Samuel.

6. Había un hombre de la tierra de Zifene, de la ciudad de Maón, que era rico y tenía numeroso ganado; un rebaño de tres mil ovejas y otro de mil cabras. David había encargado a sus compañeros que no dañaran ni perjudicaran esos rebaños, ni

por codicia, ni por necesidad, ni porque estuvieran en el desierto y no podían ser fácilmente descubiertos; debían poner por encima de todo el principio de no perjudicar a nadie y considerar un crimen horrible, contrario a la voluntad de Dios, tocar lo que pertenecía a otro hombre.

David les dio estas instrucciones, pensando que concedía su favor a un hombre que lo merecía. El hombre se llamaba Nabal, y era rudo, de vida perversa y conducta cínica, pero había tenido la suerte de casarse con una mujer de buen carácter, prudente y hermosa.

David envió a Nabal, cuando estaba esquilando, diez de sus hombres, para saludarlo en su nombre y desearle que le sonriera la suerte durante muchos años, y pedirle que le suministrara un poco de lo que él tenía en abundancia, ya que sin duda se había enterado por sus pastores que sus hombres no lo habían ofendido y habían sido en cambio sus guardianes durante todo el tiempo que había durado su permanencia en el desierto. Añadieron que no se arrepentiría de dar algo a David.

Transmitido el mensaje, Nabal respondió a los mensajeros de manera ruda e inhumana, preguntándoles quién era David. Cuando le dijeron que era el hijo de Isaí, replicó que ahora a los fugitivos que abandonaban a sus amos les daba por volverse insolentes y pretenciosos.

Enterado David de su respuesta, montó en cólera y ordenando a cuatrocientos hombres que lo siguieran con sus armas, dejó doscientos al cuidado de las cosas (porque ya tenía seiscientos), y se dirigió al campo de Nabal, jurando que aquella noche destruiría completamente su casa y sus posesiones. David estaba ofendido, no sólo por su ingratitud, por no haber correspondido a la cortesía demostrada, sino también por haberlo reprochado usando palabras viles, sin tener motivo ninguno de disgusto.

7. Uno de los que cuidaban los rebaños de Nabal informó a su ama, la esposa de Nabal, que su esposo había recibido con palabras poco civiles a los mensajeros de David, a pesar de que David había tomado extraordinarios cuidados para evitarle todo daño a sus rebaños; ese episodio sería indudablemente desastroso para su amo.

Oyendo estas palabras del criado, Abigail, que éste era su nombre, ensilló su asno y lo cargó con toda clase de regalos; y sin decir nada a su marido (que estaba borracho), se dirigió al encuentro de David, a quien vio cuando descendía la colina, al frente de sus cuatrocientos hombres. La mujer bajó del asno y prosternándose de cara al suelo le rogó que no tomara en cuenta las palabras de Nabal, porque éste era realmente lo que indicaba su nombre. Nabal en hebreo significa locura. Abigail se disculpó diciendo que no había visto a los mensajeros de David.

—Perdóname —dijo—, y agradece a Dios por haberte impedido derramar sangre humana; porque mientras tú te mantengas inocente, Dios te vengará de los perversos, y las desdichas que aguardaban a Nabal caerán sobre la cabeza de tus enemigos. Sé generoso conmigo y considérame digna de aceptarme estos presentes y por consideración hacia mí, olvida tu ira y tu enojo contra mi esposo y su casa; puesto

que has de ser nuestro rey la gentileza y la humanidad te sentarán.

David aceptó los regalos y le dijo:

—Sólo la misericordia de Dios, mujer, fue la que te trajo hasta aquí, porque de lo contrario no verías el día de mañana, porque yo había jurado destruir la casa de Nabal esta misma noche, sin dejar vivo a nadie que pertenezca a ese hombre que fue tan ingrato conmigo y mis compañeros. Tú llegaste a tiempo para apaciguarme, porque estás bajo la providencia de Dios. En cuanto a Nabal, aunque ahora eluda gracias a ti el castigo, no siempre podrá huir de la justicia y su conducta será algún día su ruina.

8. Dicho esto David despidió a la mujer. Abigail volvió a su casa y encontró a su marido comiendo con una gran compañía, y ofuscado por el vino; no dijo nada de lo que había ocurrido pero al día siguiente cuando Nabal estaba sereno, le contó todos los detalles. Las palabras de la mujer y la pena que le produjeron le dejaron el cuerpo como si estuviera muerto; vivió diez días más y murió.

Al saberlo David dijo que Dios lo había vengado justamente, porque Nabal había muerto por su propia maldad quedando las manos de David limpias. Comprendió entonces que los perversos eran perseguidos por Dios, que no descuidaba a nadie, que daba a los buenos lo que les correspondía e infligía un merecido castigo a los malos. Envió a buscar a la esposa de Nabal, invitándola a vivir con él y ser su esposa. La mujer respondió a los mensajeros que no era digna de tocar los pies de David; pero fue con todos sus criadas y se convirtió en su esposa, recibiendo ese honor por su prudencia, su vida virtuosa y su belleza. David ya tenía una esposa, que era de la ciudad de Atiesar. En cuanto a Mical, la hija del rey Saúl, que había sido esposa de David, su padre la había dado en matrimonio a Feltias hijo de Liso, de la ciudad de Galim.

9. Después de esto varios zifenos fueron a decir a Saúl que David había vuelto a su tierra, y que si los ayudaba, lo aprehenderían. Saúl se trasladó a Zifene con tres mil hombres armados, y al acercarse la noche instalaron el campamento en un lugar llamado Sicela.

Enterado David de que Saúl marchaba contra él envió espías a averiguar en qué lado del país se hallaba. Cuando supo que estaba en Sicela, ocultando su salida a sus compañeros se dirigió hacia el campamento de Saúl acompañado por Abiseo, el hijo de su hermana Saruía, y por Agimélec el heteo.

Saúl estaba durmiendo; los hombres armados con su comandante, Abner, dormían tendidos alrededor, formando círculo. David penetró en la tienda del rey, pero no lo mató, aunque sabía dónde estaba tendido, porque Saúl tenía la lanza clavada en el suelo al lado de él, ni permitió a Abiseo que lo matara, aunque éste deseaba decididamente hacerlo. David declaró que sería un crimen horrible matar al hombre que había sido ordenado rey por Dios, aunque fuera un hombre perverso; aquél que le había dado el poder a su turno lo castigaría.

Contuvo, por lo tanto, a Abiseo, pero para demostrar que había estado en su mano matarlo, tomó la lanza y la bota de agua que tenía Saúl a su lado y salió sin ser

advertido del campamento, donde todos dormían. Se retiró y después de atravesar un arroyo, subió a una loma, desde la que podía ser oído, y llamó a grandes voces a los soldados de Saúl y a su comandante Abner, hasta despertarlos. El comandante lo oyó y preguntó quién lo llamaba.

—Soy yo —respondió David—, el hijo de Isaí, a quien vosotros habéis convertido en un vagabundo. ¿Pero qué es esto? ¿Tú que eres un hombre de tan gran dignidad y de primera fila en la corte del rey, tan poco te preocupas por la seguridad de tu amo? ¿Tiene para ti más importancia dormir que cuidar y proteger al rey? La negligencia de todos vosotros merece la muerte y el castigo, porque no habéis advertido hace un rato que alguien entró en el campamento y llegó hasta el sitio donde dormía el rey. Si buscas la lanza del rey y su bota de agua, comprenderás la desgracia que estuvo a punto de ocurrir en vuestro campo sin que lo sepáis.

Saúl oyó la voz de David y comprendió que lo había tenido en su poder mientras dormía y sus guardias se preocupaban poco de cuidarlo; a pesar de todo no lo había matado, perdonándolo cuando podía haberlo matado con toda justicia. Y le dijo que le debía dar las gracias; lo exhortó a que tuviera valor y no temiera nada de él en lo sucesivo, y le aseguró que podía volver a su hogar; porque ahora estaba convencido de que David lo amaba más que él mismo; había alejado de su lado al hombre que mejor lo habría protegido y que le había dado tantas demostraciones de su buena voluntad. Lo había obligado a vivir desterrado mucho tiempo, temiendo por su vida, separado de sus amigos y parientes; él, en cambio, le había salvado la vida varias veces cuando estaba en peligro de perder.

David le pidió que mandara a buscar la lanza y la bota de agua, y agregó que Dios sería el juez de su carácter y de los actos de uno y otro, porque él sabía que se había abstenido de matarlo cuando pudo haberlo hecho.

10. Por aquel entonces los filisteos resolvieron hacer la guerra de David, Saúl se retiró al palacio real de su ciudad. David, temeroso de que si se quedaba en aquel sitio sería apresado por Saúl, creyó más prudente trasladarse al país de los filisteos y quedarse allí a vivir. Fue, por lo tanto, con sus seiscientos hombres, a ver a Anco, rey de Gita, que era una de sus cinco ciudades.

El rey lo recibió con su gente y les dio un lugar para habitar. David tenía consigo a sus dos esposas, Agima y Abigail y se instaló en Gita. Enterado Saúl no volvió a hablar de enviar o ir a buscarlo, ya que dos veces había sido apresado por él cuando trataba de aprehenderlo.

No obstante David no quiso quedarse en la ciudad de Gita, y pidió al rey, que lo había recibido con tanta humanidad, que le concediera otro favor y le otorgara un lugar del país como residencia; temía que si seguía viviendo en la ciudad sería una carga gravosa para él. Anco le dio una aldea llamada Secela, que luego recordaron con cariño él y sus hijos, cuando fue rey.

Pero sobre esto daremos información al lector en otro sitio. David vivió en Secela, en el país de los filisteos, cuatro meses y veinte días. Privadamente atacó a los

serritas y los amalecitas que eran vecinos de los filisteos, arrasó sus países y después de tomar gran botín de animales y camellos, regresó a su casa. David perdonó a los hombres<sup>[103]</sup>, temiendo que informaran al rey Anco, pero mandó a éste una parte del botín como presente voluntario. Cuando el rey preguntó a quién había atacado para recoger ese botín, le dijo que a las poblaciones judías del sud que vivían en la llanura, y logró que el rey le creyera. Éste concibió la esperanza de que habiendo David combatido contra los de su propia nación podría mantenerlo toda la vida como servidor de él en su tierra.

## CAPÍTULO XIV

*Los filisteos salen nuevamente contra los hebreos y los derrotan. Mueren en el combate Saúl y sus hijos*

1. Por aquel entonces los filisteos resolvieron hacer la guerra a los israelitas, y mandaron llamar a todos sus confederados para que fueran con ellos a Renga a hacer la guerra; allí se reunirían y atacarían de sorpresa a los hebreos. Anco, rey de Gita, quiso que David lo asistiera con sus hombres contra los hebreos. David accedió diciéndole que había llegado el momento de devolverle su bondad y su hospitalidad.

El rey le prometió nombrarlo su guardia personal después de la victoria, si la batalla con el enemigo se decidía en su favor. Esta promesa de honores y confianza se la hizo para acrecentar su celo.

2. Saúl, el rey de los hebreos, había expulsado del país a los adivinos y nigromantes y a todos los demás que ejercían esas artes, exceptuando a los profetas. Al enterarse de que venían los filisteos y de que habían instalado campamento cerca de la ciudad de Suna, situada en la llanura, se puso en marcha contra ellos a la cabeza de sus fuerzas. Al llegar a una montaña llamada Gelboe instaló su campamento delante del enemigo. Pero al ver al ejército del enemigo se sintió grandemente perturbado porque le pareció numeroso y superior al suyo.

Interrogó a Dios por medio de los profetas acerca de la batalla, para saber de antemano cuáles serían sus acciones. Como Dios no contestara, Saúl sintió acrecentar grandemente sus temores: perdió el valor, previendo, como era razonable suponer, que sufriría un descalabro, al no contar con la asistencia de Dios.

Ordenó a sus sirvientes que averiguaran por medio de alguna mujer nigromante de las que llamaban el alma de los muertos, si las cosas sucederían en la medida de sus deseos. Esas mujeres evocaban el alma de los muertos y predecían por su intermedio los hechos futuros a los que deseaban conocerlos. Uno de sus sirvientes le dijo que en la ciudad de Endor había una mujer de éstas. Sin que nadie lo supiera en el campamento, Saúl se quitó sus vestimentas reales y llevando consigo dos criados de los más fieles fue a Endor a ver a la mujer y le rogó que le adivinara lo porvenir y que llamara a un alma que él le nombraría. La mujer se negó, diciendo que no quería violar el edicto del rey que había proscrito esa clase de adivinas, y que hacía mal, porque ella no le había hecho ningún daño, en tenderle esa celada para que cometiera una acción prohibida que le acarrearía un castigo.

Saúl le juró que nadie sabría lo que hiciera y que él no le diría a nadie lo que le predijera y no correría ningún peligro. Inducida la mujer por el juramento a no temer ningún daño, Saúl le pidió que llamara al alma de Samuel. Sin saber quién era Samuel, la mujer lo evocó del otro mundo.

Cuando llegó, la mujer vio que era venerable, de formas divinas y quedó

perturbada. Atónita ante su vista, preguntó:

—¿No eres tú el rey Saúl?

Porque Samuel le había informado quién era. Saúl le respondió afirmativamente y le preguntó a qué se debía su perturbación. La mujer le dijo que había visto ascender una persona que por su forma era como un Dios. Saúl le pidió que le dijera cómo era, cómo vestía y de qué edad parecía ser.

—Era un anciano —respondió ella—, un personaje glorioso, vestido con un manto sacerdotal.

El rey comprendió que se trataba de Samuel, y postrándose de cara al suelo lo saludó y lo veneró. El alma de Samuel le preguntó por qué lo había molestado haciéndolo venir.

Saúl se lamentó de la necesidad en que se hallaba; sus enemigos lo presionaban y no sabía qué hacer; Dios lo había abandonado y no podía obtener de él la predicción de lo que vendría, ni por los profetas ni por sueños.

—Éstas son las razones de que haya recurrido a ti, que siempre me atendiste.

Pero Samuel, viendo que había llegado el fin de la vida de Saúl, dijo:

—Es vano tu deseo de averiguar algo más por mi intermedio, ya que Dios te abandonó. Escucha, sin embargo, lo que te digo; David será rey y concluirá con buen éxito esta guerra. Tú perderás tu dominio y tu vida, porque no obedeciste a Dios en la guerra con los amalecitas, ni observaste sus mandamientos, como te lo predije cuando estaba vivo. Has de saber, por lo tanto, que el pueblo será sometido a sus enemigos, y que tú y tus hijos caerán mañana en la batalla, y tú vendrás a reunirme conmigo.

3. Al oír estas palabras Saúl quedó mudo de dolor y cayó al suelo, ya sea por el pesar que le había causado el anuncio, o porque no había comido nada desde el día anterior. Cuando con grandes dificultades volvió en sí la mujer lo obligó a tomar algún alimento, pidiéndoselo como única recompensa por el oráculo que le había dado, temerosa del que no había reconocido. Por eso le pidió que le permitiera ponerle una mesa con alimentos para que recobrará las fuerzas y volviera sano y salvo al campamento.

Saúl rechazó su propuesta a causa de su ansiedad, pero la mujer insistió y al fin lo convenció de que comiera. Tenía un ternero por el que sentía mucho cariño, al que cuidaba y alimentaba personalmente, porque era una mujer que vivía de su trabajo y no poseía más que un solo ternero. Lo mató y lo aderezó y lo sirvió a Saúl y sus sirvientes. Saúl volvió al campamento cuando todavía era de noche.

4. Es justo encomiar la generosidad de esa mujer, porque habiendo prohibido el rey el empleo de sus artes que le habían dado más bienestar, aunque nunca había visto al rey no le guardó rencor por haber condenado su ciencia y no lo rechazó como extraño y desconocido.

En cambio le tuvo compasión y lo consoló y lo exhortó a vencer su disgusto y le ofreció el único bien que poseía, como pobre mujer que era; y lo hizo sinceramente, con mucha humanidad, sin pedirle nada en cambio de su amabilidad, ni persiguiendo

favores futuros, porque sabía que el rey iba a morir; los hombres en cambio son naturalmente ambiciosos para complacer a los que les dan beneficios o están muy dispuestos a servir a aquellos de quienes esperan alguna ventaja.

Es digno de imitar el ejemplo de esa mujer, haciendo el bien a quien lo necesita; y pensar que nada es mejor ni más propio de la humanidad que esa general beneficencia, ni nada que haga más fácilmente favorable a Dios y dispuesto a acordarnos cosas buenas.

Y esto es suficiente en lo que respecta a la mujer. Pero quiero hablar ahora de otro tema, que me dará oportunidad de comentar lo que es ventajoso para las ciudades, los pueblos y las naciones, y conveniente para el gusto de las personas buenas, y a todos inducirá a conservar la virtud y podrá mostrarles la forma de conseguir gloria y fama imperecedera. También servirá para imprimir en los reyes de las naciones y los gobernantes de las ciudades inclinación y diligencia para hacer el bien, y animarlos a arrostrar peligros y a morir por sus patrias y les enseñará a despreciar las más terribles adversidades. La ocasión para desarrollar estas reflexiones me la proporciona Saúl, el rey de los hebreos.

Aunque por la predicción del profeta conocía su destino y su próxima muerte, no pensó rehuirla, ni aun por amor a la vida, ni llegar hasta el punto de entregar a su pueblo al enemigo y deshonorar la dignidad real. Exponiéndose, él y su familia, al peligro, juzgó que era un acto de arrojo caer junto con ellos en la lucha por sus objetivos. Era mejor que sus hijos murieran demostrando valor que dejarlos abandonados a su conducta incierta. Dejó en cambio a sus sucesores y a la posteridad una fama duradera.

Un hombre así me parece a mí justo, valiente y sabio; y cuando alguien ha llegado a ese estado de ánimo, o llegará después, ése es el hombre que debe ser honrado por todos con el testimonio de un hombre virtuoso y valiente. A los que van a la guerra con la esperanza del triunfo y de volver sanos y salvos después de haber realizado alguna acción gloriosa, pienso que no hacen bien los que los llaman valientes, como muchos historiadores y escritores suelen hacerlo, aunque confieso que también ellos merecen con justicia cierto encomio, pero sólo pueden ser reputados de valientes y audaces en grandes empresas y despreciadores de la adversidad, los que imitan a Saúl.

Los que ignoran la suerte que la guerra les tiene deparada, y aunque se entregan sin desmayos a un futuro incierto, y son arrojados de un lado para otro, como un navegante en un mar embravecido, no son ejemplos muy eminentes de generosidad, aunque puedan realizar grandes hazañas; pero cuando saben de antemano que deben morir y que sufrirán la muerte en la batalla, y no sólo no se asustan ni se pasman ante el terrible destino que les espera sino que van directamente a su encuentro, éstos son los que yo considero hombres realmente valientes. Así lo hizo Saúl, demostrando con ello que aquellos que quieran ser famosos después de la muerte deben actuar de esta manera, sobre todo los reyes, a quienes su alto cargo les prohíbe no sólo ser malos



para gobernar a sus súbditos sino también ser nada más que moderadamente buenos.

Podría decir mucho más de Saúl y su valor, porque el tema lo permite, pero por no aparecer excesivo en su elogio vuelvo a la historia de la que me aparté para hacer esta digresión.

5. Los filisteos, como dije, instalaron el campamento y contaron las fuerzas por naciones, reinos y gobiernos. El rey Anco venía al final de todos con su ejército, y detrás de él David con sus seiscientos hombres. Cuando los comandantes de los filisteos lo vieron, preguntaron al rey de dónde venían esos hebreos y quién los había invitado.

Achis respondió que era David, que había huido de su jefe Saúl y a quien él había recibido cuando fue a su tierra. Ahora quería devolverle los favores y vengarse de Saúl, y se había convertido en su aliado.

Los comandantes le reprocharon por haber tomado como aliado a un enemigo, y le aconsejaron que lo despidiera, porque si su jefe le daba una oportunidad de reconciliarse con él haría daño a sus amigos. Previéndolo prudentemente, le aconsejaron que lo enviara de vuelta con sus seiscientos hombres al sitio que le había dado para habitar, porque aquél era el David a quien las vírgenes habían celebrado en sus himnos diciendo que había destruido decenas de miles de filisteos.

Oyendo esto el rey de Gita juzgó que tenían razón y llamando a David le dijo:

—Yo puedo atestiguar que me has demostrado diligencia y amabilidad, y por eso te tomé como aliado; pero lo que hice no agrada a nuestros comandantes. Luego, dentro de un día te volverás al sitio que te di, sin temer ningún daño, y cuidarás allí mi país contra la posibilidad de que hagan alguna incursión nuestros enemigos; ésa será una parte de la ayuda que espero de ti.

Obedeciendo la orden del rey de Gita David regresó a Secela, pero ocurrió que mientras David había ido a ayudar a los filisteos irrumpieron en el lugar los amalecitas, tomando a Secela y prendiéndole fuego. Después de apoderarse de un gran botín allí y en otras partes de la tierra de los filisteos, se retiraron.

6. David se halló con que Secela había sido arrasada y saqueada y que sus dos esposas y las esposas de sus compañeros y sus respectivos hijos habían sido tomados en cautiverio. David se rasgó las ropas llorando y lamentándose, junto con sus amigos. Se sintió tan abrumado por la desgracia, que al final hasta le faltaron las lágrimas. Corrió además el peligro de ser apedreado por sus compañeros que, afligidos por la captura de sus esposas y sus hijos, culpaban a David de lo ocurrido.

David se recuperó de su pesar y elevó sus pensamientos a Dios, pidiendo al sumo sacerdote Abiatar que se pusiera las vestimentas sacerdotales, interrogara a Dios y profetizara si persiguiendo a los amalecitas le concedería la victoria sobre ellos y salvaría a sus esposas e hijos, castigando a sus enemigos.

El sumo sacerdote le ordenó perseguirlos y él marchó en su seguimiento con sus seiscientos hombres. Al llegar a un arroyo llamado Basel encontraron a un vagabundo, un egipcio medio muerto de hambre (hacía tres días que erraba por el

desierto). David le dio de comer y beber, tonificándolo, y luego le preguntó de quién era y de dónde venía.

El hombre le dijo que era egipcio y que había sido abandonado por su amo porque estaba enfermo y débil y no podía seguirlo. Su amo era uno de los jefes que habían quemado y saqueado a Secela y otras partes de Judea. David lo usó como guía para buscar a los amalecitas; los encontró desparramados por el suelo, algunos comiendo, otros descompuestos y completamente borrachos de vino, gozando por las depredaciones y el botín que habían obtenido.

David cayó sobre ellos de improviso e hizo una gran matanza, porque estaban desarmados y no esperaban ningún ataque, y se entregaban a festejar y beber. De este modo fueron fácilmente destruidos. Algunos, sorprendidos junto a las mesas, fueron muertos en esta postura, mezclándose la sangre con los alimentos y las bebidas. A otros los mataron mientras brindaban con sus copas y a otros cuando estaban amodorrados con el vientre lleno.

A los que tuvieron tiempo para armarse los mataron tan fácilmente como a los que estaban desarmados. Los compañeros de David continuaron la matanza desde las primeras horas del día hasta la noche, no quedando vivos más que cuatrocientos amalecitas, los que pudieron huir saltando sobre sus dromedarios y sus camellos.

David recuperó no sólo el botín que el enemigo se había llevado, sino también sus esposas y las esposas de sus compañeros. Cuando volvieron al sitio donde habían dejado los doscientos hombres que no los habían podido seguir y se habían quedado a cuidar sus efectos, los cuatrocientos de la expedición no creyeron conveniente dividir con ellos la presa obtenida, ya que no los habían acompañado a perseguir al enemigo pretextando debilidad, y manifestaron que deberían conformarse con haber recobrado sus esposas. Pero David declaró que esa opinión era perversa e injusta, y que si Dios les había concedido el favor de que se vengaran de sus enemigos y recuperaran lo que les pertenecía, debían distribuir lo obtenido en partes iguales, porque los restantes se habían quedado para cuidar las cosas. Desde entonces rige la ley de que aquellos que se quedan a cuidar las cosas reciben una parte igual a la de los combatientes.

De regreso David en Secela, envió partes de la presa a sus familiares y amigos de la tribu de Judá. De ese modo terminaron los hechos del saqueo de Secela y de la matanza de los amalecitas.

7. En tablada la batalla con los filisteos hubo un encuentro reñido y los filisteos resultaron vencedores y mataron gran número de sus enemigos. Saúl, rey de Israel, y sus hijos, se condujeron con gran valentía y decisión, sabiendo que toda su gloria dependía nada más que de morir honrosamente. Se expusieron al mayor peligro (ya que no les quedaba ninguna otra esperanza), y atrajeron sobre sí todo el poder del enemigo, hasta que fueron rodeados y muertos, pero no antes de matar numerosos filisteos.

Los hijos de Saúl eran Jonatás, Aminadab y Melquiso, y cuando cayeron muertos la multitud de los hebreos se dio a la fuga en desorden y confusión, y fue perseguida

y exterminada por los filisteos. Saúl por su parte huyó rodeado por una fuerte guardia de soldados y perseguido por filisteos que les arrojaban jabalinas y les disparaban flechas. Saúl perdió a sus compañeros, salvo unos pocos y él mismo peleó con gran bravura. Cuando las numerosas heridas que había recibido no le permitieron seguir en pie ni continuar luchando, como no podía matarse a sí mismo, pidió a su escudero que le sacara la espada y lo atravesara con ella, para evitar que el enemigo lo tomara vivo. El escudero no se animó a matar a su amo, y Saúl sacó la espada y apoyándose sobre la punta trató de ensartarse en la hoja.

No lo pudo lograr y viendo un joven que pasaba cerca le preguntó quién era. Enterado de que era un amalecita, le pidió que le empujara la espada dentro del cuerpo, porque él no podía hacerlo por sí mismo<sup>[104]</sup>.

El joven accedió y tomando luego el brazalete de oro que llevaba Saúl y la corona de oro que tenía en la cabeza, huyó corriendo. Viendo el escudero que Saúl estaba muerto, se mató él también. De los guardias del rey no escapó ninguno; todos cayeron en la montaña llamada Gelboe. Enterados los hebreos que vivían en el valle al otro lado del Jordán, y los de las ciudades de la llanura, de que habían caído Saúl y sus hijos y que la multitud que los rodeaba había sido destruida, abandonaron las ciudades y se refugiaron en las fortalezas amuralladas. Los filisteos hallaron las ciudades desiertas y se instalaron en ellas.

8. Al día siguiente fueron los filisteos a despojar los cuerpos de los enemigos. Encontraron los cadáveres de Saúl y sus hijos, los despojaron y les cortaron la cabeza. Luego enviaron mensajeros a todo el país informando que había caído el enemigo; consagraron las armas en el templo de Astarté, y colgaron los cuerpos en cruces en las paredes de la ciudad de Bezana, que ahora se llama Escitópolis. Al saber los habitantes de Jabis de Galaad que habían desmembrado los cadáveres de Saúl y sus hijos, consideraron que sería terrible consentir esa barbaridad y dejarlos sin sepultura. Los más valientes y osados (y en esa ciudad había hombres fuertes y decididos), viajaron toda la noche, llegaron a Bezana y descolgando de los muros enemigos los cuerpos de Saúl y sus hijos se los llevaron a Jabis. El enemigo, impresionado por su audacia, no se atrevió a impedirlo.

Todo el pueblo de Jabis lloró, y después de quemar los cuerpos los inhumaron en el mejor sitio del país, un lugar llamado Arura. Observaron duelo público durante siete días, hombres, mujeres y niños, que se golpearon el pecho y lloraron al rey y sus hijos, sin tomar alimentos ni bebida.

9. Eso fue el fin de Saúl, profetizado por Samuel, por haber desobedecido la orden de Dios acerca de los amalecitas, y por haber matado a Agimélee y su familia y destruido la ciudad de los sacerdotes. Saúl reinó dieciocho años durante la vida de Samuel, y veintidós después de su muerte.

# LIBRO VII

*Comprende un lapso de cuarenta años*

# CAPÍTULO I

David es rey de una sola tribu, en Hebrón, mientras el resto de la multitud reconoce como rey al hijo de Saúl

1. Aquel combate se libró precisamente el día en que David volvió a Ziclag, después de vencer a los amalecitas. Dos días más tarde, o sea el tercero después de la batalla, fue a verlo el hombre que había dado muerte a Saúl. Huyendo del combate entre israelitas y filisteos, llegaba con los vestidos rasgados y la cabeza cubierta de cenizas. Se prosternó delante de David y éste le preguntó de dónde venía.

—De la batalla de los israelitas —respondió el hombre. Le informó que la lucha había tenido un fin infortunado, muriendo decenas de miles de israelitas, entre ellos Saúl y sus hijos. Añadió que él lo sabía porque había presenciado la victoria obtenida contra los hebreos, y estaba con el rey cuando huyó. No negó tampoco que él mismo había dado muerte al rey, cuando estaba a punto de ser tomado prisionero por el enemigo, habiéndole pedido el mismo rey que lo hiciera, porque aunque se hallaba caído sobre su espada las grandes heridas que recibió lo habían debilitado tanto que no tenía fuerza suficiente para terminar de matarse. Como prueba de lo que decía, el hombre le mostró el brazalete de oro y la corona que había sacado al cuerpo muerto de Saúl para llevárselos a David.

Ya no pudo dudar David de que Saúl había muerto y rasgándose la ropa pasó todo el resto del día llorando y lamentando su muerte junto con sus compañeros. El dolor aumentó aún más por Jonatás, hijo de Saúl, que había sido su amigo más fiel y el que le había salvado la vida. David reveló poseer tanta virtud y tanta generosidad con Saúl, que no sólo sintió su muerte, aunque había estado muchas veces en peligro de perder la suya a sus manos, sino que castigó además al que lo había matado. David le dijo que se había acusado a sí mismo declarando que había dado muerte al rey, y al enterarse de que era un hijo de amalecita ordenó que lo mataran. Escribió también lamentaciones y encomios fúnebres de Saúl y Jonatás, que se conservan hasta ahora.

2. Después de rendir honores al rey y concluido el duelo, David preguntó a Dios por medio del profeta qué ciudad de la tribu de Judá le señalaría como residencia. Dios le contestó que le acordaba la ciudad de Hebrón. Dejó entonces a Ziclag y se trasladó a Hebrón, llevando a sus dos esposas, y sus hombres. Allí lo recibió el pueblo de la tribu y lo proclamó rey.

Enterado de que los habitantes de Jabes de Galaad habían sepultado a Saúl y sus hijos les envió sus felicitaciones y elogió su acción y les prometió recompensarlos por la piedad que habían tenido con los muertos. Al mismo tiempo les informó que la tribu de Judá lo había elegido rey.

3. No bien Abner hijo de Ner, general del ejército de Saúl, hombre activo y de buen carácter, supo que el rey Jonatás y sus otros dos hijos habían caído en la batalla, se dirigió apresuradamente al campamento y llevándose al hijo restante de Saúl, cuyo nombre era Isboset, pasó al otro lado del Jordán y lo proclamó rey de toda la

multitud, con excepción de la tribu de Judá; e instaló la sede real en un sitio llamado en nuestra lengua Mahanaim y en griego Campamentos. De ahí se dirigió Abner con un cuerpo selecto de soldados para luchar con la tribu de Judá, indignado de que hubiese nombrado rey a David.

Les salió al encuentro, de acuerdo con la indicación de David, el general de su ejército Joab, hijo de Sury de Saruía, hermana de David. Lo acompañaban sus hermanos Abisai y Asahel y los hombres de David. Se encontraron con Abner junto a una fuente de la ciudad de Gabeón, y se prepararon para la lucha. Abner manifestó su deseo de saber quién tenía los soldados más valientes, y convinieron en que pelearan entre ellos doce soldados de cada bando.

Los elegidos por cada general se adelantaron, quedando entre los dos ejércitos; después de arrojarse las lanzas cada cual sostuvo a su contrincante la cabeza y todos se traspasaron mutuamente, con la espada, un costado y la ingle, hasta que todos murieron juntos, como si se hubiesen puesto de acuerdo. Caídos esos hombres, entre los restantes de los dos ejércitos se entabló una enconada lucha, y los soldados de Abner fueron derrotados.

Joab no dejó de perseguirlos, incitando a sus hombres a que los siguieran bien de cerca y no se cansaran de matarlos. También sus hermanos los persiguieron con gran decisión, especialmente el más joven de ellos, Asahel, famoso por la ligereza de sus pies; no solamente ganaba en velocidad a los hombres sino que, según se decía, había sobrepasado a un caballo corriendo con él<sup>[105]</sup>.

Asahel partió violentamente tras de Abner, sin apartarse de la línea recta ni hacia la izquierda ni hacia la derecha. Abner, volviéndose hacia atrás, trató repetidamente de detener su impulso. A veces le ordenaba que abandonara la persecución y tomara las armas de uno de sus soldados, caídos; otras veces, no pudiendo convencerlo, lo exhortaba a que se contuviera y dejara de perseguirlo, y que no lo obligara a matarlo, porque luego no podría presentarse delante de su hermano.

Asahel no aceptaba ningún argumento y proseguía la persecución. Abner, entonces, sin dejar de correr, arrojó hacia atrás la lanza y le infirió una herida mortal; murió instantáneamente.

Los que corrían detrás de Asahel en persecución de Abner, cuando llegaron al sitio donde yacía aquél, lo rodearon y abandonaron el seguimiento del enemigo. Pero Joab y su hermano Abisai pasaron de largo junto al cadáver, intensificando la muerte de Asahel el enojo y el celo con que seguían a Abner. Continuaron corriendo con increíble celeridad y decisión hasta un sitio llamado Amá. Era cerca de la puesta del sol. Joab subió a una colina, en el territorio de la tribu de Benjamín, y desde allí vio al enemigo y entre él divisó a Abner.

Abner alzó la voz y gritó que no era propio excitar a los hombres de una misma nación para luchar enconadamente entre sí, que en cuanto a su hermano Asahel éste había hecho mal al no aceptar su consejo de suspender la persecución; fue en esas circunstancias que lo había herido de muerte. Joab aceptó sus palabras como

explicación, y haciendo sonar la trompeta como señal de retirada, ordenó a sus soldados que dieran fin al seguimiento.

Joab instaló allí el campamento para pernoctar, pero Abner marchó toda la noche, atravesó el Jordán y llegó a Mahanaim donde se reunió con Isboset hijo de Saúl. Al día siguiente Joab contó los muertos, y se ocupó en sus funerales. Habían caído de los soldados de Abner unos trescientos sesenta, y diecinueve de los de David, además de Asahel, cuyo cuerpo Joab y Abisai transportaron a Belén; después de sepultarlo en la tumba de sus padres, fueron a Hebrón a ver a David. Comenzó entonces una guerra intestina de larga duración, en la que los partidarios de David se hicieron más fuertes, dominando en los combates, mientras que los sirvientes y súbditos del hijo de Saúl se volvían cada día más débiles.

4. Por aquel entonces David fue padre de seis hijos nacidos de otras tantas madres. El mayor, hijo de Ahinoam, se llamaba Amnón; el segundo era Daniel, hijo de su esposa Abigail; el nombre del tercero era Absalón, hijo de Maacá, hija de Talmai, rey de Gesur; al cuarto lo llamó Adonías, y era hijo de su esposa Hagit; el quinto, Sefatía, era hijo de Abitail y el sexto, llamado Istream, hijo de Eglá.

Durante el transcurso de esta guerra intestina los súbditos de los dos reyes entraban frecuentemente en acción librando batallas. Abner, el general del ejército del hijo de Saúl, con su prudencia y el predicamento que tenía entre la multitud, logró mantenerlos fieles a Isboset, a cuyo lado siguieron mucho tiempo. Pero luego Abner fue acusado de estar en relaciones con la concubina de Saúl, que se llamaba Rispa, hija de Aiá. Al recibir los reproches de Isboset, se sintió ultrajado y colérico porque Isboset lo trataba con ingratitud e injusticia después de la devoción que le había demostrado. Amenazó transferir el reino a David y demostrar que Isboset no había gobernado al pueblo del otro lado de Jordán por su capacidad y sabiduría, sino por la fidelidad y el talento de Abner para conducir su ejército.

Envió embajadores a Hebrón a ver a David pidiéndole que le prometiera con juramento que lo aceptaría como compañero y amigo, si persuadía al pueblo que dejara al hijo de Saúl y lo eligiera a él rey de todo el país. Complacido por el mensaje, David hizo el pacto con Abner y le pidió que, como primera señal de su ejecución, le devolviera a su esposa Mijal, a la que había adquirido a costa de grandes riesgos con aquellas seiscientas cabezas de filisteos que había llevado a su padre Saúl.

Abner separó a Mijal de Faltiel, que era entonces su marido, y se la envió a David, con la ayuda del mismo Isboset, porque David le había escrito diciéndole que tenía derecho a que le devolvieran su esposa.

Abner reunió a los ancianos del pueblo, a los comandantes y a los capitanes de milicias, y les habló diciéndoles que antes los había disuadido de su resolución de abandonar a Isboset para plegarse a David, pero que ahora les daba licencia para hacerlo, si lo querían, porque él había sabido que Dios, por medio del profeta Samuel, había señalado a David para ser rey de todos los hebreos, prediciendo que castigaría a

los filisteos, y los subyugaría.

Los ancianos y jefes, viendo que Abner había adoptado ahora los sentimientos sobre los asuntos públicos que ellos tenían anteriormente, se pronunciaron en favor de David. Obtenida la aprobación de su propuesta por aquellos hombres, Abner reunió a la tribu de Benjamín, que formaba la guardia personal de Isboset, y le habló de la misma manera. Viendo que no se oponía a sus palabras y se conformaba con su opinión, acompañado por veinte amigos se dirigió a ver a David para recibir su juramento de seguridad. Siempre debemos considerar más firmes las cosas que hacemos nosotros mismos que las hechas por medio de otros.

Informó a David de lo que había hablado con los jefes y con la tribu de Benjamín. David los recibió cortésmente y los atendió con gran hospitalidad durante varios años. Al retirarse, Abner le pidió que le permitiera traer a la multitud para entregarle el gobierno en su presencia.

5. Enseguida de haber despedido David a Abner, llegó a Hebrón Joab, el general del ejército, y al enterarse de la visita de Abner y de que había partido poco antes después de pactar y convenir la entrega del gobierno a David, temió que éste pusiera a Abner, por ayudarlo a ganar el trono, en primera fila, sobre todo porque era un hombre astuto que entendía las cosas y las sabía manejar hábilmente, y que le quitara a él el mando.

Joab adoptó una conducta taimada y perversa. Comenzó por calumniar a Abner ante el rey, exhortando a David a desconfiar de aquél y a no prestar atención a lo comprometido con él, porque sólo buscaba afirmar el gobierno del hijo de Saúl; le aseguró que lo había ido a ver con engaños y estratagemas con la esperanza de hacer triunfar sus propósitos ocultos.

Viendo que David no se convencía ni se exasperaba, resolvió poner en práctica otro proyecto más audaz que el anterior. Decidió matar a Abner. Para eso le envió mensajeros con instrucciones de que le dijeran de parte de David que éste tenía que decirle algo de que se había olvidado hablarle cuando estaban juntos.

Abner (a quien los mensajeros alcanzaron en un sitio llamado Besira, a veinte estadios de Hebrón), no sospechó nada y regresó. Joab lo esperó en la puerta y lo recibió muy amablemente, como si fuera su mejor y más atento amigo; porque los que emprenden una acción vil suelen fingir la actitud de un hombre de buena voluntad para alejar las sospechas. Apartándolo de sus acompañantes, como si quisiera hablarle en privado, lo llevó a un sitio solitario de la puerta, acompañado solamente por su hermano Abisai; allí sacó la espada y se la hundió en la ingle.

Abner murió por la traición de Joab que, según éste, fue en castigo por la muerte de su hermano Asahel, a quien Abner hirió y mató cuando lo perseguía después de la batalla de Hebrón<sup>[106]</sup>, pero que en realidad había sido por su temor de perder el mando del ejército y su dignidad ante el rey y de que Abner obtuviera el rango más alto en la corte de David.

Este ejemplo enseña cuántos y a qué viles recursos pueden acudir los hombres



para lograr riqueza y poder y conservarlos después de obtenidos. Cuando quieren conseguirlos recurren a diez mil manejos perversos, y cuando temen perderlos emplean prácticas peores aún, como si no pudiera haber calamidad más grande que la de no lograr una elevada autoridad o la de perderla después de haberla adquirido y probado su dulzura. Como esto último sería la más dolorosa de las aflicciones, imaginan y aventuran las acciones más criminales para evitarlo. Pero basta con estas breves reflexiones sobre el tema.

6. Enterado David de la muerte de Abner se sintió apenado en el alma. Poniendo a todo el mundo de testigo, tendió los brazos a Dios y a grandes voces proclamó que él no tenía nada que ver con el asesinato de Abner; su muerte no se había producido ni por su orden ni con su aprobación. Lanzó las más terribles maldiciones contra el que lo había matado y contra toda su casa, y adjudicó el mismo castigo a los que lo habían ayudado en el crimen. David no quería aparecer complicado en el crimen, contrario a las seguridades y los juramentos que había hecho a Abner.

Ordenó que todo el pueblo llorara y lamentara al muerto y honrara su cadáver con la solemnidad habitual, es decir, desgarrándose los vestidos y poniéndose sacos. Con esos hábitos precedieron al féretro, yendo a continuación el rey con los ancianos y los jefes, llorando y demostrando David con sus lágrimas la amistad que tuvo con el muerto cuando vivía y el dolor que sentía ante su muerte, producida sin su consentimiento.

Lo enterró en Hebrón con toda magnificencia y luego escribió por él endechas. Permaneció delante de la tumba llorando y haciendo llorar a los demás; tan profundamente lo afectó la muerte de Abner, que a pesar de la insistencia de sus compañeros no probó bocado y afirmó con juramento que no comería nada hasta la puesta del sol. Esta conducta le conquistó la buena voluntad de la multitud; los que tenían afecto por Abner se sintieron grandemente satisfechos con los honores que David rindió al difunto, cumpliendo el compromiso que había contraído con él; lo demostró observando las ceremonias usuales que se practican con un pariente y un amigo, y no permitiendo que fuera abandonado e injuriado con un sepelio deshonesto, como si hubiese sido su enemigo. Toda la nación se alegró por la amabilidad y la honestidad del rey, suponiendo que tomaría por ellos en las mismas circunstancias los mismos cuidados que demostró en el entierro de Abner.

David se proponía lograr ante todo buena reputación; por eso tomó todas las precauciones necesarias para que nadie llegara a sospechar que él pudiera ser el autor de la muerte de Abner. Y declaró al pueblo que estaba muy apenado por la muerte de un gran hombre como él; los asuntos de los hebreos sufrirían mucho con su pérdida, porque era un hombre de gran capacidad que los protegía con sus excelentes consejos y el vigor de sus brazos en la guerra.

—Dios —añadió—, que considera las acciones de todos los hombres, no permitirá que su muerte quede impune. Vosotros sabéis que yo no puedo hacer nada contra los hijos de Saruia, Joab y Abisai, que tienen más poder que yo, pero Dios hará

caer sobre sus cabezas su insolente atentado.  
Ése fue el fin de la vida de Abner.

## CAPÍTULO II

*Después del asesinato de Isboset, por la traición de sus amigos, David recibe todo el reino*

1. Enterado Isboset hijo de Saúl de la muerte de Abner, lamentó mucho verse privado de un hombre que era de su familia y que lo había afirmado en el trono. Se sintió muy afligido y perturbado pero no lo sobrevivió mucho tiempo, porque fue traicioneramente atacado y muerto por los hijos de Jieremón (llamados Banast y Tanus). Eran éstos de una familia de benjaminitas, de primera categoría, y pensaron que si mataban a Isboset obtendrían grandes presentes de parte de David y serían nombrados comandantes, o encargados de cualquier otra misión.

Un día lo encontraron solo, acostado, tomando su descanso del mediodía; no estaba presente ninguno de los guardias y la mujer que cuidaba la puerta se había dormido, vencida por el cansancio y por el calor del día. Los dos hombres penetraron en el cuarto donde dormía el hijo de Saúl y lo mataron. Luego le cortaron la cabeza y partieron, y marcharon toda la noche y todo el día siguiente, para huir de su víctima y dirigirse hacia esa persona que ellos creían que tomaría su acción como un favor y les ofrecería seguridad. Llegaron a Hebrón, mostraron a David la cabeza y se presentaron como partidarios suyos, diciéndole que habían dado muerte al que era su enemigo y antagonista.

—¡Viles y despreciables! Inmediatamente recibiréis el castigo que merecéis. ¿Ignoráis, acaso, la venganza que tomé con el que mató a Saúl y me trajo su corona de oro, aunque lo mató a su ruego para impedir que cayera en manos enemigas? ¿Os imagináis que cambió mi disposición, suponéis que no soy el mismo hombre de antes y que me complacen los perversos y que estimaré como un favor vuestro regicidio, la vil acción de haber asesinado a un hombre virtuoso en su cama, a un hombre que nunca hizo mal a nadie y que siempre os trató con amabilidad y respeto? Sufriréis el castigo debido, por haber matado a Isboset y por suponer que yo recibiría de buen grado su asesinato. Esta suposición es el mayor baldón que podríais arrojar sobre mi honor.

David les hizo aplicar toda clase de tormentos y luego les dio muerte<sup>[107]</sup>. Luego, con grandes honores fúnebres, hizo sepultar la cabeza de Isboset en la tumba de Abner.

2. Terminado este episodio, los principales del pueblo hebreo fueron, a Hebrón a ver a David, con los jefes de las milicias y otros jefes y se entregaron a él, recordándole la buena voluntad que le habían demostrado y el respeto que no habían dejado de tributarle desde que era capitán de milicias; le expresaron que había sido elegido por Dios, mediante el profeta Samuel, para que reinara, lo mismo que sus

hijos, y que le había acordado el poder para que salvara el país de los hebreos venciendo a los filisteos.

David recibió amablemente su decisión y los exhortó a perseverar en ella, asegurándoles que no tendrían motivo para arrepentirse. Después de comer con ellos y tratarlos amistosamente, los despidió encargándoles que volvieran con todo el pueblo. Llegaron unos seis mil ochocientos hombres armados de la tribu de Judá, con lanza y escudo, que habían quedado con el hijo de Saúl cuando el resto de la tribu de Judá había ordenado rey a David. La tribu de Simón envió siete mil guerreros; la de Leví cuatro mil setecientos, al mando de Jodam. Luego llegaron el sumo pontífice Sadoc, con veintidós capitanes de su familia. De la tribu de Benjamín fueron cuatro mil hombres; los restantes quedaron esperando que alguno de la casa de Saúl reinase sobre ellos. La tribu de Efraím envió veinte mil, hombres de gran valor y fuerza.

De la media tribu de Manasés fueron dieciocho mil de los más fuertes. De la tribu de Isacar, doscientos adivinos del porvenir y veinte mil hombres de armas. De la tribu de Zabulón, cincuenta mil hombres selectos; fue la única tribu que se reunió íntegramente con David, todos con iguales armas que las de la tribu de Gad. De la tribu de Neftalí acudieron mil hombres escogidos y efes, armados de escudos y lanzas, seguidos de la tribu que formaba una multitud innumerable. De la tribu de Dan había veintisiete mil seiscientos hombres selectos. De la tribu de Aser cuarenta mil. De las dos tribus del otro lado del Jordán, y del resto de la tribu de Manasés, que usaban escudos, lanzas, yelmos y espadas, ciento veinte mil. Las demás tribus también usaban espadas.

La multitud se reunió en Hebrón, ante David, con gran cantidad de trigo, vino y otros alimentos, y confirmó a David en su reinado con unánime consentimiento. Después de tres días de regocijo en Hebrón, David y el pueblo se trasladaron a Jerusalén.

## CAPÍTULO III

*David pone sitio a Jerusalén, toma la ciudad, expulsa a los cananeos e instala en la ciudad a los judíos*

1. Los jebusitas, habitantes de Jerusalén, que eran de origen cananeo, cerraron las puertas e hicieron subir a las murallas a los ciegos, los cojos y los lisiados de la ciudad, para hacer mofa del rey, declarando que bastaban los cojos para impedirles la entrada. Tanta confianza tenían en la solidez de las murallas.

Indignado, David puso sitio a Jerusalén empleando sus mayores esfuerzos y gran decisión, y proponiéndose con la toma de la plaza demostrar su poder e intimidar a todos los que abrigaran las mismas intenciones y quisieran imitar a los jebusitas. Tomó por la fuerza la parte baja de la ciudad, pero la fortaleza resistió. Sabiendo que el ofrecimiento de dignidades y recompensas animaría a los soldados a realizar mayores acciones, prometió dar el mando de todas las fuerzas al primero que atravesara las zanjias abiertas al pie de la fortaleza, subiera a la ciudadela y la tomara. Todos intentaron lograrlo sin escatimar esfuerzos, para conquistar el mando superior. Pero Joab, el hijo de Saruia, se adelantó a los demás, y en cuanto subió a la fortaleza llamó a gritos al rey reclamando el comando prometido.

2. Expulsados los jebusitas de la ciudadela, David reconstruyó a Jerusalén y la llamó La Ciudad de David, y vivió allí durante todo su reinado. En Hebrón, en la tribu de Judá, había reinado siete años y seis meses. Después de haber elegido a Jerusalén como ciudad real, sus asuntos fueron cada vez más prósperos, por la providencia de Dios, que se cuidó de que mejoraran y aumentaran.

Hiram, el rey de los tirios, le envió embajadores, e hizo con él un pacto de amistad y asistencia mutua. También le mandó presentes, árboles de cedro y mecánicos, hombres hábiles en construcciones y arquitectura, para levantarle un palacio real en Jerusalén. David hizo construir edificios alrededor de la ciudad baja, y unió con ella la ciudadela formando un solo cuerpo. Lo rodeó de murallas y puso a Joab a su cuidado.

Fue, pues, David, el primero que expulsó a los jebusitas de Jerusalén, y la llamó con su propio nombre, La Ciudad de David. En los tiempos de nuestro antepasado Abraham se llamaba Solima<sup>[108]</sup>. Posteriormente alguien dijo que Homero la mencionó con el nombre de Solima; llamó al Templo con la palabra hebrea solima, que significa seguridad.

El tiempo que transcurrió desde la guerra de nuestro general Josué contra los cananeos, y de la guerra en la que los derrotó distribuyendo la tierra entre los hebreos, sin que pudieran los israelitas expulsar a los cananeos de Jerusalén hasta que David la tomó sitiándola, fue en total de quinientos quince años.

3. Haré ahora mención de Oronas, un jebusita opulento que no fue muerto por David en el sitio de Jerusalén por la buena voluntad que demostró a los hebreos y por ciertos servicios que prestó al rey; más adelante usaré otra oportunidad más propicia para hablar de ello.

David contrajo matrimonio con otras esposas además de las que ya tenía. También tuvo concubinas. Sus hijos eran once y se llamaban Amnón, Emno, Ebán, Natán, Salomón, Jebar, Elién, Falna, Enafér, Jena y Elifal; y una hija llamada Tamara. Nueve de aquéllos eran hijos legítimos; los dos últimos de concubinas. Tamara nació de la misma madre que Absalón.

## CAPITULO IV

### *David derrota dos veces a los filisteos que atacan a Jerusalén*

1. Enterados los filisteos de que David había sido hecho rey de los hebreos, marcharon contra él a Jerusalén. Se apoderaron del valle llamado de los gigantes, cerca de la ciudad, e instalaron allí su campamento. El rey de los judíos, que jamás se permitía hacer nada sin profecías, sin la orden de Dios y sin depender de él como garantía para lo futuro, pidió al sumo pontífice que le predijera cuál era la voluntad de Dios y cuáles serían los acontecimientos de la batalla.

El sumo sacerdote le predijo que obtendría la victoria y el dominio y David condujo a su ejército contra los filisteos. Entablada la batalla, cayó de improviso sobre la retaguardia del enemigo, mató a una cantidad y puso en fuga a los demás. Y no se crea que era un ejército pequeño el que habían llevado los filisteos contra los hebreos; por la rapidez con que fue derrotado, o porque no hicieron grandes acciones que merecieran ser registradas, no debe pensarse que fueron descuidados o que les faltó valor. Participaron del ejército toda Siria y Fenicia, y muchas otras naciones en pie de guerra. Habiendo sido derrotados tantas veces, perdiendo cada vez muchas decenas de millares de hombres, y cuando volvían a atacar a los hebreos lo hacían siempre con ejércitos más numerosos. Y volvieron una vez más contra David con un ejército tres veces más grande que el anterior.

El rey de Israel volvió a preguntar a Dios sobre las alternativas de la batalla. El sumo sacerdote le indicó que mantuviera al ejército en la selva llamada De los Lamentos, cerca del campamento enemigo, y que no se moviera ni comenzara la batalla hasta que los árboles del bosque se agitaran sin que hubiera viento. Cuando se agitaron, señal de que había llegado el momento predicho por Dios, salió sin demora y obtuvo una victoria que ya estaba preparada. Las diversas filas del ejército enemigo no lo resistieron, y se retiraron a la primera acometida; David los persiguió hasta la ciudad de Gaza (el límite de su país); luego volvió y saqueó el campamento, donde halló grandes riquezas, y destruyó sus dioses.

2. Después del feliz resultado de la batalla, David creyó conveniente, consultándolo con los ancianos, los jefes y los capitanes de las milicias, enviar a buscar a los compatriotas de todo el país que estaban en la flor de la edad, a los sacerdotes y a los levitas, para dirigirse a Cariatiarima a sacar el arca de Dios de esa ciudad y transportarla a Jerusalén, donde la conservarían, ofreciendo ante ella los sacrificios y las honras que complacían a Dios. Si lo hubiesen hecho en el reinado de Saúl, no habrían sufrido tantas desventuras.

Reunido el pueblo como lo habían resuelto, el rey se dirigió hacia el arca, que el sacerdote sacó de la casa de Aminadab, y la depositó en un carro nuevo, permitiendo a sus hermanos e hijos que la arrastraran junto con los bueyes. Delante marchaba el

rey y toda la multitud del pueblo, cantando himnos a Dios y todas sus canciones habituales y así llevaron el arca a Jerusalén, entre los sonos de los instrumentos musicales, trompetas y címbalos, danzando y entonando salmos.

Al llegar a la era de Cidón, Ozas fue muerto por la ira de Dios; porque como los bueyes sacudían el arca tendió la mano para sostenerla. Como no era sacerdote y tocó el arca, Dios lo hirió de muerte.

El rey y el pueblo quedaron muy afligidos por la muerte de Ozas; aquel sitio se llama desde entonces Quiebra de Ozas.

Temeroso David de que si recibía el arca en la ciudad podría sufrir la misma suerte que Ozas, la llevó a la casa de un hombre justo, llamado Obedam, de familia levita, y la depositó allí. Quedó en ese sitio tres meses, durante los cuales hizo prosperar a la casa de Obedam y le confirió muchas bendiciones.

Cuando el rey supo lo que le había ocurrido a Obedam, que de hombre pobre que era se había vuelto de pronto opulento y era la envidia de todos los que veían o preguntaban por su casa, y animado por la esperanza de que no sufriría desgracias, transfirió el arca a su casa. La transportaron los sacerdotes, precedidos por siete compañías de cantores, preparados por el rey, y él mismo que tocaba el arpa y acompañaba la música. Cuando lo vio su esposa Mijal, la hija de nuestro primer rey Saúl, se echó a reír. Trajeron el arca y lo instalaron bajo el tabernáculo preparado por David y éste ofreció costosos sacrificios y ofrendas de paz. Luego convidó a toda la multitud, repartiendo a las mujeres, los hombres y los niños hogazas de pan, tortas, bizcochos de miel y porciones de los sacrificios. Hecho este festejo por el pueblo, lo despidió y él regresó a su casa.

3. Su esposa Mijal, la hija de Saúl, se presentó ante él y le deseó toda clase de felicidades y rogó a Dios que le concediera todo lo que podía darle cuando era favorable. Pero le reprochó el que un rey tan grande como él danzara de una manera tan indecorosa, destapándose mientras bailaba, delante de los sirvientes y los esclavos.

David respondió que no se avergonzaba de hacer lo que agradaba a Dios, que lo había preferido a su padre y a todos los demás, y que seguiría orando frecuentemente y danzando, sin fijarse en lo que pudieran pensar los sirvientes o ella misma. Mijal de la unión con David no tuvo hijos; pero cuando estuvo casada con aquel a quien se la había dado su padre (y fue entonces cuando David se la había quitado, llevándosela consigo), dio a luz cinco hijos. De esto ya hablaré en su momento oportuno.

4. Viendo el rey que sus cosas progresaban a diario, por la voluntad de Dios, pensó que sería ofenderlo si dejaba el arca en un tabernáculo, mientras él vivía en casas de cedro de gran altura magníficamente arregladas. Decidió construir un templo dedicado a Dios, como el que Moisés había predicho que se levantaría. Después de discutirlo con el profeta Natán, que lo animó a hacer lo que pensaba, puesto que Dios estaba con él y era su asistente en todo, se dispuso con más ánimo a edificar el templo.



Pero aquella misma noche se apareció Dios a Natán y le ordenó decir a David que veía bien sus propósitos y sus deseos, ya que nadie había pensado anteriormente en levantarle un templo, pero que no se lo permitiría porque había hecho muchas guerras y estaba profanado con la matanza de los enemigos. Después de su muerte, que ocurriría cuando fuera viejo y hubiese vivido muchos años, el templo lo edificaría uno de sus hijos, que tomaría el trono después de él y se llamaría Salomón; a éste prometió asistirlo como un padre a un hijo, conservando el trono para los hijos de sus hijos, pero anunció que lo castigaría, si pecaba, con enfermedades y con la esterilidad de la tierra.

Cuando el profeta le dio esa información, David, jubiloso al conocer la segura continuación de su dominio en su posteridad y al saber que su casa sería espléndida y famosa, se postró de cara frente al arca y comenzó a adorar a Dios y a agradecerle por todos sus beneficios, tanto por el de haberlo levantado de la baja condición de pastor a la gran dignidad del poder y la gloria, como por lo que le había prometido para su posteridad y por la providencia que había ejercido con los hebreos dándoles la libertad de que gozaban. Luego cantó un himno de alabanza a Dios, y se retiró.

# CAPÍTULO V

## *David hace un pacto de amistad con Hiram, rey de Tiro*

1. Poco tiempo después consideró que debía hacer la guerra contra los filisteos, sin dejarse llevar por el ocio o la pereza, para probar lo que Dios le había predicho, o sea que una vez derrotados sus enemigos dejaría a su posteridad reinar en paz. Reunió al ejército y le ordenó que estuviera listo y preparado para la guerra; cuando juzgó que en sus fuerzas todo estaba en orden, salió de Jerusalén y se dirigió hacia los filisteos. Los derrotó, separó una buena parte de su territorio, y lo agregó al país de los hebreos; luego pasó a hacer la guerra a los moabitas. Victorioso de nuevo destruyó dos tercios de su ejército y tomó prisionero al tercio restante al que impuso un tributo anual.

Luego marchó contra Adrazar hijo de Araos, rey de Sofen. Enablada la batalla junto al río Éufrates, mató a veinte mil hombres de infantería y siete mil de caballería. Tomó asimismo mil carros y destruyó la mayor parte de ellos, ordenando que sólo se conservaran cien.

2. Cuando Adad, rey de Damasco y de Siria, supo que David peleaba contra Adrazar, que era su amigo, fue a ayudarlo con un poderoso ejército. Enablada la batalla con David junto al Éufrates, fracasó en su propósito y perdió en la lucha gran número de soldados; fueron muertos veinte mil hombres del ejército de Adad, huyendo el resto.

También Nicolás menciona a este rey, en el cuarto libro de su historia, donde dice: «Mucho después de ocurrir estas cosas, un hombre de ese país llamado Adad se hizo muy poderoso, y reinó en Damasco y otras partes de Siria, exceptuando a Fenicia. Hizo la guerra a David, rey de Judea, y probó fortuna en muchas batallas, la última de ellas junta al Éufrates, donde fue derrotado. Parece haber sido el mejor de sus reyes por su fuerza y su valor». Acerca de su posteridad dice que después de su muerte sus descendientes se fueron transmitiendo el trono y el nombre. Lo expresa de este modo: «Cuando murió Adad su posteridad reinó durante diez generaciones, recibiendo cada cual de su padre el poder y el nombre, como los ptolomeos en Egipto. El tercero fue el más poderoso de todos y quiso vengar la derrota sufrida por sus antepasados. Hizo una expedición contra los judíos y arrasó la ciudad que ahora se llama Samaria.» No estaba equivocado; es aquel Adad que hizo la expedición contra Samaria, durante el reinado de Acab, rey de Israel. Al respecto hablaremos más adelante en el lugar correspondiente.

3. Después David hizo una expedición contra Damasco y el resto de Siria y los sometió, dejó guarniciones en el país, determinó que sus habitantes pagaran tributo, y regresó a su casa.

En Jerusalén dedicó a Dios las aljabas de oro y las armaduras que llevaban los

guardias de Adad. Más tarde el rey de Egipto Susac, que peleó con el nieto de David, Roboam, se llevó esos despojos junto con otras riquezas de Jerusalén. Pero estas cosas quedarán explicadas luego en el momento debido.

En cuanto al rey de los hebreos, asistido por Dios, que le aseguraba el triunfo en la guerra, hizo una expedición contra las mejores ciudades de Adrazar, Batea y Majón, las tomó por la fuerza y las destruyó. Encontraron en ellas una gran cantidad de oro y plata, aparte del bronce que consideraban más valioso que el oro; este bronce fue el que usó Salomón, cuando construyó el templo para Dios, para hacer ese gran vaso llamado el mar y las curiosísimas palanganas.

4. Informado el rey de Amata de la desgracia de Adrazar y de la ruina de su ejército, temió por su propia suerte y resolvió hacer una alianza de amistad y fidelidad con David antes que éste lo atacara. Le envió a su hijo Adoram con el encargo de agradecerle por haber peleado contra Adrazar, que era su enemigo, y de ofrecerle un pacto de asistencia mutua y amistad. También le envió presentes, vasos de antigua hechura, de oro, plata y bronce.

David aceptó la alianza de ayuda mutua con Teno (que era el nombre del rey de Amata), y recibió sus presentes; luego despidió a su hijo con los debidos homenajes de ambas partes. David dedicó a Dios los presentes, así como el resto del oro y la plata tomados en las ciudades que había conquistado.

Pero Dios le procuraba triunfos y victorias no solamente cuando combatía y dirigía personalmente sus fuerzas; cuando envió contra Idumea un ejército mandado por Abeseo, hermano del general Joab, por la mano de ese teniente Dios le dio la victoria sobre los idumeos. Abeseo exterminó a dieciocho mil enemigos. El rey dejó guarniciones en todo el país y fijó tributos sobre la tierra y por cada habitante.

David era justo por naturaleza y tomaba sus decisiones respetando la verdad. Tenía como general de todo su ejército a Joab. A Josafat hijo de Aquil lo nombró archivero, y a Sadoc, de la familia de Finees, que era su amigo, sumo sacerdote, junto con Abiatar. Hizo escriba a Sisa, y dio el mando de su guardia personal a Banajas hijo de Joad. También estaban con él como custodios sus hijos mayores.

5. David no olvidó la alianza y los juramentos que lo habían ligado a Jonatás hijo de Saúl, y la amistad y el afecto que Jonatás le demostraba. Además de las excelentes cualidades de que estaba dotado, era sumamente atento con los que le habían hecho favores. Ordenó por lo tanto que se averiguara si quedaba algún miembro del linaje de Jonatás a quien pudiera devolver los beneficios que todavía debía a Jonatás.

Le llevaron un hombre, librado por Saúl, que podía informarle, y le preguntó si conocía algún sobreviviente de la familia de Jonatás, a quien pudiera darle la recompensa por los favores que le debía.

El hombre le respondió que había quedado un hijo, llamado Memfibost, pero que era cojo de ambos pies. Al enterarse la nodriza de que su padre y su abuelo habían caído en la batalla, se apoderó del niño y huyó con él y cuando huía se le cayó de la espalda y quedó cojo. David hizo averiguar dónde y en la casa de quién se estaba

criando, y envió mensajeros a la casa de Majir, en la ciudad de Labata, con quien estaba el hijo de Jonatás, con orden de que lo trajeran a su presencia.

Llegó Memfibost y se postró ante el rey. David lo animó diciéndole que tuviera valor y esperanza de tiempos mejores. Le dio la casa de su padre y todo el patrimonio que poseía su abuelo Saúl, y le pidió que comiera con él en la mesa sin faltar un solo día. El joven se arrodilló para agradecerle sus palabras y su generosidad. David llamó a Siba y le comunicó que había dado al joven la casa de su padre y el patrimonio de Saúl. Ordenó asimismo a Siba que le cultivara la tierra y le llevara el producido a Jerusalén. Además debía conducir a Memfibost todos los días a su mesa. David donó al joven a Siba y sus hijos, que eran quince, y a sus criados, que eran veinte. Hechas estas indicaciones, Siba se inclinó ante el rey, prometiéndole hacer todo lo que le había ordenado, y se retiró.

El hijo de Jonatás vivió en Jerusalén, comiendo en la mesa del rey y recibiendo de éste los cuidados de un padre. Tuvo un hijo a quien puso el nombre de Mica.

# CAPÍTULO VI

## *La guerra con los amonitas y su feliz conclusión*

1. Ésos fueron los honores que recibió de David el que había quedado vivo del linaje de Saúl y Jonatás. En aquella época murió Naas, rey de los amonitas, que era amigo de David. Lo sucedió en el trono su hijo y David le envió embajadores con sus condolencias, exhortándolo a sobrellevar con resignación la muerte de su padre y ofreciéndole mantener con él la misma amistad que lo había unido con su padre.

Pero los principales de los amonitas tomaron de mala manera el mensaje, contrariamente a las buenas intenciones de David. Excitaron al rey contra David, diciendo que había mandado espías al país para averiguar sus fuerzas, pretextando un acto de gentileza. Le aconsejaron que tuviera cuidado y no diera crédito a las palabras de David, para no ser engañado por él y caer en una inconsolable calamidad.

El hijo de Naas, rey de los amonitas, creyó que sus dignatarios decían la verdad e injurió torpemente a los embajadores. Les hizo afeitar la mitad de la barba y cortar la mitad de la ropa y los envió de vuelta sin más respuesta que este acto ultrajante.

El rey de los israelitas se indignó y manifestó que no pasaría por alto ese trato injurioso y ofensivo; haría la guerra a los amonitas y vengaría en el rey el perverso atentado cometido contra sus embajadores<sup>[109]</sup>. Los parientes y comandantes del rey amonita, comprendiendo que habían violado la alianza y podían ser castigados por ese motivo, hicieron preparativos de guerra. Enviaron mil talentos a Siro, rey de Mesopotamia, tratando de inducirlo a aliarse con ellos por esa paga, y otro tanto al de Suba. Estos reyes tenían veinte mil hombres de a pie. Contrataron además al rey Amalec y a un cuarto rey de nombre Istob; juntos tenían doce mil hombres de armas.

2. A David no le preocupó esa confederación, ni las fuerzas de los amonitas. Poniendo su confianza en Dios y en la justicia de la guerra que iba a emprenderse por la injuria recibida, envió inmediatamente contra ellos a Joab, el capitán de su ejército, dándole la flor de sus fuerzas. Joab instaló el campamento frente a Rabat, la capital de los amonitas<sup>[110]</sup>. El enemigo salió en formación de combate, no en un solo conjunto sino en dos cuerpos separados. Los ayudantes se desplegaron en la llanura, mientras que los amonitas lo hacían en las puertas frente a los hebreos.

Viendo esto Joab opuso a la estratagema otra estratagema; eligiendo a los más robustos de sus hombres los puso delante del rey Siro y los reyes que estaban con él, y dio la otra parte a su hermano Abiseo, ordenándole que los pusiera frente a los amonitas; y le dijo que si veía que los sirios presionaban y lo dominaban, ordenara a sus tropas que acudieran en su ayuda. Añadió que él haría lo mismo, si lo veía en apuros con los amonitas.

Envio, pues, a su hermano, animándolo a actuar con valor y decisión, como

cuadraba a los hombres que temían la deshonra, a luchar con los amonitas, mientras él caía sobre los sirios. Aunque opusieron al principio una fuerte resistencia, Joab mató a muchos de ellos y obligó al resto a emprender la huida. Viéndolo los amonitas, y temiendo a Abiseo y su ejército, suspendieron la lucha e imitando a sus auxiliares huyeron a la ciudad.

Derrotado el enemigo, Joab volvió jubiloso a Jerusalén a informar al rey.

3. La derrota no indujo a los amonitas a sosegarse, ni a reconocer la superioridad de sus adversarios; enviaron a buscar a Calamas, rey de los sirios, al otro lado del Éufrates, y lo contrataron como auxiliar. Sabec era capitán de su ejército, con ochenta mil hombres de a pie y diez mil de a caballo.

Cuando el rey de los hebreos supo que los amonitas habían reunido de nuevo un ejército tan grande, resolvió no delegar más el mando en sus generales; él mismo pasó el Jordán con todo su ejército, encontró al enemigo, entabló batalla y lo venció, matando mil de sus soldados de a pie y siete mil de los de a caballo. Hirió asimismo a Sabec, el general de las fuerzas de Calamas, que murió de la herida. El pueblo de Mesopotamia, se rindió a David y le envió presentes. David al llegar el invierno regresó a Jerusalén. Al comenzar la primavera envió a Joab, capitán de su ejército, a combatir con los amonitas; Joab invadió y devastó el país y encerró al enemigo en su capital, Rabat, a la que puso sitio.

## CAPÍTULO VII

*David se enamora de Betsabé y mata a su marido Uría, por lo que es reprobado por Natán*

1. Pero David incurrió en un gravísimo pecado, aunque siempre había sido un hombre justo y piadoso y observaba firmemente las leyes de nuestros antepasados. Una tarde mientras miraba en derredor desde la terraza de su palacio real, donde solía pasear a esa hora, vio una mujer que se estaba bañando con agua fría en una casa vecina. Era de extraordinaria belleza, superior a la de todas las mujeres. Se llamaba Betsabé<sup>[111]</sup>.

Seducido por la belleza de la mujer y no pudiendo refrenar sus deseos, envió a buscarla y se acostó con ella. La mujer quedó embarazada y avisó al rey, instándolo a que buscara algún medio de ocultar su pecado. (Porque de acuerdo con las leyes de sus antepasados el pecado de adulterio se castigaba con la muerte.)

El rey mandó a buscar al lugar del asedio al escudero de Joab, que era el marido de la mujer; se llamaba Uría. El rey lo interrogó acerca del ejército y del sitio. Obtenida en respuesta la información de que todo salía en la medida de sus deseos, el rey tomó varias porciones de carne de su cena y se las dio, ordenándole que fuera a su casa a reunirse con su esposa y a acostarse con ella. Pero Uría no lo hizo, y durmió cerca del rey con los demás escuderos.

Informado el rey, le preguntó por qué no se había ido a su casa, a reunirse con su mujer después de tan larga ausencia, como acostumbran a hacer todos los hombres cuando regresan de un largo viaje. Uría respondió que no era justo que descansara y se solazara con su mujer cuando sus camaradas y el general de su ejército dormían en el suelo, en el campamento, en territorio enemigo. El rey le ordenó entonces que se quedara allí esa noche, para que al día siguiente pudiera enviarlo a reunirse con su general.

Luego el rey lo invitó a cenar y con habilidad y destreza lo hizo beber hasta que quedó embriagado; a pesar de lo cual se quedó a pernoctar junto a la puerta del rey, sin deseos de ver a su mujer.

El rey quedó sumamente irritado y escribió a Joab ordenándole que castigara a Uría, porque lo había ofendido, y le sugirió de qué modo podría hacerlo para que no descubriera que él era el autor del castigo. Le encomendó que lo enviara a la parte donde el ataque al ejército enemigo sería más accidentado y donde pudiera ser abandonado ordenando a los soldados que se retiraran.

David escribió la carta, la selló con su sello y se la dio a Uría para que se la entregara a Joab. Éste la recibió y la leyó y enterado del propósito del rey, situó a Uría en el lugar donde sabía que la resistencia enemiga sería más difícil de vencer. Le dio varios de los mejores soldados del ejército y le dijo que iría personalmente a

ayudarlo con todo el ejército si lograban abrir una brecha en la muralla y penetrar en la ciudad. Añadió que lejos de estar desconforme debía sentirse satisfecho de que le diera la oportunidad de afrontar una misión tan peligrosa, porque era un valiente soldado apreciado por su bravura por el rey y sus compatriotas.

Uría asumió la tarea con decisión, y Joab ordenó privadamente a sus compañeros que si veían salir al enemigo lo dejaran solo. Cuando los hebreos llevaron un ataque contra la ciudad, los amonitas, temerosos de que el enemigo escalara la muralla y entrara en la ciudad precisamente en el sitio donde había sido apostado Uría, pusieron a sus mejores soldados al frente y abriendo las puertas repentinamente cayeron sobre el enemigo con gran vehemencia.

Frente al ataque los acompañantes de Uría retrocedieron, de acuerdo con las instrucciones de Joab; pero Uría, no queriendo huir y abandonar el puesto, hizo frente al enemigo recibiendo la violencia de la arremetida; mató a muchos de ellos pero fue rodeado y muerto, junto con algunos de sus compañeros.

2. Joab envió mensajeros al rey con orden de decirle que había hecho todo lo posible por tomar rápidamente la ciudad, pero que al llevar un ataque contra las murallas fueron obligados a retirarse con grandes pérdidas. Encargó a los mensajeros que si veían al rey enojado, añadieran que Uría también había muerto en el encuentro.

El rey recibió el mensaje muy mal y dijo que habían cometido un error al asaltar las murallas, en lugar de minarlas y usar otras estratagemas de guerra, olvidando el ejemplo de Abimélec hijo de Gedeón, que quiso tomar la torre de Tebas por la fuerza y fue muerto por una piedra arrojada por una vieja; aunque era un hombre de grandes hazañas, murió ignominiosamente por la manera inconveniente de llevar el asalto. Añadió que debían recordar el accidente y no acercarse a las murallas del enemigo, porque el mejor método de hacer la guerra con buen éxito era tener presentes los antecedentes de las guerras anteriores y las consecuencias de los casos peligrosos similares.

Estando el rey en ese estado de ánimo, los mensajeros le dijeron que Uría también había caído muerto, y se aplacó. Ordenó a los mensajeros que volvieran y dijeran a Joab que esa desgracia era natural en la vida humana y que la guerra era así y tenía sus accidentes. A veces el enemigo obtiene buen éxito y otras veces no. Ordenó que siguiera ocupándose en el asedio y evitando nuevos percances en lo sucesivo; y que levantaran baluartes y usaran máquinas en el sitio de la ciudad. Y que cuando la tomaran, la arrasaran hasta los cimientos y exterminaran a todos los que estaban en ella.

Los mensajeros se apresuraron a llevar el recado del rey a Joab. Betsabé, informada de la muerte de su esposo, lo lloró durante muchos días. Pasado el duelo, y secas las lágrimas que derramó por Uría, el rey la tomó por esposa, naciendo luego un hijo.

3. Dios no quedó complacido con ese matrimonio; enojado, por el contrario, con David, aparecióse en sueños al profeta Natán y se quejó de la conducta del rey. Natán



era un hombre sincero y prudente, y considerando que cuando se apodera de los reyes una pasión su ímpetu los guía más que la justicia, resolvió ocultar las amenazas de Dios, y hablarle de buena manera. Para eso pidió al rey que le diera su opinión sobre el siguiente caso: Había una vez dos hombres que habitaban en la misma ciudad; uno era rico y el otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ganado, ovejas y vacas, y el pobre no tenía más que una sola ovejita, a la que había criado junto con sus hijos, haciéndole comer junto con ellos y sintiendo por ella el mismo afecto que puede sentirse por una hija. Un día que llegó un extranjero a visitar al rico, éste no quiso que se matara ninguno de sus animales y para festejar a su amigo mandó a buscar la ovejita del pobre, se la quitó, la aderezó y convidó con ella al extranjero.

El discurso perturbó sobremanera al rey, quien declaró que el hombre capaz de hacer eso era un perverso; debía devolver la oveja cuadruplicada y hasta merecía que se le diera muerte.

Natán le dijo inmediatamente que él era el hombre que debería sufrir esos castigos, de acuerdo con su propia sentencia, porque él era el que había perpetrado ese horrible crimen. Le reveló enseguida que Dios estaba irritado. Él lo había hecho rey del ejército de los hebreos y señor de todas esas numerosas y grandes naciones que los rodeaban; lo había librado de las manos de Saúl y le había dado todas las esposas con las que había contraído matrimonio legal y justamente. Ahora David lo había despreciado y afrentado tomando la esposa de otro hombre a quien había expuesto al enemigo, para hacerlo asesinar. Dios lo castigaría por esa maldad; sus mujeres serían forzadas por uno de sus hijos<sup>[112]</sup>, quien conspiraría contra él, y aunque él había cometido su perversidad en secreto, el castigo le sería infligido públicamente.

—Además —agregó—, el niño que te dará morirá pronto.

Perturbado el rey por esos mensajes y muy confundido, dijo, con lágrimas y pesar, que había pecado (porque era sin disputa un hombre piadoso y sin ningún pecado en toda su vida, salvo el de aquel asunto de Uría). Dios se compadeció y se reconcilió con él, y prometió que le conservaría la vida y el trono, porque, dijo, viendo que se había arrepentido de lo que había hecho, ya no estaba disgustado con él.

Natán le comunicó esa profecía y se retiró.

4. Sin embargo Dios envió una grave enfermedad al niño de David que dio a luz la esposa de Uría. Perturbado el rey, no probó alimento alguno durante siete días, a pesar de la insistencia de sus servidores. Se vistió de negro y se tiró al suelo envuelto en un saco, rogando a Dios por la recuperación del niño, porque amaba vehementemente a la madre.

Al séptimo día el niño murió y los sirvientes no se atrevieron a decírselo a David; suponían que si cuando el niño estaba enfermo se había mostrado tan afligido y apesadumbrado, ahora que había muerto se negaría no sólo a ingerir alimentos sino también a tomar otros cuidados por su persona. Pero cuando el rey advirtió que los

servientes estaban perturbados y parecían afectados, como si quisieran ocultar algo, comprendió que el niño había fallecido. Llamó a uno de los sirvientes y al confirmarle su suposición, se levantó, se puso ropa blanca y entró en el tabernáculo de Dios.

Luego ordenó que le sirvieran de comer, sorprendiendo grandemente a sus parientes y criados; no lo había hecho cuando el niño estaba enfermo y lo hacía ahora que estaba muerto. Después de pedirle permiso para formularle una pregunta, le pidieron que les dijera la razón de su conducta. David los llamó torpes y les explicó que mientras vivía tenía esperanzas de que mejorara, e hizo todo lo que era apropiado, pensando que de ese modo volvería propicio a Dios; pero después de muerto el niño, la pena era inútil y sin objeto.

Todos encomiaron la sabiduría y la inteligencia del rey. Luego se unió con su mujer Betsabé, que concibió y dio a luz un hijo; por orden del profeta Natán lo llamaron Salomón.

5. Joab puso en un grave aprieto a los amonitas asediados cortándoles el agua y privándolos de abastecimientos para la subsistencia; no tardaron en sufrir hambre y sed, porque dependían de un solo pozo, pequeño, de agua, del que no se permitían beber libremente para no agotarlo. Joab escribió al rey informándolo de la situación e invitándolo a que fuera a tomar personalmente la ciudad para asumir el honor de la victoria.

El rey aceptó, alabando la buena voluntad y fidelidad de Joab, y seguido por su guardia personal se presentó a completar la destrucción de Rabat. Después de tomarla por asalto la entregó a los soldados para que la saquearan. David por su parte tomó la corona del rey de los amonitas, que pesaba un talento de oro y tenía en el centro una piedra preciosa llamada sardónice, y con la que en adelante ciñose siempre la cabeza. Halló asimismo en la ciudad muchos otros vasos espléndidos y de gran valor.

En cuanto a los hombres los hizo morir en las torturas; y cuando tomó por la fuerza las demás ciudades de los amonitas las trató de la misma manera.

## CAPÍTULO VIII

*Absalón mata a Amnón, que violó a su propia hermana, y es desterrado y luego vuelto a llamar por David*

1. Cuando el rey regresó a Jerusalén cayó una triste desgracia sobre su casa, con la siguiente ocasión: David tenía una hija, virgen aún y de una belleza que sobrepasaba a las mujeres mejor dotadas. Se llamaba Tamara y era de la misma madre que Absalón. Amnón, el hijo mayor de David, se enamoró de Tamara; no pudiendo satisfacer su deseo, debido a que la doncella, siendo virgen, estaba custodiada, cayó en la desesperación, adelgazó y perdió el color.

Un tal Jonatás, pariente y amigo de Amnón, hombre de extraordinaria inteligencia y aguda sagacidad, descubrió la pasión que lo consumía. Advirtiendo que día a día Amnón se ponía más delgado, le pidió que le dijera la causa, aunque él ya había adivinado que debía de ser un mal de amores. Amnón le confesó que estaba enamorado de una hermana de él, del mismo padre. Jonatás le sugirió de qué manera y con qué recursos podría lograr su deseo. Lo indujo a que se fingiera enfermo y que pidiera a su padre que le enviara a su hermana para cuidarlo, seguro de que de ese modo mejoraría.

Amnón se acostó en su cama y se fingió enfermo, como le había indicado Jonatás. Cuando fue a verlo el padre y le preguntó cómo estaba, le pidió que le enviara a su hermana. Accedió David y ordenó que fuera llevada a su presencia.

Llegó Tamara y Amnón le pidió que le hiciera bizcochos con sus propias manos, porque así los comería con más gusto.

La joven amasó la harina delante de su hermano, le hizo bizcochos y se los ofreció. Amnón se negó a probarlos y ordenó a los criados que hicieran salir a todos los que estaban en el cuarto, porque deseaba descansar, libre de ruidos y alborotos. Cumplida la orden, pidió a su hermana que le llevara la cena a la sala interior, y cuando lo hizo, Amnón la tomó en sus brazos y trató de persuadirla de que se acostara con él.

—No —exclamó la doncella—, no me fuerces, hermano, y no cedas a la maldad transgrediendo las leyes y acarreándote el oprobio. Refrena tu injusta e impura lujuria que sólo reproches y desgracias traerá a nuestra casa.

Le aconsejó, para eludir momentáneamente la pasión de su hermano, que le hablara al padre al respecto, que indudablemente se lo permitiría. Amnón no cedió e inflamado de amor y enceguecido por la vehemencia de su pasión, violó a su hermana.

Pero en cuanto hubo satisfecho su lujuria, le tomó inmediatamente odio y con palabras de reproche le ordenó que se levantara y se marchara. Replicó la mujer que el ultraje de ahora era más injurioso que el anterior, porque después de haberla

violado ni siquiera le permitía quedarse hasta la noche y la mandaba salir de día, a plena luz, con el testimonio de su vergüenza. Amnón ordenó entonces a los criados que la echaran de la casa.

Dolorosamente apenada por la injuria y la violencia de que había sido objeto, se rasgó la túnica (antiguamente las vírgenes llevaban un ropaje suelto atado a las manos y caído hasta los tobillos, para que no se viera el vestido interior), y echándose ceniza en la cabeza salió a la ciudad llorando y lamentándose. Acertó a encontrarla su hermano Absalón, quien le preguntó qué le había ocurrido. Ella se lo contó y Absalón la consoló pidiéndole que se tranquilizara y no considerara la corrupción de su hermano como una injuria. Tamara aceptó su consejo y dejó de gritar y de descubrir a la multitud su deshonra. Luego vivió durante mucho tiempo con su hermano Absalón como viuda.

2. Cuando David lo supo se apenó por el acto de Amnón, pero como sentía por él extraordinario afecto, porque era su hijo mayor, no lo castigó. Absalón, en cambio, que lo odiaba, esperó una oportunidad propicia para vengar el crimen. Dos años después del atentado inicuo sufrido por su hermana, Absalón se dispuso a hacer la esquila de sus ovejas en Belsefón, ciudad de la tribu de Efraím, y rogó a su padre y a sus hermanos que fueran a festejarlo con él. David se negó, no queriendo ser una carga para él, y Absalón insistió en que por lo menos le enviara a sus hermanos.

Absalón encargó entonces a sus sirvientes que cuando vieran a Amnón embriagado por el vino y adormecido y cuando recabaran una señal de él, lo mataran sin temer nada.

3. Así lo hicieron, tal como se lo habían mandado. Los demás hermanos atónitos y temiendo por sus vidas, montaron a caballo y regresaron a la casa de su padre. Pero alguien se adelantó e informó al rey que todos sus hijos habían sido asesinados por Absalón. Agobiado de dolor por la pérdida de sus hijos y por el hecho de que hubieran recibido la muerte a manos de otro hijo, David no preguntó la causa, ni quiso averiguar nada, lo que hubiera sido razonable frente a una desgracia tan grande y tan increíble, y rasgándose los vestidos se tiró al suelo a llorar la pérdida de sus hijos.

Jonatás, el hijo de su hermano Sam, le rogó que no se entregara al dolor hasta ese punto, porque no encontraba motivo para creer que todos sus hijos habían sido asesinados; sólo en cuanto a Amnón podía haber la duda, porque Absalón probablemente había querido vengar la ofensa que infirió a su hermana Tamara. En ese momento se oyó un gran ruido de caballos y tumulto de gente que venía. Eran los hijos del rey, que habían huido de la fiesta. El padre les salió al encuentro y los abrazó llorando, desolado a pesar de encontrarse de nuevo con los que no había esperado ver después de haber sido informado de su muerte. Todos gemían y sollozaban, los hijos por el hermano y el rey por el hijo que había perdido.

Absalón, por su parte, huyó a Getsura, donde era rey su abuelo por parte de su madre, y se quedó allí tres años.

4. Pasados con el tiempo los efectos de su enojo, David quiso que Absalón volviera, no para ser castigado sino para estar con él. Fue sobre todo Joab, el capitán del ejército, el que lo persuadió de que lo mandara llamar. Joab contrató a una mujer de edad para que fuera a ver al rey vestida de luto, y le dijera que dos de sus hijos habían disputado ásperamente, llegando finalmente a pelear entre sí; cayó herido uno de ellos que luego murió. La mujer le pedía ahora al rey que interviniera para salvar al otro hijo, a quien sus parientes querían matar porque había dado muerte a su hermano, y no la privara del apoyo que esperaba de él en su vejez. Si impedía que lo mataran, le haría una gran merced; sólo el temor al rey podía hacerlos desistir de sus propósitos.

El rey le dio su consentimiento y la mujer replicó:

—Debo darte las gracias por tu bondad al compadecerte de mi vejez y evitarme la pérdida del único hijo que me quedaba; pero para asegurarme de tu favor, te ruego que te reconcilies primeramente con tu propio hijo y le retires tu enojo. Porque, ¿cómo podré convencerme de que realmente me concediste esa gracia si mantienes tu cólera contra tu hijo? Sería injusto añadir voluntariamente otra muerte al sacrificio de tu hijo, cometido sin tu consentimiento.

El rey comprendió que la pretendida historia era una estratagema de Joab; al confirmar su sospecha interrogando a la mujer, mandó llamar a Joab y le dijo que había logrado lo que se había propuesto, y le ordenó que trajera a Absalón porque ya se le había disipado el enojo.

Joab se prosternó ante el rey escuchando con júbilo sus palabras, y se trasladó inmediatamente a Getsura, de donde volvió a Jerusalén con Absalón.

5. Pero el rey envió un mensaje a su hijo antes de que llegara ordenándole que se retirara a su casa, porque por el momento no estaba dispuesto a recibirlo. Obedeciendo la orden de su padre, Absalón se abstuvo de presentarse ante el rey, y vivió atendido por su familia. La belleza de Absalón no sufrió menoscabo, ni por el pesar ni por la falta de los honores que suelen recibir los hijos de los reyes; seguía sobresaliendo a todos los hombres en estatura y prestancia y tenía mejor aspecto que los que vivían con lujo; sus cabellos eran tan espesos que con dificultad se lo cortaban cada ocho días; pesaban doscientos siclos, que equivalen a cinco minas.

Absalón vivió en Jerusalén dos años y fue padre de tres hijos y una hija; ésta era de gran belleza y luego se casó con ella Roboam hijo de Salomón, dándole un hijo llamado Abiá. Absalón mandó a buscar a Joab y le pidió que le hiciera las paces por completo con su padre y que le consiguiera permiso para ir a verlo y hablarle. Como Joab no se cuidó de cumplir su pedido, Absalón mandó a varios de sus criados a prender fuego a un campo vecino de la casa de Joab. Joab fue a ver a Absalón y le reprochó lo que había hecho y le preguntó la causa de su conducta.

—Me pareció una buena estratagema —respondió Absalón—, para traerte aquí, ya que no te ocupaste en satisfacer mi pedido de reconciliarme con mi padre. Ahora que estás aquí, te ruego que lo pacifiques conmigo, porque considero mi presencia en

esta ciudad más afrentosa que el destierro, mientras continúe el enojo de mi padre.

Compadecido Joab de la desazón del joven, intercedió ante el rey. Habló con él y no tardó en ponerlo en favorable disposición para recibir a su hijo; David no tardó en mandar a buscar a Absalón. Cuando estuvo en su presencia éste se arrojó al suelo y le pidió perdón por sus ofensas. El rey lo levantó y le prometió olvidar lo que había hecho.

# CAPÍTULO IX

## *La insurrección de Absalón contra David*

1. Después de este buen éxito obtenido con el rey, Absalón se procuró, en bastante poco tiempo, un gran número de caballos y carros. Tenía además cincuenta escuderos que lo rodeaban. Diariamente se dirigía al palacio del rey, a hora temprana, y hablaba amablemente con los que iban a pedir justicia y perdían la causa, sugiriendo que si la habían perdido injustamente era porque el rey carecía de buenos consejeros, o quizá porque el juez había dado una sentencia equivocada; de este modo se ganaba su buena voluntad, y añadía que si él tuviese autoridad, impartiría justicia de manera más equitativa.

Se hizo popular entre la multitud y cuando juzgó que tenía asegurada la buena voluntad del pueblo, cuatro años después de la reconciliación, fue a ver al padre y le pidió permiso para trasladarse a Hebrón a hacer un sacrificio a Dios, que había prometido ofrecer cuando huyó del país. David se lo concedió y Absalón se dirigió a aquella ciudad, donde se reunieron con él grandes multitudes a las que había mandado llamar.

2. Entre ellos estaba Ajitofel el gilonita, consejero de David, con doscientos hombres de Jerusalén, que ignoraban sus intenciones y habían acudido solamente por asistir al sacrificio. Valiéndose de esa estratagema Absalón se hizo proclamar rey por toda la multitud.

Cuando la noticia llegó a oídos de David, quien se enteró de algo que no esperaba de su hijo, quedó espantado ante su acción impía y audaz; se extrañó de que Absalón, olvidando que sólo recientemente le había sido olvidada su ofensa, se lanzase a nuevas empresas peores y más perversas, aspirando a un trono que Dios no le había dado, y despojando a su propio padre. Resolvió por lo tanto huir hacia el otro lado del Jordán. Reunió a sus más íntimos amigos y les comunicó las noticias sobre la locura de su hijo. Se encomendó a Dios, que juzgaría las acciones de ambas, y dejando el palacio real al cuidado de diez concubinas, partió de Jerusalén, voluntariamente acompañado por una numerosa multitud, que se empeñó en acompañarlo, y especialmente por aquellos seiscientos hombres que habían estado con él después de su primera huída en los tiempos de Saúl.

A Abiatar y Sadoc, los sumos sacerdotes, que querían partir con él, lo mismo que a todos los levitas, los convenció de que se quedaran con el arca, esperando que Dios lo salvara sin necesidad de moverla de su lugar. Pero les recomendó que secretamente le informaran de todo lo que pasara. Tenía además consigo como fieles servidores a Aquimás y Jonatás, hijos de los pontífices Sadoc y Abiatar<sup>[113]</sup>. Eti el giteo fue también con él, aunque David no quiso llevarlo y trató de persuadirlo de que se

quedara, demostrando Eti con ello que era su mejor amigo.

Cuando subía descalzo el monte de los Olivos, seguido por toda su compañía que lloraba, le informaron que Ajitofel estaba del lado de Absalón y se encontraba con él. La noticia aumentó su pesar y pidió a Dios que hiciera perder a Ajitofel la confianza de Absalón, porque temía que lo hiciera seguir sus perniciosos consejos y sabía que era un hombre prudente y de previsión muy aguda.

Al llegar a la cima de la montaña David miró la ciudad, y oró a Dios con abundantes lágrimas, como si ya hubiese perdido el trono. Allí fue donde lo encontró un fiel amigo de él, llamado Cus. David lo vio con sus ropas rasgadas y ceniza en la cabeza, y lamentándose por el cambio de la situación; lo consoló y lo exhortó a que refrenara su dolor, y finalmente le pidió que fuera a reunirse con Absalón como si fuera partidario de él, para averiguar sus recónditas intenciones y contradecir los consejos de Ajitofel; porque no podría serle tan útil estando con él que estando junto a Absalón. Aceptó aquél la indicación de David y partió a Jerusalén, adonde llegó Absalón poco después.

3. David avanzó un poco más y se encontró con Siba, el siervo de Memfibost (a quien había enviado a cuidar las posesiones que le dio a Memfibost, por ser hijo de Jonatás hijo de Saúl); Siba llevaba un par de asnos cargados de provisiones, y le pidió que tomara todo lo que él y sus acompañantes necesitaran. El rey le preguntó dónde había dejado a Memfibost; respondió que en Jerusalén, donde esperaba que a favor de la confusión presente, el pueblo lo proclamara rey recordando los beneficios que Saúl le había conferido. Indignado por la traición el rey cedió a Siba todo lo que antes había acordado a Memfibost, juzgando que tenía más derecho a poseerlo que su amo. Por lo cual Siba se regocijó sobremanera.

4. Estando David en un lugar llamado Bacures llegó un pariente de Saúl de nombre Semei, hijo de Ger, que le arrojó piedras y le dijo palabras de reproche. Los amigos del rey rodearon a David para protegerlo y el hombre insistió en sus reproches, llamándolo sanguinario y declarándolo culpable de todos los males. Le ordenó que se fuera del país, por ser impuro y maldito y agradeció a Dios por haberle quitado el trono haciéndole aplicar, por la mano de su propio hijo, el castigo de las ofensas inferidas a su amo.

Indignados y furiosos quedaron los que rodeaban al rey, y Abiseo quiso matar a Semei. David lo contuvo.

—No aumentemos nuestros infortunios con uno más —dijo—. No me preocupa ese perro que me ladra; me someto a Dios, que mandó a este hombre para lanzarnos su furor. No es extraño que deba aguantar esas injurias, cuando sufro la misma impiedad de mi propio hijo. Pero quizá Dios se compadezca de nosotros, si su voluntad es que triunfemos.

Prosiguió su marcha sin prestar atención a Semei, que corría por el otro lado de la montaña y lanzaba sin cesar su injurioso lenguaje. Al llegar al Jordán, David permitió a los que iban con él que descansaran, porque estaban fatigados.



5. Cuando llegaron a Jerusalén Absalón y su consejero Ajitofel, con todo el pueblo, Cus se presentó ante él, le hizo una reverencia y le deseó que su reinado se prolongara a través de las edades. Absalón le preguntó por qué, siendo un amigo íntimo de su padre, a quien siempre le fue fiel, no estaba ahora con él y había venido en cambio a ponerse a su servicio.

La respuesta de Cus fue muy oportuna y prudente.

—Debemos seguir a Dios y a la multitud del pueblo; éste, señor y amo mío, está contigo; corresponde por lo tanto, que lo siga, porque tú recibiste el reino de Dios. Si me crees tu amigo, te demostraré la misma fidelidad y benevolencia que tú sabes he tenido siempre para con tu padre. No hay ningún motivo para no estar satisfecho con el presente estado de cosas, porque el trono no pasa a otros, queda en la misma familia, recibiéndolo el hijo después del padre.

Estas palabras persuadieron a Absalón, que había sospechado de Cus.

Llamó luego Absalón a Ajitofel y lo consultó sobre lo que debía hacer. El consejero le recomendó que se juntara con las concubinas de su padre.

—Con ese acto —dijo—, el pueblo tendrá la certeza de que tu diferencia con tu padre es irreconciliable, y peleará con decisión contra él, porque por ahora todavía temen asumir una actitud de franca enemistad, por las dudas de que se reconcilien.

Absalón aceptó el consejo y ordenó a sus sirvientes que le pusieran una tienda en la terraza del palacio real, delante de la multitud; y entró y se acostó con las concubinas de su padre. Todo lo cual ocurrió de acuerdo con la predicción de Natán, quien le profetizó el futuro atentado de su hijo.

6. Después de hacer lo que Ajitofel le había aconsejado, Absalón le volvió a pedir consejo acerca de la guerra con su padre. Ajitofel le pidió que le diera diez mil hombres elegidos y le prometió que mataría a su padre y traería de vuelta a los soldados sanos y salvos. Le aseguró que sólo podría afirmarse en el trono estando su padre muerto.

A Absalón le agradó el consejo, y llamó a Cus, el amigo de David (así lo llamaba), e informándole de la opinión de Ajitofel le preguntó cuál era la suya al respecto. Cus comprendió que si seguía el consejo de Ajitofel David correría peligro de ser apresado y muerto; y trató de presentar una opinión contraria.

—Tú no desconoces, ¡oh, rey! —dijo—, la valentía de tu padre y de los que están con él. Hizo muchas guerras y siempre salió de ellas victorioso; ahora vive probablemente en el campamento, pero como es hábil en urdir estratagemas y en prever los engañosos ardides del enemigo, sin duda dejará a sus soldados por la noche y se ocultará en algún valle o tenderá una celada en una roca. Cuando nuestro ejército entre en batalla con sus fuerzas, éstas se retirarán al principio, para volver a atacarnos envalentonadas por la proximidad del rey. Entretanto tu padre aparecerá de improviso en medio del combate, infundiendo valor en su gente cuando estén en peligro y trayendo consternación en la tuya. Considera, por lo tanto, mi consejo, y razona, y si no puedes menos que reconocer que es el mejor, rechaza la opinión de Ajitofel.

Reúne a todo el país de los hebreos y ordénale pelear contra tu padre, y tú toma personalmente el ejército, asume en esta guerra el puesto de general y no lo confíes a nadie más que a ti mismo. De este modo lo vencerás fácilmente, dominándolo abiertamente con sus pocos partidarios mientras que tú tendrás muchas decenas de miles de hombres deseosos de demostrarte su diligencia y decisión. Y si tu padre se encierra en alguna ciudad y sostiene el sitio, derribaremos la ciudad por medio de máquinas de guerra y de minas<sup>[114]</sup>.

Dicho esto por Cus, su punto de vista prevaleció sobre el dé Ajitofel, porque Absalón prefirió su opinión a la otra. En realidad fue Dios mismo el que le hizo juzgar mejor el consejo de Cus.

7. Cus se dirigió apresuradamente a encontrarse con los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar y les comunicó los consejos de Ajitofel y de él mismo, y de que se había resuelto seguir el de él. Les pidió que mandaran a avisar a David, comunicándole las decisiones adoptadas y rogándole que pasara sin demora el Jordán, por las dudas de que su hijo cambiara de parecer, lo persiguiera y lo apresara antes de ponerse a salvo. Los sumos sacerdotes tenían escondidos a sus hijos en un sitio adecuado fuera de la ciudad, preparados para llevar a David las noticias de lo que se hubiese resuelto.

Enviaron a una criada de confianza a comunicarles las noticias de la resolución de Absalón, ordenándoles que se las llevaran a toda velocidad a David. Sin pérdida de tiempo, al recibir las instrucciones de sus padres como fieles y piadosos delegados, juzgaron que la rapidez sería la mejor expresión de fidelidad y se apresuraron a dirigirse hacia el lugar donde se hallaba David.

Cuando estaban a dos estadios de la ciudad, varios jinetes los vieron<sup>[115]</sup>, e informaron a Absalón, que inmediatamente envió soldados a detenerlos. Al saberlo los hijos de los sumos sacerdotes abandonaron el camino y penetraron en una aldea llamada Bacures, donde pidieron a una mujer que los ocultara en algún sitio seguro. La mujer los hizo descender por medio de una cuerda a un pozo, que tapó con vellones de lana. Cuando llegaron los perseguidores le preguntaron si los había visto, no lo negó, pero agregó que se habían quedado con ella un tiempo, marchándose luego; y que si los seguían sin demora los apresarían.

Después de buscarlos largo tiempo sin encontrarlos, los soldados se volvieron. Pasado el peligro de que fueran sorprendidos, la mujer subió a los jóvenes por medio de la cuerda y les indicó que siguieran su camino. Los jóvenes partieron a toda prisa y llegaron hasta donde se hallaba David, a quien informaron detalladamente de las decisiones de Absalón. David ordenó a los que estaban con él que atravesaran el Jordán en el transcurso de la noche, sin pérdida de tiempo.

8. Al serle rechazado su consejo, Ajitofel montó en su asno y se trasladó a su ciudad de Gelmón. Allí reunió a su familia y les comunicó lo que había recomendado a Absalón, añadiendo que como éste no lo había escuchado, su caída se produciría indudablemente dentro de poco tiempo; David lo derrotaría y volvería a ocupar su trono. Por lo tanto prefería quitarse la vida libre y valientemente, antes que exponerse

al castigo que David le infligiría por haberlo traicionado apoyando enteramente a Absalón.

Dicho esto se dirigió a su alcoba y se ahorcó. Éste fue el fin de Ajitofel, que se condenó a sí mismo. Sus parientes lo descolgaron de la cuerda y se ocuparon en su funeral.

En cuanto a David, pasó el Jordán, como ya hemos dicho, y llegó a Campamentos<sup>[116]</sup>, una excelente ciudad muy bien fortificada. Los principales de la ciudad lo recibieron amistosamente, compadecidos por su desdicha y respetuosos por su prosperidad pasada. Eran ellos Berzeleo el galadita, Sifar, jefe de los amonitas y Maquir, el principal de Galaad. Le suministraron abundantes provisiones para él y sus partidarios, camas, mantas, hogazas de pan, vino. Les trajeron gran cantidad de ganado para carnear y les dieron los muebles que necesitaban.

# CAPÍTULO X

## *Absalón es derrotado y muerto por Joab*

1. Mientras David y sus partidarios pernoctaban allí Absalón, que había reunido un enorme ejército de hebreos para oponerle contra su padre, pasó el Jordán, y se instaló cerca de Campamentos, en el país de Galaad. Nombró a Amasa capitán general del ejército, en lugar de su pariente Joab; el padre de Amasa era Jetrán y la madre Abigal, que igual que Saruia, la madre de Joab, era hermana de David. David contó sus partidarios, que eran unos cuatro mil, y resolvió no esperar a que Absalón lo atacara. Nombró capitanes de milicias y centurias, y dividió el ejército en tres partes: la primera la encomendó a Joab, la segunda a Abiseo, el hermano de Joab, y la tercera a Eti, el compañero y amigo de David que había ido de la ciudad de Gita.

David quiso participar personalmente de la lucha, pero sus amigos no lo dejaron, fundándose en razones muy prudentes. Si somos derrotados estando él con nosotros, decían, perderemos todas las esperanzas de recobrarlos; en cambio si pierde la batalla una parte del ejército, las restantes pueden retirarse y reunirse con él y preparar una fuerza mayor. Además su ausencia haría suponer al enemigo, como es natural, que tiene otro ejército a su lado.

Aceptando el consejo, David decidió quedarse en Campamentos. Despidió a sus amigos y comandantes pidiéndoles que demostraran la mayor decisión y fidelidad posibles, y que recordaran los beneficios que habían recibido de su mano, que aunque no muy grandes, tampoco fueron insignificantes. Les pidió también que perdonaran la vida al joven Absalón, para no acarrearle desgracias con su muerte. De este modo envió al ejército a la lucha, deseándole la victoria. Joab dispuso su ejército en orden de batalla en la llanura, frente al enemigo, y delante de un bosque. Absalón también condujo su ejército al campo para hacerle frente. Entablóse la batalla y ambos bandos demostraron valor y decisión; uno exponiéndose a los mayores peligros y usando todo su empeño para que David recuperara su trono; el otro sin ceder ni en acción ni en sufrimiento, para que Absalón no fuera privado del reino y castigado por su padre por su desvergonzada tentativa. Los que eran los más numerosos se esforzaban para no sufrir la vergüenza de ser derrotados por el escaso número de los que seguían a Joab y sus comandantes; sería la peor desgracia que podría ocurrirles. Por su parte los soldados de David luchaban denodadamente para vencer a tantos millares de adversarios.

Triunfaron los hombres de David, por ser superiores en fuerza y habilidad guerrera; persiguieron a los vencidos por bosques y valles, tomaron algunos prisioneros y mataron a muchos, más en la huída que en la batalla; ese día cayeron unos veinte mil hombres. Todos los soldados de David corrieron detrás de Absalón, fácilmente distinguible por su estatura y su belleza.

Temeroso de que lo prendieran, Absalón montó en la mula real y huyó; pero al salir corriendo con gran prisa y violencia, se enredó los cabellos en las largas ramas de un árbol nudoso que se extendían sobre el camino, y quedó colgando de curiosa manera. El animal, llevado por su impulso, siguió avanzando rápidamente como, si llevara siempre a su amo en el lomo; Absalón, colgado de las ramas, fue divisado por el enemigo. Uno de los soldados de David lo vio e informó a Joab. El general le prometió cincuenta siclos si mataba a Absalón de un lanzazo.

—Jamás mataría al hijo de mi amo —replicó el soldado—, ni aunque me dices mil siclos, sobre todo después de haberte encargado delante de todos nosotros que su vida fuera respetada.

Joab le ordenó que le mostrara dónde había visto colgando a Absalón, le disparó una flecha al corazón y lo mató. Los escuderos de Joab rodearon el árbol, descolgaron el cuerpo y lo arrojaron en un gran pozo que estaba fuera de la vista, llenando luego la cavidad con una gran montaña de piedras, con lo que adquirió la dimensión y la apariencia de una tumba. Luego Joab tocó retirada, ordenando a sus soldados suspender la persecución del ejército enemigo, para no matar más compatriotas.

2. Absalón se había erigido una columna de mármol en el Valle del Rey, a dos estadios de Jerusalén, a la que había denominado La Mano de Absalón, diciendo que si sus hijos eran muertos su nombre quedaría en la columna. Tenía tres hijos y una hija, llamada Tamara, como dijimos antes, quien, al casarse con Roboam, nieto de David, tuvo un hijo llamado Abia, que sucedió a su padre en el reino. Pero de esto hablaremos en una parte más apropiada de nuestra historia. Después de la muerte de Absalón, cada cual regresó a su casa.

3. Ajimás hijo de Sadoc el sumo sacerdote, fue a ver a Joab y le pidió que le permitiera llevar a David la noticia de la victoria y comunicarle que Dios le había acordado su ayuda y providencia. Joab no lo autorizó.

—Tú que siempre has sido mensajero de buenas nuevas —le dijo— ¿quieres ir ahora a informar al rey que ha muerto su hijo?

Y le pidió que desistiera de su propósito. Llamó entonces a Cus y le encargó la misión de informar al rey de todo lo que había visto. Pero Ajimás insistió en que le permitiera hacer de mensajero, asegurándole que sólo le contaría lo referente a la victoria y se callaría lo de la muerte de Absalón. Joab lo autorizó.

4. Ajimás tomó un camino distinto del que había seguido Cus y que sólo él conocía y llegó antes que aquél. David estaba sentado entre las puertas aguardando a que alguien llegara del campo de batalla a informarle sobre su desarrollo. Uno de los centinelas vio venir corriendo a Ajimás y antes de poder distinguir quién era anunció a David que llegaba un hombre corriendo; David manifestó que era un mensajero de buenas nuevas. Un rato más tarde el centinela le informó que detrás venía corriendo otro mensajero. El rey respondió que también ése era un buen mensajero. Cuando el centinela reconoció a Ajimás, que ya estaba cerca, comunicó al rey que era el hijo del

sumo sacerdote Sadoc el que venía. David se alegró, diciendo que era portador de buenas noticias, de las que él quería conocer sobre la batalla.

5. Sobre estas palabras llegó Ajimás e hizo su reverencia al rey. Preguntado por éste sobre la batalla, respondió que le traía la buena nueva de la victoria y el triunfo. Interrogado sobre lo que podía decirle acerca de su hijo, replicó que había partido no bien derrotado el enemigo y que había oído un gran alboroto de los que perseguían a Absalón, pero que no se pudo enterar de nada por la prisa con que Joab lo había enviado a informar al rey de la victoria.

Pero cuando llegó Cus, después de reverenciar al rey e informarle de la victoria, el rey le preguntó por su hijo.

—Ojalá sufran todos tus enemigos la suerte que le cupo a Absalón —respondió Cus.

Esas palabras no le permitieron ni a él ni a sus soldados celebrar la victoria, aunque era grande. David subió a la parte más alta de la ciudad<sup>[117]</sup> y lloró por su hijo, golpeándose el pecho, mesándose los cabellos, atormentándose de mil modos y gritando: «¡Hijo mío, ojalá hubiese muerto yo, terminando mis días contigo!» Era de naturaleza afectuosa y por aquel hijo tenía especial predilección.

Al enterarse los soldados y Joab que el rey lloraba a su hijo, sintieron vergüenza de entrar en la ciudad con fausto de conquistadores, y lo hicieron apesadumbrados derramando lágrimas, como si hubiesen sido derrotados. Mientras el rey se velaba la cabeza y lamentaba dolorosamente la muerte de su hijo, Joab lo consoló diciéndole:

—¿No adviertes, ¡oh, señor!, que echas un baldón sobre ti mismo con lo que ahora haces? Pareces odiar a los que te aman y arrostran peligros por ti; pareces odiarte a ti mismo y a tu familia, y amar a los que son tus acérrimos enemigos, y desear la compañía de los que ya no existen y que han sido justicieramente muertos. Si Absalón hubiese obtenido la victoria y se hubiese asentado firmemente en el trono, ninguno de nosotros habría quedado vivo. Todos nosotros, empezando por ti mismo y tus hijos, habríamos perecido miserablemente; y nuestros enemigos no llorarían, se regocijarían y castigarían incluso a los que se compadecieran de nuestra desgracia. Y tú no te avergüenzas de hacerlo tratándose de alguien que fue tu enconado enemigo y que, siendo tu propio hijo, se portó tan mal contigo. Deja, pues, tu injusto dolor y sal afuera a que te vean tus soldados, y dales las gracias por la decisión que demostraron en la lucha. Porque si continúas con esta actitud, yo mismo diré al pueblo que te abandone y que dé el trono a otro, y entonces te ocasionaré un dolor más amargo y más justificado.

Con estas palabras Joab obligó al rey a abandonar su pena y lo llevó a la consideración de los asuntos. David se cambió de ropa y se presentó apropiadamente ante la multitud, sentándose en las puertas. Enterado el pueblo, se reunió y corrió a saludarlo. Éste era el estado en que se hallaban las cosas de David.

## CAPÍTULO XI

*Recuperado el trono, David se reconcilia con Semei y con Siba, y demuestra gran afecto a Berzeleo; y al estallar una sedición nombra a Amasa capitán del ejército, para perseguir a Sabeo, siendo Amasa muerto por Joab*

1. Los hebreos que habían estado con Absalón y habían escapado de la batalla, cuando volvieron a sus casas enviaron mensajeros a todas las ciudades para recordarles los beneficios recibidos de David y de la libertad que les había dado a costa de tantas y tan grandes guerras. Y se quejaban de que habiendo expulsado a David del trono para dárselo a otro gobernante, y habiendo muerto el otro gobernante a quien habían elevado, no rogaran a David que depusiera su enojo y volviera a concederles su amistad, reasumiendo como antes la atención de los asuntos y retomando el trono.

Esa información llegó a oídos de David. No obstante, envió a los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar a que hablaran con los jefes de Judá y les dijeran que sería vergonzoso para ellos que permitieran a las otras tribus elegir de nuevo rey a David antes que su tribu, siendo ellos parientes y de la misma sangre. Mandó también que dijeran lo mismo a Amasa, el capitán de sus fuerzas, que aunque era hijo de su hermana no había persuadido a la multitud de que restableciera a David en el trono. Y le anunció que podía esperar de él no solamente la reconciliación, que ya se la concedía, sino también el mando supremo del ejército, que antes le había dado Absalón.

Después de hablar con los jefes de la tribu diciéndoles lo que el rey les había ordenado, los sumos sacerdotes conversaron con Amasa, quien persuadió a la tribu que enviara inmediatamente embajadores para rogar a David que volviera al trono. Lo mismo hicieron los israelitas, incitados por Amasa. Cuando los embajadores fueron a verlo, David se trasladó a Jerusalén. La tribu de Judá fue la primera que salió al encuentro del rey en el río Jordán. Semei hijo de Ger fue con mil hombres que trajo consigo de la tribu de Benjamín, y Siba, el liberto de Saúl, con sus quince hijos y veinte siervos. Todos ellos tendieron un puente sobre el río, para que el rey y los que estaban con él pudieran pasarlo fácilmente.

En cuanto llegó al Jordán la tribu de Judá lo aclamó. Semei subió al puente, se arrojó al suelo y abrazándole los pies le rogó que le perdonara sus ofensas y no le guardara rencor ni tomara con él la primera medida severa de su nuevo poder, y considerara que se había arrepentido de su falta y había sido el primero en acudir a recibirlo.

Mientras rogaba de ese modo al rey, moviéndolo a compasión, dijo Abiseo, hermano de Joab:

—¿Con esto se libraría de la muerte este hombre, que maldijo al rey nombrado

por Dios?

David se volvió hacia él.

—¿Nunca cejaréis, vosotros los hijos de Saruia? —dijo—. Os lo ruego, no promováis nuevos disturbios y sediciones entre nosotros, ahora que terminó la otra. Porque no os ocultaré que hoy comenzaré a reinar y por eso juro perdonar a todos los ofensores sus castigos, y no me ensañaré con ninguno que haya pecado. Por consiguiente, tú, Semei —agregó dirigiéndose a éste—, ánimate y no temas que te castiguen con la muerte.

Semei le hizo una reverencia y siguió marchando delante de él.

2. También Memfibost, el nieto de Saúl, fue al encuentro de David, vestido con ropas sórdidas y con el cabello crecido y descuidado. Después de la huida de David sintió tanta pena que no se cortó el pelo ni se hizo lavar la ropa, previendo las desventuras que le tocaría sufrir con el cambio de la situación.

Porque había sido injustamente calumniado ante el rey por su cuidador Siba. Después de hacer la reverencia al rey y saludarlo David le preguntó por qué no había salido de Jerusalén acompañándolo en la huída. Memfibost echó la culpa a Siba; cuando le ordenó que le preparara las cosas para partir, no lo obedeció y lo trató, en cambio, como si fuera un esclavo.

—Si tuviese las piernas sanas y fuertes, no te habría desertado, las habría usado para huir. Pero eso no es toda la ofensa que me infirió, con respecto a mi deber para contigo, señor; además me calumnió, contándote mentiras de su invención. Pero sé que tu inteligencia no admitirá esas calumnias, sé que eres justo y amante de la verdad, y sé que es también voluntad de Dios que esta última prevalezca. Después de haber estado expuesto a los peores peligros por mi abuelo y cuando luego mi familia pudo haber sido, con razón, totalmente destruida, fuiste moderado y misericordioso, y olvidaste todas las injurias, precisamente cuando estabas en condiciones de castigarlas. Me consideraste tu amigo y me sentaste diariamente a tu mesa, y me trataste como al más estimado de tus parientes.

David resolvió no castigar a Memfibost ni condenar a Siba, por haber traicionado a su amo. Le dijo que habiendo concedido todo su patrimonio a Siba por no haberse ido con él, ahora le prometía olvidarlo y ordenó que le fuera restituida la mitad del patrimonio.

—Que Siba se lo lleve todo —repuso Memfibost—. Me basta con que hayas recobrado tu trono.

3. David pidió a Berzeleo el galadita, ese hombre grande y espléndido que le había llevado numerosas provisiones a Campamentos y lo había conducido al Jordán, que lo acompañara a Jerusalén, porque había prometido rodear su vejez de respeto y honores, atenderlo y mantenerlo. Pero Berzeleo quería vivir en su casa, y le rogó que lo disculpara. Su edad, le dijo, era demasiado avanzada para esos placeres; tenía ochenta años y estaba haciendo preparativos para su muerte y sepultura. Le pidió como único favor que lo despidiera; su edad no le permitiría gozar de su comida y su



bebida, y sus oídos estaban demasiado cerrados para oír el sonido de las flautas, o las melodías de otros instrumentos musicales, con los que se encantan los que viven en las cortes de los reyes.

4. Ante su sincero pedido respondió el rey:

—Te despido, pero déjame a tu hijo Aquimán, a quien colmaré de atenciones.

Berzeleo le dejó a su hijo, hizo una reverencia al rey, le deseó que todas sus cosas salieran a la medida de sus deseos y regresó a su casa. David llegó a Galgala con casi la mitad del pueblo y la tribu de Judá.

5. Los principales hombres del país fueron a verlo a Galgala con una gran multitud, y se quejaron de que la tribu de Judá hubiese ido a verlo privadamente, debiendo haber ido todos juntos con la misma y única intención, de darle la bienvenida. Los jefes de la tribu de Judá les pidieron que no se disgustaran por eso. Ellos, añadieron, eran parientes de David; por eso le debían más afecto y solicitud, y fueron los primeros en salirle al encuentro.

Les aseguraron que no por eso habían recibido ninguna donación que pudiera desazonar a los que llegaran después. Los jefes de las demás tribus no se aplacaron con estas palabras de los principales de la tribu de Judá.

—No podemos menos que extrañarnos, hermanos —dijeron—, al oírlos decir que el rey es pariente vuestro solamente; el que recibió de Dios el poder sobre todos nosotros en común, debe ser estimado como pariente de todos nosotros, por cuya razón al conjunto del pueblo le corresponden once partes<sup>[118]</sup> y a vosotros sólo una. Además nosotros somos más viejos que vosotros, por lo tanto no habéis hecho bien en dirigiros al encuentro del rey de esa manera privada y oculta.

6. Mientras los jefes disputaban entre sí, un hombre perverso que se complacía en practicar la sedición (se llamaba Sabeo hijo de Bocoías, de la tribu de Benjamín), entró en medio de la multitud y exclamó en voz alta:

—¡A nosotros no nos corresponde ninguna parte de David, ni queremos nada del hijo de Isaí!

Dicho esto hizo sonar la trompeta y declaró la guerra contra el rey. Todos abandonaron a David y lo siguieron, excepto la tribu de Judá, que lo instaló en su palacio real de Jerusalén. En cuanto a sus concubinas, con las que se acompañó su hijo Absalón, las trasladó a otra casa y ordenó a los que las cuidaban que les dieran todo lo que necesitaban, pero él nunca más se acercó a ellas.

Nombró asimismo a Amasa capitán de las fuerzas, y le dio el mismo cargo elevado que había tenido Joab. Luego le ordenó que reuniera en la tribu de Judá el mayor ejército que fuera posible y se presentara ante él dentro de tres días; le entregaría entonces todo su ejército y lo enviaría a luchar contra el hijo de Bocoías.

Amasa partió pero no se apresuró a reunir la fuerza encomendada y no volvió a los tres días. Dijo entonces David a Joab que no convenía demorar este asunto de Sabeo, para no darle tiempo a que reuniera un ejército numeroso y provocara mayores contratiempos y dañar las cosas más aún que el mismo Absalón.

—No esperes más —dijo—, toma las fuerzas que tengas a mano, junto con ese cuerpo de seiscientos hombres, y que vaya tu hermano Abiseo contigo; sal contra el enemigo y trata de derrotarlo. Apresúrate y adelántate a él, para evitar que tome algunas ciudades fortificadas y nos dé mucho trabajo y penas dominarlo.

7. Joab resolvió hacerlo sin pérdida de tiempo; llevando consigo a su hermano y aquellos seiscientos hombres y ordenando que lo siguiera el resto del ejército que se hallaba en Jerusalén, marchó a toda velocidad contra Sabeo. Cuando estaban cerca de Gabaón, que es una aldea situada a cuarenta estadios de Jerusalén, Amasa, con un gran ejército, salió al encuentro de Joab.

Joab llevaba coraza y espada al cinto. Cuando Amasa se acercó a saludarlo, con particular cuidado se arregló para que su espada se le cayera, al parecer espontáneamente. La levantó y se acercó a Amasa, y como si fuera a besarle le tomó la barba con la otra mano mientras le hundía la espada en el vientre. Amasa cayó al suelo, muerto.

Joab cometió ese acto impío y completamente repudiable con un hombre bueno, pariente de él, que jamás lo había ofendido; lo hizo sólo por celos, porque había sido designado comandante en jefe del ejército y tenía ahora el mismo grado de dignidad que él; por la misma razón había matado anteriormente a Abner. En aquella perversa acción la muerte de su hermano Asael, que simuló vengar, le dio un pretexto aceptable, justificando su crimen perdonable. Pero para el asesinato de Amasa no tenía ninguno.

Después de matar al general, Joab persiguió a Sabeo, dejando un hombre junto al cadáver de Amasa, con la orden de proclamar a voces ante el ejército que había sido muerto justamente y obtenido un merecido castigo. Y que si estaban con el rey, que siguieran a Joab su general y a Abiseo el hermano de Joab.

Como el cuerpo estaba en medio del camino y toda la multitud corría a verlo y, como es habitual en las multitudes, se quedaban haciendo comentarios, el cuidador lo retiró de ese lugar y lo llevó a otro sitio alejado del camino, donde lo dejó cubierto con su ropa. Hecho esto, todo el pueblo siguió a Joab.

Mientras perseguía a Sabeo por todo el país de Israel, alguien le dijo que el buscado se hallaba en una ciudad fuerte llamada Abelmaquea. Hacia allí se dirigió Joab, la rodeó, tendió una valla y ordenó a sus soldados que minaran las murallas y las derribaran. Estaba indignado con los habitantes de la ciudad por no haberle permitido la entrada.

8. Una mujer de poca importancia pero sabia e inteligente, viendo a su ciudad al borde del abismo, subió al muro y por medio de los hombres armados llamó a Joab. Cuando éste se acercó le dijo la mujer:

—Dios ordenó reyes y generales de ejércitos para suprimir a los enemigos de los hebreos y obtener para ellos la paz y la tranquilidad; tú en cambio te empeñas en derribar y despoblar una urbe de los israelitas, que no ha cometido ningún delito.

Joab protestó y rogó que Dios le siguiera siendo propicio. Aseguró a la mujer que

no quería hacer morir a ninguno de sus habitantes y mucho menos destruir una ciudad tan grande como aquélla; si le entregaban a Sabeo hijo de Bocorías, que se rebeló contra el rey, abandonaría el asedio y retiraría el ejército.

Oyendo estas palabras de Joab la mujer le pidió que suspendiera momentáneamente el sitio, el tiempo suficiente para hacerle tirar por el muro la cabeza de su enemigo. Descendió y dirigiéndose a los ciudadanos les dijo:

—¿Sois tan perversos que preferís morir miserablemente, con vuestras mujeres e hijos, por salvar a un ser vil a quien nadie conoce? ¿Lo aceptaréis como rey en lugar de David, que es vuestro gran benefactor, y opondréis vuestra ciudad a un ejército fuerte y poderoso?

La mujer los convenció; cortaron la cabeza a Sabeo y la arrojaron al campamento de Joab. El general del rey tocó entonces retirada y levantó el sitio de la ciudad. Cuando regresó a Jerusalén fue nombrado nuevamente general de todo el pueblo. El rey designó asimismo a Banajas capitán de la guardia y de los seiscientos hombres, a Adoram encargado de los tributos y a Sabatés y Aquilao para cuidar los archivos. Nombró escriba a Susa y sumos sacerdotes a Sadoc y Abiatar<sup>[119]</sup>.

## CAPÍTULO XII

*Los hebreos son salvados del hambre mediante la venganza de los gabaonitas. Las grandes acciones de David contra los filisteos. Hazañas de los valientes que lo rodean*

1. Posteriormente, cuando el hambre azotó gravemente al país, David rogó a Dios que se compadeciera del pueblo y le descubriera cuál era la causa de la aflicción y qué remedio se le podía aplicar. Los profetas respondieron que Dios haría vengar a los gabaonitas, a los que el rey Saúl mató a traición con tanta perversidad, sin observar el juramento que el general Josué y el senado le habían formulado. Si el rey permitía que se vengase a los que fueron muertos como lo quisieran los gabaonitas, Dios prometía reconciliarlos con ellos, librando a la multitud de sus desdichas.

Enterado David de lo que buscaba Dios, envió a llamar a los gabaonitas y les preguntó qué era lo que querían. Respondieron que querían que les entregaran a siete hijos de Saúl, para castigarlos. David los entregó, exceptuando a Memfibost hijo de Jonatás. Los gabaonitas los recibieron y los castigaron como quisieron. Después de lo cual Dios comenzó a enviar lluvias y a devolver a la tierra la producción de sus frutos habituales, librándola de la sequía anterior; y el país de los hebreos volvió a florecer.

Poco después el rey hizo la guerra a los filisteos; trabada la batalla, los puso en fuga y, muy fatigado, quedó aislado durante la persecución del enemigo. Lo vio un soldado contrario, llamado Acmon hijo de Arafos; era uno de los descendientes de los gigantes y tenía una lanza cuyo mango pesaba trescientos siclos, una cota de malla y una espada. Cuando lo vio se volvió y corrió violentamente para matar al rey de sus enemigos, que estaba dominado por el cansancio. De pronto apareció Abiseo, el hermano de Joab, protegió al rey con su escudo y mató al enemigo. La multitud quedó muy intranquila por el peligro que había corrido el rey. Y los jefes le hicieron jurar que no volvería a salir a la batalla con ellos, para que su valor y su osadía no les acarrearán una desgracia, privando al pueblo de los beneficios de que ahora gozaba por su intermedio y de los que podía gozar si vivía muchos años.

2. Enterado el rey de que los filisteos se habían reunido en la ciudad de Gazara, envió un ejército contra ellos. Allí Sobaquis el jeteo, uno de los hombres más valientes de David, mereció gran encomio por su comportamiento, porque mató a muchos de los que se jactaban que eran de la posteridad de los gigantes, trayendo la victoria a los hebreos.

Después de esta derrota y a pesar de ella los filisteos volvieron a hacer la guerra. David envió un ejército a enfrentarlos y su pariente Nefán luchó en combate singular con el más robusto de los filisteos, y lo mató, poniendo en fuga a los demás. Muchos de ellos fueron muertos en la huida. Poco tiempo después los filisteos instalaron el campamento en una ciudad que estaba cerca de los confines del país de los hebreos.

Había entre ellos un hombre que medía seis codos de altura y tenía en las manos y los pies un dedo más de los usuales. Un hombre peleó con él en combate singular y lo mató. Decidió con su acción la suerte de la batalla y ganó reputación de valiente.

Aquel hombre también se había jactado de que era hijo de los gigantes. Pero después de este combate los filisteos no volvieron a hacer la guerra contra los israelitas.

3. Libre David de guerras y peligros, y gozando en lo futuro de una profunda paz, compuso himnos y canciones a Dios de distintos metros; algunos eran trímetros y otros pentámetros. Hizo también instrumentos musicales y enseñó a los levitas a cantar himnos a Dios, durante los días llamados del sabbat y en otros festivales.

Los instrumentos musicales estaban hechos del siguiente modo: la cinira era un instrumento de diez cuerdas que se tocaba con un plectro; la nabla tenía veinte notas musicales, y se tocaba con los dedos; los címbalos eran unos instrumentos anchos y grandes, que se hacían de bronce. Con esto será suficiente acerca de los instrumentos, para que el lector no desconozca completamente su naturaleza.

4. Todos los hombres que rodeaban a David eran valientes. Pero había treinta y ocho que eran famosos por sus acciones y sus hazañas; voy a relatar los hechos de sólo cinco de ellos, lo que será suficiente para poner de manifiesto las virtudes de los demás, porque todos fueron poderosos y capaces de someter países y conquistar grandes naciones. El primero era Jesaem hijo de Aquemeo, que solía saltar sobre las tropas enemigas y no dejaba de pelear hasta que derribara novecientos hombres. Después Eleazar hijo de Dodia, que estuvo con el rey en Arasán. Este hombre, una vez que los israelitas, consternados por la gran multitud de los filisteos, se dieron a la fuga, quedó solo, cayó sobre el enemigo y mató hasta que la espada se le quedó pegada a la mano por la sangre derramada; los israelitas, viendo que los filisteos se daban a la fuga, bajaron de las montañas y los persiguieron, y obtuvieron una famosa y sorprendente victoria; mientras tanto Eleazar mataba hombres y la multitud lo seguía y despojaba los cuerpos de sus muertos.

El tercero era Cesabeo hijo de Il. Este hombre, cuando en la guerra contra los filisteos éstos instalaron el campamento en un lugar llamado Siagón y los hebreos, temerosos de nuevo ante la magnitud de su ejército, no les hicieron frente, luchó solo como si fuera un ejército; mató a algunos y persiguió a otros que no pudieron dominar su fuerza y su ímpetu.

Eso fue lo que hicieron estos tres hombres. Una vez que el rey estaba en Jerusalén, y el ejército filisteo lo atacó, David subió a la cima de la ciudadela, como ya hemos dicho, para consultar a Dios acerca de la batalla; el campamento enemigo se hallaba en el valle que se extendía hasta la ciudad de Betlem, a veinte estadios de Jerusalén.

—En mi ciudad hay un agua excelente —dijo David a sus compañeros—, especialmente la del pozo que está cerca de la puerta.

Y afirmó que si alguien le trajera un poco de esa agua para beber, la apreciaría

más que una gran suma de dinero. Lo oyeron los tres hombres, salieron corriendo inmediatamente, atravesaron el campamento enemigo, llegaron a Betlem, sacaron agua del pozo, volvieron a pasar por el campamento enemigo y le llevaron el agua al rey. Los filisteos, entretanto, sorprendidos por su audacia y su decisión, no se movieron ni hicieron nada, como si despreciaran su reducido número.

Pero el rey no quiso probar el agua, porque, dijo, se la habían llevado sus hombres con peligro de sus vidas y no sería justo que la bebiera. La derramó ante Dios, y le agradeció la salvación de sus valientes.

Después estaba Abiseo, el hermano de Joab, que en un solo día mató seiscientos soldados enemigos. El quinto de ellos era Banajas, de linaje sacerdotal; desafiado por eminentes hombres en el país de Moab, los venció por su valor. En otra ocasión lo retó un hombre de la nación de los egipcios, de gran corpulencia; lo afrontó desarmado y lo mató con su propia lanza; lo tomó por la fuerza, le arrebató las armas, mientras estaba vivo y peleando, y lo mató con ellas.

Otra acción se puede añadir a las anteriores de este hombre, que supera o iguala a las restantes. Una vez que Dios había mandado nieve, un león resbaló y cayó en un pozo; la boca del pozo era estrecha y era evidente que moriría, encerrado por la nieve. No pudiendo salir del pozo la fiera comenzó a rugir.

Banajas oyó el rugido, fue hacia allí, orientado por el ruido, bajó a la boca del pozo y lo hirió, luchando, con una estaca que allí había, y lo mató.

Los otros treinta y tres guerreros de David eran tan valientes como éstos.

## CAPÍTULO XIII

### *David hace contar a la población. El castigo*

1. El rey David quiso conocer cuántos millares de personas había en el pueblo, y olvidando el mandamiento de Moisés que prescribía el pago de medio siclo por cabeza para Dios, cada vez que el pueblo era contado, ordenó a Joab, el capitán del ejército, que hiciera el recuento de la multitud. Aunque Joab opinó que no era necesario, el rey no se dejó convencer y dispuso que procediera sin demora.

Joab llevó consigo a los jefes de las tribus y a los escribas y recorrió el país de los israelitas, anotando el número de personas que integraban la multitud. Regresó a Jerusalén después de nueve meses y veinte días, y entregó al rey las sumas obtenidas que no incluían a la tribu de Benjamín, no contada aún, ni a la tribu de Leví, porque ya para ese entonces el rey se había arrepentido de su pecado contra Dios.

El número de los israelitas restantes era de novecientos mil hombres capaces de portar armas e ir a la guerra; la tribu de Judá tenía cuatrocientos mil hombres.

2. Cuando los profetas señalaron a David que Dios estaba enojado con él, comenzó a rogarle que fuera misericordioso y le perdonara su pecado. Dios le envió al profeta Gad, para proponerle que eligiera entre tres plagas la que mejor le pareciera: que hubiese hambre en el país durante siete años, que hubiese una guerra y fuese subyugado por el enemigo durante tres meses, o que Dios enviara peste y enfermedad a los hebreos durante tres días.

Compelido a una penosa elección de grandes desdichas, David se sintió apesadumbrado y dolorosamente confuso. El profeta le dijo que debía imprescindiblemente elegir y le urgió a que lo hiciera sin demora, para poder anunciar a Dios su opción. El rey razonó que si pedía el hambre, podría suponerse que la pedía para los demás, sin riesgo para él, que tenía gran acopio de trigo; si optaba por ser derrotado durante tres meses, parecería que había elegido la guerra porque tenía hombres valientes y plazas fuertes y que por lo tanto no podía temer las consecuencias; eligió por lo tanto una aflicción que es común a los reyes y a sus súbditos, y en la que el miedo es igual en todas partes; y dijo que «era mejor caer en las manos de Dios que en las de sus enemigos».

3. Enterado el profeta, se lo comunicó a Dios, quien envió peste y mortandad a los hebreos; pero no todos murieron de la misma manera, ni era fácil conocer la enfermedad de que se trataba. La desdichada plaga tenía la misma acción, pero se llevaba sus víctimas con diez mil causas y ocasiones, cayendo sobre los afectados súbitamente. Algunos espiraban con grandes dolores y amargas penas, y otros eran consumidos por la enfermedad no quedando luego nada para sepultar.

Algunos se sofocaban, y caían atacados por una súbita oscuridad; otros caían muertos mientras enterraban a un pariente, sin poder terminar los ritos fúnebres. Esta

peste comenzó por la mañana y hasta la hora de comer habían muerto setenta mil personas. El ángel tendió la mano sobre Jerusalén, para desencadenar la misma terrible peste. David se puso un saco y tendiéndose en tierra rogó a Dios que hiciera cesar el mal y se contentara con las víctimas que habían muerto hasta entonces. Al alzar los ojos al cielo vio en el aire al ángel dirigiéndose a Jerusalén con la espada desenvainada. Dijo entonces a Dios que era justo castigar al pastor pero que las ovejas debían ser perdonadas, porque no habían pecado. E imploró a Dios que enviara su cólera sobre él y su familia, y salvara al pueblo.

4. Oyendo esta súplica Dios hizo cesar la peste y le envió al profeta Gad para ordenarle que fuera inmediatamente a la era de Oronas el jebusita a levantar un altar a Dios y ofrecer sacrificios<sup>[120]</sup>. Entonces David no demoró en cumplir su deber, dirigiéndose apresuradamente al lugar señalado.

Oronas se encontraba aventando trigo y cuando vio al rey que se aproximaba con sus hijos, le salió corriendo al encuentro y le hizo una reverencia. Era de linaje jebusita pero tenía amistad con David y por esa causa éste no le hizo daño cuando derribó la ciudad, como hemos dicho anteriormente.

Oronas preguntó a David a qué había ido el amo a la casa de su siervo. A comprarle la era, respondió el rey, para edificar un altar y ofrecer sacrificios a Dios. Oronas le dijo que le daba gratuitamente la era, con los arados y los bueyes para los holocaustos, y rogaba a Dios que aceptara graciosamente su sacrificio.

El rey replicó que le complacía su generosa magnanimidad y aceptaba su ofrecimiento, pero insistió en pagarle su precio, porque no era justo ofrecer un sacrificio que no cuesta nada. Oronas respondió que haría como él quisiera y David le compró la era por cincuenta siclos<sup>[121]</sup>. Erigió un altar, realizó un servicio divino, y ofreció un holocausto y ofrendas de paz. Dios con esto se aplacó y volvió a ser favorable.

Aquel mismo sitio fue donde Abraham había ido a ofrecer en holocausto a su hijo Isaac; cuando el joven estaba por ser degollado, apareció de pronto, junto al altar, un carnero al que Abraham sacrificó en lugar de su hijo, como hemos relatado anteriormente. Viendo David que Dios había escuchado sus ruegos y aceptado graciosamente sus sacrificios, resolvió llamar a aquel sitio el altar de todo el pueblo y edificar un templo a Dios. Sus palabras se cumplieron posteriormente. Dios le envió al profeta y le dijo que su hijo, el que subiría al trono después de él, edificaría un templo a Dios en aquel lugar.



## CAPÍTULO XIV

*David hace preparativos para la construcción del Templo. Sublevación de Adonías. David nombra sucesor a Salomón*

1. Después de esa profecía el rey ordenó que fueran contados los extranjeros, hallándose que sumaban ciento ochenta mil. David destinó ochenta mil para picapedreros y el resto para transportar las piedras, y puso tres mil quinientos para vigilar a los obreros.

Preparó asimismo una gran cantidad de hierro y bronce para las obras, con muchos árboles de cedro, sumamente grandes, que les enviaron los tirios y los sidonios, a quienes había pedido provisión de madera. Y dijo a sus amigos que preparaba esas cosas para dejar listos los materiales con los que su hijo, el que reinaría después de él, levantaría el templo. De ese modo no tendría que buscarlos, a una edad en que le faltaría experiencia; teniéndolos preparados vería facilitada la tarea.

2. David llamó a su hijo Salomón y le encargó que cuando recibiera el trono levantara un templo a Dios. Él mismo, le dijo, quiso edificar el templo, pero Dios se lo prohibió, porque estaba manchado de sangre y guerras. Pero le predijo que lo levantaría Salomón, un hijo suyo muy inteligente que sería llamado con ese nombre, y al que le prometió que lo cuidaría como un padre a un hijo. Le prometió también que haría feliz al país de los hebreos durante su reinado, dándole, entre otras cosas, paz, y librándolo de guerras y de sediciones internas, que es la mayor de las bendiciones.

—Puesto —dijo—, que fuiste ordenado rey por Dios antes de nacer, trata de hacerte digno de su providencia, siendo poderoso, justo y valiente. Observa sus mandamientos y sus leyes, las que nos dio por medio de Moisés, y no permitas que nadie las viole. Empéñate con fervor en dedicar un templo a Dios, el que él prefirió que fuera erigido durante tu reinado. No te asustes ante la magnitud de la obra, ni la mires con aprensión, porque te prepararé todas las cosas antes de morir. Y toma nota de que ya hay reunidos diez mil talentos de oro y cien mil talentos de plata. También aparté innumerable cantidad de bronce y hierro y un inmenso acopio de madera y piedras. Tienes, además, muchos millares de picapedreros y carpinteros; y si quieres algo más agrégalo tú mismo. Si cumples esta empresa serás aceptable para Dios y él te protegerá.

David exhortó a los jefes del pueblo a que asistieran a su hijo en la construcción, y que luego, libres de desventuras, emplearan el tiempo libre en honrar a Dios. De este modo gozarían de paz y de una vida dichosa, con cuyas bendiciones Dios recompensa a los piadosos y justos. Ordenó además que cuando estuviese construido el templo, depositaran en su interior el arca y los vasos sagrados, y les aseguró que

habrían poseído un templo desde mucho tiempo atrás si sus antepasados no hubiesen descuidado los mandamientos de Dios, quien les había encargado que lo construyeran cuando estuvieran en posesión de esa tierra. Éstas fueron las palabras que David dirigió a los gobernadores y a su hijo.

3. —David llegó a la vejez y su cuerpo, por el transcurso del tiempo, se volvió frío y entumecido; no lograba entrar en calor ni aunque se cubriera con numerosas cobijas. Los médicos se reunieron y coincidieron en aconsejar que una bella virgen, elegida entre todas las del país, durmiera junto al rey; la doncella le comunicaría calor y remediaría su entumecimiento. Encontróse en la ciudad una mujer de belleza superior a la de todas las mujeres (se llamaba Abesacé), que calentaba al rey con sólo acostarse a su lado, porque David estaba demasiado viejo para conocerla como un marido a su esposa. Pero de esta mujer hablaremos más adelante.

4. El cuarto hijo de David era un joven hermoso y alto, nacido de su esposa Agita. Se llamaba Adonías y abrigaba las mismas intenciones que Absalón. Adonías tenía la esperanza de ser rey, y declaró a sus amigos que debía hacerse cargo del gobierno. Preparó numerosos carros y caballos y cincuenta hombres que lo precedían. Su padre lo supo pero no lo reprobó ni refrenó sus propósitos, ni siquiera le preguntó las causas de su conducta.

Adonías tenía como asistentes a Joab, el capitán del ejército, y a Abiatar, el sumo sacerdote. Las únicas personas que se le oponían eran el sumo sacerdote Sadoc, el profeta Natán, Banajas, el capitán de la guardia, Semeí, el amigo de David y los paladines del rey. Adonías organizó una cena fuera de la ciudad, cerca de la fuente que estaba en el jardín del rey, e invitó a todos sus hermanos excepto a Salomón; llevaba consigo a Joab, el capitán del ejército, a Abiatar y a los jefes de la tribu de Judá; pero no invitó a la fiesta a Sadoc, el sumo pontífice, ni a Natán el profeta, ni a Banajas, el capitán de la guardia, ni a ninguno del bando contrario.

El profeta Natán informó a Betsabé, la madre de Salomón, anunciándole que Adonías era rey y que David no sabía nada; le aconsejó que para salvarse ella y su hijo fuera personalmente a comunicar a David que si bien él había jurado que Salomón reinaría después de él, entretanto Adonías se había apoderado del trono. Agregó que él iría luego a ver al rey, y confirmaría las palabras de Betsabé.

De acuerdo con Natán, Betsabé fue a ver al rey, se inclinó ante él y después de pedirle permiso para hablarle, le dijo todo lo que Natán le había sugerido, refiriéndole que Adonías había hecho una fiesta, invitando al sumo sacerdote Abiatar, al general Joab y a los hijos de David, con exclusión de Salomón y sus amigos íntimos. Añadió que el pueblo tenía puestos los ojos en él, para saber a quién elegiría para rey. Le pidió, además, que tuviera en cuenta que cuando él partiría, Adonías, si era rey, la mataría a ella y a su hijo Salomón.

5. Mientras Betsabé hablaba, el guardián de las cámaras reales le anunció que Natán deseaba verlo. El rey ordenó que fuera introducido a su presencia. Natán entró y preguntó a David si había designado rey a Adonías entregándole el gobierno.

—Adonías —dijo— preparó un espléndido banquete, invitando a todos los hijos del rey, menos a Salomón, así como también a Joab, el capitán del ejército; en este momento están festejando con aplausos y alegres sonos de instrumentos, y brindando que su reinado dure para siempre. Pero no me invitó a mí, ni al sumo sacerdote Sadoc ni al capitán de la guardia, Banajas. Y es justo que el pueblo sepa si lo hizo con tu aprobación o no.

El rey ordenó que llamaran a Betsabé, que había salido al entrar el profeta. Cuando entró Betsabé dijo David:

—Juro por Dios todopoderoso que tu hijo Salomón será rey, como lo juré anteriormente, y que ocupará mi trono, hoy mismo.

Betsabé le hizo una reverencia, deseándole larga vida; el rey mandó llamar al sumo pontífice Sadoc, y a Banajas el capitán de la guardia, y les ordenó que llevaran consigo al profeta Natán, que hicieran montar a su hijo Salomón en la mula real y lo llevaran fuera de la ciudad, a la fuente llamada Geón, y que allí lo ungieran con el óleo sagrado proclamándolo rey.

Dio este encargo al sumo sacerdote Sadoc y al profeta Natán, y les ordenó que siguieran a Salomón por el centro de la ciudad, haciendo sonar las trompetas y deseando a voces «que el rey Salomón ocupe para siempre el trono real», para que todo el pueblo supiera que había sido ordenado rey por su padre, y que dieran a Salomón sabias recomendaciones acerca del gobierno, para que rigiera a toda la nación de los hebreos, y a la tribu de Judá, piadosa y justicieramente.

Después de haber rogado Banajas a Dios que fuera propicio a Salomón, sin más demoras hicieron montar a Salomón en la mula, lo llevaron fuera de la ciudad hasta la fuente, lo ungieron con óleo y lo condujeron por la ciudad, aclamándolo y deseándole que su reinado durara mucho. Luego lo introdujeron en la casa del rey y lo hicieron sentar en el trono. El pueblo se entregó a manifestaciones de alegría y celebró un festival, bailando y divirtiéndose al son de las flautas, hasta que la tierra y el aire se llenaron con los ecos de los instrumentos musicales de la multitud.

6. Cuando Adonías y sus invitados percibieron ese ruido quedaron confundidos. Joab, el capitán del ejército, declaró que no le gustaban esos ecos, ni el resonar de esas trompetas. La cena quedó suspendida, nadie probó bocado, y todos se sintieron intrigados acerca de lo que había ocurrido.

Llegó entonces corriendo Jonatás, el hijo del sumo sacerdote Abiatar; Adonías lo recibió amablemente y lo llamó buen mensajero, y el joven le contó lo referente a Salomón y le comunicó la determinación del rey David. Adonías y sus invitados abandonaron apresuradamente la fiesta y huyeron cada cual a su casa.

Adonías, temeroso por lo que había hecho, suplicó a Dios aferrándose a los cuernos que sobresalían del altar.

Salomón fue informado de esa actitud de Adonías, y de que deseaba recibir seguridades de que olvidaría la ofensa que le había inferido y no lo castigaría severamente. Salomón le respondió con mucha suavidad y prudencia que le

perdonaba la ofensa, pero que si era descubierto intentando otras innovaciones, nadie más que él sería el causante de su castigo. Envió a buscarlo, retirándolo del sitio de su súplica. Una vez en presencia del rey, se prosternó ante su hermano y recibió la orden de volver a su casa sin temor, pero que en lo sucesivo se portara como un hombre digno, para su propia conveniencia.

7. Deseoso David de confirmar a su hijo como rey de todo el pueblo, reunió a los jefes en Jerusalén, con los sacerdotes y los levitas. Los contó y halló un total de treinta y ocho mil cuya edad oscilaba entre los treinta y los cincuenta años. De ellos señaló veintitrés mil para ocuparse en la construcción del templo, seis mil como jueces del pueblo y escribas, cuatro mil para porteros de la casa de Dios y otros tantos para cantores, para cantar con los instrumentos que David había preparado, como ya dijimos. Además los dividió en series, y después de separar a los sacerdotes, resultaron estos últimos veinticuatro series, dieciséis de la casa de Eleazar y ocho de la casa de Itamar. Ordenó que cada serie oficiara a Dios durante ocho días, de sabat a sabat. Las series fueron distribuidas por sorteo en presencia de David, los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar y todos los jefes. La que salió primero fue anotada para el primer turno, y así sucesivamente hasta la vigésima cuarta; la división se sigue manteniendo hasta el día de hoy.

Dividió también a la tribu de Leví en veinticuatro partes; echaron suertes y fueron distribuidas de la misma manera para servicios de ocho días. Honró asimismo a la posteridad de Moisés, haciéndola guardadora de los tesoros de Dios y de la donaciones ofrecidas por los reyes. Ordenó que toda la tribu de Leví, lo mismo que los sacerdotes, sirviera a Dios noche y día, como mandara Moisés.

8. Luego dividió al ejército en doce partes, con sus jefes, capitanes de centurias y tribunos. Cada parte tenía veinticuatro mil hombres, a los que se ordenó servir al rey Salomón treinta días por turno, del primero al último día del mes, con los capitanes de las milicias y los capitanes de las centurias. Nombró jefes para cada parte, a los que conocía como hombres buenos y justos. Nombró a otros para hacerse cargo de los tesoros, las aldeas, los campos y los animales; sus nombres no creo necesario mencionarlos.

9. Después de llenar todos esos cargos de la manera referida, David llamó a los jefes de los hebreos, a los principales de las tribus, a los funcionarios de las diversas divisiones y a los nombrados para cada actividad y cada posesión, y subiendo a una alta tribuna habló de este modo a la multitud:

—Hermanos y compatriotas: Quiero haceros saber que me propuse edificar una casa para Dios, y preparé una gran cantidad de oro y cien mil talentos de plata; pero Dios, por medio del profeta Natán, me prohibió hacerlo, por las guerras que libré para vosotros, y porque mi diestra estaba profanada por la matanza de nuestros enemigos. Pero ordenó que mi hijo, que me sucedería en el trono, levantara el templo para Dios. Vosotros sabéis que de los doce hijos de nuestro antepasado Jacob, Judá fue señalado para ser rey, y que yo fui preferido a mis seis hermanos y recibí de Dios el poder, sin

que ninguno de ellos lo tomara a mal; deseo ahora, por lo tanto, que mis hijos no se levanten el uno contra el otro, porque Salomón haya recibido el trono, y que lo reconozcan jubilosamente como señor, sabiendo que Dios lo eligió. Si cuando es ésa la voluntad de Dios se acepta y obedece a un jefe extranjero, debe ser ocasión para regocijarse cuando es un hermano el que ha obtenido esa dignidad, ya que los demás participan también de ella junto con él. Ruego que las promesas de Dios sean cumplidas, y que la felicidad que prometió conceder al rey Salomón para todo el país, persista para siempre. Esas promesas, hijo mío, quedarán firmes, y se cumplirán felizmente, si te muestras piadoso y justo y observas las leyes del país. En caso contrario, tu desobediencia te traerá la adversidad.

10. Dichas estas palabras el rey descendió, pero delante de todos dio a Salomón la descripción y el plan del edificio del Templo, de los cimientos y de las cámaras, inferiores y superiores, su número y sus dimensiones en alto y ancho. También determinó el peso de los vasos de oro y plata y lo instó encarecidamente a emplear la mayor decisión en la obra; exhortó también a los jefes, y particularmente a la tribu de Leví, a prestarle asistencia, tanto porque era joven como porque Dios lo había elegido para ocuparse en la erección del Templo y en el gobierno del reino. Les manifestó que la obra sería fácil, no muy laboriosa para ellos, porque había preparado para ella muchos talentos de oro y más aún de plata, lo mismo que madera, gran cantidad de carpinteros y picapedreros, y numerosas esmeraldas y otras clases de piedras preciosas. Y agregó que daría de sus propios bienes tres mil talentos de oro puro<sup>[122]</sup>, para el sanctasanctorum, la carroza de Dios y los querubines que cubrirían el arca.

Cuando David terminó de hablar, los jefes y los sacerdotes y los levitas<sup>[123]</sup> demostraron mucho entusiasmo, hicieron grandes promesas y aportaron su colaboración. Se comprometieron a traer cinco mil talentos de oro, diez mil estateras<sup>[124]</sup> de oro, diez mil talentos de plata y muchos millares de talentos de hierro. El que tenía alguna piedra preciosa la llevaba y la donaba para ser agregada a los tesoros, de los que cuidaba Jal, descendiente de Moisés.

11. Todo el pueblo se regocijó, y especialmente David al ver el fervor y la iniciativa de los jefes y los sacerdotes y de todos los demás. Y comenzó a bendecir a Dios en voz alta, llamándolo padre y genitor del universo, autor de las cosas humanas y divinas, que ordenó y adornó, patrón y guardián de la nación hebrea y de su felicidad, y de ese reino que le había dado. Además oró por la felicidad de todo el pueblo, y pidió que su hijo Salomón fuera justo y virtuoso. Luego ordenó a la multitud que bendijera a Dios.

Todos cayeron al suelo y lo adoraron. Y dieron gracias a David, por todas las bendiciones que de él habían recibido desde que subiera al trono. Al día siguiente presentó sacrificios a Dios, mil bueyes y otros tantos corderos, que ofrecieron en holocausto. También hicieron ofrendas pacíficas, e inmolaron muchos millares de sacrificios. El rey hizo fiesta todo el día, junto con todo el pueblo. Ungieron a Salomón por segunda vez con el óleo, nombrándolo rey, y a Sadoc como sumo

pontífice de toda la multitud.

Luego condujeron a Salomón al palacio real y lo sentaron en el trono de su padre, y desde aquel día le prestaron obediencia.

## CAPÍTULO XV

*Los encargos que da David a su hijo Salomón, al aproximarse la hora de su muerte, y las numerosas cosas que deja para la construcción del Templo*

1. Poco después David cayó enfermo, por causa de su edad; percibiendo que estaba por morir, llamó a su hijo Salomón y le habló de esta manera:

—Hijo mío, yo me iré a la tumba, a reunirme con mis padres; es el camino común a todos los hombres que existen ahora o que existirán en lo futuro, y del que no es posible retornar para conocer las cosas que se hacen en este mundo. Te exhorto, por lo tanto, en lo que me resta de vida y cerca ya de la muerte, lo mismo que te dije en mi anterior consejo, a que seas un hombre justo con los súbditos y piadoso con Dios, que te dio este reino; a que observes sus mandamientos y sus leyes, los que nos envió por medio de Moisés, y a que no permitas que la lujuria u otras pasiones te hagan descartarlos, ni por favor ni por adulación. Porque sin transgredes las leyes de Dios perderás su favor y te enajenarás su providencia en todas las cosas. Pero si te conduces como te corresponde y como te exhorto, conservarás el trono en nuestra familia, y ninguna otra casa gobernará a los hebreos, fuera de nosotros, por todas las edades. Pero no olvides las transgresiones de Joab, el capitán del ejército, que mató a dos generales por envidia, hombres justos y buenos, Abner hijo de Ner y Amasa hijo de Jetrán; tú vengarás sus muertes como te parezca mejor, ya que Joab fue más fuerte que yo y pudo escapar hasta ahora a su castigo. Te encargo asimismo al hijo de Berzeleo el galadita, a quien, por mi favor, concederás honores y cuidados; no le haremos ningún regalo tratándolo bien, sólo le pagaremos la deuda que tenemos contraída con su padre por lo que hizo conmigo en ocasión de mi huida. En cuanto a Semeí hijo de Ger, de la tribu de Benjamín, quien después de lanzarme muchos reproches, cuando, en mi huida, me dirigía a Campamentos, me salió luego al encuentro en el Jordán y recibió seguridades de que en ese entonces no sufriría ningún daño. Busca ahora alguna ocasión justa, y castígalo.

2. Después de dar estas recomendaciones a su hijo sobre los asuntos públicos, los amigos y aquellos que merecían castigo, David murió, habiendo vivido setenta años. Reinó siete años y seis meses en Hebrón, en la tribu de Judá, y treinta y tres años en Jerusalén en todo el país. Fue un hombre excelente, dotado de todas las virtudes que son deseables en un rey y en el que tiene a su cargo el cuidado de tantas tribus. De extraordinario valor, decidido y primero en todos los peligros cuando luchaba por sus súbditos, animaba a los soldados a la acción con su propia actividad, y luchaba junto con ellos en lugar de mandarlos despóticamente.

Hábil y muy inteligente en el manejo de los asuntos públicos, sabía apreciar las circunstancias presentes y prever las futuras. Era prudente, moderado, amable con los que sufrían, justo y humano, que son buenas cualidades, particularmente

convenientes para un rey. No cometió ninguna ofensa en el ejercicio de su gran autoridad, excepto en el asunto de la esposa de Uría. Dejó mayores riquezas que cualquier otro rey, ya sea de los hebreos o de cualquier otra nación.

3. Fue sepultado por su hijo Salomón, en Jerusalén, con gran magnificencia y con toda la pompa fúnebre que suele emplearse para enterrar a los reyes. Se inhumaron junto con él grandes e inmensas riquezas, de cuya vastedad puede dar fácilmente una idea el hecho siguiente: mil trescientos años después, cuando el sumo sacerdote Hircano fue sitiado por Antíoco hijo de Demetrio, al que llamaban el Pío, y quiso darle dinero para que levantara el asedio y retirara el ejército, como no tenía otro medio para conseguirlo, abrió una de las cámaras del sepulcro de David y sacó tres mil talentos; entregó una parte de esa suma a Antíoco, consiguiendo de este modo que levantara el sitio, como ya hemos informado al lector en otra parte. Más aún: posteriormente, muchos años después, el rey Herodes abrió otra cámara y se llevó grandes riquezas, y sin embargo ninguno de ellos llegó hasta los féretros de los reyes, porque los cuerpos fueron sepultados bajo tierra con tanta destreza que no se distinguía el sitio ni aun entrando dentro de los monumentos. Pero con esto será suficiente acerca de estos temas.



## **LIBRO VIII**

*Comprende un lapso de ciento sesenta y tres años.*

# CAPITULO I

## *Salomón ocupa el trono y elimina a sus enemigos*

1. Ya hemos hablado en el libro anterior de David y su virtud, de los beneficios que trajo a sus compatriotas, de sus guerras y batallas que manejó con buen éxito, y de su muerte al llegar a la vejez. Su hijo Salomón, que era muy joven, se hizo cargo del reino, siendo declarado por David, antes de su muerte, señor del pueblo por la voluntad de Dios. Ocupó el trono aclamado jubilosamente por todo el pueblo, como es habitual en los comienzos de todo reinado, deseándole la multitud que todos sus asuntos tuviesen un fin feliz y que alcanzara una avanzada edad dentro de la mayor felicidad.

2. Adonías, que cuando vivía su padre había tratado de apoderarse del gobierno, fue a ver a Betsabé, la madre del rey, y la saludó con gran cortesía. Ella le preguntó si necesitaba ayuda, y le pidió que se explicara, que gustosamente le daría su apoyo.

Comenzó diciendo Adonías que, como ella bien lo sabía, el trono le correspondía a él, tanto por su mayor edad como por haberlo así dispuesto la multitud; pero como le fue transferido a su hijo por voluntad de Dios, estaba conforme con ser su siervo, y satisfecho con la situación, pero le rogaba que intercediera para que su hermano le diera en matrimonio a Abesacé, la que había dormido con su padre, pero que, como su padre, por ser demasiado viejo, no había tenido comercio con ella, seguía siendo virgen.

Betsabé le prometió ayudarlo empeñosamente y tratar de que se realizara la boda; no dudaba que tendría buen éxito, porque el rey trataría de complacer a su hermano y porque ella lo presionaría encarecidamente. Adonías se retiró esperanzado.

La madre de Salomón fue a ver al rey para hablarle, como lo había prometido, acerca de la súplica de Adonías. Su hijo salió a recibirla, la abrazó y la llevó a la sala del trono, ordenando que se colocara otro trono a la derecha del suyo. Sentose Betsabé y dijo:

—Quiero pedirte un favor, hijo mío; concédemelo, para evitarme el disgusto que sufriría si me lo negaras.

Salomón le rogó que le expresara su deseo; él tendría el grato deber de acordarle todo lo que pidiera; y le reprochó amablemente por no haber comenzado sus palabras con la confianza de obtener lo que deseaba, sino con la sospecha de una negativa. Betsabé le rogó entonces que permitiera a su hermano Adonías desposar a Abesacé.

3. El rey, vivamente indignado por esas palabras, despidió a su madre diciendo que Adonías tenía sin duda grandes pretensiones. Le extrañaba, añadió, que Betsabé no le pidiera que le cediera el trono, ya que era el hermano mayor y tenía amigos poderosos, como Joab el capitán del ejército y el sacerdote Abiatar.

Llamó a Banajas, el capitán de la guardia, y le ordenó que diera muerte a su

hermano Adonías. Luego llamó al sacerdote Abiatar y le dijo:

—No te haré morir en consideración a la labor que cumpliste para mi padre, y porque llevaste el arca con él, pero te impongo el siguiente castigo, por haber sido partidario de Adonías: no seguirás aquí ni volverás a presentarte Jamás ante mi vista; te irás a tu ciudad y vivirás de tus campos, todo el resto de tu vida. Porque tu ofensa ha sido tan grande, que no es justo que retengas tu cargo.

Por esa razón la casa de Itamar fue privada de la dignidad sacerdotal, como Dios había predicho a Eli, el abuelo de Abiatar. Fue transferida a la familia de Fineés, recibéndola Sadoc. Los miembros de la familia de Finees, que vivieron como particulares durante el tiempo en que el sumo sacerdocio fue transferido a la casa de Itamar (de cuya familia Eli fue el primero en recibirla), fueron los siguientes: Bocias hijo de José, el sumo sacerdote; su hijo Jotam; el hijo de Jotam, Mareto; el de éste, Arofeo; el de Arofeo, Aquitob; y el hijo de Aquitob, Sadoc, que fue hecho sumo sacerdote por primera vez durante el reinado de David.

4. Enterado Joab, el capitán del ejército, de la muerte de Adonías, tuvo mucho miedo, porque era más amigo de él que de Salomón. Sospechando, no sin razón, que corría peligro por su apoyo a Adonías, huyó al altar suponiendo que allí hallaría seguridad gracias a la piedad del rey. Informado el rey del propósito de Joab, envió a Banajas con orden de retirarlo del altar y conducirlo al tribunal para que hiciera su defensa.

Joab declaró que no abandonaría el altar y que prefería morir allí y no en otra parte. Banajas llevó su respuesta al rey y Salomón le ordenó que le cortara la cabeza allí mismo, como él quería, y como castigo por los dos capitanes del ejército a quienes había asesinado. Le ordenó que enterrara su cuerpo, para que sus pecados no abandonaran jamás a su familia, y que ni él, Salomón, ni su padre, fueran culpables de la muerte de Joab<sup>[125]</sup>.

Banajas cumplió la orden y fue luego designado capitán de todo el ejército. El rey nombró a Sadoc único sumo sacerdote, en lugar de Abiatar, a quien había destituido.

5. En cuanto a Semei, Salomón le mandó que se construyera una casa y se quedara en Jerusalén, sin derecho a cruzar el torrente de Cedrón; si desobedecía la orden, recibiría en castigo la muerte. Lo amenazó terriblemente y lo obligó a jurar que obedecería la orden. Semei se declaró conforme y prestó el juramento requerido.

Abandonó su ciudad y se instaló en Jerusalén. Pero tres años más tarde, al enterarse de que habían huido de su casa dos de sus siervos y se hallaban en Gita, fue apresuradamente a buscarlos, y regresó. Informado el rey, se sintió irritado de que hubiese desoído sus órdenes y, lo que era más grave, que no hubiese cumplido el juramento hecho ante Dios. Lo llamó y le dijo:

—¿No juraste que jamás me dejarías, ni te trasladarías de esta ciudad a otra? Pero no escaparás al castigo de tu perjurio. Te castigaré, vil y perverso, por este crimen y por aquellos con los en tan alto grado que ningún otro mortal, ni rey ni hombre coque injuriaste a mi padre cuando huía. Así aprenderás que los perversos al final no ganan

nada, aunque no sean castigados inmediatamente por sus maldades. Durante todo el tiempo en que creen sentirse seguros, porque no han sufrido pena, su castigo aumenta y es cada vez más pesado, y es mayor que si fueran castigados enseguida de haber cometido el crimen.

Banajas, por orden del rey, mató a Semei.

## CAPÍTULO II

### *Acerca de la sabiduría de Salomón, su ciencia y su piedad*

1. Afirmado en su trono y castigados sus enemigos, Salomón casó con la hija del faraón rey de Egipto, edificó nuevas murallas para Jerusalén, mucho más grandes y fuertes que las anteriores y se dedicó a gobernar en paz y tranquilidad. Su juventud no le impidió practicar la justicia, observar las leyes, o cumplir los encargos que su padre le había dado antes de morir. Atendía todas sus obligaciones con una gran exactitud, propia de los hombres maduros y de gran prudencia.

Salomón resolvió ir a Hebrón a sacrificar a Dios en el altar de bronce edificado por Moisés. Ofreció holocaustos en número de mil, demostrando su gran veneración por Dios; y aquella misma noche Dios se le apareció en sueños y le ordenó que le pidiera los dones que quisiera como recompensa por su piedad. Salomón le pidió lo más grande y de mayor valor, lo que a Dios más agrada acordar y lo que mejor aprovecha al hombre. No pidió oro ni plata, ni otras riquezas, como habría hecho naturalmente cualquier hombre, y más aún siendo joven, y que son las cosas estimados por la mayoría de los hombres como los únicos bienes valiosos y los mejores dones de Dios. Salomón, en cambio, dijo:

—Dame, Dios mío, un juicio sano y buen entendimiento, para hablar y juzgar al pueblo con verdad y justicia.

Dios quedó complacido con su petición y le prometió darle todas aquellas cosas que no había pedido, riquezas, gloria, victorias sobre los enemigos; y en primer término inteligencia y sabiduría, en tal alto grado que ningún otro mortal, ni rey ni hombre común, jamás lo haya tenido. También le prometió conservar el trono para su posteridad por mucho tiempo, siempre que siguiera siendo justo y obedeciera a Dios e imitase a su padre en las virtudes que lo destacaron. Oyendo estas palabras de Dios, Salomón saltó de la cama y se prosternó ante él. Luego regresó a Jerusalén, ofreció grandes sacrificios frente al tabernáculo y festejó con toda su familia.

2. Por aquellos días se le presentó un caso complicado, al que no se le podía encontrar fácilmente solución. Creo conveniente explicar el hecho, para que aquellos que lean mis escritos conozcan el difícil asunto que Salomón tuvo que encarar y para que, si se les presenta un problema semejante, puedan inspirarse en la sagacidad del rey para dictar sentencia más fácilmente en la cuestión que les sea sometida. Dos mujeres meretrices fueron a verlo, y la que pretendía ser la ofendida tomó primero la palabra.

—Yo y esta mujer, ¡oh rey! —dijo— vivimos juntas en la misma habitación. Sucedió que ambas dimos a luz un hijo el mismo día y a la misma hora<sup>[126]</sup>; al tercer día esta mujer se acostó sobre su hijo y lo mató; tomó entonces a mi hijo de mi lado,

cuando yo estaba durmiendo, se lo llevó consigo y depositó su hijo muerto en mis brazos. A la mañana siguiente, cuando quise darle el pecho a mi hijo, no lo encontré a mi lado, y vi junto a mí al niño muerto de esta mujer, al que reconocí examinándolo detenidamente. Reclamé mi hijo, y como no logré recuperarlo, acudo, señor, a tu ayuda. Como estábamos solas, y no había nadie que pueda desmentirla, insiste en su resuelta negativa de los hechos.

Concluido el relato de la mujer, el rey preguntó a la otra qué tenía que alegar en oposición a su relato. La otra mujer negó la imputación que se le había hecho, afirmando que el niño vivo era el suyo y el de su antagonista el que había muerto. Nadie acertaba con la sentencia que debía darse; la corte vacilaba, como si todos tuvieran el entendimiento enceguecido y no vieran la solución del enigma. El rey, entonces, discurrió el siguiente medio para descubrir la verdad. Ordenó que trajeran a los dos niños, al muerto y al vivo; llamó a uno de los guardias y le mandó que sacara la espada y partiera en dos a los dos niños, para que cada mujer pudiese llevarse la mitad del vivo y la mitad del muerto<sup>[127]</sup>.

Toda la gente rió en voz baja de ese rey adolescente. Pero la quejosa, que era la verdadera madre del niño vivo, lanzó un grito, pidiendo al rey que no lo hiciera, que entregara el niño a la otra mujer, porque a ella le bastaba con que el niño viviera y ella lo viera, aunque fuera considerado hijo de la otra. Ésta, en cambio, declarose conforme con que se dividiera al niño, para que sufriera tormento la primera mujer.

Comprendiendo el rey por las manifestaciones de ambas mujeres cuáles eran sus verdaderos sentimientos, adjudicó el niño a la mujer que había gritado, porque era la verdadera madre, y condenó la perversidad de la otra, que no sólo había matado a su hijo, sino que había tratado además de que muriera también el de su amiga.

El pueblo vio en esa resolución la prueba y señal de la sagacidad y la sabiduría del rey, y desde entonces lo miraron como a un hombre de inteligencia divina.

3. Los capitanes de los ejércitos y los funcionarios regionales designados para todo el país, fueron los siguientes: en la parte de Efraím, Ures; en la toparquía de Betlem, Dióclero; Abinadab, casado con la hija de Salomón, tenía bajo su mando la región de Dora y la costa marítima; la gran llanura estaba bajo el gobierno de Banajas hijo de Aquilo, que también gobernaba toda la zona que llegaba hasta el Jordán; Gabares gobernaba Galaad y Gaulanitis, y tenía bajo su mando sesenta grandes ciudades fortificadas; Aquinadab, casado también con una hija de Salomón llamada Basima, manejaba los asuntos de toda la Galilea, hasta Sidón; Banacates dirigía la región de la costa de Arce; Safates, el monte Itubrio, el Carmelo y la Galilea inferior hasta el río Jordán; a uno de ellos lo constituyó superior sobre todas las regiones. Semeis fue encargado de la parte de Benjamín; Gabarés dirigía el territorio de allende el Jordán. También aquí fue propuesto un solo gobernador.

El pueblo de los hebreos, y particularmente la tribu de Judá, recibió un magnífico incremento cuando se dedicaron a la agricultura y el cultivo de la tierra; gozando de paz, sin ser distraídos por guerras y disturbios, y poseyendo con abundancia y

amplitud la tan deseada libertad, cada cual se ocupaba en aumentar el producto de la tierra y hacerla más valiosa.

4. El rey tenía otros gobernadores que dirigían la tierra de Siria y de los filisteos, comprendida entre el río Éufrates y Egipto, y que cobraban los tributos de las naciones. Ellos suministraban para la mesa del rey y su comida, todos los días, treinta coros de harina flor y sesenta de harina común; además diez bueyes engordados, veinte bueyes de pasto y cien ovejas gordas; todo esto era aparte de lo que se tomaba en las cacerías, ciervos, búfalos, aves y peces, que todos los días traían al rey los extranjeros.

Salomón poseía un gran número de carros, cuyos caballos guardaba en cuarenta mil caballerizas. Tenía doce mil jinetes, la mitad de los cuales residían cerca del rey, en Jerusalén; el resto se dispersaba fuera de la ciudad y vivía en las aldeas reales. El mismo funcionario que manejaba los gastos del rey suministraba el forraje de los caballos y lo llevaba al lugar donde se encontraba el rey.

5. La sagacidad y sabiduría que Dios concedió a Salomón eran tan grandes que sobrepasaba a los ancianos; no era en nada inferior a los egipcios, de quienes se decía que eran los más inteligentes del mundo, pero cuya sagacidad era evidentemente inferior a la del rey. También superaba Salomón en sabiduría a aquellos hebreos que eran en ese entonces eminentes por su perspicacia; me refiero a Etán, Emán, Calceo y Dardán, los hijos de Emaón. Compuso mil cinco libros de odas y canciones, tres mil de parábolas y similitudes; hizo una parábola sobre cada clase de árboles, desde el hisopo hasta el cedro; también sobre los animales y todos los seres vivos de la tierra, el mar o el aire, porque no ignoraba ninguna de sus características, ni dejaba de investigar acerca de ellas; los describía como un filósofo, revelando un exquisito conocimiento de sus diversas propiedades.

Dios también lo capacitó para aprender el arte de expulsar a los demonios, ciencia útil y curativa de los hombres. Compuso encantamientos para aliviar las enfermedades y dejó la manera de usar los exorcismos mediante los cuales se alejan los demonios para que no vuelvan jamás. Este método curativo se sigue usando mucho entre nosotros hasta el día de hoy; he visto a un hombre de mi propia patria, llamado Eleazar, librando endemoniados en presencia de Vespasiano, sus hijos y sus capitanes y toda la multitud de sus soldados. La forma de curar era la siguiente: acercaba a las fosas nasales del endemoniado un anillo que tenía en el sello una raíz de una de las clases mencionadas por Salomón, lo hacía aspirar y le sacaba el demonio por la nariz. El hombre caía inmediatamente al suelo y él adjuraba al demonio a que no volviera nunca más, siempre mencionando a Salomón y recitando el encantamiento que había compuesto. Cuando Eleazar quería convencer y demostrar a los espectadores que poseía ese poder, ponía a cierta distancia una copa llena de agua o una palangana y ordenaba al demonio, cuando salía del interior del hombre, que la derramara, haciendo saber de este modo al público que había abandonado al hombre. Hecho esto quedaban claramente expresadas la habilidad y la

sabiduría de Salomón.

Por esas razones todos los hombres pueden conocer la vastedad de los conocimientos de Salomón y el cariño que Dios le tenía. Para que la superioridad del rey en todas las virtudes no sea desconocida por ningún hombre bajo el sol, es que hemos hablado tan extensamente de este tema.

6. Hiram, rey de Tiro, al enterarse de que Salomón había sucedido a su padre, se alegró mucho, porque era amigo de David. Le envió embajadores para saludarlo y felicitarlo por su actual prosperidad. Salomón le contestó con una epístola, cuyo contenido era el siguiente:

#### DE SALOMÓN AL REY HIRAM

«Has de saber que mi padre quiso edificar un templo a Dios, pero se lo impidieron las guerras y las continuas expediciones; porque no cejó en derrotar a sus enemigos hasta que los obligó a todos a pagarle un tributo. Pero doy gracias a Dios por la paz de que gozo actualmente, y por esta razón tengo tiempo y me propongo edificar una casa de Dios, porque. Dios predijo a mi padre que esa casa sería edificada por mí. Te pido, por lo tanto, que envíes algunos de tus súbditos junto con los míos a cortar madera en el monte Líbano, porque los sidonios son más hábiles que os nuestros para cortar árboles. En cuanto a los sueldos de los hacheros, pagaré el precio que tú indiques.»

7. Hiram leyó la epístola con agrado y envió a Salomón la siguiente respuesta:

#### DE HIRAM AL REY SALOMÓN

«Dios debe ser alabado por haberte encomendado el gobierno de tu padre, a ti que eres un sabio dotado de todas las virtudes. En cuanto a mí, lo celebro y te serviré en todo lo que mandes; haré cortar una gran cantidad de troncos de cedro y cipreses y te los enviaré por mar; ordenaré a mis súbditos que hagan con ellos balsas y los manden al lugar de tu país que tú indiques, y los dejen allí; de ahí los tuyos podrán llevarlos a Jerusalén. Y tú procúranos trigo por esa madera, que nos hace falta, porque habitamos en una isla.»

8. Las copias de esas epístolas las conservamos no sólo nosotros en nuestros libros, sino también los tirios; el que quiera comprobar su exactitud, puede pedir que se las muestren a los guardadores de los archivos públicos de Tiro, y hallará que lo que allí se encuentra registrado coincide con lo que decimos. Estas palabras tienen por objeto hacer saber a mis lectores que no decimos más que la verdad; no hemos compuesto una historia con relatos más o menos plausibles, que engañan y complacen al mismo tiempo a los hombres, ni tratamos de eludir el examen, ni queremos que nos crean bajo palabra. Tampoco tenemos inmunidad para apartarnos de la verdad, cuya manifestación es el decoro de los historiadores, y quedar exentos de culpa. Pedimos que no se acepte lo que decimos a menos que podamos poner de manifiesto su exactitud demostrándola con las pruebas más categóricas.



9. Cuando recibió la epístola del rey de Tiro, el rey Salomón elogió la atención y buena voluntad que en ella expresaba, y le concedió lo que pedía, mandándole anualmente veinte mil coros de trigo y otros tantos batos de aceite. Cada bato contenía setenta y dos sextarios. Le envió asimismo la misma medida de vino.

La amistad con Hiram y Salomón creció posteriormente cada vez más y ambos juraron mantenerla para siempre. El rey fijó al pueblo una contribución de treinta mil obreros, a los que facilitó la tarea dividiéndola hábilmente entre todos; dispuso que cortaran madera en el Líbano diez mil cada mes, los que luego descansaban en sus casas dos meses, mientras cumplían su turno los otros veinte mil; de modo que les tocaba volver a cortar troncos cada cuatro meses. Adorara estaba a cargo de esa actividad.

De los extranjeros que había dejado David había setenta mil dedicados a transportar piedras y otros materiales, y ochenta mil para cortar las piedras. De estos últimos tres mil trescientos dirigían a los restantes. Les ordenó que cortaran piedras grandes para los cimientos del Templo y que las prepararan y unieran en la montaña y se las trajeran de este modo a la ciudad. El trabajo lo hicieron no solamente los obreros de nuestro país, sino también los que mandó Hiram.

## CAPÍTULO III

### *La construcción del Templo. Sus dependencias.*

1. Salomón comenzó a construir el Templo el segundo mes del cuarto año de su reinado, mes que los macedonios llaman artemisos y los hebreos íar, quinientos noventa y dos años después del éxodo de Egipto, mil veinte años después de la partida de Abraham de Mesopotamia a Canaán y mil cuatrocientos cuarenta años después del diluvio. Desde Adán, el primer hombre que fue creado, hasta que Salomón edificó el Templo, pasaron en total tres mil ciento dos años. El año en que comenzó la construcción era el undécimo del reinado de Hiram en Tiro; de la construcción de Tiro a la construcción del Templo trascurrieron doscientos cuarenta años.

2. El rey hizo poner los cimientos del Templo bien profundamente en el suelo, y mandó hacerlos con piedra fuerte que resistiera el rigor del tiempo; debían unificarse con la tierra y formar una base y un fundamento seguros para la estructura que se levantaría encima. Tenían que ser suficientemente fuertes para sostener con facilidad la vasta estructura superior y los valiosos ornamentos, cuyo peso no sería inferior al de aquellos otros edificios grandes y pesados que el rey determinó que fueran muy adornados magníficos.

Todo el cuerpo del edificio fue levantado hasta el techo con piedras blancas; tenía sesenta codos de alto y el mismo largo, y veinte de ancho. Encima se erigió otro edificio, de iguales dimensiones, de modo que la altura del Templo era de ciento veinte codos. El frente daba hacia el este. Delante del Templo construyeron el pórtico, de veinte codos de largo, armonizando con el ancho de la casa; tenía doce codos de anchura y su altura se elevaba a ciento veinte codos.

Alrededor del Templo construyó treinta cuartos pequeños, que por estar juntos uno al lado del otro y por su número, encerraban el Templo en una muralla exterior unida. Ordenó hacer pasajes que los unían entre sí. Cada uno de esos cuartos tenía cinco codos de ancho y el mismo largo, y veinte de alto. Encima de ellos había otros cuartos, y otros encima de éstos, de iguales dimensiones y cantidad. En conjunto llegaban a la misma altura que la parte inferior de la casa; la parte superior no tenía edificios alrededor.

El techo de la casa era de cedro. Cada uno de los cuartos tenía un techo propio que no se comunicaba con los demás. Pero en el resto había un techo común hecho con vigas larguísimas que pasaban por toda la construcción, de modo que las paredes intermedias quedaban unidas y reforzadas por esas mismas vigas de madera. La parte del techo que estaba debajo de las vigas estaba hecha del mismo material, alisado y con placas de oro clavadas encima.

Después de revestir las paredes con tablas de cedro, las recubrieron con placas de

oro esculpidas; todo el Templo relucía y el esplendor del oro que tenía en todas partes deslumbraba a los que entraban. La estructura total del Templo estaba hábilmente formada con piedras pulidas, unidas con junturas exactas y bien moldeadas, para no presentar al espectador señales de martillos u otros instrumentos de arquitectura; parecía como si todo el material se hubiese unido armónicamente, concordando las partes más bien naturalmente que por la fuerza de las herramientas.

El rey tenía además, para ascender a los cuartos superiores del Templo, una escalera abierta en el espesor de la pared. Porque ese piso no tenía puerta grande al este, como la casa inferior, entrándose por los costados mediante pequeñas puertas. Recubrió además el Templo, por dentro y por fuera, con tablas de cedro, unidas con gruesas cadenas, recurso que servía a la vez de soporte y de refuerzo del edificio.

3. Después de dividir el Templo en dos partes, el rey hizo la casa interior de veinte codos para la cámara secreta, señalando la de cuarenta codos para el santuario. Abrió un vano en la pared intermedia y le puso puertas de cedro, cubriéndolas con una gran cantidad de oro y diversas incrustaciones. Puso cortinas delante de las puertas, con magníficas flores de jacinto, purpúreas y escarlatas, hechas de biso suavísimo y brillante.

Instaló en el sanctasanctorum, que tenía veinte codos de ancho e igual dimensión de largo, dos querubines de oro macizo de cinco codos de alto cada uno; tenían dos alas cada uno tendidas en una extensión de cinco codos. Salomón los puso uno cerca del otro, de modo que con un ala tocaban la pared austral de la cámara, y con la otra la septentrional; las otras dos alas, que se tocaban entre sí, cubrían el arca, instalada entre ellas. Pero nadie sabe, ni se imagina siquiera, qué forma tenían esos querubines.

El piso del Templo lo cubrió con placas de oro. Agregó puertas a la entrada del mismo, proporcionadas a la altura de la pared y de veinte codos de ancho, las que revistió con placas de oro. Y para decirlo en pocas palabras, no dejó una sola parte del Templo, interna o externa, sin cubrirla de oro. Tendió cortinas sobre esas puertas como había hecho con las puertas internas, con excepción del pórtico del Templo.

4. Salomón mandó a buscar a Tiro, al reino de Hiram, a un artífice llamado Ciram; era oriundo de la tribu de Neftali por parte de su madre (que pertenecía a esa tribu), pero su padre era Uria, del linaje de los israelitas. Hábil en toda clase de actividades, era principalmente diestro para trabajar el oro, la plata y el bronce, y ejecutó todas las obras metálicas del Templo, de acuerdo con la voluntad de Salomón. Ciram hizo, también, dos pilares de bronce con metal de cuatro dedos de grueso, siendo la altura de los pilares de dieciocho codos y su circunferencia de doce codos. Cada columna tenía un capitel en forma de lirio, de cinco codos de altura, rodeado de una malla entretejida con pequeñas palmas de bronce y cubierta de lirios. De la malla pendían doscientas granadas en dos filas. Una de las columnas la instaló en la entrada del pórtico, a la derecha, y la llamó Iacín, y la otra a la izquierda, y la llamó Boaz.

5. También fundió Salomón un «mar de bronce», con la figura de un hemisferio. Este artefacto metálico fue llamado mar por su tamaño, porque la jofaina tenía diez

codos de diámetro y una palma de espesor. La parte central descansaba sobre una columna corta que tenía diez espirales alrededor y un codo de diámetro.

Alrededor había doce bueyes que miraban a los cuatro vientos, tres en cada dirección, y tenían la parte posterior deprimida para que reposara sobre ellas el hemisferio, que estaba también deprimido hacia adentro. El mar tenía una capacidad de tres mil batos.

6. Hizo también diez bases de bronce para otras tantas fuentes rectangulares; la longitud de cada base era de cinco codos, su ancho de cuatro codos y su altura de seis. La obra, en parte labrada, estaba formada de la siguiente manera: tenía cuatro pequeñas columnas cuadrangulares en cada esquina, a las que estaban adosados los costados de la base exactamente ajustados. Estos costados estaban divididos en tres partes; cada sección tenía una franja para sostenerlo, y llevaba grabados en un sitio un león y en otro un buey o un águila. Las pequeñas columnas tenían grabados los mismos animales que los costados.

Toda la obra se mantenía sobre cuatro ruedas, también de fundición, que tenían cubos y pinas y eran de un codo y medio de diámetro. Maravillaba ver la exactitud con que estaban labradas y unidas a los costados de las bases y la armonía con que concordaban con las pinas. Sin embargo su estructura era la siguiente: unos brazos con las manos extendidas sostenían las esquinas sobre las cuales descansaba una columna en espiral colocada bajo la parte hueca de la fuente y apoyada en la parte anterior del águila y el león, que estaban adaptados tan bien que el que los veía podía creer que eran de una sola pieza; entre ellos había palmeras grabadas. Así es como estaban construidas las diez bases.

Hizo también diez grandes vasos o fuentes redondas, de bronce, cada una de las cuales contenía cuarenta congios; tenían cuatro codos de altura y los bordes situados a la misma distancia. Colocó las fuentes sobre las diez bases, llamadas meconot; puso cinco fuentes a la izquierda del Templo, que era la parte que daba al norte, y otros tantos a la derecha, hacia el sud, pero mirando al este. Del mismo modo ubicó el mar. Después de llenar de agua las fuentes y el mar, señaló el mar para el lavado de las manos y los pies de los sacerdotes, cuando entraban en el Templo y debían subir al altar, y las fuentes para lavar las entrañas y las patas de los animales que serían ofrecidos en holocausto.

7. Hizo además un altar de bronce para los holocaustos, cuyo largo era de veinte codos, su ancho el mismo y su altura de diez. También hizo todos los vasos de bronce, los trípodes y los cuencos; Ciram fundió también las calderas y las tenazas y los demás vasos; todos de bronce, un bronce que era esplendoroso y bello como el oro.

El rey dedicó asimismo gran número de mesas, una de ellas grande y de oro en la que pusieron los panes de Dios. Hizo miles más que se parecían a aquéllas, pero estaban construidas de otra manera, y en ellas puso las redomas y las copas, que eran las de oro, veinte mil y las de plata, cuarenta mil. Hizo también diez mil candelabros,

según el mandamiento de Moisés, uno de los cuales dedicó al Templo para que ardiera todo el día, de acuerdo con la ley<sup>[128]</sup>. Y una mesa con hogazas, al costado norte del Templo, frente al candelabro que colocó al sud; el altar de oro se hallaba entre ellos.

Todos esos vasos se encontraban en aquella parte de la casa que tenía cuarenta codos de largo y estaba frente al velo del sanctasanctórum, donde sería instalada el arca.

8. El rey hizo asimismo jarras de vino en número de ochenta mil, y cien mil redomas de oro, y el doble de redomas de plata. Platos de oro, para ofrecer en ellos, ante el altar, harina flor amasada, había ochenta mil, y de plata el doble de ese número. Grandes cuencos, en los que mezclaban la harina flor con aceite, había sesenta mil de oro y el doble de plata. De las medidas que Moisés llamó hin y asarón había veinte mil de oro y el doble de plata. Incensarios de oro, en los que llevaban el incienso al altar, veinte mil; de los otros incensarios, en los que llevaban fuego del altar grande al chico, dentro del Templo, cincuenta mil. Ropajes sacerdotales del sumo pontífice, con los mantos largos y el oráculo y las piedras preciosas, había mil. Pero la corona en la que Moisés había escrito el nombre de Dios era una sola, y se conserva hasta hoy. Hizo diez mil vestidos sacerdotales de biso, con cinturones de púrpura para cada sacerdote, y doscientas mil trompetas, según las instrucciones de Moisés. Doscientos mil vestidos de biso para los cantores, que eran levitas. Hizo cuarenta mil instrumentos musicales para acompañar el canto de los himnos, nablas y ciniras, fabricadas con electro.

9. Salomón hizo todas esas cosas para glorificar a Dios, con gran variedad y magnificencia; no reparó en gastos y usó la mayor liberalidad para adornar al Templo, incluyendo todos los objetos en los tesoros de Dios. Puso además una cerca alrededor del Templo, a la que en nuestra lengua le decimos gisión y que en griego se llama trigcos; tenía tres codos de altura y era para evitar que la multitud penetrara en el santuario, sitio abierto solamente para los sacerdotes. Detrás de esa cerca levantó un santuario de forma cuadrangular con grandes y amplios pórticos cerrados por altos portales, orientados hacia los cuatro vientos y provistos de puertas de oro. A este edificio tenían acceso todas las personas que eran puras y observaban la ley. Pero el tercer santuario, erigido detrás de los dos anteriores, era una verdadera maravilla, imposible de describir con palabras, y por decirlo así, increíble para el que lo veía. Salomón hizo rellenar con tierra grandes valles cuya inmensa profundidad era difícil de distinguir a simple vista, y después de haberlos levantado hasta una altura de cuatrocientos codos los niveló con la cima de la montaña en la que se encontraba el Templo. De este modo el santuario exterior, que era hípetro, se hallaba a la misma altura que el Templo. Lo rodeó con pórticos dobles de altas columnas hechas con piedra del lugar; los pórticos tenían techos de cedro revestido de laca. Las puertas del santuario las hizo todas de plata.

## CAPÍTULO IV

### *Salomón traslada el arca al Templo, ruega a Dios y le ofrece sacrificios públicos*

1. El rey Salomón concluyó esas obras<sup>[129]</sup>, esos grandes y hermosos edificios, con todos los tesoros depositados en el Templo, en el término de siete años, dando una demostración de sus riquezas y su decisión al realizar en tan poco tiempo una obra de esa magnitud, que cualquiera que la viera creería que había demandado siglos para hacerla. Escribió entonces a los jefes y los ancianos de los hebreos ordenándoles que reunieran al pueblo en Jerusalén para que vieran el Templo y para transportar el arca de Dios. Recibida la citación de concurrir a Jerusalén, se reunieron finalmente en el séptimo mes, el que nuestros compatriotas llaman tisri y los madeconios hiperbereteon. Era precisamente la época de la fiesta de los Tabernáculos, celebrada por los hebreos como una de las solemnidades más santas e importantes.

Fueron a buscar el arca y el tabernáculo que había erigido Moisés y todos los vasos destinados al servicio de los sacrificios divinos, y los transportaron al Templo.

Marchaban a la cabeza el rey en persona con el pueblo y los levitas, remojando el suelo con las libaciones y la sangre de numerosos sacrificios y quemando gran cantidad de incienso; todo el aire se llenó de olores y el agradable aroma llegó hasta las personas más distantes, anunciándoles que Dios, según la creencia de los hombres, se dirigía a habitar el lugar recientemente edificado y consagrado en su honor; y no dejaron de cantar himnos y bailar hasta que llegaron al Templo. De este modo fue conducida el arca. Pero cuando hubo que introducirla en el sanctasanctórum el pueblo se retiró y únicamente los sacerdotes la transportaron y la colocaron entre los dos querubines, que con los extremos unidos de sus alas (así los había hecho el artífice), cubrieron el arca formándole encima una especie de tienda o cúpula.

El arca no contenía más que dos tablas de piedra que conservaban grabados los diez mandamientos transmitidos por Dios a Moisés en el monte Sinaí. El candelabro, la mesa y el altar de oro, los pusieron en el Templo delante del sanctasanctórum, en el mismo sitio que ocupaban hasta entonces en el tabernáculo. Luego ofrecieron los sacrificios del día. En cuanto al altar de bronce Salomón lo puso delante del Templo, frente a la puerta, para que apareciera a la vista al abrirse ésta y pudieran verse las ceremonias sagradas y la riqueza de los sacrificios. Por último reunió los utensilios restantes y los situó dentro del Templo.

2. No bien los sacerdotes pusieron todas las cosas en orden y salieron, una nube espesa penetró y se extendió en el Templo; era una nube blanda y suave, y no de las que se ven en invierno, opacas y cargadas de lluvia; la nube oscureció la vista de los

sacerdotes de tal modo que no podían verse, pero todos se imaginaron que Dios había descendido al Templo y se complacía en fijar en él su residencia.

Mientras todos se reconcentraban en esa idea, el rey Salomón, que había estado sentado, se levantó y se dirigió a Dios con estas palabras, que juzgó propias para ser recibidas por la divinidad y correctas para ser pronunciadas por él:

—Sabemos, ¡oh señor!, que posees una morada eterna, digna de ti y que tú mismo has creado para ti; es el cielo, el aire, la tierra y el mar, por donde transitas, sin que puedan contenerte sus límites. Yo te he edificado este Templo, consagrado a tu nombre, para que desde este sitio podamos enviarte nuestros ruegos al espacio, realizar los sacrificios y las ceremonias sagradas y tener siempre la convicción de tu presencia, de que no te encuentras lejos de nosotros; tú que ves y oyes todo, aun en este sitio donde puedes ahora habitar, no dejarás de estar cerca de todos y asistirás noche y día a los que acudan a consultarte.

Después de esta solemne declaración a Dios, se dirigió al pueblo, le describió el poder de Dios y su providencia, le recordó que había revelado a David, su padre, los acontecimientos futuros, la mayor parte de los cuales ya se habían producido, como se cumplirían todos los demás, y que le había dado nombre a él antes de nacer anunciando de antemano que edificaría el Templo cuando fuera rey, después de la muerte de su padre. Ante el testimonio del cumplimiento de las predicciones, los invitó a bendecir a Dios y, basándose en lo que veían cumplido, a no desesperar o desconfiar jamás de sus promesas de felicidad para lo futuro.

3. Después de haber hablado de ese modo a la multitud, contempló nuevamente el Templo, y alzando la mano derecha, dijo:

—Los hombres no pueden con sus obras agradecer suficientemente a Dios por sus beneficios; la divinidad no tiene necesidad de nada y está por encima de esas demostraciones. Pero el don, señor, con el que nos hiciste superiores a los demás seres, debemos emplearlo para celebrar tu majestad y para agradecerte lo que has hecho por nuestra casa y por el pueblo de los hebreos.

Porque, ¿qué otro instrumento puede ser más apropiado que la palabra, que viene del aire y sabemos que vuelve por el aire, para aplacarte cuando estás resentido y obtener tu perpetuo favor? Gracias a ella te puedo declarar mi agradecimiento, primero por mi padre, a quien has hecho pasar de la oscuridad a una gloria tan grande, y luego por mí mismo, a quien favoreciste cumpliendo hasta ahora todas tus promesas. Y te ruego me concedas en adelante todo lo que Dios puede dar a los hombres que quiere honrar, y que agrandes nuestra familia a través de las edades, de acuerdo con lo que prometiste a mi padre David cuando vivía y en su muerte, o sea que conservaríamos el reino y que su raza lo transmitiría a sus descendientes durante innumerables generaciones. Dígnate acordarnos este favor y concede a mis hijos la virtud que a ti te agrada. Te suplico, además, que envíes a este Templo una parte de tu espíritu para que parezca que estás con nosotros en la tierra. En cuanto a ti, es verdad que todo el cielo con lo que contiene es una minúscula residencia para ti; tanto más

este ínfimo Templo. A pesar de lo cual te ruego que lo consideres tuyo para siempre y lo protejas de las devastaciones enemigas y lo cuides como propiedad tuya. Si alguna vez el pueblo pecara, y tú le impusieras alguna plaga como castigo por su pecado, como ser escasez, peste, o uno de esos males que sueles infligir a los que violen la santa ley, y si corriera toda la multitud al Templo a implorar tu misericordia y pedirte que la salves, acógela, como si estuviera en tu casa, y apiádate y líbrala de sus calamidades. No te pido esta ayuda solamente para los hebreos que estén en falta; cualquiera que acuda a ti de cualquier punto de la tierra, apartándose de sus pecados para implorar tu perdón, escucha sus ruegos y dignate concedérselo. Así sabrán todos, por una parte, que a ti te agradó que te levantáramos este Templo, y por otra parte, que no somos seres insociables, animados de sentimientos hostiles hacia los que no son de nuestro pueblo, y que por el contrario hemos querido hacer participar a todo el mundo de tu protección y del goce de tus favores.

4. Dicho esto, Salomón se prosternó y después de permanecer un rato largo en adoración se levantó y ofreció sacrificios a Dios en el altar; después de haberlo llenado de víctimas inmaculadas, advirtió de la manera más clara que Dios había aceptado con agrado la ofrenda. Una llama que llegó corriendo por el aire se lanzó violentamente sobre el altar, a la vista de todos, se apoderó de los sacrificios y los consumió. El pueblo vio en esa aparición una prueba segura de que Dios consentía habitar en el Templo, y lleno de alegría se arrojó al suelo y lo adoró.

El rey comenzó a recitar bendiciones y exhortó al pueblo a que hiciera lo mismo; porque ahora tenía señales suficientes de la favorable disposición de Dios, y a que le rogara que siempre le diera los mismos signos y les mantuviera el alma pura y limpia de todo mal y conservada en la justicia, la piedad y la observancia de los preceptos que Dios les había dado por medio de Moisés. De este modo el pueblo hebreo sería feliz y dichoso y superaría a todo el género humano en felicidad. También los exhortó a recordar que con los mismos métodos con los cuales habían obtenido los bienes presentes debían asegurar su conservación y acrecentamiento en lo futuro. No debían limitarse a suponer que los habían obtenido por su piedad y equidad; debían saber también que ése era el único medio de conservarlos. No es hazaña tan grande para los hombres la de lograr lo que no tienen como la de retener lo que han logrado y la de no incurrir en ninguna falta que pudiera acarrear su pérdida.

5. Dichas estas palabras a la multitud, el rey disolvió la asamblea, pero antes ofreció sacrificios por sí y por todos los hebreos, inmolando veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Fue la primera vez que hizo probar en el Templo la carne de los sacrificios, y todos los hebreos, con sus mujeres e hijos, fueron convidados a participar del festín. Además el rey celebró delante del Templo, durante dos semanas, la fiesta llamada de los Tabernáculos, con brillo y esplendor y en compañía de todo el pueblo.

6. Cumplidas satisfactoriamente todas las solemnidades y no faltando nada por hacer del culto divino, cada cual se fue a su casa, con la venia del rey, a quien antes



bendijeron por la atención con que los había tratado y por la obra que había realizado rogando a Dios que les conservara a Salomón como rey durante muchos años. Se retiraron llenos de júbilo, y riendo y cantando himnos a Dios olvidaron las fatigas del viaje.

Los hombres que habían introducido el arca en el Templo, que habían contemplado su magnificencia y su belleza y que habían participado de los grandes sacrificios y las fiestas que luego se cumplieron, se retiraron y volvieron cada cual a su ciudad; y entretanto un sueño que tuvo el rey le informó que Dios había escuchado su ruego, que protegería el Templo y habitaría en él perpetuamente, siempre que sus descendientes y todo el pueblo se condujeran con rectitud. En cuanto a él, si seguía fiel a las recomendaciones de su padre, Dios lo elevaría a una altura y a un grado de prosperidad ilimitados, y el dominio del país quedaría siempre en su nación y en la tribu de Judá. Pero si, por el contrario, traicionaba los principios y los olvidaba hasta el punto de adoptar el culto de dioses extranjeros, lo arrancaría de raíz y no dejaría subsistir a ningún miembro de su familia ni seguiría protegiendo al pueblo de Israel de la desgracia, y los aniquilaría en cambio con innumerables guerras y plagas, expulsándolos de la tierra que había dado a sus antepasados y obligándolos a vivir en países extranjeros. Ese Templo que ahora habían construido lo entregaría a los enemigos para que lo quemaran y saquearan; la ciudad sería totalmente destruida por la mano de los enemigos. Haría que su desgracia fuera proverbial e increíble por su enorme magnitud. Al enterarse del desastre, los vecinos quedarían estupefactos y preguntarían con curiosidad por qué causa los hebreos se habían hecho odiar por Dios, que antes los había conducido a la gloria y la fortuna. En su respuesta los sobrevivientes confesarían sus pecados y su infidelidad a las leyes de sus antepasados. Éstas son las palabras que, según lo que nos ha llegado por escrito, dijo Dios a Salomón en su sueño.

# CAPÍTULO V

## *Salomón hace construir el palacio real. Los enigmas de Hiram y Salomón*

1. Después de las obras del Templo que, como hemos dicho antes, duraron siete años, Salomón inició la construcción del palacio real, que tardó trece años en concluir, porque no le dedicó el mismo fervor que al Templo. Para éste, y a pesar de sus grandes dimensiones y la maravillosa y sorprendente actividad que requirió, gracias a la cooperación de Dios, para quien estaba destinado, fueron suficientes los años indicados; el palacio, en cambio, edificio de dignidad mucho menor que la del Templo, debido a que los materiales no habían sido preparados mucho tiempo antes ni con tanto cuidado, y a que tenía por objeto alojar reyes y no a Dios, reclamó un lapso mucho más largo para ser terminado. Sin embargo fue un edificio magnífico, digno de la prosperidad de los hebreos y de su rey. Tendré que describir toda la estructura y la disposición de sus partes, para que el lector de este libro pueda imaginarlo y formarse una idea de su magnitud.

2. Había una casa grande y hermosa, sostenida por numerosas columnas y dispuesta para contener a la gran cantidad de personas que acudirían a las audiencias de las causas y a conocer en los procesos. Era suficientemente amplia para albergar a toda la multitud de los litigantes. El edificio tenía cien codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto; descansaba sobre columnas cuadrangulares, todas de cedro, tenía una cornisa de orden corintio, puertas rectangulares y ventanas con triglifos<sup>[130]</sup> que le daban al mismo tiempo solidez y belleza. Había luego otro edificio cuyo ancho total se hallaba en el centro; era cuadrangular y tenía treinta codos de ancho; delante había un pórtico, levantado sobre sólidos pilares. Allí había una magnífica sala, en la que el rey se instalaba para hacer justicia. Al lado había otra casa para uso de la reina, y otros edificios destinados a comer y descansar, después de concluidos los asuntos; todos ellos tenían pisos hechos con tablas de madera de cedro.

Algunos de ellos estaban contruidos con piedras de diez codos, y tenían los muros incrustados con otras piedras más valiosas, aserradas, que suelen ser extraídas, para adornar templos y palacios reales, de una tierra famosa por sus vetas. Este revestimiento distinguido formaba tres hileras superpuestas, y una cuarta con admirables esculturas que representaban árboles y plantas diversas, cuyas ramas con las hojas que de ellas pendían dando sombra estaban tan prodigiosamente cinceladas que parecían agitarse y ocultar las piedras que cubrían. La otra pared estaba cubierta hasta el techo por un revestimiento de vivos colores. El rey hizo construir otros edificios para placeres, e inmensos pórticos situados en gratos sitios del palacio; en el centro de los pórticos se levantaba un espléndido salón, resplandeciente de oro, para festejar y beber. Todos los utensilios necesarios para atender a los convidados eran de

oro.

Es difícil enumerar la magnificencia y variedad de las dependencias reales, y decir cuántos salones grandes tenía, y cuántas salas menores, y referir las cámaras subterráneas e invisibles, y la belleza de las terrazas al aire libre, y los bosquecillos dispuestos para recrear la vista y para refugio y protección del cuerpo contra el calor. En suma, toda la construcción era de mármol blanco, cedro, oro y plata, y los techos y las paredes estaban adornados con piedras incrustadas de oro, como se había hecho en el Templo de Dios. Hizo tallar asimismo un enorme trono de marfil, construido como un estrado, con seis escalones, en cada uno de los cuales, a uno y otro lado, aparecían dos leones, habiendo otros dos arriba. Del asiento del trono salían dos brazos para recibir al rey; éste se reclinaba sobre medio toro, que lo miraba por detrás. Todo el conjunto estaba unido con oro.

3. Salomón terminó la obra en veinte años, porque Hiram, el rey de Tiro, le suministró para la construcción una gran cantidad de oro, y más aún de plata, y además cedro y pino. A su vez hizo a Hiram grandes obsequios, enviándole todos los años trigo, vino y aceite, productos que, por habitar en una isla, como va hemos dicho, le hacían falta. Le dio, además, ciertas ciudades de Galilea, en número de veinte, que estaban situadas cerca de Tiro. Pero Hiram, después de visitarlas y examinarlas, quedó poco satisfecho del obsequio y mandó decir a Salomón que no le hacían falta. Esas ciudades recibieron desde entonces el nombre de tierra de Cabalón, vocablo que interpretado en lengua fenicia, significa «lo que no agrada». Además el rey de Tiro envió a Salomón sutilezas y enigmas, invitándolo a explicarlos y a librarlos de la ambigüedad que presentaban. Salomón era tan sagaz e inteligente que no se le escapó ninguno de ellos; salió triunfante de todos mediante el razonamiento, y descubrió y aclaró sus ocultos significados.

También Menandro, que tradujo del fenicio al griego los archivos tirios, menciona a los dos reyes, diciendo de este modo: «Después de la muerte de Abibal, recibió el trono su hijo Hiram, que vivió cincuenta y tres años y reinó treinta y cuatro. Rellenó el gran sitio y dedicó la columna de oro del templo de Zeus; luego fue a hacer cortar, en el monte llamado Líbano, numerosa madera para techar los templos. Después de haber demolido los templos antiguos, edificó los santuarios de Hércules y Astarté y primero erigió el de Hércules en el mes de peritio. Hizo además una expedición contra los pobladores de Utica, que no pagaban el tributo, y después de haberlos subyugado regresó. Durante su reinado vivió Abdémono, niño de corta edad que siempre salía triunfante de los problemas que le proponía Salomón, rey de Jerusalén.»

Dío también lo nombra, en estos términos: «Después de la muerte de Abibal fue rey su hijo Hiram. Rellenó las partes orientales de la ciudad e hizo la ciudad más grande. Unió a la ciudad el templo de Zeus olímpico, que estaba aislado, rellenando con tierra el espacio intermedio, y lo adornó con ofrendas de oro. Finalmente fue al monte Líbano y cortó madera para la construcción de los templos.» Agrega que Salomón, que reinaba a la sazón en Jerusalén, envió a Hiram enigmas y le pidió que

le mandara otros; y le propuso que el que no pudiera resolverlos abonara una suma al que los supiera interpretar. Hiram aceptó las condiciones, y no habiendo resuelto los enigmas, tuvo que pagar como multa una importante suma de su dinero. Pero luego, por medio del tirio Abdemón, resolvió los problemas propuestos y propuso otros; Salomón no pudo solucionarlos y tuvo que devolver a Hiram una gran suma de dinero." Esto es lo que escribió Dío.

## CAPÍTULO VI

*Salomón fortifica la ciudad de Jerusalén y edifica otras ciudades. El rey recibe la visita de la reina de Egipto y Etiopía*

1. El rey vio que las murallas de Jerusalén carecían de torres y necesitaban otros medios de defensa. Considerando que la solidez de las murallas debía responder a la importancia de la ciudad, las refaccionó y levantó y les hizo torres elevadas. Edificó además otras ciudades que pueden contarse entre las más fuertes, Asoro y Magedo, y una tercera, Gazara, que en realidad había pertenecido a los filisteos. Faraón, el rey de Egipto, en una expedición que hizo contra ella, le puso sitio y la tomó por asalto. Después de matar a todos sus habitantes, la arrasó completamente y se la dio como obsequio a su hija, casada con Salomón. Por eso el rey la reedificó, dado que tenía una fuerte posición natural, y podía ser de utilidad en caso de guerra, probable por las frecuentes vicisitudes del tiempo.

Fundó además otras dos ciudades, cerca de allí; una de ellas se llamaba Betcora, y la otra Balez. Y edificó otras más, en sitios apropiados para el goce de los placeres, favorecidos por la buena temperatura del aire, con buenas cosechas y abundantes fuentes de agua. Penetró asimismo en el desierto de la Siria superior, se apoderó de él y levantó una gran ciudad, a dos días de viaje de la Siria superior, uno del Éufrates y seis de Babilonia la grande. Fundé esa ciudad tan lejos de las partes habitadas de Siria, porque más cerca no había agua en ninguna parte, y sólo allí había manantiales y pozos. Construyó, pues, la ciudad, la rodeó de poderosas murallas y la llamó Tadamora, nombre que todavía hoy le dan los sirios. Los griegos, por su parte, la llaman Palmira. Ésas eran en aquel entonces las ocupaciones del rey Salomón. Por si alguien se pregunta por qué todos los reyes egipcios, desde Mineo, fundador de Menfis, que fue muchos años anterior a nuestro antepasado Abraham, hasta Salomón, en un lapso de más de mil trescientos años, se han llamado faraones, creo necesario, para disipar su ignorancia y aclarar el origen del nombre, decir que faraón en egipcio significa rey. Yo creo que al nacer recibían otros nombres, pero cuando los hacían reyes, obtenían el título que en su idioma señalaba su autoridad. Por eso también los reyes de Alejandría, llamados al principio con otros nombres, cuando llegaban al trono recibían el de Ptolomeo, por el nombre de su primer rey. Lo mismo los emperadores romanos, después de haber llevado otros nombres desde su nacimiento, son llamados Césares, título impuesto por su imperio y su dignidad, y abandonan los nombres que les habían dado sus padres.

2, Supongo asimismo que Heródoto de Halicarnaso, cuando dice que después de Mineo, fundador de Menfis, hubo trescientos treinta reyes en Egipto, no da los nombres porque eran todos designados con el nombre genérico de faraones. En cambio nos da el nombre, que es Nicaulis, de la mujer que subió al trono después de

la extinción de los reyes, demostrando claramente que si los reyes masculinos podían llevar apelativo común, no sucedía lo mismo con una mujer; por eso nos indica su nombre.

Por mi parte he descubierto en los libros de nuestro pueblo, que después del faraón suegro de Salomón, ningún otro rey de Egipto fue llamado con ese nombre, y que más tarde Salomón recibió a la mencionada mujer reina, de Egipto y Etiopía, que fue a visitarlo. Pero sobre esto informaré enseguida al lector. Lo he mencionado ahora para demostrar que nuestros libros y los de Egipto coinciden en muchos puntos.

3. El rey Salomón sometió a los cananeos que todavía no habían sido subyugados, es decir, a los que vivían en el monte Líbano hasta la ciudad de Amate, y les impuso el pago de un tributo. Cada año seleccionaba además entre ellos a los que debían servirle de mercenarios, y para las ocupaciones domésticas y la labranza. Porque los hebreos no eran siervos (no era razonable que, habiéndoles sometido Dios tantas poblaciones, entre las cuales podían reclutar a los servidores, redujeran a los mismos hebreos a esa condición); todos preferían pasar la vida guerreando con los carros y los caballos antes que ser esclavos. A los cananeos que tomaron a su servicio, los pusieron a las órdenes de quinientos cincuenta jefes, a los que el rey les entregó su total vigilancia y el encargo de enseñarles las labores y actividades para las que serían empleados.

4. El rey construyó además muchos barcos en el golfo de Egipto, del mar Rojo, en un lugar llamado Gasiongabel, que está cerca de la ciudad de Elana y se llama ahora Berenice. Esa región, perteneció anteriormente a los judíos, y resultó apropiada para las embarcaciones por el presente que envió Hiram, rey de Tiro, consistente en un importante número de pilotos y expertos marinos. Salomón les ordenó que se hicieran a la vela, con sus mayordomos, rumbo a la antigua ciudad de Sofira, que es ahora la Tierra del Oro y pertenece a la India, para traerle de allí oro. Después de reunir cuatrocientos talentos, regresaron.

5. La mujer que por aquel entonces reinaba en Egipto y Etiopía<sup>[131]</sup>, que era de consumada sabiduría y digna de admiración en todos los conceptos, al enterarse de las virtudes y la inteligencia de Salomón, sintió vivos deseos de verlo, e inducida por lo que diariamente le contaban, decidió visitarlo para comprobarlo por su propia experiencia, y no por la fama, que por su misma naturaleza podía responder a una falsa apariencia y dependía únicamente de la fe de los informantes. Quería sobre todo probar la sabiduría del rey presentándole problemas muy difíciles para que interpretara su oculto significado.

Se trasladó a Jerusalén con mucha pompa y gran despliegue de riquezas. Llevó consigo camellos cargados de oro, perfumes diversos y piedras preciosas. A su llegada el rey la recibió con gran júbilo, se mostró muy solícito con ella y sobre todo resolvió los problemas propuestos más rápidamente de lo que era de esperar.

La reina quedó estupefacta y comprobó que la extraordinaria sabiduría de Salomón sobrepasaba en la realidad a todo lo que se había dicho. Se sintió

especialmente maravillada por la belleza y la magnificencia del palacio real, lo mismo que por la disposición de los edificios, en la que advirtió la notable capacidad del rey. Pero lo que llevó su admiración al colmo fue la casa llamada La selva del Líbano, la esplendidez de las comidas diarias, los preparativos, el servicio, la indumentaria de los criados, y la hábil y correcta atención que ponían en sus funciones. No menor admiración le produjeron los diarios sacrificios ofrecidos a Dios y los cuidadosos servicios de los sacerdotes y los levitas.

Este espectáculo, renovado diariamente, la maravilló de tal manera, que no pudiendo contener su sorpresa, confesó abiertamente su asombro dirigiéndose al rey con palabras que delataban sus sentimientos.

—Las cosas, ¡oh, rey! —dijo—, que llegan a nuestro conocimiento a través de los rumores, nosotros en realidad las recibimos con desconfianza. Pero en lo que respecta a los bienes que tú posees, me refiero a la sabiduría y la prudencia, y a la felicidad que te confiere tu reinado, la fama que nos ha llegado no ha sido por cierto engañosa. Fue no sólo verdadera, sino que describía una dicha muy inferior a la que me es dado presenciar personalmente. Porque la fama sólo trataba de convencer al oído, pero no presentaba el valor de las cosas tal como puede hacerlo la observación directa de mis ojos. Yo, que no di crédito a los informes que me describían tantas cosas y tan grandes, veo ahora que son mucho más numerosas de lo que me habían dicho. Considero dichoso al pueblo hebreo, lo mismo que a tus servidores y amigos, que gozan todos los días de tu presencia y tienen el placer de servir todos los días tu persona y escuchar tu sabiduría. Se puede con razón bendecir a Dios que por amar tanto a este país y a sus habitantes te haya hecho su rey.

6. Después de haber expresado con sus palabras los sentimientos que le había inspirado el rey, los confirmó con sus presentes. Le dio veinte talentos de oro, una enorme cantidad de perfumes y piedras preciosas. Se dice también que la raíz del bálsamo, que nuestra tierra sigue produciendo todavía ahora, procede de un obsequio de esa mujer. Salomón, a su vez, le hizo muchos regalos de valor, siguiendo sobre todo sus propias inclinaciones; no sólo no le negó nada, sino que adelantándose a sus deseos demostró su generosidad concediéndole todo lo que ella prefería. Después de entregar y recibir los presentes, la reina de Egipto y Etiopía volvió a sus estados.

## CAPÍTULO VII

*Las riquezas de Salomón. El rey comete numerosas faltas, impulsado por las mujeres. La revuelta de Jeroboam, Muerte de Salomón*

1. Por la misma época trajeron al rey de la llamada Tierra del Oro piedras preciosas y pinos; los usó como sostenes para el Templo y el palacio, y para hacer instrumentos musicales, cítaras y nabras, los que usaban los levitas cuando cantaban los himnos a Dios. La madera era la más grande y fina de todas las que le habían traído anteriormente. Pero no se imagine nadie que esos pinos eran los mismos que ahora llevan ese nombre; los comerciantes les dan ese nombre para seducir a los compradores. Aquéllos se parecían a simple vista a la higuera, pero la madera era más blanca y más brillante. Decimos esto para que nadie ignore la diferencia que hay entre ambas clases de madera y conozca la naturaleza del verdadero pino. Hemos creído oportuno y humano, al hablar de la madera y del uso que le dio el rey, explicar la diferencia tal como lo hemos hecho.

2. El peso del oro que le habían traído era de seiscientos sesenta y cinco talentos, sin incluir el aportado por los mercaderes, ni los regalos que le enviaron los jefes y reyes de Arabia. Fundió el oro para hacer doscientos escudos largos que pesaban seiscientos siclos cada uno. Hizo también trescientos escudos redondos, que pesaban tres minas de oro cada uno. Los llevó y los consagró en la casa llamada La selva del Líbano. Además hizo fabricar copas de oro y piedras preciosas para servir en los festines y numerosos vasos de oro de otras clases. No se hacía ninguna operación de venta ni de compra en plata. Numerosos navíos fueron botados por el rey en el mar llamado Társico, cargados con toda clase de mercaderías para las naciones del interior; trajeron en cambio al rey plata y oro y una gran cantidad de marfil, etíopes y monos. Hicieron el viaje de ida y vuelta en tres años.

3. Por todos los países vecinos se difundió una fama tan grande de las virtudes y la sabiduría de Salomón, que todos los reyes, que no podían dar crédito a tan excesivos elogios, ansiaban verlo personalmente y demostrarle sus respetos enviándole magníficos presentes. Le mandaron vasos de oro y plata, vestimentas de púrpura, numerosas clases de perfumes, caballos, carros y mulas de carga apropiadas para regocijar la vista del rey por su robustez y belleza.

Los envíos aumentaron el número de carros y caballos que tenía anteriormente, en más de cuatrocientos, porque tenía mil, y el número de sus caballos en dos mil, sobre los veinte mil que tenía antes. Los caballos estaban bien preparados para que tuvieran belleza y rapidez, sin que ningún otro pudiera comparársele en velocidad y buen aspecto; eran los más hermosos y los que más corrían. Los jinetes que los montaban acrecentaban su atractivo, porque eran hombres jóvenes, en la más grata flor de la edad, y se destacaban por su corpulencia y su alta estatura, mayor que la de todos los



demás. Tenían largas cabelleras colgantes, y llevaban túnicas de púrpura tiria. Todos los días se empolvaban el cabello con polvo de oro, del modo que las cabezas les brillaban cuando el oro reflejaba los rayos del sol. El rey solía salir todas las mañanas en un carro hacia las afueras de la ciudad, vestido con un manto blanco y rodeado por esos hombres, que llevaban armadura y arco. A dos estadios de distancia de Jerusalén había una aldea, llamada Etam, agradable y magnífica por sus jardines y sus riachos; allí acostumbraba a ir a pasear con gran pompa.

4. Salomón, que tenía una gran sagacidad para todas las cosas y era diligente y empeñoso para hacerlo todo de la manera más elegante, no descuidó tampoco la atención de los caminos. Hizo pavimentar con piedras negras el camino que conducía a Jerusalén, la ciudad real, tanto para facilitar el tránsito como para poner de manifiesto la grandeza de sus riquezas y de su poder. Dividió, además, los carros, dejando en cada ciudad una cantidad determinada y quedándose él con varios; a las ciudades las llamó las ciudades de los carros.

El rey hizo la plata en Jerusalén tan abundante como las piedras, y multiplicó en los campos de Judea los cedros, que antes no los tenían, hasta que fueron tan comunes como el sicómoro. Ordenó además a los mercaderes que le trajeran de Egipto carros de dos caballos a razón de seiscientas dracmas de plata, y los envió a los reyes de Siria y del otro lado del Éufrates.

5. Aunque se convirtió en el más ilustre de los reyes y el más amado por Dios, superando en sabiduría y riquezas a todos los que habían gobernado a los hebreos antes que él, no perseveró en sus virtudes hasta la muerte. Descuidó la observancia de las leyes y las instituciones de su patria y tuvo un fin que no condecía con lo que hemos dicho anteriormente de él. Amó a las mujeres con un ardor insano, sin refrenar sus excesos, y no conformándose con las mujeres de su patria, tomó muchas esposas de países extranjeros, sidonias, tirias, amonitas, idumeas; de ese modo transgredió, las leyes de Moisés, que prohibían unirse con mujeres de otros pueblos, y comenzó a adorar a los dioses de sus esposas, llevado por su pasión y su debilidad por sus mujeres.

Precisamente el objeto que se propuso el legislador al exhortarlos a que no se casaran con mujeres de otros pueblos, fue evitar que, acostumbrándose a las normas extranjeras, los hebreos traicionasen los hábitos de sus padres, reverenciando los dioses de aquellas mujeres y descuidando honrar al de ellos. Salomón se entregó a los placeres irreflexivamente y sin escrúpulos. Contrajo matrimonio con setecientas mujeres, hijas de jefes y notables, y tuvo trescientas concubinas, sin contar a la hija del rey de Egipto, y no tardó en ser manejado por ellas hasta el punto de que llegó a imitar sus prácticas, y se vio obligado, para demostrarles su bondad y su ternura, a vivir de acuerdo con las costumbres de sus tierras.

A medida que se fue haciendo más viejo y su razón se fue debilitando por la edad, imposibilitándolo para oponer el recuerdo de las instituciones de su patria, fue abandonando cada vez más a su propio Dios para atender a los dioses que le habían

introducido sus matrimonios. Ya anteriormente había incurrido en pecado y violado las leyes, al hacer las imágenes de bronce de los bueyes que sostenían el monumento del mar, y las figuras de los leones que rodeaban su trono; porque esas obras eran ilegales e impías, y él las ejecutó sin considerar el excelente ejemplo doméstico de virtud de su padre y el glorioso renombre que éste dejó de su piedad hacia Dios.

No lo imitó, a pesar de que Dios se le apareció en sueños, exhortándolo a imitar a su padre, y murió sin gloria.

Fue a verlo el profeta, enviado por Dios, y le dijo que sus transgresiones no se le ocultaban a Dios y le advirtió con amenazas que no gozaría mucho tiempo más de su conducta. El reinado no le sería retirado durante su vida, porque Dios había prometido a David que sería su heredero, pero después de su muerte a su hijo le ocurriría lo siguiente: Dios no le quitaría todo el pueblo, pero entregaría diez tribus a un esclavo suyo dejando sólo dos al nieto de David, en recuerdo de este último, porque había amado a Dios, y por la ciudad de Jerusalén, donde quiso erigir un templo.

6. Oyendo estas palabras Salomón se sintió afligido y profundamente turbado, porque su felicidad, que todos le envidiaban, cambiaba de tal modo para mal.

No pasó mucho tiempo después de la predicción, cuando Dios levantó contra él a un enemigo llamado Ader, cuya enemistad tuvo el siguiente origen: era un joven idumeo, de estirpe real, y cuando Joab, el capitán del ejército de David, arrasó a Idumea y exterminó en seis meses a todos los hombres capaces de portar armas, fue el único que logró huir a la corte del faraón, rey de Egipto.

Éste lo recibió amablemente, le dio una casa para vivir y tierra para su sustento, y cuando llegó a la adolescencia, era tanto el cariño que le había cobrado que le dio en matrimonio a la hermana de su esposa, que se llamaba Tafín.

Tuvieron un hijo que fue criado junto con los hijos del rey. Cuando Ader se enteró en Egipto de la muerte de David y de Joab, pidió permiso al faraón para volver a su patria. El rey le preguntó por qué necesidad, o por qué contratiempo, se proponía dejarlo, y a pesar de sus frecuentes ruegos e insistencias, en aquel momento no lo autorizó. Pero en la época en que los asuntos de Salomón comenzaban a empeorar, a causa de las referidas violaciones y de la cólera con que Dios las recibió, el faraón le dio finalmente permiso y Ader volvió a Idumea.

No logró separar al país de Salomón, porque estaba ocupado por numerosas guarniciones que hacían difícil y peligrosa toda innovación. Partió entonces hacia Siria. Allí se encontró con un tal Raazar, que había huido del lado de su amo Adrazar, rey de Sofen, y se dedicaba al pillaje en esa zona. Hizo amistad con él y reuniendo una banda de ladrones, invadió la parte alta del país, ocupó esa región de Siria y se proclamó rey. Luego, haciendo incursiones en la tierra de Israel, causó daños y depredaciones, durante la vida de Salomón.

Éstos fueron los males que ocasionó Ader a los hebreos.

7. Luego Salomón vio alzarse contra él a un hombre de su propia nación,

Jeroboam hijo de Nabateo, quien tenía ambiciones de subir por una profecía que le habían hecho mucho tiempo antes. Huérfano de padre desde que era una criatura, había sido criado por su madre, y luego Salomón, viendo que era activo y animoso, lo había nombrado cuidador de los muros que construyó alrededor de Jerusalén. Jeroboam puso tanto empeño en la dirección de las obras, que el rey lo felicitó, y para recompensarlo le dio el gobierno de la tribu de José.

En aquella oportunidad Jeroboam, al salir de Jerusalén, se encontró con un profeta de la ciudad de Siló llamado Aquías. Éste lo saludó y lo llevó a un lugar desierto, a cierta distancia del camino.

Allí se rasgó el manto que llevaba puesto en doce trozos, y dando diez a Jeroboam, le dijo:

—Ésta es la voluntad de Dios. Dividiré 'el dominio de Salomón y dará a su hijo, por la promesa que hizo a David, una tribu y la contigua, y a ti te otorgará las otras diez, porque Salomón pecó contra él y se entregó a sus mujeres y a sus dioses. Sabiendo por qué cambió Dios de sentimientos con respecto a Salomón, trata de ser justo y observar las leyes, porque tienes delante de ti, como precio de la piedad y de tu devoción a Dios, la más grande de todas las recompensas, la promesa de llegar a ser tan grande como tú sabes que fue David.

8. Exaltado por las palabras del profeta, Jeroboam, joven de temperamento ardiente y ambicioso de grandeza, no se dio descanso, y habiendo obtenido la gobernación y recordando las revelaciones de Aquías, se entregó inmediatamente a la tarea de convencer al pueblo de que abandonara a Salomón, se rebelara contra él y le confiriera el poder a él.

Enterado de sus propósitos y su conspiración, Salomón decidió prenderlo y darle muerte. Pero informado a tiempo, Jeroboam huyó al país de Suseo, rey de Egipto. Allí residió hasta la muerte de Salomón, obteniendo de este modo la doble ventaja de eludir la persecución de Salomón y de reservarse para el reinado.

Salomón murió muy viejo, después de haber reinado ochenta años y vivido noventa y cuatro. Fue sepultado en Jerusalén. Sobrepassó a todos los demás reyes en prosperidad, riqueza y sabiduría, menos en las transgresiones que cometió al volverse viejo inducido por las mujeres. Sobre estas transgresiones y las desdichas que acarrearón a los hebreos, creo conveniente hablar en otra oportunidad.

## CAPÍTULO VIII

*Después de la muerte de Salomón el pueblo abandona a su hijo Roboam y ordena a Jeroboam rey de diez tribus.*

1. Muerto Salomón, lo sucedió en el trono su hijo Roboam, nacido de una amonita llamada Nooma. Los jefes del pueblo mandaron a buscar inmediatamente a Jeroboam a Egipto, para que se reuniera con ellos en la ciudad de Siquem. Allí fue también Roboam, porque los israelitas habían resuelto reunirse en aquella ciudad para proclamarlo rey.

Los jefes del pueblo fueron a verlo y le suplicaron que aligerara un poco la servidumbre y se mostrara más amable que su padre, que les había impuesto un yugo tan pesado. De este modo estarían mejor dispuestos hacia él, haciéndolos la moderación más dóciles que el temor. Roboam les dijo que volvieran tres días después a recibir la contestación a su pedido. Se hizo de este modo sospechoso por no haberles dado enseguida una respuesta favorable, porque consideraban que la bondad y la generosidad debían ser espontáneas, sobre todo en un hombre joven. De todas maneras pensaron que el hecho de que quisiera consultar y no les hubiera negado al instante el pedido, permitía por lo menos abrigar buenas esperanzas.

2. Roboam reunió a los amigos de su padre y los consultó sobre la respuesta que debía dar al pueblo. Éstos le dieron un consejo propio de hombres bien intencionados y concedores del alma popular, le aconsejaron que hablara a la multitud amablemente y con más familiaridad de la que correspondía a la pompa real.

De esta manera los haría someterse espontáneamente y con la mejor voluntad, porque a los súbditos les agrada que el rey se muestre condescendiente y se ponga al mismo nivel que ellos.

Roboam rechazó ese consejo tan bueno y que tantas ventajas le hubiera otorgado, al menos en aquel momento en que estaba su porvenir en juego. Me imagino que debe de haber sido Dios quien lo impulsé a repudiar lo que podía serle beneficioso.

Llamó a los jóvenes que se habían criado con él, les comunicó el consejo de los ancianos y les pidió que le expresaran su opinión sobre la conducta a seguir. Éstos, a quienes su juventud y la voluntad de Dios les impedía discernir lo que era justo, le aconsejaron que respondiera al pueblo que su dedo más pequeño era más grueso que los lomos de su padre; que si conocieron la severidad de Salomón, recibirían de su parte un tratamiento más duro aún, y que si su padre los castigaba con látigos, él lo haría con escorpiones.

Al rey le agradó el consejo y juzgó que esa respuesta cuadraba a su dignidad real. El pueblo se reunió al tercer día para escuchar su contestación, y cuando la multitud aguardaba atenta la palabra del rey, suponiendo que sería amable, benigna y humana, Roboam les dio como respuesta la que le habían aconsejado los jóvenes, desdeñando

la opinión de sus amigos. Esta conducta le había sido dictada por la voluntad divina para que se cumpliera la profecía de Aquías.

3. Sacudidos por esas palabras, como si hubiesen sido golpeados por un martillo de hierro, y consternados por lo que había dicho como si ya hubiesen experimentado sus efectos, se indignaron de gran manera y gritaron todos al mismo tiempo que en adelante ya no había nada en común entre ellos y David o sus descendientes; y que sólo dejarían a Roboam el Templo que había construido su padre. Amenazaron abandonarlo, pero era tan grande la irritación del pueblo y tan intenso su encono que cuando el rey envió a Adoram, el encargado de los impuestos, para calmarlos y pedirles que lo disculparan si había dicho algo áspero u ofensivo atribuible a su juventud, no quisieron escucharlo y lo mataron a pedradas.

Ante aquel episodio Roboam se consideró el destinatario de las piedras que habían matado a Adoram, y temiendo sufrir el mismo castigo, subió a su carro y huyó a Jerusalén. Allí la tribu de Judá y la de Benjamín lo eligieron rey, pero el resto del pueblo se separó desde ese día del hijo de David y puso a su frente a Jeroboam. Roboam hijo de Salomón reunió en asamblea a las dos tribus que le seguían sometidas, y se dispuso a alistar un ejército de ciento ochenta mil hombres selectos para marchar contra Jeroboam y su gente y someterlos por la fuerza. Pero Dios, por medio del profeta, le prohibió hacer la guerra, porque no era justo que los hermanos de una misma nación pelearan entre sí. Además, dijo también, la defección del pueblo se produjo de acuerdo con los designios de Dios. Roboam abandonó su propósito.

Ahora voy a referir primeramente los actos de Jeroboam, rey de Israel, y luego los de Roboam, rey de las dos tribus; de este modo conservaré el buen orden de toda la historia.

4. Jeroboam construyó un palacio en la ciudad de Siquem, donde estableció su residencia, y se edificó otro en la ciudad llamada Fanuel. Luego, y como dentro de poco tiempo debía celebrarse la fiesta de los Tabernáculos, pensó que si permitía a sus súbditos que fueran a Jerusalén a rendir culto a Dios y a pasar allí la fiesta, podía suceder que se arrepintieran de lo hecho, seducidos por el Templo y la adoración que en él recibía Dios, y que lo abandonasen y volvieran a su rey anterior; en tal caso correría el peligro de perder la vida. Concibió por lo tanto el siguiente recurso. Mandó hacer dos becerros de oro<sup>[132]</sup> y dos capillas, una en la ciudad de Bezel y la otra en Dan, que está situada cerca de las fuentes del Jordán menor, instalando un becerro en cada santuario. Luego convocó a las diez tribus que él gobernaba y habló al pueblo con estas palabras:

—Supongo que vosotros sabéis, compatriotas, que todos los sitios contienen a Dios, que su presencia no está limitada a un lugar determinado, que él oye y ve en todos lados a los que lo adoran. Por eso creo que no debo aconsejaros hoy hacer un viaje tan largo hasta Jerusalén, la ciudad de nuestros enemigos, para rendirle culto. El Templo lo edificó un hombre; y yo también fabriqué dos becerros de oro que llevan el nombre de Dios. Uno lo consagré en la ciudad de Bezel y el otro en Dan, para que

puedan ir a prosternarse ante Dios los que vivan cerca de esas ciudades. Designaré, además, a algunos de vosotros como sacerdotes y levitas, para que podáis prescindir de la tribu de Leví y de los hijos de Aarón. Aquellos de vosotros que quieran ejercer el sacerdocio deberán ofrecer a Dios un toro joven y un carnero, como dicen que hizo Aarón, el primer sacerdote.

Con estas palabras Jeroboam engañó al pueblo, lo apartó del culto de sus antepasados y le hizo violar las leyes. Éste fue para los hebreos el origen de sus males y la causa de que fueran derrotados en la guerra con las naciones extranjeras y cayeran en el cautiverio. Pero todo esto lo referiremos luego, en el lugar que le corresponda.

5. Al acercarse la fiesta de los Tabernáculos, en el séptimo mes, Jeroboam quiso celebrarla en Bezel, como lo hacían las dos tribus en Jerusalén. Erigió un altar delante del becerro, y oficiando de sumo pontífice subió al altar con sus propios sacerdotes. Pero cuando iba a ofrecer los sacrificios y los holocaustos a la vista del pueblo, llegó hasta él un profeta de Jerusalén, llamado Jadón, enviado por Dios, quien poniéndose en medio de la multitud pronunció estas palabras en presencia del rey y dirigiéndose al altar:

—Dios predice que vendrá un hombre de la familia de David, llamado Josías, que sacrificará sobre ti, altar, a los falsos sacerdotes que existen en ese momento y quemará sobre ti los huesos de estos impostores, embaucadores e impíos. Y para que nadie dude de que así será, les anticipo una señal que ocurrirá también: ahora mismo se quebrará este altar y toda la grasa de los sacrificios que tiene encima se derramará en el suelo.

Ante estas palabras del profeta, Jeroboam, presa de furor, alzó una mano y ordenó que fuera detenido. Pero la mano tendida perdió de pronto su vigor y ni siquiera tuvo fuerza para recogerla; quedó colgando a su lado, entumecida y extenuada. Al mismo tiempo el altar se desplomó y todo lo que tenía encima cayó al suelo, como lo había anunciado el profeta.

Convencido de que el hombre era veraz y poseía presciencia divina, Jeroboam le pidió que rogara a Dios que le reanimara la mano derecha. El profeta suplicó a Dios que consintiera. Jubiloso por haber recuperado la mano, el rey invitó al profeta a comer con él. Pero Jadón respondió que no podría tolerar ni entrar en su casa ni probar el pan y el agua de esa ciudad; Dios se lo había prohibido, lo mismo que volver por el mismo camino por el que había venido, debiendo tomar por otro distinto.

El rey se asombró de su firmeza y quedó por su parte inquieto, sospechando por las predicciones que sus asuntos cambiarían para empeorar.

## CAPÍTULO IX

*Convencido por otro profeta falso, el profeta Jadón vuelve a Bezel y es luego muerto por un león*

1. Había en la ciudad un viejo perverso, un falso profeta, a quien Jeroboam estimaba, engañado por sus palabras aduladoras. Ese hombre guardaba cama, quebrantado por la vejez. Sus hijos le relataron el incidente del profeta llegado de Jerusalén, con los signos milagrosos que se habían producido, y el episodio de la mano de Jeroboam, que después de habérsela secado, la recuperó gracias a las súplicas del visitante. Temeroso de que el extranjero lo desplazara en la estima del rey y obtuviera honores más grande, ordenó a sus hijos que le ensillaran enseguida el asno y lo prepararan para un viaje. Los hijos se apresuraron a obedecerle, y montando en el asno, salió tras el profeta.

Lo encontró descansando bajo un gran roble, frondoso y umbrío; primero lo saludó y luego le reprochó por no haber ido a su casa a compartir su hospitalidad. El profeta le respondió que Dios le había prohibido probar nada en la casa de ningún habitante de la ciudad.

—Pero la prohibición —replicó el otro— no se refiere a mi casa. Yo también soy profeta, observo el mismo culto que tú hacia Dios, y ahora vengo, enviado por él, a llevarte a comer conmigo.

Jadón, creyendo sus mentiras, consintió en volver sobre sus pasos. Pero cuando estaban comiendo juntos amistosamente, Dios se apareció a Jadón y le declaró que por haber transgredido sus órdenes sería castigado. Después de partir, le dijo, encontraría un león en el camino; sería devorado por él y quedaría privado de sepultura en la tumba de sus padres<sup>[133]</sup>. Todo lo cual ocurrió, me imagino, de acuerdo con la voluntad de Dios, para que Jeroboam no prestara oídos a las palabras de Jadón, quien quedaba convicto de haber mentado. No obstante, cuando Jadón volvía a Jerusalén encontró un león que lo arrancó de la montura y lo hizo pedazos, pero no tocó al asno y se quedó acurrucado cuidándolo y velando el cadáver del profeta. Hasta que lo vieron unos viajeros y fueron a la ciudad a comunicárselo al falso profeta. Éste envió a sus hijos a transportar el cuerpo a la ciudad, y le hizo un costoso funeral. Recomendó además a sus hijos que cuando él muriera lo enterraran junto a Jadón, porque era cierto todo lo que había profetizado sobre la ciudad y el altar y los sacerdotes y los falsos profetas; si a él lo sepultaban junto con él y sus huesos se confundían con los suyos, escaparía al tratamiento injurioso después de su muerte.

Después de enterrar al profeta y hacer esas recomendaciones a sus hijos, como perverso e impío que era, fue a ver a Jeroboam y le dijo:

—¿Por qué te perturban las palabras de ese insensato?

El rey le contó lo que había sucedido junto al altar y lo que le había pasado con la mano, afirmando que aquel hombre era realmente divino, un excelente profeta. El malvado trató de destruir esa opinión valiéndose de falsos argumentos, y deformó los hechos comentándolos con pérfidas razones y palabras astutas. Aseguró que la mano del rey había quedado entumecida por la fatiga de sostener los sacrificios, y que una vez descansada recuperó su estado normal; y que el altar era nuevo, recién construido, y se había derrumbado por el peso de las numerosas ofrendas que recibió. Le comunicó asimismo la muerte del hombre que había hecho esas predicciones, atacado por un león.

—No tenía, por lo tanto, nada de profeta, ni en su persona ni en sus palabras.

Con estas palabras convenció al rey y apartó sus pensamientos de Dios y de las acciones rectas y justas, y lo animó a que persistiera en sus prácticas impías.

Era tan grande el empeño de su injuriosa rebelión contra Dios y de sus transgresiones de la ley, que buscaba diariamente nuevas y más graves perversiones para agregar a las anteriores.

Y por ahora será suficiente con lo que hemos dicho sobre Jeroboam.



# CAPÍTULO X

*Susac, rey de Egipto, ataca a Jerusalén, toma la ciudad y se lleva las riquezas a su país*

1. Roboam hijo de Salomón, rey de dos tribus, como hemos dicho antes, construyó las ciudades, grandes y fuertes, de Betlem, Etam, Tecoa, Betsur, Soco, Odolam, Ipán, Marisa, Zifa, Adoraim, Laquis, Meca, Saraím, Elom y Hebrón. Estas primeras ciudades fueron levantadas en el territorio de Judá, pero además construyó otras no menores en el territorio de Benjamín; las rodeó de murallas, estableció en todas ellas guarniciones y gobernadores, dejó en cada ciudad una cantidad de trigo, vino y aceite y les dio abundantes provisiones de todo lo necesario. Las proveyó, además, de escudos y lanzas para millares de hombres.

Los sacerdotes que se hallaban dispersos por todo Israel fueron a reunirse con él en Jerusalén, así como los levitas y todos los hombres justos y virtuosos que había en el pueblo. Abandonaron sus ciudades para ir a adorar a Dios en Jerusalén, porque no querían verse obligados a adorar los becerros hechos por Jeroboam. De este modo reforzaron, durante tres años, el reino de Roboam. Después de haberse casado con una mujer de su familia, que le dio tres hijos, Roboam desposó a otra mujer también emparentada con él, una hija de Absalón nacida de Tamar, llamada Macama. Tuvo con ella un hijo al que llamó Abías. Engendró muchos otros hijos con otras mujeres, pero Macama era la que más amaba de todas sus esposas. Tuvo dieciocho esposas legítimas y treinta concubinas, que le dieron veintiocho hijos y sesenta hijas. Designó como sucesor para ocupar su trono a Abías, hijo de Macama, y le confió sus tesoros y sus ciudades más fuertes. Pienso que la grandeza de un reino y su creciente prosperidad suelen ser a menudo motivo de desdichas y desarreglos para los hombres. Ilusionado por los progresos de su reino, Roboam se desvió de la senda recta y se entregó a prácticas ilícitas e impías; despreció el culto de Dios hasta el punto de que el pueblo se dedicó a imitar sus pecados. Acontece habitualmente que las costumbres de los súbditos se corrompen al mismo tiempo que la conducta de sus gobernantes; renuncian a la vida prudente que llevaban y que parecería reprochar los desmanes de los jefes, y adoptan sus vicios como si fueran virtudes. No es posible demostrar que se aprueba la conducta de los reyes si no se actúa como ellos. Es lo que ocurrió con los súbditos de Roboam; frente a sus impiedades y sus desbordes, trataron de no ofender al rey persistiendo en la observancia de la virtud.

Pero Dios, para vengar sus ultrajes, envió a Susac, el rey de los egipcios, cuyas acciones Heródoto atribuyó erróneamente a Sesostris. Susac marchó contra Roboam en el quinto año de su reinado, con muchos millares de combatientes; lo seguían mil doscientos carros, sesenta mil hombres a caballo y cuatrocientos mil a pie. La mayor parte eran de Libia y Etiopía. Cayeron sobre el país de los hebreos, tomaron sin lucha

las ciudades más fuertes del reino de Roboam y dejando en ellas guarniciones marcharon contra Jerusalén.

2. Roboam y el pueblo quedaron encerrados en la ciudad de Jerusalén, a consecuencia del ataque de Susac, y suplicaron a Dios que les diera la victoria y los salvara; pero no pudieron convencerlo de que se pusiera de su parte. El profeta Sameas declaró que Dios amenazaba abandonarlos, como ellos habían abandonado su culto. Oyendo estas palabras se sintieron invadidos por la consternación y no viendo otro medio de salvarse confesaron todos que Dios tenía razón en desampararlos, porque ellos habían sido impíos y violado sus leyes. Cuando Dios los vio dispuestos a reconocer sus pecados, dijo al profeta que él no deseaba su destrucción, pero que no obstante los sometería a los egipcios, para que apreciaran si era menos penoso servir a Dios o a los hombres.

Después de haber tomado Susac la ciudad sin lucha, porque Roboam, aterrorizado, lo había hecho entrar, Susac no respetó los compromisos asumidos, saqueó el Templo, vació los tesoros de Dios y los del rey y se llevó enormes sumas de oro y cantidades de oro y plata, sin dejar nada. Se apoderó asimismo de los escudos de oro y de las rodela que había fabricado el rey Salomón. Tampoco dejó los carcajes de oro que David consagrara a Dios después de tomárselos al rey de Sofene. Hecho esto regresó a su reino.

3. Heródoto de Halicarnaso menciona esta expedición, habiéndose equivocado únicamente en el nombre del rey<sup>[134]</sup>; refiere que hizo la guerra contra otras naciones y que subyugó a la Siria de Palestina, tomando prisioneros sin lucha a los hombres que encontró. Evidentemente quiere indicar que nuestro país fue sometido por el egipcio. Porque dice que dejó en el país de los que se rindieron sin pelear columnas en las que hizo esculpir las partes pudendas de las mujeres. Y nuestro rey Roboam le entregó la ciudad sin combatir. Agrega además que los etíopes aprendieron la circuncisión de los egipcios, «porque los mismos fenicios y los sirios de Palestina reconocen que la aprendieron de los egipcios». No obstante es indudable que de los sirios que viven en Palestina fuera del nuestro ningún otro pueblo practica la circuncisión. Pero sobre este asunto que cada cual piense lo que le parezca.

4. Cuando Susac se fue, el rey mandó hacer escudos y rodela de bronce, para reemplazar a los de oro, y los entregó en igual cantidad a los guardianes del palacio real. En lugar de una vida de expediciones guerreras y hazañas gloriosas, reinó en una completa quietud mezclada con el miedo por la permanente enemistad de Jeroboam. Murió a los cincuenta y siete años, después de reinar diecisiete. Fue un hombre de carácter jactancioso e imprudente, y perdió una parte de su reino por no atender los consejos de los amigos de su padre. Fue sepultado en Jerusalén en la tumba de los reyes. Lo sucedió en el trono su hijo Abías, en el decimotercero año del reinado de Jeroboam en las diez tribus.

Y así fue como sucedieron estos hechos. Ahora debemos seguir relatando acerca de Jeroboam, y contar de qué modo terminó su vida. Prosiguió injuriando a Dios sin

tregua ni descanso, levantando todos los días nuevos altares en altas montañas y creando sacerdotes del vulgo.

## CAPÍTULO XI

*La expedición de Jeroboam, rey de los israelitas, contra Abías, hijo de Roboam; su derrota. Muerte de Jeroboam. Basanes extermina a la familia de Jeroboam y se apodera del trono*

1. No pasó mucho tiempo antes de que Dios hiciera caer sobre la cabeza de Jeroboam y toda su familia el castigo que merecían por su impiedad. Estando enfermo en aquel entonces un hijo de él, llamado Obimes, mandó a su mujer que se despojara de sus vestimentas reales, se vistiera como una mujer del pueblo y fuera a ver al profeta Aquías, porque, dijo, ese hombre sabía predecir maravillosamente lo futuro, habiendo sido él quien le había predicho que sería rey. Le encargó que cuando estuviera en su presencia, le preguntara, fingiéndose extranjera, acerca de su hijo, para averiguar si se salvaría de la enfermedad.

Obedeciendo la orden de su esposo, se cambió de ropa y se trasladó a la ciudad de Siló, donde vivía Aquías. Cuando estaba por entrar en la casa del profeta, que había perdido la vista por su avanzada edad, Dios se apareció a Aquías y le señaló la visita de la mujer de Jeroboam y las respuestas que debía darle a sus preguntas.

La mujer entró y se presentó como una persona común y extranjera, y el profeta exclamó:

—Entra, esposa de Jeroboam. ¿Por qué te disfrazas? Nunca podrás ocultarte de Dios, que en una visión me informó de tu llegada y me instruyó sobre lo que debía decirte. Vuelve al lado de tu marido y dile que Dios habló así: Como yo te hice grande, a ti que eras pequeño, o más bien nadie, y arranqué la realeza a la familia de David para dártela a ti, y tú, sin recordar mis favores abandonaste mi culto y te hiciste dioses de fundición y los veneraste, volveré a derribarte lo mismo que te elevé, destruiré a toda tu familia haciéndola devorar por los perros y las aves. Porque he suscitado un rey para todos los israelitas, que no dejará subsistir a nadie de la estirpe de Jeroboam. La multitud también compartirá el castigo; será expulsada de esta tierra feliz, y dispersada por las regiones del otro lado del Éufrates, por haberse plegado a la impiedad del rey y adorado a los dioses que fabricó después de abandonar mis sacrificios. Tú, mujer, apresúrate a llevar este mensaje a tu marido. En cuanto a tu hijo, lo hallarás muerto; lo abandonará la vida en el mismo momento en que tú llegues a la ciudad. Será sepultado con el llanto de toda la multitud y honrado con el duelo público, porque era el único miembro virtuoso de la familia de Jeroboam.

Hecha la profecía, la mujer se retiró muy afligida por la muerte de su hijo; lloró durante todo el trayecto ante la idea de su fin inminente. Desesperada y dolorida por la inevitable desdicha, marchó con una prisa fatal para su hijo, porque cuanto más se apresurara, tanto más pronto lo vería muerto; pero estaba obligada a hacerlo por su marido. Cuando llegó se encontró con que el niño había expirado, como lo había

predicho el profeta; y se lo contó todo al rey.

2. Sin preocuparse por nada de eso, Jeroboam reunió un gran ejército y marchó a combatir a Abías, el hijo de Roboam que lo había sucedido en el reinado de las dos tribus, menospreciándolo por su juventud. Pero éste, enterado de la expedición de Jeroboam, en lugar de atemorizarse demostró un valor superior a su edad y a las esperanzas del enemigo. Reclutó un ejército en las dos tribus y salió a enfrentar a Jeroboam en un sitio llamado monte Semarón.

Estableció el campamento cerca del enemigo y se preparó para la lucha. Sus fuerzas alcanzaban a la suma de cuatrocientos mil hombres; el ejército de Jeroboam tenía el doble de ese número.

Cuando los dos ejércitos se hallaban en formación, listos para entrar en combate, Abías subió a un lugar elevado y haciendo un ademán con la mano pidió al pueblo y a Jeroboam que antes escucharan callados lo que tenía que decirles. Hecho el silencio comenzó a hablar de este modo:

—Dios acordó el gobierno para siempre a David y sus descendientes, como vosotros no ignoráis; me sorprende por eso ver ahora que, apartados de mi padre, os hayáis entregado a un esclavo como Jeroboam y vengáis a combatir a los que Dios adjudicó la realeza y a despojarlos del dominio que aún les queda; porque la parte más grande la detenta injustamente Jeroboam. Pero no creo que goce mucho tiempo más de su posesión; Dios, que lo castigará por sus culpas pasadas, pondrá fin a sus transgresiones y a las ofensas que le sigue infiriendo continuamente y que os ha instado a imitar; mi padre no os ha hecho ningún daño, vosotros os habéis ofendido simplemente por palabras pronunciadas en una asamblea por la influencia de malos consejeros. Éste es el motivo de que aparentemente lo hayáis abandonado a él, llevados por la cólera, pero en realidad os habéis apartado de Dios y de sus leyes. Hubiera sido justo de vuestra parte que hubieseis perdonado a un hombre joven e inexperto en el gobierno de un pueblo, no solamente alguna frase desagradable sino también cualquier acción infortunada que lo hubieran llevado a cometer su juventud y su falta de práctica en el manejo de las cosas públicas. Lo hubierais hecho por consideración a su padre Salomón y por los beneficios que de él habéis recibido; porque las faltas de los hijos deben ser redimidas por los méritos de los padres<sup>[135]</sup>. Pero vosotros no habéis considerado nada de eso, ni antes ni ahora, y venís en cambio contra nosotros con un ejército tan grande. ¿Pero de quién dependéis para obtener la victoria? ¿De los becerros de oro y los altares instalados en sitios altos, y que comprueban vuestra impiedad y no vuestra devoción?

¿O es la multitud superior de vuestro ejército la que os imparte esas buenas esperanzas? Pero muchos millares de hombres no otorgan fuerza a un ejército cuando la causa de la guerra es injusta; sólo en la justicia y la piedad religiosa reside la verdadera esperanza de victoria, y ella está en nosotros porque hemos observado las leyes desde el principio y hemos adorado a nuestro Dios, que no fue hecho a mano con materia corruptible ni formado por un rey perverso para engañar al pueblo; es un

Dios creador de sí mismo, comienzo y fin de todas las cosas. Os exhorto, aun en esta misma hora, a que os arrepintáis y a que, siguiendo un consejo más prudente, desistáis de la lucha, abracéis las leyes de vuestra patria y meditéis sobre qué es lo que os ha dado la felicidad tan grande de que ahora gozáis.

3. Éstas fueron las palabras que Abías dirigió al pueblo. Cuando todavía estaba hablando, Jeroboam envió secretamente a algunos de sus soldados para que rodearan a Abías por ciertos lugares disimulados. Cuando quedó envuelto de este modo por el enemigo, su ejército se sintió atemorizado y perdió el valor. Pero Abías los animó conjurándolos a que depositaran su esperanza en Dios, que no se dejaba rodear por el enemigo. Todos invocaron la ayuda de Dios, mientras los sacerdotes hacían sonar las trompetas, y dando grandes gritos se lanzaron contra el enemigo, a quien Dios hizo flaquear el valor, dando superioridad al ejército de Abías.

Hicieron una matanza entre las fuerzas de Jeroboam de la que no se conoce nada igual en ninguna otra guerra, ni de los griegos ni de los bárbaros, y obtuvieron con el auspicio de Dios una victoria grandiosa y memorable. Derribaron a quinientos mil enemigos, tomaron por asalto a las ciudades mejor fortificadas, que luego saquearon, y también Betlem con sus aldeas e Isana con las suyas<sup>[136]</sup>.

Después de esta derrota Jeroboam no volvió a recuperar su fuerza mientras duró la vida de Abías. Pero éste sobrevivió poco tiempo a su victoria; murió después de reinar tres años y fue sepultado en Jerusalén, en las tumbas de sus antepasados. Dejó veintidós hijos y dieciséis hijas, que tuvo con catorce esposas. Lo sucedió en el trono su hijo Asán, con la madre del joven que se llamaba Macaia<sup>[137]</sup>. Con su reinado el país de los israelitas<sup>[138]</sup> gozó de paz durante diez años.

4. Ésta es la historia que nos ha llegado de Abías hijo de Roboam hijo de Salomón. Jeroboam, el rey de las diez tribus, murió a su vez después de reinar veintidós años. Tuvo por sucesor a su hijo Nadab, en el segundo año del reinado de Asán.

El hijo de Jeroboam gobernó dos años, y se pareció a su padre en impiedad y perversidad. Durante esos años hizo una expedición contra Gahato, ciudad de los filisteos, y le puso sitio para tomarla. Pero murió en una celada que le tendió uno de sus amigos<sup>[139]</sup>, llamado Basanes hijo de Maquel, quien después de matarlo se apoderó del reino y exterminó a la familia de Jeroboam. Y aconteció, de acuerdo con la predicción de Dios, que los parientes de Jeroboam murieron unos en la ciudad, despedazados y devorados por los perros, y otros en el campo por las aves. La casa de Jeroboam sufrió de este modo el justo castigo que merecían su impiedad y su iniquidad.

## CAPÍTULO XII

*Los etíopes atacan a Jerusalén y son derrotados por Asán, hijo de Abías*

1. Asán, rey de Jerusalén, era un hombre de excelentes costumbres e inclinado hacia Dios; todos sus actos se inspiraban en la piedad y en la fiel observancia de las leyes. Reformó el reino, eliminando los elementos malos y purificándolo de toda contaminación. Tenía un ejército selecto armado de escudos y lanzas, trescientos mil hombres de la tribu de Judá, y de la tribu de Benjamín doscientos cincuenta mil, provistos de rodelas y arcos.

Cuando ya había reinado diez años Zareo, rey de Etiopía, lo atacó con un gran ejército de novecientos mil soldados de infantería, cien mil de a caballo y trescientos carros<sup>[140]</sup>. Al llegar a Narisa, ciudad de la tribu de Judá, Asán le salió al encuentro con sus fuerzas, y las puso en formación de combate frente al enemigo en un valle llamado Safatá, próximo a la ciudad. Cuando vio a la multitud de los etíopes alzó la voz para rogar a Dios que le diera la victoria y le permitiera destruir a sus millares de adversarios. Sólo dependía, le dijo, para animarse a enfrentar a Zarco, del auxilio divino, que era capaz de dar superioridad a los menos sobre los más y a los débiles sobre los fuertes.

2. Mientras Asán decía estas palabras, Dios le dio un signo de victoria. Entró en combate contento por las predicciones de Dios y mató una gran cantidad de etíopes, poniendo en fuga a los demás, a los que persiguió hasta el país de Gerar. Suspendida la matanza del enemigo, se entregaron al saqueo de la ciudad (porque ya habían tomado Gerar) y del campo, y se llevaron oro y plata en cantidad y un gran botín de otras cosas, camellos, asnos y rebaños de ovejas. Obtenida por Dios esta gran victoria y el importante botín, Asán y su ejército regresaron a Jerusalén.

A su llegada encontraron en el camino a un profeta llamado Azarías, que les ordenó detenerse y comenzó a decirles que esa victoria les había sido otorgada por Dios porque se habían mostrado justos y piadosos y se habían conducido siempre de acuerdo con la voluntad de Dios. Si perseveraban, añadió, Dios les daría siempre el triunfo sobre sus enemigos y una vida dichosa. Pero si abandonaban su culto les pasaría todo lo contrario.

—Y llegará un momento en que no habrá en todo el pueblo ni un solo profeta verdadero, ni un solo sacerdote que les interprete legítimamente el oráculo; vuestras ciudades serán derribadas y la nación desparramada por toda la tierra para llevar una vida de extranjeros y de errabundos.

Y les aconsejó que, estando todavía a tiempo, fueran buenos y no se enajenaran la benevolencia de Dios.

El rey y el pueblo recibieron jubilosamente sus palabras y todos juntos y cada cual

por separado pusieron todo su empeño en conducirse virtuosamente. El rey envió además mensajeros al campo para que también allí cumplieran con las leyes.

3. Éstos fueron los hechos que ocurrieron con Asán, el rey de las dos tribus. Vuelvo ahora a Basanes, rey de la multitud de los israelitas, que mató a Nadab hijo de Jeroboam y se apoderó del poder. Vivía en la ciudad de Tarsa, donde había instalado su residencia, y reinó durante veinticuatro años. Más perverso e impío que Jeroboam y su hijo, hizo mucho daño a su pueblo y ofendió a Dios, quien le envió al profeta Jehú para predecirle que exterminaría a toda su familia y que provocaría en su casa las mismas desdichas con las que había destruido la casa de Jeroboam; porque Dios lo había hecho rey pero él no había respondido a su bondad gobernando al pueblo con justicia y devoción, conducta que beneficia en primer término a los que la observan y es en segundo lugar grata a Dios; en cambio había imitado al malvado rey Jeroboam, revelando que si el alma de éste había perecido su perversidad había persistido en aquél. Por lo tanto sufriría justicieramente los mismos males que él, por haber incurrido en la misma maldad.

Aunque Basanes supo de antemano las desdichas que les tocarían a él y a su familia a causa de sus delitos, no abandonó en lo sucesivo sus prácticas malvadas, ni evitó seguir siendo cada vez peor hasta su muerte, ni trató de arrepentirse y obtener el perdón de sus faltas pasadas para obtener el perdón de Dios. Actuó como aquellos que ante la recompensa prometida si logran determinado objeto, no cesan de trabajar empeñosamente. Lo mismo hizo Basanes; después de la predicción del profeta acentuó su perversidad, como si los males con los cuales lo habían amenazado, la muerte de su familia y la ruina de su casa, y que son realmente los peores, fueran en verdad beneficios, y como un campeón de maldad incrementaba cada día sus esfuerzos. Finalmente reunió de nuevo a su ejército y asaltó a una importante ciudad llamada Armata, que se hallaba a cuarenta estadios de Jerusalén; la tomó y la fortificó, habiendo resuelto dejar en ella una guarnición y emplearla para asolar desde allí el reino de Asán.

4. Temeroso Asán de los atentados enemigos y considerando que las tropas estacionadas en Armata podían causar muchos daños en su país, envió embajadores al rey de Damasco<sup>[141]</sup>, con oro y plata, para pedirle su ayuda recordándole la amistad que los unía desde los tiempos de sus antepasados. El rey de Damasco recibió complacido las riquezas y selló con Asán una alianza rompiendo su amistad con Basanes; envió a los comandantes de sus fuerzas a las ciudades del reino de Israel con orden de asolarlas. Fueron los comandantes y quemaron unas ciudades y saquearon otras, entre ellas Ahión, Dana, Abelana y muchas otras.

Enterado el rey de Israel de estos hechos, suspendió las obras de edificación y fortificación de Armata y se volvió para acudir apresuradamente en ayuda de su pueblo en peligro. Asán empleó los materiales preparados por Basanes para la construcción de la ciudad, y levantó en el mismo sitio dos ciudades fortificadas a una de las cuales la llamó Gaba y a la otra Masfá.



Después de eso Basanes no volvió a tener ocasión para combatir contra Asán; se lo impidió la muerte. Fue enterrado en la ciudad de Tarsa, siguiéndolo en el trono su hijo Elán, quien, después de reinar dos años, murió asesinado en una emboscada por Zamar, capitán de la mitad de su ejército. Estando el rey en la casa de su prefecto Olsa, Zamar convenció a varios de sus soldados de caballería que lo asaltaran y lo mataran, cuando estaba sin sus hombres de armas y sus capitanes, que se encontraban ocupados en el sitio de la ciudad filistea de Gabata.

5. Después de matar a Elán, Zamar, el capitán del ejército, se apoderó del trono y, como lo había profetizado Jehú, mató a todos los de la casa de Basanes, porque sucedió que la casa de Basanes fue completamente aniquilada por su impiedad, de la misma manera que, como ya lo hemos dicho, quedó destruida la de Jeroboam. Pero el ejército que asediaba a Gabata, al conocer la suerte del rey y enterarse de que Zamar, su matador, había ocupado el trono, nombró rey por su parte a su general Amarín; éste retiró al ejército de Gabata y se trasladó a Tarsa, la capital, y la tomó por asalto.

Viendo Zamar que la ciudad no tenía defensa, se refugió en el interior del palacio real al que prendió fuego, pereciendo entre las llamas.

Había reinado seis días.

Con esto el pueblo de los israelitas quedó dividido; unos querían como rey a Tamneo y otros a Amarín. Los partidarios de Amarín vencieron; dieron muerte a Tamneo y Amarín quedó como rey de todo el pueblo. Amarín comenzó a reinar en el trigésimo año del reinado de Asán, y reinó durante doce años, los primeros seis en la ciudad de Tarsa y los restantes en la ciudad llamada Semareón, que los griegos denominaron Samaria. Le puso Zareón por el nombre de Semar, el que le vendió la colina donde edificó la ciudad.

Amarín no se diferenció de los reyes que lo precedieron y solamente los superó en maldad. Todos se esforzaron en apartar al pueblo de Dios con sus perversas prácticas diarias. Por esta razón Dios hizo que se mataran uno al otro, sin dejar un solo miembro de sus familias. Amarín murió también, en Samaria, sucediéndole su hijo Acab.

6. Por todos estos hechos podemos conocer la dedicación con la que Dios se ocupa en los asuntos de la humanidad, su amor a los buenos y su odio a los perversos, a los que destruye de raíz. Por eso muchos de los reyes de Israel perecieron miserablemente en poco tiempo, eliminados los unos por los otros, junto con sus familias, a causa de sus transgresiones y su perversidad. En cambio Asán, rey de Jerusalén y de las dos tribus, gracias a su piedad y su justicia, llegó por la providencia de Dios a una dichosa vejez y murió feliz después de reinar cuarenta y un años. A su muerte el poder pasó a su hijo Josafat, nacido de su esposa Abida. Todos concuerdan en que siguió los pasos de su abuelo David, por su valor y su piedad. Pero nadie nos obliga a que hablemos aquí de ese rey.

## CAPÍTULO XIII

*Acab contrae matrimonio con Jezabel y supera en perversidad a todos los reyes que lo precedieron. La profecía de Elías*

1. Acab, rey de Israel, residió en Samaria y conservó el poder veintidós años, sin observar una conducta distinta a la de sus predecesores, salvo para imaginar cosas peores y llegar al colmo de la perversidad. Imitó la depravación y las injurias a Dios de los reyes anteriores, y especialmente las transgresiones de Jeroboam. Adoró los becerros que había hecho aquél y añadió otros absurdos objetos de culto de su propia invención. Tomó por esposa a una hija de Itobal, rey de los tirios y sidonios, llamada Jezabel, quien le enseñó a rendir culto a sus dioses. Era una mujer activa y audaz; llegó a tal grado de indecencia y locura que edificó un templo al dios de los tirios, llamado Bel, e hizo plantar en su honor un bosque sagrado con árboles de todas las especies.

Y nombró, además, para ese dios, sacerdotes y falsos profetas. El rey mismo se rodeó de muchos de esos hombres, sobrepasando en locura e inmoralidad a todos sus predecesores.

2. Un profeta del Dios supremo, de Tesbona, ciudad de la región de Galaad, fue a ver a Acab y le dijo que según le había anunciado Dios no haría llover ni enviaría rocío a la tierra durante aquellos años, hasta que el profeta apareciera. Después de confirmar sus palabras con un juramento, partió hacia el sur e instaló su residencia junto a un arroyo, que le proporcionaba agua para beber; en cuanto a su alimento, se lo traían los cuervos todos los días. Pero cuando el río se agotó por falta de lluvia, se trasladó a Sarefta, ciudad próxima a Sidón y Tiro, porque estaba situada entre las dos. Se lo ordenó Dios, porque allí encontraría una viuda que le daría de comer.

Cuando estaba cerca de la puerta vio a una mujer que recogía leña. Habiéndole indicado Dios que era aquélla la mujer que lo alimentaría, se acercó, la saludó y le pidió agua para beber; la mujer se retiró para ir a buscarla, pero el profeta la llamó y le rogó que le trajera además una hogaza de pan. La mujer le juró que no tenía en su casa más que un puñado de harina y un poco de aceite, que había salido a recoger la madera para luego amasar la harina y hacer pan para ella y su hijo; después se morirían de hambre, porque ya no les quedaba nada.

—Anímate —le dijo entonces el profeta—, vete y recobra la esperanza. Hazme ante todo una pequeña torta, y tráemela. Porque te predigo que ese vaso de harina y esa ánfora de aceite no se consumirán hasta que Dios haga llover.

Dicho esto por el profeta, la mujer volvió a su casa y le hizo lo que le había encargado; comió ella y le dio a su hijo y al profeta.

Y no le faltó nada hasta que terminó la sequía.

Esa falta de lluvia la menciona también Menandro, que en el relato de la gesta de

Itobal, rey de los tirios, dice así: «En su época hubo una sequía desde el mes de hiperbereteos hasta el mes de hiperbereteos del año siguiente; pero a sus súplicas estallaron grandes truenos. Este rey fundó la ciudad de Botris en Fenicia y la de Auza en Libia.» Éstas son las referencias de Menandro a la sequía que se produjo en tiempos de Acab, porque Itobal, rey de los tirios, gobernó en aquella misma época.

3. Cuando el hijo de la mujer de quien hemos hablado, aquella que alimentó al profeta, cayó enfermo hasta el punto de perder el aliento y quedar como muerto, la mujer fue a ver al profeta llorando y golpeándose el pecho con las manos, y lanzando exclamaciones dictadas por su dolor, y lo acusó de haber ido a reprocharle sus pecados causando con ello la muerte de su hijo. El profeta le pidió que tuviera valor y le confiara a su hijo, que él le devolvería la vida. La mujer le entregó el cuerpo; el profeta lo llevó al cuarto donde él vivía, lo tendió en la cama y alzando la voz dijo, dirigiéndose a Dios, que no había hecho bien en recompensar a la mujer que lo había atendido y alimentado, quitándole al hijo. Y le rogó que hiciera entrar de nuevo el alma en el cuerpo del niño y le devolviera la vida. Dios se compadeció de la madre, deseoso de satisfacer al profeta, para que no pareciera que había ido a causar desdichas a la mujer, y el niño, en contra de lo que se esperaba, revivió. La madre agradeció al profeta, manifestando que ahora veía claramente que Dios hablaba con él.

4. Poco tiempo después fue a ver a Acab, de acuerdo con la voluntad de Dios, para informarle que llovería. El hambre se había extendido por todo el país, con una gran carencia de las cosas necesarias para la subsistencia. No solamente les faltaba a los hombres sino que la tierra, por la sequía, no producía el pasto suficiente para alimentar a los caballos y demás animales. El rey llamó a Oberías, procurador de sus bienes, y le dijo que quería ir a las fuentes de los ríos y a los arroyos a recoger el pasto que pudiera haber para alimentar al ganado. Agregó que había mandado a buscar al profeta Elías<sup>[142]</sup> por todo el orbe sin encontrarlo. Ordenó a Obedías que lo acompañara. Obedías y el rey resolvieron dividirse las rutas y cada cual tomó por la suya.

Sucedió que cuando la reina Jezabel hizo matar a los profetas, Obedías escondió a cien de ellos en las cuevas subterráneas, alimentándolos únicamente con pan y agua. Al separarse Obedías del rey se encontró con el profeta Elías; le preguntó quién era y cuando lo supo se inclinó ante él. El profeta le ordenó que fuera a buscar al rey y le dijera que allí estaba Elías. Pero Obedías replicó:

—¿Qué mal te he hecho para que me envíes a ver al que quiere matarte y te buscó para eso por todo el mundo? ¿Ignoras que envió hombres a todas partes con orden de darte muerte si te prendían? Temo, por otra parte, que Dios se te vuelva a aparecer y tú te vayas a otro sitio, y que si el rey me manda a buscarte y no te encuentro en ninguna parte, lo pague con mi vida.

Rogó, por lo tanto, al profeta, que se cuidara de su seguridad, y le informara de la solicitud que había puesto en favor de sus colegas, y que había salvado a cien

profetas, mientras los demás eran muertos por Jezabel, y que los tenía escondidos y les daba de comer. Pero Elías le pidió que fuera sin temor a ver al rey y le aseguró con juramento que aquel mismo día se presentaría ante Acab.

5. Obedías comunicó a Acab el regreso de Elías y el rey le salió al encuentro y le preguntó con ira si él era el hombre que había causado tanto daño al pueblo de los hebreos y provocado la sequía que estaban soportando. Elías, sin adular al rey, replicó que ese hombre era el mismo rey, él y su familia eran los causantes de todas las desgracias, por haber introducido dioses extraños a los que adoraban abandonando a su Dios, que era el único verdadero y a quien ya no tenían ninguna consideración. Y lo instó a que lo siguiera, y reuniera al pueblo en el monte Carmelo, con sus profetas y los de su mujer, cuyo número indicó<sup>[143]</sup>, y con los profetas de los bosques sagrados, que eran unos cuatrocientos.

Cuando todos los hombres reunidos por Acab corrieron a la mencionada montaña, el profeta Elías se situó entre ellos y les preguntó hasta cuándo seguirían viviendo en esa ambigüedad de sentimientos y opiniones. Si creían que el Dios de su patria era el verdadero y el único, debían obedecerle y cumplir sus mandamientos; y si no le daban importancia y juzgaban que debían adorar a los dioses extranjeros, era menester que sólo siguieran a éstos. Como el pueblo no respondiera a sus palabras, Elías quiso poner a prueba el poder de los dioses extranjeros y el de su Dios, del que era el único profeta mientras que aquéllos tenían cuatrocientos. Pidió que le permitieran tomar un becerro, sacrificarlo y depositarlo sobre una pila de leña, sin encender fuego debajo; ellos harían lo mismo y suplicarían a sus dioses que prendieran fuego a la pira. De este modo conocerían la naturaleza del verdadero Dios.

Aceptada la propuesta por el pueblo, Elías invitó a los profetas a que fueran ellos los primeros en elegir un becerro, que lo sacrificaran e invocaran a sus dioses. Los ruegos y las invocaciones no produjeron ningún efecto después del sacrificio, y Elías se burló de ellos diciéndoles que llamaran a sus dioses a gritos, porque podían estar de viaje o durmiendo. Así lo hicieron desde la mañana hasta mediodía, cortándose con espadas y lanzas, según la costumbre de su país; pero fue inútil.

Elías, queriendo a su vez ofrecer su sacrificio, pidió a los profetas que se apartaran y al pueblo que se acercara para que viera que no había puesto fuego a escondidas entre la madera. La multitud se aproximó y el profeta tomó doce piedras, una por cada tribu del pueblo hebreo, y erigió un ara, alrededor de la cual cavó una zanja profunda. Luego puso la leña sobre el ara y encima los trozos de carne y mandó traer de la fuente cuatro cántaros de agua, la que hizo derramar sobre el altar de manera que desbordara y llenara la fosa como si brotara de un manantial. Hecho esto comenzó a rogar a Dios, suplicándole que demostrara su poder a un pueblo extraviado desde hacía tanto tiempo. Mientras hablaba bajó de pronto del cielo una llama, a la vista de todo el pueblo, y consumió el sacrificio, y también el agua, dejando el lugar en seco.

6. Viendo esto los israelitas, se arrojaron al suelo y adoraron al Dios uno,

llamándolo el más grande y el único verdadero y llamando a los otros simples nombres forjados por ideas depravadas e insensatas. Luego se apoderaron de los falsos profetas y por orden de Elías les dieron muerte. Al rey le dijo Elías que fuera a comer sin más preocupaciones, porque en breve vería a Dios enviarles lluvia. Acab se retiró.

Elías, por su parte, subió a la cima del monte Carmelo, se sentó en el suelo apoyando la cabeza en las rodillas y pidió a su criado que subiera a un puesto de observación desde donde pudiera ver el mar, y que cuando viera formarse una nube en cualquier parte le avisara, porque hasta entonces el cielo estaba limpio. El criado subió varias veces y siempre informaba que no veía nada; a la séptima vez anunció que veía algo negro en el cielo, no más grande que la pisada de un hombre<sup>[144]</sup>.

Oyendo esto Elías, envió a avisar a Acab, aconsejándole que se fuera a la ciudad antes de que se descargara la lluvia. Acab se trasladó a la ciudad de Jesrael y poco después el cielo se oscureció y se cubrió de nubes, levantándose un viento violento con una lluvia abundante. El profeta, arrebatado por el espíritu divino, corrió junto con el carro del rey hasta Jesrael, ciudad de Izar<sup>[145]</sup>.

7. Cuando Jezabel, la esposa de Acab, se enteró de los prodigios realizados por Elías y de la matanza de sus profetas, se sintió furiosa y le envió mensajeros amenazando hacerlo morir como él había hecho exterminar a sus profetas. Elías, asustado, huyó a la ciudad llamada Bersabé, que se encuentra en los confines del territorio perteneciente a la tribu de Judá, cerca del país de los edomitas; allí dejó a su criado, y se retiró al desierto.

Después de haber orado pidiendo la muerte, porque no era mejor que sus padres, ni debía aferrarse a la vida estando ellos muertos, se acostó a dormir al pie de un árbol. Algo lo despertó y al incorporarse encontró a su lado alimentos y agua<sup>[146]</sup>. Comió y recuperó las fuerzas con los alimentos, y se trasladó a la montaña llamada Sinaí, en la que se dice que Moisés recibió las leyes de Dios. Encontró una caverna profunda, penetró en ella e instaló allí su habitación. Una voz procedente de lo desconocido le preguntó por qué se había trasladado a aquel lugar, abandonando la ciudad; respondió que lo hizo porque había matado a los profetas de los dioses extranjeros y persuadido al pueblo de que había un solo Dios, aquel al que había adorado desde el principio, y que ahora lo buscaba la esposa del rey para castigarlo por su acción.

De nuevo se oyó la voz para decirle que saliera al descubierto a la mañana siguiente, y que entonces le sería revelado lo que tenía que hacer. Al rayar el alba salió de la caverna, y sintió temblar la tierra y vio refulgir una brillante llamarada. Hecho el silencio, una voz divina le exhortó a que no se preocupara por su situación, porque ninguno de sus enemigos lo vencería. Y le ordenó volver a su patria y proclamar a Jehú hijo de Nemes rey de los hebreos, a Azael de Damasco, rey de los sirios, y a Eliseo, de la ciudad de Abela, para sucederlo a él como profeta. La multitud impía sería exterminada, en parte por Azael y en parte por Jehú.

Oyendo estas palabras, Elías regresó al país de los hebreos, y al encontrar a Eliseo hijo de Safat, arando en compañía de otros con doce yuntas de bueyes, se acercó y le echó encima su manto.

Enseguida Eliseo comenzó a profetizar y dejando los bueyes siguió a Elías. Luego le pidió permiso para saludar a sus padres, y concedido por Elías, se despidió de ellos y se fue con el profeta. Durante toda la vida de Elías fue su discípulo y su servidor. Y con esto he terminado lo referente a los actos de este profeta.

8. Había un tal Nabot en la ciudad de Izar que tenía un campo contiguo a las posesiones del rey. El rey le pidió que le vendiera, al precio que quisiera cobrarle, el campo que estaba tan cerca de sus tierras, para reunirlos en un solo dominio. Si no quería dinero, le permitiría elegir en cambio cualquier otro de los campos del rey. Nabot respondió que no haría nada de eso y que se proponía recoger él mismo los frutos de su tierra, heredada de su padre.

Apenado, como si hubiese recibido una ofensa, al no poder apoderarse de lo que pertenecía a otro, el rey no quiso lavarse ni comer. Jezabel le preguntó el motivo de su aflicción y de que se negara a lavarse y a almorzar o cenar. Acab le relató entonces la maldad de Nabot y de que a pesar de haber empleado palabras amables para hablarle y más humildes de lo que cuadraba a la autoridad real había sufrido la afrenta de que le negaran lo que deseaba.

Jezabel lo exhortó a que no se dejara abatir por el incidente, desechara la pena y se ocupara de nuevo en el cuidado de su cuerpo; porque ella se encargaría de que Nabot fuera castigado. Enseguida envió cartas a los notables jezraelitas en nombre de Acab, rogándoles que ordenaran un ayuno y que reunieran la asamblea, en la que Nabot, por ser de familia ilustre, se sentaría en la primera fila. Tres hombres audaces, sobornados por ellos, prestarían testimonio de que había blasfemado contra Dios y el rey; sería entonces apedreado y muerto.

Acusado de este modo Nabot, por orden de la reina, de haber blasfemado contra Dios y Acab, murió lapidado por la multitud. Jezabel fue entonces a decir al rey que podía posesionarse gratuitamente de la viña de Nabot. Jubiloso por la buena noticia, Acab saltó del lecho y corrió a la viña de Nabot. Pero Dios, indignado, envió al profeta Elías al campo a decir a Acab que había asesinado al verdadero dueño del campo y se había constituido injustamente en su heredero. Cuando Elías estuvo delante de Acab, el rey le dijo que podía hacer con él lo que quisiera, porque le avergonzaba haber sido sorprendido en pecado. Elías le predijo que en el mismo sitio donde el cadáver de Nabot había sido devorado por los perros, sería derramada su sangre y la de su esposa, y que toda su familia moriría, por haber sido tan injusto y haber asesinado inicualemente a un ciudadano, contrariando las leyes del país.

Acab, apenado por su crimen y arrepentido, se puso un saco, se descalzó y no quiso probar bocado. Confesó sus pecados, con la esperanza de aplacar a Dios. Dijo entonces Dios al profeta que mientras viviera Acab postergaría el castigo de su familia, porque se había arrepentido de sus crímenes, pero que cumpliría su amenaza

con el hijo de Acab. El profeta se lo comunicó al rey.

## CAPÍTULO XIV

*Adad, rey de Siria, sitia a Samaria. Victoria de Acab. Adad prepara una segunda campaña. Acab triunfa nuevamente; perdona a Adad. El profeta Miqueas le reprocha su indulgencia*

1. Estando en esta situación los asuntos de Acab, por el mismo tiempo el hijo de Adad, rey de los sirios y damascenos, habiendo reunido tropas de todas las regiones, con la cooperación de treinta y dos reyezuelos de la otra parte del Éufrates, preparó una expedición contra Acab. Pero éste, consciente de que sería superior a sus fuerzas, no condujo a los suyos a la campaña, sino que los trasladó del campo abierto a las ciudades fortificadas. Él se quedó en Samaria: pues ésta estaba protegida con murallas muy fuertes, y además parecía inexpugnable. Pero el rey de Siria, habiendo reunido a sus tropas, sitió a Samaria; y enviando un mensajero a Acab le pidió que recibiera a sus legados, por cuyo intermedio le indicaría lo que quería de él. Después que el rey de los israelitas accedió a que se enviaran legados, así que llegaron éstos, por mandato del rey declararon que sus riquezas, sus hijos y sus mujeres eran de Adad: por lo tanto si accedía a esto, y permitía que tomara lo que quisieran, se retiraría el ejército y la ciudad quedaría libre del sitio.

Acab expresó a los legados que, una vez en presencia de su rey, le anunciaran que él y todas sus cosas estaban bajo su potestad.

Después que le expusieron todo esto a Adad, éste los envió de nuevo, pidiendo a Acab que, a pesar de haber dicho que todo era suyo, recibiera a los criados que le enviaría al día siguiente a los cuales debería entregarles lo mejor que ellos encontraran, luego de escudriñar la casa real, las de los amigos y parientes; las cosas que no quisieran quedarían para él. Acab, indignado por este segundo mensaje del rey de los sirios, después de convocar al pueblo en reunión, dijo que estaba dispuesto en pro de la seguridad y paz del pueblo a entregar a sus mujeres y sus hijos al enemigo y cederle sus bienes, pues era esto lo que el sirio pedía en su primera embajada.

—Pero ahora pide que se le permita enviar a sus criados, para que exploren las casas de todos, y que nada en ellas dejen de lo que sea más precioso; su propósito es el de encontrar un pretexto para la guerra. Porque sabe que yo, siendo en beneficio de vosotros, no escatimaré mis propiedades, y quiere buscar motivo para guerrear con las molestias que a vosotros no puede menos que resultaros desagradable. Yo he de cumplir lo que vosotros decidáis.

El pueblo declaró que de ninguna manera se sometería a las órdenes del rey de Siria, que las despreciaba y que se aprestaría a hacer guerra. Acab respondió a los legados que comunicaran al rey que estaba dispuesto a acatar por bien del pueblo lo que había pedido primeramente, pero que de ninguna manera obedecería las órdenes posteriores; y con esto los despidió.



2. Pero Adad, oídas estas noticias y sumamente indignado, por tercera vez envió a sus legados, amenazando que su ejército levantaría un terraplén más alto que las murallas, de las que tanto se ensoberbecía Acab. Para ello bastaba que cada uno de los suyos tomara un puñado de tierra. Se refería de esta manera a la gran multitud de sus tropas para infundir terror. Acab respondió que no se debía gloriarse de estar bien armado, sino de ser vencedor en la guerra. Los legados, una vez de regreso, le dieron esta respuesta, mientras comía con sus treinta y dos reyes aliados.

De inmediato ordenó que rodearan a la ciudad con estacas y levantaran terraplenes, y que no dejaran de hacer nada adecuado para la guerra. Mientras pasaban estos acontecimientos, Acab y todo el pueblo se angustiaron sumamente. Sin embargo el rey recobró su confianza y se libró del miedo, cuando se le acercó un profeta y le dijo que Dios había prometido entregarle miles de enemigos. Preguntado quién obtendría la victoria, le contestó que «por intermedio de los hijos de tus capitanes, bajo tu dirección, por falta de capacidad del enemigo».

Reunió a los hijos de los capitanes (se encontraron como unos doscientos treinta y dos), e informado que el sirio se entregaba a comer y a divertirse, una vez abiertas las puertas, los hizo salir. Los centinelas de Adad comunicaron la noticia al rey, quien envió a que les hicieran frente, con la orden de que si aquéllos habían salido para pelear que los condujeran atados; y que hicieran lo mismo si habían salido con fines pacíficos.

Entretanto Acab tenía listo el ejército dentro de las murallas. Los hijos de los capitanes, en lucha con los guardianes, mataron a muchos de ellos, y persiguieron a los restantes hasta el campamento. Cuando el rey de los israelitas vio este triunfo, ordenó que las restantes tropas atacaron. Asaltaron de improviso a los sirios, los destrozaron y los pusieron en fuga. Puesto que no esperaban que saliera el ejército, lo intempestivo del ataque hizo que los encontraran desarmados y embriagados, de modo que abandonaron los armamentos, y se fugaron, y el mismo rey sólo pudo escapar gracias a la velocidad del caballo.

Acab, vencidos los sirios, persiguiólos por largo tiempo. Luego de saquear el campamento, que era muy rico y abundaba en oro y plata, y de apoderarse de los carros y caballos de Adad regresó a la ciudad. Sin embargo el profeta le advirtió que debía estar preparado y el ejército dispuesto para la guerra, pues al año siguiente el rey de los sirios emprendería de nuevo una campaña en su contra. Acab siguió su consejo.

3. Adad, después que él con la parte del ejército que pudo salvarse puso en lugar seguro, consultó a sus amigos sobre la forma de atacar a los israelitas. No fueron de opinión de que se luchara con ellos en los montes; pues su Dios tenía poder en esos lugares, y ésta era la razón de que hubiesen sido vencidos. Afirmaban que se impondrían si hacían la guerra en la llanura. Además aconsejaron al rey que enviara a sus hogares a los reyes que había llevado consigo, pero que retuviera sus tropas, poniendo a los sátrapas en lugar de los reyes; y en lugar de los soldados que había

perdido que reuniera de nuevo en las regiones mismas de donde eran ellos soldados, carros y caballos.

Considerando que se trataba de un buen consejo, preparó a su ejército de acuerdo con lo aconsejado.

4. Al empezar la primavera marchó contra los israelitas; después de llegar a una ciudad llamada Afeca, dispuso el ejército en una gran llanura. Acab, sin embargo, salió con sus tropas y acampó en frente. Su ejército, en comparación con el del enemigo, era sumamente reducido. Pero el profeta se presentó de nuevo, y afirmó que Dios le otorgaría la victoria, para demostrar, en contra de la opinión de los sirios, que su poder no era menor en el llano que en las montañas. Durante siete días los campamentos, puestos uno frente al otro, se movieron lentamente; por fin, cuando avanzó el enemigo a primera hora de la mañana, Acab también reunió a sus tropas, y en encarnizada lucha, puso en fuga a la multitud de sus enemigos, y los persiguió y los destrozó. Perecieron muchos aplastados por los carros o golpeados; pocos pudieron refugiarse en su ciudad Afeca. Éstos, en número de veinte y siete mil, perecieron al caer sobre ellos las murallas. En la batalla fueron cien mil los de ellos que murieron.

El rey de los sirios, Adad, con algunos de sus domésticos más fieles huyeron y se escondieron en el sótano de una casa. Le dijeron que los reyes de la raza de Israel eran sumamente humanos y clementes y que era posible, con tal que acudiera a la forma habitual de suplicar, que Acab le perdonara la vida. Le pidieron permiso para ir a verlo, con lo que estuvo de acuerdo. Revestidos de cilicios y la cabeza ceñida con cuerdas (según la primitiva costumbre de suplicar de los sirios) se presentaron ante Acab, y le dijeron que le pedían en nombre de Adad que le perdonara la vida; una vez concedida esta gracia, sería su servidor para siempre. Acab respondió que se alegraba que hubiera sobrevivido a la batalla sin que le pasara nada malo, y prometió honrarlo y ser benévolo con él, como si se tratara de un hermano. Aceptado el juramento de que nada malo le pasaría si se presentaba, lo sacaron de la casa que se escondía para presentarlo a Acab, que estaba sentado en su carro.

Acab, extendiendo su mano derecha, lo hizo subir al carro y le ordenó, recibéndolo con un beso, que fuera un buen amigo y que nada temiera. Adad le dio las gracias y prometió que, mientras viviera, se acordaría de este beneficio. Luego prometió devolver las ciudades israelitas de que se habían apoderado los reyes que le precedieron y que los israelitas tendrían plena libertad para establecerse en Damasco, así como sus padres tenían derecho de hacerlo en Samaria. Después de los pactos y juramentos, Acab le hizo muchos regalos y lo envió a su reino. En esta forma terminó la guerra que Adad rey de los sirios declaró a Acab y los israelitas.

5. Sin embargo, un profeta, de nombre Miqueas, se aproximó a uno de los israelitas y le ordenó que lo golpeara en la cabeza; obraría de acuerdo con la voluntad de Dios. Habiendo rehusado, le predijo que encontraría un león que lo mataría, por no cumplir la voluntad de Dios. Así aconteció. El profeta se acercó a otro, ordenándole

lo mismo. Éste lo golpeó e hirió en el cráneo. El profeta se presentó ante el rey con la cabeza vendada, diciendo que había luchado bajo sus órdenes y que había recibido de manos de un capitán un prisionero para guardarlo; pero éste se había escapado y ahora temía que lo matara aquel de quien había recibido el cautivo, porque lo había amenazado que si el cautivo se escapaba, lo mataría.

Al responder Acab que sería justo, descubriendo la cabeza se dio a conocer como Miqueas, el profeta. Le dijo que se había valido de este medio para decir las palabras siguientes

—Puesto que tú has dejado impune a Adad, que blasfemó contra Dios, éste te castigará y hará que Adad te mate a ti y su ejército a tu pueblo.

Acab, irritado contra el profeta, ordenó que lo detuvieran y vigilaran; sin embargo se retiró confundido por sus palabras.

## CAPÍTULO XV

*Prosperidad de Josafat. Josafat y Acab se unen contra el rey de Siria.  
Contradictorias profecías de Miqueas y Se decías. Combate contra los sirios.  
Muerte de Acab. Se cumplen las profecías de Elías y de Miqueas*

1. En esta situación se encontraban los asuntos de Acab. Ahora informaré sobre Josafat, rey de Jerusalén; éste, después de ampliar su reino y de distribuir tropas por las distintas poblaciones de su territorio, dispuso colocarlas también en las poblaciones de la tribu de Efraím que Abías, su abuelo, conquistó a Jeroboam, que reinaba sobre las diez tribus. Por lo demás Dios le era propicio y lo ayudaba, por su piedad y justicia, y por procurar hacer lo que le era grato y aceptable durante todos los días. Los reyes que habitaban alrededor lo honraban con dones, de modo que acumuló muchísimas riquezas y su prestigio se elevó grandemente.

2. En el año tercero de su reinado, después de convocar a los regidores del país y a los sacerdotes, les ordenó que, recorriendo su territorio, en los poblados instruyeran a todo el pueblo en las leyes de Moisés, que les enseñaran su observancia y que pusieran el mayor cuidado en el culto de Dios. Fue esto tan del agrado del pueblo, que ninguna cosa ambicionaron más ni amaron más intensamente que la observancia de las leyes. Los habitantes de las regiones vecinas continuaban en su aprecio a Josafat y en conservar la paz con él. Los filisteos pagaban el tributo convenido y los árabes anualmente entregaban trescientos sesenta corderos y otras tantas cabras.

Fortificó también otras ciudades grandes e imponentes y tenía preparados abundantes ejércitos y armas poderosas. La tribu de Judá suministró trescientos mil soldados bien armados, al frente de los cuales se encontraba Edneo; Juan dirigía doscientos mil arqueros de a pie de la tribu de Benjamín. Además otro jefe, de nombre Ocobato, servía al rey con ciento ochenta mil soldados bien armados. A todo esto hay que agregar las guarniciones que se encontraban en ciudades muy fuertes.

3. Josafat hizo casar a su hijo Joram con Gotolia, hija de Acab, rey de las diez tribus. Poco después, en una visita a Samaria, Acab lo recibió afectuosamente, y ofreció al ejército que lo acompañaba una suntuosa hospitalidad con abundancia de pan, vino y carnes. Le rogó que accediera a luchar junto con él contra el rey de los sirios, para retomar la villa de Aramata en la región de Galadena, puesto que tiempo atrás el padre de este rey se la había arrebatado a su propio padre. Habiendo prometido Josafat su ayuda, pues su ejército no era menor que el de él, y después de hacer pasar sus tropas de Jerusalén a Samaria, los dos reyes salieron de la ciudad y distribuyeron los sueldos a sus respectivos soldados. Josafat ordenó que si algún profeta se encontraba presente, se acercara y aconsejara sobre la expedición a Siria y si era conveniente emprenderla en esta oportunidad; pues, desde hacía tres años, había paz y amistad entre Acab y el rey de Siria, desde aquel día en el que, después

de tomarlo cautivo, lo dejó libre.

4. Habiendo reunido a sus profetas, unos cuatrocientos, Acab les ordenó que consultaran a Dios si, mediante la guerra, les otorgaría la victoria y la devolución de la ciudad, motivo de la contienda. Como los profetas aconsejaron que se llevara a cabo la expedición, pues el rey de Siria sería vencido y, al igual que en la guerra anterior, caería prisionero, Josafat, que sospechaba por sus palabras que se trataba de profetas falsos, exigió a Acab premiosamente que viera si quedaba algún otro profeta de Dios, para que se supiera con mayor seguridad lo que debía hacerse. Acab respondió que había otro, pero que lo odiaba, porque vaticinaba sucesos infaustos, y había predicho que, vencido por el rey de Siria, sufriría la muerte; por este motivo estaba encerrado en la cárcel. Se llamaba Miqueas, hijo de Jembleo.

Josafat pidió que lo hicieran venir; Acab, enviando un eunuco, lo hizo llamar. De camino, el eunuco le confió que todos los demás profetas predijeron la victoria del rey. Él respondió que no le era permitido atribuir mentiras a Dios, sino que diría al rey lo que aquél le pusiera en los labios.

Una vez en presencia de Acab, y después que éste le conminó en nombre de Dios a que dijera la verdad, respondió que Dios le mostró a los israelitas en fuga, perseguidos por los sirios, y dispersos por los montes, como rebaños sin pastor. Agregó también que Dios le indicó que ellos volverían incólumes a sus casas, y que sólo él caería en la guerra. Habiendo Miqueas dicho esto, Acab habló a Josafat:

—¿Por ventura no te indiqué poco antes lo mal que me quiere este hombre, y que me vaticinaría lo adverso?

Pero Miqueas agregó que debía aceptar todo lo que Dios había predicho, que los falsos profetas con la esperanza de la victoria lo incitaban a la guerra y que moriría en la batalla. Acab estaba ansioso y preocupado, pero Sedecías, uno de los falsos profetas, se acercó y le dijo que no escuchara a Miqueas: nada verdadero decía. Como prueba presentó los vaticinios de Elías, a quien le había sido otorgado conocer lo futuro mejor que aquél. En sus profecías predijo que en la ciudad de Izara en el campo de Nabot, los perros lamerían la sangre de Acab, como hicieron con la de Nabot, apedreado por el pueblo por su causa.

—Es claro —dijo—, que éste miente, pues se atreve a contradecir a un profeta de tanto prestigio, al afirmar que dentro de tres días el rey ha de morir. Debemos saber si es veraz y si está inspirado por el espíritu divino. Instantáneamente, al querer yo pegarle, que me paralice la mano, como lo hizo Jadón con Jeroboam, cuando éste lo quiso detener. Creo que habrás oído hablar de este hecho.

Puesto que nada aconteció después que Sedecías golpeó a Miqueas, Acab, exento de miedo, condujo con entusiasmo sus tropas contra el rey de Siria. Creo que se imponía la fuerza del destino, para que otorgara más fe a los falsos profetas que a los verdaderos, a fin de que sin demora se evidenciara el resultado. Sedecías, fabricándose unos cuernos de hierro, dijo a Acab que con esto Dios quería indicar que destruiría a toda la Siria. Sin embargo Miqueas dijo que a los pocos días Sedecías

correría de escondite en escondite buscando las tinieblas para esquivar el castigo merecido por sus falsas profecías. El rey ordenó que lo entregaran a Acamón, gobernador de la ciudad, para que encarcelara al importuno y que no se le diera sino pan y agua.

5. Y es así como Acab y Josafat, rey de Jerusalén, se dirigieron con sus tropas a Aramata, ciudad de la Galadítida. Pero el rey de los sirios, sabedor de su expedición, sacó al ejército en su contra, para acamparlo a escasa distancia de Aramata. Convinieron Acab y Josafat que Acab se despojara del vestido real, y que el rey de Jerusalén, revestido con los vestidos de aquél, estuviera presente en la batalla, para que mediante esta ficción resultaran vanas las predicciones de Miqueas. Pero la fatalidad lo encontró aun sin insignias reales. Pues Adad, rey de los sirios, por intermedio de los capitanes, ordenó a los soldados que no mataran a nadie, excepto al rey de los israelitas. Los sirios, una vez iniciada la batalla, al notar que Josafat se encontraba al frente del ejército, creyendo que se trataba de Acab, impetuosamente se dirigieron en su contra; una vez que lo hubieron rodeado, y conociendo ya más de cerca que se trataba de otro, retrocedieron todos.

A pesar de que la lucha duró desde el amanecer hasta la noche con la victoria en su favor, de acuerdo con lo ordenado por el rey no mataron a nadie, buscando solamente a Acab, sin encontrarlo, para matarlo. Sin embargo un criado del rey Adad, de nombre Amán<sup>[147]</sup>, arrojando flechas contra el enemigo, hirió al rey en el pulmón, atravesándole el tórax. Acab quiso ocultar lo que le había acontecido, a fin de que el ejército no escapara al enemigo. Ordenó al conductor que retrocediera con el carro y lo sacara de la batalla, pues había recibido una herida mortal. A pesar de los sufrimientos, permaneció en el carro hasta la puesta del sol, y murió por la pérdida de sangre.

6. El ejército de los sirios, al caer la noche, se retiró a su campamento. Como un mensajero anunciase que había muerto Acab, los israelitas volvieron a sus casas. El cuerpo de Acab fue llevado a Samaria donde se lo sepultó. El carro fue lavado en la fuente de Izara, pues estaba ensangrentado con la sangre del rey. Entonces se reconoció la verdad del vaticinio de Elías, pues los perros lamieron su sangre, y posteriormente se estableció la costumbre de que las prostitutas se lavaran en esa fuente. Sin embargo murió en Ramatón, de acuerdo con el vaticinio de Miqueas.

Puesto que en Acab se cumplió lo que fue predicho por dos profetas, es conveniente que apreciemos en gran manera la revelación de Dios, y que en cualquier parte la sigamos con honor y veneración, con la precaución de no otorgar más fe a lo que se dice de acuerdo con nuestro agrado y voluntad que a la misma verdad. Debemos tener en cuenta la profecía y el conocimiento de las cosas futuras obtenidos por intermedio de estos varones, pues Dios nos advierte por su intermedio lo que debemos evitar. Igualmente conviene, inspirados por lo que aconteció a este rey, que pensemos en el poder del destino, pues, aun conociéndolo de antemano, no puede evitarse. Se insinúa con esperanzas halagadoras en el corazón de los hombres, hasta

que los conduce a donde los abatirá. Evidentemente Acab se engañó por su inclinación a no creer a los que anunciaban desgracias; y en cambio otorgaba fe a los que vaticinaban lo agradable. Así es como perdió la vida.

Le sucedió en el reino su hijo Ocozías.

# LIBRO IX

*Abarca un lapso de ciento cincuenta años y siete meses*



# CAPÍTULO I

## *Invasión de los moabitas y amonitas; Jaziel reconforta a Josafat. Dios destruye al ejército enemigo*

1. Al regresar el rey Josafat a Jerusalén, después de la ayuda que prestara a Acab rey de los israelitas, en la guerra que hizo a Adad rey de los sirios, según hemos explicado antes, el profeta Jehú se hizo presente y le reprochó haber hecho alianza con Acab, hombre impío y criminal. Desagradó, dijo, a Dios; no obstante, a pesar del pecado cometido, lo había librado de sus enemigos por su índole buena y loable. Entonces el rey dio gracias a Dios y le ofreció víctimas. Después recorrió en todos sentidos su reino<sup>[148]</sup>, para instruir al pueblo en la ley que Dios revelara a Moisés y en la piedad. Exhortó a los jueces establecidos en los poblados de su jurisdicción a que hicieran justicia, que sólo a ésta tuvieran en cuenta, sin mirar a los regalos o a la dignidad de aquellos que aparentemente tenían poder por sus riquezas o su nobleza; que decretaran y discernieran para todos lo justo, sabiendo que Dios veía asimismo cada una de las cosas que se hacían ocultamente.

Después de impartir estas enseñanzas en cada una de las dos tribus, regresó a Jerusalén. También en esta ciudad estableció jueces de entre los sacerdotes, los levitas y los principales del pueblo, y los exhortó a que se comportaran cuidadosa y justicieramente en todos los juicios que resolvieran. Si en caso de discrepancia, en casos graves se acudiera a ellos desde otras ciudades, en tales oportunidades convenía discernir sentencia todavía con mayor cuidado; porque era necesario en gran manera que se hiciera justicia en aquella ciudad con todo celo, por estar allí la casa de Dios y la residencia real. Puso al frente de los magistrados a los sacerdotes Amasías y Zabadías, ambos de la tribu de Judá. Es así como este rey puso en orden sus asuntos. Por el mismo tiempo los moabitas y amonitas, con un elevado número de árabes le hicieron guerra, y establecieron sus campamentos en la ciudad de Engadi, ubicada a la vera del lago Astalfites, a una distancia de trescientos estadios de Jerusalén. En esta región crecen las más hermosas palmas y el bálsamo. Informado Josafat que el enemigo, después de haber pasado el lago, irrumpía en su reino, se sintió atemorizado y convocó al pueblo en el Templo; allí frente a la fachada del edificio, oró e invocó a Dios, pidiendo que le concediera valor y fortaleza para vengarse de los enemigos que venían en su contra; pues ese Templo se había levantado para que protegiera a la ciudad y expulsara a los que se atrevían a invadirla, y que venían con el propósito de arrojarlos de la tierra que les había otorgado Dios.

Mientras oraba, lloraba; y todo el pueblo con sus mujeres e hijos suplicaron a Dios. Pero el profeta Juziel, adelantándose hasta el centro de la reunión, levantó la voz, diciendo por igual al pueblo y al rey, que Dios había oído las plegarias y había

prometido que lucharía en contra de sus enemigos; ordenó que al día siguiente saliera contra el enemigo el ejército; que lo encontraría en la cuesta, en el lugar denominado Exojé (punto culminante) entre Jerusalén y Engadi; que no era conveniente luchar con ellos, sino simplemente observar lo que hacía Dios.

Después que el profeta dijera esto, el rey y el pueblo, inclinados los rostros al suelo, dieron gracias a Dios y lo adoraron; y luego los levitas cantaron en sus instrumentos las alabanzas divinas.

2. Al día siguiente, el rey pasó al desierto ubicado al lado de la villa de Técoa; y dijo al pueblo, que era necesario creer lo que había dicho el profeta y no prepararse para la guerra. Después de colocar a los sacerdotes con trompetas frente al ejército, e igualmente a los levitas con los cantores, dio gracias a Dios, como si el país ya estuviera libre de enemigos. Agradó a todos esta determinación, y se cumplió todo lo ordenado. Imaginándose mutuamente enemigos, se mataban, de modo que no quedó ni uno con vida de su ejército numeroso<sup>[149]</sup>.

Josafat, al contemplar el valle, donde el enemigo dispuso el campamento, todo lleno de cadáveres, se alegró de ese auxilio tan inesperado de Dios, el cual conservándolos incólumes, sin ningún trabajo ganó la victoria por sí mismo. Permitió que los soldados despojaran al campamento y a los muertos. Durante tres días los soldados se dedicaron a esta tarea y se cansaron, tan elevado era el número de los que habían muerto. Al cuarto día, reunido todo el pueblo en un lugar hondo y escarpado, celebró con alabanzas el poder y el auxilio divinos. De ahí que el lugar fuera denominado Valle de Acción de Gracias.

3. De allí el rey hizo regresar el ejército a Jerusalén y dedicó algunos días a festejos y sacrificios. Después de esta matanza de sus enemigos, se divulgó su fama entre las naciones extranjeras, las cuales quedaron aterrorizadas al ver que Dios en adelante combatiría en su favor. Desde entonces vivió Josafat en gran gloria, gracias a su justicia y piedad con Dios. Era también amigo del hijo de Acab, rey de los israelitas; pero se asociaron para equipar naves que se dirigieran al Ponto y a los mercados de Tracia, y fracasaron. Las embarcaciones, por ser demasiado grandes, naufragaron; en adelante Josafat no se ocupó más de cosas marítimas. Así se comportó Josafat, rey de Jerusalén.

## CAPÍTULO II

*Reinado de Ocozías en Israel; su enfermedad. Muerte del rey. Reinado de Joram; desaparición de Elías*

1. Entre los israelitas reinó Ocozías, hijo de Acab, quien estableció su residencia en Samaria; era un hombre perverso y en todo similar a su padre y a su madre, así como también a Jeroboam, el primero que hizo el mal y condujo al pueblo por el camino del error. En el segundo año de su reinado, el rey de los moabitas se separó de él y dejó de pagar los tributos que acostumbraba a entregar a su padre. Aconteció que Ocozías, bajando del techo de su casa, se cayó; por lo cual, sintiéndose enfermo, envió a consultar al dios Mosca (tal era su nombre), de Acarón, para saber si sanaría. Pero el Dios de los hebreos, apareciéndose a Elías, le ordenó que se enfrentara con los mensajeros y les preguntara si por ventura no había un Dios propio de los israelitas, puesto que su rey los enviaba a consultar a un extraño sobre su salud; y que les ordenara que regresaran y dijeran al rey que no llegaría a convalecer de su enfermedad.

Elías cumplió lo que Dios le ordenó, y los mensajeros, aceptando lo que les decía, inmediatamente regresaron. Admirado por la rapidez de su regreso, el rey les preguntó la causa; y ellos respondieron que les había salido al encuentro un hombre que les prohibió que siguieran adelante, y les ordenó que volvieran y dijeran al rey que por orden del Dios de Israel se agravaría su enfermedad. El rey ordenó que le describieran al hombre que había dicho estas cosas; respondieron que era hirsuto, ceñido con un cinturón de cuero. Comprendió que el descrito por los mensajeros era Elías, contra quien envió a un capitán con quinientos soldados para que se lo trajeran.

El capitán que fuera enviado con esta finalidad, lo encontró sentado en la cima del monte y le pidió que descendiera y se presentara ante el rey; pues ésta era su orden; en caso de negarse, lo obligaría. Pero él respondió que rogaría para que descendiera fuego del cielo y los destruyera a él y a sus soldados, a fin de que comprendiera que verdaderamente era profeta; se puso a orar, y un huracán ígneo aniquiló al capitán y a sus soldados.

Anunciaron la matanza al rey y éste, lleno de ira, envió contra Elías a otro capitán con el mismo número de soldados que el anterior. Amenazolo también éste de que, en caso de negarse a descender, lo llevaría por la fuerza<sup>[150]</sup>. El profeta, con sus ruegos, hizo que el fuego lo destruyera por completo al igual que al otro.

Sabedor el rey de lo que aconteciera a este segundo capitán, envió a un tercero. Pero éste, hombre prudente y de índole apacible, después de llegar al lugar donde se encontraba Elías, lo trató blandamente; le dijo que no ignoraba, que estaba allí contra su voluntad para obedecer al mandato del rey, al igual que los enviados con

anterioridad; no fueron por su propia voluntad, sino obligados por la necesidad. Le pidió que se apiadara de su situación y de los soldados que lo acompañaban, y que descendiera y se dirigiera con ellos a la presencia del rey. Entonces Elías, convencido por la amabilidad de las palabras y la urbanidad de sus modales, descendió y se unió a él como compañero. En presencia del rey, le vaticinó y le declaró y le reveló las palabras de Dios.

—Puesto que lo menospreciaste, como si no fuera Dios y no pudiera profetizar nada verdadero sobre la salud y enviaste mensajeros al dios de los acaronitas, para saber cuál sería el fin de tu enfermedad, has de saber que morirás.

2. Ciertamente, poco después, según el vaticinio de Elías, murió. Obtuvo el reino su hermano Joram; pues Ocozías falleció sin dejar hijos. Este Joram, similar en maldad a su padre Acab, reinó durante doce años, cometiendo toda clase de delitos e impiedades contra Dios, pues abandonando su culto adoró dioses ajenos. Por otra parte era un varón activo y emprendedor. Por este tiempo Elías fue arrebatado de entre los hombres, y nadie sabe hasta hoy cuál fue su fin. Como ya dijimos antes, dejó a su discípulo Eliseo. Sobre Elías y Enoc, que vivió antes del diluvio, se dice en las Sagradas Escrituras que se hicieron invisibles y nadie sabe nada sobre su muerte.

## CAPÍTULO III

*Guerra de Joram y sus aliados contra el rey de Moab; profecía de Elíseo.  
Derrota de los moabitas. El rey de Moab sacrifica a su hijo. Muerte de Josafat*

1. Joram, al ascender al trono, determinó declarar la guerra al rey de los moabitas, de nombre Misán. Como dijimos, no cumplió con su hermano, al no pagar el tributo prometido a su padre Acab de doscientas mil ovejas sin esquila. Reunidas las tropas, envió mensajeros a Josafat, solicitándole que, ya que había sido desde el principio amigo de su padre, hiciera con él una alianza armada, para declarar la guerra a los moabitas, que no cumplían con su reino. Josafat prometió no solamente su auxilio, sino también el del rey de los idumeos, que le estaba sometido, y que entraría en la alianza.

Joram, informado de las promesas de Josafat, se dirigió con su ejército a Jerusalén; fue recibido espléndidamente por el rey de Jerusalén, y luego convinieron en marchar contra el enemigo por el desierto de Idumea, pues aquél no esperaba que tomaran el camino del desierto.

Los tres salieron de Jerusalén, el rey de esta ciudad, el rey de Samaria y el rey de Idumea. Después de haber andado en redondo durante siete días, se encontraron sin agua los animales y el ejército, pues los guías equivocaron el camino<sup>[151]</sup>, de modo que todos estaban angustiados, sobre todo Joram, quien en medio de su dolor clamaba a Dios, diciendo qué mal había hecho, pues entregaba a los reyes aliados sin lucha al rey de los moabitas.

Pero Josafat, que era justo, lo consoló y lo instó a que hiciera investigar si algún profeta de Dios los había acompañado, para tratar de saber por su intermedio el oráculo de Dios referente a la conducta a seguir. Uno de los criados del rey dijo haber visto al discípulo de Elías, Eliseo hijo de Safat; los tres reyes, por consejo de Josafat, fueron a visitarlo.

Una vez en su tienda, que se encontraba fuera del campamento, le preguntaron insistentemente, especialmente Joram, cuál sería la suerte del ejército. Eliseo les contestó que no lo molestaran, y que se dirigieran a los profetas de su padre y de su madre a quienes consideraban veraces; pero Joram insistió, rogándole que vaticinara él mismo y los salvara. Eliseo, tomando por testigo a Dios, dijo que no le respondería si no fuera por Josafat, varón santo y justo. Hicieron venir a un hombre que sabía tocar el arpa, por exigencia del profeta. Mientras aquél tocaba, inspirado por Dios ordenó a los reyes que hicieran abundantes fosas en el lecho del río.

—Pues veréis el río llenarse de agua, a pesar de que no hay nubes, ni viento ni lluvia, para que se salven los soldados y los animales. No solamente conseguiréis esto con la ayuda de Dios, sino que también con su ayuda obtendréis la victoria, os

apoderaréis de las más hermosas y bien fortificadas ciudades de los moabitas, cortaréis sus árboles frutales, devastaréis la región y obstruiréis sus fuentes y ríos.

2. Así habló el profeta. Al día siguiente, antes de la salida del sol, el agua fluía abundantemente en el torrente. Sucedió que a una distancia de tres días, en Idumea, Dios hizo llover en abundancia<sup>[152]</sup>, de modo que los soldados y las bestias tuvieron bebida más que suficiente. Cuando los moabitas supieron que tres reyes se dirigían en su contra por el camino del desierto, su rey, reunido el ejército, ordenó que acampara en las fronteras, para que el enemigo no los tomara desprevenidos. Como a la caída del sol vieron en el torrente, que no estaba muy lejos de la tierra de los moabitas, agua de un color parecido a la sangre, pues a esta hora el agua se colorea por los rayos luminosos, se formaron una falsa idea, suponiendo que los soldados enemigos, a causa de la sed, se habían matado mutuamente, y el río estaba lleno de su sangre.

Bajo esta sospecha pidieron al rey que les permitiera despojar a los muertos. Y todos, preparados para la rapiña, llegaron al campamento del enemigo, al que creían exterminado. Pero quedaron decepcionados en su esperanza; pues, saliendo de todas partes, el enemigo mató a algunos de ellos y puso en fuga a los demás, que se refugiaron en su país.

Los tres reyes, después de invadir la tierra de los moabitas, destruyeron las ciudades, saquearon sus campos y los inhabilitaron con piedras sacadas de los torrentes, cortaron sus mejores árboles, cegaron las fuentes de agua y demolieron sus murallas. Entonces el rey de los moabitas, apremiado por el asedio, en vista de que su ciudad corría peligro de ser tomada por asalto, intentó, al frente de setecientos hombres, atravesar el campamento enemigo, por el lugar donde creía sería menor la vigilancia. A pesar de estos esfuerzos no pudo huir, pues fue a parar a un lugar muy bien vigilado.

De regreso a la ciudad, intentó un acto de extrema necesidad y desesperación. Tomó al mayor de sus hijos, el que debía reinar después de él, y levantándolo sobre las murallas, donde los enemigos pudieran verlo fácilmente, lo sacrificó a Dios en holocausto. Los reyes, ante este espectáculo, se apiadaron; el acto desesperado los conmovió, y llevados por un sentimiento de humanidad levantaron el sitio y cada uno de ellos regresó a su tierra. Josafat, de regreso a Jerusalén, tuvo días apacibles y no sobrevivió mucho a esta expedición; murió a los sesenta años, y en el vigésimo quinto de su reinado. Lo sepultaron magníficamente en Jerusalén, pues había imitado los hechos de David.

## CAPÍTULO IV

*Joram, sucesor de Josafat en Judá. Emboscada de los sirios. Sitio de Samaria. Eliseo predice la abundancia. Los leprosos ocupan el campamento abandonado de los sirios. Enfermedad de Adad en Damasco. Predicción de Eliseo. Azael, sucesor de Adad*

1. Josafat dejó varios hijos, pero declaró sucesor a Joram, el mayor. Tenía el mismo nombre que el hermano de su madre, rey de los israelitas, hijo de Acab. Al retornar de la región de los moabitas a Samaria, el rey de los israelitas llevó consigo al profeta Eliseo, cuyos hechos quiero exponer, pues son maravillosos y dignos de ser recordados, tal como llegaron a nuestro conocimiento en las Sagradas Escrituras.

2. Se cuenta que la esposa de Obedias, intendente de Acab, se presentó ante Eliseo y le dijo que no ignoraba que su marido había salvado a los profetas que buscaba Jezabel, mujer de Acab, para matarlos. Dijo que había escondido a cien de ellos y los alimentó con dinero prestado; pero que ahora, después del fallecimiento de su marido, los acreedores los querían reducir a la servidumbre a ella y a sus hijos. Le pidió que a causa de la buena acción del marido se compadeciera de ella y le prestara alguna ayuda.

Al preguntarle qué tenía en la casa, respondió que solamente una escasísima porción de aceite en un vaso. Entonces el profeta le ordenó que partiera y que pidiera prestados a los vecinos todos los vasos que pudiera, pero vacíos; y una vez cerradas las puertas de su habitación, derramara algo de aquel aceite en los vasos, pues Dios se encargaría de llenarlos. Obedeció la mujer las órdenes del profeta y ordenó a sus hijos que le buscaran los vasos, y después que los llenó fue a comunicarlo al profeta.

Éste le aconsejó que vendiera el aceite y pagara a los acreedores; algo del aceite le sobraría, y le serviría para el sostén de ella y de sus hijos. En esta forma libró Eliseo a la mujer de sus deudas y de la violencia que contra ella querían ejercer los acreedores.

3.<sup>[153]</sup>... Eliseo, con toda premura, envió mensajeros a Joram para que le avisaran que se cuidara de aquel lugar, donde había algunos sirios emboscados con el propósito de matarlo. El rey, obediente al profeta, no salió de caza; pero Adad, al comprobar el fracaso de sus intenciones, pensando que algunos de los suyos habían avisado a Joram, se indignó, acusándolos de traicionar sus secretos, y amenazándolos con la muerte por haber descubierto al enemigo lo que solamente ellos sabían. Sin embargo, algunos de los presentes le dijeron que no se dejara llevar de una opinión falsa y que no sospechara de los suyos, como si hubieran denunciado a su enemigo el encargo recibido de matarlo; antes bien, debía saber que existía un profeta, Eliseo, que informaba al rey de todo y le revelaba las intenciones de su adversario.

Adad ordenó entonces a sus mensajeros que se informaran en qué ciudad se encontraba Eliseo. Los enviados, una vez de regreso, le dijeron que se encontraba en el pueblo de Dotán. Por lo tanto Adad envió gran cantidad de caballos y carros para que lo hicieran prisionero. Durante la noche cercaron a la ciudad, teniéndola bien vigilada. El criado de Eliseo se informó de esto a la madrugada; que el propósito de los enemigos era capturar a Eliseo. A gritos y lleno de miedo corrió a comunicárselo. Pero él le exhortó a tener buen ánimo, y rogó a Dios, con cuyo auxilio nada debía temer, que manifestara a su criado su poder y su presencia, para que se sintiera fuerte y lleno de esperanza. Dios escuchó los ruegos del profeta e hizo que el criado viera a Eliseo rodeado de gran número de caballos y de carros, de modo que perdió el miedo y se animó ante la gran ayuda, que le parecía ver. Luego Eliseo rogó a Dios que oscureciera los ojos de los enemigos, enviándoles tinieblas de modo que no pudieran reconocerlo. Realizado lo que había pedido, penetró entre los enemigos y les preguntó a quién habían ido a buscar. Al decirle que al profeta Eliseo, éste les prometió que se lo entregaría, con tal que lo siguieran al pueblo donde se encontraba.

Obcecados en la mente y en los ojos, sin la menor duda siguieron al profeta como conductor. Los dirigió hacia Samaria; allí ordenó al rey Joram que cerrara las puertas y rodeara a los sirios con sus tropas; rogó entonces a Dios que les abriera los ojos y los librara de las tinieblas. Sin aquella ceguera, vieron que se encontraban en medio de sus enemigos. Pero los sirios, como es de suponer, estaban aterrados y sin saber qué hacer por un hecho tan admirable e inesperado; entonces, al inquirir el rey, si los atravesarían con las flechas, Eliseo se opuso. Por derecho de guerra era lícito hacerlo con los que se tomaban cautivos en la batalla, pero éstos no habían causado ningún daño en la región, sino que ignorantes de lo que hacían habían sido conducidos allí por Dios. Por tanto le aconsejó que, después de darles hospedaje y comida los dejara ir ilesos. Joram, obediente a las órdenes del profeta, trató a los sirios espléndida y magníficamente y luego los envió de vuelta a su rey Adad.

4. Una vez de regreso contaron lo que les había acontecido, y el rey Adad, admirado del prodigio, así como de la manifestación y poder del Dios de los israelitas y de la inspiración que poseía el profeta, determinó no proceder en forma oculta contra el rey de Israel por miedo a Eliseo, sino que le declaró la guerra abiertamente, esperanzado en su mayor poderío por el número y el valor de sus ejércitos. Después de reunir un gran ejército, marchó contra Joram. Considerando éste que no disponía de fuerzas suficientes para hacerle frente, se recluyó en Samaria, confiado en la solidez de sus fortificaciones. Adad, convencido de que sin armas adecuadas no podría apoderarse de la ciudad, pero sí que le sería posible hacerlo por el hambre y la indigencia de las cosas necesarias, se aproximó con su ejército y sitió la ciudad.

Joram fue reducido a una tan grande privación de alimentos, y era tan excesiva la indigencia que se llegaron a pagar ochenta monedas de plata por una cabeza de asno y por cinco monedas de plata los hebreos compraban un sextario de estiércol de paloma, para usarlo en vez de sal<sup>[154]</sup>. Por eso el rey, por temor de que alguien a



causa del hambre entregara la ciudad, todos los días inspeccionaba las murallas y las guardias, por si alguno estuviera oculto allí, a fin de impedir con estas visitas la realización de tales actos, si existía este propósito. Una vez que se encontraba inspeccionando una mujer exclamó:

—¡Ten piedad de mí, señor!

Creyendo que le pedía algo para comer, indignado invocó en su contra la ira de Dios, diciendo que no tenía almacenes ni lagares, de donde pudiera entregar algo a una persona necesitada. Ella contestó que no deseaba ninguna de estas cosas y que no lo molestaba a causa de la comida, sino para que juzgara un desacuerdo que tenía con otra mujer. Adad le ordenó que hablara y que le informara de qué se trataba; ella dijo que con otra mujer; vecina y amiga, se habían puesto de acuerdo de que, llegadas al extremo de no poder sufrir más el hambre y la indigencia, mutuamente se alimentarían con el sacrificio de sus hijos, pues entrabas los tenían del género masculino.

—Yo —dijo—, fui la primera en estrangular a mi hijo, y en el día de ayer ambas nos alimentamos con él; pero ella no quiere hacer lo mismo, sino que falta a su pacto y ha escondido a su hijo.

Joram se sintió dolorosamente conmovido por lo que oyó, desgarró sus vestidos y dio grandes gritos; luego se volvió violentamente contra Eliseo, queriendo matarlo, por no haber rogado a Dios que pusiera remedio a los muchos males que los afligían; inmediatamente envió a un hombre para que le cortara la cabeza. Éste se dirigió a matar al profeta; pero no se le ocultó a Eliseo la ira del rey, sino que estando en la casa sentado con sus discípulos les indicó que Joram, hijo de una homicida, había enviado a alguien para que le cortara la cabeza.

—En cuanto a vosotros —dijo—, cuando venga el emisario, vigilad que no entre, cerrad la puerta y retenedlo; pues en su seguimiento vendrá el rey, habiendo cambiado de opinión.

Cuando vino el enviado por el rey para matar a Eliseo, cumplieron lo ordenado. Joram, arrepentido de su indignación contra el profeta y temeroso de que ya lo hubiera muerto el que enviara con este fin, se apresuró a seguirlo para tratar de salvar al profeta. Una vez en su presencia, empezó a lamentarse de que no pidiera a Dios que pusiera remedio a los males presentes, pues los tenía olvidados, oprimidos con tantos males. Eliseo le prometió que al día siguiente, a la misma hora en que el rey había ido a verlo, habría gran cantidad de alimentos, de tal modo que en el mercado se venderían dos medidas de cebada por un siclo, y una medida de flor de harina por un siclo.

Con estas noticias Joram y los que estaban con él se alegraron, pues no desconfiaban del profeta por haber experimentado antes la veracidad de sus vaticinios. Con la esperanza de lo que iba a acontecer se les alivió su indigencia presente. Sin embargo, el comandante de la tercera parte de las tropas, amigo del rey, que casualmente se encontraba con él, dijo:

—Oh, profeta, dices cosas increíbles; y así como no es posible que Dios derrame desde el cielo cataratas de cebada y harina fina, tampoco pueden realizarse las cosas que has dicho.

A lo cual el profeta respondió:

—Verás con tus propios ojos cómo se cumple lo que he dicho, pero tú no serás partícipe de ello.

5. Lo profetizado se cumplió de la siguiente manera. En Samaria se había establecido que los leprosos que no se habían purificado el cuerpo de esta enfermedad, permanecieran fuera de la ciudad. Había cuatro varones que por este motivo se encontraban ante las puertas de la ciudad, sin que nadie les diera alimento por la intensidad del hambre, siéndoles prohibido por la ley entrar en la ciudad; seguros, por otra parte, de que, aunque se les permitiera entrar, lo mismo morirían de hambre, igual que si permanecían en aquel lugar, determinaron entregarse al enemigo; si los perdonaban, vivirían, y si los mataban, tendrían un fin más agradable. Una vez tomada esta decisión, durante la noche se trasladaron al campamento del enemigo.

Dios ya había empezado a perturbar y confundir a los sirios, y a llenar sus oídos con ruidos de caballos y de armas, como si se acercara un ejército, sembrando la alarma entre ellos. De tal manera se conturbaron que, abandonando el campamento, se dirigieron a Adad, diciendo que Joram rey de los israelitas, contando con la ayuda mercenaria del rey de los egipcios y del rey de las Islas, se dirigía en su contra; que estaban oyendo el ruido de los que se aproximaban. Adad creyó a los que le decían estas cosas, pues idénticos ruidos oían él y sus soldados. Confundidos y perturbados al extremo, abandonando los caballos, los animales y gran cantidad de riquezas, se dieron a la fuga.

Los leprosos, de quienes hemos hecho mención anteriormente, al pasar de Samaria al campamento de los sirios, notaron un inmenso silencio. Se dirigieron allí, y entraron en una de las tiendas; una vez que hubieron comido y bebido se apoderaron de los vestidos y arrebataron gran cantidad de oro, que escondieron fuera del campamento. Luego, entrando en otra tienda, hicieron lo mismo. Y lo mismo con una tercera y cuarta<sup>[155]</sup>, sin que vieran a nadie. De ahí conjeturaron que el enemigo había huido, y empezaron a inculparse por no anunciarlo a Joram y a sus conciudadanos. Se acercaron a las murallas de la ciudad y gritaron a los guardas, para decirles lo que había pasado con el enemigo: aquéllos lo notificaron a los guardas del rey. Informado el rey, hizo llamar a los capitanes y a sus amigos, a los cuales declaró que temía se tratara de un engaño de parte del rey de los sirios.

—Desesperando de destruirlos por el hambre, pensó que si os dirigís a su campamento considerándolo abandonado por la huida, irrumpiendo contra vosotros os destruirá y luego sin lucha se apoderará de la ciudad. Por lo cual os aconsejo que guardéis la ciudad, y que por nada salgáis de ella, confiados en la retirada del enemigo.

Algunos de ellos dijeron que opinaba muy bien y prudentemente, y le aconsejaron que enviara dos soldados a caballo, que exploraran toda la región hasta el Jordán, de modo que si fueran capturados por la astucia del enemigo, se pusiera en cautela a todo el ejército, para que no saliera imprudentemente y sufriera lo mismo.

—Si éstos que envías a caballo —dijeron— llegan a morir, los computas entre los que han perecido por hambre.

De acuerdo con esta opinión, envió a inspeccionar. Los enviados emprendieron la marcha por un camino libre de enemigos, pero abundante en alimentos y armas, que aquéllos habían abandonado, a fin de quedar más libres para la fuga. Informado de esto el rey, envió a la multitud a que se apoderara de lo que había en el campamento. El botín no era en ninguna manera vulgar y mediocre, sino de mucho oro y plata, así como de toda clase de animales; además se apoderaron de gran cantidad de cebada, trigo y alimentos, como ni en sueños podían esperarlo. De modo que no sólo quedaron libres de las anteriores aflicciones, sino que la abundancia fue tanta, que dos medidas de cebada se compraban por un siclo, y una medida de flor de harina por un siclo, según la predicción de Eliseo. Esta medida contiene un modio itálico y medio.

Estos bienes únicamente no aprovecharon al que estaba al frente de la tercera parte de las tropas. Habiéndole ordenado el rey que permaneciera ante la puerta, para que impidiera el ímpetu de la multitud a fin de que no se aplastaran al empujarse, esto es precisamente lo que él sufrió. Oprimido por la multitud expiró, cumpliéndose la predicción de Eliseo, cuando él fue el único que no prestó fe a lo que anunció sobre la futura abundancia de las cosas necesarias.

5. Pero Adad, rey de los sirios, al llegar incólume a Damasco y comprender que Dios a él y a su ejército les había infundido terror y perturbación, y que no había intervenido en ello el enemigo, se afligió sobremanera de tener en su contra a Dios y cayó enfermo. Por el mismo tiempo el profeta Eliseo se trasladó a Damasco; habiéndolo sabido, Adad envió a Azael, el más fiel de sus servidores, con varios regalos para que lo visitara, y le dio orden de preguntarle si saldría de su enfermedad.

Azael, con cuarenta camellos que llevaban de los mejores y más preciosos regalos suministrados por el rey, se presentó ante Eliseo, a quien saludó amablemente; y le dijo que lo enviaba el rey Adad para saber si sanaría de su enfermedad. El profeta ordenó a Azael que no anunciara nada malo al rey; pero le comunicó confidencialmente que iba a morir. El servidor real se dolió después que oyó estas nuevas, y Eliseo lloró con muchas lágrimas, previendo los males que sufriría el pueblo después de la muerte de Adad. Azael le preguntó cuál era el motivo de su perturbación.

—Lloro —dijo— por los males que han de venir al pueblo de Israel por causa tuya. Pues tú matarás a los mejores de ellos, incendiarás las ciudades más fortificadas, harás perecer a los niños estrellándolos contra las piedras y reventarás a las mujeres grávidas.

Entonces Azel preguntó:

—¿Qué fuerza poderosa me permitirá hacer todas estas cosas?

Contestó que Dios le había revelado que sería rey de los sirios.

Azael, una vez en presencia de Adad, le dio las buenas noticias sobre la enfermedad, pero al día siguiente con un lazo húmedo lo mató, estrangulándolo. Lo sucedió en el trono, hombre activo, que se conquistó las simpatías de los sirios y del pueblo de Damasco, que todavía los adora, a él y a Adad, como dioses, a causa de los beneficios recibidos y la construcción de templos con que fue adornada la ciudad de los damascenos. Aún ahora todos los días celebran una procesión en su honor, gloriándose de su antigüedad, ignorando que son muy recientes, pues sus reyes no se remontan más allá de mil cien años. Por otro lado, Joram rey de los israelitas, informado de la muerte de Adad, quedó aliviado del pavor y miedo que le inspiraba, y contento de haber obtenido la paz.

# CAPÍTULO V

*Reinado de Joram en Judá; su impiedad. Invade a Idumea. Eliseo profetiza la enfermedad y la muerte de Joram. Invasión de los árabes*

1. Joram, el rey de Jerusalén, que tenía el mismo nombre que el rey de Israel, como antes dijimos, así que recibió el mando, mató a sus hermanos y a los amigos de su padre, que también eran sus regidores, dando con esto una prueba de su maldad; no era distinto a los reyes de Israel que fueron los primeros en apartarse de las tradiciones y costumbres de los hebreos y del culto de Dios. Gotolía, hija de Acab, fue quien lo indujo a cometer toda clase de crímenes y a la adoración de dioses ajenos. Dios, sin embargo, a causa del pacto que estableciera con David, no quiso exterminar a su estirpe; pero Joram no dejó de maquinarse el mal todos los días contra la piedad y contra las costumbres nacionales.

Los idumeos por el mismo tiempo se desligaron de él, y mataron al rey que había firmado alianza con su padre, eligiendo a un rey de su agrado. Entonces Joram, con los caballos y carros que tenía a mano, durante la noche irrumpió contra los idumeos; destruyó a los que estaban cerca de su reino, sin serle posible ir más lejos. De nada le aprovechó esta expedición; todos se apartaron de su alianza, así como también los que habitaban en la región denominada Labaina. Era bastante insensato, como para obligar al pueblo a subir a la cima de los montes para adorar dioses ajenos.

2. Mientras hacía esto y abandonaba las costumbres patriarcales de los antepasados, Elías le envió una carta, pues todavía se encontraba sobre la tierra. Le indicaba que Dios lo castigaría en gran manera, por no haber imitado las costumbres de sus antepasados, sino que se aficionó a las costumbres de los reyes de Israel y obligaba a la tribu de Judá y al pueblo de Jerusalén al culto de los ídolos, con olvido de la religión sagrada del Dios paterno, como lo hiciera Acab entre los israelitas, y además por haber muerto a sus hermanos y a varones buenos y piadosos. En la misma carta le señalaba el castigo que sufriría por todos estos hechos: la ruina de su pueblo, la pérdida de sus mujeres y de sus hijos y que él mismo moriría de una enfermedad intestinal tan terrible que las entrañas le saldrían del cuerpo, por ser tan intensa la descomposición de su cuerpo. Vería todas estas calamidades, sin que pudiera ponerles remedio. Esto fue lo que le dijo Elías en su carta.

3. Poco después el ejército árabe que vivaqueaba cerca, en Etiopía, y el de los palestinos, invadieron el reino de Joram, saquearon la región y la casa del rey y mataron a sus hijos y mujeres. Sin embargo, le quedó uno de los hijos, escapado de manos de los enemigos, de nombre Ocozías. Después de esta calamidad, el rey mismo por largo tiempo fue atormentado por una enfermedad, de acuerdo con lo anunciado por el profeta. Dios en su indignación le había perforado el vientre y murió miserablemente, habiendo visto sus intestinos fuera del cuerpo. El pueblo además

ultrajó su cadáver. Creo que habían considerado que no le correspondían exequias reales al que había expirado a causa de una herida recibida de Dios. No le concedieron la dignidad de sepultarlo en los sepulcros paternos ni le dieron ningún otro honor, sino que lo depositaron en un túmulo privado. Vivió cuarenta años, con ocho de reinado. El pueblo de Jerusalén entregó el trono a su hijo Ocozías.

## CAPÍTULO VI

*Joram, rey de Israel, es herido en Ramata. Eliseo envía un profeta a elegir en secreto a Jehú. Jehú es proclamado rey. Muerte de Jezabel. Jehú encuentra a Jonadab; su entrada en Samaria; astucia de Jehú para hacer morir a todos los adoradores de Baal*

1. Joram, rey de Jerusalén, esperanzado después de la muerte de Adad, de poder quitar a los sirios la ciudad de Armata, de la región de Galadítida, se dirigió hacia allí con un gran ejército, bien equipado. Durante el sitio un sirio lo hirió con una saeta, pero no mortalmente. Se retiró a Jezrael, para curarse, dejando todo el ejército en Armata al mando del capitán Jehú, hijo de Nemes, pues ya había capturado la ciudad. Era su propósito, una vez que sanara de la herida, hacer la guerra a los sirios.

Interin el profeta Eliseo envió a Armata a uno de sus discípulos, entregándole el aceite sagrado para que ungiera a Jehú y le dijera que Dios lo había elegido rey; y luego de darle otras órdenes referentes a Jehú, le mandó que partiera como si se tratara de un fugitivo, para que su salida quedara oculta<sup>[156]</sup>. Al llegar a la ciudad, encontró a Jehú sentado entre los capitanes del ejército, según le había predicho Eliseo. Se le acercó y le dijo que deseaba hablar con él sobre algunos asuntos. Levantándose, lo siguió a una habitación retirada, donde el joven repentinamente derramó el aceite en su cabeza y le dijo que Dios lo nombraba rey, para exterminio de la raza de Acab, para que vengara la sangre de los profetas muertos injustamente por Jezabel, para que destruyera totalmente su casa, como se hizo con los hijos de Jeroboam, hijos de Nadab, y de Basanes, y que nada quedara de la simiente de Acab. Dichas estas cosas, salió de la habitación, para que nadie del ejército se diera cuenta de su presencia. Jehú regresó al lugar donde había estado anteriormente con los capitanes. Éstos le preguntaron el motivo de la visita del joven, a quien consideraban loco.

—Está muy bien fundada vuestra sospecha —respondió—, pues ha hablado palabras de loco.

Pero como insistieran y quisieran saber más, les dijo que le había comunicado que Dios le entregaba el gobierno del pueblo. Oyendo esto, los capitanes se quitaron los mantos y los extendieron en el suelo, y al sonido de los cuernos lo proclamaron rey.

Reunidas las tropas, marcharon contra Joram a la ciudad de Jezrael, donde aquél, según dijimos, se estaba curando la herida que había recibido en el sitio de Armata. Por aquel tiempo Ocozías, rey de Jerusalén, se encontraba con Joram, de quien era pariente, pues como hemos referido antes era hijo de una hermana de él. Había ido a informarse cómo se encontraba de la herida. Jehú, queriendo atacar de improviso a Joram y a los que estaban con él, exigió que no escapara ninguno de sus soldados

para avisar a Joram; de este modo le demostrarían de manera evidente que estaban en su favor y que con estos sentimientos lo habían designado rey.

2. Estas órdenes fueron aceptadas satisfactoriamente, y los jefes vigilaron los caminos, para que nadie escapara ocultamente a Jezrael para denunciarlo. Jehú, después de elegir a los mejores jinetes, se ubicó en el carro y se dirigió a Jezrael. Estando a poca distancia, el vigía puesto por el rey Joram para que vigilara a los que se acercaban a la ciudad, vio a Jehú que se acercaba con soldados a caballo; anunció a Joram que se aproximaba una tropa de caballería. Joram ordenó que al instante saliera a su encuentro un jinete, para que viera quién era. Al encontrarse con Jehú, el jinete le preguntó de parte del rey cómo iban los asuntos en el ejército. Pero Jehú le respondió que no se preocupara por eso y que lo siguiera. Al ver esto el vigía comunicó a Joram, que el jinete se había agregado a los que se dirigían a la ciudad. Al segundo mensajero que envió el rey, Jehú le ordenó lo mismo.

Informado por el que estaba en el puesto de vigilancia, Joram subió a un carro con Ocozías, rey de Jerusalén (pues, como dijimos antes, a causa del parentesco se había hecho presente para saber cómo estaba de la herida) y salió a su encuentro. Jehú avanzaba lentamente y en buen orden. Joram lo encontró en la propiedad de Nabot y le preguntó si los asuntos iban bien en el ejército. Jehú le respondió con amarguísimas invectivas, llamando a su madre mujer ponzoñosa y meretriz; el rey, sospechando de sus propósitos y no esperando nada bueno, dio vuelta al carro y emprendió la fuga, después de haber dicho a Ocozías que se encontraban ante la traición y la perfidia.

Pero Jehú lanzó una flecha y lo abatió, traspasándole el pecho. Joram cayó de rodillas y murió.

Jehú ordenó a Badacro, comandante del tercio de sus tropas, que echara el cadáver de Joram en el campo de Nabot, recordando el vaticinio de Elías en el que había predicho a su padre Acab, después de la muerte de Nabot, que él con toda su progenie morirían en el campo del último; pues le había oído esta profecía al profeta, estando sentado detrás del carro de Acab. Esto aconteció, tal como había sido predicho.

Muerto Joram, Ocozías, procurando salvarse, cambió la dirección de su carro, con la esperanza de ocultarse de Jehú. Pero éste en su persecución lo alcanzó en una cuesta, donde lo hirió con una saeta. Ocozías, abandonando el carro, subió a un caballo y huyó hacia Megido<sup>[157]</sup>; allí, a pesar de los cuidados, murió de la herida. Llevado el cuerpo a Jerusalén, fue sepultado. Reinó un año, durante el cual se mostró perverso y peor que su padre.

3. Una vez Jehú en Jesrael, Jezabel, adornada y de pie en la torre, le dijo:

—¡Oh, siervo egregio, que mataste a tu señor!<sup>[158]</sup>

Él, levantando los ojos, le preguntó quién era, y le ordenó que descendiera. Finalmente mandó a los eunucos que la precipitaran desde la torre. Mientras caía, Jezabel salpicó el muro con su sangre y murió pisoteada por los caballos.



Jehú se dirigió a la casa real y él y sus amigos, cansados del viaje, se entregaron a los placeres, sobre todo los de la mesa. Pero a los servidores que habían muerto a Jezabel les ordenó que la sepultaran de acuerdo con su estirpe, pues era hija de reyes. Sin embargo, los encargados de esta tarea sólo encontraron de su cuerpo las extremidades, pues lo restante había sido devorado por los perros. Oído esto se admiró del vaticinio de Elías, quien había profetizado que de esta manera moriría en Jezrael.

4. Puesto que Acab tenía setenta hijos, que se educaban en Samaria, Jehú envió dos cartas, una a sus instructores, otra a los magistrados de los samaritanos, aconsejándoles que eligieran rey al más valeroso de los hijos de Acab (puesto que disponían de gran cantidad de carros, caballos, armas y tropas, así como también de ciudades muy fortificadas) y, una vez hecho esto, vengaran la muerte de su señor. Las escribió con el propósito de comprobar en qué disposición estaban respecto a él. Los magistrados y los instructores, leídas las cartas, tuvieron gran miedo, pensando que nada tenían que hacer contra uno que había vencido a dos grandes reyes; contestaron reconociéndolo por su señor, y que estaban dispuestos a cumplir lo que ordenara.

Replicó Jehú con otra carta, ordenándoles que le obedecieran, que decapitaran a los hijos de Acab y le enviaran las cabezas. Entonces los magistrados ordenaron a los instructores de los hijos de Acab que los decapitaran y luego enviaran las cabezas a Jehú. Aquéllos lo cumplieron sin omitir nada, y enviaron las cabezas a Jezrael, después de ponerlas en cestillas tejidas. Cuando llegaron, anunciaron a Jehú, que estaba cenando con algunos amigos, que ya estaban allí las cabezas de los hijos de Acab. Entonces ordenó que con las mismas se hicieran dos montones delante la puerta de la ciudad.

Cumplido esto, de madrugada salió para verlo, y mirando al pueblo, que estaba presente, empezó a decirle que él se había levantado contra su señor y que lo mató, pero que en cuanto a éstos no los había matado. Por lo demás quería que todos supieran que en la estirpe de Acab se había cumplido el oráculo divino, y que su casa, según el vaticinio de Elías, había sido exterminada por completo. Además, después de hacer matar a todos los parientes importantes de Acab que se pudieron hallar en Jesrael, se dirigió a Samaria. En el camino se encontró con los parientes del rey de Jerusalén, Ocozías, y les preguntó cuáles eran sus propósitos. Cuando éstos respondieron que habían venido a saludar a Joram y a su rey Ocozías (pues ignoraban que los hubiera muerto), Jehú ordenó que los prendieran y mataran, en número de cuarenta y dos.

5. Siguiendo su camino, se encontró con Jonadab, viejo amigo suyo, quien, después de saludarlo, lo elogió por haber llevado a cabo todo lo que Dios ordenó, extirpando la casa de Acab. Jehú le rogó que subiera al carro y lo acompañara a Samaria, diciéndole que le comprobaría cómo él no estaba dispuesto a perdonar a ningún criminal, que castigaría a los falsos profetas y a cuantos habían abusado del pueblo para que abandonara el culto del Dios máximo, y adoraran a dioses ajenos;

pues sería el más hermoso de los espectáculos para un varón justo y bueno ver cómo se castigaba a los malos. Jonadab, seducido por lo que le decía, subió al carro y fue a Samaria. Jehú buscó a los parientes de Acab donde quiera que se encontraran y los hizo perecer.

A fin de que ninguno de los falsos profetas y sacerdotes de los dioses de Acab escapara a la muerte, acudió a una astucia y engaño para reunirlos a todos. Congregado el pueblo dijo que quería adorar el doble número de dioses de los que introdujera Acab, y pidió que estuvieran presentes sus sacerdotes, profetas y adoradores, puesto que tenía en su ánimo dedicar a los dioses espléndidos y magníficos cultos; y si alguno de los sacerdotes dejara de asistir, sería castigado con la pena de muerte. El nombre del dios de Acab era Baal.

Una vez fijado el día para los sacrificios, envió mensajeros por todo el territorio de Israel a fin de que hicieran comparecer a los sacerdotes de Baal. Ordenó que a todos los sacerdotes se les entregaran vestiduras. Recibidas éstas, entró en el templo con su amigo Jonadab y ordenó que se vigilara cuidadosamente que no estuviera presente ningún peregrino o extranjero: no quería que los extraños asistieran a las ceremonias sagradas<sup>[159]</sup>. Los sacerdotes declararon que no se encontraba presente ningún extranjero y empezaron los sacrificios. Jehú apostó en el exterior ochenta hombres, de los más fieles de sus soldados, a quienes ordenó que mataran a los falsos profetas y que vengaran los ritos patrios del menosprecio en que habían caído, advirtiéndoles que pagarían con sus vidas si dejaban escapar alguno de ellos. Los soldados mataron a todos, e incendiaron el templo de Baal; en esta forma libraron a Samaria de los ritos extranjeros.

Este Baal era el dios de los tirios; pero Acab, queriendo congraciarse con Itobal, rey de los tirios y sidonios, le hizo construir un templo en Samaria, nombró profetas y lo dotó de un culto completo. A pesar de haber desaparecido este dios, Jehú, sin embargo, permitió que los israelitas adoraran becerros de oro. Por haber cumplido estas cosas y haber castigado a los impíos, Dios le predijo por el profeta que sus hijos gobernarían en Israel hasta la cuarta generación. Es así como acontecieron los hechos en tiempo de Jehú.

## CAPÍTULO VII

*Gotolía elimina a la familia real de Judá; únicamente Joás escapa a la matanza.  
Complot de Jodao contra Gotolía. Destrucción del templo de Baal;  
reorganización del culto. Reinado de Joás*

1. Gotolía, hija de Acab, cuando se informó de la muerte de su hijo Ocozías y de su hermano Joram y del exterminio de toda la estirpe real, por todos los medios a su alcance procuró que no quedara ningún sobreviviente de la casa de David, que su familia fuera exterminada por completo, para que en adelante ninguno de ellos obtuviera el reino. Tal como lo imaginara, lo llevó a cabo; pero se salvó uno de los hijos de Ocozías que esquivó la muerte en esta forma.

Ocozías tenía una hermana, hija del mismo padre, por nombre Josabeta; estaba casada con el pontífice Jodao. Habiendo penetrado en el palacio real, entre los cadáveres vio a Joás, de un año de edad, escondido con su nodriza; se llevó a los dos y los escondió en el dormitorio. Ella y su marido durante seis años ocultamente los alimentaron en el Templo, época en que Gotolía gobernó sobre Jerusalén y las diez tribus.

2. En el año séptimo Jodao, en relación secreta con algunos centuriones, en número de cinco, los persuadió que se asociaran a una tentativa que se haría contra Gotolia, para entregar el reino al niño. Después de obligarlos con juramento, para mayor seguridad, se sintió más esperanzado en lo que había fraguado contra Gotolía. Los varones, a quienes el pontífice Jodao había hecho depositarios de su confianza, recorrieron todo el país, para reunir a los sacerdotes, los levitas y los jefes de tribus y trasladarlos a Jerusalén, ante el pontífice. Éste los obligó con juramento a guardar en secreto lo que les iba a decir, pues así lo requería el asunto y la necesidad de obrar en conjunto. Una vez hecho el juramento, le pareció que ya podía con seguridad descubrirles el proyecto. Les presentó al descendiente de la casa de David a quien cuidaba, y dijo:

—Éste es vuestro rey, de la casa de David, que como bien sabéis Dios predijo que reinaría para siempre. Por lo tanto os exhorto a que la tercera de vuestras secciones quede en el Templo para guardar al rey, que la cuarta sección vigile en las puertas del Templo; que la siguiente cuide la puerta por la cual se va al palacio real; los restantes andarán desarmados por el Templo. No dejéis entrar a nadie que lleve armas, a no ser que se trate de un sacerdote.

Además ordenó que parte de los sacerdotes y levitas con la espada desnuda rodearan al rey, y que mataran a cualquiera que se atreviera a entrar en el Templo con armas; los instó a que, sin tener miedo a nadie, guardaran con decisión al rey. Aquellos a quienes el pontífice dio estas órdenes, mostraron obedientemente con los hechos su voluntad de cumplir. Entre tanto Jodao, habiendo abierto el depósito de

armas que desde el tiempo de David se conservaba en el Templo, distribuyó a los centuriones y levitas lanzas, aljabas, flechas y otras clases de armas; una vez armados, el Templo quedó rodeado de hombres armados, para impedir el ingreso de aquellos que no debían entrar. Habiendo colocado en el centro al niño, le impusieron la corona real y Jodao, después de ungirlo con óleo sacro, lo declaró rey. Todo el pueblo, lleno de alegría, aplaudió gritando, ¡viva el rey!

3. Pero Gotolía, habiendo oído rumores y aplausos inesperados, toda conturbada, salió del palacio con su séquito. Cuando llegó al Templo, los sacerdotes le permitieron la entrada, pero los guardas armados ubicados alrededor del mismo impidieron el ingreso a los que la seguían armados, según lo ordenado por el pontífice.

Cuando Gotolía contempló al niño de pie en el estrado<sup>[160]</sup> y cubierto con la corona real, rasgó sus vestiduras y con gran clamor ordenó que fuera muerto el que había preparado estas celadas en su contra y se proponía quitarle el mando.

Jodao llamó a los centuriones y les ordenó que llevaran a Gotolía al valle de Cedrón y una vez allí la mataran<sup>[161]</sup>; no quería que el Templo se contaminara con la ejecución de una mujer tan perversa. Ordenó también que si alguien intentara ayudarla, también fuera muerto. Aquellos a quienes fue ordenada la ejecución de Gotolía, se apoderaron de ella y la condujeron a la puerta de las mulas del rey y allí la mataron.

4. Una vez que mediante este ardid se llevó a cabo lo referente a Gotolía, después de reunir al pueblo y a los soldados, los obligó con juramento a cuidar de su seguridad y de la del reino. Luego hizo prometer al mismo rey con juramento que honraría a Dios y no faltaría a la ley de Moisés. Después irrumpieron en el templo de Baal, construido por Gotolía y su esposo Joram en contumelia del verdadero Dios y para honrar a Acab. Lo demolieron hasta sus fundamentos, y mataron a Maatán, que por entonces ejercía el sacerdocio. Jodao confió el cuidado y vigilancia del Templo a los sacerdotes y levitas, según lo establecido por David, con la orden de ofrecer holocaustos dos veces por día y también sahumerios según lo ordenado por la ley. Nombró porteros a algunos levitas para la custodia del Templo, para que no entrara nadie impuro.

5. Una vez dispuestas estas cosas, él, los centuriones, los capitanes y el pueblo todo llevaron a Joás del Templo al palacio real. Una vez sentado en el trono real, lo aclamaron alegremente. Luego banquetearon y celebraron festejos durante muchos días. Ninguna ciudad se sublevó por la muerte de Gotolía. Joás tenía siete años de edad cuando empezó a reinar; su madre se llamaba Sabia y era nativa de Bersabé. Durante toda su vida, Joás fue diligente cumplidor de la ley y muy celoso del culto de Dios, mientras vivió Jodao. Cuando tuvo edad, se casó con dos mujeres que le presentó el pontífice, de las cuales tuvo hijos de entrambos sexos. Esto es todo lo referente al rey Joás, y de qué manera evadió la perfidia de Gotolía y recibió el reino.

## CAPÍTULO VIII

*Estragos de Azael en Trasjordania. Muerte de Jehú. Joás se inclina a la impiedad y hace matar a Zacarías, hijo de Jodao. Invasión de Azael, rey de Siria; muerte de Joás. Reinado de Joaz, rey de Israel. Lo sucede Joás. Profecía y muerte de Eliseo. Joás, rey de Israel, vence a Adad, rey de Siria. Muerte de Joás*

1. Azael, rey de Siria, en guerra con los israelitas y su rey Jehú, devastó las zonas orientales de las tribus de Rubén, Gad y Manasés, así como la Galadítida y Batanea, incendiando, robando y haciendo violencia a todos los que caían en sus manos. Jehú no pudo impedirle que devastara el país, entregado como estaba a despreciar las cosas divinas, el derecho y la ley; murió luego de haber reinado entre los israelitas durante veintisiete años. Fue sepultado en Samaria, habiendo dejado un hijo de nombre Joaz, quien lo sucedió en el reino.

2. Joás, rey de Jerusalén, anheló intensamente restaurar el Templo de Dios. Con este fin ordenó al pontífice Jodao que enviara levitas y sacerdotes por todo el país, para que exigieran medio siclo de plata por cabeza para la refacción y arreglo del Templo, que Joram, Gotolía y sus hijos habían dejado que se arruinara. El pontífice no cumplió lo ordenado, pues sabía que nadie estaba dispuesto a pagar este dinero. En el año vigesimotercero de su reinado, Joás reprochó a él y a los levitas por no haber cumplido su mandato, y les ordenó que en adelante cuidaran de la reparación.

Se sirvieron de esta estratagema para reunir el dinero, cosa que fue del agrado del pueblo. Hicieron un cofre de madera cerrado por todos lados, con un solo agujero. Luego lo colocaron en el Templo junto al altar, y se dispuso que todo lo que se echara en él por el agujero, se dedicaría a la restauración del Templo. Esto fue del agrado del pueblo, que competía en depositar dinero en el mismo. El escriba y el sacerdote que tenían a su cuidado la vigilancia de los tesoros del Templo, contaban en presencia del rey el dinero depositado, y luego colocaban el cofre en el mismo lugar. Y hacían esto todos los días. Cuando les pareció que había bastante dinero, el pontífice Jodao y el rey Joás lo emplearon en buscar cortadores de piedra y carpinteros y en procurarse grandes trozos de madera de la mejor clase. Una vez terminada la refección del Templo, el oro y la plata que quedaron, en cantidades que no eran nada exiguas, lo emplearon en hacer grandes vasos, copas para vino y otros recipientes. Procuraron también que todos los días el altar estuviera engrasado con magníficos sacrificios. Mientras vivió Jodao todo esto se realizaba con el mayor cuidado.

3. Una vez muerto, después de haber vivido durante ciento treinta años, insigne en todo por su justicia y honestidad, fue sepultado en las tumbas reales de Jerusalén por haber conservado la realeza para la estirpe de David. Joás no se preocupó del culto de Dios. Los magistrados del pueblo, siguiendo su ejemplo, fueron tan

depravados que violaban los derechos y todo aquello que entre ellos era tenido en gran honor. Pero estos cambios del rey y de los demás desagradaron a Dios, quien envió profetas para que los amonestaran y los apartaran de la maldad.

Sin embargo estaban poseídos de tanta pasión y de tanto ardor del mal, que ni tuvieron en cuenta los castigos que sufrieron sus antepasados eón todas sus familias ni las predicciones de los profetas pudieron moverlos a que hicieran penitencia y se consagraran al cumplimiento de las leyes. El mismo rey, olvidado de los beneficios que recibiera de su padre, ordenó que Zacarías, hijo del pontífice Jodao, fuera apedreado y muerto en el Templo, porque, inspirado por el espíritu de Dios para vaticinar, se había dirigido al pueblo y al rey instándolos a que se portaran con justicia, de lo contrario se verían sometidos a graves penas. Al morir Zacarías invocó a Dios como testigo y juez de sus sufrimientos, pues fue sometido a una muerte cruel y violenta, a pesar de los buenos consejos y todo lo que su padre había hecho en favor de Joás.

4. Poco después el rey pagó el castigo merecido por sus maldades. Azael, rey de los sirios, irrumpió en su territorio, y después de destruir y saquear a Gita, se dirigió hacia Jerusalén. Joás, lleno de miedo, vació los tesoros de Dios y de los reyes, se apoderó de las ofrendas hechas al Templo, y lo envió todo al sirio, con el objeto de evitar el sitio y una catástrofe completa. Azael, conquistado con tan abundantes riquezas, no marchó con el ejército a Jerusalén. Joás, estando seriamente enfermo, fue muerto por los amigos de Zacarías, los cuales se habían conjurado para vengar la muerte del hijo de Jodao. Fue sepultado en Jerusalén, pero no en el sepulcro real de los antepasados, a causa de su impiedad. Vivió cuarenta y siete años, y le sucedió en el reino su hijo Amasías.

5. En el año vigesimoprimer del reinado de Joás, ascendió al trono de los israelitas en Samaria Joaz hijo de Jehú, y gobernó por espacio de diecisiete años. No imitó a su padre, sino que se entregó a aquellos crímenes como los que primeramente tuvieron a Dios en menosprecio. El rey de Siria lo humilló y lo obligó a reducir sus tropas antes tan numerosas a diez mil hoplitas y cincuenta caballeros. Esto aconteció a raíz de una expedición en la cual este rey le arrebató muchas y magníficas villas y destruyó su ejército.

Estos hechos se cumplieron con el rey de Israel según la profecía de Eliseo, cuando predijo a Azael que, después de asesinar a su señor, ocuparía el reino de los sirios y damascenos. Al verse Joaz en medio de tan grandes calamidades, elevó preces y súplicas, pidiendo a Dios que lo librara de las manos de Azael y que no permitiera que cayera en su poder. Dios, que acepta la penitencia como una virtud, y satisfecho de amonestar a los poderosos antes que destruirlos totalmente, le dio toda clase de seguridades en cuanto a los peligros de la guerra. El país, ya en paz, volvió a su floreciente estado anterior.

6. Muerto Joaz, le sucedió en el trono su hijo Joás. Cuando hacía treinta y siete años que Joás reinaba en la tribu de Judá, empezó a gobernar este Joás de Samaria,

pues tenía el mismo nombre que el rey de Jerusalén, y gobernó durante dieciséis años. Era bueno y no imitó las costumbres de su padre. Cuando el profeta Eliseo, ya anciano, cayó enfermo, fue a visitarlo el rey de los israelitas, y al encontrarlo ya cercano a la muerte, comenzó a llorar, y a lamentarse y a llamarlo padre y protector. Gracias a él, decía, nunca tuvo necesidad de emplear las armas contra el enemigo, porque con sus vaticinios obtenía victorias sin lucha; ahora se iba de esta vida, y lo abandonaba desarmado a enemigos armados (los sirios). Puesto que la vida no le ofrecía seguridad, era conveniente que se fueran juntos de esta vida.

Eliseo consoló al rey en sus lamentaciones, y le ordenó que tomara el arco y lo pusiera tirante. Hecho esto por el rey, el profeta le puso encima las manos y le ordenó que disparara. Después de lanzar tres flechas, a la tercera dejó de hacerlo.

—Si continuaras arrojando flechas —dijo—, habrías destruido radicalmente el reino de los sirios; pero puesto que te has contentado con tres, en tres guerras saldrás vencedor de los sirios, de modo que te apoderarás de la región que quitaron a tu padre.

Anunciado esto el rey se ausentó y, poco después, el profeta falleció, varón de ínclita justicia y tenido en gran estima por Dios. Lo atestiguan los hechos increíbles y admirables que realizó, cuya fama preclara subsiste entre los hebreos. Le dedicaron una sepultura magnífica, tal como convenía fuera honrado un varón tan amado de Dios.

Aconteció por aquel tiempo que unos ladrones echaron en el sepulcro de Eliseo a un hombre a quien habían asesinado<sup>[162]</sup>; en cuanto el muerto tocó el cuerpo de Eliseo, de inmediato revivió.

Y con esto he dejado explicado lo referente al profeta Eliseo, a sus predicciones, que hizo mientras estuvo entre los vivos, y al poder divino que siguió ejerciendo aún después de muerto.

7. Muerto Azael, rey de los sirios, el reino pasó a su hijo Adad. Hizo la guerra a Joás, rey de los israelitas; vencido tres veces, Joás le arrebató toda la región, ciudades y pueblos que su padre Azael había quitado a los israelitas. Esto aconteció de acuerdo con lo que había predicho Eliseo. Cuando falleció Joás fue sepultado en Samaria, y el reino pasó a su hijo Jeroboam.

## CAPÍTULO IX

*Reinado de Amasías en Judá. Guerra con los amalecitas. Impiedad de Amasías. Amasías provoca a Joás, rey de Israel. Derrota de Amasías. Joás entra en Jerusalén. Asesinato de Amasías*

1. En el segundo año del reinado de Joás, rey de los israelitas, empezó a reinar en Jerusalén Amasías sobre la tribu de Judá. Su madre se llamaba Jodade, nacida en la capital. A pesar de su adolescencia Amasías tuvo en gran respeto a la justicia. Una vez en el poder y en las tareas de gobierno, consideró que en primer lugar tenía que vengar a Joás, su padre, y castigar a aquellos familiares que conspiraron en su contra. Después de haberlos detenido a todos, los mató, sin tocar a sus hijos, procediendo de acuerdo con la ley de Moisés que declara inicuo exigir a los hijos las culpas de los padres. Después seleccionó de las tribus de Judá y Benjamín a jóvenes de cerca de veinte años, alrededor de trescientos mil; puso al frente de los mismos centuriones. Luego se dirigió al rey de los israelitas, y pidió cien mil soldados asalariados por cien talentos de plata. Había determinado hacer la guerra a los amalecitas, idumeos y gabalitas.

Ocupado en la preparación del ejército, el profeta lo exhortó a que se desprendiera de las tropas de Israel, pues eran gente impía. Si utilizaba su ayuda, le anunciaba en nombre de Dios la derrota; pero se impondría a los enemigos, si confiado en el auxilio de Dios luchaba contra ellos con unos pocos.

No fue esto del agrado del rey, pues ya había pagado lo establecido a los israelitas; sin embargo el profeta lo urgió a cumplir la voluntad de Dios, de quien, por otra parte, recibiría grandes tesoros. El rey entonces los despidió, regalándoles lo que les había pagado. Con sus tropas marchó contra las naciones nombradas. Las venció en la guerra, y mató a diez mil de ellos, y tomó prisioneros a un número tan grande que los condujo hacia la Piedra Grande, situada en la Arabia, de donde los precipitó. Arrebató también a estas gentes un gran botín e inmensas riquezas.

Mientras Amasías llevaba a cabo estas cosas, los israelitas, a quienes despidió después de haberlos asalariado, considerando que su proceder era injurioso, penetraron en sus tierras y avanzaron hasta Betsemera; devastaron la región, se apoderaron de gran cantidad de bestias y mataron tres mil hombres.

2 Sin embargo Amasías, ensoberbecido por la victoria y por el feliz resultado de estos hechos, empezó a olvidarse del Dios que se la había otorgado, y se dio al culto de los dioses que trajo de la región de los amalecitas. El profeta lo visitó y le dijo que se admiraba de que creyera que eran dioses aquellos que no podían prestar ayuda ninguna a sus adoradores a los cuales no pudo librar, pues muchos perecieron y fueron llevados cautivos. Estos dioses habían sido llevados a Jerusalén a la manera que un vencedor lleva a sus cautivos.



Estas palabras indignaron al rey; impuso silencio al profeta, amenazando torturarlo si intervenía en sus asuntos. El profeta dijo que se callaría, pero predijo que Dios no sería indiferente a tales novedades. Amasías, no sabiéndose moderar en su prosperidad, que había recibido de Dios a quien no cesaba de ofender, muy infatuado de sí mismo, escribió a Joás, rey de los israelitas, ordenándole que él con todo su pueblo se le sometieran, tal como había sido en tiempo de sus antepasados, David y Salomón. Si no quería acceder se decidiría mediante la guerra la supremacía.

Joás le contestó con estas palabras:

«El rey Joás al rey Amasías. En el monte Líbano había un gran ciprés y también una zarza. Ésta envió un mensajero al ciprés, pidiéndole a su hija para su hijo en matrimonio. Pero entre tanto una bestia feroz que pasaba pisoteó la zarza. Sírvate esto de ejemplo para que moderes tu ambición y que, por haber triunfado de los amalecitas, envanecido por este pensamiento no pongas en peligro a tu reino y a ti mismo».

3. Amasías, cuando leyó estas palabras, se sintió todavía más apasionadamente impulsado a hacer la guerra; a mi parecer, empujándolo Dios a ello, para castigarlo por los pecados que había cometido. Habiendo sacado las tropas contra Joás, y ya iniciada la batalla, un súbito temor y consternación, como Dios envía a aquellos a quienes no les es propicio, puso en huída al ejército, aun antes de que llegaran a luchar. Dispersos por el miedo, aconteció que Amasías, abandonado por los suyos, cayó cautivo de los enemigos. Joás amenazó matarlo, si no convencía a los de Jerusalén que abrieran las puertas y lo recibieran a él con su ejército. Amasías, obligado por la necesidad y por miedo de perder la vida, hizo que el ejército fuera introducido en Jerusalén<sup>[163]</sup>. Y Joás, habiendo hecho demoler un espacio como de cuatrocientos codos de la muralla, con su carro penetró por esta brecha en Jerusalén, llevando consigo cautivo a Amasías. Habiendo caído en esta forma Jerusalén en sus manos, robó los tesoros de Dios, se apoderó de todo el oro y plata que había en el palacio de Amasías; finalmente, después de dejar libre a Amasías, regresó a Samaria.

Esto aconteció a los jerosolimitanos en el año decimocuarto del reinado de Amasías. Más tarde, enterado Amasías de que sus amigos le armaban un complot, layó a Laquis, donde fue asesinado por los complotados que habían enviado allí al matador.

Su cuerpo fue trasladado a Jerusalén donde se lo honró con exequias reales. Así murió Amasías por haberse insolentado contra Dios y haberlo menospreciado, después de haber vivido cincuenta y cuatro años y reinado veintinueve. Lo sucedió su hijo Ozías.

## CAPÍTULO X

*Reinado de Jeroboam II de Israel; profecía de Jonás; Jeroboam conquista a Siria. Fuerte de Jeroboam; advenimiento de Zacarías. Orgullo e impiedad de Ozías; es atacado de lepra por haber ofrecido incienso; su muerte*

1. En el año decimoquinto del reinado de Amasías, Jeroboam hijo de Joás, subió al trono e los israelitas en Samaria y reinó por espacio de cuarenta años, Este rey ofendió a Dios y menospreció en gran manera sus leyes, adorando ídolos y dedicándose a muchas prácticas absurdas y extrañas. Fue causa de grandes males para el pueblo de Israel. Cierta profeta llamado Jonás le predijo que si hacía la guerra a los sirios, aplastaría su poderío y extendería los límites de su reino, desde el septentrión hasta la ciudad de Amat, y por el mediodía hasta el lago Asphaltites; en otros tiempos, dentro de estos límites, estaba circunscrita la tierra de Canaán, de acuerdo con lo establecido por el general Josué. De modo que Jeroboam, puesto en campaña contra los sirios, sometió todo su país, según el vaticinio de Jonás.

2. Puesto que he juzgado conveniente ofrecer una relación detenida de los hechos acontecido, expondré también lo que se cuenta de este profeta en los libros de los hebreos. Dios le ordenó dirigirse a Nínive, para que predicara la destrucción del imperio, pero tuvo miedo y no cumplió el mandato; escapando a Dios, subió a una nave que se dirigía a Tarso de Cilicia. Levantose una tempestad muy fuerte, y estando la nave a punto de sumergirse, los marinos, el piloto y el armador se pusieron a orar, comprometiendo su gratitud si lograban eludir los peligros del mar; Jonás se mantuvo oculto, y no imitó a los demás.

Como arreciara el ímpetu de las aguas, y el mar estuviera muy agitado por el viento, entraron en sospecha, como es costumbre, de que alguno de los navegantes era la causa de la tempestad. Echaron suerte para descubrir al presunto culpable. Quedó señalado el profeta. Le preguntaron de dónde era y a qué se dedicaba, y respondió que era de raza israelita y profeta del Dios supremo. Y les aconsejó que lo echaran al mar, si querían escapar al peligro que los amenazaba; pues por su causa se veían en aquella situación. Al principio no se atrevieron, considerando injusto poner en tan evidente peligro de muerte a un extranjero, que les había confiado el cuidado de su vida; pero arreciando el peligro, y estando ya la nave a punto de sumergirse, en parte instigados por el profeta, y en parte impulsados por el miedo de perder la vida, lo echaron al mar. Cesó la tempestad.

En cuanto a Jonás, se dice que lo engulló un monstruo marino y que después de tres días y otras tantas noches fue arrojado en el Puente Euxino, vivo y sin la menor lesión en el cuerpo. Después de pedir perdón por sus pecados, marchó a la ciudad de Nínive, donde, buscando un lugar adecuado desde el cual pudiera ser oído, proclamó que dentro de poco tiempo perderían el imperio de Asia. Una vez cumplida su

misión, regresó. He explicado esto, de acuerdo con lo que encontré escrito sobre él<sup>[164]</sup>.

3. En cuanto al rey Jeroboam, después de una vida próspera, y de reinar por espacio de cuarenta años, murió. Lo sepultaron en Samaria; lo sucedió en el reino su hijo Zacarías. Ozías hijo de Amasías, en el año decimocuarto del reinado de Jeroboam, empezó a reinar sobre las dos tribus de Jerusalén; su madre se llamaba Aquiala, nacida en la ciudad. Era de buen natural, justo y magnánimo, industrioso y muy hábil en prever los acontecimientos. Hizo una campaña contra los palestinos y los venció, apoderándose por la fuerza de las ciudades de Gita y Jamnia, cuyos muros desmanteló.

Después de esta expedición, marchó contra los árabes vecinos de los egipcios; después de edificar una ciudad en el mar de Eritrea, colocó en la misma una guarnición. Luego venció a los amonitas y les impuso un tributo. Habiendo sometido todo el territorio hasta los límites con Egipto, durante el resto de su vida se ocupó de Jerusalén. Edificó de nuevo las murallas que se habían caído a causa de su vejez o por descuido de los anteriores reyes, así como también la parte que fuera destruida por el rey de los israelitas cuando entró en la ciudad, luego de hacer cautivo a su padre. Levantó muchas torres de ciento cincuenta codos. Estableció puestos fortificados en el desierto, e hizo excavar muchos acueductos. Poseía gran cantidad de animales y de ganado; pues la región era adecuada para el pastoreo. Aficionado como era a la agricultura, se preocupó mucho de la tierra, y la cultivó con toda clase de plantas y semillas. Disponía también de un ejército de trescientos cincuenta mil soldados, al frente de los cuales había centuriones y jefes, hombres de gran fortaleza y vigor invencible, en número de dos mil. Dividió al ejército en falanges, bien equipadas, con soldados dotados de espada, coraza de bronce, arcos y hondas. Además fabricó muchas máquinas para el asalto de las ciudades, balistas y catapultas, ganchos y otros instrumentos similares.

4. Sin embargo, mientras se ocupaba en estas cosas, su mente se corrompió con tanto fausto, y orgulloso por la abundancia de bienes perecederos, tuvo a menos el poder inmortal y eterno (me refiero a la piedad con Dios y la observancia de las leyes); ensoberbecido por el éxito, cayó en los mismos delitos de su padre. A ello lo condujeron el esplendor de su suerte y la magnitud de los hechos realizados, y su incapacidad de moderación.

En ocasión de una solemnidad, festiva para todo el pueblo, revestido de ropajes sacerdotales, entró en el Templo de Dios para ofrecer incienso. El pontífice Azarías, acompañado por ochenta sacerdotes, se lo prohibió, pues decía que no era lícito ofrecer sacrificios, sino a los que eran de la raza de Aarón, y le ordenó que saliera y no violara las leyes de Dios. Indignado, lo amenazó con la muerte, si no le consentía hacer el sacrificio. Entre tanto un gran terremoto conmovió la tierra, y entreabriéndose el Templo resplandeció la luz del sol que cayó sobre su rostro; enseguida lo invadió la lepra.

Frente a la ciudad, en el lugar denominado Erogé, fue arrancada la mitad del monte que miraba al occidente y después de haber rodado por espacio de cuatro estadios, se detuvo en el monte del oriente, de modo que quedaron obstruidos los caminos de acceso, y también los jardines del rey.

Los sacerdotes, al comprobar que el rostro del rey estaba infectado de lepra, le indicaron esta calamidad y le ordenaron que como impuro saliera de la ciudad. Él, avergonzado de la enfermedad que lo afligía e incapaz de moverse libremente, cumplió lo ordenado; es así como sufrió el castigo de su impiedad.

Por algún tiempo estuvo fuera de la ciudad, como un simple particular, después de pasar el gobierno a su hijo Jotam. Finalmente, falleció de tristeza y desconsuelo a causa de los pecados cometidos, después de haber vivido sesenta y ocho años y reinado por espacio de cincuenta. Fue sepultado solo en sus jardines.

# CAPÍTULO XI

*Reinados de Zacarías, Selum y Manaem en Israel. Invasión de Fulo. Reinado de Faceas. Invasión de Teglatfalasar. Próspero reinado de Jotam en Judá. La profecía de Nahum sobre Nínive*

1. Azarías, después de haber reinado durante seis meses, murió por la traición de un amigo, de nombre Selum, hijo de Jabés, quien lo sucedió en el reino, pero sólo por espacio de treinta días. Efectivamente, Manaem, comandante del ejército, encontrándose en la ciudad de Tarsa, informado de lo que aconteció a Azarías, después de levantar el campamento con todo el ejército se dirigió a Samaria. En lucha con Selum lo mató, y luego de constituirse en rey, se dirigió a la ciudad de Tapsa. Los que se encontraban dentro, habiendo afirmado las puertas, no admitieron al rey. Para vengarse de ellos, devastó a hierro y fuego la región circundante; después de poner sitio a la ciudad, la capturó por la violencia, y sumamente indignado por lo que habían hecho sus habitantes, pasó a todos por la espada, sin perdonar ni aun a los niños, entregándose a los mayores excesos de crueldad y ferocidad. Contra los suyos cometió hechos que no merecerían disculpa ni aun si se hubieran realizado en contra de enemigos extranjeros.

Manaem, después de iniciar su reinado en esta forma, durante diez años se comportó como perverso y muy cruel. Fulo, rey de los asirios le declaró la guerra; pero Manaem no luchó contra los asirios, sino que persuadió al rey que aceptara mil talentos de plata y se alejara. En esta forma terminó la guerra.

Manaem presionó al pueblo para que reuniera la suma, imponiendo a cada uno quinientas dracmas.

Luego falleció y fue sepultado en Samaria; dejó a su hijo Faceas, que lo sucedió en el trono. Faceas, imitador de la crueldad de su padre, reinó solamente durante dos años, siendo muerto a traición mientras estaba en un banquete con unos amigos, por un tal Faceas, tribuno, hijo de Romelias. Por lo demás también este Faceas, quien retuvo el trono durante veinte años, fue impío e inicuo. El rey de los asirios, de nombre Teglatfalasar, habiendo emprendido una campaña contra los israelitas, sometió toda la Galadena, así como también la Trasjordania, la Galilea próxima a ésta, Cidisa y Azora. Después de haber reducido a cautividad a sus habitantes, regresó a su país. Basta con lo dicho en lo referente al rey de los asirios.

2. Jotam, hijo de Ozías, reinó sobre la tribu de Judá en Jerusalén; era hijo de una mujer de la ciudad, de nombre Hierasa. Este rey tenía todas las virtudes; se comportaba piadosamente con Dios y era justo con los hombres. Se preocupó además del arreglo de la ciudad. Con gran ahínco se dedicó a restaurar y adornar aquellas partes de la ciudad que lo necesitaban; dotó al Templo de pórticos y vestíbulos, restituyó los muros caídos y los protegió con torres muy grandes y muy difíciles de

capturar; y a todo lo que hubiera podido ser objeto de negligencia en su reino, se dedicó con el mayor cuidado. Además emprendió una campaña contra los amonitas y los venció, imponiéndoles un tributo anual de cien talentos y diez mil coros de trigo, y otros tantos de cebada. Se fortaleció de tal manera su reino, que pudo despreciar a sus enemigos, y asegurar la prosperidad de los suyos.

3. Había en aquel tiempo un cierto profeta, de nombre Nahum, quien refiriéndose a la destrucción de los asirios y de Nínive, dijo:

—Nínive será como una piscina de agua agitada por los vientos; el pueblo se verá a tal extremo conturbado y conmovido que huirá, diciéndose mutuamente: «Quedaos y resistid, apoderaos del oro y de la plata». Pero nadie se convencerá; preferirán conservar sus vidas antes que sus riquezas. Habrá entre ellos graves disputas, llantos y lamentaciones, y sus miembros se relajarán y los rostros de todos se contraerán a causa del miedo. ¿Dónde estarán la cueva de los leones y la madre de los cachorros? Por lo tanto, a ti, oh Nínive, te dice Dios: «Te destruiré por completo, y nunca jamás tus leones gobernarán al mundo».

Muchas otras cosas predijo este profeta de Nínive, las que no considero conveniente explicar, para no resultar molesto a los lectores. Todo lo que predijo de Nínive se realizó ciento quince años después. Pero bastante se ha dicho sobre el particular.

## CAPÍTULO XII

*Reinado de Acaz en Judá; campaña del rey de Siria y del rey de Israel contra Acaz. Victoria de los israelitas. Profecías de Obed sobre Samaria. Acaz, aliado con el rey de Asiria, se apodera de Siria y devasta el país de Israel. Impiedad de Acaz; su muerte*

1. Jotam murió, después de vivir cuarenta y un años, habiendo reinado dieciséis. Fue sepultado en los sepulcros reales. Le sucedió en el reino su hijo Acaz, quien se portó perversamente contra Dios y las leyes antiguas e imitó a los reyes de Israel, sacrificando ante los ídolos en los altares que levantó en Jerusalén. Les inmoló también, al estilo de los cananeos, a su propio hijo, e hizo otras cosas similares. Comportándose de esta manera insensata, supo que se dirigían contra él Arases, el rey de los sirios y damascenos, y el rey de los israelitas, Faceas, que eran amigos.

Lo empujaron hasta Jerusalén, manteniendo un largo sitio, sin progresar en lo más mínimo porque la ciudad estaba rodeada de murallas muy sólidas. Pero el rey de los sirios, después de apoderarse de la ciudad de Ailat situada en el mar de Eritrea, y de matar a sus habitantes, estableció allí una colonia de sirios. Mató a los judíos que estaban en las fortalezas y a los que vivían en la región circundante; y luego de apoderarse de un gran botín, regresó con su ejército.

El rey de Jerusalén, al informarse de que los sirios habían regresado a su país, creyendo que sus fuerzas no eran inferiores a las del rey de los israelitas, sacó su ejército en su contra, pero fue derrotado por haber excitado la ira de Dios a causa de los muchos crímenes que cometió.

Murieron aquel día ciento veinte mil judíos; entre otros el general Zacaris mató al hijo del rey Acaz, de nombre Amasías, así como también a Erica, procurador de todo el reino; se llevó cautivo al jefe de la tribu de Judá, Elcán. Redujeron también a cautividad a las mujeres y niños de la tribu de Benjamín; y luego de apoderarse de un gran botín volvieron a Samaria.

2. Pero un cierto Obed que, por aquel tiempo, era profeta en Samaria, salió al encuentro del ejército frente a las murallas. A grandes voces les declaró que habían vencido no por su propio valor, sino por la ira de Dios que se había concitado en contra de Acaz. Los reprendió porque no satisfechos con el éxito obtenido contra Acaz, se atrevían a llevar cautivos a los de las tribus de Judá y Benjamín, sus consanguíneos. Exigió que los dejaran en libertad, ilesos, pues si no lo hacían Dios los castigaría.

Los israelitas, reunidos en asamblea, deliberaron sobre el particular. Un tal Baraquías, hombre de gran autoridad en el reino y otros tres, se levantaron y dijeron que es parecía conveniente no permitir que los cautivos fueran introducidos en la ciudad, a fin de que Dios no hiciera perecer a todos.

—Nuestros pecados contra Dios —dijeron— ya son bastante grandes, según afirman los profetas, sin que tengamos que cometer nuevas impiedades.

Cuando los soldados oyeron estas cosas, determinaron cumplir lo que fuera más conveniente. Los varones mencionados antes tomaron a su cargo a los cautivos, los libraron de las cadenas y les curaron las heridas; y luego de suministrarles provisiones los enviaron a sus casas, indemnes. Además, cuatro hombres los acompañaron hasta Jericó, no lejos de Jerusalén, para regresar luego a Samaria.

3. El rey Acaz, después de este desastre infligido por los israelitas, envió una legación al rey de los asirios, Teglafalasar, pidiéndole que entrara en alianza con él contra los israelitas, los sirios y los damascenos, prometiéndole una gran cantidad de dinero. Además le envió espléndidos presentes.

Después de oír a los legados, el rey se apresuró a prestar auxilio a Acaz; en la expedición contra los sirios destrozó su región, tomó a Damasco por la fuerza y mató al rey Arases. Trasladó a los damascenos a la Media superior y en su lugar estableció en Damasco gente de Asiria. Devastó, asimismo, la tierra de los israelitas, y llevó consigo muchos cautivos.

Después de haber tratado en esta forma a los sirios, el rey Acaz, por su parte, se apoderó de todo el oro y la plata que había en el palacio real y en el Templo de Dios, y de las más hermosas ofrendas votivas, se lo llevó consigo, y trasladándose a Damasco, se lo entregó, tal como lo había pactado, al rey de los asirios, y luego de agradecerle su ayuda regresó a Jerusalén.

Este rey era tan insensato y tan incapaz de comprender lo que más le convenía que, a pesar de ser combatido por los sirios, no dejó de adorar a sus dioses; continuó en su culto como si con su ayuda pudiera lograr la victoria. Derrotado de nuevo, empezó de nuevo a adorar a los dioses de los asirios. Parecía más dispuesto a venerar a todos los dioses que al Dios de sus padres, el verdadero, el cual, indignado, se convirtió en la causa de su derrota. Llevó tan lejos su desprecio y contumelia, que mantuvo cerrado el Templo, prohibió que se ofrecieran solemnes sacrificios y se apoderó de las ofrendas votivas. Después de tan gran ofensa contra Dios murió, luego de vivir treinta y seis años, y reinar dieciséis. Dejó por sucesor a su hijo Ezequías.



## CAPÍTULO XIII

*Reinado de Oseas, rey de Israel. Reinado de Ezequías en Judá. Invitación para celebrar la Pascua; rehúsan asistir los israelitas. Victoria de Ezequías sobre los filisteos; amenazas del rey de Asiria*

1. Por el mismo tiempo murió el rey de los israelitas, Faceas, víctima de un complot de un amigo, de nombre Oseas; éste, después de haber gobernado durante nueve años, se mostró malvado y tuvo en menoscabo las cosas divinas. El rey de los asirios, Salmanasar, emprendió una expedición en su contra, y lo venció, pues probablemente estaba destituido del favor y auxilio divinos; lo redujo a cautividad y le impuso un tributo.

En el cuarto año del reinado de Oseas, empezó a reinar en Jerusalén Ezequías, hijo de Acaz y de Abía, jerosolimitana. Era de natural bueno, justo y religioso. Desde el momento en que empezó a reinar nada consideró más necesario y útil, tanto para sí como para sus súbditos, que el culto de Dios. Por lo cual, después de reunir al pueblo, los sacerdotes y los levitas, les habló en esta forma:

—No ignoráis que, a causa de los pecados de mi padre, quien obró en contra de lo que exige la religión de Dios, sufristeis muchas y grandes calamidades; corrompidos por él adorasteis como dioses a los que él consideraba como tales. Ya que, por experiencia, sabéis cuán perjudicial resulta pecar, os invito a que lo olvidéis y os purifiquéis de las culpas cometidas. Invito también a los sacerdotes y levitas a que se reúnan en el Templo, lo abran y, luego de su purificación, con solemnes sacrificios le restituyan su dignidad antigua y nacional. En esta forma, Dios nos será propicio, sin ira en contra de nosotros.

2. Después de hablar el rey en esta forma, los sacerdotes abrieron el Templo, pusieron en condiciones los vasos sagrados y expulsando las inmundicias, ofrecieron grandes sacrificios en el altar. El rey, por su parte, enviando mensajeros por todo su territorio, convocó al pueblo a Jerusalén, para que celebrara la fiesta de los ázimos. Durante mucho tiempo había estado interrumpida su celebración por la iniquidad de los reyes anteriores. También exhortó a los israelitas, por intermedio de mensajeros, a que, abandonando su manera de vivir, volvieran a la costumbre tradicional y al culto de Dios; les permitiría que vinieran a Jerusalén, celebraran con ellos la fiesta de los ázimos y se reunieran juntos con motivo de tan gran solemnidad. Agregaba que no les aconsejaba esto para que se sometieran a su voluntad, si no querían, sino en su propio interés; tendrían motivo para considerarse satisfechos.

Pero los israelitas, cuando se hicieron presentes los legados y expusieron lo que les había ordenado su rey, no solamente no los aceptaron, sino que se burlaron de ellos y los trataron de insensatos. En cuanto a los profetas que aconsejaban lo mismo y que les profetizaban las muchas calamidades que les amenazaban si no volvían al

culto de Dios, los despreciaron y rechazaron y, finalmente, los detuvieron y condenaron a muerte. No se contentaron con pecar hasta tan gran extremo, sino que en su estupidez cayeron en mayores delitos que los mencionados anteriormente; y no dejaron de cometerlos hasta que Dios, en castigo de su impiedad, los entregó en manos de sus enemigos. Sobre lo cual se han de decir muchas cosas más adelante. Sin embargo, muchos de las tribus de Manasés, Zabulón e Isacar, obedientes a las amonestaciones de los profetas, se convirtieron a la piedad. Todos éstos acudieron a Jerusalén, al lado de Ezequías, para adorar a Dios.

3. Reunida la multitud, el rey en compañía de los príncipes y del pueblo ascendió al Templo, donde inmoló por sí mismo siete toros y otros tantos carneros, siete ovejas y otros tantos cabritos. Después de haber impuesto las manos sobre las víctimas el rey y los príncipes, permitieron que los sacerdotes cumplieran las tareas del sacrificio. Éstos inmolaban las víctimas y ofrecían los holocaustos; los levitas, formados en círculo, cantaban himnos a Dios y pulsaban las cuerdas del salterio como lo había enseñado David, mientras los restantes sacerdotes hacían sonar los cuernos para acompañar a los cantores. Cumplido esto, prosternados sobre sus rostros, el rey y el pueblo adoraron a Dios.

Luego el rey hizo inmolar setenta bueyes, cien carneros y doscientas ovejas y entregó al pueblo para festejar seiscientos bueyes y tres mil cabezas de ganado menor. Los sacerdotes en todo se comportaron de acuerdo con lo ordenado por la ley. El rey, satisfecho por todo lo que se había hecho, participó en el banquete del pueblo, dando gracias a Dios.

Estando cercana la fiesta de los ázimos, después de haber ofrecido los sacrificios pascuales, durante siete días hicieron otros sacrificios. Además de los sacrificios propios que el pueblo ofreció, el rey les dio dos mil toros y siete mil cabezas de ganado menor. Los príncipes lo imitaron, pues dieron mil toros y mil cuarenta de ganado menor. Desde los tiempos de Salomón no se había celebrado tan solemnemente la fiesta.

Cumplido todo lo referente a la fiesta, salieron al interior del país para purificarlo. Por lo tanto, lo limpiaron de la infamia de los ídolos. El rey ordenó que diariamente, de acuerdo con la ley, se hicieran sacrificios, pagando él los gastos. Estableció que a los sacerdotes y levitas el pueblo les diera el décimo y las primicias de los frutos, para que se consagraran al culto religioso y al ministerio divino única y asiduamente. De ahí que el pueblo entregara a los sacerdotes y levitas toda clase de frutos. El rey hizo construir almacenes y graneros, para que de allí se hiciera la distribución a los sacerdotes y levitas y a sus mujeres e hijos. Y así es como se volvió de nuevo al culto tradicional.

Restablecidas estas cosas, el rey hizo la guerra a los filisteos, y habiendo obtenido la victoria ocupó todas las ciudades que eran de los enemigos, desde Gaza hasta Gita. Pero el rey de los asirios le envió mensajeros amenazándolo con destruir el imperio, si no le pagaba los tributos que anteriormente le entregaba su padre. Ezequías no se

preocupó de estas amenazas, sino que depositó toda su fe en Dios y en el profeta Isaías, por cuyo intermedio conocía lo venidero. Y basta con lo dicho sobre este rey.

## CAPÍTULO XIV

*Salmanasar se apodera de Samaria; fin del reino de Israel. El rey de Asiria invade a Siria y Fenicia. Origen de los citeos o samaritanos; relaciones entre los samaritanos y los judíos*

1. Habiendo sabido Salmanasar, rey de los asirios, que secretamente el rey de los israelitas había enviado una legación a Soa, rey de los egipcios, invitándolo a hacer una alianza en su contra, indignado emprendió una expedición contra Samaria, en el año séptimo del reinado de Oseas. El rey no lo admitió, y entonces puso sitio a Samaria por espacio de tres años y en el año noveno del reinado de Oseas se apoderó de ella. Era el año séptimo del reinado de Ezequías en Jerusalén. En esta forma destruyó y exterminó por completo el imperio de los israelitas, y se llevó a todo el pueblo a Media y Persia; entre otros tomó a Oseas vivo.

Trasladó a otros pueblos de un lugar denominado Cuta, pues en Persia hay un río de este nombre, para que habitaran en Samaria y la región de los israelitas. Emigraron de Judea las diez tribus de Israel, después de novecientos cuarenta y siete años de que sus antepasados que salieron de Egipto ocuparon esta tierra, y habiendo pasado ochocientos años desde el gobierno de Josué. Desde la separación realizada por Roboam, nieto de David, y la entrega del reino a Jeroboam, pasaron doscientos cuarenta años, siete meses y siete días<sup>[165]</sup>. Éste fue el fin de los israelitas, por haber obrado contra la ley y por no obedecer a los profetas, que les habían predicho que ocurriría esta calamidad si no dejaban de comportarse inicualemente. El principio de los males fue la sedición para separarse de Roboam, nieto de David, y por haber nombrado rey a Jeroboam su siervo, quien al delinquir contra Dios se convirtió en su enemigo, arrastrándolos con su ejemplo a las mismas iniquidades. Sufrió el castigo que merecía.

2. El rey de los asirios con su ejército invadió toda la Samaria y Fenicia. El nombre de este rey está consignado en los archivos de los tirios, pues hizo una expedición en su contra, siendo su rey Eluleo. De esto da testimonio también Menandro que escribió los Anales y tradujo a la lengua griega los archivos de los tirios. Se expresa en esta forma:

«Eluleo, a quien ellos dieron el nombre de Pías, reinó treinta y seis años. Como los citeos se segregaron de su reino, los atacó con sus naves y los redujo a la obediencia. El rey de los asirios envió un ejército en su contra que incursionó por toda la Fenicia; y después de haber hecho tratados, retrocedió. Se apartaron del gobierno de los tirios, Sidón, Arce y la antigua Tiro y muchas otras ciudades que fueron entregadas al rey de los asirios. No se sometieron los tirios, por eso el rey de nuevo les declaró la guerra, después de haber recibido de los fenicios sesenta naves y

ochocientos remeros. Los tirios se impusieron con doce naves, dispersaron las embarcaciones de sus adversarios e hicieron quinientos prisioneros. Por lo tanto, por este motivo los tirios en adelante fueron apreciados en gran honor. De regreso, el rey de los asirios puso guardias en los ríos y acueductos, a fin de que los tirios no tuvieran agua. Los tirios lo sufrieron durante cinco años, bebiendo entre tanto el agua de los pozos que cavaron.»

Éstos son los hechos que se encuentran escritos, sobre el rey de los asirios, en los anales de los tirios.

3. Los tuteos fueron transportados a Samaria. Se los llama con este nombre hasta ahora por proceder de una región llamada Cuta, que se encuentra en Persia, donde hay un río de este nombre.

Eran cinco pueblos diferentes y cada uno llevó consigo su propio dios, al que veneraban de acuerdo con su rito tradicional; por esto excitaron la cólera y la indignación del Dios supremo. Les envió una peste, que los diezmoó; incapaces de encontrar alivio, supieron por un oráculo que debían adorar al Dios máximo, lo que sería su salvación.

Enviaron legados al rey de los asirios, y pidieron que les enviara sacerdotes de aquellos que había tomado cautivos cuando luchó contra los israelitas. El rey los envió, e instruidos los tuteos en los ritos y religión de este Dios, empezaron a adorarlo, y la peste cesó enseguida. Actualmente sigue usando los mismos ritos este pueblo llamado de los tuteos en idioma hebreo, de los samaritanos en lengua griega. Son de índole versátil, pues cuando ven que los judíos prosperan los llaman sus parientes, considerándose descendientes de José y por lo tanto, de un mismo origen; cuando los ven en peligro, dicen que nada tienen que ver con ellos ni por lazos de amistad ni de raza, y que se consideran extranjeros domiciliados. Ya tendremos ocasión de hablar de ellos más oportunamente.

# LIBRO X

*Contiene un espacio de ciento ochenta y dos años, seis meses y diez días*

# CAPÍTULO I

*Senaquerib en el reino de Judá. El general Rapsaces aconseja la sumisión. Ezequías, consternado, consulta a Isaías que lo anima. Derrota de Senaquerib en Egipto. Los testimonios de Heródoto y Beroso*

1. En el décimo cuarto año del gobierno de Ezequías, rey de las dos tribus, el rey de los asirios Senaquerib, con un gran ejército, emprendió la guerra contra aquél. Por la violencia se apoderó de todas las ciudades de las tribus de Judá y Benjamín. Cuando se dirigía a Jerusalén, Ezequías le envió una legación, prometiendo cumplir lo que le ordenara y pagarle tributo.

Senaquerib, después de escuchar a los legados, accedió a su pedido; y prometió que si le entregaba trescientos talentos de plata y treinta de oro, se apaciguaría, afirmando con juramento que con esta condición retrocedería, sin causar mal ninguno.

Ezequías le creyó, y luego de dejar exhaustos los tesoros, envió el dinero, con la esperanza de que así se vería libre del enemigo y de la contienda. Pero el asirio, después de recibir el tributo, no cumplió lo prometido. Senaquerib, con parte del ejército se dirigió contra Etiopía y Egipto; pero dejó a Rapsaces como general con un gran ejército, así como a otros dos grandes jefes, para devastar a Jerusalén. Sus nombres eran Tarata y Anacaris.

2. Cuando llegaron allí establecieron sus campamentos ante las murallas, y enviaron un mensajero a Ezequías. Éste desconfió y no salió, pero envió a tres de sus más fieles amigos: el procurador del reino Eliacim, Sobneo, y Joac, encargado de los archivos. Avanzaron y se presentaron ante los jefes del ejército de los asirios. Así que los vio Rapsaces, el jefe principal, les ordenó que se volvieran y preguntaran al rey, de parte del gran rey Senaquerib, cómo era que tenía tanta confianza y seguridad, que no quería atenderlo ni permitir que su ejército penetrara en la ciudad. ¿Confiaba en que los egipcios triunfaran sobre las tropas del rey? Si ésta era su esperanza, se engañaba y se parecía a un hombre que se apoya en una caña rota; no solamente se cae, sino que se hiere la mano. Le convenía recordar que esta empresa se realizaba por voluntad de Dios, que les había otorgado poder para destruir al reino de los israelitas, y que de igual manera serían aniquilados los súbditos de Ezequías.

Rapsaces habló en hebreo, porque sabía esta lengua, pero Eliacim, por temor de que oyéndolo, la multitud se atemorizara, le rogó que se expresara en lengua siria. Pero el jefe, dándose cuenta de sus sospechas y su miedo, levantó todavía más la voz y respondió a Eliacim:

—Hablo en hebreo, para que todos me oigan y hagan lo que más les conviene, entregándose. Es evidente que vosotros y vuestro rey engañáis al pueblo con una vana esperanza y lo inducís a que resista. Si el pueblo os sigue y cree estar en

condiciones de rechazar a nuestro ejército, estoy dispuesto a entregaros dos mil caballos que tengo aquí, para que les busquéis caballeros adecuados y demostréis vuestro poder. Pero sé bien que no sois capaces de reunir aquello que no tenéis. ¿Por qué, pues, estáis en duda para entregaros a los que son más fuertes que vosotros, y que os han de hacer cautivos de buen o mal grado? Una decisión así tomada voluntariamente será para vuestra salvación; si, por el contrario, sois arrasados por las armas, vuestra suerte estará llena de peligros y calamidades.

3. Tanto el pueblo como los legados oyeron al comandante decir estas palabras, y se las transmitieron a Ezequías. Él, despojándose de la vestidura real y cubriéndose con un saco, en actitud humilde suplicó a Dios y le rogó que le ayudara, pues no tenía a nadie más en quien confiar. Luego envió mensajeros y sacerdotes a Isaías el profeta, pidiéndole que rogara a Dios e hiciera sacrificios por la salvación de todos, invocando la cólera del Señor sobre los enemigos y piedad para su propio pueblo. El profeta después de hacer lo que le pedían, en nombre de Dios animó y confortó al rey y a sus amigos, profetizando que los enemigos, sin lucha ninguna serían vencidos y se alejarían ignominiosamente, deponiendo toda la ferocidad que ostentaban, pues Dios los perdería. Además predijo que Senaquerib, rey de los asirios, fracasaría en su campaña contra los egipcios y que, al regresar a su patria, moriría por el hierro.

4. Por la misma época el asirio envió cartas a Ezequías, en las cuales le decía que se portaba como un loco, si creía poder escapar a su yugo, y que había sometido a pueblos mayores y de mayor importancia. Si no abría las puertas de Jerusalén espontáneamente a su ejército, lo amenazaba con que él y su pueblo serían muertos, una vez en su poder. Leídas estas cartas, Ezequías mantuvo sin embargo su buen ánimo, por la confianza que depositara en Dios. Dobló las cartas y las depositó en el Templo.

De nuevo rogó a Dios que cuidara de la ciudad y de la seguridad de todos; Isaías, su profeta, le dijo que su súplica había sido oída, que por ahora dejarían de sufrir el asedio del asirio y que, en cuanto a lo futuro, libres de sus ataques, cultivarían en paz sus campos y cuidarían sus asuntos.

Poco después el rey de los asirios, habiendo fracasado en su incursión contra los egipcios, regresó a su país sin terminar la empresa, por la siguiente razón. Perdió mucho tiempo en el asedio de Pelusio. Las plataformas que había levantado para atacar las murallas de la ciudad eran muy altas y estaba a punto de emprender el ataque, cuando supo que Tarsices, rey de Etiopía, con un gran ejército avanzaba por el desierto para ayudar a los egipcios y había resuelto bruscamente invadir el país de los asirios.

Estas noticias turbaron a Senaquerib quien, como dije, antes de dar término a la empresa, se alejó, abandonando a Pelusio.

Heródoto, en el segundo libro de sus Historias, atestigua que este rey Senaquerib se había dirigido contra el rey de los egipcios, que era sacerdote de Hefaistos, y después de sitiar a Pelusio, abandonó el sitio por la siguiente razón: el sacerdote de



los egipcios oró a Dios, quien lo oyó y envió una plaga al árabe. Heródoto se equivoca al llamarlo rey de los árabes, y no de los asirios. Narra que una gran multitud de ratones en una sola noche se comió los arcos y demás armas de los asirios; por lo cual el rey, en vista de que no disponía de arcos, retiró al ejército de Pelusio. En esta forma lo explica Heródoto. También Beroso, que escribió sobre los caldeos, recuerda a Senaquerib, que reinó entre los asirios e hizo guerra a toda el Asia y a Egipto, en esta forma...<sup>[166]</sup>

5. Senaquerib, de la expedición de Egipto regresó a Jerusalén, donde encontró a las tropas comandadas por Rapsaces en gran peligro por la peste. Dios les envió una enfermedad que, en la primera noche en que sitiaron a la ciudad mató a ciento ochenta mil soldados, con sus capitanes y centuriones. Afectado de temor y dolor a causa de esta calamidad y preocupado por el ejército, con las tropas que le quedaban escapó y se retiró a su ciudad, que se llamaba Nínive. Al poco tiempo, murió asesinado a traición por sus dos hijos mayores Adramelec y Sarasar; su cuerpo fue depositado en su propio templo, denominado Araska<sup>[167]</sup>. Los hijos, perseguidos por los ciudadanos a causa de la muerte del padre, se refugiaron en Armenia; en el reino le sucedió Asaracodas. Así terminó la expedición de los asirios contra Jerusalén.

## CAPÍTULO II

### *Enfermedad de Ezequías; la promesa de Dios. La embajada del rey de Babilonia. Isaías profetiza la destrucción de la dinastía de Judá*

1. Ezequías, libre de tantos peligros en forma inesperada, juntamente con el pueblo ofreció sacrificios a Dios; porque sólo la intervención divina pudo haber producido el exterminio de una parte del enemigo por la peste y la fuga del resto por temor al mismo fin. Poco después de este testimonio de piedad, enfermó gravemente, tanto que los médicos perdieron toda esperanza; él mismo, al igual que los amigos, esperaba lo peor. Se agregaba a la enfermedad una profunda angustia, al pensar que carecía de hijos y que se iría de esta vida sin heredero y sin legítimo sucesor en el reino. Sumamente afligido por estos pensamientos y condolido de su suerte, pidió a Dios que le alargara la vida, hasta que tuviera un hijo y que no permitiera que exhalara el alma antes, de que llegara a ser padre<sup>[168]</sup>. Dios se compadeció de su situación y accedió a su pedido, puesto que no se lamentaba de la muerte por miedo de verse privado de los bienes del reino ni pedía que por esta razón se le otorgara una existencia más larga, sino para poder tener hijos que lo sucedieran en el trono.

Envío al profeta Isaías a anunciarle que a los tres días quedaría libre de la enfermedad y que, después de haberse recuperado, viviría quince años y tendría hijos. El rey, luego que oyó lo que el profeta le decía por mandato de Dios, desconfió, porque la enfermedad era sumamente grave y lo prometido era algo inopinado. Pidió a Isaías que le otorgara una señal o prodigio, a fin de que pudiera creer aquello que afirmaba provenir de Dios, pues los acontecimientos extraordinarios y que superan la esperanza se atestiguan también con algo extraordinario. Interrogado por el profeta qué signo quería, respondió que hiciera que el sol, ya inclinado a los diez grados, que expandía sombra en el palacio, retrocediera a su punto de partida, de modo que continuara la luz. Habiendo el profeta orado a Dios para que le otorgara esta señal, vio el rey lo que quería. Convaleció de la enfermedad<sup>[169]</sup> y ascendió al Templo y dio gracias a Dios, adorándolo.

2. Aconteció en esta época que el imperio de los asirios fue destruido por los medas, sobre lo cual he de hablar en otro lugar. Baladás, el rey de los babilonios, envió a Ezequías una legación con regalos, y le pidió que hiciera alianza con él. El rey recibió bien a los legados y los obsequió, les mostró los tesoros y el armamento y toda su riqueza en piedras preciosas y oro; además les entregó regalos para el rey Baladás<sup>[170]</sup>. Isaías fue a verlo y le preguntó de dónde procedían los que habían venido; respondió que de Babilonia, donde estaba su señor, a los cuales les mostró todo, de modo que, luego de contemplar sus riquezas y abundancia, conjeturando por esto su poder, se lo anunciaran al rey. El profeta agregó:

—Debes saber que, dentro de poco tiempo, estas riquezas serán trasladadas a Babilonia; y tus hijos, convertidos en eunucos, perdida su virilidad, servirán al babilonio.

Dios vaticinaba estos hechos. Ezequías, afligido por lo que le decía, pidió que su pueblo no sufriera estas calamidades; y puesto que lo decidido por Dios no podía cambiarse, rogó que por los menos mientras él viviera gozara de paz.

Beroso menciona también al rey de los babilonios, Baladás. Por lo demás el profeta, reconocido por todos como inspirado por Dios, anunció hechos muy ajustados a la verdad, con la seguridad de que no decía falsedad ninguna, y dejó por escrito todo lo que profetizó para que la posteridad juzgara. No solamente este profeta, sino otros en número de doce, profetizaron lo que nos ha acontecido, tanto bueno como malo, lo cual se ha cumplido. Hablaremos de cada uno de ellos en particular.

## CAPÍTULO III

*Reinado de Manasés; su impiedad. El rey de Babilonia toma prisionero a Manasés. El rey regresa a Jerusalén y vive piadosamente*

1. Ezequías, después de haber sobrevivido el tiempo que dijimos, disfrutó de paz durante toda esta época y murió siendo de cincuenta y cuatro años, luego de reinar durante veintinueve. Manasés, su hijo, que le sucedió en el trono, hijo de Aquiba, ciudadana, se apartó de los ejemplos del padre; hizo todo lo contrario, cometiendo toda clase de maldades e imitando a los israelitas en aquellos delitos que fueron causa de su perdición; se atrevió a profanar el Templo, al igual que la ciudad y todo el país. Su desprecio por Dios llegó a tales extremos que condenó a muerte cruelmente a los más virtuosos de los hebreos, sin perdonar ni aun a los mismos profetas. Todos los días había degüellos, de tal manera que la sangre corría por Jerusalén. Indignado Dios por estos hechos, envió un profeta al rey y al pueblo, por cuyo intermedio los amenazó de que iban a sufrir las mismas calamidades que sufrieron los israelitas al ofenderlo. No dieron fe a estas palabras, para escapar al mal futuro. Sin embargo, los hechos comprobaron que eran verdaderas las profecías.

2. Como continuaron cometiendo los mismos crímenes, Dios decidió que el rey de los babilonios y de los caldeos les hiciera la guerra. Éste envió un ejército a Judá que devastó el país y astutamente se apoderó del rey Manasés y se lo llevó a Babilonia, de modo que lo pudiera castigar en la forma que quisiera. Manasés comprendió por fin a qué calamidades se había expuesto y que las tenía bien merecidas; rogó a Dios que infundiera sentimientos humanitarios a sus enemigos. Dios accedió a su pedido. Así que Manasés, librado por el rey de Babilonia, se restituyó a su reino. Una vez en Jerusalén, procuró de todas maneras apartarse de sus antiguos errores; arrepentido, se esforzaba en ser verdaderamente piadoso. También consagró el Templo, purificó a la ciudad, y por lo demás hizo lo posible por conducirse en todo como un hombre agradecido a Dios y por conservarlo propicio mientras viviera. Enseñó al pueblo a hacer lo mismo, de modo que comprendiera a qué calamidad se había expuesto por observar un método de vida contrario.

Habiendo restaurado el altar, ofreció los sacrificios acostumbrados, según la ley de Moisés. Después de preocuparse de todas aquellas cosas convenientes a la religión, se cuidó de la seguridad de Jerusalén. Reparó con el mayor cuidado los muros antiguos y rodeó a la ciudad de un segundo muro; hizo levantar torres muy altas y suministró toda clase de víveres, especialmente trigo, a las fortificaciones que estaban frente a la ciudad.

Transformado de esta manera, así se comportó durante el resto de su vida; se lo consideró justo y digno de imitación desde el día en que empezó a ser piadoso con Dios.

Después de vivir durante sesenta y siete años, falleció, habiendo reinado por espacio de cincuenta y cinco años. Fue sepultado en su propio jardín. El reino pasó a su hijo Amó cuya madre se llamaba Emalsema, originaria de la villa de Yabaté.

## CAPÍTULO IV

*Muerte de Amó Lo sucede Josías; sus virtudes. La profetisa Olda predice la destrucción de Judá. Juramento de fidelidad del pueblo. Abolición del culto de Jeroboam; extirpación de la idolatría*

1. Este rey fue imitador de su padre en los pecados que cometiera en su juventud; murió en un complot tramado por sus familiares, después de vivir veinticuatro años y reinar dos.

El pueblo reaccionó contra sus matadores. Sepultaron a Amós con su padre y entregaron el reino a su hijo Josías, de ocho años de edad, y cuya madre, llamada Jedis, era del pueblo de Boscat. Poseía muy buen carácter y estaba muy bien dispuesto naturalmente para el bien; emuló las virtudes que practicara el rey David, a quien tomó como modelo y norma de su vida. Desde los doce años, manifestó su piedad y justicia.

Enseñó al pueblo la moderación, y procuró que rechazaran los ídolos, pues no eran dioses, y adoraran al Dios paterno. Puesto que se habían apartado de lo que hicieron sus mayores, sabiamente los corregía en los actos menos justos, como si fuera hombre de mucha edad y muy bien dotado para ver lo que más convenía. Si consideraba que algo estaba bien y debidamente realizado, lo conservaba e imitaba. Se comportaba así porque estaba dotado de mente perspicaz e ingenio diligente, obediente a los consejos y tradiciones de los ancianos. Seguidor como era de la ley, todo le iba prósperamente en el gobierno del país y en su piedad hacia Dios, tanto más cuanto que no tomó como ejemplo la iniquidad de sus predecesores, sino que los apartó de su consideración.

Recorrió la villa y todo el país e hizo cortar los bosques consagrados a los dioses extranjeros y destrozó sus altares, y si encontraba alguna ofrenda consagrada por sus antepasados la arrancaba con gran desprecio. En esta forma apartó al pueblo del falso culto y lo convirtió al culto de Dios; hizo ofrecer las víctimas acostumbradas como se hacía anteriormente.

Nombró también jueces e inspectores, para que resolvieran las diferencias que existieran entre los ciudadanos, teniendo especialmente en cuenta lo justo y equitativo, y defendiéndolo como si se tratara de la propia vida. Luego envió mensajeros por todo el territorio con la orden de anunciar que los que quisieran podían presentar oro y plata para la refección del Templo, cada uno según su voluntad y de acuerdo con sus medios.

Reunidos los fondos, encomendó los trabajos y los gastos necesarios a Amasías, gobernador de la ciudad, al escriba Safán, al cronista Joat y a Eliacías el pontífice. Éstos, con todo cuidado y diligencia, pusieron a trabajar, reunieron a los arquitectos y todo lo que se necesitaba para la reparación del Templo. El Templo quedó de tal

manera restaurado que se hizo a todos patente la piedad del rey.

2. En el año decimoctavo de su reinado, ordenó que se comunicara a Eliacías el pontífice que, después de haber fundido la plata que quedaba, fabricara cráteras, vasos y copas para el servicio divino. E igualmente todo el oro y plata que estuviera en el tesoro, se utilizara también en la confección de cráteras y utensilios similares.

Mientras el pontífice Eliacías recogía el oro, encontró casualmente los libros sagrados de Moisés guardados en el Templo; los retiró y los envió al escriba Safán. Éste, después de haberlos leído, se presentó ante el rey y le anunció que todo se había cumplido de acuerdo con lo ordenado; le leyó también los libros de Moisés.

Oída su lectura, el rey rasgó sus vestiduras e hizo llamar a Eliacías el pontífice, al mismo escriba y a algunos de sus amigos más íntimos y los envió a ver a la profetiza Olda, esposa de Salum, varón ínclito y noble. Les ordenó que le dijeran, una vez en su presencia, que aplacara a Dios y lo hiciera propicio. Temía que, a causa de las faltas que sus antepasados cometieron contra la ley de Moisés, fueran deportados y arrancados de sus tierras, y privados de todo llevaran una vida miserable y así murieran en medio de gente extraña.

Después que la profetiza escuchó a los mensajeros del rey, ordenoles que le comunicaran que la divinidad había dado su sentencia y que nadie podía ahora revocarla. El pueblo perecería, sería expulsado de su región, todos sus bienes le serían confiscados; y este por haber violado la ley y porque, a pesar de haber dispuesto de tanto tiempo, no habían hecho penitencia, a pesar de que los profetas les avisaban que volvieran a su sano juicio y les habían predicho el castigo de sus delitos.

Para que se comprobara que nada falso contenía lo predicho por los profetas; para que vieran que Dios existía, todo se cumpliría. Sin embargo, por él, por haber permanecido justo, las calamidades se demorarían; pero cuando dejara de pertenecer a los vivos, se realizaría lo decretado.

3. Una vez recibido este vaticinio de la mujer, regresaron y lo contaron al rey. Éste envió mensajeros a todas partes, para que ordenaran que se presentaran los sacerdotes y levitas de cualquier edad que fueran. Una vez congregados, en primer lugar les leyó los libros sagrados; luego, poniéndose de pie en la tribuna, obligó a todos a comprometerse con juramento a adorar a Dios y observar la ley de Moisés. Dieron su asentimiento y se obligaron a seguir el consejo del rey, retirándose. Enseguida ofrecieron sacrificios y rogaron a Dios que se dignara aceptarlos y mirarlos misericordiosamente.

Después ordenó al pontífice que si quedaba algún vaso de los consagrados por sus mayores a los ídolos y dioses extranjeros, se lo trajera. Se encontraron muchos, y luego de haberlos destruido por medio del fuego, dispersó las cenizas; también hizo matar a los sacerdotes de los ídolos que no pertenecían a la raza de Aarón<sup>[171]</sup>.

4. Llevadas a cabo estas cosas en Jerusalén, visitó al país. Destruyó por completo todo lo que hiciera Jeroboam en honor de los dioses extranjeros; destruyó en el fuego los huesos de los falsos profetas, en el primer altar que había elevado Jeroboam.

Como antes dijimos, todo esto lo había predicho un profeta que se presentó ante Jeroboam delante del pueblo, anunciando que lo llevaría a cabo un hombre de la progenie de David, de nombre Josías<sup>[172]</sup>... Todo se cumplió, después de trescientos sesenta y un años.

5. Después el rey Josías se dirigió a aquellos israelitas que no habían sido reducidos al cautiverio y servidumbre por los asirios. Los persuadió de que dejaran de obrar impíamente, que abandonaran el culto de dioses extraños, que piadosamente adoraran al Dios de sus antepasados, el verdadero, y que le fueran fieles.

Además inspeccionó los pueblos y las casas, para comprobar si alguien guardaba ídolos. También destruyó los carros que fabricaron sus antepasados, destinados al culto del sol, y cualquier otra cosa que se adorara como dios.

6. Luego de recorrer el país, convocó al pueblo en Jerusalén para celebrar la fiesta de los ázimos, que también se denomina Pascua. Dio al pueblo, como víctimas pascuales, treinta mil cabritos y corderos de leche y tres mil bueyes para los sacrificios. Además los principales de los hebreos entregaron a los sacerdotes, en celebración de la Pascua, dos mil seiscientos corderos, e igualmente los jefes de los levitas les dieron cinco mil corderos y quinientos bueyes. Con tan gran número de víctimas, los sacrificios se hicieron de acuerdo con la ley de Moisés, presidiendo uno de los sacerdotes y ayudando el pueblo. Nunca se había celebrado una Pascua tan solemne desde los tiempos de Samuel, todo de acuerdo con la ley y las costumbres patrias. Después Josías, habiendo vivido en paz, abundando en riquezas y lleno de gloria, falleció de la siguiente manera.



# CAPÍTULO V

*Josías intenta oponerse a Neco que quiere pasar por su territorio; su muerte.  
Reinado de Joacaz. Neco le opone a Joacim. Muerte de Joacaz*

1. Neco, rey de los egipcios, después de reunir un ejército, se dirigió al río Éufrates, para hacer la guerra a los medos y babilonios que habían destruido el dominio de los asirios. Codiciaba reinar en Asia. Al llegar al pueblo de Mendé, dentro del territorio de Josías, éste le impidió que llevara a cabo una expedición contra los medos pasando por su territorio. Neco le envió un mensajero, para comunicarle que el ejército no estaba contra él, sino que quería pasar el Éufrates; y le aconsejó que no lo irritara, prohibiéndole pasar por su territorio y exponiéndose a que lo atacara.

Josías no accedió al pedido de Neco, y siguió determinado a impedirle el tránsito por su territorio. Creo que el destino lo empujaba a tomar esta actitud, para provocar su perdición.

Mientras organizaba su ejército y lo inspeccionaba desde un carro de un extremo a otro, un egipcio le lanzó una flecha que calmó su ardor belicoso. Como sufría intensamente, hizo sonar las trompetas y se retiró a Jerusalén. Murió de esta herida y fue sepultado en los sepulcros de sus antepasados, luego de haber vivido treinta y nueve años, y reinado treinta y uno.

El pueblo lo lloró intensamente, durante muchos días, con abundantes lágrimas y tristeza. El profeta Jeremías le compuso una elegía fúnebre, que todavía subsiste en la actualidad. Este profeta anunció también las calamidades que iban a acontecer a la ciudad, y dejó por escrito la ruina que ocurriría en nuestro tiempo<sup>[173]</sup>, así como la captura de Babilonia.

No fue el único en predecir estos hechos al pueblo, sino que también el profeta Ezequiel dejó dos libros escritos sobre lo mismo<sup>[174]</sup>. Ambos profetas eran de estirpe sacerdotal. Jeremías vivió en Jerusalén desde el año decimotercero del reinado de Josías hasta la destrucción del Templo y de la ciudad. En su lugar, explicaremos lo perteneciente a este profeta.

2. Muerto Josías, conforme hemos, explicado, lo sucedió en el reino su hijo Joacaz, siendo de edad de veintitrés años. Reinó en Jerusalén; su madre era Amitala, del pueblo de Lobana. Fue malo y de costumbres perversas. El rey de los egipcios, al regresar de la guerra, obligó a que se presentara Joacaz en la ciudad llamada Amata, que se encuentra en Siria; ya en su presencia, lo hizo encadenar y entregó el reino a su hermano mayor, del mismo padre, de nombre Eliacim, después de haber cambiado su nombre por el de Joacim. Le impuso un tributo de cien talentos de plata y uno de oro. Joacim lo pagó. Neco se llevó consigo a Joacaz a Egipto, donde Joacaz murió; había reinado tres meses y diez días. La madre de Joacim se llamaba Zabuda, del

pueblo de Abuma. Era de índole injusta y malévola, sin piedad para Dios ni benigna con los hombres.

## CAPÍTULO VI

*Expedición de Nabucodonosor contra Neco. Pesimistas profecías de Jeremías.  
Nabucodonosor entra en Jerusalén; asesinato de Joacim. Reinado de Joaquim*

1. En el cuarto año de su reinado, Nabucodonosor asumió el gobierno de los babilonios. Por el mismo tiempo y muy bien pertrechado, ascendió al pueblo de Carcamesa, situado en el Éufrates, con el propósito de hacer la guerra a Neco, rey de los egipcios. Bajo el dominio del último se encontraba toda la Siria. Enterado Neco de los propósitos de la expedición que el babilonio dirigía contra él no se abandonó, y dispuesto a hacerle frente, marchó hacia el Éufrates. Pero fue vencido en la batalla y perdió miríadas de hombres. En cuanto al babilonio, una vez pasado el Éufrates, sometió a su poder la Siria hasta Pelusio, con la excepción de Judá.

En el cuarto año del reinado de Nabucodonosor, que era el octavo desde que Joacim gobernaba entre los hebreos, el babilonio con un gran ejército llevó la guerra contra los judíos, exigiendo un tributo a Joacim, amenazándolo con la guerra en el caso de que se negara. Aterrorizado, éste compró la paz con dinero y pagó durante tres años el tributo que se le exigía.

2. En el tercer año, al saber que los egipcios se movían contra los babilonios, rehusó pagar el tributo; pero sus esperanzas resultaron fallidas, pues los egipcios no se atrevieron a emprender la expedición. Fue inútil que Jeremías el profeta lo amonestara, diciéndole que en vano ponía su esperanza en los egipcios, que la ciudad sería destruida por el rey de los babilonios y que él, Joacim, caería en su poder. Nada logró con lo que dijo; nadie escaparía a la perdición. Ni el vulgo ni los principales atendieron sus advertencias, y en cambio, exasperados porque el profeta vaticinaba contra el rey, recriminaron a Jeremías y lo acusaron ante los tribunales pidiendo que fuera castigado<sup>[175]</sup>.

Todos votaron en su contra; sin embargo, los ancianos lo disculparon y, con mayor sensatez, lo alejaron del tribunal y aconsejaron a los otros que no le ocasionaran ningún mal. Adujeron que no era el único que había profetizado lo futuro de la ciudad, sino que Miqueas antes que él había vaticinado las mismas cosas, al igual que varios otros; sin embargo, ninguno de ellos fue dañado por los reyes de su tiempo, sino honrados como profetas de Dios.

Con estas palabras el pueblo se apaciguó y libraron a Jeremías del suplicio que se había decretado en su contra.

Jeremías escribió todas sus profecías, exponiendo las calamidades que sobrevendrían a la ciudad y al Templo; se las leyó al pueblo que ayunaba y se había congregado en el Templo, en el mes noveno del año quinto del reinado de Joacim. Los jefes, al oírlo, le arrebataron el libro y lo obligaron a él y a su escriba Baruc a que

se alejaran, de modo que nadie supiera dónde se encontraban. En cuanto al libro, lo ofrecieron al rey. Éste, en presencia de sus amigos, ordenó a su escriba que lo tomara y lo leyera.

Cuando el rey escuchó lo que estaba escrito en el libro, lo destrozó y lo tiró al fuego, y encendido en ira ordenó que buscaran a Jeremías y a Baruc para castigarlos. Sin embargo, éstos lograron evadir su ira.

3. Poco después llegó el rey de los babilonios con un gran ejército, y Joacim lo recibió, por miedo de lo que había predicho el profeta, y con la esperanza de que nada malo acontecería, puesto que no le cerraba las puertas ni se había preparado para la guerra. Pero aquél, una vez dentro de la ciudad, no cumplió lo prometido, sino que hizo perecer a los más fuertes y hermosos de los jerosolimitanos juntamente con el rey, al cual mandó dejar insepulto fuera de las murallas; nombró a su hijo Joaquim rey de la ciudad y de la región. Hizo prisioneros a los principales del pueblo en número de tres mil y se los llevó a Babilonia; entre ellos se encontraba el profeta Ezequiel, todavía niño. Éste fue el fin del rey Joacim, habiendo vivido treinta y seis años y reinado once. Su sucesor, Joaquim, reinó tres meses y diez días; su madre era una ciudadana, de nombre Nosta.

## CAPÍTULO VII

*Sitio de Jerusalén. Joaquim es reemplazado por Sedecías. Impiedad de Sedecías. Profecías de Ezequiel. Sedecías se subleva contra los babilonios. Derrota de los egipcios, alia dos de Sedecías. Jeremías predice la ruina de Jerusalén y del Templo*

1. El temor se apoderó del rey de los babilonios después de entregar el reino a Joaquim: sospechó que, recordando la muerte de su padre, procuraría arrebatarse la región. Envío, pues, un ejército para que asediara a Jerusalén. Joaquim, que era de carácter manso y justo, no quiso que por su causa la ciudad se viera en peligro; reunió a su madre y sus parientes y los entregó como rehenes a los jefes enviados por el babilonio, contra el juramento de que ni a ellos ni a la ciudad se les ocasionaría ningún daño.

Pero la fidelidad a estas palabras no duró ni un año. El rey de los babilonios no la cumplió, sino que por cartas ordenó a los comandantes que se apoderaran de todos los jóvenes y artesanos que hubiera en la ciudad, esto es, diez mil ochocientos treinta hombres en total, y también de Joaquim, su madre y sus amigos. Una vez en su poder, los puso bajo custodia. Nombró rey a Sedecías, tío de Joaquim, al cual obligó a comprometerse con juramento que le conservaría la región, que nada nuevo intentaría y que no pactaría con los egipcios.

2. Sedecías tenía veintiún años cuando recibió el poder; era hijo de la misma madre que su hermano Joacim. Menospreciaba lo justo y honesto. Los hombres de edad adulta que lo rodeaban eran impíos, y el pueblo cometía las insolencias que más le placían. Por eso Jeremías, el profeta, se presentó ante el rey y lo conminó a que se abstuviera de la compañía de los que se portaban impíamente y contra la ley, que procurara practicar la justicia, que no confiara en jefes que eran malos ni creyera a los falsos profetas que lo engañaban. Éstos decían que el babilonio no atacaría de nuevo a la ciudad y que los egipcios le declararían la guerra y conseguirían la victoria. Estas predicciones no se basaban en la verdad, y nunca se cumplirían.

Sedecías, mientras escuchaba al profeta, le otorgaba fe y asentía a lo que decía, creyendo que era verdad; pero sus amigos lo corrompían de nuevo y lo apartaban de lo que afirmaba el profeta, para que les diera crédito a ellos.

También en Babilonia Ezequiel vaticinó calamidades al pueblo, y después de ponerlas por escrito las envió a Jerusalén. El motivo por el cual Sedecías no creyó sus vaticinios fue el siguiente. Ambos profetas estaban de acuerdo en que la ciudad sería capturada y Sedecías hecho prisionero. Disentían en que Ezequiel afirmaba que Sedecías no llegaría a ver Babilonia, mientras que Jeremías afirmaba que el rey de los babilonios se lo llevaría cautivo. Por esto, puesto que las palabras de los dos no concordaban, desconfió también de aquello en que estaban de acuerdo, como si no

fuera verdadero; a pesar de que todo lo profetizado se cumplió, como se verá oportunamente en su lugar.

3. Después de ocho años de fidelidad a la alianza hecha con los babilonios, rompió sus compromisos, y se inclinó por los egipcios, con la esperanza de que, si se unía con ellos, abatiría por completo a los babilonios. Al saber esto el rey de los babilonios marchó en su contra, devastó la región y ocupó las plazas fuertes, y llegó a la misma ciudad de Jerusalén con el propósito de sitiarla. El egipcio, cuando supo las tribulaciones en que se encontraba su aliado Sedecías, con un gran ejército se dirigió a Judá, a fin de obligar a levantar el asedio. En vista de esto el babilonio se retiró de Jerusalén y, en campaña contra los egipcios, peleó con ellos, los derrotó y los expulsó de toda Siria.

Así que el rey de los babilonios se alejó de Jerusalén, los falsos profetas engañaron a Sedecías, diciéndole que el rey de Babilonia no haría la guerra de nuevo, y que los ciudadanos que fueron trasladados a Babilonia como cautivos volverían con los vasos del Templo que los babilonios se habían llevado del santuario. Pero Jeremías se adelantó, profetizó todo lo contrario, que era lo verídico, y dijo:

—Estos profetas obran mal y engañan al rey. Nada bueno hay que esperar de los egipcios, puesto que, vencidos en la guerra, el babilonio se dirigirá de nuevo contra Jerusalén, sitiará la ciudad, hará morir de hambre a sus habitantes y se llevará cautivos a los sobrevivientes. Robará las riquezas, se apropiará de los bienes del Templo, y lo incendiará; y destruirá completamente a la ciudad. De modo que, por espacio de setenta años, lo serviremos a él y a su posteridad; después los persas y medos nos librarán de la servidumbre al destruir el imperio de los babilonios. Una vez libres regresaremos a esta tierra y edificaremos de nuevo el Templo y la ciudad de Jerusalén.

Jeremías persuadió a la mayoría; pero los jefes y los impíos lo hicieron a un lado como si se tratara de un loco. Determinó irse a su ciudad natal, de nombre Anatot, situada a veinte estadios de Jerusalén; pero un oficial lo encontró en el camino, lo detuvo, y lo acusó de que se proponía pasarse a los babilonios. El profeta respondió que se lo acusaba de un falso crimen y que su intención era regresar a su patria. Pero no lo convenció y lo llevó ante los jueces, para que lo juzgaran.

Éstos, después de haberle hecho sufrir toda clase de torturas y violencias, lo pusieron en prisión para luego castigarlo. Y así estuvo durante un tiempo sometido a un trato inicuo.

4. En el año noveno del reinado de Sedecías y en el día décimo del décimo mes, de nuevo el rey de los babilonios marchó contra Jerusalén, acampó frente a la ciudad y la sitió con gran ardor por espacio de dieciocho meses. Simultáneamente sobre la Jerusalén sitiada se abatieron el hambre y la peste, dos terribles plagas, que se propagaron en gran manera.

Interin Jeremías, encarcelado, no estaba quieto, sino que a grandes voces predicaba al pueblo, instándolo a que abriera las puertas al babilonio; si lo hacían,

podrían salvarse; de lo contrario, morirían.

Predecía también que los que permanecieran en la ciudad de todas maneras tendrían que morir, de hambre o bajo el hierro del enemigo; pero si buscaban el refugio del enemigo; evadirían la muerte. Los jefes que lo oyeron, no le dieron crédito, a pesar de encontrarse en gran peligro; indignados, lo denunciaron al rey, con la acusación de que el profeta había enloquecido, que los desanimaba y que con el anuncio de tantas calamidades debilitaba el entusiasmo del pueblo. Decían que mientras estaban decididos a exponerse por el rey y la patria, el profeta los exhortaba a que se entregaran al refugio del enemigo, pues la ciudad sería capturada y todos exterminados.

5. Pero el rey, por su índole buena y justa, era incapaz de encolerizarse contra Jeremías; sin embargo, para no atraerse la enemistad de los jefes en estas circunstancias, permitió que hicieran lo que quisieran con el profeta. Con esta concesión, de inmediato fueron a la cárcel; sacaron al cautivo y lo llevaron a un pozo lleno de lodo y lo bajaron a él con cuerdas, para que muriera ahogado. El lodo le llegaba hasta la garganta.

Uno de los servidores del rey, que por entonces era tenido en mucho aprecio, de raza etíope, contó al rey lo que habían hecho con el profeta, diciendo que era una iniquidad de parte de los amigos del rey y de los jefes el haber sumergido al profeta en el barro, dándole una muerte más cruel que la que se da a un prisionero con la espada. Cuando oyó esto el rey, se arrepintió de haber dejado al profeta en poder de los jefes; ordenó al etíope que con treinta criados de la casa real, con cuerdas y con todo lo que fuera necesario se esforzaran en sacar a Jeremías del pozo. El etíope y sus acompañantes extrajeron a Jeremías del pozo y lo dejaron en libertad.

6. El rey lo mandó llamar secretamente, para que le hablara de parte de Dios y lo ayudara. Jeremías le contestó que ciertamente tenía algo que decirle, pero agregó que no le daría crédito ni tendría en cuenta sus exhortaciones.

—¿Qué mal he cometido —dijo—, para que tus amigos determinaran perderme? ¿Dónde se encuentran ahora aquellos que afirmaban que el babilonio no volvería para hacer la guerra y que te engañaban? Temo todavía que si digo la verdad, no me castigues con la muerte.

El rey le prometió con juramento que no lo mataría ni lo entregaría a los jefes. Confiado en este juramento, le aconsejó que rindiera la ciudad al babilonio; agregó que éste era el oráculo de Dios expresado por su boca, si quería salvarse, escapar a un peligro inminente y si no quería que la ciudad y el Templo fueran totalmente destruidos. Pero si no lo cumplía, sería causa de todos estos males para los ciudadanos y para él mismo y los suyos.

Cuando oyó estas palabras el rey le dijo que por su parte preferiría seguir sus indicaciones, pero que temía a los trófugas que se habían pasado al lado del babilonio y que lo calumniarían, y el rey de Babilonia lo haría torturar. El profeta lo animó y le dijo que el miedo de ser atormentado carecía de fundamento; nada malo le

acontecería si rendía la ciudad a los babilonios, ni a él ni a sus hijos, ni a sus mujeres, y que el mismo Templo quedaría ileso.

Después de haber anunciado estas cosas el rey dejó libre a Jeremías, pero le prohibió que comunicara lo que habían hablado, ni aun a los jefes. Si se enteraban de la entrevista, que les dijera que lo había visitado para solicitarle que lo librara de la cárcel y de las cadenas. Y así les habló, de acuerdo con lo ordenado por el rey; pues le preguntaron qué le había dicho al rey. Éstas fueron las palabras cambiadas.



## CAPÍTULO VIII

*Sitio de Jerusalén. Caída de la ciudad. Sedecías es capturado. Duración del reino de los judíos. Saqueo e incendio del Templo; deportación del pueblo y de los nobles. Muerte de Sedecías*

1. El babilonio sitió enérgica y tenazmente a Jerusalén. Construyó torres con tierra amontonada, desde las cuales rechazaba a los que luchaban desde las murallas. También hizo levantar alrededor terrazas de la misma altura que las murallas. Por su parte los defensores soportaron el sitio con gran vigor y resistencia. No sucumbieron ni al hambre ni a la peste, a pesar de que eran atormentados por estas calamidades, sino que antes bien se reanimaban para sufrir las asperezas de la guerra. No los aterrorizaron las invenciones y construcciones de los enemigos, e imaginaron nuevas máquinas para oponérselas. Hubo entre jerosolimitanos y babilonios una pugna de invención e ingenio, pues mientras unos creían que se apoderarían de la ciudad gracias a su habilidad, los otros esperaban que inventando sin tregua ni reposo medios para defenderse, inutilizarían las máquinas de sus enemigos. Lo sufrieron durante dieciocho meses, hasta que fueron consumidos por la peste y destruidos por las flechas que los enemigos les lanzaban desde las altas torres.

2. La ciudad fue capturada en el año undécimo del reinado de Sedecías, en el día noveno del cuarto mes. Cayó en poder de los comandantes babilonios, a quienes Nabucodonosor ordenó el sitio de la ciudad, pues él se encontraba en la villa de Reblata. Los nombres de los comandantes que sometieron a Jerusalén, si es que alguien quiere saberlos, eran los siguientes: Nergelear, Aremanto, Semegar, Nabosar y Ecarampsaris.

La ciudad fue capturada cerca de la medianoche. Los jefes enemigos entraron en el Templo, y cuando lo supo el rey Sedecías, en compañía de sus mujeres, hijos, capitanes y amigos, se escapó de la ciudad a través de una torrentera fortificada y por el desierto. Algunos tráfugas lo informaron a los babilonios que, al alba, se lanzaron en su persecución; los alcanzaron y rodearon cerca de Jericó. Los amigos y capitanes, que acompañaron a Sedecías en su fuga, al ver a los enemigos, se dispersaron cada cual por su cuenta, buscando salvarse. Sedecías fue capturado con unos pocos acompañantes; y con sus hijos y mujeres lo llevaron ante el rey.

Nabucodonosor lo trató de impío y traidor a los pactos, pues no había cumplido las promesas de conservarle la región. Le reprochó su ingratitud, pues habiendo obtenido el reino gracias a él, después de quitárselo a Joaquim para entregárselo, se rebeló contra su benefactor.

—Pero —dijo—, Dios es grande, e indignado de tu conducta te ha entregado en mis manos.

Después de increpar a Sedecías con estas palabras, ordenó que sacrificaran a sus

hijos y amigos en su presencia, y ante los demás cautivos. Luego hizo sacar los ojos a Sedecías y lo llevó encadenado a Babilonia. Y esto le aconteció, de acuerdo con lo que fue predicado por los profetas Jeremías y Ezequiel. Con su boca hablaría al babilonio y con sus ojos lo vería, según dijo Jeremías. Sin embargo, privado de la vista y llevado a Babilonia no vio a la ciudad, de acuerdo con lo que predijo Ezequiel.

3. Hemos relatado estos hechos, para que los ignorantes escudriñen la naturaleza divina, tan variada y fértil en recursos. Hace que acontezca cada cosa a su tiempo y orden y predice lo futuro. Esto muestra también la ignorancia y la incredulidad de los hombres que, imposibilitados de prever lo que ha de venir, de improviso se ven envueltos en calamidades que son incapaces de evitar.

4. Éste es el fin que tuvieron los reyes de la estirpe de David. En número de veintiuno gobernaron por espacio de quinientos catorce años, seis meses y diez días. Durante veinte años el reino perteneció a Saúl que era de diferente tribu.

5. El babilonio envió a Jerusalén a su general Nabuzaradán para que saqueara el Templo; le ordenó que lo incendiara al igual que el palacio real, que arrasara la ciudad y transportara el pueblo a Babilonia. Llegó a Jerusalén en el año undécimo del reinado de Sedecías, saqueó el Templo, expropió los vasos de oro y plata consagrados a Dios, así como la gran vasija dedicada por Salomón, las columnas de bronce con sus capiteles, las mesas de oro y los candelabros. Después que se apoderó de todo esto, incendió el Templo en el quinto mes, en el día primero, año undécimo del reinado de Sedecías y el decimoctavo de Nabucodonosor. Incendió también el palacio y arrasó la ciudad. El Templo fue incendiado a los cuatrocientos setenta años, seis meses y diez días de su fundación 1 hacía mil sesenta y dos años, seis meses y diez días que el pueblo había salido de Egipto. Desde el diluvio hasta la destrucción del Templo habían pasado mil novecientos cincuenta y siete años, seis meses y diez días; y desde la creación de Adán, tres mil quinientos trece años, seis meses y diez días. Esto en cuanto al número de años; lo que aconteció durante este período lo hemos explicado detalladamente.

El general del rey de los babilonios, después de destruir el Templo y deportar al pueblo, hizo cautivos a Sareas, el sumo pontífice, y al que estaba en segundo lugar, Sofonías, a los tres jefes de la guardia del Templo, colocando al frente de los hombres de armas, siete amigos de Sedecías, su escriba y otros sesenta jefes. A todos ellos, con los vasos que robó, los llevó a Reblata, ciudad de Siria. Allí el rey hizo cortar la cabeza al pontífice y a los jefes, y se llevó a los cautivos a Babilonia, entre ellos a Sedecías. Además se llevó encadenado a Josadoc, sumo pontífice, hijo del sumo pontífice Sareas, a quien mató en Reblata, como hemos dicho antes.

6. Puesto que hemos reseñado la raza de los reyes, quiénes fueron y cuántos años vivieron y reinaron, nos parece también conveniente decir los nombres de los sumos pontífices que obtuvieron esta dignidad bajo los reyes. El primero fue Sadod en el Templo construido por Salomón; le sucedió su hijo Ajimás y después Azarías; a éste Joram. A Joram, Isu, y de éste lo recibió Axioram; después Fideas, a Fideas le

sucedió Sudea, a Sudea, Juelo, y a Juelo, Jotam, y a Jotam, Urías, a Urías, Nerías, y a Nerías, Odeas; a éste le siguió Salum, a Salum, Elcías, a Elcías, Sareas y a éste finalmente Josadoc, que fue llevado en cautividad a Babilonia. Todos éstos, de padres a hijos, ejercieron el pontificado.

7. El rey, una vez en Babilonia, retuvo a Sedecías en la cárcel hasta que murió. Lo sepultó con honores reales. Dedicó a sus dioses los vasos de que había despojado al Templo de Jerusalén. En cuanto al pueblo lo estableció en el país de Babilonia y libró al pontífice de las cadenas.

## CAPÍTULO IX

*Godolías es nombrado gobernador de los judíos que quedaron en el país. Jeremías se niega ir a Babilonia. Los fugitivos se reúnen con Godolías y se establecen en el país bajo su protección. Ismael mata a Godolías. Se pasa a los amonitas. El rey de Babilonia invade a Egipto; nuevo traslado de los judíos a Babilonia*

1. Nabuzardán se llevó cautivo al pueblo judío, dejando a los pobres y los trásfugas, para quienes designó como gobernador a Godolías, hijo de Aicamo, un hombre noble, conciliador y justo, y ordenó que pagaran un tributo de los campos que cultivaran. Aconsejó a Jeremías, después de librarlo de la cárcel, que se fuera con él a Babilonia, pues el rey había ordenado que fuera protegido; y que si rehusaba, que declarara dónde se establecería para que se lo comunicaran al rey.

El profeta no quiso seguir a Nabuzardán ni trasladarse a ninguna otra parte, y prefirió permanecer entre las ruinas de su patria y sus misérrimos residuos.

El general, conocida su voluntad, ordenó a Godolías que lo tomara bajo su protección, que le diera lo que deseara; y lo dejó ir a donde quisiera, luego de entregarle muchos dones. Jeremías se estableció en una ciudad del país llamada Masfate. Pidió a Nabuzardán que juntamente con él sacara de la cárcel a su discípulo Baruc, hijo de Neri, de una familia muy ilustre y muy entendido en la lengua nacional.

2. Una vez hecho esto, Nabuzardán se fue a Babilonia. Sin embargo, aquellos que huyeron de Jerusalén durante el sitio y que se dispersaron por el país, informados de que los babilonios se habían retirado, y que habían dejado algunos pobladores en la tierra de los jerosolimitanos para que la cultivaran, fueron de diversas partes a Masfate para reunirse con Godolías. Sus jefes eran Juan, hijo de Carea, Jezanías y Sareas, a más de otros. Además había un cierto Ismael, de estirpe real, hombre perverso y muy astuto, el cual mientras se sitiaba a Jerusalén, se refugió en la casa de Baalim, rey de los amonitas, morando con él todo este tiempo.

Godolías aconsejó a todos los que se le reunieron que se quedaran, sin temor ninguno por los babilonios. Nada malo les acontecería si se dedicaban a la agricultura. Se lo afirmó con juramento, agregando que él era su defensor, de modo que si surgiera algún inconveniente, procuraría resolverlo cuanto antes. Les permitió que habitaran en los pueblos que quisieran, y que reclutaran hombres para reconstruirlos y moraran en ellos. Les aconsejó que prepararan, mientras el tiempo lo permitiera, trigo, vino y aceite, a fin de que no sufrieran hambre en el invierno. Dichas estas cosas, los envió a aquellas regiones donde quería vivir cada uno de ellos.

3. Divulgado entre los pueblos vecinos de Judá que Godolías recibía muy humanamente a los trásfugas que regresaban y que les permitía cultivar los campos

con la condición de que pagaran tributo a los babilonios, muchos de ellos también acudieron a Godolías, para morar en la región. Juan y los jefes que estaban con él, tocados por la benignidad y humanidad de Godolías, lo tuvieron en gran aprecio y le revelaron que Baalim, rey de los amonitas, le enviaría a Ismael, el cual a traición y ocultamente lo mataría, para gobernar a los israelitas. Ismael procedía de estirpe real.

Añadieron que lo librarían de estas maquinaciones, si les permitía matar a Ismael, sin que nadie lo supiera. Temían que si asesinaban a Godolías desaparecían totalmente los residuos del pueblo de los israelitas. Pero Godolías no prestó fe a lo que le decían, pues no podía creer tal comportamiento en un hombre a quien había tratado bien. Se negó a creer que un hombre que cuando se encontraba en gran necesidad había recibido de él muchos favores, fuera tan ingrato e impío con su benefactor que quisiera matarlo con su propia mano. Y en el supuesto de que esto fuera verdad, prefería morir a manos de Ismael, antes que matar a un hombre que había acudido a su lado y puesto su vida bajo su salvaguardia.

4. Juan y los jefes que con él estaban, en vista de que no podían persuadir a Godolías, se retiraron. Después de treinta días<sup>[176]</sup>, Ismael se presentó en Basfate ante Godolías, y con él otros diez hombres. Godolías les ofreció un gran banquete y regalos, y se embriagó durante la recepción. Ismael, dándose cuenta de ello, al verlo inconsciente y soñoliento a causa del vino, de repente con sus amigos se levantó y lo mató, juntamente con los que lo acompañaban en la mesa. Inmediatamente después de esta matanza, salió y mató a todos los judíos que encontró en la ciudad, así como también a los soldados que habían dejado los babilonios.

Al siguiente día ochenta varones, ignorantes de lo que había acontecido a Godolías, se presentaron para ofrecerle regalos. Ismael, así que los vio, ordenó que los hicieran entrar. Una vez dentro, cerrado el atrio, los asesinó, y sus cuerpos, para que no fueran descubiertos, los hizo arrojar a una fosa profunda. De estos ochenta perdonó a algunos que le habían pedido tuviera en cuenta, antes de matarlos, que de ellos había recibido muebles, vestidos y trigo<sup>[177]</sup>. Oído esto, Ismael los perdonó. Redujo a cautividad al pueblo de Masfate con las mujeres y los niños, y entre ellos a las hijas de Sedecías que el general de los babilonios Nabuzardán había dejado en poder de Godolías. Realizado todo esto, volvió a reunirse con el rey de los amonitas.

5. Juan y los jefes que con él estaban, se indignaron en gran manera cuando se informaron del crimen cometido por Ismael en Masfate y la muerte de Godolías. Cada uno de ellos reunió a los soldados de que disponía y partieron para hacer la guerra a Ismael; lo sorprendieron cerca de la fuente de Hebrón. Los prisioneros de Ismael se alegraron, a la vista de Juan y de los jefes, confiados de que venían en su auxilio, de modo que abandonando al que los había capturado, se pasaron a Juan. Pero Ismael con ocho hombres buscó refugio junto al rey de los amonitas.

Juan recibió a los que se habían evadido de manos de Ismael, así como también a los eunucos, las mujeres y los niños; llegó a cierto lugar denominado Mandra, donde permaneció durante un día. Determinaron desde allí pasar a Egipto, pues temían que

si se quedaban en la región, los babilonios, indignados por la muerte de Godolías, los matarían.

6. En medio de las dudas, Juan hijo de Carea y sus compañeros, los jefes de la milicia, acudieron a Jeremías, para pedirle que rogara a Dios que les manifestara lo que debían hacer, comprometiéndose con juramento a cumplir lo que ordenara Jeremías. El profeta oró por ellos. Diez días después, Dios se le apareció y le ordenó que dijera a Juan, a los otros jefes y al pueblo, que si permanecían en su tierra, los tomaría bajo su cuidado y los libraría de los babilonios; pero si se iban a Egipto, acontecería que, a causa de su indignación, sufrirían los mismos males que anteriormente habían sufrido sus padres. Jeremías se lo comunicó a Juan y al pueblo, pero no creyeron que era por mandato divino que los instaba a permanecer en la región. Pensaron que para complacer a su discípulo Baruc, hacía mentir a Dios y les aconsejaba que no se fueran a Egipto, a fin de que los babilonios los mataran. El pueblo y Juan, desobedeciendo el mandato de Dios, pasaron a Egipto, llevándose consigo a Jeremías y a Baruc.

7. Una vez allí, Dios certificó la veracidad de lo dicho por el profeta referente a la campaña que iba a emprender el rey de los babilonios contra Egipto; esto es, que algunos de ellos serían muertos y otros serían llevados en cautividad a Babilonia. Y así aconteció. En el quinto año de la devastación de Jerusalén, que es el vigesimotercero del reinado de Nabucodonosor, éste marchó con su ejército contra la Celesiria; después de ocuparla, hizo la guerra a los amonitas y los moabitas. Una vez que los hubo dominado, invadió a Egipto para dominarlo. Mató al rey reinante y puso a otro en su lugar; hizo de nuevo prisioneros a los judíos que se encontraban allí y se los llevó a Babilonia. Es así como los hebreos, a quienes tan mal les iba, fueron trasladados dos veces más allá del Éufrates, conforme se ha transmitido. Pues las diez tribus fueron arrancadas de Samaria por los asirios, bajo el reinado de Oseas; después por Nabucodonosor, rey de los babilonios y caldeos, que apresó a los que habían quedado de las diez tribus en Jerusalén.

Pero Salmanasar, después de arrancar a los israelitas de su región, puso en su lugar a los cuteos que primeramente habitaban en el interior de Persia y Media; desde entonces fueron llamados samaritanos por el lugar donde los trasladaron. Pero el rey de los babilonios, después de llevarse a las dos tribus, a nadie puso en su lugar. Por lo cual toda Judá con Jerusalén y el Templo permaneció desierta durante setenta años. Entre la cautividad de las diez tribus y la deportación de las dos tribus pasaron ciento treinta años, seis meses y diez días.

# CAPÍTULO X

*Daniel y sus tres compañeros. El sueño de Nabucodonosor. Daniel suplica a Dios que le revele la explicación. Los compañeros de Daniel escapan milagrosamente del fuego. Nuevo sueño de Nabucodonosor; Daniel lo explica*

1. El rey de Babilonia, Nabucodonosor, tomando a los hijos de los nobles de los judíos y los parientes de su rey Sedecías, que se distinguían por su fortaleza física y la hermosura de su rostro, los confió a pedagogos, para que los instruyeran, después de haber convertido a algunos de ellos en eunucos. En la misma forma trató a otros jóvenes de otras naciones que había reducido a cautividad. Comían los mismos alimentos que él, y los hacía formar en las tradiciones del país y las letras de los caldeos.

Estaban bien versados en aquellas ciencias en que se ejercitaban. Entre ellos se encontraban cuatro de la familia de Sedecías<sup>[178]</sup>, hermosos físicamente y dotados de óptimo ingenio. Sus nombres eran Daniel, Ananías, Misael y Azarías. El babilonio les mudó los nombres y ordenó que se llamaran: Daniel, Baltasar; Ananías, Sedraques; Misael, Misaques y Azarías, Abdénago. A causa de su carácter y por el empeño que ponían en los estudios, y por lo que habían adelantado en conocimientos, el rey los tenía en gran honor y cariño.

2. Pero Daniel y sus compañeros resolvieron vivir austeramente y abstenerse de las comidas de la mesa real y, en general, de toda carne viviente. Hablaron a Ascanes, el eunuco a quien habían sido confiados para que los cuidara, y le dijeron que consumiera lo que les llevaba de parte del rey y que a ellos les diera legumbres y dátiles o cualquier otra cosa, menos alimento animal. Preferían alimentarse en esta forma y menospreciaban cualquier otra clase de alimentos. Contestó Ascanes que estaba dispuesto a complacerlos, pero temía que si llegara a saberse, por la delgadez de sus cuerpos y la alteración de sus facciones, pues necesariamente con tal régimen se les transformaría el cuerpo y el aspecto, sobre todo en comparación con los otros jóvenes bien alimentados, temía que por ello incurriera en responsabilidad y castigo.

Lograron, sin embargo, persuadir a Ascanes que por espacio de diez días los sometiera a ese régimen. Si sus cuerpos en nada se perjudicaban, continuarían usando del mismo alimentó; pero si se tornaban macilentos y en peores condiciones que los demás, volverían a comer los alimentos anteriores.

No solamente no desmejoraron, sino que sus cuerpos se hicieron más robustos y mejor formados, de tal modo que parecían inferiores aquellos que gozaban de la magnificencia real, mientras que Daniel y sus compañeros parecía que nadaban en la abundancia y que vivían lujuriosamente: Ascanes, exento de miedo, se quedaba con las comidas que el rey enviaba a los jóvenes de su propia mesa, y les entregaba lo que

antes dijimos. Los jóvenes, con la mente más pura y más clara, y el cuerpo más dispuesto para el trabajo, pues no estaban entorpecidos por la variedad de alimentos ni sus cuerpos se volvían más muelles, aprendieron con facilidad todas las doctrinas de los hebreos y los caldeos. Daniel, por otro lado, más instruido que los demás en la sabiduría, se dedicó a la interpretación de los sueños, pues evidentemente la divinidad estaba en su favor.

3. Dos años después de la devastación de Egipto, el rey Nabucodonosor vio en sueños algo que consideró admirable y cuyo sentido Dios se lo hizo comprender mientras dormía; pero lo olvidó por completo cuando se levantó del lecho. Reunió a los magos, caldeos y adivinos; les dijo que había visto un sueño, pero que luego lo olvidó; ordenoles que le dijeran el sueño y su interpretación. Le respondieron que humanamente esto no era posible; pero que si les dijera el sueño, ellos se esforzarían en interpretarlo. Entonces los amenazó con la muerte, si no le aclaraban el sueño. Dijo que serían ejecutados todos aquellos que confesaran que no era posible satisfacer su deseo.

Informado Daniel de la orden del rey, de que se mataría a todos los sabios, y que él con los suyos estaban en peligro, se presentó ante Arioco, el que estaba al frente de los satélites del rey. Le preguntó cuál era el motivo de que el rey hubiera dado orden de matar a todos los sabios, los caldeos y los magos; supo de qué se trataba, que el rey había ordenado que le recordaran lo que le aconteciera en sueños, a lo que dijeron que no podían y que el rey se indignó. Pidió a Arioco que solicitara al rey una noche de gracia en favor de los magos y que retardara su muerte<sup>[179]</sup>; tenía esperanzas de que si lo pedía a Dios, llegaría a poder informarse del sueño. Arioco se presentó al rey para pedírselo en nombre de Daniel.

El joven, junto con sus allegados, se encerró en su casa; durante toda la noche oró a Dios para que salvara a los magos y caldeos, con los cuales ellos mismos tendrían que morir, y los librara de la ira del rey; que le manifestara la visión que había visto el rey la noche anterior y que se le había olvidado.

Dios, compadecido de los que estaban en peligro y complacido de la sabiduría de Daniel, le reveló el sueño y su interpretación, de modo que el rey supiera de qué se trataba. Daniel después que recibió esta revelación, lleno de gozo comunicó el asunto a sus hermanos, los cuales desesperados de vivir y pensando en la muerte, libres de terror recobraron la esperanza. Juntos dieron gracias a Dios por haberse compadecido de su juventud; Daniel pidió a Arioco que lo presentara al rey, pues quería declararle lo que había visto durante la noche precedente.

4. Daniel, en presencia del rey, le solicitó que no creyera que él valía más que los demás caldeos y magos, a pesar de que el sueño que ninguno de ellos había podido adivinar, él lo iba a aclarar. No se debía a su experiencia o a una experiencia mejor ejercitada.

—Sino que Dios —dijo—, compadecido de nosotros por estar en peligro de muerte, me reveló a mí, que pedía por mi vida y la de mis compatriotas, el sueño y su



interpretación. No me preocupaba menos la tristeza que sentía por nuestra muerte, que el cuidado de tu gloria, pues, indebidamente habías dado orden de matar a varones buenos y honestos, por exigirles lo que está por encima de la sabiduría humana, lo que sólo pertenece a Dios. Mientras pensabas quién sería el que disfrutaría del poder después de ti, acostado en el lecho, Dios quiso manifestarte quiénes debían reinar y te envió el siguiente sueño. Te pareció ver una gran estatua de pie cuya cabeza era de oro, los hombros y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre y las piernas y los pies de hierro. Luego viste una gran piedra que cayó desde un monte sobre la estatua, y la destruyó a tal extremo, que no quedó parte ninguna de ella, sino que el oro, la plata, el hierro y el cobre quedaron más desmenuzados que la harina. Y el polvo resultante, arrastrado por un fuerte viento, quedó dispersado a lo largo y a lo ancho; pero la piedra creció tanto que parecía ocupar toda la tierra. Éste es el sueño que viste, cuya interpretación es la siguiente. La cabeza de oro te simboliza a ti y a los reyes de Babilonia que hubo antes de ti; las dos manos y los hombros indican que tu imperio se dividirá en dos; este último será destruido por otro, procedente de occidente, vestido de cobre; y el último será destruido por otro, similar al hierro que, por su naturaleza, es más resistente que el oro, la plata y el cobre<sup>[180]</sup>.

También explicó Daniel al rey lo relativo a la piedra; pero creo que no debo referirlo, puesto que mi propósito no es exponer lo futuro, sino lo pasado. Pero si alguien, ávido de saber más, no quiere desistir de este conocimiento, para conocer lo futuro, procúrese el libro de Daniel y léalo. Lo encontrará en las Sagradas Escrituras.

5. Después que el rey Nabucodonosor oyó estas palabras en las cuales reconoció su sueño, se admiró del genio de Daniel; postrándose sobre su rostro, en la forma en que se acostumbra a adorar a Dios, veneró a Daniel y ordenó que se le hicieran sacrificios como a un dios<sup>[181]</sup>. Y todavía no satisfecho, le impuso el nombre de su dios, y nombró a él y a sus allegados los primeros de su imperio. Sin embargo, a causa de la envidia y el rencor, corrieron peligro por haber ofendido al rey en las siguientes circunstancias.

Habiendo hecho el rey una imagen muy grande, cuya altura era de sesenta cubos, y su anchura de seis, la hizo levantar en la gran planicie de Babilonia; para consagrarla en forma solemne convocó a los príncipes de todo su territorio, y les ordenó que así que oyeran el sonido de la trompeta se prosternaran y adoraran la estatua. Amenazó a los que así no lo hicieran con echarlos al horno ardiente.

De modo que todos, así que oyeron el sonido de la trompeta, veneraron al coloso; pero se dijo que no lo cumplieron los allegados de Daniel, para no transgredir las leyes de su patria.

Considerados culpables, de inmediato fueron echados al horno ardiente del cual fueron preservados gracias a la divina providencia; contra lo que todos opinaban fueron librados de la muerte. El fuego ni los tocó, como si supiera que aquellos varones eran puros de todo crimen; las llamas parecían carecer del poder de quemar,

durante todo el tiempo que los jóvenes permanecieron entre ellas. Dios había protegido sus cuerpos para que el fuego no los perjudicara. Por este motivo el rey les otorgó su gracia como varones honestos y agradables a Dios, de manera que en adelante fueran tenidos en gran honor.

6. Poco después el rey vio en sueños otra visión. Privado de su gobierno vivía entre las bestias, y luego de pasar siete años en soledad de nuevo recuperaba el reino. Llamó de nuevo a los magos, y, después de contarles el sueño, les pidió que le dieran la explicación.

Ninguno de ellos pudo encontrar el sentido de la visión y explicarlo, con la excepción de Daniel; y los hechos acontecieron tal como los expuso. Luego de pasar en soledad el tiempo antedicho, sin que nadie se atreviera durante este septenio a hacerse cargo del gobierno, el rey rogó a Dios que le hiciera recobrar el reino.

Nadie me reproche el que explique estos hechos tal como los encuentro en los libros antiguos, puesto que desde el principio de esta obra ya advertí a los que me pedían que los narrara, que no haría otra cosa sino verter al griego los libros de los hebreos, prometiendo no exponer nada que sea mío o agregar algo por mi propia cuenta.

# CAPÍTULO XI

*Testimonios de Beroso, Megástenes, Diocles y otros sobre Nabucodonosor. Sus sucesores: Baltasar. La mano misteriosa que escribe palabras en la pared. Explicación de Daniel. Los sátrapas, celosos de Daniel, conspiran para perderlo. Daniel en la cueva de los leones. La torre construida por Daniel. Se cumplen sus profecías*

1. El rey Nabucodonosor, después de haber reinado cuarenta y tres años, falleció; fue hombre emprendedor y más afortunado que los reyes que lo precedieron. Recuerda sus hechos Beroso en el tercer libro de la Historia Caldea, con estas palabras:

«Habiendo sabido su padre Nabopalasar que el sátrapa encargado de gobernar a Egipto, la baja Siria y Fenicia, lo había traicionado, y considerándose ya incapaz de soportar las fatigas de la guerra, entregó a su hijo Nabucodonosor, todavía joven, parte del ejército y lo envió contra el rebelde. Nabucodonosor se dirigió contra aquel que se había separado, lo venció y redujo el territorio a su dominio. Aconteció por el mismo tiempo que su padre Nabopalasar, habiendo caído enfermo, falleció, luego de reinar veintiún años. Nabucodonosor, informado de la muerte de su padre, se apresuró a ordenar los asuntos en Egipto y restantes territorios; los prisioneros hechos en Judá, Fenicia, Siria y Egipto fueron conducidos bajo su dirección, por algunos de sus amigos, junto con las tropas, con armamento más pesado y el resto del bagaje. Él, acompañado de unos pocos, emprendió camino por el desierto, y se dirigió a Babilonia. Encontró que el reino era administrado por los caldeos y que los mejores de entre ellos le habían reservado el trono; dueño ya del imperio paterno, ordenó que se diera a los cautivos colonias en las tierras más fértiles de Babilonia. Con el botín de guerra adornó magníficamente el santuario de Bel y de otros dioses, restauró la ciudad antigua y construyó para sus súbditos una ciudad nueva. A fin de que los sitiadores que vinieran en lo futuro no pudieran desviar el curso del río para atacar a la ciudad, elevó tres murallas alrededor de la sección interior y otras tantas alrededor de la sección exterior, unas de ladrillo cocido y asfalto y otras de ladrillo crudo. Luego que protegiera la ciudad y la adornara con magníficas puertas, al lado del palacio real de su padre levantó un segundo palacio, de cuya altura y esplendor quizá sea superfluo hacer la descripción. Basta decir que, a pesar de su grandeza y esplendidez, fue terminado en quince días. En este jardín hizo construir terrazas altas de piedra, a las que dio la forma de montañas, en las cuales plantó árboles de todas clases. Instaló lo que se llama el parque suspendido, puesto que su esposa, formada en el país medo, quería encontrar los lugares montañosos de su patria.»

Magaetenes también se refiere a él en el cuarto libro de los Índicos, donde se esfuerza en demostrar que este rey, por su poder y por la grandeza de sus hechos, fue superior a Hércules Dice que devastó gran parte de la Libia y la Iberia. También lo

menciona Diocles en el segundo libro de Los Persas, así como Filostrato en las Historias de los Índicos y Fenicios. Dice que sitió a Tiro por espacio de trece años, siendo su rey Itobal. Esto es lo que nos dicen los historiadores de este rey.

2. Después de la muerte de Nabucodonosor su reino pasó a su hijo Abilamarodac; éste libró de las cadenas al rey de Jerusalén, Jeconías<sup>[182]</sup> a quien tuvo entre los amigos más cercanos, le hizo muchos regalos y lo encargó de la guardia del palacio real. Pues su padre, como dijimos, no fue fiel a la palabra que diera a Jeconías de conservarlo a él, con su esposa, hijos y demás parientes, cuando se entregó espontáneamente, para salvar a la ciudad que no quería que fuera atacada.

Habiendo muerto Abilamarodac, después de reinar dieciocho años, el reino pasó a su hijo Niglisar<sup>[183]</sup> quien murió, después de reinar durante cuarenta años. Después de él, por derecho de sucesión pasó a su hijo Labosordac, que solamente lo tuvo durante nueve meses; habiendo muerto pasó a Baltasar, a quien los babilonios llaman Naboandel. A éste le hicieron la guerra Ciro, el rey de los persas, y Darío, rey de los medos.

Mientras estaba sitiado en Babilonia, se produjo una extraordinaria y prodigiosa visión. Estaba recostado para comer, con sus concubinas y amigos, en una gran sala destinada a los banquetes reales. Tuvo el capricho de hacerse traer los vasos de Dios que estaban depositados en su templo, de los cuales Nabucodonosor, después de saquear a Jerusalén, no había hecho uso, limitándose a guardarlos en su templo. Pero Baltasar llevó su audacia a tales extremos que mientras bebía en ellos, maldecía a Dios; y en ese momento vio una mano que salió de la pared y escribió en ella ciertas palabras.

Perturbado por esta visión, llamó a los magos y caldeos y cuantos eran capaces entre los babilonios de interpretar los sueños, a fin de que le declararan lo escrito. Los magos le dijeron que no lo entendían. Por lo cual, sumamente preocupado y entristecido por un acontecimiento tan inesperado, hizo promulgar por todo el país, que aquel que pudiera leer lo escrito y revelar el significado le daría un collar de oro hecho con anillos entrelazados y el derecho de llevar ropa de púrpura como es costumbre de los reyes de los caldeos; y sería el tercero del reino.

Después de esta proclama, los magos acudieron en mayor abundancia, con miras a ver lo que significaba lo escrito, pero no lograban acertar.

La abuela del rey, al verlo descorazonado cuando comprobó que no podían aclararse las palabras, lo alentó y le dijo que había un cautivo originario de Judá, traído por Nabucodonosor de Jerusalén, de nombre Daniel, que era un varón de singular sabiduría y capacidad para aclarar aquello que era muy difícil y únicamente conocido por Dios. Daniel era el que había aclarado a Nabucodonosor lo que nadie le pudo explicar. Le aconsejó que lo enviara a buscar y que le preguntara sobre aquellas palabras, para confundir la ignorancia de los que habían fracasado, por terrible que fuera el acontecimiento anunciado por Dios.

3. Oído lo cual Baltasar mandó llamar a Daniel, le dijo que le habían hablado de

su fama y sabiduría, informándole que estaba inspirado por el espíritu de Dios y que era el más capacitado de todos para hallar el sentido de las cosas que los otros ignoraban; le rogó que leyera la escritura y la interpretara. Si lo lograba, lo vestiría de púrpura, le daría un collar de oro entrelazado y sería el tercero en el reino; lo haría para honrar y premiar su sabiduría, de modo que fuera considerado el más célebre y se supiera cuál era la causa de su celebridad.

Daniel le contestó que se guardara los regalos para sí, pues la sabiduría y la divinidad no se corrompen con regalos, sino que otorgan gratuitamente sus favores a los que los necesitan. Prometió explicarle la inscripción: le anunció que iba a morir, pues no escarmentó con el castigo sufrido por haber menospreciado a Dios, para portarse piadosamente y no intentar lo que está por encima de la naturaleza humana; Nabucodonosor, a causa de su impiedad, había llevado la vida de una fiera salvaje y sólo consiguió misericordia después de muchas súplicas, para que se le restituyeran la condición humana y el reino, y luego, hasta su muerte, elogió al Dios todopoderoso que cuida de los hombres. Baltasar olvidó estos acontecimientos, blasfemó contra la divinidad y se sirvió de los vasos sagrados en compañía de sus concubinas. Dios, que vio todas estas cosas, se indignó y con aquellas letras le anunciaba su fin.

Las letras escritas tenían este sentido.

—Mane —dijo—: esta palabra, que en griego se traduciría por arizmós, número, indica que Dios ha numerado el tiempo de tu vida y de tu reino, y ya te queda muy poco. Tekel, que significa stazmos, peso: Dios, después de pesar tu reino, te advierte que está a punto de caer. Fares, en griego significa klasma, fragmento Dios romperá tu reino y lo dividirá entre los medos y los persas.

4. Cuando Daniel declaró estas palabras a Baltasar, éste, como era de esperar, se llenó de congoja y dolor. Sin embargo, no negó a Daniel lo que había prometido; lo cumplió, considerando que la pérdida del reino sería consecuencia de la fatalidad, y no de la profecía. Juzgó, además, que era propio de un hombre probo y justo cumplir lo prometido, por tristes que fueran las predicciones anunciadas. Ésta fue su decisión.

Poco después el ejército capitaneado por Ciro, rey de los persas, lo capturó a él y a la ciudad. Pues Baltasar era rey cuando Babilonia cayó cautiva, después de haber gobernado durante diecisiete años. Y éste fue el fin de los descendientes de Nabucodonosor.

El rey Darío tenía sesenta años cuando destruyó el imperio babilonio con su pariente Ciro. Era hijo de Astiages y entre los griegos es conocido bajo otro nombre; se apoderó de Daniel y se lo llevó consigo a su palacio de Media y lo colmó de honores. Daniel fue uno de los tres sátrapas que puso al frente de las trescientas sesenta satrapías<sup>[184]</sup>.

5. Era, pues, Daniel tenido en gran honor y gozaba de gran estima con Darío para todos los asuntos. Darío lo consultaba sólo a él en cualquier circunstancia, como inspirado por el espíritu divino.

Daniel fue envidiado; es habitual envidiar a aquellos que son estimados por los

reyes más que uno mismo. Buscaban cualquier oportunidad para calumniarlo y acusarlo los que querían desacreditarlo por gozar de tanta autoridad ante Darío. Además, puesto que no apreciaba el dinero y ni los regalos, considerando indigno recibirlos, aunque se los dieran honestamente, no ofrecía oportunidad ninguna a sus detractores para acusarlo.

No encontrando, pues, nada para hacerle perder la estimación del rey, nada que afectara su probidad, buscaron otros pretextos para quitárselo de en medio. Por eso cuando se dieron cuenta que tres veces al día Daniel oraba a Dios, se les ocurrió la manera de perderlo. Vinieron al rey y le anunciaron de parte de los sátrapas y gobernadores que les parecía conveniente que, por espacio de treinta días, se determinara que no se hicieran ruegos ni a él ni a los dioses; y que aquel que faltara a este decreto fuera echado a la fosa de los leones.

6. El rey, ignorando su maldad y sin sospechar, por otra parte, que con ello preparaban una trampa para Daniel, dijo que este pedido era de su agrado. Prometió que lo sancionaría y promulgó un edicto público por el cual se hiciera saber al pueblo lo que los sátrapas habían decretado.

Todos respetaron esta decisión, procurando no hacer nada que fuera contra tal mandamiento; pero Daniel no lo tuvo en cuenta en lo más mínimo; según su costumbre siguió orando a Dios en presencia de todos. Los sátrapas, aprovechando la ocasión, se presentaron inmediatamente al rey y acusaron a Daniel de ser el único que no observaba lo ordenado, cuando ningún otro se atrevía a suplicar a los dioses; y esto no por piedad, sino como envidiosos que eran observaban lo que hacía<sup>[185]</sup>. Sospechaban que Darío usaría con él de benevolencia a pesar de no haber cumplido su mandato, lo cual aumentaba su envidia; en vez de ser benévolos, insistieron en que fuera echado a la fosa de los leones. Darío esperaba que Dios lo libraría y que no sufriría daño ninguno; lo exhortó a que sufriera con ánimo ecuánime lo que podría acontecerle.

Echado en la fosa, el rey, después de sellar la piedra que a modo de puerta obstruía la entrada, se retiró; pasó toda la noche sin comer y sin dormir, preocupado muchísimo por Daniel. Se levantó muy de mañana y se dirigió a la fosa; encontró intacto el sello con el que había sellado la cueva; la abrió y llamó a voces a Daniel, preguntándole si estaba sano. Éste oyó al rey y respondió que no había sufrido daño; el rey ordenó entonces que lo sacaran de la fosa de los leones. Pero sus enemigos, al comprobar que nada malo le había pasado a Daniel, no lo atribuyeron a la providencia de su Dios, sino que lo explicaron diciendo que por estar los leones muy bien cebados no se le acercaron; y así se lo dijeron al rey.

Pero éste que detestaba su maldad, ordenó que se diera mucha carne a los leones, y una vez bien cebados se les echara a los enemigos de Daniel, para que comprobaran si por estar saciados no los atacarían. Y Darío comprobó claramente, después que los sátrapas fueron arrojados a las fieras, que Daniel había sido conservado milagrosamente. Pues los leones no perdonaron a ninguno de ellos, sino que

desgarraron a todos, como si estuvieran muy hambrientos y necesitados de comida. Creo que no los empujó el hambre, puesto que poco antes se saciaron con carne, sino la maldad de los hombres; pues, cuando Dios lo quiere, la maldad se les hace evidente aun a los animales desprovistos de razón.

7. Después que esto aconteció a los que habían preparado insidias contra Daniel, Darío envió mensajeros por todo el territorio para que celebraran elogiosamente al Dios que adoraba Daniel y proclamaran que era el único verdadero y omnipotente. Colmó a Daniel de honores y lo consideró primero entre los amigos. Siendo Daniel tan sabio y honrado, considerado como amado de Dios, levantó una torre en Ecbatana, en la Media, obra elegantísima y construida con arte admirable, que todavía se mantiene en la actualidad; a los que la contemplan les parece que es de reciente edificación, igual que en la época en que fuera construida. Tan fresca y brillante es su hermosura, sin haber envejecido a pesar del tiempo transcurrido. Con los edificios pasa lo mismo que con los hombres; envejecen a la par, a través de los años pierden algo de su vigor y desmerece su hermosura. En esta torre se acostumbra a sepultar a los reyes de los medos, los persas y los partos; su guarda está encargada a un sacerdote judío, todavía en la actualidad.

Explicamos lo referente a este hombre, para que todos puedan admirarlo. Todo lo que hizo tuvo carácter extraordinario como procedente de uno de los grandes profetas; mientras vivió fue honrado y glorificado por los reyes y el pueblo y, una vez muerto, gozó de fama sempiterna. Los libros que escribió se leen todavía en la actualidad entre nosotros; y deducimos de ellos que Daniel conversaba con Dios. No se limitaba, como los otros profetas, a predecir lo futuro, sino que indicaba el tiempo en que los hechos acontecerían. Mientras los demás profetas profetizaron calamidades, por lo cual concitaron el odio de los reyes y del vulgo, Daniel fue un profeta de buenas nuevas, de manera que se conquistó la buena voluntad de todos; su cumplimiento le valió la confianza de la multitud y la reputación de hombre de Dios.

En sus escritos nos ha dejado predicho lo futuro, por lo cual se puede deducir la inmutable exactitud de sus profecías. Dice que encontrándose en Susa, capital de Persia, salió a la llanura con algunos compañeros, pero al producirse súbitamente un terremoto quedó solo, pues los amigos escaparon. Se prosternó apoyando el rostro en las manos; alguien lo tomó y le ordenó que se levantara para contemplar lo que acontecería a las ciudades en el tiempo futuro. Después que se levantó, le fue mostrado un carnero muy grande, de muchos cuernos, el último de ellos mucho mayor que los otros<sup>[186]</sup>. Luego elevó los ojos al ocaso, y vio un macho cabrío que se lanzaba a través del aire; cuando se encontró con el carnero, atacole dos veces con sus cuernos, lo derribó y lo pisoteó. Después vio que salía de la frente del macho cabrío un enorme cuerno, el cual se rompió, creciendo en su lugar otros cuatro, vueltos hacia los cuatro puntos cardinales. De éstos, dice Daniel en sus escritos, salió uno más pequeño, el cual, una vez crecido, le dijo Dios, que era quien le mostraba estos hechos, haría la guerra a su pueblo, se apoderaría de la ciudad, perturbaría las

ceremonias del Templo y prohibiría que se celebraran los sacrificios durante mil doscientos noventa y seis días.

Esta visión Daniel escribió haberla visto cerca de Susa; Dios le indicó el significado. El carnero representaba los reinos de los persas y los medos, los cuernos indicaban el número de sus reyes y el último cuerno señalaba al último rey que superaría a todos en riquezas y gloria. El macho cabrío se refería a un rey de los griegos, que por dos veces se impondría a los persas y así obtendría el dominio y se convertiría en heredero de todo su poderío. El gran cuerno que salía de la frente del macho cabrío indicaba al primer rey; los otros cuatro significaban, con su orientación hacia los cuatro puntos de la tierra, los sucesores del primer rey, después que éste muriera y el reparto de su dominio entre ellos.

Estos reyes, que no eran ni sus hijos ni sus parientes, gobernarían al mundo durante muchos años.

De entre los últimos saldría un rey que atacaría a los judíos y a sus leyes, destruiría su forma de gobierno, saquearía el Templo y prohibiría que se celebraran sacrificios durante tres años. Y en realidad así aconteció, pues nuestro pueblo sufrió tales cosas bajo Antíoco Epífanes, según lo vio Daniel y lo puso por escrito muchos años antes. También escribió Daniel sobre el imperio de los romanos, que sería sumamente dilatado. Todos estos acontecimientos, tal como Dios se los mostró, los dejó consignados por escrito. De modo que los que lo lean y vean cómo se han cumplido, podrán admirar el gran honor que Dios concedió a Daniel, y comprender que los epicúreos están en un error; porque ellos niegan que exista una providencia en la vida y dicen que Dios no se preocupa de las cosas humanas; y niegan que todas las cosas de la naturaleza sean regidas y administradas por una naturaleza buena e inmortal con miras a la perennidad del universo, y aseguran que el mundo se desenvuelve por su propio ímpetu sin que nadie lo conduzca. Si el mundo no tuviera, como dicen ellos, alguien que lo gobierne, veríamos que así como las naves sin piloto sucumben en las tempestades y los carros sin un guía que maneje las riendas se destrozan, también este mundo, afectado por un movimiento imprevisto, perecería y se aniquilaría. En vista de las predicciones de Daniel, me parece que están muy lejos de la verdad aquellos que afirman que Dios no se preocupa de lo que hace el género humano; pues no comprobaríamos que los acontecimientos corresponden a sus vaticinios, si todo aconteciera de una manera automática.

En cuanto a mí, escribo de acuerdo con lo que he encontrado y leído. Si alguien piensa en otra forma sobre tales asuntos, no le reprocharé su disentimiento.



# LIBRO XI

*Contiene un lapso de doscientos cincuenta y tres años y cinco meses*

# CAPÍTULO I

## *Reconstrucción de Jerusalén y del Templo. Restitución de los vasos sagrados*

1. En el año primero del reinado de Ciro, esto es a los setenta años de la transmigración de nuestro pueblo a Babilonia, Dios se apiadó de su cautividad y tribulaciones, según lo predijo Jeremías antes de la destrucción de la ciudad o sea que después de estar cautivos al servicio de Nabucodonosor y sus sucesores por espacio de setenta años, de nuevo regresarían a su tierra, edificarían al Templo y retornarían a la antigua prosperidad. Así lo predijo. Conmovieron estas profecías a Ciro, quien escribió a toda el Asia en esta forma:

«El rey Ciro dice: Puesto que el Dios supremo de toda la tierra me ha constituido en rey, creo que este Dios es el que adoran los israelitas. Éste, por intermedio de profetas, predijo que restauraría su Templo en Jerusalén en tierra de Judá.»

2. Ciro se informó de estos acontecimientos por la lectura del libro de sus profecías que doscientos diez años antes había dejado Isaías. Éste aseguró que Dios le dijo secretamente:

«Quiero que Ciro, a quien designaré rey de pueblos grandes y poderosos, restituya mi pueblo a su tierra y que reedifique el Templo.»

Esto fue predicho por Isaías ciento cuarenta años antes de que el Templo fuera destruido. Ciro lo leyó, y admirado de la inspiración divina, ansió cumplir lo que estaba escrito. Reunió a los más ilustres judíos que se encontraban en Babilonia, y les dijo que los facultaba para que regresaran a su patria y reedificaran tanto Jerusalén como el Templo de Dios; además quería ayudarlos, y escribiría a los jefes y sátrapas de las regiones vecinas a la de los judíos, que les entregaran oro y plata para la construcción del Templo y ganado para los sacrificios. Después que Ciro anunció esto a los israelitas, los jefes de las dos tribus, Judá y Benjamín, así como los levitas y sacerdotes, partieron para Jerusalén. Muchos, sin embargo, quedaron en Babilonia, para no abandonar sus propiedades. Una vez llegados allí, todos los amigos del rey los ayudaron y contribuyeron a la construcción del Templo, unos con oro, otros con plata y varios con gran cantidad de rebaños y caballos. Dieron gracias a Dios, y sacrificaron víctimas tal como se hacía antes, como si la ciudad estuviera ya edificada y reviviera la solemnidad de otros tiempos.

Ciro les devolvió los vasos de Dios que el rey Nabucodonosor trasladara a Babilonia, después de haber hecho saquear el Templo. Encargó de estas tareas a Mitrídate, su tesorero, con orden de entregarlos a Abasaro, para que los guardara hasta que el Templo estuviera edificado, y luego se los diera a los sacerdotes y a los jefes del Templo que lo reemplazarían. También envió una carta de este tenor a los sátrapas de Siria: «El rey Ciro a Sisines y Sarabasanos, salud.

»He permitido a los judíos que habitan en mi reino, que si es de su agrado,

regresen a su patria, reedifiquen su ciudad y restauren el Templo de Dios en Jerusalén, en el mismo lugar donde se encontraba antes. He enviado también a Mitrídate, mi tesorero, y a Zorobabel, jefe de los judíos, para que pongan los fundamentos del Templo y lo edifiquen, de una altura de sesenta codos y otros tantos de amplitud; harán tres ringleras de piedra lisa y una de madera del país, como también un altar en el que sacrificarán a Dios. Quiero tomar por mi cuenta los gastos que todo esto ocasione. Además he entregado a Mitrídate, mi tesorero, y a Zorobabel, jefe de los judíos, los vasos que el rey Nabucodonosor sustrajo del Templo, para que los lleven a Jerusalén y los restituyan al Templo de Dios. Son los siguientes: cincuenta vasos de oro para refrescar, y cuatrocientos de plata; cincuenta copas de oro, y cuatrocientas de plata; cincuenta jarrones de oro, y quinientas de plata; cuarenta vasos de oro para las libaciones, y trescientos de plata; treinta copas de oro y dos mil cuatrocientas de plata, y además mil utensilios de diversas clases. Además otorgó a los judíos el regalo honorífico a que están habituados desde los tiempos antiguos, esto es, doscientas cincuenta mil quinientas dracmas de ganado mayor, vino y aceite, y veinte mil quinientas artabas de trigo. Ordeno que esto se les proporcione de los tributos de Samaria. Los sacerdotes inmolarán estas víctimas según los ritos mosaicos, y al ofrecerlas rogarán a Dios por la salud del rey y de su raza, para que el reino de los persas dure largo tiempo. El que no obedeciera estas órdenes o las tuviera por nulas, será crucificado y sus bienes confiscados.»

La carta estaba escrita en estos términos. Los librados de la cautividad que partieron para Jerusalén, fueron en número de cuarenta y dos mil cuatrocientos sesenta y dos.

## CAPÍTULO II

*Los sátrapas y los samaritanos se oponen a la reconstrucción. Cambises la detiene*

1. Mientras ponían los fundamentos del Templo y con todo empeño se consagraban a su reconstrucción, los pueblos vecinos, especialmente los cuteos (a quienes el rey de los asirios, Salmanasar, había traído de Persia y Media estableciéndolos en Samaria, cuando hizo emigrar de allí a los israelitas) pidieron a los sátrapas y a los funcionarios que impidieran a los judíos reconstruir la ciudad y edificar el Templo. Aquéllos, corrompidos por el oro que recibieron de los cuteos, trataron con indiferencia lo referente a los judíos. Ciro, ocupado en la guerra, no lo supo; y poco después falleció en una expedición emprendida contra los masagetas.

Le sucedió en el trono Cambises hijo de Ciro, a quien los sirios, fenicios, amonitas, moabitas y samaritanos escribieron lo siguiente:

«Señor, tus esclavos, Ratim, el comentador, Semelio el escriba, y los jueces del consejo de Siria y Fenicia. Conviene que sepas, oh rey, que los judíos, que fueron llevados a Babilonia, han regresado a nuestra región y edifican la ciudad rebelde y maldita, construyen, murallas y levantan el Templo. Ahora bien, debes saber que en el supuesto de que terminaran estas obras, no se avendrán a pagar tributo, ni cumplirán lo que se les ordene, sino que se opondrán a los reyes, pues están más dispuestos a mandar que a ser mandados. Por lo tanto, puesto que se trabaja en la obra del Templo, nos ha parecido conveniente escribirte, para que no descuides este asunto, y consultes los libros de tus antepasados. Comprobarás que los judíos fueron rebeldes a los reyes, y sus enemigos, y que por este motivo su ciudad fue devastada y así continúa en la actualidad. Nos ha parecido conveniente indicarte, lo que tal vez ignoras, que una vez edificada la ciudad y amurallada, tendrás cerrado el camino hacia la Baja Siria y la Fenicia.»

2. Cambises, leída la carta, puesto que era de natural perverso, dio crédito a lo que le decían y contestó en esta forma:

«Cambises, rey, a Ratim el comentador, a Belsemo, a Semelio el escriba y a los demás compañeros suyos que habitan en Samaria y Fenicia, les dice: leídas las cartas que me enviasteis, por mandato mío se inspeccionaron los comentarios de nuestros mayores y se ha comprobado que esta ciudad fue siempre enemiga de los reyes y que sus habitantes fueron causa de sediciones y guerras. He sabido que sus reyes, poderosos y violentos, impusieron tributos a la Baja Siria y a Fenicia. Por lo tanto, he ordenado que no se permita a los judíos la edificación de la ciudad, a fin de que no aumente su malévolos poder, del que han estado siempre animados en contra de los reyes.»

Una vez leída esta carta, Ratim, el escriba Semelio y sus colegas, subiendo de

inmediato a sus caballos y acompañados de una gran multitud de hombres, prohibieron a los judíos que edificaran el Templo y la ciudad. Y es así como la obra quedó interrumpida por espacio de nueve años, hasta el segundo año del reinado de Darío, rey de los persas.

Cambises gobernó seis años, durante los cuales conquistó a Egipto, y de regreso a su patria murió en Damasco.

## CAPÍTULO III

*Advenimiento de Darío y su voto. Los guardias principales de Darío y su competición con Zorobabel. Darío permite que se reanuden los trabajos*

1. Luego de la matanza de los magos que, después de la muerte de Cambises, gobernaron por un año, las llamadas siete casas de los persas eligieron rey a Darío, hijo de Histaspis. Éste, siendo todavía un simple particular, prometió a Dios que si llegaba a ser rey enviaría al Templo de Jerusalén los vasos sagrados que todavía hubieran quedado en Babilonia. Por aquel tiempo, se presentó ante Darío procedente de Jerusalén, Zorobabel, el que fuera constituido jefe de los judíos cautivos. De antiguo tenía amistad con el rey. Esto le valió el que fuera juzgado digno, juntamente con otros dos, del título de guardia principal, honor que deseaba.

2. En el primer año de su reinado, Darío obsequió espléndidamente y con gran solemnidad a sus allegados, a los oficiales, a los príncipes de los medos, a los sátrapas de los persas, a los toparcas de la India hasta Etiopía y a los gobernadores de ciento veinte satrapías. Luego que comieron abundantemente y se saciaron, cada uno de ellos se retiró a descansar; pero el rey Darío, después de acostarse en su cama y descansar un poco, despertose. En vista de que no podía conciliar el sueño, se puso a conversar con tres de sus guardias; prometió al que acertara con la respuesta más veraz y sabia sobre lo que iba a preguntar que como premio le otorgaría que vistiera de púrpura, bebiera en vasos de oro, durmiera en un lecho de oro, tuviera un carro con frenos de oro, una tiara de lino fino y un collar de oro, de modo que se lo considerara primero después de él por su sabiduría y se llamaría además pariente del rey. Hechas estas promesas, preguntó al primero si no era el vino lo más fuerte que existía en el mundo; al segundo, si no lo eran los reyes; al tercero, si no lo eran las mujeres, o si quizás la verdad era más poderosa que las otras tres cosas. Formuladas estas preguntas, durmiese. A la mañana siguiente, en presencia de los grandes, los sátrapas y los toparcas de Media y Persia, sentado en el solio desde el cual acostumbraba a administrar justicia, ordenó que cada uno de los guardias declarara el enigma que les propusiera la noche anterior.

3. El primero habló sobre el poder del vino, en esta forma:

—Varones —dijo—. Conjeturando sobre el poder del vino, compruebo que su poder prevalece sobre todo por los siguientes motivos. Engaña y desvía la mente de aquellos que lo beben, de modo que los reyes se asimilan a pupilos necesitados de cuidador; otorga al esclavo valor para hablar como un hombre libre, e iguala a los pobres con los ricos. Si llega a apoderarse de las almas, las muda súbitamente, y les otorga nuevo vigor de manera que suprime la tristeza en los que se encuentran en desgracia, infunde olvido a los cargados con deudas y contribuye a que se consideren los más ricos de todos. Así que prescinden de toda modestia en su conversación, no

cuentan sino por talentos y emplean un lenguaje propio de los seres felices de la tierra. Se olvidan de los jefes y reyes, y apartan del recuerdo a amigos y familiares. También es causa de que los hombres se armen contra aquellos seres que les son muy queridos y los consideren como los más extraños. Vueltos a la sobriedad, después de dormir su embriaguez y exhalado el vino, se levantan ignorantes de lo que realizaron durante la ebriedad. Por esto conjeturo que el vino es lo más poderoso que existe y que no hay nada más vehemente que él.

4. Después que el primero habló sobre el poder del vino, el siguiente se refirió al poder de los reyes, demostrando que era mucho más fuerte que todos aquellos seres que disponen de vigor o de inteligencia. Intentó demostrarlo con las siguientes palabras:

—El dominio de todas las cosas se encuentra en poder del hombre que, quiéranlo o no, somete a la tierra y al mar del modo que más le place; pero los reyes son los que disponen del máximo poder y dominio sobre los hombres. Por lo tanto, el que goza de dominio sobre el más fuerte y valeroso de los animales, con razón se ha de opinar que disfruta de un poder tal al que todo se ha de someter. Si ordenan a los súbditos ir a la guerra y exponerse a sus peligros, obedecen; se dirigen contra el enemigo, dóciles a las órdenes del rey, así como también si les prescriben que nivelen las montañas y demuelan murallas y torres. Aunque se les ordene matar o ser muertos, no rehúsan hacerlo, pues no quieren dejar de cumplir las órdenes del rey. Si vencen, presentan al rey la presa que obtuvieron en la guerra. Además, aun fuera de la guerra, si cultivan el campo, luego de muchas labores y dificultades, cuando recolectan los frutos, ofrecen tributos al rey. Lo que éste dice y ordena, se ven obligados a hacerlo sin demora ninguna. El rey descansa saturado de toda clase de delicias y placeres, mientras que otros montan guardia para vigilar su sueño. Nadie, mientras duerme, se atreve a abandonarlo ni en lo más mínimo, para atender a sus asuntos, sino que con la mayor asiduidad se entrega a la custodia del rey. Por eso no puede menos de ser verdad, que el rey es lo más poderoso que existe, pues tan gran multitud está atenta a sus órdenes.

5. Cuando el segundo guardó silencio, el tercero, Zorobabel, empezó a enseñarles cuál era el poder de la mujer y de la verdad, con estas palabras:

... —El vino puede mucho, y es grande el rey a quien todos obedecen; pero más poderosos que ambos son las mujeres. Pues es una mujer la que da a luz y cuida al rey y a los cultivadores de las viñas con las que se hace el vino. En general, nada hay que no se lo debamos a ellas. Ellas nos tejen los vestidos; gracias a ellas se arreglan y conservan nuestras cosas. No podemos vivir sin su compañía; si tuviéramos gran cantidad de oro y plata o cualquier otra cosa preciosa y de gran estima, ante una mujer hermosa lo abandonamos todo y anhelamos su belleza. Más todavía: estamos dispuestos a desprendernos de nuestros bienes tranquilamente, con tal que se nos conceda gozar de la hermosura. Nos separamos de nuestro padre, nuestra madre y de la tierra que nos nutre, y olvidamos a los seres más queridos a causa de las mujeres;

incluso inmolamos nuestras vidas por ellas. Se puede, pues, comprender cuán grande es el poder de las mujeres. ¿No es cierto que después de trabajar y sufrir toda clase de tribulaciones en tierra y en mar, aquello que ganamos con nuestro trabajo lo llevamos y entregamos a las mujeres, por disponer ellas de poder sobre nosotros? Algunas veces vi al mismo rey, señor de tantos pueblos, vencido por su concubina Apama, la hija de Rabezaco el taumasio; lo he visto quitarse la diadema para ponérsela a ella; sonreía, cuando ella sonreía; se entristecía, si ella se entristecía; siempre dispuesto a seguir las variaciones de su humor y a humillarse si la veía descontenta.

6. Los jefes y los sátrapas se miraban mutuamente; entonces empezó a hablar de la verdad:

—He demostrado cuán grande es el poder de las mujeres; sin embargo, estas y el rey son débiles en comparación con la verdad. Pues si la tierra es inmensa, el cielo excelso, el sol veloz en su curso, y todo ello se mueve por la voluntad de Dios, y éste es veraz y justo, síguese que se considere potentísima a la verdad, pues la iniquidad nada puede en su contra. Porque todas las demás cosas, que nos parece que gozan de poder, son mortales y caducas, pero la verdad es eterna, dura perpetuamente. No nos otorga hermosura que con el tiempo se marchita, ni riquezas que el destino nos acostumbra a quitar, sino lo que es justo y legítimo, distinguiéndolo de la injusticia a la cual confunde.

7. Cuando Zorobabel terminó de hablar sobre la verdad, todos exclamaron que se había expresado óptimamente, y que sólo la verdad por su naturaleza es inmutable y nunca envejece; entonces el rey le ordenó que pidiera algo más, aparte de lo que había prometido; le aseguró que lo obtendría por haber demostrado que era más sabio que los demás y que los superaba en prudencia.

—Tú —dijo—, te sentarás a mi lado, y serás llamado mi pariente.

Después de estas palabras, Zorobabel le recordó la promesa con la que se había obligado para el caso de que consiguiera el reino: había formulado el voto de reedificar a Jerusalén, construir el Templo de Dios y restituir los vasos que Nabucodonosor saqueó del Templo y trasladó a Babilonia.

—Esto es lo que te pido, lo que a mí me permitiste pedir por considerarme sabio y prudente.

8. El rey se levantó contento y lo besó; escribió a los toparcas y sátrapas que proporcionaran protección a Zorobabel y a sus compañeros en la reconstrucción de Jerusalén. Por cartas ordenó a los gobernadores de Siria y Fenicia que enviaran a Jerusalén cedro del Líbano, y que ayudaran en la edificación de la ciudad. Además decretó que todos los judíos cautivos que volvieran a, Jerusalén quedaban en libertad, prohibió a los procuradores y sátrapas que obligaran a los judíos a prestar servicio al rey y eximió de impuestos todo lo que ellos poseyeran en tierras. Ordenó también a los idumeos, samaritanos y a los habitantes de la Baja Siria que abandonaran los poblados judíos que estaban en su poder, y que contribuyeran con quinientos talentos a la construcción del Templo.



Permitioles también que celebraran sacrificios de acuerdo con sus leyes nacionales, quiso pagar él mismo todo el aparato y los vestidos que usan en los actos sagrados el pontífice y los sacerdotes, lo mismo que los instrumentos que utilizan los levitas para el canto. Prescribió que se asignaran tierras a los guardas de la ciudad y del Templo y les señaló una cantidad anual para su subsistencia. Hizo enviar los vasos sagrados; ordenó que se cumpliera todo aquello que antes de él Ciro tuvo el propósito de realizar para el restablecimiento de los judíos.

9. Obtenida esta gracia, lo primero que hizo Zorobabel, cuando salió del palacio, fue agradecer a Dios, elevando los ojos al cielo, por haberle otorgado sabiduría y victoria ante Darío.

—No la habría conseguido —exclamó— si tú, Señor, no me hubieras sido propicio.

Luego de dar gracias a Dios y pedirle que en adelante le otorgara igual benevolencia, marchó a Babilonia y dio la alegre noticia a sus conciudadanos. Éstos agradecieron a Dios que les devolviera su tierra natal; luego se reunieron en banquetes y fiestas durante siete días para celebrar la restauración de su patria. Después eligieron jefes de las tribus para que marcharan a Jerusalén, con sus mujeres, sus hijos y animales; con la guardia suministrada por Darío, se dirigieron a Jerusalén llenos de gozo y orgullo, cantando, tocando la flauta y haciendo sonar los timbales. El resto del pueblo judío los acompañaba con iguales muestras de alegría.

10. Partieron en esta forma, en número fijo y determinado de cada grupo de familias. Me parece inútil dar los nombres de estos grupos, no sea que, distraída la mente del lector del hilo de los acontecimientos, le resulte difícil seguir la narración. El conjunto de los que emigraron de las tribus de Judá y Benjamín, de más de doce años de edad, fue de cuatro millones seiscientos veintiocho mil personas<sup>[187]</sup>. El número de levitas era de setenta y cuatro<sup>[188]</sup>; había además cuarenta mil setecientos cuarenta y dos mujeres y varones menores de edad. Había ciento veintiocho levitas cantores, ciento diez porteros y trescientos noventa y dos siervos sagrados. A éstos hay que agregar seiscientos sesenta y dos que se llamaban israelitas, pero no podían demostrar a qué familia y estirpe pertenecían.

A algunos de los sacerdotes se los privó de su honor, por haberse casado con mujeres de raza desconocida y cuya genealogía no se encontraba en las tablas escritas de los levitas y sacerdotes; su número era cerca de quinientos veinticinco. Una gran multitud de esclavos seguía a los que ascendían a Jerusalén, en número de siete mil trescientos treinta y siete; además doscientos cuarenta y cinco cantores y cantatrices, cuatrocientos treinta y cinco camellos y cinco mil quinientas veinticinco bestias de carga. El jefe de esta multitud era Zorobabel, hijo de Salatiel, de la tribu de Judá, de la prole de David, y Jesús hijo del pontífice Josedec. Además el pueblo eligió como jefes a Mardoqueo y Serebeo; éstos suministraron una contribución para los gastos del viaje de cien minas de oro y cinco mil de plata. Y de esta manera los sacerdotes, los levitas y parte del pueblo judío que se encontraban en Babilonia

retornaron a Jerusalén. Los otros emigrantes regresaron cada cual a su ciudad natal.

## CAPÍTULO IV

*Terminación del Templo; su mediocridad. Darío, luego de consultar los archivos reales, asegura su protección a los judíos. Celebración de la Pascua. Nueva intervención de Darío contra los manejos de los samaritanos*

1. En el séptimo mes, después que salieron de Babilonia, el pontífice Jesús y el jefe Zorobabel con el mayor celo enviaron mensajeros por todas partes, convocando al pueblo en Jerusalén. Construyeron un altar en el mismo lugar donde antes se encontraba y ofrecieron sacrificios, de acuerdo con las leyes de Moisés. Estos hechos fueron mal vistos por los vecinos, que eran hostiles.

Celebraron también la fiesta de los Tabernáculos, de acuerdo con lo prescrito por el legislador; ofrecieron también las ofrendas, y los holocaustos y los sacrificios de los sábados y de las fiestas sagradas. Los que habían hecho los votos, los cumplieron a partir de la luna nueva del mes séptimo.

Iniciaron la construcción del Templo, gastando mucho dinero en los talladores de piedra, carpinteros y en el alimento de los obreros. Los sidonios enviaron, sin encontrar dificultades, cedros cortados en el Líbano que reunían y ataban entre sí y conducían al puerto de Jope. Esto lo había ordenado Ciro también; pero ahora se hacía por mandato de Darío.

2. Se llegó así al segundo mes del segundo año de su retorno a Jerusalén; trabajaban sin interrupción en la construcción del Templo; una vez terminados los fundamentos, en la luna nueva del segundo mes del año segundo, se empezaron los muros. La vigilancia de la construcción fue confiada a los levitas de más de veinte años, a Jesús, sus hijos y sus hermanos, a Zodmiel, hermano de Judá, hijo de Aminadab, y a sus hijos. El Templo fue terminado mucho más rápidamente de lo esperado, gracias a la diligencia que pusieron aquellos a quienes se había confiado su construcción.

Una vez terminado el santuario, los sacerdotes vestidos con las vestimentas tradicionales, los levitas y los hijos de Asaf, al son de trompetas cantaron un himno en elogio de Dios, como lo había hecho David anteriormente. Pero los sacerdotes, los levitas y los miembros más ancianos de las familias, al recordar el magnífico y suntuosísimo Templo anterior, y contemplar el nuevo que, a causa de la indigencia, era muy inferior, considerando cuán lejos estaban de la pasada prosperidad y lo que era el nuevo Templo, no pudieron acallar su dolor y lloraban y gemían. Pero el pueblo estaba contento con el actual, satisfecho con la edificación del Templo, sin tener en cuenta lo que había sido antes ni compararlo con el otro ni atormentándose con la idea de que su esplendor era menor de lo que se habían figurado. El sonido de las trompetas y la alegría de la multitud ahogaban los gemidos de los sacerdotes y ancianos, que juzgaban ser aquel Templo muy inferior al que fuera destruido.

3. Cuando los samaritanos oyeron el sonido de las trompetas, pues eran enemigos de las tribus de Judá y Benjamín, corrieron con el propósito de informarse de la causa de tan gran ruido. Después que supieron que los judíos que habían sido llevados cautivos a Babilonia edificaban el Templo, se presentaron ante Zorobabel, Jesús y los jefes de las familias, pidiendo que también se les permitiera a ellos cooperar en la construcción.

—Nosotros —decían—, adoramos a Dios lo mismo que los judíos, le rogamos y le rendimos culto, desde la época en que Salmanasar, rey de los asirios, nos trasladó a este lugar desde Cuta y Media.

Zorobabel, el pontífice Jesús y los jefes de las familias de los israelitas les respondieron que no era posible admitirlos como socios en la construcción del Templo, pues la orden había sido únicamente para ellos, primeramente por Ciro, y luego por Darío. Sin embargo, les sería permitido en el Templo adorar a Dios, como a cualquier hombre que quisiera en él adorar a la divinidad.

4. Los cuteos (pues con este nombre se llama a los samaritanos) se disgustaron por esta respuesta y persuadieron a los habitantes de Siria que era necesario pedir a los sátrapas que se impidiera la edificación del Templo, como se había hecho primeramente con Ciro y luego con Cambises, para que de todas maneras se pusieran obstáculos y demoras en su construcción. Por aquel tiempo subieron a Jerusalén Sisines, prefecto de Siria y Fenicia, Sarabazanes y algunos otros; preguntaron a los jefes de los judíos con permiso de quién construían un templo, que más bien tenía el aspecto de una fortificación que de un lugar sagrado, y cómo era que rodeaban a la ciudad de puertas y murallas tan anchas.

Zorobabel y Jesús el pontífice respondieron que ellos eran los siervos del Dios supremo; que ese Templo había sido construido mucho tiempo atrás por uno de sus reyes, muy sagaz y dotado de toda clase de virtudes y que, durante varios siglos, se mantuvo incólume; pero que luego, a causa de los pecados cometidos por sus antepasados, Nabucodonosor, rey de los babilonios y caldeos, destruyó la ciudad después de sitiarla, incendió el Templo, una vez saqueado, y llevó el pueblo cautivo a Babilonia y a otras partes; pero Ciro, que lo sucedió en el reino de Babilonia y Persia, ordenó por escrito, que se reedificara el Templo; confió a Zorobabel y al tesorero Mitrídate las ofrendas y vasos sagrados, de los cuales se apoderara Nabucodonosor, para que los trasladaran a Jerusalén y los repusieran en el Templo. Ordenó que nada se omitiera y que se procediera velozmente y encargó a Abasaro que subiera a Jerusalén a ocuparse de la construcción. Éste, luego que recibió las cartas de Ciro, puso los fundamentos. Desde entonces se estaba construyendo, pero a causa de la malignidad de los enemigos todavía no se había terminado.

—Por lo tanto, si os parece conveniente, escribid a Darío, para que os informe si todo esto es exacto, confrontando con los comentarios, y podréis comprobar que no son fantasías<sup>[189]</sup>.

5. Con esta respuesta de Zorobabel y el pontífice, Sisines y los que se

encontraban con él no quisieron ordenar que se cesara en la construcción, hasta que informaran a Darío. Sin embargo, le escribieron de inmediato sobre el particular. Los judíos estaban temerosos de que el rey se arrepintiera de haber autorizado la edificación de Jerusalén y el Templo; pero dos profetas que, por aquel tiempo, se encontraban entre ellos, Ageo y Zacarías, les dijeron que tuvieran buen ánimo y que no imaginaran que les iba a acontecer algún contratiempo de parte de los persas; hablaban conforme Dios les había revelado. Confiados en sus palabras, se consagraron con gran celo a la edificación, de modo que no dejaron de trabajar ni un solo día.

6. Los samaritanos escribieron a Darío<sup>[190]</sup> acusando a los judíos de edificar una ciudad fortificada, y de que el Templo más se parecía a una fortaleza que a un lugar sagrado y le decían que no reportaría ninguna utilidad al rey; recordaban también las cartas por las cuales Cambises prohibió que se edificara el Templo, cuando comprendió de lo que se trataba. Darío pensó que la construcción del Templo podría resultar en su perjuicio. Recibió también las cartas de Sisines y sus colegas; todo ello lo movió a investigar en los comentarios reales. Se encontró en el palacio de Ecbatana, en la Media, un libro en el cual estaba escrito:

«En el año primero de su reinado el rey Ciro ordenó que se edificara en Jerusalén el Templo con su altar, de una altura de sesenta codos, y otros tantos de longitud; el edificio constaría de tres ringleras de piedra pulida y una de madera del país. Ordenó también que los gastos corrieran por cuenta del tesoro real. También dispuso que los vasos, que Nabucodonosor se había llevado a Babilonia, se devolvieran a Jerusalén. Estas cosas se las ordenó para su ejecución a Abasaro, prefecto, gobernador de Siria y Fenicia, y a sus compañeros, los cuales debían mantenerse alejados del lugar; pero dejarían que los judíos, siervos de Dios, y sus jefes principales, construyeran el Templo. También les ordenó que les prestaran ayuda, y que ayudaran a los judíos con los tributos de las provincias, de las cuales eran procuradores, con destino a los sacrificios, toros, carneros, ovejas y cabritos, así como también trigo, aceite y vino, y todo lo demás que solicitaran los sacerdotes, para que rogaran a Dios por la salud del rey y de los persas. Cualquiera que obrara contra lo ordenado por el rey, será crucificado y sus bienes pasarán al fisco. Además pidió a Dios, que si alguien pusiera obstáculos en la edificación del Templo, que lo castigara por intentar tamaña iniquidad.»

7. Informado Darío de lo que decían los comentarios, escribió lo siguiente a Sisines y sus colegas:

«El rey Darío, al prefecto Sisines, a Sarabazanes y a sus colegas, salud. Envío una copia de lo que está escrito en los archivos de Ciro; y quiero que todo se lleve a cabo de acuerdo con lo prescrito. Adiós.»

Después que Sisines y los que con él estaban conocieron por esta carta cuál era la voluntad del rey, determinaron en adelante amoldar a la misma su conducta. Presidían y apresuraban las obras sagradas, de acuerdo con los judíos ancianos y los jefes de los

senadores. El Templo fue llevado a su fin con gran ardor, gracias a las predicciones de Ageo y Zacarías, y esto por mandato de Dios y por voluntad de los reyes Ciro y Darío. Se finalizó en siete años.

En el año noveno del reino de Darío, en el vigésimo tercer día del duodécimo mes, que entre nosotros se llama adar, y entre los macedonios distros, los levitas, sacerdotes y el resto del pueblo ofrecieron sacrificios, para celebrar su retorno de la cautividad, por haber recobrado la perdida felicidad y por la construcción del nuevo Templo: cien toros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y doce machos cabríos (de acuerdo con el número de tribus de Israel), para la expiación de los pecados de cada una de ellas. Además los sacerdotes y levitas procuraron que hubiera guardias en cada uno de los portales, pues se habían construido pórticos alrededor del Templo.

8. Próxima la fiesta de los ázimos, en el mes primero, denominado xánticos por los macedonios, y por nosotros nisán, desde todos los poblados el pueblo confluó a la ciudad; celebraron la fiesta purificándose con sus esposas y sus hijos de acuerdo con el rito de sus padres. Ofrecieron la víctima pascual en el día catorce del mismo mes. Pasaron siete días festejando, sin ningún gasto, haciendo los sacrificios acostumbrados, en acción de gracias a Dios por haberlos devuelto a su patria y a sus leyes y por haberles conciliado la benevolencia del rey de los persas.

Después de haber sido pródigos en sacrificios y en la magnificencia del culto de Dios se establecieron en Jerusalén, con una forma de gobierno mixta, aristocrática y oligárquica a la vez. Los pontífices estuvieron al frente del gobierno, hasta el día en que los descendientes de Asmoneo llegaron a la realeza. Antes de la cautividad y su retorno habían sido gobernados por reyes que empezaron con Saúl, el primer rey, y David, durante quinientos veintidós años, seis meses y diez días. Y antes de que tuvieran reyes fueron gobernados por jefes que llamaban jueces y monarcas, y pasaron bajo este régimen más de quinientos años desde la muerte de Moisés y de Josué, el general. Tales fueron los acontecimientos referentes a los judíos librados de la cautividad en los tiempos de Ciro y Darío.

9. Los samaritanos, llevados por su enemistad y envidia, les causaron muchos males, confiados en sus riquezas y en el parentesco que tenían con los persas por ser oriundos del mismo país. Rehusaban pagar los tributos ordenados por el rey para los sacrificios, contando en esto con la protección de sus prefectos, y nada dejaban de hacer con tal que ellos directamente o por intermedio de otros pudieran perjudicar a los israelitas. Pareció, por lo tanto, conveniente a los jerosolimitanos enviar una delegación a Darío, para presentar una queja contra los samaritanos. En calidad de embajadores partieron Zorobabel y otros cuatro jefes. Cuando el rey escuchó las quejas y las acusaciones de los legados, los despidió con una carta para el prefecto y el senado de Samaria. La carta estaba concebida en esta forma:

«Darío, rey, a Tangana y Sambabas, prefectos de los samaritanos, y a Sadrares y Bobelón y a todos los de Samaria que, a la par de ellos, son consejeros. Zorobabel,

Ananías y Mardoqueo, legados de los judíos, os han acusado de haberlos molestado en la construcción del Templo y de no querer pagar las contribuciones que yo ordené para sus sacrificios. Quiero que, leída esta carta, del fondo del tesoro real de los tributos de Samaria, les suministréis todo lo que, de acuerdo con la decisión de los sacerdotes, puedan necesitar para la celebración de los sacrificios, de manera que ningún día deje de haber inmolaciones, a fin de que oren a Dios por mí y por los persas.»

La carta estaba escrita en esta forma.

# CAPÍTULO V

*El reinado de Jerjes. Fiesta de los tabernáculos; lectura de la ley. La misión de Nehemías. Terminación de las murallas de Jerusalén*

1. Muerto Darío, le sucedió en el trono su hijo Jerjes, quien, al igual que él, honró a Dios con piedad y devoción. Cuidó de su culto con el mismo cuidado que su padre, y tuvo en gran estima a los judíos. En esta época era pontífice Joacim, hijo de Jesús. En Babilonia había un varón justo y que gozaba de gran estima entre todos; era el primer sacerdote del Templo, de nombre Esdras. Era muy entendido en la ley de Moisés, y obtuvo la amistad del rey Jerjes. Determinó ascender a Jerusalén y llevar consigo a algunos de los judíos que vivían en Babilonia; rogó para ello al rey que le diera cartas de introducción a los sátrapas de Siria. El rey escribió a los sátrapas la siguiente carta:

«El rey de los reyes, Jerjes, a Esdras, sacerdote y estudioso de la ley de Dios, salud. Pensé que sería un acto de mi humanidad permitir que viajen a Jerusalén, si así lo quieren, los judíos, sus sacerdotes y levitas. Parta todo aquel que tenga este propósito en su ánimo, tal como me ha parecido a mí y a mis siete consejeros, a fin de que inspeccionen lo que se realiza en Judea convenientemente a la ley de Dios, y lleven dones al Dios de los israelitas que yo y mis amigos hemos determinado ofrecer; igualmente lleven todo el oro y plata que encontraran en Babilonia dedicado a su Dios, que lo lleven a Jerusalén y se lo consagren. Así como también todos los vasos de oro o plata que quisieran fabricar para llevarlos, también esto sea permitido. Consagrarás todos los vasos sagrados que se te han enviado y los que consideres conveniente agregar, todo por cuenta del tesoro real. He escrito también a los tesoreros de Siria y Fenicia que pongan la mayor diligencia en todo lo que pidiera Esdras, el sacerdote e intérprete de las leyes de Dios. Y, a fin de librarme a mí y a mi posteridad de la ira de Dios, quiero que se le otorguen hasta cien medidas de trigo. Además os amonesto a que a ningún sacerdote, levita, cantor sagrado, portero, servidor sagrado, escriba del Templo, les impongáis tributo, o cualquier otra cosa desagradable o enojosa. En cuanto a ti, Esdras, de acuerdo con la sabiduría divina de que estás dotado, nombrarás jueces entendidos en tu ley, que administren derecho, y enseñarás la ley a los ignorantes, y si alguno de tus conciudadanos transgrediera la ley de Dios o del rey, deberá ser castigado, sin que pueda alegar que ello fue por ignorancia, porque la conocía, y aun conociéndola, se atrevió igualmente a despreciarla. Será castigado con la muerte o con una multa. Adiós.»

2. Después de recibir esta carta, Esdras se alegró en gran manera, y adoró a Dios, reconociendo que le debía a él la benevolencia que el rey le otorgaba; por lo cual le rendía las mayores gracias. Enseguida leyó la carta a los judíos que con él estaban en Babilonia; retuvo consigo el original, y envió copias a los de su raza que se encontraban en Media. Informados de la piedad del rey y de la benevolencia que



demostraba hacia Esdras, se alegraron en gran manera; muchos de ellos con todo lo que poseían se fueron a Babilonia, con la esperanza de regresar a Jerusalén. Pero la mayor parte del pueblo de Israel quedó en el país; ésta es la razón de que solamente dos tribus en Europa y en Asia estén sometidas al imperio romano; las otras diez tribus aún en la actualidad viven más allá del Éufrates, miles de hombres cuyo número no se puede determinar.

Se presentaron a Esdras muchos sacerdotes, levitas, porteros, cantores sagrados y servidores del Templo. Esdras reunió durante tres días en un lugar situado más allá del Éufrates a los que habían escapado a la cautividad; les ordenó que ayunaran y que con ruegos imploraran a Dios que cuidara de su seguridad, para que no sufrieran en el camino ningún daño, ni de parte de enemigos o a causa de cualquier dificultad que se les presentara. Pues Esdras había dicho previamente al rey, que Dios los cuidaría; por esto no quiso pedirle caballos para el traslado. Realizadas las súplicas, avanzaron desde el Éufrates en el día duodécimo del primer mes, en el año séptimo del rey Jerjes, y llegaron a Jerusalén en el mes quinto del mismo año.

Esdras entregó de inmediato las riquezas que traía a los tesoreros, que eran de raza sacerdotal: esto es, seiscientos cincuenta talentos de plata, vasos de plata por cien talentos, vasos de oro por veinte talentos, vasos de bronce mejores que el oro de un peso de doce talentos. Era lo que habían donado el rey y sus consejeros y todos los israelitas que permanecieron en Babilonia. Después de entregar todo esto, Esdras ofreció en la forma acostumbrada los siguientes sacrificios: doce toros por la salud de todo el pueblo, noventa carneros, setenta y dos corderos y doce cabritos. Entregó las cartas del rey a los intendentes y prefectos de la Baja Siria y Fenicia. Consideraron conveniente cumplir lo ordenado por el rey; honraron al pueblo judío y procuraron serle útil en todo lo posible.

3. Estos hechos fueron llevados a cabo y decididos por Esdras; si tuvo éxito en los mismos, creo que fue porque Dios lo consideró digno por su piedad y justicia. Poco después, algunos le informaron que gente del pueblo, así como también sacerdotes y levitas, habían obrado contra las instituciones nacionales y faltaron a las leyes patrias, casándose con mujeres extranjeras y maculando de esta forma la raza sacerdotal; le pidieron que hiciera cumplir las leyes, para que la ira de Dios no se extendiera a todos indistintamente y no les vinieran nuevas calamidades.

Amargado por la noticia rasgó sus vestiduras, se golpeó la cabeza, se arrancó la barba y se postró en el suelo, al ver que los culpables eran los primeros de la nación.

Considerando que no lo obedecerían si les ordenaba que despidieran a sus mujeres con sus hijos, no quiso levantarse del suelo. Se le reunieron los buenos y justos, y lamentaron con él lo que había acontecido.

Finalmente Esdras se levantó del suelo, y extendiendo las manos hacia el cielo dijo que era indigno de mirar hacia lo alto, por haber pecado el pueblo tan gravemente, olvidando lo que había acontecido a los antepasados a causa de sus pecados. Rogó a Dios, que había conservado la semilla y los residuos del pueblo

después de las calamidades y su cautividad, y de nuevo lo había trasladado a Jerusalén y había conmovido a los reyes de los persas para que se apiadaran de él, que les perdonara los actuales pecados; era un crimen que merecía la muerte, pero la bondad de Dios podía evitar el castigo, incluso por semejantes crímenes.

4. Después de esto terminó su oración. Todos los que estaban con él, con sus mujeres e hijos, gemían; entonces uno de los primeros de Jerusalén, de nombre Aconio, se hizo presente y le dijo que realmente estaban en pecado aquellos que vivían con mujeres extranjeras; le aconsejó que con juramento los obligara a despedir a las mujeres y a los hijos nacidos de ellas; aquellos que no obedecieran serían castigados. Ya convencido Esdras tomó juramento a los principales de los sacerdotes, a los levitas y a los israelitas que, de acuerdo con el consejo de Aconio, repudiarían a sus mujeres e hijos. Después del juramento, salió del Templo y se retiró a la celda de Juan, hijo de Eliasib, donde permaneció todo el día sin probar comida ni bebida a causa de su aflicción.

Se decretó que todos los que regresaron de la cautividad se reunieran en Jerusalén; aquellos que al cabo de dos o tres días no se presentaran, serían separados del pueblo y sus bienes declarados sagrados por edicto del senado; todos los hombres de las tribus de Judá y Benjamín se reunieron en un lapso de tres días, el día vigésimo del mes noveno, llamado caslev entre los hebreos y apelaio entre los macedonios. Se congregaron en la parte superior del Templo, estando también presentes los ancianos, a quienes resultaba molesto el frío. Esdras se levantó y dijo que habían violado la ley aquellos que habían tomado mujer de raza extranjera; ahora, para agradar a Dios y mirar por su propia salvación, tendrían que despedir a esas mujeres. Todos respondieron que así lo harían, pero que había muchas y que estaban en invierno y no era un asunto que se pudiera cumplir en uno o dos días.

Se resolvió que los jefes quedarían allí, y aquellos que habían contraído enlace con mujeres extranjeras dentro de un tiempo determinado se presentarían con los ancianos de su propio lugar, los que contarían el número de los que habían contraído esas uniones. Se siguió este consejo, e iniciaron la investigación en el primer día del mes décimo sobre aquellos que habían tomado mujeres extranjeras y la continuaron hasta el primer día del mes siguiente. Muchos de entre la posteridad del pontífice Jesús, sacerdotes, levitas e israelitas se habían apresurado a librarse de las mujeres extranjeras y de los hijos que nacieron de ellas, teniendo en mayor aprecio la observancia de la ley que el amor que les profesaban; para aplacar a Dios ofrecieron sacrificios, inmolando corderos. No nos ha parecido necesario dar sus nombres. Y Esdras luego que rectificó aquello en que se había errado en el asunto de los casamientos, estableció una costumbre que se conservó en adelante.

5. En el séptimo mes, al celebrarse la fiesta de los Tabernáculos, y cuando estaba presente casi todo el pueblo, subieron a la terraza del Templo del lado de la puerta oriental y pidieron a Esdras que les recitara la ley de Moisés. Colocándose éste en medio de la multitud, leyó desde la mañana hasta el mediodía. Al escuchar la lectura

de la ley, no sólo se adoctrinaron de lo que era justo en lo presente y para lo futuro, sino que se lamentaron de lo pasado y lloraron, pensando que no habrían sufrido tantos males, si hubieran observado la ley.

Cuando Esdras vio esto, les ordenó que se retiraran a sus hogares y se abstuvieran de llorar; pues era fiesta, y no era conveniente derramar lágrimas; les aconsejó que banquetearan gozosamente a causa de la festividad; que su arrepentimiento y dolor por los pecados pasados, sería para ellos una seguridad de que en adelante no reincidirían. De modo que, por consejo de Esdras, empezaron a regocijarse. Se alegraron durante ocho días en las tiendas, y luego cantando himnos a Dios se retiraron a sus hogares, dando gracias a Esdras por haberles corregido en todo aquello que estaba fuera de las leyes del estado.

Después de haber adquirido tanta gloria entre el pueblo, Esdras, lleno de años, falleció, y fue enterrado magníficamente en Jerusalén. Por la misma época falleció el pontífice Joacim, a quien sucedió su hijo Eliasib.

6. Uno de los cautivos judíos, copero del rey Jerjes, por nombre Nehemías, un día se paseaba por las afueras de la capital de los persas, Susa, cuando oyó a unos extranjeros, que parecían estar al término de un largo viaje y penetraban en el pueblo, y hablaban entre sí en hebreo. Se les acercó y les preguntó de dónde venían. Respondieron que de Judea; les preguntó luego cómo estaba este pueblo y su capital Jerusalén. Le dijeron que todo andaba muy mal, que las murallas habían sido arrasadas hasta el suelo, que los pueblos vecinos los ultrajaban de continuo, durante el día invadían su región y les robaban, y durante la noche atacaban a la ciudad; de modo que se llevaban muchos prisioneros y a la luz del día en los caminos se veían muchos cadáveres. Al oír estas nuevas, Nehemías rompió a llorar, movido a piedad por las calamidades de su pueblo, y levantando los ojos al cielo dijo:

—¿Hasta cuándo tolerarás, oh Señor, que nuestro pueblo esté tan oprimido? Hemos llegado a tal extremo que somos botín y presa para todos.

Mientras lamentaba las desgracias junto a la puerta, le anunciaron que el rey estaba por ir a la mesa. Inmediatamente, y sin tiempo para lavarse, se apresuró a presentarse a servir al rey. Después de cenar el rey, muy alegre, más contento que de ordinario, observó a Nehemías y como viera su rostro entristecido, le preguntó la causa de su tristeza<sup>[191]</sup>. Nehemías rogó a Dios que otorgara a sus palabras el poder de persuasión, y dijo:

—¿Cómo, oh rey, puedo tener otra apariencia o no estar dolorido en el alma, cuando oigo que mi patria, Jerusalén, donde se encuentran los sepulcros de mis antepasados, está con las murallas derribadas y sus puertas consumidas por el fuego? Te pido que me permitas ir allí y edificar las murallas y prestar mi ayuda para levantar el Templo<sup>[192]</sup>.

El rey le otorgó lo que pedía, le prometió cartas para los sátrapas a fin de que lo respetaran y le entregaran en abundancia todas aquellas cosas que le hicieran falta, para cualquier uso.

—Abandona la tristeza —dijo— para que me sirvas alegremente.

Nehemías adoró a Dios y dio gracias al rey por sus promesas y levantó el rostro sin rastros de abatimiento y tristeza. Al día siguiente, el rey mandó llamar a Nehemías y le entregó cartas para Adaio, prefecto de Siria, Fenicia y Samaria, en las cuales ordenaba que trataran bien a Nehemías y le suministraran lo que fuera necesario para edificar.

7. Viajó hasta Babilonia, donde se le unieron muchos de sus conciudadanos y con ellos partió a Jerusalén, en el año vigesimoquinto del reinado de Jerjes. Luego de dar gracias a Dios, envió las cartas a Adaio y a los demás prefectos. Habiendo convocado a todo el pueblo en Jerusalén, se levantó en medio del Templo, y habló en esta forma:

—Sabéis muy bien, oh, judíos, que Dios se acuerda de nuestros mayores, Abraham, Isaac y Jacob y que, gracias a su vida justa, no nos ha abandonado. A mí me ayudó, para que el rey me otorgara poder de restaurar nuestras murallas y llevar a su fin lo que falta del Templo. Quiero, por lo tanto, ya que muy bien conocéis la mala voluntad con que nos tratan los pueblos vecinos, que de todas maneras se opondrán a nuestro anhelo de edificar y procurarán impedirlo en toda forma, que ante todo confiéis en Dios para resistirlos. Luego no dejéis de construir ni de día ni de noche, sino que os consagréis al trabajo con gran entusiasmo y cuidado, ya que las circunstancias os son favorables.

Dicho esto, ordenó a los magistrados que midieran las murallas y que el trabajo se repartiera por poblados, de acuerdo con las fuerzas de cada uno; prometió que él con los suyos cumpliría su parte. Dispuesto así, se disolvió la asamblea. Y los judíos se entregaron a su trabajo. Se llamaban judíos desde el día en que subieron de Babilonia, pues eran de la tribu de Judá los primeros que llegaron a aquellos lugares; y así se llamó a todos ellos y a la región.

8. Cuando los amonitas, los moabitas, los samaritanos y los que habitaban en la Baja Siria se informaron de que se estaba acelerando la edificación de los muros, se indignaron; y no cesaron en su propósito de ponerles dificultades para obligarlos a desistir. Mataron a muchos judíos y maquinaron asesinar al mismo Nehemías, sirviéndose de algunos extranjeros para llevarlo a cabo. Además quisieron aterrorizarlos y esparcieron rumores de que los iban a invadir grandes ejércitos formados por diversos pueblos. Fue tanto el temor que los invadió que poco faltó para que abandonaran la edificación.

Pero nada pudo disminuir en Nehemías el gran ánimo con que se dedicaba a la obra; sin embargo, se procuró algunas guardias que miraran por su seguridad, y quedó firme en su lugar dispuesto a llevar a cabo su obra, a pesar de todas las dificultades. Cuidadosamente vigilaba por su seguridad, no por temor a la muerte, sino por estar persuadido de que si llegara a morir, no se restaurarían los muros de la ciudad; ordenó que en adelante los que trabajaban estuvieran armados. Los obreros y peones tenían una espada y cerca estaban los escudos; cada quinientos pasos había trompetas encargados de avisar al pueblo, en caso de que se acercara el enemigo, para

que no se los encontrara desprevenidos e inermes, sino que bien armados iniciaran la lucha. Él mismo, durante la noche, recorría el lugar, y nada lo cansaba, ni el trabajo, ni la falta de sueño ni el régimen de vida; satisfacía las exigencias de la naturaleza, sólo por necesidad. Sufrió estas fatigas durante dos años y cuatro meses. Fue el tiempo que emplearon para edificar los muros de Jerusalén, terminados en el año vigesimooctavo del imperio de Jerjes, en el noveno mes.

Terminadas las murallas, Nehemías y el pueblo dieron gracias a Dios y lo festejaron durante ocho días. Cuando los pueblos que vivían en Siria supieron que se había llevado a buen fin la construcción de los muros, se indignaron en gran manera. Además Nehemías, al advertir que era reducida la población de la ciudad, indujo a los sacerdotes y levitas a que se establecieran allí, abandonando el campo; les preparó casas con sus propios fondos. Ordenó también al pueblo que vivía en los campos que pagara los diezmos, de modo que los sacerdotes y levitas al disponer de suficientes medios de vida, no dejaran de consagrarse al culto de Dios. De buen grado se cumplió lo ordenado por Nehemías; y es así como se consiguió que fuera mayor el número de habitantes de Jerusalén. En cuanto a Nehemías, después de haber realizado muchas otras cosas preclaras y dignas de elogio, siendo anciano falleció. Había sido un varón bueno y justo, consagrado por entero a los intereses de su nación, a la cual dejó un recuerdo eterno en las murallas de Jerusalén. Y éstas son las cosas que se realizaron reinando Jerjes.

## CAPÍTULO VI

*El reinado de Artajerjes. La desgracia de Vaste. Mardoqueo descubre un complot. Amán arranca al rey un edicto de exterminio contra los judíos. La intervención de Ester. Suplicio de Amán. Nuevo edicto de Artajerjes. La fiesta de Púrim*

1. Muerto Jerjes, el reino pasó a su hijo Cyrus, a quien los griegos llaman Artajerjes<sup>[193]</sup>. Poco faltó para que, bajo su gobierno, pereciera todo el pueblo judío, con sus esposas e hijos. Más adelante indicaremos la causa, pues conviene en primer lugar exponer lo referente al rey, y de cómo tomó por mujer a una judía de estirpe real que salvó a nuestro pueblo. Artajerjes, después de haber recibido el reino, nombró desde la India hasta Etiopía ciento veintisiete sátrapas, y en el año tercero de su reinado invitó a un gran banquete a los amigos, a los pueblos de Persia y a sus jefes, como convenía a un rey que quería dar una muestra de sus riquezas; duró ciento ochenta días. Luego agasajó en Susa durante siete días a los pueblos de las provincias y a sus embajadores.

El festín estaba organizado de la siguiente forma: se construyó una sala en forma de tienda, sostenida por columnas de oro y plata, reunidas por velos de lino y púrpura, de modo que podía contener muchos miles de invitados. El servicio constaba de vasos de oro y piedras preciosas, para que fueran a la vez agradables a la vista. El rey ordenó a los servidores que no obligaran a beber una vez llenas las copas, como se estila entre los persas, sino que cada cual bebiera en la forma que le agradara. Envió también mensajeros por el reino para que anunciaran que dejando el trabajo se hicieran fiestas, celebrando su advenimiento al reino. También Vaste, la reina, celebró un banquete en el palacio con las mujeres.

El rey la quiso obligar a que se presentara ante sus convidados, para que vieran su belleza, superior a la de las demás mujeres. Pero ella, por respeto a la ley de los persas que prohíbe que las mujeres sean contempladas por extraños, no se presentó ante el rey; y, a pesar de enviarle una y otra vez mensajeros, persistió en su negativa. El rey, airado, interrumpió el banquete y llamó a siete de los persas a quienes estaba encomendada la interpretación de las leyes, y acusó ante ellos a su esposa, pretendiendo que lo había ultrajado, pues llamada varias veces al banquete, no apareció ni una sola. Pedía, pues, que declararan cómo tenía que proceder con ella de acuerdo con la ley.

Uno de los presentes, de nombre Muqueo, opinó que tal hecho no sólo era una ofensa al rey, sino a todos los persas, que correrían el peligro de ser menospreciados por sus esposas, haciéndoles la vida insoportable; pues ninguna mujer respetaría a su marido ante el ejemplo de la arrogancia de la reina al no obedecer al que gobierna a

todos. Aconsejó que se castigara gravemente tal contumacia y que luego se diera a conocer a todos lo decidido. Por consiguiente, se determinó que Artajerjes repudiara a Vaste y concediera su lugar a otra mujer.

2. El rey la amaba intensamente y le dolía la separación; pero no podía reconciliarse con ella, pues la ley se lo prohibía. Y no dejaba de lamentarse que por su capricho se hubiera puesto en tales dificultades. Por eso los amigos, al verlo sufrir de ansiedad, le aconsejaron que apartara el recuerdo de la esposa y de un amor que en nada le iba a aprovechar, y que enviara mensajeros por toda la tierra a buscar a las mujeres más hermosas; la que superara a las demás sería tomada por esposa. Con una nueva esposa se extinguiría el ansia de la otra, y la primera inclinación pasaría a la que habitara con él.

Siguió el consejo y nombró a quienes debían llevarlo a cabo: que buscaran muchachas vírgenes que se destacaran sobre las demás por su hermosura, y se las trajeran.

Se reunieron muchísimas, entre ellas una muchacha de Babilonia, huérfana de padre y madre, que estaba bajo el cuidado de su tío, llamado Mardoqueo<sup>[194]</sup>, de la tribu de Benjamín y uno de los principales de los judíos. Resultó que Ester, éste era su nombre, aventajaba a las demás en hermosura, de tal manera que por su gracia concentraba en su persona todas las miradas.

Fue confiada al cuidado de un eunuco, que la rodeó de todo lo necesario; fue perfumada con los aromas más diversos y los ungüentos más raros que pueda exigir el cuidado del cuerpo. Al mismo régimen fueron sometidas todas las jóvenes durante seis meses<sup>[195]</sup>; su número era de cuatrocientos. Cuando el eunuco consideró que las vírgenes ya estaban suficientemente preparadas, y que ya merecían pasar a la cama del rey, todos los días enviaba una de ellas para que se acostara con el rey. Éste, después de haber estado con ella, la devolvía al eunuco.

Cuando llegó el turno a Ester, se enamoró de la joven y la tomó como esposa legítima y celebró su matrimonio con ella en el año séptimo de su reinado, en el mes duodécimo que se llama adar. Luego envió a sus mensajeros, que se llaman angares, para anunciar el casamiento a todos los pueblos e invitarlos a que celebraran fiestas. Él mismo agasajó a los persas y medos y los jefes de su pueblo, en honor de su matrimonio, con banquetes que duraron un mes íntegro. Cuando recibió a Ester en el palacio, le impuso una diadema. Ella vivía con él, sin haberle revelado cuál era su raza. Su tío se trasladó de Babilonia a Susa, y todos los días pasaba frente al palacio, para informarse sobre la joven; la amaba como si fuera hija suya.

3. El rey había establecido una ley por la cual nadie, mientras él estuviera sentado en el trono, podía presentarse sin ser llamado. Hombres armados de hachas rodeaban siempre el trono, para castigar a aquellos que se presentaran sin ser llamados. El rey se sentaba teniendo en la mano una vara de oro; cuando quería perdonar a alguien que se hubiese acercado sin ser llamado, la tendía. El que llegaba a tocarla, estaba fuera de peligro. Y sobre el particular basta con estas explicaciones.

4. Poco después, los eunucos Bagatos y Teodestes conspiraron contra el rey, pero Barnabazos, servidor de uno de ellos, de raza judía, lo supo e informó al tío de la esposa del rey. Mardoqueo, por intermedio de Ester, descubrió la conspiración. El rey, atemorizado, hizo investigaciones que revelaron la verdad del hecho. Hizo crucificar a los eunucos; en cuanto a Mardoqueo, su salvador, por entonces no le dio recompensa ninguna. Se contentó con hacer inscribir su nombre a los que tenían a su cargo las memorias del reinado; luego le hizo decir que no se alejara del palacio, porque el rey lo consideraba como uno de sus más fervorosos amigos.

5. Era costumbre que tanto los persas como los extranjeros se prosternaran ante Amán, hijo de Amadates, de raza amalecita, cuantas veces éste se presentaba ante el rey, pues Artajerjes ordenó que se le tributara este honor. Pero Mardoqueo, por dignidad y por respeto a las leyes de su patria, no se prosternaba ante ningún hombre; Amán, que lo advirtió, se informó de dónde era. Cuando supo que se trataba de un judío, se indignó y le dijo que él era venerado por los persas, hombres libres, mientras que él se negaba a hacerlo, siendo esclavo.

Quiso vengarse de Mardoqueo, pero le pareció que era poco castigar a uno solo y resolvió aniquilar a todo su pueblo. Por naturaleza odiaba a los judíos, porque los amalecitas, de cuya raza procedía, habían sido destruidos por los judíos. Fue a ver al rey y formuló la acusación: que había un pueblo maligno, disperso por las diversas zonas de su imperio, extraño, insociable, que no practicaba la religión común ni se atenía a las leyes.

—Sino que —continuó—, por sus costumbres y modo de ser, está en lucha con tu pueblo y todos los demás hombres. Si quieres beneficiarte y hacerte grato a tu pueblo, extermina de raíz a esta gente; que no quede ni residuo de ella, ni aun para la cautividad o para la esclavitud.

Sin embargo, para que el rey no se perjudicara, privado de los impuestos que percibía de los judíos, Amán se comprometió a darle de sus bienes cuarenta mil talentos de plata, cuando lo ordenara. Y agregó que de muy buena gana daría esta cantidad, con tal que el país estuviera libre de esa gente miserable.

6. Después que Amán pidiera estas cosas, el rey le dejó el dinero y le entregó a los hombres, para que hiciera con ellos lo que quisiera. Amán, obtenido lo deseado, envió un edicto a todas las naciones en nombre del rey en esta forma:

«El gran rey Artajerjes escribe lo siguiente a los ciento veintisiete sátrapas, desde la India a Etiopía. A pesar de haber obtenido el dominio de muchos pueblos y extendido mi reino cuanto quise, no toleraré que se tratara soberbia o cruelmente a los súbditos, sino suave y pacíficamente, procurando que gocen de paz y justicia, y procuré de todos modos que así se hiciera de un modo firme y perpetuo. Pero Amán, quien a causa de su prudencia y justicia logró ser honrado y respetado más que todos, y que por su constante fidelidad y benevolencia ocupa el primer lugar después de mí, por el cuidado que tiene de todo lo mío, me avisó que, mezclado con todos los demás pueblos hay un pueblo inicuo que menosprecia las leyes, es irrespetuoso de las



órdenes reales, posee costumbres diferentes, odia en gran manera a la monarquía y es de ánimo maligno contra lo nuestro; por lo tanto, os ordeno que a aquellos que fueran señalados por Amán, mi segundo padre, los exterminéis con sus mujeres e hijos, sin perdonar a nadie; y que no dejéis de cumplir mis órdenes, llevados por impulsos de misericordia. Quiero que esto se cumpla en el día trece del mes doce del presente año, a fin de que nuestros enemigos pierdan la vida en un día determinado; y gocemos en adelante de una vida tranquila y pacífica».

Este edicto se anunció en todas las ciudades y regiones, para que estuvieran prestas para el exterminio de los judíos en una fecha determinada. Se preparaba también lo mismo en Susa. Entretanto el rey y Amán pasaban el tiempo en comer y beber; pero la ciudad estaba ansiosa y perturbada.

7. Mardoqueo, cuando supo lo ordenado, rasgó sus vestiduras, se cubrió con un saco y esparciéndose encima ceniza recorrió la ciudad, lamentándose de que se matara a gente que no había hecho mal ninguno. Gritando esto, llegó hasta el palacio real, y se quedó en la puerta; pues tal como estaba vestido no lo dejaron entrar. Lo mismo hicieron todos los judíos en las ciudades donde se había promulgado el decreto, llorando y lamentándose de la muerte a que se los había condenado. Cuando anunciaron a la reina que Mardoqueo estaba a la puerta del palacio con un vestido tan miserable, consternada de lo que oía, envió a alguien para que le hiciera cambiar de vestido.

Como rehusara desprenderse del saco, pues no había cesado el mal que lo había obligado a ponérselo, Ester llamó al eunuco Acrateo, que por casualidad se encontraba presente, y lo envió a ver a Mardoqueo, a fin de que se informara de la calamidad que le había acontecido, pues se entregaba al llanto y no quería deponer aquel vestido, a pesar de pedírselo ella.

Entonces Mardoqueo expuso la causa: que en todas las provincias se había promulgado el edicto contra los judíos, y le informó de la promesa de dinero con la cual Amán había obtenido el decreto del rey. Le dio una copia del decreto para que la entregara a Ester, a quien le pidió que no desdeñara solicitar al rey, y que para salvar a su pueblo se vistiera de suplicante, a fin de apartar el peligro de muerte de los judíos, pues Amán, cercano al rey por su dignidad, los había acusado, excitando su ira.

Informada Ester, mandó decir a Mardoqueo que el rey no la había llamado y que quienquiera que se le acercara sin ser llamado tenía que morir, a no ser que el rey quisiera salvarlo, extendiéndole su vara de oro. Si el rey hacía esto, aunque hubiera entrado sin ser llamado, no sólo no moriría, sino que quedaba incólume una vez obtenido el permiso.

Después que el eunuco informó a Mardoqueo de parte de Ester, le contestó que dijera a la reina que no era ocasión para pensar en su seguridad, sino en la de toda su raza; si dejaba de hacerlo, con seguridad que Dios prestaría ayuda a su pueblo, pero ella y su casa serían destruidos por aquellos de quienes tan poco se habían cuidado.

Entonces Ester, enviándole el mismo criado, ordenó a Mardoqueo que se fuera a Susa y llamara a asamblea a todos los judíos que allí estuvieren, a fin de que ayunaran por ella, absteniéndose durante tres días de toda comida y bebida. Ella con sus criadas haría lo mismo, y luego prometía que se presentaría ante el rey contra lo establecido, y si era necesario morir no rehusaba la muerte.

8. Mardoqueo, conforme con lo que había ordenado Ester, hizo que el pueblo ayunara y oró a Dios que no permitiera que su pueblo, que se encontraba en gran peligro, pereciera; que así como anteriormente había procurado su salvación y les había perdonado sus vicios y pecados, también ahora los librara de la muerte.

—Pues, dijo, no es por determinadas faltas que estamos condenados a morir sin gloria, sino que yo soy la causa de la cólera de Amán, porque no me prosterné ante él y, oh, Señor, el honor que sólo te tributo a ti no se lo tributé a él; es por eso que indignado ha imaginado esta calamidad contra los que nada hacen en contra de tus leyes.

El pueblo pidió lo mismo, orando a Dios para que mirara por su salvación y se dignara librar a los israelitas de la calamidad futura. El peligro estaba ya ante sus ojos y era inminente. Ester también rogó a Dios según el estilo de su pueblo, prosternada en el suelo y revestida con vestidos de duelo; durante tres días se abstuvo de toda comida, bebida y placeres, y pidió a Dios que se compadeciera de su suerte y que cuando se presentara ante el rey su palabra fuera persuasiva; que la hiciera aparecer más hermosa que nunca, de modo que ambos hechos mitigaran la ira del rey, en caso de que se irritara por ayudar a sus compatriotas que corrían gran peligro, y que el odio del rey se dirigiera contra aquellos que eran enemigos de los judíos los cuales, si los dejaba a su arbitrio, serían eliminados.

9. Durante tres días elevó ruegos a Dios. Luego cambió los vestidos lúgubres, y vestida y adornada como reina, se hizo acompañar por dos criadas; en una de ellas se apoyaba ligeramente, mientras que la otra la seguía levantando la cola de su vestido, extendida en el suelo; se presentó ante el rey, con el rostro ruborizado y una belleza llena de dignidad y dulzura. Pasó a su presencia, ansiosa de miedo. El rey estaba sentado en el trono revestido con las insignias reales, esto es, un vestido de variados colores, cargado de oro y piedras preciosas, y por este motivo le pareció mucho más terrible. El rey la miró duramente y con el rostro encendido en ira. La reina se inclinó débilmente, perdidas las fuerzas, en los brazos de aquellos que estaban a su lado.

El rey, creo que por designio divino, mudó su ánimo y temeroso de que a su esposa le pasara algo grave por su consternación, bajó del trono y tomándola en sus brazos probó reanimarla acariciándola y le habló dulcemente pidiéndole que tuviera valor y que nada funesto temiera por haberse presentado sin permiso, pues la ley se había dado para los súbditos, pero que, en cuanto a ella, no debía tener miedo ninguno, pues reinaba a la par de él. Dicho esto, colocó en manos de la reina el cetro y extendió la vara hacia su cuello para que se librara de todo temor, de acuerdo con la ley. Ester volvió en sí con estas señales de afecto.

—Señor, dijo, no puedo explicarte fácilmente el miedo que me ha afectado repentinamente. Cuando te vi tan grande, hermoso e imponente, me faltó el aliento y mi alma me abandonó.

Ester pronunció estas palabras tristemente, con voz lánguida y débil; entonces el rey empezó a turbarse y a angustiarse y le rogó a Ester de nuevo que se animara y esperara lo mejor y se persuadiera de que estaba dispuesto a darle la mitad del reino, si lo quisiera. Ester se limitó a pedir que fuera a comer con ella, con su amigo Amán, pues les había preparado un banquete.

El rey accedió y los dos invitados se hicieron presentes; mientras bebían, el rey dijo a Ester que pidiera lo que deseaba; nada le negaría, aunque fuera la mitad de su reino. Pero ella postergó para el día siguiente su deseo, si el rey quisiera ir a cenar con ella en compañía de Amán.

10. El rey dio su palabra, y Amán salió muy contento de haber sido él sólo invitado a cenar con Ester, pues ningún otro había recibido tal honor de parte de los reyes. Vio en el palacio real a Mardoqueo, y se indignó vehementemente en su contra; pues, a pesar de encontrarse frente a frente, no le tributó honor ninguno. Al regresar a su casa, llamó a su mujer Zaraza y a sus amigos; les narró lo muy honrado que era tanto por el rey como por la reina, pues aquel día él sólo había sido invitado a un banquete en compañía del rey, y a otro para el día siguiente.

Agregó que le desagradaba contemplar al judío Mardoqueo frente a las puertas del palacio.

Entonces Zaraza, su mujer, le sugirió que plantara un madero de cincuenta codos de altura y que al día siguiente insistiera ante el rey para que en él fuera crucificado Mardoqueo; Amán aplaudió el consejo y ordenó a sus domésticos que lo dispusieran para aplicar el suplicio. Así se hizo. Pero Dios se burló de la criminal esperanza de Amán; y como conocía lo porvenir, se alegró por el curso que seguirían los acontecimientos.

El rey durante la noche sufrió de insomnio. No queriendo pasar el tiempo ocioso, sino ocuparse en algo de importancia para su gobierno, ordenó al escriba que trajera los comentarios de las cosas realizadas por él y por los reyes, sus antepasados, y se los leyera. El escriba trajo los comentarios y leyó; se informó de que alguien que se había portado egregiamente recibió como premio una provincia, a la cual dio su nombre; otro fue recompensado con regalos; luego pasó a la conjuración de Bagatos y Teodestes, descubierta por Mardoqueo. Como el escriba se limitara a leerla y pasara luego a otros asuntos, el rey lo detuvo y le preguntó si no estaba escrito el premio que por tal hecho se le había otorgado. Respondió que nada estaba escrito; el rey le ordenó que cesara de leer, y preguntó qué hora era a los que estaban encargados de esto. Era de madrugada, respondieron; ordenó entonces que si vieran a alguno de sus amigos ante las puertas del palacio se lo anunciaran.

Sucedió que Amán se encontraba allí, pues madrugó más que en otras oportunidades con el propósito de solicitar el suplicio de Mardoqueo. Los criados

anunciaron al rey que estaba presente Amán en el atrio; dispuso que lo hicieran entrar, y le dijo:

—Puesto que sé que tú eres un amigo mío que me tiene en gran afecto, te pido me des un consejo: ¿cómo honraré, en consideración a mi magnificencia, a aquel a quien aprecio mucho?

Amán, imaginando que lo preguntaba por él, pues creía que era el único en contar con el aprecio del rey, dio el consejo que mejor le pareció. Por lo tanto, le dijo:

—Si quieres honrar en gran manera al hombre que dices tú amar, haz que suba a caballo cubierto con tu vestido, armado con un collar de oro; que lo preceda alguno de tus amigos más íntimos y que éste proclame por toda la ciudad que tal honor se otorga a aquel a quien el rey quiere reverenciar.

Y Amán fue el autor de lo que él consideraba se le iba a otorgar como premio. Este consejo agradó mucho al rey.

—Por lo tanto —dijo—, sal afuera, pues tú tienes el caballo, el vestido y el collar; busca al judío Mardoqueo, y después que lo hayas revestido con estas insignias, tomarás al caballo por la brida, y lo proclamarás por la ciudad. Pues tú —agregó— eres mi amigo más íntimo; cumple lo que con muy buen acierto me has aconsejado. Estos honores se le deben por haberme salvado la vida.

Oída esta resolución contra todo lo esperado, perturbado hasta el fondo de su alma, salió con el caballo, el vestido de púrpura y el collar. Cuando vio a Mardoqueo, cubierto con la bolsa, ante las puertas del palacio, le ordenó que se la sacara y se vistiera la púrpura. Pero él, ignorando la verdad y creyendo que se mofaba, dijo:

—Oh, malvado, ¿así te burlas de nuestras calamidades?

Pero cuando se convenció que se trataba de un premio otorgado por el rey, a causa de haberle salvado la vida al descubrir el complot de los eunucos, se vistió la púrpura que el rey llevaba de ordinario, se acomodó el collar en el cuello y subió en el caballo; así recorrió la ciudad; yendo delante Amán, quien anunciaba que esos honores se le rendían por orden del rey para proclamar la estima en que lo tenía. Después de haber recorrido la ciudad, Mardoqueo regresó junto al rey; pero Amán, avergonzado, se retiró a su casa y llorando explicó a su mujer y a sus amigos lo que le había acontecido. Le dijeron que ya no podría vengarse de Mardoqueo, pues Dios estaba en su favor.

11. En eso llegaron los eunucos de Ester a dar prisa a Amán. Sabricada, uno de ellos, vio la cruz levantada en la casa; supo por un sirviente que era para Mardoqueo, cuyo castigo Amán pediría al rey. Pero no dijo nada.

Cuando el rey, después que fue tratado magníficamente juntamente con Amán, pidió a la reina que le dijese lo que quería, fuera lo que fuere, empezó ésta a deplorar el peligro en que se encontraba su pueblo; ella y su pueblo estaban condenados a muerte, y era de esto de lo que le quería hablar. No lo habría importunado, si hubiera ordenado que los vendieran para reducirlos a dura esclavitud, pues todavía sería un mal soportable; pero ante un peligro tan grande, imploraba su justicia. Al preguntar el

rey quién había dispuesto tales cosas, acusó abiertamente a Amán quien, en su malevolencia contra los judíos, había urdido este complot. Luego, como el rey perturbado por lo que acababa de oír se fuera a pasear por el jardín, Amán empezó a rogar a Ester que le perdonara sus crímenes; se daba cuenta que corría peligro. Estaba prosternado al pie de la cama de la reina y le suplicaba; cuando el rey entró y vio esto, todavía se indignó más:

—Oh, el más perverso de todos los hombres, ¿quieres también hacer violencia a mi mujer?

Amán, aterrorizado por estas palabras, no atinó a contestar nada. Entonces el eunuco Sabucada, haciéndose presente, acusó a Amán de tener preparada en su casa una cruz para Mardoqueo; se lo había dicho un criado, cuando había ido allí para recordarle el banquete; y la cruz tenía una altura de cincuenta codos. Oído esto por el rey, decretó que el suplicio que pensara Amán para Mardoqueo se lo había preparado para sí mismo; y lo condenó a morir inmediatamente, suspendido de aquella cruz.

Este acontecimiento nos induce a admirarnos de la providencia, sabiduría y justicia de Dios; no solamente castigó la maldad de Amán, sino que hizo que la misma pena que había imaginado para otro, él mismo la sufriera; y con ello dio un ejemplo a los otros hombres de que el mal que se ha tramado contra otro se vuelve con frecuencia contra uno mismo.

12. Amán pereció en esta forma por haber abusado de los honores con que el rey lo distinguió; sus bienes fueron entregados a la reina. Luego el rey hizo llamar a Mardoqueo, pues Ester le descubrió el grado de parentesco que tenía con él, y le entregó el anillo que perteneciera a Amán. La reina también le traspasó las propiedades de Amán; suplicó al rey que librara a los judíos del peligro en que estaban de perder la vida, dándole a conocer las órdenes escritas que a todo el país enviara Amán hijo de Amadates; pues si se devastaba su patria y se hacía morir a sus conciudadanos, la vida no le sería soportable.

El rey entonces le prometió que nada se llevaría a cabo que no fuera de su agrado y que no se procedería en contra de su voluntad; le encargó que ella misma escribiera sobre los judíos lo que mejor le parecía en nombre del rey, y que luego, sellado con su sello, lo enviaría por todo el imperio; pues nadie que leyera cartas autenticadas por el sello del rey se atrevería a apartarse en lo más mínimo de lo que ordenaba.

Reunidos los secretarios reales, les ordenó que escribieran sobre los judíos a las naciones, a los procuradores y a los gobernadores de ciento veintisiete provincias desde la India hasta Etiopía. Las cartas que se escribieron eran de este tenor:

«El gran rey Artajerjes a los gobernadores y a todos aquellos que cuidan de nuestros intereses, salud. Hay muchos que por la multitud de beneficios y honores recibidos por una gran generosidad, no sólo se esfuerzan en oprimir a los inferiores, sino que no dejan de tramar el mal en contra de sus benefactores, suprimiendo la gratitud de entre los hombres, y ensoberbecidos insolentemente por la inesperada felicidad, vuelven la abundancia de sus riquezas contra aquellos de quienes recibieron

beneficios, creyendo poder escapar a la divinidad y a su justicia. De éstos, algunos que estuvieron a cargo de la administración de los asuntos públicos, animados de odios personales, han engañado al soberano de quien recibieron el poder, persuadiéndole que castigara a hombres que nada malo habían cometido, para que fueran muertos a causa de su cólera. Esto se comprueba, no por el recuerdo de hechos antiguos o por haberlo oído, sino por crímenes que audazmente han tenido lugar ante nuestros propios ojos. Por lo tanto, en adelante no daremos crédito a calumnias e incriminaciones o a otros hechos de que se nos quiera convencer, sino que juzgaremos sobre aquello de que se nos informe, para imponer castigo si el informe es exacto, y recompensando en caso contrario, guiándonos por los hechos, no por lo que se nos diga. Es así que hoy Amán, hijo de Amadates, de raza amalecita, no de sangre persa, y recibido por nosotros en hospitalidad, ha abusado de la humanidad de que hacemos partícipes a todos, de tal manera que fue llamado nuestro padre e incesantemente venerado por todos y obtuvo honores reales por voluntad nuestra; pero no supo acomodarse a tanta felicidad, ni temperarse ni atenerse bien y sabiamente a la grandeza de tanta suerte, sino que procuró privarme del reino y de la vida, a mí, de quien recibió favores, tramando con perversidad y astucia la perdición de Mardoqueo, mi benefactor y salvador, y de Ester, nuestra compañera en la vida y en el trono, pidiendo criminal e insidiosamente su muerte. Con el propósito de que al privarnos de nuestros fieles amigos, el reino pasara a manos de otros. Pero yo he comprendido que los judíos entregados a la muerte por este criminal, no son gente mala, sino al contrario, que viven de acuerdo con leyes e instituciones óptimas, consagrados al culto del Dios que me conservó el imperio a mí y a mis mayores; por lo tanto, los redimimos de toda pena, a que los sometieron las cartas antes enviadas por Amán, las cuales haréis bien en no tomar en cuenta. Al contrario, queremos que los colméis de toda clase de honores. En cuanto a aquel que tramó tal maldad en su contra hemos ordenado que lo crucificaran en la puerta de Susa con toda su familia, siendo Dios, que todo lo ve, quien les ha impuesto estos castigos. Os ordenamos que expongáis al público copias de nuestra carta, y que dejéis a los judíos vivir en paz de acuerdo con sus leyes, y que los ayudéis a tomar venganza en los momentos de prueba de aquellos que les hayan hecho violencia, el mismo día que fuera señalado para su exterminio, esto es, el día decimotercero del mes duodécimo, que se denomina adar. Pues este día que debía ser funesto para ellos, Dios dispuso que les fuera saludable. Sea un día agradable para aquellos que nos quieren bien, un recuerdo de castigo para los conspiradores. Queremos que todo pueblo y ciudad sepa que el que no cumpliera lo que está escrito será muerto a hierro y fuego. Que estas instrucciones sean conocidas por toda la extensión de nuestro imperio y que todos estén preparados para el día fijado, a fin de vengarse de sus enemigos».<sup>[196]</sup>

13. Los jinetes, encargados de llevar las cartas, emprendieron inmediatamente la marcha. Al salir Mardoqueo del palacio cubierto con vestidura real, corona de oro y adornado con el collar, los judíos de Susa, así que lo vieron de tal manera honrado

por el rey, participaron de su dicha. Además, con las cartas del rey, los judíos de las ciudades y provincias tuvieron un gran gozo y una luz de esperanza, y muchos hombres de otras razas, por temor a los judíos, se circuncidaron. Pues el día decimotercero del mes duodécimo, que los judíos llaman adar, y los macedonios distros, señalado para que perecieran los judíos, los mensajeros anunciaron que los judíos darían muerte a sus enemigos.

Los judíos fueron honrados por los sátrapas, los tiranos y los escribas reales, quienes por miedo a Mardoqueo tuvieron que comportarse prudentemente. Después que las cartas del rey se promulgaron en todas las provincias, aconteció que solamente en Susa los judíos mataron cerca de quinientos de sus enemigos. El rey comunicó a Ester el número de los muertos; en cuanto a lo que había pasado en otras partes, no lo sabía. Le preguntó qué quería que se hiciera contra sus enemigos, pues se llevaría a cabo. Ester pidió que se permitiera a los judíos matar al día siguiente a los enemigos restantes y que crucificara a los diez hijos de Amán.

Y así se ordenó a los judíos que lo hicieran, no queriendo contradecir a Ester. Por lo tanto, se reunieron el día decimocuarto del mes distros y mataron a casi trescientos de sus enemigos, sin tocar sus bienes. Además los judíos que vivían en las ciudades y otras provincias mataron a setenta y cinco mil de sus enemigos. Esta matanza tuvo lugar el día decimotercero del mes. Al día siguiente celebrese una fiesta.

También los judíos de Susa se reunieron en banquetes el día decimocuarto del mes.

Éste es el motivo por el que todavía hoy en todo el mundo los judíos celebran estos días con banquetes, enviándose mutuamente porciones. Mardoqueo escribió a los judíos que vivían en el dominio de Artajerjes que durante estos días hicieran fiesta, que se celebrara también en la posteridad, de modo que se recordara siempre. Pues ya que en aquellos días poco faltó para que fueran muertos, como lo había dispuesto Amán, obrarían rectamente si, libres de tan gran peligro y tomada venganza de sus enemigos, los observaran como festivos, dando gracias a Dios. Éste es el motivo de que los judíos recuerden estos días bajo el nombre de Frureos<sup>[197]</sup>. Mardoqueo consiguió gran crédito y honor ante el rey; participaba del poder a la par del rey y al mismo tiempo tenía la confianza de la reina. La situación de los judíos fue mucho mejor de lo que podían esperar. Y éstos son los acontecimientos transcurridos siendo rey Artajerjes.

## CAPÍTULO VII

*El sumo pontífice Juan mata a su hermano Jesús. La persecución de Bagoses.  
Sanabalet y Manasés*

1. Cuando murió el sumo pontífice Eliasib le sucedió en el cargo su hijo Judas; una vez fallecido el último, fue honrado con el cargo su hijo Juan. Esto fue causa de que Bagoses, general del ejército del segundo Artajerjes, maculara el Templo e impusiera un tributo a los judíos de cincuenta dracmas por cada cordero que sacrificaran; y esto antes de realizar los sacrificios matutinos. Pasó en esta forma.

Juan tenía un hermano llamado Jesús; a éste, Bagoses, que era su amigo, prometió entregarle el pontificado. Fiado en esto, disputando con Juan en el Templo, lo irritó a tal extremo que fue muerto por él. Era realmente un crimen atroz el cometido por Juan contra su hermano, especialmente siendo sacerdote, y tanto más atroz cuanto que ni entre los griegos ni los bárbaros<sup>[198]</sup> nunca se supo de un crimen tan cruel e impío. Pero Dios no lo pasó por alto, y por eso el pueblo fue reducido a servidumbre y el Templo profanado por los persas. Así que Bagoses, general de las tropas de Artajerjes, se informó que Juan, el pontífice de los judíos, había matado a su hermano en el Templo, hizo llamar a los judíos, y con indignación les dijo:

—¿Os habéis atrevido en vuestro Templo a cometer tan horrible crimen?

Insistió en entrar en el Templo, pero se lo impidieron. Y él dijo: —¿Quién dudará que soy más puro que aquel que en el Templo cometió una muerte? Pronunciadas estas palabras, entró en el Templo. Y ésta es la razón de que Bagoses, a raíz de la muerte de Jesús, persiguiera a los judíos durante siete años.

2. Después de la muerte de Juan, el sacerdocio pasó a su hijo Jad. Tenía éste un hermano llamado Manasés. Sanabalet, que fuera enviado como sátrapa por Darío, el último rey, y que era de raza cuteda (de la cual se originan los samaritanos), viendo que Jerusalén era una hermosa ciudad, cuyos reyes habían dado mucho que hacer a los habitantes de la Asiria y Baja Siria, de buen grado entregó en matrimonio a Manasés a su hija Nicasó, con la esperanza de que con este enlace se ganaría la benevolencia de los judíos.



## CAPÍTULO VIII

*Alejandro el Grande. Sitio de Tiro. Alejandro autoriza la construcción del templo de Garizim. Alejandro en Jerusalén*

1. Por este tiempo Filipo, rey de los macedonios, fue muerto a traición en Egea por Pausania, hijo de Ceraste, originario de la raza de los orestas. Obtuvo el reino su hijo Alejandro; éste, después que pasó el Helesponto, venció en la guerra a los capitanes de Darío en Gránico. Luego penetró en Lidia, y después de someter la Jonia y atravesar Caria, invadió Pamfilia, como se cuenta en otro lugar.

2. Los ancianos de Jerusalén, disgustados con el hermano del pontífice Jad por haber tomado esposa de otra raza, siendo de la dignidad del sumo sacerdote, se apartaron de él. Juzgaban que ese matrimonio serviría de precedente para aquellos que quisieran violar las leyes sobre elección de esposa y sería el principio de que se mezclaran con los extranjeros. Ya había sido causa de la cautividad en tiempos pasados, y de muchos otros males, el hecho de que algunos de los suyos cometiesen el delito matrimonial de elegir mujeres extranjeras. Por lo tanto, ordenaron que Manasés se divorciara de su esposa, o que no se acercara más al altar. El sumo sacerdote participaba de la indignación del pueblo y alejó a su hermano del altar.

Manasés se presentó a su suegro Sanabalet y le dijo que amaba mucho a su hija Nicasó, pero no de tal manera que quisiera verse privado de la dignidad sacerdotal, que es la máxima en su raza y que permanece siempre dentro de la misma familia. Sanabalet le prometió no sólo que le conservaría el sacerdocio, sino que le otorgaría la potestad y el honor de pontífice y que le daría poder sobre todos los países en los cuales él gobernara, con tal que conservara a su hija por esposa. Le dijo que iba a edificar un templo, similar al de Jerusalén, en el monte Garizim, que es el más alto de todos los montes de Samaria. Y esto se llevaría a cabo por decreto del rey Darío.

Manasés, seducido por estas promesas, se quedó al lado de Sanabalet, con la esperanza de que Darío le daría el pontificado, pues Sanabalet era ya anciano. Puesto que eran muchos, tanto entre los sacerdotes como entre los israelitas, los que habían contraído análogos matrimonios, se produjo una gran agitación en Jerusalén. Recurrieron todos a Manasés, pues Sanabalet le proporcionaba dinero, campos para cultivar y moradas, gratificando de todas maneras a su yerno.

3. Por aquel tiempo, informado Darío que Alejandro, después de haber pasado el Helesponto, había vencido a sus sátrapas en la batalla de Gránico y seguía avanzando, reunió un ejército de hombres a caballo y a pie, con el propósito de hacer frente al macedonio antes de que invadiera toda el Asia. Pasó el río Éufrates, atravesó el monte Tauro en Cilicia y esperó al enemigo en los límites de Cilicia, para darle batalla. Sanabalet, contento por la llegada de Darío, dijo a Manasés que se cumpliría lo prometido al regreso de Darío, una vez vencido el enemigo. Era su convicción, así

como de todos los que vivían en Asia, que los macedonios no se atreverían a luchar con Darío, a causa de la multitud de sus soldados. Pero el resultado fue muy diferente de lo que se esperaba.

El rey, en lucha con los macedonios, fue vencido; habiendo perdido gran parte de su ejército y siendo apresados su madre, esposa e hijos, escapó a Persia. Luego Alejandro marchó hacia Siria, se apoderó de Damasco y de Sidón, sitiando a Tiro. Envió cartas al pontífice de los judíos para que lo ayudara con refuerzos, que suministrara provisiones a su ejército y que le pagara a él los tributos que pagaba a Darío y se hiciera amigo de los macedonios; no se arrepentiría de ello.

El sumo sacerdote respondió a los mensajeros que él con juramentos se había comprometido con Darío a no tomar las armas en su contra, y que no lo violaría mientras Darío viviera. Oídas estas noticias, Alejandro se indignó sobremanera; y sin abandonar a Tiro, que estaba a punto de caer, amenazó que, una vez sometida, marcharía con el ejército contra el pontífice de los judíos y con el castigo que le infligiría le demostraría a quién tenía que cumplirle los juramentos. Después de un sitio más penoso todavía, se apoderó de Tiro. Ordenadas las cosas en esta ciudad, marchó contra la ciudad de los gazaenos y se apoderó de ella, al igual que del comandante de la guarnición, llamado Babemeses.

4. Sanabalet, juzgando ser propicia la ocasión, abandonó la causa de Darío, y tomando con él ocho mil de sus súbditos, se rindió a Alejandro. Lo alcanzó ocupado en el sitio de Tiro, y le dijo que le entregaría las zonas que estaban bajo su dominio y que de buen grado lo aceptaba a él en vez de Darío. Alejandro lo recibió satisfecho; en cuanto a Sanabalet, tomando confianza, expuso sus propósitos, diciendo que tenía un yerno de nombre Manasés, hermano del pontífice de los judíos, Jad, y que con él había muchos hombres de la misma raza que querían que se construyera un templo en su territorio. Añadió que era de su interés dividir a los judíos, pues si estando unidos tramaban algo, darían mucho que hacer a los reyes, como antes había acontecido con los asirios.

Y es así como, con el permiso de Alejandro, Sanabalet diligentemente edificó el templo, y nombró sacerdote a Manasés, imaginando que esto sería un gran honor para sus nietos. Luego, después de siete meses, pasados en el sitio de Tiro y dos en el de Gaza, Alejandro, una vez conquistada Gaza, determinó subir a Jerusalén. Jad, al saber esto, temió y se angustió, recordando de qué modo recibió a los macedonios y que el rey estaría indignado por la anterior negativa. Por lo tanto, ordenó al pueblo que rogara y ofreció sacrificios a Dios para que protegiera a su pueblo y lo librara de los peligros que lo amenazaban.

Como se durmiera después del sacrificio, Dios lo exhortó a que tuviera buen ánimo, que ornara la ciudad y abriera las puertas, y el pueblo con vestiduras blancas y él y los sacerdotes revestidos de sus ornamentos le salieran al encuentro, sin temer nada malo, pues Dios los protegería.

Una vez despierto se alegró en gran manera y luego de contar a otros el oráculo,

aprestó lo que en sueños se había ordenado, para recibir al rey.

5. Cuando se informó que no se encontraba muy lejos de la ciudad, salió con los sacerdotes y los laicos, y avanzó al encuentro de Alejandro con una solemnidad y dignidad que no se podían comparar con las de otros pueblos. Marchó hasta un lugar denominado Sufa. Esta palabra interpretada en griego significa Observatorio, pues desde allí se veían Jerusalén y el Templo. Los fenicios y caldeos que estaban en compañía del rey se imaginaban que éste les permitiría saquear la ciudad y encarnizarse con el pontífice, lo que parecía muy verosímil por su indignación contra el último; pero pasó todo lo contrario.

Alejandro, al contemplar desde lejos a la multitud con vestidos blancos, a cuyo frente iban los sacerdotes con túnicas de lino, y el pontífice con su vestidura de color de jacinto tejida con oro, con la tiara en la cabeza y la lámina de oro en la que estaba escrito el nombre de Dios, se acercó solo y, antes de saludar al sacerdote, veneró este nombre. Todos los judíos entonces a una voz saludaron a Alejandro y lo rodearon. Los reyes de Siria y los restantes se admiraron y sospecharon que Alejandro había perdido el espíritu. Parmenio fue el único que se le acercó y le preguntó qué pasaba, que mientras todos lo adoraban a él, él se inclinaba frente al gran sacerdote de los judíos.

—No lo adoré a él —dijo Alejandro— sino al Dios cuyo sumo sacerdocio ejerce. Lo vi en esta forma, en sueños, en Dión de Macedonia, mientras me preocupaba la forma de apoderarme de toda Asia, y me exhortó a que no dudara, y que procediera confiadamente; él conduciría mi ejército y me entregaría el imperio de los persas. Por esto, puesto que a ninguno otro vi en esta forma, ahora recordé la aparición y la exhortación. Creo que mi expedición se ha realizado por inspiración divina; es así como he vencido a Darío y me he impuesto a los persas y tendré éxito en los proyectos que elaboro en mi espíritu.

Luego que dio esta respuesta a Parmenio, entró en la ciudad, dando la derecha al pontífice y seguido de todos los sacerdotes; subió al Templo y ofreció un sacrificio a Dios, de acuerdo con lo prescrito por el sumo sacerdote y dio pruebas de gran respeto al pontífice y a los sacerdotes. Le enseñaron el libro de Daniel, en el cual se anuncia que el imperio de los griegos destruirá al de los persas; creyendo que se refería a él, satisfecho despidió a la multitud.

Los llamó de nuevo al día siguiente, y les dijo que pidieran lo que quisieran. El pontífice solicitó que se les permitiera vivir de acuerdo con sus leyes, y que cada siete años se los librara de pagar tributos; Alejandro lo otorgó. Además le pidieron que permitiera a los judíos que vivían en Babilonia y en Media que pudieran observar sus leyes; prometió que así se haría. Dijo luego a la multitud que si algunos querían agregarse a su ejército, podrían atenerse a sus costumbres, pues él estaba dispuesto a recibirlos; muchos de ellos con ánimo alegre se ofrecieron.

6. Es así como Alejandro, después de haber ordenado los asuntos en Jerusalén, pasó con su ejército a las ciudades próximas. Fue recibido amistosamente por todos;

los samaritanos, cuya capital entonces era Siquem, ciudad situada cerca del monte Garizim, en la cual moraban muchos desertores de raza judía, viendo el buen trato que Alejandro había dado a los judíos, resolvieron presentarse como judíos. Los samaritanos son de una índole, como he descrito anteriormente, que cuando a los judíos las cosas les van mal, niegan que sean parientes, con lo cual dicen la verdad; pero cuando advierten que están favorecidos, inmediatamente se jactan de su parentesco con ellos, afirmando que son consanguíneos y haciendo remontar su origen a los hijos de José, Efraím y Manasés.

Por lo tanto salieron a recibirlo no muy lejos de Jerusalén, con gran pompa y señales de sumisión. Alejandro los elogió; entonces los pobladores de Siquem se acercaron y acompañados de los soldados que había enviado Sanabalet, le pidieron que visitara a su ciudad y honrara con su presencia el templo. Se lo prometió, pero a su regreso. Como también le pidieron que los librara de pagar tributos en el año séptimo, puesto que en aquel año no sembraban, les preguntó con qué motivo formulaban tal pedido. Respondieron que eran hebreos, pero que se los llamaba sidonios; entonces les interrogó si eran judíos. Contestaron que no lo eran.

—Yo —dijo—, solamente he otorgado este privilegio a los judíos; sin embargo, a mi regreso, cuando me hayáis informado detalladamente, haré lo que me parezca bien.

Y así se despidió de los moradores de Siquem. Ordenó a los soldados de Sanabalet que fueran con él a Egipto; y allí les entregaría campos. Esto lo cumplió luego en Tebaida, confiándoles la guardia del país.

7. Después de la muerte de Alejandro, su imperio se dividió entre sus sucesores. Subsistió el templo en el monte Garizim. Siempre que alguien en Jerusalén era acusado de comer algo impuro, o de violar el sábado o de algún otro pecado, escapaba a Siquem pretendiendo que había sido castigado injustamente. Por este tiempo murió el sumo pontífice Jad, y le sucedió en el pontificado su hijo Onías.

Éstos fueron los acontecimientos de Jerusalén durante este tiempo.

## **LIBRO XII**

*Abarca un espacio de ciento setenta años*

# CAPÍTULO I

## *Los sucesores de Alejandro; sus conflictos. Ptolomeo Sóter se apodera de Jerusalén*

1. Alejandro, rey de los macedonios, después de haber sometido el imperio de los persas y arreglado los asuntos de los judíos, como ya se ha dicho, falleció. El imperio quedó dividido entre muchos: Antígono se quedó con Asia, Seleuco con Babilonia y los pueblos de alrededor, Lisímaco obtuvo el Helesponto, Casánder ocupó la Macedonia y Egipto pasó a Ptolomeo hijo de Lago. Estaban distanciados entre sí, y cada uno luchaba por su propio imperio, de modo que hubo interminables guerras; las poblaciones sufrían sus consecuencias con pérdida de la vida de muchos de sus habitantes; la Siria sometida a Ptolomeo hijo de Lago, que se denominaba Sóter, esto es Salvas ir, estaba muy lejos de adaptarse a lo que significaba el nombre.

Ptolomeo, con engaños y traiciones se apoderó de Jerusalén. Entró en Jerusalén un día sábado con el pretexto de sacrificar, sin que se lo impidieran los judíos, por no considerarlo enemigo, por no tener sospecha ninguna, y por estar entregados al descanso a causa de ser sábado; sin trabajo ninguno se apoderó, de la ciudad, y la trató de un modo cruel e inclemente. Agatarquides de Cnido<sup>[199]</sup>, que escribió sobre los sucesos de los sucesores de Alejandro, da testimonio de ello y reprocha nuestra superstición, pretendiendo que nos hizo perder nuestra libertad. Éstas son sus palabras:

«Hay un pueblo que se denomina el de los judíos que, no obstante vivir en una ciudad grande y bien fortificada, Jerusalén, se dejó caer bajo el dominio de Ptolomeo, por negarse a tomar las armas el sábado, y así, a causa de una intempestiva superstición, se sometió a un dueño cruel.»

Esto es lo que dice Agatarquides sobre nuestro pueblo. Ptolomeo, después de cautivar a muchos hombres, de las partes montañosas de Judea, en los alrededores de Jerusalén, como también de Samaria y el monte Garizim, los trasladó a Egipto. Luego, como se informara que los habitantes de Jerusalén eran muy fieles cumplidores de los juramentos y de la fe prometida, por la respuesta que dieron a Alejandro después de la derrota de Darío, puso a muchos de ellos en guarniciones, les otorgó los mismos derechos que a los macedonios y con juramento los constriñó a que fueran fieles a los sucesores que gobernarán en aquella provincia. Además, muchos judíos partieron para Egipto, estimulados en parte por la fecundidad del suelo y en parte por la liberalidad de Ptolomeo. Entre los samaritanos y los descendientes de los judíos que deseaban conservar las tradiciones patrias se promovieron discusiones, pues unos decían que el Templo de Jerusalén era santo y allí debían enviarse las víctimas para el sacrificio, mientras que los samaritanos afirmaban lo

mismo del monte Garizim.

## CAPÍTULO II

*Ptolomeo Filadelfo, por consejo de Demetrio Falero resuelve incluir en su biblioteca los libros de los judíos. Los setenta intérpretes de la ley. Razones por las cuales los escritores griegos antiguos no han escrito sobre la Biblia. Regreso de los setenta*

1. Alejandro gobernó doce años, y después de él Ptolomeo Sóter por espacio de cuarenta. Luego ascendió al trono de Egipto Filadelfo, que lo retuvo por espacio de treinta y nueve años; éste hizo traducir la ley judía y libró de la cautividad a los jerosolimitanos en número de ciento veinte mil.

Demetrio Falero, prefecto de la biblioteca real, deseaba en lo posible reunir todos los libros del orbe, comprando todo lo escrito, que hubiera tenido fama o fuera digno de estudio o agradable; en esto emulaba al rey que era también muy aficionado a los libros.

Un día le preguntó Ptolomeo cuántos miles de libros había ya reunido; respondió que tenía cerca de doscientos mil y que dentro de poco llegaría a quinientos mil. Agregó que se le había informado que entre los judíos había varios libros sobre sus leyes dignos de estudio y de la biblioteca real; pero por estar escritos con sus propias letras e idioma, sería un gran trabajo traducirlos al griego.

—Parece una escritura similar a la de los sirios y las palabras suenan de un modo semejante, pero se trata de una lengua muy diferente. Sin embargo —dijo—, nada impide que hagas traducir esos libros, pues no careces de riquezas para ello, y que los guardes en la biblioteca. El rey opinó que Demetrio le daba un muy buen consejo en su afán de reunir libros y escribió sobre el particular al pontífice de los judíos.

2. Ya un cierto Aristeo, que figuraba por su modestia entre los primeros amigos del rey, había determinado solicitarle que libertara a los judíos que se encontraban en su reino; considerando que era ocasión oportuna para ello, habló sobre el particular con los comandantes de los guardias reales, Sosibios el tarentino y Andreas, pidiéndoles su apoyo para lo que iba a solicitar al rey. Después que ofrecieron su apoyo, se presentó ante el rey y le habló en esta forma:

—No conviene, oh rey, vivir en el error y no procurar salir de él; debemos, por el contrario, buscar la verdad. Para complacerte hemos decidido no sólo copiar, sino también traducir las leyes de los judíos; pero ¿con qué derecho lo podemos hacer, cuando hay tantos judíos esclavos en tu reino? No es ajeno a tu magnificencia y liberalidad librarlos de tan gran calamidad, tanto más que el Dios que les dio las leyes, es el mismo que te ha otorgado el reino, según he deducido después de detenidas investigaciones. Tanto ellos como nosotros adoramos al Dios que todo lo ha creado, llamándolo Zen, de vivir, pues es quien otorga la vida a todos. Por lo tanto, para honrar a Dios, devuelve a su patria a los que lo honran con culto particular, para



que puedan vivir en su suelo natal. Quiero que sepas, oh rey, que no pido esto por ser de su misma raza o nacionalidad; sino que por ser todos los hombres hechura de Dios, y porque todos los que realizan el bien le son agradables, te exhorto a realizar el bien.

3. Dichas estas palabras por Aristeo, el rey lo miró sonriente.

—¿Cuántos miles crees tú —preguntó— son los que deben ser libertados?

Andreas, que se encontraba presente, respondió que no eran muchos más de cien mil.

—No es poco lo que me pides, Aristeo —dijo el rey.

Sosibios y los que estaban presentes le dijeron que era propio de su magnificencia atestiguar en esta forma su reconocimiento al Dios que le había otorgado el reino. El rey, dejándose convencer, muy contento, ordenó que cuando pagaran sus sueldos a los soldados, agregaran ciento veinte dracmas como precio por cada uno de los cautivos que tuvieran en su poder. En cuanto a las medidas que debía adoptar, dijo que promulgaría un decreto de acuerdo con los deseos de Aristeo y, sobre todo, con la voluntad de Dios; de modo que no solamente libertaría a los que fueron conducidos cautivos por su padre y su ejército, sino también a los que lo hubieran sido antes o con posteridad. Cuando se le dijo que la liberación de los cautivos costaría arriba de cuatrocientos talentos, los concedió. Se resolvió conservar copia del decreto del rey, para mostrar su generosidad. Era de este tenor:

«A todos los esclavos que aquellos que militaban con mi padre e incursionaron por Siria y Fenicia se llevaron de Judea y deportaron y vendieron, así como también a los que fueron llevados con anterioridad, y los llevados posteriormente, a todos estos esclavos dejo en libertad donde quiera que se encuentren, entregando por cada uno ciento veinte dracmas; los soldados los recibirán junto con sus sueldos, y los restantes los recibirán del tesoro real. Creo que fueron hechos cautivos en contra de la voluntad de mi padre y de la justicia; que su país fue asolado por arrogancia militar y que los soldados se han beneficiado mucho por su traslado a Egipto. Por lo tanto, teniendo en cuenta la justicia, y queriendo ejercer la misericordia con aquellos que están inicualemente oprimidos, ordeno a todos los que tienen judíos a su servicio los dejen libres por la suma señalada, y que nadie proceda dolosamente en este asunto, sino que obedezca lo ordenado. Quiero que dentro de tres días después de la publicación de este edicto, aquellos a quienes concierne declaren el número de esclavos que posean y los presenten; juzgo que se trata de una medida útil a mis intereses. El que no cumpla este edicto podrá ser denunciado por cualquiera; y sus bienes serán confiscados para el tesoro real.»

Este edicto fue leído al rey; pero no se decía nada expresamente sobre los judíos hechos cautivos antes y después de las mencionadas expediciones; el rey extendió a todos el beneficio. A fin de acelerar la distribución de los que debían ser indemnizados, ordenó que se repartiera el trabajo entre los agentes del gobierno y los banqueros reales. Así establecido, en menos de siete días se cumplió lo ordenado por

el rey, gastándose más de cuatrocientos sesenta talentos; pues los dueños exigían ciento veinte dracmas hasta por los niños, diciendo que el rey los había incluido al determinar que «por todo esclavo» se pagaría la cantidad señalada.

4. Cumplido lo cual de acuerdo con la generosidad del rey, éste encargó a Demetrio que publicara el decreto sobre los libros de los judíos. Aquellos reyes nada realizaban temerariamente, sino que procedían con gran prudencia. Por esto me ha parecido conveniente copiar el edicto y las cartas, dar la lista de los presentes enviados y el detalle de los ornamentos de cada uno de ellos, a fin de que se pueda apreciar la habilidad de cada uno de los obreros y que su admirable ejecución haga célebre a cada uno de ellos. He aquí una copia del informe:

«Al gran rey, de parte de Demetrio. Puesto que me ordenaste, oh rey, que reuniera los libros que faltaran para completar la biblioteca, y que todo esto se llevara a cabo con diligente cuidado, preocupado por esto te informo que nos faltan los libros de las leyes propias de los judíos; pues por estar escritos en caracteres hebreos y en su lengua, somos incapaces de comprenderlos. Además han sido transcritos con descuido por no haber recibido hasta ahora la atención del rey. Es necesario, pues, que tengas en tu poder ejemplares correctos, pues es una legislación llena de la más alta sabiduría y la más sincera integridad, como procedente de Dios. Los poetas y los que han escrito historia, según atestigua Hecateo de Abdera<sup>[200]</sup>, no la tienen en cuenta, como tampoco se acuerdan de aquellos hombres que conformaron sus vidas de acuerdo con sus preceptos, porque es santa y no debe ser explicada por bocas profanas. Por lo cual, si te pareciere conveniente, oh rey, escribirás al pontífice de los judíos para que te envíe seis de los más ancianos de cada una de las tribus, muy entendidos en las leyes, para que nos enseñen el sentido más claro y acorde de aquellos libros y su cuidadosa traducción.»

5. A consecuencia de este informe, el rey hizo escribir al pontífice de los judíos, Eleazar, informándole al mismo tiempo sobre la liberación de los judíos esclavos en Egipto. Le envió también cincuenta talentos de oro para la confección de cráteras, cálices y vasos y una gran cantidad de piedras preciosas. Ordenó también a los que tenían a su cargo la vigilancia de los cofres donde estaban estas piedras, que dejaran elegir a los artífices las que quisieran. Dispuso también que se entregaran cien talentos para sacrificios y demás usos del Templo. Expondré luego las obras de arte que se realizaron y cómo se hicieron, pero primeramente quiero copiar el texto de la carta enviada al pontífice Eleazar.

Éste obtuvo el pontificado en la siguiente forma. A la muerte del pontífice Onías lo sucedió su hijo Simón, el que fue denominado el Justo, tanto por su piedad hacia Dios como por su ánimo benévolo en relación con sus conciudadanos. Muerto éste, y no dejando sino un hijo todavía niño, su hermano Eleazar, de quien estamos hablando, recibió el pontificado. A éste le escribió Ptolomeo la siguiente carta:

«El rey Ptolomeo al pontífice Eleazar, salud. Habitando en mi reino muchos judíos, que fueron hechos cautivos por los persas cuando tenían el gobierno, mi padre

los honró, a algunos los colocó en la milicia con sueldos elevados, a otros, esto es, a los que con él vinieron a Egipto, les asignó las plazas fuertes, para atemorizar a los egipcios. Yo, una vez llegado al gobierno, he tratado a todos humanamente, especialmente a tus conciudadanos, de los cuales he dejado en libertad a más de cien mil que estaban en cautiverio, pagando de mis bienes su precio a los que eran sus dueños. De ellos, a los que estaban en edad de tomar las armas los enlisté en mi ejército; a otros que estaban cerca de mí, y cuya fidelidad parecía merecerlo, los incorporé a mi corte, pensando que sería ésta una ofrenda agradable a Dios, como gratitud por la benevolencia que ha tenido conmigo. También como prueba de mi afecto a los judíos de todo el mundo, he decidido hacer traducir vuestras leyes y colocarlas en mi biblioteca. Harías bien en elegir varones, seis de cada una de las tribus, de cierta edad, que por su experiencia sean entendidos en las leyes y capaces de poderlas interpretar; considero que será de mucha gloria para nosotros si llegamos a realizarlo. He enviado para que hablen contigo de estos asuntos a Andreas, jefe de mi guardia, y a Aristeo, hombres a los cuales tengo en mucha estima; les he encargado también que presenten primicias de ofrendas al Templo, y que entreguen cien talentos de plata para los sacrificios y otros usos. En cuanto a ti, será de nuestro agrado que nos escribas lo que desees.»

6. Entregadas estas cartas del rey a Eleazar, respondió lo más solícitamente que pudo:

«Eleazar, pontífice, al rey Ptolomeo, salud. Si tú, la reina Arsinoé y tus hijos estáis bien de salud, todo anda bien para mí. Me alegré muchísimo al recibir tu carta a causa de tu buen ánimo; convoqué al pueblo y se la leí, para que se conociera públicamente tu piedad. También les mostramos los veinte cálices de oro y los treinta de plata, las cinco cráteras y la mesa dedicada a la recepción de los dones consagrados, y los cien talentos para los sacrificios y demás usos, que se acostumbra a hacer en el Templo, que trajeron Andreas y Aristeo, tus muy honrados amigos, varones honestos que se distinguen por su bondad y erudición, y dignos de tu alto valor. Queremos que sepas que haremos todo lo que puede parecerte útil, aunque fuera superior al orden natural de las cosas; pues es mucho lo que te debemos por los beneficios que has dispensado a nuestros conciudadanos. De inmediato hemos ofrecido sacrificios por ti, por tu hermana, por tus hijos y por tus amigos, y el pueblo ha pedido que tus asuntos vayan de acuerdo con tus deseos, que reine la paz en tu reino y que la traducción de nuestras leyes tenga para ti el buen resultado que desees. He elegido también seis ancianos de cada una de las tribus, que te envío junto con la ley. Contamos también con que la ley, una vez traducida, nos sea devuelta por aquellos que ahora te la llevan, vigilando por su seguridad. Adiós.»

7. Ésta fue la contestación del pontífice. No me ha parecido necesario dar los nombres de los setenta ancianos que fueron enviados por Eleazar juntamente con la ley; figuraban a continuación de la carta<sup>[201]</sup>. Pero no me parece inútil describir los ricos y admirables regalos enviados a Dios por el rey, para que todos conozcan su

solicitud hacia la divinidad. Pues como el rey fue pródigo en sus donaciones, y se hizo presente para inspeccionar lo que hacían los artífices, no permitió que nada se llevara a cabo negligentemente. Expondré la magnificencia de cada uno de ellos, en cuanto me sea posible, y aunque no lo pide la historia, sin embargo lo considero conveniente para que se comprenda el buen gusto y la magnanimidad del rey.

8. Empezaré por la mesa. El rey pensó que tenía que ser de gran tamaño. Ordenó que se investigara la dimensión de la mesa que se encontraba entonces en Jerusalén, cuál era y si era posible hacer otra mayor. Cuando se informó de su tamaño y que nada impedía que fuera mayor, dijo que la quería hacer cinco veces más grande, pero que temía no fuera útil para el culto a causa de su magnitud; pues deseaba hacer regalos, que no solamente fueran admirados, sino apropiados al servicio religioso. Considerando que éste era el motivo de que se hubiera dado a la mesa una proporción reducida, no por falta de oro, determinó que no excediera a la anterior en tamaño, sino que fuera mejor por la variedad y calidad del material. Siendo de ingenio pronto a captar la naturaleza de las cosas y rápido para imaginar lo nuevo y digno de admiración, en aquellos aspectos en los que no existía una especial ordenación inventó por sí mismo y guió a los artífices; pero en cuanto a las partes de las que existían prescripciones, dispuso que se atuvieran a ellas.

9. Fue construida de oro y medía dos codos y medio de largo, uno de ancho y uno y medio de alto. Estaba rodeada por una cornisa de un palmo de anchura, ornada de un cimacio entrelazado, cuyos relieves en forma de cuerda estaban maravillosamente cincelados en sus tres lados. Siendo la mesa triangular, cada uno de los ángulos guardaba la misma disposición, de modo que aun cambiándola de sitio, presentaba el mismo aspecto ante los ojos. La parte inferior de la cornisa que miraba hacia la mesa estaba realizada hermosamente, pero la parte exterior resplandecía mucho mejor pues estaba a la vista de todos. De ahí resultaba que la arista de las dos vertientes se destacaran por ser agudas; y ningún ángulo, pues había tres, como hemos dicho, al trasladarse la mesa de lugar parecía menor. En las molduras de la cuerda cincelada engastaron simétricamente piedras preciosas que se sujetaban con abrochaduras de oro que las atravesaban. Las ramas de la cornisa expuestas a la vista, estaban decoradas en forma de óvalo hechas con piedras de singular belleza, muy semejantes en su relieve a una línea de rayos compactos, y daban la vuelta a la mesa.

Por encima de esta hilera de óvalos, los artífices cincelaron una guirnalda de frutas de toda índole: racimos de uvas pendientes, espigas enderezadas, granadas cerradas. Las piedras con que estaban hechas estas frutas correspondían a su color natural y estaban entrelazadas con oro, rodeando toda la mesa. Debajo de esta guirnalda se hizo una nueva hilera de óvalos y de rayos en relieve. La mesa, en los dos sentidos, presentaba a la vista la misma variedad y la misma prolija terminación. Mirada por cualquier lado no cambiaba la disposición de los cimacios ni de las cornisas. La cuidadosa ejecución llegaba igualmente hasta las patas. Se dispuso una lámina de oro, de cuatro dedos de espesor, a todo el ancho de la mesa; se sujetaron en

ella las patas, que enseguida fueron fijadas a la cornisa con pernos y portillos, de modo que, hacia cualquier lado que se moviera la mesa, siempre se notaba la misma novedad y riqueza en el trabajo.

Sobre la mesa esculpieron un meandro, formado con piedras preciosas de diversos colores, brillantes como estrellas, carbúnculos, esmeraldas, que resplandecían ante los ojos de los espectadores, y otras de diversas clases que se veían con sumo agrado. Alrededor del meandro se cinceló una trenza que contenía espacios libres en forma de rombos, incrustados con pedazos de cristal de roca y ámbar que por su diseño regular resultaban un encanto para los ojos. Las patas tenían capiteles en forma de lirio cuyas hojas se replegaban debajo de la mesa, mientras que las flores surgían derechamente. Descansaban sobre bases de carbúnculo, de la altura de un palmo y ocho dedos de ancho, en forma de estilóbato, que soportaban toda la carga de las patas.

Cada una de las patas ostentaba una decoración fina y delicada que representaba hiedras y sarmientos de vid con sus racimos, imitados en forma realmente veraz. Las hojas eran tan livianas y adelgazadas que temblaban al soplo del viento y daban la ilusión de ser reales, más bien que obras de arte. Los artistas se ingeniaron para dar a la mesa la forma de un tríptico, y la ligazón entre sus diversas partes era tan perfecta que era imposible ver, o aun sospechar dónde estaban las juntas. La tabla de la mesa tenía por lo menos medio codo de espesor.

Tal era esta ofrenda, testimonio de la munificencia del rey, obra admirable por la riqueza del material, por la variedad de los adornos y la exactitud de la imitación en que se empeñaron los artistas al cincelarla. El rey había cuidado que, aunque por sus dimensiones no fuera mayor que la consagrada anteriormente a Dios, la superara por el arte, la novedad y la belleza del trabajo y que fuera digna de general admiración.

10. Entre las cráteras había dos de oro, esculpidas con escamas en espiral desde la base hasta la cintura, ornadas con piedras preciosas. En la parte alta había un meandro de un cubo de altura, compuesto de piedras preciosas de varias formas; luego seguía una hilera de rayos y luego, hasta el orificio, lazos formados con rombos. Los intervalos fueron rellenos con piedras muy hermosas de cuatro dedos, en forma de cabujones. Alrededor del borde de la crátera había hojas de lirio y sarmientos de vid. Cada una de ellas tenía la capacidad de un ánfora.

Las cráteras de plata reflejaban mucho mejor que espejos, pues la imagen de los que se les aproximaba se veía lo más bien. El rey mandó también hacer treinta fialas cuyas partes de oro que no estaban ocupadas con piedras preciosas, recibieron una decoración de guirnalda de hiedra y de hojas de vid cinceladas.

Las obras de arte revelaban fuera de duda en su ejecución no sólo la admirable habilidad de los artistas, sus autores, sino también el gusto y la generosidad del rey. Ptolomeo no sólo pagó amplia y generosamente a los artífices, sino que también, dejando a un lado la administración de los negocios públicos, inspeccionó personalmente las obras. Por esto los artífices se consagraron a su trabajo con la

mayor diligencia, pues sabían con qué interés el rey seguía sus trabajos.

11. Éstas fueron las ofrendas que Ptolomeo envió a Jerusalén. El pontífice Eleazar las colocó en el Templo; agasajó a los que las trajeron, y luego de darles regalos para el rey, los despidió.

Una vez en Alejandría, el rey, conocedor de su llegada, y que con ellos habían viajado los setenta ancianos, enseguida hizo llamar a Andreas y Aristeo. Éstos le entregaron las cartas que traían del pontífice y le declararon las conversaciones que con él habían tenido. Pero él, deseoso de hablar con los ancianos que habían ido para la traducción de la Ley, ordenó que se despidiera a las otras personas que se habían presentado por diversos asuntos; procedimiento desacostumbrado en él, pues aquellos que tenían audiencia para asuntos de servicio eran recibidos al quinto día, y los embajadores al mes. Habiendo, pues, despedido a los que tenían asuntos que tratar con él, recibió a los mensajeros de Eleazar.

Cuando los ancianos estuvieron en su presencia, para entregarle los regalos que le traían de parte del pontífice y las membranas en las cuales estaban escritas las leyes con letras de oro, les preguntó por los libros. Los ancianos sacaron las membranas de sus estuches, el rey admiró su delgadez y sus costuras, invisibles por la gran perfección con la que se habían unido las hojas; les dio las gracias por haber venido, pero más agradecido estaba al que los envió y especialmente a Dios a quien pertenecían las leyes que traían consigo.

Cuando los ancianos y los que con ellos estaban desearon a una voz al rey la mayor prosperidad, el rey derramó lágrimas de alegría. Pues la naturaleza ha establecido que el mismo signo del dolor exprese la mayor alegría. Luego ordenó que se entregaran los libros a los que tenían la misión de guardarlos, abrazó a los ancianos y les dijo que había considerado conveniente hablar con ellos sobre el objeto de su misión. Agregó que el día de su llegada sería considerado insigne y que, mientras él viviera, todos los años se celebraría solemnemente. Aconteció casualmente que el día del advenimiento de los ancianos coincidió con el día de la victoria que obtuvo en el mar contra Antígono. Luego dispuso que se los considerara como sus invitados, y que se les dieran los mejores alojamientos de la ciudadela.

12. Nicanor, que era el encargado de recibir a los huéspedes, llamó a Doroteo, el intendente de servicio, y le ordenó que preparara para cada uno de ellos lo necesario para su subsistencia. El rey había dispuesto que se siguiera este sistema: para los enviados de las ciudades que tenían un régimen especial de vida, había un administrador encargado de disponer los alimentos de acuerdo con sus costumbres, de modo que los huéspedes se encontraran más satisfechos al ser atendidos de acuerdo con sus normas y no se sintieran molestos por los hábitos extranjeros. Así es como se procedió con los enviados de Eleazar, siendo el encargado de ello Doroteo, que era muy buen conocedor de todo lo perteneciente a la comida. Dispuso lo que era necesario para esta clase de recepciones y preparó para ellos dos hileras a lo largo de la mesa; por disposición del rey hizo colocar la mitad de ellos a su lado, y los

restantes en una mesa que estaba detrás de aquélla. Recostados en esta forma, el rey ordenó a Doroteo que les sirviera de acuerdo con el rito que se estilaba entre los judíos.

Por eso despidió a los heraldos sagrados, los sacrificadores y todos aquellos que de ordinario hacían las preces, y pidió a uno de los huéspedes, de nombre Eliseo, que era sacerdote, que hiciera una oración. Éste, poniéndose de pie en el medio, rogó por la prosperidad del rey y de sus súbditos. Luego todos aplaudieron y aclamaron alegremente, para dedicarse a festejar enseguida. El rey, después de un rato que juzgó suficiente, comenzó a filosofar, y propuso a cada uno de ellos un problema sobre filosofía natural. Respondían gravemente a los problemas que se les preguntaba; el rey, deleitado por estas conversaciones, los tuvo invitados durante doce días. Si se quiere alguien informar sobre lo que se dijo en este banquete, puede consultar a Aristeo, quien escribió un libro sobre el particular.

13. El rey tuvo por ellos una gran admiración, y el filósofo Menedemo dijo que la providencia lo gobierna todo, lo cual explicaba la elocuencia y la belleza de sus discursos. Luego dejaron de preguntarles. El rey decía que con su sola venida había recibido grandes bienes, pues había aprendido cómo convenía gobernar; ordenó que a cada uno de ellos se le dieran tres talentos, y que los condujeran a sus alojamientos para que descansaran.

Al cabo de tres días, bajo la dirección de Demetrio, atravesaron el muelle de siete estadios, pasaron el puente, se dirigieron hacia el norte y se reunieron en una casa construida al borde del mar, cuya soledad era apropiada para el estudio. Una vez allí, les dijo que como ya disponían de todo lo necesario para interpretar la ley, se consagraran a este trabajo. Con toda atención y celo se dieron a la tarea de traducir la ley. Se dedicaban a ello hasta la hora nona; luego se consagraban al cuidado del cuerpo; se les suministraba en abundancia todo lo que precisaban para comer, y además Doroteo les llevaba por mandato del rey muchas cosas que había preparado para sí mismo. Por la mañana iban al palacio real y saludaban a Ptolomeo; luego volvían a su alojamiento y después de haberse lavado las manos en el mar y hecho sus abluciones, se dedicaban a la versión de las leyes.

Cuando fue terminado el trabajo de traducción, en cuya tarea se emplearon setenta y dos días, Demetrio, reuniendo a todos los judíos en el lugar donde se había realizado la versión, estando también presentes los intérpretes, se dio lectura a la versión. La multitud aprobó la obra de los ancianos intérpretes de la ley, elogió también la idea de Demetrio a quien debían tantos beneficios; le pidieron que se las diera a leer también a sus jefes. Pidieron todos, los sacerdotes, los intérpretes y los jefes de la comunidad que, puesto que la versión era perfecta, que quedara tal como estaba y que jamás se cambiara. Todos elogiaron esta decisión y ordenaron que si alguien en la ley advirtiera algo superfluo o abreviado, lo examinara de nuevo, y lo corrigiera. Era ésta una sabia medida, gracias a la cual lo que una vez fuera juzgado estar bien, siempre se conservaría.

14. El rey se alegró, al comprobar que se había llevado a cabo lo dispuesto; pero su satisfacción fue mayor cuando le recitaron las leyes y admiró la inteligencia y sabiduría del legislador. Habló con Demetrio de cómo era posible que tratándose de una ley tan admirable, no la tuviera en cuenta ninguno de los historiadores y poetas. A lo cual Demetrio respondió que nadie se había atrevido a tocarla, por ser divina y augusta, y que algunos que se habían atrevido fueron heridos por la divinidad. Citó el caso de Teopompo quien intentó escribir sobre la ley y estuvo con el espíritu conturbado por más de treinta días; en los intervalos de lucidez rogaba a Dios que lo curase, sospechando de dónde procedía su insania. Además vio en sueños que esto le había acontecido por haberse aventurado a tratar las cosas divinas y ponerlas en lenguaje vulgar; de modo que, cuando desistió, su mente volvió a la normalidad. Le explicó también el caso de Teodecta, poeta trágico, el cual, según se dice, al querer en uno de sus dramas hacer mención de lo que se explica en los libros sagrados, enfermó de los ojos, de la dolencia llamada glaucoma; luego de rogar a Dios, sanó después de haber reconocido cuál era la causa de la enfermedad.

15. El rey, después de recibir los libros de Demetrio, según antes se ha dicho, los veneró y ordenó que se los cuidara diligentemente, a fin de que permanecieran en su integridad. Pidió a los intérpretes que lo visitaran con frecuencia; esto les sería de gran provecho, no sólo por el respeto con que serían tratados, sino por los regalos que les haría. Ahora era justo que los dejara marchar, pero si volvían espontáneamente, recibirían la atención que merecía su sabiduría, de acuerdo con la liberalidad real.

Se despidió de ellos después de dar a cada uno tres hermosos vestidos, dos talentos de oro, un cáliz de un talento y la cobertura de la cama en que se recostaban para comer. Éstos fueron los regalos que les dio. Por su intermedio envió al pontífice Eleazar diez camas con patas de plata con todos sus adornos, y un cáliz de treinta talentos; además diez vestidos, una tela de púrpura, una valiosa corona, cien piezas de tela de lino y, por último, fialas, platos, vasos para las libaciones y dos cráteras de oro, destinadas al Templo. También le dijo en una carta que si alguno de sus hombres quería ir a verlo, se lo permitiera, pues apreciaba en mucho poder hablar con hombres instruidos y que sería muy de su agrado gastar en esta forma sus riquezas. Esto es lo que hizo Ptolomeo Filadelfo por la gloria y el honor de los judíos.



## CAPÍTULO III

*Seleuco I. Privilegios de los judíos, respetados por Vespasiano. Antíoco II. Los judíos de Jonia y Agripa. Antíoco III conquista a Palestina*

1. Fueron también honrados por los reyes de Asia, a causa de haberlos servido en la guerra. Pues Seleuco Nicátor, en las ciudades que estableció en Asia y en la Celesiria, y aun en la misma Antioquía, capital del reino, permitió que vivieran en igualdad de derechos que los macedonios y los griegos; derecho del que disfrutaban actualmente. Sirva de ejemplo lo siguiente: los judíos no queriendo usar aceite extranjero, obtienen de los encargados de los gimnasios una suma para comprar aceite. Esta costumbre la quiso abolir en la última guerra el pueblo de Antioquía; pero Muciano, que entonces era pretor en la Siria, la mantuvo<sup>[202]</sup>.

Más adelante, siendo emperadores Vespasiano y su hijo Tito, los ciudadanos de Alejandría y Antioquía les pidieron que privaran de sus derechos a los judíos, pero no lo consiguieron. De ahí puede deducirse la equidad y magnanimidad de los romanos, especialmente de Vespasiano y Tito. Éstos, a pesar de lo duramente que tuvieron que luchar contra los judíos y del resentimiento que sentían contra ellos por no querer rendirse, pues lucharon hasta lo último, por ningún motivo quisieron que sus derechos fueran disminuidos; impusieron silencio a su cólera y a los pedidos de los pueblos de Alejandría y Antioquía, a pesar de lo importantes que son; pero no consiguieron que disminuyera su buena voluntad hacia ellos en lo más mínimo ni que accedieran al odio de los adversarios que los combatían, continuando con su benevolencia hacia los judíos, diciendo que los que se habían levantado en armas contra ellos ya habían recibido su castigo, y que sería injusto privar de sus derechos a los que no eran culpables.

2. Sabemos que Marco Agripa fomentó un afecto similar hacia los judíos. Los jonios, revolucionados contra los judíos, pidieron a Agripa que los privara del derecho de ciudadanía, el que les fuera otorgado por Antíoco, el nieto de Seleuco, a quien los griegos denominan Dios, y que sólo ellos disfrutaran del mismo; pues decían que si los judíos fueran sus compatriotas adorarían a los mismos dioses; les pusieron pleito en el particular, pero los judíos lograron que se respetaran sus derechos, patrocinándolos Nicolás de Damasco. Agripa determinó que no era lícito innovar. Si alguien quiere conocer esto con más exactitud lea al mismo Nicolás de Damasco en los libros centésimo vigesimotercero y centésimo vigesimocuarto de su Historia<sup>[203]</sup>. No hay por qué admirarse de la decisión de Agripa; pues por aquel entonces nuestro pueblo no estaba en guerra con los romanos; pero sí hay motivo para pasmarse por la magnanimidad de Vespasiano y Tito, los cuales después de soportar tantas guerras y luchas con nosotros, se portaron con tanta moderación. Pero

vuelvo a mi tema, que dejé.

3. Bajo el reinado en Asia de Antíoco el Grande, tanto los judíos como los que habitaban en la Celesiria, sufrieron muchas penalidades. Estando en guerra aquél con Ptolomeo Filópator y su hijo de nombre Epífanés, aconteció que tanto si triunfaba como si era vencido, se encontrarían en las mismas condiciones desastrosas; semejantes a una nave maltratada por la tempestad por ambos lados, estaban colocados con iguales posibilidades entre el éxito de Antíoco y las adversidades de su fortuna. Una vez vencido Ptolomeo, Antíoco ocupó Judea. Muerto Filopátor, su hijo envió un gran ejército, cuyo jefe era Scopas, contra los habitantes de la Celesiria; ocupó muchas de sus ciudades y sometió a nuestro pueblo. No mucho después Antíoco venció a Scopas en las fuentes del Jordán y aniquiló a una gran parte de sus tropas.

Luego Antíoco se apoderó de las ciudades de la Celesiria que habían caído bajo el poder de Scopas, y también de Samaria. Los judíos se entregaron espontáneamente, lo admitieron en la ciudad, le suministraron todo lo necesario para él y sus elefantes y lo ayudaron eficazmente en la lucha contra la guarnición que dejara Scopas en la fortaleza de Jerusalén. Por esto, juzgando Antíoco que merecía ser recompensada la buena voluntad de los judíos hacia él, escribió cartas a sus capitanes y amigos, refiriéndose a los grandes servicios que le habían prestado los judíos e indicando los presentes con los que había decidido recompensarlos. Agregaré una copia, pero primero quiero citar lo que dice Polibio de Megalópolis<sup>[204]</sup> en confirmación de mis palabras. En el libro decimosexto de su Historia se lee:

«Scopas, jefe de los ejércitos de Ptolomeo, dirigiéndose hacia las regiones superiores, durante el invierno sometió a los judíos.»

También en el mismo libro refiere:

«Vencido Scopas por Antíoco, éste se apoderó de Batanea, Samaria, Abila y Gadara; poco después se le sometieron los judíos que habitaban cerca del Templo llamado de Jerusalén. Mucho hay que decir sobre esto, especialmente por la celebridad del Templo, lo que haremos en otra oportunidad.»

Esto es lo que dice Polibio en su Historia. Volvamos a lo que estaba explicando, luego de copiar la carta de Antíoco.

«El rey Antíoco a Ptolomeo, salud. Puesto que los judíos, así que penetramos dentro de sus límites, nos manifestaron su buena voluntad, y nos recibieron espléndidamente dentro de su ciudad, nos salieron a recibir con su senado, y nos proveyeron abundantemente de todo, para nosotros y nuestros soldados, y nos prestaron su ayuda para eliminar a la guarnición egipcia establecida en la ciudadela; por todo esto, nos ha parecido conveniente recompensarlos, refeccionar su ciudad arruinada por los azares propios de las guerras y repoblarla, haciendo reingresar a los ciudadanos dispersos. Y ante todo decretamos proveer lo perteneciente a la religión, suministrándoles los animales necesarios para ser sacrificados, así como vino, aceite e incienso por valor de veinte mil dracmas... y artabas sagradas de flor de harina de

trigo según la costumbre de la región, mil cuatrocientos medimnos de trigo, y trescientos setenta y cinco medimnos de sal. Quiero que todo esto se les entregue, de acuerdo con lo ordenado; que se refeccione el Templo, los pórticos y cualquier otra parte que convenga arreglar. Utilícese para ello material de Judea, de otras regiones y del Líbano, y no se les imponga ningún tributo por ello. Lo mismo digo en lo referente al embellecimiento del Templo. Que los hombres de esta raza vivan de acuerdo con sus leyes paternas; que el senado, los sacerdotes, los escribas del Templo y los cantores sagrados sean exceptuados de los impuestos que les tocara por cabeza, del impuesto de la corona y de otros tributos. Y a fin de que la ciudad se pueble lo más rápidamente posible, otorgo a los que ahora habitan en ella, y a los que emigraran a la misma hasta el mes de hiperbereteo, exención de impuestos durante un trienio.

»Y en adelante, los eximimos de una tercera parte de los impuestos, a fin de resarcirlos de los daños sufridos; también ordenamos que sean dejados en libertad los que fueron sacados de la ciudad y puestos en esclavitud, ellos y sus hijos, y que se les devuelvan sus bienes.»

4. Éste era el contenido de la carta. Además, en honor del Templo Antíoco publicó por todo el reino este decreto:

«No se permita a ningún extranjero penetrar dentro del recinto del Templo prohibido a los mismos judíos, salvo aquellos que se hayan purificado de acuerdo con su ley nacional. También está prohibido introducir en la ciudad carne de caballo, de mulo, de asno salvaje o doméstico, de pantera, de zorro, de liebre y en general de todas aquellas clases de animales prohibidos para los judíos; no se podrán introducir ni las pieles de estos animales, ni tenerlos dentro de la ciudad. El que hiciera algo en contra, tendrá que pagar a los sacerdotes tres mil dracmas de plata.»

También el rey dio testimonio de su buena voluntad y confianza, cuando encontrándose en las satrapías de Asia superior, se informó de un levantamiento producido en Frigia y Lidia; ordenó entonces a Zeuxis, su general y uno de sus íntimos amigos, que trasladara a algunos de los nuestros de Babilonia a Frigia. Escribió en estos términos:

«El rey Antíoco a Zeuxis su padre, salud. Si tú estás bien de salud, me alegro; yo también estoy bien. Habiendo sabido que algunos en la Lidia y la Frigia promueven movimientos sediciosos, pensé que debía prestar al asunto la mayor atención. Después de consultar con los amigos lo que parecía más conveniente hacer, nos ha parecido indicado transferir dos mil familias judías con todo su equipo desde Mesopotamia y Babilonia a las guarniciones y lugares más importantes. Creo que han de ser buenos custodios de nuestros asuntos, tanto por la piedad que practican, como por estar informado de que a mis antepasados les dieron pruebas de fidelidad y pronta obediencia a las órdenes recibidas. Por lo tanto quiero, no obstante lo trabajoso que es, que se los traslade, con la promesa de que se les permitirá atenerse a sus leyes. Después que los transportes a los dichos lugares, les darás lugar donde edifiquen sus

casas y campo para plantar viñas, y durante diez años estarán libres de todo impuesto por los frutos de la tierra. Y hasta que no perciban los frutos de la tierra, se les distribuirá trigo para la alimentación de sus esclavos. Déseles también todo lo que puedan necesitar, a objeto de que bien tratados por nosotros se manifiesten más celosos de nuestros intereses. Procura también, en la medida de lo posible, que nadie los incomode.»

Y basta con lo dicho, para mostrar la benevolencia de Antíoco el Grande con los judíos.<sup>[205]</sup>

## CAPÍTULO IV

*Desdicha de los judíos. Intervención de José hijo de Tobías, amigo de Ptolomeo Epífanos. Alianza de los lacedemonios con el sumo sacerdote Onías*

1. Antíoco muy pronto entró en amistad con Ptolomeo y pactó con él; le dio en matrimonio a su hija Cleopatra y como dote la Baja Siria, Samaria, Judea y Fenicia. Estando divididos los impuestos entre los dos reyes, los percibían los principales de cada uno de ellos y entregaban a los reyes las cantidades establecidas. En aquel tiempo los samaritanos, favorecidos por la suerte, perjudicaron mucho a los judíos, devastando sus campos y llevándose prisioneros. Acontecía esto siendo pontífice Onías.

Habiendo fallecido Eleazar, le sucedió en el pontificado su tío Manasés; después de su muerte, lo sucedió Onías hijo de Simón, denominado el justo; este Simón era hermano de Eleazar, como dije antes. Este Onías era de ánimo sórdido y apasionado por el dinero; por esta causa no pagó el tributo por su pueblo, que era costumbre que los principales entregaran al rey, y que alcanzaba a la cantidad de veinte talentos de plata. Ptolomeo Evérgetes se indignó mucho; era el padre de Filopátor. Envió un mensajero a Onías, a Jerusalén, y lo amenazó con que si no pagaba el tributo dividiría sus campos y los entregaría a los soldados, estableciendo una colonia. Informados de esto los judíos, se atemorizaron en gran manera; pero Onías, a causa de su avaricia, no hizo el menor caso.

2. Un cierto José, joven todavía, pero ya célebre por su seriedad, prudencia y justicia entre los jerosolimitanos, hijo de Tobías y una hermana del pontífice Onías, informado por la última de la visita del legado (pues se encontraba ausente en cierto pago denominado Ficola, del cual procedía), ya en la ciudad reprendió a Onías acusándolo de no tomar en cuenta la seguridad de los ciudadanos y de ponerlos aún en peligro, al negar el dinero establecido. Había sido elegido jefe, obteniendo el honor del sumo sacerdocio, para velar por la seguridad del pueblo; pero si estaba tan ansioso de dinero que por él estaba dispuesto a que peligrara la patria y a que sus conciudadanos sufrieran hechos indignos, le aconsejaba que se presentara al rey y le suplicara que le condonara todo o parte del tributo.

Onías le respondió que no ansiaba el mando y que estaba dispuesto, en caso de que ello fuera posible, a renunciar al sumo sacerdocio, y que en ninguna forma se presentaría al rey, pues tales cosas le tenían sin cuidado; entonces José le solicitó que le permitiera asumir la legación en representación de su pueblo ante Ptolomeo. Le contestó que lo autorizaba; entonces José ascendió al Templo, y habiendo reunido al pueblo en asamblea lo exhortó a que no se perturbara y que nada temiera a causa de la negligencia de su tío, y les aconsejó que no se preocuparan más por lo porvenir. Les prometió que él iría como legado ante el rey y lo persuadiría que nada inicuo

hiciera en su contra.

Oídas estas nuevas, el pueblo las agradeció. Después que descendió del Templo, recibió en su casa como huésped al legado de Ptolomeo; y luego de ofrecerle muchos regalos y darle banquetes por espacio de varios días, lo envió de vuelta al rey, diciéndole que poco después lo seguiría.

Estaba tanto más dispuesto a presentarse ante el rey, por cuanto el legado le infundió ánimo para ello y lo incitó a ir a Egipto, comprometiéndose a interceder ante Ptolomeo en lo que pudiera, pues había quedado encantado por la liberalidad y la seriedad de conducta de José.

3. El legado, de regreso a Egipto, expuso al rey la sordidez de Onías y la bondad de José; le dijo que el último iría a Egipto para interceder ante el rey por las faltas que se reprochaban al pueblo. Elogió de tal manera al joven, que de antemano conquistó en su favor la benevolencia del rey y de su esposa Cleopatra. José envió a pedir dinero a los amigos que tenía en Samaria, preparó todo lo necesario para el viaje, vestidos, vasijas y bestias de carga, gastando en ello veinte mil dracmas, y se marchó a Alejandría.

Aconteció que, por el mismo tiempo, los principales ciudadanos de Siria y Fenicia y los magistrados se dirigieron también a Alejandría para el arriendo de los impuestos; pues anualmente el rey los otorgaba a los más poderosos de cualquier ciudad. Cuando vieron a José, se burlaron de su pobreza e indigencia. Después que éste llegó a Alejandría y fue informado que el rey se encontraba en Menfis, fue en su búsqueda. Casualmente el rey estaba en su carro con su esposa y con su amigo Atenión (el que había ido como legado a Jerusalén y fue recibido como huésped en la casa de José). Al ver a José, Atenión indicó al rey que era aquél el joven de quien le había hablado al regresar de Jerusalén, diciéndole que era un joven bueno y liberal. Ptolomeo fue el primero en saludarlo y lo invitó a subir al carro. Una vez sentado, empezó a reprochar la conducta de Onías. Pero él respondió:

—Perdónalo por razón de su vejez; pues no ignoras que la naturaleza ha dispuesto que los niños y los ancianos tengan la misma inteligencia. En cambio conseguirás lo que quieras con nosotros, que somos jóvenes, y no te daremos motivo de queja.

El rey, encantado de la gracia y los buenos modales del joven, le cobró mucho afecto, como si lo hubiera conocido de mucho tiempo antes; y lo invitó a quedarse en el palacio y a ser todos los días su invitado. Luego, cuando el rey regresó a Alejandría, los grandes de Siria, al ver a José sentado con el rey, se sintieron despechados.

4. Cuando llegó el día de adjudicar el arriendo de los impuestos, se presentaron a comprarlo los principales de las ciudades. Las ofertas por los impuestos de Siria, Fenicia y Judea con Samaria ascendieron a ocho mil talentos. Se acercó entonces José y acusó a los licitadores de haberse confabulado para ofrecer al rey un precio bajo; y declaró que él estaba dispuesto a ofrecer el doble, y que además entregaría al rey los bienes de aquellos que hubiesen incurrido en falta contra la casa real, pues estos

bienes se adjudicaban junto con los impuestos. El rey lo escuchó con satisfacción y determinó concederle los impuestos, porque obtendría mayores ingresos, pero le preguntó si podía ofrecer garantías. José respondió con buen espíritu:

—Ofreeceré personas de las cuales no podrás desconfiar.

Como el rey le preguntara quiénes eran, dijo:

—Presento como garantías, oh rey, a ti mismo y a tu esposa, cada uno por su parte.

Ptolomeo rió, y le otorgó los impuestos sin garantía. Este favor indignó muchísimo a los que habían ido a Egipto con el mismo propósito, y al verse relegados regresaron avergonzados a sus ciudades.

5. José, después de aceptar del rey dos mil soldados de infantería, pues había solicitado al rey protección por si alguien en las ciudades se atreviera a menospreciar su autoridad, y luego de pedir prestados quinientos talentos en Alejandría a los amigos del rey, se dirigió a Siria. Al llegar a Ascalón reclamó a los ascalonitas el impuesto; pero éstos no solamente no lo quisieron pagar sino que además lo insultaron. José detuvo a sus jefes, hizo matar a unos veinte, se apoderó de sus bienes, cerca de mil talentos, y los envió al rey, informándolo de lo que había hecho. Ptolomeo, admirado de su decisión, lo aprobó y le dio licencia para proceder en la forma que quisiera. Informados los sirios de lo que había acontecido a los de Ascalón, se atemorizaron; recibieron a José sin resistencia y pagaron los impuestos.

Los habitantes de Escitópolis intentaron, sin embargo, insultarlo y rehusaron pagar los impuestos que solían pagar anteriormente. Mató también a sus jefes y envió sus bienes al rey. José, luego de reunir gran cantidad de dinero, obteniendo grandes ganancias con la percepción de los impuestos, usó de las riquezas para asegurar el poder que tenía, pensando que procedería bien y sabiamente si conservara la causa de su felicidad, mediante la ayuda de aquellos de quienes la había recibido. Envío muchos dones al rey, a la reina Cleopatra y a los amigos de ambos, comprándose en esta forma su benevolencia.

6. Gozó de esta prosperidad durante veintidós años; tuvo siete de una mujer, y uno, llamado Hircano, de la hija de su hermano Solimio. El motivo de que se casara con la última fue el siguiente. Se hallaba cierta vez en Alejandría con su hermano; que estaba acompañado de una hija en edad núbil a la que quería; casar con un judío de alta posición. Durante la cena José se enamoró de una bailarina muy hermosa; se lo confesó a su hermano y le pidió que, puesto que le estaba prohibido por la ley mantener relaciones con una mujer de otra raza, lo ayudara y lo mantuviera oculto, convirtiéndose en su cómplice a efecto de satisfacer su pasión.

El hermano de buen grado le prometió que se convertiría en el cómplice de su deseo; pero durante la noche le condujo a su hija, bien adornada, y la puso en su cama. La ebriedad impidió a José advertir el cambio; se acostó con la hija de su hermano y como el hecho se repitió varias veces, cada vez la deseaba con mayores ansias. Le confesó a su hermano que su amor por la bailarina ponía en peligro su vida, pues temía que el rey no quisiera otorgársela. El hermano le aconsejó que dejara

de lado toda ansiedad y congoja y que podía tranquilamente gozar de la mujer amada y tomarla por esposa; le descubrió lo que había hecho, que había preferido perjudicar a su hija, antes que tolerar el daño de su honor. José, después de elogiar la benevolencia de su hermano, se casó con la hija de éste y de ella tuvo un hijo de nombre Hircano, como dijimos antes.

Cuando éste tenía apenas trece años ya se distinguía por su ánimo valeroso y buen ingenio, de tal manera que concitó en su contra el celo de los hermanos; era, en efecto, superior a ellos y capaz de excitar su envidia. José quiso averiguar cuál de ellos era el mejor dotado. Los envió a instruirse con los mejores maestros. Todos, con excepción de Hircano, por pereza e impaciencia regresaron, inexpertos e ignorantes.

Después de esto envió a su hijo menor, Hircano, con trescientos pares de bueyes, al desierto, a una distancia de dos días de camino, para sembrar un terreno, pero antes escondió los aparejos de los bueyes. Al llegar al sitio indicado y no encontrar los aparejos, no siguió el consejo de quienes le decían que enviara a buscarlos; pensó que no le convenía perder tiempo esperando el regreso de los que enviara e imaginó un medio superior a su edad. Mató diez pares de bueyes, distribuyó la carne entre los trabajadores, luego cortó la piel de los animales y la convirtió en correas, con las que unió los yugos; en esta forma aró la tierra, cumpliendo lo ordenado por su padre, y regresó.

El padre lo tuvo en gran aprecio por su ánimo decidido. Lo elogió muchísimo, no sólo por haber cumplido lo ordenado sino por haber hallado prestamente una solución; y lo estimó más que antes, como si él fuera el único hijo verdadero, a despecho de sus hermanos.

7. Por este tiempo se le comunicó que Ptolomeo había tenido un hijo y que todos los jefes de Siria y de las demás naciones sometidas pensaban ir a Alejandría para celebrar el nacimiento con gran solemnidad; pero a él se lo impedía la ancianidad. Indagó si alguno de sus hijos estaba dispuesto a viajar hasta donde se encontraba el rey. Los mayores rehusaron, pues decían que eran demasiado rústicos para esa clase de reuniones; y le aconsejaron que enviara a su hermano Hircano. Gustóle a José lo propuesto; llamó a Hircano y le preguntó si estaba dispuesto a presentarse ante el rey. Hircano se comprometió a ir, y dijo que no necesitaba mucho dinero, pues pensaba vivir frugalmente, de modo que le bastaría con diez mil dracmas; al padre le complació la moderación de su hijo.

Poco después Hircano aconsejó a su padre que no enviara regalos al rey, sino que le diera cartas para su procurador en Alejandría, a fin de que le suministrara dinero para comprar lo que fuera más hermoso y más rico.

El padre opinó que serían suficientes diez talentos para los regalos al rey; y elogiando al hijo por haberle aconsejado prudentemente, escribió a su administrador Arión, que estaba encargado en Alejandría de la administración de todos sus bienes, los que no eran inferiores a tres mil talentos. José enviaba el dinero que percibía desde Siria a Alejandría y, llegada la oportunidad, restaba la cantidad que tocaba al



rey en concepto de impuestos, y escribía a Arión ordenándole que la entregara.

Con las cartas en su poder Hircano marchó a Alejandría. Pero no bien se hubo marchado, sus hermanos escribieron a los amigos del rey que lo mataran.

8. Así que llegó a Alejandría, entregó las cartas a Arión. Éste le preguntó cuántos talentos necesitaba, confiando en que le pediría diez talentos, o poco más. Pero Hircano le contestó que necesitaba mil. Airado le reprochó que quería vivir lujosamente; le dijo que su padre había reunido las riquezas trabajando y resistiendo a las pasiones, y le aconsejó que siguiera su ejemplo. Terminó diciendo que sólo le daría diez talentos, y únicamente para ser empleados en regalos para el rey. El joven se indignó e hizo encerrar a Arión en la cárcel. La esposa de Arión informó a Cleopatra de lo que estaba pasando y le pidió que castigara la arrogancia del joven, pues Cleopatra apreciaba a Arión. La reina se lo contó al rey.

Ptolomeo envió mensajeros a Hircano para decirle que le sorprendía que siendo legado de su padre todavía no se hubiera presentado ante el rey, y que en cambio había mandado encarcelar al administrador; y le pidió que aclarara este asunto. Se dice que contestó al mensajero del rey que en su país existía una costumbre que prohibía al que celebraba una fiesta de nacimiento que probara las viandas antes de ir al templo a ofrecer sacrificios a Dios. Éste era el motivo de que no se hubiese presentado, pues esperaba poder ofrecerle los dones apropiados a un hombre de quien su padre tantos beneficios había recibido. En cuanto al esclavo, lo había castigado por no haber cumplido sus órdenes; pues nada importa que el dueño sea grande o chico. Si no se castigara a esa gente, agregó, «ten cuidado de que a ti mismo no lleguen tus súbditos a despreciarte». Esta respuesta hizo reír a Ptolomeo, que admiró la decisión del joven.

9. Cuando supo Arión la disposición de ánimo del rey con relación al joven y que no podía esperar ayuda de nadie, le entregó los mil talentos. Fue librado de la cárcel, y tres días después Hircano presentó sus saludos a los reyes. Éstos lo recibieron con placer y lo invitaron a su mesa en honor de su padre. Hircano visitó secretamente a los vendedores de esclavos y les compró cien jóvenes instruidos, en la flor de la juventud, a un talento cada uno, y cien muchachas por el mismo precio. Cuando fue invitado a comer con el rey, lo ubicaron en el último lugar, siendo tenido en menos, a causa de su juventud, por aquellos que estaban encargados de asignar los lugares de acuerdo con la dignidad de cada uno.

Los que participaban del banquete acumularon frente a él los huesos, después de sacarles la carne, de modo que su mesa quedó llena de huesos; Trifón, bufón del rey encargado de divertir a Ptolomeo con sus dichos durante el banquete, se acercó a la mesa del rey, instigado por los invitados, y le dijo:

—¿Ves, señor, la multitud de huesos que hay frente a Hircano? Ellos te pueden dar una idea de lo que su padre hizo con Siria: la despojó y quedó como esos huesos sin carne.

El rey se rió de lo que decía Trifón y preguntó a Hircano cómo era que tenía

tantos huesos delante.

—No es extraño, señor —contestó—. Los perros devoran la carne con huesos y todo, como han hecho éstos —y miró a los demás invitados—, que no tienen ningún hueso delante. Los hombres comen la carne y dejan los huesos, como hice yo, que soy hombre.

El rey, admirado de la agudeza de su ingenio, ordenó que lo aplaudieran, elogiándolo por haberse expresado tan graciosamente.

Al día siguiente Hircano fue a saludar a los amigos del rey y a los que tenían algún poder en la casa real, y preguntó a sus criados qué regalos ofrecerían al rey con motivo del nacimiento de su hijo. Le dijeron algunos que le entregarían doce talentos, otros que ofrecerían presentes de acuerdo con la dignidad de que disfrutaban. Simuló entonces lamentarse de no ser capaz de ofrecer dones similares, pues no disponía más que de cinco talentos para regalar.

Los criados se apresuraron a informarlo a sus dueños y éstos se alegraron pensando que José quedaría mal con el rey y caería en desgracia por la exigüidad de su regalo. Llegado el momento, aun los más ricos no ofrecieron más de veinte talentos; pero Hircano tomó a los cien muchachos y las cien muchachas que había comprado, les dio a cada uno un talento para que lo llevaran y entregó los primeros al rey y las otras a Cleopatra. Todos quedaron admirados de la suntuosidad de los regalos; además entregó a los amigos y criados del rey muchos talentos, a fin de evitar la amenaza que representaban para él, porque era a ellos a quienes sus hermanos habían escrito que lo eliminaran. Admirado Ptolomeo de la magnanimidad del joven, ordenó que pidiera lo que quisiera. Él no pidió otra cosa sino que escribiera en su favor a su padre y a sus hermanos. El rey, luego de haberlo honrado y remunerado con muchos dones, lo despidió con cartas para el padre, los hermanos y sus intendentes y procuradores.

Pero los hermanos, informados de lo que Hircano había conseguido del rey y que regresaba muy honrado, salieron a su encuentro para matarlo, sabiéndolo el padre. Éste se sentía indignado por los gastos que había hecho en regalos, sin preocuparse de sus bienes. Sin embargo, José disimuló su ira contra su hijo por miedo al rey. Trabados en lucha los hermanos con Hircano, éste mató a varios de sus hombres y a dos de sus hermanos; los demás escaparon a Jerusalén al lado de su padre. Hircano, viendo que en la ciudad nadie quería recibirlo, tuvo miedo y se retiró al otro lado del Jordán, donde se estableció, viviendo de los impuestos que impuso a los bárbaros.

10. Por este tiempo reinaba en Asia Seleuco, llamado Filopátor, hijo de Antíoco el Grande. Murió entonces José, el padre de Hircano, varón bueno y magnánimo que transformó la pobreza y parquedad en que vivía el pueblo judío en una vida más espléndida y que durante veintidós años cobró los impuestos de Siria, Fenicia y Samaria. También murió su tío Onías, dejando el pontificado a su hijo Simón. Éste también muerto, lo sucedió su hijo Onías, al cual Areo, el rey de los lacedemonios, envió legados y cartas del siguiente tenor:

«Areo, rey de los lacedemonios a Onías, salud.

»Casualmente hemos encontrado un escrito, en el cual se afirma que los judíos y los lacedemonios son de la misma raza, de la familia de Abraham. Por lo tanto, es justo que vosotros, que sois nuestros hermanos, nos indiquéis cuáles son vuestros deseos. Estamos dispuestos a satisfacerlos, pues consideramos vuestros intereses como los nuestros, y los nuestros serán comunes con los vuestros. Demóteles, el que lleva estas cartas, tiene órdenes sobre el particular. La escritura es cuadrada; el sello representa un águila apretando una serpiente.»

11. Éste era el contenido de la carta enviada por el rey de los lacedemonios. Después de la muerte de José, sus hijos provocaron discordias en el pueblo. Pues al declarar los mayores la guerra a Hircano, que era el menor, el pueblo se dividió; la mayor parte estaba con los primeros, como también el pontífice Simón, a causa del parentesco. Hircano, por lo tanto, resolvió no regresar a Jerusalén; establecido en el otro lado del Jordán, incesantemente les hacía la guerra. Mató a muchos de ellos e hizo muchos cautivos. Edificó una fortaleza muy sólida, toda de mármol blanco hasta el techo, con esculturas de animales de gran tamaño; la rodeó con una fosa grande y profunda. En el monte que había delante construyó, perforando la piedra, cuevas de varios estadios de longitud; en las mismas dispuso diversas habitaciones, para comer, dormir y estar. Instaló conductos de aguas corrientes, que constituían el encanto y el ornato de la residencia.

Las entradas de las cuevas eran de un tamaño que sólo permitía pasar a un hombre por vez; lo hizo para su seguridad; si sus hermanos lo sitiaban no correría peligro de caer en su poder. Construyó también granjas muy extensas que adornó con amplios parques. Habiendo dispuesto el lugar en esta forma, le dio el nombre de Tiro. Este lugar se encuentra entre Arabia y Judea, más allá del Jordán, no lejos de Esbonitis.

Fue dueño de esta región durante siete años, mientras reinó Seleuco en Siria. Una vez muerto éste, su hermano Antíoco, de nombre Epífanés, obtuvo el reino. Murió también Ptolomeo rey de Egipto, también denominado Epífanés, habiendo dejado dos hijos, todavía jóvenes, siendo el nombre del mayor Filométor y el del menor Fiscón.

Hircano, informado del gran poder de Antíoco, y temeroso de que hecho prisionero lo atormentara por la conducta que observara con los árabes, se dio la muerte por sus propias manos. Antíoco se apoderó de todas sus riquezas.

# CAPÍTULO V

## *Discordias entre los judíos. Expedición de Antíoco Epífanés. Se apodera de la ciudad y saquea el Templo*

1. Habiendo muerto por este tiempo Onías el sumo pontífice, el rey entregó el pontificado a su hermano Jesús, pues el hijo que dejara Onías todavía era niño. Lo tocante a este niño, lo expondremos en su debido lugar. El rey privó del sumo sacerdocio a Jesús, hermano de Onías, indignado contra él, y lo pasó a su hermano menor, de nombre Onías. Simón tuvo tres hijos, y los tres fueron pontífices, como hemos declarado. Jesús se dio el nombre de Jasón, y Onías se llamó Menelao.

Surgieron discordias entre el primer pontífice Jesús y Menelao, que posteriormente fue hecho pontífice. El pueblo se dividió; estuvieron en favor de Menelao los hijos de Tobías, pero la mayoría del pueblo se pronunció en favor de Jasón. Incapaces de oponerse al poder de los últimos, Menelao y los hijos de Tobías se refugiaron en la tierra de Antíoco, y dijeron a éste que querían atenerse a las costumbres de los griegos y a la voluntad del rey, y estaban dispuestos a abandonar las leyes y las costumbres patrias. Por lo tanto, solicitaron que los autorizara a edificar un gimnasio en Jerusalén. Obtenido el permiso, ocultaron su circuncisión, para que aun con el cuerpo desnudo parecieran griegos<sup>[206]</sup>; y en todo lo demás imitaron a los gentiles, renunciando a las costumbres patrias.

2. Antíoco, viendo que los asuntos del reino se desarrollaban de acuerdo con su voluntad, decidió realizar una expedición a Egipto, deseoso de ocuparlo, menospreciando a los hijos de Ptolomeo, demasiado débiles e incapaces de administrar un reino tan grande. Es así como con un numeroso ejército marchó a Pelusio, y luego de rodear astutamente a Ptolomeo Filométor, invadió a Egipto; llegó a las cercanías de Menfis, y luego de ocuparla, se dirigió a Alejandría para sitiarla y someter a Ptolomeo, que reinaba allí.

Sin embargo fue rechazado, no sólo de Alejandría, sino de todo el Egipto, advirtiéndole los romanos que se alejara de aquellas tierras, como ya antes hemos declarado. Expondré en detalle lo referente a este rey, que ocupó Judea y el Templo. Pues aunque ya traté de esto en mi primera obra<sup>[207]</sup>, considero necesario hacer una exposición más exacta.

3. El rey Antíoco, al regresar de Egipto por miedo a los romanos, dirigió su ejército contra la ciudad de Jerusalén; entró en la misma el año ciento cuarenta y tres del reinado de los seléucidas, y se apoderó de ella sin lucha, pues le abrieron las puertas los que eran sus partidarios. Una vez dueño de Jerusalén, mató a muchos que le eran contrarios y luego de apoderarse de gran cantidad de riquezas regresó a Antioquía.

4. Dos años después, el ciento cuarenta y cinco, el día veinticinco del mes que entre nosotros se denomina caslev, y entre los macedonios apelaios, en la olimpíada ciento cincuenta y tres, el rey con un gran ejército ascendió a Jerusalén, y simulando intenciones pacíficas, por engaño se apoderó de la ciudad<sup>[208]</sup>. No perdonó ni aun a aquellos por quienes había sido recibido; seducido por las riquezas del Templo, llevado por la codicia (pues había visto gran cantidad de ofrendas en el Templo), para saquearlo no tuvo el menor escrúpulo en romper el pacto que había hecho con ellos.

Despojó el Templo, llevándose los vasos de Dios, los candelabros de oro, el ara de oro, la mesa y los incensarios, sin dejar ni aun los velos hechos de lino y escarlata; vació los tesoros ocultos sin dejar nada, sumiendo a los judíos en una gran tristeza. Prohibió los sacrificios que se acostumbraban a hacer todos los días, saqueó toda la ciudad; mató a muchos y a otros, con sus mujeres e hijos, los redujo a la cautividad, sumando el número de cautivos cerca de diez mil. Entregó al fuego lo más hermoso de la ciudad, derribó los muros y construyó la fortaleza de la ciudad baja. Era bastante elevada y dominaba al Templo; la protegió con altos muros y torres y en ella colocó a la guarnición macedonia<sup>[209]</sup>.

La fortaleza se convirtió en el refugio de los impíos y los ímprobos, por cuya causa los ciudadanos sufrieron cruelmente. Después de haber levantado un ara en el lugar donde estaba el antiguo altar de los sacrificios, el rey sacrificó cerdos, índole de sacrificio ilegítimo y que no está de acuerdo con el culto propio de los judíos.

Obligó también a los judíos a que, olvidando el culto de su Dios, adoraran a los que él consideraba dioses; y a levantarles en las poblados y las ciudades santuarios y altares en los cuales todos los días se sacrificaban cerdos. Además les ordenó que no circuncidaran a sus hijos, amenazándolos con castigos si procedían en contra de esta orden.

Nombró también inspectores encargados de hacer cumplir lo ordenado. Muchos de los judíos, algunos espontáneamente, otros por miedo, acataron las órdenes del rey, pero los más eminentes y de ánimo elevado las despreciaron, cumpliendo los ritos de su patria sin miedo al castigo con que se amenazaba a los que no obedecían; es así como todos los días morían algunos sometidos a intensos tormentos. Heridos a latigazos y mutilados en el cuerpo, estando todavía vivos y respirando los colgaban de las cruces; sus mujeres y sus hijos, circuncidados a pesar de la prohibición del rey, eran estrangulados; suspendían a los hijos del cuello de sus padres crucificados.

Los libros sagrados o de la Ley que encontraban eran destruidos inmediatamente, y los desdichados que los habían guardado morían miserablemente.

5. Los samaritanos, ante los sufrimientos de los judíos, dejaron de afirmar que eran sus parientes, y de sostener que el templo de Garizim estaba consagrado al Dios máximo; de acuerdo con su costumbre, que antes indicamos, ahora dijeron que eran descendientes de los medos y los persas, lo que era la verdad. Enviaron, además, a Antíoco, mensajeros con una carta que decía lo siguiente:

«Los habitantes de Siquem al rey Antíoco Theos Epífanés, le comunican:

Nuestros antepasados, a causa de frecuentes pestes que hubo en esta región, se adaptaron a una vieja superstición, estableciendo la observancia del día que los judíos denominaron sabat; elevaron en el monte Garizim un templo que no dedicaron a nadie y en el cual ofrecieron sacrificios. Puesto que te ha parecido bien proceder con los judíos tal como lo exige su maldad, los servidores reales, creyendo que nosotros a causa del parentesco hacemos lo mismo, nos castigan por los mismos crímenes, a pesar de que somos sidonios de raza, lo que consta en los anales públicos. Por lo tanto, te pedimos a ti, benefactor y salvador, que ordenes a Apolonio, comandante de la región, y a Nicanor, procurador de los negocios reales, que no nos molesten, acusándonos de los mismos crímenes que cometen los judíos pues somos tan distintos de ellos en costumbres y raza; y en cuanto al templo, que no figura bajo nombre ninguno, que sea dedicado a Júpiter Heleno. Una vez hecho esto estaremos libres de molestias, y consagrados a nuestra labor podremos pagarte tributos mayores.»

Ante el pedido de los samaritanos el rey envió la siguiente carta:

«El rey Antíoco a Nicanor. Los sidonios que viven en Siquem nos enviaron la carta que incluimos aquí. Ya que a nosotros y a nuestros amigos reunidos en consejo, los legados enviados por ellos dijeron que nada tenían que ver con aquellos hechos que se consideran condenables en los judíos, y que querían vivir de acuerdo con las costumbres de los griegos, los consideramos libres de toda culpa y queremos que su templo, de acuerdo con lo solicitado, sea consagrado a Júpiter Heleno.»

Una carta del mismo estilo envió a Apolonio, comandante de la región, el cuadragésimo sexto año, el día doce del mes de hecatombeón.

## CAPÍTULO VI

*Matatías, hijo de Asmoneo, desprecia la prohibición del rey de observar las leyes nacionales, y derrota a los generales de Antíoco. Muerte de Matatías. Lo sucede Judas Macabeo*

1. Por el mismo tiempo vivía en Modim, aldea de Judea, cierto hombre de nombre Matatías, hijo de Juan, hijo de Simón, hijo de Asmoneo, sacerdote de la clase de Joarib, de Jerusalén. Tenía cinco hijos, Juan por sobrenombre Gadés, Simón llamado Mates, Judas el Macabeo, Eleazar que se decía Auran y Jonatás por sobrenombre Afo. Este Matatías se dolía con sus hijos de la situación en que se encontraban los asuntos de los judíos, el despojo del Templo y de la ciudad y los sufrimientos del pueblo, y decía que era mejor morir por las leyes patrias que vivir en la deshonra.

2. Llegaron a Modim los encargados de hacer cumplir a los judíos lo establecido por el rey; les ordenaron que celebraran el culto divino de acuerdo con lo establecido por el rey y pidieron a Matatías, que era respetado por todos los demás por su doctrina, que fuera el primero en inmolar. Dijéronle que si así lo hacía, los demás lo imitarían y sería honrado por el rey; Matatías respondió que de ninguna manera haría tal cosa, aunque todos cumplieran las órdenes de Antíoco, ya fuera por miedo o por el deseo de complacerle; ni él ni sus hijos abandonarían el culto de sus padres.

No bien terminó de hablar acercose un judío y en presencia de todos ofreció sacrificios de acuerdo con las órdenes del rey.

Matatías, indignado, y sus hijos, que llevaban espadas, se precipitaron sobre el judío y lo decapitaron; también mataron a Apeles, el prefecto real, que quería obligarlos a sacrificar, y a varios de los soldados que lo acompañaban. Habiendo destruido el ara, exclamó Matatías: —Todos aquellos que sientan celo por los ritos de nuestros padres y el culto de Dios, que me sigan.

Dicho esto se retiró con sus hijos al desierto, abandonando todos sus bienes. Fueron muchos los que lo imitaron y se fueron con él, acompañados de sus esposas e hijos, y habitaron en cuevas.

Al recibir estas nuevas, los generales del rey, con todos los soldados que había en la fortaleza de Jerusalén, siguieron a los judíos al desierto. Cuando los alcanzaron, primeramente se esforzaron por persuadirlos de que en su propio interés no los obligaran a tratarlos de acuerdo con las leyes de la guerra. Los judíos se mantuvieron en su decisión y fueron atacados el día del sabat; los quemaron tal como se encontraban en las cavernas, sin que ellos opusieran resistencia ni hicieran nada para cerrar las salidas. Por respeto al día del sabat se abstuvieron de toda violencia. No quisieron profanar el sábado, a pesar de encontrarse en apuros, porque la ley nos ordena que el día del sabat no debemos hacer nada. Murieron cerca de mil con sus mujeres e hijos.

Muchos, sin embargo, escaparon al peligro, se unieron con Matatías y lo nombraron jefe. Él les dijo que incluso el día sábado tenían que luchar. Si no lo hacían por observar la ley, se convertirían en sus propios enemigos, porque el adversario elegiría siempre ese día para atacarlos, y como no se defenderían perecerían todos sin combatir.

Los persuadió, y desde entonces quedó establecida entre nosotros la norma de luchar, incluso los sábados, cuando sea necesario.

Matatías reunió un gran ejército, destruyó las aras y mató a los culpables que pudo apresar, pues muchos, por prudencia, se habían dispersado por los pueblos vecinos. Luego ordenó que fueran circuncidados los niños que no lo hubieran sido, y expulsó a aquellos que estaban encargados de oponerse a la medida.

3. Después de haber ejercido el mando por espacio de un año, cayó enfermo. Llamó a sus hijos, y cuando los vio reunidos dijo:

—Yo, hijos míos, parto por el camino que el destino me ha designado; pero a vosotros os dejo depositarios de mi pensamiento, y os pido que lo guardéis debidamente, y tened en cuenta a aquel que os engendró y nutrió; observad los ritos de nuestros antepasados y nuestra antigua forma de gobierno, que corre peligro de desaparecer; restituidla, sin que os seduzcan aquellos que espontáneamente u obligados, la traicionan. Vosotros portaos como dignos hijos míos, superiores a toda violencia y coacción; dispuestos, si así los acontecimientos lo exigieran, a morir por la ley. Pensad que Dios, al contemplar vuestra conducta, no os olvidará; recompensando vuestra virtud, os devolverá lo que perdisteis y os restituirá la libertad de vivir, para que podáis disfrutar con toda tranquilidad de vuestras costumbres. Nuestros cuerpos son mortales y caducos, y es por el recuerdo de nuestras acciones que conseguimos la inmortalidad; inflamados en su amor quiero que aspiréis a la gloria, y dispuestos a realizar los más nobles designios no dudéis en sacrificar vuestras vidas. Os exhorto principalmente a que procedáis en forma unánime; y si alguno de entre vosotros se destacara por alguna facultad prestadle ayuda, para que cada uno se distinga en el talento de que esté dotado. Elegiréis a Simón, vuestro hermano, como vuestro padre, excelente como es en prudencia, y seguiréis sus consejos; como capitán para hacer la guerra tomaréis a Macabeo, egregio por su valor y fortaleza; él defenderá al pueblo y castigará al enemigo. Admitid a vuestro lado a los varones que practican la justicia y la piedad, y así acrecentaréis vuestra fuerza.

4. Cuando hubo dicho esto, rogó a Dios que se dignara prestarles ayuda y que restituyera a su pueblo su manera de vivir anterior; poco después murió y fue sepultado en Modim. Fue llorado y lamentado intensamente por el pueblo. Hízose cargo del gobierno su hijo Judas, llamado también Macabeo, en el año ciento cuarenta y seis. Con la decidida ayuda de sus hermanos y otros, expulsó a los enemigos de la región, condenó a morir a aquellos de sus compatriotas que violaron las costumbres paternas y purificó la tierra de toda iniquidad.



## CAPÍTULO VII

*Invasión de Apolonio. Es vencido y muerto por Judas Macabeo. Expediciones de Serón y de Gorgias; derrota y destrucción de sus ejércitos*

1. Informado de estos acontecimientos Apolonio, prefecto de Samaria, reunió un ejército y marchó contra Judas. Éste le hizo frente y lo venció, y mató a muchos enemigos; entre otros al mismo general Apolonio, a quien despojó de la espada que acostumbraba llevar. Hirió a muchos y se retiró luego de apoderarse de un gran botín en el campamento.

Serón, general del ejército de la Baja Siria, informado de que muchos se pasaban a Judas, y que éste ya había reunido un ejército suficiente para hacer la guerra, determinó marchar en su contra con sus soldados; pues pensaba que era conveniente castigar a aquellos que procedían contra las órdenes del rey. Después de reunir a los soldados que tenía consigo, a los que se agregaron muchos judíos fugitivos y renegados, marchó contra Judas; al llegar a Baitora, poblado de Judea, acampó.

Judas le salió al encuentro con el propósito de presentarle combate. Al ver a los suyos, de número reducido y extenuados por la abstinencia, pues habían ayunado, poco dispuestos para la lucha, los animó diciéndoles que la victoria no estribaba en el número elevado de soldados ni por este motivo se obtenía el triunfo, sino en la piedad hacia Dios. Sobre el particular tenían muchos ejemplos en sus mayores, los cuales al luchar por su derecho, sus leyes y sus hijos, frecuentemente habían destruido a miles de enemigos; pues la inocencia es un gran poder. En esta forma persuadió a los suyos que, menospreciando la multitud de sus enemigos, entraran a luchar contra Serón; combatió e hizo huir a los sirios. Habiendo caído su capitán, todos escaparon, como si en él hubieran depositado toda la esperanza. Judas los persiguió por la llanura y mató hasta ochocientos; los restantes se salvaron en la costa marítima.

2. Informado Antíoco de estos acontecimientos, se indignó en gran manera; reunió todas las tropas, a las cuales agregó muchos mercenarios de las islas y se preparó para invadir a Judea a principios de la primavera. Pero después de haber pagado los sueldos, vio que sus tesoros estaban vacíos. Escaseaba el dinero, pues no se pagaban los tributos a causa de diversas sediciones de los pueblos; además, la generosidad del rey hacía que los recursos fueran insuficientes. Determinó primeramente marchar contra Persia y levantar los tributos de esta región.

Dejó a un cierto Lisias encargado de los negocios, con autoridad suficiente, quien administraría las provincias desde el río Éufrates hasta los límites de Egipto y el Asia inferior, con parte de las tropas y de los elefantes. Le ordenó que educara diligentemente a su hijo Antíoco hasta su regreso, y le encargó que derrotara a Judea, redujera a sus moradores a la servidumbre, destruyera a Jerusalén y exterminara a la raza de los hebreos. Luego marchó a Persia, en el año ciento cuarenta y siete, y una

vez pasado el Éufrates ascendió a las provincias superiores.

3. Lisias eligió a Ptolomeo hijo de Dorimenes y a Nicanor y Gorgias, personajes poderosos entre los amigos del rey, y los envió a Judea con cuarenta mil soldados de infantería y siete mil de caballería. Estas fuerzas avanzaron hasta Emaús, y establecieron el campamento en la llanura. Allí se les agregaron fuerzas auxiliares de Siria y otras zonas cercanas, y muchos judíos trásfugas, así como comerciantes, dispuestos a comprar a los que iban a ser reducidos a la servidumbre, llevando consigo grillos para sujetar a los cautivos y plata y oro para comprarlos.

Judas, al contemplar el campamento de los enemigos y advertir su gran multitud, exhortó a sus soldados a que fueran valerosos y a que depositaran en Dios la esperanza de la victoria; que le suplicaran de acuerdo con la costumbre patria, vestidos con sacos, para que les diera fortaleza contra los enemigos. Habiéndolos distribuido en ciliarcas y taxiarcas, de acuerdo con la costumbre antigua, se deshizo de los que se habían casado recientemente o que se habían enriquecido últimamente, para que no lucharan con timidez a causa de su afición a la vida. Luego exhortó a sus soldados con estas palabras:

—Compañeros, no tendréis jamás una mejor oportunidad para demostrar fortaleza y menosprecio del peligro. Ahora luchando valerosamente podemos conseguir la libertad, que por su naturaleza es deseable para todos, pero todavía es más deseable para vosotros, pues con ella tendréis oportunidad de adorar a Dios en la forma debida. Los acontecimientos han llegado a tal extremo, que si recobráis la libertad, con ella renovaréis una vida feliz de acuerdo con las leyes y costumbres de nuestros antepasados; si no, si lucháis con poco ardor, tendréis que sufrir vilmente y pereceréis con toda vuestra raza. Entrad a pelear con este pensamiento. Y si recordáis que aunque no luchéis tendréis que morir igualmente y os persuadís de que luchar por objetivos como la libertad, la patria, las leyes, la piedad, proporcionan gloria eterna, os prepararéis con valor para echaros contra el enemigo mañana, a las primeras horas del día.

4. Éstas son las palabras que pronunció Judas, para animar a sus soldados. Los enemigos enviaron a Gorgias con cinco mil soldados de infantería y mil de caballería para que cayera de noche sobre el campamento de los judíos, utilizando como guías a algunos judíos trásfugas. Informado de esto el hijo de Matatías, determinó también irrumpir de noche en el campamento enemigo en el momento en que estuvieran divididas sus fuerzas. Habiendo, pues, cenado en una hora oportuna y dejado muchas hogueras en el campamento, durante toda la noche marcharon contra el enemigo, que se encontraba cerca de Emaús. Al ver Gorgias que no había nadie en el campamento, sospechando que se habían retirado por miedo y escondido en el monte, determinó buscarlos.

Judas, al amanecer, estaba a la vista del enemigo acampado cerca de Emaús, con tres mil hombres, mal armados a causa de la escasez. Cuando vio al enemigo bien fortificado en un campamento debidamente trazado, exhortó a los judíos a que no

dudaran a entrar a la lucha incluso a cuerpo desnudo, recordando que en otra oportunidad Dios, admirando su valor, los hizo salir vencedores de una multitud mayor y bien armada; luego ordenó que se tocaran las trompetas. Cayendo de improviso sobre los soldados enemigos aterrorizados y perturbados, mató a muchos que opusieron resistencia, y a los restantes los persiguió hasta Gadara y las llanuras de Idumea, Azot y Jamnia. Murieron unos tres mil.

Judas prohibió a los suyos que se apoderaran de los despojos; todavía tenían que luchar contra Gorgias y su ejército. Una vez que los hubieran vencidos, estarían en condiciones de apoderarse de los despojos, pues no tendrían ninguna otra cosa que hacer. Mientras Judas decía estas cosas a los soldados, los hombres de Gorgias vieron desde el monte al ejército que habían dejado en el campamento, disperso y en fuga, y el campamento incendiado; el humo que contemplaban desde lo alto les indicaba lo que había pasado. De modo que, ante todo esto y convencidos de que el ejército judío estaba preparado para la lucha, ellos también, aterrorizados, se dieron a la fuga.

Judas, cuando comprobó que los soldados de Gorgias habían sido vencidos sin lucha, de regreso se apoderó del botín. Se retiró con gran cantidad de oro y plata, y telas de jacinto y púrpura, contento y alabando a Dios por haberle otorgado buen éxito; pues esta victoria contribuyó mucho a la obtención de la libertad.

5. Lisias quedó confundido con el desastre de los que habían sido enviados contra los hebreos.

Al año siguiente, después de reunir sesenta mil hombres seleccionados de infantería y cinco mil de caballería, marchó contra Judea y, luego de ascender a los montes, dispuso su campamento en Betsura, pueblo de Judea<sup>[210]</sup>. Judas le hizo frente con diez mil; al ver la multitud del enemigo pidió el auxilio de Dios. Atacó la vanguardia del enemigo y la venció. Los soldados restantes fueron dominados por el terror, al saber que Judas había matado a cinco mil de los suyos. Lisias reflexionó sobre la disposición en que se encontraban los judíos, prontos a morir si no podían disfrutar de la vida con libertad; y reputando que lo que les daba fuerza era su desesperación, luego de reunir a las tropas que le quedaban regresó a Antioquía. Allí se dedicó a reclutar mercenarios, pues pensaba dirigirse contra Judas con un ejército mayor.

6. Después de haber vencido tantas veces a los generales de Antíoco, Judas convocó una asamblea. Dijo que convenía, después de haber obtenido tantas victorias, subir a Jerusalén para purificar el Templo y ofrecer los sacrificios acostumbrados. Cuando con todo el pueblo se acercó a Jerusalén, encontró el Templo desierto, las puertas incendiadas y el santuario invadido por las plantas; a la vista del espectáculo que ofrecía el Templo se lamentó en compañía de los suyos.

Ordenó a algunos de sus soldados que atacaran a los que estaban en la fortaleza, mientras él purificaba el Templo. Después de purificarlo con sumo cuidado, colocó vasos nuevos, el candelabro, una mesa, todo de oro; de nuevo suspendió velos en las puertas y puso a éstas en su lugar. Además, luego de demoler el ara de los sacrificios,

construyó una nueva de piedras no cortadas con hierro. El día veinticinco del mes de caslev, llamado por los macedonios apelaio, encendieron las luces del candelabro, el incienso humeó en el altar, colocaron los panes sobre la mesa y ofrecieron holocaustos en el nuevo altar.

Esto se realizó el mismo día que, tres años atrás, el culto sagrado había sido reemplazado por un culto impuro, adoptándose las costumbres de otros pueblos. El Templo, que había sido desolado por Antíoco, permaneció en este estado por espacio de tres años<sup>[211]</sup>; pues estos acontecimientos tuvieron lugar el día veinticinco del mes de apelaio, en la olimpíada ciento cincuenta y tres. Fue restaurado el mismo día, el veinticinco del mes de apelaio, año ciento cuarenta y ocho, olimpíada ciento cincuenta y cuatro. La desolación del Templo se realizó de acuerdo con lo predicho por Daniel cuatrocientos años antes; profetizó que los macedonios lo destruirían.

7. Judas celebró por espacio de ocho días la restauración de los sacrificios en el Templo, sin omitir señal ninguna de alegría; ofreció a sus compatriotas magníficos y espléndidos sacrificios, honrando también a Dios con himnos y salmos. Fue tan grande el gozo por la restauración de los ritos y por la libertad religiosa recuperada inesperadamente después de tanto tiempo, que establecieron por ley la conmemoración anual de la restauración del Templo. Desde entonces hasta la actualidad celebramos lo que se llama la fiesta de las Luminarias; creo que se le da este nombre porque en forma inesperada lució para nosotros la libertad.

Judas rodeó a la ciudad de murallas y construyó torres altas contra las incursiones de los enemigos, colocando en ellas guardianes; luego fortificó la ciudad de Betsura, para que sirviera de avanzada contra las agresiones del enemigo.

## CAPÍTULO VIII

*Expedición victoriosa de Judas contra los amonitas y los idumeos. Simón, hermano de Judas, derrota a los habitantes de Tiro y Ptolemáis*

1. Los pueblos vecinos, contrariados al comprobar que los judíos habían recobrado sus fuerzas, conspiraron y mataron a muchos, de los cuales se apoderaban mediante engaños y emboscadas. Judas guerreaba contra ellos de continuo y se esforzaba en impedir sus incursiones para evitar los males que ocasionaban a los judíos. En Acabratena cayó sobre los idumeos, hijos de Esaú, mató a muchos de ellos y les arrebató despojos. Luego bloqueó a los hijos de Baanos, que molestaban también a los judíos, los sitió, incendió sus torres y destruyó a los hombres. Después marchó contra los amonitas, que disponían de un ejército numeroso y poderoso, comandado por Timoteo. Los venció, se apoderó de su ciudad Jazorón y, luego de reducir a cautividad a sus mujeres e hijos, incendió la ciudad y regresó a Jerusalén.

Los pueblos vecinos, informados de que había regresado a Jerusalén, reunieron sus fuerzas en el país de Galaad contra los judíos establecidos en su territorio. Éstos se refugiaron en la plaza fuerte de Datema y enviaron mensajeros a Judas para comunicarle que Timoteo intentaba apoderarse del lugar donde se habían encerrado. Mientras Judas tomaba conocimiento de la novedad, tuvo noticia por mensajeros de Galilea de que se formaba una liga de los habitantes de Ptolemáis, Tiro, Sidón y de otros extranjeros de Galilea.

2. Judas analizó lo que convenía hacer para acudir en ayuda de ambas partes. Envío a Simón, su hermano, con tres mil hombres elegidos, a defender a los judíos que se encontraban en Galilea; él, con su otro hermano Jonatás, y con ocho mil soldados, marchó a Galaad. Dejó a José hijo de Zacarías y a Azarías al frente de lo que restaba del ejército, con la orden de guardar con todo cuidado a Judea y de no luchar con nadie antes de su regreso.

Simón, una vez llegado a Galilea, atacó al enemigo y lo puso en fuga; persiguió a los fugitivos hasta las puertas de Ptolemáis y mató cerca de tres mil de ellos; luego de apoderarse de sus despojos y de librar a los judíos que tenían en cautividad y su bagaje, se retiró.

3. Judas Macabeo y su hermano Jonatás pasaron el Jordán, y a tres días de camino encontraron a los nabateos que venían con intenciones amistosas, y que les dieron noticias sobre los judíos que se encontraban en Galaad y los males que los afligían, muchos de ellos obligados a servir en las fortalezas y pueblos del país; les aconsejaron que se apresuraran a marchar contra los extranjeros y que hicieran todo lo posible para vengar a sus conciudadanos.

Convencido Judas, marchó por el desierto, cayendo primeramente sobre los habitantes de Betsura; una vez conquistada esta ciudad, mató a todos los varones en

edad de combatir e incendió la ciudad. Ya de noche, no dejó de luchar, aprovechando para dirigirse a la fortaleza donde se encontraban los judíos sitiados por Timoteo con su ejército. Llegó en las primeras horas de la mañana, en el momento en que el enemigo daba el asalto, aproximando escaleras a los muros y usando máquinas de asalto. Ordenó que tocaran la trompeta y exhortó a sus soldados a que se sometieran valerosamente a los peligros por sus hermanos y parientes; dividió sus tropas en tres partes y atacó la retaguardia enemiga. Los soldados de Timoteo, al saber que quien los atacaba era el Macabeo, cuyo valor y éxito en las batallas ya antes habían experimentado, de inmediato se dieron a la fuga. Pero Judas los persiguió con su ejército, mató a unos ocho mil y, desviándose, se apoderó de Male, pueblo extranjero, mató a todos los varones e incendió la población. Desde allí marchó contra Casfota, Bosor y otras muchas poblaciones de los galaaditas.

4. Poco después Timoteo reunió un gran ejército y recibió a muchos en su ayuda e incluso persuadió a los árabes mediante regalos que se le unieran; les hizo atravesar el torrente que está en frente de Rafón, un poblado, y exhortó a los soldados a que si, por casualidad, se toparan con los judíos, lucharan reciamente y les impidieran el paso del torrente; pues si llegaban a pasarlo, serían vencidos.

Pero Judas, informado de que Timoteo se estaba preparando para la lucha, reuniendo todas sus tropas se dirigió contra el enemigo, atravesó el torrente y cayó sobre ellos; mató a los que se resistían. Los demás, atemorizados, abandonaron las armas y se dieron a la fuga.

Algunos de los que escaparon se refugiaron en el templo que se encontraba en Carnain, con la esperanza de que así estarían a salvo. Pero Judas se apoderó de la ciudad, los mató e incendió el templo y procuró de todos modos la muerte de los enemigos.

5. Después de esto, se puso en marcha acompañado de los judíos de Galaad con sus mujeres e hijos, para trasladarlos a Judea. Cuando llegó a la ciudad de Efrón, situada en su camino, sin poder desviarse hacia ningún lado y sin ánimo para retroceder, envió mensajeros para que suplicaran que les abrieran las puertas y permitieran su paso por la ciudad. Pues habían obstruido las puertas con piedras y dificultado el tránsito.

Como los de Efrón se negaron, sitió la ciudad rodeándola con sus soldados. Después de un sitio que duró un día y una noche, se apoderó de ella y se abrió paso matando a todos los varones y prendiendo fuego a la ciudad.

Fue tan elevado el número de los muertos, que tuvieron que caminar sobre los cadáveres. Después de haber atravesado el Jordán, llegaron a una gran llanura situada frente a la villa de Bezana, llamada por los griegos Escitópolis. Desde allí pasaron a Judea, tocando instrumentos y cantando con todas las señales de alegría que se estilan en estos casos para celebrar una victoria. Ofrecieron holocaustos por el feliz resultado de los acontecimientos, así como también por la seguridad del ejército, pues en esta campaña no había muerto ni un solo judío.

6. Entre tanto José hijo de Zacarías y Azarías, a quienes Judas dejara como comandantes de las tropas, mientras Simón hacía la guerra en Galilea contra los moradores de Ptolemáis, y él y su hermano Jonatás se encontraban en Galaad, ávidos de conseguir gloria por sus virtudes bélicas, con los soldados marcharon hacia Jamnia. Gorgias, que estaba al frente de la guarnición de Jamnia, los combatió; perdieron dos mil hombres y escaparon hacia los límites de Judea. Sufrieron este desastre, por no haber cumplido lo que les ordenara Judas, esto es que no lucharan con nadie, antes de que llegara él.

A más de sus condiciones militares, hay que admirar en Judas su perspicacia, que le hizo comprender la derrota a que estarían expuestos José y Azarías, si se apartaban lo más mínimo de sus órdenes. Pero Judas y sus hermanos no dejaron de proseguir la guerra contra los idumeos, a quienes acosaron por todos lados. Luego que se apoderaron de la ciudad de Hebrón y destruyeron sus fortificaciones, incendiaron las torres, asolaron el territorio extranjero y la villa de Marisa. Después, una vez en Azot, la tomaron y saquearon. Llevando consigo muchos de los despojos regresaron a Judea.

## CAPÍTULO IX

*Muere en Persia Antíoco Epífanés. Antíoco Eupátor ataca a los judíos con Lisias. Judas es sitiado en el Templo. Paz honorable*

1. Por este tiempo el rey Antíoco, en expedición por las regiones superiores del país, supo que en Persia había una ciudad, de nombre Elimáis, célebre por sus riquezas, y que en la misma existía un templo, dedicado a Diana, muy opulento y lleno de ofrendas de toda índole; que había también allí armas y corazas que, según la fama, había dejado Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia. Estimulado por estas noticias, se apresuró a trasladarse a Elimáis, y acercándose con el ejército la sitió.

Pero sus esperanzas resultaron frustradas, pues los que estaban en ella, lejos de atemorizarse por su venida y por el sitio, resistieron valerosamente. Lo rechazaron y saliendo de la ciudad, lo persiguieron; en su fuga se refugió en Babilonia, luego de perder gran parte del ejército.

Estando todavía angustiado por el mal cariz que tomaban sus empresas, le comunicaron que los jefes que había enviado a luchar contra los judíos también habían sido derrotados y que aumentaban las fuerzas de los judíos. Apremiado por noticias tan adversas, enfermose de ansiedad. Como la enfermedad durara largo tiempo y aumentaran los tormentos, pensando que iba a morir, convocó a los amigos; les dijo que padecía una grave enfermedad y que ello se debía al hecho de haber maltratado a los judíos, despojando el Templo y menospreciando a Dios. Dichas estas cosas, expiró.

No puede menos de admirarme que Polibio de Megalópolis, por otra parte un honesto varón, diga que Antíoco murió por haber querido despojar el templo de Diana. Pues el propósito de hacerlo, sin haberlo llevado a cabo, no era digno de castigo. Pues si a Polibio le parece que Antíoco falleció por este motivo, es mucho más verosímil que la verdadera causa fuera el robo sacrílego del Templo de Jerusalén. Pero sobre este problema no quiero entrar en discusión con aquellos que consideran que el motivo de la muerte de Antíoco presentada por el megalopolitano se acerca a la verdad más que la nuestra.

2. Antíoco, antes de morir, llamó a uno de sus amigos, Filipo, y le confió la custodia del reino; le entregó la diadema, el vestido y el anillo con la orden de entregarlos a su hijo, suplicándole que vigilara su educación y le conservara el reino. Antíoco falleció en el año ciento cuarenta y nueve. Lisias, después de anunciar al pueblo su muerte, declaró rey a su hijo Antíoco, que estaba a su cargo, y lo llamó Eupátor.

3. Durante este tiempo los guardas de la fortaleza de Jerusalén y los tráfugas judíos causaron muchos perjuicios a los judíos. Los que subían al Templo con el propósito de ofrecer sacrificios, eran inmediatamente perseguidos y muertos por los



soldados, pues la ciudadela dominaba al Templo. En vista de lo que acontecía, Judas decidió quitar de en medio la fortaleza, y luego de convocar a todo el pueblo la sitió resueltamente. Esto aconteció en el año ciento cincuenta de los seleúcidas. Preparó máquinas adecuadas y levantó terraplenes y puso todas sus fuerzas para apoderarse de la fortaleza.

Pero muchos prófugos que se encontraban en ella, salieron de noche y, reuniendo a algunos impíos como ellos, se dirigieron al rey Antíoco, pidiéndole que no los abandonara, pues estaban sufriendo muy duramente de parte de sus conciudadanos; y esto lo sufrían a causa de su padre, por haber abandonado la religión nacional y seguir la que él había establecido. Ahora corrían el peligro de que Judas y los que con él estaban se apoderaran de la fortaleza y de la guarnición que en ella el rey había establecido, si no les procuraban ayuda.

Cuando oyó esto el joven Antíoco se encolerizó, reunió a sus capitanes y amigos y les ordenó que juntaran mercenarios y los varones que en el reino estaban en edad para entrar en la milicia.

Y formó un ejército de cien mil soldados de infantería, veinte mil de caballería y treinta y dos elefantes<sup>[212]</sup>.

4. El rey salió de Antioquía con estas tropas juntamente con Lisias, quien tenía el mando del ejército. Una vez en Idumea, ascendió a Betsura, ciudad muy bien protegida y difícil de tomar; la rodeó e inició el asedio. Pasó mucho tiempo en este sitio, pues los de Betsura resistían valerosamente y, con incursiones, incendiaban las máquinas de guerra.

Judas, informado de la expedición del rey, cesó en el sitio de la ciudadela; salió al encuentro del rey y dispuso su campamento a la entrada de los desfiladeros en el lugar que se denomina Betzacaria, a una distancia de setenta estadios del enemigo.

El rey, abandonando Betsura, condujo el ejército hacia los desfiladeros, contra el campamento de Judas. Desde las primeras horas de la mañana dispuso sus tropas para el combate. En vista de que no podía ordenar los elefantes en una línea, por lo angosto del lugar, los dispuso uno tras otro. Rodeaban a cada uno de los elefantes mil soldados de infantería y quinientos de caballería; los elefantes llevaban torres muy altas y arqueros. En cuanto al resto de las tropas las hizo subir por los lados de las colinas, estando al frente de las mismas sus amigos.

Ordenó al ejército que gritara fuertemente, y así se lanzó contra el enemigo, haciendo levantar los escudos de oro y hierro, a fin de que produjeran abundantes reflejos. El eco de los montes respondía a los gritos.

Pero no se consternó el ánimo de Judas a la vista de todo esto, sino que resistiendo fuertemente el ímpetu de los enemigos, mató a seiscientos de ellos, los primeros que se le acercaron. Eleazar, su hermano, al que llamaban Auran, al ver que uno de los elefantes era mayor que los otros y que llevaba corazas de lujo real, sospechando que en él se encontraba el rey, se dirigió impetuosamente en su contra. Después de matar a muchos que estaban cerca del elefante y de alejar a otros, se

ubicó bajo su vientre y con repetidas heridas, lo mató; pero el animal, cayendo sobre Eleazar, con su peso lo aplastó. Así murió este varón, después de haber exterminado a muchos enemigos.

5. En cuanto a Judas, cuando se dio cuenta del poderío del enemigo, se refugió en Jerusalén, preparándose para sufrir el asedio 1. Antíoco envió parte del ejército al sitio de Betsura y con el resto marchó a Jerusalén. Los habitantes de Betsura, aterrorizados por la multitud del enemigo y luego de comprobar que les faltarían recursos, se rindieron bajo juramento de que no les causaría ningún daño. Antíoco, una vez que se apoderó de la ciudad, se limitó a echarlos desarmados de la misma, en la que estableció su guarnición.

Pero el sitio del Templo de Jerusalén le llevó mucho tiempo, por la resistencia que ofrecían los que se encontraban dentro de él. A cada una de las máquinas que el rey dirigía en su contra, ellos respondían con otras para contrarrestarlas. A los sitiados empezaron a faltarles recursos, estando agotadas sus provisiones de trigo, pues no habían cultivado la tierra en aquel año por ser un año séptimo durante el cual, de acuerdo con nuestras costumbres, la tierra descansa, y no se siembra. Muchos de los asediados, por la indigencia en que se encontraban, escaparon; finalmente fueron pocos los que quedaron en el Templo.

6. Ésa era la situación de los sitiados en el Templo. Lisias, comandante de las tropas, y el rey Antíoco, informados que Filipo venía desde Persia con la intención de tomar el poder, convinieron en que, abandonando el asedio, marcharían contra Filipo; pero determinaron ocultar esta decisión tanto a los jefes como a los soldados. El rey ordenó a Lisias que hablara a los jefes, sin mencionar para nada a Filipo, sino que expresara que el sitio duraría mucho tiempo pues se trataba de un lugar muy bien fortificado, que pronto el ejército carecería de víveres y que, por otro lado, había mucho que hacer en el reino. Por lo tanto, sería mucho mejor pactar con los sitiados y estar en buenos términos con toda aquella gente, y dejar que se atuvieran a sus propias leyes, cuya privación era causa de la guerra. La propuesta de Lisias agradó tanto a los jefes como a los soldados.

7. Entonces el rey envió mensajeros a Judas y a los que estaban sitiados con él, les ofreció la paz y la libertad de vivir de acuerdo con las leyes patrias. Aceptada la propuesta y confirmadas las promesas con juramento, los sitiados salieron del Templo.

Pero Antíoco, al penetrar en el Templo vio que se trataba de un lugar muy bien fortificado; violó su juramento y ordenó al ejército que destruyera y arrasara sus muros.

Después volvió a Antioquía, llevando consigo a Onías, llamado Menelao. Pues Lisias había aconsejado al rey que matara a Menelao, si quería que los judíos se aquietaran y no le creasen dificultades; pues el sumo sacerdote había sido el responsable de todo, por haber persuadido al padre del rey que obligara a los judíos a abandonar el culto de sus antepasados. El rey envió, pues, a Menelao a Berea, en

Siria, y lo hizo matar, después de haber estado diez años en el pontificado; era un hombre malo e impío el cual, para poder ejercer el poder, obligó al pueblo a violar las leyes tradicionales.

Después de la muerte de Menelao fue elegido pontífice Alcimo, también conocido como Jacimo. El rey Antíoco encontró que Filippo era ya dueño del poder; le declaró la guerra, lo hizo prisionero y lo mató. Pero Onías, hijo del pontífice, que, como va hemos dicho, fue dejado de lado a causa de su poca edad, después de la muerte de su padre, al ver que el rey, después de haber muerto a su tío Menelao, había entregado el sumo pontificado a Alcimo, que no era de la familia sacerdotal, siguiendo el consejo de Lisias de que pasara ese honor a otra familia, Onías escapó a la tierra de Ptolomeo, rey de Egipto. Fue recibido honrosamente por él y por su esposa Cleopatra, a quienes pidió le cedieran lugar en la provincia de Heliópolis, para construir un templo similar al de Jerusalén. Pero trataremos este asunto oportunamente.

## CAPÍTULO X

*Báquides, general de Demetrio, hace una expedición contra los judíos, sin resultado. Nicanor, enviado después de Báquides, es aniquilado con su ejército*

1. Por este tiempo Demetrio hijo de Seleuco, prófugo en Roma, luego de ocupar la ciudad de Trípoli en Siria, se impuso la diadema, y con ayuda de soldados y mercenarios ocupó el palacio real, con agrado de todos los que se le sometieron. Antíoco y Lisias fueron capturados y entregados vivos a Demetrio, quien ordenó que los mataran inmediatamente. Antíoco había reinado dos años, como ya lo hemos dicho.

Se le unieron también muchos judíos prófugos e impíos, acompañados por el pontífice Alcimo, y acusaron a todo el pueblo, y a Judas y sus hermanos. Dijeron que éstos habían eliminado a los amigos de Demetrio y a todos los que confiaban en él; que a ellos los habían expulsado de su propia tierra obligándolos a peregrinar por países extraños, y le pidieron que enviara a alguno de sus amigos para que le informara de lo que había hecho Judas.

2. Demetrio, irritado, envió a Báquides, amigo del rey Antíoco Epífanes, hombre de prestigio, gobernador de toda la Mesopotamia; le entregó tropas, le recomendó al sumo sacerdote Alcimo, y le ordenó que aniquilara a Judas y a los que estaban con él.

Báquides salió de Antioquía con su ejército; ya en Judea, envió mensajeros a Judas y a sus hermanos ofreciéndoles hacer con ellos la paz y establecer amistad. Su propósito era apoderarse de Judas por la astucia. Pero Judas no le dio crédito, porque lo vio acompañado por un ejército demasiado grande, más apto para la guerra que para la paz.

Pero algunos del pueblo creyeron lo que decían los mensajeros de parte de Báquides; confirmados en su opinión por Alcimo, su conciudadano, quien les aseguró que no les iba a acontecer nada malo, se pasaron a su lado; con juramentos de que no los dañarían ni a ellos ni a los que estaban de su parte, lograron su sumisión.

Pero Báquides, sin cuidarse de su juramento, mató a seiscientos de ellos; con lo cual hizo desistir a los demás que pensaban hacer lo mismo. Báquides se alejó de Jerusalén y se estableció en un suburbio denominado Betzeto; y envió a buscar y apresar a muchos tráfugas y a algunos del pueblo y los mató a todos. Ordenó que todos los que se encontraran en aquella región obedecieran a Alcimo, con quien dejó soldados para que lo ayudaran en la vigilancia de la provincia. Él se marchó a Antioquía a reunirse con Demetrio.

3. Alcimo hizo todo lo posible para afirmarse en el gobierno. Comprendió que gobernaría con mayor seguridad, si lograba la benevolencia del pueblo; por eso se esforzó en conquistarlo mediante hábiles discursos, a fin de halagarlos y atraerlos. Es así como en poco tiempo logró organizar un poderoso ejército, en su mayoría con

judíos tráfugas e impíos; a la vez empleó a sus servidores y soldados para asesinar a todos los partidarios de Judas que encontraba.

Judas, al ver que se acrecentaba el poder de Alcimo y que había muerto a muchos de sus seguidores, hombres buenos y piadosos, él por su parte también empezó a salir por la región a matar a los partidarios de Alcimo.

Viendo Alcimo que no podía resistir a Judas y considerando que sus fuerzas eran inferiores, determinó pedir ayuda a Demetrio. Fue, pues, a Antioquía e indispuso en gran manera al rey contra Judas, acusando a éste de haberle hecho mucho daño, y previniendo que le haría muchísimo más si no tomaba la delantera enviando contra él un poderoso ejército.

4. Demetrio, pensando que sería peligroso para sus asuntos permitir que aumentara el poder de Judas, envió a Nicanor, el más abnegado y fiel de sus amigos (el que lo había acompañado cuando escapó de Roma), con un ejército suficiente, a su parecer, para luchar contra Judas, y con la orden de que no perdonara a ninguno de sus partidarios. Nicanor, una vez en Jerusalén, pensó que no le convenía luchar inmediatamente, sino tratar de apoderarse de él con engaños. Le transmitió mensajes pacíficos, diciéndole que no había razón para que lucharan y resolvieran sus diferencias con las armas, y que por su parte estaba dispuesto a darle con juramento garantías de seguridad. Por eso había ido acompañado de amigos, para expresarle las intenciones de Demetrio y su opinión sobre su pueblo.

Hechas estas promesas de Nicanor por intermedio de sus legados, Judas y sus hermanos, que estaban dispuestos a darles crédito sin sospechar que se trataba de un engaño, recibieron a Nicanor con su ejército. Nicanor saludó a Judas y durante la conversación hizo una señal a los suyos para que se apoderaran de él. Judas lo advirtió, salió corriendo y se unió con los suyos.

Nicanor, viendo que se habían descubierto sus intenciones, decidió hacer la guerra abiertamente contra Judas. Reunió a su ejército y lo organizó para la lucha, atacándolo cerca de la aldea de Cafarsalama, derrotándolo y obligándolo a refugiarse en la fortaleza de Jerusalén<sup>[213]</sup>.

5. En cierta ocasión en la que descendió de la ciudadela para ir al Templo, algunos sacerdotes y ancianos encontraron a Nicanor, lo saludaron y le mostraron los sacrificios que decían iban a ofrecer por el rey. Nicanor respondió con blasfemias y los amenazó con que, si el pueblo no le entregaba a Judas, destruiría el Templo a su regreso. Después de estas amenazas salió de Jerusalén. Pero los sacerdotes, angustiados por lo que había dicho, prorrumpieron en lágrimas y suplicaron a Dios que los librara de las manos de sus enemigos. Nicanor se trasladó de Jerusalén a cierto lugar llamado Bezorón, donde acampó; allí se le unió otro ejército procedente de Siria.

Judas acampó en Adasa, otro pueblo situado a una distancia de treinta estadios de Bezorón, no disponiendo sino de mil hombres. Los exhortó valerosamente a que no se afligieran por la multitud del enemigo, y que no pensarán contra cuántos tenían

que luchar, sino quiénes eran ellos y qué esperaban a cambio de la lucha y, por lo tanto, que marcharan animosamente contra el enemigo.

Trabados en acerba lucha, Judas venció al adversario y mató a muchos enemigos, incluso al mismo Nicanor que cayó después de luchar denodadamente. Muerto Nicanor se dispersó el ejército; puesto que habían perdido al jefe, arrojaron las armas y escaparon. Judas los persiguió haciendo una gran matanza; los toques de trompetas avisaban a los pueblos vecinos que hostigaran al enemigo. Los que se encontraban en estos pueblos salían armados, y frente a frente mataban al enemigo, de modo que no escapó ni uno solo, a pesar de que el ejército constaba de nueve mil hombres.

Esta victoria se logró el día trece del mes que los judíos denominan adar y los macedonios distro. Todos los años en este día ofrecen sacrificios y lo consideran festivo. Desde este tiempo el pueblo judío descansó de la guerra y gozó de paz, pero luego volvió a la lucha y a los peligros.

6. Queriendo el pontífice Alcimo derribar el muro viejo construido por los santos profetas, fue castigado por Dios. Sin voz cayó al suelo y después de sufrir por espacio de varios días falleció, habiendo sido sumo pontífice durante cuatro años<sup>[214]</sup>.

Después de su muerte el pueblo entregó el sumo sacerdocio a Judas. Este, informado del poder de los romanos, que habían sometido Galia, Iberia y Cartago y que además Grecia se había reducido a su poder, triunfando sobre los reyes Perseo, Filipo y Antíoco el Grande, determinó entrar en amistad con este pueblo. Envió a Roma a sus amigos Eupolemo hijo de Juan y Jasón hijo de Eleazar; por su intermedio pidió que establecieran alianza y amistad y que escribieran a Demetrio para que no les hiciera la guerra.

Cuando los legados llegaron a Roma, el senado los recibió e informado de los motivos de su visita, aceptó la alianza propuesta. Se aprobó un decreto, del que se envió una copia a Jerusalén, guardándose el original en el Capitolio, grabado en tablas de bronce.

Decía así:

«Decreto del senado sobre la alianza y amistad con el pueblo judío. Nadie que pertenezca como súbdito a Roma hará guerra a los judíos, ni suministrará a sus enemigos trigo, naves ni dinero. Si alguien invadiera su territorio, los romanos les prestarán ayuda en lo posible. A su vez, si alguien invadiera a los romanos, los judíos darán su ayuda. Si los judíos quisieran agregar o anular alguna cláusula de este tratado, ello sea hecho con el consentimiento del pueblo romano, y todo agregado goce de autoridad.»

Este decreto fue escrito por Eupolemo hijo de Juan y Jasón hijo de Eleazar, siendo sumo sacerdote de la nación Judas y general su hermano Simón.

Y es así como se hizo la primera alianza y tratado de amistad entre romanos y judíos.

## CAPÍTULO XI

*Báquides es enviado por segunda vez a Judea, y vence. Judas muere en el combate*

1. Demetrio, cuando supo la muerte de Nicanor y el desastre del ejército que lo acompañaba, envió de nuevo a Báquides con tropas de refresco. Este, luego que saliera de Antioquía y llegara a Judea, estableció el campamento en la villa de Arbela, en Galilea. En las cavernas había muchos refugiados a los cuales sitió e hizo prisioneros. Salió de estos lugares y marchó a Jerusalén. Informado de que Judas había acampado en la villa denominada Betzeto, reunió en su contra veinte mil soldados de infantería y dos mil de caballería. Judas solamente disponía de tres mil hombres.

Cuando vieron el gran ejército de Báquides, aterrorizados escaparon del campamento, con la excepción de ochocientos hombres. Judas, abandonado por sus soldados, cuando ya estaba cerca el enemigo, sin tiempo para reunir nuevos soldados, se vio obligado a luchar contra Báquides con sólo los ochocientos que habían quedado; después que los exhortó a que sufrieran los peligros con ánimo decidido, dio orden de ir al combate. Pero ellos respondieron que no era posible luchar con un ejército tan grande, y le aconsejaron que se retirase y cuidara de su seguridad; y que luego, más adelante, cuando dispusiera de tropas peleara con el enemigo.

—Que jamás vea el sol que he dado las espaldas al enemigo —contestó Judas—. Si ha llegado la hora fatal de que tenga que morir, y es absolutamente necesario que perezca, seguiré firmemente en mi puesto. Estoy dispuesto a sufrir todo lo que pueda acontecerme, antes que deshonorar con una torpe huida mis triunfos anteriores y la gloria conquistada. Después de decir estas palabras, exhortó a los que le quedaban a que, menospreciando el peligro, lucharan contra el enemigo.

2. Entre tanto, Báquides salió de su campamento y dispuso sus tropas en esta forma: la caballería dividida en dos alas, las tropas ligeras y los arqueros precediendo a toda la falange; él se encontraba en el lado derecho. Así colocadas las tropas, ya cerca del enemigo, dio orden de que tocaran las trompetas y que los soldados a gritos iniciaran la lucha. Lo mismo hizo Judas entrando a luchar con el enemigo, peleando intensamente ambas partes. La batalla se prolongó hasta la puesta del sol; Judas, dándose cuenta de la presencia de Báquides y de que encabezaba el ejército encontrándose del lado derecho, tomó consigo a los más animosos y se precipitó contra ese lado. Atacando a los que allí estaban, disolvió su falange. Luego penetró en su interior, los puso en fuga y los persiguió hasta el monte denominado Aza.

Pero los que estaban en el lado izquierdo, viendo derrotados a los de la otra ala, persiguieron a Judas y lo rodearon, encontrándose éste en medio del enemigo. Puesto que no tenía por donde evadirse, rodeado por todas partes, se hizo fuerte con los

suyos y luchó. Después de haber muerto a un gran número de enemigos, agotado él mismo, cayó y murió. Su fin no fue menos glorioso que sus acciones realizadas anteriormente. Fallecido Judas, los que estaban con él, privados de jefe tan excelso, escaparon.

Simón y Jonatás, hermanos de Judas, mediante un tratado obtuvieron del enemigo la entrega de su cuerpo, lo trasladaron al pueblo de Modim, donde estaba enterrado en un monumento el cuerpo de su padre, y allí lo sepultaron después que el pueblo lo lloró durante varios días y lo honró con los ritos de costumbre.

Así falleció Judas, varón fuerte y valeroso, quién recordando las órdenes de su padre Matatías estuvo dispuesto a sufrirlo todo por la libertad de sus compatriotas. Dotado de tanta virtud, dejó glorioso recuerdo y fue muy honrado, habiendo conseguido la libertad de su pueblo al que arrebató de la servidumbre de los macedonios. Murió después de haber sido pontífice durante tres años.



# LIBRO XIII

*Contiene un período de ochenta y dos años*

# CAPÍTULO I

*Muerto Judas, es elegido comandante su hermano Jonatás, quien hace la guerra a Báquides y lo obliga a aceptar la paz y retirarse del país*

1. En el libro anterior expusimos cómo el pueblo judío, sometido a servidumbre por los macedonios había recuperado la libertad y cómo Judas luchando por ellos murió después de librar muchas batallas. Muerto Judas, los hombres perversos, aquellos que habían violado las leyes paternas, surgieron de nuevo contra los judíos y los persiguieron y oprimieron. A esta perversidad se agregó el hambre que azotó la región; muchos, llevados por la necesidad, se pasaron a los macedonios. Báquides reunió a los judíos que habían abandonado las leyes patrias y preferido la vida de los gentiles y les encomendó el gobierno de la región, y ellos, luego de prender a los amigos y protectores de Judas, los entregaron a Báquides.

Éste empezaba por atormentarlos a su placer, para luego matarlos. En medio de tantas calamidades, como no se habían sufrido desde que volvieran de Babilonia, los judíos que quedaban de los amigos de Judas, al ver cómo la gente perecía miserablemente, se presentaron ante Jonatás, el hermano de Judas, y le rogaron que tomara en cuenta el ejemplo de su hermano, quien se preocupó de sus conciudadanos y murió por la libertad de la patria; que lo imitara y que no dejara sin defensa a su pueblo, especialmente cuando se encontraba en gran peligro. Jonatás replicó que estaba dispuesto a sufrir la muerte por ellos, y como no lo consideraban inferior a su hermano, lo nombraron jefe.

2. Cuando lo supo Báquides, temeroso de que Jonatás creara dificultades al rey y a los macedonios, como lo había hecho antes Judas, buscó la forma de matarlo a traición. No se les ocultó este propósito ni a Jonatás, ni a su hermano Simón; por eso, en compañía de los suyos, marcharon a un desierto, el más cercano a la ciudad, y al llegar al lago Asfar se detuvieron.

Cuando Báquides supo que se habían ido y establecido en el lugar mencionado, reuniendo todas sus tropas marchó contra ellos; y acampó al otro lado del Jordán para que sus tropas se repusieran. Informado Jonatás de que Báquides lo buscaba, envió a su hermano Juan, llamado también Gadín, a ver a los árabes nabateos (que eran amigos), para que dejara con ellos sus bagajes, mientras luchaban contra Báquides.

Cuando Juan se dirigía a la tierra de los nabateos, los hijos de Amareo, que habían salido de la ciudad de Medaba para atacarlo, lo capturaron con los que lo acompañaban, y luego de robarles todo lo que llevaban, lo mataron a él y a sus compañeros. No tardaron sus hermanos en darles el castigo que por este hecho merecían, como veremos más adelante.

3. Informado Báquides que Jonatás había establecido su campamento en los pantanos del Jordán, marchó contra él un día sábado, pensando que no lucharía por

respeto a la ley. Jonatás arengó a los suyos, diciéndoles que sus vidas estaban en peligro; encerrados entre el enemigo y el río, no tenían por dónde huir, pues el enemigo estaba delante y el río a sus espaldas<sup>[215]</sup>. Rogó a Dios que les otorgara la victoria y entró a luchar.

Después de eliminar a muchos, vio que Báquides se dirigía contra él impetuosamente; entonces Jonatás extendió la mano derecha para golpearlo. Báquides esquivó el golpe; Jonatás con los suyos saltaron al río, lo atravesaron a nado y se pusieron a salvo al otro lado del Jordán. Los enemigos no atravesaron el río y regresaron a la fortaleza de Jerusalén.

Perdieron cerca de dos mil soldados. Báquides se adueñó de varios poblados de Judea y los fortificó: Jericó, Emaús, Bezorón, Bezela, Tamnata, Faratón, Tocoa y Gazara. En cada una de ellos edificó torres y los rodeó de murallas muy fuertes; puso en ellos guarniciones, para que salieran y persiguieran a los judíos. De una manera especial aseguró la fortaleza de Jerusalén. Tomó como rehenes a los hijos de los principales de Judea, a quienes encerró en la fortaleza e hizo custodiar.

4. Por aquel entonces un mensajero informó a Jonatás y su hermano Simón que los hijos de Amareo celebrarían un casamiento, trayendo a la novia, hija de un importante personaje árabe<sup>[216]</sup>, desde la ciudad de Gabata, con un séquito espléndido y suntuoso. Jonatás y Simón, considerando que aquélla sería una ocasión propicia para vengar a su hermano, y que sería muy fácil imponer a los culpables el castigo por la muerte de Juan, se trasladaron a Medaba y se emboscaron en la montaña, a la espera de sus enemigos. Cuando los vieron llegar, conduciendo a la doncella y al novio y acompañados por numerosos amigos, como se acostumbra en las bodas, salieron de su escondite y los mataron a todos. Después de recoger los adornos y los efectos de todos los hombres, regresaron.

De este modo se vengaron de los hijos de Amareo por la muerte de su hermano Juan; perecieron los culpables, los amigos que los acompañaban y sus mujeres e hijos, en un total de unas cuatrocientas personas.

5. Simón y Jonatás regresaron a los pantanos del río, donde acamparon. En cuanto a Báquides, después de establecer guarniciones en toda Judea, marchose al lado del rey.

Por espacio de dos años hubo tranquilidad en Judea. Pero los tráfugas y malvados, viendo que Jonatás con los suyos, gracias a que había paz, recorrían libremente el país, enviaron legados al rey Demetrio pidiéndole que les enviara a Báquides para capturar a Jonatás. Indicaban que era asunto fácil y que, en una sola noche, si cayeran de improviso todos juntos sobre ellos, los vencerían.

El rey envió a Báquides; una vez en Judea éste escribió a todos sus amigos, a los judíos, a sus aliados, que le entregaran a Jonatás como prisionero.

Todos procuraron con gran ahínco cumplir el pedido, pero inútilmente, porque Jonatás, que conocía sus intenciones, se cuidaba bien. Báquides, indignado contra los tráfugas que le habían informado falsamente, a él y al rey, se apoderó de cincuenta

de los más importantes y los mató. Pero Jonatás, con su hermano y los suyos, por miedo a Báquides se retiró a Bezalaga, un pueblo ubicado en el desierto. Construyó torres y las rodeó de murallas, y allí permaneció fuera de peligro.

Cuando Báquides supo esto, con las tropas que tenía a su disposición, y con la ayuda de los judíos, se dirigió contra Jonatás para atacarlo en su refugio; lo sitió durante muchos años.

Jonatás no cedió en lo más mínimo al ataque intensivo de los que lo combatían; después de resistir valerosamente, dejó a su hermano Simón en la ciudad para que mantuviera a raya a Báquides, y él salió ocultamente, reunió numerosos partidarios, y durante la noche cayó impetuosamente sobre el campamento de Báquides. Mató a muchos e hizo anunciar a su hermano Simón que atacara también al enemigo.

En vista de la carnicería que había hecho su hermano contra los enemigos, salió de la fortaleza, incendió las máquinas preparadas por los macedonios para el asedio y mató a muchos de ellos.

Báquides, al verse rodeado por todas partes de enemigos, que atacaban unos de frente y otros por la espalda, desesperado por el fracaso repentino del sitio, descargó su indignación sobre los judíos tráfugas que lo habían sacado del lado del rey, acusándolos de haberlo engañado. Ahora sólo deseaba finalizar el asedio y regresar, si ello era posible, sin gran deshonra.

6. Cuando supo esto Jonatás envió legados para ofrecerle un pacto de amistad y alianza, y la devolución de los cautivos que cada uno de ellos tuviera en su poder<sup>[217]</sup>. Báquides, pensando que sería la mejor salida, hizo pacto de amistad con Jonatás, comprometiéndose ambas partes a no atacarse.

Y es así como recibiendo y entregando mutuamente los cautivos, Báquides regresó a Antioquía; y en adelante no emprendió ninguna lucha contra Judea. Jonatás, sintiéndose seguro, se estableció en Macma donde gobernó al pueblo. Castigó a los malvados e impíos y purificó a la nación.

## CAPÍTULO II

*Alejandro, hijo de Antíoco Epífanes, entra en Siria y hace la guerra a Demetrio.  
Este envía una embajada a Jonatás, pacta con él una alianza y lo llena de  
presentes. Alejandro supera la liberalidad de Demetrio y nombra a Jonatás  
sumo sacerdote*

1. En el año ciento sesenta aconteció que Alejandro, hijo de Antíoco Epífanes, subió a Siria y ocupó a Ptolemáis, gracias a la traición de los soldados apostados en la guarnición. Estaban éstos descontentos con Demetrio por su soberbia y por la dificultad de acercarse a él. Se había encerrado en un palacio rodeado de cuatro torres, construido no lejos de Antioquía y no admitía a nadie; y era a la vez descuidado y negligente en la administración del reino. De ahí que se acrecentara el odio de sus súbditos, como dijimos en otro lugar.

Cuando supo Demetrio que Alejandro se encontraba en Ptolemáis, reunió a todas sus tropas y marchó contra él. También envió legados a Jonatás, para que se convirtiera en su aliado; era su propósito anticiparse a Alejandro, a fin de que éste no pidiera su ayuda. Se esforzó tanto más en conseguir su alianza, cuanto que temía que Jonatás, recordando las injurias recibidas, pudiera ser fácilmente persuadido a declararse contra él. Lo invitó a que reuniera sus fuerzas y tuviera preparadas las armas y a que recuperara los rehenes judíos que Báquides había encerrado en la fortaleza de Jerusalén. Después que le fueron expresados estos deseos de Demetrio, Jonatás pasó a Jerusalén donde dio a conocer las cartas recibidas, informando de ellas tanto al pueblo como a los soldados que estaban en la fortaleza. Los impíos y tráfugas que se encontraban en la fortaleza, se aterrorizaron, al comprobar que el rey permitía a Jonatás formar un ejército y le entregaba los rehenes. Jonatás devolvió los rehenes a sus padres. Después se instaló en Jerusalén, y restauró la ciudad de acuerdo con sus deseos. Dispuso que los muros se construyeran con piedras cuadradas, para mayor seguridad contra el enemigo. Ante estos hechos los soldados de las guarniciones de Judea abandonaron sus puestos y se fueron a Antioquía, con excepción de los que se encontraban en Betsura y en la fortaleza de Jerusalén, que eran en su mayor parte judíos tráfugas e impíos y por eso no abandonaron las fortalezas.

2. Alejandro se informó de las promesas que Demetrio hiciera a Jonatás, así como también de los hechos valerosos de este último y de las derrotas que en la guerra había infligido a los macedonios y de lo mucho que había sufrido de parte de Demetrio y del efe de sus tropas, Báquides; comentando con sus amigos afirmó que no podía esperar mejor aliado que Jonatás, valiente contra los enemigos y que odiaba particularmente a Demetrio de quien había recibido muchos males y a quien, por otra parte, también había atacado. Por eso, si lo quería convertir en amigo y aliado contra

Demetrio, nada mejor que invitarlo ahora a formalizar una alianza. De acuerdo con la opinión de sus amigos, le envió la siguiente carta:

«El rey Alejandro a Jonatás su hermano, salud. Hemos oído hablar de tu fidelidad y valor; por lo tanto te pedimos amistad y alianza. Te nombramos pontífice de los judíos, y determinamos que te llames amigo nuestro. Te envío como regalo una estola de púrpura y una corona de oro. Te pido que ya que cuentas con nuestra consideración, te comportes en igual forma con nosotros.»

3. Después de recibir esta carta, Jonatás se puso la estola pontifical, con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, cuatro años después de la muerte de su hermano Judas, pues durante aquel tiempo nadie había ejercido el pontificado. Reunió un gran ejército y fabricó muchas armas. Cuando supo todo esto Demetrio se dolió por su demora en atraerse a Jonatás y por no anticiparse a Alejandro, conquistándose su benevolencia con mayores obsequios, en lugar de dejar pasar tanto tiempo. Sin embargo, le envió una carta, dirigida a él y al pueblo:

«El rey Demetrio a Jonatás y a su pueblo, salud. Puesto que habéis conservado la amistad que yo inicié con vosotros, y no os pasasteis a los enemigos que procuraban atraeros, elogio vuestra fidelidad y os exhorto a que permanezcáis en ella, por la que recibiréis de nosotros beneficios. Os libraré de los tributos e impuestos que antes pagabais a los reyes mis antecesores; y desde ya os eximo de los tributos permanentes. Además desde ya os perdono el precio de la sal y de las coronas, que acostumbrabais a pagarme; así como también de la parte que me tocaba del tercio de la cosecha y de la mitad del fruto de los árboles. También en adelante os eximo de las tasas que tenían que pagarme por cabeza los habitantes de Judea y de las tres toparquías vecinas, Samaria, Galilea y Perea, y esto para siempre. Quiero que la ciudad de Jerusalén sea sagrada e inviolable; y que esté exenta hasta sus límites de pagar el diezmo y los derechos de aduana. También estoy de acuerdo con que la fortaleza de Jerusalén sea entregada en custodia a los que el pontífice Jonatás considere amigos y fieles, para que la guarden bajo nuestro nombre. Además pongo en libertad a los judíos prisioneros de guerra que se encuentran en nuestro territorio. Prohíbo también que sean requisadas las bestias de carga de los judíos. Éstos estarán exentos de todo servicio los días sábado y durante todas las fiestas y tres días antes de cada fiesta. Igualmente libero a los judíos que viven en mi reino de toda carga, y si algunos quisieran ser soldados a mi lado que se los admita, hasta la cantidad de treinta mil; se les pagará el mismo sueldo que reciben nuestros soldados, vayan a donde vayan. A algunos los ubicaré en fortalezas, a otros los convertiré en guardias personales míos y les daré el mando de las fuerzas de mi palacio. Permito también que vivan de acuerdo con sus leyes nacionales y quiero que estén al frente de tres prefecturas en Judea y que el pontífice vigile que ningún judío disponga de otro templo para su culto que el que se encuentra en Jerusalén. Además ofrezco de mis bienes ciento cincuenta mil dracmas anualmente para los sacrificios y si algo sobrare quiero que sea vuestro; perdono también las diez mil dracmas que los reyes percibían

del Templo, que pertenecerán a los sacerdotes que están al cuidado del mismo. Aquellos que se refugiaron en el Templo de Jerusalén o en sus dependencias, por ser deudores del tesoro real o por cualquier otro motivo, serán absueltos y nada tendrán que temer por sus bienes. Permito también que el Templo sea restaurado a mis expensas; también dispongo que se reedifiquen los muros y las altas torres, por mi cuenta. Además, si se considera conveniente fortificar alguna plaza fuerte en el territorio de los judíos, que esto se haga por cuenta mía.»

4. En esta forma escribió Demetrio, queriendo atraerse a los judíos. El rey Alejandro, luego de reunir un gran ejército, formado tanto por mercenarios como por soldados que habían pasado a su lado desde Siria, marchó contra Demetrio.

Se inició la batalla; el ala izquierda de Demetrio puso en fuga a los enemigos y mató a muchos de ellos; pero el ala derecha, donde se encontraba Demetrio, fue vencida. Todos los demás escaparon, pero Demetrio, que luchaba valientemente, mató a muchos y mientras seguía a los suyos, su caballo se metió en un pantano cenagoso y profundo, del cual no pudo salir, y murió. Los soldados enemigos, al ver caído a Demetrio, lo rodearon y le tiraron muchas flechas. Demetrio, aun sin caballo, resistió valerosamente, pero al final, lleno de heridas, no pudo resistir por más tiempo, y sucumbió. Éste fue el fin de Demetrio, después de haber gobernado por espacio de once años, según dijimos en otra parte.

## CAPÍTULO III

### *La amistad de Onías con Ptolomeo Filométor. Onías funda un templo similar al de Jerusalén*

1. Onías, hijo de aquel pontífice del mismo nombre, que vivía prófugo en Alejandría junto al rey Ptolomeo llamado Filométor, según dijimos antes, al ver la opresión que los macedonios y sus reyes ejercían en Judea y para conquistar gloria y recuerdo eternos, determinó, luego de enviar cartas al rey Ptolomeo y a la reina Cleopatra, solicitarles que le permitieran edificar en Egipto un templo semejante al de Jerusalén y que en el mismo actuaran levitas y sacerdotes. Se apoyaba para esto en lo que dijera el profeta Isaías, seiscientos años antes, de que en Egipto un judío levantaría un templo al Dios supremo<sup>[218]</sup>. Onías, pues, entusiasmado por la profecía, escribió la siguiente carta a Ptolomeo y Cleopatra:

«Después de haberos prestado grandes servicios en la guerra<sup>[219]</sup> recorrí la Baja Siria y Fenicia y llegué con los judíos a Leontópolis, ciudad de la prefectura heliopolitana; he encontrado en todas partes templos levantados fuera de toda conveniencia, lo cual indisponía entre sí a los fieles. Es lo que pasa también entre los egipcios por su multitud de templos, de modo que no se entienden en lo que se refiere al culto. He encontrado un lugar sumamente oportuno en la fortaleza que lleva el nombre de Bubastis Agreste, lleno de maderas de toda índole y de animales sagrados; pido que se me permita limpiar y purificar el templo abandonado y derruido, y dedicarlo al Dios máximo a semejanza del que está en Jerusalén, y con las mismas medidas, bajo tu invocación, la de tu esposa y de tus hijos. Así los judíos que viven en Egipto estarán en un lugar donde podrán vivir en mutua concordia y servirán a tus intereses. Pues el profeta Isaías predijo esto, que habría en Egipto un altar consagrado al Dios máximo; y este lugar le ha sugerido muchas profecías similares.»

2. Esto es lo que Onías escribió al rey Ptolomeo. Se puede conjeturar la piedad del rey y de su esposa Cleopatra por la respuesta a esta carta; hicieron que el pecado y la prevaricación contra la ley cayera sobre la cabeza de Onías. La contestación fue la siguiente:

«El rey Ptolomeo y la reina Cleopatra, a Onías, salud. Leímos tu solicitud por la cual nos pides que te permitamos limpiar el templo derruido que se encuentra en Leontópolis, prefectura de Heliópolis, denominado Bubastis Agreste. Nosotros nos preguntamos si será del agrado de Dios levantar un templo en lugar impuro y lleno de animales salvajes. Pero puesto que tú nos dices que esto fue predicho por el profeta Isaías, nosotros te otorgamos el permiso, con tal que no sea contrario a la ley, pues no queremos aparecer culpables en ninguna forma ante Dios.»

3. Es así que Onías, estableciéndose en el lugar, edificó un templo con altar



similar al de Jerusalén, pero más pequeño y más pobre. No me parece conveniente indicar sus medidas y los vasos que poseía, pues sobre el particular ya escribí en el libro séptimo de la guerra judía. También encontró Onías judíos semejantes a él, levitas y sacerdotes, que instauraron allí el culto de Dios. Pero bastante hemos dicho sobre este templo.

4. En Alejandría surgió una contienda entre los judíos y los samaritanos, que introdujeron el culto en el templo fundado en el monte Garizim en tiempo de Alejandro. Llevaron ante Ptolomeo la disputa sobre los templos, pretendiendo los judíos que el construido según las leyes de Moisés era el de Jerusalén, y los samaritanos que lo era el de Garizim. Rogaron al rey que en una reunión con sus amigos se tratara esta causa, con la condición de que los vencidos fueran muertos.

Por los samaritanos hablaron Sabeo y Teodocio; por los jerosolimitanos y judíos Andrónico hijo de Mesalam. Juraron por Dios y por el rey, que traerían pruebas de la ley, y pidieron a Ptolomeo que castigara con la muerte al que violara el juramento. De modo que el rey, reuniendo a muchos de sus amigos, se aprestó a oír a los contendientes. Los judíos alejandrinos tenían mucho miedo a aquellos que atacaban los derechos del Templo de Jerusalén; pues le parecía muy penoso que se destruyera un templo tan antiguo y célebre en todo el mundo.

Sabeo y Teodosio estuvieron de acuerdo en que primeramente hablara Andrónico. Éste fundamentó sus argumentos en la ley y en la sucesión de los pontífices, pues cada uno de ellos estaba al frente del Templo por sucesión paterna; recordó que todos los reyes de Asia lo habían honrado con donaciones y regalos. En cuanto al de Garizim, como si no existiera, nadie lo tuvo en cuenta.

Con estas y otras razones similares Andrónico convenció al rey de que declarara que el Templo de Jerusalén había sido construido de acuerdo con la decisión de Moisés y que Sabeo y Teodosio tenían que ser condenados a muerte. Éstas son las cosas que acontecieron con los judíos alejandrinos bajo Ptolomeo Filométor.

## CAPÍTULO IV

*Muerto Demetrio, Alejandro colma de honores a Jonatás. Demetrio, el hijo de Demetrio, vence a Alejandro, hace amistad con Jonatás y ocupa el trono*

1. Después que Demetrio muriera en la guerra, según dijimos antes, Alejandro ocupó el reino de Siria y escribió a Ptolomeo Filométor pidiéndole a su hija en matrimonio. Le parecía conveniente que Ptolomeo se aliara con un príncipe que había recuperado el imperio paterno y que por providencia divina había vencido a Demetrio y que en adelante no sería indigno de una alianza con él.

Ptolomeo contestó diciendo que accedía de buen grado a su pedido, y agregando que se alegraba que hubiera obtenido el reino paterno; prometióle darle a su hija en matrimonio y le pidió que se encontrara con él en Ptolemáis, donde la entregaría a su hija; la acompañaría desde Egipto hasta ese lugar donde se la daría en matrimonio.

Una vez escritas estas cosas, Ptolomeo se fue a toda prisa a Ptolemáis con su hija Cleopatra. Como se lo había expresado por carta allí encontró a Alejandro; le dio a su hija por esposa y una gran cantidad de oro y plata, propia de un rey.

2. Durante las fiestas del matrimonio, Alejandro envió cartas a Jonatás el pontífice, pidiéndole que fuera a Ptolemáis. Jonatás se presentó ofreciendo espléndidos obsequios a los reyes, y fue honrado por ambos. Alejandro hizo que se despojara de su vestido y que se vistiera de púrpura, haciéndolo sentarse a su lado en el solio; ordenó a sus oficiales que fueran con él por la ciudad y proclamaran por medio de un heraldo la prohibición de hablar contra él y de suscitarle dificultades. Después que así lo cumplieron los oficiales, los que querían acusarlo y estaban con ánimo malévolo en su contra, al ver el honor que se le confería, escaparon temerosos de que no les aconteciera algún mal. Era tan grande la buena voluntad de Alejandro para Jonatás que lo inscribió entre sus primeros amigos.

3. En el año ciento sesentay cinco, Demetrio hijo de Demetrio, con muchos mercenarios que le suministró Lastenes el cretense, pasó de Creta a Cilicia. Al saberlo Alejandro se afligió y perturbó mucho y al punto determinó volver de Fenicia a Antioquía, a objeto de tomar todas las medidas necesarias antes de la llegada de Demetrio. Dejó como gobernador de la Baja Siria a Apolonio Daos<sup>[220]</sup>. Éste con un gran ejército se trasladó a Jamnia e hizo decir al pontífice Jonatás, que era injusto que él fuera el único que viviera a su capricho, sin estar subordinado al rey; que en todas partes se le reprochaba esta falta de sumisión. «No te engañes de tu poder —añadía—, por estar tranquilamente instalado en los montes; si en algo confías en tus fuerzas, desciende a la llanura y lucha con los nuestros; y evidentemente será el más fuerte aquel que logre vencer. Sin embargo, conviene que sepas que los más fuertes de todas las ciudades están conmigo; pues son aquellos mismos que siempre vencieron a tus

antepasados. Lucharás con nosotros en un terreno donde hay que luchar con armas, no con piedras y donde no hay lugar para refugiarse al que resultare vencido.»

4. Indignado Jonatás por estas palabras salió de Jerusalén con diez mil hombres elegidos y con su hermano Simón. Al llegar a Jope estableció el campamento fuera de la ciudad, pues los habitantes de Jope le cerraron las puertas; en el interior se encontraba una guarnición colocada por Apolonio. Mientras Jonatás se preparaba para el asedio, temerosos los de la ciudad de que se apoderara de ella violentamente, le abrieron las puertas. Cuando Apolonio se informó que Jonatás ocupaba Jope, vino a Azot con tres mil soldados de caballería y ocho mil de infantería; desde allí prosiguió su camino tranquila y lentamente. Ya cerca de Jope, simuló retirarse para atraer a Jonatás a la llanura, confiado en la caballería en la cual depositaba todas las esperanzas de su victoria. Jonatás se adelantó y persiguió a Apolonio hasta Azot. Éste, cuando vio que el enemigo se encontraba en la llanura, se dio vuelta y lo atacó.

Insidiosamente Apolonio apostó mil soldados de caballería en un barranco, para atacar al enemigo por la espalda; pero Jonatás, que se dio cuenta de la maniobra, estuvo muy lejos de consternarse; disponiendo a su ejército en cuadro lo exhortó a que empujara al enemigo por todos lados y que resistiera tanto de frente como por la espalda. La batalla se alargó hasta el anochecer. Jonatás, dando parte del ejército a su hermano Simón, le ordenó que presentara batalla al enemigo; pero por su lado ordenó a los suyos, protegidos por los escudos, que recibieran las flechas adversarias.

Éstos cumplieron lo que les había ordenado; el enemigo desde los caballos lanzaron hasta la última flecha, sin herir a nadie, pues no llegaban a los cuerpos, sino que, formando los escudos una densa coraza, caían en ellos sin causar daño alguno.

Cuando el enemigo estuvo fatigado de tirar flechas desde la mañana hasta la noche, y Simón advirtió su cansancio, atacó a la falange; y sus soldados lucharon valerosamente, poniendo en fuga al enemigo.

Cuando vieron los de la caballería que la infantería huía, no resistieron más; cansados de estar luchando de la mañana a la noche y habiendo perdido la esperanza que habían depositado en los de a pie, escaparon sin orden, confusamente, vagando dispersos por la llanura.

Jonatás persiguió a los vencidos hasta Azot, y luego de haber muerto a muchos, obligó a los restantes, que desesperaban de salvarse, a refugiarse en el templo de Dagón, que se encontraba en Azot. Pero Jonatás, luego de apoderarse de la ciudad al primer impulso, la incendió así como también a los pueblos vecinos; no descuidó el templo de Dagón, el que también incendió, matando a todos los que se encontraban en él. El número de hombres que perecieron en la batalla o que murieron incendiados en el templo, fue de ocho mil.

Luego de haber derrotado a fuerzas tan importantes, desde Azot se dirigió a Ascalón. Acampó fuera de la ciudad; pero los ascalonitas lo visitaron ofreciéndole regalos y hospitalidad. Jonatás, luego de apreciar su buena disposición, partió de allí para Jerusalén con un gran botín obtenido en sus victorias sobre los enemigos.

Alejandro, cuando supo que su general Apolonio había sido vencido, simuló alegrarse por haber atacado contra su voluntad a Jonatás, que era su amigo y aliado; envió también a Jonatás, como prueba de su satisfacción y para honrarlo, un broche de oro, tal como se acostumbra dar a los consanguíneos del rey; finalmente, le otorgó Acarón a título hereditario con la toparquía que depende de ella<sup>[221]</sup>.

5. Por el mismo tiempo Ptolomeo, por sobrenombre Filométor, con una flota y tropas terrestres, vino a Siria, para ayudar a Alejandro; pues éste era su yerno. Todos lo recibieron alegremente, por así haberlo ordenado Alejandro, y lo guiaron a la ciudad de Azot, donde se lamentaron de que se hubiera incendiado el templo de Dagón. Acusaron a Jonatás de haberlo destruido por completo, de haber asolado la región y muerto a muchos de ellos. Ptolomeo escuchó las acusaciones y guardó silencio.

Jonatás se encontró con Ptolomeo en Jope, donde recibió de él espléndidos presentes y grandes honores. Luego de acompañar al rey hasta el río que se denomina Eleutero, regresó a Jerusalén.

6. Ptolomeo llegó inesperadamente a Ptolemáis, donde poco faltó para que pereciera, víctima de las asechanzas de Alejandro, a manos de Amonio, que era su amigo. Una vez descubierto, Ptolomeo envió cartas a Alejandro, para que castigara a Amonio, diciéndole que había conspirado contra él, y por lo tanto era justo que sufriera la pena merecida. Al no querer acceder Alejandro, Ptolomeo conjeturó que él era autor de la maquinación, por lo cual se indignó en gran manera. Los de Antioquía ya previamente estaban en contra de Alejandro a causa de Amonio: pues por su causa habían sufrido mucho. Pero Amonio sufrió el castigo merecido por sus crímenes, siendo muerto vergonzosamente como si fuera una mujer, pues intentó ocultarse con ropas femeninas, como dijimos en otro lugar.

7. Ptolomeo, disgustado consigo mismo por haber entregado su hija a Alejandro, y haberse aliado con él contra Demetrio, rompió su parentesco con aquél.

Después de quitarle su hija, propuso a Demetrio un pacto de amistad y alianza, prometiendo otorgarle su hija como esposa y restituirlo en el trono paterno. Demetrio, satisfecho por el ofrecimiento de los legados, aceptó la alianza y el matrimonio. Le faltaba sin embargo a Ptolomeo superar una dificultad: persuadir a los de Antioquía que recibieran a Demetrio, pues estaban alejados de él a causa de las injurias que les había inferido su padre Demetrio. Pero también en el particular tuvo éxito.

Los de Antioquía odiaban sumamente a Alejandro a causa de Amonio, como dijimos; por eso fueron fácilmente convencidos de que lo expulsaran de la ciudad. Expulsado de Antioquía se dirigió a Cilicia. Cuando Ptolomeo estuvo en Antioquía, fue proclamado rey por sus habitantes y por el ejército, y se vio precisado a imponerse dos diademas, una de Asia y la otra de Egipto. Pero siendo por naturaleza hombre bueno, justo y sin deseo de lo ajeno, y previendo además sabiamente lo futuro, determinó abstenerse del reino de Asia, a fin de no dar motivo de rencor a los romanos.

Reunió a los de Antioquía en una asamblea y los exhortó a que aceptaran a Demetrio, diciendo que agradecido por sus beneficios, no les guardaría ningún rencor por lo que habían hecho a su padre; y que si intentara algo inconveniente, él no lo permitiría. En cuanto a él, tenía bastante con Egipto. Es así como convenció a los de Antioquía que recibieran a Demetrio.

8. Sin embargo Alejandro, con un gran ejército y mucho material, desde Cilicia irrumpió en Siria; devastó los campos de Antioquía con robos e incendios; pero Ptolomeo y su yerno Demetrio (pues ya le había dado a su hija en matrimonio) le hicieron frente.

Obtenida la victoria, Alejandro escapó y se refugió en Arabia. Aconteció en la batalla que el caballo de Ptolomeo, aterrorizado por el bramido de un elefante, hizo caer al suelo a su jinete; al verlo los enemigos se precipitaron sobre él, hiriéndolo en la cabeza y poniéndolo en peligro de muerte. Arrancado del poder de los enemigos por los suyos, se encontró tan mal que durante cuatro días estuvo sin recuperar el conocimiento ni el habla.

Entretanto Zabel, príncipe de los árabes, cortó la cabeza a Alejandro y se la envió a Ptolomeo. Éste, vuelto en sí el día quinto y repuesto de sus heridas, supo y vio dos cosas que le agradaron sobremanera: se enteró del fin de Alejandro y vio su cabeza. Murió poco después, lleno de gozo por la muerte de Alejandro.

Alejandro, llamado Balas, como dijimos, gobernó en Asia durante cinco años.

9. Demetrio, llamado Nicátor<sup>[222]</sup>, una vez dueño del poder, a causa de su malignidad empezó a destruir las tropas de Ptolomeo, olvidando la alianza que había hecho con él y que era su yerno por su matrimonio con Cleopatra. Los soldados, para escapar a sus maldades, pasaron a Alejandría, pero los elefantes quedaron en poder de Demetrio. El pontífice Jonatás, habiendo reunido un ejército en Judea, determinó apoderarse de la fortaleza de Jerusalén, ocupada por una guarnición de macedonios y por algunos judíos apóstatas que habían abandonado las costumbres de sus padres.

Éstos al principio menospreciaron las máquinas que Jonatás había preparado para el asedio, confiados en la seguridad del lugar; pero durante la noche algunos escaparon de la fortaleza y se dirigieron a Demetrio, para anunciarle el asedio. Éste, indignado, salió con el ejército de Antioquía contra Jonatás. Al llegar a Ptolemáis, le escribió ordenándole que se presentara inmediatamente. Jonatás no interrumpió el asedio de la fortaleza, pero poniéndose al frente de los ancianos y sacerdotes, y llevando consigo oro, plata, vestidos y muchos otros regalos, se dirigió al encuentro de Demetrio; con los presentes que le ofreció, apaciguó la ira del rey, y fue recibido con honores. El rey lo confirmó en el pontificado que había recibido de sus antecesores. Demetrio no dio oídos a las acusaciones de los trófugas, sino que ante el pedido de Jonatás, que ofreció trescientos talentos por toda Judea y las tres toparquías de Samaria, Perca y Galilea, le dio una carta concebida en los siguientes términos:

«El rey Demetrio a su hermano Jonatás y al pueblo judío, — salud. Os enviamos

una copia de la carta que escribimos a nuestro pariente Lastenes, para que os informéis de su contenido: “El rey Demetrio a su padre Lastenes, salud. He dispuesto reconocer la benevolencia del pueblo judío que es mi amigo y respeta la justicia. Les entrego tres prefecturas, Aferima, Lida y Ramata, que fueron separadas de la provincia de Samaria para ser agregadas a la de Judea; además les perdono todos los impuestos que los reyes, nuestros antecesores, percibían por los sacrificios del Templo, y los tributos de los frutos de la tierra y de los árboles, y otros que se nos entregaban, como el impuesto de la sal y las coronas; de ahora en adelante no estarán obligados a pagar estos impuestos. Por lo tanto, procura que se saque copia de esta carta y se envíe a Jonatás y sea colocada en algún lugar del Templo sagrado.”»

Éste era el contenido de la carta. Viendo, pues, Demetrio que había paz y que no amenazaba ninguna guerra, licenció a los soldados, y disminuyó el estipendio que les pagaba; sólo se quedó con los extranjeros que había reunido y que habían ido con él desde Creta y otras islas. Con esto se granjeó la enemistad y el odio de los soldados, por no querer darles más, mientras que los reyes sus antecesores les pagaban incluso en tiempo de paz, a fin de tener asegurada su fidelidad en caso de guerra, si ello fuera necesario.

## CAPÍTULO V

*Trifón de Apamea derrota a Demetrio, entrega la corona a Antíoco, hijo de Alejandro, y hace alianza con Jonatás*

1. Sabedor del odio de los soldados contra Demetrio, uno de los generales de Alejandro, Diodoto, de Apamea, llamado Trifón, se dirigió al árabe Maleo, que educaba a Antíoco, el hijo de Alejandro. Le informó del gran rencor que los soldados tenían a Demetrio, y quiso convencerlo que le entregara a Antíoco, a quien haría rey restituyéndole el trono paterno. Maleo, al principio, se negó, pues desconfiaba de él; luego, ante la insistencia de Trifón, accedió a lo que solicitaba. Así se obraba de este lado.

2. Interín el pontífice Jonatás, deseoso de expulsar a los que se encontraban en la fortaleza de Jerusalén, no menos que a los judíos tránsfugas y apóstatas, así como a todas las guarniciones del país, envió legados a Demetrio con varios regalos para pedirle que eliminara a las tropas ubicadas en las fortalezas de Judea. Demetrio prometió no sólo hacer lo que le pedía, sino mucho más, una vez finalizada la guerra en la que estaba ocupado<sup>[223]</sup>; pues ésta le absorbía por el momento todo el tiempo. Le pidió que le enviara soldados auxiliares, pues los suyos le habían hecho defección. Jonatás le envió tres mil soldados seleccionados.

3. Por otro lado los habitantes de Antioquía, que detestaban a Demetrio por lo que habían sufrido de su parte, siendo además sus enemigos a causa de las aflicciones a que los había sometido su padre, esperaban que se les presentara una oportunidad para atacarlo. Al saber que Jonatás le enviaba ayuda, y considerando que el rey reuniría un gran ejército, si no se lo impedían prestamente, reunieron gente armada, rodearon el palacio real como para sitiario, y ocuparon las salidas, buscando apoderarse de su persona. Al ver que el pueblo de Antioquía se había levantado en armas, le hizo frente con ayuda de los mercenarios y de los judíos enviados por Jonatás; pero no pudo resistir su empuje, pues eran muchísimos, y fue vencido.

Los judíos, al comprobar que los de Antioquía eran superiores en la lucha, subieron al techo del palacio real; desde allí atacaron a los antioquenos, estando ellos suficientemente lejos para poder ser alcanzados; les infirieron grandes daños, por la altura del lugar, y los rechazaron hacia las casas vecinas. Luego prendieron fuego a las casas, propagándose las llamas por toda la ciudad, pues las casas estaban muy juntas y eran en su mayoría de madera.

Toda la ciudad resultó destruida. Los habitantes de Antioquía, al no disponer de ayuda e incapaces de dominar el fuego, escaparon. Los judíos saltaron de casa en casa y los persiguieron de manera singular. El rey al ver que los antioquenos estaban ocupados en salvar a sus hijos y sus esposas y que habían dejado de luchar, los atacó

por otros lados; mató a muchos de ellos y los obligó a tirar las armas y a entregarse. Luego, dominada la sedición, los perdonó.

Después de recompensar a los judíos con los despojos del botín y de darles las gracias como autores principales de la victoria, los envió a Jerusalén, otorgándoles testimonio del auxilio que le habían prestado.

Pero más adelante se portó malvadamente con Jonatás, faltó a las promesas y lo amenazó con la guerra, en el caso de que no le pagara los tributos que los judíos entregaban a los primeros reyes. Y le habría hecho la guerra, si no fuera por Trifón, quien lo obligó a dirigir contra él las tropas preparadas para atacar a Jonatás.

Trifón pasó de Arabia a Siria con el joven Antíoco, todavía de corta edad, a quien impuso la diadema; acudieron a él todos los soldados que se alejaron de Demetrio a causa de los sueldos impagos. Declaró abiertamente la guerra a Demetrio, a quien venció, apoderándose tanto de los elefantes como de la ciudad de Antioquía.

4. Una vez vencido, Demetrio se retiró a Cilicia. El joven Antíoco, por intermedio de cartas y legados, notificó a Jonatás su amistad y alianza y lo confirmó en el pontificado y le cedió cuatro prefecturas que estaban cercanas al territorio de los judíos. Además le envió vasos y copas de oro y un vestido de púrpura, otorgándole potestad para usarlo; le regaló también un prendedor de oro y ordenó que se lo considerara entre sus primeros amigos.

Nombró también a Simón, gobernador de la costa desde Tiro hasta Egipto. Jonatás, satisfecho por las concesiones de Antíoco, por intermedio de legados que envió tanto a él como a Trifón, se comprometió a ser su amigo y aliado, y a luchar junto con ellos contra Demetrio, recordando que éste fue un desagradecido, al no reconocer los beneficios que le había hecho y responder con la injusticia a los favores.

5. Habiendo permitido Antíoco que organizara un gran ejército en Siria y Fenicia para hacer la guerra a los capitanes de Demetrio, Jonatás sin demora marchó a esas provincias. Algunas poblaciones lo recibieron espléndidamente, pero se negaron a suministrarle soldados. Se dirigió a la ciudad de Ascalón, recibéndolo sus ciudadanos con regalos y honrosamente. Les aconsejó, a ellos así como a las ciudades de la Baja Siria, que abandonaran a Demetrio y se unieran a Antíoco, y que junto con él se vengaran de aquél por las ofensas que habían recibido. Tenían muchos motivos para proceder de esta forma: Luego que persuadió a sus ciudadanos a hacer pacto de alianza con Antíoco, se dirigió a Gaza, para lograr la conciliación y alianza de sus ciudadanos con Antíoco.

Pero encontró que los ciudadanos de Gaza estaban en una disposición de ánimo muy diferente de lo que esperaba. Le cerraron las puertas, y no quisieron abandonar a Demetrio para seguir a Antíoco. Jonatás se indignó de tal manera por esta actitud, que puso sitio a la ciudad y devastó la región; con una parte del ejército asedió a la ciudad y con la restante, mediante incursiones, asoló e incendió la región.

Entonces los de Gaza, sometidos a tales penalidades y en vista de que no podían



esperar ayuda ninguna de Demetrio, considerando que los inconvenientes de su actitud los sufrían ahora mientras que el provecho era incierto y lejano, juzgaron que harían bien y sabiamente si, abandonando a Demetrio, accedían a lo que pedía Jonatás.

Por lo tanto, por intermedio de mensajeros, ofrecieronle a Jonatás amistad y alianza. Ésta es la característica de los seres humanos; antes de sufrir perjuicios no comprenden lo que les conviene hacer, y cambian luego de opinión, se inclinan por lo que debieran haber hecho antes sin exponerse a sufrir daños. Jonatás hizo pacto de amistad con los habitantes de Gaza, recibiendo rehenes, que envió a Jerusalén. Él penetró en el país hasta Damasco.

6. Se informó que los capitanes de Demetrio, con un gran ejército, se dirigían a Cedasa, que se encuentra entre el territorio de Tiro y Galilea. Pensaban que así lo alejarían de Siria, atrayéndolo a Galilea para ayudar a esta última; creían que no abandonaría a los galileos, hombres de su territorio, cuando los viera envueltos en la guerra. Jonatás marchó a su encuentro, dejando en Judea a su hermano Simón.

Éste a su vez reunió un ejército, el más grande que pudo, con hombres de la región; acampó cerca de Betsura, plaza fuerte de Judea, y la sitió; había en ella una guarnición que respondía a Demetrio, según hemos dicho antes. Cuando Simón elevó terraplenes y acercó máquinas y organizó con tanta decisión el asedio, la guarnición defensora temió que, una vez conquistado el lugar, ellos serían muertos; enviaron entonces mensajeros a Simón y le solicitaron que, bajo juramento, les prometiera no causarles ningún mal; ellos se retirarían de la región y se irían a reunir con Demetrio. Simón se lo prometió con juramento, los echó de la ciudad y dejó una guarnición de sus fuerzas.

7. Entretanto Jonatás partió de Galilea, de las orillas del lago de Genesara, donde acampaba, hasta la llanura de Asor, ignorando que allí se encontraba el enemigo. Los capitanes de Demetrio que supieron con un día de antelación que Jonatás venía contra ellos, le prepararon una emboscada en la montaña, y ellos con el ejército salieron a su encuentro.

Divisándolos Jonatás preparados para la lucha, él con sus soldados se dispuso a pelear. Pero los que estaban ocultos en la emboscada atacaron por la espalda a los judíos; éstos, temerosos de que los mataran, rodeados como estaban, se dieron a la fuga.

Casi todos abandonaron a Jonatás, pero pocos, en número de quinientos, quedaron a su lado, con Matatías hijo de Absalón y Judas hijo de Capseo, jefes de todo el ejército. Audazmente y como desesperados irrumpieron contra el enemigo, intrépidamente lo atacaron y por su vigor lo obligaron a huir. Al ver los soldados de Jonatás que habían huido que el enemigo estaba en derrota, desistiendo de la huida cargaron sobre ellos; y los persiguieron hasta Cedasa, donde se encontraba el campamento enemigo.

8. Jonatás, después de esta brillante victoria en la que mató a dos mil soldados

enemigos, regresó a Jerusalén. Al ver que todo, por providencia divina, le resultaba satisfactorio, envió legados a Roma, con el propósito de renovar la amistad que el pueblo judío había hecho antes con los romanos. Ordenó también a sus mensajeros que, de regreso de Roma, visitaran a los espartanos y les recordaran la amistad y alianza pactadas con ellos.

Llegaron los legados a Roma y se dirigieron al senado, donde expusieron lo que Jonatás les había ordenado, para confirmar la alianza anterior. El senado ratificó la amistad con los judíos y entregó cartas a los legados para presentar a los reyes de Asia y Europa y a los jefes de las ciudades, a fin de que pudieran regresar sin inconvenientes a su patria. Los emisarios partieron y entregaron las cartas que recibieron de Jonatás a los espartanos. Su contenido era el siguiente:

«Jonatás, sumo pontífice de los judíos, la asamblea de los ancianos y el pueblo, a los éforos, senado y pueblo de los lacedemonios, hermanos, salud. Si gozáis de buena salud, si vuestros asuntos públicos y privados se desarrollan prósperamente, será conforme a nuestros deseos; nosotros también gozamos de buena salud. Anteriormente, vuestro rey Arco, por intermedio de Demóteles, envió una carta a nuestro pontífice Onías sobre el parentesco que teníais con nosotros, carta cuya copia se encuentra más abajo; aceptamos aquella carta con buen ánimo y manifestamos gran benevolencia a Demóteles y a Areo; sin embargo, no teníamos necesidad de esta demostración, pues ya estábamos informados de este parentesco por nuestros libros sagrados. A nosotros no nos pareció conveniente ser los primeros en hacer este reconocimiento, para que no pareciera que buscábamos la gloria que recibiríamos de vuestra parte. A pesar de haber pasado mucho tiempo desde que se renovara este parentesco con vosotros, en los sacrificios que hacemos en las fiestas y días sagrados, suplicamos a Dios que os otorgue salud y victoria. A pesar de habernos visto constreñidos a librar muchas guerras por la excesiva codicia de nuestros vecinos, sin embargo no quisimos ser gravosos para vosotros o para otros de nuestros parientes. Ahora, después de vencer a nuestros enemigos, al enviar a los romanos a Numenio hijo de Antíoco y a Antipáter hijo de Jasón, varones que pertenecen a nuestro senado, les hemos dado carta para vosotros, a fin de renovar nuestra mutua amistad. Por esto obraríais bien si nos escribierais a nosotros y nos indicarais si precisáis algo, persuadidos de que nosotros estamos dispuestos a cumplir vuestra voluntad.»

Los lacedemonios recibieron benignamente a los legados y enviaron un decreto confirmando la amistad y alianza.

9. Por esta época existían tres sectas judías, que opinaban diversamente sobre problemas humanos: la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios. Los fariseos decían que algunas cosas, no todas, se deben al destino; otras dependen de nuestra voluntad que se cumplan o no. Los esenios afirmaban que todo se debe al destino, y que los hombres nada pueden hacer que escape al destino. En cuanto a los saduceos suprimían el destino, diciendo que no es nada y que no interviene para nada en los asuntos humanos, sino que todo está sometido a nuestro arbitrio; de modo que

somos autores tanto de los bienes como de los males que nos acontecen por imprudencia nuestra. Pero sobre el particular hablé más extensamente en el segundo libro de mi Historia Judía<sup>[224]</sup>.

10. Los capitanes de Demetrio, queriendo resarcirse de la derrota sufrida, habiendo reunido mayores fuerzas que antes, marcharon contra Jonatás. Pero éste, informado de que se acercaban, repentinamente les hizo frente en la región de Amatitis; no quería darles tiempo para invadir a Judea.

Encontrándose a una distancia de quinientos estadios del enemigo, envió a algunos que exploraran su campamento y vieran cómo estaba dispuesto. Los espías le informaron de todo e hicieron prisioneros que revelaron que durante la noche se atacaría a los judíos. Con estos informes, atendió a su seguridad, colocó centinelas más allá del campamento e hizo que sus soldados durante toda la noche estuvieran atentos a las armas. Los exhortó a que tuvieran ánimo y estuvieran bien dispuestos, de modo que aunque fuera necesario luchar durante la noche no los sorprendiera el proyecto del enemigo.

Los capitanes de Demetrio cuando supieron que Jonatás conocía sus propósitos se desalentaron y perturbaron al verse descubiertos, pues creían que no les quedaba esperanza ninguna de vencer, una vez puestas en evidencia sus intenciones. Creían que si atacaban a Jonatás a campo abierto, en ninguna forma podrían imponérsele. Pensaron escaparse y, haciendo grandes fogatas, para que creyeran que permanecían en el campamento, se alejaron.

Jonatás, a primera hora de la mañana, se acercó a su campamento y lo encontró abandonado; en vista de que el enemigo había escapado, lo persiguió. Pero no logró alcanzarlo; pues una vez traspasado el río Eleutero estaba en lugar seguro.

De allí pasó Jonatás a Arabia, donde luchó contra los nabateos; luego de apoderarse de un gran botín y muchos cautivos, se dirigió a Damasco, donde vendió todo. Por el mismo tiempo Simón su hermano, luego de recorrer toda Judea y Palestina hasta Ascalón, construyó fortificaciones y dispuso guarniciones. Pasó a Jope y luego de ocuparla dejó una fuerte guarnición, pues se había enterado de que sus habitantes querían entregar la ciudad a los soldados de Demetrio.

11. Después que Jonatás y Simón realizaron estos hechos, regresaron a Jerusalén. Jonatás convocó al pueblo en el Templo y dispuso restaurar las murallas de Jerusalén, refeccionar aquella parte del, cerco del Templo que estaba derruida y fortificar los lugares cercanos con torres muy altas. Además propuso construir otro muro que corriera por en medio de la ciudad, para impedir los suministros a la guarnición de la fortaleza. En fin, estableció fortificaciones en el país, mucho más fuertes que antes. El pueblo estuvo de acuerdo; así él aseguró la ciudad con muros y edificios, mientras Simón fue enviado al interior del país, para reforzar los fuertes.

Demetrio, pasando el río Éufrates, llegó hasta Mesopotamia con el propósito de ocuparla, así como también a Babilonia; de tal manera que dueño de las satrapías superiores, desde allí podría apoderarse de todo el imperio. Pues los griegos y los

macedonios que habitaban aquellas regiones de continuo le enviaban legaciones, prometiéndole que si llegaba hasta ellos se someterían y luego juntos emprenderían la guerra contra Arsace, el rey de los partos.

Con esta esperanza marchó a aquella región, pensando que si lograba someter a los partos, atacaría luego a Trifón y lo expulsaría de Siria. Fue recibido alegremente por los hombres que vivían allí; luego de reunir un gran ejército, hizo la guerra a Arsace; pero perdió todo el ejército y fue capturado vivo, como dijimos en otro lugar.

## CAPÍTULO VI

*Trifón viola su compromiso y mata a traición a Jonatás. Simón es nombrado sumo sacerdote*

1. Trifón, cuando supo el fin que había tenido Demetrio, no continuó permaneciendo fiel a Antíoco, sino que se puso a imaginar la manera de librarse de él y ocupar el trono. Pero no se aventuraba a hacerlo por miedo a Jonatás, amigo de Antíoco. Pensó, pues, quitar primeramente de en medio a Jonatás y luego tomar una decisión contra Antíoco. Decidió matar a Jonatás traidora y astutamente; con este propósito de Antioquía pasó a Bezana, que los griegos llaman Escitópolis.

Jonatás le salió al encuentro con cuarenta mil hombres seleccionados, pues sospechaba que su presencia tenía por objeto hacerle la guerra. Cuando Trifón supo que Jonatás estaba dispuesto a luchar, lo conquistó con regalos y buenas palabras y ordenó a sus capitanes que lo obedecieran. Quería ganarse su benevolencia y librarse de sospechas, de modo que, descuidado y sin guardarse, pudiera apoderarse de él. Lo convenció que licenciara al ejército, pues no tenía necesidad de él una vez finalizada la guerra y estando en buenos términos; y que reteniendo unos pocos consigo, lo acompañara hasta Ptolemáis; quería entregarle la ciudad y todos los lugares fortificados de la región, pues éste era el motivo de su venida.

2. Jonatás, sin sospechar sus propósitos, confió en Trifón, que lo persuadió de su ánimo benévolo y veraz, y se desprendió del ejército. Sin embargo, retuvo tres mil hombres consigo, dejó dos mil en Galilea y se llevó mil consigo para ir con Trifón a Ptolemáis. Los habitantes de Ptolemáis le cerraron las puertas, como les había ordenado Trifón; éste se apoderó de Jonatás, vivo, y mató a todos su hombres. Envío luego soldados a Galilea para que mataran a los dos mil que se encontraban allí. Pero éstos, que supieron lo que había acontecido a Jonatás, antes que llegaran los que fueron enviados por Trifón, protegiéndose con las armas se alejaron de la región. Los que fueron enviados para perseguirlos, cuando comprobaron que estaban dispuestos a luchar por su vida, regresaron sin atacarlos.

3. Los habitantes de Jerusalén, cuando supieron que Jonatás había sido capturado y los soldados que lo acompañaban muertos, deploraron lo acontecido y se lamentaron de su pérdida. Con toda razón temían que privados del valor, cuidado y moderación de Jonatás, los pueblos vecinos, sus enemigos, que estaban aquietados por temor a Jonatás, se lanzaran a combatirlos, con lo cual se verían expuestos a los mayores peligros.

Y aconteció como lo habían temido. Aquellos pueblos, cuando se informaron de la muerte de Jonatás, empezaron a guerrear contra los judíos, a quienes consideraban privados de jefe. El mismo Trifón, luego de reunir un ejército, se propuso ascender a Judea para atacar a sus habitantes.

Simón, ante el temor que se había apoderado de los ciudadanos de Jerusalén, trató de animarlos para que estuvieran dispuestos a resistir valerosamente a Trifón. Reunió al pueblo en asamblea en el Templo y empezó a exhortarlo con estas palabras:

—No debéis ignorar, queridos compatriotas, que mi padre, mis hermanos y yo gustosamente afrontamos el peligro de muerte mirando por vuestra libertad. Los grandes ejemplos que he tenido y mi seguridad de que el destino de nuestra familia es el de morir en defensa de la religión y de la ley, hacen que nada me obligue a desistir de este propósito, y que nada me induzca a amar la vida y a menospreciar la gloria. Por lo tanto, no creáis que os falta un jefe que esté dispuesto a sufrir y realizar el máximo por vosotros. Debéis seguirme con entusiasmo a donde yo os conduzca; no soy superior a mis hermanos para que tenga en gran aprecio mi vida, ni inferior a ellos para rehusar lo que a ellos les pareció dignísimo: morir por las leyes y el culto de Dios. En todas aquellas cosas en que convenga portarme como digno de aquellos hermanos, sabré cumplir. Estoy convencido de que rechazaré al enemigo, que os libraré de sus manos a vosotros, a vuestras esposas y a vuestros hijos y que el Templo, con la ayuda de Dios, será preservado de toda devastación; pues compruebo que las naciones han empezado a luchar, menospreciándoos, como si no tuvierais jefe.

4. Las palabras que Simón pronunció dieron valor al pueblo y le hicieron perder el miedo; llenos de esperanza, todos al unísono exclamaron que Simón era su jefe y que ocupaba el lugar que habían ocupado Judas y Jonatás; y todos prometieron obedecer lo que ordenara.

Habiendo reunido a los que estaban en condiciones de figurar en el ejército, se apresuró a reconstruir los muros de la ciudad y la fortificó con torres fuertes y altas. Envió a Jonatás, hijo de Absalón, uno de sus amigos, con tropas a Jope con la orden de expulsar a sus moradores, pues temía que éstos entregaran la ciudad a Trifón. El quedose en Jerusalén para guardar la ciudad.

3. En cuanto a Trifón, habiendo salido de Ptolemáis con sus tropas, se dirigió a Judea, llevando consigo a Jonatás prisionero. Simón le salió al encuentro en Adida con su ejército, colocado en un monte al pie del cual se extiende la llanura de Judea.

Cuando Trifón se informó de que Simón había sido elegido jefe por los judíos, le envió mensajeros con el propósito de atraérselo dolosamente, y le pidió que si quería que dejara libre a su hermano Jonatás le enviara cien talentos de oro y dos de los hijos de éste como rehenes, pues temía que una vez en libertad sublevara a Judea contra el rey. Pues si todavía lo retenía como prisionero era por el dinero que había recibido del rey y que le debía.

Pero Simón no ignoraba las maquinaciones de Trifón, sabía que perdería el dinero y que su hermano no sería puesto en libertad, y que además el enemigo se apoderaría de los hijos de Jonatás.

Pero temeroso de que el pueblo lo acusara de haber causado la muerte de su hermano, por no querer entregar el dinero y los hijos de éste, lo convocó a asamblea;

le refirió las propuestas de Trifón, agregando que escondían fraude y engaño, pero que era mejor entregarle los hijos y el dinero antes que dar lugar, al no atender las propuestas de Trifón, a que se sospechara que no deseaba la seguridad de su hermano. Le envió, pues, los hijos de Jonatás y el dinero.

Trifón los recibió, pero no fue fiel a su palabra y no dejó en libertad a Jonatás, sino que con el ejército rodeó la región y remontando por Idumea ascendió a Jerusalén. Llegó hasta Adora, población de la Idumea. Simón salió con los suyos para hacerle frente y se mantuvo acampado frente a él.

5. Entretanto los que se encontraban en la fortaleza enviaron mensajeros a Trifón, exhortándole a que viniera rápidamente y les llevara víveres; éste preparó la caballería como si aquella noche pudiera ya encontrarse en Jerusalén. Pero, durante la noche, cayó mucha nieve que obstruyó los caminos y a causa de su profundidad se hizo difícil el tránsito; se encontró sin poder pasar a Jerusalén.

Trifón se trasladó a la Baja Siria, invadió rápidamente la Galadítida, y allí hizo matar a Jonatás y sepultarlo; luego entró en Antioquía. Simón envió al poblado de Basca a buscar los restos de su hermano. Los sepultó en su tierra, Modim, siendo su muerte muy lamentada por todo el pueblo.

Además Simón hizo construir un gran monumento a su padre y hermanos, de piedra blanca y pulida. Estaba ubicado en un lugar alto, rodeado de un pórtico, con columnas cada una de ellas de una sola piedra, obra digna de admiración. Elevó también siete pirámides, para cada uno de sus padres y hermanos, admirables por su hermosura y su magnitud; todavía se conservan en la actualidad. Se ve con qué cuidado Simón se preocupó de la sepultura de Jonatás y de los monumentos consagrados a los suyos. Jonatás murió después de haber sido pontífice durante diez años y estado al frente de su pueblo por espacio de dieciocho.

6. Simón, que fue elegido pontífice por el pueblo, en el primer año de su pontificado libró a los suyos de la servidumbre de los macedonios, de modo que no pagaran más tributos. Consiguieron los judíos esta libertad y la exención de los tributos en el año ciento setenta del reino de los asirios, a contar del día en que Seleuco, por sobrenombre Nicátor, se apoderó de Siria. Estaba el pueblo tan ansioso de honrar a Simón que tanto en los contratos como en los actos públicos escribían: «En el primer año de Simón, benefactor de los judíos y etnarca.»

Fueron muy felices bajo su gobierno y vencieron a los enemigos que los rodeaban. Simón redujo a su dominio a Gazara, Jope y Jamnia. Después de apoderarse de la fortaleza de Jerusalén, la destruyó y arrasó, para que no fuera refugio de sus enemigos, pues cuando éstos la habían ocupado habían sufrido mucho.

Hecho esto les pareció conveniente rebajar el monte en que se encontraba la fortaleza, a fin de que sobresaliera el Templo. Con este propósito convocó al pueblo a asamblea pidiéndoles que se lo permitieran, recordando lo que habían padecido de parte de las guarniciones y de los judíos tránsfugas; y lo que sufrirían en adelante, si de nuevo lo ocuparan fuerzas extranjeras y establecieran una guarnición en la

fortaleza. Con esto persuadió al pueblo, pues lo que les decía era para su seguridad. Pusieron todos manos a la obra para rebajar la colina, y durante tres años día y noche no dejaron de trabajar, hasta reducirla a la altura de la planicie. Desde entonces el Templo dominó la ciudad, habiendo sido reducidas a la nada la fortaleza y la colina donde se encontraba. Éstos son los hechos realizados por Simón.



## CAPÍTULO VII

### *Muerte de Trifón. Simón derrota a Cendebeo. Asesinato de Simón*

1. Poco después de que Demetrio fuera hecho prisionero, Trifón, su tutor, mató a Antíoco hijo de Alejandro, llamado Theos, y declaró que había muerto de resultas de una operación; después envió a sus amigos y parientes a reunirse con los soldados, prometiéndoles darles gran cantidad de dinero si lo nombraban rey. Decía que Demetrio había caído prisionero de los partos y que su hermano Antíoco, en caso de que llegara al poder, los castigaría por traición. Los soldados, con la esperanza de vivir holgadamente si entregaban el reino a Trifón, accedieron. Pero una vez que Trifón tuvo el reino en sus manos reveló su índole perversa. Mientras había sido un particular, aduló al pueblo y simuló moderación, procurando en esta forma atraérselo; pero así que consiguió el reino se desenmascaró y se mostró el verdadero Trifón.

Con todo esto sólo consiguió que sus enemigos se hicieran más poderosos. Los soldados, movidos por el odio, se pasaron a Cleopatra, la esposa de Demetrio, que se había retirado a Seleucia con sus hijos. El hermano de Demetrio Antíoco, denominado Sóter, ambulaba de una ciudad a otra, sin que ninguna se atreviera a recibirlo por miedo a Trifón. Cleopatra lo invitó a casarse con ella y a ponerse al frente del reino. Le hizo esta invitación tanto porque así se lo aconsejaron sus amigos como por temor de que algunos ciudadanos de Seleucia entregaran la ciudad a Trifón.

2. Una vez en Seleucia, Antíoco vio aumentar su poderío de día en día. Hizo la guerra contra Trifón, lo venció y lo expulsó de la Siria superior. Trifón huyó a Fenicia, y hasta allí lo persiguió Antíoco, sitiándolo en Dora, donde se había refugiado en una fortaleza muy difícil de capturar. Antíoco envió mensajeros a Simón, el pontífice de los judíos, proponiéndole un pacto de amistad y alianza.

Simón accedió a su pedido y, después de enviar una embajada a Antíoco, mandó dinero y víveres a las tropas que asediaban a Dora. En poco tiempo figuró entre sus amigos más íntimos. Trifón escapó de Dora a Apamea; aquí fue capturado y muerto, después de reinar durante tres años.

3. Antíoco, de índole avara y perversa, olvidó la ayuda que le había prestado Simón cuando estaba en apuros; envió a su amigo Cendebeo con equipo y soldados a Judea para que la devastara y prendiera a Simón.

Simón, informado de tal iniquidad, a pesar de lo avanzado de su edad, se indignó sobremanera al comprobar que nada equitativo podía esperarse de Antíoco; con muchos bríos y juvenil decisión condujo a las tropas a la guerra.

Envió delante a sus hijos con los más valientes de sus soldados; él con el grueso del ejército siguió por otro camino. Ubicó a los suyos en los desfiladeros de los montes y, sin haber sido jamás vencido, derrotó totalmente al enemigo.

Disfrutó de paz durante el resto de su vida, habiendo hecho él también una alianza

con los romanos.

4. Gobernó durante ocho años a los judíos, y murió en un banquete, a causa de un complot urdido por su yerno Ptolomeo. Éste, habiéndose apoderado de la esposa de Simón y de dos de sus hijos, los encarceló; envió también a que mataran a Juan, el tercero, conocido con el nombre de Hircano. Pero el joven, informado de sus intenciones, evitó el peligro y se dirigió a la ciudad, confiado en el pueblo, que había recibido beneficios del padre y odiaba a Ptolomeo. El pueblo, que ya había recibido a Hircano, rechazó a Ptolomeo, que intentaba entrar por otra puerta.

## CAPÍTULO VIII

*Hircano asume el mando y sitia a Ptolomeo en la fortaleza de Dagón. Guerra de Antíoco con Hircano. Las expediciones de Hircano a Siria*

1. Ptolomeo se retiró a una fortaleza ubicada en Jericó, de nombre Dagón. Hircano, después de obtener el pontificado paterno, primeramente ofreció a Dios sacrificios, luego se dirigió contra Ptolomeo; atacó el lugar donde se encontraba. En todo era superior a él, pero le paralizaba su amor a su madre y sus hermanos, a quienes Ptolomeo hizo conducir hasta los muros y los hizo maltratar, amenazando precipitarlos si Hircano no desistía del asedio.

Pensó que si ponía menos ardor en la empresa evitaría mayores males a los seres que le eran tan queridos, y procedió más lentamente en el asedio. Sin embargo, la madre, extendiendo las manos, le pidió que no cesara por causa de ellos, sino que, al contrario, extrajera de la indignación mayores bríos para reducir al enemigo y vengar a los seres queridos; ella moriría con placer en el tormento sabiendo que el autor de la perfidia sufriría la pena que merecía.

Con estas palabras de la madre, Hircano se sintió fortalecido para tomar la ciudadela. Pero cuando la vio golpear y atormentar, nuevamente languideció su entusiasmo, compadecido de las aflicciones a que estaba sometida. Y así, con un asedio tan largo, vino el año en el cual los judíos acostumbran descansar; pues descansan cada siete años, en la misma forma que descansan cada siete días. Ptolomeo, libre de la guerra por esta causa, mató a la madre y a los hermanos de Hircano. Hecho esto, se refugió al lado de Zenón, conocido por Cotilas, tirano de la ciudad de Filadelfia.

2. Antíoco, indignado por las derrotas que le había infligido Simón, invadió a Judea en el año cuarto de su reinado, primera del gobierno de Hircano, en la centésima sexagésima segunda olimpíada. Después de devastar los campos, obligó a Hircano a encerrarse en la ciudad, que rodeó con siete campamentos. Al principio no hizo ningún progreso, tanto por la solidez de los muros como por el valor de los sitiados y la falta de agua, aunque esta última calamidad la remedió una abundante lluvia que cavó a la puesta de las Pléyades. Del lado norte de la muralla, donde el lugar era plano, levantó cien torres de tres pisos, en las cuales colocó destacamentos militares.

Todos los días atacaba, y habiendo hecho un gran hoyo de mucha longitud, bloqueó a los habitantes. Éstos, por su parte, hacían frecuentes salidas, y si encontraban al enemigo descuidado le ocasionaban grandes pérdidas; si lo veían alerta, se retiraban a lugar seguro.

Hircano, cuando comprendió que la presencia de mucha gente era perjudicial, que muy pronto se terminarían los víveres y que no se hace nada útil cuando intervienen

muchos, separó a los inútiles y los expulsó; sólo retuvo a los fuertes y en condiciones de luchar. Pero Antíoco impidió que pudieran salir los excluidos; y fue así que muchos de ellos, vagando entre los muros y hambrientos, perecieron miserablemente.

Sin embargo, al llegar la fiesta de los Tabernáculos, los que se encontraban dentro de la ciudad, conmovidos, los aceptaron de nuevo. Hircano envió una delegación a Antíoco pidiéndole una tregua de siete días a causa de la fiesta; Antíoco, por veneración a Dios, accedió, y además dispuso un gran sacrificio, toros con cuernos dorados y vasos de oro y plata llenos de perfumes de toda índole. Recibieron el sacrificio los que se encontraban en las puertas y lo introdujeron en el Templo.

Antíoco, durante este tiempo, ofreció un banquete a su ejército; muy diferente de Antíoco Epífanes quien, después de apoderarse de la ciudad, sacrificó cerdos sobre el altar y esparció la grasa sobre los muros del Templo, violando la ley y las costumbres patrias de los judíos, a quienes el sacrilegio empujó a la guerra y los hizo irreconciliables. En cuanto a este Antíoco, por su religiosidad conquistó el nombre de Eusebio (piadoso).

3. Es así que Hircano, habiendo comprobado su equidad y su buena voluntad hacia Dios, le envió legados, pidiéndole que les permitiera vivir de acuerdo con sus leyes y costumbres. Antíoco desechó el consejo de aquellos que le decían que debía destruir a una clase de gente cuyo género de vida era tan diferente del de los otros pueblos. Decidió conformar todos sus actos a la piedad; respondió a los mensajeros que daría fin a la guerra con las siguientes condiciones: los sitiados entregarían las armas, pagarían tributos por Joze y los otros pueblos limítrofes de Judea y aceptarían una guarnición.

Los judíos estuvieron de acuerdo en todo, pero no admitieron la guarnición, pues se negaban a relacionarse con otros pueblos. En vez de la guarnición ofrecieron rehenes y quinientos talentos de plata, todo lo cual fue del agrado de Antíoco; entre los rehenes estaba el hermano de Hircano. Antíoco destruyó, además, el cerco de murallas que rodeaba a la ciudad. Con estas condiciones Antíoco levantó el asedio y se retiró.

4. Hircano, habiendo abierto el sepulcro de David que sobrepasaba en riqueza a todos los sepulcros de los otros reyes, extrajo de allí tres mil talentos de plata; con este dinero hizo lo que no había realizado ningún otro judío, alquilar mercenarios. Hizo amistad y alianza con Antíoco, y habiéndolo recibido en la ciudad, suministró de todo, abundante y magníficamente, al ejército. Cuando Antíoco emprendió una expedición contra los partos, Hircano lo acompañó. Sobre esto nos suministra testimonio Nicolás de Damasco, quien dice:

«Antíoco, después de haber levantado un trofeo en las orillas del río Lico, por haber derrotado a Indates, comandante de los partos, permaneció allí durante dos días a pedido del judío Hircano, por ser una fiesta de los judíos durante la cual no se les permite viajar.»

Al afirmar esto no decía nada falso; la fiesta de Pentecostés tenía que celebrarse

después del sábado, pues a nosotros nos está prohibido viajar los sábados o días festivos.

En cuanto a Antíoco, habiendo emprendido la guerra contra el parto Arsace, perdió gran parte de su ejército y él mismo murió.

Le sucedió en el reino de Siria su hermano Demetrio, a quien Arsace libró de la cautividad cuando Antíoco invadió el país de los partos, como se ha dicho en otro lugar.

## CAPÍTULO IX

### *Las conquistas de Hircano en Siria. Su alianza con Alejandro Zebina*

1. Hircano, así que se informó de la muerte de Antíoco, marchó sobre las ciudades de Siria, confiado, como era la verdad, que las encontraría libres de combatientes y defensores. Se apoderó de Medaba, con grandes esfuerzos de su ejército, al sexto mes de sitio. Luego capturó Samega y los lugares vecinos, así como también Sicima y Garizim y el país de los cuteos; estos últimos adoraban en un templo similar al de Jerusalén que Alejandro había permitido edificar a su capitán Sanabaleta para su yerno Manasés, hermano del pontífice Jad, según dijimos antes.

Este templo fue devastado después de doscientos años. Hircano se apoderó de las poblaciones de Idumea, Adora y Marisa, y sometió a todos los idumeos, a los cuales les permitió que se quedaran en su país, con tal que se circuncidaran y observaran las leyes de los judíos. Por amor a su país se circuncidaron y adoptaron las leyes de los judíos. Desde esta época son verdaderos judíos.

2. El sumo sacerdote Hircano, deseoso de renovar su amistad con los romanos, les envió legados. El senado, aceptadas las cartas de presentación, pactó en la siguiente forma:

«Fanio, hijo de Marco, pretor, convocó al senado el día ocho antes de los idus de febrero, estando presentes Lucio Manlio hijo de Lucio, de la tribu Mentina, y Cayo Sempronio hijo de» Cayo, de la tribu Falerna, para deliberar sobre los asuntos que presentaron Simón hijo de Dositeo y Apolonio hijo de Alejandro y Diodoro hijo de Jasón, varones honestos y buenos, enviados por el pueblo de los judíos, que expusieron la amistad y alianza que existe con los romanos. Han pedido que Jope, los puertos, Gazara y las fuentes y todas las otras ciudades y lugares de los cuales se apoderó Antíoco en contra del decreto del senado, les sean devueltos; y que no se permita a los soldados reales transitar por sus límites y los de sus súbditos. Además que se considere sin valor lo dispuesto por Antíoco sin sentencia del senado; y que, mediante el envío de legados, se procure la devolución de lo que les fuera sustraído por Antíoco y se contemplen las destrucciones ocasionadas por la guerra; y que se les den cartas para los reyes y pueblos libres a fin de que puedan regresar con seguridad a su patria. Sobre el particular se ha decretado: renovar la amistad y la alianza con los buenos varones, enviados por un pueblo bueno y amigo."»

En cuanto a las cartas dijeron que deliberarían sobre las mismas, cuando el senado tuviera oportunidad para ello; y que procurarían que en adelante no se les causara ningún perjuicio. Se ordenó al pretor Fanio que les suministrara dinero del erario, para que regresaran a su patria.

Fanio despidió a los legados de los judíos, dándoles dinero del erario, y una disposición del senado para aquellos que debían guiarlos y asegurarles un viaje sin

peligros.

3. La situación del pontífice Hircano era la siguiente. El rey Demetrio, que anhelaba hacer la guerra a Hircano, no disponía de tiempo ni de oportunidad; por ser un hombre perverso, no contaba con las simpatías ni de los soldados ni de los sirios, quienes enviaron a decir a Ptolomeo, conocido por Fiscón, que les enviara a alguien de la familia de Seleuco para hacerse cargo del reino. Ptolomeo envió a Alejandro, de sobrenombre Zebina, con el ejército.

Trabado en lucha con Demetrio, éste resultó vencido y huyó a Ptolemáis a reunirse con Cleopatra, su esposa. Ésta no lo admitió; entonces se dirigió a Tiro, donde fue capturado y muerto después de los muchos sufrimientos a los que fue sometido por sus enemigos.

Alejandro, una vez en el reino, hizo pacto de amistad con el pontífice Hircano. Después, atacado por Antíoco hijo de Demetrio, conocido por Gripo, fue derrotado y falleció en el combate.

# CAPÍTULO X

## *Antíoco Ciziceno, derrotado por Hircano, es expulsado de Judea*

1. Antíoco, ya dueño del reino de Siria, temía atacar a los judíos, sabiendo que su hermano de parte de madre, que también se llamaba Antíoco, reunía en su contra tropas en Cizico. Determinó no salir de sus fronteras a fin de prepararse contra su hermano, denominado Ciziceno, por la ciudad de Cizico donde se había criado; su padre era Antíoco Sóter, que murió entre los partos, y que era hermano de Demetrio, padre de Gripo. Cleopatra se había casado con dos hermanos, conforme dijimos en otro lugar.

Antíoco Ciziceno marchó a Siria y durante muchos años estuvo en guerra con su hermano. Durante todo este tiempo hubo paz para Hircano. Después de la muerte de Antíoco se libró de los macedonios, y no los tuvo en cuenta ni como súbdito ni como amigo.

Aprovechó la paz y prosperidad de la época de Alejandro Zebina, y especialmente de la época de los dos hermanos. La guerra que se había declarado entre los hermanos le ofrecía oportunidad de explotar a Judea con toda seguridad, de modo que reunió una gran cantidad de dinero. Sin embargo, cuando Ciziceno devastó abiertamente su territorio, Hircano mostró cuáles eran sus intenciones; cuando vio a Antíoco privado de su ayuda de Egipto, y que tanto uno como el otro hermano sufrían mucho en los combates, menospreció a ambos por igual.

2. Hizo una expedición contra Samaria, ciudad muy fortificada, la cual, como diremos en su lugar, ahora se llama Sebaste, reedificada por Herodes. La atacó con gran violencia, indignado contra los samaritanos por haber injuriado a los marisenos, colonos y aliados de los judíos, por orden de los reyes de Siria. Rodeó la ciudad de una fosa y de un doble muro de unos ochenta estadios; confió las operaciones a sus hijos Antíoco y Aristóbulo. Presionados por los hermanos, los samaritanos se vieron reducidos a un hambre tan extrema que comían cosas desacostumbradas y pidieron auxilio a Antíoco Ciziceno.

Éste se lo otorgó de buen grado; pero fue vencido por Aristóbulo, y puesto en fuga por los dos hermanos escapó hasta Escitópolis.

De nuevo volvieron a atacar a los samaritanos, a los que obligaron a replegarse dentro de las murallas, de modo que, enviando mensajeros al mismo Antíoco, le solicitaron ayuda. Antíoco hizo pedir seis mil hombres a Ptolomeo Laturó; éste los otorgó en contra de la voluntad de su madre, que casi le hizo perder el trono.

Con las fuerzas egipcias Antíoco comenzó por invadir el país de Hircano y se dedicó a asolarlo como un bandido, no atreviéndose a entrar en guerra directamente, pues carecía de fuerzas para ello, y esperaba que con la devastación de los campos obligaría a Hircano a suspender el asedio de Samaria. Pero perdió muchos hombres



en las emboscadas, y se retiró a Trípoli, encargando a Calimandro y Epícrates la prosecución de la guerra con los judíos.

3. Calimandro, en sus ataques contra el enemigo, fue derrotado y murió; Epícrates, por avidez, entregó Escitópolis y otros lugares a los judíos, pero no logró que se levantara el sitio de Samaria<sup>[225]</sup>.

Hircano, después de un año de asedio, la tomó; y no contento con esto, la destruyó por completo, inundándola por medio de torrentes, socavándola para precipitarla a las barrancas y borrando toda señal de que allí hubiera existido una ciudad.

Se cuenta un hecho extraordinario del pontífice Hircano, a quien Dios habló. Se narra que cierto día que sus hijos estaban luchando con el Ciziceno, estando él solo en el Templo ofreciendo incienso, oyó una voz que le decía que sus hijos habían vencido a Antíoco. Una vez fuera del Templo informó a todo el pueblo. Y así fue en verdad.

Éstos son los hechos de Hircano.

4. Por este tiempo la buena suerte no sólo sonreía a los judíos que se encontraban en Judea, sino también a los que vivían en Alejandría, Egipto y Chipre. Cleopatra, en disentimiento con su hijo Ptolomeo, por sobrenombre Laturo, nombró comandantes a Celcías y Ananías, hijos de Onías, el que había construido un templo similar al de Jerusalén en la prefectura de Heliópolis, según dijimos en otro lugar. Cleopatra les encargó el ejército, y no tomaba ninguna determinación sin consultarlos, como lo atestigua el siguiente pasaje de Estrabón de Capadocia<sup>[226]</sup>:

«Muchos de los que fueron enviados a Chipre por Cleopatra desertaron para unirse a Ptolomeo; únicamente los judíos de la facción de Onías permanecieron fieles, por estar sus compatriotas Celcías y Ananías en gran estima de la reina.»

Esto es lo que dice Estrabón.

5. La prosperidad de Hircano despertó envidias entre los judíos. Especialmente estaban contra él los fariseos, una de las sectas de los judíos, como hemos dicho anteriormente. Gozan de tanta autoridad en el pueblo que si afirman algo incluso contra el rey o el pontífice, son creídos. Sin embargo Hircano había sido uno de sus discípulos a quien tenían en gran estima.

En cierta oportunidad los invitó a un banquete y los festejó sobremanera. Cuando los vio animados, empezó a decirles que ellos sabían muy bien que quería ser justo y obrar de acuerdo con la voluntad de Dios, pues esto lo enseñan los fariseos. Les pidió que si veían que en algo pecaba y se desviaba que lo corrigieran y le señalaran el buen camino.

Cuando ellos le testimoniaron su virtud, quedó satisfecho con sus elogios. Pero uno de los invitados, de nombre Eleazar, hombre perverso y sedicioso, dijo:

—Puesto que pides conocer la verdad, si quieres ser justo, despréndete del pontificado y conténtate con ser príncipe del pueblo.

Hircano preguntó por qué debía abdicar el pontificado.

—Porque hemos sabido por nuestros mayores —respondió— que tu madre fue esclava durante el reinado de Antíoco Epífanés.

Era falso. Hircano se indignó, lo mismo que todos los fariseos.

6. Pero un miembro de la secta de los saduceos, que tenía opiniones contrarias al pensamiento de los fariseos, un tal Jonatás, que era uno de los principales amigos de Hircano, afirmó que Eleazar había expresado una convicción propia de todos los fariseos. Esto se pondría en evidencia, si les preguntara de qué castigo era digno Eleazar por lo que había manifestado. Preguntando a los fariseos qué castigo merecía, Hircano sabría si aquél había hablado en nombre de todos, juzgando por la pena que propondrían.

Los fariseos dijeron que merecía azotes y prisión. Creían que ese insulto no merecía la muerte; por otro lado, los fariseos, por naturaleza, son indulgentes en la aplicación de los castigos.

Esta respuesta indignó de tal manera a Hircano que opinó que Eleazar había hablado en nombre de todos. Además Jonatás lo empujó y estimuló con el fin de apartarlo de los fariseos y hacerlo pasar a la secta de los saduceos. Hircano abolió las prácticas impuestas al pueblo por los fariseos y castigó a los que las observaban. De ahí surgió el odio del pueblo tanto contra él como contra sus hijos.

Sobre el particular hablaremos más adelante. Por ahora quiero simplemente decir que los fariseos habían introducido prácticas recibidas de los antepasados pero que no se encuentran en las leyes de Moisés; por esto las rechazan los saduceos, quienes afirman que deben observarse únicamente las leyes escritas, no las que han sido transmitidas por la tradición. Sobre el particular se produjeron graves discusiones: los ricos se inclinaban por los saduceos, mientras que los fariseos contaban con la simpatía de la multitud. Pero de estas dos sectas, así como también de la secta de los esenios, hemos tratado en el segundo libro que escribimos sobre los judíos<sup>[227]</sup>.

7. Hircano, apaciguada la discusión, vivió luego felizmente, y durante treinta y un años hizo un buen gobierno hasta que murió, dejando cinco hijos. Tres dones consiguió de Dios: el mando del pueblo, el honor de ser pontífice y el don de la profecía. Tenía este don, y presentía y predecía los acontecimientos futuros, de modo que de sus hijos mayores predijo que no permanecerían en el gobierno durante mucho tiempo. Nos conviene explicar la caída de éstos, para que veamos cómo su padre los superó en felicidad.

# CAPÍTULO XI

## *Aristóbulo hereda el poder y toma el título de rey*

1. Una vez muerto el padre, su hijo mayor Aristóbulo, juzgando conveniente cambiar por su propia autoridad el gobierno del reino, se impuso la diadema, cuatrocientos ochenta y un años y tres meses después de que el pueblo, libre de la esclavitud de Babilonia, volvió a su país. De entre sus hermanos sólo apreciaba al que le seguía en edad, Antígono, a quien hizo partícipe del mismo honor; a los demás los puso en la cárcel. También encarceló a su madre, que le disputaba el poder, pues Hircano la había dejado dueña de todo; y procedió contra ella tan cruelmente que la mató de hambre en la cárcel.

Siguió la misma suerte su hermano Antígono, a quien parecía amar y que había asociado al reino. Lo alejaron de su lado las calumnias a las cuales primeramente no dio crédito. Pero en una oportunidad en que Antígono volvió lleno de gloria de una expedición militar, durante la festividad en la que se levantan tiendas en honor de Dios, aconteció que Aristóbulo enfermó y tuvo que permanecer en cama. Antígono subió al Templo, para celebrar la fiesta, magníficamente vestido y rodeado por sus soldados, y rogó principalmente por la salud de su hermano.

Algunos perversos, deseosos de destruir la concordia existente entre los hermanos, aprovecharon el brillante séquito de Antígono y su éxito militar para presentarse ante el rey y exagerar maliciosamente los hechos, como si los actos de Antígono no fuesen los de un hombre particular, sino los de un aspirante a apoderarse del trono; añadieron que se proponía matar a Aristóbulo, presentándose con sus tropas, por considerar necio que, pudiendo gobernar solo, tuviera que participar del gobierno con otro.

2. Aristóbulo, convencido contra su voluntad, para evitar las sospechas del hermano y cuidar al mismo tiempo su seguridad, colocó a algunos de los suyos en cierto lugar subterráneo, pues estaba acostado en una torre que se denominaba Antonia 1, y les ordenó que no tocaran a Antígono si venía desarmado, pero si quería acercársele con armas que fuera muerto.

Al mismo tiempo envió a decir a Antígono que se presentara sin armas.

Pero la reina y los que con ella conspiraban contra Antígono persuadieron al mensajero que dijera todo lo contrario; que el rey, informado de que se había hecho una hermosa armadura e instrumentos bélicos, le pedía que se presentara con ellos, para que los pudiera ver.

Antígono, que no sospechaba engaño alguno y que confiaba en la benevolencia del hermano, se dirigió a ver a Aristóbulo completamente armado. Cuando llegó a la torre que se llamaba Estratón, en un lugar donde la entrada era muy oscura, fue muerto por los guardias.

Su muerte comprobó que no hay nada más fuerte que la envidia y la calumnia y que nada sobrepasa a estas pasiones para romper la benevolencia y la unión prescritas por la naturaleza. Sobre el particular pasó algo digno de admiración a un cierto Judas, esenio, el cual en sus predicciones nunca se apartó de la verdad. Éste, al ver a Antígono pasar cerca del Templo, exclamó, dirigiéndose a sus compañeros y amigos, que lo rodeaban para escuchar sus predicciones sobre lo futuro:

—Merezco morir por haber mentido, puesto que Antígono todavía vive.

Había predicho que Antígono moriría en la Torre de Estratón y ahora lo veía pasar, y el lugar donde tenía que morir se encontraba a una distancia de seiscientos estadios; había ya pasado la mayor parte del día, de modo que corría el peligro de que su oráculo resultara falso. Mientras decía estas cosas y se lamentaba, fue anunciada la muerte de Antígono en un lugar subterráneo, que se denominaba torre de Estratón, el mismo nombre que el de la ciudad marítima de Cesárea. Ésta había sido la causa de la perturbación del profeta.

3. No tardó Aristóbulo en sufrir el castigo por la muerte de su hermano; con el espíritu conturbado por el recuerdo de su crimen, corrompidas sus entrañas, vomitó sangre. Uno de los criados que lo servían, pienso que por disposición divina, mientras la transportaba, al pasar por el lugar donde todavía se encontraba la sangre de Antígono, resbaló y derramó la que llevaba. Los espectadores gritaron que lo había hecho adrede; habiéndolo oído Aristóbulo, preguntó cuál era la causa de la gritería: Como no se lo dijeran, insistió con más calor en saberlo; pues la naturaleza humana es tal que supone siempre peor que la realidad lo que se empeñan en ocultar. Finalmente, cuando mediante amenazas logró arrancarles la verdad, afligido intensamente por los remordimientos, derramó muchas lágrimas y exclamó en alta voz

—No era posible que crímenes tan horribles e impíos permanecieran ocultos a Dios; me ha invadido la aflicción por la muerte de mi hermano. ¿Hasta cuándo, oh cuerpo miserable, retendrás un alma que pertenece a los manes de mi hermano y de mi madre? ¿Por qué no la entregas de golpe, en vez de derramarla gota a gota como libación por mis víctimas?

Murió mientras decía estas cosas, después de reinar durante un año. Era considerado admirador de los griegos. Hizo muchos beneficios a su patria; declaró la guerra a Iturca y anexó gran parte de su territorio a Judea, obligando a sus moradores, si querían vivir en el país, a que se circuncidaran y vivieran de acuerdo con las leyes de los judíos. Fue por naturaleza equitativo y muy modesto, como lo atestigua Estrabón, según Timágenes:

«Este varón mostró ser justo y muy útil a los judíos, pues amplió su país, y parte de la región de Iturea, unida por el vínculo de la circuncisión, pasó a formar parte del mismo.»

## CAPÍTULO XII

*Muerto Aristóbulo, lo sucede su hermano Alejandro. Sus campañas guerreras*

1. Habiendo fallecido Aristóbulo, su esposa Salomé, llamada por los griegos Alejandra, después de poner en libertad a los hermanos de Aristóbulo a los cuales, como ya dijimos, éste había encarcelado, nombró rey a Janea, denominada Alejandro, el menor y más moderado. Éste nunca contó con el amor de su padre el cual, mientras vivió, siempre rehusó verlo. El motivo de este odio fue el siguiente: Hircano tenía gran amor a sus hijos mayores, Antígono y Aristóbulo, e interrogó a Dios, que se le apareció en sueños, cuál de sus hijos le sucedería; al manifestarle Dios las letras con que se escribe el nombre de Janea, tomó a mal el que fuera en lo futuro el sucesor de todos sus bienes y lo hizo educar en Galilea, donde había nacido.

Pero Dios no engañó a Hircano. Janea, habiendo logrado el reino después de la muerte de Aristóbulo, hizo morir a uno de los hermanos que intentaba apoderarse del trono, y trató con honores al otro, que estaba dispuesto a llevar una vida pacífica.

2. Luego de disponer el principado en la forma que consideraba más conveniente, emprendió una expedición contra Ptolemáis; después de haber vencido a los ciudadanos los obligó a entrar en la ciudad, que sitió. Sólo le faltaba someter a las ciudades marítimas de Ptolemáis y Gaza y al tirano Zoilo que tenía bajo su dominio las de Torre de Estratón y Dora. Pues mientras Antíoco Filométor y su hermano Antíoco, llamado Ciziceno, guerreaban entre sí y gastaban sus fuerzas mutuamente, los de Ptolemáis no podían esperar ningún auxilio de su parte.

Durante el asedio se presentó para ayudarlos Zoilo, que ocupaba la Torre de Estratón y Dora, y que tenía unas pocas tropas y aspiraba a aprovecharse de la discordia de los dos reyes para quedarse con la tiranía.

La situación de los reyes era tal que no cabía esperar ayuda ninguna de su parte. Pues les estaba pasando lo que acontece con los atletas que, cansados y desfallecientes, se avergüenzan de ceder y perseveran, y entre descansar y respirar van difiriendo la lucha. Les quedaba, sin embargo, la esperanza de ayuda de parte de los reyes de Egipto y de Ptolomeo Laturo que retenía Chipre, donde se había refugiado después de haber sido expulsado del imperio por su madre Cleopatra.

Le enviaron mensajeros pidiéndole auxilio y que los librara del peligro en que estaban de caer en poder de Alejandro. Los legados le dieron la esperanza de que si pasaba a Siria, tendría como aliados a los de Gaza, Zoilo, los sidonios y muchos otros que se les juntarían. Con esta esperanza, aprestó sus naves para ir a ayudarlos.

3. Entretanto Demeneto, hombre popular y elocuente y que contaba con autoridad entre los de Ptolemáis, los hizo cambiar de parecer, diciéndoles que más les convenía sufrir los peligros de una lucha contra los judíos, que aceptar una servidumbre expresa, entregándose a un dueño; y, por añadidura, no sólo sufrir la guerra actual,

sino otra mucha mayor de parte de Egipto. No era de creer que Cleopatra se olvidara de tal manera de sus asuntos que permitiera que los de Ptolemáis recibieran ayuda de sus vecinos; los atacaría con un gran ejército, pues procuraría echar a su hijo de Chipre. Ptolomeo, si las cosas no le salían bien, se podía refugiar en Chipre; pero ellos se verían reducidos a lo último.

Ptolomeo se informó, mientras se encontraba navegando, que los de Ptolemáis habían cambiado de opinión; no por eso suspendió el viaje, y después de abordar en un lugar llamado Sicaminos, desembarcó con sus tropas. Su ejército estaba compuesto por cerca de treinta mil soldados, de caballería y de infantería. Acampó cerca de Ptolemáis, muy inquieto y preocupado, pues los habitantes de la ciudad no recibían a sus legados ni escuchaban sus palabras.

4. Zoilo y los de Gaza fueron a verlo y le rogaron que los ayudara, pues los judíos y Alejandro les estaban devastando los campos. Alejandro resolvió levantar el asedio por temor a Ptolomeo. Se retiró con el ejército a su país, procurando astutamente enemistar a Cleopatra con Ptolomeo, mientras simulaba amistad y alianza con el último; incluso prometió darle cuatrocientos talentos si quitaba de en medio al tirano Zoilo y entregaba su país a los judíos.

Ptolomeo hizo pacto de amistad con los judíos gustosamente y se apoderó de Zoilo. Pero cuando luego supo que Alejandro, clandestinamente, había enviado mensajeros a su madre Cleopatra, se deshizo del juramento prestado, y puso sitio a Ptolemáis, la ciudad que no había querido admitirlo. Dejó en el sitio a sus capitanes y parte de las tropas, y él con las restantes invadió a Judea.

Alejandro, conocida la intención de Ptolomeo, reunió cincuenta mil habitantes del país o, según afirman algunos escritores, ochenta mil; con estas tropas se dispuso a hacerle frente. Ptolomeo cayó sobre Asoquín en Galilea un día sábado, hizo cerca de diez mil prisioneros y se apoderó de un gran botín.

5. Luego hizo una tentativa contra Séforis, ciudad que no se encontraba muy lejos de la que acababa de devastar, pero perdió un gran número de soldados.

De allí partió para luchar contra Alejandro. Éste lo enfrentó cerca del río Jordán, en un lugar denominado Asofón, colocando su campamento cerca del enemigo. Como combatientes de primera línea puso a ocho mil hombres a quienes llamaba «campeones de cien hombres», armados con escudos recubiertos de bronce. La primera línea de los soldados de Ptolomeo estaba formada por soldados armados de la misma manera. Pero en todo lo demás eran inferiores los soldados de Ptolomeo e iban a la lucha más tímidamente. Sin embargo, el táctico Filostéfano les infundió gran valor al hacerles atravesar el río que los separaba.

Alejandro no consideró conveniente hacer pasar el río a los suyos; pues creía que le sería mucho más fácil vencer al enemigo, si éste luchaba de espaldas al río, porque entonces tendría cortada la retirada. Al principio la lucha fue dudosa, tanto por el entusiasmo como por las acciones; hubo muchos muertos de ambas partes. Cuando los soldados de Alejandro parecía que estaban en ventaja, Filostéfano dividió sus

tropas, para ir enviando auxilio a las que cedían. Pero como nadie iba en auxilio del conjunto de los judíos en derrota, éstos escapaban sin contar con la ayuda de los más próximos, que también escapaban; y los soldados de Ptolomeo atacaban contra todos. Perseguían a los judíos y los mataban y los pusieron a todos en fuga, ocasionando una matanza tan grande, que las espadas se embotaron y las manos se cansaron. Se cuenta que hubo treinta mil muertos, aunque Timágenes dice que fueron cincuenta mil; y los restantes en parte fueron hechos cautivos y en parte buscaron refugio en sus hogares.

6. Ptolomeo, después de la victoria, recorrió el país y, durante la noche, se detuvo en algunas poblaciones de los judíos; las encontró llenas de mujeres y niños, ordenando a sus soldados que los degollaran y cortaran a pedazos y que echaran los pedazos en marmitas de agua hirviendo, antes de partir. Ordenó esto, para que los escapados de la lucha al regresar a sus casas creyeran que los enemigos se alimentaban con carne humana, y así su terror sería mucho mayor. Estrabón y Nicolás dicen que los soldados de Ptolomeo cumplieron la orden. Luego tomó a la fuerza Ptolemáis, como ya dije.

## CAPÍTULO XIII

### *Alejandro conquista a Gaza y aplasta una sedición en Judea*

1. Viendo Cleopatra que su hijo crecía en poderío, que devastaba a Judea y que estaba en su poder la ciudad de Gaza, decidió no descuidar por más tiempo sus asuntos, pues ya lo tenía muy cerca, y si iba creciendo en poder luego desearía apoderarse de Egipto. Inmediatamente, con tropas de mar y tierra marchó en su contra, poniendo al frente de todo el ejército a los judíos Celcías y Ananías. También envió a Cos, en depósito, la mayor parte de sus riquezas, y mandó allí a sus nietos con su testamento.

Ordenó a su hijo Alejandro que se dirigiera a Fenicia con las naves, y ella marchó con sus tropas a Ptolemáis; pero, al no querer recibirla esta ciudad, la sitió.

Ptolomeo, desde, Siria, se apresuró a dirigirse a Egipto, considerando que podría oprimirla y apoderarse de ella, desprovista como estaba de tropas. Pero se engañó. Por el mismo tiempo, Celcías, uno de los comandantes de las tropas de Cleopatra, murió en la Baja Siria, mientras perseguía a Ptolomeo.

2. Cleopatra, informada de los propósitos de su hijo y de que, como esperaba, no logró en Egipto el éxito deseado, envió a una parte del ejército para expulsarlo de aquella región.

Ptolomeo salió de Egipto y se detuvo a invernar en Gaza. Interin Cleopatra se apoderó de la fortaleza y ciudad de Ptolemáis.

Alejandro se presentó con muchos regalos y honores, actitudes propias de un hombre que había sido maltratado por Ptolomeo, y a quien no se le ofrecía otra alternativa. Los amigos de Cleopatra le aconsejaron que aceptara los regalos y que luego impetuosamente invadiera el país; que se apoderara de él y no permitiera que una multitud tan grande de valientes judíos obedecieran a un solo hombre. Pero Ananías opinó de otro modo: —Obrarías injustamente si privaras de sus bienes a un aliado que además es nuestro compatriota. No quiero que ignores que si se obra con él injustamente, todos nosotros que somos judíos nos convertiremos en tus enemigos.

Con estos consejos de Ananías, se convenció Cleopatra de que no debía comportarse injustamente con Alejandro; al contrario, concertó una alianza con él en Escitópolis, en la Baja Siria.

3. Libre de Ptolomeo, Alejandro llevó seguidamente el ejército a la Baja Siria. Se apoderó de Gadara<sup>[228]</sup>, después de un sitio de diez meses; y después de Amato, la ciudad más fortificada de las que se encuentran más allá del Jordán, donde Teodoro hijo de Zenón guardaba sus objetos más apreciados y hermosos. Pero éste, cayendo de improviso sobre los judíos, mató a diez mil de ellos, y robó el botín de Alejandro. Sin embargo, Alejandro no se detuvo por todo esto, sino que hizo una expedición contra las zonas marítimas, Rafia y Antedón<sup>[229]</sup>, denominada más tarde Agripias por



el rey Herodes, ciudades que tomó por la fuerza.

Al saber que Ptolomeo desde Gaza se había pasado a Chipre y que su madre Cleopatra se había retirado a Egipto, encolerizado contra los de Gaza por haber implorado la ayuda de Ptolomeo, sitió a la ciudad y devastó sus campos.

Apolodoto, comandante de los de Gaza, a la cabeza de dos mil mercenarios y diez mil ciudadanos, invadió durante la noche el campamento de los judíos. Mientras duró la oscuridad se impusieron los de Gaza, gracias al engaño en que estaban los judíos, que creían que quien los atacaba era Ptolomeo; pero ya de día y libres del error, sabedores de la verdad, los judíos se reunieron y atacaron impetuosamente a los de Gaza y mataron unos mil. Los de Gaza resistieron, a pesar de su número reducido y de la multitud de muertos, pues estaban dispuestos a sufrir cualquier cosa antes que caer en poder del enemigo. Su ánimo se acrecentó con el auxilio prometido por Aretas, rey de los árabes.

Pero aconteció que antes de que pudiera cumplirse esta promesa, murió Apolodoro; su hermano Lisímaco, celoso de su popularidad entre los ciudadanos, lo mató, reunió parte de las tropas y entregó la ciudad a Alejandro.

Entró Alejandro y al principio se comportó pacíficamente; pero luego abandonó sus habitantes a los soldados y permitió que los asesinaran.

Los soldados se esparcieron por toda la ciudad y mataron a sus habitantes. Sin embargo los de Gaza no dejaron de ofrecer resistencia, hicieron frente a sus atacantes y mataron más judíos de los que ellos eran. Algunos abandonaron las casas y las incendiaron, para que no quedara ningún despojo para el enemigo; otros, con sus propias manos mataron a sus esposas e hijos, a fin de librarlos de caer en la esclavitud.

Los consejeros, en número de quinientos, se refugiaron en el templo de Apolo; la toma de la ciudad los había sorprendido estando en sesión. A éstos también los mató Alejandro, y los sepultó bajo las ruinas de su ciudad. Alejandro regresó a Jerusalén, después del asedio de Gaza, que duró un año.

4. Por el mismo tiempo murió Antíoco, llamado Gripo, asesinado por Heracleón, a la edad de cuarenta y cinco años, después de haber reinado veintinueve. Le sucedió en el trono su hijo Seleuco, quien hizo la guerra a Antíoco, hermano de su padre, conocido por el Cicizeno; venciólo, lo hizo prisionero y lo hizo morir. Poco después Antíoco el hijo de Cicizeno, denominado Eusebio (el Pío), vino a Arado y se impuso la diadema; declaró la guerra a Seleuco, y después de vencerlo lo expulsó de toda Siria. Seleuco se fugó a Cilicia y se estableció en Mopsuestia, donde empezó a exigir dinero. Pero el pueblo de Mopsuestia, irritado, prendió fuego al palacio real, y lo hizo perecer con sus amigos.

Cuando Antíoco el hijo de Cicizeno reinaba en Siria, Antíoco, el hermano de Seleuco, le declaró la guerra, pero fue vencido y perdió el ejército y la vida. Después de él su hermano Filipo, impuesta la diadema, reinó en una parte de Siria.

Entretanto Ptolomeo hizo venir de Cnido a su hermano Demetrio, llamado el

Intempestivo, a quien nombró rey de Damasco. Resistiendo intensamente Antíoco a estos dos hermanos, al poco tiempo falleció; pues queriendo ayudar a Laodice, la reina de los galadenos, que estaba en guerra con los partos, murió luchando valerosamente. Dos hermanos, según hemos dicho, gobernaban en Siria, Demetrio y Filipo.

5. En lo referente a Alejandro se levantaron contra él los suyos; su propia gente se sublevó. Mientras celebraba una fiesta y estaba en el altar para ofrecer sacrificios, lo atacaron con limones. Era costumbre de los judíos en la fiesta de los Tabernáculos, que cada uno presentara ramas de palmera y limones, como declaramos en otro lugar. Empezaron a injuriarlo, enrostrándole que era hijo de cautivos<sup>[230]</sup> y, por lo tanto, indigno del honor pontifical y de ofrecer sacrificios. Airado por todo esto, mató como a seis mil del pueblo; luego hizo construir un cerco de madera alrededor del altar y la parte del Templo en la cual sólo podían entrar los sacerdotes; así tuvo alejada a la multitud.

Disponía también de tropas mercenarias de Pisidas y Cilicia, pues no utilizaba a los sirios, por ser sus contrarios. Sometió a los moabitas y galaaditas, que eran de raza árabe, para imponerles tributos; demolió también a Amato, sin que Teodoro se atreviera a atacarlo.

Hizo la guerra a Obedas, rey de los árabes; pero cayó en una emboscada en un lugar áspero y difícil. Fue empujado por la multitud de camellos a un valle profundo cerca de Gadara, población de los galaditidas, y pudo escapar sólo con gran dificultad. De allí marchose a Jerusalén.

Esta catástrofe le ocasionó la enemistad de los judíos; les hizo la guerra durante seis años, matando no menos de cincuenta mil. Pidió entonces a sus compatriotas que pusieran fin a sus ataques, pero éstos lo odiaban todavía más a causa de su malevolencia. Como les preguntara qué querían, le contestaron:

—Tu muerte.

Con este fin enviaron legados a Demetrio el Intempestivo para pedir su alianza.

## CAPÍTULO XIV

*Demetrio Eucero, el Intempestivo, hace la guerra a Alejandro y lo derrota*

1. Demetrio partió con su ejército, acrecentado con aquellos que lo habían llamado, y acampó cerca de la ciudad de Siquem. Alejandro, a la cabeza de seis mil doscientos mercenarios, además de unos veinte mil judíos que estaban de su lado, marchó contra Demetrio. Éste disponía de tres mil hombres de caballería y cuarenta mil de infantería. Ambas partes procuraron atraerse a los soldados: Demetrio solicitaba a los mercenarios que se le unieran por ser griegos, mientras que Alejandro trataba de atraerse a los judíos. Pero ni uno ni otro lograron convencerlos; y entonces se pasó a la guerra, en la cual triunfó Demetrio. Murieron todos los mercenarios de Alejandro, portándose fiel y vigorosamente, así como también muchos de los soldados de Demetrio.

2. Habiéndose Alejandro escapado a los montes, seis mil judíos, compadecidos de su suerte adversa, pasaron a su lado. Demetrio tuvo miedo y se retiró. Los judíos continuaron su guerra contra Alejandro, pero fueron vencidos y murieron en gran número. Alejandro encerró a los más poderosos de ellos en el poblado de Bezoma y la sitió; habiéndose apoderado de la ciudad y de sus enemigos, los condujo a Jerusalén, donde los trató en la forma más cruel. En un banquete que dio en presencia de todos, con sus concubinas, ordenó que unos ochocientos de ellos fueran crucificados y estando todavía vivos hizo degollar frente a ellos a sus esposas e hijos, vengándose en esta forma de las ofensas recibidas; pero con una severidad mayor de la que cabe esperar de un hombre, que estuvo a punto de perder la vida y el reino. Sus adversarios no se habían limitado a luchar contra él, sino que pidieron ayuda exterior. Lo redujeron a extremos tan angustiosos, que se vio obligado a ceder las zonas que había sometido en Moab y Galaad, con sus lugares fortificados, al rey de los árabes, a fin de que éste no formara alianza bélica en su contra; para no decir otras muchas cosas que lo perjudicaron. Pero no procedió de acuerdo con sus intereses, de modo que fue llamado por los judíos, causa de su gran crueldad, Tracidas<sup>[231]</sup>. Sus adversarios, cuyo número era cerca de ocho mil, durante la noche escaparon y siguieron desterrados mientras vivió Alejandro. Y éste, librado desde entonces de esta turba, reinó pacíficamente.

3. Demetrio, habiendo salido de Judea a Berea, luchó contra su hermano Filipo, disponiendo de diez mil soldados de infantería y mil de caballería. Estratón, tirano de Berea, aliado de Filipo, llamó en su ayuda a Zizo, que estaba al frente de las tribus de los árabes y a Mitrídates Sináces, prefecto de los partos. Fueron en su ayuda con un gran ejército y cercaron a Demetrio en sus trincheras, en las cuales con una lluvia de flechas y por la sed obligaron a los que estaban con él a que se rindieran.

Se apoderaron de un gran botín e hicieron cautivo a Demetrio, que enviaron a Mitrídates, rey de los partos, y entregaron gratuitamente a los habitantes de Antioquía todos sus compatriotas cautivos.

Mitrídates, rey de los partos, retuvo consigo a Demetrio con todos los honores, hasta que falleció de enfermedad. Filipo, después de la lucha, dirigióse a Antioquía, y así se convirtió en rey de toda Siria.

## CAPÍTULO XV

### *Expedición victoriosa a Judea de Antíoco Dionisio*

1. Después Antíoco, llamado Dionisio, hermano de Filipo, que aspiraba al poder, fue a Damasco, y allí, convertido en su dueño, lo hicieron rey.

Entretanto su hermano Filipo, que estaba en una expedición contra los árabes, informado de la novedad se dirigió a Damasco. Le fue entregada la ciudad por Milesio, prefecto de la fortaleza; pero se comportó ingratamente con Milesio, quien no recibió de él ninguna de las recompensas que esperaba. Prefirió que se pensara que la ciudad había caído en su poder por el miedo.

Puesto que no lo recompensó como convenía, resultó sospechoso, y de nuevo perdió a Damasco. Un día que había salido para ir al hipódromo, Milesio le cerró las puertas y reservó Damasco para Antíoco.

Éste, al enterarse de lo que le había acontecido a Filipo, regresó de Arabia. Se dirigió a Judea con un ejército de ocho mil hombres de infantería y ochocientos de caballería<sup>[232]</sup>.

Alejandro, temeroso por su venida, cavó una profunda fosa desde Cabarzaba, llamada actualmente Antipatris, hasta el mar de Jope, la única parte por donde era posible el ingreso. Levantó muros y torres de madera y otras máquinas bélicas por un espacio de ciento cincuenta estadios, y esperó a Antíoco.

Pero éste incendió todas estas obras y pasó con sus tropas hacia Arabia. Al principio parecía que los árabes cedían, luego repentinamente le hicieron frente con diez mil hombres de caballería, contra las cuales luchó denodadamente; resultó vencedor, pero perdió la vida, mientras acudía en ayuda de una parte de su ejército que parecía flaquear. Muerto Antíoco, su ejército escapó a un poblado llamado Caná, donde la mayor parte murió de hambre.

2. Después de él en la Baja Siria reinó Aretas<sup>[233]</sup>, llamado al gobierno por los que tenían en su poder a Damasco, por odio a Ptolomeo hijo de Meneos. De allí Aretas marchó a Judea y venció a Alejandro cerca de Adida, lugar fortificado. Después de haber hecho un pacto, se retiró de Judea.

3. Alejandro se dirigió de nuevo hacia el pueblo de Dión, que capturó. Después pasó a Esa, donde se encontraban las riquezas más preciosas de Zenón. Rodeó la plaza de un triple muro y la tomó sin combate.

Luego se dirigió a Gaulana y Seleucia. Una vez que se hubo apoderado de ellas, sometió también a su poder el valle y la fortaleza de Gamala. Y como tuviera muchas quejas contra Demetrio, prefecto de estos lugares, le quitó la provincia. Pasó tres años en estas expediciones, volvió a su patria, siendo recibido con mucho entusiasmo por los judíos a causa del éxito obtenido.

4. Por aquel tiempo los judíos dominaban en las siguientes poblaciones de los sirios, idumeos y fenicios. En la costa, la Torre de Estratón, Apolonia, Jope, Jamnia, Azot, Gaza, Antedón, Rafia y Rinocorura. En el interior, Adora, Marisa y Samaria, el monte Carmelo y el monte Itubrio, Escitópolis y Gadara; en Caulanítida, Seleucia y Gabala; en Moabítida, Herbón, Medaba, Lemba, Oronas, Telitón, Zara, el valle de Cílices y Pela. Esta última fue destruida porque sus moradores no quisieron prometer que adoptarían las costumbres nacionales judías. Además otras principales poblaciones de Siria que se sometieron.

5. Después de todos estos éxitos, el rey Alejandro cayó enfermo a consecuencia de haberse embriagado. Durante tres años lo atormentó la fiebre cuartana, pero no dejó de guerrear, hasta que agotado por la fatiga falleció en los límites de la tierra de los gerasenos, mientras sitiaba la fortaleza de Ragaba, más allá del Jordán.

La reina, viendo que estaba próximo a la muerte sin que le quedara ninguna esperanza, rompió a llorar y a lamentarse, deplorando la soledad en que se encontrarían ella y sus hijos:

—¿Por qué —le decía— me dejas a mí y a mis hijos necesitados de ayuda ajena, cuando no ignoras cómo te odia el pueblo?

Pero él le respondió que se atuviera a sus consejos, para conservar con seguridad el reino y los hijos. Debía ocultar su muerte a los soldados, hasta que conquistara el lugar. Luego marcharía a Jerusalén como vencedora, y otorgaría algún poder a los fariseos. Éstos, estimulados por el honor recibido, le procurarían la benevolencia nacional. Tenían mucho poder entre los judíos, y perjudicaban a los que odiaban y, en cambio, ayudaban a los que querían. El vulgo, sobre todo, les creía, cuando hablaban mal de alguien, aunque fuera por envidia; él había incurrido en el odio del pueblo, por haberlos injuriado.

—Por lo tanto, tú —añadió—, una vez en Jerusalén, llama a sus jefes. Muéstrales mi cuerpo y permíteles, habiendo preparado bien lo que les dirás, que hagan con él lo que más les plazca, ya sea privar a mi cadáver del honor de ser sepultado, por lo mucho que han sufrido por mi causa, ya sea infligir cualquier otra injuria a mi cuerpo a causa de su indignación. Diles que sin su consentimiento no pensabas hacer nada en el reino. Si les hablas en esta forma, yo seré sepultado con mucho más honor del que podría recibir de ti, por el hecho de habérseles permitido tratarme injuriosamente; y tú gobernarás con toda seguridad.

Luego que diera estos consejos a la esposa, falleció, habiendo reinado veintisiete años y siendo de edad de cuarenta y nueve.

## CAPÍTULO XVI

*Muerto Antíoco, su viuda Alejandra ocupa el trono y muere después de nueve años de reinado pacífico*

1. Alejandra, conquistado el lugar, de acuerdo con los consejos del marido habló a los fariseos y todo lo puso bajo su dominio, tanto en lo referente a su esposo muerto, como en lo tocante al reino; en esta forma aplacó su ira contra Alejandro y se ganó su benevolencia y amistad. Los fariseos se esparcieron entre el pueblo, comentando los hechos de Alejandro y diciendo que había fallecido un rey justo. Fueron tan grandes los elogios, que el pueblo lo lloró, y el difunto fue más elogiado que cualquiera de los reyes anteriores.

Alejandro dejó dos hijos, Hircano y Aristóbulo, pero el reino lo encomendó a Alejandra. Hircano era poco hábil para el gobierno y prefería una vida tranquila; en cuanto al menor, Aristóbulo, era activo y emprendedor. La mujer era amada por el pueblo, puesto que parecía deplorar las faltas cometidas por el marido<sup>[234]</sup>.

2. Nombró sumo pontífice a Hircano, por su edad, pero sobre todo por su indiferencia por el gobierno, y entregó todo el poder a los fariseos. Ordenó que la multitud los obedeciera. Restituyó las antiguas costumbres de los fariseos que habían sido abolidas por su suegro Hircano. De modo que ella gobernaba de nombre, pero el poder lo ejercían los fariseos. Éstos hacían regresar a los desterrados, ponían en libertad a los encarcelados, en pocas palabras, actuaban como si fuera de ellos el poder.

Sin embargo la mujer se ocupaba del reino; reunió muchos soldados mercenarios y aumentó su poder, atemorizando a los tiranos vecinos y recibiendo rehenes de ellos. Todo el país estaba tranquilo, con excepción de los fariseos. Pues éstos insistían ante la reina, tratando de persuadirla que condenara a muerte a los responsables de la matanza de los ochocientos.

Finalmente lograron que fuera muerto uno de ellos, Diógenes, y luego otros y otros, hasta que en una oportunidad los grandes, junto con Aristóbulo, quien parecía estar disgustado por lo que estaba pasando y sostenía que, si estuviera en el poder, no permitiría tales cosas a su madre, se dirigieron al palacio y recordaron a la reina todos los peligros que habían sufrido por servir a su señor, a quien fueron fieles, tanto que de él lograron los mayores bienes, y le pidieron que su esperanza no se convirtiera en todo lo contrario. Ahora que habían eludido los peligros de los enemigos, en su mismo país los mataban como a animales, sin que nadie les prestara ayuda. Si sus adversarios se declararan satisfechos con los que habían muerto, ellos, por el innato afecto que sentían hacia sus señores, olvidarían pacientemente lo pasado; pero si seguirían repitiendo los mismos hechos, pedían a la reina los dejara en libertad de

acción. No eran hombres que aceptaran una salvación no consentida por ella, pues antes morirían voluntariamente a las puertas del palacio que cargarse la conciencia con una infidelidad. Les parecía vergonzoso tanto para ellos como para la reina, que, abandonados por ella, fueran recibidos por los enemigos de su marido. El árabe Aretas y los restantes príncipes los tendrían en gran honor, si pudieran atraerse tales varones, cuyo nombre anteriormente les había parecido terrible. Si lo último no fuera del agrado de la reina, si tan grande era el poder de los fariseos, que les asignara como morada las fortalezas. Mientras un genio tan malo se apoderaba de la familia de Alejandro, ellos no se negaban a vivir en una condición tan humilde<sup>[235]</sup>.

3. Dijeron estas y muchas otras cosas, implorando que los manes de Alejandro se compadecieran de sus amigos muertos y de ellos, que estaban en peligro, y prorrumpieron en lágrimas. Sobre todo Aristóbulo mostró cuál era su pensamiento por los reproches que hizo a su madre; dijo que aquellos hombres habían sido ellos mismos la causa de las calamidades que estaban sufriendo, al otorgar las riendas del reino a una mujer deseosa de poder, como si a Alejandro le faltaran hijos.

La reina, no sabiendo cómo proceder honestamente, les confió la guarda de los lugares fortificados, con excepción de Hircania, Alexandreion y Maquero, donde guardaba sus riquezas más preciosas.

Poco después envió a su hijo Aristóbulo a Damasco contra Ptolomeo llamado Meneos, que era un vecino incómodo. Pero regresó sin haber hecho nada importante.

4. Por el mismo tiempo se supo que Tigranes, rey de los armenios, había invadido a Siria al frente de quinientos mil hombres y se disponía a atacar a Judea. Esto, como es natural, atemorizó a la reina y al pueblo. Por lo cual, mediante mensajeros, le enviaron magníficos y preciosos regalos, mientras estaba sitiando a Ptolemáis. La reina Selene, que también se llamaba Cleopatra, gobernaba en Siria y había inducido a sus moradores a que cerraran las puertas a Tigranes.

Los mensajeros judíos se presentaron ante Tigranes y le pidieron que otorgara sus favores a la reina y al pueblo. Él los congratuló por haber venido de tan lejos, infundiéndoles buenas esperanzas. No bien se apoderó de Ptolemáis, cuando se enteró que Lúculo, que había perseguido a Mitrídates, sin poder alcanzarlo porque había huido a Iberia, estaba asolando y sitiando a Armenia. Tigranes, cuando supo esto, determinó regresar a su reino.

5. Después de esto, habiendo enfermado la reina, creyendo Aristóbulo que había llegado el momento de apoderarse del reino, durante la noche salió ocultamente del palacio y se hizo presente en las plazas fuertes donde se encontraban los amigos de su padre. Disgustado desde tiempo atrás por los actos de su madre temió que si ésta fallecía, toda su familia cayera bajo el poder de los fariseos, sobre todo teniendo en cuenta la debilidad de su hermano, que sería el sucesor en el gobierno. Solamente conocía sus intenciones su esposa, a quien dejó en compañía de sus hijos.

Se dirigió primeramente a Agaba, siendo recibido por Galestes, que era uno de los poderosos. Supo la reina al día siguiente la fuga de Aristóbulo y por un tiempo no



pensó que tuviera por objeto fomentar una revolución; pero cuando día tras día le fueron anunciando que había ocupado la primera fortaleza, luego la segunda y las restantes, pues habiendo uno dado el ejemplo todos los demás lo siguieron, tanto la reina como el pueblo se vieron en gran confusión. Veían que poco faltaba para que Aristóbulo se adueñara del poder, y temían especialmente su castigo por las ofensas inferidas a su casa. Determinaron encerrar a su esposa e hijos en la fortaleza que dominaba al Templo.

Acudió a unirse a Aristóbulo tanta gente, que pronto estuvo rodeado por un verdadero cortejo real. En cerca de quince días ocupó veintidós lugares fortificados, de los que obtuvo los recursos para reunir un ejército en el Líbano, la Traconítida y entre los príncipes. Los hombres, cediendo a la mayoría, lo obedecían fácilmente; confiaban que si lo ayudaban en lo que esperaba, no sería menor el fruto y recompensa que recibirían por haber contribuido a su obtención. Los judíos ancianos e Hircano se presentaron ante la reina y le pidieron su opinión sobre lo que estaba aconteciendo; Aristóbulo había ocupado tantos lugares, que casi ya tenía el poder en sus manos; pero, agregaron, no convenía que ellos solos tomaran una resolución, pues a pesar de estar muy enferma la reina todavía vivía; el peligro era inminente. La reina ordenó que hicieran lo que consideraran justo; disponían de numerosos recursos, un pueblo valiente, el ejército y el dinero de los gazofilacios. Ella no tenía por qué preocuparse de los asuntos públicos, pues carecía de fuerzas corporales.

6. Ésta fue la respuesta de la reina. Poco después murió, luego de reinar durante nueve años y haber vivido setenta y tres. Fue una mujer que en nada manifestó la debilidad propia de su sexo. Estuvo poseída de un gran afán de mando, demostró la energía de su carácter y a la vez las tonterías propias de los hombres en el ejercicio del poder. Consideraba que valía más aprovechar lo presente que esperar lo futuro, y lo tenía todo a menos con tal que pudiera dominar y no apreciaba ni el bien ni lo justo por ellos mismos. Administró los asuntos de su familia hasta tal extremo de infelicidad, que el poder que se había preparado con muchos peligros y trabajos, por el afán de aquello que no convenía a una mujer, lo perdió poco después, pues estuvo del lado de aquellos que tenían mala voluntad contra la familia real y dejó al reino privado de la vigilancia de los poderosos. Las medidas que adoptara durante su administración, después de su muerte llenaron el palacio de tribulaciones y malestar. Sin embargo, a pesar de comportarse de esta manera, conservó el reino en paz. Y éste fue el resultado que tuvo la administración de Alejandría.



Mapa de Palestina a principios de la era cristiana.

# LIBRO XIV

*Abarca un espacio de treinta y dos años*

# CAPÍTULO I

*Aristóbulo disputa el trono a Hircano. Los dos hermanos se reconcilian.  
Nombran rey a Aristóbulo. Intervención de Antipáter. Hircano pide ayuda a  
Aretas, rey de Arabia*

1. En el libro anterior hemos expuesto lo referente a la reina Alejandra y su muerte; ahora explicaré los hechos que siguieron, con el mayor cuidado para no omitir nada por ignorancia o por pereza. Intentamos escribir historia y exponer hechos que por su antigüedad son desconocidos por muchos; y nos proponemos hacerlo con la mayor elegancia en el lenguaje, de acuerdo con la correcta estructura de las palabras y con ornamentos de dicción que presenten al lector una narración elegante, instruyéndolo amable y gustosamente. Pero los escritores deben poner, ante todo, la máxima diligencia en decir la verdad, para que les presten crédito aquellos que ignoran lo que narran.

2. Hircano se hizo cargo del gobierno en el año tercero de la olimpiada ciento setenta y siete, siendo cónsules en Roma Quinto Hortensio y Quinto Metelo, denominado también Crético. Aristóbulo le declaró inmediatamente la guerra. Durante una batalla que se libró en Jericó, muchos de los soldados de Hircano se pasaron a su hermano. Después de esto, Hircano se refugió en la fortaleza en la cual se guardaban en custodia la esposa de Alejandro y sus hijos, encerrados por su madre, como hemos dicho. Atacó e hizo prisioneros a aquellos adversarios que se habían refugiado en el recinto del Templo.

Luego trató de llegar a un arreglo con su hermano; se terminó la lucha con la condición de que Aristóbulo fuera rey e Hircano pudiera disfrutar plácidamente de sus bienes. Este pacto se llevó a cabo en el Templo, confirmado con juramentos mutuos con la mano en la mano. Ante la multitud se abrazaron, y se retiraron, Aristóbulo al palacio real, Hircano como particular a la antigua casa de aquél.

3. Hircano tenía por amigo a un idumeo de nombre Antipáter, hombre muy rico, de natural activo y revoltoso, mal dispuesto con respecto a Aristóbulo, a quien no apreciaba por su devoción hacia Hircano. Nicolás de Damasco dice que procedía de unas de las primeras familias judías que de Babilonia se trasladaron a Judea. Pero afirma esto en beneficio del hijo de Antipáter, Herodes, a quien la suerte elevó al trono de los judíos. Sobre esto trataremos en su respectivo lugar. Este Antipáter antes se llamaba Antipas, y su padre tenía el mismo nombre. Alejandro y su esposa lo nombraron prefecto de toda la Idumea; allí entró en amistad con los árabes, gazeos y ascalonitas, a quienes conquistó con muchos regalos.

Este joven Antipáter desconfiaba del poder de Aristóbulo, y temeroso de lo que podría acontecerle por el odio que le tenía, sublevó en su contra, con ocultas maquinaciones, a los principales de los judíos. Decía que no podía tolerarse que

Aristóbulo disfrutara injustamente del poder y que expulsara del mismo a su hermano mayor, al cual le pertenecía por la edad. Frecuentemente hablaba de lo mismo con Hircano; le decía que su vida estaba en peligro, si dejaba de cuidarse y no lo quitaba de en medio. Le decía que los amigos de Aristóbulo no perdían oportunidad para aconsejarle que matara a Hircano, pues así se afirmaría mejor en el poder. Hircano no le daba crédito, pues era bueno por naturaleza y creía que se trataba de calumnias. Su desprendimiento por los asuntos públicos y la suavidad y tranquilidad de su ánimo daban la apariencia de que era un ser débil y sin virilidad. Aristóbulo, de naturaleza muy diferente, era activo y de espíritu despierto.

4. Por esto Antipáter, viendo que Hircano no daba oídos a lo que le decía, no dejaba todos los días de agregar crímenes fingidos y calumnias de que lo querían matar, urgiéndolo y queriendo persuadirlo que huyera al país de Aretas, rey de los árabes; prometíale que si le hacía caso, se convertiría en su compañero. Hircano, convencido por sus promesas, pensó que le convendría refugiarse al lado de Aretas. Arabia es, efectivamente, limítrofe de Judea. Hircano envió primeramente a Antipáter a ver al rey de los árabes, para que le prometiera que no lo entregaría a sus enemigos si se pasaba a su lado. Recibida esta garantía, Antipáter regresó a reunirse con Hircano en Jerusalén.

Poco después salió de la ciudad, de noche, en su compañía; luego de andar un largo camino llegaron a una población llamada Petra, donde se encontraba el palacio de Aretas. Como era gran amigo del rey, Antipáter le pidió que entregara Judea a Hircano. Insistiendo todos los días y dándole regalos, logró persuadir a Aretas. Por su parte Hircano le prometió que si le restituía el reino le devolvería la región y las doce poblaciones que su padre Alejandro había quitado a los árabes. Eran las siguientes: Medaba, Nabalo, Livias, Tarabasa, Agala, Atón, Zoara, Oronas, Marisa, Rida, Lusa y Oriba.

## CAPÍTULO II

*Aretas sitia a Aristóbulo en el Templo. Escauro, enviado por Pompeyo a Judea, recibe a los legados de los hermanos. Sobornado por un obsequio de cuatrocientos talentos, se pronuncia por Aristóbulo*

1. Con estas promesas, Aretas emprendió una expedición contra Aristóbulo, con cincuenta mil soldados de caballería y de infantería, vencéndolo en la batalla. Después de esta victoria muchos se pasaron a Hircano; Aristóbulo, abandonado, se retiró a Jerusalén. El rey de los árabes, con todas sus tropas, atacó el Templo donde se encontraba Aristóbulo, estando el pueblo de parte de Hircano y ayudándolo, pues sólo los sacerdotes apoyaban a Aristóbulo. Aretas, reuniendo las fuerzas de árabes y judíos, insistió en el asedio.

Mientras acontecía todo esto, se celebró la fiesta de los ácidos, que denominamos Pascua; y algunos principales de los judíos, abandonando a su país, huyeron a Egipto. Un cierto Onías, hombre justo y amado de Dios, el cual, en cierta oportunidad, con motivo de una sequía, rogó a Dios que mitigara los calores y Dios lo escuchó enviando lluvias, se ocultó, pues veía que la sedición aumentaba e iba a durar. Pero lo llevaron al campamento de los judíos y le pidieron que, así como antes con sus preces había terminado con la sequía, ahora pronunciara imprecaciones contra Aristóbulo y sus partidarios. Como se negara y esto acrecentara la violencia del pueblo, levantándose en medio de los judíos, exclamó

—¡Oh, Dios, rey de todos! Los que ahora están conmigo forman tu pueblo, los sitiados son tus sacerdotes; por esto te ruego que no oigas lo que pide tu pueblo contra tus sacerdotes ni llesves a feliz éxito lo que éstos te piden contra aquél.

Algunos de los judíos presentes, mientras oraba en esta forma, lo mataron a pedradas.

2. Pero Dios los castigó por tamaña crueldad, y vengó de la siguiente manera la muerte de Onías. Estando sitiados los sacerdotes y Aristóbulo, llegó la fiesta llamada Pascua, durante la cual es costumbre nuestra ofrecer muchos sacrificios a Dios. Puesto que carecían de víctimas los que se encontraban con Aristóbulo, rogaron a sus compatriotas que se las proporcionaran y en su lugar les darían todo el dinero que quisieran. Ellos dijeron que si querían víctimas, debían pagar mil dracmas por cada cabeza de ganado. Aristóbulo y los sacerdotes aceptaron de buen grado las condiciones; y les entregaron el dinero haciéndolo descender por el muro.

Los sitiadores tomaron el dinero pero no entregaron las víctimas y llevaron su maldad al extremo de faltar al juramento, y cometer un sacrilegio rehusando a los necesitados que lo precisaban para los sacrificios. Los sacerdotes engañados rogaron a Dios que tomara venganza de sus compatriotas. No tardó en llegar la venganza, pues Dios envió un viento violento que destruyó la cosecha de todo el país, a tal

extremo que se llegaron a pagar once dracmas por un modio de trigo.

3. Entretanto Pompeyo envió a Escauro a Siria, pues él todavía se encontraba en Armenia en guerra con Tigranes. Al llegar, a Damasco Escauro encontró a la ciudad en poder de Lolio y Metelo, que se habían apoderado de ella; se dirigió entonces rápida mente a Judea. Cuando llegó, recibió mensajeros de parte de Aristóbulo y de Hircano, pidiendo su ayuda. Aristóbulo le prometió darle cuatrocientos talentos<sup>[236]</sup>, e Hircano le ofreció la misma cantidad. Aceptó la promesa de Aristóbulo, por ser un hombre rico, magnífico, y porque pedía algo justo, mientras que Hircano era pobre y ofrecía lo increíble pidiendo ventajas.

No era lo mismo apoderarse de una ciudad muy bien fortificada y poderosa, que perseguir a una tropa de nabateos no aptos para la guerra. Por estos motivos se inclinó por Aristóbulo, recibió el dinero y ordenó a Aretas que se alejara; de lo contrario, sería considerado enemigo de los romanos. Después Escauro se dirigió a Damasco.

Aristóbulo, con un gran ejército, atacó a Aretas e Hircano, y habiéndose encontrado con ellos en un lugar que se denomina Papirón, los venció y mató cerca de seis mil, entre los cuales resultó muerto Falión, hermano de Antipáter.

## CAPÍTULO III

*Hircano y Aristóbulo llevan su disputa a Pompeyo. Aristóbulo ocupa Alexandreion. Negociaciones de Aristóbulo con Pompeyo*

1. Poco después, al trasladarse Pompeyo a Damasco y establecerse en la Baja Siria, se presentaron ante él legados de toda la Siria, Egipto y Judea. Aristóbulo también le envió un regalo, una vid de oro de quinientos talentos. Hace mención también de este regalo Estrabón el capadocio con estas palabras:

«Recibió desde Egipto una legación y una corona del valor de cuatro mil piezas de oro, y de Judea una viña o un jardín; los judíos daban a este trabajo el nombre de encanto de los ojos. He visto este regalo en Roma, en el templo de Júpiter Capitolino, con la inscripción De Alejandro, rey de los judíos. Su valor se apreciaba en quinientos talentos. Y se decía que había sido enviado por Aristóbulo, jefe de los judíos».

2. Poco después se presentaron ante él legados, Antipáter por Hircano y Nicodemo por Aristóbulo. Nicodemo acusó a Gabinio y a Escauro de haberles exigido dinero: el último quinientos talentos, el primero trescientos; fue una forma de hacerse de dos enemigos más, aparte de los que ya tenía. Pero Pompeyo ordenó que se presentaran personalmente los que tuvieran alguna queja. Luego, iniciándose la primavera, habiendo sacado sus tropas de los cuarteles de invierno, las condujo hacia Damasco. De paso destruyó por completo la fortaleza de Apamea, que había construido Antíoco Ciziceno, y devastó el territorio de Ptolomeo hijo de Meneo, hombre perverso, en nada mejor que Dionisio el tripolitano, su aliado por matrimonio, que murió bajo el hacha. Ptolomeo compró el perdón de sus crímenes con mil talentos, que Pompeyo entregó como paga a sus soldados.

Destruyó también la fortaleza de Lisias, cuyo jefe era el judío Silas. Después de pasar por las ciudades de Heliópolis y Calcis y franquear las montañas que separan la Baja Siria del resto de Siria, desde Pela pasó a Damasco. Aquí escuchó a los judíos y a sus jefes, a Hircano y Aristóbulo, y al pueblo que no estaba de acuerdo ni con uno ni con otro, pues no quería reyes; su tradición, decían, les imponía que obedecieran a los sacerdotes del Dios a quien honraban, y esos hombres, que descendían de sacerdotes, querían obligarlos a cambiar de gobierno, para reducirlos a servidumbre. Hircano se lamentó de que, a pesar de ser mayor, había sido privado por Aristóbulo de su derecho, y de que tenía en su poder una reducida porción del suelo, mientras que Aristóbulo se había quedado con la restante. Lo acusó también de haber incursionado en los lugares vecinos y haber ejercido la piratería en el mar; asegurando que el pueblo jamás se habría sublevado si no hubiese sido por su violencia y su turbulencia.

Sus quejas fueron apoyadas por miles de judíos principales, a los cuales había



sobornado Antipáter. Aristóbulo replicó que Hircano había perdido el gobierno por su sola culpa, por haber sido despreciado por su negligencia; y que él se había apoderado del gobierno, para que no pasara a otras personas, y que no usaba otro título que el de su padre Alejandro. Citó como testigos a unos jóvenes insolentes, que hacían desagradables sus vestidos de púrpura, sus peinados apretados, sus joyas y todos los adornos de que estaban llenos. Se hubiera dicho que no habían ido a comparecer ante los tribunales, sino a figurar en una procesión.

3. Pompeyo, luego de haberlos escuchado, condenó la violencia de Aristóbulo. Luego los despidió con buenas palabras y les prometió que, una vez en su país, lo arreglaría todo, cuando hubiese examinado los asuntos de los nabateos; ínterin los exhortó a que se mantuvieran tranquilos, halagando de paso a Aristóbulo, para evitar que le sublevara la región y le cortara las comunicaciones. Esto fue, sin embargo, lo que hizo Aristóbulo; pues, por no haber logrado nada de lo que esperaba de él, y de lo que habían hablado, pasó a Dión y de allí a Judea.

4. Fue muy grande la indignación de Pompeyo. Tomó consigo el ejército que conducía contra los nabateos y las legiones de que disponía en Damasco y otras partes de Siria, y emprendió una expedición contra Aristóbulo. Después de pasar por Pela y Escitópolis, llegó a Corea, la primera ciudad de Judea partiendo del interior. Aristóbulo se había refugiado en la magnífica plaza fuerte de Alexandreion, situada en la cima de una montaña. Pompeyo le ordenó que se presentara. De acuerdo con los muchos que le aconsejaban que no hiciera la guerra contra los romanos, Aristóbulo descendió, y después de defender su disidencia con su hermano sobre el trono, con permiso de Pompeyo volvió a subir a la fortaleza.

Hizo lo mismo una y otra vez, adulando a Pompeyo con la esperanza de obtener el reino y simulando atenerse en todo a lo que ordenaba Pompeyo; pero se refugiaba luego en la fortaleza, preparándose para luchar en el caso de que entregara el poder a Hircano. Pero Pompeyo mandó que entregara las fortalezas y que escribiera las órdenes a los comandantes con su propia mano (porque aquéllos tenían instrucciones de no entregarlas más que en esa forma). Aristóbulo obedeció de mala gana. Pasó luego a Jerusalén, donde se preparó para la guerra.

Poco después, mientras Pompeyo marchaba en su contra, unos mensajeros procedentes del Ponto le comunicaron la muerte de Mitrídates, a quien había eliminado su hijo Farnaces.

## CAPÍTULO IV

*Aristóbulo se rinde en Jericó. Los soldados cierran las puertas de la ciudad.  
Aristóbulo es encadenado. Sitio de Jerusalén. Toma del Templo*

1. Pompeyo acampó en Jericó, lugar donde crecen las palmeras y se produce el opobálsamo, unguento preciosísimo que fluye de los troncos, como un jugo, con sólo cortarlos con una piedra. Al alba pasó a Jerusalén. Aristóbulo cambió de opinión y se presentó ante Pompeyo; prometió entregarle dinero y recibirlo en Jerusalén, y le pidió que suspendiera la guerra y se resolviera todo pacíficamente. Pompeyo estuvo de acuerdo, y envió a Gabinio a recibir el dinero y la ciudad. Pero nada se cumplió de lo prometido; al contrario, Gabinio regresó sin el dinero, habiendo sido expulsado de la ciudad, pues los soldados de Aristóbulo no le permitieron que cumpliera sus pactos. Indignado, Pompeyo hizo encadenar a Aristóbulo, y él marchó hacia Jerusalén, que estaba bien fortificada por todos lados, excepto por el lado septentrional. Estaba rodeada de un ancho y profundo barranco, después del cual se encontraba el Templo, defendido por una muralla de piedra.

2. Dentro de Jerusalén se discutía sobre lo que convenía hacer; unos creían que se debía entregar la ciudad a Pompeyo; otros, los partidarios de Aristóbulo, decían que debían cerrarse las puertas y prepararse para la guerra, porque Aristóbulo estaba encarcelado. Los últimos se apoderaron del Templo y del puente que desde el mismo conducía a la ciudad, cortaron el puente y se prepararon para el asedio. Los otros, en cambio, luego de recibir a Pompeyo, le entregaron la ciudad y el palacio real.

Pompeyo envió a su lugarteniente Pisón con el ejército, fortificó la ciudad y el palacio real y todas las casas y otros lugares que se encontraban en las cercanías del Templo.

Primero trató de llegar a un acuerdo pacíficamente; pero en vista de que no lo escuchaban, fortificó todos los lugares vecinos, contando en todo con la ayuda de Hircano. Pompeyo colocó las tropas en el lado septentrional, que era el más fácil para el ataque. Pero también de este lado se elevaban altas torres; se había abierto una profunda fosa y un gran barranco rodeaba el edificio. Del lado de la ciudad las comunicaciones eran imposibles, habiendo sido cortado el puente. Sin embargo los romanos elevaron un terraplén, cortando los árboles próximos. Cuando fue suficientemente alto, y una vez llenada la fosa, que era muy grande, Pompeyo hizo traer máquinas y otros instrumentos de guerra desde Tiro y atacó los muros del Templo con ballestas. Pero si no hubiese sido por la tradición que nos prohíbe trabajar cada séptimo día, el terraplén no habría podido ser construido; lo habrían impedido los que se encontraban dentro. Porque la ley nos permite defendernos cuando somos atacados, pero nos lo prohíbe en los demás casos, haga lo que haga el adversario.

3. Los romanos, que lo sabían, durante esos días que nosotros llamamos sábado no atacaban a los judíos con flechas, ni venían a las manos con ellos, sino que aprovechaban para seguir levantando el terraplén y las torres y acercar las máquinas para utilizarlas al día siguiente. Por esto se podrá ver con cuánto fervor adoramos a Dios y observamos sus leyes; los terrores del asedio no impedían que los sacerdotes ofrecieran los sacrificios; lo hacían dos veces, por la mañana y en la hora nona; y no los omitían por grave que fuese la situación.

Más todavía, habiendo sido capturada la ciudad al tercer mes, en día de ayuno, en la olimpiada ciento setenta y nueve, siendo cónsules Cayo Antonio y Marco Tulio Cicerón, cuando los enemigos penetraron en el Templo y degollaron a los que se encontraban en él, los que estaban ofreciendo sacrificios no dejaron de cumplir con su deber, sin que el miedo de perder la vida ni la matanza los impulsara a huir; consideraron que era mejor sufrir la peor suerte al pie del altar que omitir algo de lo prescrito por las leyes patrias. Y que estos hechos no son fábulas que se hubieran inventado solamente en elogio de la piedad, sino la pura verdad, se comprueba por el testimonio de aquellos que han escrito sobre los hechos de Pompeyo, entre los cuales se encuentran Estrabón y Nicolás, y además Tito Livio, que escribió sobre la historia romana.

4. Destruído por el empuje de las máquinas la más elevada de las torres, quedó abierta una brecha por la cual se introdujeron inmediatamente los soldados enemigos. El primero que ascendió los muros fue Cornelio Fausto hijo de Sila, con los soldados de su cohorte; después de él el centurión Furio, con los que lo seguían por otro lado, y entre los dos Fabio, también centurión, con una fuerte tropa. Por todas partes se veían cadáveres. Los judíos eran muertos por los romanos o por los de su propia raza; algunos se echaban a los precipicios, otros a sus propias casas en llamas, incapaces de sufrir su suerte. Murieron doce mil judíos; los romanos muertos fueron mucho menos. Fue hecho prisionero Absalón, tío y suegro de Aristóbulo. Graves sacrilegios se cometieron en el Templo, cuyo acceso había sido prohibido hasta entonces y había lugares que nadie debía ver; pero Pompeyo y algunos de sus acompañantes penetraron y vieron aquellas partes que no podían ser vistas sino por los sumos sacerdotes.

Habiendo penetrado y visto la mesa de oro, el candelabro sagrado, los vasos para las libaciones, grandes cantidades de perfumes, sin contar el tesoro de cerca de dos mil talentos, nada tocó de todo esto, por piedad, y se comportó de acuerdo con su virtud. Al día siguiente, después de haber hecho purificar el Templo por los servidores, y ofrecer los sacrificios ordenados por la ley, restituyó a Hircano en el pontificado, tanto por la buena voluntad que le mostrara, como por haber prohibido a sus compatriotas que prestaran ayuda a Aristóbulo, y castigó a los culpables de la guerra. En cuanto a Fausto y a los demás que fueron los primeros en penetrar, los premió debidamente.

Hizo a la ciudad de Jerusalén tributaria de los romanos; quitó a los judíos las

ciudades de la Baja Siria que antes habían sometido y las sometió a un pretor romano; redujo a sus antiguas fronteras a un pueblo que había sido tan ambicioso. Restauró Gadara, que había sido destruida, para satisfacer a su liberto Demetrio el gadareense. Devolvió a sus habitantes las restantes ciudades: Hipo, Escitópolis, Pela, Dión, Samaria, y también Marisa, Azot, Jamnia y Aretusa. Además de estas poblaciones del interior, y aparte de las que habían sido destruidas, Pompeyo declaró libres a Gaza, Jope, Dora y la Torre de Estratón que, más tarde, reedificada por Herodes y magníficamente dotada de puertas y templos, tomó el nombre de Cesárea.

5. Hircano y Aristóbulo, con sus disensiones, dieron motivo a esta catástrofe de Jerusalén. Entonces perdimos la libertad y quedamos sometidos al arbitrio de los romanos; y todas aquellas regiones que anteriormente habíamos conquistado a los sirios con las armas, nos vimos obligados a devolverlas; además, en poco tiempo los romanos nos exigieron más de diez mil talentos, y la realeza que antes era hereditaria en la familia de los sumos sacerdotes, pasó a convertirse en algo del común del pueblo. Sobre estas cosas trataremos en su debido lugar.

Después que Pompeyo entregó a Escauro la Baja Siria hasta el río Éufrates y Egipto, con dos legiones, pasó a Cilicia, apresurándose a volver a Roma. Llevóse consigo a Aristóbulo con sus hijos. Tenía éste dos hijos y dos hijas; uno de ellos, Alejandro, logró escaparse, pero el menor con las hermanas fue llevado a Roma.

## CAPÍTULO V

### *Expedición de Escauro contra Petra. Aretas se somete. Rebelión y derrota de Alejandro, hijo de Aristóbulo. Intervención de la madre de Alejandro*

1. Habiendo Escauro emprendido una expedición contra Petra, encontró a la población muy difícil de conquistar y entregó al pillaje los lugares vecinos. Estando el ejército hambriento, Antipáter, por orden de Hircano, le dio trigo y otras cosas que precisaban de Judea. Enviado por Escauro como embajador ante Aretas, por estar en relación de hospitalidad, lo persuadió de que pagara una indemnización para evitar la destrucción de su territorio y se hizo garante de trescientos talentos. Y con estas condiciones Escauro puso fin a la guerra, lo cual no menos deseaba él que Aretas.<sup>[237]</sup>

2. Poco después, como Alejandro hijo de Aristóbulo hiciera incursiones en Judea, el pretor Gabinio se trasladó de Roma a Siria; entre otras cosas dignas de mención, hizo la guerra a Alejandro, pues Hircano ya no estaba en condiciones de sostenerse por más tiempo. Alejandro había intentado levantar los muros de Jerusalén destruidos por Pompeyo. Pero se lo impidieron los romanos que se encontraban allí. Se dedicó a armar a los judíos y reunió en poco tiempo cerca de diez mil hombres de infantería y mil quinientos de caballería; luego fortificó a Alexandreion, lugar próximo a Coreas, y Maquero, cerca de las montañas de Arabia. Gabinio marchó contra él, habiendo enviado primeramente a Marco Antonio con otros capitanes. Éstos armaron a los romanos que los seguían. Contaban además con los judíos que estaban de su lado, a cuyo frente figuraban Pitolao y Malico, reforzados con la ayuda que les prestó Antipáter. Todos ellos hicieron frente a Alejandro. Gabinio los seguía con el grueso de la infantería. Alejandro se retiró cerca de Jerusalén. Iniciada la lucha, los romanos mataron cerca de tres mil enemigos e hicieron otros tantos prisioneros.

3. Entretanto Gabinio se dirigió a Alexandreion e invitó a los que se encontraban dentro a que se sometieran, prometiéndoles el perdón de su sublevación. Encontrándose numerosos enemigos ante los muros de la fortaleza, fueron atacados por los romanos, distinguiéndose entre ellos Marco Antonio, quien por haber matado al mayor número se llevó la palma.

Gabinio, después de dejar allí parte del ejército para el asedio, recorrió a Judea; donde encontraba poblaciones destruidas, ordenaba que se reconstruyeran. Y es así como fueron restauradas Samaria, Azot, Escitópolis, Antedón, Rafia, Dora, Marisa, Gaza varias otras. Obedeciendo a Gabinio, pudieron vivir seguras las poblaciones de las ciudades que antes habían estado desiertas.

4. Ejecutados estos hechos, Gabinio regresó a Alexandreion y mientras insistía en el asedio, Alejandro le envió una legación, pidiendo perdón por sus rebeliones, y entregándole las fortalezas de Hircania y Maquero y, finalmente, Alexandreion.

Gabinio destruyó estas plazas fuertes. Fue a verlo la madre de Alejandro, que estaba de parte de los romanos y cuyo esposo e hijos se encontraban en Roma, y Gabinio le concedió todo lo que pidió. Una vez arreglado este asunto, condujo a Hircano a Jerusalén para confiarle la guarda del Templo. Estableció cinco consejos y dividió al pueblo en cinco fracciones iguales: sus sedes fueron Jerusalén, Gazara, Amato, Jericó y Séforis en Galilea. Los judíos, libres del gobierno monárquico, fueron organizados en forma de aristocracia.

## CAPÍTULO VI

*Aristóbulo huye de Roma. Gabinio lo apresa de nuevo y lo envía de vuelta a Roma. Alejandro, hijo de Aristóbulo, es derrotado por Gabinio*

1. Habiéndose Aristóbulo escapado de Roma a Judea, intentó restaurar la plaza fuerte de Alexandreion, que había sido destruida.

Gabinio envió, para oponerse a la tentativa, a soldados comandados por Antonio y Servilio, que además tenían la misión de apoderarse de Aristóbulo. Muchos judíos se unieron a Aristóbulo, tanto por su antiguo prestigio, como por su inclinación a las revoluciones. Un cierto Pitolao, legado de Jerusalén, se pasó a él con mil soldados; pero la mayoría de los que se le unieron estaban desarmados. Aristóbulo determinó trasladarse a Maquero, y decidió desprenderse de los que no estaban instruidos en la guerra, pues le resultaban inútiles; aceptó consigo solamente a los que tenían armas, que eran cerca de ocho mil.

Los romanos los atacaron. Los judíos, a pesar de haber luchado valientemente, fueron vencidos y obligados a huir. Murieron cinco mil, y los restantes, dispersos, trataron de salvarse como pudieron<sup>[238]</sup>. Sin embargo Aristóbulo, contando con unos mil hombres, escapó a Maquero, hizo fortificar el lugar y, a pesar de los contratiempos, se sintió animado y lleno de esperanzas. Después de resistir el asedio durante dos días y recibir numerosas heridas, fue capturado junto con Antígono, que se había escapado con él de Roma, y entregado a Gabinio.

Aristóbulo, con la misma mala suerte que antes, fue trasladado a Roma, donde lo encarcelaron. Hombre ilustre y de ánimo denodado, fue rey y pontífice por espacio de tres años y seis meses. Sin embargo, el senado puso en libertad a sus hijos, especialmente por haber escrito a Gabinio que así se lo había prometido a su madre, que le entregó las fortalezas. Entonces regresaron a Judea.

2. Gabinio, con el propósito de llevar al ejército contra los partos, habiendo ya pasado el Éufrates, cambió de opinión y regresó a Egipto, con el objeto de restituir en el reino a Ptolomeo<sup>[239]</sup>. Estos acontecimientos se han expuesto en otro lugar. Antipáter suministró a Gabinio, en su expedición contra Arquelao, trigo, armas y dinero; y además convirtió en sus aliados a los judíos ubicados en Pelusio, guardianes de los pasajes que llevan a Egipto. De regreso de Egipto encontró a Siria en peligro de sedición y tumulto, pues Alejandro hijo de Aristóbulo, habiendo recuperado el gobierno por la violencia, obligó a muchos judíos a que se le unieran, y con un gran ejército recorrió el país y mató a todos los romanos que encontró. Muchos de éstos se refugiaron en el monte Garizim, donde Alejandro los sitió.

3. Gabinio, en vista de la situación en que se encontraba Siria, como hombre prudente que era, primeramente les envió a Antipáter, para ver si podía hacerlos

desistir de su demencia y adoptar una actitud mejor. Antipáter logró convencer a muchos, pero no pudo apoderarse de Alejandro. Éste, con treinta mil judíos que tenía en su ejército, hizo frente a Gabinio; pero fue vencido cerca del monte Itubrio, habiendo perdido diez mil hombres.

4. Gabinio dispuso a gusto de Antipáter los asuntos de Jerusalén, y se dirigió contra los nabateos. Los venció. Dejó libres a los partos desterrados, Mitrídates y Orsanes, que habían buscado refugio a su lado; cundió el rumor de que se habían escapado. Gabinio, después de haber realizado muchos hechos prestigiosos, partió a Roma, entregando la provincia a Craso. Sobre las expediciones de Pompeyo y Gabinio contra los judíos han escrito Nicolás de Damasco y el capadocio Estrabón, sin que difieran mutuamente.



## CAPÍTULO VII

*Craso saquea el Templo. Escipión mata a Alejandro por orden de Pompeyo.  
Muerte de Aristóbulo*

1. Craso, que iba en una expedición contra los partos, pasó a Judea. Se apoderó del dinero que había en el Templo, el que Pompeyo había dejado, dos mil talentos; e intentó apoderarse de todo el oro del Templo, por valor de ocho mil talentos. Se llevó también una viga de oro macizo que pesaba trescientas minas. La mina entre nosotros vale dos libras y media. Esta viga se la entregó el sacerdote guardián del Templo, cuyo nombre era Eleazar, no por maldad, pues era un varón bueno y justo, sino porque tenía bajo su custodia la vigilancia de los velos del Templo, que por su riqueza y trabajo admirables eran suntuosos, y pendían de aquella viga; se la entregó para salvar lo restante, obligándolo con juramento a no tocar nada más de lo perteneciente al Templo, y contentarse con lo que le daría, que valía muchas miríadas de dracmas. Esta viga estaba oculta en otra vacía de madera; todos, excepto Eleazar, lo ignoraban. Craso se apropió de ella, comprometiéndose a no apoderarse de ninguna otra cosa de las que había en el Templo; pero faltó a su juramento y sustrajo todo el oro.

2. Que nadie se admire de que se hubieran reunido tantas riquezas en nuestro Templo, pues muchos judíos que adoran a Dios, tanto de Europa como de Asia, le estuvieron enviando presentes durante muchos siglos. No faltan testigos que lo afirmen; no se atribuya lo dicho a ostentación o exageración verbal; hay muchos escritores que lo atestiguan, entre los cuales mencionaré al capadocio Estrabón, quien dice:

«Mitrídates envió emisarios a Cos para que se apoderaran de las riquezas que allí depositara la reina Cleopatra, y también de ochocientos talentos de los judíos.»

Nosotros no tenemos otras riquezas públicas que las consagradas a Dios. Es sabido que los judíos habían trasladado estas riquezas de Asia a Cos por miedo a Mitrídates; pues no es verosímil que aquellos que vivían en Judea, que disponían de una ciudad fortificada y un Templo, enviaran dinero a Cos. Ni es de creer que lo hicieran los judíos que habitaban en Alejandría, pues no tenían el menor miedo a Mitrídates. También Estrabón, en otro lugar, refiere que cuando Silas pasó a Grecia, para hacer la guerra contra Mitrídates, envió a Lliculo a reprimir la rebelión de nuestra gente en Cirene, pues nuestros compatriotas llenaban el mundo. Dice así:

«En la ciudad de Cirene existían cuatro clases: ciudadanos, agricultores, metecos y judíos. Estos últimos han invadido todas las ciudades y no es fácil hallar algún lugar en el cual no se encuentre esta clase de gente y del que no se hayan convertido en dueños. Ha acontecido que Cirene, que está sometida al mismo dominio que Egipto, ha seguido su ejemplo en muchas cosas, y sobre todo en el trato favorable

otorgado a las colonias judías, que son numerosas y observan las costumbres de sus antepasados. Se les ha autorizado a habitar en Egipto, asignándoles por separado gran parte de la ciudad de Alejandría; tienen su propio etnarca, que administra los problemas de su gente, hace justicia y vigila los contratos y las leyes, como si se tratara de un príncipe que gobierna bajo las leyes de su país. Este pueblo es importante en Egipto, porque los judíos son de origen egipcio; cuando salieron de allí se instalaron en lugares vecinos. Pasaron también a la Cirenaica, porque ésta también es cercana a Egipto, al igual que Judea, o mejor dicho antes fue parte del reino.»

Así se expresa Estrabón.

3. Craso, habiendo dispuesto los asuntos de acuerdo con su albedrío, marchóse a la región de los partos; y murió él con todo su ejército, como se explicó en otro lugar. Casio huyó a Siria y habiéndose apoderado de su gobierno, hostigó a los partos, los cuales, después de la victoria obtenida contra Craso, hacían frecuentes incursiones.

Después de pasar a Tiro ascendió a Judea; habiendo atacado a Tariquea se apoderó de ella al primer ataque, y tomó cerca de treinta mil cautivos. Mató a Pitolo, sucesor de Aristóbulo como jefe de la rebelión; lo hizo por consejo de Antipáter, que gozaba de gran influencia sobre él, así como también sobre los idumeos. Antipáter se había casado con una mujer de esta última nación, de una noble familia árabe, llamada Cipros; tuvo con ella cuatro hijos, Fasael y Herodes, el que posteriormente fue rey, José y Feroras, así como también una hija, Salomé. Antipáter tuvo relaciones de amistad y hospitalidad con otros príncipes vecinos, especialmente entre los árabes, entre los cuales colocó a sus hijos mientras hacía la guerra contra Aristóbulo.

Casio, habiendo levantado el campamento, se dirigió hacia el Éufrates, para hacer frente a los enemigos que invadían por aquel lado, como ya ha sido narrado por otros historiadores.

4. Poco después César, dueño de Roma, luego de obligar a Pompeyo y al senado a escapar más allá del mar Jónico, puso en libertad a Aristóbulo y determinó enviarlo a Siria, con dos legiones, para que arreglara los problemas de aquella región.

Pero de nada aprovechó a Aristóbulo la esperanza de la potestad que le otorgara César, pues, antes que pudiera llevarlo a cabo, los partidarios de Pompeyo lo envenenaron.

Los amigos de César lo sepultaron. Su cuerpo por un tiempo fue conservado en miel, hasta que Antonio, posteriormente, lo envió a Judea y ordenó que lo depositaran en las tumbas reales.

Habiendo ordenado Pompeyo a Escipión, por escrito, que matara a Alejandro hijo de Aristóbulo, Escipión reprochó al joven los actos realizados anteriormente contra los romanos, y lo decapitó en Antioquía.

Ptolomeo hijo de Meneos, dinasta de Calcis, al pie del monte Líbano, dio refugio a sus hermanos; envió luego a su hijo Filipión a Ascalón a ver a la esposa de Aristóbulo, para invitarla a que le confiara a su hijo Antígono y a sus hijas. Filipión se enamoró de una de ellas, Alejandra, y la tomó por esposa. Más tarde Ptolomeo

mató a su hijo Filipión y se casó con Alejandra, y quedó como protector de su hermano y su hermana.

## CAPÍTULO VIII

### *Campana de César en Egipto. Su alianza con los judíos. Amistad de Antipáter con César*

1. Muerto Pompeyo y con la victoria que César obtuvo sobre él, en la guerra que estaba llevando a cabo en Egipto, César pudo comprobar la eficacia de Antipáter, administrador de Judea, que actuaba bajo las órdenes de Hircano. Porque Mitrídates de Pérgamo, que llevaba refuerzos a César, no pudo abrirse paso en Pelusio y se detuvo en Ascalón, y Antipáter fue en su ayuda con tres mil hoplitas y logró también que prestaran su colaboración los jefes de Arabia. También por su intervención todos los sirios dieron ayuda a César, no queriendo que otros se les anticiparan; como ser, Jámblico, el dinasta, Ptolomeo, que vivía en el monte Líbano, y casi todas las ciudades.

Mitrídates salió de Siria y llegó a Pelusio, y al no ser admitido por sus moradores, puso sitio a la ciudad. Pero Antipáter se mostró más valeroso que todos, pues abrió una brecha en la muralla para invadirla. Es así como se apoderó de Pelusio.

Los judíos del sector de Onías quisieron impedir que Antipáter y Mitrídates se reunieran con César. Pero Antipáter los convenció que se pusieran de acuerdo con sus compatriotas, especialmente mostrándoles cartas del pontífice Hircano, en las cuales les aconsejaba que fueran amigos de César y ayudaran al ejército con donaciones y todo lo que fuera necesario. Al ver ellos que Antipáter e Hircano el pontífice estaban de acuerdo, obedecieron. Los habitantes de Menfis, al saber que se habían aliado con César, llamaron a su turno a Mitrídates y éste se unió con ellos.

2. Había ya recorrido toda la región que se denomina Delta, cuando encontró al enemigo cerca del lugar denominado el campo de los judíos. A la derecha estaba Mitrídates, a la izquierda, Antipáter. Una vez iniciada la batalla, el sector de Mitrídates empezó a flaquear, y se habría encontrado en grandes apuros, si Antipáter, que ya había vencido a sus adversarios, no hubiera corrido a su lado por la orilla del río y obligara a retirarse a los egipcios que ya eran vencedores. Insistió en perseguirlos, hasta que se apoderó de su campamento, y llamó a Mitrídates que había sido rechazado muy lejos. Murieron unos ochocientos hombres de Mitrídates, y unos cuarenta de Antipáter. Mitrídates escribió a César, atribuyendo la victoria y su propia salvación a Antipáter; César elogió a Antipáter y lo empleó luego en las situaciones más peligrosas. Antipáter fue herido en diversos combates.

3. Poco después, finalizada ya la guerra, César pasó a Siria y llenó de honores a Antipáter, confirmando a Hircano en el pontificado. Nombró a Antipáter ciudadano romano y libró de impuestos a todo el país. Dicen muchos que Hircano participó en esta expedición, y que fue a Egipto; da testimonio de ello el capadocio Estrabón, con

las palabras de Asinio<sup>[240]</sup>, que dice así:

«Después que Mitrídates invadió a Egipto, y con él Hircano, pontífice de los judíos.»

También el mismo Estrabón en otra parte, basándose en la autoridad de Hipsícrates<sup>[241]</sup>, se expresa en esta forma:

«Mitrídates partió solo, pero Antipáter, administrador de Judea, llamado por él a Ascalón, le llevó tres mil soldados de refuerzo y le ganó la simpatía de los otros dinastas; participó también en la expedición el sumo sacerdote Hircano.»

En esta forma se expresa Estrabón.

4. Por este tiempo Antígono hijo de Aristóbulo se presentó ante César y deploró la suerte que les tocara a su padre y su hermano, uno envenenado y el otro decapitado por Escipión. Le solicitó que se apiadara de él, expulsado del reino paterno. Además acusó a Hircano y a Antipáter de gobernar por la violencia y en contra de la ley. Pero Antipáter, que se encontraba presente, se defendió de lo que dijera contra él, y declaró que Antígono era un sedicioso y un perturbador. Recordó también lo mucho que había sufrido, cómo lo había aconsejado y servido en asuntos militares, citando hechos de los cuales el mismo César era testigo. Agregó que con toda razón Aristóbulo había sido desterrado a Roma por su perpetua enemistad y mal ánimo en relación con los romanos; dijo que el hermano de Antígono había sido castigado por sus latrocinios, sufriendo la pena que se merecía, y que no había sido víctima ni de la violencia ni de la injusticia.

5. Después que Antipáter dijera estas cosas, César decidió que Hircano fuera pontífice y a Antipáter le otorgó potestad plena, nombrándole procurador de Judea. Autorizó también a Hircano a restaurar los muros, pues así lo había solicitado; estaban en ruinas desde la época de Pompeyo. Escribió sobre el particular a los cónsules en Roma para que tales determinaciones se inscribieran en el Capitolio. Se emitió un senadoconsulto en esta forma:

«Lucio Valerio, hijo de Lucio, pretor, ha propuesto esta decisión al senado en los idus de diciembre, en el templo de la Concordia. Estaban presentes, cuando se escribió, Lucio Coponio hijo de Lucio de la tribu Colina, y Papirio Quirina. A propósito de los asuntos sobre los que han informado Alejandro hijo de Jasón, Numenio hijo de Antíoco y Alejandro hijo de Doroteo, legados de los judíos, varones buenos y aliados, los cuales trataron de renovar la antigua amistad y benevolencia con los romanos; y como señal de esta amistad trajeron un escudo de oro de un peso de cincuenta mil piezas de oro. Pidieron que se les dieran cartas tanto para las ciudades libres como para los reyes, para que pudieran tener plena seguridad en sus ciudades y puertos, sin que se molestara a nadie. Fue de nuestro agrado tener amistad y alianza con ellos, y otorgarles lo que nos pedían y aceptar el escudo de oro.»

Estas cosas tuvieron lugar en el año noveno del pontificado y etnarcado de Hircano, en el mes de Panemos. Además Hircano fue honrado por el pueblo ateniense por los muchos beneficios que les había hecho. Le enviaron un decreto redactado en

esta forma:

«Siendo Dionisio hijo de Asclepiádes prítano y sacerdote, en el día quinto antes de finalizar el mes de papemos, fue entregado a los estrategos el decreto de los atenienses, siendo arconte Agatocles... Eucles hijo de Menandro, del demo de Alimusio, ejercía de escriba, en el día once del mes de Muniquión, el undécimo día de la pritanía, en la asamblea reunida en el teatro. Los sufragios fueron recogidos por Doroteo hijo de Erkia, presidente de las proedrias, y sus colegas. Dionisio hijo de Dionisio dijo: Porque Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos, da perpetuamente, tanto en privado como en público, muestras de su benevolencia hacia nuestro pueblo, y pone en lo mismo sumo cuidado; y que recibe con suma humanidad a los atenienses que a él se dirigen, como legados o por asuntos privados; y procura que puedan volver con seguridad e incólumes; teniendo en cuenta que son muchos los que lo han atestiguado y ahora también Teodoro hijo de Teodoro, de Sunio, el cual nos ha hablado de los méritos de este hombre y de sus deseos de servirnos, nos ha parecido ahora bien otorgarle una corona de oro como premio legítimo y de levantar su estatua de bronce en el templo del pueblo y de las gracias. La corona será proclamada en las fiestas de Dionisio, en oportunidad de la representación de las nuevas tragedias, y en los concursos gimnásticos de las Panateneas y las Eleusinas. Los estrategos cuidarán que, mientras él persevere en su benevolencia, se le tributen todos los honores que sean posibles, para que se manifieste que nuestro pueblo tiene buen ánimo por la gente buena y que está en disposición de remunerar, como es justo, a los que lo merecen. Además se elegirán legados del pueblo ateniense, a quienes se encargará que le lleven este decreto y le rogarán que acepte estas muestras de honor y se esfuerce siempre en hacer el bien a nuestro pueblo».

Y con esto se ha dicho lo suficiente sobre los honores que los pueblos romano y ateniense tributaron a Hircano.

## CAPÍTULO IX

*Antipáter entrega a su hijo Herodes el gobierno de Galilea y a su hijo Fasael el de Jerusalén. Sexto César nombra a Herodes gobernador de Celesiria*

1. César, luego de haber dispuesto los asuntos de Siria, se alejó por mar. Antipáter, después que César se marchó, regresó a Judea. Inmediatamente se dio a la tarea de refeccionar las murallas destruidas por Pompeyo; salió a recorrer el país, y apaciguó todo intento de rebelión existente, ya con amenazas, ya con consejos. Si se sometían a Hircano vivirían felizmente y disfrutarían de sus bienes sin contratiempos; si por el afán de novedades buscaban ganancias, tendrían en él en vez de un gobernador un señor, en Hircano un tirano en vez de un rey, y a los romanos y a César por enemigos acerbos en vez de jefes; pues no estaban dispuestos a tolerar que se pusiera en peligro el poder de aquellos a quienes ellos habían nombrado. Por intermedio de estos discursos sometió al país.

2. Viendo que Hircano era lento y negligente, nombró a su hijo mayor, Fasael, prefecto de Jerusalén y de los territorios circundantes; a Herodes, que le seguía en edad, y era muy joven, pues tenía solamente veinticinco años, le encomendó Galilea. Su juventud no fue un inconveniente; al contrario, por su ánimo generoso y enérgico pronto encontró oportunidad de ejercitar su virtud. Informado de que Ezequías, jefe de ladrones, hacía incursiones por los lugares cercanos a Siria, lo apresó y lo mató, a él y a muchos de sus ladrones acompañantes. Con este hecho se granjeó el afecto de los sirios, pues libró de ladrones la región.

Por este motivo frecuentemente lo elogiaban en las ciudades y pueblos, a los que había otorgado paz y que podían disfrutar tranquilos de sus bienes. Esto llegó a conocimiento de Sexto César, pariente del gran César y procurador de Siria.

Las acciones de Herodes estimularon la emulación de Fasael, su hermano, de tal modo que se sintió obligado a procurarse una fama que no fuera menor. Conquistó el aprecio de la ciudad de Jerusalén, gobernándola sin utilizar nada deshonestamente y sin servirse del poder para ofender. Con esto Antipáter ganó el respeto del pueblo, que lo honró como si fuera rey. Sin embargo, a pesar de toda su gloria, en nada decreció, contra lo que suele ocurrir, su benevolencia y fidelidad hacia Hircano.

3. Cuando los principales de los judíos vieron que Antipáter y sus hijos tenían cada vez más prestigio en el pueblo y que aumentaba su poder gracias a los ingresos de Judea y las riquezas de Hircano, se indispusieron contra ellos. Antipáter había contraído amistad con los generales romanos, y después de persuadir a Hircano que les mandara dinero, les presentó el obsequio como si fuera suyo, no como si procediera de Hircano. Aunque Hircano luego lo supo, no se preocupó; al contrario, se alegró muchísimo de ello. Los principales de los judíos tuvieron miedo, al ver a Herodes violento y audaz y ansioso de mandar. Se presentaron ante Hircano y

acusaron abiertamente a Antipáter.

—¿Hasta cuándo sufrirás tranquilamente lo que está sucediendo? ¿No ves que Antipáter y sus hijos están gobernando, mientras que a ti te dejan solamente el nombre de rey? No debes ignorar estas cosas, ni considerarte sin peligro alguno, mientras te comportes negligentemente. Antipáter y sus hijos no se contentan con ser procuradores de tus asuntos, sino que se consideran abiertamente los dueños; no te engañes. Su hijo Herodes mató a Ezequías y a sus hijos en contra de la ley, la cual prohíbe que se mate a nadie, a no ser que primeramente haya sido condenado por el sanedrín<sup>[242]</sup>.

Y sin embargo, él, prescindiendo de tu autoridad, le aplicó ese castigo.

4. Lograron persuadir a Hircano; además, su indignación se acrecentó por las quejas de las madres de los que fueron muertos por Herodes. Ellas iban todos los días al Templo a rogar al rey y al pueblo que llamaran a juicio ante el sanedrín a Herodes por lo que había hecho.

Impulsado por todo esto Hircano hizo llamar a Herodes, para que se defendiera de las acusaciones. Herodes se presentó, por consejo del padre, no como un particular, sino con guardia personal. Después de haber dispuesto los asuntos de Galilea, en la forma que a él le pareció mejor, partió acompañado por una escolta adecuada para el viaje, para no alarmar a Hircano llevando una fuerza numerosa, ni presentarse al juicio indefenso.

Pero Sexto, gobernador de Siria, escribió a Hircano exhortándolo a absolver a Herodes, o de lo contrario a atenerse a las consecuencias. La carta de Sexto sirvió a Hircano de pretexto para librar a Herodes del sanedrín, pues lo amaba como a un hijo. Cuando Herodes se presentó ante el sanedrín con su escolta, se impuso a todos, y nadie se atrevió a formularle ninguna acusación; todos observaron un profundo silencio, dudando sobre lo que convenía hacer. En esta situación, un cierto Sameas, hombre justo y, por lo tanto, sin temor, se levantó y dijo:

—Ciertamente, varones que sois jueces conmigo, y tú, oh rey, yo no he visto nunca a nadie, y no creo que vosotros podáis citar ni un solo caso de alguien que, llamado ante el tribunal, se haya presentado en esta forma. Todos los que vienen ante el sanedrín para someterse a juicio, comparecen humildemente, en actitud temerosa, pidiendo misericordia, con el cabello largo y vistiendo de negro. Pero este buen Herodes, acusado de asesinato, citado por un crimen tan grave, se presenta vestido de púrpura, con el cabello cuidadosamente peinado y rodeado de hombres armados, para poder, en el caso de que nosotros, de acuerdo con la ley, lo condenáramos, matarnos a nosotros y salvarse, violando primero el derecho y evadiendo después la justicia. No reprocho a Herodes que anteponga su interés a la ley, sino a vosotros y al rey, que se lo estáis permitiendo. Sin embargo, sabed que Dios es poderoso, y que éste a quien a causa de Hircano queréis absolver, algún día os castigará a vosotros y al mismo rey.

No se engañaba en lo más mínimo en lo que decía. Pues Herodes, cuando consiguió el reino, mató a todos los que entonces se encontraban en el sanedrín,



incluso al mismo Hircano, con la excepción de Sameas. Lo respetaba mucho por su espíritu de justicia y porque estando sitiada la ciudad por Herodes y Sosio, aconsejó que los admitieran, diciendo que a causa de los pecados cometidos no podrían evitarlo. Pero sobre esto hablaremos en su respectivo lugar.

5. Viendo Hircano que los miembros del sanedrín se inclinaban por condenar a muerte a Herodes, difirió el juicio para otro día, y ocultamente le aconsejó que escapara de la ciudad, para evadir el peligro<sup>[243]</sup>. Se refugió en Damasco, como si se escapara del rey. Se presentó ante Sexto César y una vez en lugar seguro, se sintió tan decidido que resolvió desobedecer al sanedrín, si éste lo llamara de nuevo. Los que formaban el sanedrín se indignaron y dijeron a Hircano que toda esa actividad de Herodes era en su contra. Hircano lo comprendía muy bien, pero no se atrevió a tomar ninguna decisión, tanto por debilidad como por estupidez. Sexto nombró a Herodes prefecto de Celesiria, cargo que le vendió por dinero; Hircano temió que le hiciera la guerra, lo cual no tardó mucho en cumplirse.

Herodes se dirigió contra él lleno de indignación por haber sido llamado ante el sanedrín a responder en juicio. Su padre Antipáter y su hermano le salieron al encuentro para impedirle que atacara a Jerusalén; calmaron su ímpetu y le aconsejaron que no fuera más allá de las amenazas y no llevara las cosas más lejos contra aquel de quien había recibido la dignidad que ejercía. Si le indignaba que Hircano lo hubiese citado a presentarse en juicio, no debía olvidar que también le había aconsejado escapar; que no se manifestara ingrato por los favores recibidos y que pensara que si Dios rige los acontecimientos bélicos, el éxito de Herodes era inseguro y que de ninguna manera esperara obtener la victoria al hacer la guerra a un rey y amigo que tantos beneficios le había otorgado y que no había admitido nada grave en su contra. En cuanto a las quejas que tenía contra Hircano, se debían a los malos consejeros. Herodes se persuadió, encontrando suficiente para sus secretas esperanzas, el haber demostrado al pueblo su poderío. Tal era la situación en Judea.

# CAPÍTULO X

## *Embajada de Hircano a Roma. Decretos en favor de los judíos*

1. César, habiendo llegado a Roma, se preparó para navegar hacia África a fin de combatir contra Escipión y Catón. Hircano envió a pedirle que confirmara la amistad y la alianza que habían contraído. Me ha parecido conveniente relatar los honores que los romanos y sus emperadores otorgaron a nuestro pueblo y los pactos de alianza que se sellaron, para que se sepa que los reyes de Asia y Europa nos tuvieron en gran estima, encariñados con nuestro valor y espíritu de fidelidad<sup>[244]</sup>. Muchos, a causa del odio que nos tienen, se niegan a creer lo que entonces persas y medos escribieron sobre nosotros, por no encontrarse los testimonios en lugares públicos, conservándose los documentos únicamente entre nosotros y en los países de algunos otros pueblos bárbaros<sup>[245]</sup>; pero en cuanto a los decretos de los romanos no se les puede negar crédito. Se encuentran en lugares públicos, y actualmente también en el Capitolio en tablas de bronce; además Julio César hizo inscribir, para los judíos que están en Alejandría, una columna de bronce certificando públicamente que aquéllos eran ciudadanos de Alejandría. Copiaré, pues, los decretos del senado y de Julio César referentes a Hircano y a nuestro pueblo.

2. «Cayo Julio César, emperador, pontífice máximo, dictador por segunda vez, a los magistrados, al senado y pueblo de los sidonios, salud. Si estáis bien, nos alegramos; yo y el ejército estamos bien. Os he enviado una copia del decreto grabado en tablas, referente a Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos, para ser colocado en los archivos. Quiero también que se grabe en tablas de bronce en griego y en latín. Es el siguiente. Julio César, emperador, dictador por segunda vez y pontífice, por decisión de mi consejo he decretado. Puesto que Hircano hijo de Alejandro, judío, tanto en la actualidad como en épocas anteriores, en la paz y en la guerra, ha mostrado ser fiel y diligente en los asuntos que nos interesan, lo que han comprobado muchos emperadores; y hace muy poco en la guerra alejandrina nos ayudó con mil quinientos soldados, y enviado por mí al lado de Mitrídates superó a todos por su valor, por todas estas razones quiero que Hircano hijo de Alejandro y sus hijos sean etnarcas de los judíos y que retengan perpetuamente el pontificado de los judíos de acuerdo con la ley judía; que él y sus hijos sean nuestros aliados y que además se los considere como nuestros particulares amigos. Quiero que todo lo que según sus leyes es propio de los pontífices, o que se les hubiere otorgado benignamente, lo retengan él y sus hijos. Si surgieran disentimientos sobre las costumbres de los judíos, quiero que ellos sean los jueces. Prohíbo que las tropas invernen en su región o que les exijan dinero.»

3. «Éstas son las decisiones, decretos y concesiones de Cayo César. Que Hircano

y sus hijos reinen entre los judíos y que disfruten de los lugares que les han sido otorgados; el pontífice y etnarca de los judíos los defenderá contra cualquiera que los ofenda. Se han de enviar legados a Hircano, hijo de Alejandro, pontífice de los judíos, portadores de amistad y alianza; que la tabla de bronce que contiene estas disposiciones se conserve en el Capitolio, en Sidón, Tiro, Ascalón y en los templos, escrita en griego y en latín; débese procurar que este decreto sea llevado a todos los cuestores, pretores y amigos de las ciudades. Los legados recibirán los honores de la hospitalidad y estas disposiciones serán divulgadas en todas partes.»

4. «Cayo César, emperador, dictador y cónsul, por razón de la estima, méritos y humanidad de que goza Hircano hijo de Alejandro, concede a él y a sus hijos que sean hechos pontífices y sacerdotes de Jerusalén y del pueblo judío, con los mismos derechos y ritos que tuvieron sus antepasados.»

5. «Cayo César, cónsul por quinta vez, decreta que ellos posean y amurallen la ciudad de Jerusalén, y que Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca, la ocupe en la forma que quiera. Los judíos, en el segundo año del arriendo del impuesto, serán dispensados; nadie podrá exigirles tributos ni hacerles pagar los mismos impuestos.»

6. «Cayo César, emperador por segunda vez, decide que por la ciudad de Jerusalén los judíos pagarán un tributo todos los años, con la excepción de Jope, menos el año séptimo llamado sabático, durante el cual no acostumbran recoger los frutos ni a sembrar. Pagarán el tributo a Sidón el segundo mes, la cuarta parte de lo que ha sido sembrado; y además pagarán a Hircano y a sus hijos el diezmo, como acostumbraban pagar a sus antepasados. Nadie, magistrado, pretor o legado podrá reclutar tropas auxiliares dentro de los límites de Judea; tampoco se permitirá a los soldados exigir dinero para invernar o bajo cualquier otro pretexto; los judíos quedan exentos de toda exigencia. Y todos los bienes que posteriormente a esta fecha tuvieron, poseyeran y compraran podrán disfrutarlos. La ciudad de Jope, que desde el principio perteneció a los judíos, puesto que han entrado en alianza con los romanos, es de ellos, como anteriormente, por nuestra voluntad. Hircano hijo de Alejandro y sus hijos pagarán por esta ciudad y extraerán de sus habitantes, a título de derechos de exportación del lugar y del país, veinte mil seiscientos quince modios, excepto cada siete años, el llamado sabático, en los cuales ni aran ni recolectan frutos. En cuanto a las poblaciones que se encuentran en la gran llanura y que Hircano y sus antecesores poseyeron en otro tiempo, es de agrado del senado que pertenezcan a Hircano y a los judíos, con los mismos derechos de antes. Permanecen también los antiguos derechos que existían entre los judíos y los pontífices y sacerdotes, así como también los beneficios que obtienen por voto del pueblo y del senado. Además, con el mismo derecho podrán servirse de Lida. Y todos los territorios, localidades y poblaciones que los reyes de Siria y Fenicia, aliados de los romanos, han disfrutado por concesión gratuita, place al senado que las retengan el etnarca Hircano y los judíos. También se otorga a Hircano y a sus descendientes y a los legados el derecho de sentarse entre los senadores para contemplar los juegos de los gladiadores y las

luchas con las bestias; si presentaran al jefe de la caballería o al dictador un pedido para presentarse ante el senado, serán introducidos y se les dará respuesta en el espacio de diez días, desde el momento en que se haya votado el decreto.»

7. «Cayo César, imperator, dictador por cuarta vez, cónsul por quinta vez, declarado dictador perpetuo, se ha expresado en estos términos sobre los derechos de Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos. Puesto que los generales que me han precedido en las provincias dieron buenos testimonios sobre Hircano, pontífice de los judíos, y de los judíos, tanto ante el senado como ante el pueblo romano, y puesto que el pueblo y el senado les manifestaron su reconocimiento, nosotros consideramos conveniente acordarnos de ellos y esforzarnos para que se reconozca debidamente a Hircano, al pueblo de los judíos y a los hijos de Hircano, nuestro testimonio de gratitud por su buena disposición hacia nosotros y por los servicios que nos han hecho».

8. «Cayo Julio, pretor, cónsul de los romanos, a los magistrados, senado y pueblo de Pario, salud. Se han presentado los judíos que habitan en Delo con algunos judíos que viven entre vosotros, estando presentes vuestros legados; nos dijeron que por decreto les habéis prohibido observar las costumbres y ritos de sus antepasados. No es de mi agrado que se den tales decretos contra amigos y aliados, ni que se les prohíba vivir de acuerdo con sus normas y reunir dinero para las comidas en común y los ritos sagrados, especialmente cuando ni en Roma existen tales prohibiciones. Pues aunque Cayo César, nuestro pretor y cónsul, ha prohibido por ordenanza la formación de asociaciones en Roma, sólo a los judíos no se les ha prohibido, así como también se les permite reunir dinero y celebrar comidas; igualmente habiendo yo prohibido otras reuniones, únicamente a ellos permito congregarse de acuerdo con los ritos y costumbres de sus padres, y continuar en los mismos. Por lo tanto es conveniente que si vosotros habéis publicado algo contra nuestros amigos y aliados, lo anuléis, a causa de la benevolencia y méritos que han conquistado con nosotros.»

9. Después de la muerte de C. César, los cónsules M. Antonio y P. Dolabela convocaron el senado, y luego de introducir a los legados de Hircano, informaron sobre sus pedidos e hicieron con ellos pactos de amistad. Y el senado determinó concederles todo lo que solicitaban. Copio también el decreto, para que dispongan de las pruebas los lectores de esta historia. Es el siguiente:

10. «Senadoconsulta sacado del tesoro, copiado en las tablas públicas de la cuestura, siendo cuestores urbanos Quinto Rutilio y C. Cornelio, en la tabla segunda, primera tableta.

»Tres días antes de los idus de abril, en el templo de la Concordia. Estuvieron presentes para la redacción Lucio Calpurnio Pisón, hijo de Lucio, de la tribu Menenia, Servio Papinio Quinto, de la tribu de Lemonia, Cayo Caninio Rebilo, de la tribu Terentina, Publio Tidetio, hijo de Lucio, de la tribu Polia, Lucio Apuleyo, hijo de Lucio, de la tribu Sergia, Flavio, hijo de Lucio, de la tribu Lemonia, Publio Plautio (Hipseo), hijo de Publico, de la tribu Papiria, Marco Aselio, hijo de Marco, de la tribu

Mecia, Lucio Erucio, hijo de Lucio, de la tribu Stelatina, Marco Quinto Plancho, hijo de Marco, de la tribu Polia, Publio Sergio...

»Publio Dolabela y Marco Antonio, cónsules, hicieron uso de la palabra. Sobre las decisiones relativas a los judíos tomadas por Cayo César de acuerdo con el senado, que no hubo antes tiempo de depositarlas en el tesoro público, nuestra voluntad es que se proceda de acuerdo con la opinión de los cónsules Publio Dolabela y Marco Antonio: que estas decisiones sean escritas en tablas y comunicadas a los cuestores urbanos a fin de que se cuiden de colocarlas en dípticos. Cinco días antes de los idus de febrero en el templo de la Concordia. Los legados del pontífice Hircano eran: Lisímaco hijo de Pausania, Alejandro hijo de Teodoro, Patroclo hijo de Querea, Jonatás hijo de Onías.»

11. Hircano envió a ver a Dolabela, que entonces se encontraba en Asia, a uno de sus legados, para pedirle que librara a los judíos del servicio militar y les permitiera vivir de acuerdo con sus costumbres patrias. Dolabela, recibidas las cartas de Hircano, sin apenas ninguna deliberación, envió cartas a todos los de Asia y a la ciudad de Éfeso, que era la primera de Asia, sobre los judíos. La carta a los de Éfeso era del tenor siguiente:

12. «Siendo Artemón pritano, el primer día del mes Leneón, Dolabela, general en jefe, al senado y magistrados de Éfeso, salud. Alejandro hijo de Teodoro, legado de Hircano hijo de Alejandro, pontífice y etnarca de los judíos, me ha expresado que los hombres de su pueblo no pueden pertenecer a la milicia, puesto que les está prohibido llevar armas y viajar los días sábados, y que además no pueden procurarse las comidas ordenadas por costumbre nacional y otras cosas a que están acostumbrados. Por lo tanto les otorgo, como lo hicieron los magistrados que me precedieron, la exención del servicio de milicia, y permito que se atengan a sus normas patrias para reunirse, según su costumbre, a celebrar sus ritos sagrados, y reunir oblaciones para los sacrificios; y quiero que vosotros enviéis estas cartas a cada una de las ciudades.»

13. Éstos fueron los favores que nos otorgó Dolabela ante el pedido formulado por los legados que le envió Hircano. Lucio Léntulo, cónsul, dijo: «He exceptuado del servicio militar ante el tribunal, por motivos de carácter religioso, ciudad de Éfeso, a los ciudadanos romanos que profesan y celebran el culto judío, el día dos antes de las calendas de octubre, siendo cónsules Lucio Léntulo y Cayo Marcelo. Estuvieron presentes Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, de la tribu Horacia, legado, Tito Tongio, hijo de Tito, de la tribu Crustumina, Quinto Cesio, hijo de Quinto, Tito Pompeyo Longino, hijo de Tito, Cayo Servilio Braco, hijo de Cayo, de la tribu Terentina, tribuno militar, Publio Clusio Galo, hijo de Publio, de la tribu Veturia, Cayo Sentio, hijo de Cayo... de la tribu Sabatina. Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, legado, propretor, a los magistrados, al senado y al pueblo, salud. Lucio Léntulo, cónsul, intercediendo yo en su favor, ha eximido de la milicia a los judíos que están en Asia. Después he pedido lo mismo a Fanio, propretor, y a Lucio Antonio, procuestor. Quiero que procuréis que no se los moleste en el particular.»

14. Decreto de los de Delos. «Siendo arconte Beoto, en el día veinte del mes targelión, respuesta de los pretores. Marco Piso, legado, encontrándose en nuestra ciudad y presidiendo una reunión, habiéndonos convocado a nosotros y a muchos ciudadanos, ordenó que si había judíos que eran ciudadanos romanos, que no fueran molestados con motivo de la milicia, puesto que el cónsul Cornelio Léntulo por razones de religión, los había eximido del servicio militar. Por esta razón os conviene obedecer al pretor.»

Los habitantes de Sardes dispusieron lo mismo sobre nosotros.

15. «Cayo Fanio hijo de Cayo, general en jefe, cónsul, a los magistrados de Cos, salud. Quiero que sepáis que se han presentado ante mí los legados de los judíos, pidiéndome que aceptara los decretos del senado referente a ellos. Éstas son las disposiciones. Quiero que de acuerdo con la disposición del senado cuidéis que estos hombres puedan atravesar sin dificultad vuestro país para regresar a su patria.»

16. Lucio Léntulo, cónsul, dice: «Exceptúo del servicio militar a los ciudadanos romanos judíos que me ha parecido que observaban los ritos y costumbres judías, en la ciudad de Éfeso. Esto se decidió doce días antes de las calendas de octubre.»

17. «Lucio Antonio hijo de Marco, procuestor y propretor, a los magistrados, senado y pueblo de Sardes, salud. Los judíos que son nuestros ciudadanos se presentaron ante nosotros y comprobaron que siempre han celebrado reuniones según sus leyes patrias y disponen de un lugar propio en el cual tratan en juicio los negocios y controversias que se originan entre ellos. Como me pidieron autorización para mantener esta costumbre, he decretado que les sea permitido y puedan observarla.»

18. Marco Publio hijo de Spurio y Marco Lucio hijo de Marco Publio, dicen: «Nos presentamos ante Léntulo procónsul y le informamos el pedido de Dositeo, el alejandrino, hijo de Cleopátrida, de que eximiera del servicio militar a los judíos ciudadanos romanos acostumbrados a observar los ritos judaicos, si lo juzgara conveniente. Y los eximió el día doce antes de las calendas de octubre.»

19. «Siendo cónsules Lucio Léntulo y Cayo Marcelo, estando presentes Tito Ampio Balbo, hijo de Tito, de la tribu Horacia, cuestor, Tito Longio, de la tribu Crustumina, Quinto Cesio, hijo de Quinto, Tito Pompeyo Longino, hijo de Tito, de la tribu Terentina, tribuno militar, Publio Clusio Galo, hijo de Publio, de la tribu Veturia, Cayo Sentio, hijo de Cayo, tribuno militar, de la tribu Emilia, Sexto Atilio Serrano, hijo de Sexto, de la tribu Sabatina, Tito Ampio Menandro, liberto de Tito (Ampio), Publio Servilio Strabón, hijo de Publio, Lucio Pacio Capito, hijo de Lucio, de la tribu Colina, Aulo Furio Tercio, hijo de Aulo, Apio Menas, estando ellos presentes, Léntulo decretó: He eximido de la milicia a los judíos ciudadanos romanos que observan los ritos judaicos por motivos de religión.»

20. «Los magistrados de Laodicea a Cayo Rabilio hijo de Cayo cónsul, salud. Sopáter, legado del pontífice Hircano, nos entregó una carta tuya en la cual nos hacías saber que unos enviados de Hircano llevaban una decisión escrita referente a su pueblo, por la que se les permitía celebrar el sábado y cumplir los demás ritos de

acuerdo con sus leyes, y que nadie se lo impida, porque son nuestros amigos y aliados y que nadie los moleste en nuestra provincia; la mencionada carta decía que los habitantes de Trales se manifestaron contrarios a estos decretos, sin embargo se los obligó a su observancia; y los judíos te han pedido que nos escribieras sobre este particular. Nosotros, obedientes a tus preceptos, hemos recibido la carta que se nos ha entregado, y la hemos colocado en nuestros archivos públicos; y cuidaremos de que se cumpla lo demás que nos has ordenado, para no incurrir en desagrado.»

21. «Publio Servilio Galba hijo de Publio a los magistrados, senado y pueblo de Mileto, salud. Pritanis hijo de Hermas, vuestro conciudadano que se presentó ante mí en la ciudad de Trales, donde se reunió una asamblea, me indicó que vosotros tratábais a los judíos en contra de nuestras decisiones; que les habéis prohibido celebrar los sábados y cumplir sus ritos sagrados y preparar sus cosechas de acuerdo con sus costumbres, y que él mismo había redactado el decreto de acuerdo con la ley<sup>[246]</sup>. Quiero que sepáis que, luego de haber oído a las dos partes, he decretado que no se impida a los judíos atenerse a sus costumbres.»

22. Decreto de los pergamenos. «Siendo Cratipo pritano, en el primer día del mes de Desios, decreto de los pretores. Puesto que los romanos, siguiendo a sus antepasados, afrontan los peligros con miras a la seguridad de todos los hombres y se comportan así para que sus amigos y aliados vivan en felicidad y firme paz, habiéndoles enviado la nación de los judíos e Hircano, su pontífice, como legados, a Estratón hijo de Teodoto, Apolonio hijo de Alejandro, Eneas hijo de Antipáter, Aristóbulo hijo de Aminta, Sosipáter hijo de Filipo, varones buenos y honestos, los cuales expusieron sus problemas, el senado decretó, con relación a los asuntos expuestos, que el rey Antíoco hijo de Antíoco no debe molestar a los judíos aliados de los romanos, y les devolverá las fortificaciones, puestos y territorio así como cualquier otra cosa que les hubiere quitado; y nadie, ni pueblo ni rey, podrá exportar de sus puertos sin pagar los impuestos debidos, con la sola excepción de Ptolomeo rey de Alejandría, porque es nuestro aliado y amigo. La guarnición de Jope será retirada, como se nos ha solicitado. Lucio Petio, de nuestro senado, varón bueno y probo, ha recomendado que se cumpla lo decretado por el senado; además procuraremos que los legados regresen a su patria sanos y salvos. También hemos recibido en nuestro consejo y asamblea a Teodoro, quien nos ha entregado el decreto y el senadoconsulto, y nos ha hablado con mucho entusiasmo del valor y de la magnificencia de Hircano, que llena de beneficios a todos los que se presentan ante él, ya sea colectiva o particularmente; hemos colocado la carta en nuestros archivos públicos y decretamos hacer todo lo que podamos, como aliados de los romanos, y conforme al senadoconsulto. Además Teodoro, el que nos entregó la carta, rogó a nuestros pretores que enviaran copia del decreto a Hircano, y legados que expresaran la buena voluntad de nuestro pueblo, los cuales aconsejaron que se conserve y acreciente su amistad, para obtener los favores debidos y merecidos; y que se acordaran de que en tiempo de Abram, que fue el padre de todos los hebreos, nuestros

antepasados fueron sus amigos, según hemos encontrado consignado en actas públicas.»

23. Decreto de los de Halicarnaso. «Siendo sacerdote Memnón, hijo de Oréstide y por adopción de Euonimo, en el mes de Antesterion fue del agrado del pueblo el siguiente decreto, a propuesta de Marco Alejandro. Puesto que en todo tiempo hemos cultivado celosamente la piedad hacia Dios y la religión, siguiendo el ejemplo del pueblo romano que ha conquistado las simpatías de todos los hombres, y teniendo en cuenta lo que nos han escrito sobre la amistad y alianza de los judíos, que se les permita atenerse a sus ritos religiosos, celebrar las fiestas solemnes y reuniones; ha sido de nuestro agrado que todos los judíos que lo quieran tengan derecho y poder, sean varones o mujeres, de observar la festividad del sábado, de cumplir los ritos sagrados según las leyes judías y de elevar preces al borde del mar según su costumbre nacional. Si alguien lo impidiera, magistrado o particular, sea castigado con esta multa a beneficio de la ciudad.»

24. Decreto de los habitantes de Sardes. «Así ha parecido al senado y al pueblo, después del informe de los pretores. Puesto que los ciudadanos judíos que viven en nuestra ciudad en todo tiempo han sido colmados de beneficios por nuestro pueblo, y ahora se han presentado ante el senado y el pueblo romanos, pidiendo que se les permita realizar asambleas de acuerdo con el rito establecido por sus leyes, y que no se les haga cuestión sobre el particular; y que además se les asigne un lugar, en el cual, junto con sus mujeres e hijos, puedan cumplir los ritos patrios y adorar a Dios; ha sido del agrado del senado y del pueblo que se les permita reunirse en los días establecidos, y atenerse a todo lo que ordenan sus leyes, y que los pretores les asignen un lugar para edificar y reunirse donde sea conveniente para ello, y que los ediles cuiden de hacer introducir todo lo que sea necesario para su subsistencia.»

25. Decreto de los de Éfeso. «Siendo pritano Menófilo, en el primer día del mes de artemisios, fue del agrado del pueblo lo siguiente. Nicanor hijo de Eufemo dijo, después de la información de los pretores: Puesto que los judíos que hay en la ciudad, habiendo obtenido audiencia de Marco Julio Pompeyo hijo de Bruto, pidieron que se les permitiera observar el sábado y en todo atenerse a sus costumbres nacionales, sin que nadie se lo impida, el pretor se lo otorgó. Fue del agrado del senado y del pueblo, especialmente por ser asunto que pertenece a los romanos, que a nadie se le impida celebrar el sábado, que no se le exija multa por hacerlo, y que a los judíos se les permita proceder de acuerdo con sus leyes nacionales.»

26. Existen muchos otros decretos similares a éstos dados por los magistrados y emperadores en favor de Hircano y de nuestro pueblo, así como también decretos de las ciudades y actas de los pretores en respuesta a las cartas de los gobernadores sobre nuestros derechos. De todas ellas, las que hemos exhibido serán suficientes para que se persuada por completo aquel que sin malicia lea estos escritos. Puesto que hemos suministrado pruebas claras y manifiestas de nuestra amistad con el pueblo romano las que, inscritas en tablas de bronce, existen todavía y seguirán conservándose en el



Capitolio, me abstengo de poner toda la serie, lo que sería inútil y cansador. Pues no creemos que nadie sea tan perverso, que se niega a creer nuestra amistad con los romanos, especialmente cuando hemos exhibido los decretos en nuestro favor; y sospecho que no hemos dicho la verdad.

Así es como he puesto de manifiesto que en esa época los romanos eran nuestros amigos y aliados.

## CAPÍTULO XI

*Muerto César, Casio extorsiona a Judea, con la ayuda de Herodes. Malicos provoca levantamientos contra Herodes y es muerto por orden de Casio*

1. Aconteció que por este tiempo se produjeron disturbios en Siria, por las siguientes causas. Baso Cecilio, uno de los adictos de Pompeyo, insidiosamente mató a Sexto César; después, apoderándose de sus tropas, se hizo dueño del poder. Estalló la guerra en los alrededores de Apamea, adonde se dirigieron los generales de César con caballería e infantería. También Antipáter les envió ayuda por intermedio de sus hijos, agradecido a los beneficios recibidos de César y considerando justo vengarlo y castigar al matador. Como la guerra duraba mucho, Murco partió de Roma para ir a hacerse cargo del gobierno. César fue asesinado por Casio y Bruto en el senado, después de haber gobernado por espacio de tres años y seis meses. Estos acontecimientos han sido relatados en otra parte.

2. Habiendo surgido la guerra a raíz de la muerte de César, todos los hombres de importancia iban de uno a otro lado reuniendo tropas. Casio fue a Siria para hacerse cargo del ejército que estaba en Apamea. Después de levantar el asedio, se atrajo a los dos adversarios, Baso y Murco, y recorriendo las poblaciones reunió armas y soldados e impuso fuertes tributos a las ciudades; pero de manera especial gravó a Judea, imponiéndole setecientos talentos de plata. Antipáter, viendo en todas partes terror y miedo, resolvió dividir la suma en varias partes y encargó su percepción a cada uno de sus hijos; Malicos, que estaba mal dispuesto, recibió el encargo de reunir otra porción; y otros tuvieron a su cargo el resto.

Pero el primero de todos en cumplir fue Herodes, quien reunió la suma que se le asignó en Galilea, con lo cual se conquistó el favor de Casio. Le pareció prudente ganarse en esta forma a los romanos, y atraer en su favor su benevolencia a expensa de los otros. Los gobernadores de las restantes ciudades fueron vendidos, sus cuerpos y bienes; y Casio redujo a la esclavitud a cuatro de sus ciudades, entre las cuales figuraban las muy poderosas de Gofna y Emaús, siendo las restantes Lida y Tamna. Fue tan grande la indignación de Casio, que habría llegado a matar a Malicos, si Hircano no hubiera mitigado su furor, enviándole por intermedio de Antipáter cien talentos propios.

3. Después que Casio se ausentó de Judea, Malicos conspiró contra Antipáter, pues creía que su muerte reforzaría el poder de Hircano. No se le ocultaron estos propósitos a Antipáter. Se retiró más allá del Jordán para organizar un ejército con árabes y compatriotas. Sin embargo, Malicos, reconsiderando el asunto, negó con juramento ante Antipáter y sus hijos sus intenciones, pues vio que eran irrealizables, teniendo Fasael la guarnición de Jerusalén y Herodes la guardia del arsenal. Se reconcilió con Antipáter y llegó a un acuerdo con él. Murco era a la sazón pretor de

Siria. Al saber que Malicos buscaba querellas en Judea, estuvo a punto de matarlo, pero lo perdonó gracias a la intervención de Antipáter.

4. Ignoraba Antipáter que había conservado la vida al que sería su matador. Casio y Murco, después de reunir un ejército, se lo entregaron a Herodes, a quien nombraron gobernador de la Celesiria<sup>[247]</sup>; pusieron a su disposición naves, caballería e infantería; le prometieron hacerlo rey después de la guerra que había estallado contra Antonio y el joven César. Malicos, que estaba entonces con más temor que nunca, quiso eliminar a Antipáter. Con dinero compró la complicidad del copero de Hircano, pues servía a ambos, y lo envenenó. Después, con la ayuda de sus hombres, se apoderó de la ciudad. Informados Herodes y Fasael de la perfidia cometida con su padre, se indignaron sobremanera; pero Malicos lo negó todo. Así es como murió Antipáter, que se distinguió por su piedad, su justicia y su abnegación por la patria. De sus dos hijos, Herodes decidió prestamente vengar a su padre, marchando con el ejército contra Malicos; Fasael, el mayor, simuló aceptar las excusas, para que no pareciera que desencadenaba la guerra civil. Aceptó las explicaciones de Malicos, de que no tuvo intervención en la muerte de su padre, y se ocupó en levantar un suntuoso monumento a Antipáter<sup>[248]</sup>. Herodes llegó a Samaria, que encontró desolada, procuró restaurarla y apaciguó la discordia existente entre sus habitantes.

5. Poco después, cercanas las fiestas de Jerusalén<sup>[249]</sup>, se trasladó a la ciudad con los soldados; pero Malicos, que tenía miedo, persuadió a Hircano que no lo dejara entrar. Así lo hizo Hircano, y dio como pretexto la necesidad de impedir el ingreso de extranjeros en medio de una multitud que buscaba purificarse. Pero Herodes, sin tener en cuenta la prohibición, durante la noche penetró en la ciudad; Malicos estaba aterrorizado y continuaba simulando, llorando a Antipáter y proclamándose públicamente su amigo; pero ocultamente tomó precauciones para su seguridad. Herodes decidió seguir el mismo juego de simulación y, para que Malicos se sintiera libre de toda sospecha, lo recibió amablemente con los suyos.

6. Sin embargo, Herodes escribió a Casio sobre la muerte del padre. Sabiendo Casio la clase de hombre que era Malicos, contestó a Herodes que vengara a su padre; ocultamente envió a los tribunos que se encontraban en Tiro a ayudar a Herodes a realizar un acto justiciero.

Cuando Casio se apoderó de Laodicea, los habitantes del país salieron a su encuentro con coronas y dinero. Herodes confiaba que una vez allí castigaría debidamente a Malicos; pero éste, que se encontraba en Tiro de Fenicia, entró en sospechas y concibió proyectos más audaces. Teniendo en Tiro un hijo como rehén, decidió penetrar en la ciudad y apoderarse de él, y luego pasar a Judea. Mientras Casio marchara contra Antonio, él incitaría al pueblo y se apoderaría del poder.

Pero Dios se opuso a sus propósitos. Herodes, hombre astuto, adivinó sus propósitos; y envió a uno de sus criados con el pretexto de ocuparse en preparar un banquete que iba a ofrecer a todos, pero en realidad para persuadir a los tribunos que atacaran a Malicos a puñaladas. Salieron los tribunos de la ciudad, y habiéndolo

alcanzado en la playa cerca de la ciudad, lo apuñalaron. Fue tan grande la impresión que este hecho causó en Hircano que se quedó sin palabra. Cuando volvió en sí, preguntó a Herodes qué había pasado y quién había muerto a Malicos. Cuando le dijeron que era por orden de Casio, elogió la decisión: había sido un hombre malo que intrigó contra la patria. Es así como Maslicos purgó el crimen cometido contra Antipáter.

7. Cuando Casio se retiró de Siria, en Judea se produjeron tumultos. Hélix, que había sido dejado en Judea con tropas, atacó a Fasael, y el pueblo se levantó en armas. Herodes estaba en camino para encontrarse con Fabio, prefecto de Damasco; quiso acudir en ayuda de su hermano, pero no pudo hacerlo por estar enfermo. Entretanto Fasael se impuso a Hélix, a quien obligó a refugiarse en una torre, dejándolo libre luego de llegar a un acuerdo.

Fasael acusó a Hircano de ayudar a los enemigos, a pesar de los muchos beneficios que había recibido de él y su hermano. Pues el hermano de Malicos se había apoderado de varios lugares, incitándolos a la defección; entre ellos se encontraba Masada, el más fortificado de todos. Poco después Herodes, ya curado, marchó contra él, y habiéndolo expulsado de todos los lugares que tenía en su poder, mediante un acuerdo lo dejó libre.

## CAPÍTULO XII

*Herodes vence a Antígono, hijo de Aristóbulo, y lo expulsa de Judea. Conquista la amistad de Antonio*

1. Antígono hijo de Aristóbulo, que había reunido un ejército, conquistó con dinero a Fabio, y regresó, mediante la intervención de Ptolomeo hijo de Meneos, con quien lo unían lazos de parentesco<sup>[250]</sup>. También estaba de su lado Marión, a quien Casio había nombrado tirano de Tiro; pues, después de ocupar a Siria, la vigilaba mediante tiranos. Marión irrumpió en la Galilea, que era una zona vecina, y después de apoderarse de tres fortalezas puso en ellas guardias. Pero Herodes lo atacó y lo despojó de todas estas fortalezas; sin embargo, benignamente dejó en libertad a los guardias e incluso hizo regalos a algunos de ellos en muestra de benevolencia por su ciudad<sup>[251]</sup>. Después atacó a Antígono, consiguiendo la victoria, y ya en los límites de Judea, lo expulsó. Después pasó a Jerusalén, y tanto Hircano como el pueblo le otorgaron coronas. Por esponsales era pariente de la familia de Hircano, y por eso lo protegía, pues tenía que casarse con la hija de Alejandro hijo de Aristóbulo y nieta de Hircano por parte de la madre<sup>[252]</sup>. Esta mujer le dio tres hijos y dos hijas. Tuvo antes una esposa plebeya, de nombre Doris, de la cual nació su hijo mayor Antipáter.

2. Entretanto Antonio y César vencieron a Casio en Filipo, como lo han expuesto otros historiadores. Después de la victoria César marchó a Italia, pero Antonio se dirigió a Asia. Al llegar a Bitinia, se hicieron presentes legiones de todas partes. También estuvieron los principales de los judíos, quienes acusaron a Fasael y a Herodes, diciendo que Hircano tenía sólo una apariencia de gobierno, y ellos dos eran de hecho los que mandaban. Antonio tenía en gran estima a Herodes; éste se presentó personalmente para defenderse de sus acusadores, de tal modo que éstos ni tuvieron oportunidad para exponer sus quejas. Herodes se había procurado esta benevolencia de Antonio mediante dinero. Cuando Antonio se encontraba en Éfeso, el pontífice Hircano y nuestra nación le enviaron una legación, para entregarle una corona de oro y pedirle que escribiera a las provincias que dejaran en libertad a los judíos, a quienes Casio había convertido en cautivos contra el derecho de guerra; pedían también los territorios de los cuales habían sido desposeídos en tiempo de Casio. Antonio juzgó justos estos pedidos, e inmediatamente escribió a Hircano y a los judíos, y dio órdenes a los de Tiro con estas palabras:

3. «Marco Antonio, general en jefe, a Hircano pontífice y etnarca de los judíos, salud. Si estáis bien, me alegro; yo y el ejército estamos bien. Lisímaco hijo de Pausania, José hijo de Meneo, Alejandro hijo de Teodoro, legados, habiendo venido a mi presencia en Éfeso, renovaron la misión que antes habían cumplido en Roma y desempeñaron diligentemente la que les encomendaste en tu nombre y el de tu

pueblo, con testimonio de tu benevolencia hacia nosotros. Persuadido tanto por los hechos como por las palabras de vuestro ánimo sumamente amistoso hacia nosotros, y considerando la constancia de vuestras costumbres y piedad, pensé que tenía que hacer algo de mi parte. Puesto que nuestros enemigos y los del pueblo romano devastaron en sus incursiones a toda el Asia, sin abstenerse de las ciudades y de los templos, y no fueron fieles al juramento prestado, nosotros, que hemos luchado, no sólo en bien nuestro, sino para todos, los hemos perseguido para castigarlos por ser autores de ofensas contra los hombres y crímenes contra los dioses y que hasta podrían hacer retroceder al sol, que ha visto con horror el crimen cometido en la persona de César. Las sublevaciones hostiles a los dioses que buscaron en Macedonia el único aire respirable a su audaz impiedad, las revueltas maliciosas que han fomentado en Filipo, ocupando posiciones favorables, defendidas por las montañas hasta el mar, de modo que sólo fuera posible el acceso por un solo lugar, nosotros las hemos destruido con la ayuda de los dioses, que los habían condenado por ser su empresa criminal. Bruto, que escapó a Filipo y fue sitiado por nosotros, murió a la par de Casio. Habiendo éstos sufrido su merecido, esperamos que en adelante tendremos paz y que Asia descanse de la guerra. Participamos a nuestros aliados la paz que Dios nos ha otorgado, de modo que el cuerpo de Asia por nuestra victoria está como recuperándose de una grave enfermedad. Me he acordado de ti y de tu gente merecedora de beneficios, y pienso en lo que puedo hacer para vuestro bien. He enviado cartas por todas las ciudades para que aquellos que, libres o esclavos, hayan sido vendidos por C. Casio o sus capitanes, sean puestos en libertad. Quiero confirmar todo lo que os hubiéramos otorgado nosotros y Dolabela. Prohíbo también a los de Tiro que os hagan violencia; y ordeno que os restituyan todo lo que hayan quitado a los judíos, He aceptado la corona que decidisteis enviarme.»

4. «Marco Antonio, general en jefe, a los magistrados, senado y pueblo de Tiro, salud. Habiéndome visitado en Éfeso los legados del pontífice y etnarca Hircano, diciendo que vosotros estáis ocupando campos que pertenecen a su región, los que invadisteis cuando nuestros adversarios estaban en el poder, ahora que hemos luchado por el imperio y que, guiados por la piedad y la justicia, hemos triunfado sobre aquellos que ni se acordaron de los beneficios recibidos ni fueron fieles a sus juramentos, quiero que vosotros estéis en paz con nuestros aliados; y que todo lo que habéis recibido de nuestros enemigos, no lo retengáis, sino que lo devolváis a aquellos a quienes les fue quitado. Ninguno de ellos recibió provincias o ejércitos por orden del senado; lo obtuvieron por la fuerza, entregándolo por la fuerza a los servidores de su injusticia. Puesto que nuestros enemigos han sufrido su castigo, consideramos justo que nuestros aliados retengan lo que antes tenían, sin que nadie se oponga a ello; y vosotros, si tenéis en vuestro poder campos que hayan sido de Hircano, el etnarca de los judíos, un día antes que Cayo Casio, mediante una guerra ilícita, invadiera nuestra provincia, se los devolveréis. Si tenéis alguna reclamación que hacer contra Hircano, cuando nosotros llegemos a vuestro lugar, tendréis

ocasión de presentarla, pues examinaremos con igual atención las reclamaciones de nuestros aliados.»

5. «Marco Antonio, general en jefe, a los magistrados, senado y pueblo de Tiro, salud. Os envío un edicto, que quiero que incluyáis en vuestras actas públicas, en griego y en latín, y que lo coloquéis en el lugar más visible, para que pueda ser leído de todos. Marco Antonio, general en jefe, nombrado triunviro para los asuntos públicos, decidió: Teniendo en cuenta que Cayo Casio, durante la presente rebelión, se apoderó de una provincia que no le pertenecía y la ha ocupado con guarniciones, ha saqueado a nuestros aliados y luchó contra los judíos, amigos del pueblo romano; habiendo sido refrenada su insolencia por nuestras armas, por edictos reintegramos aquello de que se apoderó, de modo que sea devuelto a nuestros aliados; y todo aquello de los judíos que haya sido vendido, trátese de cuerpos o bienes, será devuelto; los cuerpos quedarán libres como antes, y los bienes restituidos a sus dueños anteriores. Aquel que no obedeciera a nuestro edicto, que sufra las debidas penas; y si es condenado, procuraré que sea castigado de acuerdo con la importancia de su falta.»

6. Copias iguales envié a los de Sidón, Antioquía y Arado. Puesto que se presentó la oportunidad hemos citado nuevos testimonios de la benevolencia de los romanos hacia nuestro pueblo.

## CAPÍTULO XIII

*Antonio, en Siria, hace dar muerte a los delegados de los judíos que acusaban a Herodes. Los partos y Antígono invaden a Judea. Captura de Hircano y de Fasael*

1. Después Antonio pasó a Siria. Cleopatra se encontró con él en Cilicia, siendo cautivado por su amor. Cien judíos de los más poderosos, habiendo sido elegidos los más elocuentes, lo visitaron para acusar a Herodes y a los suyos. Mesala les replicó en nombre de los adolescentes<sup>[253]</sup>, estando presente Hircano, que ya era suegro de Herodes. Antonio, habiendo oído a ambas partes en Dafné, preguntó a Hircano cuál de los dos partidos era mejor para gobernar al pueblo; y habiendo respondido que Herodes y los suyos, Antonio, que ya los conocía por haberlo hospedado su padre junto con Gabinio, nombró tetrarcas a los dos, Herodes y Fasael, y les encargó la administración de los asuntos de los judíos y les dio instrucciones. Puso en prisión a quince de sus adversarios, a quienes habría condenado a muerte, si Herodes no hubiese intercedido en su favor.

2. Pero al regreso de la legación siguieron sin apaciguarse; al contrario, mil de ellos se presentaron en Tiro, adonde se decía que iría Antonio. Y éste, que ya había sido ganado por grandes cantidades de dinero por Herodes y su hermano, ordenó al comandante del lugar que castigara a los legados de los judíos, deseosos de novedades, y que fortaleciera al gobierno de Herodes. Como estaban acampados en la playa, Herodes fue a encontrarlos, estando Hircano con él, y les aconsejó que se fueran, pues les iría muy mal si trataran de contender. No le hicieron caso; inmediatamente los romanos, armados de puñales, se precipitaron sobre ellos; una parte resultó muerta, otros fueron heridos y los otros escaparon, aterrorizados, y se mantuvieron quietos. Después, como el pueblo injuriaba a Herodes, Antonio, exasperado, hizo matar a sus prisioneros.

3. Dos años después, Pacoros, hijo del rey, y Barzafarnes, sátrapa, ocuparon Siria. Murió entonces Ptolomeo hijo de Meneos; y su hijo Lisantias, en poder del mando, hizo amistad con Antígono hijo de Aristóbulo, utilizando al sátrapa, que tenía mucha influencia sobre Antígono. Antígono les prometió mil talentos y quinientas mujeres si quitaban el mando a Hircano y se lo daban a él, y mataban a Herodes con los suyos. Pero luego no cumplió su promesa.

Los partos se dirigieron a Judea para apoyar a Antígono, Pacoros por vía marítima y Barzafarnes, el sátrapa, por el interior. Los de Tiro les negaron el paso; en cambio los admitieron los de Sidón y Ptolemáis. Pacoros envió a Judea, para ver la región y obrar de acuerdo con Antígono, a un destacamento de caballería, comandado por un copero que tenía el mismo nombre que el rey<sup>[254]</sup>.



Algunos judíos que moraban en el monte Carmelo se presentaron ante Antígono y le manifestaron que estaban dispuestos a atacar a la par de ellos; con esta ayuda confiaba Antígono que se apoderaría de parte del país; el lugar se denominaba Drimos (entinares). Encontraron una partida enemiga a la cual se unieron en dirección a Jerusalén; marcharon todos juntos, hacia el palacio que asediaban. Con ayuda de Fasael y Herodes, tuvo lugar una batalla en el ágora, y los jóvenes vencieron a sus adversarios; obligados éstos a refugiarse en el Templo, Herodes envió soldados a las casas vecinas para que las guardaran; pero el pueblo sublevado los quemó a ellos con las casas, al quedar privados de toda ayuda. Poco después Herodes logró vengarse de esta agresión injusta; de modo que, habiendo entrado en lucha con ellos, mató a muchos.

4. Todos los días había escaramuzas; los enemigos esperaron la fiesta de Pentecostés, con la confianza de que la multitud los apoyaría. Aproximándose la fiesta se congregaron alrededor del Templo miles de hombres, unos armados y otros inermes. Tenían en su poder la ciudad y el Templo, con la excepción del palacio real que Herodes defendía con unos pocos soldados. Fasael estaba a cargo de la vigilancia de las murallas; Herodes con los suyos irrumpió en los suburbios y luchó tan valientemente que puso en fuga a miles de insurrectos, algunos hacia la ciudad, otros en dirección al Templo y algunos hacia las defensas del exterior.

Fasael se sostenía. Pacoros, general de los partos, a pedido de Antígono, se trasladó a la ciudad, con el pretexto de apaciguar la sedición, en realidad para ayudar a aquél a obtener el poder. Fasael salió al encuentro de Pacoros y le ofreció hospitalidad a Pacoros le persuadió que enviara legados a Barzafarnes. Fasael, sin sospechar nada, obedeció, no estando de acuerdo en ello Herodes; temeroso de la deslealtad de los bárbaros, más bien propuso atacar a Pacoros y a los que lo acompañaban.

5. Partieron para esta embajada Hircano y Fasael; Pacoros, dejando con Herodes doscientos hombres de caballería y diez de los llamados eleuteros (libres), los escoltó. Cuando llegaron a Galilea, los revoltosos de esta región los atacaron con armas. Barzafarnes, al principio, los recibió amablemente y les hizo regalos; después conspiró en su contra. Fasael con los soldados de a caballo fue llevado hacia el mar. Habiendo sabido que Antígono había prometido a los bárbaros mil talentos y quinientas mujeres, empezaron a sospechar. Alguien les anunció que los atacarían a traición durante la noche, y que con este fin los vigilaban. Ya lo habrían hecho, si no fuera porque esperaban que los partos que se encontraban en Jerusalén se apoderaran primeramente de Herodes; pues si los mataran antes, al enterarse Herodes escaparía.

Estos informes eran exactos; evidentemente los vigilaban. Por lo tanto, algunos aconsejaron a Fasael que se evadiera de inmediato a caballo, sin esperar más. El que más insistía era Ofelio, que lo había sabido todo por Sarmala, uno de los hombres más ricos que había entonces en Siria, quien les ofreció naves para la huída, pues se encontraban cerca del mar. Fasael no consideró justo abandonar a Hircano, ni crear

peligros a su hermano; se presentó ante Barzafarnes y le dijo que no obraba rectamente al conspirar contra ellos. Si precisaba dinero, recibiría más cantidad de él de la que podía darle Antígono; por otra parte, era un crimen atroz matar a legados que habían acudido de buena fe e inocentemente. Pero el bárbaro juró que nada había de verdad en todas aquellas sospechas. Después fue al encuentro de Pacoros.

6. Así que partió, varios partos encadenaron a Hircano y Fasael, quienes les reprocharon duramente la violación de su juramento. El copero enviado a Herodes tenía la orden de llevarlo fuera de las murallas y encadenarlo. Pero ya habían partido mensajeros enviados por Fasael para revelar la perfidia de los partos.

Informado Herodes de que habían sido capturados sus correos, se presentó ante Pacoros y los más poderosos de los partos, que tenían poder sobre los otros. Pero ellos, a pesar de saber todo lo que pasaba, disimularon, y le dijeron que convendría que saliera con ellos fuera de las murallas a recibir a los que eran portadores de las cartas; porque éstos no habían sido apresados por los rebeldes, y llegarían seguramente con el anuncio de lo que había acontecido a Fasael.

Herodes no les dio crédito, pues había sabido por otro conducto que Fasael había sido encarcelado. Los consejos de la hija de Hircano, con cuya hija estaba comprometido, no hacían sino aumentar las sospechas contra los partos. Aunque los otros no le tenían gran confianza a esta mujer, él la creía dotada de muy buen sentido.

7. Los partos deliberaron sobre lo que convenía hacer, pues no se atrevían a atacar abiertamente a un hombre como aquél, y postergaron su decisión. Herodes, muy preocupado, e inclinándose a creer más bien lo que le decían sobre su hermano y la perfidia de los partos, que a la aparente buena fe de éstos, determinó fugarse de noche, como si dudara de los peligros que le amenazaban de parte de los enemigos. Reunió a los soldados de que disponía, cargó en las bestias a las mujeres, su madre, su hermana y la hija de Alejandro hijo de Aristóbulo, a la que pensaba tomar por esposa, y a su hermano menor, con los criados y demás acompañantes, y se dirigió a Idumea, ignorándolo sus enemigos. Nadie que los viera podría ser tan duro de corazón que no se apiadara de los fugitivos: las mujeres llevando a sus hijos de corta edad, abandonando con lágrimas y gemidos a su patria y sus amigos cautivos, y sin muchas esperanzas de salvarse.

8. Pero Herodes sabía elevar su espíritu sobre la calamidad. A pesar del peligro que lo amenazaba, se comportó valerosamente y durante el viaje animó a todos y los exhortó a no sucumbir ante el dolor, pues el abatimiento no podía sino perjudicar su huida, en la cual habían depositado sus esperanzas. Escuchando los consejos de Herodes, todos trataron de sobreponerse a la calamidad.

Y poco faltó para que se quitara la vida, porque su carro se dio vuelta y su madre quedó en peligro de muerte. La inquietud por el estado de su madre y el temor de que, a favor de la demora, el enemigo lo hiciera prisionero, lo impulsaron a tratar de eliminarse. Ya había sacado la espada y estaba por herirse, cuando sus acompañantes se lo impidieron, pues eran más en número y le dijeron que no tenía que hacer tal

cosa y abandonarlos en manos de los enemigos; pues no es propio de un varón fuerte librarse a sí mismo de los peligros y dejar en medio de ellos a los amigos. Así Herodes no se suicidó, tanto por vergüenza de lo que le decían, como por el mayor número de los que se lo impedían. Después, habiendo su madre recobrado la salud y recibido la atención que era posible, continuaron camino apresuradamente hacia la fortaleza de Masada. Tuvo que sufrir numerosos ataques de los partos que lo hostigaban y perseguían, pero se impuso sobre todos.

9. Durante su huida no pudo librarse de la persecución de los judíos. Éstos lo atacaron a sesenta estadios de la ciudad y a lo largo del camino. Pero los venció y los hizo huir, como si no se encontrase en medio de tribulaciones y angustiado, sino como si contara con muchos soldados en óptima disposición. En el lugar donde venció a los judíos, posteriormente, cuando fue hecho rey, edificó y levantó un magnífico palacio y a su alrededor construyó una ciudad, que llamó Herodías. Cuando llegó a un lugar de Idumea llamado Tresa, se encontró con su hermano José, con quien habló sobre lo que convenía hacer. Lo seguía una gran multitud, a más de los mercenarios. El lugar donde habían decidido refugiarse era demasiado estrecho para recibir a una multitud tan grande.

Despidió a la mayoría, cerca de nueve mil, y les ordenó que dispersándose por Idumea miraran por su seguridad, y les dio también viático. Después tomando consigo a los más expertos y los que le eran más cercanos llegó a la fortaleza. Luego de haber colocado allí a las mujeres y acompañantes, cerca de ochocientos, pues había en el lugar abundancia de trigo, de agua y de todo lo necesario, él se propuso ir a Petra en Arabia.

Una vez de día, los partos saquearon todo Jerusalén y el palacio real; respetaron solamente el dinero de Hircano, que era la cantidad de trescientos talentos. Una gran parte de las riquezas de Herodes escaparon al saqueo, especialmente porque por previsión las había enviado a Idumea. Los partos no se satisficieron con el botín que había en la ciudad, sino que se esparcieron por todo el país y destruyeron la importante ciudad de Marisa.

10. De esta forma Antígono, devuelto a Judea por el rey de los partos, recibió a Hircano y Fasael encadenados. Pero estaba muy preocupado por habersele escapado las mujeres que tenía el propósito de entregar a los partos, junto con el dinero. Temeroso de que el pueblo ayudara a Hircano, que estaba en poder de los partos, reponiéndolo en el trono, le cortó las orejas<sup>[255]</sup>; procedió en esta forma, para que no pudiera ser pontífice con esta mutilación, pues la ley exige que aquellos que desempeñan este cargo sean íntegros corporalmente<sup>[256]</sup>. No puede menos que admirarse la fortaleza de Fasael, el cual, sabiendo su destino, no retrocedió ante la idea de la muerte; pero consideraba algo miserable y torpe el ser muerto por los enemigos, y puesto que por estar encadenado no le era posible matarse a sí mismo, se quitó la vida golpeándose la cabeza contra la piedra; la más hermosa muerte, a su parecer, que le era permitida en esta oportunidad e impidió que el enemigo lo

eliminara de acuerdo con su capricho. Se dice que se hirió gravemente y que Antígono lo sometió al cuidado de los médicos, a quienes ordenó que pusieran veneno en los medicamentos con el pretexto de curarlo. Sin embargo, antes de expirar, Fasael supo, de labios de una mujer, que su hermano había logrado escapar al enemigo, y sufrió la muerte animosamente, como quien deja tras de sí a un vengador, en cuyo poder está el castigo del enemigo.

## CAPÍTULO XIV

*Herodes se traslada a Roma, persuade a Antonio y obtiene del senado el título de rey*

1. La magnitud de las tribulaciones que afligieron a Herodes, no lograron doblegarlo, sino que lo hicieron más resistente para buscar nuevas ocasiones de empresas audaces. Se dirigió a Maleo, rey de los árabes, que previamente había recibido de él muchos beneficios; quiso, ahora que lo necesitaba, que se los devolviera, y le diera o le prestara dinero, en nombre de los favores anteriores. Ignorando lo que le había pasado a su hermano, quiso apresurarse a ofrecer por él un rescate y arrancarlo al enemigo, aunque para ello tuviera que pagar la cantidad de trescientos talentos.

Por este motivo llevaba consigo al hijo de siete años de Fasael, para dejarlo como prenda en poder de los árabes. Pero le salieron al encuentro mensajeros de Maleo, que le aconsejaron que se alejara. Le dijeron que los partos habían prohibido a Maleo recibir a Herodes; pero no era más que un pretexto para no devolver lo prestado, moviéndolo a comportarse en esta forma los principales de los árabes que deseaban apoderarse de lo que Antipáter había dejado en su poder. Herodes respondió que no había venido para serles molesto en lo más mínimo, sino para hablar con el rey de asuntos sumamente importantes.

2. Después, pareciéndole prudente alejarse, discretamente se dirigió a Egipto. Se detuvo en un santuario en el cual había dejado a algunos de sus seguidores. Al día siguiente, al llegar a Rinocorura, se informó de lo que había acontecido a su hermano. Maleo, arrepentido de su conducta, corrió en pos de Herodes, pero no logró alcanzarlo pues ya estaba muy lejos, en camino hacia Pelusio. Al llegar allí las naves que estaban en el puerto se negaron a trasladarlo a Alejandría; pero se presentó a los comandantes, los cuales con gran respeto y honor lo llevaron a la capital, donde Cleopatra lo quiso retener. Sin embargo, no logró persuadirlo que se quedara a su lado; quiso irse cuanto antes a Roma, a pesar del tiempo tempestuoso y el estado de agitación en que se encontraban las cosas en Italia.

3. Se dirigió a Pamfilia, pero atacado por una gran tormenta, tuvo que refugiarse en Rodas, luego de echar al mar parte de la carga. Allí se encontró con dos de sus amigos, Sapinas y Ptolomeo.

La ciudad estaba en ruinas, por la guerra con Casiano; a pesar de su indigencia, no se negó a ayudarla, y contribuyó a rehacerla, con un esfuerzo superior a sus posibilidades. Después, habiendo equipado un trirreme, con algunos de sus amigos partió para Italia y desembarcó en Brindis. De allí marchó a Roma.

Ante todo expuso a Antonio lo que le había acontecido en Judea: que su hermano había sido encarcelado y muerto por los partos, Hircano retenido en cautiverio y Antígono nombrado rey, después de prometer mil talentos y quinientas mujeres, las

que serían de las primeras familias y de raza judía; y que él se había llevado de noche a las mujeres de su familia y escapado de manos de los enemigos en medio de mil peligros. Luego explicó que los suyos se encontraban en gran peligro y que él se había hecho a la mar en medio de tempestades, apresurándose a llegar hasta él, en quien había depositado toda esperanza y de quien esperaba ayuda.

4. Antonio se compadeció de la suerte adversa de Herodes, y se hizo la reflexión común de que aquellos que están en elevada dignidad también están expuestos a sufrir las mutaciones de la fortuna.

En parte por el recuerdo de la hospitalidad que le ofreciera Antipáter, en parte por el dinero que le ofrecía Herodes si lo hacía rey, como antes lo había nombrado tetrarca, y mucho más por odio a Antígono, pues lo consideraba sedicioso y enemigo de los romanos, se manifestó dispuesto a ayudar a Herodes en lo que pedía.

Y César, en consideración al ejército de Antipáter, del que se había servido su padre en Egipto, así como también por su hospitalidad y benevolencia; y también para expresar su gratitud a Antonio, que se inclinaba en favor de Herodes, accedió a defenderlo en su dignidad y a hacer todo lo que pedía.

Se reunió el senado; Mesala y luego Atratino, después de presentar a Herodes, expusieron los beneficios que habían recibido de su padre y su buena voluntad hacia los romanos, acusando y declarando enemigo a la par a Antígono, no sólo por los delitos cometidos anteriormente, sino por haber recibido ayuda de los partos, menospreciando a los romanos. Agitado ya por esto el senado, Antonio intervino para decir que convenía nombrar rey a Herodes para el buen éxito de la guerra contra los partos. Siendo del agrado de todos, así se determinó por decreto.

5. Tan bien dispuesto estaba Antonio en favor de Herodes, que logró que lo nombraran rey, en contra de lo que Herodes esperaba: porque éste no había ido a pedir el trono para sí, ya que no podía pensar que lo obtendría, porque los romanos acostumbraban a otorgar la corona solamente a los miembros de la familia real, sino para el hermano de su mujer, nieto de Aristóbulo por su madre y de Hircano por su padre. Y no sólo eso, sino que logró salir a los siete días de Italia. (Herodes mató a aquel adolescente, como diremos en su lugar.)

Habiéndose terminado la sesión del senado, Antonio y César, poniendo en medio a Herodes, salieron escoltados por los cónsules y los demás magistrados, para sacrificar y depositar el decreto en el Capitolio. Y Antonio festejó con un banquete este primer día del reino de Herodes. Y es así como recibió el reino, en la olimpíada ciento ochenta y cuatro, siendo cónsules Cayo Domitio Calvino por segunda vez y Cayo Asinio Polione.

6. Durante este tiempo Antígono atacaba a los que se encontraban en Masada; éstos tenían abundancia de todo, excepto de agua, por cuyo motivo José, hermano de Herodes, con doscientos de los suyos determinó fugarse al país de los árabes. Se había informado que Maleo estaba arrepentido de lo hecho contra Herodes. Pero Dios impidió que lo llevara a cabo, haciendo llover durante ta noche. Estando llenas las

cisternas, ya no había razón para huir; recobraron el valor, especialmente por tener en abundancia aquello que más necesitaban, gracias a la providencia divina. Hicieron algunas salidas para luchar contra las fuerzas de Antígono, matando a muchos de ellos, tanto abiertamente como a escondidas.

Entretanto Ventidio, general romano, que había sido enviado a Siria para expulsar a los partos, pasó a Judea en su persecución. Pretextando que iba a proteger a José, lo que verdaderamente ansiaba era recibir dinero de Antígono. De modo que habiendo dispuesto el ejército cerca de Jerusalén, Antígono le entregó una gran cantidad de dinero y él se alejó con la mayor parte del ejército. Pero con el objeto de que no se descubriera su maldad, dejó a Silo con parte de las tropas. Antígono se ganó también a este oficial para que no le ocasionara dificultades, a la espera de que los partos le enviaran nuevos socorros.

## CAPÍTULO XV

*Regreso de Herodes a Judea. Ataca a Antígono con la ayuda de un ejército romano mandado por Silo*

1. Herodes, habiendo navegado de Italia a Ptolemáis, reunió un ejército considerable formado en parte con hombres de su nación y en parte con mercenarios; a través de Galilea, se dirigió contra Antígono. Lo ayudaban Silo y Ventidio, persuadidos por Delio, enviado por Antonio, de que prestaran ayuda a Herodes. Ventidio estaba ocupado en aquietar a las ciudades conturbadas por los partos; pero Silo permanecía en Judea, corrompido por el dinero que recibiera de Antígono. En cuanto a Herodes, a medida que avanzaba, aumentaban sus fuerzas; toda Galilea, con escasas excepciones, estaba en su favor.

Jope le impidió avanzar hacia Masada, donde tenía que salvar a sus parientes, sitiados en aquella fortaleza, porque era una ciudad enemiga. Tuvo que tomarla, para no dejar un lugar fortificado a sus espaldas cuando atacara a Jerusalén. Entonces Silo aprovechó la oportunidad para alejarse, y mientras lo perseguían los judíos, Herodes salió a ayudarlo con exiguas tropas y habiendo derrotado a los judíos, salvó a Silo, que apenas se defendía.

Después de apoderarse de Jope, se apresuró a librar a los suyos que se encontraban en Masada. De los nativos que se le unieron algunos lo hicieron por la amistad que tenían con su padre, otros por su gloria, otros por los beneficios recibidos de ambos, su padre y él, y muchos por la esperanza de que sería rey.

2. Reunió fuerzas considerables. Antígono ocupó los lugares estratégicos y lo hostigó con emboscadas; pero todo esto apenas si causó perjuicio alguno al enemigo. Herodes, una vez que libró a los suyos en Masada, y capturó la fortaleza de Tresa, se dirigió hacia Jerusalén, siguiéndole los ejércitos de Silo y mucha gente de Jerusalén impresionada por su poderío.

Dispuso su campamento en la parte oeste de la ciudad, pero los soldados apostados de guardia tiraban flechas y dardos sobre sus hombres; algunos hicieron salidas y atacaron sus avanzadas. Herodes ordenó que se proclamara junto a las murallas, que su propósito era el bien del pueblo y la seguridad de la ciudad; que no se vengaría de sus enemigos declarados, sino que se olvidaría de las ofensas que se le habían inferido.

Antígono, en respuesta, manifestó a Silo y al ejército romano, que obrarían contra la justicia, si dieran el reino a Herodes, simple particular e idumeo, esto es medio judío, debiendo en cambio entregarlo a hombres de estirpe real, de acuerdo con sus costumbres. Que si lograban imponerse y determinaran quitarle el reino, por haberlo recibido de los partos, había muchos de su estirpe que lo podían suceder en el trono, los cuales nada habían hecho contra los romanos, y además eran sacerdotes y



tomarían a mal el que se los privara de ese honor.

Tales eran las discusiones que se pronunciaban de ambas partes. Antígono ordenó a los suyos rechazar a los enemigos. Pero éstos, acribillándolos con flechas y gracias a su acción vigorosa, los obligaron a abandonar las torres.

3. Entonces Silo puso en evidencia que estaba corrompido por dinero. Hizo que gran número de sus soldados reclamaran por la falta de alimentos, exigieran dinero para comprar víveres y pidieran un lugar adecuado para invernar, pues los campos cercanos a la ciudad eran inadecuados, por haber sido saqueados por los soldados de Antígono. Luego levantó al ejército y se preparó para retirarse. Pero Herodes insistió que no lo abandonaran los capitanes y soldados sometidos a Silo, pues habían sido enviados por César, Antonio y el senado; les prometió que cuidaría que nada les faltara y que fácilmente podría proporcionarles abundancia de lo que pedían. A estas exhortaciones siguió una incursión por el país, de modo que Silo no tuvo pretexto ninguno para abandonarlo. Herodes consiguió una cantidad tal de alimentos que nadie la esperaba, y ordenó a los amigos que tenía en Samaria que llevaran a Jericó trigo, vino, aceite, ganado y todo lo demás<sup>4</sup>, para que en adelante a nadie le faltaran vituallas.

Pero estas actividades no se le ocultaron a Antígono, quien envió hombres para que, por medio de emboscadas pusieran dificultades a los que iban en busca de alimentos.

Hicieron lo que ordenaba Antígono, y habiendo reunido fuertes tropas se dirigieron a Jericó y ascendieron a los montes, para observar a los encargados de traer los alimentos. Herodes, entretanto, no permanecía inactivo; tomando diez cohortes, cinco de romanos, y las otras de judíos, con mercenarios y algunos de caballería, se dirigió a Jericó. Encontró abandonada la ciudad, y dejó en libertad, luego de hacerlos prisioneros, a quinientos hombres que con sus mujeres e hijos ocupaban la fortaleza; pero los romanos atacaron la ciudad y la saquearon, encontrando las casas llenas de toda clase de bienes.

El rey, luego de dejar una guarnición en Jericó, regresó, y envió a las tropas romanas a invernar en los países vecinos, Idumea, Galilea y Samaria. Antígono obtuvo, sin embargo, de Silo el favor de recibir una parte del ejército romano en Lida; con esto quería adular a Antonio. Y es así como los romanos vivieron en gran abundancia, libres del servicio de la guerra.

4. A Herodes no le pareció conveniente quedarse ocioso, y envió a su hermano José, con dos mil soldados de infantería y cuatrocientos de caballería, a Idumea. Él se dirigió a Samaria y, luego de dejar allí a su madre con otros parientes, que habían logrado salir de Masada, marchó hacia Galilea, con el propósito de atacar algunas fortalezas ocupadas todavía por guarniciones de Antígono.

Llegó a Séforis en momentos en que nevaba; la guarnición de Antígono se había retirado secretamente, de modo que se encontró aprovisionado abundantemente. Luego, informado que había ladrones que se escondían en las cuevas de los

alrededores, envió a un destacamento de caballería y tres cohortes de infantería, para poner fin a sus depredaciones. Estaban cerca del pueblo de Arbela.

Herodes llegó hacia el cuadragésimo día, con todo el ejército. El enemigo atacó audazmente y se impuso sobre el ala izquierda de sus fuerzas; cuando apareció Herodes con sus tropas de refuerzo puso en fuga a los que estaban venciendo y animó a sus tropas en derrota. Después persiguió al enemigo hasta el Jordán por diversos caminos.

Así se adueñó de toda Galilea, con excepción de los que se encontraban en las cuevas. Después distribuyó a sus soldados cincuenta dracmas de plata a cada uno, y a los jefes mucho más, dejándolos en libertad para que inviernaran.

Entretanto Silo se reunió con él, así como también los jefes que habían ya establecido cuarteles de invierno. Antígono rehusaba darles víveres; los había mantenido solamente un mes, y ordenado luego a los pueblos de los alrededores, que levantaran todo lo que había en los campos y se retiraran a los montes, a fin de que los romanos, privados de lo necesario, fallecieran de hambre.

Herodes encomendó su cuidado a Feroras, su hermano menor, ordenándole también que fortificara a Alexandreion. Feroras no tardó en procurar que los soldados romanos abundaran en todo, y fortificó a Alexandreion, que había sido devastada<sup>[257]</sup>.

5. Por este tiempo Antonio vivía en Atenas. Ventidio estaba en Siria y envió a Silo contra los partos; pero le ordenó que antes ayudara a Herodes en su guerra, y luego que convocara a los aliados para la guerra que iban a llevar los romanos<sup>[258]</sup>. Pero Herodes, empeñado en la persecución de los ladrones que moraban en las cavernas, envió a Silo a Ventidio, y él partió de inmediato contra sus adversarios. Las cuevas estaban situadas en unas montañas muy abruptas; tenían a media altura entradas de muy difícil acceso, rodeadas de rocas escarpadas. Escondidos en estas cuevas vivían los ladrones con sus bienes. El rey hizo construir unos cofres, los suspendió con cadenas de hierro y, con ayuda de una máquina, los hizo descender desde lo alto; pues no había posibilidad de atacarlos desde lo bajo del monte por las rocas, ni de descender desde lo alto. Las arcas estaban llenas de soldados que tenían largos garfios, con los cuales debían apresar a los que se resistieran y precipitarlos al abismo.

Pero se comprobó que el descenso de estas arcas era peligroso a causa de la gran altura, a pesar de que los soldados tenían en su interior todo lo que precisaban. Habiendo descendido las arcas, no se atrevió a acercarse ninguno de los que se encontraban en las cuevas, y se mantuvieron quietos y llenos de temor. Uno de los soldados, sosteniéndose con las dos manos en la cadena de la cual estaba suspendido el cofre, se deslizó hacia la abertura de la cueva, irritado por la lentitud con que los ladrones procedían a salir. Se aproximó a una de las bocas de la cueva; primeramente atacó a sus ocupantes a flechazos; luego atrajo con los garfios a los que resistieron y los precipitó; después atacó a los que se habían escondido y degolló a muchos de ellos y finalmente regresó al arca. Los otros, oyendo los gritos, se aterrorizaron y

desesperaron de poder salvarse. Pero, habiendo sobrevenido la noche, no pudo darse fin a la obra; muchos de los ladrones, con permiso del rey, se sometieron por intermedio de mensajeros<sup>[259]</sup>.

Al día siguiente adoptaron el mismo medio de lucha; desde los cofres los asaltaron más vigorosamente, atacaron las entradas y arrojaron fuego. El incendio se propagó a las cavernas, pues había mucha madera. Estaba encerrado un anciano con siete hijos y la mujer, y éstos le pidieron que les permitiera entregarse al enemigo; pero él se quedó en la puerta, y a medida que salía cada uno de los suyos lo degollaba, hasta que mató a todos los hijos y finalmente a su esposa; después de lanzar los cuerpos por el precipicio se arrojó él mismo, prefiriendo la muerte a la servidumbre. Antes de morir llenó de reproches a Herodes por la bajeza de su condición; Herodes, que contemplaba todo lo que acontecía, le tendió la mano y le prometió total perdón. En esta forma se apoderaron de las cuevas de los ladrones.

6. Luego el rey, habiendo nombrado a Ptolomeo comandante de esta región, se dirigió a Samaria con seiscientos hombres de caballería y tres mil de infantería, para luchar contra Antígono. Pero de poco le aprovechó a Ptolomeo su gobierno; pues los que mantenían conturbada a Galilea, lo atacaron y mataron; después huyeron hacia lugares pantanosos e inaccesibles, devastando y robando por toda la región. Pero Herodes de regreso los castigó; mató a parte de los rebeldes, atacó a los que se encontraban en lugares fortificados, los mató y allanó las fortificaciones. De esta manera terminó con la sedición e impuso a las poblaciones una multa de cien talentos.

7. Entretanto Pacoros murió en una batalla y habiendo sido derrotados los partos, Ventidio, por instancias de Antonio, envió como refuerzo a Herodes a Maqueras con dos legiones y mil soldados de caballería. Pero Maqueras, corrompido por el dinero de Antígono, a pesar de las protestas de Herodes, se alejó con el pretexto de informarse de los asuntos de Antígono. Pero sospechando éste sus intenciones, no lo admitió, lo rechazó a hondazos, no ocultando sus propósitos.

Maqueras, al darse cuenta que Herodes le había aconsejado lo mejor, y que se había equivocado al no obedecerle, se dirigió a Emaús y a todos los judíos que encontraba, los degollaba, fuesen amigos o enemigos, indignado por lo que le había acontecido.

El rey se disgustó mucho y se dirigió a Samaria. Determinó informar sobre el particular a Antonio; le decía que no necesitaba aliados que lo perjudicaban más que los enemigos; que se bastaba él sólo para luchar contra Antígono. Maqueras, que lo acompañaba, le pidió que no fuera, y si le era indispensable ir, que le dejara a su hermano José para luchar con él contra Antígono. Por último, Herodes se reconcilió con Maqueras que le rogaba tan vehementemente, y dejó a José con un ejército, encomendándole que no iniciara la guerra ni entrara en contienda con Maqueras.

8. Herodes se apresuró a marchar a reunirse con Antonio; éste estaba sitiando la plaza fuerte de Samosata, sobre el Éufrates. Tenía consigo refuerzos de infantería y

de caballería. Habiendo llegado a Antioquía encontró a mucha gente dispuesta a reunirse con Antonio, que se abstenía de hacerlo por miedo de que los bárbaros les salieran al encuentro y los mataran. Herodes los congregó y se puso al frente para conducirlos.

Un día antes de llegar a Samosata los bárbaros les tendieron una emboscada. En un lugar donde un espeso bosque impedía la entrada a la llanura, los partos se ocultaron con la caballería, con la orden de no atacar hasta que la columna hubiera llegado a un lugar transitable para los caballos. Luego que pasaron los primeros (Herodes se encontraba en la retaguardia), cayeron de pronto sobre ellos los emboscados, que eran unos quinientos jinetes, y pusieron en fuga a la delantera de la columna; pero el rey se precipitó sobre ellos e hizo huir a los asaltantes.

Con esto infundió ánimo a los suyos y les hizo perder el miedo de modo que aquellos que escapaban volvieron a la lucha e hicieron un gran destrozo entre los enemigos. El rey se encarnizó en la matanza, y luego de haber recobrado todo el convoy disperso, pues contaba con mucho equipo y esclavos, continuó su camino. Muchos desde los bosques cercanos salían para atacarlos en la llanura; a todos ellos los puso en fuga, matando a muchos de ellos y asegurando el avance a los que lo seguían. Éstos lo llamaban su salvador y protector.

9. Ya cerca de Samosata, Antonio le envió parte del ejército para honrarlo y al mismo tiempo auxiliarlo: pues supo que los bárbaros lo habían atacado. Se alegró de su compañía; al saber lo que había acontecido en el camino, lo recibió con toda amabilidad y admiró su valor.

Así que llegó a su presencia, Antonio lo saludó y le tributó el máximo honor, como cuadraba a un hombre a quien hacía poco había hecho rey.

Poco después Antíoco rindió la plaza y se terminó la guerra. Antonio confió Siria a Sosio y después de ordenarle que ayudara a Herodes, se dirigió a Egipto. Sosio envió a Herodes, a Judea, dos legiones auxiliares, y él las siguió con el grueso del ejército.

10. José fue muerto en Judea de la siguiente manera. Olvidando las recomendaciones que le había dado su hermano cuando partió a encontrarse con Antonio, acampó en las montañas, con las cinco cohortes que le entregara Maqueras y con las cuales se dirigió apresuradamente a Jericó con el propósito de apoderarse de la cosecha. El ejército de los romanos estaba formado por novatos inexpertos, reunidos en gran parte en Siria, y José fue interceptado en lugares difíciles por el enemigo, muriendo él gloriosamente con las armas en la mano. Todo el ejército se perdió, pereciendo las seis cohortes. Antígono se apoderó de los muertos y cortó la cabeza a José, la que su hermano Feroras quiso recuperar por quinientos talentos.

Después de esto los galileos se apartaron de sus dirigentes y echaron al lago a los que estaban en favor de Herodes. Hubo revueltas en varias partes de Judea. En cuanto a Maqueras, fortificó la plaza de Gita.

11. Interín algunos mensajeros anunciaron a Herodes lo acontecido; le

comunicaron en Dafné de Antioquía la muerte de su hermano, noticia que estaba esperando por visiones que tuvo en sueños y que se la anunciaban abiertamente. Se apresuró, y luego de llegar al monte Líbano, tomó casi ochocientos hombres del lugar, a más de la legión romana de que disponía, y se dirigió a Ptolemáis; salió de allí durante la noche con el ejército, en camino a Galilea. Los enemigos le hicieron frente, pero vencidos se retiraron a la fortaleza de donde habían salido.

Los atacó al día siguiente; pero a causa de una gran tempestad, al comprobar que nada podía hacer, condujo su ejército a las poblaciones vecinas. En esto le llegó otra legión enviada por Antonio; por lo cual, atemorizados los que retenían la fortaleza, durante la noche la abandonaron. El rey se apresuró a marchar hacia Jericó, con el propósito de vengar la muerte del hermano.

Después de haber acampado, invitó a los magistrados a cenar; finalizado el banquete, despidió a los asistentes y se retiró a su cámara. Y aquí puede verse la benevolencia de Dios hacia el rey; se desplomó el techo de la sala del banquete, sin matar a nadie. Por este hecho todos consideraron que Herodes debía de ser amado de Dios, por haber escapado a un peligro tan grande e inesperado.

12. Al día siguiente seis mil enemigos, que descendían de las cimas de los montes, atemorizaron a los romanos. Las tropas armadas a la ligera atacaron con dardos y piedras a los soldados cercanos al rey, que se habían adelantado; el mismo rey fue herido en un costado por un dardo. Antígono envió a Samaria a un capitán, de nombre Papo, con algunas tropas, queriendo que los enemigos pensaran que disponía de soldados de sobra para hacer la guerra. Pero Maqueras se apostó cerca de este capitán; y Herodes, habiéndose apoderado de cinco pequeñas ciudades, mandó matar a dos mil prisioneros, incendio las poblaciones y marchó contra Papo.

Éste había acampado en el poblado llamado Isana. Fluían en abundancia los refuerzos desde Jericó y Judea. Cuando se encontró cerca de los enemigos, los atacó audazmente; pero Herodes se impuso, y con el objeto de vengar a su hermano, persiguió a muerte a los fugitivos. Las casas estaban llenas de soldados, a veces hasta debajo de los techos; se apoderó de ellas, y habiendo levantado el techado, encontraron el interior lleno de soldados, reunidos en grupos compactos. Los mataron tirándoles piedras desde arriba: fue el espectáculo más cruel de la guerra, la vista de esa multitud de muertos reunidos en montones en el interior de las casas. Esto desanimó mucho a los enemigos, preocupados por lo futuro. Se podían ver las tropas numerosas, que venían de lejos, alrededor de la población. Y se escaparon. Si no lo hubiese impedido una violenta tempestad, el ejército del rey habría invadido a Jerusalén, confiado en la victoria, y se habría terminado la guerra. Pues ya Antígono estaban pensando en la fuga y en alejarse de la ciudad.

13. El rey, como era tarde, dispuso que los soldados fueran a cenar. Él mismo, fatigado, se retiró a una habitación para lavarse. Entonces se expuso a un gran peligro, del cual escapó por providencia divina. Estaba desarmado y con un criado que lo seguía; se encontraba en el interior de la casa, lavándose. Allí había algunos

enemigos escondidos, llenos de terror. Mientras se estaba lavando, uno salió del escondite con la espada desenvainada, luego otro y un tercero, también armados. Se quedaron tan atónitos, que sin herir al rey se contentaron con poder escapar sin correr peligro.

Al día siguiente Herodes envió a Feroras la cabeza de Papo, que había caído en la batalla, vengándose así del fin sufrido por su hermano, a quien Papo había dado muerte.

14. Finalizada la mala estación, puso en movimiento al ejército, se trasladó a Jerusalén y acampó cerca de la ciudad. Era el tercer año desde que fuera creado rey en Roma. Se aproximó a los muros, en aquella parte que era más vulnerable, frente al Templo, con el propósito de atacar a la ciudad en la misma forma que antes lo había hecho Pompeyo. Levantó tres terraplenes e hizo torres, empleando numerosos soldados para cortar los bosques de los alrededores.

Después de poner al frente de estas obras a hombres capaces, habiendo dejado bien instalado el ejército, se dirigió a Samaria para casarse con la hija de Alejandro hijo de Aristóbulo; pues se habían desposado, como se dijo antes.

## CAPÍTULO XVI

### *Llegada de Sosio. Sitio y toma de Jerusalén por Sosio y Herodes*

1. Después de las nupcias llegó Sosio por Fenicia, luego de enviar sus tropas por el interior; traía gran número de soldados de caballería y de infantería. El mismo rey regresó desde Samaria, llevando consigo un gran ejército, además del anterior, que sumaba casi treinta mil hombres. Todos se concentraron ante los muros de Jerusalén y acamparon en el muro de la parte norte de la ciudad. El ejército estaba formado por once legiones de infantería y seis mil soldados de caballería, a más de las tropas auxiliares enviadas desde Siria. Al frente del ejército había dos jefes, Sosio enviado por Antonio para prestar auxilio, y Herodes, que luchaba por su cuenta, para que, una vez excluido del poder Antígono, que había sido declarado enemigo de Roma, ocupara el trono, de acuerdo con el decreto del senado.

2. Con gran ardor y encarnizamiento, lo que puede esperarse de todo un pueblo reunido, resistían a Herodes, los judíos, encerrados dentro de sus murallas; creían que por estar cerca del Templo, Dios los protegería y libraría de todo peligro. Se habían apoderado de todo lo que había fuera de la ciudad, para no dejar nada ni para los hombres ni para los animales, y por medio de robos clandestinos querían reducir al hambre al enemigo. Herodes se dio cuenta de todo esto; así que dispuso emboscadas contra los ladrones en lugares adecuados. Habiendo enviado legiones para procurar lo necesario desde lejos, en poco tiempo dispuso de todo lo que precisaba en abundancia.

Siendo muchos los que trabajaban, rápidamente se terminaron los tres terraplenes; pues era verano, y nada se oponía a la construcción, ni el tiempo ni la falta de trabajadores. Se instalaron las máquinas, se sacudieron los muros y se pusieron en práctica todos los medios. Pero los que estaban dentro, no se atemorizaron; al contrario, imaginaron no pocos ardides contra los sitiadores; incendiaron sus obras iniciadas o terminadas, y en la lucha a causa de su audacia no fueron inferiores a los romanos, aunque sí en conocimientos y destreza. Contra las máquinas elevaban nuevos muros, cuando veían destruidos los primeros; se deslizaban bajo tierra al encuentro del enemigo y combatían a sus mineros. Atentos más bien a su desesperación que a consejos prudentes, llevaban la guerra al extremo, a pesar de estar rodeados por un gran ejército, y sometidos al hambre y a la indigencia de cosas necesarias. Aconteció que por la misma época cayó el año sabático.

Finalmente los muros fueron escalados, primeramente por veinte hombres seleccionados, luego por los centuriones de Sosio. El primer muro fue tomado en cuarenta días, el segundo en quince. Algunos pórticos cerca del Templo resultaron quemados; Antígono, con el propósito de indisponer a Herodes con los judíos, lo calumnió acusándolo de haberlos incendiado.

Conquistados el exterior del Templo y la parte inferior de la ciudad, los judíos se retiraron al interior del Templo y a la ciudad superior. Temerosos de que los romanos les prohibieran hacer los diarios sacrificios a Dios, les enviaron mensajeros pidiendo permiso para introducir únicamente víctimas. Herodes, convencido de que se iban a entregar, les concedió permiso. Pero cuando le pareció que no se cumplía nada de lo que esperaba, sino que cada vez luchaban con más ardor por el reino de Antígono, atacó a la ciudad y la tomó violentamente.

Por todas partes había cadáveres, pues los romanos estaban indignados por la prolongación del asedio y los judíos partidarios de Herodes no querían dejar ningún adversario. Degollaron a los que se habían refugiado en calles estrechas, en las casas y en el Templo; no perdonaron a los niños, ni a los ancianos, ni a la debilidad de las mujeres. Y a pesar de que el rey enviaba mensajeros por todos lados para que hubiera moderación, nadie se contenía; mataban furiosamente a todos, sin distinción de edad.

Entretanto Antígono, sin tener en cuenta su situación pasada y presente, descendió de la torre de Baris, y se echó a los pies de Sosio. Éste, sin compadecerse en lo más mínimo de su mala suerte, lo insultó desmedidamente y lo llamó Antígona; pero en vez de dejarlo libre como a una mujer, lo hizo encadenar y encarcelar.

3. Vencido el enemigo, Herodes quiso hacerse respetar por las fuerzas extranjeras auxiliares, que se precipitaban a ver el Templo y los objetos sagrados que en él se guardaban. Con ruegos y amenazas y en algunos casos violentamente, el rey logró detenerlos, considerando que la victoria sería más grave que la derrota, si vieran alguna de aquellas cosas que no les era lícito contemplar. Prohibió también saquear la ciudad, preguntando una y otra vez a Sosio si los romanos tenían el propósito de entregarle una ciudad solitaria, sin dinero y sin hombres. Declaró que el mismo imperio del mundo no sería sino una débil compensación por la muerte de tantos ciudadanos. Sosio le respondió que el saqueo era una justa recompensa por los trabajos del asedio; Herodes declaró que él con su dinero recompensaría a cada uno de ellos. Y así rescató lo que restaba de la ciudad.

Recompensó magníficamente a cada uno de los soldados y a los jefes en proporción; el mismo Sosio recibió una recompensa realmente elevada. De modo que todos partieron llenos de riquezas.

4. Esta gran calamidad aconteció a la ciudad de Jerusalén siendo cónsules Marco Agripa y Caninio Galo, en la olimpiada ciento ochenta y cinco, en el mes tercero, durante la fiesta del ayuno, en el mismo aniversario de la calamidad que aconteció bajo Pompeyo; pues Jerusalén fue tomada en el mismo día después de veintisiete años. Sosio, luego de consagrar a Dios una corona de oro, salió de Jerusalén, llevándose prisionero a Antígono para entregarlo a Antonio.

Pero Herodes temió que Antonio le conservara la vida a Antígono y lo llevara a Roma donde Antígono podría defender su causa ante el senado, probando que era de estirpe real, mientras que Herodes era un particular, y que el reino pertenecía, si no a él, por haber incurrido en culpa ante los romanos, a sus hijos; con este miedo,



comprándolo con mucho dinero, persuadió a Antonio que matara a Antígono. Así Herodes se libró de su temor.

De esta manera dejó de existir el reinado de la casa de los Asmoneos, después de ciento veintiséis años. Fue una casa noble e ilustre, tanto por su estirpe como por haber tenido el honor del pontificado y por lo que hicieron en favor de la nación sus mayores. Pero por sus mutuas disensiones perdieron el gobierno; y éste pasó a Herodes, hijo de Antipáter, hombre plebeyo, de una familia de simples particulares, súbditos del rey. Tal fue, de acuerdo con lo que nos ha sido transmitido, el fin de la familia de los Asmoneos.

# **LIBRO XV**

*Contiene un lapso de dieciocho años*

# CAPÍTULO I

*Antonio hace decapitar a Antígono en Antioquía. Herodes elimina a cuarenta y cinco partidarios de Antígono*

1. En el libro anterior explicamos que Sosio y Herodes se habían apoderado violentamente de Jerusalén, haciendo cautivo a Antígono; ahora pasaremos a exponer los acontecimientos posteriores. Después que Herodes logró dominar en toda Judea, recompensó a todos los que estuvieron de su lado cuando era un simple particular; en cuanto a los adversarios, se vengó de ellos y no dejó pasar un día sin atormentarlos.

Gozaban de gran prestigio con el rey el fariseo Polio y su discípulo Sameas. Éstos, durante el sitio de Jerusalén, habían aconsejado a los ciudadanos que admitieran a Herodes; por este motivo se granjearon su favor. Sameas es el mismo que había predicho en otro tiempo, cuando Herodes fue acusado de un asunto capital, a Hircano y a los jueces que si aquél resultaba absuelto algún día se vengaría de todos ellos. Lo que se demostró con el correr del tiempo, haciendo Dios que se comprobara la verdad de sus palabras.

2. Dueño de Jerusalén, recogió riquezas de toda índole y despojó a los ricos, reuniendo una gran cantidad de plata y oro; y con todo esto hizo regalos a Antonio y a sus familiares. Hizo matar a los cuarenta y cinco principales del partido de Antígono, habiendo puesto guardias en las puertas de la ciudad para que no sacaran nada junto con los muertos. Los cadáveres eran despojados, y todo lo que se encontraba en su poder de oro o de plata era llevado al rey. Los desastres de la nación no tenían fin, en parte por avaricia del que dominaba, pues se encontraba necesitado, y en parte porque, por tratarse del año sabático, la tierra estaba sin cultivar.

Antonio recibió a Antígono; y decretó que permaneciera como prisionero hasta el triunfo. Pero cuando supo que el pueblo estaba agitado y que por odio a Herodes conservaba su buena voluntad hacia Antígono, decidió hacerle cortar la cabeza; de lo contrario, no habría paz entre los judíos.<sup>[260]</sup> Atestigua mis palabras el testimonio del capadocio Estrabón, cuando dice:

«Antonio hizo decapitar al judío Antígono que había sido conducido a Antioquía; y éste parece que fue el primer romano que hizo decapitar a un rey, pensando que no habría otra forma de hacer que los judíos reconocieran a Herodes, que había reemplazado en su lugar a Antígono; pues ni con tormentos se podía lograr que lo llamaran rey, tan fuerte era la estima en que tenían al que lo fuera antes. Antonio pensó que el suplicio ignominioso de Antígono disminuiría su prestigio y mitigaría el odio del pueblo contra Herodes.»

Hasta aquí Estrabón.

## CAPÍTULO II

*Hircano es enviado de vuelta a Jerusalén por el rey de los partos. Herodes nombra sumo sacerdote a Aristóbulo, hermano de su esposa Mariamne*

1. Informado de que Herodes ocupaba el trono, el pontífice Hircano, cautivo de los partos, fue a reunirse con él, librándose de la cautividad de la siguiente forma. Barzafarnes y Pacoros, jefes de los partos que habían apresado a Hircano, ex pontífice y exrey de los judíos, y a Fasael, hermano de Herodes, los llevaron al país de los partos. Fasael, no pudiendo sufrir la vergüenza del cautiverio y considerando que era más glorioso morir que llevar una vida cualquiera, se suicidó, como ya dijimos.

2. En cuanto a Hircano, Fraates, rey de los partos, al conocer la nobleza de su estirpe, lo trató con clemencia. Lo dejó en libertad y le permitió que viviera en Babilonia, donde había muchos judíos. Éstos lo consideraron pontífice y rey, así como todos los judíos que vivían en la zona que se extendía hasta el Éufrates; todo lo cual fue grato para Hircano. Pero cuando se enteró que Herodes había conquistado el trono, tuvo nuevas esperanzas, ya por ser amigo de Herodes desde el principio, ya con la confianza de que se acordaría de los beneficios recibidos, cuando llamado a juicio y condenado a morir, lo libró de ese peligro. Habló sobre esto con los judíos que le eran más íntimos. Pero éstos procuraron persuadirlo que se quedara, recordándoles las atenciones y honores que le tributaban, y que nada le faltaba para su dignidad tanto de rey como de pontífice; que en Jerusalén no los conseguiría mayores, a causa de la mutilación sufrida en su cuerpo por Antígono; y que los reyes no suelen reconocer los beneficios que recibieron siendo simples particulares, pues la mutación de la suerte los cambia también mucho a ellos.

3. A pesar de estas exhortaciones beneficiosas para él, Hircano decidió partir. Herodes le escribió pidiéndole que solicitara a Fraates y a los judíos de Babilonia que no lo privaran del placer de compartir el reino con él, pues había llegado la hora de devolver los favores al que lo había educado y salvado la vida, y de remunerarle sus servicios.

Herodes envió también ante Fraates a Saramala como legado, con muchos regalos y con el pedido de que no le impidiera que pudiera ser agradecido a un hombre a quien tanto debía. Pero no era éste su verdadero deseo; como detentaba la dignidad real sin tener rango para ello, temía que se pudieran producir cambios, y quería tener a Hircano en su poder y aun eliminarlo totalmente. Lo que llevó a cabo más adelante.

4. Lleno de esperanzas, Hircano fue dejado libre por el parto y obtuvo dinero de los judíos. Herodes lo recibió con grandes honores, le cedió el primer lugar en las asambleas y la presidencia en los banquetes, lo engañó en toda forma, llamándolo padre y alejando, de este modo, toda sospecha de su mente. Pero tomó en su propio interés otras medidas que causaron agitación en su propia casa; entre otras, para

evitar que el sumo sacerdote pasara a la categoría de gran personaje, hizo venir de Babilonia a un sacerdote oscuro, Ananel, a quien entregó el pontificado.

5. Alejandra no toleró esta injuria. Era hija de Hircano, viuda de Alejandro, hijo del rey Aristóbulo, madre de dos hijos: uno llamado Aristóbulo, en la flor de la juventud, y una hija casada con Herodes, Mariamne, insigne por su hermosura. Quedó muy indignada y no pudo sufrir la ofensa inferida a su hijo, de que viviendo él se le entregara a otro el pontificado. Escribió a Cleopatra, a quien hizo llegar la carta por intermedio de un cantor, pidiéndole que solicitara a Antonio el pontificado para su hijo.

6. Antonio puso dificultades para dejarse convencer. Por aquel tiempo su amigo Delio, que había ido a Judea por algunos negocios, vio a Aristóbulo y quedó impresionado por los encantos del joven y por su talle y hermosura, no menos que por los de Mariamne, la esposa de Herodes; no dejó de felicitar a Alejandra por haber tenido dos hijos tan hermosos. En conversaciones que tuvo con ella, la persuadió que le entregara para Antonio dos retratos de sus hijos; una vez que los hubiera visto, no se negaría a ninguna de sus demandas. Convencida por estas palabras Alejandra envió los retratos<sup>[261]</sup>. Por su parte Delio exageró la nota, diciendo que los jóvenes no eran hijos de hombres, sino de algún dios. Su propósito era que Antonio los hiciera venir para servirse de ellos para sus placeres.

Antonio no se animó a llamar a la joven, por estar casada con Herodes y porque sería considerado como un crimen en relación a Cleopatra. Pero escribió que le enviaran al muchacho con algún pretexto honesto, siempre que no les resultara demasiado molesto. Herodes no consideró conveniente enviarle a Aristóbulo, entonces de dieciséis años, y que pertenecía a una familia ilustre, para que abusara de él a su placer; Antonio, el más poderoso de los romanos, hacía lo que le venía en gana y se entregaba sin misterio a todos los deleites. Respondió que por poco que el joven saliera del país, habría guerra y desórdenes en todas partes, pues los judíos concebirían la esperanza de un cambio y de una revolución bajo otro rey.

7. Después de haberse excusado en esta forma ante Antonio, determinó no tener por más tiempo al muchacho y a Alejandra privados de todo honor, además de que Mariamne, su esposa, constantemente le pedía que pusiera en el pontificado a su hermano; y que esto estaría de acuerdo con sus propios intereses, pues retenido por el cargo se vería en la imposibilidad de salir del país. Habiendo reunido a los amigos se quejó amargamente de Alejandra, de que ocultamente conspiraba contra él y por medio de Cleopatra procuraba que lo despojara del reino y que su hijo adolescente, con ayuda de Antonio, tomara a su cargo el gobierno. Designios injustos, pues con ello privaría a su hija de la dignidad a que había llegado y provocaría sediciones en el reino, cuando él lo consiguió con tantos esfuerzos y peligros. Pero en cuanto a él, a pesar de que no ignoraba lo mal que se había procedido, no dejaría de ser equitativo, pues pensaba entregar el pontificado al hijo de Alejandra; y si antes había otorgado el pontificado a Ananel fue porque Aristóbulo era demasiado niño.

Esto no lo dijo al azar, sino a sabiendas y con toda intención, para engañar a las dos mujeres y a los amigos presentes. Con esto Alejandra se alegró sobremanera por algo que no esperaba, pero temió que no fuera verdad; y dijo que ella se había preocupado en gran manera del sacerdocio, pero que nunca había tenido intención sobre el reino; y que no aceptaría el último, aunque se lo ofreciese, pues era suficiente honroso que Herodes lo tuviera y bastante seguro para su familia, pues Herodes por naturaleza estaba destinado a gobernar. Le resultaba grato el honor conferido al hijo y que, en adelante, sería obediente; y pidió que la perdonara si el afecto a su familia y su franqueza natural la habían empujado, por despecho ante la injusticia cometida, a alguna temeridad. Después de esto hicieron las paces y quedaron en mucha mejor armonía que antes, pues habían desaparecido las sospechas.

## CAPÍTULO III

### *Asesinato de Aristóbulo. Herodes, denunciado por Cleopatra, se justifica ante Antonio*

1. Por lo tanto muy pronto Herodes privó del pontificado a Ananel el cual, como dijimos, no era del país, sino un judío de la colonia que estaba más allá del Éufrates. Pues muchos miles de este pueblo habían sido transferidos para que habitaran cerca de Babilonia; entre ellos se encontraba Ananel, de la estirpe de los sumos sacerdotes<sup>[262]</sup>, y desde hacía tiempo relacionado íntimamente con Herodes. Lo honró cuando consiguió el trono, pero lo privó de la dignidad, para apaciguar el malestar doméstico, obrando en contra de la ley. El primero que faltó a esta ley fue Antíoco Epífanés, quien depuso a Jesús, para reemplazarlo por su hermano Onías; el segundo fue Aristóbulo, que depuso a su hermano Hircano, y el tercero Herodes, que dio el cargo al joven Aristóbulo.

2. Le pareció que con esto remediaba el malestar doméstico. Sin embargo, como era de esperar, después de la reconciliación no dejó de sospechar, y consideró conveniente guardarse de Alejandra tanto por lo acontecido anteriormente, como porque estaría dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad en lo futuro. Por lo tanto, le ordenó que se quedara en el palacio sin ejercer poder ninguno; además la hizo vigilar, de modo que nada que hiciera fuera de lo común, le era desconocido. Todas estas cosas la exacerbaron y acrecentaron su odio. Llena de soberbia femenina, no toleraba que se sospechara de ella, prefiriendo sufrir cualquier cosa antes que llevar una vida sin libertad, reducida a servidumbre y miedo.

Informó a Cleopatra, lamentándose extensamente de su situación, y pidiéndole que, en la medida de lo posible, la ayudara. Ella le aconsejó que ocultamente se fugara a Egipto con su hijo. El consejo le pareció bueno y lo preparó de la siguiente manera. Se procuró dos cajones de los que se utilizan para llevar los muertos, en los cuales se escondió ella y su hijo, después de encargar a los criados, informados del plan, que los trasladaran durante la noche. Se encaminarían al mar, donde una nave ya preparada los llevaría a Egipto.

Pero su criado Esopo, que se encontró con Sabión, un amigo de Alejandra, le habló del asunto, como si el último estuviera informado. Sabión, que era mal visto por Herodes, pues se creía que había sido uno de los que envenenaron a Antipáter, esperó que con la delación de esta huída se libraría del odio del rey.

Expuso al rey el propósito de Alejandra. El rey la dejó obrar hasta cumplir con su propósito de escapar, y la detuvo en flagrante delito de evasión. Con todo la perdonó, pues no se atrevió a tratarla duramente, a pesar del vivo deseo que tenía de ello, pues Cleopatra no lo hubiera sufrido por el odio que le tenía. Quiso aparentar ánimo

magnánimo, para que se creyera que obraba a impulsos de la clemencia. Pero tenía el propósito de quitar de en medio al joven. A fin de que su intención permaneciera más oculta, no cumplió en seguida lo que había decidido.

3. Estando cercana la fiesta de los Tabernáculos, que entre nosotros se celebra con la mayor solemnidad, dejó pasar estos días y se entregó al regocijo de la celebración junto con el pueblo. Pero durante estas fiestas su odio aumentó y determinó apresurar el cumplimiento de sus designios. Pues el joven Aristóbulo, de diecisiete años de edad, cuando ascendió al altar para ofrecer los sacrificios, de acuerdo con la ley, revestido con las vestiduras sacerdotales y cumpliendo los ritos religiosos, por su estatura superior a su edad, su belleza, su magnificencia y su porte, que revelaban la gran nobleza de su estirpe, conquistó la simpatía de la multitud. El recuerdo de los hechos de su abuelo Aristóbulo se hizo presente en todos, y poco a poco, el pueblo dio salida a sus sentimientos, mezclando exclamaciones de alegría con los ruegos, y evidenciando el afecto de que gozaba.

Por todas estas razones, Herodes decidió llevar a cabo lo que había determinado. Pasadas las fiestas, encontrándose en Jericó como invitado de Alejandra, testimonió amistad al joven, participando de sus juegos y simulando alegrarse de su juventud. Siendo el lugar algo caluroso, los invitados salieron a buscar junto a tinajas piscinas, de las que había algunas muy grandes cerca de la corte, un poco de frescura para mitigar los calores del mediodía. Al principio se limitaron a observar a los familiares y amigos que nadaban; después, por instigación de Herodes, se les unió el joven, Entonces los amigos de Herodes, a quienes se les habían dado instrucciones, a la hora del atardecer, pasaban sin cesar sobre el nadador y lo obligaban a sumergirse a manera de juego, hasta que se asfixió. Así murió Aristóbulo, siendo de edad de dieciocho años, y luego de haber ejercido el pontificado durante un año. Tomó de nuevo el cargo Ananel.

4. Cuando se anunció a las mujeres lo acontecido, pasaron de la alegría al llanto ante el cadáver; habiéndose esparcido el rumor se dolió toda la ciudad, sintiendo cada una de las familias el dolor como si fuera propio y no ajeno. Pero el dolor de Alejandra fue inmenso, al conocer la muerte de su hijo; siendo mayor su pena, al saber cómo había acontecido, considerando que debía sufrirlo pacientemente, si no quería exponerse a mayores daños. Y muchas veces tuvo intención de quitarse la vida, pero no lo hizo por si podía vengar a aquel que había sido muerto tan astutamente; y por esto quería vivir mucho más. Fingía no saber que su hijo había sido muerto de propósito, pues así creía que algún día podría vengarlo.

Se reprimía, para no despertar sospechas. Por su parte Herodes procuraba, ante los que no estaban en el asunto, que se creyera que la muerte del joven había sido accidental, no sólo cuidando que nada faltara para el luto, sino también derramando lágrimas como si fuera sincero y lo sintiera verdaderamente; o quizá haya sido vencido por el dolor a la vista de un joven muerto en la flor de la juventud y la belleza, aunque opinara que esta muerte le proporcionaba seguridad. En todo caso era



evidente que quería librarse de toda sospecha. Esta preocupación se evidenció en la magnificencia de los funerales; desplegó un gran lujo en el ataúd y en los perfumes y enterró el cadáver con muchos ornamentos preciosos, para mitigar el dolor de las mujeres al ofrecerles por lo menos esta satisfacción.

5. Pero nada de esto pudo mitigar y vencer el dolor de Aleandra, sino que día a día el recuerdo de sus calamidades, aumentando su dolor, la hacía más ansiosa de venganza. Informó a Cleopatra que su hijo había muerto por astucia de Herodes. Cleopatra, que ya antes estaba dispuesta a satisfacer los deseos de Alejandra, compadecida de su suerte, tomó su desgracia como algo propio, y no dejó de insistir ante Antonio que vengara al joven, pues no era justo que Herodes que, mediante su ayuda, consiguió un reino que no le pertenecía, cometiera tales crímenes en contra de los verdaderos reyes.

Con estos antecedentes, cuando Antonio marchó a Laodicea, hizo llamar a Herodes para que se explicara sobre Aristóbulo; si se había servido de estratagemas no dignas de aprobación. Herodes, por miedo a las consecuencias del crimen y a la malevolencia de Cleopatra, que no cesaba de insistir, determinó obedecer; no tenía otra salida.

Entregó a su tío José el cuidado del reino y de los asuntos públicos, y ocultamente le ordenó que si cayera en desgracia ante Antonio, de inmediato matara a Mariamne. Estaba de tal manera atado a ella que consideraba ofensivo que alguien, si él muriera, llegara a amarla, atraído por la fama de su belleza. Herodes, después de dar estas órdenes, y muy dudoso sobre su porvenir, dirigióse a ver a Antonio.

6. José, dedicado a la administración del reino, y obligado a conversar frecuentemente con Mariamne, pues así lo exigían los asuntos y el respeto que debía a la reina, hablaba a menudo del amor e inclinación que Herodes sentía por ella. Las mujeres, especialmente Alejandra, se burlaban de lo que decía, como es usual entre las mujeres, pero José, deseoso de mostrar más allá de lo conveniente el sentimiento del rey, llegó al extremo de descubrir lo que le había ordenado, para demostrarles que Herodes no podía vivir sin ella y que, en el caso de que le pasara algo muy grave, no quería separarse de su mujer ni aun en la muerte. Éstas son las cosas que dijo José. Pero las mujeres, como era de esperar, no lo vieron como prueba de la vehemencia del amor de Herodes, sino de su atrocidad, ya que si él moría, ellas tendrían que morir también por la crueldad de un tirano; esta idea se les hizo insoportable.

7. Entretanto los enemigos de Herodes esparcieron por la ciudad de Jerusalén el rumor de que el rey había sido atormentado y muerto por Antonio. Con esta noticia se conmovió todo el palacio real, especialmente las mujeres. Por esto, Alejandra persuadió a José que, junto con ellas, se pusieran bajo la protección de la legión romana que acampaba en la ciudad, a las órdenes de Julio. Así, en el supuesto de que se produjera algún tumulto en palacio, estarían en lugar seguro bajo la protección de los romanos. Alejandra confiaba en que lograría conseguir lo que quisiera si Antonio veía a Mariamne, y en que por su intermedio obtendría el reino con todas las

prerrogativas propias de los nacidos de estirpe real.

8. Mientras planeaban estas cosas, llegaron cartas de Herodes en las cuales decía todo lo contrario de los rumores que se habían difundido. Así que llegó ante Antonio, inmediatamente lo conquistó con los regalos que le había llevado de Jerusalén; habló con él y lo hizo desistir de su resentimiento. De poco sirvieron las palabras de Cleopatra contra sus halagos. Antonio declaró que no convenía pedir cuentas a un rey de lo que hacía en su reino, pues entonces no sería rey; y que era justo que aquellos que le otorgaron honor y poder, dejaran que disfrutara de los mismos. Expresó a Cleopatra, que le parecía mal que se mezclara indirectamente en los asuntos de los príncipes.

Éstas fueron las noticias que enviaba Herodes. Recordaba también otros honores que le tributara Antonio, que lo había sentado a su lado en el tribunal y que todos los días lo invitaba a sus banquetes; y que todo esto se lo otorgó, a pesar de las acusaciones y la enemistad de Cleopatra. Ésta, deseosa de que le entregara el reino de Herodes, había procurado por todos los medios hacerlo eliminar. Por esto, teniendo en su favor a Antonio, nada grave debía temer; dentro de poco llegaría, con una mayor benevolencia de Antonio hacia él y sus asuntos, a quitar toda esperanza a Cleopatra. En cambio de lo que pedía, Antonio le había dado la Celesiria; así la apaciguó e hizo que desistiera de pedir el reino de Judea.

9. Con estas cartas renunciaron a la idea de refugiarse entre los romanos, que habían concebido cuando creyeron que Herodes había muerto; pero su intención no quedó en el secreto. Cuando el rey, luego de acompañar a Antonio en camino contra los partos, regresó a Judea, su hermana Salomé y su madre le comunicaron los planes de Alejandra. Además Salomé acusó a su marido José de frecuentar mucho a Mariamne. Lo dijo porque estaba enemistada con ella, pues en sus frecuentes disputas Mariamne le reprochaba con altanería la falta de nobleza de su familia. Herodes, que sentía un profundo amor por Mariamne, se conturbó y no pudo resistir las sospechas. Pero se reprimió, para no proceder temerariamente, y bajo el estímulo del sufrimiento y los celos, interrogó a Mariamne sobre sus relaciones con José. Pero ella juró y alegó en su favor todo lo que suelen decir los inocentes; paulatinamente persuadió al rey y mitigó su ira. Dominado por su amor a su esposa, llegó hasta a excusarse por haber creído las habladurías, elogió su prudencia y le confesó el gran amor que le tenía. Todo terminó, como es costumbre entre los que se aman, con lágrimas y mutuos abrazos.

Como el rey repitiera constantemente sus afirmaciones amorosas, tratando de convencer a su esposa, le dijo Mariamne:

—No fue una gran prueba de amor la orden que dejaste de que, si algo grave te acontecía con Antonio, que me dieran muerte a mí, que no soy culpable de nada.

Al oír estas palabras, el rey, fuertemente impresionado, la alejó de sí, y vociferando y mesándose el cabello, dijo que aquello era un indicio manifiesto de sus relaciones con José. Nunca le habría revelado sus instrucciones reservadas, si no

hubiera entre ellos una estrecha intimidad. Poco faltó, en esta situación, para que matara a su esposa. Pero vencido por su amor, pudo dominarse, violenta y penosamente. Sin embargo ordenó que mataran a José, a quien ni permitió que se presentara ante él; e hizo vigilar a Alejandra, como culpable de todo.

## CAPÍTULO IV

*Cleopatra ambiciona los reinos de Judea y de los árabes. Antonio le entrega la región de Jericó. Victoria de Antonio en Armenia*

1. Entretanto se produjeron desórdenes en Siria, porque Cleopatra no dejaba de importunar a Antonio para que le entregara los países vecinos. Le pedía que los privara de sus reyes y le entregara a ella los territorios; su pedido tenía mucho poder, a causa del ardiente amor de Antonio. Siendo de temperamento codicioso de lo ajeno, no se detenía ante nada para conseguirlo. Había envenenado a un hermano suyo de quince años de edad, a quien le correspondería el trono; y había hecho matar por Antonio a su hermana Arsinoe, mientras, refugiada, oraba en el templo de Diana en Éfeso. Con el afán de conseguir dinero, por mínima que fuera la esperanza, obligaba a violar templos y sepulcros; no había lugar sagrado que se eximiera de la violencia, para despojarlo de sus ornamentos. Estaba dispuesta a cualquier injusticia con los lugares profanos, con tal de satisfacer su codicia. En suma, nada era suficiente para aquella mujer orgullosa y esclava de sus deseos, y que consideraba como una privación si no era satisfecho el menor de sus caprichos.

Por eso constantemente insistía ante Antonio que le diera a ella lo que quitaba a los otros; y como pasó con él a Siria, pensaba apropiarse de esta provincia. Hizo matar a Lisantias hijo de Ptolomeo, recriminándole de haber atraído a los partos para introducir turbaciones. Pidio a Antonio que le diera Judea y Arabia, quitándolas a sus reyes.

Antonio se dejaba dominar por esta mujer, no sólo por sus encantos, sino por cierta fascinación que lo obligaba a obedecerla en todo lo que pedía; sin embargo, en este caso la injusticia era tan grande que no pudo doblegarlo.

Para no rehusar totalmente, y para que no pareciera que no estaba dispuesto a hacer todo lo que ella ordenaba, quitó de los dos reinos porciones y se las entregó a Cleopatra. También le entregó las ciudades que están más allá del río Eleutero hasta Egipto, con la excepción de Tiro y Sidón, que sabía eran libres desde toda la antigüedad, a pesar de que ella insistía mucho en que se las entregara.

2. Después de obtener estas zonas, y de acompañar a Antonio hasta el Éufrates en su expedición contra Armenia, regresó y se detuvo en Apamea y Damasco; después pasó a Judea, donde Herodes salió a su encuentro. Herodes le tomó en arrendamiento los distritos de Arabia que Cleopatra recibiera de Antonio, así como también los ingresos del territorio de Jericó. Esta región da el bálsamo, lo más precioso del lugar y que no se encuentra en ninguna otra parte, así como también muchas y hermosas palmas.

Durante su permanencia en Judea y encontrándose diariamente con el rey, lo tentó, buscando, de acuerdo con su naturaleza y sin pudor ninguno, la satisfacción de

los placeres sensuales; quizá también enamorada de él o, lo que es más verosímil, con la intención oculta de emplear como pretexto el de haber sufrido violencia por su parte para querellarlo. Sea lo que sea, parecía dominada por su deseo.

Pero Herodes, que ya de antemano estaba muy mal dispuesto con Cleopatra, de quien sabía que era pernicioso, en esta oportunidad consideró que si ella se dejaba llevar por la voluptuosidad, tendría bien merecido su desprecio; y que sería conveniente tomar las debidas medidas para el supuesto de que sus insinuaciones tuvieran finalidades pérfidas.

Rechazó sus insinuaciones y consultó con sus amigos si convenía matarla, ya que se le ofrecía la oportunidad. Con ello libraría a muchos de sus perversidades, de las que ya había llevado a cabo y las que amenazaba para lo futuro; sobre todo haría un gran bien a Antonio, pues ella no le permanecería fiel, si encontrara oportuno y útil proceder en diversa forma.

Los amigos le aconsejaron que no hiciera tal cosa, en primer lugar porque no le convenía, estando ocupado en asuntos de mayor importancia, exponerse a grandes perjuicios; luego, insistiéndole y pidiéndole que nada realizara temerariamente, pues Antonio no lo toleraría, aunque tuviera la certeza de que le resultaría beneficioso. Al contrario, su amor se haría más intenso, al verse privado de ella por la violencia y el engaño, sin que se pudiera aducir ninguna excusa válida para atacar a una mujer eminentísima, la primera por su dignidad en su siglo; y en cuanto a la utilidad, si se creía que había alguna, estaría unida con la presunción y la condenación implícita del amor de Antonio. Era, pues, evidente, que su trono y su pueblo se verían sometidos a males sin número, cuando simplemente podía, negándose a cometer la falta a que se lo inducía, apartarse de ella con toda honestidad.

Con estas razones lograron disuadirlo y le hicieron ver el peligro a que se exponía; así apaciguaron su impulso. El rey, después de llenar de regalos a Cleopatra, la condujo a Egipto.

3. Antonio, una vez sometida Armenia, envió a Egipto a Artabazes, hijo de Tigranes, con sus hijos y sus sátrapas y los entregó a Cleopatra con todas las riquezas de que se había apoderado. Artaxias, hijo mayor de Artabazes, subió al trono de Armenia, pues había logrado escapar. Arquelao y Nerón César lo expulsaron y colocaron en su lugar a Tigranes, su hermano más joven. Pero estos acontecimientos tuvieron lugar más adelante.

4. En cuanto a los tributos, Herodes procuraba pagarlos debidamente a Cleopatra por el territorio que Antonio le había dado; consideraba inconveniente para su seguridad darle pretexto para el odio. El árabe, cuyo tributo Herodes había garantizado, pagó durante algún tiempo los doscientos talentos; pero posteriormente mostró mala voluntad y procedió con lentitud en los pagos; entregaba sólo parte, y no de buena gana.

# CAPÍTULO V

*Guerra de Herodes con Maleo, rey de los árabes nabateos. Terremoto en Judea.*

*Discurso de Herodes*

1. Herodes, en vista de que el árabe había procedido injusta e inicuaamente, y rehusaba atenerse a lo debido, se decidió a tomar las armas contra él, pero demoró la campaña a causa de la guerra que había surgido entre los romanos. Estaba por librarse una batalla en Accio, la que tuvo lugar en la olimpiada ciento ochenta y siete; César se disponía a luchar contra Antonio por el imperio.

Herodes, que después de largo tiempo se encontraba al frente de una nación rica, buscó bienes y fuerzas con el máximo cuidado, para ayudar a Antonio. Pero Antonio le hizo decir que no precisaba su ayuda, y le aconsejó que atacara al árabe, cuya perfidia era conocida tanto por Herodes como por Cleopatra. El propósito de Cleopatra era, con miras a sus intereses, que se destruyeran mutuamente.

Con esta orden de Antonio, Herodes reunió el ejército para invadir a Arabia. Dispuestas ya las tropas de infantería y caballería, dirigióse a Dióspolis, hacia donde marchaban los árabes, pues no ignoraban la expedición de Herodes. Entablada violenta lucha, salieron victoriosos los judíos.

Luego se reunió un gran ejército de árabes en Cana, lugar de la Celesiria. Informado Herodes, condujo allí a la mayor parte de sus tropas; ya cerca de Cana, determinó acampar y fortificarse con fosas y estacadas para presentar batalla cuando le pareciera oportuno.

Ante esta decisión, los judíos reclamaron que los llevara sin demora a pelear contra los árabes. Les habían entrado ansias de lucha, por creer que estaban en óptimas condiciones; los más impacientes eran aquellos que habían triunfado en las guerras anteriores, donde no habían dado ni tiempo al enemigo a que resistiera. Viendo el empeño y el ánimo belicoso de sus hombres, el rey determinó aprovecharse de la buena disposición del ejército, y no defraudarlo, y se puso a la cabeza de sus tropas.

Los árabes cayeron en gran terror, después de una débil resistencia, al ver a los judíos invencibles y decididos; la mayoría escapó y habrían resultado deshechos, a no ser por la traición de Atenión contra Herodes y los judíos. Atenión gobernaba la región en nombre de Cleopatra y, en desacuerdo con Herodes, quedó esperando lo que iba a acontecer, teniendo sus planes preparados: si los árabes resultaran victoriosos, se mantendría quieto, pero en el supuesto de que fueran vencidos, lo que aconteció, atacaría a los judíos con los soldados de la región que estaban con él.

Los atacó de improviso, cuando los vio cansados y convencidos de que saldrían vencedores, e hizo una gran matanza. Pues los judíos habían gastado todo su ardor contra los enemigos manifiestos y gozaban sin desconfianza de la victoria, por eso

cayeron fácilmente ante aquellos que ahora los atacaban; sobre todo, la derrota fue grande en los lugares pedregosos y poco aptos para la caballería, pero a los cuales estaban acostumbrados los atacantes.

Al ver lo mal que les iba a los judíos, los árabes se reanimaron, retrocedieron y mataron a los judíos en retirada.

Por todos lados sufrieron los judíos enormes pérdidas; y fueron pocos los que pudieron escapar para refugiarse en el campamento.

Herodes, desesperando ya del feliz resultado del combate, montó a caballo y fue a buscar ayuda; pero no pudo llegar a tiempo, a pesar de la prontitud con que procedió, siendo tomado el campamento de los judíos. Fue muy grande la alegría de los árabes por la victoria inesperada, de la que habían estado tan lejos, y por haber destruido un número tan grande de enemigos.

Después de esto Herodes se dedicó a saquear, hostigando a los árabes con numerosas incursiones; acampando en los montes, trató de no presentar lucha abiertamente. Así incomodaba a los enemigos con su constante actividad, y reparaba su desastre.

2. En estas circunstancias, mientras se libraba la batalla de Accio entre César y Antonio, en el año séptimo del reinado de Herodes, Judea sufrió un terremoto más fuerte que cualquier otro temblor anterior. Causó la muerte de un gran número de animales y fallecieron cerca de treinta mil personas por la caída de las casas; pero el ejército, que acampaba al aire libre, pasó indemne por la calamidad a la que otros estuvieron sometidos. Esto llegó a conocimiento de los árabes, con exageraciones de parte de aquellos que les transmitían los rumores para halagar su odio. Los árabes cobraron más ánimo, pues con la calamidad sufrida y la muerte de los hombres, nada habría que se les opusiera.

Detuvieron y mataron a los legados de los judíos, que habían ido a proponerles la paz.

Los judíos decidieron no presentar batalla, sin ánimo para nada y olvidados de lo que les convenía, pues estaban desesperados. No creían que, después de tantas desdichas, pudieran luchar con fuerzas suficientes ni esperaban ayuda ninguna, dada la situación en que se encontraban los asuntos domésticos. En esta situación, el rey se esforzó por persuadir a los comandantes e infundir ánimo en sus espíritus decaídos. Empezó por reconfortar y animar a los mayores; luego se atrevió a hablar a la multitud, pues había temido que le sería hostil, a causa de tantos desastres. Los exhortó en los términos siguientes:

3. “No ignoro, compañeros, que en este tiempo muchos acontecimientos resultaron adversos a nuestros esfuerzos; y en tamañas circunstancias es difícil conservar la fortaleza, ni aun aquellos que se consideran más enérgicos. Pero puesto que la guerra es inevitable, y nada de lo que ha acontecido hasta ahora es de tal naturaleza que no podáis transformarlo en algo mejor mediante hechos preclaros, es por eso principalmente que os quiero exhortar y simultáneamente aconsejaros cómo

debéis conservar la grandeza de vuestro ánimo. Primeramente, en lo referente a la guerra, quiero declararos con qué justa razón la emprendimos, obligados por las afrentas de los enemigos; si vosotros tenéis esto en cuenta, obtendréis el más grande estímulo para vuestro valor. Luego demostraré, por qué debemos considerar como nada los males que hemos sufrido hasta ahora, pues nos queda la gran esperanza de la victoria. Empezaré por lo primero y os haré a vosotros mismos testigos de lo que voy a decir. Sabéis muy bien lo injustamente que procedieron los árabes, y cuán grande ha sido su perfidia en sus relaciones con los otros pueblos, como era de esperar de una nación bárbara y privada del conocimiento de Dios.

Pero nos han ofendido especialmente a nosotros, a causa de su codicia y avaricia; y mientras sufríamos tribulaciones, nos atacaron insidiosamente y súbitamente. ¿Para qué recordar tantos hechos?

Cuando estaban en peligro de perder su reino y de servir a Cleopatra, ¿quiénes fueron los que los libraron de todo miedo? Mi sentimiento amistoso por Antonio y la benevolencia de él hacia nosotros fueron la causa de que no les aconteciera nada grave, cuidando Antonio de no realizar nada que nos hiciera sospechosos a nosotros. Sin embargo, como quisiera entregar zonas de nuestras naciones a Cleopatra, yo tomé a mi cargo este cuidado. Habiéndoles hecho muchos regalos, preparé la seguridad para las dos naciones; yo hice los gastos, entregando doscientos talentos y saliendo garante por otros doscientos, que a ellos les habían sido impuestos y cuyos réditos percibieron; pero a nosotros nos defraudaron. Sin embargo, era justo que los judíos no pagaran tributo a nadie, que no se impusiera ningún impuesto a su territorio; y menos todavía en favor de aquellos que hemos salvado. Y es sumamente injusto que los árabes que reconocieron y agradecieron el hecho de que, merced a nuestra ayuda, pudieron conservar su gobierno, nos ofendan y defrauden, a nosotros que no éramos enemigos, sino amigos. Es preciso proceder de buena fe incluso entre los peores enemigos, pero es de obligación más estricta entre amigos; no lo hizo así este pueblo, que no mira otra cosa que el lucro, y no considera condenable la injusticia si de ella puede sacar alguna ganancia. ¿Tenéis alguna duda de que conviene castigar a los infieles, siendo la voluntad de Dios que odiamos a los injustos y los malignos, especialmente cuando nosotros realizamos una guerra justa y necesaria? Algo que entre los griegos y los bárbaros es considerado como lo más inicuo, lo cometieron ellos con nuestros legados, a quienes degollaron. Los griegos consideran a los legados sagrados e inviolables, y nosotros hemos recibido por enviados celestes las más hermosas doctrinas y santas leyes. El nombre de legado tiene de por sí su fuerza, que hace que Dios more entre los hombres, y que los enemigos se reconcilien mutuamente. ¿Qué mayor impiedad puede existir que la de matar a los legados cuando están ejerciendo su derecho? ¿Y cómo pueden sentirse tranquilos en su existencia y tener éxito en la guerra, cuando han cometido un crimen tan grande? No me lo parece a mí. Quizá alguien diga que el derecho y la justicia están de nuestro lado, pero que ellos son más numerosos y más fuertes. En primer lugar, no os



conviene razonar de esta manera: Dios está con aquellos que tienen el derecho; y con aquellos con quienes está Dios, están el vigor y la abundancia. Pero si pensamos lo que nosotros hemos llevado a cabo, ¿no triunfamos en el primer combate? Iniciado el segundo, apenas si opusieron resistencia, y al instante se dieron a la fuga, incapaces de resistir nuestro ímpetu. A nosotros nos atacó Atenión cuando ya éramos vencedores, imponiéndonos una guerra no declarada. ¿Significa esto valor de parte de ellos, o es una nueva iniquidad y perfidia? ¿Por qué decaerá nuestro ánimo por algo que debe ser motivo de que nos sintamos con mayores esperanzas? ¿Cuál es la causa de que seamos atemorizados por aquellos que, cuando luchan sin engaño, siempre son vencidos, y si alguna vez resultan vencedores, es a causa de alguna perfidia? ¿Y si creéis en su valor, cómo es que precisamente por este motivo no os sentís aguijoneados para luchar contra ellos? Al hombre animoso no lo estimula la lucha contra los débiles, sino el mérito de vencer a los que cree superiores. Si a alguien le aterrorizan las desgracias domésticas y las consecuencias del terremoto, que piense que esto mismo es lo que mueve a los árabes, quienes creen que nuestras desgracias son mayores de lo que son en realidad. No conviene que donde ellos ven motivos para ser audaces, nosotros nos sintamos movidos a flojedad. Ellos se sienten incitados, no por algún éxito que hayan obtenido, sino porque creen que nosotros hemos sucumbido a las desgracias. Si nosotros marchamos contra ellos, les quitaremos su arrogancia, y ganaremos por luchar con enemigos que han perdido la confianza. Y no estamos tan afligidos como piensan algunos ni lo que ha acontecido es indicio de la ira de Dios; son acontecimientos infelices e infortunios. Y si debemos atribuirlos a Dios, es evidente que es él quien ha puesto un término a las aflicciones, satisfecho por el resultado obtenido. Si quisiera continuar perjudicándonos, no cambiaría sus propósitos. Él mismo manifestó que la guerra es justa según su voluntad. Habiendo muerto muchos en todo el país a causa del terremoto, nada pasó a los que están en el ejército, pues todos vosotros estáis salvos, poniendo Dios de manifiesto que aunque todos, con sus hijos y las mujeres, hubiesen formado en el ejército, nada grave les habría acontecido. Cuando penséis en estas cosas y, lo que más vale, en que tenéis siempre a Dios luchando a vuestro lado, procederéis justa y valerosamente contra los traidores a la amistad, pérfidos en la guerra, impíos con los legados y que siempre han sido vencidos por vosotros.”

4. Los judíos, cuando oyeron estas palabras, se decidieron a luchar valerosamente. Herodes, luego de ofrecer sacrificios, los llevó contra los árabes al otro lado del Jordán y acampó no lejos del enemigo. Le pareció conveniente ocupar una fortaleza que se encontraba entre los dos ejércitos; creyó que le sería útil, tanto para castigar rápidamente al enemigo, como para diferir la lucha, si fuera preciso, para protección de su campamento.

Como los árabes tuvieron la misma idea, se luchó por la posesión del lugar.

Primeramente sólo hubo escaramuzas, después fueron muchos los que luchaban, cayendo de ambos lados, hasta que los árabes vencidos se vieron obligados a ceder.

Este éxito infundió mucho ánimo a los judíos. Provocaron a los árabes que no tenían ganas de pelear, destruyeron sus protecciones y se acercaron a su campamento. Obligados en esta forma a salir de él, los árabes se lanzaron sin ningún orden ni esperanza de vencer.

Fueron, sin embargo, a las manos, tanto porque eran más numerosos, como porque se vieron obligados a ello por la situación. La lucha fue intensa, cayendo muchos de ambos lados. Pero al final los árabes viéronse obligados a huir. Fue tan grande su mortandad, cuando empezaron a caer, que no sólo eran muertos por los enemigos, sino que se mataban entre sí, siendo muchos de ellos pisoteados y heridos con las flechas, tanto por la multitud, como porque caían confusamente. Murieron cinco mil de ellos; los restantes lograron escapar refugiándose en el atrincheramiento. Pero habían perdido toda esperanza, por encontrarse sin comida y especialmente privados de agua. Los judíos los persiguieron sin lograr penetrar en su campamento, pero lo rodearon y pusieron guardias, para impedir toda salida o entrada.

5. Por este motivo los árabes, primeramente enviaron mensajeros a Herodes para pactar; luego, constreñidos por la sed, le ofrecieron rendirse con cualquier condición, con tal que pudieran escapar a la muerte. Pero él no recibió los mensajeros, ni aceptó el rescate por los sitiados ni ninguna otra oferta, movido por el afán de vengar las afrentas que de ellos había recibido. Es así como apurados por la sed y otras penalidades salieron y se entregaron.

En cinco días fueron hechos cautivos cuatro mil hombres. Al sexto día los restantes resolvieron salir y luchar y exponerse a cualquier peligro antes que perecer torpemente. Tomada esta decisión, salieron de su atrincheramiento; pero no pudieron luchar debidamente a causa de su debilidad física y su falta de ánimo; pero consideraron que la muerte sería una dicha y continuar viviendo una calamidad.

Al primer encuentro murieron cerca de siete mil. Después de esta catástrofe, perdieron toda confianza, y llenos de admiración por la habilidad con que Herodes se había portado a pesar de sus contrastes, se sometieron y lo proclamaron protector de su nación.

Herodes, enorgullecido por este éxito, regresó a su reino, habiendo conseguido gran respeto por estos hechos.

## CAPÍTULO VI

*Herodes hace matar a Hircano y se entrega a César. Éste le confirma el trono de Judea*

1. Cuando todo le iba bien, pues no había forma de atacarlo, corrió peligro de perderlo todo, debido a la victoria de César sobre Antonio en Accio. Creyeron que aquello sería su fin tanto el mismo Herodes, como sus amigos y sus enemigos; pues no les pareció probable que escapara a la represión quien había sido tan amigo de Antonio. Sus amigos desesperaban de su salvación; en cuanto a sus enemigos externamente parecían condolerse, pero íntimamente se alegraban, a la espera de que en adelante todo saldría mejor para ellos. Y el mismo Herodes, viendo que Hircano era el único investido de dignidad real, creyó conveniente librarse de él; supuso que si salvaba la vida y escapaba al peligro, garantizaría su seguridad librándose de un rival más digno que él de ocupar el trono; y para el caso de que le fuera mal con César deseaba, por celos, hacer desaparecer al único candidato posible a reemplazarlo.

2. Mientras revolvía estos pensamientos en su ánimo, se le presentó la oportunidad Para llevarlos a cabo. Hircano era de índole tranquila, y ni entonces ni antes quiso mezclarse con los problemas de gobierno, ni ansiaba novedades, contento de vivir con lo que la suerte le deparara. Pero Alejandra era ambiciosa y con la esperanza irreprimible de que se produjera algún cambio, solicitó a Hircano, su padre, que no tolerara por más tiempo las ofensas de Herodes contra su casa, y que se anticipara a las seguras esperanzas de lo futuro. Le pidió que escribiera a Maleo, el rey de Arabia, para que los aceptara y les ofreciera seguridad. Si después de su salida aconteciera que Herodes cayera en enemistad con César, ellos recibirían el reino por ser de familia real y por contar con la benevolencia del pueblo. Se empeñó en convencerlo, pero Hircano no la escuchaba. Con tenacidad femenina siguió insistiendo incesantemente, repitiéndole siempre las acciones pérfidas cometidas por Herodes contra él.

Al final llegó a convencerlo que entregara una carta a un tal Dositeo, rogando al árabe que le enviara una escolta de jinetes para conducirlos hasta el lago Asfaltites, situado a unos trescientos estadios de Jerusalén. Confiaba en Dositeo, porque éste sentía mucho afecto por él y por Alejandra, y tenía no pocas razones para odiar a Herodes; pues era consanguíneo del José que Herodes había matado y hermano de aquellos que Antonio había ejecutado en Tiro. Pero todo esto no fue suficiente para que fuera fiel a Hircano; calculando que podía esperar más de Herodes que de Hircano, entregó la carta a Herodes. Herodes apreció este acto, pero le encargó que entregara a Maleo la carta cerrada y sellada, y que recibiera su respuesta, pues le convenía saber cuál era la disposición de ánimo de Maleo. Dositeo cumplió de buen grado lo ordenado. El árabe contestó que estaba dispuesto a recibir a Hircano y sus

compañeros y a todos los judíos que estuvieran de su parte, y que enviaría hombres que los guiaran con toda seguridad y que en nada se apartaría de lo prometido. Cuando Herodes tuvo estas cartas en su poder, en seguida recriminó a Hircano por los pactos formalizados entre él y Maleo. Hircano lo negó, pero Herodes mostro al consejo las cartas y ordenó que lo mataran.

3. Expusimos los acontecimientos tal como se encuentran en las memorias del rey Herodes. Hay algunos que afirman que no sucedieron así; no ordenó que lo mataran por algo que hubiera hecho Hircano, sino que Herodes fraguó pretextos contra él. Lo relatan en esta forma: Durante un banquete Herodes preguntó a Hircano si había recibido alguna carta de Maleo; Hircano admitió que había recibido una carta con saludos. Herodes luego indagó si le había hecho algún regalo; respondió que solamente cuatro caballos de montar. Herodes tomó entonces pretexto para acusarlo de corrupción y traición y ordenó que fuese estrangulado.

No hay argumentos con los cuales se pueda probar que su fin se debió a su culpa, pues era de índole muy apacible. Siendo oven no fue ni audaz ni temerario, ni cuando estuvo al frente del reino, sino que permitió que Antipáter cuidara de la administración de todo. Se añade a esto que a la edad de ochenta años, informado de que Herodes estaba afianzado, pasó el Éufrates, abandonando a aquellos que lo tenían en suma veneración, para someterse a la potestad de aquél. Lo más increíble de todo y muy extraño a su manera de ser es que buscara novedades; más bien parece que Herodes fraguó el pretexto.

4. Ése fue el fin de Hircano, después de experimentar diversas y múltiples calamidades. Cuando su madre Alejandra empezó a reinar, fue hecho pontífice de los judíos, honor que retuvo durante nueve años; muerta su madre recibió el trono, que sólo ocupó tres meses, y fue luego expulsado por su hermano Aristóbulo; restituido al mismo por Pompeyo, permaneció en él durante cuarenta años.

Privado del poder por Antígono y mutilado corporalmente, residió como cautivo entre los partos.

Poco tiempo después regresó a su patria, inducido por la esperanza que le infundiera Herodes.

Ningún hecho respondió a sus esperanzas; se vio sometido a muchas incomodidades en su vida, y el episodio más triste, como dijimos, fue la muerte que encontró en su ancianidad. Fue un hombre apacible y moderado en todo, confió a sus ministros la administración del gobierno, no teniendo ni afición ni capacidad para el arte de reinar. Gracias a su dulzura y falta de ambición, Antipáter y Herodes llegaron a ocupar situaciones tan elevadas; y no se procedió con justicia ni gratitud al someterlo a la muerte.

5. Herodes, una vez libre de Hircano, se apresuró a presentarse ante César, sin esperar nada bueno, a causa de su amistad con Antonio. Además sospechaba que Alejandra podría aprovechar la oportunidad, para incitar a la rebelión y promover una sedición dentro del reino. Entregó la dirección de todos los asuntos a su hermano

Feroras, y envió a su madre, Cipros, a su hermana y a sus hijos a Masada, y dio orden a su hermano de que si se enteraba que le había acontecido algo grave, se hiciera cargo del poder. En cuanto a Mariamne, su mujer, no siendo posible que por sus disonancias estuviera junto con su hermana y su madre, la dejó en Alexandreion con su madre Alejandra, bajo el cuidado y atención del cuestor José y el itureo Soem, que desde el principio le habían sido sumamente fieles; estos hombres, con el pretexto de honrar a las dos mujeres, fueron encargados de vigilarlas. Herodes les dejó la orden de que, si se enteraban de que algo malo le había acontecido, mataran inmediatamente a las dos mujeres, y conservaran el reino para sus hijos y su hermano Feroras.

6. Dadas estas órdenes, fue a Rodas para encontrarse con César. Una vez en la ciudad, se quitó la diadema, sin abdicar en lo demás de su dignidad. Cuando lo visitó y conversó con él, probó la magnitud de su espíritu, sin descender a los ruegos, como se estila en estos casos, ni pedir perdón por sus errores, sino que rindió cuenta de todos sus hechos sin excusarse.

Dijo a César que su amistad con Antonio había sido muy grande, que había hecho todo lo posible para que resultara vencedor, pero que no lo ayudó con las armas, pues por aquel entonces estaba ocupado en la guerra con Arabia, sino que solamente le suministró dinero y trigo; pero estaba convencido de que con esto no había cumplido ni con la menor de sus obligaciones. Pues el que se considera amigo, y tiene conciencia de que el otro es merecedor de su afecto, debe exponerse en su favor con la vida, no menos que con la ayuda que le presta. Sin embargo, a pesar de no haber procedido con él como convenía, estaba persuadido de haber actuado debidamente, al no abandonar al que fuera vencido en la batalla de Accio y, una vez cambiada la suerte, dejarlo por otra persona. Aunque no se hubiera manifestado como un auxiliar suficientemente idóneo, se comportó con relación a Antonio como consejero adecuado, al mostrarle que la única forma de asegurarse y de salvarlo todo estribaba en matar a Cleopatra.

—Eliminada Cleopatra —añadió— tendría mayores posibilidades de conservar su imperio y le sería mucho más fácil sellar contigo un acuerdo que pusiera fin a la enemistad. Pero él no quiso escuchar mis razones, y prefirió oír el consejo de su temeridad, lo cual resultó en su perjuicio y en tu ventaja. Ahora bien, si estás tan indignado con Antonio y me quieres condenar por haberlo estimado tanto, tienes ante ti al reo, que no puede menos de decir ante ti cuánto era el afecto que le profesaba. Pero si, sin consideración de personas, quieres informarte de cómo me comporto con los amigos, podrás saberlo por lo que acabo de decirte. Sólo con cambiar de nombre, tendrás oportunidad de conocer la firmeza de mi amistad.

7. Estas palabras y la sinceridad con que las pronunció produjeron gran impresión en César, que era generoso y magnánimo, de modo que aquello que debía ser motivo de acusación se convirtió en principio de benevolencia. Le impuso de nuevo la diadema, y le pidió que fuera con él no menos amigo de lo que lo había sido con

Antonio; le tributó los mayores honores, agregando que Quinto Didio le escribió que Herodes le había ayudado con el mayor empeño en el asunto de los gladiadores. Al verse recibido tan benignamente y confirmado en el reino de manera inesperada, tanto por parte de César como por un senadoconsulto de los romanos, que procuró obtener para mayor seguridad, acompañó a César en camino a Egipto; ofreció regalos tanto a él como a sus amigos, comportándose lo más magníficamente que pudo. Pidió gracia para Alejandro, uno de los familiares de Antonio; pero no pudo conseguirla, pues César estaba obligado por un juramento anterior.

Regresó a Judea con mayor honor y confianza, dejando atónitos a los que esperaban lo contrario, como si por benignidad de Dios extrajera mayor esplendor de los peligros. En seguida se esforzó en ayudar a César, que iba a invadir a Egipto desde Siria. Cuando llegó, lo recibió en Ptolemáis con esplendor real; además distribuyó regalos a su ejército y suministró en abundancia todo lo necesario. César lo consideró como uno de sus amigos más fieles. Herodes cabalgó a la par de él cuando ordenó e inspeccionó a los soldados; y lo albergó a él y a sus amigos, en ciento cincuenta habitaciones adornadas con gran riqueza y amuebladas suntuosamente. Además, transitando por aquella región privada de agua, cuidó que no les faltara ni el agua ni el vino tan necesarios a los soldados. Regaló a César ochocientos talentos e hizo que todos pensaran que se mostraba más generoso de lo que permitían los recursos del reino. Con esto logró que se persuadieran de su benevolencia y buena voluntad, y le resultó ventajoso haber acomodado su generosidad a las necesidades del momento. Al regreso de Egipto, los servicios que le prestó de nuevo en nada cedieron a los anteriores.

## CAPÍTULO VII

*Herodes recibe honores de César en Alejandría. A su regreso, exasperado por las calumnias, hace dar muerte a Mariamne*

1. De regreso al reino, se encontró con su casa agitada, y mal dispuestas en su contra a su esposa Mariamne y a la madre de ésta, Alejandra.

Convencidas de la exactitud de sus sospechas, que no las había instalado en la fortaleza para darles seguridad, sino como en una cárcel para que no pudieran disponer ni de sus asuntos ni de los ajenos, se sintieron por esto sumamente indignadas. Mariamne creía que el amor del rey no era sino un engaño, disimulado para su propia comodidad; y le angustiaba la idea de que, en el supuesto de que le pasara algo grave, a ella no le quedaría esperanza ninguna de vida. Recordando lo que había ordenado a José, se empeñó en arrancar la verdad a sus guardianes, especialmente a Soem, del cual sabía que todo dependía. Al principio Soem se mantuvo fiel, sin omitir nada de lo que el rey había ordenado; pero las mujeres insistieron, lo ablandaron con dulces palabras y regalos, y poco a poco fue vencido y cedió. Finalmente reveló las órdenes recibidas, especialmente porque no creía que Herodes regresara con el mismo poder anterior.

Por esto, con la confianza de que así eludía el peligro que podía venir de parte de Herodes, decidió granjearse la buena voluntad de las mujeres, las cuales era muy verosímil que retendrían su dignidad y que lo gratificarían; pues si ellas no llegaban a reinar, estarían cercanas al que iba a reinar. Pero no era menor su esperanza para el caso de que Herodes, arreglando con buen éxito sus asuntos, regresara; pues no podría oponerse a la voluntad de la esposa. Sabía que el rey tenía un vehemente amor por Mariamne. Con estas consideraciones reveló las órdenes del rey. De ellas Mariamne se informó con amargura, porque no veía el fin de los males que debía temer de Herodes; y deseó que los acontecimientos no le fueran bien, pues le sería intolerable reanudar la vida con él. Lo mostró claramente en adelante y no disimuló en lo más mínimo sus sentimientos.

2. Cuando Herodes estuvo de regreso, habiéndole ido mucho mejor de lo que esperaba, la primera en ser informada fue su esposa, por ser tan grande el amor y la afición que le tenía. Aconteció que mientras le explicaba el éxito del viaje, su mujer en vez de alegrarse se entristeció, sin poder ocultar su dolor. Llena de dignidad y nobleza, respondió con gemidos a sus saludos, y al escuchar su relato manifestó más tristeza que alegría. Herodes se conturbó no ya por sospechas sino ante la realidad.

Se angustió por el odio inesperado y visible de su esposa.

La situación lo atormentó espiritualmente e, impaciente de amor, unas veces se indignaba y otras se reconciliaba, pasando de uno a otro sentimiento, sin saber en cuál de ellos estabilizarse. Oscilaba entre el amor y el odio; muchas veces cuando

había decidido castigarla, vencíalo el amor y el ansia de no separarse de ella. Finalmente, a pesar del deseo de castigarla, no se aventuró a hacerlo por temor de que su muerte le resultara más perjudicial a él que a ella.

3. Su hermana y su madre se dieron cuenta de su estado de ánimo con relación a Mariamne; vieron que se les ofrecía una ocasión excelente para dar salida a su odio; en sus conversaciones con Herodes lo irritaban todavía más, refiriéndole calumnias para intensificar su encono y su alejamiento. Él las escuchaba de buen grado, pero no se atrevía a tomar ninguna decisión contra su esposa, como resultado de lo que le decían.

Sin embargo día a día sus sentimientos hacia ella empeoraban y se intensificaba la discordia. Ella no ocultaba su desafecto y él veía transformarse su amor en odio.

Ya estaba dispuesto a tomar alguna grave decisión, cuando se recibió la noticia de que César había triunfado y que, muertos Antonio y Cleopatra, se había apoderado de Egipto. Inmediatamente salió al encuentro de César, dejando en ese estado sus asuntos domésticos. Antes de partir, Mariamne le recomendó a Soem, diciendo que le debía mucho por sus cuidados y pidiendo para él un puesto de prefecto. Consiguió el puesto. Herodes, una vez en Egipto, mantuvo entrevistas cordiales con César, como amigo, recibiendo de él grandes beneficios. César le dio cuatrocientos galos, elegidos entre los guardias personales selectos de Cleopatra, y le devolvió los territorios que esta reina le había hecho quitar. Agregó también a su reino Gadara, Hipos y Samaria y sobre el litoral, Gaza, Jope y la Torre de Estratón.

4. Estos grandes éxitos aumentaron la importancia de Herodes. Acompañó a César hasta Antioquía, y luego regresó. Cuanto mejor le iban los asuntos en el exterior, tanto más intensas eran sus aflicciones en el ámbito doméstico, sobre todo en su matrimonio, con el cual antes se había considerado tan feliz. Sentía por Mariamne un amor muy grande, no menor del de los amantes más famosos de la historia. Ella, por su lado, era honesta y se mantenía fiel; pero poseía un carácter femenino áspero y al ver a su marido rendido de amor lo trataba tiránicamente; sin recordar que ella no era sino un súbdito en relación con un dueño, se comportaba de manera petulante. Herodes lo sufría tomándolo en broma, con moderación y paciencia. Pero Mariamne se burlaba públicamente de la madre y la hermana del rey, y criticaba la falta de nobleza de su estirpe. De modo que las mujeres estaban divididas por odios y rencillas implacables, y día a día las calumnias se hacían más graves.

Las sospechas se mantuvieron latentes y duraron un año después del regreso de Herodes de su reunión con César. La crisis que se venía preparando, al final estalló de la siguiente manera. Cierta vez, a mediodía, el rey se dispuso a descansar e invitó a acompañarlo a Mariamne, a quien seguía amando. Ella penetró en la cámara, pero no se acostó con él, a pesar de habérselo expresado, sino que lo menospreció y le reprochó haber sido el autor de la muerte de su padre y de su hermano.

Herodes tomó muy mal esta ofensa, y como ya estaba dispuesto a tomar alguna



medida, su hermana Salomé, que advirtió su turbación, le envió a su copero, que hacía tiempo había conquistado, con orden de decirle que Mariamne le había pedido que preparara cierta bebida para el rey. Si el rey, perturbado, le preguntaba de qué se trataba, debía decir que lo ignoraba, porque la tenía Mariamne y él sólo tenía el encargo de ofrecérsela. Si el rey, por el contrario, no manifestaba ninguna curiosidad, que se callara, porque así no correría ningún peligro. Luego de haberlo instruido en esta forma, lo envió a que recitara lo enseñado.

El copero se presentó ante el rey y serenamente le contó que Mariamne le había hecho regalos para que ofreciera una bebida al rey. Preguntó éste de qué clase de bebida se trataba; el copero respondió que lo ignoraba, pues solamente le había dicho que la entregara al rey; que, por esto, se lo indicaba, pensando que sería más seguro tanto para el rey como para sí mismo.

Cuando oyó estas palabras, el rey, que ya estaba indignado, todavía se exacerbó más; interrogó sobre la bebida al eunuco más fiel de Mariamne, pues sabía que nada, ni grave ni insignificante, se hacía sin la intervención de este hombre. Sometido al tormento, nada pudo decir de lo que le preguntaban, y solamente declaró que el odio de Mariamne por el rey procedía de los informes que le había dado Soem.

Antes de que terminara de hablar, el rey a grandes voces exclamó que Soem, que había sido tan fiel a él y al reino, nunca habría revelado esas cosas a Mariamne, si sus relaciones no hubiesen ido más allá de lo justo<sup>[263]</sup>.

Inmediatamente hizo detener y matar a Soem; en cuanto a Mariamne, habiendo convocado a sus familiares, la acusó de emplear filtros y bebidas, de acuerdo con lo que dijeron sus calumniadores. Herodes era intemperante en sus expresiones y estaba en tal forma indignado que viéndolo en este estado, condenaron a Mariamne a muerte. Pero una vez pronunciada la sentencia, les pareció tanto a él como a otros de los presentes que no debían matarla precipitadamente sino encerrarla en alguna fortaleza. Pero Salomé puso todo su empeño en que la mujer fuera quitada de en medio, e insistió ante el rey, sosteniendo que podrían producirse perturbaciones populares, si ella se mantenía viva. Y es así como Mariamne fue conducida al suplicio.

5. Alejandra, dándose cuenta de la situación, advertida de que le quedaban pocas esperanzas de no ser tratada de la misma manera, tomó una actitud muy diferente de su anterior arrogancia. Para que constara ante todos que ella ignoraba aquello de que se acusaba a su hija, salió afuera y en presencia de todos reprendió a Mariamne, clamando que se había portado mal e ingratamente con su esposo y que con razón le estaban aconteciendo estas cosas, pues no había sabido reconocer los beneficios que había recibido de Herodes.

Estas demostraciones hipócritas y ultrajantes, pues se atrevió a arrancarle los cabellos, no fueron sino causa de disgusto para todos por su indigna falsedad; inculpaba a su hija en momentos en que ésta tenía que sufrir la muerte. Mariamne no pronunció una sola palabra, ni se conturbó por las ofensas de su madre; como si su

ánimo errara por lugares excelsos, pareció más bien angustiada por el evidentemente indigno comportamiento de su madre. Con intrépida firmeza, y sin mudar en lo más mínimo de color, marchó a la muerte, manifestando en la hora extrema la nobleza de su linaje.

6. Así murió, mujer distinguida por su virtud y grandeza de alma, pero a la que extraviaron su falta de moderación y su carácter belicoso. Se destacaba por la belleza de su cuerpo, superior a todo lo que podría decirse de las mujeres de su tiempo, y por su majestuosa conversación; pero ésa fue la causa principal de sus malos entendidos con el rey y de que no pudiera vivir felizmente a su lado. Pues como él la trataba indulgentemente, segura de que jamás la trataría con aspereza, abusó de su libertad. Además lo indispuso con él lo que había acontecido a los suyos, y no se abstuvo de decirle todo lo que había sufrido por este motivo. Finalmente se enemistó con la madre y la hermana del rey, y aun con éste, de quien nada grave temía.

7. Muerta ella, se avivó la pasión del rey que, como ya dijimos, era muy intensa. Su amor no tenía aquella condición apacible que nace de la vida en común. Apasionado locamente desde el principio, la libertad de poder satisfacer su pasión no impidió que ésta creciera de día en día. Pero, por castigo divino, después de la muerte de Mariamne su pasión se acrecentó más y más; frecuentemente la llamaba a voces y lloraba; se entregaba a todos los placeres, con banquetes en diversas compañías, para amortiguar su anhelo. No consiguió nada. Negábase a atender los asuntos del reino, y estaba de tal manera atado por el afecto de Mariamne, que incluso decía a sus criados que la llamaran, como si todavía estuviera viva y pudiera oírlos.

Se originó por aquel entonces una peste, que atacó a gran parte del pueblo, y también a muchos amigos del rey. Todos sospecharon que la había producido la indignación divina por la injusta muerte de Mariamne. Esto aumentó la aflicción del rey; y finalmente se retiró a la soledad con el pretexto de dedicarse a la caza, pero no pasaron muchos días sin que cayera víctima de una grave enfermedad. Sufría de altas fiebres, dolores en la nuca, trastornos mentales, no había remedio que le aprovechara, todos lo empeoraban. Se desesperó de salvar su vida. Los médicos que lo atendían, en parte porque con los remedios que le aplicaban la enfermedad no cedía, y en parte porque todo era peor que la misma enfermedad, decidieron acceder a sus caprichos, dejando al azar una curación de la que desesperaban. La enfermedad lo retenía en Samaria, ciudad que tomó el nombre de Sebaste.

8. Alejandra, que se encontraba en Jerusalén, informada de lo que estaba pasando intentó apoderarse de los fuertes de la ciudad. Había dos, el de la ciudad y el del Templo; el que los tenía en su poder, dominaba a todo el pueblo. Pues sin ellos no podían hacerse los sacrificios, y para los judíos es inadmisibles que no se realicen los sacrificios. Los judíos son de tal índole que prefieren morir antes que omitir el culto que acostumbran a ofrecer a Dios.

Alejandra habló con los guardias de las fortalezas, aduciendo que debían entregarlas a ella y a los hijos de Herodes, para que, en el caso de que él muriera,

ningún otro se apoderara de la administración del reino; y, en el supuesto de que llegara a restablecerse, nadie mejor para guardarlas que sus familiares.

Pero no dieron oídos a sus argumentos; persistieron en su fidelidad al rey, por odio a Alejandra y por considerar una indignidad desesperar de que el rey sanara cuando tantas veces lo había logrado. Eran antiguos amigos del rey; uno de ellos, Aquiab, era su primo. Por intermedio de varios mensajeros que enviaban de continuo, informaron al rey de los propósitos de Alejandra. Herodes ordenó inmediatamente que la mataran. En cuanto a él, se recuperó, aunque no sin gran dificultad, de la enfermedad; pero quedó tan agriado, por los dolores del cuerpo y del alma, que buscaba el menor pretexto para someter a suplicio a cualquiera que cayera en sus manos. Hizo matar a sus íntimos amigos, Costobaro, Lisímaco, Gadías, de sobrenombre Antipáter, y Dositeo, por el siguiente motivo.

9. Costobaro pertenecía a una familia de Idumea, de los primeros en dignidad en este país; sus antepasados habían sido sacerdotes de Coze, que los idumeos adoraban como dios. Cuando Hircano obligó a los idumeos a observar las costumbres y las leyes de los judíos, Costobaro fue nombrado por Herodes prefecto de Idumea y Gaza, siendo Herodes rey. Lo casó con su hermana Salomé, después de haber dado muerte al primer esposo de ésta, como dijimos antes. Costobaro, muy contento por lo que le había otorgado sin esperarlo, se enorgulleció con tanta felicidad y, poco a poco, se pasó de la medida, considerando insuficiente atenerse a las órdenes de Herodes y que los idumeos estuvieran bajo el poder de los judíos y observaran sus costumbres.

De modo que envió legados a Cleopatra, indicándole que sus antepasados siempre habían estado sometidos a los antepasados de ella, y por eso sería justo que pidiera para ella aquella región.

Estaba dispuesto a conseguir la conformidad de sus habitantes para que se pasaran a Cleopatra. No fue su propósito dejar en poder de Cleopatra la región de Idumea, pero pensó que, privado Herodes de gran parte de sus recursos, le resultaría fácil conseguir el gobierno de Idumea y aspirar a dignidades superiores. Sus ambiciones eran grandes, y se asentaban sobre la nobleza de su raza y la abundancia de sus riquezas, que había reunido con paciente avaricia. Tenía en vista amplios proyectos.

Cleopatra pidió el territorio a Antonio, pero éste se lo negó. Herodes lo supo, y quiso hacer matar a Costobaro, pero gracias a los ruegos de su hermana y su madre, lo dejó en libertad y lo perdonó; sin que, en adelante, dejara de sospechar de él.

10. Poco después, habiendo surgido discordias entre Salomé y Costobaro, ella por carta le indicó la ruptura de su casamiento, en contra de lo que establecen las leyes de los judíos. Este derecho entre nosotros está reservado al marido; y en cuanto a la mujer aun repudiada no puede casarse con otro, sin el consentimiento del primer marido. Salomé no se atuvo a la ley nacional, sino a lo que era de su agrado; repudió el matrimonio e informó a su hermano Herodes que se había apartado de su marido por devoción a Herodes, porque había comprobado que Costobaro, Antipáter,

Lisímaco y Dositeo conspiraban contra él. Presentó como prueba de lo que decía la existencia de los hijos de Baba, que Costobaro ocultaba desde hacía diez años.

Esto era verdad; de ello quedó el rey asombrado, al enterarse de algo que nunca había sospechado, y su conmoción fue mayor por cuanto parecía ser increíble. En cuanto a los hijos de Baba, había en otro tiempo decidido vengarse de ellos, por ser sus enemigos; pero por el tiempo transcurrido apenas si se acordaba de ello. La causa de su odio y su enemistad fue la siguiente. Bajo el reinado de Antígono, Herodes estaba sitiando a Jerusalén; a causa de las aflicciones y calamidades a que estaban sometidos los sitiados, había muchos que invocaban a Herodes y ponían en él toda la esperanza. Pero los hijos de Baba, que por su dignidad y méritos gozaban de gran prestigio entre el pueblo, exhortaban a los demás a que obedecieran a Antígono y lo ayudaran, y culpaban a Herodes e insistían en que ayudaran a los reyes a conservar el gobierno que habían recibido de sus padres.

Tal era la actitud de esta familia que, por otro lado, seguía sus propios intereses. Sin embargo, caída la ciudad, y Herodes dueño del poder, Costobaro fue destinado a vigilar las puertas y a la guardia de la ciudad, para que los ciudadanos culpables y enemigos del rey no pudieran escapar; pero, puesto que sabía que los hijos de Baba gozaban de aprecio y honor entre el pueblo y pensaba que, si los salvaba, esto le podría ser de gran utilidad para ulteriores novedades, los escondió en un lugar determinado. Luego juró a Herodes, que había desconfiado, que nada sabía de ellos, librándose de toda sospecha. Después, cuando Herodes prometió premios a los que los entregaran y los hiciera buscar de todas maneras, no se aventuró a confesar, pues temía que si fueran aprehendidos, no dejaría de castigarlo; de manera que se vio obligado a ocultarlos, no por benevolencia, sino por necesidad.

Informado de esto por su hermana, el rey envió gente al lugar donde se encontraban, y los hizo matar a ellos y a sus cómplices, con lo que ya no quedó nadie de la familia de Hircano. El reino estaba plenamente en su poder, sin que hubiera nadie que pudiera oponerse a sus violencias.

## CAPÍTULO VIII

### *Las construcciones de Herodes en Jerusalén. Su sistema de fortalezas. Reconstrucción de Samaria*

1. Por este motivo se apartó todavía más de las costumbres nacionales, y se inclinó en favor de instituciones nuevas contrarias al antiguo estado de cosas que convenía conservar inviolable e íntegro. Con el correr del tiempo se nos ocasionó un gran daño, pues el pueblo olvidó aquello que lo inducía a la piedad. Por de pronto Herodes estableció juegos en honor de César, los que debían celebrarse cada cuatro años, edificó un teatro en Jerusalén y luego un anfiteatro en la llanura, ambos magníficos, pero ajenos a las costumbres de los judíos, cuyas normas tradicionales no incluían esa clase de espectáculos.

Celebró las fiestas quinquenales con gran esplendor, enviando mensajeros a los lugares cercanos e invitando gente de todas partes. Concurrían atletas y competidores de toda índole que aspiraban a los premios y a la victoria. Se reunían los campeones más ilustres de cada juego. Había grandes premios, no solamente para los ejercicios gimnásticos, sino también para los músicos y los otros artistas tímicos, procurándose que participaran los más célebres en la contienda.

Otogábanse premios de gran valor para las carreras de carros con cuatro o dos caballos, así como para las carreras de jinetes. Herodes se esforzó por hacer todo lo que pudiera contribuir a la magnificencia y dignidad del espectáculo. El teatro estaba adornado espléndidamente; tenía alrededor inscripciones, hechas de oro puro y plata, que referían los hechos de César, y los trofeos que ganó a los pueblos vencidos. Y en cuanto a la presentación, nada había en cuanto a los vestidos o joyas que no atrajera la atención al igual que los juegos. Dispuso también de fieras, muchos leones y otras bestias que atraían la admiración por su fortaleza y su rareza. Las fieras luchaban entre sí o con los hombres condenados. Los extranjeros admiraban la suntuosidad de la presentación y se interesaban por el peligro del espectáculo; pero a los nativos todo ello les parecía la disolución de las costumbres que ellos honraban. Era una impiedad echar hombres a las bestias para deleitar a otros hombres, y también lo era cambiar las costumbres nacionales por otras extranjeras. Pero lo que más les ofendía eran los trofeos; se indignaban al comprobar que había imágenes incluidas en las panoplias, porque las leyes patrias prohíben venerar imágenes.

2. No se le ocultó a Herodes que todo eso los conturbaba, y consideró inadecuado acudir a la violencia. Por lo tanto, procuró suavizar su actitud mediante palabras, para librarlos de sus escrúpulos religiosos.

No consiguió nada; todos coincidieron en decir que las demás cosas serían soportables, pero lo que no podían tolerar eran las imágenes humanas, refiriéndose a los trofeos. No lo permitían las leyes patrias. Herodes, al ver su turbación y pensando

que no sería fácil apaciguarlos, si no encontraba algún medio adecuado, convocó a los principales y los llevó al teatro. Les mostró los trofeos y les preguntó qué les parecía. Exclamaron que se trataba de imágenes de hombres. Herodes ordenó entonces que les quitaran los adornos y los vestidos, y les mostró los armazones de madera. Con esto todos se echaron a reír, lo que sirvió de mucho para aplacarles el ánimo, pues en adelante tomaban las tales imágenes como algo ridículo.

3. Habiendo apaciguado en esta forma las sospechas del pueblo, disipada ya su ira, muchos cambiaron de opinión y se mantuvieron tranquilos; sin embargo, algunos continuaban ofendidos al ver que se cambiaban las costumbres, pues creían que originaría muchos males la falta de cumplimiento de las leyes patrias. Consideraron mejor exponerse a sufrir cualquier peligro antes que permitir que Herodes, mudando la situación, pretendiera introducir violentamente normas extrañas y, sirviéndose de su condición de rey, comportarse como enemigo del pueblo. Diez ciudadanos se obligaron con juramento a no retroceder ante ningún peligro, y se armaron de puñales que escondieron bajo las ropas; había entre los conjurados un ciego, indignado por lo que había sabido. No podría ser de mucha ayuda para la ejecución de su plan, pero estaba dispuesto a sufrir cualquier pena, en el supuesto de que no tuvieran éxito. Su actitud los animó a proceder.

4. Tomada esta decisión fueron al teatro, llenos de esperanza de que Herodes no se les escaparía, pues lo iban a atacar de improviso; y en el supuesto de que no le acertaran, matarían por lo menos a muchos de sus acompañantes. Así el rey tendría oportunidad de reflexionar sobre la injuria que infería a su pueblo, aunque ellos tuvieran que morir.

Los conjurados estaban dispuestos y con ánimo alegre. Pero uno de los hombres de Herodes, encargado de vigilar y descubrir esta clase de tramas, se enteró de la combinación e informó al rey cuando éste entraba en el teatro. No le pareció inverosímil la noticia a Herodes, conociendo el odio que le tenía la mayoría de los judíos y las turbulencias a que daban lugar. Se retiró al palacio real e hizo llamar a cada uno de los conjurados.

Detenidos cuando iban a cometer el crimen, al comprender que no podían salvarse, se decidieron, ya que no podían evadir la muerte, por lo menos a ennoblecerla, con una firmeza inquebrantable. No se avergonzaron del hecho ni se retractaron; estando ya detenidos, exhibieron los puñales y confesaron que habían preparado una conjuración por motivos puros y limpios, no con miras a obtener ganancias o dar salida a resentimientos, sino por algo, mucho mejor, por las costumbres nacionales, las cuales era justo que todos observaran o perdieran por ellas la vida. Luego de confesar con gran ánimo sus propósitos, fueron retirados por los soldados del rey y con diversos tormentos sufrieron la muerte.

Poco después algunos judíos se apoderaron del delator, a quien odiaban sumamente; no solamente lo mataron, sino que lo cortaron en pedazos y tiraron los trozos a los perros. Fueron muchos los ciudadanos que los vieron, pero nadie los

denunció, hasta que Herodes ordenó una encuesta severa e implacable; algunas mujeres, sometidas al tormento confesaron lo que habían visto. Fueron castigados los autores del crimen y sus familias. Pero la perseverancia del pueblo y su intrépida constancia en la defensa de la ley, infundieron temor a Herodes y lo obligaron a cuidarse. Determinó que el pueblo fuera cercado por todos lados, a fin de impedir una abierta revuelta de parte de los revolucionarios.

5. Tenía sojuzgado al pueblo desde el palacio en que vivía, y desde el Templo por intermedio de la fortaleza, denominada Antonia, que él mismo había construido. Consideró conveniente levantar una tercera muralla contra el pueblo en Samaria, que denominó Sebaste. Pensó que esta fortaleza podría serle de utilidad, lo mismo que las otras, en caso de que lo precisara. Fortificó esa población que se encuentra a un día de distancia de Jerusalén y podía serle de utilidad tanto en la región como para la ciudad. Además, con el objeto de reprimir a todo el país, hizo construir la fortaleza ya llamada Torre de Estratón y que él denominó Cesárea. También en la gran llanura fundó una colonia militar con soldados elegidos de su guardia, en la frontera con Galilea, a la cual denominó Gaba; colonizó también el territorio de Hesbón en Perca. Estas construcciones se hicieron sucesivamente; poco a poco fue proveyendo a su seguridad, encerrando al pueblo en un cinturón de plazas fuertes, de modo que no pudieran realizarse tumultos, como se hacían antes con el menor pretexto; y para que no permanecieran ocultos los que se estaban preparando, pues siempre había alguien dispuesto a informar para impedirlos. Dirigióse a Samaria con la finalidad de mejorar sus defensas, llevándose consigo una colonia, no sólo de gente que necesitara para la guerra, sino también de vecinos, con el deseo de levantar allí un templo, y dar realce a una población que antes no lo tenía; pero sobre todo quería unir su seguridad con la magnificencia. Le cambió el nombre y la denominó Sebaste; dividió las tierras entre los nuevos pobladores, a fin de que gozaran de prosperidad, a pesar de ser recién llegados. Rodeó la ciudad de una gran muralla, aprovechando el terreno escarpado; lo hizo abarcando no sólo el espacio anterior, sino de tales dimensiones que no fuera menor a las que tenían las ciudades más célebres; en efecto, era de veinte estadios. En el interior, en el mismo centro de la ciudad, trazó un circuito sagrado de un estadio y medio, muy adornado, y allí construyó un templo memorable por su magnitud y hermosura. Poco a poco fue embelleciendo la ciudad, considerando por una parte las necesidades de atender a su defensa personal, haciendo del mismo, por la otra, una fortaleza de primer orden, por la solidez de sus murallas. Deseaba ser considerado como amante de lo hermoso y quería dejar a la posteridad monumentos magníficos.

## CAPÍTULO IX

### *Hambre en Judea y en Siria. Generosidad de Herodes. Nuevas construcciones*

1. En el mismo año en que se cumplía el decimotercero del reinado de Herodes, la nación se vio afligida por grandes calamidades, ya fuera por la ira de Dios o porque los castigos acontecen en épocas determinadas. Se sufrió, en primer lugar, una prolongada sequía, seguida de la esterilidad de la tierra, que se negaba a producir aun aquellos frutos que crecen espontáneamente. Obligados a cambiar de comidas por la escasez del trigo, sufrieron diversos males; luego vino la peste, sucediéndose sin tregua las calamidades. La peste se agravó por la falta de medicamentos y de víveres, y la gran mortandad debilitó las esperanzas de los sobrevivientes, que no veían la forma de hacer frente a su indigencia.

Perdidos los frutos de aquel año y consumidos los que tenían en reserva, nada bueno podían esperar; agravóse día a día la situación y no era solamente para aquel año, para el que ya nada les quedaba, pues se había perdido la semilla reservada y la tierra no fructificó por segunda vez. La indigencia obligaba a la búsqueda de diversos medios, pues aun el mismo rey se encontraba necesitado; no recibió tributo ninguno de la tierra, como acostumbraba, y el dinero lo había gastado con liberalidad en la restauración de las ciudades. No sabía a qué acudir para hacer frente a tan gran calamidad; la primera consecuencia de las adversidades fue una intensificación del odio de sus súbditos. Suele acontecer que, cuando los asuntos no se desarrollan prósperamente, las quejas contra los que gobiernan van en aumento.

2. Ante tantas adversidades, Herodes trató de buscar algún remedio a la situación. Era sumamente difícil, pues los vecinos no disponían de medios para aliviarla, por encontrarse sometidos a los mismos males; tampoco tenía dinero para comprar trigo, suponiendo que fuera posible adquirirlo con dinero. Pensando que era equitativo no omitir ningún medio para aliviar la situación, reunió todos los adornos de oro y de plata del palacio real, sin escatimar ni los vasos cuidadosamente trabajados ni los objetos artísticos. Envió el dinero a Egipto, cuya prefectura ejercía Petronio en nombre de César. Éste, a pesar de que muchos acudían a él afligidos por la penuria, por ser particular amigo de Herodes, quiso ayudar a sus súbditos, y les concedió el primer lugar en la exportación de trigo; los auxilió de toda forma tanto en la compra como en el traslado, de modo que en gran parte, si no totalmente, se le debió a él la ayuda prestada. Herodes, cuando llegaron los que traían la ayuda, se atribuyó el alivio de la situación; con esto, no solamente logró que cambiaran de opinión aquellos que antes lo apreciaban menos, sino que dio las mejores pruebas de su celo y solicitud. Primeramente, luego de una cuidadosa información, distribuyó trigo entre aquellos que eran capaces de prepararse el pan; además, puesto que había muchos, que por la vejez o por otras razones, no podían prepararse su alimento, se ocupó en su cuidado



asignándoles panaderos y suministrándoles la comida.

Se preocupó también de que, ya próximo el invierno, no se vieran expuestos a ningún peligro, pues estaban necesitados de vestidos, por haberse perdido o consumido casi completamente todos los rebaños, y no disponían de lana u otras cosas para cubrirse. Cuando hubo provisto de lo necesario a sus súbditos, se consagró a la ayuda de las poblaciones vecinas, suministrando semilla a los sirios. No sacó menos provecho de esta medida, pues su generosidad reanimó su suelo fértil y cada uno dispuso de la suficiente provisión de víveres. En fin, cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió no menos de cinco mil hombres al campo, a los que él mismo mantenía.

Es así como con su liberalidad alivió a sus compatriotas y también, en gran parte, a los vecinos que estaban afligidos por los mismos males. Nadie había que se presentara a él apurado por la necesidad, a quien dejara de ayudar según su indigencia. Pueblos, ciudades y particulares, cuantos se encontraban sometidos a la necesidad, si acudían a él conseguían lo necesario. Los coros de trigo distribuido fuera del reino, llegaron a la cantidad de diez mil. El coro es una medida que equivale a diez medimnos áticos; y empleó cerca de ochenta mil en alivio de su pueblo.

Estos cuidados y su oportuna benevolencia le conquistaron la simpatía del pueblo e hicieron tan grande impresión en los otros pueblos, que el odio antiguo que había concitado por algunas violaciones a las costumbres tradicionales, se extinguió del corazón de todo el pueblo, persuadidos todos de que, con su liberalidad, les había proporcionado suficiente satisfacción, ayudándolos en medio de sus graves males. También gozó de gran fama en el extranjero.

Las dificultades casi increíbles que afligieron al reino, contribuyeron a constituir la celebridad de su nombre. La magnífica generosidad que demostró en medio de las angustias, transformó de tal manera el concepto que de él tenía el pueblo, que fue como si desde un principio hubiese sido, no el tirano que les había exhibido la experiencia del pasado, sino el señor caritativo que se había manifestado en los momentos de necesidad.

3. Por aquel tiempo envió a César un cuerpo auxiliar de quinientos hombres seleccionados, que Elio Galo condujo al mar de Eritrea, y que le fueron de gran utilidad. Luego, como su prosperidad iba en aumento, construyó un palacio en la ciudad superior, con amplísimos salones adornados de las más ricas decoraciones y mármoles; cada uno de ellos contenía divanes de mesa para un gran número de invitados con dimensiones y diseños particulares; uno de ellos se llamaba Salón de César y el otro Salón de Agripa.

Después se casó de nuevo por amor, pues no había consideración ninguna que pudiera apartarlo de vivir de acuerdo con su placer. El origen de este nuevo matrimonio fue el siguiente. Un tal Simón, ilustre sacerdote jerosolimitano, hijo de un alejandrino de nombre Boet, tenía una hija con fama de ser la más hermosa de su tiempo. Difundida esta fama en Jerusalén, llegó a oídos de Herodes, y cuando la vio

su corazón quedó cautivo de la hermosura de la muchacha. Sin embargo, no quiso utilizar su poder para dar satisfacción a su deseo, sospechando, como era la verdad, que se lo atribuiría a vicio si procedía violenta y tiránicamente; pensó que sería más prudente tomarla en matrimonio. Puesto que Simón era de menor dignidad como para poder ser pariente del rey, pero con suficiente calidad para no ser menospreciado, Herodes decidió que el mejor medio para poder satisfacer sus anhelos, sería llenarlo de honores y ennoblecer a su familia. Privó del sumo pontificado a Jesús, hijo de Fabes, y se lo entregó a Simón; luego hizo alianza con él.

4. Después de su matrimonio, construyó una fortaleza en el lugar donde había vencido a los judíos, cuando fue expulsado durante el gobierno de Antígono. Esta fortaleza se encuentra a una distancia de casi sesenta estadios de Jerusalén, bien protegida por la naturaleza y de construcción adecuada. Hay, efectivamente, una colina bastante alta, elevada artificialmente y que presenta en conjunto la forma de un pezón. Se distingue por sus torres redondas; es de difícil ascenso, el cual se realiza por doscientas gradas construidas con piedras cuadradas. En el interior se encuentran los departamentos reales, magníficos, muy bien dispuestos, tanto para la defensa como para el placer. Al pie de la colina se llevaron a cabo trabajos admirables, especialmente para la conducción del agua, que faltaba en el lugar, y que era traída desde muy lejos con muchos gastos. La llanura circundante estaba ocupada por edificios, y no cedía lugar a ninguna ciudad en magnificencia.

5. Teniendo éxito en todo lo que deseaba, sin la menor sospecha de conmoción en el reino, pues los súbditos se sentían obligados hacia él, exento de temor, pues no enviaba a nadie al suplicio y por el cuidado que había puesto en ser magnífico en medio de las calamidades, buscó, sin embargo, la seguridad en el exterior, como una defensa para su pueblo. Mantenía relaciones cordiales y hábiles con las ciudades, sabía adular a los príncipes, haciéndoles regalos, además de otros beneficios mayores, manteniéndolos así más obligados para incrementar su prestigio y afirmarse en el reino.

Con estos objetivos y para complacer a César y a los principales de los romanos, se vió precisado a transgredir las costumbres nacionales y violar muchas de sus leyes.

Construyó nuevas poblaciones de ostentación ambiciosa, y edificó otros templos; pero no en Judea, pues los judíos jamás los habrían tolerado, por sernos prohibido venerar estatuas y simulacros a la manera de los griegos, sino en otras regiones, justificándose ante los judíos, diciendo que obedecía a órdenes formales de César y de los romanos, y que no lo hacía por su propia voluntad; mientras que a aquéllos les declaraba que para honrarlos estaba dispuesto a faltar a las costumbres nacionales. En el fondo, sólo se preocupaba de sí mismo, esforzándose en dejar a la posteridad muchos monumentos de su reinado. Esto es lo que lo movía a construir ciudades.

6. Advirtiéndole que en la costa del mar había un lugar muy adecuado para la construcción de una ciudad, llamado la Torre de Estratón, diseñó un plan grandioso, para la ciudad y sus edificios, y la construyó, enteramente, empleando piedras

blancas; la adornó con palacios de mármol blanco más adecuados para reyes que para recibir a simples ciudadanos; y lo que era más difícil y grandioso, la dotó de un puerto segurísimo, por su magnitud semejante al del Pireo, en el cual se podían refugiar sin peligro las naves. Lo más digno de admiración es que aquel lugar no podía suministrar los elementos necesarios para una obra de esta índole, y se llevó a cabo trayendo de otras partes y con muchos gastos el material.

Esta ciudad está ubicada en Fenicia, en la ruta marítima a Egipto, entre Jope y Dora.

Estas dos últimas poblaciones marítimas son de difícil acceso a causa de los fuertes vientos del África que, llevando desde lejos arena a la costa, dificultan el desembarco, de modo que frecuentemente los mercaderes se ven obligados a echar el ancla en el mar. Herodes remedio estos inconvenientes; trazó el puerto en forma circular, de tal manera que aun las mayores embarcaciones pudieran acercarse a la orilla, sumergiendo a este fin rocas enormes hasta una profundidad de veinte brazas; la mayor parte de estas rocas tenían cincuenta pies de largo y, por lo menos, dieciocho de ancho y nueve de espesor; unas más, otras menos. La mole, que hizo construir sobre estos fundamentos, para resistir al ímpetu del mar, tenía una altura de doscientos pies. La mitad, verdadera fortaleza contra el mar tempestuoso, estaba destinada a resistir el empuje de las olas que rompían contra ella de todos lados; la llamó rompeolas. La otra mitad estaba formada por un muro de piedra, con varias torres, siendo la mayor, muy hermosa, la llamada Druso, nombre que tomó del nieto de César, Druso, que murió muy joven. También hizo construir una serie de abrigos abovedados, para mansión de los marineros; en frente de éstos hizo construir un gran muelle de desembarco, que rodeaba todo el puerto y era un lugar admirable para pasear. La entrada y la abertura del puerto estaban expuestas al viento del norte, que es el más favorable. Al extremo del muelle, a la izquierda de la entrada, se levantaba una torre de piedra cuadrada para resistir a los enemigos; sobre el lado derecho se alzaban, unidos entre sí, dos grandes pedestales, más grandes que la torre de enfrente. Todo alrededor del puerto se alineaba un conjunto de edificios de piedra muy bien pulida; en el centro había una colina sobre la cual hizo construir el templo de César, visible desde lejos por los navegantes y que contenía las estatuas de Roma y de César. La ciudad recibió el nombre de Cesárea, conspicua tanta por el material como por la índole de la construcción. Los subterráneos y cloacas que se construyeron no fueron realizados con menos cuidado que los edificios que se levantaron sobre los mismos. Unos, espaciados a intervalos regulares, terminaban en el puerto y en el mar; otro, transversal, los reunía todos, de modo que conducía fácilmente las lluvias y las inmundicias al mar; además éste, cuando crecía a causa del viento, podía penetrar y lavar totalmente la ciudad.

Construyó también un teatro de piedra, y en la parte sud del puerto un anfiteatro que podía contener un gran número de espectadores perfectamente ubicados, con vistas sobre el mar. La ciudad fue terminada en doce años, pues el rey no toleró

ninguna interrupción en el trabajo y no escatimó gastos.

# CAPÍTULO X

*Los hijos de Herodes van a Roma. Augusto en Siria. La acusación de Zenodoro.  
Herodes recibe la tetarquía de Zenodoro*

1. Realizadas estas obras, y habiendo edificado anteriormente Sebaste, determinó enviar a Roma a sus hijos Alejandro y Aristóbulo, para que se presentaran ante César. Cuando llegaron, visitaron a Polión, un amigo muy íntimo de Herodes, y obtuvieron también permiso para ver a César. Éste los recibió con mucha amabilidad, y dio facultad a Herodes para que pasara el reino a uno de ellos. Le ofreció más territorios, la Traconítida, la Batanea y la Auranítida. Se los dio por el siguiente motivo.

Un cierto Zenodoro tenía en arriendo los bienes de Lisantias<sup>[264]</sup>. Considerando que eran insuficientes los ingresos, los aumentó mediante robos de ladrones que escondía en la Traconítida. Allí moraban hombres desesperados que asolaban los campos de Damasco; nada hacía Zenodoro para impedirlo; al contrario, participaba en los latrocinios. La gente, expuesta a estas vejaciones, se quejó ante Varro, el prefecto, y le pidió que escribiera a César comunicándole los atentados a que los sometía Zenodoro.

Informado César de estas quejas, contestó que se eliminara a los ladrones de aquella región, y que ésta se entregara a Herodes quien, en adelante, tendría la obligación de procurar que los de la Traconítida no perjudicaran a las zonas vecinas. No era fácil impedirlo, pues su único trabajo consistía en robar, y no conocían otro medio de vida. No disponían de poblaciones ni campos, sino solamente de lugares subterráneos y cuevas, donde llevaban un método de vida similar al de las bestias. De antemano se aprovisionaban en abundancia de agua y alimentos, para poder permanecer ocultos mucho tiempo.

La entrada de los escondrijos era angosta, y permitía el paso de una sola persona por vez, pero el interior era de gran amplitud, y podía dar cabida a mucha gente; el piso, por encima, no era muy alto, estaba al mismo nivel de la tierra. El lugar estaba lleno de piedras y era de difícil acceso, salvo con un guía, porque los caminos no eran rectos, sino tortuosos.

Cuando estos hombres no podían robar a la gente de las zonas vecinas, se atacaban y robaban mutuamente, acudiendo a toda clase de crímenes. Sin embargo, Herodes, favorecido por César con estas tierras, se hizo conducir al lugar por personas que lo conocían y logró poner fin a los latrocinios, asegurando paz a los vecinos.

2. Zenodoro se indignó al verse privado de la prefectura; luego viajó a Roma para acusar a Herodes, a quien se le había otorgado el gobierno. Regresó sin haber obtenido ninguna satisfacción. Por este tiempo fue enviado Agripa como

lugarteniente de César a las provincias situadas más allá del mar Jonio. Herodes, como amigo muy íntimo que era de él, fue a visitarlo a Mitileno, donde invernaba; después regresó a Judea. Algunos gadarenses se presentaron ante Agripa para acusar a Herodes; pero aquél, sin dignarse contestarles, los hizo detener y los envió al rey.

También los árabes, desde hacía tiempo mal dispuestos contra Herodes, se agitaron y buscaron sublevarse, creyendo que ahora se les ofrecía oportunidad. Zenodoro, que desesperaba del buen éxito de sus asuntos, les había vendido parte de su prefectura, la Auranítida, por cincuenta talentos. Y puesto que en ella se encontraba parte del territorio que César había entregado a Herodes, juzgaron que los habían privado del mismo injustamente; se esforzaron en crear dificultades, con incursiones y queriendo utilizar la violencia, o haciendo alarde de acudir a la justicia. Trataban de atraerse a los soldados pobres, y creaban contratiempos a Herodes, siempre con la espera de las novedades que complacen a los que obran mal. De todo esto estaba informado Herodes, pero no quiso actuar empleando la fuerza y prefirió tratar de apaciguarlos, para no dar lugar a agitaciones.

3. En el año decimoséptimo del reinado de Herodes, pasó César a Siria; entonces una gran parte de los gadarenos empezaron a quejarse de Herodes, acusándolo de dureza y tiranía. Los animaba a estas quejas Zenodoro, quien los instigaba, se quejaba de Herodes y juraba que jamás los habría abandonado, si no lo hubieran privado del gobierno para entregárselo a Herodes. Con estas argucias los habitantes de Gadara clamaban mucho más, animados por el hecho de que sus mensajeros, librados por Agripa, no habían sido sometidos a ninguna pena. Herodes también los había dejado libres sin perjudicarlos en lo más mínimo, pues aunque era inflexible con las faltas de los suyos, sabía perdonar generosamente a los extraños. Así, mientras ellos lo acusaban de rapiña y de la destrucción de sus templos, Herodes, imperturbable, se disponía a defender su causa; pero César lo protegió, y en nada cambió su buena disposición hacia él por la conmoción de la multitud.

El primer día se presentaron esas quejas; los días siguientes no hubo nada más. Pues los gadarenos, en vista de la inclinación de César y de sus asesores, considerando que los iban a entregar al rey, por miedo a los tormentos, se suicidaron, unos degollándose durante la noche otros tirándose desde lugares altos y otros arrojándose al río. En esto se vio la confesión de su impudencia y culpabilidad; de modo que César, sin la menor duda, absolvió a Herodes.

Además se produjo otro hecho que resultó en su beneficio. Zenodoro sufrió un desgarramiento de los intestinos, se debilitó por la gran pérdida de sangre, y murió en Antioquía de Siria. César dióle a Herodes la región que estaba bajo su gobierno, que era bastante grande, y comprendía los territorios situados entre la Traconítida y la Galilea, Ulata, la zona de Panio y todo el campo alrededor. Lo puso también en relación con los procuradores de Siria, a los cuales ordenó que nada hicieran sin el consejo de Herodes. Finalmente, para decirlo en pocas palabras, su influencia era tan grande que en un imperio de tanta magnitud como el romano, gobernado por dos

personas, César y Agripa, por la especial benevolencia en que lo tenían, César a nadie apreciaba más que a Herodes, después de Agripa, y en cuanto a Agripa, consideraba también a Herodes como su primer amigo, después de César.

En vista de la confianza que le tenía César, Herodes pidió una tetarquía para su hermano Feroras, a quien le dio un rédito de cien talentos de su reino, a fin de que, en el caso de que Herodes falleciera, Feroras estuviera asegurado, sin verse obligado a depender de sus sobrinos.

Acompañó hasta el mar a César, y a su regreso hizo levantar en su honor un templo hermosísimo, de piedra blanca, en la tierra de Zenodoro, cerca del lugar denominado Panio. Hay en este lugar, en la montaña, una hermosa gruta, bajo la cual se abre un precipicio y un abismo inaccesible, lleno de agua tranquila; por encima se eleva una alta montaña. Herodes quiso agregar a este lugar admirable el ornato de un templo, que consagró a César.

4. Eximió a los ciudadanos de su reino de la tercera parte de los impuestos, a fin de que se recuperaran después de la época de esterilidad; pero el motivo principal consistía en ganarse la simpatía de los que eran sus enemigos. No veían de buen grado la ejecución de esas obras, que consideraban contrarias a la religión y a las costumbres; se hablaba en todos momentos de él, en forma airada e irritada. Herodes estaba atento a todo, quitándoles la oportunidad para sublevarse, teniéndolos ocupados de continuo, de modo que los ciudadanos no podían reunirse, andar o vivir juntos, sin que lo observaran los guardias del rey. Al que era apresado por haber cometido alguna falta, lo castigaban severamente. Fueron muchos los conducidos, pública o secretamente, a la fortaleza de Hircano, donde eran ejecutados. Había gente apostada, tanto en la ciudad como en los caminos, para ver si algunos se reunían. El mismo Herodes se dedicaba al espionaje, pues con frecuencia vestido como un particular, en horas de la noche se mezclaba con la multitud, para saber directamente lo que se decía de su reinado.

Los que se manifestaban obstinadamente contrarios a las nuevas costumbres, eran perseguidos de todas maneras. Dispuso obligarlos con juramento a serle fieles y a ayudarlo en el gobierno. Muchos, por servilismo o por miedo, accedieron a lo que pedía; a los que manifestaban su desagrado o no toleraban que se los presionase, los eliminaba bajo cualquier pretexto.

Quiso también obligar con juramento al fariseo Polio, y a Samea, y muchos otros que eran sus íntimos, pero no accedieron. Sin embargo, no fueron condenados a las penas señaladas para los que se negaban a jurar, por consideración a Polio. También fueron exceptuados de esta obligación aquellos que entre nosotros son llamados los esenios. Estos hombres siguen un método de vida similar al de los pitagóricos griegos. Hablo de ellos más expresa y ampliamente en otro lugar. Conviene, sin embargo, que exponga el honor que otorgó a los esenios, teniéndolos en más consideración de la que se estila atribuir a los simples mortales. Es un asunto que no resulta extraño a esta historia, especialmente porque por ello se comprenderá la

estima que les tenía.

5. Había un esenio llamado Manaem, de vida honesta suficientemente comprobada, el cual recibió de Dios el don de prever lo futuro. En cierta oportunidad, cuando Herodes, todavía joven, iba a la escuela, lo miró atentamente y lo saludó, dándole el título de rey de los judíos. Herodes, pensando que no lo conocía o que se burlaba de él, lo corrigió diciendo que era un simple particular. Pero Manaem sonrióse y lo golpeó familiarmente: —Reinarás —le dijo—, y lo harás felizmente, pues Dios te ha considerado digno de ello. Y acuérdate de los golpes de Manaem, para que sean para ti como símbolos de los cambios de la suerte. Sería un óptimo motivo de reflexión, si amaras la justicia y practicaras la piedad con relación a Dios y la clemencia con los ciudadanos; sin embargo, yo que conozco este futuro, sé que no harás tal cosa. Disfrutarás de una vida feliz, como no la tuvo ningún otro, y lograrás fama eterna, pero tendrás en olvido la piedad y la justicia. Pero tales hechos no quedarán ocultos a Dios, quien hacia el fin de tu vida te impondrá los castigos adecuados.

Herodes no prestó la menor atención a estas palabras, pues las consideraba fuera de todas sus esperanzas; pero cuando después, paulatinamente, fue ganando prestigio y todo le salía prósperamente, gozando ya de pleno poder hizo llamar a Manaem, y le preguntó por cuánto tiempo reinaría. Manaem no respondió. Ante su silencio, Herodes le preguntó si gobernaría diez años; a lo cual respondió que sí, y también veinte, y treinta, pero sin señalar límite alguno. Herodes se declaró satisfecho, y despidió a Manaem, después de darle la mano; y desde entonces tuvo gran respeto a los esenios.

Me ha parecido conveniente exponer este hecho, aunque pueda haber en él algo de inverosímil, y poner en evidencia que muchos de los nuestros, en estas circunstancias, eran respetados a causa de su virtud y por su conocimiento de las cosas divinas.



# CAPÍTULO XI

## *Herodes demuele el Templo viejo y edifica otro nuevo, más grande que el anterior*

1. En el decimoctavo año de su reinado, Herodes, después de los hechos que han sido expuestos, emprendió una ardua empresa, la edificación del Templo de Dios. Quería darle mayor amplitud y elevarlo a gran altura. Pensaba que sería la más importante de las obras que había hecho hasta entonces, y que, si pudiera llegar a concluirla se ganaría una gloria eterna. Al ver que el pueblo estaba poco dispuesto a ello y que no le sería fácil inducirlo a emprender una obra de tanta magnitud, ante todo quiso persuadirlo y luego poner manos a la obra. Habiéndolo convocado a asamblea, le habló de esta manera: —De los hechos que he realizado desde que empecé a reinar, conciudadanos, no hace falta que diga nada, a pesar de que fueron de tal índole que más sirvieron para vuestra seguridad que para mi ornamento. En los momentos angustiosos nada dejé de hacer que pudiera conducir al alivio de vuestras necesidades; también en todas las construcciones más que a mi persona os he tenido en cuenta a vosotros, para que estuvierais libres de toda injuria. Estoy convencido que por voluntad de Dios he conseguido para los judíos un estado tal de prosperidad como no lo tuvieron nunca. Me parece útil que recuerde en detalle todo lo que he realizado en vuestro favor y que he contribuido a vuestro prestigio edificando varias ciudades; son asuntos que conocéis bien. Ahora quiero mostraros que lo que intento figura entre los propósitos más piadosos y hermosos. Este Templo fue construido en honor del Dios supremo por nuestros mayores, cuando regresaron de Babilonia; sin embargo, le faltan sesenta codos para que tenga la altura deseada, la que tenía el primer Templo construido por Salomón. El que así no sea que nadie crea que se debe a falta de piedad de nuestros padres, pues no estaba en su poder darle tal magnitud. Giro y Darío hijo de Histaspis ordenaron la construcción tal como es actualmente; estando sometidos a ellos, luego a sus hijos y posteriormente a los macedonios, carecieron de poder para dar al Templo su primitiva magnificencia. Pero, puesto que yo ahora, por beneficio divino, he alcanzado el reino, y disfruto de larga paz, no me faltan riquezas y abundo en réditos, y, lo que más vale, soy amigo y cuento con la buena voluntad de los romanos, dueños de todo, o poco menos; me esforzaré en cumplir aquello que fue omitido por las exigencias y servidumbre a que estuvimos sometidos anteriormente; y así demostraré mi perfecta piedad para con Dios por los beneficios que me ha otorgado en este reino.

2. Éstas son las palabras que pronunció Herodes. Muchos quedaron pasmados, pues no esperaban nada semejante. Y como consideraron increíble el proyecto, no se entusiasmaron, antes bien quedaron intranquilos, dudando si, una vez demolido el edificio, Herodes dispondría de medios suficientes para llevar a cabo lo que se había

propuesto; el riesgo les pareció muy grande y la empresa propuesta muy difícil de realizar. Viendo el rey esta disposición de ánimo, los alentó diciendo que no demolería el Templo, sin antes tener disponible todo lo necesario para su reconstrucción.

Con estas palabras, alentó su confianza. Y así lo cumplió, pues se procuró mil carros para el traslado de piedras, seleccionó diez mil obreros entendidos, consiguió mil vestiduras sacerdotales para los sacerdotes, de éstos a unos les enseñó a trabajar la piedra, a otros a trabajar la madera, habiéndolo todo dispuesto con toda diligencia<sup>[265]</sup>.

3. Una vez arrancados los antiguos fundamentos, y colocados otros en el mismo lugar levantó un Templo de cien codos de largo, y veinte de alto, excedente que desapareció más tarde por un hundimiento. En tiempos de Nerón se decidió restablecerlo. El Templo fue construido de piedra blanca muy dura; y la magnitud de cada una de ellas era de cerca de veinticinco codos de largo y de una altura de doce. El Templo, lo mismo que el pórtico real, era más alto en el centro que en las alas laterales; era visible desde una distancia de muchos estadios para los habitantes del campo, principalmente para los que vivían en frente o se acercaban por este lado. Las puertas de entrada con sus dinteles eran tan altas como el mismo Templo, y estaban adornadas con diversos colores que formaban flores purpúreas y columnas.

Además de esto, por encima de las puertas, en el espacio que llegaba hasta el coronamiento del muro, corría una vid de oro con racimos pendientes, maravilla de grandeza y de arte, y en la cual la delicadeza del trabajo corría parejas con la riqueza del material. También rodeó el Templo de pórticos con sus debidas proporciones y más ricos que los anteriores; nadie había visto jamás el Templo ornado tan bellamente. Los dos pórticos se apoyaban en un fuerte muro; y en cuanto al muro era la obra más grandiosa de que se hubiera oído hablar.

El Templo estaba emplazado en un lugar pedregoso, escarpado, con una pendiente suave que va de la parte este de la ciudad hasta su cima. Salomón, el primer rey, bajo inspiración divina, realizó trabajos considerables. En la cima, mediante un muro, fortificó el terreno; en la parte baja, levantó desde el mismo pie de la colina, que rodea un profundo barranco en el suroeste, una segunda muralla de piedras unidas mediante plomo; la muralla, a medida que avanzaba, abarcaba gradualmente un trozo de la colina y se iba elevando.

Toda esta construcción, de forma cuadrada, era de una magnitud y una altura inimaginables; exteriormente, la vista contemplaba grandes superficies de piedra; interiormente, grampas de hierro sostenían todo el aparato y le proporcionaban una seguridad a toda prueba. Este trabajo alcanzaba hasta el nivel de la parte alta de la colina, después se igualó ésta, luego se llenó todo alrededor la cavidad comprendida entre el muro y el flanco de la colina, hasta que alcanzó la misma superficie y se la niveló. Esto formaba el recinto, que tenía cuatro estadios todo alrededor, con un estadio por lado. Dentro de este recinto, otro muro de piedra rodeaba la cima; a lo

largo de la arista oriental, se apoyaba un pórtico doble, de iguales dimensiones que el muro, y se abría sobre las puertas del Templo, colocado en el centro. Muchos de nuestros reyes embellecieron este pórtico. Alrededor del santuario pendía el botín tomado a los bárbaros; el rey Herodes lo consagró de nuevo, agregando lo que había tomado a los árabes.

4. En el lado septentrional había una fortaleza, admirablemente fortificada y provista de medios excelentes de defensa. Fue construida por los reyes pontífices de la raza de Asmoneo, que la llamaron Baris, y la destinaron a guardar las vestiduras sacerdotales con las cuales el sumo pontífice se revestía únicamente cuando tenía que ofrecer un sacrificio. El rey Herodes dejó estas vestiduras en el mismo lugar; y después de su muerte pasaron a poder de los romanos, hasta la época de Tiberio César. Bajo el reinado de éste, el pretor Vitelio pasó de Siria a Jerusalén, y fue recibido con muchas honras por el pueblo; queriendo conquistarse su favor, ante el pedido de que las vestiduras sacerdotales les fueran entregadas, escribió sobre el particular a Tiberio César. Éste lo otorgó, y quedaron en poder de los judíos las vestiduras sacerdotales hasta la muerte del rey Agripa.

Después de él Casio Longino, que tenía a su cargo la administración de Siria, y Cuspio Fado, procurador de Judea, ordenaron a los judíos que colocaran las vestiduras sacerdotales en la torre Antonia; decían que los romanos, como antes, debían ser sus depositarios. Por este motivo los judíos enviaron una legación a presentar un pedido a Claudio César. Una vez en Roma, el joven rey Agripa, que se encontraba allí, los apoyó ante el emperador para que se las entregaran; el emperador accedió, enviando la orden consiguiente a Vitelio, pretor de Siria. Antes las vestimentas se encontraban bajo el sello del pontífice y el de los guardias del tesoro; y el día anterior a las fiestas los guardianes del tesoro se presentaban ante el jefe de la guarnición romana, y las retiraban, luego de verificar su anillo; después, terminadas las fiestas, las devolvían al mismo lugar, luego de haber comprobado ante el comandante de la guarnición que el sello era el mismo.

Me he visto obligado a dar todos estos informes por los hechos dolorosos que acontecieron posteriormente.

Por esta época el rey de los judíos, Herodes, reforzó la fortificación de la torre Baris, para seguridad y protección del Templo, y le dio el nombre de torre Antonia, en nombre de Antonio, su amigo el emperador romano.

5. Por el lado del oeste, el muro que cercaba el Templo tenía cuatro puertas, una de las cuales conducía al palacio real por un camino que atravesaba la barranca; dos que llevaban a los suburbios, y la última que conducía a los restantes barrios de la ciudad, por una larga escalera que descendía hasta el fondo de la barranca. La ciudad se encontraba frente al Templo, edificada en forma de anfiteatro y rodeada por toda la parte sud por una profunda barranca. El cuarto lado del muro, al sud, tenía también puertas, en el centro, y además el pórtico real, que se extendía a lo largo, con su triple camino, de la barranca del este a la del oeste; no fue posible prolongarlo más.

Era la obra más admirable que se haya visto bajo el sol. Tenía tanta profundidad la barranca que si alguien se inclinaba a mirar no lograba ver el fondo; sin embargo, Herodes construyó sobre el borde mismo un pórtico de dimensiones inmensas, de tal modo que si alguien trataba, desde lo alto del techo, de sondear esta doble profundidad, sentía vértigo, sin lograr medir con la vista la profundidad del abismo.

Había cuatro filas de columnas, estando la cuarta dispuesta sobre el muro de piedra. Las columnas eran tan gruesas que para abrazarlas debían juntarse tres hombres por las manos, con los brazos extendidos; el perímetro de la base era de veintisiete pies, con una moldura doble enrollada en la base. El número de columnas era de ciento sesenta y dos, siendo sus capiteles de estilo corintio, una obra realmente grande y admirable. Siendo cuatro las series de columnas, tres de ellas dividían el espacio intermedio en pórticos. Los dos extremos que se correspondían y estaban dispuestas del mismo modo, tenían cada uno treinta pies de ancho, un estadio de longitud y más de cincuenta pies de altura; el del medio tenía el doble de ancho y una altura doble; esta nave sobrepasaba en mucho a las dos vecinas.

El cielo raso estaba adornado de esculturas de madera, trabajadas con diversos diseños. La parte central era más alta y el muro que lo sostenía, formando cornisa, descansaba en el entablamento del piso inferior; estaba decorado con columnas intercaladas, y el conjunto pulido perfectamente. El que no lo haya visto no se puede formar una idea, y los que lo veían se sentían conmovidos de admiración. Así era el primer atrio.

Había un segundo atrio, a escasa distancia, al cual se ascendía por algunas gradas y que rodeaba una barrera de piedra. Una inscripción prohibía la entrada a los extranjeros bajo pena de muerte. El atrio interior tenía en el sur y en el norte tres portales a alguna distancia los unos de los otros, y en el oriente una sola, la puerta grande, por la cual nosotros los judíos, con tal de que fuéramos puros, entrábamos con nuestras mujeres. Más adentro estaba el santuario, en el cual no se permitía la entrada a las mujeres. Y todavía más al interior un tercero, cuyo ingreso sólo era permitido a los sacerdotes. Allí estaba el Templo mismo y delante de él el altar en el cual ofrecíamos nuestros holocaustos a Dios. El rey Herodes no tenía acceso a ninguna de estas últimas partes del edificio, de las cuales estaba excluido por no ser sacerdote. Sin embargo, se ocupó activamente de los trabajos de los pórticos y de los atrios exteriores y los terminó en ocho años.

6. El santuario fue terminado por los sacerdotes en un año y seis meses. Todo el pueblo, lleno de alegría por la rápida terminación de la obra dio gracias a Dios, en primer lugar, y luego al rey, por su empeño. La reconstrucción fue celebrada con fiestas y bendiciones.

El rey inmoló a Dios trescientos bueyes; y los demás, de acuerdo con lo que podían, no pudiendo darse ninguna cantidad, porque no se aproximaría a la verdad. Aconteció que cayó en el mismo día la terminación de los trabajos del Templo con el aniversario del advenimiento del rey, que se celebraba habitualmente; esta

coincidencia dio a la fiesta mayor esplendor.

7. Además el rey se hizo construir un pasaje subterráneo, que conducía de la torre Antonia al recinto sagrado, desde el lado de la puerta del este; encima de esta puerta hizo construir también una torre, desde la cual quería también tener acceso por subterráneos, para estar protegido en caso de levantamiento popular contra los reyes. Se cuenta que, mientras se construía el Templo, no llovía de día, sino sólo de noche, a fin de que no se retardara la obra. Así lo dijeron nuestros mayores, y no es increíble, si alguien tiene en cuenta las otras cosas admirables que Dios ha hecho con nosotros. Y es así como el Templo fue construido.

# LIBRO XVI

*Contiene un lapso de doce años*

# CAPÍTULO 1

*Los hijos de Herodes regresan de Roma; son calumniados por Salomé y Feroras*

1. Dedicado el rey a las tareas de gobierno, a fin de terminar con las frecuentes iniquidades que se cometían tanto en la ciudad como en el campo, promulgó una ley muy distinta de las que regían anteriormente: que los ladrones fueran vendidos, para expulsarlos del reino. Esta medida no sólo era sumamente severa para los culpables, sino que implicaba una violación de las costumbres patrias. Pues obligados a vivir entre extraños y a adoptar un modo de vida diferente, constreñidos a hacer lo que quisieran sus dueños, significaba más bien una ofensa contra la religión que un castigo para los delincuentes, aspecto que en las leyes anteriores se había tenido en cuenta.

Estas últimas establecían que el ladrón sería multado con una suma igual al cuádruple del valor de lo robado; en el caso de que no pudiera cumplir la multa sería vendido, pero no a los extranjeros ni tampoco a perpetuidad. Después de seis años era dejado en libertad. Al contrario, la nueva ley parecía una demostración de arrogancia, como si gobernara, no a la manera de un rey, sino tiránicamente, estableciendo una clase de penas que no respetaba las costumbres de los judíos. Éstas, así como otras cosas que acostumbraba a hacer, ocasionaron malestares y odios.

2. Por este tiempo dirigióse a Italia, pues deseaba hablar con César y ver a sus hijos.

César lo recibió benévolamente, y entre otras pruebas de bondad, permitióle que se llevara a sus hijos que ya habían terminado sus estudios. De regreso de Italia, despertaron la curiosidad del pueblo, pues se distinguían entre los demás, tanto por sus riquezas como por su apostura, propia de la dignidad real. Inmediatamente despertaron la envidia de Salomé, la hermana del rey, y de aquellos que con sus calumnias habían causado la muerte de Mariamne. Pensaron que si llegaran al poder, ellos tendrían que purgar el delito de las ofensas inferidas a su madre. Este miedo los indujo a inventar calumnias, diciendo que los hijos no se sentían a gusto con su padre a causa de la muerte de su madre.

Inventaron algo verosímil con el propósito de minar y destruir la benevolencia del padre hacia sus hijos. No lo dijeron abiertamente, pero hicieron difundir el rumor entre la multitud; cuando llegó al conocimiento de Herodes, poco a poco le fue despertando el odio en el corazón, y carcomiendo incluso el afecto de los lazos naturales. Por aquel tiempo, estando todavía firme el amor del padre por sus hijos y más fuerte que todas las calumnias y las sospechas, les concedió todos los honores que les correspondían, y como ya eran adultos les dio esposas; a Aristóbulo lo casó con Berenice, hija de Salomé; y a Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de los capadocios.

## CAPÍTULO II

*Herodes invita a Agripa a trasladarse a Judea. Queja de los judíos de Jonia.  
Herodes regresa a Jerusalén, rinde cuenta de su viaje y exime al pueblo de la  
cuarta parte de los impuestos del año precedente*

1. Informado Herodes de que Marco Agripa navegaba de nuevo de Italia al Asia, se apresuró a encontrarse con él y le pidió que fuera a su reino para recibir los honores de huésped y amigo. Ante su insistencia, Agripa accedió y se dirigió a Judea. Nada omitió Herodes de lo que podría ser de su agrado; lo trató, a él y a sus amigos con gran magnificencia y les proporcionó toda clase de placeres, en Sebaste, en Cesárea, el puerto que había construido, y también en las fortalezas que había edificado, Alexandreion, Herodio, Hircania. Lo llevó también a la ciudad de Jerusalén, donde el pueblo lo recibió vestido de fiesta y con grandes aclamaciones.

Agripa ofreció cien bueyes a Dios y agasajó al pueblo con un banquete que no cedió por el número de los que participaron a las ciudades más populosas. Por su gusto, habría permanecido más tiempo, pero dada la época del año tuvo que apresurarse a partir.

Debía navegar hacia Jonia, y el viaje no sería muy seguro si dejaba aproximarse mucho el invierno.

2. Agripa, pues, se embarcó, haciéndole Herodes muchos regalos a él y a sus más íntimos.

El rey Herodes pasó el invierno en su territorio, pero cuando vino la primavera, se apresuró a reunirse con Agripa, pues sabía que estaba preparando una expedición al Bósforo. Habiendo navegado por Rodas y Cos, se dirigió hacia Lesbos, en la confianza de encontrar a Agripa allí. Pero se lo impidió un viento del norte. Entonces por algunos días se quedó en Cío, donde recibió a los muchos que fueron a saludarlo, haciéndoles magníficos regalos. Cuando vio las ruinas del pórtico de la ciudad, el que había sido destruido durante la guerra con Mitrídates, no siendo fácil restaurarlo por su magnitud y belleza, les dio dinero y aun más de lo necesario para que cuidaran de su reconstrucción, recomendándoles que lo hicieran sin demora para devolver a la ciudad su ornamento.

En cuanto soplaron vientos más suaves, navegó primeramente hacia Mitileno, luego hacia Bizancio, y cuando supo que Agripa había ya doblado las islas Cianeas, se apresuró a reunirse con él. Lo encontró cerca de Sínope, en el Ponto.

Agripa, que no esperaba este encuentro, lo recibió con júbilo, y tuvo en gran aprecio su compañía. Agripa vio una gran prueba de amistad y afecto en la decisión de Herodes de navegar tanto y dejar la administración y las cosas de su reino, para ir a encontrarse con él.

Durante la expedición Herodes fue para él un auxiliar en los asuntos públicos y



un consejero en los problemas particulares, y un compañero grato en los momentos de reposo; el único que compartió con él las penas por afecto y los placeres por deferencia. Una vez puestos en orden los asuntos del Ponto, para cuyo arreglo había sido enviado Agripa, decidieron no regresar, sino que pasaron a Paflagonia y Capadocia y luego pasaron a la Gran Frigia y llegaron a Éfeso, desde donde se reembarcaron para Samos. Herodes se mostraba generoso en las ciudades por donde pasaba de acuerdo con las necesidades de los que solicitaban. Nada omitió de lo que pudo hacer para ser generoso en otorgar dinero o procurarse amistades, corriendo él mismo con los gastos. Intercedió ante Agripa en favor de algunos que deseaban algo y lo obtuvieron a plena satisfacción. Era de ánimo benigno y presto a otorgar lo que se le pedía, con tal que no dañara a otros, y así gozaba de la mayor influencia para inclinar la voluntad de un amigo. De esta manera reconcilió a los habitantes de Ilio con Agripa, pues el último estaba indignado con ellos, libró también a los habitantes de Cío de sus deudas con los procuradores del emperador y de sus impuestos y así hizo con muchos otros, cada uno de acuerdo con sus necesidades.

3. Encontrándose en Jonia, una gran multitud de judíos, moradores de aquellas ciudades, confiando poder hablar libremente aprovecharon la ocasión, y se presentaron ante Agripa. Le expusieron las injusticias a que los sometían; les prohibían observar sus propias leyes, los obligaban a presentarse ante los tribunales los días festivos por iniquidad de los magistrados, les quitaban el dinero que querían enviar a Jerusalén, los obligaban a cumplir el servicio militar y otros cargos públicos y a gastar en los mismos el dinero que consideraban sagrado, a pesar de que siempre los habían exceptuado de los mismos por haberles permitido los romanos que vivieran de acuerdo con sus propias leyes. Como exigieran a voces que los oyeran, Herodes pidió a Agripa que los atendiera y propuso que hablara en nombre de todos ellos un amigo suyo, llamado Nicolás<sup>[266]</sup>. Agripa convocó a sus asesores, a los principales de los romanos y a los reyes y príncipes que estaban presentes. Nicolás se expresó en favor de los judíos, en esta forma:

4. —Muy poderoso Agripa: Todos aquellos que se encuentran en dificultades tienen necesidad de dirigirse a los que pueden aliviarlos en sus tribulaciones; a los que ahora se encuentran en tu presencia, los anima, además, una gran confianza. Puesto que en ocasiones anteriores obtuvieron vuestros favores, y aun en la medida de sus deseos, piden ahora no ser privados de aquellos beneficios que les disteis, especialmente por haberlos recibido de aquellos que tenían poder para otorgarlos; y han sido privados de los mismos, no por los superiores, sino por aquellos que al igual que ellos os están sometidos. Si lo que han recibido es mucho, procedería que los beneficiarios se mostraran dignos de tantos beneficios; si es poco, sería vergonzoso que los benefactores no les confirmaran lo que les otorgaron. Está fuera de toda duda que aquellos que ponen dificultades a los judíos y los tratan indignamente, ofenden al mismo tiempo a los que recibieron los beneficios, por no considerarlos buenos, a pesar de que hombres muy preclaros dieron de ellos muy buen testimonio, y a los que

otorgaron los beneficios, al hacer que no se pueda cumplir la gracia concedida. Si alguien les preguntase qué prefieren, que se les prive de la vida o de los sacrificios, ritos y fiestas que celebran en honor de los dioses a quienes honran, sé muy bien que estarían dispuestos a sufrirlo todo antes de tolerar que se les disminuyan en lo más mínimo algunas de sus costumbres patrias. Muchos de ellos están dispuestos a ir a la guerra antes que permitir que se falte a sus leyes. Además la felicidad de que goza actualmente el género humano gracias a vuestra intervención, se mide por el hecho de que se permite a cada región prosperar y observar sus propias costumbres. Precisamente lo que aquella gente soportaría de mala gana si se hiciera con ellos, lo realizan violentamente con otros, como si no fuera una conducta impropia, tanto olvidar la piedad que cada cual debe a sus propios dioses, como intentar contra todo derecho que los otros no observen sus propias costumbres piadosas.

»Pero pasemos a otras consideraciones. ¿Hay por ventura, pueblo, ciudad o nación a los cuales no les parezca el mayor de los bienes vuestro gobierno y el poderío del pueblo romano? ¿Hay alguien que desee que vuestros beneficios resulten vanos? Ciertamente, no, a no ser que sea un insensato, pues no hay ni una sola persona que privada o públicamente no participe de los mismos. Aquellos que intentan quitar a otros lo que han recibido por vuestra liberalidad, con su conducta perjudican la firmeza y permanencia de lo que ellos han recibido. Sin embargo, los favores otorgados son tales que nadie puede medirlos. Pues si se comparan los poderes a que antes estuvieron subordinados con el actual, entre lo mucho que deben tener en cuenta para su felicidad, basta que reconozcan que no son siervos, sino libres. En lo referente a lo que se nos ha concedido, a pesar de que lo apreciamos sobremanera, no es de tal índole que pueda despertar la envidia. Es gracias a vosotros que nos sentimos felices a la par de los otros; y sólo pedimos que se nos conceda en común con los demás el que se nos permita sin dificultad ninguna practicar nuestra religión; es una ventaja que no tendría que despertar la envidia de aquellos que la otorgan. Pues si a Dios le gusta que se le honre, también se complace con aquellos que permiten que se cumpla este honor. No hay en nuestras costumbres nada inhumano, sino que todo está de acuerdo con la piedad y unido a una saludable justicia; y nada ocultamos de los preceptos que utilizamos para organizar nuestra vida como manifestaciones de nuestra piedad y para las relaciones humanas. Dedicamos el día séptimo al estudio de nuestras costumbres y leyes, y nos consagramos a su meditación para que sometidos a su cumplimiento evitemos los pecados. Si alguien estudia estas costumbres verá que en sí son hermosas; y para nosotros, además, están dotadas de antigüedad, aunque a algunos no les parezca así; por lo tanto contra su agrado se apartarán de ellas aquellos que las recibieron piadosamente y las observan. De esto se nos priva violenta e indignamente. También nos arrebatan el dinero que hemos reunido para el culto de Dios, nos exigen tributos y durante los días festivos nos citan a los tribunales y a realizar otros trabajos, no por respecto a los contratos, sino para ofender nuestra religión, cuya existencia conocen por nosotros mismos; por

el odio que nos tienen proceden contra derecho y justicia. En efecto, vuestro dominio universal y único otorga benevolencia y aniquila la maldad de aquellos que prefieren el odio al amor.

»Por lo tanto te pedimos, oh muy poderoso Agripa, que no se nos ocasione ningún mal ni se nos trate indignamente; que no se nos prohíba observar nuestras costumbres ni se nos despoje de nuestros bienes y que no se acuda a la violencia con nosotros en aquellas cosas en que nosotros tampoco acudimos a la violencia. No es solamente algo justo y equitativo lo que pedimos, sino lo que anteriormente ya nos ha sido otorgado por vuestra bondad. Podríamos leer numerosos senadoconsultos y las tablas depositadas en el Capitolio, sobre lo que nos han concedido luego de comprobar nuestra felicidad, los cuales tendrían valor, aun en el supuesto caso de que nada hubiéramos hecho para merecerlos. No solamente a nosotros, a casi todo los hombres cuyos bienes conservasteis, les habéis acordado más beneficios de los que esperaban, y tendría que hablar mucho aquel que quisiera enumerar todas las ventajas que se os deben. Pero para que compruebes que no somos indignos de los beneficios que nos otorgaste, bastará recordar, aunque callemos todo lo anterior, lo que ha realizado aquel que actualmente reina sobre nosotros y que está sentado a tu lado.

»¿Qué prueba de benevolencia ha dejado de hacer por vuestra casa? ¿Dónde ha faltado a su fidelidad? ¿Qué medio para honraros ha omitido? ¿Cuándo dejó de ser el primero en caso de apuro? ¿Qué se opone a que vuestros beneficios correspondan a los méritos que ha conquistado?

»Es justo que no pasemos en silencio el valor de su padre Antipáter, el cual, mientras César se encontraba en Egipto, reforzó sus tropas con dos mil soldados, y no fue inferior a nadie, tanto en los combates terrestres como en los navales. ¿Hace falta decir la gran ayuda que fue para César en aquella oportunidad y los dones con que éste lo recompensó? Debiera para ello mencionar las cartas que escribió al senado, y en qué forma Antipáter obtuvo del pueblo honores y el derecho de ciudadanía. Todo esto muestra suficientemente que no recibimos sin causa vuestros beneficios y que no pedimos sin razón que nos los confirmes; si no hubieran sido otorgados con anterioridad, esperaríamos que nos fueran otorgados ahora, teniendo en cuenta la actitud del rey, su ánimo hacia vosotros, y vuestra buena voluntad hacia él. Además los judíos de nuestra patria nos han hecho saber lo benévolamente que te has comportado al recorrer su país, y que ofreciste sacrificios a Dios y lo honraste, y que los obsequiaste con banquetes, y que no desdeñaste su hospitalidad. Todo esto que comprueba la forma en que fue recibido un varón de tan alta dignidad por el pueblo y la ciudad, es prueba de la amistad existente entre tú y el pueblo de los judíos, sirviendo de intermediario para ella la casa de Herodes. Al recordar esto, así como la presencia del rey que está sentado a tu lado, no pedimos otra cosa sino que aquello que quisiste otorgarnos, no nos sea quitado mediante violencia e injusticia ajenas».

5. Cuando Nicolás terminó de hablar, los griegos no replicaron; pues no se trataba de algo que estuviera en litigio, sino de una súplica contra la violencia. No negaron

haber obrado de esta manera, pero adujeron que los judíos, por el solo hecho de vivir dentro de sus límites, obraban injustamente. Estos últimos demostraron que ellos eran nativos y que, por el hecho de observar sus propias leyes, no perjudicaban a nadie. Por lo tanto, Agripa, comprobado que hubo que se les hacía violencia, respondió que en mérito a la devoción y la amistad de Herodes estaba dispuesto a acceder al pedido de los judíos, el cual, por otra parte, consideraba que era justo; y si le pidieran más, también se lo otorgaría, siempre que no fuera en perjuicio del Imperio Romano. Pero, puesto que simplemente pedían lo que ya les había sido otorgado, se lo confirmaba, y les aseguraba el derecho a perseverar en la observancia de sus leyes sin que fueran molestados.

Después de decir esto, disolvió la reunión. Herodes se levantó, lo saludó y le agradeció la buena disposición que les había demostrado. Agripa, complacido, expresóle también su agradecimiento, y lo saludó recibéndole en sus brazos. Después se retiró. Eu cuanto al rey determinó volver por mar. Habiéndose despedido de Agripa, emprendió el regreso. Pocos días después llegó a Cesárea, teniendo el viento en su favor. Una vez en Jerusalén convocó a todo el pueblo; acudio una gran multitud, muchos de los cuales eran del campo. Desde la tribuna informó al pueblo de su viaje y explicó lo que había hecho en favor de los judíos de Asia, para que en adelante pudieran disfrutar tranquilamente de sus derechos. Hizo una exposición detallada de la prosperidad y administración del reino, como en todo se había esforzado en serles útil; lleno de satisfacción, les condonó la cuarta parte de los impuestos del año anterior. Los judíos, conquistados por la gracia y el contenido de lo que les dijo, se dispersaron muy contentos, deseando la mayor prosperidad al rey.

## CAPÍTULO III

*Disensiones provocadas por la preferencia de Herodes por su hijo mayor,  
Antipáter. Disgusto de Alejandro*

1. Aumentaba de día en día el malestar doméstico en la casa de Herodes, creciendo siempre y empeorando, pues Salomé fomentaba contra los jóvenes príncipes un odio que parecía hereditario; todo lo que se refería a su madre la llenaba de odio y temeridad, pues anhelaba que nadie quedara que estuviera en condiciones de poder vengarla. Por otro lado, los jóvenes tenían también cierta audacia y cierta malevolencia contra su padre, al recordar la injuria que se había inferido a su madre, así como también porque sentían afán de gobernar. La situación era la misma de otros tiempos: los jóvenes libre y abiertamente maldecían a Salomé y Feroras, y éstos ejercían su malicia contra los jóvenes y se dedicaban a tenderles celadas. Mutuamente se odiaban, pero manifestaban su odio de manera diferente: los jóvenes insultaban e injuriaban abiertamente, pues como inexpertos e ingenuos que eran no ocultaban su ira; los otros, en cambio, seguían otro método; astuta y deshonestamente se servían de la calumnia, no perdiendo ocasión para provocarlos, pensando que la temeridad de los jóvenes los llevaría finalmente a actuar contra su padre. No sentían ninguna vergüenza por las faltas de su madre y creían que había sido castigada inicualemente; y se inclinaban a vengarla aun con sus propias manos, en aquel que parecía ser culpable. Finalmente la ciudad se llenó de rumores y, como acontece en las contiendas de esta índole, se apiadaban de la impericia de los jóvenes, pero Salomé prevalecía por sus precauciones y diligencia y aprovechaba la conducta de ellos mismos para dar verosimilitud a lo que decía. Porque ellos estaban tan irritados por el fin que sufrió su madre que se empeñaban en demostrar lo desdichada que había sido —y lo fue en verdad— y lo desdichados que eran ellos también por verse obligados a vivir con aquellos que la mataron y participar de sus intereses.

2. La disensión crecía de día en día, pues la ausencia del rey ofrecía más motivo para ello. Después que regresó Herodes y habló al pueblo, como dijimos, Feroras y Salomé lo acosaron repitiéndole continuamente que se encontraba en gran peligro a causa de sus hijos, quienes abiertamente habían proferido amenazas de que no dejarían de vengar la muerte de su madre. Agregaron que aquéllos confiaban en la ayuda del capadocio Arquelao, para presentarse ante César y acusar a su padre. Estas noticias conturbaron a Herodes, tanto más cuanto que otros le decían lo mismo.

Recordando los hechos pasados se dijo que a causa de las disensiones existentes entre los suyos nunca había podido gozar de los más caros afectos, ni del amor de una esposa a la que adoraba, y temió que lo futuro le deparara algo peor aún que lo pasado. Su ánimo quedó profundamente perturbado. En los asuntos no familiares todo le iba mucho mejor de lo que esperaba, con el patrocinio de Dios; pero en cuanto

a los problemas de su casa, le iba mucho peor. Los dos aspectos de su vida se desarrollaban en forma que jamás lo hubiera creído y dudaba qué sería mejor, si tener éxito en los asuntos externos y sufrir tribulaciones domésticas, o escapar a tan grandes males en sus afectos familiares, renunciando a todo aquello que daba apariencia de grandeza a su reino.

3: Turbado y afligido, a fin de refrenar a sus hijos, mandó llamar a su otro hijo, nacido cuando era un simple particular; se llamaba Antipáter y decidió honrarlo. No para ponerse totalmente bajo su dominio, como aconteció después, sino con el propósito de poner límite a la audacia de los hijos de Mariamne y de que les sirviera de admonición.

Su arrogancia decrecería, si llegaran a persuadirse que la sucesión al reino no les pertenecía a ellos solos ni era necesario que así fuera. Por este motivo acogió en su casa a Antipáter, creyendo que obraba sabiamente y que, reprimiendo la índole agitada de sus otros dos hijos, éstos llegarían a ser mejores.

Pero aconteció de muy diversa manera de lo que pensara. Los jóvenes lo interpretaron como una muy grave ofensa. Antipáter, por su lado, hombre ingenioso, alentado por una esperanza de la que antes carecía, se esforzó en tratar mal a sus hermanos y no cederles el primer lugar; se adhería al padre, a quien las calumnias habían apartado de aquéllos. Le fue fácil tener éxito en lo que se había propuesto, añadiendo calumnias a las calumnias, para aumentar la irritación del rey.

Antipáter era el autor de los rumores que se diseminaban, pero procuraba que su padre no lo supiera; utilizaba a otros hombres, libres de sospechas porque eran considerados fieles al rey. Había muchos que fomentaban sus esperanzas e influían en Herodes, pues parecían hablar movidos por el afecto.

Mientras acontecían estas cosas, los otros dos jóvenes no cesaban de ofrecer ocasión para la maledicencia. Lloraban frecuentemente por la contumelia de que se consideraban víctimas, invocaban a menudo a su madre, y abiertamente comentaban entre los amigos la inicua conducta de su padre. Todo esto no era ignorado por los que rodeaban a Antipáter, y se lo comunicaban a Herodes con aditamentos; y de este modo el malestar doméstico fue empeorando.

El rey, exasperado por las calumnias, y deseoso de humillar a los hijos de Mariamne, fue otorgando cada vez nuevos honores a Antipáter. Finalmente llamó a la corte a la madre de éste, y escribió al César en favor de su hijo, recomendándolo calurosamente.

Cuando Agripa se dirigió a Roma, después de administrar por espacio de diez años los asuntos de Asia, Herodes tomó una nave y salió a su encuentro; y le entregó a Antipáter, para que lo llevara consigo, dándole muchos regalos, y pidió que lo hiciera amigo de César. De modo que ya todo parecía estar en poder de Antipáter, y los otros jóvenes iban a ser excluidos decididamente del imperio.

## CAPÍTULO IV

*Herodes acusa a sus hijos ante el emperador. Alejandro se defiende.*

*Reconciliación de Herodes con sus hijos*

1. Este viaje fue de gran provecho para Antipáter, tanto por el honor que significaba como porque evidenciaba que era preferido a sus hermanos. Se hizo célebre en Roma, pues Herodes escribió en su favor a todos sus amigos. Lamentaba, sin embargo, no estar al lado de su padre, para tener oportunidad de perjudicar más de continuo a sus hermanos; pero lo que más temía era que cambiara la disposición de ánimo de su padre, si llegara a suavizarse su actitud hacia los hijos de Mariamne.

Con este estado de ánimo, no desistió de su propósito, y desde Roma, en la medida en que esperaba poder irritar a su padre contra sus hermanos, envió frecuentes cartas a Herodes simulando una gran preocupación por su seguridad, y en realidad porque su naturaleza perversa alimentaba grandes esperanzas. Indispuse e indignó de tal manera a Herodes, que éste llegó a odiar a los jóvenes. Para no proceder en forma negligente o precipitada, le pareció conveniente a Herodes navegar a Roma, y acusarlos ante César, y no permitirse algo que por su magnitud diera lugar a que se sospechara que procedía impiamente.

Después que llegó a Roma, se dirigió a la ciudad de Aquilea, pues tenía prisa por encontrarse con el emperador. Cuando pudo hablar con él le pidió que le prestara oídos en las grandes tribulaciones en que se encontraba. Condujo a sus hijos a su presencia, lamentándose de su temperamento y de sus nefastos propósitos<sup>[267]</sup>. Le dijo que eran sus enemigos, que de todas maneras procuraban expresar el odio que sentían hacia su padre, el cual podía llevarlos a matarlo para quedarse, mediante este crimen, con el reino, a pesar de que César le había otorgado el poder de dejar el reino, no obligatoriamente, sino según su juicio, al hijo que hubiera mostrado comportarse más piadosamente con él. Por otra parte poco les importaba el reino y aun la vida, con tal que pudieran llegar a matar al padre; tan profundo era el odio inhumano y criminal que se había aposentado en su ánimo. Aunque por mucho tiempo había sufrido esta calamidad, ahora se veía obligado a comunicársela al César y manchar sus oídos con estos horrores. Sin embargo, ¿qué mal trato habían recibido de su parte? ¿En qué aspecto se había comportado con ellos grave y ásperamente? ¿Sería justo y equitativo que habiendo obtenido el reino después de mucho tiempo y muchos peligros, no fuera dueño del mismo, ni disfrutara de él para luego dejarlo a quien lo mereciera? Este poder sería el premio de la piedad filial en favor de aquel que supiera comportarse de tal manera que mereciera la recompensa. Era evidente que no les pertenecía a ellos inmiscuirse en la sucesión. El que piensa de continuo en el reino, piensa a la par en la muerte del padre, pues no lo ha de conseguir sino después de él.

En cuanto a él, ¿qué ventajas no había dejado de otorgarles como a hijos del rey? No les faltaban dignidades, servidores ni lujo; más todavía, había cuidado que se casaran muy honradamente, uno con la hija de su hermana, y el otro, Alejandro, con la hija del rey Arquelao. Y lo que es más, a pesar de todo, no se había atrevido a usar de su poder contra ellos, sino que los presentaba ante el benefactor común, César, dejando de lado el derecho que tenía como padre o como rey ofendido, y venía ante él con igual derecho. Le pedía, por lo tanto, que no dejara de vengarlo, y que no lo forzara a vivir entre temores. ¿De qué les serviría ver la luz del día después de lo que habían proyectado, si escapaban al castigo, habiéndose atrevido a tanto?

2. En esta forma acusó Herodes a sus hijos frente a César. Los jóvenes, mientras el rey hablaba, lloraban y se mostraban consternados. Pero luego fue peor. Ellos tenían conciencia de que eran inocentes de la impiedad que se les atribuía, pero sabían que difícilmente podrían defenderse de la acusación, pues aunque podían hablar libremente en aquella oportunidad, refutando enérgicamente las imputaciones, no sería correcto que lo hicieran. Sin atinar a decir nada, anegados en lágrimas, suspiraban intensamente, temiendo que si callaban, darían la impresión de ser culpables, y no encontrando la forma de defenderse por su poca edad y la consternación de su espíritu.

César, observando su abatimiento, comprendió que estaban perturbados por su falta de experiencia y modestia, y no por la conciencia de los crímenes de que se los acusaba. No había nadie que no se compadeciera de ellos. Los presentes estaban apiadados; y emocionaron al padre con sus aflicción sincera.

3. Cuando advirtieron señales de mayor benevolencia en su padre y en el César, y que los demás se condolían de su situación, algunos llorando junto con ellos, uno de los príncipes, Alejandro, imploró a su padre e intentó disculparse.

—Padre —dijo—; el afecto que nos tienes se manifiesta aun en este proceso; pues si hubieses pensado ser severo con nosotros, jamás nos habrías conducido a la presencia del protector del mundo entero. Podías, por tener potestad real y paterna, someter al suplicio a los culpables; la acción de conducirnos a Roma y tomar como testigo al emperador, es propia de alguien que quiere salvarnos. Nadie que tiene el propósito de matar, presenta al culpable en los templos y los lugares sagrados. Pero nuestra situación es mucho más mala; no podríamos seguir viviendo, si se creyera que hemos ultrajado a un padre como tú. Quizá sería mejor morir siendo inocentes, que vivir bajo la sospecha del crimen. Pero si podemos decir libremente la verdad en nuestra defensa, tendremos; la dicha de persuadirte y de escapar al peligro; pero si se impone la calumnia, ¿para qué habremos de seguir viendo la luz del sol, si tendremos que hacerlo como sospechosos? Decir que aspiramos a la realeza, es formular una acusación fácil contra jóvenes; agregar el recuerdo de nuestra infortunada madre, es agravar nuestros males presentes con los antiguos. Considera que estas actitudes son comunes a todas las personas. Nada podrá impedir que un rey, que tiene hijos jóvenes y que han sobrevivido a la muerte de su madre, sospeche de ellos que son autores de



intrigas. Pero la sospecha no es de por sí suficiente para otorgar fe a la impiedad. Que se pruebe si nos hemos atrevido a tal cosa, de modo que lo increíble tome aspectos de credibilidad. ¿Hay alguien que pueda demostrar que hemos preparado el veneno, o conspirado con nuestros iguales, o que mediante dinero hemos corrompido a los criados, o que hemos escrito una línea en tu contra? Se nos ha calumniado inventando todos esos crímenes que nunca se produjeron. Es algo muy grave para un reino la discusión en el palacio real; y ésta es la razón de que el gobierno, que tú dices ser el premio de la piedad, excite a los hombres perversos con esperanzas que los mueven a hacer cualquier cosa. Nadie demostrará que hayamos cometido un crimen. Ahora bien, ¿cómo nos libraremos de las calumnias si no se nos quiere escuchar? ¿Hemos hablado demasiado libremente? Sí, pero no contra ti, pues sería injusto, si no contra aquellos que no se callarían, aunque nosotros no habláramos. ¿Alguno de nosotros ha llorado a nuestra madre? No porque la hayan hecho morir, sino porque, una vez muerta, ha sido insultada por hombres deshonestos. ¿Es que deseamos el reino que sabemos está en poder de nuestro padre? ¿Con qué intención? Si tenemos honores reales, y ciertamente los tenemos, ¿no sería una tarea inútil la nuestra? Y si no los tenemos, ¿no podemos, acaso, esperarlos? Si te asesináramos, ¿podríamos sucederte en el reino, habiendo cometido un crimen de tal índole que no mereceríamos ni andar por la tierra ni navegar por el mar? ¿Permitiría la piedad de los súbditos y la religión de cualquier nación que los parricidas gozaran del poder y entraran en el santísimo Templo que edificaste? ¡Pero qué! Aunque no tuviéramos en cuenta a los demás, ¿el causante de tu muerte, mientras viviera César, podría escapar al castigo? No engendraste hijos tan impíos, ni tan tontos, sino quizá más desgraciados de lo que conviene a tu dicha. Si no somos culpables de tales crímenes y maquinaciones, ¿qué te ha impelido a dar crédito a una tal impiedad? ¿La muerte de nuestra madre? Lo que le pasó a ella no nos excita, sólo nos hace meditar. Quisiéramos defendernos más extensamente, pero no hay excusa para aquello que nunca se ha cometido. Por lo tanto delante de César, señor de todos y árbitro en estas circunstancias, proponemos el siguiente pacto: si puedes, oh padre, tenernos un afecto libre de toda sospecha, viviremos, aunque sin alegría, pues es algo muy serio ser acusado de graves crímenes, aunque sea falsamente. Pero si algo temes, toma las debidas precauciones; nosotros nos haremos justicia a nosotros mismos. No estimamos de tal manera la vida que estemos decididos a conservarla en perjuicio del que nos la dio.

4. Después que se explicó de esta manera, César, que no había dado crédito desde un principio a una calumnia tan grave, se confirmó más en su convicción, y miró fijamente a Herodes, a quien advirtió confundido. Todos los presentes estaban ansiosos y preocupados por los jóvenes, pues el discurso pronunciado por Alejandro indispuso el ánimo contra Herodes. Por un lado les parecía poco digna de crédito la calumnia; por el otro, se compadecían de aquellos jóvenes que estaban en la flor de la edad y de la belleza física. La compasión impulsaba a todos a prestarles ayuda, especialmente después de haberse expresado Alejandro con tanta corrección y

prudencia. Los mismos jóvenes tampoco tenían la misma actitud de antes; seguían llorando y permanecían echados humildemente en el suelo, pero entreveían una mayor esperanza, y el rey que creía haber pronunciado una requisitoria plausible, no habiendo podido confundirlos, necesitaba de alguna excusa.

César, luego de una pausa, dijo que aunque parecía que los jóvenes no eran culpables del crimen imputado, sin embargo habían faltado por no haberse comportado como debían con su padre, dando origen a que se dijeran tales palabras. Exhortó a Herodes a que, dejando de lado toda sospecha, hiciera las paces con los jóvenes. Era inicuo creer tales acusaciones de aquellos a quienes había engendrado, y era posible que si todos cambiaran su disposición anímica no sólo se olvidarían lo que les había acontecido, sino que se atraerían mutuamente el afecto, pues libres de toda sospecha, considerarían justo esforzarse en un mayor amor. Mientras aconsejaba así hizo una señal a los jóvenes; éstos cayeron ante los pies del padre y le pidieron perdón. Herodes los abrazó llorando, de modo que nadie de los que estaban presentes, libre o esclavo, pudo resistir la emoción.

5. Dieron gracias al César y se retiraron, acompañándoles Antipáter, quien simulaba estar contento. Durante los siguientes días, Herodes entregó al César trescientos talentos, para que ofreciera juegos al pueblo romano y los repartos a que estaba acostumbrado. César le dio la mitad de los ingresos de las minas de cobre de Chipre y le confió la gestión de la otra mitad; le ofreció también presentes de hospitalidad y residencia. En cuanto al reino, lo facultó para que constituyera sucesor al que quisiera de sus hijos, o que lo dividiera entre ellos. Herodes quiso hacerlo en seguida, pero César le dijo que no iba a permitir que él, durante su vida, dejara de ser dueño del reino y de los hijos.

6. Luego Herodes regresó a Judea. Durante su ausencia, los habitantes de Traconítida, un territorio considerable de su dominio, se rebelaron; pero los jefes que había dejado allí los sometieron y los obligaron a continuar bajo el dominio de Herodes. Éste, que navegaba con sus hijos, al llegar a Cilicia dirigióse a Eleusa, que ahora se denominaba Sebaste, donde se encontró con Arquelao, el rey de Capadocia. Éste lo recibió muy amablemente, contento de que hubiera hecho la paz con sus hijos y que Alejandro, que estaba casado con su hija, hubiera reducido a la nada los crímenes de que se los acusaba. Mutuamente se hicieron regalos, de acuerdo con su índole real.

De regreso en Jerusalén, Herodes expuso en el Templo todo lo que había realizado, elogiando la liberalidad con que lo había tratado César, así como cada uno de los hechos que llevó a cabo y que consideraba que no se debían ignorar. Hacia el final de su discurso, exhortó a sus hijos, a los cortesanos y a todo el pueblo a que mantuvieran la concordia; declaró cuáles de sus hijos reinarían después de él, primeramente Antipáter, y luego los hijos de Mariamne, Alejandro y Aristóbulo<sup>[268]</sup>. Pero por el momento ordenó que todos lo consideraran a él como señor y rey, pues no estaba impedido por la vejez, la edad más adecuada para ejercer el gobierno, ni

desprovisto de los medios necesarios para gobernar el reino y dirigir a sus hijos. Si los capitanes y el ejército se atuvieran solamente a él podrían considerarse bien seguros y disfrutar de una felicidad firme. Dichas estas cosas, disolvió la reunión; sus palabras resultaron gratas a muchos, pero no a todos. A causa de las rivalidades y esperanzas que había provocado entre sus hijos, comenzaron a delinearse agitaciones y quizás ansias de novedades.

# CAPÍTULO V

## *Herodes celebra la construcción de Cesárea. Los juegos quinquenales*

1. Por este tiempo fue terminada la ciudad de Cesárea Augusta, cuya construcción duró diez años. Tuvo lugar en el año veintiocho de su reinado y en la olimpiada ciento noventa. Herodes preparó grandes festejos para su dedicación. Determinó celebrar un certamen musical y juegos atléticos, preparó muchas luchas de gladiadores y de fieras, carreras de caballos y todo aquello que se realizaba en Roma y otras partes. Dedicó el espectáculo al emperador, y determinó que se celebrara cada cuatro años. Pagó con sus bienes todos los gastos de este festejo, a fin de que fuera más elogiada su liberalidad; sin embargo, Julia, esposa de César, cuidó que se enviaran desde Italia muchas cosas que eran tenidas en gran estima, para que nada faltara al debido esplendor. El gasto total no fue inferior a quinientos talentos.

Se concentró una gran multitud en la ciudad; Herodes proporcionó alojamientos, banquetes y diversiones a las legaciones procedentes de diversos pueblos. Durante el día disfrutaban de los espectáculos, por la noche, de diversiones de un lujo costoso; se hizo famosa la liberalidad de Herodes. En todo lo que se proponía hacer, se esforzaba por superar lo realizado anteriormente. Dícese que César y Agripa dijeron de él que el reino de Herodes no correspondía a la magnificencia de su ánimo; merecía estar al frente de toda Siria y de Egipto.

2. Después de esta celebración construyó otra ciudad en el campo llamado Cafarsaba; eligió para ello un lugar muy bien regado y apropiado para plantas y árboles, rodeada de un río y de un bosque hermosísimo por la magnitud de los árboles. La denominó Antipatris, en recuerdo de su padre Antipáter. Fundó también, más allá de Jericó, otra población, a la que dio el nombre de su madre, Cipros, notable por la seguridad y la amenidad del lugar. Luego, por el afecto que tenía a su hermano Fasael, construyó en su honor un gran monumento, esto es, una torre en la misma ciudad, igual a la de Fare y que denominó Fasael; serviría en parte para la defensa de la ciudad y en parte para recordar al difunto. Fundó también una ciudad que lleva el nombre de su hermano en el valle de Jericó, hacia el norte; por lo cual la tierra alrededor, antes desierta, por industria de sus moradores se hizo fértil. La llamó Fasaelis.

3. Sería largo enumerar los beneficios otorgados por Herodes a las ciudades, tanto de Siria como de Grecia, y a todas las ciudades en las que se detenía durante sus viajes. Empleó grandes sumas en construcciones de interés público, o para terminar obras empezadas, cuando a éstas se les agotaban los fondos. He aquí las mayores y más remarcables de sus obras. Hizo erigir para los rodios el templo de Pitio y les dio además mucho dinero para la construcción de naves; contribuyó a levantar muchos edificios públicos para la ciudad de Nicópolis, fundada por César cerca de Accio; en

cuanto a los habitantes de Antioquía, la ciudad principal de Siria, atravesada por una larga avenida en toda su longitud, les hizo construir pórticos a ambos lados, y pavimentó la parte descubierta con piedras pulidas, contribuyendo de esta manera singularmente a la belleza de la población y a la comodidad de sus habitantes. Además hizo que los juegos olímpicos que, a causa de la escasez de dinero, no correspondían a su nombradía, adquirieran mayor brillo, suministrando réditos anualmente, y dignificó esta asamblea religiosa tanto por los sacrificios como por las otras ceremonias. En reconocimiento de esta liberalidad fue recordado por los helenos en sus tablas como un agonoteta perpetuo.

4. Quizá otros historiadores se admiren de que poseyera un carácter de tendencias tan diversas. Pues si tenemos en cuenta la liberalidad y beneficencia que utilizó con todos, aun aquellos que menos lo merecían, deberemos reconocerle un espíritu generoso. Pero si alguien considera los suplicios y el malestar con los que persiguió a sus súbditos y aun a personas que le eran muy allegadas, no dejará de ponderar su dureza y cuán inexorable fue; se lo describe como un ser feroz, cruel y ajeno a toda mansedumbre. De ahí el que se lo considere como de dos voluntades diferentes y contradictorias. Yo, sin embargo, apartándome de ambas opiniones, creo que una sola y única causa era el origen de todos sus actos.

Era sumamente ambicioso de honores y totalmente entregado a los mismos; esto lo incitaba a ser magnífico, dondequiera que viera esperanza de elogios inmediatos o de ser recordado por la posteridad. Pero puesto que para ello gastaba mucho más de lo que podía, se veía obligado a ser áspero y severo con sus súbditos. Pues para ser magnánimo con otros, se veía obligado a extraer a aquellos violentamente sus recursos. Consciente de que sus súbditos lo odiaban por las penalidades a que los había sometido, encontraba difícil corregir sus faltas, lo cual habría disminuido sus ingresos. Correspondía al odio con el odio, aprovechando esta circunstancia incluso para acrecentar sus rentas.

Y en lo referente a los familiares, si alguno de ellos no se conformaba con su voluntad, y dejaba de comportarse como un siervo, o si daba la impresión de que complotaba contra el reino, en su ánimo desenfrenado perseguía por igual a parientes y amigos, como si fueran enemigos, no retrocediendo ante ningún rigor; sólo él debía ser honrado. La vehemencia con que lo poseía este deseo, lo manifiestan los honores que tributó a César y a Agripa. En la medida en que él respetaba a los mayores, quería que los inferiores lo respetaran; al otorgarles lo mejor, era indicio de lo que quería para sí mismo. Pero el pueblo judío abominaba todas estas cosas y estaba acostumbrado a tener en más lo justo y equitativo que la gloria; por esto no lo encontraba grato, y él no pudo lograr que su ambición fuera adulada con estatuas, templos y otras cosas similares.

## CAPÍTULO VI

*Los judíos de Cirene y de Asia presentan quejas al emperador contra los griegos. Copias de las cartas que el emperador y Agripa envían a las ciudades en favor de los judíos*

1. Los judíos del Asia Menor y de la Libia vecina de Cirene eran oprimidos por las ciudades; los reyes anteriores les habían otorgado la igualdad de derechos con los demás ciudadanos, pero ahora los griegos los perseguían injustamente, hasta el punto de despojarlos del dinero sagrado y molestarlos particularmente. En medio de estas calamidades, y viendo que no se les ponía fin, los judíos enviaron mensajeros a César para que lo informaran. Éste los concedió la igualdad jurídica, y escribió sobre el particular a las provincias. A continuación ofrecemos copias de los rescritos, para que nos sirvan de testimonio de la buena voluntad con que nos trataron los emperadores.

2. «César Augusto, pontífice máximo, investido del poder tribunicio, decide. Puesto que el pueblo de los judíos ha caído en gracia al pueblo romano y le es fiel no sólo ahora, sino desde mucho antes, especialmente siendo emperador César mi padre, y de igual modo Hircano su pontífice máximo; he decidido con mi consejo y con la opinión favorable del pueblo romano, que los judíos puedan observar sus costumbres conforme con sus antiguas leyes, tal como lo hacían en tiempos de Hircano, sumo pontífice de Dios todopoderoso; además que no se toquen sus contribuciones, sino que se permita sean enviadas a Jerusalén para ser entregadas a los receptores de esta ciudad; y no se los obligará a comparecer ante los tribunales el día sábado, ni el día precedente desde las nueve horas. Si alguno robare sus libros sagrados o dinero sagrado, sea de una sinagoga o de un lugar de reunión, una vez detenido, será considerado sacrílego y sus bienes transferidos públicamente al pueblo romano. En cuanto al decreto de los judíos en mi honor por la piedad que atestiguo a todos los hombres y en homenaje a C. Marcio Censorino, que sea colocado con el presente edicto en el lugar muy insigne que me ha sido consagrado por la comunidad de Asia en Ancira. Si alguien procediere en contra de lo establecido, sea castigado con grave pena.» Grabado en una columna en el templo del emperador.

3. «César, a Norbano Flaco, salud. Permítase a los judíos, en cualquier lugar de los gentiles que vivieran, que envíen dinero considerado sagrado a Jerusalén, según su vieja costumbre, sin que nadie se lo impida.»

Esto en lo que se refiere a César.

4. También el mismo Agripa escribió en esta forma en favor de los judíos. «Agripa a los magistrados, senado y pueblo de Éfeso, salud. Quiero que la administración y vigilancia de las contribuciones sagradas que acostumbran a enviarse a Jerusalén esté en poder de los judíos, de acuerdo con su costumbre nacional. Y si alguien robara las contribuciones sagradas y buscara asilo, quiero que

sea sacado del asilo y entregado a los judíos, de acuerdo con el derecho con que se suele sacar a los sacrílegos. Además he escrito al pretor Silano para que no se obligue a los judíos a presentarse en los tribunales los días sábado.»

5. «M. Agripa a los magistrados, senado y pueblo de Cirene, salud. Los judíos de Cirene, en favor de los cuales ya escribié Augusto a Flavio, pretor de Libia, para que no se les impida enviar contribuciones sagradas, según su costumbre nacional, a Jerusalén, acudieron a mí diciendo que eran molestados por algunos delatores, y que se les prohibía el envío con el pretexto falso de que debían impuestos. Ordeno que se vuelva al estado anterior sin molestarlos para nada, y si en alguna ciudad se les hubiese quitado el dinero sagrado, ordeno que las personas encargadas lo devuelvan a los judíos de esos lugares.»

6. «Cayo Norbano Flaco, procónsul, a los magistrados y senado de Cerdeña, salud. César me ha escrito que cualquier judío que de acuerdo con sus costumbres nacionales recolectara dinero, que no se le impida enviarlo a Jerusalén. También os lo escribo, para que sepáis que ésta es la voluntad de César y la mía.»

7. En igual forma escribié Julio Antonio, procónsul. «A los magistrados, senado y pueblo de Éfeso, salud. Los judíos que viven en Asia me informaron, cuando me encontraba administrando justicia en los idus de febrero, que César Augusto y Agripa les concedieron que pudieran vivir de acuerdo con sus leyes y costumbres, y que las primicias que cada uno espontáneamente, por piedad, diera a Dios, se les permita, sin que nadie lo impida, llevarlas con vigilancia; me pidieron que sancionara con decreto convenientemente lo que fuera concedido por César y Agripa. Quiero, pues, que sepáis que es mi voluntad, como la de César y Agripa, que se les permita vivir de acuerdo con sus deseos y según sus costumbres patrias.»

8. He considerado oportuno copiar todos estos decretos, para que fuera patente a los griegos, a cuyo conocimiento ha de llegar lo que he escrito sobre nuestros asuntos, que en tiempos anteriores fuimos unidos en gran honor, y que jamás se nos prohibió, de parte de los magistrados, vivir de acuerdo con las leyes patrias; sino que, al contrario, confiados y protegidos por la autoridad, conservamos nuestra religión y el culto de Dios. Si menciono con frecuencia estos hechos, es para reconciliarnos con los otros pueblos, desarraigando los odios implantados por los tontos tanto entre ellos como entre nosotros. Pues no hay ningún pueblo que tenga siempre las mismas costumbres; hasta de una ciudad a otra varían bastante. Pero es muy útil que los hombres se atengan a la justicia, tanto entre los bárbaros como entre los griegos; la nuestra es de tal naturaleza que si la observamos debidamente, nos hace benévolo y amigos de todos los pueblos. Por lo tanto, es justo que esperemos lo mismo de los otros; no se crea que la diferencia de las nacionalidades consiste en la diferencia de las costumbres, sino en la rivalidad por la virtud. Ésta pertenece en común a todos los hombres y es la única capaz de asegurar la civilización humana. Pero ya retomo el hilo de mi historia.

## CAPÍTULO VII

*Herodes baja al sepulcro de David a buscar dinero. Lleno de terror, levanta un monumento junto a la tumba*

1. Herodes, que era sumamente pródigo tanto con los de su reino como con los de afuera, habiéndose informado que anteriormente Hircano, su antecesor en el reino, después de abrir el sepulcro de David, había extraído del mismo tres mil talentos de plata y que todavía quedaban muchos más, suficientes para continuar con su prodigalidad, por mucho tiempo, se propuso hacer lo mismo. Habiendo hecho abrir de noche el sepulcro, entró en él con sus amigos más fieles, cuidándose que no se supiera nada en la ciudad. Pero no encontró, como Hircano, dinero, sino ornamentos preciosos y joyas, de todo lo cual se apoderó. Quiso hacer una investigación más profunda, avanzando hasta los sarcófagos donde se encontraban los cuerpos de David y Salomón. Pero dos de sus acompañantes perecieron atacados por una llamarada que, según se cuenta, salió del interior. Herodes se retiró aterrorizado, e hizo levantar en la puerta del sepulcro, un monumento expiatorio de su terror, de mármol blanco de gran precio.

Menciona esta construcción Nicolás el historiador, quien vivió en ese tiempo; pero no dice que el rey descendió a la tumba, porque sabía que era un acto indecoroso. En general es así como cuenta las cosas en su historia. Por haber vivido en su reino y en su época, puso por escrito lo que le era agradable, refiriendo sólo lo pertinente a su gloria; además muchos de sus actos evidentemente injustos los describe de otra manera, esforzándose en ocultarlos en la medida de lo posible. Por lo mismo, queriendo dar apariencia de justificación a la muerte de Mariamne y de sus hijos, realizadas cruelmente por el rey, acusa a la primera de deshonestidad y a los hijos de complotar. Y así se comporta en toda la obra: ensalza los actos correctos del rey y procura excusar y ocultar los injustos. Por lo demás se le puede fácilmente perdonar; pues no fue su propósito componer una historia para el público, sino un trabajo para el rey.

En cuanto a nosotros que, por nacimiento, estamos muy cerca de los reyes Asmoneos y que por este motivo hemos sido honrados con el sacerdocio, consideramos deshonesto mentir sobre el particular y así exponemos los hechos con sinceridad y justicia; pues si respetamos a muchos de los descendientes de este rey, que todavía reinan, a la par de ellos honramos la verdad...<sup>[269]</sup> lo cual no ha dejado de causarles indignación.

2. Después de haber penetrado en el sepulcro, los problemas domésticos de Herodes empeoraron de día en día, ya sea porque la ira divina decidiera agravar los males que sufría anteriormente hasta llevarlos al extremo de una calamidad insana,



o que el destino se ensañara con él tan oportunamente, que llegó a creer que todo acontecía a causa de su impiedad. Era tal la disensión en el palacio real que parecía más bien una guerra civil; aumentaban mutuamente los odios, de modo que unos a otros se llenaban de calumnias. Antipáter siempre imaginaba algo contra los hermanos, y procedía tan maliciosamente que procuraba que fueran otros los que los acusaran; y él simulaba excusarlos, para que apareciera inocente de lo que se tramaba en su contra.

En esta forma embaucó a su padre de tal modo, que éste pensaba que sólo Antipáter lo sacrificaba todo para su bien. Herodes recomendó ante Antipáter a Ptolomeo, procurador de los asuntos de su reino, y en los grandes problemas consultaba con la madre de Antipáter. En resumen, estas personas lo manejaban todo: hacían lo que les venía en gana y excitaban el odio del rey contra otros de acuerdo con sus intereses. En cuanto a los hijos de Mariamne, su exasperación crecía día a día, y debido a su alta alcurnia, no soportaban que los descartaran y redujeran a un rango poco honorable. En cuanto a las mujeres, Glafira hija de Arquelao, esposa de Alejandro, sentía odio a Salomé, en parte por amor a su marido y en parte por arrogancia hacia la hija de Salomé, casada con Aristóbulo, indignada de que disfrutara honores iguales a los de ella.

3. Aparte de esta segunda contienda, el hermano del rey, Feroras, fue una nueva causa de trastornos. Presentó, por su parte, una razón particular para la sospecha y el odio. Se enamoró de una de sus esclavas, y dominado tan intensamente por su pasión, llegó a menospreciar a la hija del rey, que éste le había prometido en matrimonio, y se entregó totalmente a su sierva. Esto disgustó mucho a Herodes, ofendido de que su hermano, a quien había otorgado tantos beneficios y elevado a un poder tan grande que participaba de la autoridad del reino, le correspondiera tan mal, se consideró directamente ofendido. En cuanto a su hija, puesto que Feroras no le parecía el hombre adecuado, la casó con el hijo de Fasael. Poco después, pensando que los amores del hermano ya se habrían apaciguado, reprendiólo por su pasión, y le pidió que se casara con su segunda hija, de nombre Cipros. Ptolomeo aconsejó a Feroras que dejara de lado sus amores, y no se convirtiera en motivo de oprobio para su hermano; era una torpeza que, perdido de amor por una esclava, se privara de la amistad del rey y se convirtiera para él en un motivo de inquietud y de odio.

Feroras, viendo que todo ello era para su conveniencia, y que le había sido perdonada su primera actitud, prometió al rey casarse con su segunda hija dentro de treinta días, repudiando a la esclava, a pesar de haber tenido un hijo con ella, y asegurando que nada tendría que ver en adelante con ella. Sin embargo, pasaron los treinta días y Feroras seguía de tal modo cautivo de aquel amor que no cumplió lo prometido, y se reunió nuevamente con la esclava.

Fueron evidentes el disgusto y la ira que ello produjo en Herodes; frecuentemente dejaba traslucir su indignación y muchos aprovecharon el estado de ánimo del rey para acusar a Feroras.

Se llegó al extremo de que no pasara un día ni una hora sin que hubiera algún fastidio para el rey; no oía hablar más que de las luchas y disensiones entre sus parientes y sus más íntimos amigos. Salomé, agriada y descontenta de los hijos de Mariamne, no permitía que su hija, casada con uno de los jóvenes príncipes, Aristóbulo, le conservara el afecto conyugal, sino que la presionaba para que le relatará su vida íntima, a fin de intensificar los menores disencuerpos. Cuando acontecía algo, como suele suceder, que parecía ofensa, ella lo agravaba con sus sospechas. Así sabía todo lo referente a los hermanos, y convertía a su hija en enemiga del marido. Ésta, de acuerdo con los deseos de su madre, le contaba que con mucha frecuencia, mientras estaban solos, los hijos de Mariamne recordaban a la madre; y que odiaban al padre; y que afirmaban que, si alguna vez llegaban al gobierno, de los hijos que Herodes tuvo con otras esposas harían escribas de aldea, función adecuada a su educación y a sus ocupaciones actuales. En cuanto a las mujeres, si las vieran echar mano de los ornamentos de su madre, en vez de vestidos las harían cubrir con sacos y jamás verían la luz del sol. No tardaba mucho Salomé en explicar estas cosas al rey; a éste le entristecían mucho, pero se esforzaba en que todo se arreglara. Envuelto en sospechas, creía que todo iba de mal en peor y que todos luchaban contra todos. Al principio se limitó a amonestar solamente a sus hijos y, después de haber oído su defensa, los trató más amablemente; pero su cólera no tardó en acrecentarse.

4. Feroras fue a ver a Alejandro el cual, como dijimos, estaba casado con Glafira, hija de Arquelao; le dijo haberse enterado por Salomé que Herodes estaba perdidamente enamorado de Glafira y que su pasión era muy difícil de calmar. Esta noticia inflamó el ardor juvenil y los celos del joven, quien comenzó, a raíz de las sospechas que hicieron nacer en él las palabras de Feroras, a interpretar en el peor sentido los honores —muy frecuentes— que Herodes concedía a la joven. Habiéndosele hecho intolerable el dolor que esto le ocasionaba, se presentó ante su padre y le refirió, llorando, lo que le había dicho Feroras. Herodes se indignó sobremanera, encontrando intolerable que lo acusaran de un crimen tan torpe; deploró haber otorgado a los suyos tantos favores, por la manera indigna con que se los retribuían. Llamó a su presencia a Feroras y lo reprendió severamente, diciendo:

—Tú, el peor de todos los hombres, ¿a tan gran extremo ha llegado tu ingratitud que inventas y relatas semejantes mentiras sobre mí? ¿Crees que no sé lo que intentas? No es por el placer de calumniar que tú dices tales cosas a mis hijos, sino para derramar la ponzoña y fomentar el complot que me eliminará. ¿Quién, salvo un hombre de buen carácter, como mi hijo, habría dejado de vengarse de un padre acusado de semejante infamia? ¿Son solamente palabras que le has deslizado en el espíritu, o es más bien una espada lo que le has puesto en la mano para castigar a su padre? ¿Qué te propusiste cuando, a pesar del odio que sientes hacia él y su hermano, le fingiste amabilidad para calumniarme y atribuirme lo que sólo un ser indigno como tú pudo haber creado en su mente y pronunciado con sus labios? Vete, criminal, por la

manera de portarte con tu benefactor y tu hermano, y que mientras vivas te atormente y angustie el remordimiento; pero yo no dejaré de conquistar a los míos con bondades, sin castigarlos como se merecen y llenándolos con mayores beneficios.

5. Así se expresó el rey. Feroras, sorprendido en delito de perversidad, dijo que había sido Salomé la autora del plan y la que dijera aquellas cosas. Ella, que estaba presente, gritó con acento de inocencia, que no había dicho nada, y que todos procuraban enemistarla con el rey, a fin de que éste la matara, pues por el afecto que le tenía, le avisaba siempre los peligros que lo amenazaban. En el caso actual se habían comportado mucho peor. Ella solamente había aconsejado al hermano del rey que repudiara a la mujer que tenía actualmente y se casara con la hija del rey; por esto no era de extrañar que fuera su enemigo. Mientras así se expresaba, se arrancaba los cabellos y se golpeaba el pecho, queriendo negar de palabra y con el aspecto lo que se le atribuía; pero la perversidad de su carácter traicionaba la comedia que estaba realizando.

Feroras no atinaba a decir nada en su defensa, porque había admitido el cargo contra él pero no podía probar su descargo.

La confusión y la lucha de palabras aumentaban. Finalmente el rey declaró su menosprecio por su hermano y su hermana, y los despidió, elogiando a su hijo que se supo dominar y refirió a su padre las calumnias. Y así dio por terminado el asunto. Después de esto Salomé fue mal vista, pues parecía haber sido ella la creadora de la calumnia. Las mujeres del rey la odiaban, pues sabían que era de naturaleza muy difícil, presta a mutaciones, que se portaba ora como amiga, ora como enemiga, según lo que le convenía.

No dejaron de hablar mal de ella ante Herodes, hasta que se produjo algo que sirvió para aumentar la audacia con que la difamaban.

6. Era rey de Arabia un tal Obodas, de temperamento indolente y tardo. Administraba la mayoría de los negocios Sileo, hombre hábil, todavía joven y hermoso. Este Sileo tuvo que visitar a Herodes por algunos asuntos, y mientras comían vió a Salomé, sintiéndose inclinado hacia ella. Cuando supo que era viuda, le habló. Salomé, que sabía que ya no contaba con el cariño de su hermano como antes y que no veía con indiferencia al joven, consintió en casarse con él; en los siguientes días, mientras comían, evidenciaron su mutuo afecto. Estas cosas se las refirieron al rey las mujeres de Herodes, burlándose de Salomé. Herodes consultó con Feroras y le ordenó que, durante la cena, observara cómo se comportaban. Feroras le informó que por el aspecto y las señales que se hacían fácilmente se podía deducir que entrambos estaban apasionados.

El árabe, sabiendo que se sospechaba de él, regresó a su país. Después de dos o tres meses volvió por el mismo motivo, y habló con Herodes, pidiéndole que le otorgara a Salomé en matrimonio. Le dijo que este parentesco le sería de gran utilidad, para mantener buenas relaciones con los árabes, cuyo gobierno administraba, y que sería suyo en lo futuro.

Herodes habló con su hermana y le preguntó si consentía en las nupcias, a lo cual ella accedió inmediatamente. Pero cuando pidieron a Sileo que primeramente se hiciera judío, observando sus leyes y costumbres, y que luego contrajera matrimonio, pues de otra forma no era posible, no accedió y manifestó que si hiciera tal cosa, los árabes lo apedrearían. Y luego de decir esto, se retiró.

De ahí que Salomé fuera vituperada por Feroras como mujer deshonestas; pero sobre todo la menospreciaron las mujeres, que la acusaron de haber sido la querida del árabe. Habiendo pedido Salomé para su hijo, el que tuviera con Costobaro, la hija del rey que había sido prometida a Feroras, pero que seguía sin haberse casado pues, como dijimos antes, Feroras estaba obsesionado por el amor de otra mujer; el rey estaba dispuesto a otorgársela, pero por consejo de Feroras desistió, al decirle éste que el joven no la llegaría a amar a causa de la muerte de su padre. Añadió Feroras que sería más justo dársela a su propio hijo, que lo sucedería en la tetarquía. Así obtuvo su perdón e hizo cambiar de opinión al rey. A raíz de esto la hija del rey se casó con el joven hijo de Feroras, entregándole el rey cien talentos en dote.

## CAPÍTULO VIII

*Arquelao, rey de Capadocia, reconcilia a Alejandro con su padre. Las intrigas de Antipáter*

1. Sin embargo, no había paz en los asuntos domésticos, sino que día a día aumentaba el malestar. Pasó algo además que, por proceder de principios deshonestos, originó más adelante grandes dificultades. El rey tenía unos eunucos, a quienes favorecía más de lo justo a causa de su belleza. Uno de ellos le servía de copero, otro le servía en la mesa; el tercero lo acostaba y se ocupaba de los asuntos más importantes. Alguien informó al rey que Alejandro los había corrompido, dándoles mucho dinero. Interrogados si habían estado y hablado con él, dijeron que sí; pero que ignoraban cualquier intriga en contra del padre.

Pero sometidos a intensos tormentos y puestos en aprietos por los servidores que querían quedar bien con Antipáter, dijeron que Alejandro estaba mal dispuesto contra el padre y que le profesaba un odio innato; que les había dicho que Herodes estaba perdiendo las fuerzas, de modo que ya no servía y sentía el peso de los años y que lo ocultaba tiñéndose de negro el cabello y ocultando todo aquello que podía traicionar su edad. Les prometió que si querían ponerse de su lado, una vez obtenido el reino, que pasaría a su poder, aunque su padre no quisiera, ocuparían los primeros puestos en el mismo; que le sería fácil apoderarse del reino, no sólo por su sangre, sino por estar en su favor muchos jefes y amigos, hombres resueltos, dispuestos a hacer y sufrir cualquier cosa.

2. Herodes se indignó y temió, airado por las palabras insultantes y alarmado por las sospechas. Una y otras lo irritaban y, en su exasperación, creía que se conspiraba y lo consideraban demasiado débil para hacerles frente. Por esto, en vez de llevar a cabo una investigación pública, se sirvió de espías para que observaran a los sospechosos; odiaba a todos y sospechaba de todo el mundo, creyendo que lo más seguro era desconfiar hasta de los mismos inocentes. Procedía sin ninguna moderación. Todos los que lo frecuentaban, eran para él temibles, pues tenían más oportunidad para perjudicarlo. En cuanto a aquellos que no lo visitaban, bastaba que los nombrasen para que sospechara que intrigaban para matarlo. Finalmente las cosas llegaron a tal extremo que aquellos que lo rodeaban, cuando vieron que no contaban con ninguna seguridad, se atacaron unos a otros, pensando cada cual que si se anticipaba a acusar a los demás, tendría más posibilidad de salvarse. Todos se hacían odiar y así recogían el fruto de su malicia. En esta forma se vengaban de sus rivalidades particulares; todos estaban sometidos a la misma suerte, no buscando sino oportunidades de utilizar medios contra sus enemigos, víctimas a su vez de los embustes que habían dirigido contra otros. Luego el rey se arrepentía de haber muerto a gente, cuya culpabilidad no le constaba; pero lo peor era que esto no le servía de

escarmiento para proceder con más cautela en adelante, sino que castigaba a los mismos denunciadores.

3. Tan grande era el desorden en la corte, que Herodes llegó a pedir a muchos de sus amigos que no aparecieran en su presencia y que no entraran en el palacio; se comportó así con aquellos cuya honestidad le resultaba incómoda. Descartó a Andrómaco y Gemelo que pertenecían a sus viejos amigos, los cuales lo habían ayudado en muchos asuntos del reino, en legaciones y asambleas; educaron también a sus hijos y ocupaban el primer lugar por su autoridad. Pero Demetrio, el hijo de Andrómaco, visitaba con frecuencia a Alejandro; y, en cuanto a Gemelo, Herodes sabía que simpatizaba con Alejandro, pues lo había asistido durante su infancia y en la educación y fue su compañero cuando estuvo en Roma. A éstos también los alejó, y de buena gana los hubiera tratado mucho peor; pero no se sentía en disposición de atacar a estos hombres; por eso, se contentó con privarlos de sus cargos y honores, con el poder de oponerse a sus faltas.

4. La causa de todo esto era Antipáter. Éste, cuando comprendió el temperamento mórbido de su padre y que, como estaba, desde tiempo atrás, entre sus consejeros, lo podía presionar con mayor vehemencia, pensaba que le sería más fácil llevar a cabo sus proyectos si suprimía a toda la gente capaz de oponérsele. Una vez alejados Andrómaco y Gemelo, que podían aconsejar al rey, éste empezó a fustigar a aquellos que creía fieles a Alejandro, para atormentarlos y tratar de hacerles revelar lo que supieran de sus intrigas. Morían, sin que tuvieran nada que decir; con esto se acrecentaba la indignación del rey, al ver que no podía comprobar nada de lo que sospechaba. Era tan grande la perfidia de Antipáter que, cuando se comprobaba que alguien era inocente, negaba que se tratara de inocencia, atribuyendo su actitud a su firmeza y su fidelidad al príncipe, excitando al rey a que investigara por otros lados para descubrir la conspiración. Aconteció que entre los muchos que fueron atormentados, uno confesó haber oído decir a Alejandro que, cuando se lo elogiaba por su esbeltez, por su pericia al tirar el arco y por otras cualidades en las cuales sobrepasaba a otros, respondía que la naturaleza le había dado dotes antes bien funestas que útiles, pues su padre no hacía otra cosa que irritarse y ponerse celoso. Por lo tanto, cuando se encontraba con su padre se rebajaba y amenguaba, para que no lo considerara superior, y que en la caza adrede se equivocaba, pues conocía los anhelos de su padre, que no soportaba los elogios en favor de otros. Cuando se suspendió la tortura y se le otorgó un descanso, agregó que Alejandro con su hermano Aristóbulo habían determinado matar a su padre a traición, durante una partida de caza, y una vez cometido el crimen, dirigirse a Roma para pedir el reino.

Se encontraron además cartas de Alejandro a su hermano, en las que reprochaba al padre por haber dado indebidamente a Antipáter una región de la cual percibía doscientos talentos. Por todo esto parecióle a Herodes que había algo de verdad en las sospechas que se había formado de sus hijos. Ordenó detener a Alejandro y ponerlo en la cárcel. No por eso dejó de sentirse incómodo; no otorgaba mucho crédito a lo

que había sabido, porque razonaba que no había en realidad fundamento ninguno para suponer que conspiraba contra su vida. Eran, pensaba, rencillas y peleas de jóvenes. Tampoco era verosímil que proyectaran un viaje a Roma después de matarlo abiertamente. Precisaba más razones para poder culpar a su hijo, pues no quería mantenerlo preso sin motivo.

Hizo torturar hasta tal extremo a los mejores amigos de Alejandro, que los hizo morir, sin poder arrancarles nada de lo que esperaba. Entregado vehementemente a este asunto, el palacio real estaba lleno de temores y recelos; cierto joven, sometido a la tortura, declaró que Alejandro había enviado cartas a Roma a sus amigos en las cuales les decía que procurasen cuanto antes ver al César; tenía novedades que lo perjudicaban y que quería comunicárselas, esto es, que su padre había hecho alianza con Mitrídates, rey de los partos, contra los romanos; añadió que Alejandro tenía preparado veneno en Ascalón.

5. Herodes dio crédito a estas noticias, y encontró algún consuelo a sus males en las adulaciones de los malvados. Sin embargo, no se encontró el veneno, a pesar de que se buscó sin demora y muy diligentemente; por su parte Alejandro no lo negó, pues adrede quería acrecentar la magnitud de sus males. Aumentó el temor del padre con un hecho más grave, quizá para que se diera cuenta de la facilidad con que creía las calumnias, y para que, si le prestaba crédito, aumentaran los males en el palacio real y en el país.

Envió cuatro cartas en las cuales decía que era inútil seguir atormentando a la gente; que había, en efecto, un complot del cual formaban parte Feroras y los más fieles de los amigos de Herodes; que Salomé había ido de noche a cohabitar con él a la fuerza; que, en resumen, todos se esforzaban por quitar de en medio al rey cuanto antes y librarse de esta manera de un miedo continuo.

Entre otros eran acusados Ptolomeo y Sapinio, considerados como los más fieles amigos del rey. Como si estuvieran rabiosos se atacaban unos a otros los que antes habían sido muy amigos, ya que no era posible poner en evidencia la verdad, ni defenderse y rechazar las acusaciones, amenazando a todos una muerte sin juicio ninguno. Es así como el palacio real se convirtió en lugar de soledad y tristeza, pues unos lloraban a los encarcelados, otros a los enviados a la muerte y otros recelaban de su propia suerte. La vida para Herodes era sumamente amarga, conturbado como estaba, sin atreverse a prestar crédito a nadie, a la espera de un futuro triste. Frecuentemente se imaginaba ver a su hijo atacándolo con la espada, de manera que se llenaba su mente día y noche con estas ideas, y caía en la locura y el delirio.

6. Cuando Arquelao, el rey de Capadocia, se informó de lo que estaba pasando a Herodes, preocupado por su hija, y por su yerno, condolido del amigo que veía en tal confusión, dirigióse a Jerusalén, pues le pareció grave la situación. Encontró las cosas tal como le habían dicho, pero no consideró conveniente reprender al rey o discutirle su temeridad; con esto lo irritaría más y se acrecentaría su ira. Por lo tanto siguió otro método para enmendar sus serios males: fingió indignación con el joven y declaró

que Herodes era un hombre justo que en nada había procedido temerariamente. Agregó que estaría dispuesto a romper el matrimonio de su hija con Alejandro, y que no perdonaría ni aun a su propia hija, si ésta llegara a saber algo y no se lo indicara a Herodes.

Arquelao, a quien Herodes consideraba su adversario, apareció ante el rey muy distinto de lo que éste esperaba, y exagerando su cólera simuló ponerse de su lado. El rey, viéndolo admitir que había procedido con justicia, mitigó su dureza, y poco a poco le fueron volviendo los sentimientos paternos. Era digno de compasión de las dos maneras. Se enfurecía cuando alguien quería deshacer las calumnias lanzadas contra el joven príncipe; pero cuando Arquelao se ponía de su lado apoyando sus quejas, entonces lloraba y se lamentaba de su mala suerte. Llegó a rogarle que no rompiera el matrimonio y que no se enojara demasiado con el joven culpable. Así, cuando Arquelao lo vió mejor dispuesto, dirigió las calumnias contra los amigos, diciendo que habían corrompido a Alejandro, que era joven y sin malicia; especialmente hizo caer las sospechas sobre el hermano del rey.

Habiendo Feroras incurrido en la indignación de Herodes, sin tener a nadie que intercediera ante el rey, al ver cuán grande era la autoridad de Arquelao, se presentó ante éste, sumamente afligido y con todas las señales de una próxima desgracia. Arquelao no desdeñó sus súplicas, pero negó que pudiera de inmediato apaciguar la ira del rey; por lo tanto, era conveniente que fuera a pedirle perdón y se confesara autor de todo el daño; en esta forma cesaría su ira y en adelante se sentiría tranquilo. Lo convenció que así lo hiciera, y obtuvo un resultado doble: se disiparon las calumnias contra el joven príncipe, lo que no se esperaba, y, por otro lado, Arquelao reconcilió a Feroras con su hermano. Después se fue a Capadocia, habiendo conquistado el afecto de Herodes más que cualquier otro, tanto que el rey lo colmó de regalos preciosísimos, y lo consideró como el mejor de sus amigos. Herodes se comprometió a ir a Roma, puesto que había escrito al emperador sobre sus problemas; fueron juntos hasta Antioquía. Allí Herodes reconcilió a Arquelao con el gobernador de Siria, Ticio, que estaba irritado contra él, y luego regresó a Judea.



## CAPÍTULO IX

*Los habitantes de la Traconítida se apartan del reino de Herodes. Los oficiales del rey los reducen a la obediencia. Herodes reclama los fugitivos refugiados en Arabia. Invade a este país. Sileo acusa a Herodes ante el emperador*

1. Herodes viajó a Roma y a su regreso, se originó la guerra contra los árabes por el siguiente motivo. Los moradores de la Traconítida, cuando César quitó esta región a Zenodoro y la entregó a Herodes, ya no pudieron seguir dedicándose al robo; se vieron obligados a entregarse al cultivo de la tierra y a vivir pacíficamente; esta forma no era muy de su agrado, aparte de que su tierra no era apta para la agricultura. Sin embargo, al principio, bajo la coacción del rey, no molestaron a los vecinos. Por este motivo Herodes cosechó muchos elogios por el éxito obtenido. Pero cuando se trasladó a Roma, a fin de acusar a su hijo Alejandro<sup>[270]</sup>, recomendar a Antipáter y ver al César, los habitantes de la Traconítida hicieron correr el rumor de que Herodes había muerto. Se rebelaron y, de nuevo, como lo hicieron antes, empezaron a devastar y robar las regiones próximas.

Los oficiales del rey, estando éste ausente, los dominaron; pero unos cuatrocientos de los principales ladrones, atemorizados por las medidas que se tomaron contra los prisioneros, se alejaron de su tierra, dirigiéndose a Arabia. Sileo los aceptó después del fracaso de su pretendido casamiento con Salomé; les proporcionó un lugar fortificado, desde el cual empezaron a incursionar, no sólo por Judea, sino por toda la Celesiria, ofreciéndoles Sileo protección y refugio y la impunidad de sus fechorías.

Herodes, al regresar de Roma, comprobó que habían causado graves perjuicios a los suyos; y como no podía apoderarse de los ladrones, por estar bajo la protección de los árabes, sumamente indignado dirigióse a la Traconítida y mató a los parientes de aquéllos. Este hecho, que consideraron como una grave injuria, los irritó más, especialmente por tener una ley que los obligaba a vengarse de los matadores de sus parientes. De modo que no cesaron de robar y destruir en todo el territorio de Herodes. Este último habló sobre el particular con Saturnino y Volumnio, oficiales del emperador, a quienes pidió la extradición de los ladrones para castigarlos.

Los ladrones, entretanto, crecían en fuerza y número, y dispuestos a destruir el reino de Herodes, devastaban los campos y los poblados, matando a los hombres que hacían prisioneros; de tal manera que estas incursiones parecían más bien guerras. Los ladrones sumaban cerca de mil hombres. Herodes, ya al extremo, pidió la extradición de los ladrones y exigió la devolución de seiscientos talentos, que había prestado a Obodas por intermedio de Sileo, y cuyo plazo de entrega había caducado. Pero Sileo que, prescindiendo de Obodas era el que gobernaba, negó que hubiera

ladrones en Arabia y difirió la devolución del dinero. El asunto fue llevado ante Saturnino y Volumnio que, por aquel entonces, gobernaban en Siria.

Al final dispusieron los últimos que Sileo devolviese el dinero dentro de los treinta días y que cada reino entregara al otro los hombres del otro país que estuvieran en sus territorios. Se comprobó que Herodes no tenía dentro de su país ningún árabe retenido por haber cometido un crimen o por otra razón; pero los árabes habían dado refugio a los ladrones dentro de sus límites.

2. Vencida la fecha establecida, Sileo, antes de cumplir lo prometido, marchóse a Roma. Herodes exigió la devolución del dinero y la entrega de los ladrones que se encontraban entre los árabes, contando con el permiso de Saturnino y Volumnio para tomar las armas contra los contumaces. Pasó a Arabia con su ejército, recorriendo siete etapas en tres días. Cuando llegó a la fortaleza donde se encontraban los ladrones, se apoderó de ella al primer ataque; arrasó el lugar, que se denominaba Raipta, sin tocar ningún otro lugar. Los árabes, con la dirección de Naceb, fueron en ayuda de los ladrones; en la batalla que se libró murieron muy pocos de los hombres de Herodes, y del otro lado cayeron el jefe Naceb y unos veinticinco más; los restantes fueron obligados a huir.

Después de castigar a los ladrones, Herodes estableció tres mil idumeos en la Traconítida. Sobre este asunto informó por cartas a los jefes romanos que se encontraban en Fenicia, diciendo que no había hecho otra cosa más que lo que convenía, contra los árabes contumaces. Los jefes romanos, después de investigar diligentemente, comprobaron que era verdad.

3. Entretanto salieron mensajeros hacia Roma para informar a Sileo estos hechos, y, como se acostumbra a hacer, con exageraciones. Sileo, que ya se había dado a conocer al emperador, se encontraba en la corte; cambió sus vestidos por hábitos de luto e indicó al César que la guerra había devastado la Arabia y que todo el reino estaba agitado y destruido por el ejército de Herodes. Agregó llorando que habían sido muertos dos mil quinientos de los árabes más importantes, incluso Naceb, su amigo y pariente; que habían robado las riquezas que se encontraban en Raipta, menospreciando a Obodas, que no pudo sostener la guerra, por estar ausentes Sileo y el ejército de los árabes. Sileo, con miras a hacer más antipático a Herodes, agregó que él no habría emprendido el viaje, si no creyera que era voluntad del César que existiera paz entre todos, y que si él se hubiera encontrado allí, no le habría ido nada bien a Herodes.

César, indignado por estas palabras, solicitó de los amigos de Herodes que estaban presentes, y de los suyos que venían de Siria, que le dijeran solamente si Herodes había conducido al ejército a una expedición.

Tuvieron que reconocer que así había sido. César no quiso saber el motivo ni la causa; cada vez más enardecida su ira, escribió acerbamente a Herodes, diciéndole en resumen que lo había considerado como amigo, pero que ahora lo tenía como súbdito. Sileo escribió a los árabes sobre el particular. Éstos, ensoberbecidos, no entregaron a

los ladrones que habían escapado ni devolvieron el dinero; además usaron los campos de pastoreo sin pagar los impuestos a Herodes, pues lo creían abatido por la cólera del César. Además, los de la Traconítida se aprovecharon de la oportunidad y atacaron a la guarnición de los idumeos, dedicándose al pillaje junto con los árabes, robando en las tierras de los idumeos, encarnizándose no sólo por afán de lucro, sino también por venganza.

4. En cuanto a Herodes, se vio obligado a soportarlo todo. Habiendo perdido la confianza del César, se sintió sumamente desanimado; pues César no había querido escuchar a la legación que enviara en su defensa y la hizo regresar sin dejarla cumplir su misión. Por todos estos motivos estaba preocupado y con miedo; y lo más serio era que Sileo, que se encontraba en Roma, donde se le daba crédito, abrigaba aspiraciones mayores. Pues habiendo muerto Obodas, Eneas, cambiando su nombre por el de Aretas, se hizo cargo del gobierno de los árabes. Sileo, entonces, se esforzó en desprestigiarlo para apoderarse del trono, mostrándose magnánimo con los cortesanos y haciendo muchas promesas a César. Éste también estaba indignado con Aretas, por haber ocupado el trono sin escribirle antes.

Aretas envió cartas a César con muchos regalos, y entre éstos una corona de oro que valía muchos talentos; en las cartas acusaba a Sileo de ser un mal súbdito y de haber envenenado a Obodas, a quien dominaba mientras vivía, corrompiendo a las mujeres de los árabes y pidiendo dinero prestado para quedarse con el poder. César se negó a recibir a los mensajeros, y los envió de vuelta sin recibir los regalos. Es así como los reinos de Judea y de Arabia cada día estaban peor, no menos por las agitaciones existentes, como por no haber nadie que les pusiera remedio. Pues uno de los reyes, no sabiendo con seguridad si era rey, no tenía potestad para poner a raya a los sediciosos; en cuanto al otro, Herodes, estaba obligado a soportar las injusticias, pues su venganza rápida había irritado al emperador. No viendo fin a sus males, envió una nueva legación a Roma, para ver si podía conseguir justicia ante César mediante la intervención y los ruegos de los amigos. La tomó a su cargo Nicolás de Damasco.

## CAPÍTULO X

*Nicolás de Damasco reconcilia a Herodes con el César. Euricles calumnia a los hijos de Herodes. El rey los manda encarcelar y los denuncia ante el emperador*

1. Por aquel tiempo sus asuntos domésticos y los de sus hijos estaban más exacerbados y en plena agitación. Era evidente, desde hacía tiempo, que el destino amenazaba al reino con los más terribles males; pero todavía se agravaron más por el siguiente motivo. Euricles de Lacedemonia, hombre notable en su país, pero perverso, aficionado a los placeres y a la adulación, pero tan ocultamente que nadie lo advertía, fue a vivir cerca de Herodes, ofreciéndole muchos regalos y aceptando muchos más de él, y logró formar parte de sus amigos a causa de su trato urbano. Era huésped de Antipáter, pero visitaba con frecuencia a Alejandro, con quien tenía gran amistad, pues simulaba admirar a Arquelao de Capadocia. Simulaba también honrar a Glafira; y hacía todo lo posible para estar bien con todos públicamente, pero observaba lo que se hacía y decía, a fin de responder a la amistad con la calumnia.

Al final consiguió entrar en la intimidad de todos, aparentando ser con cada uno un amigo que si frecuentaba a los demás era sólo en interés de aquél. Se ganó de tal manera a Alejandro, que era joven y se persuadió que sólo a él podría confiarle sin temor todas sus penas.

Se sinceró con él, y le dijo que su padre se había apartado de él; explicóle todo lo referente a la madre, así como los hechos de Antipáter, que había concentrado en sí todo el poder, privándoseles en cambio a ellos de todos los honores. Todo lo cual había llegado a ser insoportable, especialmente porque el odio de su padre era tan grande que no quería comer ni conversar con ellos. Éstas eran las quejas, muy naturales, que formulaba acerca de sus problemas.

Pero Euricles se las refería a Antipáter, diciendo que no lo hacía por su propio interés, sino porque eran de gran importancia y como él se había visto honrado por Antipáter, no podía callarlas y debía advertirle que se precaviese contra Alejandro, porque éste hablaba con calor y en sus mismas palabras se advertía el afán de darle muerte. Antipáter, convencido de su amistad, lo trató con suma liberalidad, y terminó por persuadirlo de que hablara con Herodes.

Euricles, disponiendo de medios para hacerse creer, no encontró dificultades para hacer admitir la hostilidad de Alejandro, deducida de las palabras que aseguraba haberle oído, y a fuerza de insistir ante el rey con sus palabras cálidas, despertó en él un odio irreconciliable. Así se hizo apreciar, pues Herodes le dio una recompensa de cincuenta talentos a Euricles. Los recibió y se fue a ver a Arquelao, rey de Capadocia, ante quien elogió a Alejandro, pretendiendo haberse ocupado empeñosamente en reconciliarlo con su padre. También fue gratificado por Arquelao, y se retiró antes de que se descubriera su maldad.

Este Euricles, que había hecho mucho mal en Lacedemonia, fue expulsado de su patria a causa de sus muchos crímenes.

2. En cuanto al rey de los judíos, no se contentó, como antes, con prestar oídos a las calumnias contra Alejandro y Aristóbulo, sino que, poseído de un odio violento, aunque nadie los atacara, él casi obligaba a hacerlo, haciendo preguntas y ofreciendo oportunidad para hablar mal de ellos. Supo que Evarato de Cos había conspirado con Alejandro, de lo que se enteró con el más vivo placer.

3. La situación de los jóvenes se fue volviendo cada vez más grave, pues continuamente se inventaban nuevas calumnias, y todos rivalizaban en informar algún propósito perverso que fuera importante para la seguridad del rey. Herodes tenía dos guardias, Jucundo y Tirano, apreciados por el rey por la fortaleza y agilidad de sus cuerpos. Fueron despedidos por haber disgustado al rey; y como eran hombres hábiles en los ejercicios gimnásticos, ganaron oro y otros presentes, montando a caballo con Alejandro y su séquito. Eso fue suficiente para que el rey sospechara de ellos y los hiciera torturar. Ellos, después de resistir mucho tiempo, terminaron por declarar que Alejandro les había querido persuadir que mataran a Herodes, cuando lo encontraran en una partida de caza; les sería muy fácil fingir que, habiendo caído del caballo, se había traspasado con su propio venablo, accidente que ya le había acontecido anteriormente.

Revelaron también que se había guardado oro en la caballeriza, y que habían convencido al jefe de los cazadores que les entregara algunas lanzas del rey y que suministrara armas a los servidores de Alejandro, por orden del mismo<sup>[271]</sup>.

4. Después fue apresado y atormentado el prefecto de la fortaleza de Alexandreion, acusado de haber prometido a los jóvenes que los recibiría en la misma y que les entregaría el dinero que estaba guardado allí. Personalmente él nada confesó; pero se presentó su hijo y dijo que todo era verdad, y entregó una carta escrita, al parecer, por Alejandro. Decía: «Una vez realizado todo lo que determinamos, con la ayuda de Dios, iremos allí; cumplid entonces, lo que habéis prometido, de recibirnos en la fortaleza.»

Después de la lectura de esta esquela, Herodes no tuvo la menor duda de que sus hijos conspiraban contra él. Alejandro alegó que el escriba Diofante había imitado su letra, y que la esquela era una invención de Antipáter. Diofante era muy diestro en imitar la escritura de otros y, más tarde, convicto de otros crímenes, fue condenado a muerte.

5. El rey condujo a los delatores, que había hecho torturar, ante el pueblo de Jericó, para que acusaran a sus hijos; pero el pueblo los mató a pedradas. Estaban dispuestos a hacer lo mismo con Alejandro y Aristóbulo, pero el rey lo impidió, haciendo que el pueblo se calmara, por intermedio de Ptolomeo y Feroras. En cuanto a sus hijos, cuidó que fueran vigilados de tal manera que nadie se les acercara, y que se observaran todos sus dichos y hechos; su situación era tan infamante y angustiada como la de los verdaderos condenados.

El dolor de uno de ellos, Aristóbulo, fue tan grande, que intentó persuadir a su tía y suegra que compartiera sus dolores y odiara a aquel que había llegado a tales extremos de crueldad.

—¿No estás tú misma —le dijo— en peligro de muerte, tú que estás acusada de haber contado a Sileo todo lo que pasaba, con la esperanza de casarte con él?

No tardó ella en repetir estas palabras a su hermano. Éste, sin poderse ya controlar, ordenó que los encadenaran, que los separaran y que declararan por escrito todos sus crímenes para informar a César.

Ellos, obligados a hacerlo, escribieron que no habían organizado ninguna intriga contra su padre, ni lo habían pensado; sólo habían deseado huir, porque vivían rodeados de sospechas y persecuciones.

6. Por este tiempo llegó de Capadocia un enviado de Arquelao, un cierto Melas, príncipe de su familia. Herodes, con el propósito de demostrarle la hostilidad hacia él de Arquelao, hizo venir a Alejandro a su presencia, y de nuevo le preguntó sobre su fuga y hacia dónde y de qué modo pensaban huir.

A esto respondió el príncipe que pensaban ir a reunirse con Arquelao, quien les había prometido enviarlos a Roma; pero que no habían hecho nada contra su padre, y que nada había de verdad en todas aquellas cosas de que se les acusaba. Añadió que hubiese querido que vivieran Tirano y sus compañeros, para que la investigación fuera más decisiva, pero que los habían hecho morir tan rápidamente, porque Antipáter había mandado a sus propios amigos a mezclarse entre el pueblo.

7. Dicho esto por Alejandro, Herodes ordenó que llevaran a Alejandro y Melas ante Glafira, la hija de Arquelao, para indagar si ella sabía algo sobre las intrigas contra Herodes. Cuando llegaron a su presencia, así que Glafira vio a Alejandro encadenado, se golpeó la cabeza, consternada, y lloró intensa y amargamente. También el joven se puso a llorar, al igual que todos aquellos que contemplaban tan triste espectáculo, de modo que por mucho tiempo nadie atinó a decir ni a hacer nada. Finalmente, Ptolomeo, pues a él se le había mandado que los condujera, ordenó a Alejandro que dijera si su mujer sabía algo de sus actos.

—¿Cómo no va a saberlo —dijo él— aquella a quien amo más que a mi vida, y con la cual tenemos hijos en común?

Ante estas palabras ella dijo que no era culpable de nada malo; pero que si era conveniente que mintiera contra ella misma en bien de su esposo, estaba dispuesta a admitirlo todo. A esto dijo Alejandro:

—No sabes nada de ningún crimen de los que se sospechan de nosotros, pues ni yo los he pensado siquiera, salvo nuestros propósitos de refugiarnos junto a Arquelao, y de allí marchar a Roma.

Así lo reconoció ella. Herodes, convencido de que Arquelao estaba también en su contra, entregó cartas a Olimpo y Volumnio y les ordenó que en su viaje se detuvieran en Eleusa de Cilicia para exponer estos hechos a Arquelao; y que, después de reprocharle el haber ayudado a sus hijos en su conspiración, se embarcaran para

Roma; y que si vieran que Nicolás había logrado apaciguar al César, entonces que le entregaran las cartas y los testimonios preparados contra sus hijos.

Arquelao buscó la forma de justificarse; reconoció haber prometido asilo a los jóvenes, pero que esto era tan conveniente a los jóvenes como a su padre para que nada se decidiera precipitadamente en medio de la cólera ocasionada por la rebelión de que se los acusaba; añadió que no había tenido el propósito de enviarlos al César y que no había hecho ninguna promesa contra Hérodes.

8. Cuando los dos enviados llegaron a Roma, tuvieron oportunidad de entregar las cartas a César, que se había ya reconciliado con Herodes. La misión encomendada a Nicolás se cumplió de la siguiente manera. Una vez en Roma y en el palacio, le pareció que no era suficiente cumplir lo que se le había ordenado, sino también acusar a Sileo. Los árabes, aun antes de encontrarse, estaban reñidos entre sí y algunos se apartaron de Sileo y se pasaron a Nicolás, revelándole todos los hechos injustos cometidos por Sileo y dándole pruebas de que había muerto a muchos de los hombres de Obodas; tenían en su poder cartas acusadoras de las cuales se habían apoderado. Nicolás vio que todo esto era muy oportuno y que servía para sus propósitos, esforzándose por todos los medios para reconciliar a Herodes con César.

Tenía por seguro que no obtendría audiencia si intentaba defender a Herodes; pero, en el caso de que determinara acusar a Sileo, se le ofrecería quizá oportunidad para defender a Herodes. Fijado el día para tratar el asunto, Nicolás, con la ayuda de los mensajeros de Aretas, entre otras acusaciones contra Sileo, dijo que había causado gravísimos perjuicios a su rey y a los árabes y que había tomado dinero prestado con miras a perturbar el buen orden del estado; que había corrompido mujeres, tanto en Roma como en Arabia; y lo peor de todo, agregó, era que había engañado al César, pues no había nada de verdad en lo que le dijo referente a Herodes. Cuando dijo lo último, el César lo interrumpió para que le dijera solamente sobre Herodes, si con su ejército había ido a Arabia, matando a casi dos mil quinientos hombres y llevándose, luego de devastar los campos, numerosos cautivos. A lo cual Nicolás respondió que estaba en condiciones de probar que nada o casi nada había acontecido en la forma que se lo habían contado al César, ni de tal manera que pudiera irritarlo.

Estas palabras hicieron que César prestara mayor atención. Nicolás se refirió al préstamo de los quinientos talentos, y de la cláusula que estipulaba que en el supuesto de que no se cumpliera el pago, el rey tendría derecho a tomar prendas en todo el territorio árabe.

No se trataba de una expedición, dijo, sino de exigir la debida compensación por el dinero prestado; ni se llevó a cabo en forma precipitada ni aun tal como lo permitía el préstamo, sino que se había consultado previamente a los legados de Siria, Saturnino y Volumnio; y que, en fin, en Berito, en presencia de los legados, Sileo había jurado por la fortuna del emperador que dentro de treinta días devolvería lo prestado y entregaría los refugiados que habían escapado del territorio de Herodes. En vista de que Sileo no cumplía nada de lo prometido, de nuevo Herodes acudió a

los magistrados nombrados. Luego que éstos le permitieron resarcirse de los daños, entonces emprendió la campaña contra Arabia. Y esto es lo que denominan, exagerándolo trágicamente, «guerra» o «expedición».

—¿Cómo se puede llamar guerra, cuando se pidió licencia a tus magistrados, procediendo de acuerdo a la fianza otorgada, y luego de haber sido violada la majestad de tu nombre, oh César, como también el de otros dioses? Pero expliquemos lo referente a los hombres capturados. Cuando los de la Traconítida empezaron a robar, cuatrocientos hombres, y aun quizá más, escapáronse a Arabia, a fin de que Herodes no los condenara al suplicio. Sileo los recibió, y los estimuló en sus malos propósitos concediéndoles lugar donde morar y, lo que es peor todavía, se benefició él mismo con sus latrocinios. Sin embargo, se obligó con juramento a entregarlos el mismo día señalado para la devolución del dinero; y nadie podrá demostrar que de Arabia se hayan sacado otros hombres fuera de los mencionados, y todavía no todos, sino aquellos que no pudieron esconderse. Como ves, es sólo una infame calumnia todo lo referente a los cautivos; pero te ruego, oh César, que conozcas los inventos y mentiras utilizados para moverte a ira. Afirmo que sólo después de irrumpir los árabes en nuestro territorio, y luego de matar a algunos de los soldados de Herodes, el rey se decidió a intervenir, y no antes, en defensa de su reino; y murieron no más de veinticinco de ellos, exagerando Sileo su número hasta decir que fueron centenares, que fueron dos mil quinientos.”

9. César quedó impresionado y, volviéndose a Sileo, indignado, le preguntó cuántos árabes habían muerto. Sileo titubeó, y dijo que quizá había sido mal informado; entonces se leyeron los textos del empréstito y las cartas de los legados, así como también las quejas de los pueblos sobre los latrocinios. Finalmente César tomó la decisión de condenar a muerte a Sileo y se reconcilió con Herodes, arrepentido ya de las palabras tan graves que le había escrito, influenciado por las calumnias, y declaró a Sileo que con sus mentiras lo había inducido a tener en menos a un amigo fiel. Al fin, Sileo fue obligado a reembolsar lo que debía, mientras aguardaba el suplicio.

César no estaba muy bien dispuesto con Aretas porque, sin esperar que él lo decidiera, por sí mismo había tomado el poder. Determinó dar a Herodes la Arabia; pero lo impidieron unas cartas que recibió del mismo Herodes. Pues cuando Olimpo y Volumnio supieron que César ya estaba apaciguado, les pareció, de acuerdo con lo que había ordenado Herodes, que ya podían entregarle las cartas referentes a los hijos del rey, para poner de manifiesto sus intrigas. Después de leerlas no le pareció oportuno agregar otro reino al de un anciano que, además, estaba en conflicto con sus hijos. Envió mensajeros a Aretas, reprendiéndolo por su conducta temeraria de hacerse cargo del reino sin esperar su consentimiento; pero le aceptó los regalos y lo confirmó en el trono.



# CAPÍTULO XI

*Por consejo del César, Herodes reúne en Berito un tribunal para juzgar a sus hijos. Muerte de los jóvenes*

1. Reconciliado César con Herodes, el emperador le escribió, diciéndole que lamentaba que tuviera tales hijos, y que convenía, en caso de que algo muy grave se comprobara, que fueran considerados parricidas. Sobre el particular lo dejaba en libertad de acción. Pero si solamente pensaban en escaparse, habría que castigarlos, pero sin llegar a extremos irreparables. Le aconsejó que los sometiera a juicio en Berito, colonia romana, con la asistencia de los jefes, de Arquelaos, rey de Capadocia, y de todos aquellos que él considerara como amigos suyos e ilustres por su dignidad, y que siguiera las decisiones que tomaran.

Éstas fueron las palabras que César le escribió. Herodes, cuando recibió la carta, se puso muy contento, tanto por haber recobrado el favor de César como por el poder que le otorgaba de proceder contra sus hijos. Ignoro a qué se debe que un hombre, cuando las cosas no iban a su gusto, se hubiese comportado como un padre severo, pero sin mostrar temeridad ni precipitación para buscar la muerte de sus hijos; y que luego, mejorada su situación y lleno de confianza, se entregase de nuevo al odio.

Convocó para formar el tribunal a los que le pareció, pero no a Arquelaos. No quiso que estuviera presente, a causa del odio que le tenía o porque temía que se había de oponer a su voluntad.

2. Después que los jefes y otros que hizo llamar de las ciudades se trasladaron a Berito, dejó a sus hijos en una población sidonia, denominada Platana, próxima a la ciudad, para que pudieran hacerse presentes si fueran llamados. Se adelantó solo entre las ciento cincuenta personas que estaban sentadas, e hizo contra sus hijos una acusación no dolorosa, como lo exigía la situación en que se encontraba, sino muy indecorosa para un padre que acusa a sus hijos. Era vehemente y se enredaba en la presentación de los argumentos, y daba indicios de furor e inhumanidad; no permitió a los asesores que conocieran y pesaran los argumentos, y procedió en forma impropia de un padre que procede contra sus hijos. El mismo expuso y defendió los argumentos, leyó lo que habían escrito, donde no constaba nada de intrigas o de crímenes, y sólo referencias a la huída proyectada y algunos reproches maliciosos para el padre por la malevolencia que les manifestaba.

Cuando exponía estas cosas, gritaba con mayor vehemencia, exageraba las faltas, como si fueran confesiones de las intrigas, y juraba que preferiría morir antes que oír esas injurias. Al final, cuando dijo que él, por derecho de la naturaleza y por permiso del César tenía potestad, agregó que la ley nacional establecía que si los padres ponían las manos sobre la cabeza del hijo acusado, los circunstantes se veían obligados a apedrear y matar al acusado. Lo habría podido hacer en su patria y en su

reino, pero había preferido esperar su decisión. Esperaba que se comportaran, no como jueces, pues eran tan evidentes las intrigas, hasta el punto de que había faltado poco para que sus hijos lo mataran, sino como colaboradores de su ira; pues nadie, por extraño que fuera, podría mirar con indiferencia una conjuración como aquélla.

3. Después que el rey se expresara en esta forma, y sin dar oportunidad a los jóvenes para que pudieran defenderse, los asesores, al verlo tan indignado y sin que hubiera posibilidad para inducirlo a la equidad y a la concordia, confirmaron su libertad de decisión. Saturnino, personaje consular y de rango elevado, fue el primero que dio una sentencia moderada, teniendo en cuenta las circunstancias. Declaró que condenaba a los hijos de Herodes, pero que no consideraba justo imponerles la muerte, puesto que él mismo tenía hijos, y que esta pena era muy severa, a pesar de lo mucho que Herodes había sufrido por causa de ellos. Luego los hijos de Saturnino, pues tenía tres que eran como él legados, expresaron la misma opinión. Pero Volumnio decidió que debían ser condenados a morir por haberse comportado tan impíamente con el padre. De la misma opinión fueron casi todos los restantes, de tal modo que se daba por seguro que los jóvenes serían sometidos a la pena capital.

De allí Herodes se marchó a Tiro, llevándose consigo a sus hijos, y preguntó a Nicolás, que estaba de regreso de Roma, después de narrarle lo que se había hecho en Berito, cuál era la opinión de los amigos que con él habían estado en Roma, acerca de sus hijos. A lo cual él respondió:

—El comportamiento de tus hijos parece haber sido impío, pero deberías limitarte a tenerlos encarcelados y con vigilancia. Más adelante, si creyeras necesario aplicarles una sentencia más severa, podrías hacerlo sin que parezca que obres a impulsos de la indignación, más que de la razón; si, al contrario, quisieras dejarlos en libertad, no habrías hecho un mal irremediable. Ésta es la opinión de la mayoría de tus amigos que viven en Roma.

Herodes guardó silencio y se puso pensativo, y luego lo invitó a que se embarcara con él.

4. Cuando llegaron a Cesárea, no se hablaba más que de los hijos del rey y todo el reino estaba en suspenso, preguntándose cómo terminaría este asunto. Efectivamente, todos temían que esta decisión prolongada no los llevara a un fin irremediable. Todos lamentaban sus desgracias, pero nadie se atrevía a pronunciar, ni siquiera a escuchar, una opinión temeraria; la piedad se contenía y soportaba este infortunio excesivo con aflicción, y mantenía su misericordia sin expresarla. Todos se dolían de un crimen tan atroz, pero lo soportaban calladamente. Sin embargo, un hombre, de nombre Tero, viejo soldado, que tenía un hijo de la misma edad de Alejandro, de quien era amigo, lo que otros mantenían oculto él lo decía abiertamente, y frecuentemente se sentía impulsado a clamar ante el pueblo, diciendo que se había terminado la verdad, que ya entre los hombres no existía el derecho, que la mentira y la maldad estaban en auge y que todo se encontraba tan falseado que no podían verse los grandes males que caían sobre los hombres por aquellos mismos que pecaban.

No dejaba de correr peligro al expresarse tan francamente, pero todos se sentían conmovidos por su equidad, al comprobar su ánimo y fortaleza, tan impropias de aquellos tiempos. Por lo tanto, todos escuchaban gustosamente lo que decía, y mientras por precaución guardaban silencio, elogiaban su franqueza, pues las desgracias que se contemplaban obligaban a todos a estar de su lado.

5. Tero, sin embargo, audazmente se presentó ante el mismo rey y pidió hablar con él a solas, lo que le fue concedido.

—No puedo soportar por más tiempo, oh rey —le dijo— lo que me angustia el alma. Debo decir lo que siento, algo que te será necesario y provechoso oírlo; si de ello puedes sacar alguna utilidad, lo preferiré a mi propia vida. ¿Estás en tu cabal juicio, o dónde está aquel ingenio, mediante el cual has logrado tantas cosas? ¿A qué se debe que estés privado de parientes y amigos? Pues no juzgo ni amigos ni parientes a los que ahora están a tu lado, que permiten que se lleve a cabo un crimen tan grande en un reino anteriormente feliz. ¿Y tú no te das cuenta de lo que conviene hacer? ¿Matarás a dos jóvenes, hijos de la reina tu esposa, llenos de virtudes, y entregarás tu ancianidad a un solo hijo, que abusó de tu confianza, y a unos parientes que tú mismo tantas veces has condenado a muerte? ¿No comprendes que el pueblo se calla, pero que ve el pecado y odia el crimen, y que todo el ejército, especialmente los dirigentes, tienen compasión de tus infelices hijos y odian a los autores de tanta desgracia?

El rey lo escuchó, al principio con paciencia; pero cuando Tero habló con claridad de la perfidia y el crimen de sus allegados, se conmovió. Tero, por su parte, poco a poco se excedió, utilizando una libertad inmoderada de soldado, sin saber administrar sabia y prudentemente el tiempo. Herodes se conturbó, de modo que tomó sus palabras más como un reproche que como un consejo útil, y cuando oyó que le decía que los soldados lo tomaban a mal, especialmente los jefes, ordenó que se detuviera y vigilara tanta a aquellos que Tero nombró como al mismo Tero.

6. Por este hecho, un cierto Trifón, barbero del rey, aprovechando la ocasión, se presentó ante Herodes y le comunicó que Tero varias veces le quiso convencer de que, al arreglarle la barba, lo degollara, y que así Alejandro ocuparía el primer lugar y obtendría grandes premios. Cuando oyó esto, el rey ordenó que lo detuvieran y sometió al tormento a Tero, a sus hijos y al barbero. Tero resistió, pero el hijo, al ver al padre tan maltratado y sin ninguna esperanza de salvación, adivinando por los sufrimientos del paciente lo que se haría con él, dijo que revelaría la verdad si los libraban a él y a su padre de los tormentos. Contando con la palabra del rey, dijo que se había determinado que Tero atacaría a Herodes, lo que le sería fácil encontrándose a solas con él; si una vez hecho esto le pasaba algo malo, la consideraría un honor, puesto que así servía a Alejandro. Con estas palabras, libró, a su padre de los tormentos; no se sabe si en vista de lo que estaba pasando quiso decir la verdad, o si imaginó esta escapatoria para remediar sus males y los de su padre.

7. En cuanto a Herodes, si antes tenía alguna duda para hacer morir a sus hijos,

ahora ya no le quedaba ninguna, y rechazando a todos los que querían darle un consejo mejor, se apresuró a hacer cumplir lo que se había decidido. Acusó en una asamblea ante el pueblo a trescientos oficiales inculpados, a Tero, a sus hijos y al barbero. El pueblo los mató, echando mano de lo que tenían a su alcance. En cuanto a Alejandro y Aristóbulo, llevados a Sebaste, allí fueron estrangulados; y los cuerpos durante la noche fueron llevados a Alexandreion, donde estaban enterrados el abuelo materno y muchos de sus antepasados.

8. Quizá a algunos les parecerá natural que un odio tan inveterado hubiera crecido hasta tales extremos, que venciera a la misma naturaleza. Pero uno se pregunta si la causa debe imputarse a los jóvenes, que suministraron a su padre motivos para encolerizarse, y cuya hostilidad con el tiempo llegó a ser implacable, o bien al mismo padre, insensible y excesivo en su apetito de poder y de gloria, al extremo de no escatimar nada para que su voluntad fuera soberana o si, en fin, hay que culpar al destino, cuyo poder supera al de todo razonamiento prudente. El destino infunde la convicción de que los hechos humanos están sometidos por adelantado a la necesidad de que tienen que acaecer y, por esto, los denominamos fatalidades, puesto que nada hay que no llegue a cumplirse.

Pienso que esta última opinión tiene que descartarse, si nos atribuimos alguna espontaneidad y no queremos sustraernos a toda responsabilidad sobre la corrupción de nuestra naturaleza, cuestión que ya ha sido discutida por nuestra ley. En cuanto a las otras causas, se puede inculpar a los hijos por su juvenil presunción y su arrogancia palaciega, al dar oído a las calumnias contra su padre, convirtiéndose en inquisidores de sus actos y de su vida, haciéndose suspicaces y sin poder dominar su lengua y dando, por ambas causas, motivos para hacerse sospechosos a aquellos que los observaban y que luego se lo contaban todo a Herodes para conseguir su gracia.

Sin embargo, no hay excusa ninguna sobre la impía conducta del padre con sus hijos, pues no extremó los medios para comprobar la existencia de un complot y probar la culpa de sus hijos, decidiendo matar a los que había engendrado. Eran dos varones egregios y en todo muy bien dotados, ya sea para la caza, o para la milicia, o para hablar con propiedad. Eran muy diestros y peritos en todo esto, especialmente Alejandro, el mayor. Habría sido suficiente, si fuese menester condenarlos, encarcelarlos, o alejarlos del reino, pues Herodes estaba suficientemente seguro al contar con el poder de los romanos, con lo cual no corría peligro de ningún movimiento repentino u otra clase de ataque.

Estas muertes precipitadas y cometidas únicamente para satisfacer la pasión que lo dominaba, son testimonio de una impiedad incalificable, especialmente cuando estaba llegando a su vejez. No lo excusan sus dudas ni sus dilaciones. Cuando una persona, impresionada por algo repentino, conmovida, se ve empujada a cometer grandes crímenes, su acción es grave, pero humana; pero cuando lo hace después de reflexionar y de haber pasado del furor a la duda, su acción indica un alma malévolamente imposible de apartarse del mal. Esto se confirmó con los hechos posteriores, pues

Herodes no perdonó ni a aquellos que le fueron más adictos; aunque en este caso se hubiese procedido con más justicia, la crueldad fue de la misma índole de la que no había perdonado ni a sus hijos. Pero sobre esto se tratará más particularmente en las páginas siguientes.

# LIBRO XVII

*Abarca un lapso de catorce años*

# CAPÍTULO I

*Antipáter es odiado por el pueblo por la ejecución de sus hermanos. Trata de conquistar con regalos a sus amigos de Roma, a Saturnino, gobernador de Siria y a sus funcionarios*

1. Después de que Antipáter se hubo librado de sus hermanos, cargando a su padre con un crimen impío y con los remordimientos que vengaban lo que había hecho, sus esperanzas sobre lo porvenir no concordaron con sus designios. Libre del temor de ver a sus hermanos compartiendo el poder con él, advirtió que su ascensión al trono sería un asunto arduo y que encontraría oposición. El pueblo sentía por él un odio muy intenso. A este obstáculo, de por sí grave y molesto, se agregaba la actitud del ejército, que le era adverso, y sin su confianza no era posible asegurarse ningún reino, pues el ejército es el que reprime a los ansiosos de novedades. La muerte de sus hermanos resultó de este modo sumamente peligrosa para sus propósitos.

Reinaba junto con su padre, sin que hubiera entre los dos disentiendo ninguno; logró un mayor prestigio ante el rey precisamente por aquello que hubiera debido ser causa de su perdición, pues le había hecho creer que se había convertido en delator de sus hermanos con miras a la mayor seguridad de Herodes, y no por odio contra ellos y menos contra el padre. He ahí las maldiciones que lo perseguían. Antipáter había urdido todas las intrigas interpuestas en el camino de Herodes, para eliminar a todos los que pudieran denunciar sus proyectos y evitar que Herodes dispusiera de refugio y de ayuda el día que Antipáter se declarara abiertamente su enemigo.

Había sido, por lo tanto, por el odio que tenía a su padre que había tramado todas sus intrigas y que ahora se esforzaba en continuar con sus propósitos, puesto que, muerto Herodes, obtendría indudablemente el trono, pero si el rey llegara a vivir mucho tiempo, corría el peligro de que en algún momento se pusiera en evidencia el crimen del cual era autor e instigador, y su padre se convirtiera en su enemigo.

Se empeñó en toda forma en atraerse a los amigos de su padre y en contrarrestar con dinero el odio que se había concentrado contra él; hacía grandes favores, en especial a los que se encontraban en Roma, a los que quería conquistar mediante múltiples donaciones, especialmente al pretor de Siria, Saturnino. Abrigaba la esperanza de que por la magnitud de los regalos llegaría a atraerse también al hermano de Saturnino, y mediante los mismos medios a la hermana del rey, que se había casado con uno de los principales amigos de Herodes.

Era muy buen artista para simular los propósitos, para que se aceptara como verdadera su amistad y para disimular el profundo odio que sentía contra algunos.

Sin embargo, no pudo engañar a su tía, que había descubierto sus intenciones hacía tiempo y que había luchado por todos los medios posibles contra sus perversas intenciones; a pesar de que el tío materno de Antipáter se había casado con la hija de

Salomé, la que antes fuera esposa de Aristóbulo, siendo Antipáter el autor de este matrimonio; y Calías, hijo del marido de Salomé, tenía por esposa a su otra hija. Pero este parentesco no impidió que Salomé descubriera su malicia, así como previamente los lazos de consanguinidad no habían detenido a Salomé en su odio contra Aristóbulo. Herodes había obligado a Salomé, que deseaba contraer matrimonio con el árabe Sileo, a tomar por esposo a Alexas; la esposa de César, Julia, había unido sus esfuerzos a los del rey, persuadiendo a Salomé que no rechazara este matrimonio, porque de lo contrario caería en la hostilidad de Herodes. Herodes había jurado que retiraría todo afecto a Salomé si se negaba a casarse con Alexas. Es así como se avino a lo aconsejado por Julia, tanto por ser la esposa de César como por aconsejarle algo sumamente útil. Por este tiempo Herodes devolvió a Arquelao su hija, la esposa de Alejandro, restituyéndole la dote de sus propios bienes, a fin de que no hubiera ningún motivo de disenso.

2. Herodes cuidaba con el mayor cuidado a los hijos de sus hijos. Alejandro había tenido dos hijos varones con Glafira, y Aristóbulo con Berenice, hija de Salomé, tres hijos y dos hijas. Cierta vez, estando presentes los amigos, deploró el destino de sus hijos y rogó que no les pasara nada semejante a sus nietos, sino que llenos de virtud, justos y dotados de una adecuada sabiduría, supieran agradecer debidamente los cuidados que se tomaban en su educación. Había prometido en matrimonio, así que hubieran llegado a la edad conveniente, la hija de Feroras al hijo mayor de Alejandro, la hija de Antipáter al hijo mayor de Aristóbulo, una hija de Aristóbulo al hijo de Antipáter, y la otra a Herodes, su propio hijo, el que tuvo con la hija del pontífice, pues nuestras costumbres nacionales admiten que se tengan al mismo tiempo varias esposas. El rey dispuso estos esponsales por piedad hacia sus nietos, y para conquistarles con ellos la benevolencia de Antipáter. Antipáter con respecto a sus sobrinos fomentaba la misma animosidad que con respecto a sus hermanos. Se irritaba por el afán y preocupación de su padre, pues estaba persuadido que llegarían a ser más poderosos que sus hermanos; especialmente que, cuando fueran adultos, Arquelao, personaje de dignidad real, prestaría ayuda a sus nietos, y Feroras, que era tetrarca, aceptaría para su hijo como esposa a una de las sobrinas. Además le preocupaba el hecho de que el pueblo testimoniara su piedad por los huérfanos y su odio por él, de que nunca le perdonaría la maldad con que trató a sus hermanos y de que todo se pondría en evidencia.

Por esto procuró que su padre cambiara de opinión en lo referente a los matrimonios, considerando peligrosa la alianza con familias de tanto poder. Y es así como Herodes, a instancias de Antipáter, cambió de opinión, y dispuso que Antipáter se casara con la hija de Aristóbulo, y el hijo de Feroras con la hija de Antipáter. De esta manera se dispusieron los acuerdos matrimoniales contra la intención del rey.

3. Por aquel tiempo el rey tenía nueve esposas: esto es, la madre de Antipáter y la hija del pontífice, con la cual tuvo un hijo al que dio su nombre; una hija de su hermano y una de sus primas. Ninguna de las dos tuvo hijos. Entre sus mujeres había



una samaritana, con la cual tuvo dos hijos, Antipas y Arquelao, y una hija Olimpias, la que posteriormente desposó con José, hijo de su hermano. En cuanto a Arquelao y Antipas eran educados en Roma por un particular. Estaba también casado con Cleopatra, de Jerusalén, con la cual tuvo dos hijos, Herodes y Filippo; este último también se educaba en Roma. Otra de sus mujeres era Palas, que le dio un hijo llamado Fasael.

Finalmente otras dos esposas, Fedra y Elpis, con quienes tuvo dos hijos, Roxane y Salomé. En cuanto a sus hijas mayores, hermanas uterinas de Alejandro, con las cuales rehusó casarse Feroras, casó a una de ellas con Antipáter, hijo de su hermana, y a la otra con Fasael, que era también hijo de su hermano. Ésta era la progenie de Herodes.

## CAPÍTULO II

*Para proteger la región de la Traconítida contra las incursiones de los árabes, Herodes envía a Zamaris a establecerse en Batira. Pacto secreto entre Antipáter y Feroras*

1. Queriendo por este tiempo asegurarse contra los de la Traconítida, Herodes decidió establecer para los judíos un poblado, que por su magnitud no cediera a una ciudad, con el objeto de defenderse contra las irrupciones en su territorio y que, en el caso de alguna repentina incursión, pudieran salir para contestar al ataque. Supo casualmente que un cierto judío de Babilonia, con quinientos jinetes instruidos en el manejo del arco y una parentela de cerca de cien hombres, había pasado el Eufrates instalándose en Antioquía, cerca de Dafné de Siria; y que Saturnino que, por aquel entonces, era pretor, le había otorgado para su morada un lugar denominado Valata. A este hombre le prometió darle tierra en la tetarquía de Batanea, limítrofe de la Traconítida; quería hacer de su establecimiento una especie de fortaleza. Prometió a Zamaris y los suyos darles la región libre de todo impuesto, de manera que aquellos que habitaron allí no pagaron ninguno de los tributos acostumbrados.

2. El babilonio, convencido con estas promesas, ocupó la tierra, en la cual construyó fortificaciones y un poblado, que denominó Batira. Este hombre protegió a los moradores de aquellos lugares contra los de la Traconítida, y también a los que iban de Babilonia a Jerusalén para los sacrificios, para que no fueran despojados por robos. Se le unieron muchos hombres fieles a las costumbres de los judíos. De modo que aquel lugar se pobló muchísimo, pues ofrecía seguridad y además estaba libre de todo tributo, regla que se observó mientras vivió Herodes; Filippo, que le sucedió en el reino, exigió a esta gente algo, por poco tiempo. Agripa el grande y su hijo del mismo nombre les impusieron tributos, pero no los privaron de su libertad. Los romanos que les sucedieron, los confirmaron en su libertad, pero los oprimieron bajo el peso de los impuestos. Sobre esto hablaré con más detalles cuando se ofrezca la ocasión.

3. El babilonio Zamaris, a quien Herodes otorgó la región, falleció, después de haber vivido virtuosamente. Dejó hijos ilustres, entre los cuales estaba Jacimos, célebre por su valor, que enseñó a los babilonios el arte de la equitación. Uno de sus escuadrones sirvió de guardia a los reyes que acabo de nombrar. Jacimos murió de edad avanzada, y dejó un hijo de nombre Filippo, por su valor guerrero y otras virtudes digno de ser recordado. El rey Agripa sintió por él una firme amistad y lo trató con gran benevolencia; instruía en los deberes militares a aquellos que el rey necesitaba, y era su comandante siempre que debía realizarse una expedición.

4. Encontrándose los asuntos de Herodes en el estado que he explicado antes, todo convergía en favor de Antipáter, pues, con anuencia del padre, gozaba de poder para realizar lo que quería; y todavía esperaba lograr mucho más, pues su padre

ignoraba su maldad y se dejaba impresionar fácilmente por las palabras que le decía. Todos lo temían, no tanto por la magnitud de su poder como por la maldad que surgía de su inquietud. Lo cortejaba especialmente Feroras, a lo cual correspondía Antipáter, pero no sin antes haber amotinado contra él a las mujeres. En efecto, Feroras estaba sometido a su esposa, a su suegra y a su cuñada, a pesar de que las detestaba por el mal trato que daban a sus hijas, todavía vírgenes. Sin embargo, las soportaba y nada podía hacer sin ellas, porque espiaban todos sus actos y, gracias a la fidelidad que mutuamente se guardaban, marchaban todas de acuerdo. Eran adictas a Antipáter, por él mismo y por la madre; se las había atraído por completo.

Entre Feroras y Antipáter surgió una disensión por causas de muy poca importancia. La única que se les oponía era la hermana del rey, que hacía tiempo venía observando sus arreglos y sabía que esa concordia era en detrimento de Herodes, a quien no dejaba de informar. Convencidos de que su concomitancia no era del agrado de Herodes, pensaron que públicamente no les convenía presentarse unidos, sino que debían simular odios y envidias, especialmente en presencia de Herodes o de alguien que luego lo informaría; pero secretamente estarían más aliados que nunca. No se le ocultó a Salomé lo que habían determinado; atenta a la forma en que lo llevaban a cabo, lo investigaba todo, y se lo contaba a su hermano con exageraciones, diciéndole que realizaban reuniones secretas, y hacían banquetes a solas, todo lo cual no tendría lugar si no fuera para intrigar contra el rey, porque entonces lo harían públicamente. Esta clase de gente que en presencia de todos fingen estar en desacuerdo y hacen todo lo posible para aparecer como enemigos, y que, cuando nadie los ve, se profesan benevolencia y amistad, tienen siempre por fin organizarse contra aquellos ante quienes disimulan con tanto cuidado su mutuo acuerdo. Salomé informaba cuidadosamente de todo a su hermano, el cual por sí mismo había ya adivinado muchas de estas cosas, pero no se atrevía a hacer nada, a pesar de que sus sospechas estaban siendo confirmadas por los informes de su hermana.

Había una secta judía que exigía el más estricto cumplimiento de la ley y observaba una extrema solicitud hacia Dios; esta secta contaba con la simpatía de las mujeres. Era la de los fariseos, que se han atrevido a resistir a los reyes, y son previsores y siempre dispuestos a luchar y a combatir. Al jurar toda la nación de los judíos que serían fieles al César y a su gobierno, ellos se negaron a hacerlo, en número de seis mil; el rey les impuso multas, que fueron pagadas por la esposa de Feroras. Agradecidos por este beneficio, y puesto que creían que por inspiración divina conocían lo futuro, predijeron que Herodes y su progenie, por disposición de Dios, perderían el trono y que éste pasaría a Feroras y a sus hijos. Esto llegó a conocimiento del rey, pues no pudo permanecer oculto a Salomé, como también que algunos de los cortesanos habían sido corrompidos. Por este motivo el rey hizo perecer a los más culpables de los fariseos, al eunuco Bagoas y a un cierto Caro, que se distinguía entre sus contemporáneos por su belleza y que era el preferido del rey.

Mató también a todos los de su familia que estaban de acuerdo con las enseñanzas de los fariseos. Bagoas había sido atraído por aquellos que le prometían llamarlo padre y benefactor del rey señalado por la predicción, quien ejercería todos los poderes y podría capacitar a Bagoas para contraer matrimonio y procrear hijos legítimos.

## CAPÍTULO III

*Feroras se niega a repudiar a su mujer. Herodes envía a Antipáter a Roma.*

*Muerte de Feroras*

1. Herodes, después de castigar a los fariseos, convocó a los amigos y acusó a la esposa de Feroras, imputando a su audacia el ultraje que se había hecho a las vírgenes<sup>[272]</sup>, para deducir de esta injuria personal un motivo de queja. ¿No fue ella, dijo, la culpable del distanciamiento entre él y su hermano, y de la hostilidad entre los mismos, que ella excitaba tanto de hecho como de palabra? Gracias a su intervención se eludió el pago de la multa que había impuesto; no había agitación de las que últimamente se hacían contra él, en la que ella no fuera cómplice.

—Por lo tanto, Feroras —dijo—, obrarías muy bien si, impulsado no por mis ruegos o consejos, sino espontáneamente, te divorciaras de esta mujer, que ha de ser causa de disensión entre nosotros; por esto, si te importa algo la alianza fraternal, conviene que te desprendas de esta mujer. Así serás realmente mi hermano, y estaremos unidos por el amor.

Sin embargo, Feroras, a pesar de que estas palabras lo conmovieron, dijo que no quería separarse de su hermano, ni podía dejar de amar a su mujer; prefería morir, antes que abandonar a la esposa que amaba. Entonces Herodes concentró en Feroras la cólera que tales hechos le provocaban, considerándose gravemente ofendido. Prohibió a Antipáter y a su madre que lo frecuentaran, y también encargó a Antipáter que cuidara que las mujeres no se reunieran. Lo prometieron, pero no por eso dejaron de reunirse Antipáter y Feroras. Corría incluso el rumor de que Antipáter mantenía relaciones con la mujer de Feroras, sirviendo de intermediaria la madre del primero.

2. Sabiendo Antipáter que su padre sospechaba, y temeroso de que el odio no fuera en aumento, escribió a los amigos que vivían en Roma, ordenándoles que indicaran a Herodes que cuanto antes lo enviara al César. Así lo hizo Herodes, y envió a Antipáter con muchos regalos y con su testamento, en el cual establecía que después de su muerte reinaría Antipáter; y en caso de que éste falleciera primero, su hijo Herodes, el que había engendrado con la hija del pontífice.

En la misma época que Antipáter se embarcó Sileo el árabe, quien no había cumplido ninguna de las disposiciones ordenadas por César; Antipáter lo acusó ante el emperador de los mismos crímenes de que antes lo había acusado Nicolás. Además Aretas lo culpó de las muertes cometidas en Petra, sin su consentimiento, y especialmente de varones de prestigio, entre los cuales estaba Soem, hombre nobilísimo, y también de haber eliminado a Fabato, esclavo del César. Sileo fue acusado además por la ofensa siguiente. Tenía Herodes un guardia de nombre Corinto, en el cual había depositado plena confianza.

Sileo lo persuadió que matara al rey, mediante la entrega de una gran suma; a lo cual accedió. Fabato, habiéndolo sabido de labios del mismo Sileo, se lo reveló al rey. Éste hizo detener a Corinto, y consiguió el esclarecimiento de todo el crimen mediante tormentos. Hizo detener también a otros dos árabes, por denuncias de Corinto: un jefe de tribu y un amigo de Sileo. Sometidos a la tortura, confesaron haber ido con el propósito de convencer a Corinto que no desfalleciera, prometiéndole que, si así lo requería el asunto, lo ayudarían para que llevara a cabo la muerte de Herodes. Todo esto se lo expuso Herodes a Saturnino, y éste envió a los dos árabes a Roma.

3. En cuanto a Feroras, en vista de que persistía obstinadamente en su amor, recibió orden de Herodes de que se retirara a su región. De buena gana se alejó a su tetrarquía, jurando que no iba a volver antes de que le informaran del fallecimiento de Herodes. Cuando el rey, estando enfermo, le pidió que fuera a verlo, como si temiendo morir quisiera darle algún encargo, no quiso volver por respeto religioso al juramento. Sin embargo, Herodes no se comportó de la misma forma con su hermano; por el contrario, cuando Feroras se enfermó, aun sin ser llamado, fue a visitarlo. Habiendo muerto Feroras, ordenó que lo llevaran a Jerusalén y dispuso un gran duelo en su honor. Fue el comienzo de las desdichas de Antipáter, aunque había partido para Roma, pues Dios debía castigarlo por su fratricidio. Quiero proseguir esta narración detalladamente, pues es una advertencia para la especie humana de que debe practicar la virtud en cualquier circunstancia.

## CAPÍTULO IV

*Los libertos de Feroras acusan a la mujer de éste de haberlo envenenado. Se descubre una tentativa de envenenar a Herodes, organizada por Antipáter y Feroras*

1. Después de la muerte y los funerales de Feroras, dos de sus libertos se presentaron ante Herodes, pidiéndole que no dejara sin venganza la muerte de su hermano, sino que hiciera una investigación sobre su fin triste e imprevisto. Herodes les prestó oídos, pues parecían decir la verdad; afirmaban que Feroras, antes de enfermarse, había comido con su esposa, e ingerido un veneno, mezclado con una comida sólida, y que luego falleció. Este veneno había sido traído por una mujer árabe, con el pretexto de que era para excitarlo al amor; lo llamaba filtro, pero en realidad estaba destinado a matar a Feroras. Las mujeres árabes son las más expertas en envenenamientos; y la acusada en este caso, constaba que era muy amiga de la amante de Sileo. La persuadieron que vendiera el veneno la madre y la hermana de la mujer de Feroras, quienes fueron a buscarlo y lo llevaron un día antes que se celebrara la cena.

El rey, indignado por estas nuevas, hizo atormentar a algunas esclavas de las mujeres y hasta a algunas libres. Nada se sacó en claro, pues ninguna de ellas confesó; sin embargo una de ellas, oprimida por los tormentos, no dijo otra cosa, sino que rogaba a Dios que la madre de Antipáter se viera sometida a los mismos dolores, pues era la causa de todos sus males.

Se lo comunicaron a Herodes, con lo cual se pusieron en evidencia, mediante el tormento de las mujeres, las orgías, las reuniones clandestinas y también algunas palabras dichas por Feroras a las mujeres, sobre algo que el rey solamente había declarado a Antipáter. Se trataba de la orden dada por Herodes a Antipáter de que guardara silencio sobre los cien talentos que le diera a fin de hacerle romper toda clase de relaciones con Feroras. Se supo también el odio que Antipáter sentía por su padre, y las quejas que expresaba ante su madre de que el rey viviera tanto tiempo mientras él a su vez envejecía, de modo que, aunque llegara a ocupar el trono, ya no podría gozar mucho del mismo. Además se lamentaba de que tantos hermanos suyos y sobrinos hubieran sido educados al lado de él con miras al reinado, y que emponzoñaban su seguridad. Antipáter se quejaba también de la gran crueldad del rey al hacer morir a sus hijos; decía que era por miedo que él se había ido a Roma, y que Feroras se había retirado a su tetarquía.

2. Todo ello estaba de acuerdo con lo que le contara su hermana, cuyo testimonio corroboraba, librándola de ser sospechada de perfidia. Convencido el rey de que Doris, la madre de Antipáter, había participado en todas estas intrigas, comenzó por despojarla de todos sus ornamentos, que valían muchos talentos; luego la repudio, e

hizo amistad con las mujeres de Feroras. Su cólera aumentó por lo que dijera un cierto samaritano de nombre Antipáter, intendente de Antipáter el hijo del rey, el cual sometido a los tormentos, entre otras cosas, declaró que Antipáter había preparado un veneno mortífero que entregó a Feroras, a quien ordenó que, una vez que se hubiera ido, para que no se sospechara de él en lo más mínimo, se lo hiciera beber al padre. Este veneno había sido traído de Egipto por Antifilo, uno de los amigos de Antipáter, y enviado a Feroras por Teudion, hermano de la madre de Antipáter, el hijo del rey; y es así como llegó a manos de la mujer de Feroras, a quien éste se lo entregó para que lo guardara.

Esta mujer, interrogada por el rey, confesó lo que había pasado; luego salió corriendo, al parecer para ir a buscar el veneno, y se tiró desde el techo, pero no se mató, pues cayó sobre los pies.

Cuando recobró el conocimiento, Herodes prometió perdonarla, a ella y a sus familiares, con tal que no le ocultara nada; pero afirmó que los sometería a los tormentos más horribles, si obstinadamente se callaba algo. Ella prometió decir todo lo que había acontecido, y así lo hizo; y según muchos confirmaron, no expuso sino la verdad.

—El veneno fue traído de Egipto —dijo— por Antifilo, quien lo había logrado por intermedio de un médico de su hermano. Nos lo entregó Teudion y yo lo guardé, habiéndolo recibido de Feroras; había sido preparado contra ti por Antipáter. Habiendo enfermado Feroras, cuando tú fuiste a cuidarlo, en vista de la benevolencia que le mostrabas, Feroras cambió su resolución y me hizo llamar y me dijo: «Oh, mujer, Antipáter me ha puesto contra su padre, mi hermano, en un designio homicida, procurándose el veneno que debe servir a este fin. Ahora bien, puesto que mi hermano ha demostrado que en nada ha disminuido el amor que me tiene, y yo no viviré por mucho tiempo, no quiero deshonorar a mis antepasados con un pensamiento fratricida; trae el veneno, y quémalo en mi presencia». Habiéndolo traído, sin titubear cumplió las órdenes de su marido y echó en el fuego gran parte del veneno, reservándose algo para sí, para que, en el supuesto de que, después de la muerte de Feroras, el rey la llegara a tratar sin piedad, pudiera suicidarse para escapar a los sufrimientos.

Después de hablar así, mostró la botella y el veneno. Otro hermano de Antifilo y su madre, obligados por los tormentos, confesaron lo mismo, y reconocieron la botella. Además la hija del pontífice, la esposa del rey, fue acusada de saber todo esto y ocultarlo. Por este motivo la repudio Herodes, y eliminó a su hijo del testamento que lo designaba como sucesor. Despojó también del pontificado a su suegro Simón hijo de Boet, y lo traspasé a Matías hijo de Teófilo, nacido en Jerusalén.

3. Mientras acontecían estas cosas, vino desde Roma Batilo, liberto de Antipáter; sometido a tormento, se averiguó que llevaba consigo un veneno para entregarlo a la madre de Antipáter y a Feroras, de manera que si el primero no hiciera efecto en el rey, se empleara el segundo. Llegaron también desde Roma cartas enviadas por los



amigos de Herodes, por consejo y a pedido de Antipáter, en las cuales se acusaba a Arquelao y a Filipo<sup>[273]</sup> de criticar a su padre por la muerte de Alejandro y Aristóbulo y de expresar que temían por la suerte que les amenazaba a ellos mismos; porque habían sido llamados por su padre, y esta llamada no tenía otra finalidad que su muerte.

Antipáter logró la ayuda de sus amigos, mediante muchos regalos. Además, el mismo Antipáter escribió a su padre sobre este asunto, pero al mismo tiempo los disculpó, diciendo que eran muy jóvenes y atribuyendo tales expresiones a su poca edad. Le informó, además, que estaba luchando contra Sileo y había procurado contentar a los principales, habiéndoles comprado ornamentos espléndidos por doscientos talentos. Alguien quizá se extrañe de que, después de siete meses de estar formulándose acusaciones contra él en Judea, no supiera nada de ellas. La verdadera razón era el cuidado con que se vigilaban los caminos y el odio general contra Antipáter; no había nadie que estuviera dispuesto a sufrir el menor riesgo para asegurarle alguna ventaja.

## CAPÍTULO V

*Antipáter regresa de Roma. Nicolás de Damasco lo acusa ante Herodes; es condenado a muerte. Quintilio Varo, gobernador de Siria, lo encarcela e informa al emperador*

1. Habiendo escrito Antipáter a Herodes que, finalizados sus encargos, dentro de poco iba a emprender el camino de regreso, Herodes, ocultando su indignación, le contestó que no tardara y que no se demorara en el camino, no fuera que le aconteciera entretanto algo desagradable; se quejaba a la vez de su madre, pero prometiéndole que, después de su retorno, dejaría de lado las quejas que tenía contra ella. Procuró expresarle cariño, a fin de que, libre de toda sospecha, no se retardara en Roma, fraguando intrigas. Antipáter recibió esta carta en Cilicia, habiendo antes recibido en Tarento la noticia del fallecimiento de Feroras. Lamentóse de la muerte de éste, no por profesarle cariño, sino porque, una vez muerto, Feroras no podría ocuparse en eliminar a su padre, para lo que se había comprometido.

Cuando llegó a Celenderis en Cilicia, tuvo dudas sobre si le convenía ir a su patria, pues le afligía el repudio de su madre. Algunos de sus amigos le aconsejaron que esperara el curso de los acontecimientos, pero otros le dijeron que regresara sin tardanza. Con su presencia todo se pondría en claro, mientras que estando ausente los delatores se sentirían más fuertes. Persuadido por los segundos, llegó al puerto denominado Sebaste, construido por Herodes con gran lujo y cuyo nombre se lo había dado el rey en honor de Augusto.

Ya entonces Antipáter sospechó que sus asuntos iban mal, pues nadie lo recibió ni saludó, al contrario de lo que pasara a su salida, cuando todos le desearon buena suerte; muchos en cambio, no dejaron de lanzarle imprecaciones, suponiendo que venía a expiar los crímenes cometidos contra sus hermanos.

2. Por este tiempo se encontraba en Jerusalén Quintilio Varo, que fuera enviado para reemplazar a Saturnino como gobernador en Siria. Herodes había requerido su presencia, para que lo aconsejara en sus problemas. Mientras estaban reunidos, se presentó Antipáter, ignorante de lo que estaba pasando. Entró en el palacio revestido de púrpura. Los guardias de las puertas lo dejaron entrar, pero impidieron el ingreso a los amigos.

Esto lo conturbó, comprendiendo que había caído en el lazo; especialmente cuando, al intentar abrazarlo, fue rechazado por su padre, quien lo acusó de haber matado a sus hermanos y de haber querido eliminar a su padre; y sobre todo, cuando dijo que Varo estaba ya informado y que juzgaría todo el asunto al día siguiente.

Antipáter, en vista de los males que los amenazaban, salió desorientado y fue al encuentro de su madre y de su esposa, la hija de Antígono, el que había sido rey de los judíos antes de Herodes. Lo informaron de todo y se aprestó a su defensa.

3. Al día siguiente se reunieron en asamblea Varo y el rey, convocando a los amigos de ambos, a los parientes del rey y a su hermana Salomé, y aquellos que podían informar algo sobre los crímenes, los que habían formulado acusaciones y los esclavos de la madre de Antipáter; éstos habían sido detenidos poco antes de su regreso, encontrándose en su poder una carta, cuyo contenido, sumariamente era que no volviera, que el padre estaba informado de todo, y que sólo le quedaba como solución buscar la protección de César y evitar caer en manos de su padre.

Antipáter se echó a los pies de su padre, pidiéndole que nada decidiera con un juicio precipitado, sino que lo escuchara, pues probaría su integridad e incorrupción; Herodes ordenó que lo pusieran en medio de la asamblea y se dolió de la calamidad que le habían acarreado sus hijos; había sufrido por ellos tantos disgustos, para llegar a sufrir en la vejez los golpes de Antipáter. Recordó con cuánto cuidado se había empeñado en que tuvieran una buena educación, y las riquezas que les proporcionó para que nada les faltara, con lo cual no había conseguido otra cosa más que exponer su vida en sus intrigas, pues querían apoderarse del reino por un acto impío, en lugar de aguardar la voluntad y la justicia de su padre. Se preguntó con asombro qué esperanza y qué audacia había inducido a Antipáter a proceder de tal manera. Por testamento lo había designado su sucesor, y aun viviendo él no era inferior al rey por el esplendor de su dignidad y la amplitud de su poder; recibía anualmente quinientos talentos; al viajar a Roma, le había otorgado trescientos talentos a manera de viático. Le reprochó que imitara a sus hermanos, de los cuales se había convertido en acusador, si es que ellos fueron realmente perversos; y, en caso contrario, de haber formulado acusaciones sin motivo contra sus parientes. Todo lo que Herodes había sabido de sus actos, no le llegó sino por intermedio de Antipáter; y ahora éste lo absolvía de todo crimen, al convertirse en heredero de su parricidio.

4. Herodes se echó a llorar y no pudo seguir hablando. Nicolás de Damasco, que era amigo del rey y su comensal cotidiano y que lo ayudaba en la mayoría de los problemas, a pedido del rey se encargó de terminar su exposición, refiriéndose a la prueba de los crímenes. Entonces Antipáter, para defender su causa, se dirigió al padre y refirió todos los casos de benevolencia del padre en su favor, los honores que le había otorgado, los cuales nunca habría alcanzado, si no hubiese sido digno de ellos por su conducta virtuosa. Siempre lo había previsto todo cuidadosamente y estuvo dispuesto cuando era necesario al esfuerzo personal. No era verosímil que el mismo que había librado a su padre de las intrigas de los demás, fuera quien ahora intrigara; que la virtud que demostrara en poner de manifiesto a los otros, la oscureciera ahora con su maldad, acudiendo a los mismos crímenes, y especialmente habiendo sido declarado sucesor del trono, y llegado a disfrutar de tan grandes honores como los que tenía en la actualidad. No era creíble que aquel que podía participar de la mitad de todas las cosas sin peligro y con dignidad, apeteciera el todo infamemente y con peligro; cuando era incierto si podría obtenerlo, especialmente en vista del castigo sufrido por sus hermanos, cuyos crímenes, que podían haber

quedado ocultos, denunció, y cuya perdición ocasionó cuando se comprobó que se portaban criminalmente contra su padre. Las luchas que había sostenido eran ejemplos de una conducta consagrada en absoluto a su padre. En cuanto a lo que había hecho en Roma, su mejor testigo era César, tan difícil de engañar como el mismo Dios; la prueba estaba en las cartas que César enviara, a las cuales tenía que otorgarse más importancia que a las calumnias de los que fraguaron las discordias, calumnias que con su ausencia había ofrecido a sus enemigos la oportunidad de ser lanzadas, cosa que no habría ocurrido si él hubiese estado presente. En cuanto a las torturas, dijo que habían incitado a los atormentados a mentir, obligando a aquellos que las sufrían a hablar de modo que complacieran a sus dueños; él por su parte se ofrecía a sufrir el tormento.

5. Su actitud pareció hacer cambiar de opinión la asamblea; todos se compadecieron de Antipáter, el cual con el rostro transformado derramaba gran cantidad de lágrimas, provocando la compasión de sus adversarios. El mismo Herodes parecía estar conmovido, aunque no quería que se advirtiera. Entonces Nicolás tomó la palabra, continuando el discurso que pronunciara el rey, para confirmar con argumentos la acusación, citando todas las razones suministradas por los tormentos y los testigos. En primer lugar, exaltó la virtud del rey demostrada en la educación de sus hijos, por lo cual no sólo no recibió ningún beneficio, sino que por el contrario sólo percibió calamidades. Sin embargo le asombraba menos la temeridad con que procedieron los otros hijos: eran jóvenes y estaban corrompidos por malos consejeros, y desconocieron las leyes de la naturaleza en su apresuramiento para gozar del poder. Pero en cuanto a Antipáter, el crimen era mucho más grande, enorme; no habían influido en su alma los muchos beneficios recibidos de su padre, como si poseyera un alma propia de los más repugnantes reptiles, ni lo conmovieron los desdichados ejemplos de sus hermanos para que dejara de imitarlos.

—Y tú mismo, Antipáter —dijo—, fuiste el acusador del crimen de tus hermanos, tú proporcionaste argumentos, tú castigaste a los culpables una vez descubiertos. No te culpamos de que hayas saciado en ellos tu ira, pero nos admiramos de que te dieras tanta prisa en imitar su maldad. De esto deducimos que lo que antes hiciste, no tenía por finalidad buscar la seguridad de tu padre, sino la pérdida de tus hermanos, para que poniendo de manifiesto su malicia consiguieras que te consideraran como hijo amante de tu padre, y pudieras desarrollar con más seguridad los planes contra tu padre. Esto se comprueba por los mismos acontecimientos. Te has librado de tus hermanos, a quienes tú mismo convenciste de maldad, pero pasando en silencio a sus cómplices, mostrando claramente a todos que estabas de acuerdo con ellos contra tu padre, aun antes de iniciar las acusaciones. Querías reservarte para ti las ventajas del complot parricida y deducir en tu favor un beneficio digno de tu ingenio, mediante tu doble manera de proceder. Una estaba dirigida contra tus hermanos, jactándote de ello públicamente, con lo cual tendrías razón, si no fueras peor que ellos, porque tramabas ocultamente atentar contra la vida de tu padre, y odiaste a tus hermanos, no

porque ellos intrigaban contra su padre (pues si así hubiese sido, no te habrías manchado con el mismo crimen), sino porque eran herederos del reino con más derecho que tú. Tu otro propósito era inmolar a tu padre después de tus hermanos, a fin de que no se probara que los habías calumniado y para evitar el castigo que mereces por ello. Has imaginado un parricidio de tal índole, como la historia no lo ha referido hasta ahora. No es simplemente el caso de un hijo que intriga contra su padre, sino contra un padre que lo, amaba, a quien debía tantos beneficios. De hecho te había convertido en partícipe del reino y designado su sucesor; y sin que fuera imposible que gozaras antes del mando, segurísimo de su posesión por las intenciones y los escritos de tu padre. Pero tú considerabas los acontecimientos, no de acuerdo con la bondad de Herodes, sino según la perversidad de tu ingenio, procediendo de tal manera que pudieras sustraerle la parte de mando que conservaba; y mientras te presentabas como su guardador, de hecho te esforzabas en eliminarlo. Y como si no fuera suficiente el que tú fueras malo, hiciste cómplice de tus designios a tu madre y excitaste la discordia de los hermanos. Te atreviste a denominar a tu padre monstruo, mientras tu carácter era más feroz que el de todas las serpientes. Tenías preparado el veneno contra los que te eran allegados por la sangre y a los que te eran cercanos por los beneficios que de ellos recibiste, pagando a espías, sirviéndote de hombres y de mujeres contra este anciano, como si tu alma no fuera suficiente para soportar el odio que se ocultaba en ti. Y ahora te atreves a presentarte aquí para negar la verdad, después de haber sido atormentados tantos hombres libres, esclavos, varones y mujeres por tu causa y después que se expusieron tantos argumentos que te acusan. Como si no fuera suficiente el haber querido matar a tu padre, además quieres eludir la ley escrita, la equidad de Varo y la misma fuerza de la justicia. Confías de tal manera en tu audacia e impudicia, que tú mismo quieres someterte a tormento, restando valor a los que antes lo sufrieron, de modo que aquellos que se preocuparon de la seguridad de tu padre, sean considerados mentirosos, mientras que las expresiones que te arrancaran los tormentos pasarían por verdaderas. ¿Cuándo, oh Varo, librarás al rey de los crímenes de sus parientes? ¿Cuándo extinguirás a este monstruo que simulando amor al padre, hizo perecer a sus hermanos, y que luego, a pesar de que al poco tiempo tenía que disfrutar del reino, se ha mostrado el peor de los criminales? Sabes que el parricidio es castigado como crimen por todo el género humano, atentatorio a la naturaleza y a la seguridad de la especie humana; premeditado o realizado, el que lo deja sin castigo ofende a las leyes de la naturaleza.

6. A esto agregó Nicolás algunas cosas sobre la madre de Antipáter, lo que había contado a otros charlando como mujer, sus consultas a los adivinos y los sacrificios que había hecho para conquistarse al rey; se refirió luego a las orgías de Antipáter con las mujeres de Feroras, sus borracheras y sus comilonas, a las declaraciones obtenidas mediante tormentos y a toda la serie de testimonios. Había gran cantidad de acusaciones de toda índole, algunas preparadas, las otras improvisadas que el tiempo confirmaría. Algunos hombres que, por miedo a Antipáter, a fin de escapar a su

venganza, se habían callado, al verlo responsable de aquello de que se lo estaba acusando, empezaron a declarar todo lo que sabían a sus enemigos, dejándose llevar de su odio insaciable. Sin embargo, lo que precipitó su ruina fue menos el odio de sus acusadores que la enormidad de la audacia con que había proyectado sus crímenes, su maldad contra su padre y sus hermanos, pues había llenado la casa real de discordia y de disensiones mutuas. Sus odios no fueron dictados por la justicia, ni sus amistades por la benevolencia, sino solamente por el interés.

El pueblo había adivinado todo esto desde largo tiempo atrás, ya que juzgaba los asuntos más bien por su sentido moral, no sintiéndose movido por la cólera para expresar su sentir. Antes no había podido hablar, pero viendo que ahora podía hacerlo sin riesgo, declaró todo lo que sabía. Se denunciaron numerosas villanías, que no podían tacharse de falsas, pues muchos hablaban no para complacer al rey, ni por temor de que fueran inculcados de callar lo que sabían, sino porque consideraban condenables aquellos crímenes, y creían a Antipáter digno del suplicio no sólo con miras a la seguridad de su padre, sino por su propia maldad. Muchos hechos eran narrados por personas a quienes no se había invitado a hablar, de tal manera que Antipáter, a pesar de su maestría en mentir y simular, no se atrevió ni a levantar la voz para protestar.

Cuando Nicolás terminó de hablar y de presentar las pruebas, Varo ordenó a Antipáter que se limitara a rechazar las acusaciones, si es que tenía algo que decir para mostrar que no era responsable de los crímenes de que se lo acusaba. Deseaba en gran manera y sabía que el padre quería lo mismo, que no pudieran comprobarse los crímenes. El, postrado en el suelo, apeló a Dios y a todos para que fueran testigos de que no era culpable de nada, y para que se demostrara de manera evidente que no había intrigado contra su padre. Aquellos a quienes falta la virtud, al intentar cometer algún crimen, proceden como si Dios no estuviera presente en los asuntos humanos; pero cuando se les comprueba el crimen, aspiran a rechazarlo todo con la invocación de Dios. Así procedió Antipáter. Después de haber cometido toda clase de crímenes, como si no existiera la divinidad, cuando se vio constreñido por el miedo, sin disponer de medios jurídicos de defensa, para probar la falsedad de sus crímenes, volvió a ofender la majestad divina invocando como testimonio lo que había podido lograr gracias al poder de Dios, que revelaba lo que no había dejado de hacer contra su padre<sup>[274]</sup>.

7. Entonces Varo, luego de frecuentes interrogaciones, viendo que nada podía sacar sino la invocación de Dios y que esto no tenía fin, ordenó que se trajera el veneno, para comprobar si todavía contenía alguna fuerza. Una vez que lo hubieron traído, por orden de Varo le fue suministrado a un condenado a muerte, que murió inmediatamente. Entonces Varo se levantó y se retiró de la asamblea. Al día siguiente marchó a Antioquía, donde acostumbraba a morar por largo tiempo, pues ahí se encontraba el palacio de los sirios. Herodes ordenó de inmediato que su hijo fuera encadenado. Se ignoraba qué le había dicho Varo a Herodes antes de ausentarse;

aunque muchos opinaban que todo lo que se hacía contra Antipáter fue decidido por Varo. Una vez encarcelado, Herodes informó al César por carta y, al mismo tiempo, envióle mensajeros que verbalmente le expusieran la maldad de Antipáter. Por aquellos días se interceptó una carta enviada por Antifilo desde Egipto, pues vivía allí, dirigida a Antipáter; una vez abierta, se encontró que decía lo siguiente: «Te envío la carta de Acme, con peligro de mi propia vida. Sabes que me encontraría en peligro de parte de dos familias, si lograran apoderarse de mí. Espero que tengas éxito en este asunto.»

Así estaba escrita esta carta. El rey exigió la otra carta<sup>[275]</sup>; sin embargo, no apareció. El criado de Antifilo, que había llevado la que fue leída, negó tener ninguna otra. El rey lo dudó, y uno de sus amigos, al advertir que en la túnica interior del criado había algo cosido (pues usaba dos túnicas), sospechó que allí estaría escondida la otra carta. Y así era. Se apoderaron de la carta, que decía lo siguiente: «Acme a Antipáter. He escrito a tu padre la carta que querías, y le envié, además, una copia de la pretendida carta de Salomé a mi señora<sup>[276]</sup>; cuando la ley, someterá a suplicio a Salomé por instigadora.»

La carta, que parecía ser de Salomé dirigida a la dueña de Acme, fue compuesta por Antipáter bajo el nombre de Salomé en cuanto al sentido, pero con palabras de la misma Acme. En cuanto a la carta (de Acme al rey), decía así:

«Acme al rey Herodes. Cuidadosa de que nada te permanezca oculto de lo que se haga en tu contra, habiéndome apoderado de la carta de Salomé dirigida a mi dueña contra ti, corriendo peligro la copié, porque me parece serte útil, y te la envío. La escribió porque quería casarse con Sileo. Rompe, pues, esta carta, no sea que me exponga a peligro de muerte.»

Acme había escrito una carta a Antipáter, diciéndole que había cumplido sus órdenes, enviando a Herodes una carta para informarle que Salomé continuamente intrigaba contra él, y una copia de la carta falsa dirigida por Salomé a su dueña. Esta Acme era judía de nacimiento, pero esclava de Julia, esposa del César y hacía estas cosas en favor de Antipáter, quien la había corrompido con gran cantidad de dinero, a fin de que lo ayudara en sus propósitos criminales contra su padre y su tía.

8. Herodes, estupefacto por la gran maldad de Antipáter, pensó librarse de él inmediatamente, como causante de tantas calamidades, no solamente contra él, sino contra su hermana, y que había llegado al extremo de corromper la casa de César.

Además lo incitaba a ello Salomé, la cual golpeándose el pecho le reclamaba que diera orden de matarla, si se encontraba contra ella la menor prueba fehaciente.

Herodes hizo llamar a su hijo y le interrogó, y ordenóle que sin simulación ninguna dijera la verdad. Antipáter guardó silencio, y entonces Herodes le pidió, ya que estaba envuelto en delitos por todos lados, que por lo menos nombrara a los colaboradores de sus crímenes. Nombró a Antifilo como causante de todo, y no citó a ningún otro. Entonces Herodes, sumamente dolorido, decidió enviar a su hijo a Roma, al César, para que éste lo castigara por los crímenes que se había propuesto

cometer; pero temeroso de que, con ayuda de sus amigos, se librara de todo peligro, lo retuvo prisionero como antes. De modo que se limitó a enviar legados y cartas a César acusando a su hijo, informando de lo que había hecho Acme y adjuntando copias de las cartas.



## CAPÍTULO VI

*El emperador condena a muerte a Antipáter. La enfermedad de Herodes provoca un levantamiento*

1. Mientras los mensajeros, ya instruidos de lo que tenían que responder al César y llevando consigo las cartas, se dirigían a Roma, el rey enfermó e hizo testamento, en el cual otorgaba el reino al menor de sus hijos, a causa del odio que sentía contra Arquelao y Filipo por las calumnias de Antipáter. Dejó al César mil talentos, y quinientos a Julia, la mujer de César, a sus hijos, amigos y libertos. Distribuyó a sus hijos dinero, pensiones y campos, lo mismo que a sus sobrinos. A Salomé, su hermana la enriqueció en gran manera, por la gran benevolencia que siempre le había guardado y por no haber jamás intrigado contra él. En vista de que no mejoraba, pues tenía cerca de setenta años, se enfureció, y amargado y airado se indignó con todos, creyendo que lo despreciaban y que su pueblo se deleitaba con su enfermedad. Aconteció que algunos del pueblo se sublevaron.

2. Eran éstos Judas hijo de Seforeo y Matías hijo de Margalot. Eran muy elocuentes e intérpretes de la ley patria, muy distinguidos y sumamente apreciados por el pueblo, porque adoctrinaban a la juventud. Los que anhelaban ser virtuosos, los frecuentaban diariamente. Éstos, al saber que la enfermedad del rey era incurable, excitaron a la juventud a que destruyera todo lo que el rey había ordenado hacer en contra de la ley nacional y a, librar una guerra santa en nombre de las leyes; pues por haberse atrevido a hacer lo que estaba prohibido por la ley, el rey sufría la enfermedad y había experimentado las otras desgracias de su vida. Ciertamente Herodes había realizado algunos hechos contrarios a la ley, que Judas y Matías le reprochaban.

Había ordenado colocar sobre la puerta mayor del Templo una gran águila de mucho precio; pero la ley prohíbe a los que quieren vivir de acuerdo con sus ordenaciones, construir imágenes y consagrar simulacros de animales. Reclamaron que el águila fuera destruida, asegurando que si por ello correrían peligro de muerte, les parecería bien morir en defensa de las leyes patrias; sería mucho mejor que el placer que podrían conseguir de continuar viviendo, puesto que abandonarían la existencia para obtener una gloria sempiterna, que se celebraría en este mundo y sería recordada para siempre en lo futuro. Aun para aquellos que viven aleados del peligro, no pueden escapar a la calamidad de la muerte; por lo tanto, obrarían rectamente los que anhelan la virtud, si la suerte les deparara un fin con gloria y alabanza, si aceptaran de este modo el fin de su existencia. Pues era un gran alivio morir realizando aquellas grandes obras a las que incitan los peligros, a fin de que su gloria redunde en sus hijos y en todos sus descendientes, varones y mujeres.

3. Mientras estimulaban con estas y similares palabras a la juventud, se difundió

la noticia de que el rey había muerto, lo cual contribuyó a secundar sus propósitos. A mediodía demolieron el águila a golpes de hacha, a la vista de muchos que se encontraban en el Templo. Cuando lo supo el pretor del rey, sospechando que se intentaba algo mucho más grave, se dirigió al Templo con un buen número de soldados, suficiente para rechazar el ímpetu de la multitud que se dedicaba a destruir lo que el rey había consagrado. Los atacó de improviso, y puesto que el pueblo suele actuar más bien temerariamente, sin tomar ninguna providencia, todos escaparon desordenadamente. Fueron detenidos unos cuarenta jóvenes, que lo esperaron animosos mientras los otros escapaban, y entre ellos los autores de la revuelta, Judas y Matías, que consideraron que sería una deshonra huir. Conducidos ante el rey, éste les preguntó por qué se habían atrevido a destruir lo que él había dedicado; a lo cual respondieron:

—Deliberamos e hicimos lo que teníamos que hacer, según conviene a hombres buenos y valerosos. Decidimos atenernos a lo que es sagrado para Dios, pues hemos aprendido por la ley a ser cuidadosos con sus prescripciones; y por esto no es de admirar que consideremos ser más digno de observancia lo que Moisés, por sugestión y adoctrinamiento divinos nos dejó escrito, que tus mandatos. Sufriremos gustosamente la muerte con todos los suplicios que tú quieras, pues sabemos que no es por acciones injustas, sino por amor a la religión. Todos estuvieron de acuerdo, trasuntando en sus palabras la misma audacia que revelaron los instigadores del hecho. Herodes, habiéndolos hecho encadenar, los envió a Jericó y convocó a los principales magistrados de los judíos. Los reunió en el anfiteatro, estando el rey en una litera, pues no podía permanecer de pie. Herodes expuso lo mucho que había hecho por ellos, pues levantó un Templo con sus propios bienes, mientras que los descendientes de los Asmoneos, a pesar de haber reinado ciento veinte años, nunca llegaron a realizar una obra de tal índole para Dios; y que además lo dotó con excelentes dones, por lo cual esperaba que, aun después de muerto, sería elogiado. Aquí empezó a dar gritos, diciendo que ni aun cuando todavía vivía, se habían abstenido de ofenderlo, y que públicamente habían removido sus donaciones, ofendiendo en apariencia a la majestad real, pero en realidad cometiendo un sacrilegio.

4. Temerosos de su crueldad, y de que, indignado, se vengara en ellos mismos, los notables negaron que aquello se hubiera realizado con su consentimiento, y declararon que el crimen tenía que ser castigado.

Herodes procedió blandamente con los demás, pero destituyó a Matías del pontificado, considerándolo en parte causante de lo realizado, y nombró pontífice a Jozar, hermano de su mujer. Durante el pontificado de Matías aconteció que por un solo día fue instalado otro pontífice. Esto aconteció en el día en que los judíos ayunaban, por el siguiente motivo. Este Matías, mientras ejercía sus funciones, en la noche que precedió al día del ayuno, en sueños creyó tener contacto con una mujer. Por este motivo, puesto que no podía ejercer funciones sacerdotales, las delegó en su

consanguíneo José, hijo de Elemí.

A este Matías es a quien hizo deponer Herodes; en cuanto al otro Matías, el autor de la sedición, y a algunos de sus compañeros, los hizo quemar vivos. Esa misma noche hubo un eclipse de luna.

5. La enfermedad de Herodes se agravaba día a día, castigándole Dios por los crímenes que había cometido. Una especie de fuego lo iba consumiendo lentamente, el cual no sólo se manifestaba por su ardor al tacto, sino que le dolía en el interior. Sentía un vehemente deseo de tomar alimento, el cual era imposible concederle; agréguese la ulceración de los intestinos y especialmente un cólico que le ocasionaba terribles dolores; también en los pies estaba afectado por una inflamación con un humor trasparente y sufría un mal análogo en el abdomen; además una gangrena en las partes genitales que engendraba gusanos. Cuando estaba de pie se hacía desagradable por su respiración fétida.

Finalmente en todos sus miembros experimentaba convulsiones espasmódicas de una violencia insoportable.

Decían los que se entregaban al estudio de las ciencias divinas y los aficionados a vaticinios que todo esto era el castigo que Dios le imponía por sus muchas impiedades.

Sin embargo, a pesar de su gravedad y de los dolores que parecía imposible que nadie pudiera soportarlos, esperaba curarse y llamaba a los médicos, ateniéndose a sus prescripciones. Atravesó el río Jordán y se hizo tratar por las aguas termales de Calirroe que, entre otras virtudes, son potables. Estas aguas se concentran en el lago llamado Asfaltites. Allí, puesto que los médicos decían que iba a mejorar, se sumergió en un baño lleno de aceite, pero se creyó que iba a morir. Los lamentos de sus servidores lo volvieron en sí. En vista de que no podía recuperar la salud, ordenó que a cada uno de sus soldados le entregaran quinientas dracmas; también ordenó que les diera gran cantidad de dinero a los jefes y amigos.

Luego regresó a Jericó, donde lo acometió un ataque de furia, de indignación contra todo el mundo, tan grande, que imaginó, ya moribundo, una acción terrible.

Mandó reunir a los judíos principales de todo el pueblo; fue convocado todo el mundo, y todos obedecieron la orden dada bajo pena de muerte al que no lo hiciera. El rey, para manifestar su crueldad con todos, inocentes o culpables, los encerró a todos en el hipódromo. Luego hizo llamar a su hermana Salomé y su esposo, Alexas, y les dijo que por los muchos dolores de que se sentía atormentado, no estaba muy lejos de la muerte, la que era algo tolerable y soportable para todo el mundo; pero le era suma mente dolorosa la idea de morir sin que lo lamentaran y lloraran, como rey. Sabía muy bien cuál era el pensamiento de los judíos; no ignoraba que deseaban su muerte; ya se habían sublevado contra él y ultrajado sus dedicaciones. Por lo tanto, les tocaba a ellos imaginar algo para librarlo de este dolor. Si ellos no se oponían a su proyecto, sus exequias serían espléndidas y tales como ningún otro monarca las había tenido nunca; el pueblo lloraría en todo el país, y de verdad, y no por juego o

diversión. En seguida que hubiese expirado, mandarían rodear el hipódromo por soldados que ignoraran su muerte, y con orden de matar a flechazos a los que se encontraban dentro. Si lo hacían, con esta matanza le proporcionarían un doble placer; por un lado cumplirían su voluntad y, al mismo tiempo, se harían sus funerales con memorables lamentos.

Éstas fueron las órdenes que les dio, llorando miserablemente, invocando el amor del parentesco y la fidelidad que se debía a Dios, y pidiendo que no le negaran este honor. Ellos prometieron que lo llevarían a cabo.

6. Estas órdenes permiten conjeturar el carácter de este hombre, incluso para el concepto de aquellos que quisieran disculpar sus actos anteriores y su conducta hacia sus familiares, justificándolos con su amor a la vida. Era un carácter que no tenía nada de humano, porque cuando estaba por morir quiso sumir a todo el pueblo en el dolor privando a las familias de sus seres más queridos; ordenó matar a un miembro de cada familia, hombres que no habían cometido ningún delito contra él, ni habían sido acusados de nada. Sin embargo, los que conservan algún resto de virtud, suelen renunciar, en aquel trance, al odio que puedan haber sentido incluso contra verdaderos enemigos.

## CAPÍTULO VII

*Antipáter, creyendo muerto a Herodes, trata de sobornar a su guardián.  
Ejecución de Antipáter*

1. Mientras daba estas órdenes a sus parientes, llegaron cartas desde Roma enviadas por los legados que designara ante César. En ellas se decía que Acme, por orden de César, había sido muerta, por haber ayudado a Antipáter en sus crímenes; y que en cuanto a Antipáter, dejaba a su arbitrio de rey y de padre, desterrarlo o condenarlo a muerte. Al recibir estas nuevas, Herodes se sintió mucho mejor, animado tanto por la muerte de Acme como por el poder que se le otorgaba de condenar a su propio hijo. Pero volviéndole de nuevo sus tormentos, pidió que le dieran de comer. Se hizo traer una manzana y un cuchillo, pues estaba acostumbrado a cortar la manzana y comerla. Cuando tuvo el cuchillo, miró alrededor y se quiso herir. Lo habría hecho, si su sobrino Aquiab no lo hubiese tomado de la mano, pidiendo auxilio; en la cámara regia se alzaron gritos y lamentos como si realmente hubiera muerto.

Antipáter, en la creencia de que su padre había fallecido, recobró la audacia y quiso convencer al guardián de la cárcel que lo soltara, haciéndole grandes promesas, tanto para lo presente como para lo futuro, pues llegaría a ser rey. El guardián no sólo se negó a hacer lo que le pedía, sino que lo denunció al rey. Entonces Herodes, que ya de antemano estaba indispuerto contra Antipáter, cuando oyó lo que le contaba el guardián de la cárcel, empezó a gritar y a golpearse la cabeza, a pesar de que estaba en sus últimos momentos; levantándose de la cama envió a algunos de los guardias para que inmediatamente, sin ninguna vacilación, mataran a Antipáter y lo enterraran sin honor alguno en Hircania.

## CAPÍTULO VIII

Nuevo testamento de Herodes. Su muerte. Arquelao, rey de Judea. Carta de Herodes al ejército.

1. Habiendo cambiado de sentimientos, Herodes modificó su testamento. Constituyó a Antipas, a quien antes había dejado el trono, en tetrarca de Galilea y Perea; en cambio pasó la corona a Arquelao. La Gaulanítida, Traconítida, Batanea y Paniada pasaron a su hijo Filipo, hermano de Arquelao; entregó a su hermana Salomé la Jamnia, Azot y Fasael con cinco mil dracmas de plata en moneda. Tuvo también en cuenta a todos sus demás parientes, enriqueciéndolos abundantemente. Legó al César diez millones de dracmas de plata en monedas y además vasos de oro y plata y vestidos de gran precio. A Julia, la esposa del César, y a varios otros, les distribuyó cinco millones de dracmas.

Murió al quinto día de haber hecho matar a Antipáter. Su reinado duró, a partir de la ejecución de Antígono, treinta años, y después de haber sido creado rey por los romanos treinta y siete años. Fue un hombre inhumano con todos y de iras desenfrenadas; menospreció el derecho y lo justo. La suerte le fue sumamente propicia, pues de simple particular se elevó al trono real; a pesar de que lo rodearon innumerables peligros, escapó a todos, muriendo de edad avanzada. En cuanto a los asuntos domésticos, especialmente con relación a sus hijos, a su parecer fue un hombre feliz, pues creyó haberse impuesto a sus enemigos, pero en mi opinión debe considerársele sumamente infeliz y miserable.

2. Salomé y Alexas, antes que se diera a conocer la muerte del rey, dejaron en libertad a los que estaban encerrados en el hipódromo, enviándolos a sus hogares, diciéndoles que el rey ordenó que fueran a sus regiones y cuidaran de sus asuntos domésticos. Aquella gente recibió en esta forma un inmenso beneficio. Pero ya la muerte del rey había llegado a conocimiento de todos; de modo que Salomé y Alexas, reunido el ejército en el anfiteatro, en primer lugar leyeron la carta dirigida a los soldados, en la cual les daba las gracias por su fidelidad y les pedía que se comportaran en igual forma con Arquelao, a quien había nombrado rey. Luego Ptolomeo, que tenía a su cargo el sello real, leyó el testamento, que no podía tenerse por confirmado, hasta que lo aprobara el César. Súbitamente se elevaron aclamaciones en honor de Arquelao; los soldados y los jefes le prometieron la amistad y la fidelidad que otorgaron al padre y desearon que Dios le fuera propicio.

3. Luego se prepararon los funerales del rey, procurando Arquelao que la procesión fuera espléndida, con todo el ornato y con la debida pompa. El cadáver fue llevado en una litera de oro, adornada con muchas y diversas piedras preciosas, y un manto de púrpura. El muerto estaba vestido de púrpura, con una diadema y encima una corona de oro; en su diestra llevaba el cetro. Alrededor de la litera caminaban los hijos y sus muchos parientes. Detrás marcharon los soldados, según su nación y sus diversas denominaciones, dispuestos en esta forma: en primer lugar, los guardias;

luego los de Tracia, los germanos y los galos, todos en uniforme de campaña. Finalmente la multitud del ejército, como si marcharan a la guerra, presididos por sus jefes y centuriones. Seguían quinientos siervos con perfumes. Se dirigieron hacia Herodio, a la distancia de ocho estadios; según había ordenado, fue sepultado en este lugar.

Y en esta forma Herodes finalizó su vida.

4. Arquelao estuvo de luto durante siete días en honor de su padre, de acuerdo con lo que pide la costumbre patria. Luego reunió a la multitud en un banquete, y ascendió al Templo. Todos, por cualquier lugar por donde pasara, le deseaban felicidad y buena suerte, emulándose en proferir las más alegres exclamaciones. Sentado en un estrado elevado, saludó al pueblo, demostrando que le era grata y aceptable su expresión de benevolencia. Les dio las gracias por haber dejado de lado el recuerdo de las injurias recibidas de su padre y expresó que se esforzaría en retribuirles su buena voluntad.

Por el momento se abstendría de usar el nombre de rey, porque no tendría esa dignidad hasta que el César aprobara el testamento de su padre. Por este motivo se negó a admitir que se le impusiera la diadema, como quiso el ejército, rehusando este honor, pues todavía no era segura la decisión de aquel que debía confirmarlo como rey. En caso de obtener el reino, no le faltaría buena voluntad para compensar la benevolencia que le manifestaban; se esforzaría en todas las cosas por ser mejor que su padre.

El pueblo, según acostumbra, deseoso de conocer los proyectos de aquellos que han llegado a tan alta dignidad, cuanto más dulce y humanamente les hablaba Arquelao, tanto más lo elogiaban y le pedían favores. Unos le pidieron que disminuyera los tributos anuales; otros que dejara en libertad a los encarcelados por Herodes desde hacía mucho tiempo; algunos que suprimiera los impuestos sobre lo que se compraba y vendía en el mercado, impuesto que se exigía muy rigurosamente. Arquelao no se opuso a nada, pues se había propuesto estar en buenos términos con el pueblo, por considerar que su benevolencia era de suma importancia para que lo confirmaran como rey. Después de haber sacrificado a Dios, se retiró a festejar con los amigos.

## CAPÍTULO IX

*Reuelta contra Arquelao; éste la reprime, matando a tres mil sediciosos, y parte para Roma*

1. Entretanto algunos judíos deseosos de novedades, se dieron a deplorar la muerte de Matías y sus compañeros, los que habían sido condenados a muerte por Herodes y que hasta entonces no habían recibido honores fúnebres por temor al rey. Habían sido condenados por retirar el águila de oro. Esa gente comenzó a lamentarse y a injuriar al rey, como reivindicación por los muertos. Reunidos en un lugar determinado, reclamaron que Arquelao vengara el crimen en aquellos que resultaron beneficiados por Herodes, y ante todo que destituyera al pontífice nombrado por él y pusiera en su lugar a un hombre más cumplidor de la ley y de una mayor pureza para el desempeño del cargo.

Arquelao, aunque descontento por la agitación, accedió, pues tenía prisa por viajar cuanto antes a Roma, para saber cuál era la voluntad de César. Pero les envió a un general del ejército encargado de persuadirlos de que renunciaran a sus propósitos de venganza, que consideraran que los castigos sufridos por sus amigos eran conforme a la ley, y que sus exigencias demostraban una gran insolencia. Las actuales circunstancias pedían otro comportamiento, necesitaba concordia hasta que regresara para hacerse cargo del reino con consentimiento del César. Entonces los consultaría sobre lo que pedían; pero que, por el momento, se aquietaran para no incurrir en el crimen de sedición.

2. Después de haber dado estas indicaciones a su general, lo envió a verlos. Pero ellos, a gritos, no lo dejaron hablar y lo pusieron en peligro de muerte. Lo mismo aconteció con todos los que quisieron inducirlos a la serenidad y a desistir de sus propósitos, pues más atendían a su voluntad que a la autoridad de los que gobernaban. Consideraban que sería muy grave que no vengaran a aquellos seres amados que habían perdido mientras vivía Herodes, ahora que éste había muerto. Creían legal y justo lo que era de su agrado, incapaces de prever el daño que podría originar; y, aunque algunos lo sospecharan, estaban obcecados por el gozo inmediato que les procuraría el castigo de sus enemigos más destacados. Arquelao les envió muchas personas que hablaran con ellos, y otros fueron espontáneamente, para instarlos a que procedieran pacíficamente; pero no dejaron hablar a ninguno de ellos. Era una sublevación de unos cuantos exaltados, que amenazaba transformarse en revuelta, pues gran cantidad de hombres se les estaban uniendo.

3. Por este tiempo se acercaba la fiesta durante la cual a los judíos, por prescripción de la ley, les está prohibido comer pan fermentado. Esta festividad se denomina Pascua, instituida en recuerdo de su salida de Egipto; la celebran con gran alegría y es costumbre ofrecer un mayor número de víctimas que en cualquier otra



festividad. Se reúne una gran cantidad de hombres del país y aun del extranjero con finalidad religiosa.

Los revoltosos, que lamentaban la muerte de Judas y Matías, intérpretes de la ley, se reunieron en el Templo provistos de abundantes alimentos, pues estos sediciosos no se avergonzaron de mendigarlos. Arquelao, temeroso de que surgiera algún conflicto más grave, a causa de su insolencia, envió a un centurión con su cohorte para que los tuviera a raya, antes de que la multitud se contagiara de su furor y para que, si alguno se dedicaba a fomentar la sedición, que lo condujera a su presencia.

Los facciosos partidarios de aquellos intérpretes de la ley y la multitud se amotinaron contra la cohorte, gritando y excitándose mutuamente; la rodearon y la apedrearon y mataron a gran parte de sus soldados; sólo unos pocos, entre ellos el centurión, lograron escapar, heridos solamente. Hecho esto, los autores de la revuelta se dedicaron a los sacrificios.

Arquelao comprendió que su poder estaba en peligro, si no lograba reprimir los excesos de la multitud. Envío a todos sus soldados y a la caballería, esta última para impedir que los que se encontraban afuera acudieran a ayudar a los que estaban en el Templo y para que fuesen detenidos los perseguidos por los soldados. Es así como fueron muertos por la caballería cerca de tres mil hombres; los restantes se refugiaron en los montes cercanos. Arquelao dio orden de que cada cual se retirara a su casa; así lo hicieron, abandonando la fiesta por temor a mayores males, a pesar de la audacia con que habían procedido en su inexperiencia.

Después Arquelao se dirigió al mar acompañado por su madre, Nicolás, Ptolomeo y otros amigos, dejando el cuidado de su casa y del reino a su hermano Filipo. Lo acompañaron también Salomé, la hermana de Herodes, con sus hijos y muchos familiares, como pretexto para ayudar a Arquelao a obtener el reino, pero en realidad para oponérsele y especialmente para quejarse de él por lo que había acontecido en el Templo. En Cesárea se encontró con Sabino, procurador del César en Siria, quien se dirigía a Judea para asegurar el dinero de Herodes. Pero Varo, que se encontró con él, le hizo desistir del viaje; estaba presente, pues había sido llamado por Arquelao por sugestión de Ptolomeo; de modo que, gracias a Varo, Sabino no ocupó las fortalezas de Judea ni selló los tesoros de Herodes, sino que dejó el asunto en poder de Arquelao, hasta ver lo que disponía César. Hecha esta promesa, quedóse en Cesárea.

Pero después de que Arquelao partió para Roma y Varo viajó hacia Antioquía, Sabino marchó a Jerusalén y ocupó el palacio real. Después, habiendo convocado a los prefectos de las fortalezas y los administradores de los bienes, les pidió rendición de cuentas y puso guarniciones en las fronteras. Sin embargo, los guardianes observaron las instrucciones de Arquelao y persistieron en salvaguardar todo lo que se les había confiado, simulando que lo reservaban para el César.

4. Por el mismo tiempo, Antipas, también hijo de Herodes, se dirigió a Roma para disputar el trono, basando sus esperanzas en las promesas de Salomé, y considerándose mucho más digno del reino que Arquelao, pues había sido designado

rey en el testamento anterior, más válido, a su parecer, que el posterior. Lo acompañaron su madre y Ptolomeo, hermano de Nicolás, que había sido uno de los amigos más apreciados de Herodes. Pero el que más lo instaba a que reclamara la corona era Ireneo, un orador que por su reputación de elocuente había recibido el encargo de defender la causa. De ahí que Antipas se negara a seguir el consejo de los que le recomendaban que cediera ante Arquelao, por ser éste mayor y haber sido elegido rey en el último testamento.

Después que llegó a Roma, todos los parientes se pusieron de su lado, no porque le tuvieran afecto, sino por odio a Arquelao; deseaban ante todo ser libres, bajo la administración de un procónsul romano. Si esto no fuera posible, creían que era más de su conveniencia Antipas que Arquelao; por eso ayudaban a Antipas a obtener el reino. Por otra parte Sabino envió una requisitoria al César en contra de Arquelao.

5. Arquelao, por su parte, había enviado al César una carta en la cual defendía su derecho, así como también el testamento de su padre y el estado de cuenta de los bienes, todo lo cual lo condujo Ptolomeo junto con el sello real, y quedó a la espera de los acontecimientos. César leyó la carta y los informes y las cartas que le enviaran Varo y Sabino, el informe sobre las riquezas y los réditos anuales, y las cartas de Antipas que también pedía el reino, y convocó a los amigos para oír su opinión. Entre ellos se encontraba Cayo, hijo de Agripa y de su hija Julia, a quien Augusto había adoptado, dándole el primer lugar en el consejo. El emperador preguntó quién deseaba hacer uso de la palabra sobre el asunto en discusión. Habló en primer lugar Antipáter hijo de Salomé, hombre muy elocuente y enemigo de Arquelao; dijo que éste se burlaba al pedir el reino, pues en realidad ya había asumido el poder antes de contar con el consentimiento del César; objetó la audacia con que había procedido al matar a tantos judíos en el día de la fiesta de Pascua. Aunque los sediciosos hubieran procedido inicualemente, su castigo correspondía a quien tuviera legítima potestad para aplicarlo, y no a un hombre que, si procedió como rey, cometió una falta contra el emperador, que aún no había decidido nada al respecto; y si actuó como un particular, su caso era mucho peor, pues siendo un simple pretendiente a la corona, había privado al César de su poder sobre estos hombres<sup>[277]</sup>.

Además reprochó a Arquelao el haber cambiado algunos jefes en el ejército y el haberse sentado en el trono real y tomado decisiones como si fuera rey, accediendo públicamente a los pedidos del pueblo; en una palabra, procediendo de tal manera como si ya hubiera sido nombrado rey por el César. Lo acusó también de haber dejado en libertad a los que estaban detenidos en el hipódromo; adujo muchas otras cosas, algunas verdaderas, otras probables, porque pudieron haber sido realizadas por un adolescente que, con el afán de gobernar, se apodera prematuramente del poder. Además le recriminó haber sido descuidado en el duelo de la muerte de su padre, pues había celebrado un banquete la misma noche en que aquél falleciera; de ahí la sublevación del pueblo. Si los beneficios que había recibido de su padre se los agradecía tan mal que, una vez muerto de día simulaba lágrimas y de noche se

entregaba a los placeres, era de suponer que no se comportaría en otra forma con relación al César si de él recibiera el reino. En efecto, había cantado y bailado como si se tratara de la muerte de un enemigo, no de un ser que le era tan allegado y que tantos beneficios le otorgara. Se manifestó como el más indigno de todos y ahora se presentaba ante el César, para recibir el reino de sus manos, cuando ya había hecho todo lo que podría hacer si el emperador le confiriese el poder.

Exageró sobre todo en su discurso la matanza que se hizo en el Templo. Durante la gran festividad fueron muertos peregrinos y naturales, como si fuesen sacrificios. El Templo se llenó con los cuerpos de los difuntos; y esto fue realizado, no por un extraño, sino por uno que pretendía ser autoridad real, para saciar su naturaleza tiránica con actos injustos. Es esta naturaleza lo que había impedido que la gente, ni aun en sueños, lo considerara como sucesor del trono, y esto a causa de la virtud de su padre, que conocía bien su carácter.

Antipáter añadió que Antipas tenía en su favor un mayor apoyo en el testamento. Fue nombrado rey por su padre, cuando no estaba todavía debilitado de cuerpo y alma, sino en la plena integridad de su mente y su razón, y mientras disponía de aquella fortaleza corporal que es necesaria para llevar adelante los asuntos del estado. Incluso admitiendo que su padre hubiera tomado desde el principio las mismas disposiciones que tomó en el presente en favor de Arquelao, éste demostró la clase de rey que sería al privar al César, señor de la corona, del derecho de conferirle el poder y al no retroceder, a pesar de no ser sino un simple particular, en hacer morir a sus compatriotas en el Templo.

6. Después que Antipáter dijera estas palabras, presentando muchos testimonios de parte de sus parientes sobre lo que afirmaba, puso fin a su discurso. Entonces se levantó Nicolás, encargado de la defensa de Arquelao, quien dijo que lo acontecido en el Templo se debió más bien a la obstinación de los que sufrieron las consecuencias que a la intervención de Arquelao; los que habían emprendido una iniciativa de esta índole no sólo eran culpables de proceder personalmente con insolencia, sino que obligaron a gente que es naturalmente pacífica a defenderse. Los tales sólo de palabra se manifestaron enemigos de Arquelao, en realidad lo eran del César. Los responsables de los tumultos habían matado impetuosamente a los que Arquelao enviara para rechazar la violencia y la injuria, sin reverenciar a Dios ni a la festividad; sin embargo, Antipáter no dudaba en asumir su defensa, ya fuera para manifestar el odio que tenía contra Arquelao o porque era contrario a todo lo justo y equitativo. Aquellos que inician los tumultos y cometen actos injuriosos, son los que obligan a los atacados que luego los castigan, a hacer uso de las armas, a su pesar y para defenderse.

En cuanto a las demás acusaciones demostró que tocaban por igual a todos los miembros del consejo real, pues ninguno de los hechos incriminados se llevaron a cabo sin su consejo e instigación, y no se podían presentar en contra de Arquelao. No eran hechos ímprobos de por sí, sino que por odio a Arquelao los presentaban como

tales. ¡Tan grande era el anhelo que tenían de perjudicar a un pariente, que tan bien se había portado con ellos y observado las leyes de la amistad! El padre cuando hizo el testamento estaba plenamente consciente, y no había duda alguna de que el testamento posterior tenía mucho más valor que el anterior; tanto más, cuanto que su contenido se dejaba a la decisión del César. Y no había por qué temer que el César imitara la iniquidad de aquellos que, mientras vivía Herodes, recibieron de él muchos beneficios, y que ahora, una vez muerto, se oponían a su voluntad, sabiendo muy bien que ninguno de ellos observó, con relación a Herodes, la conducta elogiada de Arquelao. El César no era un hombre que anularía el testamento de un amigo que se lo confiaba íntegramente, de un compañero en las guerras y que en todo siempre estuvo dispuesto a cumplir la voluntad del César. La virtud y la fidelidad del César, de todos muy conocidas, no se modificarían por la malignidad de esos hombres, reputando de desequilibrado a un rey que dejó como sucesor a un hijo virtuoso y que luego pide la confirmación a la autoridad del César. Herodes no se había equivocado en la elección de heredero, puesto que fue suficientemente sabio para someterse en todo a la opinión del César.

7. Después de esta exposición, Nicolás se calló. El César, benévolamente, hizo levantar a Arquelao, que se había postrado a sus pies, diciendo que era dignísimo del reino, mostrando claramente que su intención era conformarse estrictamente al testamento y a las disposiciones en su favor. Sin embargo, no tomó ninguna decisión definitiva, a pesar de que dejó a Arquelao en la convicción de que contaba con su benevolencia. Cuando los presentes fueron despedidos, reflexionó si confirmaría en el reino a Arquelao o lo dividiría entre los hijos de Herodes, todos los cuales estaban necesitados de mucha ayuda.

## CAPÍTULO X

*Sublevación de los judíos, ocasionada por las exigencias de Sabino. Éste es sitiado en la fortaleza Antonia. Varo libra a Sabino y pone fin a la revuelta*

1. Antes de que se llegara a una decisión sobre el particular, falleció Maltace, la madre de Arquelao, y una carta de Varo, procónsul de Siria, informó sobre la rebelión de los judíos. Cuando se marchó Arquelao toda la nación se levantó. Varo, que se encontraba presente, tomó medidas contra sus autores y, luego de reprimir en gran parte la revuelta, dirigióse a Antioquía, dejando en Jerusalén una legión para reprimir a los judíos que volvieran a agitarse. Pero no se pudo poner fin a la sedición. Habiendo partido Varo, Sabino, procurador del César, hostigó a los revoltosos, confiando en la protección de las tropas que quedaban bajo su mando. Disponiendo de gran número de hombres armados, se sirvió de ellos para presionar a los judíos, fomentando con ello la rebelión; sus esfuerzos tendían, en efecto, a apoderarse por la fuerza de las fortalezas y a buscar encarnizadamente los tesoros del rey, impelido por el afán de ganancia y una avidez insaciable.

2. Durante Pentecostés, que es una de nuestras fiestas, se reunió en Jerusalén mucha gente, no sólo por motivos religiosos, sino indignados por las ofensas de Sabino. Se congregaron muchos de Galilea, Idumea, Jericó, habitantes de Transjordania; en fin, la mayor parte de los judíos, que se habían reunido con la multitud y que deseaban más ardientemente que todos el castigo de Sabino.

Dividiéndose en tres columnas, acamparon en tres lugares diversos: una parte ocupó el hipódromo, otra acampó en el muro norte del Templo, frente al mediodía, ocupando la parte del este, mientras que el tercer grupo se ubicó en la parte occidental, en donde se encontraba el palacio real. Tomaban estas posiciones para poder sitiar a los romanos, cercados por todos lados.

Entonces Sabino, temeroso de su gran número y comprobada la decisión de aquellos hombres que estaban dispuestos a morir antes que a perder, considerando la victoria un deber, escribió en seguida a Varo y le urgió a que rápidamente le enviara ayuda, pues la legión que había dejado se encontraba en gran peligro, porque no faltaba mucho para que la eliminaran. Por su parte, después de ocupar la torre más alta de la fortaleza, que se llamaba Fasael, en honor de Fasael, hermano de Herodes, quien la hizo construir después de que aquél fuera muerto por los partos, desde allí exhortó a los romanos a que salieran contra los judíos. Y no aventurándose él a descender ni aun hasta donde estaban sus amigos, pensó que era justo que expusieran la vida por su avaricia.

Los romanos hicieron entonces una irrupción, entablándose una lucha acerba. Aunque los romanos tenían ventaja, los judíos, sin embargo, no se desanimaron ni perdieron las esperanzas a causa del peligro, y a pesar de que cayeron muchos de

ellos. Escalaron los pórticos que rodeaban el recinto exterior del Templo y, trabándose en violenta lucha, pelearon arrojando piedras, con las manos o con hondas, clase de pelea para la que estaban bien ejercitados. Al mismo tiempo, los arqueros, en formación de batalla, causaban gran daño entre los romanos; por encontrarse en un lugar alto, muy difícil de alcanzar, sin que pudieran llegarles las flechas que les enviaban los adversarios, hacían gran destrozo entre los enemigos.

Así se luchó por largo tiempo. Finalmente los romanos, en su exasperación, incendiaron los pórticos, ignorándolo los judíos que se encontraban allí. Las llamas, acrecentadas por mucho material combustible, muy pronto llegaron al techo, hecho de una armazón cubierta con pez y cera, y revestida de oro adherido igualmente con cera. El techo no tardó en ceder, destruyéndose de este modo una obra grande y digna de admiración; y perecieron todos los que se encontraban sobre los pórticos. Algunos fueron arrastrados por la caída de los techos; otros, muertos por los enemigos de todos lados. Muchos, viendo que no les quedaba ninguna posibilidad de salvación, se lanzaron al fuego o, para escapar a las llamas, se mataron con sus espadas. Todos aquellos que intentaron descender por la parte posterior, fueron muertos por los romanos, inermes como estaban y desanimados, sin que en nada los ayudara su desesperación porque se encontraban sin armas. De los que subieron al techo no escapó ni uno solo.

Entonces los romanos, pasando por donde las llamas lo permitían, se apoderaron del tesoro donde se guardaban las riquezas sagradas, apoderándose de gran parte de ellas, apropiándose el mismo Sabino de cuatrocientos talentos.

3. Los judíos se afligieron profundamente por la suerte de sus amigos, que murieron en esta lucha; también se indignaron muchísimo por el robo del dinero. Habiéndose reunido los más fuertes de ellos, rodearon el palacio real, amenazando incendiarlo y matar a todos sus ocupantes, si no salían inmediatamente; pero prometieron perdonarles la vida, a ellos y a Sabino, si se entregaban. Con esto la mayoría de las tropas reales desertó de su lado. Pero Rufo y Grato, que estaban al frente de tres mil soldados de los mejores de Herodes, hombres fuertes y emprendedores, se pasaron a los romanos. Lo mismo hicieron algunos de caballería, a cuyo frente estaba Rufo. Sin embargo, los judíos insistieron en el asedio y minaron las murallas del palacio, y exhortaron a los disidentes a no retardar la hora en que recuperarían la libertad nacional.

Nada más deseable para Sabino que salir con sus soldados; pero, a causa de sus crímenes, no confiaba en los judíos. La misma generosidad de la oferta le resultó sospechosa. Añádase a esto que esperaba ayuda de Varo. Éstas eran las razones por las que sostenía el asedio.

4. En ese momento había mil otros motivos de turbación en Judea; muchos, por afán de lucro o por odio a los judíos, incitaban a la guerra. Unos dos mil hombres que anteriormente sirvieron a Herodes y que luego fueron dados de baja por éste, se reunieron en Judea para combatir a las tropas reales. Se les opuso Aquiab, primo de

Herodes, quien fue rechazado en la llanura y empujado por estos hombres diestros en la guerra hacia las alturas, salvando lo que le fue posible, gracias a las dificultades del terreno.

5. Había también un tal Judas, hijo de Ezequías, el temible jefe de ladrones, que había sido capturado por Herodes después de muchos esfuerzos. Este Judas reunió en Séforis, en la Galilea, una caterva de desesperados e incursionó contra el palacio real. Se apoderó de las armas que se encontraban allí, con las cuales armó a los suyos; robó también todo el dinero que encontró, sembrando el terror con sus rapiñas. Aspiraba a mucho más y aun a gobernar, confiando ganar esta dignidad no por la práctica de la virtud, sino por el exceso de sus injusticias.

6. También estaba Simón, que fuera esclavo del rey Herodes, a quien su belleza, el vigor y la robustez de su cuerpo inspiraban gran confianza. Exaltado por el desorden imperante, tuvo la audacia de ponerse una corona; reunió una cantidad de personas y se hizo reconocer rey por esos insensatos, considerándose más digno del reino que cualquier otro. Incendió el palacio real de Jericó después de haberlo saqueado, y lo mismo hizo con otras muchas casas reales en diversos lugares, apoderándose con sus compañeros de todo lo que contenían.

Se habría aventurado a mucho más, si no fuera porque muy pronto le hicieron frente. Grato, después de reunir a sus tropas reales con las romanas, atacó a Simón con las fuerzas de que disponía. Después de una lucha prolongada y enconada, la mayor parte de su gente, falta de disciplina y combatiendo más con audacia que con conocimientos, cayó en la lucha. Grato persiguió a Simón, que se escondió en un desfiladero, buscando la manera de salvarse, hasta que lo alcanzó y lo decapitó.

En Amata, junto al río Jordán, unos hombres similares a las turbas de Simón incendiaron el palacio real. Aumentaba el furor y el malestar del pueblo el hecho de que no hubiese un rey del país a cuyo mando la multitud estuviera sometida. Los extranjeros que habían ido a someter a los sediciosos no hacían sino excitarlos con sus injusticias y su avidez.

7. También un cierto Atronges, que no procedía de familia ilustre, ni se distinguía por su virtud ni por sus riquezas, sino que era un pastor desconocido, pero que se destacaba por su cuerpo vigoroso, su alta estatura y la fuerza de sus brazos, se aventuró a codiciar el reino para tener mayores oportunidades para sus venganzas. Si debía morir, no vacilaría en sacrificar su vida para lograr su finalidad. Tenía cuatro hermanos, todos de gran estatura, que estaban dispuestos a cometer cualquier crimen y confiaban en la fuerza de sus brazos. Puso a cada uno de ellos al frente de una cohorte, pues se les había reunido una gran multitud de hombres. Todos luchaban en favor de Atronges, pero cada uno a su manera. Éste se impuso la diadema, formó un consejo y en todo procedía como si fuera soberano. Conservó su poder durante mucho tiempo, con el título de rey, y haciendo lo que quería. Tanto él como sus hermanos causaron muchas muertes, no menos a los romanos que a las tropas reales, pues eran por igual enemigos de ambos sectores. Detestaban a las últimas por las

violencias que cometieron durante el reinado de Herodes, y a los romanos por las injusticias que les atribuían actualmente.

A medida que transcurría el tiempo su furia era mayor, y apenas nadie escapaba a la muerte, en parte por su codicia y en parte también por la costumbre de matar. En cierta oportunidad atacaron cerca de Emaús a una cohorte romana que llevaba alimentos y armas; la rodearon y a flechazos mataron al centurión Ario, jefe de la legión, y a cuatrocientos de sus soldados de a pie. Los restantes, despavoridos, pidieron ayuda a Grato, que los auxilió con las tropas reales y lograron salvarse, abandonando los cadáveres.

Haciendo la guerra en esta forma por largo tiempo, ocasionaron grandes pérdidas a los romanos, así como también a su propio pueblo. Finalmente sus jefes fueron apresados, uno de ellos en lucha con Grato, el otro con Ptolomeo; el mayor de todos cayó en las manos de Arquelao. El último que quedaba, afligido por lo acontecido a sus hermanos, viendo que no le quedaba ninguna esperanza de salvación, pues había quedado solo, exhausto por tantos trabajos y habiendo perdido sus tropas, se entregó a Arquelao sobre la fe de su juramento<sup>[278]</sup>. Pero esto aconteció más tarde.

8. Por aquel entonces Judea estaba llena de ladrones. Cualquiera que pudiera reunir un grupo, se constituía en rey. Todo resultaba en perjuicio del país, pues sólo en medida limitada la fiaban a los romanos, mientras que hacían grandes matanzas entre sus propios compatriotas.

9. Entretanto Varo, así que supo por Sabino lo que estaba aconteciendo, preocupado por lo que pasaba a su legión, se puso al frente de las otras dos (pues había tres en toda Siria), de los cuatro grupos de caballería y todas las tropas auxiliares que le suministraron los reyes y algunos tetrarcas, y marchó rápidamente a ayudar a los que estaban sitiados en Jerusalén. Todos los destacamentos que había enviado por adelantado tenían orden de llegar rápidamente a Ptolemáis. Los habitantes de Berito, cuando pasaron por su territorio, les suministraron mil quinientos hombres auxiliares. Aretas, de Petra, que se hizo amigo de los romanos por el odio que tenía a Herodes, le envió un gran contingente de soldados de a pie y a caballo.

Reunidas las tropas en Ptolemáis, entregó parte de ellas a su hijo y a un amigo, a los cuales envió para que guerrearan contra los galileos que vivían en la región limítrofe a Ptolemáis. El hijo de Varo puso en fuga al enemigo, apoderándose e incendiando el pueblo de Séforis y luego vendió sus moradores. Varo marchó con todo el ejército hacia Samaria sin tomar ninguna medida contra la ciudad, pues no participó en la sedición; pero acampó en un pueblo denominado Aro, dentro del territorio de Ptolomeo. Los árabes la incendiaron por odio a Herodes y sus amigos. De allí los árabes marcharon hacia otro poblado, de nombre Samfo, muy bien fortificado y en lugar seguro, que saquearon y quemaron. Todo lo destruyeron durante su marcha, a hierro y fuego. Por orden de Varo fue incendiada también Emaús, abandonada por sus habitantes, para vengar a los que habían sido muertos.



De allí Varo marchó a Jerusalén. Los judíos, que estaban sitiando a la legión, al ver que se acercaba el ejército escaparon, dejando interrumpido el asedio. Los habitantes de Jerusalén, increpados gravemente por Varo, se excusaron, demostrando que el pueblo se había reunido con motivo de las fiestas y que la lucha se había iniciado, no por su causa, sino por la audacia de los forasteros; en cuanto a ellos, habían estado sitiados junto con los romanos más que sitiando ellos a los últimos. Ya se habían presentado ante Varo José, el primo del rey Herodes, Grato y Rufo con sus soldados y los romanos que estaban sitiados. En cuanto a Sabino, no se presentó ante Varo, sino que a escondidas salió de la ciudad y se dirigió hacia el mar.

10. Varo envió parte de las tropas por el país para que apresaran a los culpables de la sedición. En cuanto a los denunciados, vió que unos eran más culpables que otros. Hizo crucificar a dos mil de ellos, y dejó en libertad a los restantes. Luego se deshizo de los soldados que no necesitaba; cometieron muchos desórdenes, no ateniéndose a las órdenes de Varo, en el afán de ganancia que les procuraban sus fechorías. Habiendo sabido que se habían reunido diez mil judíos, Varo se apresuró a sorprenderlos. No se atrevieron a pelear, y por consejo de Aquiab se rindieron. Varo perdonó a la multitud las faltas cometidas al rebelarse, pero envió sus jefes a Cesárea. El César dejó libres a muchos de ellos y únicamente hizo morir a los que eran parientes de Herodes por haber tomado las armas contra sus allegados, sin respetar la justicia.

## CAPÍTULO XI

### *El emperador confirma el testamento de Herodes. La sucesión del reino*

1. Varo, una vez arreglados los asuntos, se dirigió a Antioquía, dejando en Jerusalén la legión anterior para la vigilancia. En Roma surgió una nueva dificultad para Arquelao por los siguientes motivos. Una delegación de judíos se trasladó a Roma, con permiso de Varo, para solicitar que los dejaran vivir de acuerdo con sus propias leyes. Los legados enviados por voluntad de la nación eran cincuenta; en Roma se les agregaron ocho mil judíos. Habiendo convocado César en el templo de Apolo, edificado por él con gran lujo, una asamblea, tanto de sus amigos como de los principales de los romanos, se hicieron presentes los legados en compañía de la multitud de los judíos que vivían en Roma; por otra parte se presentó Arquelao con sus amigos.

Los parientes del rey se negaron a ponerse del lado de Arquelao, por el odio que le tenían; pero, por otra parte, les pareció inconveniente declararse contra él junto con los legados, considerando que sería deshonroso frente al César oponerse a un hombre con el cual estaban emparentados. Filippo fue desde Siria, por influencia de Varo, principalmente para ayudar a su hermano; contaba con las simpatías de Varo, porque si había cambios en el reino, pues sospechaba que el reino sería dividido, ya que había muchos ansiosos de independencia, Varo quería adelantarse para recibir una parte del mismo.

2. Cuando se otorgó permiso a los legados para que hablaran, dispuestos a defender la disolución de la realeza, relataron las iniquidades de Herodes, diciendo que fue rey sólo de nombre, pero que en todo se portó tiránicamente y que buscó la destrucción de los judíos y no dejó de introducir una serie de novedades dictadas por sus preferencias. Fueron muchos los que perecieron con suplicios que nunca se habían visto anteriormente; pero los sobrevivientes fueron todavía mucho más infelices que los muertos, pues los suplicios atormentaban no sólo sus cuerpos y sus almas, sino que amenazaban sus bienes. Herodes se preocupó de adornar las ciudades vecinas, habitadas por extranjeros, mientras que las de su propio país, privadas de ingresos, se arruinaban por completo. Redujo a su pueblo a un grave estado de necesidad, a pesar de haberlo recibido en un notable estado de prosperidad; dispuso los bienes de los nobles, a quienes mataba por las causas más leves; y a los que dejaba con vida, los privaba de su fortuna. Además anualmente imponía impuestos a todos, pero disponía de regalos provechosos para él mismo, sus familiares, sus amigos y esclavos encargados de la percepción de los impuestos, pues el derecho a no ser oprimido no se compraba sino a peso de plata. Y no querían, dijeron, nombrar el número de vírgenes deshonradas y de mujeres atropelladas, víctimas de su lujuria y su licencia; pues las personas que habían sido víctimas de esta clase de atentados

consideraban que era tan valioso guardar silencio sobre los mismos como escapar a esas afrentas. Dijeron que fueron tantas las calamidades que sufrieron de parte de Herodes, que no podrían ser mayores si una bestia ejerciera el gobierno sobre los hombres. A pesar de que su pueblo sufrió antes muchas exacciones y destierros, sin embargo no existía ejemplo que pudiera compararse con las calamidades inferidas por Herodes. Por esto recibieron alegremente a Arquelao como rey, pues creían que cualquiera que sucediera a Herodes sería más moderado que él. Para conquistarse su gracia admitieron el duelo público por el padre, así como también hicieron otras cosas para ganarse su benevolencia, con tal que pudieran obtener de él una conducta más moderada. Pero él, como si temiera que no se lo considerara hijo legítimo de Herodes, demostró sin demora su mala voluntad contra el pueblo, y aun antes de obtener el reino, pues quedaba en poder de César el dárselo o negárselo. Muy pronto mostró la índole de su virtud, modestia y equidad con el crimen que cometió contra el pueblo y contra Dios, al hacer matar tres mil personas en el Templo. ¿Cómo no lo iban a odiar cuando, a más de su propia crueldad, los acusaba de haberse rebelado y resistido a su poder? En suma, lo que pedían era que los librasen del reino y de todo gobierno de esta especie y que fueran agregados a Siria bajo la administración de los legados que allí se enviaban. Así se pondría en evidencia si eran por naturaleza revoltosos y adictos a fraguar novedades, o tranquilos y moderados, cuando los gobernaban de una manera moderada.

3. Cuando los judíos hubieron terminado su discurso, Nicolás demostró la inconsistencia de los crímenes de que se acusaba a los reyes, y entre ellos a Herodes, a quien durante su vida nadie había acusado de nada, a pesar de su larga existencia<sup>[279]</sup>; y no era lícito que aquellos que podían haberlo hecho ante jueces justos, cuando vivía, y pedir el debido castigo, ahora cuando estaba muerto amontonaran acusaciones. En cuanto a los actos de Arquelao, Nicolás los atribuyó a la improbidad e insolencia de esa gente, que después de haber actuado contra la ley y de matar a los que tenían el deber de cuidar de su seguridad, ahora se lamentaban de haber sido afrentados. Los acusó de ser amantes de novedades, de deleitarse en las sediciones y de que no sabían respetar a la justicia ni obedecer a las leyes y que en todo querían salir vencedores. Éstas fueron las cosas que dijo Nicolás.

4. Una vez que el César hubo oído tales razones disolvió la asamblea. No nombró rey a Arquelao, sino que dividió el territorio que perteneciera a Herodes en dos partes; entregó una a Arquelao, constituyéndolo en etnarca, y prometiéndole que lo honraría con el título de rey si demostraba ser merecedor de esta dignidad. La otra mitad, dividida en dos, la entregó a los otros dos hijos de Herodes, Filipo y Antipas, siendo este último el que había disputado el reino a su hermano. Antipas recibió la Transjordania y Galilea, que anualmente le proporcionaban doscientos talentos. A Filipo se le otorgó la Batanea y la Traconítida, la Auranítida y una parte de lo que se llamaba la casa de Zenodoro, de dónde sacaba anualmente cien talentos. A Arquelao se le otorgó Idumea, Judea y Samaria; en cuanto a los samaritanos, se los eximió de

una cuarta parte de los impuestos, por orden del César, por no haberse sublevado con las demás regiones. Quedaron sometidas a Arquelao las ciudades Torre de Estratón, Sebaste, Jope y Jerusalén; pues Gaza, Gadara e Hipos son ciudades griegas que César las separó de su territorio y agregó a Siria.

Arquelao sacaba todos los años seiscientos talentos de su dominio.

5. Así se dividieron las posesiones de Herodes entre sus hijos. En cuanto a Salomé, a más de lo que le dejara su hermano, o sea Jamnia, Azot y Fasaelis y quinientas mil dracmas en moneda de plata, el César le otorgó el palacio real de Ascalón. Anualmente percibía seiscientos talentos en réditos; su casa estaba dentro del territorio de Arquelao. Todos los demás familiares obtuvieron los legados que el rey les dejó en su testamento. El César, a más de lo que el padre había dejado a sus dos hijas vírgenes, les dio doscientas mil dracmas en monedas de plata, y las casó con los hijos de Feroras. Finalmente todo lo que el rey le dejara lo distribuyó entre los hijos del mismo rey, esto es, mil quinientos talentos, reservándose sólo algunos muebles que le gustaban, no por su precio, sino como recuerdo.

## CAPÍTULO XII

### *El falso Alejandro. Tentativa frustrada. Castigo del impostor*

1. Después de que el César hubo así dispuesto los asuntos de Herodes, cierto joven de raza judía, que se había educado en Sidón en la casa de un liberto romano, se designó a sí mismo miembro de la familia de Herodes, aprovechando su semejanza con Alejandro hijo de Herodes, el que había sido muerto, semejanza que reconocían todos los que lo veían, y que él quiso usar como pretexto para reclamar el poder. Para este propósito tomó como colaborador a un hombre de su misma tribu, entendido en asuntos palaciegos, además de ser malvado y perverso y de carácter apropiado para excitar a las turbas; éste fue su guía en sus malas acciones.

El impostor se presentó como Alejandro, hijo de Herodes, que según afirmaba había sido escondido por aquellos que tenían el encargo de matarlo. Habían dado muerte a otras víctimas para engañar a los testigos, pero conservaron con vida a él y a su hermano Aristóbulo. Diciendo estas cosas se enorgullecía y se esforzaba por engañar a aquellos entre los cuales se encontraba. Tuvo tal éxito que, en Creta, los judíos le otorgaron plena confianza; y habiéndole dado mucho dinero, se dirigió a Melos. Aquí también se le dio mucho dinero, pues creían que era de sangre real y esperaban que recuperaría el reino paterno y, a su vez, sabría recompensarlos.

Se dirigió rápidamente a Roma, escoltado por sus huéspedes. Habiendo desembarcado en Dicearquía, sus asuntos marcharon tan bien que complicó a los hombres de allí en el mismo fraude. Se agregaron a su comitiva como si fuera rey mucha gente y los huéspedes y amigos de Herodes. La causa era que aceptaban sus palabras porque parecía confirmarlas su aspecto; pues persuadió fácilmente aun a aquellos que habían sido familiares de Alejandro que él no era otro sino el mismo Alejandro, llegando a afirmarlo con juramento. Su renombre llegó hasta Roma, donde toda la multitud de judíos que había allí le salió al encuentro, atribuyendo a Dios el que, a pesar de lo que habían creído, estuviera salvo y seguro. Lo recibieron con gran gozo, por el afecto que tenían a su madre, siendo llevado en un carro a través de las calles. A expensas de sus huéspedes particulares, se rodeó de un esplendor real. Lo acompañaba una gran multitud, que lanzaba aclamaciones y le expresaba sus buenos deseos, lo que suele expresarse a todos aquellos que se han salvado inesperadamente.

2. Cuando lo supo el César no le dio crédito, pues sabía que no se podía fácilmente engañar a Herodes en algo que le tocaba tan de cerca. Con esta sospecha, envió a Celado, uno de sus libertos que había tratado familiarmente a los adolescentes, para que le presentara al tal Alejandro. Este así lo hizo, demostrando que no estaba dotado de más perspicacia que el resto de la multitud.

Sin embargo, el impostor no logró engañar al César; había cierta semejanza, pero no era tanta que lograra imponerse a aquellos que estaban dotados de un juicio

equilibrado. Efectivamente, el trabajo manual había impreso su rudeza en este falso Alejandro y en lugar de tener, como el verdadero, el cuerpo delicado propio del lujo y el nacimiento noble, lo tenía, en cambio, sumamente basto.

Después de comprobar que tanto el maestro como el discípulo estaban de acuerdo en la mentira y que audazmente confiaban en la misma, les preguntó qué había pasado con Aristóbulo, que se había salvado a la par de él; y por qué motivo no había ido con ellos, para que se hiciera justicia a ambos hombres de nacimiento tan ilustre. A esto respondió que había quedado en la isla de Chipre, por miedo a los peligros del mar; si le pasaba algo a Alejandro, no se extinguiría por completo la descendencia de Mariamne, y Aristóbulo desafiaría a todos aquellos que les tendían emboscadas. El joven lo afirmó con fuerza, apoyado por su instigador. El César lo llevó entonces aparte y le dijo —Si me dices la verdad, obtendrás como premio tu perdón y tu salvación. Vamos, dime quién eres, y quién te ha persuadido a que te atrevas a hacer tales cosas. Lo que intentas es una maldad superior a lo que cabría esperar de tu edad.

En vista de que no tenía otra salida, confesó al César cómo y por quién había sido preparado el plan. El César, envió al falso Alejandro, pues no quería traicionar sus promesas, como remero de la flota; e hizo ejecutar a aquel que lo había inducido. En cuanto a los de Melos, se contentó con que perdieran todo lo que habían gastado en favor del falso Alejandro. Éste fue el fin ignominioso de la atrevida empresa.

## CAPÍTULO XIII

### *Nuevas acusaciones contra Arquelao. Es desterrado a Viena*

1. Nombrado etnarca, Arquelao se dirigió a Judea. Privó a Joazar hijo de Boet del pontificado, acusándolo de haber participado en la conjuración; y entregó el cargo a su hermano Eleazar. Refeccionó magníficamente el palacio de Jericó; hizo desviar la mitad de las aguas que servían al poblado de Neara, hacia una llanura que transformó en plantación de palmeras. Construyó también un pueblo, al que dio el nombre de Arquelao. En contra de las leyes patrias se casó con Glafira, hija de Arquelao y viuda de su hermano Alejandro, con quien había tenido hijos; entre los judíos se considera detestable tomar por esposa a la mujer de un hermano<sup>[280]</sup>. Eleazar no permaneció por mucho tiempo en el pontificado, pues fue sustituido, viviendo todavía, por Jesús, hijo de Sié.

2. En el año décimo del gobierno de Arquelao, los principales de los judíos y de los samaritanos, no pudiendo soportar más su crueldad y su tiranía, lo acusaron ante el César, especialmente porque creían que procedía contra las órdenes del César, que le había mandado tratarlos con moderación. El César, una vez que hubo oído la acusación, hizo que se presentara el encargado en Roma de los asuntos de Arquelao, que también se llamaba Arquelao, a quien dijo, sin dignarse siquiera escribirle a aquél:

—Embárcate inmediatamente y tráelo sin demora.

Tomó el primer navío que pudo y se trasladó a Judea, donde encontró a Arquelao banqueteando con sus amigos. Después de exponerle las órdenes del César, lo instó a que viajara cuanto antes. Una vez en Roma, después de oír su causa ante los que lo acusaban, el César lo envió desterrado a Viena, ciudad de la Galia, y le confiscó sus bienes.

3. Antes de que Arquelao fuera llamado a Roma, narró este sueño a sus amigos. Había visto diez espigas, llenas de trigo, ya maduras, y le pareció que los bueyes las devoraban. Una vez despierto, pues creía que se trataba de una visión de importancia, hizo venir a los adivinos encargados de interpretar los sueños. Como disintieran entre sí, sin ponerse de acuerdo en la interpretación, Simón, un esenio, pidió permiso para hablar y dijo a Arquelao que aquella visión indicaba que iba a haber un cambio en sus asuntos, y que sería para empeorar. Los bueyes indicaban sufrimiento, pues son animales sometidos a duras tareas; el cambio de situación lo anunciaba el hecho de que la tierra que cultivan no puede permanecer en el mismo estado; las espigas, en número de diez, indicaban número de años, pues hay una cosecha por año; era el término fijado al poder de Arquelao. Ésta fue su interpretación del sueño. Al quinto día de ver el sueño, llegó el otro Arquelao de Roma, por orden del César, para citarlo

ante la justicia.

4. Algo semejante pasó con Glafira, su esposa, la hija del rey Arquelao, la cual, como dijimos, se había desposado por primera vez con Alejandro, hermano de Arquelao. Muerto Alejandro por su padre, Glafira se casó con Juba, rey de Libia; luego de la muerte de éste, vivió como viuda en Capadocia, en la casa de su padre, hasta que se casó con ella Arquelao, quien repudio a su esposa Mariamne. ¡Tan grande era el amor que sentía por Glafira! Siendo esposa de Arquelao vio el siguiente sueño.

Parecióle contemplar a Alejandro de pie, ante ella; contenta, quiso abrazarlo afectuosamente; pero él empezó a reprenderla, diciéndole:

—Glafira, también tú confirmas el dicho vulgar de que no hay que fiarse de las mujeres, pues siendo virgen te casaste conmigo y tuviste hijos; pero olvidada de mi amor, te casaste con otro y luego te atreviste a acostarte con un tercer marido, Arquelao, tu esposo, hermano mío, con deshonor para mi casa. Sin embargo, yo no me olvidaré de tu anterior afecto, por el contrario, te libraré de toda infamia, y te haré mía como antes.

Este sueño lo explicó a las mujeres sus amigas, y pocos días después murió.

5. Considero que tales hechos no son extraños a mi finalidad, pues se refieren a los reyes; sirven, además, de ejemplo para demostrar la inmortalidad de las almas y la intervención de la providencia divina en los asuntos humanos. Pero si a alguien le parecen increíbles, que conserve su opinión, y no reproche a quienes los relatan como exhortación a la virtud.

El país de Arquelao fue pasado como tributario a Siria; el César envió a Quirino, varón consular, para que hiciera el censo en Siria y liquidara las propiedades de Arquelao.



# LIBRO XVIII

*Abarca un lapso de treinta y dos años*

# CAPÍTULO I

*Quirino practica un censo en Siria. Coponio, procurador de Judea. Oposición de Judas de Galilea. El sumo pontífice Joazar induce a los judíos a la obediencia*<sup>[281]</sup>

1. Entretanto Quirino<sup>[282]</sup>, un senador que ya había ejercido todas las magistraturas y que luego de pasar por todos los grados honrosos obtuvo el consulado, además de haber ejercido otras dignidades, llegó a Siria, enviado por César, para administrar justicia en esta provincia y hacer el censo de los bienes. Lo acompañaba Coponio, de la orden ecuestre, para que quedara al frente de los judíos con plenos poderes. Quirino pasó a Judea, que había sido anexada a Siria, para llevar a cabo el censo de los bienes y liquidar los de Arquelao<sup>[283]</sup>. Aunque los judíos al principio no quisieron acceder a la declaración, luego, por consejo del pontífice Joazar, dejaron de oponerse. Aceptando las razones de Joazar, permitieron que se hiciera el censo de los bienes<sup>[284]</sup>.

Sin embargo, Judas,<sup>[285]</sup> un gaulanita nacido en el pueblo de Gamalis, con la adhesión del fariseo Saduco, incitó al pueblo a que se opusiera. El censo, decían, era una servidumbre manifiesta, y exhortaron a la multitud a luchar por la libertad. Si tenían éxito, se aseguraban sus bienes; y en el caso de que lo tuvieran, conseguirían gloria y alabanza por la grandeza de su alma. Además la divinidad colaboraría en la obtención de estos designios, si emprendían grandes obras convencidos de su honorabilidad, y no dejaban nada de hacer para lograrla. Y en esta forma se aventuraron a algo sumamente temerario, pues sus palabras fueron aceptadas ávidamente. A causa de su predicación, no hubo desgracia que no provocaran, sumiendo al pueblo en infortunios con mucha mayor intensidad de lo que pueda imaginarse: guerras de violencia continua inevitable, pérdida de amigos que hacían más llevaderas las penas, acrecentamiento de los latrocinios, muerte de los mejores hombres, todo con el pretexto del bienestar común, pero en realidad con la esperanza de lucro personal. Se originaron sublevaciones, y por su causa numerosos asesinatos, en parte entre la misma gente del pueblo, pues estaban tan enfurecidos unos contra otros que no querían ceder ante el adversario, y en parte también por la acción de los enemigos. A ello siguió el hambre, que llevó a extremos vergonzosos, con capturas y destrucciones de ciudades, hasta que el mismo Templo de Dios fue sometido al fuego del enemigo. Fue tan grande el afán de novedades que llegó a perder a aquellos que fueron sus causantes. Judas y Saduco, que introdujeron entre nosotros la cuarta secta filosófica y contaron con muchos seguidores, no solamente perturbaron al país con esta sedición, sino que pusieron las raíces de futuros males con un sistema filosófico antes desconocido. Quiero decir algo sobre el particular, tanto más cuanto que la

adhesión de la juventud a esta secta causó la ruina del país.

2. Desde muy antiguo había entre los judíos tres sectas filosóficas nacionales: la de los esenios, la de los saduceos y la tercera que se denominaba de los fariseos. Aunque hablamos de ellas en el segundo libro de la guerra judía<sup>[286]</sup>, queremos ahora recordarlas en pocas palabras.

3. Los fariseos viven parcamente, sin acceder en nada a los placeres. Se atienen como regla a las prescripciones que la razón ha enseñado y transmitido como buenas, esforzándose en practicarlas. Honran a los de más edad, ajenos a aquella arrogancia que contradice lo que ellos introdujeron. A pesar de que enseñan que todo se realiza por la fatalidad, sin embargo no privan a la voluntad del hombre de impulso propio. Creen que Dios ha templado las decisiones de la fatalidad con la voluntad del hombre, para que éste se incline por la virtud o por el vicio. Creen también que al alma le pertenece un poder inmortal, de tal modo que, más allá de esta tierra, tendrá premios o castigos, según que se haya consagrado a la virtud o al vicio; en cuanto a los que practiquen lo último, eternamente estarán encerrados en una cárcel; pero los primeros gozarán de la facultad de volver a esta vida. A causa de todo esto disfrutaban de tanta autoridad ante el pueblo que todo lo perteneciente a la religión, súplicas y sacrificios, se lleva a cabo según su interpretación. Los pueblos han dado testimonio de sus muchas virtudes, rindiendo homenaje a sus esfuerzos, tanto por la vida que llevan como por sus doctrinas.

4. Los saduceos enseñan que el alma perece con el cuerpo; y se limitan a la observancia de la ley. A su juicio es una virtud discutir con los maestros que se consideran sabios. Su doctrina sólo es seguida por un pequeño número, aunque son los primeros en dignidad. No realizan acto especial ninguno; si alguna vez llegan a la magistratura, contra su voluntad y por necesidad, se atienen a las opiniones de los fariseos, ya que el pueblo no toleraría otra cosa.

5. Los esenios consideran que todo debe dejarse en las manos de Dios. Enseñan que las almas son inmortales y estiman que se debe luchar para obtener los frutos de la justicia. Envían ofrendas al Templo, pero no hacen sacrificios, pues practican otros medios de purificación. Por este motivo se alejan del recinto sagrado, para hacer aparte sus sacrificios. Por otra parte son hombres muy virtuosos y se entregan por completo a la agricultura. Hay que admirarlos por encima de todos los que practican la virtud, por su apego a la justicia, que no la practicaron nunca los griegos ni los bárbaros, y que no es una novedad entre ellos, sino cosa antigua. Los bienes entre ellos son comunes, de tal manera que los ricos no disfrutaban de sus propiedades más que los que no poseen nada. Hay más de cuatro mil hombres que viven así.

No se casan, ni tienen esclavos, pues creen que lo último es inicuo, y lo primero conduce a la discordia; viven en común y se ayudan mutuamente. Eligen a hombres justos encargados de percibir los réditos y los productos de la tierra, y seleccionan sacerdotes para la preparación de la comida y la bebida. Su existencia no tiene nada de inusitado, pero recuerda en el más alto grado la de los dacas, llamados los

πολίταις (*Polistoe*, ciudadanos)<sup>[287]</sup>.

6. Además de estas tres sectas, el galileo Judas introdujo una cuarta<sup>[288]</sup>. Sus seguidores imitan a los fariseos, pero aman de tal manera la libertad que la defienden violentamente, considerando que solo Dios es su gobernante y señor. No les importa que se produzcan muchas muertes o suplicios de parientes y amigos, con tal de no admitir a ningún hombre como amo. Puesto que se trata de hechos que muchos han comprobado, he considerado conveniente no agregar nada más sobre su inquebrantable firmeza frente a la adversidad; no temo que mis explicaciones sean puestas en duda, sino que al contrario temo que mis expresiones den una idea demasiado débil de su gran resistencia y su menosprecio del dolor. Esta locura empezó a manifestarse en nuestro pueblo bajo el gobierno de Gesio Floro, durante el cual, por los excesos de sus violencias, determinaron rebelarse contra los romanos. Éstas son las sectas filosóficas existentes entre los judíos.

## CAPITULO II

*Fundación de pueblos por los tetrarcas Herodes y Filipo en honor del emperador. Los samaritanos profanan el Templo y ocasionan siete días de impureza.*



*El reino de Herodes el Grande, repartido entre sus hijos tras su muerte en el año 4 a. C.*

1. Quirino liquidó los bienes de Arquelao y puso fin al censo, en el año treinta y siete después de la victoria de César en Accio contra Antonio. Joazar, que se había enemistado con el pueblo, fue destituido y en su lugar fue nombrado Anán<sup>[289]</sup>, hijo de Set. Herodes<sup>[290]</sup> y Filipo<sup>[291]</sup> se hicieron cargo de sus respectivas tetrarquías. Herodes fortificó Séforis, adorno de la Galilea, y la llamó Autocratoria (imperial); también, después de haber rodeado de murallas a Bezaramita, otra población, la denominó Julias en memoria de la emperatriz. Filipo hizo levantar Paneas cerca de las fuentes del Jordán, y la llamó Cesárea; el poblado de Bezaida, al lado del lago de Genezaret, fue elevado a la dignidad de ciudad por el número de sus habitantes y recibió el nombre de Julias, en honor de la hija del César.

2. Durante la administración de Coponio, procurador de Judea, quien, como dijimos, fue enviado con Quirino, ocurrió lo siguiente. Durante la fiesta de los ácidos, que denominamos Pascua, los sacerdotes acostumbraban abrir las puertas del

Templo después de medianoche. En esta ocasión, habiendo sido abiertas, algunos samaritanos que se habían introducido clandestinamente en la ciudad, esparcieron huesos humanos por todo el Templo y los pórticos. Desde entonces se prohibió a todos los samaritanos la entrada al Templo, lo cual no se acostumbraba a hacer anteriormente, y además fue más severa la vigilancia.

Poco después Coponio regresó a Roma, y lo reemplazó Marco Ambivio. Durante su gobierno falleció Salomé, la hermana del rey Herodes, que legó a Julia Jamnia y toda la toparquía, Fasalis, en la llanura, y Arquelaís, donde se encuentra una gran plantación de palmeras cuyos frutos son excelentes.

A Marco Ambivio le sucedió Anio Rufo, durante cuyo gobierno murió Augusto César, segundo emperador romano que reinó cincuenta y siete años, seis meses y dos días, habiendo compartido el poder durante catorce años con Antonio. Vivió setenta y siete años. Le sucedió en el gobierno Tiberio Nerón, hijo de su esposa Julia. Fue el tercer emperador romano.

Nerón envió como gobernador a Judea, después de Anio Rufo, a Valerio Grato. Éste destituyó a Anán del pontificado y puso en su lugar a Ismael, hijo de Fab. Poco después lo destituyó y nombró a Eleazar, hijo del pontífice Anán. Un año después, habiéndolo privado igualmente de sus funciones, entregó el pontificado a Simón, hijo de Camit. Éste no había ejercido sus funciones ni un año, cuando lo sucedió José, a quien llamaban también Caifás<sup>[292]</sup>. En cuanto a Grato, después de haber estado en Judea once años, le sucedió Poncio Pilatos<sup>[293]</sup>.

3. El tetrarca Herodes edificó una ciudad que llamó Tiberíades<sup>[294]</sup>, por su gran amistad con Tiberio; estaba ubicada en la mejor parte de Galilea, en el lago de Genezaret. En su vecindad hay un poblado de nombre Emaús que tiene fuentes termales. Fueron a vivir allí gran número de personas de Galilea, así como todos aquellos habitantes del país de Herodes que eran obligados por la fuerza a radicarse en él, entre ellos algunos de los principales. Herodes instaló también a muchos pobres para que vivieran allí y a otros cuya condición de libres no estaba claramente establecida; les otorgó muchos privilegios e inmunidades, para que se sintieran alentados a quedarse en aquella ciudad. Levantó casas y les asignó campos. Todo esto porque sabía que el residir allí era contrario a las costumbres judías, pues para levantar la ciudad fueron destruidos muchos sepulcros, retirando los huesos. Nuestra ley declara impuros durante siete días a los que viven en tales lugares.

4. Por la misma época murió Fraates rey de los partos, a consecuencia de las intrigas fraguadas por su hijo Fraataces, por el motivo siguiente. Fraates, que tenía hijos legítimos, recibió de Julio César, entre otros regalos, una esclava de raza italiana, cuyo nombre era Termusa. Al principio, la trató sólo como concubina; pero cautivado por su belleza, algún tiempo después se casó con ella y la dignificó, aceptando también al hijo que tuviera con ella. Termusa obtenía del rey todo lo que quería, y como aspiraba a que su hijo ocupara el trono de los partos, pensó que sólo lo conseguiría si lograba imaginar algún medio para desplazar a los hijos legítimos de

Fraates. Persuadió a su marido de que enviara a Roma como rehenes a los demás hijos. Así lo hizo el rey, pues no le era fácil oponerse a la voluntad de Termusa.

En cuanto a Fraataces, que había sido educado para el gobierno, consideró molesto y demasiado largo esperar a que se le entregara el reino a la muerte de su padre. Con ayuda de su madre, de la cual según se decía era amante, intrigó contra su padre. Por ambos motivos se concitó el odio del pueblo, pues los súbditos consideraron que su incesto era un crimen tan grande como su parricidio. Antes de que se acrecentara su poder, en una sedición fue expulsado del reino y muerto. Los más nobles de los partos determinaron que sin rey no era posible el gobierno del estado, y que el rey debía ser de la familia de los Arsacidas. No era lícito que otros gobernaran; bastante habían sufrido a causa del matrimonio con una concubina italiana y del hijo que naciera del mismo. Enviaron mensajeros para que invitaran a ocupar el reino a Orodes, que era de estirpe real, a pesar de no ser bien visto por el pueblo por su excesiva crueldad, su genio intratable y su inclinación a la ira.

También a éste lo mataron durante una conjuración; según algunos, mientras comían y bebían, pues todos tienen por costumbre llevar siempre las espadas; aunque, según otros, mientras se dedicaba a la caza. Es así que enviaron una legación a Roma, pidiendo que se les otorgara como rey a uno de los rehenes. Fue enviado Vonones, preferido a los otros hermanos. Parecía que la suerte le favorecía, pues tenía en su favor a las dos potencias más grandes del universo, la suya y la extranjera. Pero muy pronto los bárbaros cambiaron de opinión, por ser de naturaleza inconstantes, contra la indignidad de este trato, pues se negaban a obedecer a un esclavo extranjero, considerando a los rehenes como esclavos; y creían vergonzosa la designación, pues el rey no había sido impuesto por derecho bélico, sino, lo que era mucho peor, a consecuencia de una paz ultrajante. Sin tardanza enviaron legados para que hicieran venir a Artabano, que reinaba en la Media, de la familia de los Arsacidas. Lo convencieron y se presentó con el ejército.

Vonones le salió al encuentro, pues al principio estaban en su favor la mayor parte de los partos, imponiéndose a Artabano, que se vio obligado a escapar a las fronteras de Media. Sin embargo, poco después, con un gran ejército, se trabó en lucha con Vonones a quien venció, de modo que éste, con algunos de sus soldados de caballería, escapó a Seleucia. Artabano, después de hacer una gran matanza entre los bárbaros, con el objeto de atemorizarlos, con sus tropas se dirigió a Ctesifón. Y así empezó a gobernar a los partos.

Vonones se refugió en Armenia e inmediatamente reivindicó el derecho al gobierno en este país, y envió legados a Roma con este propósito. Pero Tiberio se lo negó, tanto por su negligencia como por sus amenazas, pues por intermedio de sus legados había amenazado con la guerra; como no disponía de otro medio para conservar el reino, ya que los más poderosos de la región de Nifates se habían unido a Artabano, se entregó a Silano, gobernador de Siria. Fue guardado con deferencia en Siria a causa de haber sido educado en Roma. Armenia fue dada por Artabano a

Orodes, uno de sus hijos.

5. Por este tiempo murió Antíoco, rey de Comagena. Se originó una discordia entre el pueblo y los nobles, y ambas partes enviaron legados a Roma. Los nobles pedían que el reino fuera reducido a provincia, pero los del pueblo exigían que, de acuerdo con la costumbre nacional, continuara la forma del gobierno real. Un senadoconsulto designó a Germánico para que fuera a poner en orden los asuntos del oriente; era la ocasión que el destino le deparaba para que muriera. Encontrándose en el oriente, después de haber arreglado todos los asuntos, fue envenenado por Pisón, según cuentan otros historiadores<sup>[295]</sup>.



## CAPÍTULO III

*Poncio Pilatos introduce clandestinamente imágenes del emperador en Jerusalén. Los judíos se sublevan. Tribulaciones de los judíos en Roma*

1. Pilatos, pretor de Judea, salió de Samaria con su ejército para invernar en Jerusalén. Concibió la idea, para abolir las leyes judías, de introducir en la ciudad las efigies del emperador que estaban en las insignias militares, pues la ley nos prohíbe tener imágenes. Por este motivo los pretores que lo precedieron, acostumbraban a entrar en la ciudad con insignias que carecían de imágenes. Pero Pilatos fue el primero que, a espaldas del pueblo, pues lo llevó a cabo durante la noche, instaló las imágenes en Jerusalén.

Cuando el pueblo se enteró, se dirigió a Cesárea en gran número y pidió a Pilatos durante muchos días que trasladara las imágenes a otro lugar. Él se negó, diciendo que sería ofender al César; pero puesto que no cesaban en su pedido, el día sexto, después de armar ocultamente a sus soldados, subió al tribunal, establecido en el estadio, para disimular al ejército oculto. En vista de que los judíos insistían en su pedido, dio una señal para que los soldados los rodearan; y los amenazó con la muerte, si no regresaban tranquilamente a sus casas. Pero ellos se echaron al suelo y descubrieron sus gargantas, diciendo que preferían antes morir que admitir algo en contra de sus sabias leyes. Pilatos, admirado de su firmeza y constancia en la observancia de la ley, ordenó que de inmediato las imágenes fueran transferidas de Jerusalén a Cesárea.

2. También dispuso Pilatos llevar agua a Jerusalén, a expensas del tesoro sagrado, desde una distancia de doscientos estadios. Pero los judíos quedaron descontentos por las medidas tomadas; se reunieron muchos miles de hombres que pidieron a gritos que se desistiera de lo ordenado; algunos, como suelen hacerlo las multitudes, profirieron palabras ofensivas<sup>[296]</sup>. Pilatos envió un gran número de soldados vestidos con ropa judía, pero que bajo los vestidos ocultaban las armas, a fin de que rodearan a los judíos; luego ordenó a éstos que se retiraran. Como los judíos dieron muestras de querer injurarlo, hizo la señal convenida a los soldados; éstos castigaron mucho más violentamente de lo que se les había ordenado tanto a los que estaban tranquilos, como a los sediciosos. Pero los judíos no mostraron señal ninguna de debilidad, de tal modo que sorprendidos de improviso por gente que los atacaba a sabiendas, murieron en gran número en el lugar, o se retiraron cubiertos de heridas. Así fue reprimida la sedición.

3. Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, si es lícito llamarlo hombre, porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el

Cristo. Delatado por los principales de los judíos, Pilatos lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día resucitado; los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos<sup>[297]</sup>.

4. Por la misma época los judíos sufrieron otra tribulación. Acontecieron en Roma algunos hechos en el templo de Isis, que se consideraron escandalosos. Recordaré primeramente el crimen que se cometió en dicho templo, y luego referiré lo acontecido a los judíos. Había en Roma una cierta Paulina, de ilustre nacimiento y de gran prestigio por su afán en la práctica de la virtud además abundaba en riquezas, era de una gran belleza y estaba en aquella edad en que las mujeres son más coquetas; pero ella llevaba una vida virtuosa. Estaba casada con Saturnino, que rivalizaba con ella por sus buenas cualidades. Se enamoró de ella Decio Mundo, caballero de la más alta dignidad. En vano trató de seducirla mediante numerosos regalos, pues ella rechazó todos los que le ofrecía. Su amor aumentó cada vez más, hasta que llegó a ofrecerle doscientas mil dracmas áticas por una sola noche.

En vista de que ni aun con esta suma pudo doblegar su ánimo, no pudiendo soportar más su pasión, determiné dejarse morir de hambre para poner fin a sus sufrimientos. Decidido a morir así, se preparó para hacerlo. Pero había una liberta de su padre, de nombre Ide, experta en toda clase de crímenes. Se lamentó que el joven persistiera en morir, pues era evidente que realizaría su propósito. Se acercó a él y lo animó, asegurándole que gozaría de los abrazos de Paulina. Él accedió a su propuesta, y ella le aseguró que le bastaban cincuenta mil dracmas para la conquista de aquella mujer. Después que infundió esperanzas en el joven y recibido el dinero solicitado, adoptó medios diferentes de los utilizados hasta entonces; pues veía que Paulina no podía ser seducida mediante dinero. Informada de que era muy dada al culto de Isis decidió realizar lo siguiente.

Habiendo reunido a algunos de sus sacerdotes a quienes obligó con juramentos, y sobre todo luego de ofrecerles dinero, por el momento veinticinco mil, y otro tanto cuando el asunto se hubiera llevado a cabo, les expuso el amor del joven y los incité a que de todos modos procuraran apoderarse de la joven. Ellos, inducidos por el oro, prometieron hacerlo. El mayor de ellos se acercó a Paulina y pidió hablar con ella a solas. Habiéndosele concedido, dijo que venía en nombre de Anubis, pues el dios, a causa del amor que sentía por ella, la invitaba a que fuera a él. Estas noticias le resultaron agradables y deseables y se jactó ante sus familiares del honor que Anubis le otorgaba; anunció también a su marido que había sido invitada a comer y a acostarse con Anubis. Él recibió estas noticias alegremente, pues conocía muy bien la honestidad de su mujer.

Paulina se dirigió al templo, y después de haber cenado, siendo hora de acostarse, habiendo el sacerdote cerrado las puertas, dentro del templo se apagaron las luces. Mundo, que se había escondido, se unió con ella, y ella se entregó durante toda la

noche, creyendo que se trataba del dios.

Él se fue antes de que se levantaran los sacerdotes que conocían la intriga. Paulina por la mañana se presentó ante su esposo a quien narró la aparición de Anubis, relatándola también orgullosamente a sus familiares. De éstos, unos no la creyeron, considerando la naturaleza del asunto; otros se admiraron de ello, pues no podían, sin ser injustos, dudar de su palabra, sí tenían en cuenta su honestidad y nobleza.

Al tercer día después del hecho, Mundo se presentó a Paulina y le dijo:

—Paulina, me has ahorrado doscientas mil dracmas, que pudiste agregar a tu fortuna; y sin embargo, me concediste lo que te pedí. Poco importa que te hayas esforzado en injuriar a Mundo; pues hiciste lo que yo deseaba bajo el nombre de Anubis.

Dichas estas palabras, se fue. Ella, informada de la afrenta inferida, se rasgó los vestidos y relató a su esposo la magnitud de la ofensa, pidiéndole que la vengara. Éste presentó el asunto ante César. Tiberio, habiendo hecho averiguar lo acontecido entre los sacerdotes, los condenó a ser crucificados e hizo morir también a Ide, culpable de todo lo que había pasado a aquella mujer. Además destruyó el templo e hizo arrojar al agua del Tíber la imagen de Isis. A Mundo lo castigó con el destierro, considerando que no tenía por qué castigarlo más, pues había delinquido por la vehemencia de su amor. Éstos fueron los actos vergonzosos con los que sacerdotes de Isis infamaron su templo. Ahora voy a referir lo que aconteció a los judíos que vivían en Roma, como dije antes.

5. Había un hombre de raza judía, que había huido de su patria, pues estaba acusado de proceder en contra de la ley y temía el castigo. Era un hombre perverso en todos los aspectos. Vivía en Roma y se decía intérprete de la ley de Moisés. Habiéndosele unido otros tres en todo semejantes a él, lograron persuadir a una mujer noble, Fulvia, que se había convertido a la ley mosaica y era su discípula, que enviara púrpura y oro al Templo de Jerusalén. Cuando lo recibieron, lo gastaron en sus cosas, pues en realidad lo habían pedido para este fin. Tiberio, a quien los denunció su amigo Saturnino, esposo de Fulvia, a instancias de su mujer, ordenó expulsar de Roma a todos los judíos. Los cónsules, habiendo primeramente seleccionado cuatro mil hombres, los enviaron como soldados a la isla de Cerdeña, y entregaron a los suplicios a un número mucho mayor, que rehusaban el servicio militar por fidelidad a las leyes de su patria. Y es así, como por la maldad de cuatro hombres, los judíos fueron expulsados de la ciudad.



*La inscripción de Pilato. En el año de 1961, excavaciones de arqueólogos italianos realizadas en Cesarea (la antigua Torre de Estratón refundada por Herodes en la costa mediterránea), descubrieron que el antiguo teatro de la ciudad había sido reedificado en diversos momentos posteriores a la época herodiana; en los escombros bajo los escalones encontraron una piedra de 2 por 3 pies (unos 60 por 90 cms.), que llevaba inscripciones. La cara izquierda de la piedra había sido alisada para volverla a usar pero en el otro lado había inscripciones entre la que se destacaba el nombre de PILATVS. Se le describe como «Prefecto» de Judea y se dice que había levantado un santuario en honor del emperador Tiberio. Esta piedra se conserva en el Museo de Jerusalén y nos permite saber ahora que el título que se daba oficialmente a los gobernadores de Judea era en realidad el de PREFECTO, y que el término de Procurador (que el historiador Tácito da a Pilato) debió en realidad ser usado posteriormente por sus sucesores.*

## CAPÍTULO IV

*Perturbaciones en Samaria. Pilatos ordena numerosas ejecuciones. Vitelio envía a Pilatos a Roma. Tiberio ordena a Vitelio pactar con Aristóbulo. Muerte de Filippo*

1. Tampoco a los samaritanos les faltaron agitaciones. Los excitó un hombre que no daba importancia ninguna a la mentira y que nada dejaba de hacer para conquistarse la simpatía del pueblo. Ordenó que subieran con él al monte Garizim, que para ellos es el más célebre de todos los montes, por morar en él la divinidad. Aseguraba que una vez allí les mostraría los vasos sagrados que Moisés escondió y enterró<sup>[298]</sup>. El pueblo, que dio crédito a lo que decía, tomó las armas y reunióse en un pueblo llamado Tiratana donde se les agregaron otros en gran número, para subir al monte.

Pero Pilatos se anticipó y ocupó el camino con soldados de caballería e infantería. Éstos mataron a algunos, a otros pusieron en fuga e hicieron muchos cautivos. Pilatos hizo matar a los principales.

2. Apaciguada la sedición, el senado de los samaritanos se presentó ante Vitelio, varón consular y gobernador de Siria, y acusó a Pilatos de las muertes. No se habían reunido en Tiratana para rebelarse contra los romanos, sino para escapar a la violencia de Pilatos. Entonces Vitelio, luego de enviar a Marcelo, su amigo, para que se informara sobre los problemas de los judíos, ordenó a Pilatos que regresara a Roma, para responder ante el César por los crímenes de que se lo acusaba. Así es como Pilatos, después de pasar diez años en Judea, se dirigió a Roma, por orden de Vitelio, a quien no podía oponerse. Antes de llegar a Roma, falleció Tiberio.<sup>[299]</sup>

3. Vitelio, que se dirigía a Judea, pasó a Jerusalén en la oportunidad de la fiesta de Pascua. Fue recibido magníficamente por los judíos, a quienes perdonó los impuestos sobre la venta de las cosechas. Permitió también que las vestiduras del sumo pontífice y todos sus ornamentos fueran guardados en el Templo por los sacerdotes, como se hacía anteriormente. En aquel tiempo eran depositados en la fortaleza llamada Antonia, por el siguiente motivo. Uno de los pontífices llamado Hircano, el primero de este nombre, pues hubo muchos que se llamaron así, habiendo hecho construir una fortaleza en las cercanías del Templo, pasaba allí gran parte de su vida; las vestiduras, que estaban bajo su vigilancia, pues sólo él podía usarlas, eran guardadas en el mismo lugar; todas las veces que se dirigía a la ciudad vestía de particular. Lo mismo acostumbraron a hacer sus hijos y nietos. Durante el reinado de Herodes, viendo éste que la fortaleza estaba ubicada en un lugar muy adecuado, hizo muchos gastos en su refección, dándole el nombre de Antonia en honor de Antonio, que era su amigo. Retuvo las vestiduras sacerdotales que se encontraban allí, confiando en que por este motivo el pueblo dejaría de complotar.

De igual modo obró Arquelao, su hijo, quien lo sucedió en el mando. Al tomar los romanos el gobierno por su cuenta, encontraron que las vestiduras sacerdotales estaban depositadas en una construcción de piedra, sellada por los sacerdotes y los guardianes del tesoro, donde el comandante de la guarnición encendía todos los días una lámpara. Siete días antes de la fiesta, el último enviaba las vestiduras a los sacerdotes, y el sumo sacerdote se servía de las mismas después de purificarlas. Después de la solemnidad de nuevo las reponían en el lugar donde se guardaban. Esto se realizaba todos los años, con motivo de los tres días festivos y el día de ayuno<sup>[300]</sup>.

Vitelio ordenó, de acuerdo con la costumbre nacional, que las vestiduras fueran guardadas por los sacerdotes, con mandato al comandante de la fortaleza de que no investigara dónde se guardaban ni en qué días se utilizaban. Procedió así para conquistar la simpatía del pueblo. Privó del sumo sacerdocio a José, llamado también Caifás, y puso en su lugar a Jonatás, hijo del sumo pontífice Anán. Después se retiró a Antioquía.

4. Por este tiempo Tiberio escribió a Vitelio ordenándole que hiciera un pacto de amistad con Artabano, rey de los partos. Temía que, como enemigo y por haber ocupado a Armenia, cometiera daños todavía mayores. Pero la única forma de dar crédito a su amistad sería que entregara rehenes, especialmente al hijo de Artabano.

Después de escribir estas instrucciones a Vitelio, Tiberio persuadió, mediante la donación de grandes cantidades de dinero, al rey de los iberos y al de los albanos, que atacaran sin demora a Artabano. Rehusaron hacerlo, pero dieron paso libre a los escitas a través de su territorio, abriéndoles las puertas caspias, para lanzarlos contra Artabano. Con esto los partos perdieron de nuevo Armenia. La guerra se extendió por su territorio; murieron muchos de los hombres más nobles, y todo el país quedó devastado. En la guerra fallecieron muchos miles, incluso el hijo del rey.

Vitelio intrigó para eliminar al rey Artabano, sirviéndose de parientes y amigos a quienes ofreció grandes regalos. Artabano comprendió que no podría eludir las intrigas tramadas por muchos hombres muy bien ubicados y que, al final, conseguirían su objetivo; pensaba en aquellos que todavía aparentemente eran sus partidarios, a pesar de que estaban corrompidos, de tal modo que si algo se intentaba en su contra, se pasarían a los que lo habían traicionado. Por este motivo se retiró a las satrapías de las partes superiores del país. Luego, habiendo reunido un gran ejército de dahos y sacos, venció a sus enemigos y reconquistó el reino.

5. Enterado Tiberio, ordenó que se hiciera amistad con Artabano. Éste aceptó alegremente la conferencia a que se lo invitaba con este motivo. El rey y Vitelio se reunieron en el río Éufrates; se encontraron en medio de un puente tendido sobre el río, acompañado cada uno de ellos por sus guardias. Después de hacer el pacto de amistad, Herodes, el tetrarca, los invitó a un banquete en una tienda lujosa extendida en medio del puente. Poco después Artabano envió su hijo Darío a Tiberio como rehén, con muchos dones. Entre estos dones había un hombre de siete codos de altura, de raza judía, llamado Eleazar, a quien le decían el Gigante.

Después Vitelio regresó a Antioquía y Artabano a Babilonia. Herodes, que quería ser el primero en anunciar a César la obtención de los rehenes, envió correos y escribió una carta en la cual le exponía todo detalladamente, de modo que el procónsul no tuviera nada que agregar. Éste también envió cartas, pero cuando el César las recibió ya estaba informado de todo, pues lo había sabido por intermedio de Herodes. Vitelio se indignó grandemente, considerándose más injuriado de lo que realmente había sido; pero ocultó su indignación hasta su retorno bajo el gobierno de Cayo.

6. Por entonces falleció Filipo, hermano de Herodes, en el año vigésimo del gobierno de Tiberio, y en el trigesimoséptimo desde que estuviera al frente de la Traconítida, Gaulanítida y Batanea. Fue un hombre de carácter suave con los súbditos y de ingenio apacible. Pasaba todo el año en el territorio que le pertenecía. En sus viajes, llevaba sólo unos pocos acompañantes. Hacía transportar consigo el trono en el que se sentaba para hacer justicia, por si alguien se le presentara pidiendo su ayuda; en este caso sin demora alguna se dirigía al lugar donde se encontraba el trono, y sentado en él decidía la causa. Castigaba a los culpables y absolvía a aquellos que eran acusados injustamente. Murió en Julias y fue sepultado magníficamente en el monumento que previamente se había construido. Su territorio, pues murió sin hijos, pasó a poder de Tiberio, que lo unió a la provincia de Siria, pero ordené que los impuestos de la tetrarquía quedaran en la misma.

## CAPÍTULO V

*El tetrarca Herodes hace la guerra a Aretas, y es vencido. Historia de Juan Bautista. Vitelio, al informarse de la muerte de Tiberio, detiene las hostilidades*

1. Por este tiempo surgieron disensiones entre Aretas, el rey de Petra y Herodes, por el siguiente motivo. Herodes el tetrarca casose con la hija de Aretas, y vivió con ella durante mucho tiempo. En viaje a Roma, fue a visitar a su hermano Herodes, hijo de otra madre, pues Herodes el tetrarca era hijo de la hija de Simón el sumo pontífice. Enamorose de Herodías<sup>[301]</sup>, la mujer de su hermano, hija de Aristóbulo, otro de sus hermanos, y hermana de Agripa el grande. Tuvo la audacia de hablarle de matrimonio. No le disgustó a ella la propuesta; se convino entre los dos que ella iría a su casa así que él regresara de Roma; además él prometió repudiar a la hija de Aretas.

Después de formalizar estas promesas, él marchó a Roma. Cuando estaba ya de regreso, concluidos los asuntos para los cuales había ido a Roma, su esposa, informada de lo pactado con Herodías, antes de que él supiera que ella lo sabía, se dirigió a Maquero<sup>[302]</sup>, fortaleza que se encuentra en los límites del territorio de Herodes y Aretas, sin que él sospechara sus propósitos. Herodes le envió a donde pedía ir, ignorando que su esposa estaba bien informada.

Pero ella, que había enviado algún tiempo antes emisarios a Maquero, lugar que entonces dependía de su padre, encontró allí todo preparado por su comandante para el viaje. De allí pasó a Arabia haciéndose escoltar por comandantes de los puestos sucesivos, para llegar cuanto antes a presencia de su padre, y descubrirle las intenciones de Herodes. Aretas buscó un pretexto de hostilidad a propósito de las fronteras del territorio de Gamala. Los dos reunieron sus ejércitos con fines bélicos y enviaron a sus generales.

Iniciadas las hostilidades, todo el ejército de Herodes fue vencido y muerto, pues fue traicionado por algunos prófugos que estaban al servicio de Herodes, aunque eran de la tetarquía de Filipo. Sobre esto Herodes informó por carta a Tiberio. Éste, indignado con Aretas, escribió a Vitelio que le hiciera la guerra y se lo enviara vivo, encadenado, o, si era muerto, la cabeza. Tales fueron las órdenes de Tiberio al procónsul de Siria.

2. Algunos judíos creyeron que el ejército de Herodes había perecido por la ira de Dios, sufriendo el condigno castigo por haber muerto a Juan, llamado el Bautista. Herodes lo hizo matar, a pesar de ser un hombre justo que predicaba la práctica de la virtud, incitando a vivir con justicia mutua y con piedad hacia Dios, para así poder recibir el bautismo<sup>[303]</sup>. Era con esta condición que Dios consideraba agradable el bautismo; se servían de él no para hacerse perdonar ciertas faltas, sino para purificar el cuerpo, con tal que previamente el alma hubiera sido purificada por la rectitud.



Hombres de todos lados se habían reunido con él, pues se entusiasmaban al oírlo hablar. Sin embargo, Herodes, temeroso de que su gran autoridad indujera a los súbditos a rebelarse, pues el pueblo parecía estar dispuesto a seguir sus consejos, consideró más seguro, antes de que surgiera alguna novedad, quitarlo de en medio, de lo contrario quizá tendría que arrepentirse más tarde, si se produjera alguna conjuración. Es así como por estas sospechas de Herodes fue encarcelado y enviado a la fortaleza de Maquero, de la que hemos hablado antes, y allí fue muerto. Los judíos creían que en venganza de su muerte, fue derrotado el ejército de Herodes, queriendo Dios castigarlo.

3. Vitelio se aprestó a hacer la guerra a Aretas; tomó consigo dos legiones y todas las tropas ligeras y de caballería que tenía agregadas, guiadas por los reyes sometidos a los romanos. Yendo hacia Petra, llegó a Ptolemáis. Al querer pasar con su ejército por Judea, los principales le pidieron que no lo hiciera; adujeron que sus costumbres nacionales no permitían las imágenes y que había muchas en las insignias. Vitelio accedió al pedido, y ordenó que el ejército avanzara por una gran llanura. Él con Herodes y sus amigos ascendió a Jerusalén, para ofrecer sacrificios a Dios, estando próxima la fiesta de los judíos. Llegó para la fiesta y fue recibido magníficamente por el pueblo, permaneciendo tres días. Entretanto destituyó a Jonatás del pontificado y puso en su lugar a su hermano Teófilo.

Al cuarto día recibió una carta comunicándole que Tiberio había fallecido; hizo entonces jurar al pueblo fidelidad a Cayo. También dio orden de retroceder a los soldados que estaban en camino, para que se retiraran a sus cuarteles de invierno, pues no tenía el mismo poder de antes para hacer la guerra, por haber pasado el imperio a las manos de Cayo.

Se cuenta también, que Aretas, al informarse que se acercaba la expedición de Vitelio, consultó a un adivino, el cual dijo que aquél no entraría en Petra; pues en breve moriría el jefe que había ordenado la guerra, o aquel que se disponía a cumplir las órdenes o aquel en cuyo favor se había preparado la expedición.

Vitelio se retiró a Antioquía.

Agripa<sup>[304]</sup> hijo de Aristóbulo, un año antes de fallecer Tiberio, se dirigió a Roma para tratar de sus asuntos con el César, en la medida que le fuera posible.

Quiero tratar más extensamente la situación de Herodes y su familia, por de pronto porque interesa a la historia, y además porque es una manifestación de la providencia divina, que demuestra que no importan ni el número ni las fuerzas que los hombres emplean, cuando falta la piedad hacia Dios, puesto que en el espacio de un siglo casi todos los descendientes de Herodes, a pesar de ser muy numerosos, desaparecieron. El conocimiento de su mala suerte servirá para que el género humano sea más prudente, como también la vida admirable de Agripa, el cual, de simple particular, se elevó contra lo que todos esperaban, a un grado tal de poder. Ya lo he mencionado anteriormente, pero lo trataré en forma más precisa.

4. Herodes tuvo dos hijas con Mariamne, la hija de Hircano: una de ellas,

Salampsio, casó con su primo Fasael, hijo de Fasael, el hermano de Herodes, habiendo éste dispuesto el matrimonio. La otra, Cipros, se casó también con su primo Antipáter, hijo de Salomé, hermana de Herodes. Fasael tuvo cinco hijos con Salampsio: Antipáter, Herodes, Alejandro y dos hijas, Alejandra y Cipros, que se casó, con Agripa, hijo de Aristóbulo. Alejandra contrajo matrimonio con Timio, uno de los principales ciudadanos de Chipre, muriendo sin haber dejado hijos. En cambio, Cipros dio dos hijos y tres hijas a Agripa. Éstas eran Berenice, Mariamne y Drusila. Los hijos fueron Agripa y Druso; el último murió antes de llegar a la pubertad. Su padre Agripa fue educado a la par de los otros hermanos, Herodes y Aristóbulo, que también eran hijos de Herodes el Grande y de Berenice; Berenice era hija de Costobaro y Salomé, la hermana de Herodes. Éstos fueron dejados por el padre siendo muy niños, cuando Aristóbulo fue muerto con su hermano Alejandro, como dijimos.

Una vez adolescente este Herodes, hermano de Agripa, casó con Mariamne hija de Olimpias, hija del rey Herodes, y de José, hijo de José, que era hermano del rey Herodes; con ella tuvo un hijo, Aristóbulo. El tercer hermano de Agripa, Aristóbulo, casó con Jotape, hija de Sampsigeramo, rey de Emeso; tuvieron una hija sorda, cuyo nombre era también Jotape. Éstos fueron los hijos de los hijos. Herodías, su hermana, casó con Herodes (Filipo), el hijo de Herodes el Grande que éste tuvo con Mariamne, la hija del pontífice Simón. Tuvieron una hija, Salomé; después del nacimiento de ésta, Herodías, que se propuso violar las leyes nacionales, casó con Herodes (Antipas), hermano de su esposo del mismo padre, apartándose del primer marido mientras éste vivía. Ejerció la tetarquía de Galilea. Su hija Salomé estaba casada con Filipo, hijo de Herodes, que ejerció la tetarquía de Traconítida. Habiendo éste fallecido sin hijos, se casó con ella Aristóbulo hijo de Herodes, hermano de Agripa; nacieron tres hijos, Herodes, Agripa y Aristóbulo. Éstos son los descendientes de Fasael y Salampsio.

Cipros tuvo con Antipáter una hija llamada Cipros, casó con Alexas Helcias, hijo de Alexas. Tuvieron una hija llamada Cipros. Pero Herodes y Alejandro los cuales, como dije, fueron hermanos de Antipáter, murieron sin descendientes. Además Alejandro, hijo del rey Herodes, que fue muerto por el padre, tuvo dos hijos, Alejandro y Tigranes, con la hija de Arquelao, rey de los capadocios. Tígranes, rey de Armenia, murió sin hijos, mientras era acusado en Roma. Alejandro tuvo un hijo llamado Tigranes, como su hermano, el que fue enviado por Nerón para que gobernara en Armenia. Tuvo un hijo llamado Alejandro. Éste casó con Jotape, hija de Antíoco, rey de Contagena; fue hecho por Vespasiano rey de una isla de Cilicia. Los descendientes de Alejandro ya desde la primera infancia se apartaron de las leyes de los judíos, pasando a las costumbres y ritos de los griegos. Las demás hijas de Herodes murieron sin hijos. Los descendientes de Herodes que acabo de enumerar vivían en el momento en que Agripa el Grande recibió el título de rey, y ya expuse su parentesco. Quiero ahora enumerar las desventuras a las que pudo escapar Agripa

para ascender a la cima del poder y de las dignidades.

## CAPÍTULO VI

*Agripa se traslada a Roma para presentarse ante Tiberio. Acusado por uno de sus libertos, es encarcelado. Recobra la libertad con la muerte de Tiberio; Calígula lo nombra rey de la tetarquía de Filipo.*

1. Poco antes de la muerte del rey Herodes, Agripa vivía en Roma. Fue educado junto con el hijo de Tiberio, Druso, con quien tenía gran amistad, así como también con Antonia, esposa de Druso el Grande, pues su madre, Berenice, a la que aquella apreciaba, le pidió que la ayudara a hacer progresar a su hijo en los honores. Agripa era magnánimo y pródigo. Mientras vivió su madre, disimuló sus intenciones, para no disgustarla.

Fallecida Berenice, no habiendo nada que lo trabara, gastó sus bienes en parte viviendo lujosamente y en parte con donaciones desmedidas, especialmente entre los libertos de César, a la espera de poder contar con su ayuda.

Al poco tiempo quedó reducido a la indigencia, de manera que ya no se pudo quedar en Roma por más tiempo. Además, Tiberio había prohibido que los amigos de su hijo se presentaran como antes a su presencia, para que no se le renovara el dolor de su muerte.

2. Por este motivo, Agripa se embarcó hacia Judea, muy afligido y desanimado por haber gastado todo su dinero y no disponer de nada para pagar a sus acreedores, que eran muchos y estaban a la expectativa de todos sus movimientos para que no se les escapara. Quedó reducido a una situación en la cual no sabía qué hacer. Entonces se retiró a una fortaleza idumea de Malata, pensando quitarse la vida.

Lo adivinó Cipros, su mujer, que trató por todos los medios de apartarlo de esta idea. Escribió a su hermana Herodías, casada con el tetrarca Herodes, indicándole las intenciones de Agripa en vista del estado de sus asuntos y los extremos de indigencia a que había llegado. Le pedía que, a causa del parentesco, la ayudara y que indujera a su esposo a hacer lo mismo. Viendo que ella procuraba ayudarlo, a pesar de no abundar en riquezas, Herodes y Herodías llamaron a Agripa y le asignaron como lugar de residencia Tiberíades, con una cantidad limitada para vivir, y lo nombraron edil de la zona.

Herodes no mantuvo mucho tiempo esta decisión, a pesar de que ni aun así satisfacía las necesidades de Agripa. Mientras celebraban un banquete en Tiro, el vino desató las lenguas, y Herodes le reprochó su pobreza, pues le tenía que suministrar lo necesario para vivir. Agripa no pudo soportarlo; entonces se dirigió a Flaco, varón consular, que por entonces estaba al frente de Siria y con quien ya antes, en Roma, había tenido gran amistad.

3. Flaco lo recibió muy bien, admitiéndolo a su lado junto con Aristóbulo, hermano de Agripa con el cual éste estaba en desacuerdo. Su disentimiento, sin

embargo, no obstaculizaba la amistad de ambos con el procónsul, quien los trataba honrosamente. Pero Aristóbulo no abandonaba su odio y procuró por todos los medios enemistar a Flaco con Agripa, arbitrando la siguiente oportunidad para ello.

Estando en contienda los de Damasco con los de Sidón a causa de las fronteras, fue árbitro en la decisión Flaco; pero conociendo aquéllos la influencia de Agripa le pidieron que se pusiera de su lado, ofreciéndole gran cantidad de dinero. Él, entonces, procuró ansiosamente auxiliar a los de Damasco. Pero Aristóbulo lo delató a Flaco, pues no se le ocultaba que le habían ofrecido dinero. Habiéndose comprobado que era así, después de haberse investigado, Flaco le retiró su amistad.

Reducido a extrema necesidad dirigióse a Ptolemáis, y no sabiendo dónde vivir, determinó navegar a Italia. Falto de dinero para este viaje, ordenó a Marsias, su liberto, que de todas maneras se lo procurara prestado. Marsias rogó a Petro, liberto de Berenice, madre de Agripa, traspasado legalmente por testamento a manos de Antonia, que por lo menos le prestara este dinero bajo su propia firma y garantía. Pero el otro, reclamando cierta cantidad de la cual había sido despojado por Agripa, obligó a Marsias a firmar un vale por veinte mil dracmas áticas, cuando solamente entregaba dos mil quinientas. Lo firmó, puesto que no tenía otra salida. Con este dinero Agripa fletó un navío, llegó a Antedón y se preparó para levar anclas.

Cuando lo supo Herenio Capito, gobernador de Jamnia, envió soldados para exigirle trescientas mil piezas de plata que Agripa había quedado debiendo al tesoro imperial cuando vivía en Roma; y lo obligaron a quedarse allí. Agripa simuló cumplir la orden; pero, durante la noche, cortó las amarras y se dirigió a Alejandría. Allí pidió a Alejandro el alabarca que le prestara doscientas mil dracmas. Alejandro se negó a prestárselas, pero no se las negó a Cipros, admirado de su amor conyugal y de sus demás virtudes. Cipros aceptó y Alejandro, habiéndole entregado cinco talentos en Alejandría, prometió darle el resto cuando llegaran a Dicearquía, puesto que desconfiaba de la prodigalidad de Agripa. Cipros, después de despedir a su esposo en viaje a Italia, regresó con sus hijos a Judea.

4. Habiendo Agripa llegado a Puteoli, escribió una carta al emperador Tiberio, que residía en Capri; había ido a rendirle homenaje, verlo y pedirle permiso para dirigirse a Capri. Tiberio le contestó muy amablemente y, entre otras cosas, le dijo que se alegraría de verlo en Capri. Una vez allí, lo recibió con no menor amabilidad de la que le manifestó en la carta, lo abrazó y le ofreció hospedaje. Pero al día siguiente César recibió una carta de Herenio Capito en la que le decía que Agripa, después de haber recibido prestadas trescientas mil dracmas, que no pagó a su debido tiempo, a pesar de habersele amonestado a que las devolviera, escapó del lugar de su territorio, de modo que quedó privado de toda posibilidad de exigirle el dinero. Al leer esta carta, el César se indignó mucho, y prohibió a Agripa que se presentara ante él sin antes haber arreglado sus deudas.

Agripa se alteró por la ira del César; pidió a Antonia, madre de Germánico y de Claudio, el futuro César, un préstamo de trescientas mil dracmas, para no perder la

amistad de Tiberio. Ella, en recuerdo de su madre Berenice, pues había unido a las dos mujeres una profunda amistad, y además por haber sido Agripa educado junto con Claudio, le facilitó el dinero.

Pagada la deuda, quedole expedito el camino para la amistad con el César. Más adelante el mismo Tiberio le encomendó a su nieto, ordenándole que lo acompañara en todas las salidas.

Agripa, por haber sido aceptado favorablemente por Antonia, atendió diligentemente a Cayo, su nieto, tenido en gran honor por el afecto de que gozaba su padre.

Había un cierto Talo, de raza samaritana, liberto de César. Luego de pedirle prestado un millón de dracmas, pagó a Antonia lo que le debía, y gastó el resto para servir a Cayo, a fin de aumentar su crédito ante él.

5. Agripa hizo grandes progresos en su amistad con Cayo. En cierta oportunidad, mientras iban en el carro, empezaron a hablar sobre Tiberio; aconteció que Agripa, pues se encontraban solos, rogó a Dios que Tiberio se fuera pronto, y dejara el imperio a Cayo, por ser el más digno. Oyolo Eutico, liberto de Agripa y auriga; y por entonces se calló. Acusado por Agripa de haberle sustraído un vestido, lo que así era, se fugó. Llevado ante Pisón, el prefecto de la ciudad, cuando le preguntaron por qué se había fugado, dijo que tenía algunos secretos que confiar al César, referentes a su seguridad. Por este motivo fue enviado a Capri, encadenado. Pero Tiberio, de acuerdo con su costumbre, lo retuvo encarcelado, pues era más contemporizador que ningún otro rey o tirano.

Tiberio no recibía jamás de inmediato a las embajadas; y los generales y gobernadores nombrados por él no eran reemplazados, a menos que murieran. También demoraba en atender a los encarcelados. Los amigos en cierta oportunidad le preguntaron la razón de que hiciera esperar a las embajadas; contestó que si las atendía pronto se presentarían nuevos legados y en esta forma no tendría otra cosa que hacer más que recibir y despedir embajadas. Dijo también que permitía que retuvieran mucho tiempo el mando aquellos que había nombrado, a fin de que manifestaran cierta honorabilidad en la administración de los asuntos. Todos los hombres elevados a la magistratura se inclinaban por la codicia; los que no son perpetuos, sino nombrados por un tiempo breve, puesto que no saben cuándo se los privará del poder, se dan al robo con mayor avidez. Si lo retienen por largo tiempo, satisfechos con lo robado, por haber conseguido lo bastante y estar saciados, son más lentos para la rapiña. Al contrario, si se les nombra inmediatamente sucesores, los súbditos que serían sus víctimas no lograrían satisfacer a los funcionarios; éstos no verían repetirse la Ocasión que permitió a sus antecesores hartarse, porque serían desplazados antes de aprovechar la oportunidad.

Les explicó lo siguiente a manera de ejemplo. Un gran número de moscas cubría la herida de un hombre que yacía en el suelo. Un caminante que pasó por casualidad se compadeció de su suerte, y pensando que su debilidad era tan extrema que no las

podía alejar, se acercó y se las espantó. El herido le pidió que no lo hiciera, y al preguntarle por qué motivo no quería que lo librara de la molestia, dijo:

—Al apartarlas, me pones en situación más grave. Porque estas moscas, una vez llenas de mi sangre, no me molestarán como antes, se contendrán un poco. Pero si vienen otras, con las fuerzas intactas y atraídas por el hambre, se apoderarán de mi cuerpo ya agotado y no pararán hasta que me maten.

Es por estas razones que Tiberio, puesto que los tributarios estaban castigados por múltiples malversaciones, no les enviaba con frecuencia gobernadores, uno después de otro, que procedieran con ellos a la manera de las moscas, temeroso de que a su naturaleza inclinada a la avidez se agregara la perspectiva de que muy pronto se vieran privados del provecho que sacaban. Los hechos confirman lo que he dicho de Tiberio, pues habiendo sido emperador durante veintidós años, en total sólo envió dos hombres a los judíos para que los gobernaran, Grato y su sucesor Pilatos. Se comportó de igual modo que con los judíos con los demás súbditos del imperio. En cuanto a los encarcelados, daba a entender que sí demoraba su interrogatorio, era para que una condena a muerte no fuera a aliviar sus males presentes, pues no se encontraban en tal situación a causa de su virtud, y de esa forma quedarían sometidos a una pena mayor.

6. Por esta razón Eutico no era juzgado, y seguía aguardando en la cárcel. Poco después Tiberio pasó de Capri a Túsculo, a una distancia de cien estadios de Roma. Agripa rogó a Antonia que intercediera ante Tiberio para que oyera a Eutico sobre aquello de que lo acusaba. Antonia gozaba de gran prestigio ante Tiberio, tanto por el parentesco, pues había sido esposa de su hermano Druso, como por su honestidad; quedó viuda siendo todavía joven, y rehusó casarse de nuevo, a pesar de que Augusto le aconsejaba que lo hiciera, llevando una vida libre de reproches. Además había prestado un gran servicio a Tiberio. Sejano, que fuera amigo del esposo de Antonia, había tramado una conspiración, en una época en la que gozaba de gran poder por estar al frente de los soldados pretorianos; muchos senadores con sus libertos se unieron con él. Además el ejército estaba corrompido y la conjuración aumentaba día a día. Sejano habría logrado éxito, si Antonia con su audaz prudencia no se hubiese impuesto a su malicia.

Así que supo lo que se estaba urdiendo contra Tiberio, se lo escribió detalladamente y entregó la carta a Palas, el más fiel de sus siervos, enviándolo a Capri. Enterado Tiberio, hizo morir a Sejano y sus cómplices. En cuanto a Antonia, a la que ya anteriormente apreciaba mucho, todavía la honró más y le tuvo plena confianza en todo. Tiberio, pues, fue rogado por Antonia que oyera a Eutico.

—Si Eutico ha mentido al acusar a Agripa —dijo Tiberio—, el castigo que le he infligido es suficiente; pero si, sometido al tormento, reconoce que ha dicho la verdad, que tema Agripa, al querer castigar a su liberto, pues será él quien recibirá un justo castigo.

Cuando Antonia se lo explicó a Agripa, éste insistió en que se hiciera la

investigación. Antonia no dejó de interceder y aprovechó una oportunidad que se le presentó. Tiberio iba en la litera, precedido por su nieto Cayo y por Agripa, después de haber comido. Junto a la litera marchaba Antonia, la cual pidió al emperador que hiciera comparecer a Eutico y lo interrogara.

—Pongo por testigos a los dioses, oh Antonia —respondió Tiberio—, que hago tal cosa, no por mi voluntad, sino obligado por tu pedido.

Dicho esto ordenó a Macro, el sucesor de Sejano, que hiciera comparecer a Eutico. Lo que se cumplió sin demora. Tiberio le preguntó qué era lo que tenía que decir contra un hombre que le había otorgado la libertad. Eutico respondió:

—Mientras yo me encontraba sentado a los pies de Cayo y Agripa, después de hablar sobre diversos asuntos, Agripa dijo a Cayo: «Ojalá llegue el día en que muera ese anciano y te designe a ti señor del mundo; porque su nieto Tiberio no nos molestará en lo más mínimo, si tú lo haces morir, y entonces la tierra gozará de felicidad, y yo el primero de todos».

Tiberio consideró dignas de crédito estas palabras, y en su ánimo se renovó la indignación que sentía contra Agripa, pues habiéndole ordenado que se ocupara de su nieto Tiberio hijo de Druso, no se había atendido a su orden, consagrándose en cambio totalmente a Cayo. Volviéndose hacia Macro le ordenó:

—Haz encadenar a este hombre.

Pero Macro, en parte por no haber entendido a quién tenía que encadenar y en parte porque no se imaginaba que pudiera referirse a Agripa, esperó hasta que pudiera asegurarse de cuál había sido la orden de Tiberio. Pero cuando el César dio vuelta al hipódromo y vio todavía a Agripa, dijo:

—Macro, te he ordenado que encadenaras a este hombre.

Entonces le preguntó a quién se refería.

—A Agripa —dijo.

Agripa empezó a rogar, recordándole al hijo junto con quien había sido educado. Pero nada consiguió, sino que tal como estaba, vestido de púrpura, fue encadenado. Como el calor era excesivo y le habían dado poco vino en la comida, estaba sediento; se desesperaba y lo consideraba una indignidad. Habiendo visto a uno de los esclavos de Cayo, de nombre Taumasto, que llevaba una vasija con agua, le pidió que le diera de beber. El esclavo le dio la vasija y Agripa, después de haber bebido, le dijo:

—Ciertamente ha sido para tu bien, oh esclavo, el servicio que me has hecho. Cuando me libre de estas cadenas, sin demora pediré a Cayo que te otorgue la libertad, pues no tuviste a menos servirme mientras estaba encadenado, como antes cuando ocupaba puestos de dignidad.

Y no mintió en lo que dijo, pues lo gratificó. Cuando obtuvo el reino, pidió a Cayo, ya César, que otorgara la libertad a Taumasto; y lo nombró administrador de su fortuna. Al morir, lo dejó al servicio de su hijo Agripa y de su hija Berenice; y así honrado murió de edad avanzada. Pero esto aconteció más tarde.

7. Por el momento, Agripa estaba encadenado frente al palacio, apoyado en un



árbol, descorazonado, junto con muchos otros prisioneros. Un pájaro se posó en el árbol, en el que se apoyaba Agripa (pájaro al que los romanos llaman *bubo*, buho); uno de los encadenados, de raza germana, habiendo visto el ave, preguntó a uno de los soldados quién era el que estaba vestido de púrpura. Informado de que era Agripa, de raza judía, uno de los hombres más nobles de ese pueblo, pidió al soldado que lo custodiaba, atado a la misma cadena, que se le acercara para hablarle, pues quería interrogarle sobre asuntos de su patria. Habiéndosele otorgado, cuando estuvo cerca le dijo mediante un intérprete:

—Oh joven, te contrista una mudanza tan súbita, que significa para ti una gran calamidad; por eso no otorgarás fácilmente crédito a mis palabras, que explicarán lo que Dios ha dispuesto para que escapes a las desgracias presentes. Debes saber, y pongo por testigos a los dioses de mi patria y a los que presiden este lugar, y por cuyos designios estamos encadenados, que estoy dispuesto a decirlo todo, no para halagar petulantemente tus oídos ni para infundirte una vana esperanza; pues estas predicciones, si no se comprueban con los hechos, son causa antes bien de tristeza, más aún que si nada se hubiera anunciado. He considerado justo y aun con peligro propio declarar lo que los dioses han dispuesto sobre tu futuro. Necesariamente la liberación de estas cadenas redundará en tu buena suerte; luego ascenderás y gozarás de gran poder y dignidad. Todos los que antes te compadecían, te proclamarán feliz; tendrás un final exitoso y dejarás a tus hijos las riquezas que habrás acumulado. Sin embargo, acuérdate que, cuando veas de nuevo esta ave, morirás cinco días después. Estos hechos acontecerán tal como los ha indicado el dios, que se ha dignado enviarte el ave. Puesto que yo los sabía de antemano, consideré injusto no comunicártelos, a fin de que, seguro de la futura felicidad, consideres liviano lo que estás sufriendo actualmente. Cuando obtengas éxito, acuérdate de nosotros, para que podamos escapar a la infelicidad a que nos vemos ahora sometidos.

Este presagio del germano le pareció en aquel momento tan ridículo como más tarde lo encontró admirable.

A Antonia le angustió la situación de Agripa; pero sabía que era difícil hablar de ella con Tiberio; además había cerrado la oportunidad a todo ruego. Pero obtuvo de Macro que los soldados lo trataran más humanamente, y que encargara su custodia a hombres apacibles, mandados por un centurión que le tuviera afecto; que se le concediera que todos los días pudiera bañarse, que pudieran verlo sus libertos y amigos, y que se le otorgaran otros privilegios referentes al cuidado del cuerpo. Podían verlo su amigo Silas y sus libertos Marsias y Estequeo, que le traían las comidas de su agrado y lo rodeaban de todos los cuidados, y le suministraban vestidos, con el pretexto de venderlos, gracias a la complicidad de los soldados advertidos por Macro. Esta situación duró seis meses, y en estas condiciones pasó Agripa ese tiempo.

8. Tiberio, a su regreso de Capri, enfermó levemente; cuando se agravó su mal, desconfiando de que pudiera recuperar la salud, ordenó a Evodo, el liberto que

contaba con su mayor aprecio, que le trajera a sus hijos. Quería hablarles antes de morir. Sus hijos legítimos ya no estaban entre los vivos, pues había muerto Druso, el único que tuvo. Pero vivía el hijo de éste, Tiberio, por sobrenombre Gemelo; así como el hijo de su hermano Germánico, Cayo. Éste era un joven que había recibido muy buena educación y contaba con el favor del pueblo, que lo honraba a causa de las virtudes de su padre Germánico.

El pueblo había tenido en gran estima a Germánico por sus costumbres moderadas, por su afabilidad y modestia y por querer ser equitativo con todos. Por todos estos motivos tanto el senado como el pueblo lo tenían en gran estima y veneración. También lo apreciaban los pueblos de las provincias, unos por su gentileza en el trato y en el hablar, otros por lo que habían sabido acerca de él. Cuando murió hubo una gran aflicción, no por simulación, como cuando muere quien fue una calamidad para el imperio, sino afectados por una verdadera tristeza, pues cada uno creía que su muerte era algo que le tocaba de cerca. Todo esto contribuyó a concentrar la benevolencia en su hijo. Entre otros los soldados se sintieron tan obligados hacia él, que estaban dispuestos a morir, si fuera necesario, para que pudiera obtener el imperio.

9. Tiberio, que ordenó a Evodo que le trajera a sus hijos al día siguiente a primera hora, rogó a los dioses patrios que le dieran algún indicio por el cual supiera quién de ellos debía sucederle en el trono, pues él se esforzaba en dejar el poder al hijo de su hijo, pero se fiaría del signo que la divinidad hiciera aparecer acerca de sus herederos más que de su opinión y sus deseos personales. Adoptó, como presagio, el de que sería el señalado para dejarle el imperio, aquel que fuera el primero en presentarse al día siguiente. Después de pensarlo, hizo decir al maestro de su nieto que se lo trajera al día siguiente a primera hora de la mañana, creyendo engañar a Dios con esta estratagema. Pero Dios demostró que era contrario a la elección de Tiberio.

Tomada su decisión, así que amaneció ordenó a Evodo que hiciera entrar al primero de sus hijos. Evodo salió y encontró a Cayo frente al palacio. Tiberio todavía no estaba presente, pues se habían retardado en servirle de comer; y Evodo ignoraba las intenciones de su señor.

—Tu padre te llama, —dijo a Cayo.

Y lo hizo entrar. Tiberio, así que vio a Cayo, empezó a pensar en el poder de Dios, que le había arrebatado el suyo, pues no lo dejaba proceder de acuerdo con sus propios designios. Se lamentó muchísimo al verse impedido de ratificar sus resoluciones y al comprobar que su nieto se vería despojado del imperio romano y que, al mismo tiempo, se encontraría en peligro, puesto que su seguridad dependería de personas más poderosas que verían su presencia intolerable, sin que pudiera servirle de nada su parentesco, pues su superior lo temería y odiaría por creer que aspiraría al poder y que conspiraría sin cesar contra su seguridad para apoderarse del trono. Tiberio era muy adicto a los horóscopos y se gobernaba por ellos, con empeño mucho mayor que todos los que se entregan a las predicciones. Habiendo visto en

cierta oportunidad a Galba que se le acercaba, dijo a algunos de sus amigos más íntimos:

—Éste es el hombre que algún día será honrado con el imperio. Entre los emperadores fue el más inclinado a creer en los vaticinios, por no haberse engañado jamás; y así los utilizó en sus asuntos. Ahora estaba angustiado por lo que le había acontecido, lamentándose, como su nieto ya no existiera, y reprochándose por utilizar los augurios para adivinar lo futuro. Efectivamente, habría podido morir libre de toda aflicción si hubiera ignorado lo porvenir, pero se comportó de tal manera que moría con el conocimiento previo de los males que iban a acontecer a sus parientes más queridos. A pesar de estar conturbado, por haber acontecido inopinadamente que el imperio pasara a quien no esperaba, dijo a Cayo, de mala gana y contra su voluntad:

—Hijo, a pesar de que Tiberio es mi pariente más próximo, sin embargo por mi voluntad y decisión de los dioses te entrego el imperio de los romanos. Te pido que, cuando lo hayas obtenido, no te olvides de mi benevolencia, que te ha elevado a tan alto honor, ni de tu parentesco con Tiberio; ten en cuenta que por voluntad de los dioses y de acuerdo con los mismos te he otorgado este gran beneficio, y espero que me agradezcas mi voluntad propicia y recuerdes tu parentesco con Tiberio. Además has de saber que mientras viva Tiberio, puede ser un amparo para ti y para el imperio, pero su muerte originaría calamidades. El aislamiento es peligroso para los que se encuentran en tan altos puestos; y los dioses no toleran pacientemente ni dejan sin venganza a los que obran fuera de la ley y de lo justo.

Éstas fueron las palabras de Tiberio. Pero no persuadió a Cayo, a pesar de las promesas de éste; pues después de ascender al trono condenó a muerte a Tiberio, como lo había sospechado el César.

Y poco después pereció él mismo víctima de una conjuración.

10. Tiberio, después de declarar a Cayo sucesor en el imperio, sobrevivió pocos días, habiendo gobernado durante veintidós años, cinco meses y tres días. Cayo fue el cuarto César. Cuando los romanos supieron la muerte de Tiberio, se alegraron por tan buena noticia, pero sólo interiormente; no se atrevían a creerlo, a pesar de que hubieran pagado mucho para que fuera verdad, pero temían que si se entusiasmaban abiertamente y resultara solamente un rumor, perecerían luego a causa de las acusaciones. Tiberio fue uno de los hombres que más perjuicios ocasionó a los patricios romanos; se inflamaba de indignación por cualquier motivo, sin que se pudiera reprimir, aunque la causa del odio fuera intempestiva. Además, por su natural se inclinaba a encarnizarse contra aquellos que juzgaba, y castigaba con pena de muerte aun los delitos más ligeros. De modo que, a pesar de que se alegraron ante la noticia de que había muerto, no expresaron su alegría tal como querían por miedo a los males que les podían acontecer si su esperanza resultara defraudada.

Marsias, liberto de Agripa, habiendo sabido la muerte de Tiberio, corrió a anunciársela a su amo. Lo encontró mientras se dirigía al baño; se acercó y le dijo en hebreo:

—Ha muerto el león.

Él, que sabía muy bien lo que quería indicar con estas palabras, lleno de alegría contestó:

—Mil gracias te sean dadas, tanto por los muchos servicios como por esta buena noticia, con tal que sea verdad lo que me dices.

El centurión que estaba al frente de los guardias de Agripa advirtió la prisa con que se había acercado Marsias, y la gran alegría que por sus palabras recibió Agripa; sospechó que se trataba de alguna novedad y les preguntó de qué estaban hablando. Al principio esquivaron la respuesta; pero como insistiera, Agripa, que ya lo consideraba como un amigo, se lo descubrió todo. El centurión participó de la alegría causada por esta noticia, pues era buena para Agripa, y le ofreció de comer. Mientras comían y bebían más de lo ordinario, se presentó un mensajero, quien dijo que Tiberio vivía y que, dentro de pocos días, regresaría a la ciudad. El centurión se sintió seriamente conturbado por estas palabras, pues había hecho algo que ponía en peligro su vida, había celebrado la muerte del César y comido alegremente con un encarcelado. Sacó a Agripa de su cama y le dijo:

—¿Crees tú que quedará sin castigo la mentira con que has querido engañarme acerca del emperador? ¿Supones que dejarás de pagar con tu cabeza tu maliciosa información?

Dicho esto ordenó que ataran de nuevo a Agripa, a quien previamente había soltado y puso más cuidado en vigilarlo. Agripa pasó aquella noche en medio de incomodidades. Pero al día siguiente aumentó el rumor de la noticia en la ciudad; ya la comentaban abiertamente, e incluso algunos ofrecían sacrificios. Llegaron cartas de Cayo, una dirigida al senado en la cual le anunciaba que Tiberio había muerto y que él lo sucedía en el trono; otra a Pisón, prefecto de la ciudad, en la cual le notificaba lo mismo y le ordenaba que hiciera trasladar a Agripa a aquellas habitaciones donde vivía antes de ser encarcelado. Agripa estaba ahora seguro de su salvación, pues aunque era guardado y vigilado, gozaba de toda clase de libertades.

Cayó llegó a Roma llevando consigo el cuerpo de Tiberio, el que enterró magníficamente de acuerdo con las costumbres nacionales. Quiso en el mismo día poner en libertad a Agripa, pero se opuso Antonia, no por odio contra el encarcelado, sino teniendo en cuenta el decoro de Cayo; pues si librara de inmediato a aquel que Tiberio había ordenado que se encarcelara, parecería que recibía con gozo su muerte. Sin embargo pocos días después lo hizo llamar y le hizo cortar el cabello y cambiar de vestidos. Habiéndole impuesto la diadema, lo constituyó en rey de la tetarquía que había sido de Filipo, agregándole la tetarquía de Lisania, y le cambió la cadena de hierro por una de oro, del mismo peso. Envió a Marcelo como procurador a Judea.

11. En el año segundo del imperio de Cayo César, Agripa solicitó que se le permitiera embarcarse para ir a su reino, a instalar el gobierno, y regresar una vez que hubiera puesto las cosas en orden. Con el permiso del César así lo hizo, llegando inesperadamente como rey y demostrando con ello a los hombres que lo vieron cuán

fuerte es el poder del destino, pues recordaban su antigua pobreza y veían su actual felicidad. Algunos lo felicitaron por no haber perdido la esperanza; otros se resistían a creer en sus calamidades anteriores.

## CAPÍTULO VII

### *Agripa acusa al tetrarca Herodes. Calígula lo destierra y entrega sus territorios a Agripa*

1. Herodías, hermana de Agripa y esposa de Herodes, el tetrarca de Galilea y Perea, envidiaba a su hermano por disfrutar de más alto honor que su marido; y porque, después de haberse visto obligado a salir de su territorio por la imposibilidad de poder pagar las deudas, volvía ahora con tanta dignidad. Se sintió molesta por esa notable mutación, especialmente al verlo investido de las insignias reales y aclamado por la multitud. No pudo mantener oculta en su corazón la envidia de tanta grandeza, y estimuló a su esposo a que viajara a Roma y pidiera para sí la misma dignidad.

No le parecía posible la vida, al ver que Agripa hijo de Aristóbulo, el que fuera condenado a muerte por su padre, y que había llegado a la extrema necesidad de tener que pedir a otros lo imprescindible para vivir y de escapar por mar a sus acreedores, regresaba convertido en rey. En cambio, Herodes que era hijo del rey y cuya proximidad al trono lo llamaba a disfrutar de un honor análogo, se contentaba con vivir como simple particular.

—Si anteriormente —dijo— nunca te resultó molesto verte reducido a una condición inferior a la de tu padre, ahora por lo menos solícita el honor que te pertenece; y no toleres que te supere uno a quien no molestó haber disfrutado de tus riquezas. No permitas que su indigencia tenga más valor que nuestra abundancia, y considera vergonzoso ser sobrepasado por aquellos que hasta hace poco pudieron vivir gracias a tu piedad. Al contrario, dirijámonos a Roma, y no cesemos de trabajar, ni de emplear oro y plata, pues no es mejor conservarlos que prodigarlos para obtener el reino.

2. Al principio a Herodes le desagradó esta propuesta, amante como era de la tranquilidad y de la paz y considerando sospechosos y turbadores los asuntos de Roma; por eso, se esforzaba en convencer a su mujer que cambiara de idea. Pero ella, cuanto más esquivo lo veía, con tanta mayor vehemencia insistía en que hiciera todo lo posible para lograr el reino. Y no dejó de insistir hasta que Herodes, de mala gana, aceptó su proyecto, pues no podía escapar a lo que ella había decidido.

Hizo los aprestos de la manera más grandiosa que pudo, sin perdonar gasto alguno; y llevándose consigo a Herodías, se dirigió a Roma. Agripa, informado de sus intenciones y del boato, también se preparó. Así que supo que habían partido, también él envió a Roma a Fortunato, uno de sus libertos, con dones para el César, y cartas en contra de Herodes, a fin de que estuviera informado el César, si fuera necesario.

Fortunato, que se había embarcado en seguimiento de Herodes e hizo una feliz travesía, llegó tan poco tiempo después que en el momento en que Herodes se

presentaba ante Cayo, el otro desembarcaba y enviaba su carta. Los dos desembarcaron en Dicearquía y encontraron a Cayo en Bajes, pequeña villa de Campania, situada a unos cinco estadios de Dicearquía. Hay allí una residencia real lujosamente instalada, pues cada uno de los césares hizo todo lo posible por eclipsar a los anteriores en magnificencia. Este lugar suministra baños calientes que la tierra da de por sí; son provechosos para la salud y además contribuyen al bienestar.

Cayo, al mismo tiempo que hablaba con Herodes, pues lo había admitido en primer lugar, leyó la carta de Agripa en la que éste acusaba a Herodes de haber participado en la conspiración de Sejano contra Tiberio, y de conspirar en la actualidad con el parto Artabano contra el imperio de Cayo; para demostrarlo aducía que tenía en su poder una cantidad de armas suficiente para equipar a setenta mil soldados. Entonces sospeché y preguntó a Herodes si era verdad lo que le decían de las armas. Herodes confesó que tenía armas, lo que era la verdad. Cayo entonces creyó las acusaciones. Le quitó la tetarquía y la agregó al reino de Agripa, a quien dio también el dinero de Herodes. En cuanto a Herodes, lo condenó perpetuamente a destierro en Lión, población de la Galia. Habiendo sabido que Herodías era hermana de Agripa, le asigné su fortuna personal y le dijo que su hermano era el protector que impedía que participara de la desgracia de su marido. Ella, entonces, le dijo:

—Tú, oh César, según conviene a tu dignidad, has tomado estas resoluciones; pero en lo que a mí toca, estoy imposibilitada de usar de tu gracia por el amor que profeso a mi marido. Habiendo sido su compañera cuando los asuntos le iban prósperamente, no considero justo abandonarlo ahora que la suerte le es adversa.

Irritado Cayo por este orgullo, la envió al destierro junto con Herodes y entregó a Agripa todos sus bienes. Éste es el castigo que Dios impuso a Herodías por la envidia que tuvo a su hermano, y a Herodes por haber cedido a la vanidad de su mujer.

Cayo, durante los dos primeros años gobernó con gran elevación de ánimo, y por su moderación y benevolencia conquistó popularidad tanto entre los romanos como entre los súbditos del exterior. Pero, poco después, ensoberbecido, dejó de portarse humanamente, haciéndose dios y conduciéndose en todo con menosprecio de los dioses.

## CAPÍTULO VIII

*Judíos y griegos provocan disturbios en Alejandría y envían delegaciones a Roma. Acusaciones de Apión contra los judíos, porque éstos se niegan a admitir la estatua del emperador. Cayo ordena a Petronio que haga la guerra a los judíos*

1. Habiendo surgido desacuerdos entre los judíos que vivían en Alejandría y los griegos, enviaron al César legados; tres por cada facción. Uno de los legados de los alejandrinos era Apión, quien, entre otras cosas que dijo de los judíos, los acusó de menospreciar el culto del César. Pues, a pesar de que todos los súbditos del imperio romano habían levantado aras y templos a Cayo y le otorgaban honores como a los dioses, únicamente los judíos consideraban ignominioso dedicarle estatuas y jurar por su nombre. Habiendo Apión dicho todo esto, con lo cual esperaba que el emperador se indignaría, cosa muy probable, Filón, que estaba al frente de la delegación de los judíos, hombre muy instruido en filosofía, hermano de Alejandro el alabarca, se preparó para hablar. Pero Cayo se lo impidió, y ordenole que saliera de su presencia. Estaba tan indignado que nadie tenía la menor duda de que castigaría gravísimamente a los judíos. Filón se retiró ultrajado y dijo a los judíos que lo rodeaban que era preciso tener buen ánimo, pues si Cayo los maltrataba de palabra, de hecho ya se había atraído la ira de Dios.

2. Cayo, ofendido por ser desdeñado por los judíos, los únicos que lo hacían, envió como legado a Siria a Petronio, sucesor de Vitelio en el mando, ordenándole que penetrara en Judea con un gran ejército y colocara su estatua en el Templo, si los judíos lo recibieran de buen grado, y de matarlos en guerra si mostraban mala voluntad. Petronio se hizo cargo del gobierno de Siria, y se apresuró a cumplir las órdenes de César. Reunidas todas las tropas auxiliares que pudo, además de dos legiones, pasó a Ptolemáis para invernar, pues quería hacer la guerra durante la primavera. Escribió a Cayo sobre estas resoluciones. Muchos miles de judíos se presentaron ante Petronio en Ptolemáis, pidiéndole que no los obligara a transgredir las costumbres patrias.

—Si te propones —dijeron— llevar y colocar en el Templo una estatua, nosotros preferimos que nos maten antes que verte cumplir tal cosa; pues mientras vivamos, no podremos tolerar que se realice lo que nos prohíbe la autoridad de nuestro legislador y de nuestros antepasados, que han hecho de las prohibiciones motivos de virtud.

A estas palabras, Petronio respondió indignado:

—Si yo pensara realizar tal cosa por mi propia autoridad, lo que acabáis de decir sería legítimo. Pero puesto que ha sido el César quien lo ha ordenado, es necesario que lo obedezca, no sea que dejando de obedecerlo me acarree un mal mucho más



grave.

A esto respondieron los judíos:

—Tú has decidido, oh Petronio, no infringir las órdenes del César; y, por otro lado, nosotros no podemos infringir la ley de Dios, pues confiados en él y en la virtud y en las prescripciones de nuestros mayores, hasta ahora hemos permanecido fieles a su observancia. No somos tan perversos como para violar, por miedo a morir, las prohibiciones que Dios ha establecido para nuestro bien. Nosotros soportaremos todas las adversidades para defender las leyes de nuestros padres. Al exponernos a los peligros, sabemos que nos quedará la esperanza de vencerlos, pues Dios estará con nosotros si aceptamos las más terribles pruebas para honrarlo; y el destino es por esencia mudable. Si te obedecemos, al contrario, nos exponemos al más grave reproche de indignidad, pues parecerá que por este motivo transgredimos la ley; nos atraeremos la cólera de Dios, que puede, incluso según tu juicio, ser más poderoso que Cayo.

3. Entonces Petronio comprendió por estas palabras su ánimo decidido; y que no podría llevarse a cabo sin lucha la dedicación de la estatua de Cayo. Tendría que haber una gran matanza. Tomando consigo a sus amigos y familiares se dirigió a Tiberíades, para ver en qué condición se encontraban los asuntos de los judíos. Éstos conocían el gran peligro a que se exponían en una guerra con los romanos, pero todavía temían más transgredir la ley. Muchos miles de ellos se presentaron ante Petronio en Tiberíades, suplicándole que no los pusiera en tal situación y que no manchara su ciudad con una estatua.

—¿Por ventura —dijo Petronio— declararéis la guerra al César, sin tener en cuenta sus preparativos y vuestra debilidad?

Pero ellos respondieron:

—Bajo ningún aspecto haremos la guerra, pero estamos dispuestos a morir antes que transgredir la ley.

Prosternándose en el suelo y descubriendo sus gargantas, declararon que estaban preparados para morir. E insistieron en esta forma durante cuarenta días; entretanto dejaron de cultivar la tierra, a pesar de que era la época de sembrar. Permanecían firmes en su propósito de morir, antes que tolerar que se colocara la estatua en el Templo.

4. Estando las cosas en esta situación, Aristóbulo, el hermano del rey Agripa, Helcias el Grande<sup>[305]</sup> y los principales miembros de la dinastía se presentaron ante Petronio, para suplicarle que, habiendo comprobado la obstinada decisión del pueblo, no hiciera nada que los llevara a la desesperación; sería mejor que escribiera a Cayo, diciéndole que los judíos bajo ningún motivo podían ser inducidos a admitir la estatua. Han abandonado el cultivo de la tierra, negándose a guerrear, pues carecen de fuerzas para ello; sin embargo, están dispuestos a morir antes que admitir algo que atente contra las costumbres patrias. Si no se siembra se cometerán actos de latrocinio por la imposibilidad de pagar los impuestos. Tal vez Cayo cambie de opinión, antes

de tomar una cruel decisión o de pensar en destruir por completo a este pueblo. Pero si persiste en sus propósitos bélicos, él tendrá que cargar solo con la empresa.

Éstas fueron las palabras que Aristóbulo y los que estaban con él dijeron a Petronio. En parte por el pedido insistente de Aristóbulo y los demás, que se referían a asuntos de la mayor importancia, en parte también por comprobar la decisión de los judíos, Petronio consideró indigno hacer morir a tantos miles de hombres, para complacer la locura del César, y castigar como culpable lo que era expresión de piedad y religiosidad hacia Dios y luego condenarse a una vida llena de remordimientos. Petronio prefirió anunciar a Cayo que aquella gente era intratable, aunque sabía que el emperador se irritaría por no haber obedecido inmediatamente lo que le ordenara; quizá así lo llegaría a persuadir. Si Cayo persistía en la misma locura que antes, les haría la guerra; pero si se indignaba contra él, era bueno para el que practica la virtud no esquivar la muerte en favor de una gran multitud. Decidió, por lo tanto, atender lo que se le pedía.



*Busto de Cayo «Calígula» (Louvre, París).*

5. Convocó a los judíos en Tiberíades, reuniéndose una multitud de muchos miles. Les dijo que se había hecho cargo de esta expedición no por su voluntad, sino por orden del César, que quería descargar en ellos su ira, por no cumplir lo que había ordenado. Convenía que habiéndosele confiado tal misión, no hiciera nada sin consentimiento del emperador.

—Sin embargo —dijo—, no creo justo que trate de salvar mi seguridad y mi honor y me niegue a sacrificarlos para que vosotros no perdáis la vida, pues sois muy numerosos, y cumplís virtuosamente vuestra ley, la cual os sentís obligados a

defender bajo cualquier condición por ser la de vuestros padres y para respetar la dignidad y el poder de vuestro Dios, cuyo Templo no quisiera ver abatido, a causa de la insolencia de amos poderosos. Informaré a Cayo de vuestra decisión, ayudándoos en la medida de lo posible, para que no sufráis a causa de los designios honestos que os habéis impuesto. Que Dios nos ayude, pues su poder es superior a todo ingenio y potencia humanos, y que haga que vosotros conservéis vuestros ritos y nada los prive de sus honores habituales. En el supuesto de que Cayo, exasperado, se indigne conmigo, afrontaré cualquier situación y toleraré cualquier calamidad en perjuicio de mi alma y mi cuerpo, antes que veros perecer a causa de lo que habéis realizado honestamente. Id, pues, y que cada cual atienda sus asuntos y cultive los campos. Yo de mi parte enviaré cartas a Roma, y haré todo lo que pueda en vuestro favor, tanto por mi parte como con la ayuda de mis amigos.

6. Dichas estas palabras y disuelta la reunión de los judíos, pidió a los notables que los indujeran a cultivar los campos y que con sus exhortaciones animaran al pueblo a tener esperanza. Mientras procuraba animar a la multitud, Dios dio a conocer a Petronio su presencia y su ayuda. Así que finalizó de hablar a los judíos. Dios, contra todo lo que se esperaba, envió una intensa lluvia, pues aquel día era muy sereno sin que existiera señal ninguna de lluvia; además la gran sequedad que sufrían hacía desesperar a los hombres de que tendrían agua, aunque vieran el cielo frecuentemente cubierto de nubes. Por lo tanto, habiendo caído una intensa lluvia, fuera de lo acostumbrado y esperado, los judíos confiaron que no sería en vano el pedido de Petronio en favor de ellos.

Petronio se llenó tanto más de admiración, al comprobar que Dios cuidaba los asuntos de los judíos y manifestaba claramente su presencia; de modo que aquellos que en su interior pensaban otra cosa, ya no fueron capaces de presentar ninguna objeción. Escribió entre otras cosas, para persuadir a Cayo que no llevara a la desesperación a tantos miles de hombres, que si llegaba a matarlos, pues ésta era la única forma para apartarlos de su religión, se perjudicaría al dejar de percibir los réditos de esta gente, además de que lo maldecirían para siempre. Añadió que su Dios había ya manifestado su poder, para que no quedara duda ninguna. Tales eran los propósitos de Petronio.

7. El rey Agripa, que por aquel entonces se encontraba en Roma, gozaba de mucha amistad con el César. Lo invitó a comer, y puso gran cuidado en superar a todos en los gastos que hizo y en procurar los más exquisitos placeres, de manera que ningún otro, ni el mismo Cayo, pudiera igualarlo, y mucho menos superarlo. ¡Tanto se había empeñado en superar a los demás y en obsequiar al emperador! Cayo, admirado de su magnificencia, pues se había esforzado en complacerlo con gastos superiores a sus medios, quiso igualar su liberalidad con aquello que se le había ofrecido. Excitado por el vino e inclinado a la alegría, dijo, cuando Agripa brindé por su salud:

—Ya sabía de antemano lo mucho que me honrabas y conocía tu benevolencia,

aunque te rodearan peligros de parte de Tiberio. Ahora nada dejas de hacer para mostrarme tu gratitud. Puesto que sería indigno que me superaras en tu afecto y decisión, quiero ahora compensar mi deficiencia anterior. Es bien poco lo que te he dado hasta ahora; en la medida que pueda te suministraré todo lo que pueda contribuir a tu felicidad.

Dijo estas cosas, confiado en que le iba a pedir grandes latifundios o los impuestos de algunas ciudades. Aunque Agripa había decidido en su interior lo que iba a pedir, sin embargo no lo dijo, y contestó a Cayo:

—No te he servido antes, contra lo que ordenara Tiberio, con miras a sacar ganancia; y ahora tampoco se trata de sacar alguna ventaja. Los beneficios otorgados anteriormente eran muy abundantes, e iban más allá de lo que podía esperar una persona muy ambiciosa, pues aunque fueran menores de lo que pudieras dar, superaron mi expectación y dignidad.

Entonces Cayo, admirado de su continencia en los pedidos, insistió que le dijera lo que le podía dar. A lo cual respondió:

—Puesto que, oh señor, consideras digno ofrecerme algo, nada te pediré que pueda acrecentar mis riquezas, puesto que gracias a tu voluntad en el particular excedo a los demás. Te pido algo que te otorgará la gloria de la piedad, y contribuirá a que Dios te ayude y favorezca, y a mí me valdrá la gloria de saber que he obtenido de ti todo lo que te he pedido. Te pido y suplico que olvides la dedicación de tu estatua en el Templo de los judíos, según lo que ordenaste a Petronio.

8. A pesar de que sabía que tal pedido estaba lleno de peligros, pues si Cayo no se dejaba persuadir el resultado sería la muerte del solicitante, por considerar que era de gran importancia, como lo era en realidad, decidió aventurarse. Cayo, cautivado por la liberalidad de Agripa y por no demostrar que faltaba a sus promesas, después de haber obligado a Agripa a que pidiera, frente a tantos testigos, a la vez admirado de que Agripa no pensara en ampliar su reino, solicitara más réditos o un mayor poder, sino que, preocupado por la tranquilidad pública, se ocupara de las leyes y la divinidad, accedió. Escribió a Petronio, elogiándolo por haber detenido al ejército y haberle pedido consejo sobre los judíos.

«Si antes de recibir esta carta, le decía, hubieras dedicado la estatua, no la retires; pero si aún no la has colocado, no te preocupes sobre el particular; licencia al ejército y retorna tu cargo anterior. No es necesario que se me dedique la estatua, pues quiero ser agradecido con Agripa, a quien aprecio tanto que no puedo negarme a sus deseos y pedidos.»

Así escribió Cayo a Petronio, sin haber leído la carta que éste le enviaba en la cual le informaba que los judíos se iban a rebelar por causa de la estatua, pues había indicios de que estaban dispuestos a declarar la guerra a los romanos. Ofendido de que se hubieran decidido a desafiar su poder, puesto que jamás retrocedía ante el mal, ni se distinguía por la virtud, sino que se dejaba más bien llevar por la cólera sin que se moderara en lo que se refería a su satisfacción y placer, escribió a Petronio:

«Puesto que has preferido los dones que te hicieron los judíos desoyendo mis instrucciones y has tenido la audacia de ponerte a su disposición dejando de cumplir mis órdenes, te mando que juzgues por ti mismo lo que debes hacer, quedando expuesto a mi cólera, pues estoy dispuesto a hacer contigo un ejemplo que enseñe a todos los hombres actuales y de la posteridad que jamás hay que dejar de cumplir las órdenes del emperador.»

9. Así escribió a Petronio; pero éste no recibió la carta en vida del emperador, retardándose la navegación, sino que previamente le llegó otra carta en la cual se le anunciaba la muerte de Cayo. Dios no ignoraba los peligros a que se exponía Petronio a causa de los judíos y para honrarlo, al eliminar a Cayo, castigó a aquel que se había atrevido a atribuirse el culto divino y gratificó a Petronio.

Todos se alegraron junto con Petronio, tanto los que estaban en Roma como en el imperio, especialmente los senadores que gozaban de mayor dignidad por haberse ensañado Cayo especialmente contra ellos.

Murió poco después de enviar la carta a Petronio amenazándolo de muerte. La causa por la que fue eliminado Cayo la expondré más adelante. Llegó a poder de Petronio primeramente la carta en la dial se le anunciaba la muerte de Cayo, y poco después la otra en la que se le decía que se suicidara. Se alegró de la muerte oportuna que había eliminado al César y admiró la providencia divina que, sin retardo, inmediatamente, lo había recompensado por el respeto que tuvo por el Templo y la ayuda que prestara a los judíos. En esta forma Petronio escapó al peligro de muerte, sin haberlo sospechado siquiera.

## CAPÍTULO IX

### *Los hechos de los hermanos Anileo y Asineo. Su repercusión en la vida de los judíos de Babilonia*

1. Los judíos que vivían en Mesopotamia, especialmente en Babilonia, sufrieron una grave calamidad, peor que todas las demás. Murieron en cantidades mayores a la de cualquier otra oportunidad. Lo expondré en detalle, empezando por la causa.

Hay en Babilonia una ciudad denominada Naarda, muy poblada y que posee una zona fértil muy extensa, la cual goza de muchos bienes. No está expuesta a los asaltos de los enemigos, porque se halla rodeada por el Éufrates y protegida por muros. En el mismo circuito del río se encuentra la ciudad de Nisibis. Por esto los judíos, confiando en la naturaleza del lugar, depositaron allí las dracmas dobles que, de acuerdo con la costumbre nacional, consagraban a Dios. Se servían de estas poblaciones como de un tesoro. De allí, a su debido tiempo, enviaban el dinero a Jerusalén, llevando consigo el dinero de muchos miles de hombres por miedo de que los partos, de los cuales Babilonia era tributaria, los robaran.

Había dos hermanos, Asineo y Anileo, originarios de Naarda. La madre, pues eran huérfanos de padre, les hizo aprender a fabricar telas, trabajo que los nativos no consideraban impropio, pues allí los hombres trabajan la lana. Cierta vez, el que les enseñaba y dirigía los retó por haber llegado tarde, y los castigó con azotes. Ellos consideraron que el castigo era ignominioso, y luego de apoderarse de las armas que se conservaban en la casa, se establecieron en un lugar donde el río se bifurca, y donde hay abundancia de pastos y de frutos que se pueden reservar para el invierno.

Muy pronto se les unieron numerosos jóvenes de escasos recursos. Los instruyeron en el manejo de las armas y se convirtieron en sus jefes; nada se opuso a que tendieran hacia el mal. Se hicieron inexpugnables y construyeron una fortaleza. Exigían que los pastores les pagaran tributos, sólo lo suficiente para vivir, diciendo que serían amigos de aquellos que los obedecieran y los defenderían de los enemigos. En caso de que se negaran, les matarían los rebaños. Los pastores, pues resultaba peligroso no atenerse a estas prescripciones, obedecían, y les entregaban las ovejas que pedían. Es así como fueron creciendo en poderío y pudieron lanzarse al campo para atacar a quienes quisieran. Todos los que se encontraban con ellos empezaron a servirles y se hicieron temibles, incluso para aquellos que querían medirse con ellos. Su fama llegó hasta el rey de los partos.

2. El sátrapa de Babilonia, enterado de este hecho, quiso destruirlos antes de que aumentara su peligrosidad. Habiendo reunido un ejército de partos y babilonios se apresuró a ir a su encuentro, planeando caer de improviso sobre ellos, antes de que alguien les informara el número de sus tropas. Acampé cerca de una laguna y descansé calladamente. Al día siguiente, que era sábado, día durante el cual los judíos

se abstienen de todo trabajo, confiando en que el enemigo no resistiría y podría capturarlos sin lucha, se fue acercando lentamente, pensando caer sobre ellos de improviso. Asineo se encontraba sentado con sus compañeros con las armas en las manos.

—Compañeros —dijo—, he oído relinchos de caballos, no de caballos que pastan, sino de los que llevan jinetes, pues tengo la convicción de haber oído también el ruido de los frenos. Temo que nos esté rodeando el enemigo para atacarnos. Que alguien se apresure a ver lo que ocurre para anunciarlo; y ojalá me haya equivocado.

Habló así. Inmediatamente algunos fueron a ver lo que pasaba. Regresaron pronto y dijeron:

—No te engañaste. Adivinaste exactamente lo que hace el enemigo: parece que no están dispuestos a permitir que sigamos cometiendo violencias. Nos han rodeado insidiosamente, dispuestos a matarnos como si fuéramos animales, pues es muy numeroso el grupo de jinetes que se dirige contra nosotros, cuando nosotros debemos abstenemos de la lucha por estar obligados por las leyes nacionales a descansar.

Pero Asineo no estaba dispuesto a ajustar su conducta a la opinión de su explorador, considerando más justo violar valerosamente la ley, obligados por la necesidad, a repeler el ataque, aunque tuvieran que morir, que dejar que el enemigo aprovechara su inactividad. Tomando las armas animé a los que estaban con él a comportarse valerosamente. Lucharon con los enemigos y mataron a muchos de ellos, pues éstos se habían acercado desdeñándolos y dando la victoria por segura, y pusieron a los demás en fuga.

3. Cuando el rey de los partos supo el resultado de la lucha, admiróse de la audacia de los hermanos. Sintió deseos de verlos y hablar con ellos y envió a uno de sus más fieles guardias, que les dijo:

—El rey Artabano, aunque víctima de vuestra injusticia ha depuesto su ira a causa de vuestro valor, y me ha enviado para ofreceros seguridad bajo su palabra, a fin de que podáis salir sin peligro, pues quiere que os presentéis ante él como amigos, sin temer ningún engaño. Al contrario, promete haceros regalos y ofreceros honores que, junto con vuestro valor, podrán ser útiles a su poderío.

Asineo rehusó ir a ver al rey y envió a su hermano Anileo con los regalos que pudo conseguir. Fue admitido a la presencia del rey. Cuando Artabano vio que solamente se presentaba Anileo preguntó por qué motivo no se hacía presente Asineo. Al enterarse que por miedo había quedado en la laguna, prometió por los dioses patrios que no dañaría en lo más mínimo a los que otorgaran fe a su palabra. Le tendió la mano derecha, acto que entre los bárbaros de esta región es una señal de confianza. Nadie se atreve a engañar, luego de haber ofrecido la mano derecha. Y nadie tiene la menor duda, cuando se le ha dado esta señal, aunque antes sospechara.

Artabano, después de esto, despidió a Anileo, a fin de que persuadiera a su hermano a presentarse. El rey se comportaba de esta manera, porque quería utilizar el valor de los hermanos judíos como un freno y conseguir su amistad, en momentos en

que sus satrapías se rebelaban o estaban por hacerlo, y cuando él se preparaba para emprender una expedición. Temía que mientras estuviera ocupado en la guerra y en dominar a los rebeldes, los compañeros de Asineo hicieran grandes progresos y llegaran incluso a dominar en Babilonia o, en todo caso, que se dedicaran a peores depredaciones.

4. Fue con estas ideas que envió a Anileo. Éste persuadió a su hermano de que el rey les tenía buena voluntad y que había dado su palabra juramentada. Por esto se apresuraron a presentarse ante Artabano. Ya en su presencia, los recibió alegremente; a la vez se admiró al ver a Asineo, que era tan valeroso a pesar de su estatura exigua, y que a primera vista parecería que debería ser despreciado por los que se unían con él, por considerarlo de poca importancia. Opinó luego entre sus amigos que su valor era mucho mayor que su cuerpo, si se comparaba el uno con el otro.

Mientras bebían, mostró Asineo a Abdagase, su mariscal; lo nombró y le habló de su valor como guerrero. Abdagase le pidió que le permitiera matarlo, para castigarlo por las injurias que había cometido en detrimento del imperio de los partos.

—No puedo permitir —respondió Artabano— que se haga tal cosa con un hombre que confió en mí, especialmente cuando le extendí la diestra, y juré por los dioses para que me creyera. Si tú eres un hombre valiente en la guerra, no es necesario mi perjurio para vengar la afrenta hecha al poder de los persas. Ataca a este hombre a su regreso con las fuerzas de que dispones, con tal que yo lo ignore.

Habiendo hecho venir por la mañana a Asineo, le dijo:

—Es tiempo, oh joven, de que te vayas con los tuyos, no sea caso de que muchos de mis capitanes que están conmigo decidan matarte, a espaldas mías. Encomiendo a tu fidelidad la tierra de Babilonia, para que, gracias a tus cuidados, esté libre de robos. Es justo que te pongas de mi parte, pues te he otorgado una fe inviolable, no sobre cosas de poca importancia, sino en lo referente a tu seguridad.

Dichas estas palabras y luego de haber otorgado muchos regalos a Asineo, lo envié a los suyos. Ya con ellos, edificó algunos fuertes nuevos y fortificó mejor los antiguos. En poco tiempo su poder creció de tal manera como nadie que hubiera empezado con principios tan humildes habría conseguido. Los jefes de los partos enviados a las provincias vecinas lo respetaban, pues el honor que le otorgaban los babilonios les parecía poca cosa e inferior a sus méritos. Gozaba de plena potestad y crédito. Todos los asuntos de Mesopotamia en adelante dependían de él y su buena suerte no hizo sino aumentar durante quince años.

5. Cuando los hermanos estaban en pleno éxito, las cosas empezaron a andar mal para ellos por el siguiente motivo. Transformaron el valor, gracias al cual lograron tanto poder, y lo convirtieron en ignominia, alejándose de las costumbres patrias por amor a los placeres. Habiendo ido para administrar la región vecina a la de ellos un jefe de los partos, a quien acompañaba su esposa, que era elogiada por sus dotes, especialmente por su belleza, Anileo, el hermano de Asineo, ya sea que lo hubiese sabido por referencias o que la hubiera visto, se convirtió a la vez en su enamorado y



su enemigo, porque no podía obtenerla más que apoderándose de ella por la fuerza y porque su deseo era irresistible.

Declararon enemigo al marido, el cual murió durante las luchas, y su mujer fue hecha cautiva y se casó con su amador. Pero la entrada de la mujer a su casa acarree a Anileo, y también a Asíneo, grandes calamidades, por el siguiente motivo. Cuando falleció su primer marido, fue tomada cautiva, y llevó consigo, ocultos, los simulacros de sus dioses gentiles y los de su primer marido, pues es costumbre en aquella región guardar en las casas los dioses y llevárselos consigo cuando salen de viaje. Al principio los veneró a escondidas; pero, una vez convertida en esposa, se entregó al culto de los dioses según su antigua costumbre y con los mismos ritos que acostumbraba observar con el primer marido.

Los compañeros de mayor prestigio de los hermanos, al principio les hicieron algunos reproches, diciendo que era en contra de las costumbres y las leyes de los judíos tomar por esposa a una mujer extranjera que violaba el culto ordenado por la ley; que debían evitar que, por acceder a los placeres del cuerpo, perdieran el poder que habían obtenido gracias a la protección de Dios. No consiguieron nada. Pero aconteció que Anileo mató a uno de los que habían hablado más francamente. Mientras agonizaba por su fidelidad a la ley, rogó a Dios que hiciera pagar las penas del homicidio a Asíneo y Anileo, y que todos sus compañeros se vieran condenados a muerte, pues fueron autores del crimen, unos por no haberlo auxiliado y otros por no tomar la debida venganza. Todos sintieron intensamente lo ocurrido, pero lo sufrieron pacientemente, pues sabían que en general debían toda la felicidad presente al valor de los hermanos.

Pero cuando se informaron del culto que los partos tributaban a sus dioses, decidieron no tolerar por más tiempo la ofensa de Anileo contra la ley. Reunidos muchos de ellos con Asíneo, gritaron contra Anileo, diciendo que era ya hora, aunque antes se habían pasado por alto algunos hechos, de que se corrigiera y enmendara lo que se estaba haciendo, antes de que él y todos los demás se vieran obligados a llorar las consecuencias de la maldad. Sostuvieron que su matrimonio con una mujer extranjera era contrario a las costumbres y las leyes patrias y que condenaban el culto que aquella mujer llevaba a cabo como oprobioso para el Dios que ellos adoraban.

Asíneo sabía que el pecado de su hermano había sido la causa de grandes males y que todavía lo sería más en lo futuro; sin embargo, lo toleraba, vencido por los lazos de parentesco y perdonándole aquello en que debería manifestarse más enérgico por proceder de un deseo perverso.

En vista de que, día a día, eran más insistentes los pedidos y más vehemente la exigencia, al final decidió hablar con Anileo, reprochándole lo hecho, y ordenándole que en adelante procediera de otra forma y que enviara la mujer a la casa de sus padres. Pero no consiguió nada con esta amonestación. La mujer, advertida de que el pueblo se amotinaba por su causa, y temerosa de que algo más grave le aconteciera a Anileo por este motivo, eliminó a Asíneo, mezclando veneno en su comida. No tuvo

el menor miedo de lo que podría pasarle, pues su juez iba a ser aquel que la amaba perdidamente.

6. Anileo, ejerciendo solo el poder, llevó el ejército contra las poblaciones pertenecientes a Mitrídates, uno de los principales de los partos, que se había casado con la hija del rey Artabano, y las entregó al saqueo. Se apoderaron de grandes cantidades de dinero y de esclavos, de gran número de rebaños y otras cosas que hacían mucho más agradable la vida a aquellos que las poseían. Pero Mitrídates, que por casualidad se encontraba en aquella zona, informado del saqueo de los poblados, se indignó por la actitud de Anileo, que lo había atacado sin haber sido provocado. Viendo menospreciada su autoridad, reunió toda la caballería que pudo, la mayor parte de hombres en pleno vigor, y salió al encuentro de Anileo.

Al llegar a uno de sus pueblos, se detuvo y descansó, con la idea de atacar al día siguiente, que era sábado, día en el que los judíos se abstienen de todo trabajo. Anileo, informado de todo por un extranjero de raza siria, un vecino de otro pueblo que lo tenía al tanto de todo, y que le dijo dónde cenaría Mitrídates, hizo su comida a tiempo y viajé de noche, a fin de atacar a los partos, ignorantes de lo que acontecía.

Los atacó cerca de la cuarta vigilia, y mató a muchos que estaban durmiendo, mientras que otros lograron escapar. Se apoderó de Mitrídates vivo, lo llevó consigo, haciéndole cabalgar desnudo sobre un asno, lo cual entre los partos es considerado como una gran afrenta. Habiéndolo conducido a un bosque en esta forma insultante, los amigos le pidieron que lo matara; pero él se opuso y dijo que no había que matar a un hombre que, entre los partos, ocupaba por su nacimiento uno de los primeros lugares, y que por su alianza con la familia real se veía todavía en mayor dignidad. El modo como lo habían tratado era soportable, a pesar de lo mucho que lo habían ultrajado, pero como conservaría la vida, no se olvidaría de agradecer ese beneficio. Si, por el contrario, sufría lo irreparable, el rey no quedaría satisfecho hasta que no hiciera una gran matanza de judíos. Era mejor ahorrarles esta desgracia, pues eran sus hermanos de raza y, en caso de una derrota, no tendrían donde refugiarse, mientras que en la actualidad disponían de la mayor parte de su gente joven.

Habiendo pensado y expresado estas ideas, logró persuadirlos. Dejó libre a Mitrídates. Pero cuando éste regresó a su casa su mujer lo llenó de reproches, pues estaba informada de todo y sabía que él no quería, a pesar de haber sido menospreciado y vilipendiado, perseguir a aquellos que lo llenaron de injurias y contumelias, sino que se sentía satisfecho de haber quedado indemne, debiendo la vida a un judío de quien había sido cautivo.

—Y ahora —dijo— recupera tu valor, o juro por los dioses patrios que romperé el matrimonio.

Es así como Mitrídates, en parte por los reproches que escuchaba a diario y en parte por miedo al divorcio, reunió de nuevo, contra su deseo, un ejército, lo más numeroso posible, y se puso en campaña. Pensaba que la vida no le sería tolerable si él, un parto, era vencido en la guerra por un judío.

7. Por su parte Anileo, habiendo sabido que Mitrídates reunía un gran ejército para combatirlo, consideró indecoroso quedarse entre las lagunas y no hacerle frente; de modo que salió con sus tropas en la esperanza de que, como anteriormente, se impondría a los enemigos y que la audacia no les iba a faltar. Se le unieron muchos que no eran del ejército, con la confianza del saqueo y para infundir terror en el enemigo con su presencia. Avanzaron como unos noventa estadios por un lugar árido, y en horas del mediodía, cuando estaban fatigados por la sed, Mitrídates apareció y se lanzó sobre ellos. Tanto por la falta de agua como por la hora, no tenían fuerzas ni para levantar las armas. El resultado fue una vergonzosa derrota para los partidarios de Anileo, agotados y atacados por tropas frescas. Hubo una gran matanza y murieron muchos miles de hombres. Anileo y los que estaban con él se retiraron al bosque, dando lugar a que Mitrídates se alegrara por la victoria conseguida.

A Anileo se le unió nuevamente una gran multitud inexperta de criminales, a quienes poco les importaba la vida con tal de que sacaran de la misma algún provecho inmediato, y con ellos, logré reparar el número de los que habían muerto. Sin embargo, no podían compararse con ellos los caídos por ser rudos e inexpertos. No obstante, con su cooperación atacó a los poblados babilonios, causando su violencia grandes devastaciones.

Los babilonios y aquellos que hacían la guerra enviaron mensajeros a Naarda, a los judíos que allí vivían, exigiendo la entrega de Anileo. Como éstos se negaran a la demanda, la cual, por otra parte, aunque hubieran querido, tampoco habrían podido satisfacerla, los enviados los invitaron a la paz.

Contestaron los judíos que era también su anhelo hacer la paz. Enviaron a algunos de sus hombres con los babilonios, para que hablaran con Anileo. Los babilonios lo observaron bien todo y la índole del lugar, donde Anileo tenía su campamento. Los atacaron durante la noche, mientras estaban borrachos y entregados al descanso; y sin riesgos los mataron a todos, y entre ellos a Anileo.

8. Libres los babilonios del miedo a Anileo, pues era el obstáculo que se oponía para que desahogaran su odio contra los judíos, con quienes existían continuas disensiones a causa de la diversidad de las leyes, sucediendo que cuando una de las partes aumentaba en poderío, injuriaba a la otra, muertos, por lo tanto, los que se encontraban con Anileo, los babilonios atacaron a los judíos.

Irritados por las violencias de los babilonios, imposibilitados de luchar con ellos ni de vivir a su lado, emigraron a Seleucia, la principal ciudad de aquella región, edificada por Seleuco hijo de Nicátor, donde vivían muchos macedonios y griegos, además de una cantidad respetable de sirios. Se refugiaron allí, y durante cinco años estuvieron exentos de calamidades. En el año sexto, después de su primer desastre en Babilonia y la nueva instalación en Seleucia, les aconteció una desgracia mucho mayor, por el motivo que voy a exponer.

9. En Seleucia existían grandes disensiones entre los griegos y los sirios, siendo responsables los griegos. Cuando los judíos fueron a vivir allí, siguieron las

agitaciones, pero los sirios tuvieron ventaja en su favor gracias a los judíos, hombres que aman el peligro y que están dispuestos con ardor a combatir. Los griegos, en vista de que los asuntos les iban mal, se dieron cuenta que podrían recuperar su anterior prestigio, si lograban distanciar a los judíos y los sirios. Hablaron con aquellos sirios, con los cuales antes habían ya alternado, y les ofrecieron paz y amistad. Éstos los aceptaron de buena gana. Tuvieron varias conversaciones, interviniendo los principales de ambos lados, y llegaron a una reconciliación.

Una vez de acuerdo, decidieron darse mutuamente una gran prueba de amistad odiando en común a los judíos. Es así como cayendo de improviso sobre ellos mataron cincuenta mil. Peciaron todos, excepto los que pudieron escapar gracias a los amigos o vecinos. Los sobrevivientes se retiraron a Ctesifón, ciudad griega próxima a Seleucia, donde el rey pasa todos los años el invierno, y donde está situada la mayor parte de sus aprovisionamientos.

Con razón se instalaron en este lugar, pues los de Seleucia eran cuidadosos del prestigio del poder real. Todos los judíos de esta zona temían a los babilonios y los seleucos, pues los sirios del país estaban de acuerdo con los seleucos para combatir a los judíos. Estos últimos, en su mayor parte, se reunían en Naarda y Nisibis, y lograron la seguridad gracias a la fuerte situación de estos poblados y por vivir allí una gran cantidad de guerreros. Ésta era la situación de los judíos en Babilonia.

## LIBRO XIX

*Comprende un lapso de tres años y seis meses*<sup>[306]</sup>

# CAPÍTULO I

## *Cayo César es asesinado, víctima de la conspiración de Casio Cerea*

1. Cayo demostró su locura no solamente persiguiendo a los judíos de Jerusalén y las regiones vecinas, sino también desplegando su crueldad en todos los mares y tierras, a lo largo y a lo ancho del imperio romano, llenándolos de innumerables calamidades, sin igual en la historia. Fue principalmente en Roma donde sembró el terror con sus actos, pues no tuvo mayor respeto por ella que por las demás ciudades; despojó y maltrató a sus habitantes, especialmente a los senadores y patricios y a aquellos que eran ilustres por sus antepasados. En particular persiguió a los caballeros, los cuales por su dignidad y poder financiero eran considerados por los ciudadanos iguales a los senadores, pues era con ellos con quienes se formaba el senado. Cayo los degradó civilmente, los exiló, los condenó a muerte, les confiscó los bienes.

Decía ser de origen divino y exigía que se le tributaran honores superiores a los humanos. En las visitas al templo de Júpiter, denominado el Capitolio, el más célebre de sus templos, se atrevió a denominarse hermano de Júpiter. No se abstuvo de ningún acto de locura. Cuando tuvo que ir de Dicearquía, población de la Campania, a Misena, otra población marítima, y considerando penoso hacer la travesía en trirreme, y pensando por otro lado que le correspondía, como amo del mar, pedirle lo mismo que exigía a la tierra, reunió los dos promontorios que distan treinta estadios entre sí, cerrando enteramente el golfo, y se lanzó con el carro sobre el dique. Puesto que se consideraba dios, le convenía abrirse esta clase de caminos.

No dejó ningún templo griego sin despojar, apoderándose de todas las pinturas y esculturas que tuvieran y todo lo que habían conservado, como estatuas y objetos votivos. Decía que las cosas hermosas no tenían que colocarse sino en el lugar más hermoso, y éste era la ciudad de Roma. Con estos objetos adornó su palacio y sus jardines y otros lugares de diversión de que disponía en Italia. Es así como se atrevió a ordenar el traslado a Roma del Júpiter Olímpico venerado por los griegos, obra del ateniense Fidias. Pero no pudo llevarse a cabo porque los arquitectos informaron a Memio Régulo, a quien se le había encargado el traslado, que el simulacro se rompería si lo movían de su lugar. Se dice que por esto, como también por algunos otros prodigios increíbles. Memio dio largas al asunto. Escribió a Cayo, excusándose de no poder cumplir sus órdenes. Se encontró en grave peligro de perder la vida, pero se libró porque Cayo murió antes de matarlo.

2. La locura de Cayo llegó a extremos tales que, habiéndole nacido una hija, la llevó al Capitolio y la puso en las rodillas de la imagen, afirmando que era hija en común de él y de Júpiter; la niña tenía dos padres, sin que se pudiera determinar cuál de los dos era más grande. ¡Y le toleraban que hiciera esas cosas! También autorizó a los esclavos a acusar a sus amos, atribuyéndoles cualquier crimen. Para agradarle y

por sugestión suya interpretaban muchos hechos como crímenes. Pólux, esclavo de Claudio, se atrevió a acusarlo, y Cayo aceptó la acusación contra su mismo tío paterno, con la esperanza de que encontraría el medio de eliminarlo. Pero no lo logró.

En todo el imperio no había sino maldad. Otorgó potestad a los esclavos para armarse contra sus señores; por todos estos motivos frecuentemente se intrigaba contra él, a fin de vengar las injurias recibidas. Algunos concibieron el propósito de matarlo, antes de que les acontecieran mayores calamidades. Por último, para conservación de las leyes y la seguridad común felizmente recibió la muerte; resultó en beneficio especialmente de nuestra raza, que corría peligro de quedar totalmente exterminada. Quiero explicar con detalle todo lo referente a su muerte, especialmente porque acrecienta la creencia en el poder de Dios y será consuelo para aquellos que se encuentran en situaciones adversas, así como también amonestación para los que creen que su felicidad será perpetua, y no ha de terminar en calamidad, si no se conducen en la vida de acuerdo con los principios de la virtud.

3. Se planearon tres medios para eliminarlo, bajo la dirección y auspicios de tres hombres valerosos. Emilio Régulo, oriundo de Córdoba, en España, contaba con algunos conjurados, queriendo con su ayuda y cooperación eliminarlo; otros estaban complotados bajo la dirección del tribuno Casio Cerea; Anio Minuciano contribuyó no poco a la muerte del tirano. Las causas de su cólera contra Cayo, en lo referente a Régulo, era su naturaleza irascible y el odio a toda injusticia. Régulo poseía un carácter generoso y liberal, a pesar de que era incapaz de disimular sus resoluciones. Las comunicó a muchos, tanto amigos como a otros, pareciéndoles decididos y fuertes para llevar a cabo tal propósito. Minuciano en parte estaba con deseo de vengar a Lépido, muy amigo suyo y uno de los primeros ciudadanos a quien Cayo había asesinado, pero especialmente porque temía por sí mismo, pues Cayo se indignaba contra todos por igual hasta que los hacía morir. Cerea se sentía avergonzado diariamente por los reproches que Cayo le hacía de ser hombre negligente, y puesto que todos los días corría peligro precisamente a causa de su amistad y celo, daba por supuesto que la muerte de Cayo era un acto propio de un hombre libre.

Se dice que todos examinaron en conjunto sus planes, porque todos estaban igualmente amenazados por las violencias de Cayo, y querían eludirlas, eliminando a Cayo. En caso de obtener éxito, sería conveniente que tales hombres, para afirmar la seguridad del estado, asumieron el poder y, luego de la muerte de Cayo, administraran el gobierno. Pero Cerea se sentía más inclinado a ello por el deseo de obtener mayor fama, y también porque, como tribuno, le era mucho más fácil acercarse al emperador.

4. Por esta época se celebraban los juegos circenses, a los cuales los romanos son muy aficionados. Se reúnen apasionadamente en el circo; y, una vez congregados, dan a comprender al emperador cuáles son sus deseos; éste algunas veces accede a sus pedidos, cuando considera que no es conveniente oponerse. En aquella

oportunidad insistieron ante Cayo para que les rebajara los tributos, pues eran sumamente gravosos. Pero Cayo no accedió y como insistieran en sus clamores, ordenó que detuvieran a los que gritaban y sin vacilación dispuso que fueran inmediatamente ejecutados.

Sus órdenes se cumplieron; muchos murieron por este motivo. Esto se hizo delante del pueblo, que cesó enseguida en sus gritos, viendo que ante sus mismos ojos eran condenados a muerte los que pedían disminución de los impuestos.

Estos acontecimientos fueron una incitación mayor para Cerea, para terminar de una vez con tanta crueldad. Varias veces pensó atacarlo mientras comía; pero tuvo razones para no hacerlo, no porque dudara, sino porque quería aprovechar una oportunidad segura, para que no fuera un conato sin esperanza y pudiera llevar efectivamente a cabo lo propuesto.

5. Hacía mucho tiempo que servía en el ejército y estaba descontento de la conducta de Cayo. Éste le encargó la percepción de los impuestos, así como también de las deudas atrasadas que se debían al fisco del César. Se demoró en la percepción de estas cargas, porque habían sido duplicadas, y atendiendo más bien a su carácter que a las órdenes de Cayo, se compadecía de la situación de aquellos a quienes tenía que exigírselas. El César se indignó con él, acusándolo de molicie en la percepción de los impuestos. Lo insultaba de mil maneras; especialmente cuando le daba la palabra de orden el día en que estaba de servicio; escogía un nombre deshonroso y femenino. Lo humillaba de este modo, aunque él mismo participaba en la celebración de ciertos ritos que había instituido; se vestía con ropas femeninas y se colocaba en la cabeza trenzas de cabello para simular aspecto femenino. Sin embargo, se atrevía a injuriar a Cerea atribuyéndole estas prácticas. Cerea, cuando recibía la palabra de orden, se llenaba de cólera; pero se irritaba todavía más cuando la transmitía a los demás, pues sabía que entonces se convertía en motivo de risa; de modo que los demás tribunos se divertían a su costa, pues todas las veces que iba a pedir al emperador la palabra de orden, predecían que traería como de costumbre un motivo de regocijo. Estos hechos lo hicieron bastante audaz para unirse con los conjurados, pues no cedía ciegamente a la ira.

Había un senador, de nombre Pompedio, que había recorrido casi todos los honores; era epicúreo y, por lo tanto, no gustaba de los negocios públicos, sino de la vida tranquila. Fue acusado por Timidio, su enemigo, de haber pronunciado palabras insultantes contra Cayo; citó como testigo a Quintilia, mujer de teatro, que, a causa de su belleza, tenía muchos amantes, entre los cuales estaba también Pompedio. Ella consideró indigno acusar falsamente a su amante de algo que le costaría la vida; Timidio pidió que la hicieran torturar.

Cayo, exasperado, ordenó a Cerea que sin tardanza sometiera a la tortura a Quintilia, pues utilizaba por lo común a Cerea para las muertes y suplicios, con la idea de que lo realizaría con mucho más rigor para escapar al reproche de molicie.

Quintilia, llevada al tormento, pisó el pie a uno de sus cómplices para darle a



entender que debía animarse y no temer los tormentos que sufriría, pues ella sería valerosa. Cerea la atormentó cruelmente, no por su propia voluntad, sino obligado por la necesidad. Ella no cedió ni aun en medio de los más grandes tormentos; Cerea la llevó a presencia de Cayo, en un estado tan lastimoso que nadie podía mirarla sin compadecerse. Viendo como estaba, vejada por los tormentos, Cayo, algo conmovido, absolvió a ella y a Pompedio. Además entregó dinero a Quintilia, para compensarle los daños que había sufrido en el cuerpo y por el valor y ánimo con que sufrió los tormentos.

6. Todo esto afligía mucho a Cerea, como si él mismo fuera la causa de las calamidades que afectaban a los hombres, que eran tan grandes que el mismo Cayo se dignaba consolarlos. Dijo a Clemente y a Papinio, siendo Papinio también tribuno, y Clemente prefecto en el pretorio:

—A nosotros, oh Clemente, no nos ha faltado voluntad para llevar a cabo todo lo pertinente a la seguridad del emperador. Pues de los que conspiraron, algunos fueron sometidos a muerte por nosotros, otros atormentados a tal extremo que el mismo Cayo se compadeció de ellos. Además, ¿no hemos conducido valerosamente el ejército?

Clemente callaba, a pesar de que mostraba que le avergonzaba haber cumplido lo que le ordenaban, sin atreverse, sin embargo, a condenar la locura del emperador, porque pensaba en su propia seguridad; pero Cerea, que había tomado confianza, le habló más libre y audazmente, relatándole las calamidades a que estaba expuesto el imperio.

—Según lo que se dice, Cayo es considerado como su autor; pero si se mira la realidad, Clemente, yo y Papinio, y tú más que nosotros, somos los encargados de atormentar a los romanos y a todo el género humano, no cumpliendo las órdenes de Cayo, sino nuestra voluntad, pues depende de nosotros el que cesen tantas calamidades contra ciudadanos y súbditos. Como soldados lo obedecemos, convertidos en guardias y victimarios, llevando estas armas no en favor de la libertad y el poderío romanos, sino para la seguridad de aquel que redujo a servidumbre tanto sus almas como sus cuerpos. Nos manchamos todos los días con la sangre de aquellos que matamos o atormentamos, hasta que alguien preste el mismo servicio a Cayo con nosotros. Esto no contribuye a que nos mire con benevolencia, sino sospechosamente, por el gran número de muertos que ha habido. No apaciguará su ira, puesto que se indigna, no en defensa de lo justo y equitativo, sino para complacer su ánimo; y nosotros también seremos objetos de la misma indignación, siendo que deberíamos tener, en cambio, el deber de asegurar a todos la libertad y determinarnos a librarnos a nosotros mismos de estos peligros.

7. Clemente estaba abiertamente de acuerdo con lo que decía, lo aprobaba y elogiaba, pero le dijo que se callara, no fuera que sus palabras llegaran a oídos de muchos, y divulgándose aquello que debía guardarse en silencio, antes que se llevara a cabo, los condujera a ser condenados a muerte. Debían confiar en el porvenir y

tener esperanza, pues podía venir algún socorro inesperado. En cuanto a él, su edad avanzada le impedía un acto tan audaz.

—En cuanto a lo que tú, Cerca, has dicho, yo quizá podría aconsejarte algo más prudente, ¿pero quién podría sugerir nada que fuera más honorable?

Clemente se fue a su casa, mientras repasaba mentalmente lo que había dicho y oído, en medio de diversas dudas. Cerca, preocupado, se apresuró a ver a Cornelio Sabino, también tribuno, a quien apreciaba como varón egregio amante de la libertad y, por este motivo, contrario al presente estado de cosas y que quería de una vez terminarlas. Consideró oportuno proponérselas, con miedo de que Clemente los traicionara, teniendo en cuenta además el tiempo que habían perdido en dudas y vacilaciones.

8. Sabino aceptó la sugestión de buena gana, pues ya previamente estaba decidido a ello, pero se había callado hasta ahora, pues no había encontrado a nadie con quien compartir sin riesgo su idea. Habiéndose, pues, topado con un hombre no sólo dispuesto a callar lo que oyera, sino a revelar su propio pensamiento, se sintió mucho más animado; por esto, pidió a Cerea que llevara a cabo su propuesta sin demora. Es así como se dirigieron a Minuciano, animado del mismo deseo y similar a ellos por su decisión y que había caído en sospechas ante Cayo, después de la muerte de Lépido. Una profunda amistad había unido a Minuciano y Lépido por los peligros que habían corrido juntos. Porque Cayo era temible y no dejaba de ensañarse en cada uno de ellos según su capricho. Sabían que ambos estaban descontentos de tal situación, a pesar de que el miedo del peligro impedía que abiertamente revelaran su pensamiento y su odio contra Cayo. Sin embargo, adivinaban que los dos lo detestaban y esto contribuía a que sintieran un recíproco afecto.

9. Se encontraron, pues, con Minuciano, a quien saludaron con demostraciones de aprecio, pues ya en encuentros precedentes habían adoptado la costumbre de rendirle homenaje, tanto por la superioridad de su rango, pues era el más noble de todos los ciudadanos, como por los elogios que merecían sus cualidades, especialmente su elocuencia. Minuciano, hablando el primero, preguntó a Cerca qué palabra de orden había recibido. Toda la ciudad sabía el insulto que se hacía a Cerea en la transmisión de la palabra de orden. Cerea, indiferente a las expresiones de burla, agradeció a Minuciano el hecho de testimoniarle suficiente confianza como para hablar con él.

—Tú me diste la palabra de orden: libertad. Te agradezco que me excitaras más allá de lo que suele ser mi costumbre. No necesito muchas palabras para elevar y reforzar el ánimo, si es que son de tu gusto las cosas que son del mío y si somos de la misma opinión. Ciño una sola espada, pero basta para los dos. Emprendamos la acción; me pongo bajo tu dirección y mando, si es que te place. O me adelantaré confiado en tu ayuda, esperanzado en tu auxilio. No necesitan del hierro aquellos que poseen un ánimo valeroso que hace eficaz al mismo hierro. Me basto para emprender esta tarea, sin el menor miedo por lo que pueda acontecerme. No tengo tiempo para pensar en los peligros, cuando lamento la situación de la patria, que ha descendido

desde la mayor libertad a la servidumbre, estando sin fuerza y autoridad las leyes y todos amenazados por Cayo. Ojalá merezca fe en lo que te digo, puesto que soy de la misma opinión que tú en este particular.

10. Minuciano, conmovido por la vehemencia de sus palabras, lo abrazó, y elogiándolo y estimulándolo le infundió nuevos ánimos y lo despidió con los mayores deseos. Dicen algunos que Minuciano fue todavía más expresivo.

Cuando Cerea entraba en el senado, cuentan que surgió una voz de la multitud instándolo a hacer lo que debía hacer con la ayuda de Dios. Al principio sospeché que, traicionado por alguno de los conjurados, sería detenido; pero finalmente comprendió que eran expresiones de alguien que lo exhortaba; ya fuera que, por instigación de sus cómplices, alguien le diera una señal, o era Dios mismo que contempla las acciones de los mortales y lo inducía a que obrara con ánimo decidido.

Eran muchos los que conocían la conjuración, y todos se encontraban armados, tanto senadores, caballeros o soldados. No había nadie que dejara de considerar venturosa la muerte de Cayo; y así todos, del modo que podían, colaboraban fervorosamente y no querían ser menos que los otros; con suma decisión y por odio contra el tirano se preparaban al hecho, de palabra y con la acción.

Entre los conjurados se encontraba Calisto, liberto de Cayo, que había llegado a la cima del poder, igual al del tirano, gracias al miedo que inspiraba a todos y a la gran fortuna que había acumulado. Se apoderaba de todo lo que podía y era insolente con todos, usando su poder con injusticia. Sabía que Cayo era implacable y tan terco que nunca desistía de lo que había decidido; por esto y muchas otras cosas se sentía en peligro, especialmente por su gran fortuna. Por eso servía a Claudio, habiéndose pasado secretamente a su lado, pensando que éste obtendría el imperio si Cayo desaparecía y que él encontraría, en un poder similar al que ocupaba, un pretexto para obtener favores y honores, si tomaba la precaución de conquistar la gratitud de Claudio y la reputación de que le había sido fiel. Incluso había llegado su audacia a decir que había recibido del emperador la orden de envenenar a Claudio, y había diferido su ejecución con mil pretextos. Pero creo que Calisto debe de haber fraguado este cuento para congraciarse con Claudio, pues en el caso de que Cayo hubiese realmente decidido librarse de Claudio, no habría tolerado las tretas de Calisto; y si este último hubiera recibido orden de eliminarlo, no habría podido diferir su incumplimiento sin recibir inmediatamente su castigo.

Debe sólo atribuirse al poder divino la protección de Claudio contra el furor de Cayo; y Calisto simulaba un hecho que no era tal como lo presentaba.

11. Los propósitos de Cerea se fueron postergando de día en día, pues muchos de los conjurados dudaban. El mismo de mala gana difería su realización, por considerar que cualquier oportunidad era buena para llevar a cabo lo decidido. Se le presentaba frecuentemente tal oportunidad, cuando Cayo ascendía al Capitolio para ofrecer víctimas por la salud de su hija. O también, cuando estaba en la parte elevada de la basílica y tiraba oro y plata al pueblo, podía ser precipitado desde este lugar; o en la

celebración de aquellas ceremonias que él mismo había establecido, y cuando no desconfiaba de nadie, pues atendía a que todo se llevara a cabo debidamente y con el decoro conveniente.

Aun sin contar con ninguna señal de los dioses, Cerea podía hacer morir a Cayo; y habría tenido coraje para suprimirlo hasta sin armas. Cerea se indignaba contra los conjurados, temiendo que pasara la oportunidad. Los otros sabían que tenían razón y que los urgía en su propio interés; pero pedían que se demorara, no fuera que si no salía bien, toda la ciudad quedara conturbada, que se persiguiera a los cómplices y que luego fuera inútil todo su valor porque Cayo tomaría mayores precauciones contra ellos. Lo más seguro sería llevarlo a cabo cuando se celebraran los espectáculos en el palacio. Se cumplían en honor del César que había sido el primero en atribuirse el poder del pueblo. Se elevaba a poca distancia delante del palacio una tribuna desde la cual los patricios, sus mujeres y sus hijos y aun el mismo emperador contemplaban el espectáculo. Les sería fácil, en una oportunidad en que tantos miles de personas quedaban encerradas en un espacio estrecho, atacarlo en el momento de entrar, cuando ni sus guardias podrían auxiliarlo, ni aun cuando quisieran.

12. Cerea tuvo que aguardar. Cuando llegaron las fiestas, resolvióse ejecutar el plan el primer día; pero el destino, que había dispuesto las demoras, pudo más que la decisión tomada por los conjurados. Habiendo dejado pasar los tres primeros días consagrados, sólo en el último se pasó a la acción. Cerea, habiendo convocado a los conjurados, les dijo:

—Hemos dejado pasar mucho tiempo sin que por nuestra indolencia nos decidamos a realizar lo determinado. Sería espantoso, si quedara en la nada a causa de alguna denuncia, y Cayo, exacerbado, sería entonces más cruel. ¿No vemos, por ventura, que privamos de tantos días a la libertad cuantos otorgamos a la tiranía, cuando debemos asegurarnos para lo futuro, otorgar la felicidad a los demás y obtener para siempre admiración y honor?

Como nadie podía negar que sus palabras eran nobles, y tampoco aceptar públicamente la empresa, todos guardaron un profundo silencio:

—¿A qué viene, varones valerosos —siguió diciendo—, que dudemos y nos alejemos de la acción? ¿No os dais cuenta que éste es el último día de los espectáculos y que luego Cayo se embarcará?

Cayo se disponía a partir hacia Alejandría, a fin de visitar a Egipto.

—¿Puede parecernos honesto dejar escapar a un hombre tan odiado que irá por mar y tierra a exhibir su ostentación? ¿No nos abrumará la vergüenza si dejáramos que lo matara un egipcio o algún otro que considere que son intolerables sus locuras para los hombres libres? Yo no aceptaré más demoras, y hoy mismo iré a enfrentar el peligro y sufrir con ánimo alegre las consecuencias. No hay motivo ninguno para demoras. En verdad, ¿qué cosa más mísera puede acontecer a un ánimo fuerte y generoso que otro mate a Cayo, mientras yo viva y me prive a mí de la alabanza de esta acción?

13. Diciendo estas palabras se excitó y animó a los restantes, y todos decidieron poner manos a la obra sin dilación ninguna. A primera hora de la mañana se encontraba en palacio, ceñido con la espada de los caballeros. Era costumbre de los tribunos pedir el santo y seña al emperador con la espada ceñida y precisamente aquel día le tocaba a él esa tarea. Ya la multitud se dirigía al palacio tumultuosamente, empujándose unos a otros, pues cada cual se esforzaba en ocupar el mejor lugar. Cayo contemplaba voluptuosamente el espectáculo. No había sitios especiales señalados para los senadores o los caballeros, todos se sentaban mezclados, los hombres con las mujeres, los esclavos con los hombres libres.

Se le abrió camino a Cayo entre los guardias; ofreció sacrificios a Augusto, en cuyo honor se celebraban los espectáculos. Al caer una de las víctimas aconteció que la sangre manchó la toga de un senador de nombre Asprenas. Cayo lo tomó a risa, pero resultó un mal augurio para Asprenas; pues fue muerto junto con Cayo.

Se dice que aquel día, en contra de su costumbre, Cayo estuvo muy amable, hablando afablemente y causando la admiración de todos. Una vez ofrecido el sacrificio, se dirigió a su lugar en el teatro, rodeado de los amigos principales. El teatro, cuya disposición cambiaba todos los años, estaba construido de la siguiente manera. Tenía dos puertas, abierta una sobre el espacio libre, y la otra sobre un pórtico, a fin de que las entradas y salidas no molestaran a aquellos que se encontraban en el interior y para que los músicos y actores pudieran salir del mismo. La multitud estaba sentada, y Cerea con los restantes tribunos se instalaron a poca distancia de Cayo; éste se encontraba en el lado derecho del teatro.

Un tal Vatinio, senador, antiguo pretor, preguntó a Cluvio, personaje consular, sentado a su lado, si había oído hablar de la revolución; pero procuró que sus palabras no fueran comprendidas. Cluvio respondió que nada sabía.

—Hoy, Cluvio, se representará la escena del tiranicidio.

—Noble amigo —repuso Cluvio—, cállate, no sea que algún otro aqueo escuche tus palabras<sup>[307]</sup>.

Se arrojó a los espectadores gran cantidad de frutas y de aves cuya rareza contribuía a hacerlas deseables. Cayo se regocijaba al ver a los espectadores luchando entre sí para apoderarse de ellas. Acontecieron a la par dos sucesos que fueron interpretados como presagios. Se representaba una parodia durante la cual se crucificaba a un capitán de ladrones. Por otro lado representaban el drama de Ciniras en el cual este rey se suicida, así como también su hija Mirra. De modo que había gran cantidad de sangre artificial esparcida tanto alrededor del crucificado como de Ciniras. Se sabe también que fue el mismo día en el que Pausanias, amigo de Filipo hijo de Aminita, rey de Macedonia, mató a éste cuando penetraba en el teatro.

Mientras Cayo dudaba si permanecería hasta el final del espectáculo, por ser el último día, o si iría a bañarse y comer y regresaría, como acostumbraba, Minuciano, sentado más arriba de Cayo, temeroso de que también en esta oportunidad se dejara de cumplir lo decidido, se levantó, cuando vio salir a Cerea, para ir a alentarle. Cayo,

tomándolo por la toga, le dijo amigablemente:

—¿A dónde te diriges, buen hombre?

Volvió a sentarse, aparentemente por respeto al César, pero sobre todo por el miedo que lo dominaba. Sin embargo, poco después se levantó de nuevo, sin que Cayo le impidiera esta vez la salida, creyendo que se trataba de satisfacer una necesidad. Asprenas, que también formaba parte del complot, invitó a Cayo a salir, como acostumbraba, para lavarse y comer y regresar después, pues quería que se cumpliera lo que habían decidido.

14. Cerea y sus compañeros se habían ubicado en sus correspondientes lugares, donde debían permanecer para secundar la acción de sus amigos. Aguantaban impacientes la demora, pues era casi la novena hora del día. Cerea tenía el propósito, al ver que Cayo tardaba, de ir a atacarlo en su sitio. Pero comprendió que no podría llevarlo a cabo sin la muerte de muchos caballeros y senadores. A pesar de ello, estaba decidido a hacerlo, si con esas muertes se conseguían la libertad y la seguridad de todos.

Ya estaba por dirigirse hacia la entrada del teatro, cuando un pequeño tumulto indicó que Cayo se había levantado. Los conjurados dispersaron a la multitud, con el pretexto de que a Cayo le disgustaba su presencia, pero en realidad para su propia seguridad, y para privar a Cayo de protección antes de matarlo. Lo precedían su tío Claudio, Marco Vinicio, el esposo de su hermana, así como también Valerio Asiático, a los cuales, aunque lo hubieran querido, no era posible cerrarles el paso, a causa de su dignidad. Venía después Cayo con Paulo Arruntio.

Cuando estuvo dentro del palacio se apartó del camino directo, donde se encontraban los criados que debían servirle, y por donde lo habían precedido Claudio y los demás. Siguió por un corredor desierto y oscuro para ir a los baños, así como también para ver unos esclavos llegados de Asia, enviados unos para cantar en los misterios que se celebraban, y otros para ejecutar danzas pírricas en el teatro.

Cerea le salió al encuentro y le pidió el santo y seña. Le dio como consigna algo oprobioso y ridículo. Entonces Cerea lo insultó y, sacando su espada, le infirió una herida grave, aunque no mortal.

Algunos dicen que Cerea lo hizo a propósito para no matarlo de golpe y atormentarlo con golpes repetidos. Sin embargo, no parece creíble esta opinión, pues el temor que acompaña esta clase de hechos no permite tales razonamientos. Si ésta hubiera sido la intención de Cerea, yo lo consideraría como el más estúpido de los hombres, por querer hacer concesiones a su cólera en lugar de ponerse a salvo él y los demás conjurados. Especialmente cuando había diversas maneras para ayudar a Cayo, si no lo hicieran expirar inmediatamente. Cerea habría logrado, más que castigar a Cayo, perjudicarse él mismo y los demás conjurados, y pudiendo realizar la acción y huir sin exponerse a la ira de los que vengarían al emperador, habría conseguido, sin conocer el resultado, perderse a sí mismo y desbaratar una ocasión favorable. Pero que cada uno juzgue a su arbitrio en este asunto.

Atormentado por el dolor de la herida, pues la espada le había penetrado entre el brazo y el cuello y fue detenida por la clavícula, Cayo no dio ningún grito ni llamó a ninguno de sus amigos, ya sea porque no se fiara de nadie o por no haber pensado en ello. Gimiendo por el excesivo dolor, escapó hacia adelante para huir. Cornelio Sabino lo encontró, cuando creía que ya estaba muerto, y lo hizo caer de rodillas. Rodeado por muchos, excitados por el mismo propósito, todos lo hirieron con sus espadas, animándose mutuamente a volver a herir una y otra vez.

Se cree que fue Aquila quien le dio el golpe final, que terminó con su vida. Sin embargo, es a Cerea a quien hay que adjudicarle el hecho. Muchos participaron de la conjura, pero él fue el primero en imaginarla y, con prioridad a los demás, decidió cómo debía realizarse; y fue el primero en comunicar su intención a los otros. Cuando los demás estuvieron de acuerdo en su propuesta para matar a Cayo, reunió a los confabulados y dispuso todo con gran sagacidad. Cuando llegó el momento de demostrar decisión y acción, como había sido el primero en incitar a los otros con la palabra para llevar a cabo algo sumamente difícil, así también fue el primero en lanzarse a iniciar la muerte de Cayo, a quien entregó en manos de los demás, medio muerto, para que fácilmente lo ultimaran. De tal modo que lo que hicieron los demás, se debe atribuir a los consejos, al coraje y a la fortaleza de Cerea.

15. Cayo yacía sin vida, lleno de heridas. Cerea y sus compañeros, después de matar al César, se dieron cuenta que no podrían volver sin peligro por el mismo camino. Estaban asustados de su acto, pues se veían amenazados por haber dado muerte a un emperador reverenciado y querido por un populacho insensato. Muy pronto los soldados irían a buscarlos, para derramar su sangre. Además, el pasaje donde acababan de realizar su acto era estrecho, obstruido por el gran número de servidores y de soldados que en este día estaban de guardia junto al emperador.

Tomando otro camino se retiraron a la casa de Germánico, padre del Cayo que acababan de matar. Esta casa estaba junto al palacio, con el cual formaba una unidad, aunque los edificios construidos por cada uno de los emperadores tuvieran un nombre particular, según quien los hubiera hecho construir o los que hubieran sido los primeros en habitar parte del mismo. Habiendo escapado a las turbas, por el momento se sentían seguros, mientras se desconociera lo que había acontecido al César.

Los primeros en informarse de la muerte de Cayo fueron los germanos; eran sus guardias, llamados así por el pueblo donde eran enrolados y donde se reclutaba la legión celta. Entre ellos la cólera es una característica nacional, común con otros bárbaros que usan poco la razón. Confían más en su fuerza y ferocidad, y son los primeros en atacar, de modo que donde ellos acometen son de mucho valor para la victoria. Éstos, cuando se informaron de la muerte de Cayo, lo sintieron intensamente, no por consideración a sus méritos, sino mirando a su propia comodidad, pues Cayo los había conquistado mediante muchos beneficios. Con las espadas desenvainadas buscaron a los matadores del César, y penetraron en las casas, dirigidos por Sabino, su tribuno, no por sus propios méritos o los de sus antepasados,

pues había sido gladiador, sino elevado a ese cargo por su vigor corporal.

Recorriendo el palacio al primero que encontraron fue a Asprenas, cuya toga estaba manchada con la sangre de los sacrificios; lo mataron, cumpliéndose el presagio de que hablé anteriormente. El próximo fue Norbano, uno de los ciudadanos más nobles, quien contaba con más de un general victorioso entre sus antepasados; no respetaron su dignidad. Era hombre de mucho vigor y se trabó en lucha con el primero que lo atacó; le quitó la espada y, poco dispuesto a morir sin vengarse, atravesó a muchos que lo atacaban, hasta que al final murió acribillado de heridas. El tercero fue Antejo, un senador. Se encontró con los germanos, no por casualidad como los anteriores, sino por curiosidad, pues quiso contemplar a Cayo tendido en tierra y satisfacer así el odio que le tenía. El padre de Antejo, que llevaba el mismo nombre, había sido desterrado por Cayo el cual, no satisfecho con eso, envió soldados para que lo mataran. Éste era el motivo de que el hijo se alegrara por la muerte de Cayo, manifestándose la alegría en sus ojos, al contemplarlo postrado. Estando la casa agitada, no logró escapar a los germanos que todo lo inspeccionaban y se enfurecían al extremo de matar a los que se encontraban, fueran o no culpables. Es así como estos hombres fallecieron.

16. Cuando llegó al teatro el rumor de que habían matado a Cayo, la gente quedó primeramente estupefacta, sin dar crédito a lo que se le decía. Algunos, aunque se sintieron contentos por su muerte, y hubieran dado mucho para que ello fuera cierto, se mostraron incrédulos por temor. Otros no lo creyeron porque no querían que le hubiese pasado esa desgracia a Cayo, y no querían aceptar la verdad, juzgando imposible que un hombre tuviera bastante valor para llevar a cabo un acto de esa índole. Eran mujeres, gente joven, los esclavos y algunos de los soldados. Éstos, en efecto, recibían sueldo de Cayo y lo ayudaban a ejercer la tiranía; sirviendo sus caprichos y torturando a los más poderosos ciudadanos, obtenían a la vez honores y riquezas. En cuanto a las mujeres y los jóvenes estaban seducidos, como es habitual entre el vulgo, por los espectáculos, los combates de los gladiadores y la distribución de ciertos víveres; tales hechos, se decía, se realizaban en interés del pueblo romano, pero en realidad para satisfacer la locura y la crueldad de Cayo; y los esclavos, finalmente, por el permiso que se les otorgó de acusar y menospreciar a sus señores, pues así les era posible buscar la protección de Cayo, si aquéllos los injuriaban; de buena gana les creían las mentiras contra sus señores y, al denunciar su fortuna, se aseguraban no sólo la libertad, sino también la riqueza, gracias a la recompensa que les daban a los acusadores, que se elevaba a la octava parte de sus bienes.

En cuanto a los patricios, aunque el rumor les pareció verosímil, quizá porque conocían el complot, o porque lo deseaban y anhelaban vehementemente, no solamente ocultaron el gozo que les proporcionó la noticia, sino que se guardaron su opinión sobre el hecho. Algunos temían que una esperanza falsa les trajera un castigo, si se apresuraban a descubrir su pensamiento; otros, los que estaban al corriente por haber participado en la conjuración, se ocultaban más aún, recelándose mutuamente,



y temiendo hablar con gente que pudiera denunciarlos al tirano, si vivía aún.

Se esparció otro rumor: que Cayo no había muerto; había sido herido y estaba siendo atendido por los médicos. Nadie se fiaba de nadie, para expresar lo que realmente sentía: si era amigo de Cayo, se haría sospechoso de haber favorecido la tiranía; si lo odiaba, su malevolencia anterior no conferiría confianza a sus palabras. También corrió otro rumor, que privó a los patricios de toda esperanza de alegrarse; que Cayo, sobreponiéndose al peligro y sin tener en cuenta sus heridas, había huido al foro, manchado de sangre como estaba, y que allí estaba hablando al pueblo. Todo esto había sido imaginado por los que deseaban que se produjera una agitación. Los oyentes se inclinaban por el lado donde los llevaba su afecto. Sin embargo, no abandonaban sus asientos, por miedo de que se les acusara de algo si se les viera salir los primeros. Pues no se los juzgaría según la disposición de cada uno al salir, sino según lo que imaginaran acusadores y jueces.

17. Una caterva de germanos, con las espadas desenvainadas, rodeó el teatro; los espectadores empezaron a temer por su propia vida. Cualquiera que llegara los aterrorizaba, como si los fueran a matar. No sabían qué hacer; no se atrevían a salir, pero tampoco se creían seguros permaneciendo en el teatro. Finalmente, cuando los germanos se precipitaron dentro del teatro, se elevó un gran clamor; todos comenzaron a suplicar a los soldados, afirmando que todo lo ignoraban, tanto la sedición, si había alguna, como los acontecimientos que se habían producido. Tenían que perdonarlos, y no hacerles pagar a ellos, exentos de toda culpa, la audacia de los culpables, sino buscar a los responsables del crimen, cualquiera que hubiera sido. Decían estas cosas y otras similares con gran aflicción y llanto; imploraban para eludir el peligro inminente, como si cada uno de ellos estuviera en el extremo de perder la vida.

Con tales ruegos se apaciguó la ira de los soldados y desistieron de lo que en su ánimo habían imaginado contra los espectadores. Les pareció una crueldad, a pesar de su exasperación y de haber colocado en el altar la cabeza de Asprenas y otras víctimas. Al contemplarlas, fue todavía más intensa la conmoción de los espectadores, que pensaran en la dignidad de aquellos hombres y la suerte mísera que les había tocado; poco faltó para que olvidaran sus propios peligros, conmovidos por aquel espectáculo, ignorantes de cuál sería el fin de todo ello, en el supuesto caso de que escaparan al peligro.

Los que odiaban a Cayo, se vieron privados de la consiguiente alegría derivada de su muerte, pues estaban en trance de perder la vida, y les parecía que no quedaba esperanza ninguna de conservarla.

18. Había un cierto Evaristo Arruntio, pregonero de ventas, dotado de una fuerte y poderosa voz, el cual había adquirido una riqueza tal que igualaba a la de los más opulentos. Hacía en Roma lo que más le placía, tanto en aquel momento como después. Se dispuso a dar las mayores muestras de aflicción, a pesar de que Cayo era el más menospreciado de todos los hombres; pero, en el momento actual, convenía

adecuarse a lo que aconsejaban el temor y la astucia a fin de asegurarse la seguridad. Asumiendo un aspecto lúgubre, se adelantó al teatro y anunció la muerte de Cayo, pues no podía tolerar que el pueblo estuviera por más tiempo en la ignorancia de lo que había acontecido. Luego, en compañía de los tribunos, recorrió el teatro interpelando a los germanos, ordenándoles que depusieran las armas y anunciándoles la muerte de Cayo.

Con esto se salvaron los que estaban en el teatro y todos los que en alguna forma estaban cerca de los germanos. Pues mientras hubiera alguna esperanza de que Cayo viviera, no se abstendrían de ningún crimen. Le eran tan adictos, que estarían contentos de perder la vida, con tal que pudieran librarlo de los peligros. Cuando tuvieron la certeza de su muerte, se enfrió el fervor con que querían vengarlo, tanto porque de nada les iba a servir manifestar su presteza en servirlo, pues estaba muerto el que debía gratificarla, como por temor de que el senado los acusara de los abusos cometidos, en caso de que asumiera la administración del poder; o hiciera lo mismo el emperador que sucedería a Cayo. Es así como los germanos cesaron en su cólera, aunque de mala gana, a causa de la muerte de Cayo.

19. Inquieto por la suerte de Minuciano, temeroso de que hubiese perecido por el furor de los germanos, Cerea pidió a los soldados, uno por uno, que cuidaran de su seguridad, y él, por su propia cuenta, hizo averiguaciones para saber si había perecido. Clemente, cuando le llevaron a Minuciano, lo dejó libre, pues con muchos otros senadores reconocía la justicia del acto y la virtud de aquellos que lo habían concebido y no tuvieron miedo de ponerlo en ejecución. Dijo que los tiranos disfrutaban poco tiempo de su gozo de hacer el mal, y nunca tienen un fin feliz puesto que las personas virtuosas los odian; terminan por sufrir un fin similar al de Cayo. El mismo Cayo, antes de que se realizara la conspiración, había conspirado contra sí mismo. Por las injusticias que lo hacían intolerable y por su menosprecio de las leyes, indujo a sus más íntimos a que se convirtieran en sus enemigos. Si en el momento presente ellos asesinaron a Cayo, en realidad fue él mismo quien se causó la muerte.

20. Entonces los espectadores pudieron salir del teatro, haciéndolo con la mayor rapidez y tumultuosamente. El que permitió que pudieran evadirse fue el médico Alción. Sorprendido en el momento en que estaba curando a algunos heridos, envió a los que lo rodeaban con el pretexto de buscar lo necesario para las curaciones; pero en realidad para que escaparan de los peligros que los amenazaban. Durante este tiempo se reunió el senado, así como el pueblo que se congregó en el foro, donde se acostumbra a realizar los comicios, con el objeto de buscar a los matadores del César. El pueblo los buscaba arduamente, el senado para salvar las apariencias.

Estaba presente Valerio el asiático, personaje consular. Éste se adelantó en medio de los que tumultuosamente preguntaban con indignación quiénes eran los matadores del César.

—Ojalá hubiese sido yo —exclamó.

Los cónsules promulgaron un decreto de acusación contra Cayo. Ordenaron al

pueblo presente y a los soldados que se retiraran. Al pueblo le prometieron una rebaja en los impuestos, y a los soldados grandes premios, si conservaban el orden habitual sin dejarse llevar por la violencia. Tenían miedo de que, en su exasperación, la ciudad quedara expuesta a una catástrofe si se entregaban al robo y al despojo de los templos. Ya se había reunido un gran número de senadores, especialmente aquellos que habían complotado en la muerte de César, enardecidos y audaces, puesto que el poder ahora quedaba en sus manos.

## CAPÍTULO II

*Los soldados obligan a Claudio, tío de Cayo, a asumir el poder. Lucha entre el senado, el pueblo, Claudio y sus soldados*

1. Tal era la situación, cuando súbitamente Claudio fue arrebatado de su casa. Los soldados se habían reunido y discurrían sobre lo que debían hacer; decidieron que no convenía que el pueblo se considerara suficiente para hacer frente a tantos problemas y además no podían permitir que el gobierno quedara entre ellos. Por otra parte, si alguno de los conjurados fuera nombrado emperador, ellos sufrirían una gran desgracia, por no haberle ofrecido su ayuda. Pensaron que lo mejor, puesto que todavía no se había decidido nada, sería nombrar a Claudio, tío del difunto y que merecía ser preferido por su dignidad a cualquiera de los que se encontraban en el senado, tanto por la nobleza de su nacimiento como por los estudios realizados. Éste, una vez nombrado emperador, los llenaría de honores y regalos.

Así que lo decidieron, lo pusieron en ejecución. Claudio fue arrebatado por los soldados. Pero Cn. Sentio Saturnino, a pesar de estar informado de lo relativo a Claudio, que simulaba aceptar el trono imperial contra su voluntad, aunque de hecho estaba de acuerdo, se levantó en el senado y, sin miedo ninguno, pronunció el discurso que convenía a hombres libres y generosos:

2. —Aunque parezca increíble, oh romanos, después de largo tiempo, y cuando no lo esperábamos, se nos ofrece la libertad; ignoro, sin embargo, cuánto tiempo ha de durar, pues queda en poder de los dioses que nos la ha acordado. Es suficiente, sin embargo, para que nos regocijemos y, aunque la perdamos enseguida, habrá contribuido a nuestra felicidad. Pues basta una hora para los hombres buenos y honestos, si se vive con voluntad libre en una patria libre, gobernada con las leyes de que hemos gozado anteriormente. Nada diré sobre la libertad de los tiempos pasados, por haberse perdido antes de que yo naciera; pero disfruto de la presente con ansia insaciable y consideraré muy felices a aquellos que han nacido y son educados en las actuales circunstancias. Después de los dioses hay que agradecer a aquellos que han convertido en realidad lo que estamos disfrutando en el momento actual. Ojalá permanezca segura e incólume para siempre; pero este día será suficiente para nosotros, jóvenes o ancianos. Los ancianos reciben una eternidad, si mueren aprovechando los bienes que nos otorga este día. En cuanto a los jóvenes, es un aprendizaje de la virtud que ha sido el bien de aquellos de quienes descendemos. Por lo tanto, en el momento actual, lo primero y más noble debe ser vivir de acuerdo con la virtud, que es la única que engendra y conserva la libertad para los hombres. He sabido lo que se hizo antiguamente y experimentado suficientemente lo que ha acontecido en mi tiempo, el gran número de males que ocasiona la tiranía, oponiéndose a toda virtud, privando de la libertad a los magnánimos, induciendo a los

hombres a la adulación y al miedo, pues no gobierna de acuerdo con la prudencia de las leyes, sino según su arbitrio. Desde el momento en que Julio César se propuso privar al pueblo del poder, sin tener en cuenta las leyes, perturbó la república; considerándose superior al derecho, deseando servir a sus apetencias, no hubo mal ninguno de que se viera libre la ciudad, emulándolo todos los que lo sucedieron en privar a la ciudad de los hombres fuertes y generosos. Creían que atendían a su seguridad, si se servían de hombres malévolos y perniciosos y, en cuanto a los que se distinguían por su virtud, no sólo les deprimían el espíritu, sino que generalmente los enviaban al destierro. Aunque todos exhibieron una dureza insoportable en su gobierno, sin embargo Cayo, ahora difunto, cometió crímenes mayores que todos los otros, no sólo contra sus ciudadanos, sino también por igual contra los parientes y amigos, dando lugar a una indignación indomable, sembrando males entre todos indistintamente e imponiendo penas injustas, llevado por una cruel ira contra los dioses y contra los hombres. Pues las tiranías no se contentan con buscar su placer, aunque vaya unido con la injuria, ni con ultrajar a las esposas y apoderarse de las fortunas, sino que se proponen conturbar a las familias de sus enemigos. Para los tiranos todos los libres son enemigos; están en la imposibilidad de conquistarse su benevolencia, incluso la de aquellos que los sufren pacientemente. Efectivamente, los tiranos conocen bien las calamidades que han infligido a ciertas personas; y aunque éstas desprecien magnánimamente lo que se ha hecho con ellas, los mismos tiranos no pueden ocultarse lo que han hecho. Por eso piensan que sólo tendrán seguridad con relación a los sospechosos, si logran eliminarlos. Libres de estos males y sometidos solamente los unos a los otros, cada cual debe pensar lo que más toca al bien común, la clase de gobierno más conveniente para el estado y para la concordia general y la seguridad futura y adecuada a la gloria de una ciudad bien constituida; o dar vuestra opinión, si alguna propuesta presente no es de vuestro agrado. Esto lo podéis hacer sin peligro alguno, pues no hay señor ninguno por encima de vosotros que pueda dañaros impunemente y eliminar a aquel que no fuera de su misma opinión. Nada ha nutrido mejor la tiranía que la negligencia y la ausencia de toda oposición. Pues disminuidos por las seducciones de la paz y habiendo aprendido a vivir como esclavos, todos nos damos cuenta que sufrimos males insoportables y contemplamos calamidades a nuestro alrededor; es así como, temerosos de morir gloriosamente, esperamos un fin vergonzoso. En primer lugar, debemos tributar a los matadores del tirano los mayores honores, especialmente a Cerea Casio. Éste es un hombre que los dioses nos han otorgado para que, mediante su sagacidad y acción, conquistemos la libertad. No debemos olvidarlo, sino recordarlo como a un hombre que decidió luchar contra la tiranía antes que todos; fue el primero en exponerse a los peligros. Ahora, recuperada la libertad, hemos de tributarle honores y demostrar así nuestra primera expresión de independencia. Es una hermosísima acción y adecuada a hombres libres, expresar gratitud a los benefactores. Él ha sido para nosotros muy distinto de Casio y Bruto, los matadores de Julio César, pues los últimos sembraron

semillas de discordias y guerra civil; él, en cambio, muerto el tirano, libró a la ciudad de los males que ocasionaba su presencia.

3. Así habló Sentio, a quien escucharon con profunda atención el senado y los caballeros que se encontraban presentes. Entonces Trebelio Máximo se levantó y sacó a Sentio de un dedo un anillo que tenía engarzada una piedra con la imagen de Cayo; en su apresuramiento por exponer su opinión, se había olvidado de quitárselo. Inmediatamente rompió el anillo. La noche estaba muy adelantada; Cerea pidió la consigna. Le contestaron:

—Libertad.

Todos se sintieron asombrados, pareciéndoles increíble lo que estaba ocurriendo. Pues después de un siglo de la supresión de la república, volvía a los cónsules el poder de dar el santo y seña; puesto que ellos, antes de que la ciudad fuera dominada por la potestad real, estaban encargados de los asuntos militares. Una vez que Cerea recibió la palabra de orden, la pasó a los soldados que estaban en el senado. Se trataba de cuatro cohortes, que consideraban la ausencia del emperador más honorable que la tiranía. Luego se retiraron con sus tribunos. El pueblo también se alegró, lleno de esperanza y entusiasmado por haber adquirido de nuevo el poder y por no estar sometido al emperador. Cerea para ellos lo significaba todo.

4. Pero Cerea estaba indignado porque seguían viviendo la esposa y la hija de Cayo y porque el castigo no se había extendido a toda su casa, pues cualquiera de ellos que quedara con vida podía convertirse en un peligro para la ciudad y las leyes; y además, dispuesto a completar sus designios y satisfacer su odio contra Cayo, encargó a Julio Lupo, uno de los tribunos, que matara a la esposa y a la hija del César. Propuso esta misión a Lupo, por ser pariente de Clemente; habiendo participado, aunque no fuera sino en esto, en el tiranicidio, sería honrado por los ciudadanos por su valor, al igual que si hubiera participado en toda la empresa con los demás conjurados.

A algunos de los conjurados les pareció cruel emplear la violencia con una mujer, pues había sido más por sus instintos naturales que por consejo de ella que Cayo cometió los crímenes que llevaron el estado a la desesperación. Otros, al contrario, creían que la mujer era tan responsable como él de todo lo que había acontecido, por haberle dado un filtro para conquistar en favor suyo su ánimo y su amor, y mantenerlo dominado. De tal manera que, reducido a la locura, había sido ella la que fraguara la serie de hechos cometidos contra los romanos y el orbe que les estaba sometido. Decidida la muerte, pues nada consiguieron los que opinaron lo contrario, se dio el encargo a Lupo. Debía realizarse sin ninguna demora, no fuera que se omitiera algo que era para el bien común.

Habiendo penetrado en el palacio, sorprendió a Cesonia, la esposa de Cayo, tendida al lado de su esposo, que yacía en el suelo desprovisto de todo lo que se acostumbra hacer con los muertos. Estaba manchada con la sangre de las heridas y muy afligida por su desgracia. Su hija estaba echada a su lado. En esta situación no se

oían más que los reproches que Cesonia dirigía a Cayo por no haberla escuchado cuando ella tantas veces lo amonestara. Estas expresiones, entonces, lo mismo que ahora, se prestan a una doble interpretación, según la disposición de ánimo de los que las oyen, quienes pueden darles el significado que más les plazca. Algunos las interpretan como si quisiera decir que le había aconsejado que tuviera una mentalidad más serena y que dejara de ser cruel con los ciudadanos, a fin de no ser muerto por ellos. Otros lo interpretan en el sentido de que, habiendo percibido rumores de la conjuración, le había aconsejado que inmediatamente y sin demora hiciera morir a todos, librándose así de todo peligro; y que le reprochaba haber procedido con demasiada negligencia, a pesar de sus amonestaciones. Éstas son las diversas interpretaciones de lo que decía Cesonia.

Cuando vio a Lupo, le mostró el cadáver de Cayo, y con lágrimas y lamentos le dijo que se acercara. Al ver que no lo hacía, y que parecía estar preparándose para cumplir algo contra su voluntad, comprendió el motivo de su venida, descubrió su garganta, tomando por testigos a los dioses, como lo hacen aquellos que se encuentran en una situación desesperada, y le pidió que no tardara en finalizar la tragedia. De este modo murió con decisión y valentía; y luego la hija. Lupo se apresuró a presentarse ante Cerea, para anunciarle que había cumplido lo dispuesto.

5. Cayo murió de este modo, después de haber gobernado a los romanos durante cuatro años y cuatro meses. Fue un hombre que, incluso antes de obtener el imperio, tenía un carácter duro y sin sentimientos, entregado a los placeres, amigo de la delación. Se atemorizaba por todo, y por esto, una vez en el poder, estaba dispuesto a matar. Cuando disfrutó del imperio, se comportó feroz y locamente aun contra aquellos que de ninguna manera debía tratar indebidamente, matando y no respetando las leyes y buscando las riquezas para sí. Quiso ser más que los dioses y las leyes, y resultó perverso para el pueblo. Aquello que la ley consideraba vergonzoso y condenable, parecíale más honorable que la virtud. No tenía en cuenta a los amigos, aunque estuvieran ubicados en altos puestos. Se indignaba contra ellos, infligiéndoles castigos por la menor causa. Para él eran enemigos todos los que eran respetados por su virtud; quería que se cumpliera lo que ordenaba su indómita y desenfrenada voluntad. Es así como tuvo relaciones íntimas con su hermana legítima, lo cual acrecentó la indignación de los ciudadanos; pues, como hacía mucho no se hablaba de esta clase de crímenes, su autor concentraba desconfianza y aversión.

No se recuerda de él ninguna acción grande o digna de un rey que haya hecho en beneficio de sus contemporáneos o la posteridad, excepto los trabajos realizados en los alrededores de Regio y de Sicilia para recibir a los navíos llenos de trigo que venían de Egipto, obra muy considerable y favorable a la navegación. Pero no la terminó; la dejó inconclusa por su negligencia. Se preocupó, en cambio, de cosas inútiles, de modo que mientras gastaba grandes cantidades en sus placeres, en aquello que significaba una mejora dejaba de ser liberal y pródigo.

Era muy buen orador, bien ejercitado tanto en el griego como en el latín. Captaba

de inmediato lo que se decía, respondiendo adecuadamente a los discursos preparados diligentemente, de manera que parecía gozar del don de persuadir con mayor intensidad que otros, tanto por su ingenio como por su práctica. Se lo obligó a recibir mucha instrucción, por ser hijo del hermano de Tiberio, del cual fue sucesor, puesto que el mismo Tiberio sobresalía en el particular y Cayo rivalizaba con él para obtener las órdenes de César. Era el primero en Roma entre los de su edad. De nada le aprovecharon las cosas buenas que aprendió en su instrucción para librarse de la maldad, a la que se inclinaba. Resulta difícil moderarse y gobernarse para aquellos que no están obligados a dar cuenta de lo que hacen y que tienen expedito el camino para proceder arbitrariamente. Al principio, era tenido en gran estima por haberse hecho de amigos buenos y honestos, esforzándose en emular a los mejores en saber y gloria; pero luego le retiraron la benevolencia con que lo habían tratado, a causa de su proceder insolente, aumentando el odio que le tenían; por último fue asesinado.



## CAPÍTULO III

*Claudio es secuestrado por los soldados. Las tentativas del senado.*

1. Claudio, como dije antes, se había apartado del camino que seguían aquellos que estaban con Cayo. Viendo que el palacio estaba conturbado por lo acontecido a Cayo, desesperando poder salvarse, se ocultó en un lugar estrecho. Sólo temía por su vida a causa de la nobleza de su nacimiento. Siempre había vivido como hombre particular, modestamente, satisfecho con lo que poseía, consagrado al estudio de las letras, especialmente del griego, evitando en toda forma todo lo que pudiera ser motivo de enojo. Pero en aquel momento la multitud estaba enloquecida y el palacio expuesto al furor de los soldados: los soldados llamados pretorianos, la parte más íntegra del ejército, deliberaba sobre lo que convenía hacer.

Los que se encontraban allí no pensaban en vengar a Cayo, pues creían que había sufrido su fin con justicia; antes bien pensaban en qué forma podrían arreglar lo mejor posible sus propios asuntos. Los germanos, por su parte, querían castigar a los matadores, más para dar salida a su crueldad que con miras al bien común. Todo esto aumentaba la inquietud de Claudio, preocupado por su seguridad, especialmente cuando vio que se llevaban las cabezas de Asprenas y de otros asesinados. Subido sobre unos escalones a escasa distancia, se mantenía oculto, disimulado entre las sombras que lo rodeaban.

Lo vio Grato, uno de los soldados encargados de la guarda del palacio real, pero no lo reconoció porque no le distinguió la cara en la oscuridad; tomándolo por un sospechoso, se acercó. Claudio le pidió que se alejara; Grato supo entonces quién era, y dijo a los que lo seguían:

—Es Germánico. Hagámoslo emperador.

Claudio, cuando los vio dispuestos a sacarlo de aquel lugar, temeroso de que lo mataran en la misma forma que a Cayo, les pidió que lo perdonaran, recordándoles que nunca había molestado a nadie e ignoraba lo acontecido. A estas palabras Grato sonrió, y tomándole la mano derecha le dijo:

—No sigas, señor, hablando humildemente de tu salvación; te conviene pensar con ánimo elevado sobre el imperio que los dioses, luego de habérselo quitado a Cayo, otorgaron a tu virtud, para bien del universo. Esfuérzate, y exige para ti el reino de tus antepasados.

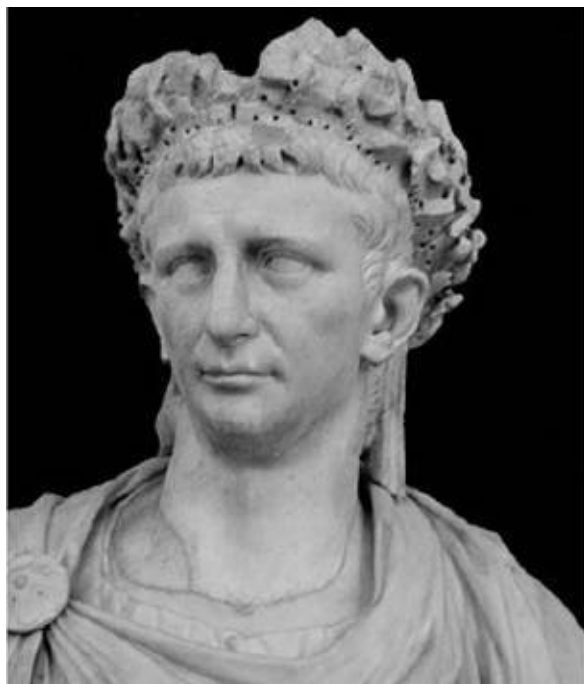
Lo sostenía ante la imposibilidad en que se encontraba de mantenerse en pie, por el miedo y el gozo a la vez que esas palabras le causaron.

2. A todo esto se había reunido alrededor de Grato una gran multitud de guardias. Al ver que conducían a Claudio se mostraron indignados, pues creían que lo querían condenar a muerte, a pesar de que durante toda su vida se había mantenido alejado de los asuntos públicos y había estado expuesto a muchos peligros durante el gobierno

de Cayo. Algunos opinaron que eran los cónsules quienes tenían que decidir sobre el particular. Se les agregó un gran número de soldados; y la multitud se dispersó. Claudio apenas podía caminar a causa de su debilidad física, pues los portadores de su litera habían huido al enterarse de su detención, suponiendo perdido a su señor.

Cuando llegaron a la plaza del palacio, la cual según la historia fue el primer lugar habitado de Roma, donde ya se discutían los problemas públicos, se congregó un número mucho mayor de soldados, gozosos de ver a Claudio y deseosos de proclamarlo emperador a causa del afecto que habían sentido por Germánico, su hermano, que había dejado el más glorioso recuerdo entre aquellos que lo conocieron. Pensaban también en la avidez de los que dominaban en el senado, en todo lo que habían realizado mientras disponían del poder y en su incapacidad para gobernar.

Consideraban, además, lo peligroso que sería para ellos que la totalidad del poder pasara a una sola persona, que no fuera Claudio, en tanto que éste, si recibiera el poder por su consentimiento y ayuda, y en recuerdo del beneficio recibido, les retribuiría el honor otorgado.



*El emperador Claudio.*

3. Éstas eran las ideas que cambiaban entre ellos y exponían a los que no dejaban de afluir continuamente, los que inmediatamente las apoyaban con entusiasmo.

Se lo llevaron en alto, rodeado de gente armada, al campamento, a fin de que nadie pudiera oponérseles. Entretanto surgió una disensión entre el pueblo y el senado. El senado pedía que se le devolviera la preeminencia que tuviera anteriormente, deseando evitar la servidumbre sufrida por la insolencia de los tiranos. El pueblo se oponía, creyendo que el poder imperial era un freno para las ambiciones del senado y una protección para el pueblo. Por este motivo se alegró por el rapto de Claudio, considerando que si él llegaba a ser emperador no habría peligro de que estallara una guerra civil análoga a la que sufrieron en los tiempos de Pompeyo.

Cuando en el senado se supo que los soldados se habían llevado a Claudio a su campamento, le enviaron hombres prestigiosos, para advertirle que no se sirviera de la violencia para conseguir el imperio, y obedeciera al senado; pues él estaba solo frente a ellos y debía dejar a la ley el cuidado de preocuparse por el bien público. Que recordara los males que habían infligido al estado los tiranos anteriores y que él mismo había sufrido mientras gobernaba Cayo. Habiendo odiado la crueldad de la tiranía cuando otros la ejercían, ahora sería él quien hiciera tal injuria a la patria. Si se dejaba persuadir y perseveraba en su virtud y tranquilidad como antes, recibiría los honores que se otorgan a los ciudadanos libres; se granjearía la estima general de hombres de bien, respetando la ley y aceptando ser jefe o súbdito. Pero si quería apartarse de lo que habían decidido, sin que le sirviera de ejemplo la muerte de Cayo, por su parte no se lo iban a permitir, pues tenían de su lado gran número de soldados y les sobraban armamentos y una multitud de esclavos dispuestos a ayudarlos. Pero sobre todo confiaban en que el destino y los dioses no ayudan sino a aquellos que luchan en favor de la rectitud y honestidad. Éstos son los que luchan por la libertad de la patria.

4. Los mensajeros, que eran Veranio y Broco, tribunos del pueblo, expresaron estas ideas y postrándose de rodillas le rogaron que no fuera causa de guerra y disturbios en la ciudad. Pero cuando vieron que estaba rodeado de un gran número de soldados, contra los cuales no podrían medirse las fuerzas consulares, agregaron que, en el supuesto de que deseara el imperio, que lo recibiera de manos del senado. Pues gobernaría con mejores auspicios y felicidad, si lo obtenía no por la violencia sino por la voluntad de los que se lo dieran.

## CAPÍTULO IV

*El rey Agripa va al senado como embajador de Claudio. Las tropas del senado se pasan a Claudio.*

1. A Claudio le disgustó la arrogancia de esa embajada, pero, por el momento, de acuerdo con el consejo de los delegados, optó por la moderación. Ya se sentía seguro, en parte animado por la audacia de los soldados y también por el rey Agripa, quien le exhortaba a que no renunciara a un imperio que se le ofrecía sin que hubiera hecho nada para ello.

Agripa se comportó con Cayo como debía comportarse un hombre honrado por él; abrazó su cadáver, y luego de acostarlo en una cama y darle los cuidados que le fueron posible, se dirigió a los guardias diciendo que Cayo vivía todavía, que sufría a causa de las heridas recibidas y que los médicos estaban con él.

Al saber que los soldados habían raptado a Claudio, se apresuró a ir a su lado. Lo encontró preocupado y dispuesto a ceder al pedido del senado; y lo animó y lo exhortó a que retuviera el imperio. Después de estas exhortaciones se retiró.

Cuando el senado lo mandó llamar, se perfumó la cabeza como si saliera de un banquete, se presentó y pidió a los senadores noticias de Claudio.

Le dijeron cómo se encontraba la situación y, a su vez, le pidieron su opinión. Agripa declaró que estaba presto a morir por el honor del senado, pero los invitó a que tuvieran en cuenta sus intereses. Para poder apoderarse del gobierno necesitaban armas y soldados que los defendieran, si no querían fracasar por falta de apoyo. Pero el senado respondió que disponía de armas y dinero en abundancia; y que no sólo en el momento actual disponía de ejército, sino que formaría uno nuevo dejando en libertad a los esclavos. A esto Agripa dijo:

—Ojalá, oh senadores, los asuntos resulten tal como los habéis imaginado. Pero debo hablaros claramente, pues lo que voy a decir es para vuestra seguridad. Tenéis que saber que los soldados que están de parte de Claudio por largo tiempo se han ejercitado en las armas; en cuanto a los nuestros, serían una turba de esclavos, a quienes inesperadamente se les ha otorgado la libertad; y llevaríamos a la guerra contra hombres expertos y bien instruidos en las armas a los que no saben ni ceñirse la espada. Por esto soy de opinión de que se envíe una comisión a Claudio para que lo persuada a que renuncie al imperio. Yo mismo me ofrezco a cumplir esta misión.

2. Habloles en esta forma. Ellos estuvieron de acuerdo y fue enviado con otros a ver a Claudio. Agripa habló a solas con Claudio, exponiéndole la indecisión del senado y le sugirió que diera una respuesta muy imperial, conforme con su dignidad y poder.

Claudio les contestó que no se admiraba de la oposición del senado al imperio, pues anteriormente había sufrido a causa de la crueldad de aquellos que gozaron tan

alta dignidad. Pero que ahora disfrutarían de una moderación propia de tiempos mejores, estando él al frente del gobierno, pues en realidad gobernaría sólo de nombre, pues compartiría el mando con ellos. Les pidió que no desconfiaran, pues había sufrido a la par de ellos numerosos y diversos peligros.

Luego que los legados oyeron estas expresiones se retiraron.

Claudio reunió al ejército a su alrededor; lo arengó y recibió el juramento de fidelidad debido a su persona. Dio a sus guardias personales cinco mil dracmas por cabeza, una suma en proporción a sus jefes y prometió que trataría de igual modo al resto del ejército en todas partes.

3. Los cónsules convocaron al senado en el templo de Júpiter Stator (Vencedor), siendo todavía de noche. Algunos de ellos se ocultaron en la ciudad, vacilando por lo que habían oído. Otros, se retiraron a sus propiedades del campo, a la expectativa de lo que iba a pasar, pues desesperaban de que pudiera lograrse la libertad; consideraban que era más seguro vivir en servidumbre una existencia libre de peligros que exponerse a morir por la dignidad de la patria.

Se reunieron unos cien, a lo sumo. Mientras estaban deliberando sobre los problemas, se elevó repentinamente un clamor de los soldados que estaban de su parte, exigiendo que el senado eligiera un emperador perito en el arte militar, y afirmando que no iban a permitir que el imperio se destruyera por caer el mando en poder de muchos. Querían dejar claramente establecido que estaban dispuestos a obedecer no a muchos, sino a uno solo. Pero dejaban en manos del senado la tarea de decidir quién era digno de tal autoridad.

En esta forma el senado quedó mucho más inquieto, viendo que fracasaba su intento de república y temerosos de Claudio. Había algunos que aspiraban al imperio por razón de la nobleza de su nacimiento o de sus alianzas. Entre éstos estaba Marco Minuciano, ilustre por su nobleza, y que se había casado con Julia, hermana de Cayo y que estaba dispuesto a ocupar el trono; pero los cónsules lo resistieron con varios pretextos. Valerio Asiático se vio impedido por Minuciano, uno de los matadores de Cayo, a soñar en tales proyectos. Habría habido una gran matanza, como nunca se había visto, si se hubiera permitido contender con Claudio a aquellos que aspiraban al poder. Había una cantidad importante de gladiadores, de soldados de la guardia nocturna de Roma, y numerosos remeros que confluían a la ciudad, de manera que los aspirantes al imperio renunciaron a su propósito; los unos por miedo a lo que podía acontecerles y los otros por lo que podía pasar a la ciudad.

4. En cuanto se hizo de día llegaron al senado Cerea y sus compañeros, quienes trataron de arengar a los soldados. Cuando éstos vieron que con la mano les hacían señas de silencio, para que pudieran hablar, empezaron a agitarse. No toleraron que les hablaran, pues todos estaban de acuerdo en querer someterse al gobierno de uno solo. Sólo querían un emperador, y que éste les fuera dado sin demora. El senado se preguntaba cómo gobernaría o cómo sería gobernado; los soldados desconocían su autoridad y los matadores de Cayo no estaban dispuestos a supeditar el orden a la

insolencia militar.

Estando los asuntos en esta situación, Cerea, encendido de ira, al ver que exigían un emperador, prometió que se lo iba a dar, con tal de que alguien le trajera el santo y seña de Eutico. Este Eutico era un cochero de la facción llamada Prasina, fidelísimo a Cayo, encargado de atormentar a los soldados, imponiéndoles tareas degradantes en las caballerizas imperiales. Éste fue el reproche que Cerea les hizo, entre otros de la misma índole; les dijo también que les traería la cabeza de Claudio, pues era extraño que quisieran entregar el imperio a la imbecilidad, después de haberlo entregado a la locura.

Pero los soldados no se conturbaron en lo más mínimo; desenvainando las espadas y levantando sus insignias se dirigieron precipitadamente a donde se hallaba Claudio, para juntarse con aquellos que le habían jurado fidelidad.

Es así como el senado fue abandonado por los que lo defendían, y los cónsules reducidos a la condición de particulares. Estaban consternados y tristes, ignorando lo que les acontecería a consecuencia de la irritación de Claudio contra ellos, acusándose unos a otros y arrepentidos de lo acontecido. Entonces Sabino, uno de los matadores de Cayo, adelantándose al centro, dijo que antes estaba dispuesto a matarse que permitir que Claudio fuera emperador y contemplar a la ciudad reducida nuevamente a la servidumbre. Increpó a Cerea, por su apego a la vida, él que fuera el primero en odiar a Cayo, pues no era posible que de esta manera se restituyera la libertad a la patria. Cerea respondió que no vacilaría en morir, pero que antes quería saber cuáles eran las disposiciones de Claudio.

5. Tal era la situación de este lado. En el campamento todos se apresuraban a rendir homenaje a Claudio. Los soldados consideraron a Q. Pomponio culpable especialmente por haber inducido al senado a la libertad, y se dirigieron al senado contra él con las espadas desenvainadas. Habría habido una gran matanza, si Claudio no se opusiera. Libró al cónsul del peligro en que se encontraba y le ordenó que se sentara a su lado; pero los senadores que estaban con Quinto no obtuvieron el mismo honor. Algunos incluso recibieron golpes, mientras se dirigían a saludar a Claudio; Aponio se alejó herido, y todos se encontraron en peligro. Entonces Agripa se acercó a Claudio y le pidió que tratara con mayor moderación a los senadores; pues si maltrataba al senado, no llegaría a dominarlo. Claudio aceptó el consejo y convocó al senado al palacio, adonde se hizo trasladar atravesando la ciudad, en medio de los excesos de la plebe.

Los primeros de los matadores de Cayo que se presentaron en público fueron Cerea y Sabino, a pesar de que se les había prohibido por orden de Polión, recientemente encargado por Claudio de la prefectura del pretorio. Una vez Claudio en el palacio, convocó a sus amigos y les hizo votar en lo referente a Cerea. Éstos dijeron que el crimen había sido un acto brillante, pero acusaron a Cerea de perfidia; encontraron conveniente castigarlo para atemorizar a la posteridad. Lo condenaron a muerte a él, a Lupo y a muchos otros romanos.

Se dice que Cerea sufrió la muerte con ánimo valeroso, sin que se le mudara la expresión del rostro, y reprochó a Lupo que llorara. Como Lupo, habiéndose despojado de sus vestidos, se lamentó de que tenía frío, le dijo que el frío no era por lo común adverso al temperamento de los lobos (*lupon*).

Los siguió al lugar de la muerte una gran multitud de hombres. Una vez allí, Cerea preguntó al soldado si estaba ejercitado en el arte de matar o si era la primera vez que utilizaba la espada; e hizo traer aquella con la cual había dado muerte a Cayo. Tuvo la suerte de morir de un solo golpe. Lupo no murió de la misma manera, sino que recibió repetidos golpes, por la vacilación con que tendió la garganta.

6. Algunos días después, en oportunidad de los sacrificios expiatorios ofrecidos a los manes, el pueblo romano, que hacía ofrendas a los muertos, honró también a Cerea con una parte de las víctimas que arrojaron al fuego, pidiéndole que les fuera propicio y que no les guardara rencor a causa de su ingratitud. Éste fue el fin de Cerea. Sabino no sólo fue absuelto por Claudio, sino que le permitió mantener la prefectura que antes tenía; pero considerando inicuo apartarse del juramento que diera a los conjurados, se mató arrojándose sobre su espada, que le penetró en el cuerpo hasta la empuñadura.

## CAPÍTULO V

*Claudio entrega a Agripa el reino de su abuelo, agregándole la tetrarquía de Lisantias. Misivas de Claudio concernientes a los judíos de Alejandría y del resto del imperio.*

1. Una vez que Claudio se hubo librado de aquellos soldados que le parecían sospechosos, dio un edicto por el cual confirmaba a Agripa en el reino que le diera Cayo y lo llenaba de elogios. Además le agregó aquellas porciones de Judea y Samaria que habían pertenecido a su abuelo Herodes. Le daba estas regiones como debidas por su nacimiento. Agregole Abila de Lisantias<sup>[308]</sup> y todo el monte Líbano; y concluyó un tratado con Agripa en el foro de la ciudad de Roma. Privó a Antíoco del reino que poseía, pero le dio la Comagena y una parte de Cilicia. Además puso en libertad a Alejandro Lisímaco, el alabarca, uno de sus viejos amigos, que fuera intendente de su madre Antonia y que Cayo, irritado, había hecho encadenar. El hijo de Alejandro Lisímaco casó con Berenice, hija de Agripa, y después de la muerte de Marcos, con el cual se había casado en primeras nupcias, Agripa la casó con su hermano Herodes, después de haber obtenido de Claudio para éste el reino de Calcis.

2. Por este mismo tiempo surgió una disensión entre los judíos y los griegos en Alejandría. Los judíos, muerto Cayo, por el cual habían sido oprimidos y que habían sido ofendidos por los alejandrinos durante su gobierno, empezaron a reanimarse y, por último, llegaron a tomar las armas. Claudio, por intermedio de una carta, ordenó al gobernador de Egipto que reprimiera la revuelta. Además envió un edicto, a pedido de los reyes Agripa y Herodes, a Alejandría y Siria, concebido en estos términos:

«Tiberio Claudio César Augusto Germánico, pontífice máximo, investido de la potestad tribunicia, ordena. Considerando que hace mucho tiempo que residen en Alejandría los judíos que se denominan alejandrinos; que empezaron a morar en aquella ciudad así que fuera fundada y que con toda equidad consiguieron el derecho de ciudadanos, como consta evidentemente por rescritos y edictos; que cuando Alejandría fue sometida a nuestro imperio por intermedio de Augusto les fueron conservados íntegramente sus derechos por los gobernadores que se enviaron allí en tiempos diversos, sin que se estableciera ninguna controversia sobre el particular; que cuando Aquilas estaba al frente de Alejandría, habiendo muerto el etnarca de los judíos, Augusto no prohibió que se nombraran otros etnarcas porque quería que sus súbditos se atuvieran a sus leyes y no se los obligara a violar la religión patria; que los alejandrinos se sublevaron contra los judíos que habitan con ellos en la misma ciudad, cuando era emperador Cayo, quien, a causa de su insensatez y su locura, los oprimió por no querer los judíos hacer nada contra su religión nacional y negarse a llamarlo dios: Quiero que la insensatez de Cayo no sea motivo para que se prive a los



judíos de nada que les fuera anteriormente otorgado, sino que permanezcan invariables aquellos derechos de que antes disfrutaban, para que puedan seguir fieles a sus costumbres y leyes nacionales. Ordeno que en ninguna de las dos fracciones se originen sediciones, luego que fuera publicado mi edicto.»

3. Éste fue el edicto en favor de los judíos de Alejandría. El referente al resto del universo decía:

«Tiberio Claudio César Augusto Germánico, pontífice máximo, investido de la potestad tribunicia, designado cónsul por segunda vez, ordena: Puesto que Agripa y Herodes, muy amigos míos, me rogaron que permitiera a los judíos que viven en el imperio romano que gocen de los mismos derechos que les fueran otorgados a los alejandrinos, de buen grado he accedido a sus ruegos. No sólo he accedido porque ellos me lo han pedido, sino porque he juzgado dignos de los mismos a aquellos en cuyo favor me han suplicado, a causa de su fidelidad y amistad con los romanos, considerando que es muy justo que ninguna ciudad los prive de sus derechos, ni aun las ciudades griegas, porque aun bajo el divino Augusto les fueron respetados. Por lo tanto, creo equitativo que todos los judíos de nuestro imperio conserven sus costumbres nacionales sin impedimento ninguno; a los cuales también exhorto a que, satisfechos con esta gracia, se comporten pacíficamente, y que no desprecien las otras religiones, sino que observen sus propias leyes. Quiero que mi edicto sea transcrito por los magistrados de las ciudades, colonias y municipios de Italia y de otras partes, o por los reyes y los príncipes con ayuda de sus propios agentes, y que sea fijado por lo menos durante treinta días en algún lugar donde se lo pueda leer fácilmente.»

## CAPÍTULO VI

*Agripa regresa a Judea. Carla de Publio Petronio al pueblo de Dora en favor de los judíos*

1. Con estos edictos que enviara a Alejandría y todo el universo, mostró Claudio César cuál era la disposición de su ánimo con relación a los judíos. Después despidió a Agripa, para que cuidara del reino, colmándole de honores espléndidos, ordenando por intermedio de cartas a los gobernadores y procuradores que lo recibieran amistosa y benévola. Agripa, como es natural en un hombre que regresa a su reinado con mejor suerte, se apresuró a embarcarse.

Al llegar a Jerusalén, inmoló víctimas en acción de gracias, sin descuidar las prescripciones de la ley.

Ordenó que un gran número de nazarenos se rasuraran. La cadena de oro que le había dado Cayo, del mismo peso que aquella con la cual fuera encadenado, recuerdo de su mala suerte y testimonio a la par de su mejor suerte, fue suspendido en el interior del Templo encima de la mesa de las ofrendas, para que fuera ejemplo de que los grandes pueden decaer y que Dios puede elevar al que ha caído. Efectivamente, la ofrenda de la cadena mostraba a todos que había sido puesto en prisión por un motivo insignificante, perdiendo su dignidad anterior, y que poco después había sido librado de estas cadenas para otorgársele una dignidad más brillante. Esto daba a comprender a los hombres que los más encumbrados fácilmente podían caer, mientras que los humillados podían ser elevados a las más altas dignidades.

2. Luego de haber cumplido en debida forma lo perteneciente al culto de Dios, Agripa removió de la dignidad de sumo sacerdote a Teófilo hijo de Anán, y puso en su lugar a Simón hijo de Boet, por sobrenombre Cantera. Simón tenía dos hermanos; su padre era Boet, cuya hija se había casado con el rey Herodes, como antes dijimos. Simón obtuvo el pontificado lo mismo que sus hermanos y el padre, como anteriormente los tres hijos de Simón hijo de Onías bajo el dominio de los macedonios, como lo hemos narrado en los libros precedentes.

3. Cuando Agripa hubo organizado el pontificado, recompensó a los de Jerusalén por el afecto que le tenían. Los eximió del tributo que estaban obligados a pagar por cada hogar, pues consideraba equitativo retribuir su afecto y benevolencia. Designó a Silas prefecto de todas las tropas; había sido compañero y partícipe de sus trabajos.

Poco después los jóvenes de Dora, prefiriendo la audacia a la santidad, por naturaleza muy temerarios, colocaron la estatua del César en la sinagoga de los judíos. Esto irritó mucho a Agripa; pues lo que habían hecho equivalía a la destrucción de la ley patria. Sin demora se dirigió a Publio Petronio, entonces gobernador de Siria, formulando una acusación contra los habitantes de Dora. Por su parte Petronio también condenó este crimen, pues consideraba como tal todo lo que

se hacía en contra de las leyes. Escribió ásperamente a los principales de Dora estas palabras:

«Publio Petronio, legado de Tiberio Claudio César Augusto Germánico, ordena a los magistrados de Dora. Algunos de los vuestros han llegado a un grado tal de insolencia que al edicto dado por Claudio César Augusto Germánico, por el cual se permite a los judíos vivir de acuerdo con sus leyes, no le han dado cumplimiento, impidiendo en cambio que los judíos celebren sus reuniones, al colocar en su sinagoga la estatua del César. Habéis obrado mal, no sólo contra los judíos, sino contra el emperador, cuya estatua es justo que se coloque en su propio templo y no en otro, y sobre todo en plena sinagoga, pues es propio de la justicia natural que cada cual sea dueño de su propio lugar, según ordenó el César. Sería ridículo que recordara mis órdenes, después de que las diera el César, quien permitió a los judíos que observaran sus propias leyes y costumbres, y además dejó establecido que gocen de los mismos derechos ciudadanos que los griegos. Aquellos que se han atrevido a contravenir el edicto del César han excitado la indignación de aquellos que parece son sus jefes, puesto que éstos los descalifican al declarar que el acto no procede de su inspiración, sino que es el resultado de una manifestación popular. Ordeno que me los envíen por intermedio del centurión Vitelio Próculo para que me den razón de su conducta. Ordeno a los primeros magistrados que indiquen cuáles son los culpables, a no ser que quieran pasar como cómplices del acto, procurando que esto no dé lugar a ninguna agitación, pues parece que es a esto a lo que se aspira con tales hechos. Mi mayor preocupación, y también la del rey Agripa, a quien aprecio en gran manera, es que no se ofrezca motivo a los judíos para que se reúnan con el pretexto de defenderse, dando lugar a un insensato tumulto. A fin de que conozcáis mejor el pensamiento del César sobre todo este asunto, adjunto los edictos publicados en Alejandría, los cuales, a pesar de que son ya conocidos de todos, han sido leídos en mi tribunal por mi gran amigo el rey Agripa al pedir que se mantuvieran a los judíos los favores otorgados por Augusto. Por lo tanto ordeno que, en adelante, no busquéis pretexto para sediciones y tumultos, sino que cada uno sea libre de adorar a Dios de acuerdo con sus costumbres y sus ritos.»

4. De manera que Petronio dispuso que aquello en que se había obrado mal, se corrigiera y que, en adelante, no se molestara a los judíos. Por entonces el rey Agripa, luego de privar del pontificado a Simón Cantera, se lo quiso devolver a Jonatás hijo de Anán, pensando que éste era más digno de tal honor. Pero él no lo aceptó, rehusándolo en los siguientes términos:

—Me alegro, oh rey, que quieras honrarme, y el honor que me otorgas me toca al corazón, aunque Dios me haya considerado indigno del pontificado. Creo suficiente haber vestido por una sola vez las vestiduras sagradas. Pues entonces, cuando las vestí, era más santo de lo que soy en la actualidad. Pero si tú quieres que las reciba alguien más digno que yo, permite que te dé un consejo. Tengo un hermano libre de toda falta contra Dios y contra ti. Éste es el que te recomiendo, pues es digno de la

función.

Satisfecho el rey por estas palabras, estuvo de acuerdo con el consejo de Jonatás y entregó el pontificado a su hermano Matías.

Poco tiempo después Marso sucedió a Petronio en el gobierno de Siria.

## CAPÍTULO VII

*Agripa comienza a restaurar los muros de Jerusalén. Su muerte interrumpe las obras.*

1. Silas, prefecto de las tropas del rey, fue fiel a Agripa en todas las vicisitudes, sin abandonarlo en ningún peligro, y exponiéndose frecuentemente a los mayores peligros. Gozaba de gran confianza, suponiendo que mereciese honores que fueran similares a la constancia de su amistad. Por esto se conducía con el rey como con un igual, hablaba con gran libertad, usaba de una molesta insolencia en los coloquios familiares, vanagloriándose en exceso, recordando con frecuencia las adversidades del destino, para destacar todo lo que había hecho por él. Por estos abusos, parecía querer poner a prueba al rey, llegando a cansarlo con su libertad desenfrenada. Resulta desagradable recordar los tiempos penosos y es propio del imprudente repetir de continuo cuántos y cuáles han sido los beneficios que prestó.

Al final Silas irritó de tal manera al rey que éste, atento más a la ira que a la razón, no sólo le quitó la prefectura del ejército, sino que lo hizo encadenar para desterrarlo a su país.

Con el tiempo se mitigó su indignación, y juzgando más razonablemente adoptó una mejor decisión, considerando lo mucho que el hombre había sufrido por él. Al celebrar el día de su nacimiento, en el cual todos los que estaban bajo su gobierno hacían alegres banquetes, hizo llamar antes que a nadie a Silas, para que comiera con él. Pero Silas, de carácter independiente, creyendo tener un motivo justo de resentimiento, no lo ocultó a aquellos que fueron a buscarlo:

—¿A qué honor me invita el rey —dijo— para hacérmelo perder enseguida? No pudo mantener mucho tiempo los premios que me había otorgado al afecto que siempre le manifesté, y que privó de ellos ignominiosamente. ¿Cree que he perdido la libertad de hablar? Puesto que soy plenamente consciente de ello, ahora más que nunca, hablaré para proclamar las calamidades de que lo libré y los trabajos que sufrí por su seguridad y dignidad. Por todos estos beneficios, ahora me ha recompensado con cadenas y con una cárcel oscura. Nunca lo olvidaré; más todavía, cuando me vea libre de esta vida, mi alma guardará el recuerdo de mi valentía.

Gritó estas palabras y dijo que se las contaran al rey. Éste, viendo su carácter intratable, lo dejó de nuevo en la cárcel.

2. Por aquel entonces Agripa estaba haciendo reforzar los muros de Jerusalén, los que miran hacia la ciudad nueva, de cuenta del estado, dándoles mayor altura y longitud. Los habría hecho inexpugnables contra toda fuerza humana, si Marso, gobernador de Siria, por intermedio de cartas, no informara a Claudio César de esta empresa. Claudio, temiendo que se produjera alguna revuelta, ordenó a Agripa que desistiera de reforzar los muros. Y el rey no quiso desobedecer.

3. Este rey tenía un carácter tal que le gustaba ser benéfico y deseaba en su liberalidad conquistarse al pueblo, reposando su renombre en la generosidad de sus gastos. Gustaba dar, lo que le proporcionaba satisfacción y elogios de todos. Muy distinto a Herodes, que gobernó antes que él, por sus costumbres. Éste se inclinaba a la venganza y era inexorable, sin observar moderación ninguna contra aquellos a quienes consideraba enemigos. Estaba mejor dispuesto con los griegos que con los judíos. Era muy pródigo con las ciudades de los extranjeros; a algunas les construyó baños y teatros, a otros templos y pórticos; en cambio, no adornó ninguna ciudad de los judíos con el mínimo ornato o con alguna donación digna de recordarse.

Agripa era de carácter apacible, siendo igualmente generoso con todos. Era humano con los extranjeros, dándoles pruebas de su munificencia, pero era igualmente servicial con sus compatriotas y les demostraba su simpatía. Por este motivo, de buen grado y frecuentemente vivía en Jerusalén, celoso guardián de las costumbres religiosas nacionales, de modo que en todo se conducía piadosamente. No dejaba pasar ni un día sin que ofreciera los sacrificios prescritos.

4. Un nativo de Jerusalén, de nombre Simón, que tenía fama de ser conocedor de la ley, convocó al pueblo en una oportunidad en que el rey había ido a Cesárea; atreviose a denunciarlo como impuro y merecedor de que se le prohibiera la entrada en el Templo, que sólo pertenece a los nativos. El prefecto de la ciudad envió una carta al rey refiriéndole lo que Simón había dicho a la multitud. El rey lo hizo llamar, y haciéndolo sentar a su lado, pues se encontraba en el teatro, con voz pacífica y plácida le dijo:

—Dime, ¿qué hay aquí que esté prohibido por la ley?

Sin atinar a contestar nada, el otro le pidió perdón. El rey lo perdonó, más allá de lo que haría cualquiera; opinaba que era más propio de los reyes la clemencia que la ira y sabía que a los grandes varones les era más conveniente la moderación que el arrebato. Dejó en libertad a Simón, después de haberle hecho algunos regalos.

5. Construyó gran número de edificios en varios lugares, pero honró a los de Berito de manera particular. Efectivamente, les hizo construir un teatro que, por su elegancia y hermosura, superaba a muchos otros, así como también un anfiteatro suntuoso y magnífico; a esto agréguese baños y pórticos. No reparaba en gastos con tal de que pudiera contribuir al esplendor y magnitud. Organizó en el teatro espectáculos donde se ofrecieron obras musicales de toda índole y representaciones que proporcionaban verdadero placer. Mostró su generosidad en el número de gladiadores que hizo traer al anfiteatro en el cual, queriendo satisfacer a los espectadores con combates en masa, hizo luchar dos conjuntos de setecientos hombres cada uno. Con este fin designó a todos los criminales de que disponía, para castigarlos y convertir un espectáculo de guerra en una pacífica diversión. Hizo que tales hombres fueran muertos hasta el último.

## CAPÍTULO VIII

*La conducta de Agripa durante los tres años anteriores a su muerte.*

1. Celebrados los espectáculos que recordamos en el capítulo anterior, Agripa marchose a la ciudad de Tiberíades, en Galilea. Era muy admirado por los demás reyes. Fueron a verlo Antíoco, rey de Comagena, Sampsigerano, de los emesos, Cotis que reinaba en la Armenia menor, Polemón rey del Ponto y Herodes, su hermano, que gobernaba en Calcidia. Recibíolos a todos amistosamente y con gran alegría, de acuerdo con lo que convenía a la magnificencia de su ánimo, demostrando que no sin razón lo honraban con su presencia tantos reyes.

Mientras ellos eran todavía sus huéspedes, se hizo presente Marso, gobernador de Siria. Para observar la reverencia debida a los romanos, Agripa se adelantó a recibirlo siete estadios antes de la ciudad. Sin embargo, esto tuvo que ser causa de disentimiento entre él y Marso. En su carro había llevado consigo a todos los demás reyes; pero Marso tuvo sospechas de su concordia y al ver que estaban unidos por amistad, creyó que tal consenso no podía resultar sino en perjuicio de los romanos. Envió a ver a cada uno de ellos a algunos de sus íntimos, para ordenarles que sin demora regresaran a sus respectivos países.

Se disgustó Agripa por ello, y desde entonces se distanció de Marso. Privó a Matías del pontificado y puso en su lugar a Elioneo, hijo de Cantera.

2. Hacía tres años que reinaba en toda Judea, cuando se dirigió a la ciudad de Cesárea, que anteriormente se llamaba la Torre de Estratón. Allí hizo celebrar espectáculos en honor del César, pues estaba informado de que se habían instituido días festivos para su salud. A esta festividad acudió un gran número de personas de toda la provincia, así como los más importantes dignatarios. En el segundo día de los espectáculos, cubierto con una vestidura admirablemente tejida de plata, se dirigió al teatro a primeras horas de la mañana. La plata, iluminada por los primeros rayos solares, resplandecía magníficamente, reluciendo y deslumbrando con aterradores reflejos a quienes lo miraban. Los aduladores comenzaron a lanzar exclamaciones que no eran nada buenas para Agripa, llamándolo dios y diciéndole:

—Senos propicio, y a pesar de que hasta ahora te hemos reverenciado como a un hombre, en adelante te contemplaremos como superior a la naturaleza mortal.

El rey, sin embargo, no reprimió ni rechazó su adulación. Poco después, al levantar los ojos a lo alto, vio sobre su cabeza un buho encaramado sobre un cable. Diose cuenta de inmediato que su presencia le anunciaba males, así como anteriormente le había anunciado el bien; y se afligió profundamente. Empezó a sentir dolores en el vientre, violentísimos desde el comienzo. Dirigiéndose a sus amigos les dijo:

—He aquí que ahora yo, vuestro dios, me veo obligado a salir de esta vida, pues

el destino ha querido probar inmediatamente que eran mentira las palabras que se acababan de pronunciar. Yo, a quien habéis llamado inmortal, ya estoy en las manos de la muerte. Pero debemos obedecer al destino, cuando así parece a Dios. No he llevado una vida despreciable, sino de esplendorosa felicidad.

Después de decir estas palabras, su dolor se acrecentó. Se hizo llevar enseguida al palacio; por la ciudad se esparció el rumor de que estaba a punto de morir. De pronto la gente del pueblo, con sus mujeres e hijos, revestidos de cilicios según la costumbre nacional, se pusieron a rogar a Dios. Por todas partes se oían lamentos y llantos. El rey, que yacía en un elevado solarío, al verlos desde lo alto postrados de cara al suelo, no pudo reprimir las lágrimas.

Finalmente, después de sufrir dolores abdominales durante cinco días continuos, murió, siendo de edad de cincuenta y cuatro años y en el séptimo de su reinado<sup>[309]</sup>. Reinó cuatro años siendo Cayo emperador, disfrutando por un trienio de la tetrarquía de Filipo; en el cuarto se le agregó a tetrarquía de Herodes, gobernando durante los restantes tres años bajo el imperio de Claudio sobre dichas regiones, y además Judea, Samaria y Cesárea. Obtenía grandes ingresos, doce millones de dracmas. Sin embargo, viose obligado a pedir prestado grandes cantidades, pues su generosidad era tan grande que iba más allá de lo que permitían sus ingresos, sin disminuir en nada su liberalidad.

3. Antes de difundirse en el pueblo la noticia de que el rey había fallecido, Herodes, rey de Calcidia, y Helcias, prefecto y amigo del rey, de común acuerdo enviaron a Aristo, uno de sus más fieles servidores, y procuraron que se matara a Silas, del cual eran enemigos, como si fuera una orden del rey.



## CAPÍTULO IX

### *Descendencia de Agripa. Desórdenes en Cesárea. Judea sometida a un procurador*

1. Tal fue el fin de Agripa. Sus descendientes fueron Agripa<sup>[310]</sup>, su hijo, de diecisiete años, y tres hijas; una de ellas, Berenice<sup>[311]</sup>, de dieciséis años estaba casada con Herodes, su tío. Las otras dos eran vírgenes, Mariamne y Drusila, la primera de diez años, y Drusila de seis. El padre las había desposado: a Mariamne con Julio Arquelao, hijo de Celcías, y a Drusila con el hijo de Epífanos Antíoco, rey de Comagena.

Cuando se supo que Agripa había muerto, los de Cesárea y Sebaste, olvidados de los beneficios que habían recibido de él, se comportaron como enemigos encarnizados. Propalaron calumnias inconvenientes sobre el muerto. Todos los soldados que se encontraban allí, que eran numerosos, invadieron la residencia real, se apoderaron de las estatuas de las hijas del rey y de común acuerdo las trasladaron a los lupanares donde, después de colocarlas en la terraza, cometieron con ellas actos demasiado indecorosos para ser relatados.

En los lugares públicos celebraron banquetes populares, adornándose con coronas y perfumándose, ofreciendo libaciones a Carón y felicitándose mutuamente de que el rey hubiera fallecido. Con tal comportamiento se manifestaban desagradecidos no solamente con Agripa, sino también con su abuelo Herodes, que les había edificado la ciudad, haciendo construir pórticos y templos con magnificencia y esplendidez.

2. El hijo de Agripa se encontraba a la sazón en Roma y se educaba cerca del César. Cuando el César supo que Agripa había muerto y que los de Cesárea y Sebaste lo habían vilipendiado, se lamentó de su fin y se indignó por la ingratitude de aquellos hombres. Fue su propósito enviar inmediatamente a su hijo Agripa para que lo sucediera en el reino, queriendo así cumplir la palabra que diera con juramento. Pero los libertos y los amigos que tenían mucha influencia con él, lo disuadieron, diciéndole que era peligroso entregar a un adolescente, que todavía no había salido de la infancia, un reino de tanta magnitud; sería incapaz de cuidar de su administración, cuando incluso para un adulto resultaba un gran peso. Creyoles lo que le decían. Por lo tanto, envió a Caspio Fado como gobernador de Judea y de todo el reino, honrando de ese modo al difunto al no encargar de esta tarea a Marso, enemistado con Agripa.

Ordenó a Fado, en primer lugar, que castigara a los de Cesárea y Sebaste por las injurias cometidas contra el difunto y las hijas, que todavía vivían; y que enviara al Ponto, para acampar, al escuadrón formado con los habitantes de Cesárea y Sebaste, así como sus cinco cohortes, mientras que igual número de legionarios de Siria ocuparían su lugar. Sin embargo, los que recibieron orden de partir no se fueron.

Enviaron una delegación para convencer a Claudio, y después de conseguirlo, se quedaron en Judea. Posteriormente fueron causa de muchas calamidades para los judíos, pues echaron la simiente de la guerra, bajo el gobierno de Floro. Ésta fue la razón de que Vespasiano, después de su victoria, como lo contaremos más adelante, los expulsara de la provincia.

# LIBRO XX

*Abarca una duración de veintidós años*<sup>[312]</sup>

# CAPÍTULO I

*El procurador Caspio Fado restablece el orden en Judea. Fado y Longino ordenan que las vestiduras del sumo sacerdote sean depositadas en la fortaleza Antonia.*

1. Una vez muerto el rey Agripa, según hemos expuesto en el libro anterior, Claudio César envió a Casio Longino para que ocupara el lugar de Marso, haciendo esto en homenaje a la memoria del rey, quien le había pedido varias veces por cartas que Marso dejara de ser gobernador de Siria. Fado, que llegó como procurador a Judea, encontró que los judíos de Perea estaban en lucha contra los de Filadelfia con motivo de los límites de una población llamada Mía, llena de gente belicosa. Los habitantes de Perea, sin saberlo los principales de ellos, tomaron las armas y mataron a muchos de los de Filadelfia. Estos hechos indignaron grandemente a Fado, por no haberle sometido a él el caso, si creían que los de Filadelfia los habían ofendido, en lugar de acudir temerariamente a las armas. Habiendo hecho detener a tres de sus hombres, que habían sido causa de la sedición, ordenó que los encadenaran. Dispuso que mataran a uno de ellos, de nombre Aníbal, y desterró a los otros dos, Amarán y Eleazar.

También Tolomeo, jefe de ladrones, que ocasionara muchos darlos a los idumeos y árabes, poco después fue apresado y condenado a muerte. Toda Judea quedó limpia de latrocinios, gracias al cuidado y diligencia de Fado. Luego hizo que se presentaran los sumos pontífices y los primeros de los jerosolimitanos y les ordenó, de acuerdo con las instrucciones del emperador, que depositaran los vestidos sagrados y la ropa pontifical que sólo puede usar el sumo pontífice, en la torre Antonia, para que estuvieran en poder de los romanos, tal como se hacía antes.

No atreviéndose a oponerse, pidieron a Fado y Longino, pues éste había ido a Jerusalén con muchas tropas, por miedo de que las órdenes de Fado incitaran al vulgo a sublevarse, en primer lugar que les permitieran enviar legados al César, para pedirle que les dejara guardar en su poder las vestiduras sagradas; y luego que aguardara hasta que llegara la respuesta de Claudio. Los romanos respondieron que contaban con su permiso para enviar legados, con tal que dejaran a sus hijos como rehenes. Así se hizo.

A su llegada a Roma, Agripa el joven, hijo del rey difunto, que se encontraba en casa del emperador Claudio, se informó del motivo de su venida. Rogó al emperador que accediera al pedido de los judíos sobre las vestiduras sagradas y que enviara órdenes a Fado sobre el particular.

2. Claudio accedió al pedido de los legados y díjoles que debían agradecerlo a Agripa. Además les entregó la siguiente carta:

«Claudio César Germánico, investido del poder tribunalicio por quinta vez,

cónsul designado por cuarta vez, saludado como imperator por la décima, padre de la patria, a los magistrados, al senado, al pueblo de Jerusalén y a toda la nación de los judíos, salud. Mi estimado Agripa, que yo he educado y que reservo a mi lado a causa de su piedad, me ha presentado a vuestros delegados que me agradecieron mi solicitud por vuestro pueblo. Puesto que me han solicitado insistentemente que dejara los vestidos sacerdotales y la corona en vuestro poder, yo accedí de acuerdo con las disposiciones tomadas por Vitelio, hombre eminente y que cuenta con mi aprecio. Si he accedido a vuestro pedido, por de pronto es por mi piedad y por el deseo que tengo de que cada uno observa sus propios ritos nacionales; además porque sé que, de este modo, obraré de manera grata al rey Herodes y a Aristóbulo el joven, de quien conozco su piedad hacia mí como también su celo por vuestras cosas, y con los cuales tengo muchos deberes de amistad, pues son gente eminente que estimo. Sobre el particular he escrito a Cuspio Fado, mi procurador. Nombres de los portadores de la carta: Cornelio, hijo de Cerón, Trifón, hijo de Teudión, Doroteo, hijo de Natanael, Juan, hijo de Juan. Escrita el cuarto día antes de las calendas de julio, bajo el consulado de Rufo y de Pompeyo Silano.»

3. Herodes, hermano del rey Agripa, que en aquel momento gobernaba en Calcis, pidió también al emperador Claudio que los judíos pudieran disponer libremente del Templo, del tesoro sagrado y que quedara en su poder la elección de los pontífices. Lo obtuvo todo. Desde entonces este poder perteneció a todos sus descendientes, en quienes quedó hasta el fin de la guerra. Entonces Herodes destituyó del sumo pontificado al que tenía de sobrenombre Cantera y le dio como sucesor en esta dignidad a José hijo de Cam.

## CAPÍTULO II

*Elena, reina de Adiabena, y su hijo Izates se convierten al judaísmo. Viaje de Elena a Jerusalén.*

1. Por este tiempo, la reina de Adiabena, Elena, y su hijo Izates adoptaron las costumbres judías por el siguiente motivo. Monobazes, rey de Adiabena, por sobrenombre Bazco, enamorado de su hermana Elena, se casó con ella y la dejó embarazada. Durmiendo un día con ella, por casualidad puso su mano sobre su vientre. En sueños, parecióle oír una voz que le ordenaba retirar la mano de encima de la esposa para no comprimir el feto que llevaba, al cual la providencia divina había reservado el poder y un fin feliz. Conturbado por esta voz, despertose y se lo dijo a su mujer. Dieron el nombre de Izates al hijo que les nació.

Monobazes ya había tenido con Elena otro hijo, Monobazes, y tenía otros hijos de otras mujeres; pero claramente evidenciaba que todo su afecto se concentraba en Izates, como si solamente él existiera. Ésta fue la causa de que todos sus hermanos de parte de padre tuvieran celos de Izates, por contar con la preferencia del rey. Monobazes se daba perfectamente cuenta de ello, pero lo atribuía no a su perversidad, sino al deseo que cada uno de ellos experimentaba de una benevolencia igual. En cuanto al adolescente, el rey, temeroso de que el odio de sus hermanos le ocasionara algún mal, después de hacerle grandes regalos lo envió a Abenerig, rey del Campo de Espasina, a quien lo confió para mayor seguridad. Abenerig recibió al joven muy afectuosamente, le entregó por esposa a su hija Simaco y lo gratificó con una región de la cual percibía grandes ingresos.

2. Monobazes era ya anciano y se daba cuenta que no le quedaba mucho tiempo de vida; de modo que quiso ver a su hijo antes de morir. Lo hizo venir y lo abrazó con gran cariño y le entregó la región denominada Carres; esta tierra produce en abundancia comestibles. También se encuentran allí los restos del arca en la cual Noé escapó del diluvio, restos que todavía se muestran a los que quieran verlos. Izates, por lo tanto, vivió en esta región hasta la muerte de su padre. El día en que Monobazes murió, la reina Elena hizo congregarse a todos los grandes del estado, los sátrapas del reino y los comandantes de las tropas. Cuando estuvieron reunidos, les dijo:

—Creo que vosotros no ignoráis que mi esposo deseaba que Izates fuera su sucesor en el trono, pues lo juzgaba digno de ello. Sin embargo, espero vuestra opinión. Es feliz aquel que recibe el poder, no de uno solo, sino de muchos y con su pleno consentimiento.

Éstas fueron las palabras que dijo, para conocer los sentimientos de aquellos a quienes había convocado. Ellos, ante estas palabras, se postraron delante de la reina según su costumbre, y luego declararon que ratificarían la elección del rey y de buen grado obedecerían a Izates, preferido por su padre, según la justicia y de acuerdo con

una decisión unánime. Agregaron también que de buen grado estaban dispuestos a matar a sus hermanos y parientes, para que Izates ocupara el trono con toda seguridad. Efectivamente, mediante su muerte, se eliminaría todo peligro que pudiera surgir del odio y celos de los hermanos.

En respuesta, Elena les agradeció sus buenas disposiciones hacia Izates y hacia ella misma; sin embargo, les rogó que postergaran su intención de matar a los hermanos de Izates hasta que éste hubiera llegado y dado su aprobación.

Como ella no había aceptado la propuesta de darles muerte le pidieron que, por lo menos, los hiciera mantener encadenados hasta el regreso de Izates, para mayor seguridad. Además le aconsejaron que provisoriamente estableciera como regente del reino a aquél en el cual ella tuviera mayor confianza.

Elena siguió este consejo e invistió con el poder a Monobazes, el hijo mayor del rey, imponiéndole la diadema y dándole el anillo con el sello de su padre y lo que en ese país llaman *sampsera*. Lo invitó a que administrara el reino hasta el regreso de su hermano.

Este vino rápidamente, así que se informó de la muerte de su padre, y reemplazó a su hermano Monobazes, quien le cedió el poder.



*El Templo de Jerusalén. Maqueta.*

3. En la época en que Izates vivía en el Campo de Espasina, un comerciante judío, llamado Ananías, que tenía acceso al gineceo real, enseñó a las mujeres a adorar a Dios según la costumbre nacional de los judíos. Gracias a ellas se dio a conocer a Izates y también lo persuadió. Cuando éste fue llamado por su padre a Adiabena, Ananías lo acompañó, accediendo a sus insistentes solicitudes. Aconteció que Elena, instruida de la misma manera por otro judío, también se había convertido a sus leyes.

Cuando Izates se hizo cargo del reino y supo que sus hermanos y parientes estaban encadenados, disgustose de lo acontecido. Considerando que era impío matarlos o retenerlos encadenados, pero por otra parte juzgando que era peligroso dejarlos libres en su cercanía, pues se acordarían de las ofensas recibidas, a algunos con sus hijos los envió a Roma al emperador Claudio como rehenes y a otros, con un

pretexto análogo, los remitió a Artabano, el parto.

4. Cuando supo que su madre se sentía muy satisfecha con las costumbres judías, se apresuró a amoldarse a ellas; creyendo que no sería definitivamente judío mientras no se circuncidara, se dispuso a hacerlo. Pero su madre intentó impedirselo, diciéndole que se pondría en peligro. Efectivamente, era rey y se enajenaría el aprecio de sus súbditos si supieran que deseaba adoptar costumbres extranjeras opuestas a las suyas, pues no tolerarían un rey que fuera judío. Dijo estas cosas, oponiéndose decididamente a sus designios; Izates se lo contó a Ananías. Éste estuvo de acuerdo con la madre; y lo amenazó con separarse de él, si se negaba a obedecerla.

Decía temer, en caso de que llegara a conocerse, que lo castigaran como responsable de todo y por haber incitado al rey a realizar actos indignos. Por otra parte, el rey podía adorar a Dios, aun sin estar circuncidado, si estaba dispuesto a observar completamente las leyes ancestrales de los judíos, lo cual tenía más importancia que la circuncisión. Le dijo también que Dios le perdonaría el haber renunciado a este rito, constreñido a ello por la necesidad y el miedo a sus súbditos. Estas palabras persuadieron al rey. Pero enseguida, puesto que no había renunciado por completo a su designio, otro judío, que había venido de Galilea, de nombre Eleazar, que pasaba por muy entendido en la ley de sus padres, lo exhortó a que cumpliera el acto. Efectivamente, habiendo ido a saludarlo y sorprendiéndolo en el trance de leer la ley de Moisés, le dijo:

—Tú ignoras que estás cometiendo la mayor ofensa contra las leyes y por consiguiente contra Dios. No basta con leerlas, es necesario ante todo cumplir lo que ellas ordenan. ¿Hasta cuándo seguirás incircunciso? Si hasta ahora no has leído lo que dice la ley sobre la circuncisión, léelo de inmediato para saber lo grande que es tu impiedad.

Cuando hubo oído estas palabras, el rey no demoró por más tiempo su cumplimiento. Se retiró a otra cámara, mandó a buscar un médico, y le hizo ejecutar lo que le habían prescrito. Luego envió a buscar a su madre y al que fuera su maestro Ananías, y les indicó que había cumplido con el rito. Quedaron estupefactos y con gran miedo, diciéndose que si el asunto llegara a ser conocido, el rey correría peligro de verse privado del poder, pues los súbditos no soportarían que los gobernara un seguidor celoso de costumbres extranjeras; y que, incluso ellos mismos, se verían en peligro, por considerárselos responsables de lo acontecido.

Pero Dios hizo que sus temores no llegaran a realizarse. A pesar de que Izates, como sus hijos, se vieron expuestos a mil peligros, Dios los puso a salvo, haciéndolos pasar de una situación desesperada a una de seguridad, demostrando así que aquellos que elevan sus ojos a Dios y únicamente se fían de él no resultan frustrados del fruto de la piedad. Pero hablaremos de esto más adelante.

5. Elena, la madre del rey, veía que la paz reinaba en el reino y que su hijo era feliz y envidiado de todos, incluso entre los pueblos extranjeros, gracias a la providencia divina. Deseó visitar la ciudad de Jerusalén para postrarse en el Templo



de Dios, célebre en todo el mundo, y ofrecer sacrificios de acción de gracias. Para ello pidió permiso a su hijo. Izates accedió al pedido de su madre; hizo grandes preparativos para el viaje y le entregó una fuerte cantidad de dinero.

Descendió, pues, a la ciudad de Jerusalén, acompañándolo su hijo durante un largo trecho. Su llegada resultó sumamente provechosa para Jerusalén, pues en aquel momento la ciudad sufría por el hambre y muchos morían a causa de la indigencia. La reina Elena envió a algunos de sus esclavos, unos a Alejandría para que compraran trigo, otros a Chipre para que trajeran un cargamento de higos. Regresaron lo antes posible, y ella distribuyó estos alimentos a los nativos, dejando por este motivo un recuerdo imperecedero en nuestro pueblo.

Su hijo Izates, cuando supo que en Jerusalén pasaban hambre, envió una gran cantidad de dinero a los principales de la ciudad. Pero contaremos más adelante todo lo que estos reyes han hecho en beneficio de nuestro pueblo.

## CAPÍTULO III

*Izates restablece en su trono a Artabano, rey de los partos. Guerra de Bardanes contra Izates.*

1. Artabano, rey de los partos, advirtió que los sátrapas conspiraban contra él. En vista de la falta de seguridad, decidió ir a ver a Izates con el objeto de que éste le proporcionara los medios para la propia seguridad y para regresar, si ello era posible, al reino. Se dirigió, pues, al país de Izates, rodeado de cerca de mil parientes y servidores. Lo encontró en el camino; él lo reconoció, sin que Izates a su vez lo reconociera. Acercándose, se postró a sus pies, de acuerdo con la costumbre de su tierra, diciendo:

—Oh rey, no menosprecies al que te suplica y no desdeñes mi ruego. Me siento humillado por el cambio del destino. De rey que era me he convertido en un simple particular. Necesito tu ayuda. Considera la inestabilidad de la fortuna; piensa que la desgracia es algo común a nosotros dos; piensa en ti para lo futuro. Si tú no te dignas ayudarme, habrá muchos otros súbditos que se enardecen contra los otros reyes.

Dijo todo esto, mientras lloraba e inclinaba la cabeza. Izates, al oír su nombre y viendo que el que estaba ante él, suplicando y lamentándose, era Artabano, bajó rápidamente del caballo y le respondió:

—Anímate, oh rey, y que la presente tribulación no te trastorne como si fuera irreparable; tu angustia rápidamente se cambiará en gozo. Encontrarás en mí un amigo y aliado mejor de lo que esperabas. Efectivamente, yo te restableceré en el trono de los partos, o perderé el mío.

2. Dichas estas palabras, hizo montar a Artabano a caballo y él lo acompañó a pie, como homenaje a un rey más grande. Pero Artabano, al verlo, no lo aceptó y juró por el destino y la gloria que tenía en aquellos momentos que descendería del caballo, si el otro no montaba y le precedía. Izates accedió a sus deseos. Saltó a caballo y lo condujo al palacio real. En las asambleas le tributó los honores debidos y en los banquetes le otorgó el lugar más elevado, sin tener en cuenta su suerte actual, sino a causa de su dignidad pasada y en consideración a que las vicisitudes de la fortuna son comunes a todos los hombres.

Escribió también a los partos para aconsejarles que recibieran a Artabano, ofreciéndoles su fe, sus juramentos y su mediación, para asegurarles que olvidaría sus actos. Los partos contestaron que no se negarían a recibir a Artabano, pero no les era posible hacerlo, pues el poder había sido confiado a otro, denominado Cinamo, y temían que estallara una guerra.

Cinamo, conociendo su voluntad, escribió él mismo a Artabano, pues éste lo educó y estaba dotado de un carácter noble y leal. Lo invitó a que se fiara de él y fuera a retomar el reino. Cinamo salió a su encuentro, se prosternó saludándolo con el

título de rey y, quitándose la diadema, la puso sobre la cabeza de Artabano.

3. Es así como, gracias a Izates, Artabano fue restablecido en el trono del cual había sido expulsado por los grandes hacía poco. No fue ingrato a los beneficios recibidos y recompensó a Izates con los mayores honores. Le permitió que llevara la tiara derecha y que durmiera en una cama de oro, a pesar de que este honor y aquella insignia estaban reservados al rey de los partos. Le regaló también una gran región fértil que separó de las posesiones del rey de Armenia. Este país se llama Nisibis. Los macedonios habían fundado allí anteriormente la ciudad de Antioquia a la cual dieron el nombre de Epimigdonia. Éstos fueron los honores con los que el rey de los partos gratificó a Izates.

4. Poco después murió Artabano y dejó el trono a su hijo Bardanes. Éste visitó a Izates y trató de convencerlo de que se aliara con él, para hacer la guerra a los romanos. Pero no lo logró, pues Izates conocía el poder y las riquezas de los romanos y creía que tal empresa era imposible. Además había enviado a cinco de sus hijos, todavía jóvenes, para que aprendieran diligentemente nuestra lengua nacional y recibieran nuestra educación; también envió, como dije antes, a su madre para que se prosternara en el Templo. Estaba perplejo y quería apartar a Bardanes de aquella guerra, describiéndole sin cesar la fuerza y los recursos de los romanos. Pensaba de esta manera asustarlo y obligarlo a desistir de sus proyectos.

El parto, irritado, declaró de inmediato la guerra a Izates; pero en nada le aprovechó esta empresa, pues Dios deshizo todas sus esperanzas. Cuando los partos comprendieron los planes de Bardanes y su decisión de combatir a los romanos, se libraron de él y entregaron el poder a su hermano Gotarzes. Éste murió poco después, víctima de un complot, y tuvo por heredero a su hermano Vologeses, quien confió a sus hermanos de parte del padre grandes gobiernos: Pacoro, el de más edad, tuvo la Media, y Tirídates, el menor, la Armenia.

## CAPÍTULO IV

*Conversión de Monobazes. Victoria de Izates sobre Abias, rey de los árabes, y Vologeses, rey de los partos. Muerte de Izates, a quien sucede Monobazes.*

1. El hermano de Izates, Monobazes, y sus parientes, en vista de que la piedad del rey hacia Dios lo había convertido en objeto de envidia entre los hombres, desearon también abandonar su religión nacional y abrazar la de los judíos. Pero no lo ignoraron sus súbditos; los grandes, irritados por esta conversión, disimularon su cólera, no buscando sino una ocasión propicia para vengarse. Escribieron a Abias, rey de los árabes, prometiéndole una gran suma de dinero si hacía la guerra a su rey. Se comprometían a traicionarlo al primer encuentro, pues querían castigarlo porque había repudiado las costumbres nacionales. Luego que mutuamente se juraron fidelidad, lo exhortaron a que procediera rápidamente. El árabe estuvo de acuerdo y marchó contra Izates, al frente de un gran ejército.

Cuando se iba a entablar la primera batalla, antes de que llegaran a las manos, los grandes, de acuerdo con lo convenido, abandonaron a Izates, simulando un terror pánico y escaparon dando las espaldas al enemigo. Izates, lejos de abatirse, comprendió que los grandes lo habían traicionado y se retiró a su campamento. Indagó la causa de la huída y cuando supo que se trataba de un acuerdo con el árabe, se desembarazó de los culpables. Al día siguiente atacó a los enemigos, mató a un gran número de ellos y obligó al resto a huir. Persiguió a su rey y lo obligó a refugiarse en una fortaleza denominada Arsamo. La sitió enérgicamente hasta que la tomó. Se apoderó de todo el botín, que era considerable, y regresó a Adiabena sin haberse podido apoderar de Abias vivo, pues éste, rodeado por todos lados, se había suicidado.

2. Los grandes de Adiabena habían fracasado en esta primera conspiración. Dios había protegido al rey. Sin embargo, en vez de quedarse tranquilos, escribieron de nuevos a Vologeses, rey de los partos, invitándolo a que matara a Izates y que les diera otro príncipe, de origen parto. Decían que odiaban a su rey por haber violado su religión ancestral, adoptando ritos extranjeros.

Con estas nuevas, el rey parto se sintió movido a la guerra; pero en vista de que no había pretexto ninguno para ello, pidió a Izates que le devolviera los signos de honor que le diera su padre, y en caso de que rehusara, lo amenazaba con la guerra.

Izates se sintió muy intranquilo; opinaba que al renunciar a los honores se condenaba a sí mismo, pues dejaría la impresión de obrar por miedo. Además sabía que el parto, aun después de esta devolución, no se aquietaría. Consideró que lo más conveniente sería confiar a la protección de Dios su vida en peligro. Pensando que Dios era el más poderoso de los aliados, instaló a sus mujeres e hijos en los fuertes más seguros, envió todo el trigo a los castillos e incendió los forrajes. Una vez

tomadas estas precauciones, esperó al enemigo.

El rey de los partos, acompañado de una gran cantidad de soldados de infantería y caballería, llegó mucho antes de lo que se le esperaba, pues había estado marchando sin descanso. Estableció su campamento cerca del río que separa la Adiabana de la Media; Izates puso el suyo a poca distancia, con seis mil hombres de a caballo. Izates recibió un mensaje enviado por el parto en el cual le recordaba las numerosas fuerzas que traía consigo, desde el río Éufrates hasta las fronteras de la Bactriana, y le enumeraba todos los reyes que eran sus súbditos. El parto, además, amenazaba castigarlo por su ingratitud y declaraba que ni el Dios a quien adoraba lo libraría de sus manos.

Después de escuchar al mensajero, Izates respondió que conocía las fuerzas de los partos, sin duda muy superiores a las suyas, pero que sabía mejor aún que Dios es más poderoso que todos los hombres. Dada esta respuesta, se puso a rogar a Dios postrándose en el suelo y esparciéndose ceniza en la cabeza. Ayunó con su esposa e hijos e invocando a Dios, dijo:

—Si no es en vano, Señor y dueño soberano, que yo he contado con tu bondad y si he acertado al considerarte único y supremo señor de todas las cosas, ven en mi ayuda y defiéndeme contra mis enemigos, no solamente en mi interés, sino porque ellos se han atrevido a atacar tu poder.

Oró en esta forma con llantos y gemidos, y Dios lo escuchó. La noche siguiente, Vologeses recibió una carta en la cual le anunciaban que un gran ejército de dacios y sacos se habían aprovechado de su ausencia para devastar el país de los partos. Entonces, sin haber hecho nada, levantó el campamento y volvió atrás. Es así como, gracias a la providencia divina, Izates escapó a las amenazas de los partos.

3. Poco después Izates murió, cumplidos los cincuenta y cinco años y después de veinticuatro de reinado, dejando veinticuatro hijos y veinticuatro hijas. La sucesión al trono, según lo había ordenado, pasó a su hermano Monobazes, en recompensa a la fidelidad con que le había conservado el poder, estando ausente, luego de la muerte de su padre. Su madre Elena se afligió intensamente por la muerte de su hijo, como es natural para una madre privada del más afectuoso de sus hijos; pero se consoló al saber que la sucesión se había otorgado a su hijo mayor, apresurándose a ir a su lado. De regreso a Adiabana, sobrevivió poco tiempo a su hijo Izates. Monobazes envió sus huesos y los de su madre a Jerusalén, y los hizo sepultar en las tres pirámides que su madre había hecho elevar a tres estadios de la ciudad. Pero más adelante hablaremos de lo que hizo Monobazes durante su vida.

## CAPÍTULO V

*Tiberio Alejandro, procurador de Judea, castiga a los hijos de Judas el galileo.  
El procurador Cumano reprime una sedición con una gran matanza de judíos  
junto al Templo*

1. Siendo Fado procurador de Judea, un cierto mago de nombre Teudas persuadió a un gran número de personas que, llevando consigo sus bienes, lo siguieran hasta el río Jordán. Afirmaba que era profeta, y que a su mando se abrirían las aguas del río y el tránsito les resultaría fácil. Con estas palabras engañó a muchos. Pero Fado no permitió que se llevara a cabo esta insensatez; envió una tropa de a caballo que los atacó de improviso, mató a muchos y a otros muchos hizo prisioneros. Teudas fue también capturado y, habiéndole cortado la cabeza, la llevaron a Jerusalén. Estas cosas acontecieron siendo Cuspido Fado procurador.

2. Sucedió a Fado Tiberio Alejandro, hijo de Alejandro, que fuera alabarca de Alejandría, el primero de sus contemporáneos por su nobleza y riqueza y que sobresalió también por su piedad hacia Dios a su hijo Alejandro, pues éste no permaneció fiel a las costumbres y las leyes patrias. En su tiempo fue cuando sobrevino en Judea la época de gran hambre, en cuya oportunidad la reina Elena compró con su dinero mucho trigo en Egipto, según dijimos antes. En este tiempo fueron muertos los hijos de Judas el galileo, el que había incitado al pueblo a la rebelión, cuando Quirino realizaba el censo de Judea, como hemos dicho antes. Eran Jacobo y Simón, a quienes Alejandro ordenó que crucificaran. Herodes, rey de Calcis, privó del pontificado a José hijo de Cam, y lo traspasó a Ananías hijo de Zebedeo. Cumano sucedió a Tiberio Alejandro. Herodes, hermano del rey Agripa el Grande, falleció en el año octavo del reinado de Claudio, dejando tres hijos: Aristóbulo, hijo de su primera esposa Mariamne y Bereniciano e Hircano hijos de Berenice, la hija del hermano. Claudio César entregó su reino al joven Agripa.

3. Una revuelta que se produjo en la ciudad de Jerusalén, siendo administrador de Judea Cumano, costó la vida a un gran número de judíos. Pero expondré en primer lugar su causa. En la fiesta de Pascua, cuando es costumbre entre nosotros comer panes no fermentados, congregándose una gran multitud para su ablución, temeroso Cumano de alguna sedición, ordenó que una cohorte se apostara con sus armas en los pórticos del Templo, a fin de reprimir cualquier tumulto que se produjera. Así acostumbraban a hacerlo antes que él los procuradores de Judea.

En el cuarto día de la festividad un soldado descubrió su sexo y lo mostró a la gente. Los que lo vieron se irritaron, y dijeron que no eran ellos los insultados, sino Dios. Algunos de los más decididos dijeron que Cumano era el responsable, y por eso lo injuriaron. Cumano, al oír sus expresiones, se irritó, y pidió a los descontentos que no ocasionaran tumultos durante las fiestas. No logró persuadirlos, arreciando las

injurias.

Cumano ordenó a todas las tropas que, tomando las armas, se concentraran en la fortaleza Antonia la cual, como dijimos, domina al Templo. La multitud, a la vista de los soldados, aterrorizada, se apresuró a huir; como las salidas eran estrechas y creían que los enemigos los perseguían, muchos de ellos perecieron en estos lugares angostos. Hubo veinticinco mil muertos en aquel tumulto; de manera que la festividad se convirtió en fecha de luto, de tal manera que todos, olvidados de los sacrificios y de las oraciones, se pusieron a lamentarse y gemir. El impudor de un soldado fue causa de una gran calamidad.

4. Todavía no habían dejado de lamentarse por este suceso, cuando se produjo otra desgracia. Algunos de los que siempre buscan revueltas atacaron a Esteban, esclavo del emperador, en la vía pública, a cien estadios de la ciudad, como si fueran ladrones, y lo despojaron de todo lo que llevaba. Cuando Cumano lo supo, envió inmediatamente soldados para que saquearan los poblados vecinos y apresaran a los más nobles de ellos, para que dieran cuenta del crimen. Mientras se procedía a la devastación de los poblados, un soldado encontró las leyes de Moisés, guardadas en uno de estos pueblos y, exponiéndolas a la vista de todos, las rompió, agregando a esto burlas y ofensas.

Cuando se enteraron los judíos, bajaron en gran número a Cesárea, donde se encontraba Cumano, para suplicarle que vengara, no a ellos, sino a su Dios, cuyas leyes habían sido ultrajadas; pues a ellos no les era posible vivir si las leyes de sus padres eran tratadas tan indignamente. Entonces Cumano, temeroso de que la multitud se agitara de nuevo, siguió el consejo de sus amigos e hizo decapitar al soldado que había ultrajado a las leyes. Así apaciguó la sedición que estaba a punto de estallar de nuevo.

## CAPÍTULO VI

*Discordia entre galileos y samaritanos. Cuadrato, gobernador de Siria, envía a los principales a Roma. Claudio resuelve la cuestión: absuelve a los judíos y castiga a los responsables de la revuelta.*

1. Surgieron disensiones entre los samaritanos y los judíos por el siguiente motivo. Los galileos acostumbraban en los días de fiesta, cuando iban a Jerusalén, a pasar por Samaria. Estando en camino, algunos hombres de un poblado llamado Ginea, situado en los límites de Samaria y de la gran llanura, los atacaron y mataron a muchos de ellos.

Los principales de los galileos, cuando se informaron del crimen, presentáronse ante Cumano y le pidieron que vengara a los muertos. Pero él, que había sido corrompido por los samaritanos con dinero, no los escuchó. Entonces los galileos, indignados, llamaron a los judíos a las armas para defender su libertad. Decían que la servidumbre era ya de por sí muy acerba, pero si se le agregaba la injuria resultaba intolerable.

Los magistrados se esforzaron en apaciguar y aquietar a la multitud, prometiendo que hablarían con Cumano para persuadirlo que castigara a los autores de las muertes. No los escucharon; tomaron las armas y llamando en su auxilio a Eleazar hijo de Dineo, un ladrón que por espacio de muchos años había vivido en los montes, robaron e incendiaron varios poblados de los samaritanos.

Cumano, cuando se enteró, tomó consigo al escuadrón de Sebaste y cuatro cohortes de a pie y armó también a los samaritanos, y marchó contra los judíos. Habiéndolos alcanzado, mató a muchos de ellos y a muchos otros los hizo prisioneros.

Los principales de Jerusalén por su nobleza y por los honores, en vista de la magnitud de los males en los que habían caído, vistieron cilicios y se cubrieron la cabeza con ceniza. Pidieron y exhortaban a los revoltosos, puesto que tenían ante sus ojos la patria que iba a ser abolida, el Templo destruido y, en fin, las mujeres y los hijos reducidos a esclavitud, que cambiaran de propósito, que depusieran las armas, se tranquilizaran y regresaran a sus casas. Estas palabras persuadieron a los amotinados, los cuales se dispersaron; y los ladrones regresaron a sus lugares inexpugnables; pero, después de esto, toda Judea estuvo infectada de ladrones.

2. Los primeros de los samaritanos se presentaron ante Ummidio Cuadrato, gobernador de Siria, que entonces vivía en Tiro, para acusar a los judíos de haber saqueado e incendiado sus poblados. Afirmaron que no les dolía tanto la injuria que habían recibido de ellos cuanto el menosprecio en que tenían a los romanos, a quienes debían haber acudido como jueces, si se sentían ofendidos, en vez de llevar a cabo incursiones, como si no estuvieran gobernados por los romanos. Por esto se



presentaban ante él, pidiéndole que los vengara. Ésta era la índole de las acusaciones de los samaritanos.

Los judíos sostuvieron que los culpables de la revuelta y de la lucha habían sido los samaritanos y, sobre todo, que Cumano había sido corrompido con sus regalos y que, por este motivo, ocultó y disimuló la matanza de judíos. Cuando Cuadrato hubo oído estas cosas, difirió la sentencia, diciendo que la daría cuando fuera a Judea y se informara más detalladamente de la verdad.

Se retiraron sin que nada se hubiera decidido. Poco después Cuadrato pasó a Samaria en donde, luego de oír a todos, estaba por decidir que los samaritanos habían sido los culpables de las sediciones. Pero al informarse de que algunos judíos habían fraguado una revolución, hizo crucificar a los capturados por Cumano. De allí pasó al poblado llamado Lida, que por su magnitud no cedía en grandeza a una ciudad; se instaló en un tribunal y, por segunda vez, escuchó a los samaritanos. Uno de ellos le dijo que uno de los principales de los judíos, de nombre Dorto, y algunos más, en número de cuatro, ansiosos de novedades, se esforzaban en alejar al pueblo de los romanos. Mandó que los mataran. Envió al pontífice Ananías y al pretor Anán a Roma, encadenados, para que dieran cuenta de sus actos al emperador Claudio. Luego dispuso que los principales de los samaritanos y de los judíos, el procurador Cumano y Céler, un tribuno, marcharan a Italia, para someter al juicio del César sus controversias. Temeroso de que los judíos fraguaran nuevas sediciones, se dirigió a la ciudad de Jerusalén; la encontró apaciguada y en trance de celebrar una fiesta antigua en honor de Dios. Convenciose que no había peligro ninguno de sedición; por esto, dejando la fiesta, regresó a Antioquía.

3. Cumano y los principales de los judíos, que fueron enviados a Roma, obtuvieron del César una audiencia para tratar sobre los litigios que los dividían. Los libertos y amigos del César apoyaban calurosamente a Cumano y los samaritanos. Los judíos habrían sido derrotados si Agripa el joven, que entonces se encontraba en Roma y veía el temor de los judíos, no implorara vivamente a la emperatriz Agripina que persuadiera a su marido que juzgara de acuerdo con la justicia, luego de oír a ambas partes, a los que eran responsables de la revuelta.

Claudio, impresionado por el pedido, escuchó a ambas partes, y comprobó que los samaritanos eran los culpables de todos los males; ordenó que se ejecutara a los que se habían presentado ante él y desterró a Cumano; y, por último, ordenó que el tribuno Céler fuera llevado a Jerusalén y muerto, luego de ser paseado por la ciudad a la vista de todos.

## CAPÍTULO VII

*Félix es nombrado procurador de Judea. Su matrimonio con Drusila.*

1. Claudio envió a Félix<sup>[313]</sup>, hermano de Palas, para que tomara a su cargo los asuntos de Judea. En el año duodécimo de su imperio, dio a Agripa la tetarquía de Filipo y la Batanea, agregándola Traconítida y Abila, esto es, la tetarquía de Lisania; pero le quitó la Calcídica, donde había gobernado durante cuatro años. Recibido este presente del emperador, Agripa entregó en matrimonio a Aziz, rey de Emeso, que había accedido a circuncidarse, su hermana Drusila. Epífanos, hijo del rey Antíoco, había rehusado casarse con ella, pues se negó a aceptar la religión de los judíos y abandonar la suya, aunque así lo había prometido al padre de la muchacha. Luego casó a Mariamne con Arquelao hijo de Helcias, a quien la había prometido Agripa padre. Les nació una hija de nombre Berenice.

2. Poco después se disolvió el matrimonio de Drusila y Aziz por el siguiente motivo. Siendo Félix procurador de Judea, al ver a Drusila, que sobresalía en hermosura entre las demás mujeres, se inflamó de deseo por ella. Le envió un judío chipriota, de nombre Simón, que pretendía ser mago, para persuadirla que dejara a su marido y se casara con él, prometiéndole hacerla feliz si accedía a este deseo. Ella, no obrando bien, y con miras a escapar a la envidia de su hermana Berenice, pues la fastidiaba frecuentemente a causa de su hermosura, se dejó persuadir en contra de las leyes patrias, para casarse con Félix.

Le dio un hijo, al cual puso el nombre de Agripa. Más adelante expondré en qué forma este joven pereció con su madre en ocasión de la erupción del Vesubio en tiempo de Tito César.

3. Berenice, después de la muerte de Herodes, que fuera su marido y a la vez su tío, luego de una larga viudez, durante la cual corría el rumor de que mantenía relaciones con su hermano, persuadió a Polemón, que era rey de Cilicia, que se circuncidara y se casara con ella. Creía que en esta forma terminaría con las mentiras y calumnias. Polemón accedió, especialmente a causa de sus riquezas. Sin embargo, este matrimonio no duró mucho tiempo; Berenice, mujer intemperante, abandonó a Polemón. Él, una vez disuelto el matrimonio, dejó de ser fiel a las costumbres y leyes de los judíos. Por el mismo tiempo Mariamne repudió a Arquelao y se casó con Demetrio, el primero de los judíos alejandrinos por su nacimiento y sus riquezas; además era alabarca. Tuvo un hijo con él, al cual llamó Agripino. Más adelante habrá lugar para hablar de todo esto más detalladamente.

## CAPÍTULO VIII

*Muerte de Claudio. Advenimiento de Nerón. Félix destruye los nidos de ladrones. El caso del impostor egipcio. Sublevación de Cesárea. Festo reemplaza a Félix*

1. Claudio César murió luego de gobernar trece años, ocho meses y veinte días. Algunos dijeron que había sido envenenado por su mujer Agripina. El padre de esta mujer fue Germánico, hermano del César; y tuvo por marido a Domicio Enobarbo, romano ilustre. Muerto él, después de permanecer viuda por largo tiempo, Claudio se casó con ella, llevando Agripina consigo a un hijo que se llamaba Domicio como su padre. Anteriormente Claudio había hecho matar, por celos, a su esposa Mesalina, con la cual había tenido dos hijos, Británico y Octavia. Tenía además otra hija mayor, que se llamaba Antonia, nacida de su esposa anterior, Petina. Casó a Octavia con Nerón, nombre que dio a Domicio después de adoptarlo.

2. Agripina temía que Británico, cuando fuera adulto, ocupara el trono de su padre. Con el deseo de que pasara a su hijo, según se dice, hizo todo lo posible para matar a Claudio. Después procuró que Burro, prefecto del ejército, así como también los tribunos y libertos de mayor autoridad, se llevaran a Nerón al campamento y lo proclamaran emperador.

Nerón, luego de obtener el poder, envenenó a Británico ante numerosas personas; también asesinó abiertamente a su madre, agradeciéndole en esta forma, no solamente el que lo hubiera engendrado, sino también el que con sus maquinaciones obtuviera el imperio para él. Igualmente hizo morir a Octavia, su esposa, y a muchos ilustres varones, acusándolos de intrigar.

3. Pero no quiero detenerme por más tiempo en el particular. Son muchos los que han escrito la historia de Nerón: los unos han disfrazado la verdad, para agradarle, pues fueron bien tratados por él; otros, en cambio, por el odio y enemistad con qua lo contemplaban, lo han tratado tan desmedidamente que merecen igual reproche que los primeros. No hay motivo para que me admire que hayan mentido con relación a Nerón, pues tampoco al escribir sobre sus predecesores han respetado la verdad histórica; y, con todo, no los odiaban, pues vivieron mucho tiempo después. Pero que escriban de acuerdo a sus caprichos aquellos que no guardan el menor respeto por la verdad, si es que así les gusta. En cuanto a nosotros, nos hemos propuesto atenernos únicamente a la verdad, aunque tocando sólo de paso lo que no se refiere a nuestros asuntos, los de los judíos, que debemos exponer de una manera menos superficial, sin vacilación ninguna, para explicar claramente nuestras desgracias y nuestros defectos. Dicho esto, expondré lo referente a nosotros.

4. En el año primero del reinado de Nerón, muerto Aziz, príncipe de los emesos, lo sucedió en el poder su hermano Soem. Aristóbulo recibió de Nerón el gobierno de

la Armenia Menor; este Aristóbulo era hijo de Herodes, rey de Calcis. Nerón dio además a Agripa parte de la Galilea, Tiberíades y Tariquea, ordenando que le estuvieran sometidas; también le entregó Julias, población de Perea y catorce poblados de su vecindad.

5. Los asuntos de los judíos día a día empeoraban. El país estaba lleno de ladrones y de impostores que seducían a la multitud. Todos los días Félix capturaba a algunos de los últimos, junto con ladrones, y los hacía perecer. Capturó vivo a Eleazar hijo de Dineo, que había reunido una caterva de ladrones; le dio su palabra de que nada le iba a acontecer, y así lo indujo a que se le acercara; luego lo envió a Roma encadenado.

Félix odiaba al pontífice Jonatás, porque le exhortaba frecuentemente a que administrara mejor los asuntos de los judíos, pues no quería que le reprocharan el que hubiese pedido al emperador que les enviara a Félix como procurador. Por ese motivo, Félix buscaba un pretexto para librarse de él, por resultarle molesto. Molesta ser amonestado frecuentemente a aquellos que se han propuesto obrar injustamente.

Por este motivo, Félix corrompió con la entrega de gran cantidad de dinero, a un tal Doras, amigo íntimo de Jonatás, de origen jerosolimitano, para que le enviara ladrones que lo mataran. Doras, dispuesto a obedecerle, arbitró de esta manera la muerte del pontífice. Algunos de los ladrones ascendieron a la ciudad, como si quisieran adorar a Dios, teniendo ocultas las dagas bajo los vestidos; mezclados con los criados de Jonatás lo mataron.

Esta muerte quedó sin venganza. Posteriormente los ladrones, sin amedrentarse, ascendieron al Templo durante las festividades, ocultando las armas como antes; mezclados con la turba, mataron a unos porque eran sus enemigos y a otros porque se les pagaba para hacer ese servicio; y lo llevaban a cabo, no sólo en la ciudad, sino en el mismo Templo. Efectivamente, se atrevían a matar en el Templo, como si obrar de esta manera no fuera un acto impío.

Por eso creo que Dios, ofendido por su impiedad, se apartó de nuestra ciudad; juzgó que el Templo ya no era su morada pura, e hizo que los romanos purificaran con el fuego a la ciudad, nos redujeran a la esclavitud a nosotros, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, a fin de que, advertidos por tales calamidades, volviéramos a la rectitud.

6. Con esos hechos perpetrados por los ladrones, la ciudad estaba repleta de crímenes horrendos. Los impostores y los hombres falaces persuadían a la multitud que los siguieran al desierto. Decían que allí les mostrarían signos y señales que sólo pueden producirse por obra y providencia de Dios. Muchos que los creyeron, sufrieron los castigos que merecían por su locura, pues Félix los hizo ejecutar cuando le fueron entregados.

En ese tiempo llegó a Jerusalén un egipcio que simulaba ser profeta, y quiso persuadir a la multitud que ascendiera con él al monte de los Olivos, que se encuentra a la distancia de cinco estadios de la ciudad. Les dijo que desde allí verían caer por su orden los muros de Jerusalén, y les prometió abrirles un camino para volver a la

ciudad.

Cuando Félix oyó tales cosas; ordenó a sus soldados que tomaran las armas. Salió de Jerusalén con muchos soldados de caballería y de infantería, y atacó al egipcio y a los que estaban con él. Mató a cuatrocientos de ellos, e hizo prisioneros a doscientos. En cuanto al egipcio, eludió el encuentro y se escapó.

De nuevo los ladrones incitaron al pueblo a hacer la guerra a los romanos, diciendo que no había que obedecerles. Incendiaban y robaban las casas de los que no estaban de acuerdo con ellos.

7. También se produjo una disensión entre los judíos que vivían en Cesárea y los sirios de la misma ciudad, acerca de la igualdad de los derechos de ciudadanía. Los judíos querían ser los primeros en todo, pues su rey Herodes, fundador de Cesárea, había sido judío de nacimiento. Los sirios lo reconocían, pero agregaban que la ciudad anteriormente se había llamado Torre de Estratón y que en ese entonces no había allí ningún judío. Informados de esto los magistrados de la ciudad, capturaron a los autores de la sedición de ambos lados y los golpearon, con lo cual el tumulto quedó apaciguado por algún tiempo.

Pero de nuevo los judíos moradores de la ciudad, confiados en sus riquezas y teniendo por este motivo en menos a los sirios, los injuriaron, esperando que así lograrían provocarlos. Los otros, inferiores en lo referente a dinero, pero orgullosos de que la mayoría de los que servían en las tropas romanas fueron de Cesárea o de Sebaste, devolvieron los insultos a los judíos. Llegose al extremo de que judíos y sirios se apedrearán mutuamente, causándose gran número de muertos y heridos de ambos lados. Los judíos, sin embargo, salieron victoriosos. Félix, en vista de que esta agitación en muy poco se diferenciaba de una guerra, pidió a los judíos que se quedaran tranquilos. Como no le hicieron caso, ordenó a los soldados que los atacaran; fueron muertos muchos de ellos y otros hechos prisioneros. También Félix permitió a los soldados que saquearan algunas casas de judíos llenas de riquezas. Los más moderados y de mayor dignidad de los judíos, pidieron a Félix que hiciera sonar la trompeta para llamar a los soldados, de modo que quedaran perdonados los restantes para que pudieran arrepentirse de su conducta. Félix consintió.

8. Por este tiempo el rey Agripa confirió el pontificado a Ismael, hijo de Fab. Se originaron disensiones entre los pontífices y los sacerdotes y principales de Jerusalén. De tal modo que cada uno de los sectores, se puso al frente de una banda de hombres muy decididos y revoltosos. En los encuentros se injuriaban mutuamente y se apedreaban, sin que nadie los llamara al orden, como si se tratara de una ciudad privada de jefes. Fue tan grande la audacia de los pontífices, que exentos de toda vergüenza enviaron a sus siervos a las eras, para que se apoderaran de los diezmos que pertenecían a los sacerdotes. Por lo cual aconteció que algunos de los sacerdotes, cuya situación familiar era muy pobre, murieran por falta de alimentos. Es así como la violencia de los facciosos se imponía sobre el derecho.

9. Porcio Festo<sup>[314]</sup> fue enviado por Nerón para suceder a Félix. Los principales

de los judíos que vivían en Cesárea se dirigieron a Roma para acusar a Félix, el cual habría sido castigado por sus injusticias con los judíos si Nerón no hubiera sido muy condescendiente ante los pedidos de Palas, el hermano de Félix, que gozaba de gran prestigio con él. Dos de los sirios principales de Cesárea, mediante la donación de gran cantidad de dinero, persuadieron a Burro, instructor de Nerón, encargado por éste de los asuntos de las regiones griegas, que pidiera a Nerón que privara a los judíos del derecho de ciudadanía que les era común con los sirios. Burro se lo pidió al emperador y lo obtuvo y envió un rescrito, que fue la causa de todos los males que posteriormente afligieron a nuestro pueblo. Cuando los judíos de Cesárea se informaron de lo otorgado a los siros, persistieron en sus revueltas contra ellos hasta que estalló una guerra.

10. Cuando Festo pasó a Judea con motivo de las fiestas, encontró a la ciudad asolada por los ladrones, que incendiaban y saqueaban todas las aldeas. Los llamados sicarios, en realidad ladrones, eran muy numerosos; se servían de puñales cortos, casi de la misma longitud que los *acinace* de los persas, pero curvos como aquellos que los romanos llaman *sicae*, con los cuales estos ladrones mataban a mucha gente y de cuyo uso tomaron el nombre. Durante los días festivos, como antes dijimos, mezclados con la multitud que venía de todos lados por razones religiosas, mataban a los que querían sin dificultad ninguna. Frecuentemente irrumpían en los poblados enemigos y, después de haberlos saqueado, los incendiaban. Festo envió tropas de infantería y caballería contra los que habían sido engañados por un impostor que les había prometido la cesación de todos los males y plena seguridad, si lo seguían al desierto. Los soldados mataron al impostor y a los que estaban con él.

11. Por el mismo tiempo el rey Agripa construyó un salón comedor, de una respetable magnitud, en el palacio de Jerusalén, cerca de la galería cubierta. Este palacio antes fue de los Asmoneos y se encontraba en un lugar elevado, desde el cual los que querían contemplar la ciudad disponían de una vista muy agradable. Al rey le gustaba hacerlo; y cuando se tendía a comer miraba lo que ocurría en el Templo.

Cuando lo supieron los jefes de Jerusalén, se indignaron en gran manera. Ni la costumbre nacional ni las leyes permitían que aquello que se realizaba en el Templo, especialmente los sacrificios, fuera observado. Por este motivo levantaron una gran pared por encima de la sala de reunión que, en el conjunto interior del Templo, miraba al occidente. Este edificio interceptaba no sólo el comedor del rey, sino también el pórtico occidental exterior del Templo desde el cual los romanos vigilaban durante las fiestas.

Tanto el rey Agripa como el procurador Festo se irritaron por esto y ordenaron la demolición del muro. Pero los judíos pidieron que se les permitiera enviar legados a Nerón, pretendiendo que no podrían soportar la vida si tenían que destruir parte del santuario. Festo les otorgó permiso; y enviaron a diez delegados ante Nerón, de los principales del pueblo; entre ellos estaban Ismael, el pontífice y Helcias, el guardián del tesoro.

Después de haberlos oído, Nerón no sólo les perdonó su acto, sino que accedió a que conservaran la construcción, a fin de complacer a su esposa Popea que se interesó por ellos, pues era una mujer piadosa. Ordenó ella a los diez que se fueran, pero retuvo como rehenes a Helcias y a Ismael.

Cuando el rey lo supo entregó el sumo pontificado a José, hijo del sumo sacerdote Simón; José era llamado por sobrenombre Cabi.

## CAPÍTULO IX

*Muerto Festo en Judea, lo reemplaza Albino, quien detiene los crímenes de los sicarios.*

1. Informado el César de la muerte de Festo, envió a Albino como procurador de Judea. El rey privó del pontificado a José, y lo concedió a Anán, hijo de Anán. Según se dice, Anán el mayor<sup>[315]</sup> fue un hombre de muchísima suerte; tuvo cinco hijos, y dio la casualidad de que los cinco obtuvieran el pontificado, siendo el primero que por mucho tiempo disfrutó de esta dignidad. Tal caso no se dio anteriormente con ningún otro pontífice. El joven Anán que, como dijimos, recibió el pontificado, era hombre de carácter severo y notable valor. Pertenecía a la secta de los saduceos que comparados con los demás judíos son inflexibles en sus puntos de vista, como antes indicamos.

Siendo Anán de este carácter, aprovechándose de la oportunidad, pues Festo había fallecido y Albino todavía estaba en camino, reunió el sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo<sup>[316]</sup>, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores a la ley y los condenó a ser apedreados.

Pero los habitantes de la ciudad, más moderados y afectos a la ley, se indignaron. A escondidas enviaron mensajeros al rey, pidiéndole que por carta exhortara a Anán a que, en adelante, no hiciera tales cosas, pues lo realizado no estaba bien. Algunos de ellos fueron a encontrar a Albino, que venía de Alejandría; le pidieron que no permitiera que Anán, sin su consentimiento, convocara al sanedrín. Albino, convencido, envió una carta a Anán, en la cual lleno de indignación le anunciaba que tomaría venganza con él. Luego el rey Agripa, habiéndole quitado el pontificado, que ejerció durante tres meses, puso en su lugar a Jesús hijo de Damneo.

2. Cuando Albino llegó a la ciudad de Jerusalén, puso todo su empeño en pacificar y tranquilizar la región, matando a varios de los sicarios. Pero de día en día el sumo pontífice Ananías crecía en reputación y obtenía en forma descollante el afecto y la estima de sus conciudadanos. Efectivamente, sabía repartir dinero y cotidianamente hacía la corte y ofrecía regalos a Albino y al sumo pontífice. Tenías unos criados muy perversos que se unían a los más audaces; violentamente se apoderaban en las eras del diezmo de los sacerdotes, golpeando a aquellos que rehusaban dárselos. De ahí que se murieran de hambre los sacerdotes que anteriormente se alimentaban con el diezmo.

3. De nuevo los sicarios, en oportunidad de una fiesta, durante la noche penetraron en la ciudad, e hicieron prisionero al secretario del comandante Eleazar, que era hijo del sumo pontífice, y se lo llevaron encadenado. Luego enviaron



mensajeros a Ananías, diciéndole que estaban dispuestos a devolver el secretario, si persuadía a Albino que pusiera en libertad a diez de los suyos que mantenía encarcelados.

Ananías, obligado por la situación, persuadió a Albino y obtuvo lo que pedía. De ahí surgieron calamidades mayores. Resultó que se apoderaron de algunos familiares y amigos de Ananías. Capturándolos vivos, no los dejaron en libertad hasta no recibir, a su vez, a algunos de los sicarios prisioneros. De ahí que, creciendo en número, infestaron todo el país.

4. Por este tiempo el rey Agripa, habiendo engrandecido la ciudad de Cesárea de Filipo, la nombró Neronías en honor de Nerón. Además hizo edificar un teatro en Berito, de elevado costo, donde ofreció espectáculos anuales; gastó en ello decenas de miles de dracmas. Pues daba al pueblo trigo y le distribuía aceite. Además adornó toda la ciudad con estatuas y copias de las obras antiguas y transportó allí todo lo que adornaba su reino, o poco menos. Con esto se concentró el odio de sus súbditos, pues les quitaba lo que era suyo para ornar una ciudad extranjera.

El rey privó del pontificado a Jesús hijo de Damneo y se lo dio a Jesús hijo de Gamaliel. Por este motivo se originó entre los dos una mutua disensión. Cada uno de ellos reunió una cohorte de hombres de la más perversa índole, que se insultaban mutuamente y a veces llegaban a apedrearse. Ananías se distinguió entre todos pues se atrajo, gracias a sus riquezas, a muchos de ellos. Por su parte Costobaro y Saúl habían congregado su porción de criminales. Eran de sangre real y estaban muy en favor de Agripa a causa de su parentesco, pero eran violentos y dispuestos a apoderarse de los bienes de los más débiles. Por todo esto nuestra ciudad estaba sumergida en muchas tribulaciones, yendo de día en día los asuntos de mal en peor.

5. Cuando Albino supo que venía a reemplazarlo Gesio Floro, quiso demostrar que había hecho algo en favor de los de Jerusalén. Habiendo reunido a los prisioneros, ordenó que fueron muertos todos aquellos que lo merecían. En cuanto a los que se encontraban en la cárcel por causas más leves, una vez que hubieron pagado la multa los dejó en libertad. En esta forma la cárcel se vació de presos, pero el país quedó infestado de ladrones.

6. Los levitas —una de nuestras tribus—, que cantaban los himnos, pidieron al rey que reuniera al sanedrín y les permitiera utilizar al igual que los sacerdotes una túnica de lino, pues pretendían que durante su reino tenía que llevar a cabo una innovación memorable. Tuvieron éxito en su pedido. Pues el rey, con el consentimiento de los que formaban el sanedrín, concedió a los cantores que abandonaran su antigua vestidura y se pusieran una de lino, como pedían. Y como una parte de la tribu ejercía su ministerio en el Templo, permitió que aprendiera los himnos, tal como lo pedían. Todo esto se había llevado a cabo en contra de lo que ordenaban las costumbres patrias, cuya violación reportaría los castigos que se merecían.



7. En esta oportunidad el Templo ya estaba terminado. El pueblo vio que los obreros, en número de dieciocho mil, estaban sin trabajo y necesitaban salarios, pues hasta entonces se habían procurado los medios de vida trabajando en el Templo. No querían repartir dinero por miedo a los romanos, pero se preocupaban por sus obreros; efectivamente, si un obrero trabajaba, aunque no fuera más que una hora, inmediatamente recibía su paga. Por eso pidieron al rey que hiciera restaurar el pórtico oriental. Era un pórtico de la parte exterior del Templo, que daba sobre un profundo valle, con muros de cuatrocientos codos de largo, y estaba construido con piedras blancas, rectangulares, de veinte codos de largo y seis de alto; era obra del rey Salomón, que fue el primero en construir todo el Templo. El rey, sin embargo, pues el César Claudio le había encargado el cuidado del Templo, pensó que destruir era fácil, lo difícil era construir, especialmente ese pórtico, por tratarse de una obra que requería tiempo y una gran cantidad de dinero. Pero no se opuso a que la ciudad fuera pavimentada con piedra blanca. Privó del pontificado a Jesús hijo de Gamaliel, y se lo dio a Matías hijo de Teófilo. Siendo éste pontífice comenzó la guerra entre los romanos y los judíos.

# CAPÍTULO X

*Los sumos pontífices judíos, desde Moisés hasta la guerra de los judíos.*

1. Creo necesario y conveniente, especialmente en esta historia, hablar de los pontífices, cuál fue su origen, a quiénes se otorgó este honor y quiénes son los que lo han ejercido hasta el fin de la guerra.

Se dice que el primero de todos fue Aarón, hermano de Moisés, quien sirvió al señor en el sumo sacerdocio; una vez muerto, lo sucedieron sus hijos, y todos sus descendientes sin excepción guardaron este honor en su familia. De ahí que, por ley de nuestros padres, nadie puede ser pontífice de Dios, si no es de la sangre de Aarón; y el cargo no es permitido a otro de otra familia, aunque se trate de un rey.

Después de Aarón que, como hemos dicho, fue el primero hasta Finees, que recibió el pontificado durante la guerra, hubo ochenta y tres sumos sacerdotes. Desde el tiempo de Moisés, en que el tabernáculo construido por éste en honor de Dios se levantaba en el desierto, hasta la llegada a Judea, en donde el rey Salomón edificó el Templo de Dios, hubo trece pontífices que ejercieron el cargo en el desierto. Al principio el pontificado se conservaba durante toda la vida; posteriormente los sumos sacerdotes fueron reemplazados cuando todavía vivían. Estos trece, puesto que eran los descendientes de los hijos de Aarón, obtuvieron el pontificado por herencia. El gobierno fue al principio aristocrático, después monárquico<sup>[317]</sup> y, en tercer lugar, real. Desde el día en que nuestros padres abandonaron a Egipto bajo la dirección de Moisés hasta la construcción del Templo, gobernaron estos trece pontífices por espacio de seiscientos doce años.

2. Después de estos trece sumos pontífices, lo ejercieron otros dieciocho, sucesivamente, desde el reinado de Salomón, en Jerusalén, hasta que Nabucodonosor, rey de Babilonia, en una expedición contra la ciudad, incendió el Templo y desterró a nuestro pueblo a Babilonia, haciendo prisionero al sumo pontífice Josadoc. Estos dieciocho ejercieron el pontificado por espacio de cuatrocientos sesenta y seis años, seis meses y diez días, durante el período en que los judíos estaban subordinados a los reyes.

Setenta años después de la conquista de Judea por los babilonios, Ciro, rey de Persia, puso en libertad a los judíos de Babilonia, y permitioles volver a su país y reedificar el Templo. En esta oportunidad, uno de los prisioneros que regresaron de Babilonia, Jesús, hijo de Josadoc, recibió el sumo pontificado. Él y sus descendientes, quince en total, fueron pontífices bajo un gobierno republicano hasta la época del rey Antíoco Eupátor, durante cuatrocientos catorce años.

3. Los citados antes, esto es, el Antíoco que acabamos de nombrar y su general Lisias, pusieron fin al sumo pontificado de Onías, por sobrenombre Menelao,

matándolo en Berea, y privaron a su hijo de la sucesión para nombrar sumo pontífice a Jacim, que pertenecía a la raza de Aarón, pero no era de la familia de Onías. Por esto Onías, hijo del Onías muerto y que tenía el mismo nombre que su padre, se fue a Egipto, donde lo recibieron amistosamente Ptolomeo Filométor y su mujer Cleopatra. Los convenció que edificaran para Dios, en el nomo de Heliópolis, un templo semejante al de Jerusalén, nombrándolo a él sumo pontífice. Pero ya hemos hablado acerca del templo construido en Egipto.

Jacim murió después de haber ejercido durante tres años el sumo pontificado. No tuvo sucesor y el país estuvo siete años sin sumo pontífice. Luego los Asmoneos, a quienes se les confió el poder sobre el pueblo y que combatieron contra los macedonios, retomaron la tradición y nombraron sumo pontífice a Jonatás, que ejerció el cargo durante siete años. Al morir, a consecuencias de un complot y de intrigas tramadas por Trifón, como lo hemos expuesto anteriormente, su hermano Simón recibió el sumo pontificado. Éste fue envenenado durante una comida por su yerno; después de haber ejercido el poder un año más que su hermano, tuvo por sucesor a su hijo Hircano.

Hircano disfrutó de este honor durante treinta años, y murió viejo, dejando la sucesión a Judas, por sobrenombre Aristóbulo. Su heredero fue su hermano Alejandro, cuando aquél murió de enfermedad luego de haber ejercido al mismo tiempo el sumo pontificado y la realeza, pues Judas fue el primero en ceñir la corona real, que retuvo durante un año.

4. Alejandro murió después de haber sido rey y sumo pontífice durante veintisiete años, dejando a su mujer Alejandra el cuidado de designar al futuro sumo pontífice. Alejandra entregó el sumo pontificado a Hircano, y ella murió luego de haber conservado el trono durante nueve años.

Su hijo Hircano fue sumo pontífice por el mismo número de años. Efectivamente, después de la muerte de su madre, su hermano Aristóbulo le hizo la guerra, lo venció y lo privó de su cargo, para convertirse él a la vez en rey y sumo pontífice de su pueblo. Pero tres años y tres meses después de su advenimiento al poder, Pompeyo tomó a la fuerza la ciudad de Jerusalén, y envió a Roma encadenados a Aristóbulo y sus hijos; después devolvió el sumo pontificado a Hircano, confiándole el poder sobre el pueblo, pero prohibiéndole ceñir la corona.

Hircano tuvo el poder, a más de los nueve primeros años, otros veinticuatro. Pero Barzafarnes y Pacoros, príncipes de los partos, atravesaron el Éufrates, combatieron contra Hircano, lo hicieron prisionero y nombraron rey a Antígono, hijo de Aristóbulo. Después de tres años y tres meses de reinado éste fue sitiado y tomado prisionero por Sosio y Herodes, conducido a Antioquía y condenado a muerte por Antonio.

5. Herodes, que recibió el poder de manos de los romanos, dejó de nombrar sumos sacerdotes asmoneos; confirió este honor a gente oscura que no eran sino simples sacerdotes, con excepción de uno solo, Aristóbulo; éste era el nieto de

Hircano, el que fue hecho prisionero por los partos. Herodes le dio el sumo pontificado y se casó con su hermana Mariamne para conquistarse el favor del pueblo, gracias al recuerdo de Hircano. Luego, temeroso al ver que todos sentían inclinación por Aristóbulo, lo hizo ahogar en Jericó mientras nadaba, como lo hemos ya explicado. En adelante ya no confió el sumo pontificado a ninguno de los descendientes de los Asmoneos. La conducta de Herodes fue imitada en lo referente a los pontífices por Arquelao y sus hijos; y, más adelante, por los romanos que se adueñaron del poder en el país de los judíos.

Desde el tiempo de Herodes hasta que Tito tomó e incendió la ciudad y el Templo, hubo en total veintiocho pontífices; y el tiempo de estos pontificados alcanza a ciento siete años. Algunos de ellos gobernaron bajo el reinado de Herodes y su hijo Arquelao; después de la muerte del último, el gobierno fue aristocrático, pero los sumos pontífices tuvieron la dirección del pueblo. Y con esto hay suficiente sobre los sumos pontífices.

# CAPÍTULO XI

*Floro, sucesor de Albino, oprime a los judíos y los obliga a tomar las armas*

1. Gesio Floro, enviado por Nerón como sucesor de Albino, fue causa de muchas calamidades para los judíos. Había nacido en Clazomenes y llevó consigo a su esposa Cleopatra, por cuyo intermedio, como que era amiga de la esposa de Nerón, Popea, y en nada diversa del esposo por su malignidad, consiguió el cargo. Tan perversa y violentamente abusó del poder que, con motivo de su enorme maldad, los judíos consideraron a Albino como benefactor. Éste procuraba ocultar su maldad, y cuidadosamente se esforzaba en que no fuera conocida; pero Gesio Floro, como si hubiera sido enviado para poner de manifiesto su perversidad, se jactaba de las injurias que infería a nuestro pueblo, sin abstenerse de ninguna rapiña o suplicio. Era un hombre duro que no se dejaba inclinar a la misericordia, insaciable en su afán de lucro, ignorando la diferencia entre pequeños y grandes crímenes, siendo partícipe en los robos de los ladrones. Había muchos que se dedicaban al robo, con la esperanza de que nada les iba a acontecer, pues Floro participaba en los mismos. No había límites en las atrocidades, de manera que los desdichados judíos, cuando ya no pudieron soportar los robos que los ladrones realizaban, se vieron obligados a abandonar sus casas y escapar, para vivir mejor en cualquier lugar del extranjero. ¿A qué decir más? Floro fue el culpable de que nos viéramos obligados a hacer la guerra a los romanos, pensando que era mejor que muriéramos todos de una vez y no poco a poco. La guerra se inició en el año segundo de la administración de Floro, y en el duodécimo del imperio de Nerón. Pero todo aquello que nos vimos obligados a hacer y lo que tuvimos que soportar, se podrá ver cuidadosamente expuesto en los libros que hemos escrito sobre la guerra de los judíos.

2. Aquí pondré fin a mis *Antigüedades Judías*, después de cuyos hechos comienzan los acontecimientos que he expuesto en la *Guerra de los Judíos*. Las *Antigüedades* abarcan las tradiciones que van desde el primer hombre hasta el año duodécimo del imperio de Nerón; los hechos que nos acontecieron a los judíos en Egipto, Siria y Palestina y las calamidades que sufrimos con los asirios y babilonios, así como las vejaciones a que nos sometieron los persas y macedonios y, después de ellos, los romanos. Espero haberlo expuesto todo cuidadosamente. Me he esforzado en ofrecer la lista de los sumos pontífices que se sucedieron durante el período de los dos mil años. Expuse también la sucesión de los reyes, sin error, refiriendo lo que hicieron, cómo administraron el estado y la autoridad de los jueces, tal como se encuentra descrito en los libros sagrados, pues así me comprometí a hacerlo desde el principio de esta historia.

Ahora digo confiadamente, terminada la obra que me propuse, que ningún otro, ni judío ni extranjero, habría podido, por más que lo quisiera, presentar esta historia con

tanta exactitud al público griego. Efectivamente, mis compatriotas admiten que soy muy superior a ellos en el conocimiento de las cosas nacionales. Me he esforzado en tener conocimiento de las letras griegas después de aprender la gramática, aunque nuestra educación nacional me ha impedido adquirir una pronunciación correcta. Nuestro pueblo no reverencia a los que aprenden lenguas extranjeras, pues juzga que este estudio es accesible no solamente a las personas de nacimiento libre, sino también a cualquier esclavo. Únicamente considera sabios a los que conocen la ley en forma precisa y pueden interpretar el sentido de la Sagrada Escritura. Éste es el motivo de que, a pesar de que muchos trataron de ejercitarse en aquella disciplina, únicamente dos o tres han logrado éxito y recogieron el fruto de su trabajo. Quizá haga algo que no provoque la envidia, si hablo brevemente de mi familia y de lo que hice durante mi existencia, ahora que todavía viven los que pueden refutarme o atestiguar en mi favor<sup>[318]</sup>.

Aquí pondré fin a mis *Antigüedades Judías*, que comprenden veinte libros y sesenta mil líneas. Si Dios lo permite, referiré de nuevo, resumidamente, la guerra y lo que nos ha ocurrido hasta el momento presente, esto es hasta el año decimotercero del reino del emperador Domiciano, que es el quincuagésimo sexto de mi vida. También tengo el propósito de escribir cuatro libros sobre nuestra doctrina judía referente a Dios y su naturaleza, y sobre nuestras leyes y las razones por las cuales ciertas acciones nos son permitidas y otras prohibidas<sup>[319]</sup>.



*El sitio de Jerusalén por los romanos. Año 70.*

# Notas



[1] Cf. Joseph Sievers, *Flavio Josefo y su relato en la historia del Segundo Templo. Percepciones y fuentes*.

[http://webs.uolsinectis.com.ar/sion/docs/jsievers/flaviojosefo\\_sp.htm](http://webs.uolsinectis.com.ar/sion/docs/jsievers/flaviojosefo_sp.htm) <<

[2] Martín Goodman, «Josephus as Roman Citizen», en *Josephus and the History of the Greco-Roman Period: Essays in Memory of Morton Smith*, ed. F. Parente y J. Sievers, p. 338. Brill, Leiden 1994. <<

[3] James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, p. 165. XII. FCE, México 1982, 2.<sup>a</sup> ed. <<

[4] James T. Shotwell, *op. cit.*, p. 168. <<

[5] Pierre Vidal-Naquet, *Ensayos de historiografía*, p. 141. W Whiston publicó su traducción de Josefo en 1737 en Londres, y es considerada una de las mejores hechas en inglés, reeditada por Thomas Nelson Publishers en 1998 (Nashville, Tennessee).

<<

[6] *Antigüedades XVIII*, 63-64. El texto más antiguo que conservamos se encuentra en Eusebio: *Historia Eclesiástica*, I, 11 y *Demostración Evangélica*, III, 3. <<

[7] Cf. James T. Shotwell, *op. cit.*, cap. XII. <<

[8] Paul L. Maier, *Josefo, la obras esenciales*, p. 269. Portavoz, Grand Rapids 1994. Jerónimo ofrece otra versión del mismo pasaje, de indiscutible impronta cristiana. Dice así: «En esa misma época vivía Jesús, hombre sabio, si es que hay que llamarlo hombre. Autor de obras admirables, enseñaba a quienes acogen la verdad de buen grado. Contaba con muchos seguidores tanto entre los judíos, como entre los extranjeros, creyéndole ser el Cristo. Cuando Pilato, empujado por la envidia y el odio de nuestros jefes, lo hubo de hacer crucificar, sin embargo, los que habían amado anteriormente al Cristo, perseveraron. Y al tercer día se les mostró vivo. Los profetas, en sus obras poéticas inspiradas, mucho tiempo antes, habían vaticinado esos prodigios y otros muchos. El pueblo cristiano, cuyo nombre proviene de Cristo, todavía hoy existe» (*De viris illustribus*, XIII). <<



[9] Orígenes, Contra Celso I, 47; Comentario sobre Mateo X, 17. <<

[10] Israel Finkelstein y Neil Asher Silberman, *The Bible Unearthed. Archaeology's new vision of ancient Israel and the origin of its sacred texts.* 2002 (trad. cast. *La Biblia desenterrada.* Siglo XXI, Madrid 2003). <<

[11] Véase *I Rey.* 11:41; 14:19, 29; 15:23, 31; 16:5, 14,2 7; *II Rey.* 8:23; 10:34; 12:19; 13:8, 12; 14:15, 18, 28; 15:6, 11; 16:19; 20:20; 21:17; 24:5. <<

[12] Cf. Gerhard von Rad, «Los comienzos de la historiografía en el Antiguo Israel», en *Estudios sobre el Antiguo Testamento*. Sígueme, Salamanca 1982. <<

[13] John Bright, *La historia de Israel*, p. 81. DDB, Bilbao 1983, 7.<sup>a</sup> ed. <<

[14] James T. Shotwell, *op. cit.*, p. 124. <<

[15] Jonathan Norton Leonard, *Los israelitas*, vol. I, p. 36. Ediciones Folio, Barcelona 1994. <<

[16] *Ibid.*, p. 93. <<



[17] *Ibid.*, p. 112. <<

[18] Cf. Samuel J. Schultz, *Habla el Antiguo Testamento*, p. 32. Outreach Publications, Grand Rapids 1987, 3.<sup>a</sup> ed. <<

[19] Región del Tigris oriental. <<

[20] Cf. Jonathan Norton Leonard, *op. cit.*, p. 53. <<

[21] Cf. François Daumas, *La civilización del Egipto faraónico*, pp. 67-69. Editorial Optima, Barcelona 2000. <<

[22] Martin Noth, *Historia de Israel*. Garriga, Barcelona 1966. <<

[23] Exegetas modernos consideran que el nombre de Moisés en su forma egipcia estaría truncado y habría sido Teóforo (como Tut-mois = Tot ha nacido). La princesa que le salvó de las aguas posiblemente le dio el nombre Usir-mosis (Osiris ha nacido), ¿qué otra cosa podría haber hecho una princesa politeísta? Al ser transliterado al hebreo desapareció el nombre del dios egipcio, para ajustarse fielmente al hecho y las circunstancias queridas por el Dios de Israel: Moisés, el nacido de las aguas, el extraído que sacaría a su pueblo de la esclavitud. <<

[24] Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*. Alianza Editorial, Madrid 1984, 4.<sup>a</sup> ed. (original 1937). En nuestros días, Ahmed Osman, continuando la línea de investigación abierta por Freud, ha llegado a la conclusión sorprendente de que Moisés no fue un simple prosélito de Akenatón, sino el mismo faraón Akenatón (*Moisés, faraón de Egipto*. Planeta, Barcelona 1991). <<



[25] J. M. Roberts, *Historia universal ilustrada*, vol. I, p. 166. Plaza & Janés, Barcelona 2000. <<

[26] El egiptólogo Hans Goedicke propone la fecha de 1447 a. C. Próximo a ella se encuentra D. E. Hart-Davies (*Biblical History in the Light of Archeological Discovery*, Victoria Institute, Londres 1992); John B. Bimson (*Redating the Exodus and Conquest*. JSOT, Sheffield 1978), entre otros. Otro tanto hacen Claude Vandersleyen (*L’Egypte et la Vallée du Nil*, vol. II. Nouvelle Clio, París 1992) y desde un punto de vista evangélico Eugene H. Merrill (*Kingdom of Priests. A History of Old Testament Israel*. Baker, Grand Rapids 1987), para quien 1446 es una fecha totalmente segura. <<

[27] Cf. François Daumas, *op. cit.*, pp. 74-75. <<

[28] Cf. Jonathan Norton Leonard, *op. cit.*, p. 51. <<

[29] John Bright, *op. cit.*, p. 150. <<

[30] T H. Robinson, «The History of Israel», en T. W Manson, *A Companion to the Bible*, p. 212. T & T Clark, Edimburgo 1939. <<

[31] Para los pueblos asentados, el nómada era un ser despreciable y bárbaro. Sin lugares fijos de residencia carecían de templos donde reunirse con la divinidad. Abraham, padre de los creyentes, llevó un modo de vida de ese tipo. Los escribas de Babilonia han dejado su testimonio de desprecio por quienes habitaban en tiendas, comían carne cruda y, en su opinión, no enterraban a sus muertos. Los consideraban bárbaros e incivilizados. Abraham soportó esta clase de vida con miras al cumplimiento de la promesa. <<

[32] A. Salas, *op. cit.*, p. 82. <<



[33] Félix Asensio, *Trayectoria teológica de la vida en el Antiguo Testamento y su proyección en el Nuevo*, p. 117. CSIC, Madrid 1968. <<

[34] James Plastaras, *Creación y alianza*, p. 217. Sal Terrae, Santander 1969. <<

[35] Robert Michaud, *De la entrada en Canaán al destierro en Babilonia*, p. 18. Ed. Verbo Divino, Estella 1983. <<

[36] John Bright, *op. cit.*, p. 171. <<

[37] Cheser G. Starr, *Historia del mundo antiguo*, p. 170. Akal Editor, Madrid 1974.

<<

[38] John Bright, *op. cit.*, p. 213. <<

[39] Este pueblo había llegado del mar, probablemente de alguna parte del Egeo, a finales del segundo milenio a. C., y se estableció en ciudades situadas a lo largo de la costa. <<

[40] Walther Zimmerli, *Manual de teología del Antiguo Testamento*, p. 94. Cristiandad, Madrid 1980. <<



[41] Antonio Salas, Un pueblo en marcha. Pentateuco y libros históricos, p. 134. Paulinas, Madrid 1993. <<

[42] Jonathan Norton Leonard, *Los israelitas*, vol. II, p. 103. Ediciones Folio, Barcelona 1994. <<

[43] Véase el interesante estudio de George Rosen, *Locura y sociedad Sociología histórica de la enfermedad mental* (Alianza Editorial, Madrid 1974), capítulo 2, donde se extiende sobre la enfermedad de Saúl y su relación con David. <<

[44] J. N. Leonard, *op. cit.*, vol. II, p. 103. <<

[45] Walter Eichrodt, *Teología del Antiguo Testamento*, vol. I, p. 411. Cristiandad, Madrid 1975. <<

[1] Se refiere especialmente a Justo de Tiberíades, que participó en la guerra y escribió luego sobre la misma un relato en el que ataca la actuación de Josefo, y a quien éste replicó en su autobiografía, y a otros historiadores a los que en el preámbulo de La Guerra de los Judíos tacha de inexactos y parciales. <<

[2] Ptolomeo II Filadelfo (285-247 a. J.). <<

[3] La división en capítulos y párrafos no son de Josefo. <<



[4] En la Biblia es Adán el que da nombre a los animales (*Gén.*, 2, 20). <<

[5] J. 1-6 <<

[6] En la Biblia (*Génesis* V, 3-4), Adán es padre a los ciento treinta años y vive luego ochocientos años más. <<

[7] No hay nada de esto ni en la Biblia ni en el Midrash. <<

[8] En la Biblia, solamente tres. <<

[9] En las Escrituras, Noé embarcó dos parejas de los animales impuros (VI, 19) y siete de los puros (VII, 2). <<

[10] Para mantener el mayor grado de fidelidad con el original, y a pesar de que a veces ofrecen notables diferencias con sus equivalentes hebreos, hemos conservado en la presente versión los nombres griegos de los personajes y de los lugares geográficos, tal como aparecen en el texto de Josefo. <<

[11] La Biblia dice el diecisiete. Josefo habrá seguido a los Setenta, que también dan la fecha del veintisiete. <<



[12] El *Génesis* y los *Setenta* fijan la edad de Jared en novecientos sesenta y dos años. La otra cifra es la de Matusalén. <<

[13] En la Biblia la paloma fue despachada en tres oportunidades, para averiguar el estado de la tierra (*Génesis*, VIII, 8, 10, 12). <<

[14] Josefo cita solamente tres hijos de Jayán: Elisas, Tarso y Cetim. El *Génesis* nombra a otro, Dodanim (X, 4), que en *Crónicas*, 1, figura como Rodanim. <<

[15] En la Biblia Dios anuncia a Abraham que tendrá un hijo con Sara, que el nombre de Abraham será en lo sucesivo Abraham, porque haría de él un padre de multitudes, y que su mujer Sarai, madre de naciones, se llamará en adelante Sara; y establece la circuncisión como signo del pacto con Jehová (*Gen. cap. 7*). Esas referencias acerca del cambio de nombres faltan en el relato de Josefo. <<

[16] En la Biblia no figura este discurso. <<

[17] No está de acuerdo con la Biblia. <<

[18] En la Biblia la invocación a Dios la formula en primer término Isaac (*Génesis*, XXV, 21), y luego *Rebeca* (id., 22), siendo a Rebeca solamente a quien Dios descubre el porvenir de sus hijos. <<

[19] J. 7-8 <<



[20] En la Biblia Raquel llama a su hijo Benoni (de Biniamin, hijo de mi vejez), en recuerdo de sus sufrimientos. <<

[21] La Biblia fija en ciento ochenta años la edad de Isaac (*Génesis*, XXXV, 28). <<

[22] En la Biblia Esaú cede su derecho de primogenitura a Jacob, no dándole en ese momento ninguna importancia (*Génesis*, XXV, 31-34). <<

[23] La Biblia dice, en cambio, que ante el relato de José exclamaron sus hermanos: «¿Pretendes reinar sobre nosotros y dominarnos?» (*Gén.*, 37, 8). <<

[24] Hay aquí una contradicción, porque si bien la interpretación del segundo sueño la incluye, Raquel había muerto mucho tiempo antes (*Génesis*, XXXV, 19). <<

[25] En la Biblia son todos los hermanos, y no sólo Judá, los que ven pasar a los ismaelitas (*Génesis*, XXXVII, 25). <<

[26] En el Génesis no figura este detalle. <<

[27] J. 1-9 <<



[28] Según la Biblia, la orden fue impartida a las parteras judías (*Éxodo*, 1, 15-16). <<

[29] En la Biblia figura un relato similar, pero allí Moisés alecciona a los etíopes proporcionándoles la manera de volver a su ciudad, después de una guerra, a pesar de las serpientes y los escorpiones con los que el adivino Balaam había llenado los caminos. Moisés les recomienda amaestrar pichones de cigüeñas y lanzarlos sobre las serpientes. <<

[30] Se refiere al tetragrámaton de Jehová, o Iahvé, cuatro consonantes que forman el nombre de Dios (יהוה en hebreo), y cuya pronunciación exacta no se conoce por la falta de las vocales, pequeños signos que en el idioma hebreo, se colocan encima, al lado o debajo de las consonantes y que generalmente, se omiten. <<

[31] Aquí Josefo saltea la plaga de la peste (*Éxodo*, IX, 15). <<

[32] En la Biblia no hay nada de esto. <<

[33] Explicación racional que da Josefo al milagro bíblico. <<

[34] La Biblia (*Éxodo*, XVI, 1) dice que los israelitas se hallaban en el decimoquinto día del segundo mes de la salida de Egipto. <<

[35] En la Biblia la intención de apedrear a Moisés no aparece hasta más adelante (*Éxodo*, XVII, 4). <<



[36] J. 1-12 <<

[37] La Biblia no habla de nieve, sino de una «helada blanca». <<

[38] Esta presa no la menciona la Biblia. <<

[39] Josefo altera el orden del relato bíblico. En la Biblia (*Éxodo*, XVIII, 5), Jetro va al encuentro de Moisés cerca de la «montaña de Dios», o sea el Sinaí. Pero la partida de Rafidín la Biblia la refiere después de la visita de Jetro. <<

[40] Aquí Josefo llama al suegro de Moisés Ragüel, primero de los nombres que le da la Biblia, siendo luego llamado en todas partes Jetro. <<

[41] En la Biblia Jetro se dirige a la casa de Moisés acompañado de Séfora y sus hijos, de quienes Moisés se había separado. <<

[42] La Biblia prohíbe reproducir la imagen de todo lo que existe «en el cielo, la tierra y las aguas» (*Éxodo*, XX, 4). Al concretar la prohibición a los animales Josefo parece anticiparse a la refutación que hace en *Contra Apión* de las fábulas difamatorias alejandrinas que acusan a los judíos de adorar en el Templo una cabeza de asno. <<

[43] La Biblia no dice nada sobre la disposición de los mandamientos en las dos tablas de Moisés. <<



[44] J. 1-13 <<

[45] La Biblia no dice nada al respecto. <<

[46] Curiosa alteración de las palabras arameas *cahaná rabá* (sacerdote supremo), en la que parece haber sido puesta al final la sílaba inicial. <<

[47] En la Biblia son los hijos de Uziel, Misael y Elcefán, los encargados de sacar del campamento los cuerpos de Nabad y Abió. <<

[48] J. 1-14 <<

[49] Según la Biblia era el nombre de Aarón, y no el de la tribu, el que había grabado en la vara (*Números*, XVII, 3). <<

[50] La Biblia dice solamente que los nazarenos se rapaban y arrojaban los cabellos al fuego (*Números*, VI, 18). <<

[51] El Pentateuco no menciona esta distribución, que sólo se encuentra en *Josué* (XXI, 4/20). <<



[52] Esta cifra está en contradicción con la de veinticuatro mil que da la Biblia (*Núm.*, 25-9). <<

[53] Esta disposición parece inspirada por la costumbre imperante en Siria de ofrecer a Venus los emolumentos de las prostitutas. <<

[54] En la Biblia (*Deuter.*, XXVII, 3) Moisés no pone ninguna inscripción; encomienda al pueblo que, después de pasar el Jordán, escriba las palabras de la ley «en piedras grandes revocadas con cal», las que deberán levantar en el monte Ebal, como altar a Jehová. Josué cumple el encargo, como dice más adelante Josefo (V, 1, 19), aunque refiriéndose a las maldiciones. <<

[55] Se refiere a las que llevaban los sacerdotes en el pecho. <<

[56] También aquí Josefo reduce el aspecto sobrenatural del relato bíblico. En *Josué* (III, 15, 16, 17) dice que el río se divide en dos y «todo Israel lo pasó en seco». <<

[57] La fiesta de Pascua, pero la Biblia no lo dice. <<

[58] Josefo omite aquí el bronce y el hierro (*Josué*, VI, 19). <<

[59] Con este detalle, que no figura en las Escrituras, Josefo habrá querido demostrar que se aplicó la ley mosaica de la lapidación, que menciona en el libro IV (cap. 3, párr. 6). <<



[60] V. nota 81. <<

[61] Según la Biblia, tres hombres por tribu (*Josué*, XVIII, 4). <<

[62] En realidad, «mi señor». Josefo no traduce la declinación, refiriéndose solamente al nominativo. <<

[63] La frase no es clara en cuanto al tiempo. En *Jueces* (XIX, 2) dice que la mujer regresó a la casa de su padre, donde permaneció cuatro meses. <<

[64] La intervención del senado es agregado por Josefo, probablemente para indicar que se actuó de acuerdo con las leyes de Moisés. La Biblia sólo dice que se enviaron varones a reclamar la entrega de los culpables (*Jueces*, XX, 12, 13). <<

[65] La Biblia no nombra a Jericó. Dice la «ciudad de las palmeras». El Targum también lo traduce por Jericó. Esta interpretación parece ignorar la destrucción de Jericó por Josué, aunque Jericó vuelve a ser nombrada más adelante por David (*II Samuel*, X, 5). <<

[66] La Biblia sólo dice que «reposó la tierra ochenta años» (*Jueces*, III, 30). <<

[67] La Biblia dice: «... y la tierra reposó cuarenta años» (*Jueces*, Y, 31). <<



[68] La Biblia no da los motivos de la expulsión. <<

[69] La Biblia habla de una torre. <<

[70] Según *Jueces* (IX. 49) eran «unos mil hombres y mujeres». <<

[71] En la Biblia se repite la caída una sola vez. Pero figuran detalles de la mutilación del ídolo que Josefo no da. <<

[72] En la Biblia, el pueblo de Asdod (Azot), convoca a los principales de los filisteos, que hacen transportar el arca a Gat y de allí a Ekrón (Gita y Acarón) (*I Samuel*, V, 8 y 10). <<

[73] Este intercambio de opiniones no figura en el relato bíblico, pero probablemente se inspiró en el versículo 9, cap. VI, de *I Samuel*. <<

[74] En las Escrituras, la ofrenda no tiene por objeto agradecer a Dios, sino apaciguarlo. <<

[75] En *I Samuel*, VI, 19, dice que por haber mirado el arca Dios «hirió en el pueblo a cincuenta mil setenta hombres», suma inexplicable que se supone un error de copia.

<<



[76] La Biblia no dice que era levita. <<

[77] La Biblia sólo habla de un hijo, Eleazar. 4 Siete meses en *I Samuel* (VI, 1). <<

[78] Nada de esto figura en la Biblia, donde sólo dice que «Jehová tronó aquel día con gran estruendo sobre los filisteos, y desbaratolos, y fueron vencidos delante de Israel» (*I Sam*, VI, 10). <<

[79] Según la Biblia, ambos hijos de Samuel «eran jueces en Beersheba» (Bersabé).

<<

[80] La Biblia sólo habla de una plegaria dirigida a Dios por Samuel. <<

[81] El versículo correspondiente de la Biblia dice que eran «unos treinta hombres». (*I Samuel*, IX, 22). <<

[82] Josefo invierte el orden de los encuentros detallados en los versículos 2, 3 y 4 (*Samuel*, cap. X). <<

[83] El primero de los tres hombres llevaba, según la Biblia, tres cabritos y el segundo tres hogazas. <<



[84] Según la Biblia, dos hombres. <<

[85] En *Samuel* (X, 11) dice que el pueblo se preguntaba: «¿Qué ha sucedido al hijo de Cie? ¿Saúl también entre los profetas?», frase esta última que se transformó en proverbio. <<

[86] La Biblia sólo dice que el elegido no fue hallado. <<

[87] Según la Biblia, Saúl amenaza hacer lo mismo «con los bueyes» de los que no se unieran a él. <<

[88] No figura la muerte del rey en las Escrituras. <<

[89] La Biblia dice que eran 30.000 carros, 6.000 jinetes «y pueblo como la arena de la orilla del mar en multitud» (*I Samuel*, 13, 5). <<

[90] Gad y Gilead, en la Biblia. <<

[91] La Biblia menciona sólo dos peñascos, Boses y Sené. <<



[92] En el relato bíblico, Jonatás sólo moja en un panal la punta de su vara. <<

[93] No menciona escribas la Biblia. Sólo dice que el pueblo comió la carne con la sangre. <<

[94] Estos comentarios son de Josefo, así como los relativos al perdón de Agag. <<

[95] Los criados de Saúl, dice la Biblia (*I Samuel*, XVI, 15 y 16). <<

[96] No hay nada de esto en la Biblia. <<

[97] Según la Biblia, era un solo escudero, que iba delante de Goliat. <<

[98] La Biblia dice «la barba». <<

[99] Este detalle no figura en la Biblia. <<



[100] El relato bíblico no distingue entre las aclamaciones de las casadas y de las doncellas. <<

[101] En la Biblia, Saúl pide cien «prepucios» de filisteos. <<

[102] Según la Biblia, los emisarios llevaban simplemente la orden de matar a David al amanecer. <<

[103] En *I Samuel* (XXVII, 11) dice en cambio que los mataba a todos, para evitar que «dieran aviso». <<

[104] En el primer libro de Samuel dice que Saúl se echó sobre su espada (XXXI, 4). En el segundo *Samuel* (I, 6-10), el relato hecho a David por el amalecita que lo ayudó a atravesarse completa este detalle de la muerte del rey, y así lo narra Josefo. <<

[105] Detalles agregados por Josefo. La Biblia dice que era como un corzo del campo.

<<

[106] La batalla tuvo lugar en Gabaón, y no en Hebrón; dice así en el párrafo 3, y la confirma la Biblia en *II Samuel*, 30. <<

[107] En la Biblia los condenan a muerte, y les cortan luego las manos y los pies. <<



[108] En *La Guerra* (VI, 10, 1) dice concretamente que Melquisédec, rey de Solima, cambió el nombre de la ciudad por el de Jerusalén (Hierosolima). <<

[109] Según la Biblia (*II Samuel*, 10, 5), David manda decir a los enviados que se queden en Jericó hasta que les crezca la barba. <<

[110] El nombre de la ciudad no figura en la Biblia. <<

[111] La historia de David y Betsabé figura en la Biblia en el 2.º libro de *Samuel* (II, 2 y sig.) y no se repite luego en las Crónicas. <<

[112] Se refiere a Absalón, pero la Biblia no especifica que sería un hijo; dice «daré tus mujeres a tu prójimo». (*II Samuel*, 12, 11). <<

[113] Según la Biblia, David dice a Sadoc que vuelva a la ciudad con Abiatar y los hijos de ambos (*II Samuel*, 15, 27). <<

[114] Anacronismo propio de Josefo. La Biblia (*II Samuel*, 17, 13), dice «... con cuerdas la arrastraremos hasta el arroyo...». <<

[115] En el texto bíblico es un mozo quien los ve y avisa a Absalón (ibíd., 17, 18). <<



[116] Mahanaim en la Biblia. <<

[117] O más bien, como dice la Biblia, a la sala (más alta) de la puerta (*II Sam.* 18, 33). Recordemos que «David estaba sentado entre las puertas» (párr. 4), siendo las puertas de las ciudades amplios espacios donde solían instalarse, entre otras cosas, los tribunales de justicia (Cf. 2 *Crónicas*, 31, 2; *Salmos*, 9, 14; 127, 5, etc.). <<

[118] Según la Biblia «diez partes» (*II Sam.* 19, 43). <<

[119] Omite la designación de Ira el aireo como jefe principal de David (*II Samuel*, 20, 25). <<

[120] Según la Biblia (*II Samuel*, 24, 16), cuando Dios detuvo al ángel, éste se hallaba junto a la era de Arauna (Oronas). <<

[121] Josefo repite el precio que figura en *Samuel*. En *Crónicas*, en cambio, dice que David pagó a «Omán» seiscientos siclos de oro (21, 26). <<

[122] Y 7.000 de plata, según la Biblia. <<

[123] Los levitas no figuran en la Biblia. <<



[124] Daricos. <<

[125] Texto probablemente alterado. *I Reyes*, 2, 31, dice que la «casa de David quedaría libre de la sangre derramada injustamente por Joab». <<

[126] El hijo de la segunda mujer nació, según la Biblia, al tercer día del nacimiento del hijo de la primera (*I Reyes*, 3, 18). <<

[127] Según la Biblia, Salomón sólo ordenó partir al niño vivo. <<

[128] El número de mesas, vasos y candelabros es inverosímil e induce a creer que se trata de un error de copia. <<

[129] J 11-6. <<

[130] La mención del orden corintio y de los triglifos parece ser una referencia de Josefo tendiente a ejemplificar su descripción; ejemplo que estaría de acuerdo con la opinión de los que sostienen que los órdenes arquitectónicos griegos y romanos contienen elementos ornamentales tomados de los Palacios de Salomón. <<

[131] La Biblia no nombra a Egipto ni a Etiopía y habla solamente de «la reina de Seba» (*II Crónicas*, cap. 9). <<



[132] Es la misma traducción, que dan los Setenta de la expresión hebrea. <<

[133] La Biblia no habla de leones ni indica el género de muerte que sufriría. <<

[134] V. *Contra Apión*, 1, 22. <<

[135] Este argumento del mérito de los padres, que no figura en la Biblia en la alocución de Abías, pertenece a la tradición rabínica. <<

[136] Tres ciudades con sus aldeas menciona la Biblia, Betlem, Isana y Efraím (*II Crónicas*, 13,19). <<

[137] La Biblia no dice que la madre compartiera el trono. <<

[138] Debe decir «el de las dos tribus» o sea el de Judá. El país de los israelitas era el de las diez tribus. <<

[139] El relato de la Biblia no dice que hubiese sido un amigo. <<



[140] «Un ejército de mil millares y trescientos carros», dice la Biblia (II Crónicas, 14, 9). <<

[141] En la Biblia figura el nombre: «Benadad, rey de Siria, que estaba en Damasco»  
(*I Reyes*, 15, 18; *II Crónicas*, 16, 2). <<

[142] El nombre de Elías aparece ahora por primera vez, después de haberse referido durante todo el relato del episodio, únicamente al «profeta». <<

[143] 450, según la Biblia (*I Reyes*, 18, 19). <<

[144] «Como la palma (de la mano) de un hombre», dice la Biblia (*I Reyes*, 18, 44). <<

[145] Izar podría ser en opinión de algunos comentaristas, Isacar, tribu a la que pertenecía la ciudad de Jesrael; según otros sería otra forma del mismo nombre de Jesrael. En efecto, más adelante aparece sola para designar a la misma ciudad. <<

[146] Josefo suprime otra vez el elemento sobrenatural y omite las dos apariciones del ángel que menciona la Biblia (*I Reyes*, 19, 5 y 7). <<

[147] La Biblia no da ningún nombre. <<



[148] Es decir, «desde Beershebí hasta el monte de Efraím», como dice la Biblia (*Crónicas*, 19, 4). <<

[149] Este pasaje parece más claro en el relato bíblico. En 2 Crónicas, 20, 22 dice así: «... puso Jehová contra los hijos de Amén, de Moab y del monte Seir las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y matáronse los unos a los otros». <<

[150] Las amenazas de los dos primeros capitanes no figuran en la Biblia. <<

[151] Este detalle no figura en la Biblia. <<

[152] No lo dice la Biblia. Como en otras ocasiones, Josefo ofrece una explicación racional del fenómeno. <<

[153] Faltan aquí los episodios bíblicos que van desde *II Reyes*, 4, 8 hasta 6, 8, cuando el rey de Siria, en guerra con Israel, consulta con sus siervos y dice: «En tal y tal lugar estará mi campamento». Entonces —en el versículo siguiente— el profeta manda avisar a Joram. <<

[154] Este detalle es de Josefo. <<

[155] Detalle que no figura en la Biblia. <<



[156] Detalle que no figura en la Biblia. <<

[157] La Biblia dice que Jehú ordenó disparar contra Ocozías, y no especifica que éste haya huido a caballo a Megido (*II Reyes*, 9. 27). <<

[158] «¿Sucedió bien a Zimri, que mató a su señor?», es la pregunta de la Biblia (9, 30). <<

[159] Esta versión de Josefo contiene una diferencia importante con el texto de la Biblia. En 2 Reyes, 10, 23, Jehú ordena averiguar si entre los siervos de Baal no habría alguno de Jehová. <<

[160] Estaba, dice la Biblia, «junto a la columna, conforme a la costumbre». <<

[161] No lo dice el relato bíblico. <<

[162] Según la Biblia, una partida de moabitas entierra un muerto, del que no se expresa que haya sido asesinado. <<

[163] Estos detalles difieren del relato bíblico. En *II Reyes*, 11, 12 y 13, dice la Biblia que derrotado y puesto en fuga el ejército de Judá, Job, rey de Israel, tomó a Amasías, rey de Judá, en Betsemeo y se trasladó a Jerusalén, donde rompió el muro de la ciudad desde la puerta de Efraím hasta la puerta de la esquina. <<



[164] No dice nada, no obstante, del arrepentimiento de los ninivitas, el perdón de Dios y el episodio de la calabacera, con el que Jehová explica a Jonás por qué perdona a la ciudad (*Jonás*, cap. 3 y 4). <<

[165] Véase en el Libro VIII, caps. VII al XI, la división de Judea en dos reinos, Israel y Judá, con diez y dos tribus, respectivamente. <<

[166] Las opiniones están divididas sobre si falta a continuación la cita de Beroso, o si ésta se encuentra incluida en el relato del párrafo siguiente. <<

[167] Según la Biblia, fue muerto cuando oraba a Nisroc en su templo. <<

[168] Esta ansiedad de Ezequías por morir sin dejar hijos no figura en la Biblia. <<

[169] Josefo no menciona la masa de higos indicada por Isaías, con la que le curan la llaga a Ezequías (*II Reyes*, 20, 7). <<

[170] La Biblia no habla de regalos. <<

[171] Detalle agregado por Josefo, y que no figura en la Biblia. <<



[172] Aquí hay una laguna en el texto. <<

[173] Se refiere a la toma de Jerusalén por Tito. <<

[174] La Biblia contiene un solo libro de Ezequiel. <<

[175] Según el texto bíblico son los sacerdotes y los profetas los que acusan a Jeremías y piden su muerte, a lo que se oponen los principales (*Jeremías*, 26,11 y 16). <<

[176] La versión bíblica dice que fue «en el séptimo mes». <<

[177] Según la Biblia, porque le dijeron —diez de ellos— que tenían en el campo abundantes alimentos (*Jeremías*, 41,8). <<

[178] «Hijos de Judá», dice la Biblia (*Daniel*, 1, 6). <<

[179] La solicitud, según la Biblia, la hace Daniel al rey personalmente, y no le pide una noche, sino «que le diese tiempo, y él le mostraría la declaración» (*Daniel*, 2, 16). Sin embargo pocos versículos después (24 y 25) se hace presentar al rey por Arioco, quien dice que «halló un varón, de los de Judá, que declarará al rey la interpretación». <<



[180] Josefo modifica el relato bíblico, omite el barro cocido que en la Biblia forma una parte de los pies y simboliza la parte débil del reino, adelanta la división al segundo imperio y adjudica el poderío del quinto reino, el de la piedra, al reino del hierro, símbolo, al parecer, en la explicación de Josefo del imperio romano; y quizá por esta razón deja de presentar el simbolismo de la piedra, que implica su destrucción. <<

[181] Sacrificios —dice la Biblia—, de «presentes y perfumes». <<

[182] El mismo que en los capítulos VI y VII figura como Joaquim. <<

[183] En *Contra Apión* (1, 20) dice Josefo, citando a Beroso, que el hijo de Nabucodonosor, Evilmaradoc (Abilamarodac) «un año después de subir al trono murió por las intrigas de Neriglisor, el esposo de su hermana», que se apodera del imperio y reina durante cuatro años. <<

[184] No son tantas en la Biblia, donde dice que «constituyó ciento veinte gobernadores y sobre ellos tres presidentes, uno de los cuales era Daniel» (*Daniel*, 6, 1 y 2). <<

[185] Frase sin sentido que sugiere lagunas del texto. <<

[186] La tempestad y los acompañantes de Daniel que huyen son detalles que no figuran en el relato bíblico (*Daniel*, cap. 8), donde el episodio del carnero —que sólo tiene dos cuernos— es anterior a la aparición de la semejanza de hombre y a la voz que le explica la visión. <<

[187] Esta cantidad parece desmesurada, sobre todo comparada con los 42.360 que da la Biblia (*Esdra*s, 2, 64). <<



[188] Otros manuscritos dan el número de 4.070. <<

[189] El pedido de participación de los samaritanos que, desechados por el rechazo de los judíos, resuelven acudir a los sátrapas para lograr, «como se había hecho con Ciro y Cambises», que se impidiera la edificación del Templo, figura en la Biblia (*Esdras*, 4, 1/3) en la primera tentativa de reconstrucción, ordenada por Ciro. Difiere además el relato bíblico del de Josefo en que la gestión hecha ante Cambises y que dio por resultado la suspensión de las obras, aparece en la Biblia, con las mismas circunstancias, como si hubiese sido realizada ante Asuero (Astajerjes), que se encuentra allí ubicado entre Ciro y Darío. <<

[190] Esta nueva gestión epistolar, esta vez ante Darío, y a cargo de los samaritanos, es invención de Josefo. <<

[191] Según Josefo, Nehemías habló con el rey inmediatamente después de haberse encontrado con los extranjeros. Según la Biblia, la conversación con estos últimos, uno de los cuales era su hermano Hanani, tuvo lugar en el mes de kislev (*Nehemías*, 1, 1-2) y la entrevista con el rey (Artajerjes, lo llama la Biblia) en el mes de Nisán (1, 2). <<

[192] La Biblia no menciona el Templo. Nehemías restaura los muros y las puertas de la ciudad, como relata luego Josefo. <<

[193] El nombre de Cyrus, que Josefo da al rey, corresponde al Asuero de la Biblia, donde por otra parte, tanto en el libro de Ester como en el de Esdras, es el adjudicado a Jerjes. Josefo, en cambio, y de acuerdo con la versión griega de los Setenta, llama Jerjes al primer rey, el de la época de Esdras y Nehemías, y Artajerjes (Cyrus o Asuero) al del episodio de Ester. <<

[194] Mardoqueo y Ester, que no era su sobrina sino su prima, según la Biblia, vivían en Susa a la sazón (*Ester*, 2, 5 y 7). <<

[195] Doce meses, según la Biblia. <<



[196] El hecho de que Artajerjes no haya anulado lisa y llanamente su anterior decreto de matanza general de los judíos, autorizándolos, en cambio, a defenderse o vengarse de los enemigos que les hicieran violencia, puede haber obedecido a la norma de Media y Persia que establecía la irrevocabilidad de los decretos reales (*Daniel*, VI, 8, 12, 15). <<

[197] *Púrím*, en hebreo. <<

[198] O sea, no griegos. Bárbaro, en griego, significa extranjero. <<

[199] Historiador y geógrafo griego del siglo II. <<

[200] Escritor y filósofo tracio del siglo III a. J. C. <<

[201] Eran, en realidad, setenta y dos, siendo seis de cada tribu. <<

[202] La prohibición para los judíos de usar aceite extranjero era muy estricta, y de ella vuelve a hablar Josefo en *La Guerra*, II, 22, 2, y en la vida, párr. 13. Los privilegios de los judíos de Antioquía figuraban (*Guerra*, VII, 5, 2) en tablas de bronce, pero que su antigüedad llegase hasta Seleuco Nicátor, como dice aquí, parece desmentirlo Josefo mismo al decir en el mismo libro de *La Guerra* (VII, 3, 3), que los últimos reyes de la dinastía, los sucesores de Antíoco Epífanés, acordaron a los judíos el derecho de ciudadanía en igualdad de condiciones con los griegos. <<

[203] V. *Antig.* XVI, 2, 3-5. <<



[204] Historiador griego (más o menos 210-125 a. J. C.), autor de una Historia General de la que se conservan cinco libros. <<

[205] Josefo dice más adelante (A. J., XIV, 11, 5) que muchos griegos pusieron en duda la autenticidad de los actos de amistad con los judíos de los persas y los macedonios, basados en que sólo los tenían registrados los judíos «y otros bárbaros».

<<

[206] En el gimnasio se practicaban los ejercicios atléticos con el cuerpo desnudo; por eso los judíos apóstatas tuvieron que recurrir a la cirugía para disimular la circuncisión (*I Mac.*, 1, 11-15). Este procedimiento, según *II Mac*, 4, 10-17, comenzó a emplearse en la época de Jacón. <<

[207] *La Guerra*, 1, 1. Recordemos que Josefo escribió *La Guerra* antes que *Antigüedades*. <<

[208] En *La Guerra* dice que la tomó por asalto (1, 1). <<

[209] El Acra, situada en la colina oriental, al sud del Templo, del que la separaba un barranco. <<

[210] Sobre el camino de Hebrón, a treinta kilómetros al sud de Jerusalén. <<

[211] Según *La Guerra* (1, 1, 1), tres años y seis meses. <<



[212] En *La Guerra* da estas cantidades: 50.000 hombres de infantería, 5.000 de caballería y 80 elefantes. <<

[213] El texto parece atribuir la victoria a Nicanor, salvo que deba leerse «Judas reunió a su ejército...» etcétera. Esta interpretación estaría con firmada por el hecho de que la ciudadela de Jerusalén no estaba en manos de los judíos sino de los sirios, como también por el texto del párrafo siguiente. Ésta es, por otra parte, la versión de *I Macabeos*, VII, 32, según la cual Nicanor perdió unos cinco mil hombres y huyó a refugiarse en la ciudadela de David. <<

[214] Según *I Macabeos*, IX, 34-57, la muerte de Alcimo se produjo después de la muerte de Judas, durante el gobierno de Jonatás. <<

[215] Báquides, según el párrafo anterior, había atravesado el Jordán, donde acampó; o sea en la orilla este. No se explica, por lo tanto, que Jonatás y los suyos estuviesen entre el río y el enemigo, con el río detrás, ni menos aún que luego se hayan puesto a salvo atravesándolo a nado. <<

[216] Según el libro de los *Macabeos* la novia no era árabe, sino cananea. <<

[217] *Macabeos* sólo menciona prisioneros judíos. <<

[218] *Isaías*, XIX, 19: «En aquel tiempo habrá altar para Jehová en medio de la tierra de Egipto, y el trofeo de Jehová junto a su término». <<

[219] Estas palabras parecerían dar asidero a la suposición de que este Onías es el mismo que, según el *Contra Apión* (II, 5), fue general de Ptolomeo y Cleopatra. <<



[220] Aquí hay, al parecer, un error cometido por Josefo; porque según el libro de los *Macabeos* (10, 69), Apolonio era gobernador de Celesiria nombrado por Demetrio, y no por Alejandro. <<

[221] Considerando a Apolonio general de Alejandro y no de Demetrio (V. nota de la pág. 326), Josefo trata de explicar de este modo las manifestaciones de Alejandro y los presentes que envió a Jonatás. <<

[222] Demetrius Necátor, o sea Demetrio el conquistador. <<

[223] No se sabe a qué guerra se refiere. *Macabeos* (11, 43) sólo habla de un éxodo de tropas. <<

[224] *La Guerra de los Judíos* (II, 8); aquí la llama «Historia Judía». <<

[225] Según la Guerra las fuerzas de Hircano toman primeramente Samaria, la arrasan y marchan enseguida contra Escitópolis, saqueando todo su territorio hasta el monte Carmelo (1, 2, 7). <<

[226] Famoso geógrafo e historiador griego (60 a. J. C.-21/25 d. J. C.). <<

[227] *La Guerra*, II, 8, 2-14. <<



[228] Situada al sudeste del lago Tiberíades. <<

[229] Rafia era la primera ciudad de la costa siria, de sur a norte; Antedón se hallaba entre Gaza y Ascalón. <<

[230] Alude a la acusación lanzada por el fariseo Eleazar contra Hircano, el padre de Alejandro (v. supra, XIII, 10, 5). <<

[231] No se conoce el sentido exacto del sobrenombre, suponiéndose que se refería a la ferocidad proverbial de los tracios. <<

[232] Según *La Guerra* (1, 4, 7) Antíoco se dirigía a Arabia y no a Judea, por donde sólo debía pasar. <<

[233] Era el rey de Arabia que había resistido el ataque de Antíoco. <<

[234] Y también, según dice Josefo en La Guerra, porque seguía fielmente las normas fariseos. <<

[235] Esta parte del texto, poco inteligible, parece mutilada. <<



[236] Trescientos, dice en *La Guerra* (I, 6, 3). <<

[237] J. III-2 <<

[238] «Unos mil —dice en *La Guerra* (1, 8, 6)— se refugiaron en una loma». <<

[239] Ptolomeo XII, Auletas, expulsado del trono por una sedición. <<

[240] Asinio Polión, historiador romano, autor de una Historia de las guerras civiles.

<<

[241] Hipsícrates de Amisos, contemporáneo de Estrabón. <<

[242] En Judea no se podía ejecutar a nadie que no hubiese sido condenado a muerte por el sanedrín, existiendo la apelación ante el consejo supremo de setenta y un miembro de Jerusalén de las sentencias dictadas por los consejos de siete jueces de las demás ciudades. <<

[243] Es distinto el relato que hace en *La Guerra* (1, 10, 7 y 8). Allí dice que Hircano lo absuelve, pero Herodes, suponiendo que había evitado la condena contra la voluntad del rey, se retira a Damasco. <<



[244] No se entiende bien, en esta frase un tanto confusa, de qué manera Probarían los honores conferidos a los judíos por los romanos, que los reyes de Asia y Europa tuvieron a aquéllos en gran estima. <<

[245] Ver nota tomo II, pág. 254. <<

[246] Esta frase es oscura, sobre todo las referencias a la cosecha y a ese decreto del que no hay ninguna aclaración. <<

[247] En La Guerra dice que fue nombrado «procurador de toda Siria» (1, 11, 4). <<

[248] Este detalle difiere del relato de *La Guerra*. Allí es Herodes quien, siguiendo el consejo de Fasael, acepta momentáneamente las explicaciones de Malicos (1, 11, 5).

<<

[249] 2 Probablemente la fiesta de las Cabañas. <<

[250] Recuérdese que después de matar a su hijo Filipión, Ptolomeo hijo de Meneo se había casado con su nuera, Alejandra, hermana de Antígono (cf. supra, XIV, 7, 4). <<

[251] Este pasaje es poco claro, pero se entiende mejor leyendo su equivalente de *La Guerra* (1, 12, 2). «En cuanto a los tirios que había tomado prisioneros —dice allí— les perdonó la vida a todos, y a muchos los despidió con presentes». <<



[252] Mariamne. <<

[253] Curiosa manera de referirse a Herodes y los suyos. <<

[254] El mismo nombre que el hijo del rey, Pacoros, y no que el rey, que se llamaba Orodes (cf. Guerra 1, 13, 1). <<

[255] En *La Guerra* (1, 13, 9) dice Josefo que Antígono mordió las orejas a Hircano.

<<

[256] Ley de Moisés, que figura en la Biblia (*Levít.*, XXI, 17-23). <<

[257] Según *La Guerra*, Herodes encarga a Feroras que abastezca, no a las tropas romanas de Silo, sino a sus propios soldados, a los que entrega, por otra parte, ciento cincuenta dracmas a cada uno, y no cincuenta como dice aquí (Cf. 1, 16, 3). <<

[258] Texto poco claro. <<

[259] En *La Guerra*, en cambio (1, 16, 14), dice que ninguno de ellos se rindió voluntariamente. <<



[260] Esta explicación se contradice con la que Josefo nos da apenas unas líneas más atrás sobre las causas que movieron a Antonio a ejecutar a Antígono (penúltimo párrafo del Libro XIV). <<

[261] En *La Guerra* (1, 22, 3) la madre y la hermana de Herodes acusan a Mariamne de haber enviado su propio retrato a Antonio. <<

[262] Esta apreciación contradice la anterior, la que Josefo nos da en el párrafo 4 del capítulo anterior, de que era un oscuro sacerdote. <<

[263] Adviértase la asombrosa similitud que existe entre este episodio y el de José, el tío de Herodes, a quien éste encomienda la vigilancia de Mariamne, con el encargo de darle muerte si él cae en desgracia con Antonio (supra 15, 3-5). En ambos casos Mariamne se entera de la orden y se la echa en cara a Herodes, y en ambos casos el rey concluye, a grandes gritos, que sólo la infidelidad de su mujer pudo haberla puesto en posesión de ese dato; y condena a muerte al traidor. ¿Hubo, realmente, esa repetición del mismo caso? ¿O su duplicación se debe a un error, en el relato de Josefo o en las copias? Es interesante recordar que en la versión de la Guerra figura el episodio una sola vez, cuando Herodes va a entrevistar a Antonio. Sólo que allí el José a quien deja el encargo es el turnado de Herodes, esposo de Salomé, y el episodio termina con la ejecución de José y de Mariamne (1, 22, 4-5). <<

[264] El hijo de Plotomeo hijo de Meneo, ejecutado por Antonio (V. supra, XV, 4, 1).

<<

[265] Esta referencia parecería indicar que Herodes empleó sacerdotes para las obras relativas a las partes del Templo reservadas a aquéllos. <<

[266] Nicolás de Damasco, el famoso historiador, citado muchas veces por Josefo. <<

[267] Si bien Herodes se apresuró a dirigirse a Aquilea para ver a Augusto, la acusación fue formulada cuando el emperador regresó a Roma, a juzgar por lo que nos dice en el párrafo 3, y también en La Guerra, 1, 23, 3, donde vemos asimismo que Herodes había llevado a Roma a uno de sus hijos, Alejandro, y no a los dos. <<



[268] En lugar de un orden sucesorio dentro del cual reinarían sus tres hijos, en *La Guerra*, 1, 23, 4 dice que Herodes establece, al parecer, una división del reino entre sus tres hijos, proclamándolos reyes a los tres. «La extensión de mi reino, afirma Herodes, alcanzaría para muchos más.» <<

[269] Siguen varias palabras incomprensibles, evidentemente de una frase incompleta.

<<

[270] En *La Guerra* dice, en cambio, que Arquelao indica a Herodes la necesidad de enviar a Alejandro a Roma, porque él había enviado un informe al emperador (1. 25, 5). <<

[271] Estas confesiones no figuran en *La Guerra*. <<

[272] Se refiere a las hijas del rey (cf *La Guerra*, 1, 29, 2). <<

[273] Dos hijos de Herodes, el primero de Maltace la samaritana y el segundo de la jerosolimitana Cleopatra, que se educaba en Roma. <<

[274] Frase confusa, debido probablemente a una alteración del texto. 2 <<

[275] O sea la de Acme, que se mencionaba en la interceptada. <<



[276] La emperatriz Livia (o Julia). <<

[277] O sea, apropiándose de hecho. El texto parece alterado. <<

[278] Serían, por lo tanto, cuatro en total, aunque más arriba dice que Atronges «tenía cuatro hermanos». <<

[279] En realidad Herodes fue acusado muchas veces. Ante Hircano, por los principales de los judíos, de haber dado muerte a Ezequías sin sentencia del Senado (*Antig.*, XIV, 9, 3-4); ante el emperador, por los jefes judíos, de usurpar el poder (XIV, 12, 2); ante Antonio, por los principales de los judíos, por las actividades de Herodes y sus partidarios (XIV, 13, 1-2); ante Antonio, por intermedio de Cleopatra, por Alejandra, de haber ordenado el asesinato de Aristóbulo (XV, 3, 5); ante Augusto, por Zenodoro, cuyo territorio pasó el emperador a Herodes (XV, 10, 2-3); ante César, por Sileo, de haber invadido a Arabia y dado muerte a dos mil quinientos árabes (XVI, 9, 3). <<

[280] Salvo cuando es viuda y sin hijos, en cuya circunstancia es casi obligatorio (cf. *Deuteronomio*, 25, 5). <<

[281] Entre los años 6 a 39 después de Cristo. En este libro se encuentra el controvertido pasaje sobre Cristo (Capítulo III, 3), que se considera adulterado o interpolado por algún copista cristiano posterior, y la historia de Juan el Bautista (Capítulo V, 2). <<

[282] Es el mismo Cirenio mencionado en *Lc* II, 2. Publio Sulpicio Quirino, senador romano. Cónsul en Roma en el año 12 a. C. y no mucho después llevó a cabo una campaña contra los ingobernables homanedensios del centro de Asia Menor. En el 3 a. C. fue designado procónsul de Asia; en 3-4 d. C. fue consejero del heredero forzoso imperial, Cayo César, durante la expedición armenia de éste último; del 6 al 9 d. C. fue legado imperial de Siria-Cilicia. Murió en Roma, en el año 21. <<

[283] Arquelao (v. *Mt.* II, 22) era el hijo de Herodes el Grande de quien heredó la etnarquía de Judea y Samaria, mientras su hermano Herodes Antipas recibió la tetarquía de Galilea y Perea, y su otro hermano, Filipo los territorios al este y noreste del mar de Galilea (Gaulanítida, Auranítida, Traconítida e Iturea). Arquelao reinó entre los años 4 a. C. y 6 d. C. Acusado ante el emperador Augusto por una serie de atrocidades que cometió, partió a Roma y fue desterrado a Viena en las Galias. Su reino (Judea-Samaria) se convirtió en una provincia romana de tercera clase, dependiente del Legatus Propraetore o Legado Imperial de Siria, con gobernadores o prefectos romanos a la cabeza (más tarde procuradores). <<



[284] Dicho censo se realizó en el año 6 d. de C. y por lo tanto no puede ser el mismo censo mencionado en *Lc.* II, ss., del tiempo del nacimiento de Jesús, suceso éste que ocurrió cuando menos unos nueve años antes. La aseveración de Lucas II, 2 de que Jesús nació en los días del censo de Quirino se ha tratado de explicar mediante diversas hipótesis, que no viene al caso detallar. Sin embargo, el «empadronamiento» mencionado en *Hch* 5:37, en cuyos días estalló la rebelión de Judas el Galileo si es el mismo del año 6. <<

[285] Cf. *Hch.* 5:37: «... en los días del empadronamiento, se levantó Judas el Galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí; también éste pereció y todos los que le habían seguido se dispersaron». (Biblia de Jerusalén). <<

[286] *Las Guerras de los judíos*, Libro Segundo, VII. <<

[287] Aparte de Josefo, tenemos dos descripciones más de la secta de los Esenios: una de su contemporáneo judío (de mayor edad que Josefo), Filón de Alejandría (*Quod omnis probus* 75-91; *Hypothetica* ap. Eusebio, *Praep. Ev.* 8. 2), y otra de Plinio el mayor (*Historia Natural* 5. 17). Una descripción posterior en Hipólito (*Refut.* 9. 20. 13-23) sigue en general a Josefo, pero incluye información aparentemente obtenida de fuentes independientes. En contraparte, los tratados del Talmud son totalmente silenciosos a este respecto, al igual que los evangelios y el Nuevo Testamento entero (a pesar de que estos escritos mencionan frecuentemente las otras sectas judías). La descripción que hace Filón de los esenios tiene como fin ilustrar su tesis de que solamente el hombre verdaderamente bueno es verdaderamente libre. Estima en unos 4.000 su número, y nos dice que viven en aldeas, trabajando duramente en tareas agrícolas y otras semejantes, dedicando mucho tiempo al estudio comunitario de cuestiones morales y religiosas, incluyendo la interpretación de los textos sagrados. Prestan atención escrupulosa a la pureza ceremonial; tienen toda su propiedad en común, se abstienen de hacer sacrificios de animales, practican el celibato, no tienen esclavos, proveen para los miembros que no pueden trabajar por razones de enfermedad o edad avanzada, no hacen juramentos, no toman parte alguna en actividades militares o comerciales, y en general cultivan todas las virtudes. La descripción de Plinio aparece en el curso de su descripción del mar Muerto. Afirma que los esenios viven en su lado occidental, arriba de Engadi. Han vivido allí durante generaciones incontables, dice, renunciando tanto a las mujeres como al dinero; y sin embargo su número se ha mantenido, dado que son tantos lo que acuden constantemente a plegarse a esa existencia solitaria por haberse cansado de la vida común. Plinio escribe entre 73 y 79 d. C., pero probablemente depende de escritores anteriores para su conocimiento sobre los esenios, escritores tales como Alejandro Polihistor (s. I a. C.). Las descripciones en Filón y Plinio están idealizadas y llenas de exageración retórica. Las de Josefo nos parecen más objetivas y basadas en información de primera mano. <<

[288] El llamado partido de los zelotes o celadores se llamaba así porque seguían el ejemplo de Matatías y sus hijos y seguidores, que manifestaron celo por la ley de Dios cuando Antíoco IV intentó suprimir la religión judía (I Mac. II, 24-27) y el ejemplo de Finees, que evidenció un celo parecido en momentos de apostasía en el desierto (*Nm.* XXV, 11). Tras la rebelión del año 6 los zelotes mantuvieron vivo el espíritu de rebeldía durante 60 años, que alcanzó su cota máxima en la guerra contra Roma de los años 66 al 73. <<

[289] El Anás de los Evangelios del Nuevo Testamento (Lc. III, 2; Jn. XVIII, 13-24), que fue sumo sacerdote entre los años 6 y 15 después de Cristo. <<

[290] Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande y tetrarca de Galilea y Perea (*Luc.* III, 1, 19, etc.). Gobernó entre el 4 a. C. hasta el 39 d. de C. <<

[291] Filipino o Felipe, otro de los hijos de Herodes el Grande, es mencionado en *Lc.* III, 1 como «tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite (Traconítida)». Josefo menciona dentro de los límites de su Tetrarquía a la Galaunítida, la Batanea y la Auranítida, además de la Traconítida, No confundirlo con otro hijo de Herodes del mismo nombre, el mencionado en el NT (*Mt.* XIV, 3; *Mr.* VI, 17; *Lc.* III, 19) como esposo de Herodías, la misma que la dejó para juntarse con Herodes Antipas. <<



[292] Caifás, es el mismo mencionado en el Nuevo Testamento (*Mt.* XXVI, 57; *Jn.* XI, 49; *Hch.* IV, 6); fue sumo sacerdote del 18 al 36. Era yerno de Anás, con quien al parecer trabajo en estrecha colaboración. <<

[293] Poncio Pilato, al igual que sus antecesores en la gobernación de Judea, era un caballero, es decir pertenecía a la orden ecuestre (la clase media alta). Llevó a Judea a su esposa (mencionada en *Mt.* XXVII, 19), ya que una ley dada por Augusto levantó la prohibición de que un gobernador pudiera llevar a su cónyuge a una provincia no pacificada. Gobernó entre los años 26 y 36. Aparte del relato de su gobierno por Josefo y el papel que le cupo en el proceso de Jesús relatado en los Evangelios, es mencionado fugazmente por el historiador Tácito (*Annales* XV, 44) como el gobernador bajo cuyo mandato fue crucificado Jesús; existe también menciones en la obra del filósofo Filón el judío: en *Legatione ad Gaium* 301 se lo describe como «por naturaleza rígido y porfiadamente duro» y «de naturaleza rencorosa y hombre excesivamente iracundo»; se habla también de «los sobornos, los actos de soberbia, los actos de violencia, los ultrajes, los casos de tratamiento basados en el rencor, los constantes asesinatos sin juicio, la incesante y sumamente agravante brutalidad» de los que podían acusarlo los judíos ante el emperador, lo que al final ocurriría. Mención aparte merecen los numerosos «Hechos de Pilato» (*Acta Pilati*), libros de inspiración cristiana que se contradicen entre sí y se consideran apócrifos. <<

[294] Tiberíades o Tiberias, fundada alrededor del 20 d. C., es mencionada una sola vez en los Evangelios (Jn. VI, 23; «mar de Tiberias» aparece en *Jn.* VI, 1; XXI, 1) y no se menciona que Cristo lo haya visitado. Era una ciudad totalmente gentil y Jesús parece haberla evitado, eligiendo en cambio las poblaciones judías a la orilla del lago. Después de la destrucción de Jerusalén del año 70, se convirtió en principal asiento del saber judaico y tanto la Misná como el Talmud palestino fueron compilados allí, en los siglos III y V, respectivamente. De las poblaciones que rodeaban al mar de Galilea en tiempos del NT, Tiberias es la única de algún tamaño que subsiste hasta hoy. <<

[295] Germánico, sobrino e hijo adoptivo del emperador romano Tiberio, falleció en Antioquia en el año 19, posiblemente víctima de una enfermedad fatal, pero se sospechó que Pisón (gobernador de Siria) lo envenenó como resultado de una enemistad feroz que se profesaban ambos. El suicidio subsecuente de Pisón impidió probarle el cargo de asesinato. Tiberio nunca escapó la sospecha, si no de instigar el asesinato de Germánico, por lo menos de incitar la enemistad que acabó en la tragedia. Germánico había sido un general exitoso e inmensamente popular que de no haber sido por su muerte prematura se habría convertido en emperador. Su hijo Cayo o Calígula sería después emperador. V. Tácito, Anales. <<

[296] Se ha querido relacionar este episodio con otro mencionado en *Lucas XIII. 4*: en este pasaje Jesús alude a la Torre de Siloé, que se desplomó y mató a 18 personas, fortificación que estaría cerca del estanque del mismo nombre; dicho accidente pudo estar relacionado con la construcción del acueducto motivo del tumulto relatado por Josefo. <<

[297] Se supone que este párrafo ha sido interpolado, probablemente por un lector cristiano que añadió al manuscrito original una nota marginal, incorporada luego en el texto. La suposición se basa sobre todo en la observación de que el pasaje interrumpe el relato, que prosigue en el párrafo siguiente, y que la caracterización de Jesús está redactada en términos que sólo pudo haber empleado un cristiano (especialmente por la afirmación de que Jesús era el Mesías, algo que no pudo decir nunca Josefo, quien siempre se mantuvo en la fe judía). Pero en 1972 el profesor Schlomo Pines, de la Universidad Hebrea en Jerusalén, anunció su descubrimiento de un manuscrito árabe del historiador melquita Agapio, del siglo décimo, en el que el pasaje de Josefo queda expresado de una manera apropiada para un judío, y que se corresponde de una forma tan estrecha a las anteriores proyecciones hechas por eruditos acerca de lo que Josefo habría escrito originalmente. El texto de Agapio es el siguiente: «En este tiempo existió un hombre de nombre Jesús. Su conducta era buena y era considerado virtuoso. Muchos judíos y gente de otras naciones se convirtieron en discípulos suyos. Los convertidos en sus discípulos no lo abandonaron. Relataron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo. Según esto fue quizá el mesías de quien los profetas habían contado maravillas.» <<

[298] Obviamente, esto era una patraña, pues Moisés jamás había estado en el Monte Garizim, por cuanto no le fue permitido cruzar el Jordán. Algunos eruditos consideran sin embargo, que existe una confusión textual al interpretar Moyseos por Oseos y que Josefo se refería a la tradición samaritana de que Uzi, el sumo sacerdote (*I Crónicas* 6:6) había escondido el arca y otros recipientes sagrados en el Monte Garizim. <<

[299] Nada sabemos del resultado del juicio que se le siguió a Pilato. Según una tradición, fue desterrado por el emperador Cayo (Calígula) a la ciudad de Viena, en la Galia. El historiador Eusebio de Cesarea, basándose en informes de analistas griegos de las Olimpiadas (los cuales se han perdido), completa la historia, afirmando que el antiguo gobernador de Judea puso fin a sus días suicidándose, lo que debió ocurrir hacia el año 39. Existen también unos libros apócrifos conocidos como Acta Pilati o «Hechos de Pilato» que recrean la figura de un Pilato «cristiano»: según dicha versión, Pilato y su esposa (de nombre Prócula o Claudia), al final se convirtieron al cristianismo; Pilato figura así como un santo de la Iglesia Oriental. La iglesia copta la considera mártir y celebra su festividad el 25 de Junio. <<



[300] Pascua, Pentecostés, la fiesta de los Tabernáculos y el día de la expiación. <<

[301] Herodías, es la misma mencionada en *Mr.* VI, 17 y *Lc.* III, 19. <<

[302] Maqueronte, fortaleza ubicada al este del Mar Muerto (actual el-Mekawar), construida por Alejandro Janeo (103-76 a. C.), destruida por el comandante romano Gabinio (57 a. C.) y reconstruida por Herodes el Grande (374 a. C.), quien apreciaba las cercanas fuentes termales de Calirroe (Uadi Zerka Main) <<

[303] Sobre Juan el Bautista, y *Mateo*, XIV, 1-12, *Lucas*, III, 1-3 y 19-20. <<

[304] Agripa, hijo de Aristóbulo (otro de los hijos de Herodes el Grande) y sobrino de Herodes Antipas, llegó después a ser rey de Judea con el nombre de Herodes Agripa I (años 41 al 44). Es el mismo «rey Herodes» mencionado en *Hch.* XII, como el perseguidor de los cristianos, que hizo ejecutar al apóstol Jacobo, hermano de Juan (más conocido como Santiago el Mayor). <<

[305] Alexas Helcias hijo de Alexas, esposo de Cipros, la nieta de Herodes el Grande, nombrado en el cap. V, párrafo 4. <<

[306] Abarca del año 41 (muerte de Cayo o Calígula) hasta el año 44 (muerte del rey Herodes Agripa I de Judea). <<

[307] Alusión a un pasaje de la *Ilíada*. <<



[308] Sin duda es el mismo Lisantias mencionado en *Lc.* III, 1 como «tetrarca de Abilinia». Abilinia o Abilene era una región del Antilíbano, cuyo centro sería la ciudad de Abila, en la ribera del Abana (moderna Barada), a unos 29 km al NO. de Damasco, cuyas ruinas se ven aún hoy en los alrededores de la aldea de Es-Suk. El nombre de Lisantias aparece también en una inscripción de Abila fechada entre 14 y 19 d. de C., que registra la dedicación de un templo por un liberto de «Lisantias el tetrarca». <<

[309] Este relato de la muerte del rey Herodes Agripa I se complementa y se clarifica mutuamente con el que figura en *Hch.* XII, 20-23: «Estaba Herodes fuertemente irritado con los de Tiro y Sidón. Éstos, de común acuerdo, se le presentaron y habiéndose ganado a Blasto, camarlengo del rey, solicitaban hacer las paces, pues su país se abastecía del país del rey. El día señalado, Herodes, regiamente vestido y sentado en la tribuna, les arengaba. Entonces el pueblo se puso a aclamarle: “¡Es un dios el que habla, no un hombre!” Pero inmediatamente le hirió el Ángel del Señor porque no había dado la gloria a Dios; y convertido en pasto de gusanos, expiró» (*Biblia de Jerusalén*). <<

[310] Es Herodes Agripa II, mencionado como «el rey Agripa» en *Hch.* XXV, 13 - XXVI, 32. En esos pasajes bíblicos se le representa al lado de su hermana Berenice escuchando la defensa del apóstol Pablo, a solicitud del gobernador Festo. Agripa II acusó en son de broma a Pablo de casi convencerlo de hacerse cristiano. <<

[311] Berenice, es la misma que en *Hch.* XXV, 13 figura junto con su hermano Herodes Agripa II escuchando la defensa de Pablo. Juvenal (Sátiras 6, 156-160) afirma que mantuvo una relación incestuosa con su hermano. Casada sucesivamente con su tío Herodes de Calcis y con Polemón rey de Cilicia, posteriormente se convertiría en la amante del futuro emperador Tito, en los años de la rebelión judía del 66-70. <<

[312] Corresponde a los años 44 al 66 después de Cristo. En este libro se encuentra la segunda mención de Jesús el Cristo (Capítulo IX, 1). La historia siguiente de los judíos, que corresponde a la guerra contra los romanos de los años 66 al 73, es relatada por Josefo en otra de sus obras célebres: Las guerras de los judíos. <<

[313] Félix, es el mismo procurador romano ante el cual compareció el apóstol Pablo en Cesárea (*Hch.* XXIII, 24, 26; XXIV, 3-27; XXV, 14). Mostró un espíritu injusto y mezquino al mantener al apóstol preso durante dos años esperando que le diera un soborno a cambio de su libertad, y dejándolo preso para complacer a los judíos. Se calcula en el año 51 o 52 el inicio de su gobierno en Judea, que se prolongó hasta el año 59, aproximadamente, cuando Nerón lo destituyó. <<

[314] Es el Festo mencionado en *Hch.* XXIV, 27 - XXVI, 32, a quien los judíos pidieron que trasladara a Pablo a Jerusalén para someterlo a juicio. Aunque convencido de su inocencia, Festo estuvo dispuesto a sacrificar a Pablo para contentar a los judíos. Ante tal perspectiva, Pablo optó por apelar a César como ciudadano romano. <<

[315] Es el mismo Anás mencionado en el NT; y nota n.º 9. <<



[316] La segunda mención de Jesús llamado el Cristo. Aunque la autenticidad de este pasaje fue puesta en duda (Schürer, t. I, pg. 545), actualmente ya casi nadie lo hace. Tradicionalmente se ha identificado a este Jacobo como uno de los hermanos de Jesús mencionados en *Mt.* XIII, 55. El historiador eclesiástico Eusebio de Cesarea transmite la tradición de que fue nombrado obispo de Jerusalén por Jesús mismo (*Historia eclesiástica*, 7:19). Sería el mismo Jacobo mencionado en *Hch.* XII, 17 como uno de los dirigentes de la iglesia judeocristiana de Jerusalén, donde los apóstoles celebraron un concilio, hacia los años 48-50 (*Hch.* XV, 19-23). Jacobo permaneció como único jefe de dicha iglesia, tratando de mantener su unidad con Pablo y su misión cuando éste apóstol visitó la ciudad por última vez (*Hch.* XXI, 18ss.). En *Gál.* I, 19 y 2,9, Pablo lo menciona como uno de los pilares de la Iglesia, junto con Pedro y Juan. La tradición lo recuerda también con el nombre de Santiago el Justo o el hermano del Señor. <<

[317] Es decir, el gobierno no hereditario de los jueces. <<

[318] Alusión a la Vida, su autobiografía, considerada generalmente como un complemento de Antigüedades. <<

[319] Estos libros a que hace referencia Josefo, un nuevo relato resumido de la guerra con los últimos acontecimientos hasta la época que menciona, y los cuatro que detalla en las líneas finales, no se conocen, suponiéndose que no llegó a escribirlos. <<